

Heinz Höhne

LA ORDEN DE LA CALAVERA

EDICION ILUSTRADA

HEINZ HÖHNE

LA ORDEN DE LA CALAVERA

Extravagante e irracional, desprovisto de toda lógica, así era el mundo de los SS. No menos extravagantes e irracionales, aunque aparentemente lógicas, han sido las interpretaciones ofrecidas hasta ahora para esclarecer el fenómeno de los SS. Sin embargo, la verdadera historia del complejo SS nos deja entrever una organización cuyo impulso no obedecía a planteamientos demoníacos, sino a la casualidad y al automatismo. Es la historia de delincuentes e idealistas, de románticos e intrigantes. Es la historia de un orden jerárquico tan fantástico y descabellado como jamás pudiera imaginarse.

Esos hombres vestían sombríos uniformes y eran el terror de Europa. Lucían calaveras en sus gorras, tenían por emblema el doble signo rúnico de la "S" y enviaban a millones de seres a la muerte.

Pocas esferas sociales de la nación se sentían a salvo de sus mortíferos zarpazos: ellos controlaban la Policía y el Servicio Secreto, custodiaban la Cancillería del Reich y los campos de concentración, señoreaban sobre el impenetrable imperio económico de Alemania. Ellos mismos se denomina-

(Sigue en la solapa posterior)

ban Escalones de Protección del Partido Nacionalsocialista de Trabajadores Alemanes y creían formar algo así como una nueva secta religiosa con sus característicos usos y ritos.

La secta religiosa de los SS no permitía escudriñar el interior de sus estructuras a ningún profano; los escalones de protección afectos al caudillaje dictatorial debían permanecer entre penumbras como un misterio inquietante e incomprensible para cualquier ciudadano común. Los caballeros de la misteriosa Orden Negra cultivaban concienzudamente la terrífica escenificación de su existencia. Policía secreta gubernativa, policía judicial y servicio de seguridad pululaban susurrantes y sigilosos en el sibilino ambiente de la novela policíaca política, donde cobraba vuelo la estremecedora fantasía del Obergruppenführer SS, Heydrich. Y el gran maestro de la Orden, el Reichsführer SS Himmler, comentaba no sin complacencia:

— Sé que mucha gente en Alemania siente náuseas al ver esta guerrera negra. Pero nosotros somos tolerantes... Y, además, nunca esperamos poder granjearnos el afecto de todos.

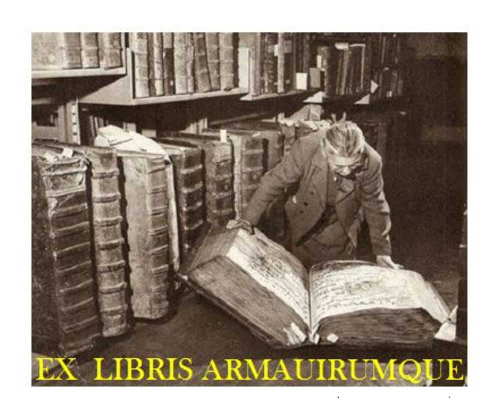
(Edición ilustrada)

Basándose en documentos, inéditos unos y publicados otros, en libros, Memorias y otras fuentes, Heinz Höhne reconstruye la historia de las SS, desde su fundación hasta el final del régimen nazi. Aunque el libro se circunscribe a la creación y las actividades de aquellas formaciones que, según su jefe Himmler, habían de ser una auténtica "orden de caballería", ejemplo y guía del concepto nazi de la vida, ante el lector se desarrolla toda la Era hitleriana, incluso en sus más recónditas interioridades. LA ORDEN DE LA CALAVERA es, pues, la historia más completa del régimen nazi, visto a través de su institución más poderosa, las SS. A pesar de lo horripilante de las actuaciones que son reveladas, la exposición es objetiva. En ella se ponen de manifiesto las motivaciones de sus miembros y los precedentes que determinaron los actos que llevaron a cabo. En ningún momento se da paso a la especulación; el relato escueto de los hechos es de por sí tan fascinante que, a pesar de la repulsa del lector ante ciertos pasajes, no por ello abandonará la lectura de este libro que ha de interesar a todos los que de una manera u otra han conocido este período de la Historia, así como a las generaciones posteriores.

Heinz Höhne

LA ORDEN DE LA CALAVERA

(HISTORIA DE LAS SS)





PLAZA & JANES, S. A.
EDITORES
BARCELONA - BUENOS AIRES - MEXICO, D. F. - BOGOTA

Título original:

DER ORDEN UNTER DEM TOTENKOPF
Die Geschichte der SS

Traducción de

MANUEL VAZQUEZ

Portada de

J. PALET

Primera edición: Marzo, 1969

Enrique Granados, 86-88, Barcelona

Este libro se ha publicado originalmente en alemán con el título de
DER ORDEN UNTER DEM TOTENKOPF. Die Geschichte der SS

Printed in Spain — Impreso en España

Depósito Legal: B. 5.882-1969

INDICE

A mi esposa.

1. Introducción

Vestían uniforme negro y eran el terror de toda una nación. Lucían calaveras en sus gorras y juraban fidelidad eterna al Führer. Tenían por emblema el doble signo rúnico de la S e inmolaban millones de seres humanos. Pocas esferas sociales del país parecían sentirse a salvo de sus zarpazos: ellos gobernaban la Policía y el Servicio secreto, custodiaban la Cancillería del Reich y los campos de concentración, sustentaban aquellas divisiones negras que paseaban la calavera por toda Europa. Ellos ocupaban posiciones clave en la economía y la sanidad, en la política interior y en la ciencia. Asaltaban por sorpresa los baluartes tradicionales de la diplomacia y monopolizaban los cargos predominantes de la burocracia ministerial.

Ellos mismos se denominaban «Escalones de Protección del Partido nacionalsocialista de trabajadores alemanes», y creían formar —según lo formulaba el *Hauptsturmfürer SS* Dieter Wisliceny— algo así como «una nueva secta religiosa con sus propios usos y ritos».

La secta secreta de los SS no permitía escudriñar el interior de sus estructuras a ningún profano; los escalones de protección afectos al caudillaje dictatorial debían permanecer entre penumbras cual un misterio inquietante e incomprensible para cualquier ciudadano común. Los caballeros de la misteriosa orden negra cultivaban concienzudamente la terrorífica escenificación de su existencia. «Policía secreta gubernativa, Policía Judicial y Servicio de seguridad pululan susurrantes y sigilosos en el sibilino ambiente de la novela policíaca política», observaba con entusiástico acento el *Obergruppenführer SS* Reinhard Heydrich, jefe de la Policía de Seguridad [1]. Y el gran maestre de la orden, el *Reichsführer SS* Heinrich Himmler, comentaba no sin complacencia: «Sé que en Alemania muchas gentes sienten náuseas a la vista de esta guerrera negra. Pero nosotros somos tolerantes... y, además, nunca hemos esperado poder granjearnos el afecto de todos sin excepción [2].»

El pueblo barruntaba que la alarmante organización había tendido una espesa red sobre el Reich, pero no lograba distinguir las mallas de las SS. Las ciudades alemanas escuchaban sólo el paso redoblado de las columnas negras, cuyos ecos retumbaban en el empedrado de ciudades y aldeas, y oían canciones marciales entonadas por millares y millares de varoniles gargantas:

¡Los SS despejan la calle a paso de marcha!
¡Firmes se mantienen las columnas de asalto!
Ellas derrocarán la tiranía
y se abrirán paso hacia la libertad.
¡En pie y adelante hasta el último envite!
¡Como hicieron nuestros padres!
¡Nuestra compañera de lucha es la muerte,
y nosotros somos las escuadras negras[3]!

Parecían casi invisibles los miles y miles de ojos que vigilaban cada movimiento, cada gesto de los alemanes. Un pólipo policíaco sofocaba con sus múltiples brazos a los ciudadanos: 45 000 agentes y funcionarios de la Gestapo, distribuidos entre 20 departamentos principales y 39 secundarios, así como las llamadas «antenas» de otros 300 departamentos principales y 800 comisarías de la Policía fronteriza detectaban toda agitación antiestatal[4]. Treinta altos funcionarios SS y policiales velaban por la seguridad del Estado desde la cúspide de una pirámide constituida por 65 000 agentes secretos y 2 800 000 policías de orden público[5]. Cuarenta mil celadores mortificaban a 100 000 enemigos presuntos y reales del régimen en 20 campos de concentración y 160 campamentos de trabajo[6]. Novecientos cincuenta mil soldados del Arma SS, entre ellos 310 000 alemanes repatriados del sudeste europeo, y 200.000 extranjeros formaban bloque con la Wehrmacht y vigilaban de paso a los rivales militares[7]. Un ejército de sombras integrado por 1 100 confidentes del SD (Servicio de Seguridad) contrastaba sin pausa el pensamiento de los ciudadanos[8]. En universidades y empresas comerciales, en granjas y organismos estatales se extraía todo detalle interesante para cebar a la central berlinesa.

Pero nunca debía trascender ni una palabra a la opinión pública, nada que pudiera delatar el método del órgano SS o revelar lo que se pensaba en el reino de Heinrich Himmler. El propio Himmler supervisaba permanentemente a los miembros de la orden para que ninguno de ellos estableciera relaciones demasiado estrechas con los

profanos, y prohibía a todo jefe SS que promoviera pleitos civiles contra particulares porque ello daría entrada a los tribunales en las interioridades SS[9]; asimismo, negaba al Ministerio de Comercio toda información sobre las propiedades industriales del misterioso organismo[10]. También hacía distribuir singulares órdenes entre las unidades de la calavera destinadas en campos de concentración, tales como ésta: «Primero: ninguna unidad prestará servicio en su tierra natal y, por tanto —valga el ejemplo—, jamás podrá desencadenarse una tormenta pomerana cuando se esté de guarnición en Pomerania. Segundo: el relevo de toda unidad tendrá lugar cada tres meses. Ninguna unidad podrá efectuar servicio de calle con absoluta independencia[11].» Ni los jefes más preeminentes del III Reich sabían lo que sucedía en la secta de los guardias negros. «Yo no pude formar nunca una noción concreta sobre los SS... —confesaba Hermann Goering en 1945[12]—. Quien fuera ajeno a esa organización ignoraba todo lo concerniente al feudo de Himmler.»

Sólo el crepúsculo de los dioses pardos permitió descorrer aquella cortina hermética tras cuyos pliegues se ocultaba la señoreante orden negra: por el banquillo del Tribunal de Nuremberg desfilaron los hombres que dirigieran durante años los escalones de protección. Comparecieron ante el victorioso cuarteto aliado bajo la acusación de haber urdido la guerra y cometido delitos inconcebibles.

El Tribunal militar aliado protocolizó todo cuanto había permanecido celosamente oculto bajo el velo del aparato SS. Mediante las pruebas testificales y los comprobantes del ministerio fiscal, se recompuso con pausada minuciosidad el cuadro de un racismo apocalíptico en el que se perfilaba la espeluznante historia de los SS cual una guillotina manejada por psicópatas de la pureza biológica. He aquí el balance del espantoso arqueo: entre cuatro y cinco millones de judíos asesinados, 2,5 millones de polacos liquidados, 520 000 gitanos inmolados, 473 000 prisioneros rusos ejecutados y 100 000 enfermos incurables gaseados según el programa de la eutanasia[13].

El 30 de setiembre de 1946, los jueces aliados pronunciaron su veredicto sobre la SS de Himmler, catalogándola como una organización delictiva de acuerdo con los siguientes considerandos: «La institución SS tuvo una finalidad criminosa. Sus miembros persiguieron y exterminaron a los judíos, cometieron brutalidades y homicidios en los campos de concentración, abusaron de su autoridad mientras administraron los territorios ocupados, concibieron el campamento de trabajos forzados donde se maltrató y asesinó a numerosos prisioneros de guerra[14].

»Corolario: Resulta, pues, sospechosa de actuación criminal toda persona que "se haya afiliado oficialmente al Cuerpo SS e identificado con tal organización a sabiendas de que se la utilizaría para perpetrar actos considerados delictivos según el Artículo 6 del Estatuto sobre Crímenes de Guerra (firmado en Londres)"[15].»

El auto condenatorio de Nuremberg definió el signo rúnico «SS» como estigma de una criminalidad política que infamaría en lo sucesivo a quienes hubiesen vestido otrora el uniforme de la orden negra. Así, pues, ese círculo en el que se concentrara antaño una presunta *élite*, convirtióse en un «corro de proscritos», como lo expresara en tono de queja el general SS Felix Steiner[16]. Desde luego, el fallo aliado adolecía de ciertas lagunas enojosas: allí no se explicaba por qué se sintieron impulsadas súbitamente al genocidio más de un millón de personas, ni se decía de dónde les llegó a las SS el poder para plasmar atrozmente las ideas racistas del régimen nacionalsocialista.

Las antiguas jerarquías SS no quisieron ni pudieron desentrañar esos enigmas. Intentaron salvarse con evasivas, alegaron absoluta ignorancia, descargaron su responsabilidad en los camaradas muertos. Al principio, aparecieron bajo la luz pública ciertas autocríticas tímidas de algunos ex paladines, tales como el libro *Der grosse Rausch* *, del antiguo *Untersturmführer SS* Erich Kernmayr, alias Kern[17]. Pero muy pronto surgieron, al amparo de las sombras proyectadas por diversas corrientes renovadoras en Alemania occidental, varios documentos justificativos de ex jefes SS que, evidentemente, veneraban el absolutismo y tenían plena confianza en la pésima memoria de sus coetáneos. Por ejemplo, el veterano del Arma SS *Obergruppenführer* Hausser aseguraba no haber visto jamás ante la tropa a Himmler, «quien se desinteresaba por completo de las cuestiones militares»[18]; y para el *Sturmbannführer SS* Brill, las SS ordinarias constituían una «unidad voluntaria» cuya asociación con el Arma SS era, por así decirlo, nula[19]. Entretanto, otros ex jefes SS reiteraban sin descanso que «en sus filas jamás se había fomentado el odio racial»[20].

Pero entonces intervinieron unas figuras esqueléticas que abandonaron reptantes, entre vapores deletéreos, las cámaras de gas y tortura en Auschwitz y Maidanek, en Dachau y Buchenwald. Los supervivientes del terror negro hicieron lo posible por descifrar el «enigma SS» y exponer sus conclusiones a toda la nación:

Los SS constituían un consorcio monolítico de ideólogos fanáticos y funcionarios autocráticos e inconscientes, animado por una volun-

* *La gran borrachera.*

tad diabólica. La organización SS había conquistado paulatinamente los puestos supremos del III Reich para crear, a su debido tiempo, lo que el ex cautivo de Buchenwald y hoy día catedrático de Ciencias Políticas en la Facultad correspondiente de Darmstadt, Eugen Kogon, denominó «el Estado SS», es decir, «el sistema político de esclavitud y dominación despótica» promovido por los SS y «sometido a una meticulosa ordenación» [21]. En su *bestseller Der SS-Staat* *, Kogon, hombre esencialmente analítico, representó a los jefes de la orden negra como una camarilla autónoma y dispuesta a jugárselo todo para conseguir sus fines: «Así, pues, se planeaba y se operaba paso a paso, se ejecutaba cada proyecto parcial con un proceder aparentemente normal pero inexorable, de una inflexibilidad explosiva [22].» Sólo así, prosigue Kogon, se podría sustentar la «compleja estructura» del Estado SS que «subyugaría primero el Partido, después Alemania y, por último, el Continente europeo [23]». Dicho de otra forma: los campos de concentración representaban el «módulo» [24] del futuro Estado SS y, entretanto, los SS constituían el verdadero poder despótico en la Europa de Adolf Hitler.

Mediante esos razonamientos, Eugen Kogon formuló una tesis plausible que pareció dilucidar por vez primera el fenómenos de las SS. «Ese Kogon es de cuidado», escribía el propio jefe SS Otto Ohlendorf en su celda de condenado a muerte [25] allá por el año 1948; «debemos precavernos contra él». Aquellos parajes donde, naturalmente, el profesor hacía todavía pequeñas salvedades y muy leves alusiones fueron descritos más tarde por otros intelectuales, quienes no tuvieron inconveniente en pintar con toda crudeza el tenebroso y colosal cuadro de omnipotencia e imperativo cesarismo.

El historiador británico Gerald Reitlinger definió el imperio de Himmler como «un estado dentro del Estado, comparable únicamente a la NKVD rusa» [26]. Comer Clarke, biógrafo de Eichmann, vio a los SS «introduciendo el sombrío terror nazi, en la práctica, en cada vivienda del Continente» [27]. El escritor francés Joseph Kessel columbró toda Europa bajo la bota militar de los SS: «Desde el océano Ártico hasta el mar Mediterráneo, desde el Atlántico hasta el Volga y el Cáucaso..., todos se doblegan ante él (Himmler) [28].»

Sin embargo, cuanto más se acrecentaba el poder atribuido por cronistas nacionales y extranjeros a los SS, más se desdibujaban las facciones de los déspotas negros, cuyas imágenes adquirían una desconcertante uniformidad. «Los ojos de muchos hombres SS, con su

* *El Estado SS.*

mirada vidriosa y mortecina por la carencia de vida anímica, tienen algo en común», opinaba Rudolf Pechel, ex cautivo de Sachsenhausen, quien también se preciaba de reconocer a los confidentes SD por «la expresión de sus ojos»[29]. Kogon descubrió entre los hombres SS a «muchos descontentos, fracasados, postergados por muy diversas razones y anormales de todas clases»[30]. Y en los escalones inferiores de la Gestapo vio «gran profusión de existencias malogradas recientemente»[31]. A su parecer, el ejército de delatores SD estaba integrado por «las heces sociales de la aristocracia, la burguesía, la burocracia y el cuerpo laboral»[32].

Cuando se agotaron las reservas de calificativos, los teóricos del Estado SS hicieron repetidos ensayos con las fórmulas mágicas del moderno psicoanálisis. El ex cautivo de Auschwitz Elie Cohen informó con tono doctoral: «Las formaciones SS se componían, salvo raras excepciones, de seres normales que, en virtud de su delictivo superego, terminaban siendo delincuentes normales»[33].

El psicólogo Leo Alexander se aventuró, incluso, a equiparar la organización SS con una vulgar banda de pistoleros que se comportaba colectivamente como suelen hacerlo las cuadrillas de facinerosos. Según Alexander, «cuando un acólito de la SS emprendía algo que ponía en entredicho su fidelidad a la organización, se le liquidaba (mataba) a menos que perpetrara algún delito cuya irrecusabilidad lo encadenara para siempre a la corporación. Entre tales actos figuraba el asesinato, como prescribían las leyes ancestrales del delincuente»[34].

A todo esto, la tesis defendida por los seguidores de Kogon no resultaba tan irrefutable como pareció en un principio. Hacia 1954, el publicista germanoamericano Karl O. Paetel se preguntaba ya especulativamente en un estudio sociológico si no sería erróneo aquilatar de forma colectiva a los SS. Según Paetel, en los SS «no existía un arquetipo humano». Realmente había delincuentes e idealistas, lerdos y hombres de gran intelecto»[35]. La doctora Ermenhild Neusüss-Hunkel demostró en su obra *Die SS,* publicada el año 1956, que la gran diversidad de funciones entre los innúmeros engranajes del «mecanismo Himmler» no permitía «un análisis global de la asociación SS vista como colectividad»[36]. La experta en asuntos SS hizo ciertos cálculos de los que se desprendía que un quince por ciento a lo sumo de los miembros SS había colaborado con los autócratas del régimen nacionalista. «Entre los afiliados (800 000)[37] a la organización SS en el año 1944, servían 39 415 bajo las órdenes directas de los oficiales superiores SS, 26 000 con las llamadas reservas policiales, 19 254 en la Policía de seguridad y el SD de las zonas ocupadas, y aproximada-

mente 60 000 con las fuerzas de seguridad y orden público en territorio nacional. Por último, los campos de concentración estaban guarnecidos con unos 2 000 hombres [38].»

Por añadidura, el estudio de los expedientes SS publicados entretanto por las autoridades aliadas exigió varias correcciones adicionales del cuadro compuesto al terminar la guerra. Particularmente el libro de Kogon quedó entre dos luces. Dichos expedientes evidenciaron una extraña inseguridad por parte del catedrático con respecto a fechas, cifras y semblanzas, si se exceptúan las experiencias directas de Kogon durante su permanencia en el KZ * de Buchenwald. Bastante antes se había observado ya que el especialista en ciencia política de Darmstadt introducía diversas enmiendas en las ediciones sucesivas de su obra.

Por ejemplo, el jefe de la Kripo * *, Arthur Nebe, «un funcionario tan gris como despiadado del aparato SS» (primera edición) [39], se transformó en un elemento de la resistencia «que libró desde el primer momento una dura lucha con su propia conciencia» (segunda edición) [40]. Las imaginarias zonas de operaciones SD en tiempo de guerra (primera edición) [41] desaparecieron sin dejar rastro y, asimismo, Kogon hubo de rectificar su hipotética afirmación de que la consigna para la «quinta columna» [42] tuvo su origen en el título (ficticio) «V Departamento SD». Pero las imprecisiones se terminaron ahí. Otras ediciones ulteriores de dicha obra suscitaron ciertas dudas sobre los informes del catedrático, y muchos se preguntaron si éstos concordaban todavía con el curso de la investigación. Kogon cita un cuerpo colaboracionista de cinco grados jerárquicos subordinado al Servicio de Seguridad sobre el cual no tenía la menor noticia ningún ex agente SD [43]. Asimismo, refiriéndose a los «vengadores de Roehm» les hace asesinar a 155 dirigentes SS que no figuran en ninguna lista de víctimas [44]. Asevera que la Sección I de la Policía secreta gubernativa [45] no tenía jefe alguno y, por tanto, ignoraba, evidentemente, que ese jefe existía y se llamaba doctor Werner Best. Acto seguido, Kogon asigna a las unidades armadas SS en el año 1936 190 000 hombres más de los que realmente componían esos contingentes (alrededor de 15 000) [46]; luego, hacer ocupar al *Gruppenführer* *** Pohl la Jefatura de los SS [47] y confunde, aparentemente, el Estado Mayor del Arma SS con una especie de central política para todos los organismos SS [48].

Sin embargo, ocurre algo extraño: aun cuando el historiador es-

* Siglas de «campo de concentración».
** Abreviatura de Kriminal Polizei.
*** Jefe de grupo.

pecializado va corrigiendo sobre la marcha su interpretación del complejo SS, los alemanes hacen caso omiso, pues las enmiendas sucesivas del historiógrafo amenazan con destruir la coartada de toda una nación: el dogma de la omnipotencia SS.

Los alemanes se habían horrorizado y tranquilizado a un tiempo ante las pavorosas revelaciones sobre los delitos múltiples del órgano SS: horrorizado, porque tales desmanes mancillarían el buen nombre de la patria a los ojos del mundo durante décadas, pero también tranquilizado porque la divulgación del terrorífico poderío ejercido por la orden negra permitiría, cuando menos a las generaciones maduras, escapar del irreversible pasado, aunque esa rendija salvadora fuera muy estrecha. Si la organización SS fue en realidad omnipotente —se razonaba—, está claro que pudo haber atenazado el país sin impedimento alguno, pues cualquier oposición activa contra los excesos del Estado nazi o una simple actitud reprobadora hacia la política del régimen hubiera equivalido al suicidio para los súbditos del III Reich.

En verdad, las declaraciones sobre el carácter delictivo del complejo SS no fueron mal acogidas por los alemanes de la Era hitleriana: tales atrocidades representaban una coartada formidable para disculparse con el mundo y con la propia conciencia. Los sayones de Himmler parecieron destinados a disimular la incuria de innúmeros alemanes en el III Reich. Hacia 1946, el defensor del OKW * en Nuremberg, Laternser, había dado ya la consigna: los jefes SS estaban sentenciados a muerte de antemano y, por consiguiente, debían asumir toda la responsabilidad... Era preciso conservar sin mácula el emblema de la Wehrmacht [49]. Cuando se supo más tarde por las publicaciones americanas que Himmler se había confabulado durante algún tiempo con los conspiradores del 20 de julio de 1944, el historiador Hans Rothfels previno a sus colegas alemanes contra la tentación de atribuir «excesiva trascendencia» a esa revelación: «¡A decir verdad, en la historia de la resistencia alemana no hay ningún "capítulo Himmler" [50]!»

Así, pues, el «tema SS» fue tabú para casi todos los historiadores alemanes. Ninguna obra sobre los Escalones de Protección, ningún trabajo enjundioso sobre la política oriental de Himmler y ningún estudio sobre el mecanismo policíaco nacionalsocialista desvelaron lo que pensaban los herederos de los Erben, Ranke y Treitschke acerca de la más horripilante organización que jamás existiera entre

* Alto Mando de la Wehrmacht.

los alemanes. Los historiadores germanos abandonaron el campo a sus colegas extranjeros quienes, con más o menos comprensión, con más o menos conocimiento de causa, comenzaron a desentrañar el reciente pretérito alemán para airear la incógnita SS. Algunos de sus estudios, tales como *The Destruction of the European Jews (La destrucción de los judíos europeos)*, del erudito americano Raul Hilberg [51] y la obra titulada *Deutsche Hersschaft in Russland* *, de su compatriota Dallin [52], resultaron ser unos trabajos ejemplares; pero la mayor parte de esa producción, traducida y publicada por prestigiosas editoriales alemanas, no logró suplir los inexactos conceptos sobre la organización SS por una imagen más veraz, máximo cuando los autores carecían en su mayoría de fuentes informativas suficientemente fidedignas.

El escritor francés Jacques Delarue presentó una historia de la Gestapo sin haber revisado la principal fuente informativa de su tesis, es decir, los expedientes relativos al Estado Mayor privado del *Reichsführer SS* [53]. Otro cronista de la Gestapo, el publicista británico Edward Crankshaw, se las vio y se las deseó para establecer la delimitación jurisdiccional entre Policía secreta gubernativa y Grupos de Asalto [54]. El francés Benoist-Méchin, autor de una *Geschichte der deutsche Militaermacht* **, en diez tomos, demostró incluso, que le bastaban unos cuantos discursos hitlerianos y algunas citas periodísticas anacrónicas para escribir la historia del «episodio Roehm». Desde luego, el resultado fue fatal; nuestro autor se limitó a confirmar lo que habían afirmado siempre los nazis [55].

Quienes osen escribir de Historia contemporánea con semejante volubilidad no deben extrañarse de que los expertos les echen en cara sus numerosos errores de interpretación. El inglés Reitlinger (*Die SS, Die Endloesung* ***) sostuvo la tesis de que el judeoalemán Heydrich, «impulsado por el odio contra su propia sangre hebraica», se asoció con otros elementos SS no arios para exterminar a los judíos [56]. Evidentemente, ignora que en el dictamen del Departamento etnológico nacionalsocialista fechado el 22 de junio de 1932 se certifica la «ascendencia aria» de Heydrich [57]. Haciendo gala de una prodigiosa inventiva biográfica, Reitlinger endosó a Heydrich los siguientes menesteres : oficial de información militar en los países bálticos, colaborador del «capitán» Canaris, jefe de información militar en la Flota

* *Dominación germana en Rusia.*
** *Historia del poderío militar alemán.*
*** *Los SS, la solución final.*

del mar Báltico, protegido del *Gauleiter* * Koch y amante de la señora Koch [58]..., nada de lo cual se ajusta a la verdad.

Los fantaseadores indocumentados no reconocen barreras, como nos lo demuestran tres autores que describen las andanzas por el Cercano Oriente del viajero Eichmann en el año 1937, especialmente durante la escala de Haifa. El escritor americano Quentin Reynolds (*Ministro de la Muerte)* hace visitar a Eichmann un *kibbutz* de Haifa para entrevistarse con cierto agente alemán en Palestina que lo conducía hasta el gran mufti de Jerusalén, un antijudío declarado [59]. El biógrafo de Eichmann, Comer Clarke, ofrece todavía mucho más a los lectores: provee a su protagonista con «oro nazi» por valor de 50 000 dólares. Y luego lo instala quieras que no en el hotel «Majestic» de Haifa, donde le hace esperar la visita de «un misterioso individuo llamado Ghadar». Eichmann entrega el oro a los nacionalistas árabes y, poco después, cuatro policías militares británicos lo ponen en la frontera [60]. El austríaco Simon Wiesenthal (*Gross-mufti-Grossagent der Achse* **) informa que el ex estudiante de teología Eichmann fue enviado a Palestina por el «contraespionaje» alemán, concretamente a la ciudad de Sarón donde se introdujo en una red de agentes, y «auxiliado por la formidable espía alemana para el Cercano Oriente Ilse Koch» logró establecer contacto con el gran mufti [61]. Cada palabra es una falsedad. Lo único cierto es que Eichmann pasó cuarenta y ocho horas como turista en Haifa.

Tales especulaciones nos habrían hecho sonreír y habrían pasado al olvido si no se hubiera incoado un proceso contra Eichmann el año 1961 en Jerusalén; ello originó, a su vez, las aperturas consecutivas de incontables sumarios en Alemania federal contra los esbirros SS y sus cómplices burócratas, lo cual reforzó o despertó el interés de muchos historiadores contemporáneos alemanes por las SS.

La socióloga Hannah Arendt, emigrada a América, dio la señal de partida. En 1963, apareció su obra *Eichmann in Jerusalem,* donde se logró esbozar por vez primera la fisonomía individual y verosímil bajo su aspecto humano de un jefe SS [62]. En aquel mismo año el historiador y auxiliar de cátedra Enno Georg mostró, tomando como ejemplo las empresas económicas SS, cuán diversos eran los elementos agrupados bajo el signo rúnico [63]. Poco tiempo después, los eruditos del Instituto para Historia contemporánea de Munich censuraron las significativas obras de Hans Buchheim *SS und Polizei*

* Jefe de distrito.
** *Gran mufti, gran agente del Eje.*

in N-S - Staat * [64] y *Anatomie des SS-Staates* **, esa «sujeción emocional al pasado que, para exponer convincentemente ciertas verdades indiscutibles, prescinde de la deseable correlación con los hechos reales e históricos», según se dice allí textualmente [65]. Y desde tierras distantes, el vienés americanizado George H. Stein, catedrático supernumerario de Historia en la universidad neoyorquina de Columbia, respaldó satisfactoriamente las demandas científicas con su libro sobre el Arma SS [66].

El profesor Stein llegó a la siguiente conclusión: «La doctrina sobre conspiración criminal y culpabilidad colectiva formulada en la Era de Nuremberg ya no satisface al investigador serio. Sin pretender paliar la abrumadora enormidad de los excesos perpetrados por los prosélitos de Himmler, algunos sondeos recientes han evidenciado que lo cierto es que la SS tenía bastante más complicación y diversidad que aquella organización delictiva y monolítica cuyos representantes ocuparon el banquillo ante el Tribunal militar internacional [67].»

Sea como fuere, los investigadores se hallan todavía en la iniciación de su labor. No han podido suprimir aún del todo el espejismo de un Estado SS, y muchos de ellos siguen creyendo con Karl O. Paetel que el III Reich se guiaba (al menos en su fase final) «por dos voluntades: las de Hitler y Himmler» [68]. Durante largo tiempo, muchos historiadores han sustentado un concepto erróneo del III Reich, por lo que ahora no pueden desembarazarse con la celeridad necesaria de su tópico predilecto según el cual la SS representa el papel de una potencia inatacable y exclusivamente determinativa en la dictadura nacionalsocialista.

Nos hemos habituado a imaginar el III Reich como un Estado totalitario «cuya organización perfecta y sin fisuras» (Kogon) [69] englobaba a cada ciudadano y lo sometía a una autoridad absorbente y unipersonal. Los nacionalsocialistas parecían haber materializado el sueño ancestral del germano: el Estado prepotente en el que prevalecía una sola voluntad, la del Führer; en el que se admitía una sola ideología normativa, la del NSDAP; en el que imperaba una sola disciplina social, la del cuerpo policial SS.

Pero el sueño del Estado prepotente siguió siendo una alucinación. El III Reich no fue un Estado totalitario sino, todo lo más, una caricatura de las quimeras, esperanzas e ideas que sustentaron los

* *SS y Policía en el Estado nacionalsocialista.*
** *Anatomía del Estado SS.*

jefes nacionalsocialistas cuando erigieron, muchos años atrás, un Estado autoritario. Según nos dice el historiador Buchheim, aquel totalitarismo bajo un caudillaje indiscutible «no constituyó en modo alguno un mecanismo ajustado hasta el último engranaje, ni un sistema racionalizado de forma exhaustiva, sino una maraña de privilegios y acoplamientos políticos, cuestiones de competencia y apoderamientos cuyo fin fue una lucha de todos contra todos que, en su día, recibió la donosa denominación de "torneo nacionalsocialista"» [70]. Y Trevor-Roper, un colega británico de Buchheim, exclamaba estupefacto: «¡Cuántas gentes han sido inducidas en años recientes por la propaganda a creer que la Alemania nazi era un Estado totalitario cuyos estamentos sociales, por completo movilizados y dependientes de los poderes centrales, formaban un todo homogéneo! En realidad, el totalitarismo alemán era algo muy distinto [71].»

En aquella Alemania nacionalsocialista, sólo era total la voluntad de Hitler, quien gobernaba a ochenta millones de personas con los llamados decretos y órdenes del Führer. Al tiempo que se formulaba y decretaban sus designios, la SS, como el instrumento más poderoso de la dictadura unipersonal, poseía una autoridad absoluta. Sin embargo, el tornadizo Führer tenía un gran defecto a juicio de los SS: no siempre manifestaba en sus órdenes lo que quería y no todas las esferas oficiales del Estado podían arroparse con los decretos del Führer. Puesto que el gabinete del Reich no celebraba ya sesión alguna y Hitler procuraba siempre distanciarse de los ministros en su Cuartel General, los objetivos de las *Führerbefehlen* * solían quedar a merced del azar.

Además, la táctica hitleriana consistía en desplazar constantemente el centro del poder político hacia los más cercanos colaboradores para cerrar el paso a los rivales indeseables. Una ley tácita de la dictadura hitleriana prohibía la erección de estructuras estatales o jurídicas cuyos armazones restringiesen la movilidad de Hitler. No era una unidad monolítica lo que caracterizaba el régimen nacionalsocialista, sino la «anarquía de los plenos poderes», como los denominaba el decepcionado jurisconsulto nacionalsocialista Hans Frank [72]. Hitler no quería asociarse con ninguna jerarquía y, por consiguiente, disputaba jerarcas insignificantes —cuanto más insignificantes, mejor— para ejercer diversas funciones. Un manejo más bien instintivo que sagaz de la multiplicación impedía que algún jefe subalterno se conchabara con un rival importante en contra de Hitler.

* Órdenes del Führer.

Así, pues, se generalizaba un extraño sistema de «intrusismo recíproco y permanente»[73] (Hannah Arendt). La intervención de numerosas autoridades para solucionar el mismo problema aseguraba al dictador la máxima autonomía ante los jefes subalternos, pero, al propio tiempo, el Estado se convertía en escenario de constantes pugnas que paralizaban la maquinaria estatal como jamás lo hiciera el antagonismo entre los partidos de esa democracia tan menospreciada por los nazis. El Estado degeneraba en aparato administrativo apolítico; era una ostentosa fachada tras la cual dirimían sus querellas las principales autoridades del régimen. Ulrich von Hassell, que figuró más tarde entre los conspiradores del 22 de julio de 1944, clamaba: «¡Estas gentes ignoran cómo debe ser un Estado![74]»

Lo que algunos jefes SS inteligentes reprochaban a Hitler era «el extravagante cuadro de un Estado teóricamente autocrático pero que derivaba hacia una pluralidad anárquica, sobre todo durante la guerra»[75]. En 1946, Ohlendorf lo reconoció así en Nuremberg: «El Führer no anuló sólo el Estado como entidad autodinámica, sino que también lo desbarató hasta el punto de no poder utilizarlo cual una herramienta útil. Y el Estado fue sustituido por el caciquismo pluripolar de las jerarquías supremas[76].» En ese «batiburrillo de dominios privados, ejércitos privados y servicios secretos no menos privados» (según el historiador británico Trevor-Roper[77]), difícilmente podía medrar la propensión monopolizadora de los SS. Allá donde no surtiesen efecto los decretos hitlerianos, la SS era una organización más entre los numerosos grupos de presión que forcejeaban bajo el cobertor dictatorial para alcanzar la máxima influencia.

Si la SS no hubiera ejecutado inmediatamente las disposiciones de Hitler, le habría faltado ese manto protector del poder hitleriano y, entonces, Himmler se hubiera visto obligado a pactar con otros adalides del Reich. La SS estaba obligada, pues, a desenvolverse en un terreno subrepticio, es decir, más allá de los límites claramente definidos por las órdenes hitlerianas. Pero allí no lograba la supremacía quien profesara con más ahínco el nacionalsocialismo, sino quien poseyera mayor poder local, mayor peso específico e influjo personal. Eso lo quería así también el Führer: los frecuentes altercados sostenidos durante años entre camarillas y grupos de orientación en el NSDAP se desplazaba progresivamente hacia el ámbito estatal, donde las polémicas ajenas procuraban a Hitler una posición inexpugnable en el Partido y en el Estado.

A semejanza de los príncipes feudales en siglos pretéritos, los sátrapas hitlerianos se coligaban, enemistaban y reconciliaban sin tre-

gua. Solían firmar entre sí ceremoniosas alianzas: en 1936, la Policía de Seguridad concertó con el Servicio secreto un acuerdo de diez cláusulas que ha pasado a la Historia como el convenio de los «diez mandamientos»[78]; el rector de la diplomacia, Von Ribbentrop, consiguió una breve tregua entre los belicosos SS y el Servicio diplomático mediante la admisión de varios jefes SS en su Ministerio[79], y el ministro de Asuntos orientales, Rosenberg, contemporizó con el *Gruppenführer SS* Berger para eludir las maquinaciones de su subordinado Koch, comisario del Reich en Ucrania[80].

La SS hubo de avanzar con paso tan cauteloso por esa maleza de facciones antagónicas que apenas tuvo tiempo ni energía para arrogarse la potestad omnímoda sobre Alemania. Ciertamente, conquistó paso a paso posiciones dominantes, pero encontró en su camino dos obstáculos infranqueables: el Partido y la Wehrmacht. Tuvo que contemplar impotente la acción concertada de SA, Partido y Frente laboral para dar caza a los confidentes secretos del SD[81], aceptó sin rechistar la disposición que le prohibía «divulgar fuera del Reich informes» pertenecientes al SD[82], y fue un espectador más cuando el gobernador general Frank desplazó al hombre más poderoso de la Polonia ocupada, el *Obergruppenführer SS* Krüger, entre los aplausos de la Wehrmacht y las SA[83].

Aun cuando surgían cada vez más uniformes SS en las inmediaciones de Hitler, el recelo latente del dictador los mantenía lejos de las posiciones decisivas para asaltar el Estado. Hitler dejaba sobrentender a los jefes SS que todos ellos eran sus peones. Solía decir con mal humor que los policías de la nueva Alemania eran tan malos como los de la antigua[84], y cuando los SS se inmiscuyeron contra su voluntad en la política alemana de Rumania, gritó exasperado que tal vez decidiera todavía erradicar la «peste negra»[85]. En cuanto al *Reichsführer SS,* que era presa de un pánico callado cada vez que le llamaba su jefe, Hitler lo trataba como si fuese un aprendiz aplicado pero no especialmente inteligente. Nunca lo vio entre sus probables sucesores. Y en marzo de 1945 explicó el porqué: Himmler hubiera sido rechazado por el Partido y, además, era un esperpento sin sensibilidad para las artes[86].

Desde luego, entre las reglas de esos pugilatos múltiples figuraba una no poco importante: sólo podían oponerse a la SS quienes tuvieran de su parte los batallones más fuertes. Pero en el reino de Adolf Hitler había un grupo humano por completo indefenso por el cual no velaba ninguna mano protectora: los judíos. Ellos eran presa fácil para los campos de concentración y los crematorios de la SS, pues

ninguna jerarquía del Reich intercedía en su defensa. Ahí, y sólo ahí, se hizo perceptible la alambrada espinosa del único Estado SS que jamás existió: el mundo solitario de los KZ. Los moradores de esos campamentos eran auténticos esclavos entregados a un hado inexorable. Y, no obstante, la historia del aniquilamiento judío cita ciertos individuos entre los camisas pardas, antiguos nazis, notables SS y colaboradores del III Reich que fueron luchando contra el engranaje letal de Himmler.

Basta recordar al ex *Gauleiter* Kube, comisario general de Rutenia blanca, quien acusó de atrocidades antisemitas a varios oficiales de Policía que habían conducido al matadero de Minsk a numerosos judíos puestos bajo su protección; después, emprendió a solas una campaña contra SS y SD hasta que una bomba de los guerrilleros soviéticos le hizo saltar por los aires [87]. También cabe mencionar al *Obergruppenführer SS* doctor Werner Best, que saboteó el deletéreo programa de su *Reichsführer* contra la comunidad judía y facilitó la fuga a miles de judíos daneses hacia Suecia, país tradicionalmente neutral [88]. Y el masajista Felix Kersten, médico particular de Himmler (a quien éste llamaba «mi único amigo, mi Buda») [89] que en lo más hondo y tenebroso de la central SS salvaba vidas judías con cada uno de los pellizcos que aliviaban las molestias gástricas del *Reichsführer;* al principio fueron judíos fineses, luego miles de otras nacionalidades que lograron refugiarse en Suecia [90]. Y, por último, la abigarrada cuadrilla de generales italianos, políticos balcánicos y colaboracionistas franceses que tendieron una malla protectora de argucias y fábulas sobre cien mil judíos europeos y estuvieron embaucando a los esbirros de Eichmann mientras las presuntas víctimas alcanzaban un refugio seguro.

Justamente, el comportamiento de Werner Best nos hace pensar que la premisa acerca de un Estado SS es falsa: los SS no constituyeron nunca una organización monolítica. La historia del III Reich no reseña ninguna organización dentro del partido tan desquiciada y heterogénea como la SS. Eran raros los altos funcionarios que no tuviesen diferencias con otros altos funcionarios, y no menos raras las cuestiones prácticas de política en las que coincidiesen dos jefes SS. El *Oberführer SS* Reinecke se lamentaba todavía en Nuremberg de que «ciertos elementos y grupos extraños a la organización se hubiesen infiltrado hasta sus más altos niveles» [91]. Los expedientes secretos, de los cuales ha hecho por ahora poco uso el historiador, nos revelan las divergencias existentes dentro del orden jerárquico SS.

Himmler acusaba al *Gruppenführer SS* Reeder de sabotear la po-

lítica pangermánica SS en Bélgica[92]; el comandante local del Arma SS en Nuremberg negaba toda colaboración a los SD y SS ordinarios[93]; cierto *Untersturmführer SS* reunía pruebas acusadoras contra el *Gruppenführer* Berger[94], mientras éste denunciaba a varios jefes SS por favorecer los intereses de la Iglesia católica[95]; Ohlendorf ridiculizaba el romántico delirio genealógico de Himmler[96]; los rectores del orden económico disputaban sobre la conveniencia de matar judíos o emplearlos como trabajadores forzados[97]; y la Gestapo fusilaba a los desertores rusos con quienes el SD se proponía formar un Ejército antisoviético[98]. Pero también perturbaban el orden interno de la SS ciertos profanos, hombres del todo ajenos a la cofradía: el doctor católico Richard Korherr fue inspector de estadística bajo Himmler[99]; el interventor Hans Hohberg llegó a ser la eminencia gris de las empresas SS[100]; y el respetable arquitecto del Estado, Kammler, afecto al Ministerio de Transportes aéreos, se encumbró en pocos años hasta el generalato SS y fue constructor de los tristemente famosos campos de concentración[101].

Extravagante e irracional, desprovisto de toda lógica...; así era el mundo de los SS, los llamados Escalones de Protección. No menos extravagantes e irracionales, aunque aparentemente lógicas, han sido las interpretaciones ofrecidas hasta ahora para esclarecer el fenómeno de los SS. Sin embargo, la verdadera historia del complejo SS nos deja entrever una organización cuyo impulso no obedecía a quién sabe qué planteamientos demoníacos, sino a la casualidad y al automatismo. Es la historia de delincuentes e idealistas, de románticos e intrigantes. Es la historia de un orden jerárquico tan fantástico y descabellado como jamás se pudiera imaginar.

2. Fundación de las SS

La historia de los SS comienza, precisamente, con la crónica del Movimiento nacionalsocialista al concluir el conflicto bélico europeo en la tumultuosa primavera de 1919. Porque los Escalones de Protección fueron el producto de un aborto que entorpeció desde el principio al nacionalsocialismo.

Por aquellos días en que *Freikorps* * y Reichswehr desalojaban al Gobierno sovietizado de Baviera, el historiador muniqués Karl Alexander von Müller fue partero involuntario del Movimiento NS. Este intelectual mantenía estrecho contacto con los jóvenes oficiales nacionalistas que dominaban la escena política en Munich por aquel entonces. Durante cierta conferencia ante un auditorio militar, el profesor Von Müller se interesó por un sujeto de extraña elocuencia. «Vi —nos refiere el profesor— un rostro enjuto y pálido con mostachos recortados y ojos exageradamente grandes cuyas frías pupilas azules parecían personalizar el fanatismo bajo una greña colgante muy poco marcial [1].» Müller dio un codazo a su vecino y antiguo condiscípulo Mayr: «Oye, ¿no sabes que entre tus monitores hay un orador innato?»

Karl Mayr, capitán de Estado Mayor que dirigía la sección de Prensa y Propaganda en la Agrupación número 4 del Reichswehr (Baviera), identificó al individuo y dijo: «"Ése es Hitler, del regimiento List. ¡Eh, Hitler, acérquese un momento!" Y el interpelado —sigue informando Müller— acudió obedientemente con movimientos torpes, abrumado, según me pareció, por una especie de apocamiento y orgullo.» Aquella escena simbolizó la dependencia de Adolf Hitler respecto del Reichswehr bávaro traducida en un raro servilismo ante sus oficiales del que no logró desembarazarse nunca más el futuro Führer del Gran Imperio alemán.

* Cuerpo de voluntarios.

El capitán Mayr, experto en cuestiones políticas, descubrió al instante el talento propagandístico del cabo Hitler. Desde julio de 1919, el departamento de Mayr en la Schönfeldstrasse de Munich (Ministerio bávaro de la Guerra) elaboraba una lista secreta de confidentes en las diversas unidades, y en ella figuraba también un nombre: «Adolf Hitler [2].» Dondequiera que el capitán Mayr viese amenazado el frente ideológico, surgía su confidente Hitler con los más recientes y ampulosos tópicos para cerrar brechas.

Aquel modesto cabo se hizo poco a poco tan imprescindible que Mayr decidió suprimir en sus misivas el habitual tono cuartelero y emplear fórmulas corteses como la de «distinguido señor Hitler» [3]. Hitler fue pronto un visitante bienquisto en el Ministerio de la Guerra e incluso recibió autorización para intitularse colaborador político del capitán de propaganda. Cuando se produjo el plante de Lechfeld —una caja de reclutas— y los oficiales corrieron peligro de perder su autoridad sobre la tropa, Hitler se interpuso y restableció la situación. «Especialmente el señor Hitler —informaba el confidente Lorenz Frank el 23 de agosto de 1919— se distingue cual un tribuno intuitivo capaz de entusiasmar a cualquier auditorio mediante su fanatismo y su porte sencillo [4].»

Mayr resolvió asignar objetivos más importantes a su acólito. Puesto que también se ocupaba de vigilar a los Partidos políticos bávaros, hizo que Hitler asistiera en setiembre de 1919 a todos los mítines del DAP (Partido de Trabajadores alemanes) [5], un puñado de sectarios nacionalsocialistas que, junto al odio contra los judíos y la República, cultivaban un socialismo aburguesado y lírico («quebrantamiento de le servidumbre tributaria»). El mensajero de los militares alcanzó velozmente el estrellato entre los oradores del DAP, y sus locuaces declamaciones anularon a los politicastros menos arriscados. En enero de 1920, el Partido o, mejor dicho, sus 64 afiliados, eligieron a Hitler como jefe de propaganda, aprobaron el programa político redactado y propuesto por él, y más tarde acordaron titularse Partido nacionalsocialista de Trabajadores alemanes [6].

Por entonces, Mayr pasó al retiro y lo sustituyó un hombrecillo de nariz chata y cráneo rasurado cuyo rostro, desfigurado por un balazo y congestionado, traicionaba su obsesiva ambición: el capitán Ernst Roehm debería contribuir como ningún otro hombre de su tiempo a la proyección de Hitler hacia el escenario político alemán. Era una extraña mezcla de militar prusiano y currutaco bávaro; en sus entrañas ardía la llama del prurito conjurante, y, sin embargo, el erótico homosexual tenía fama entre sus camaradas de auténtico espadachín,

bronco y reacio a todo refinamiento intelectual, pero singularmente dotado con un valor cívico genuino.

Ernst Roehm tenía un carácter algo contradictorio: el entusiasta monárquico bávaro, antiguo jefe de compañía en el regimiento de Infantería número 10 «Koenig» (cuyo primer coronel fue el rey Luis III), quiso socorrer al monarca destronado en 1918 y le prometió «mantener su juramento hasta la muerte» [7]; sin embargo, sólo vio en Baviera como un «orden celular» que debería ser reforzado por las fuerzas nacionalsocialistas para poder tomar al asalto la Babel pecadora de la revolución: Berlín. El *condottiere* de Munich encarnaba, si bien con carácter extremo, toda una generación de oficiales decepcionados y amargados a quienes la guerra perdida y la monarquía derrocada habían hecho descender hasta el nivel más monótono de la vida cotidiana.

Desprovistos de su antiguo prestigio social, desposeídos, al parecer, del honor tradicional, buscando inútilmente nuevas formas de convivencia que parecían haberse insinuado ya en la vida del frente, esos oficiales se rebelaban contra la tambaleante e impopular institución a cuyo sistema se achacaba todo el desbarajuste existente: la democracia, la «República de Noviembre». Los militares alemanes querían reconquistar su antigua posición social y devolver a la patria aquella poderosa arma defensiva que le habían arrebatado los vencedores de 1918.

Un lance histórico del todo imprevisto les ayudó a consumar sus planes: la lucha contra comunistas y espartaquistas ocasionó un breve viraje del poder hacia el campo castrense, sobre todo en Baviera. Tras la caída de aquella república sovietizada, sólo tenía ascendiente quien vistiera uniforme. Cuando estaban casi batidos por los socialdemócratas y casi sometidos por los católicos derechistas del Partido popular bávaro, los oficiales se recobraron y dominaron la política bávara hasta la vuelta al orden constitucional. El capitán Mayr controló los Partidos, el camarada doctor Roth supervisó los órganos jurídicos, el teniente coronel Ernst Poehner asumió el mando de la Policía en Munich [8], y Roehm, por entonces un capitán de treinta y dos años, fue al principio ayudante del gobernador militar de la plaza y, después, estando a cargo de la Sección Ib (Armamento y Pertrechos) en el Estado Mayor de la brigada mandada por el coronel Ritter von Epp, recibió la misión más peliaguda que se podía encomendar a un oficial alemán en aquella época: organizar y equipar la llamada Guardia cívica de Baviera [9].

El Tratado de Versalles había impuesto severas restricciones al

armamento y potencialidad del Reichswehr. Alemania tenía siete divisiones de Infantería y tres de Caballería [10], las cuales carecían prácticamente de reservas para emplear en casos urgentes. Los oficiales veían tan sólo una solución: proveer al país con un segundo Ejército, un Reichswehr «negro». Roehm imaginaba una tropa «sucedánea», una especie de milicia nacional, «un ejército de paisanos con su mosquetón en el ropero», como lo describió el cronista Konrad Heiden. El capitán halló un aliado muy imaginativo en el consejero forestal Escherich, afiliado al Partido popular bávaro. Entre ambos crearon la milicia más poderosa en la historia de Alemania: la Guardia cívica bávara [11].

Roehm, trabajador infatigable, se procuró armas y construyó polvorines secretos sin dejar el menor rastro de sus actividades ante los recelosos Aliados. Sólo en Munich concentró 169 cañones ligeros, 11 piezas pesadas, 760 ametralladoras, 21 351 fusiles, carabinas y pistolas, 300 000 granadas de mano y ocho millones de municiones diversas [12]. Hacia 1935, una tercera parte del armamento empleado por la Wehrmacht pertenecía todavía al arsenal secreto de Roehm [13].

No obstante, la Guardia cívica bávara tuvo un abrupto fin en el verano de 1921. El Gobierno central de Berlín, cumpliendo una promesa hecha a los Aliados, la disolvió en Munich [14] y privó a Roehm de sus mejores auxiliares. Tras aquella limpieza, sólo le quedaron al capitán unas cuantas organizaciones militantes de la extrema derecha y los residuos del Cuerpo voluntario que vegetaron en la penumbra jugando a los soldados, representando comedias de capa y espada. Los detractores de la democracia descubrieron súbitamente que no se podía hacer nada sin las masas. A los jefes les faltaba la comparsa, la masa humana, lo único que podía darles peso aun cuando la aborreciesen en el fondo... solidarizándose con las ideas poéticas del bardo reaccionario Bogislaw von Selchohw:

Ich hasse
die Masse,
die kleine,
gemeine,
den Nacken gebeugt,
die isst und schläft und Kinder zeugt.

Ich hasse
die Masse,
die lahme,

die zahme,
die heut an mich glaubt
und die mir morgen mein Herlzblut raubt * [15].

Pero Roehm conocía a un hombre capaz de cautivar a las masas. Había trabado amistad con el propagandista del NSDAP, Adolf Hitler, en el «Eisernen Faust» **, un círculo nacionalista de Munich [16]. El antiguo confidente del Reichswehr le pareció a Roehm un pregonero sensacional, un captador de esas multitudes que tanto necesitaba el capitán para su ejército fantasma. Y cuando Hitler conquistó la presidencia del NSDAP en julio de 1921 [17], Roehm tomó su resolución sin dudarlo más: marchó con Hitler al asalto del poder.

Mientras se desgañitaba el agitador austríaco e iba de cervecería en cervecería azuzando al pequeño burgués, principal víctima de la inflación, contra los «delincuentes de Noviembre», Roehm organizaba el primer comando que debería proteger la inestimable vida del pregonero. Zapadores de la compañía número 19 mandados por el capitán Streck aporreaban a todo el que perturbaba las concentraciones del NSDAP [18]. Con el tiempo, esos soldados constituyeron un servicio regular del Partido, servicio que originó más tarde diversas secciones gimnásticas y deportivas de las cuales nació, por fin, aquella organización sin la que hubiera sido inimaginable el movimiento nacionalsocialista: las Secciones de Asalto o, abreviado, las SA [19].

Roehm había seleccionado las primeras unidades y luego buscó también los primeros jefes para las SA. Y los encontró entre los despojos de la II brigada de Marina mandada por el capitán Hermann Ehrhardt, un derechista radical cuyos hombres se habían desperdigado por todo el país [20], tras su intervención en el alzamiento frustrado del gobernador civil Kapp contra el Gobierno central (marzo de 1920). En Munich se amadrigaron algunos rezagados de Ehrhardt formando una sociedad denominada «Organización Cónsul» (OC) [21]. El hosco capitán, un excéntrico mal dotado, evidentemente, para la carrera de conspirador, rechazó al principio toda relación con Hitler («¡Dios santo! ¿Qué pretende hacer ese idiota?») [22], pero Roehm logró convencerle alegando que, en definitiva, la brigada necesitaba cuadros de tropa para su oficialidad. Por fin, Ehrhardt accedió y traspasó sus mejores oficiales a la SA. El teniente «OC» Johann Ulrich Klintzsch asumió el

* Yo odio / a la masa, / al anodino / villano / que con cerviz doblegada / come, duerme y procrea. / Yo odio / a la masa, / al débil, / al amaestrado / que hoy cree en mí / y mañana me chupará la sangre.

** «El puño de hierro.»

mando e instrución de las SA[23], el primer teniente Hoffmann fué jefe de la plana mayor[24] y, más tarde, se agregó también el teniente de navío barón Von Killinger, requerido judicialmente por su participación en el asesinato de Erzberger[25]. Poco después, la «Brigada Ehrhardt» vino a ser una «Sección hitleriana de Asalto», y el himno guerrero de los marinos sufrió algunas transformaciones, aunque sólo incidentales:

Cruz gamada en el casco de acero
divisa negra, blanca y roja,
ahora se nos llama
«Sección hitleriana de Asalto»[26]

El 3 de agosto de 1921, prometieron en el manifiesto fundacional de las SA servir «como organización básica» del NSDAP y rendir «obediencia ciega» al Führer[27]. Pero Hitler observó muy pronto que se movía como un extraño en las SA. No era él quien marcaba el ritmo, sino Roehm y los oficiales de Ehrhardt con sus incesantes órdenes.

Hitler concebía, ante todo, las SA cual un instrumento de propaganda política, una columna que fijaba pasquines electorales, manejaba eficazmente la cachiporra en los turbulentos mítines e impresionaba mediante sus bélicos desfiles a aquellos alemanes admiradores de la autoridad. Por el contrario, los jefes SA querían formar sus cuadros como contingentes de tropas auténticamente disciplinadas[28]. A decir verdad, las SA eran fuerzas regulares para el Reichswehr y figuraban así en los planes de movilización: el batallón de Ingenieros número 7 y el regimiento de Infantería número 19, ambos pertenecientes al Reichswehr bávaro, asumieron la instrucción militar de las SA, y por fin el Regimiento SA de Munich (efectivos en 1923: 1 150 hombres) fue reforzado con una agrupación de Artillería y un escuadrón de Caballería en los que había graduaciones tales como jefe de pieza y de escuadra[29].

El capitán laureado Hermann Goering, puesto por Hitler al frente de las SA para mantener cierto equilibrio con los oficiales de Ehrhardt, fundó a principios de 1923 un Alto Mando SA[30] que funcionó como un Estado Mayor de división con dos jefes para la Infantería y la Artillería[31]. Hitler barruntó instintivamente que se estaba formando un poder dentro del Partido, cuyos componentes obedecían órdenes ajenas. El teniente coronel retirado Kriebel, jefe militar de la «Comunidad laboral de Unidades militantes patrióticas», a la que se había adherido el NSDAP junto con otros grupos derechistas radicales, exi-

gió de forma terminante: «¡Los políticos deben cerrar la boca[32]!» En el boletín número 2 del Alto Mando SA se leía que el jefe de las secciones locales debería «prestar la máxima ayuda» al jefe SA cuando representara el papel de «pregonero»[33], y Hitler supo por una orden de Hoffmann, el jefe del Estado Mayor, que se pensaba reconstituir «las SA como una organización especial dentro del movimiento nacionalista, ajena a la jefatura del Partido y a las secciones locales»[34].

Ahí apuntaba ya el conflicto que inquietaría una y otra vez al Movimiento hasta el fin de Roehm: el feroz litigio entre SA y mandos políticos. Hitler comprendió muy pronto el peligro que se cernía sobre él. Y se rodeó de una guardia pretoriana destinada a contrarrestar la presión ejercida por los rebeldes oficiales SA.

En marzo de 1923, surgió lo que resultó ser más tarde una célula madre de las SS: varios combatientes veteranos juraron proteger a Hitler, arriesgando la propia vida, contra todos los enemigos externos e internos, y se denominaron «Guardia de plana mayor»[35]. Por vez primera apareció el color negro de los futuros SS. Esos guardaespaldas adoptaron varios distintivos para diferenciarse de las SA: completaron la guerrera y la trinchera gris con gorras negras de esquiador en las que brillaba un pasador plateado que representaba una calavera, y se pusieron un brazalete negro adornado con la cruz gamada con orlas negras[36].

Desde luego, aquel cuerpo de guardia tuvo corta vida. Cuando el capitán Ehrhardt rompió, dos meses más tarde, todos los lazos con Hitler y retiró a sus mercenarios de las SA[37], Hitler formó una nueva guardia y le dio su nombre: «Tropas de choque Adolf Hitler[38].» Bajo la presidencia de Joseph Berchtold, segundo cajero del NSDAP y comerciante de papelería (un hombrecillo cuya estatura le calificaba casi como enano) y del miembro SA Julius Schreck, los agresivos militantes se reunían periódicamente en el «Torbraeu», un local cercano a la Isartor de Munich[39]. Y allí, en la caliginosa bolera, se proyectaban las primeras acciones. Aquellas tropas de choque tenían poco en común con los asalariados de Ehrhardt y Roehm; pertenecían a otra esfera sociológica del Partido. Casi todos ellos eran pequeños burgueses y artesanos de Munich, y entre los que podían llamarse oficiales había, a lo sumo, unos cuantos tenientes de complemento.

Ulrich Graf, el principal guardaespaldas de Hitler, era luchador y había adquirido cierta celebridad como pugilista aficionado[40]; Emil Maurice, relojero y amigo íntimo de Hitler, constaba en el registro penal por estafa[41], y el antiguo palafrenero Christian Weber ganaba un modesto salario como sirviente en el «Blauen Block» de Munich[42].

Sin embargo, a todos ellos les unía lo que parecía ser su misión primordial: proteger la vida de Hitler y la de otros jefes nacionalsocialistas.

A la menor indicación de Hitler, acudían en bloque con sus «gomas de borrar» y sus «encendedores» (como ellos llamaban a las cachiporras y a las pistolas)[43], a fin de preservar a su Führer de los adversarios engorrosos. En 1942, Hitler prodigaba todavía ditirambos a «aquellos hombres dispuestos siempre a la acción revolucionaria y sabedores de que algún día sería preciso devolver golpe por golpe»[44].

Ese día llegó en noviembre de 1923. La política del Gobierno bávaro había tomado un giro imprevisto que Hitler deseaba aprovechar para sus planes: el jefe del Gobierno bávaro —un monárquico particularista—, el delegado general del Estado Gustav Ritter von Kahr y el comandante regional del Reichswehr en Baviera, teniente general Otto Hermann Lossow, se habían enemistado de tal forma con Berlín que se esperaba de un momento a otro la emancipación bávara. El Estado militar bávaro, el «orden celular» en el que se agrupaban desde muchos años atrás todas las fuerzas regionales que habían jurado terminar con la democracia y el progreso, se aprestó para la batalla decisiva.

Por aquellas fechas, Ritter von Kahr se propoma convocar una conferencia de personalidades el 8 de noviembre en la «Bürgerbraeukeller», famosa cervecería en la Rosenheimerstrasse de Munich[45]. Y apenas lo hizo, Hitler decidió dar el golpe, intuyendo que Kahr intentaba proclamar la independencia de Baviera. Pero él ambicionaba algo más; él pretendía intimidar a los particularistas bávaros y hacerles huir hacia delante, es decir, marchar sobre Berlín y derrocar la «República de Noviembre»[46].

Así, pues, Hitler alertó presurosamente a sus aliados populistas cuya ayuda le había sido prometida para el proyectado golpe de mano[47]; también se avisó aprisa y corriendo al ex primer jefe de cuartel, general Ludendorff[48], quien también se había solidarizado con los insurrectos bajo la impresión de que se le reservaría el papel estelar. Hitler agrupó a tambor batiente a los 50 miembros de su guardia personal, y ahí empezó todo: se puso una levita negra, prendió en su solapa la Cruz de Hierro de primera clase y partió a escape[49]. Hacia las 20 horas estaba apostado ante la «Bürgerbraeukeller» esperando su entrada en escena[50].

Cuarenta y cinco minutos después compareció el jefe del grupo de choque Berchtold, y emplazó una ametralladora frente a la puerta del local[51]. No bien hecho eso, Hitler entró con sus guardaespaldas en la

abarrotada «Bürgerbraeukeller», sacó una pistola y la disparó al aire [52]. Luego, saltó sobre una mesa y vociferó: «¡Acaba de estallar la Revolución nacional! ¡Esta sala está rodeada por seiscientos hombres bien armados y nadie podrá abandonarla! ¡Desde este instante, quedan depuestos el Gobierno bávaro y el Gobierno del Reich! ¡Se formará inmediatamente un Gobierno provisional [53]!» Los sobresaltados militares y políticos bávaros toleraron momentáneamente las extravagancias de aquel vesánico; todos ellos manifestaron el deseo de pactar con Hitler [54].

Sin embargo, a la mañana siguiente Kahr y Lossow movilizaron sus tropas contra los jefes nazis y se distanciaron otra vez de Hitler [55]. El estratega del levantamiento permaneció sentado como un paralítico en la «Bürgerbraeukeller» esperando oír buenas noticias. Pero éstas no llegaron. Sólo uno de los partes pareció algo alentador y fue lo que al fin le hizo echarse a la calle: Roehm se había abierto paso con una unidad militante fundada por él, la «Reichskriegflagge», hasta el Ministerio de la Guerra, y se defendía allí contra fuerzas cada vez más numerosas del Ejército y la Policía [56].

Hacia el mediodía del 9 de noviembre, Hitler marchó con sus adeptos y aliados en apretada columna de a ocho por la angosta Residenzstrasse [57] para rescatar a Roehm, quien mantenía todavía sus posiciones en el Ministerio. Llegados a la plaza del Odeón, encontraron en la escalinata del «Feldherrnhalle» a unos cien policías municipales que les cerraron el paso [58]. Cuando los sublevados decidieron, tras breve vacilación, reanudar su marcha, se les interpuso una segunda unidad de Policía municipal [59]. Ludendorff y Hitler avanzaron lívidos, con enorme cautela. Entonces, el guardaespaldas de Hitler, Graf, saltó adelante y plantándose ante los fusiles de la Policía gritó: «¡No disparen! ¡Hitler y Su Excelencia el general Ludendorff vienen con nosotros [60]!» Un instante después, resonaron las descargas. Dieciséis nacionalsocialistas, entre ellos cinco miembros de la guardia personal, y tres policías perdieron la vida; además, se arrestó a casi toda la oficialidad del movimiento nazi [61]. El jefe de la guardia personal, Berchtold, y el comandante SA Goering, gravemente herido, lograron escapar hacia Austria [62].

La aberración de Adolf Hitler desbarató el NSDAP. El Partido, la organización SA y las fuerzas de choque fueron declarados ilegales; sólo restó un puñado de nazis mal avenidos que se refugiaron al principio bajo la bandera salvadora de Ludendorff y, después, se dividieron en nuevos grupos y camarillas [63]. Unicamente hubo uno que creyó en la prosecución del trabajo iniciado: fue el infatigable Ernst Roehm,

expulsado del Ejército y dejado en libertad tras un breve período de arresto domiciliario [64]. Estando todavía preso en la fortaleza de Landsberg, Hitler le había nombrado jefe de las ilegales SA [65].

Sin embargo, Roehm se percató inmediatamente de que el Gobierno no levantaría la prohibición decretada contra las SA. Entretanto, Kahr, secundado por el antiguo jefe de Roehm, Ritter von Epp, había agrupado todas las organizaciones militantes en una «unidad auxiliar» para ejercer sobre ellas un riguroso control [66]. A raíz de aquello, Roehm fundó una nueva organización militante con los residuos de las SA, la puso bajo el patrocinio del general Ludendorff, y la denominó «Sección combatiente» [67].

Mediante esa sección combatiente, Roehm consiguió por vez primera conquistar adeptos nacionalsocialistas para sí y para los camisas pardas fuera de Baviera. Hasta la subversión de noviembre, el movimiento hitleriano había traspasado apenas los límites municipales de Munich, pero ahora los supervivientes del antiguo Cuerpo voluntario y los nacionalsocialistas dispersos de Alemania septentrional se afiliaban a la Sección combatiente [68]. Aventureros inhumanos afectos al nacionalismo ultrarradical y oficiales del Cuerpo voluntario, que más tarde pretendieron imponer el bandolerismo como régimen interno de las SA, se alistaron bajo los estandartes de Roehm: el capitán Von Heydebreck y el conde de Helldorf, así como el teniente Edmund Heines, un camorrista coriáceo y experto en todos los desalmamientos conocidos [69], «abordaron por vez primera» a Roehm, siempre interesado en las nuevas amistades masculinas según lo explica él mismo en sus memorias [70].

Durante su apogeo, las SA hitlerianas habían alistado a lo sumo a 2 000 hombres [71], y ahora Roehm podía ofrecer a su amigo en la celda de Landsberg una sección combatiente integrada por 30 000 miembros [72]. No obstante, cuando Hitler contempló el ejército creciente del capitán sintió un leve malestar. Roehm («Hoy día sigo siendo un soldado y sólo un soldado» [73]) proclamaba sin cesar la autonomía de sus organizaciones militantes ante los políticos populistas. «El movimiento político y la seguridad militar son dos cosas absolutamente independientes entre sí», escribía en una de sus misivas a Ludendorff [74].

Pero cuando Hitler recobró su libertad en diciembre de 1924 [75] y encomendó al capitán la refundición de los elementos SA, se produjo el choque entre ambos socios. Hitler no quiso tolerar nunca unas SA independientes al estilo de las milicias organizadas por Ehrhardt; sin embargo, Roehm se aferró a su idea de que el hombre público no debía ejercer autoridad alguna sobre el soldado y, por tanto, Hitler

seguiría siendo el pregonero de las unidades militarizadas[76]. «Tampoco se tolerará la política de partidos en la Sección Combatiente ni en las SA», advertía Roehm al antiguo cabo en un memorándum en el que manifestaba asimismo en tono apodíctico: «Prohíbo terminantemente la intromisión de las SA en los asuntos internos del Partido; pero también me niego a que los jefes SA reciban instrucciones de los dirigentes políticos[77].»

Roehm no advirtió que Hitler había tomado mucho antes una determinación: no permitir el resurgimiento de las SA hasta estar seguro de que ningún extraño con uniforme SA pudiera volver a dictarle leyes sobre sus movimientos. Así, Hitler se apartó de Roehm. Y el auténtico fundador de las SA no tuvo más remedio que despedirse de Hitler con una carta fechada el 30 de abril de 1925 y redactada en los siguientes términos: «Recordando las difíciles y hermosas horas que hemos vivido juntos, quiero agradecerte con todo afecto tu camaradería y rogarte que no me prives de tu amistad personal[78].» Un mes después, escasamente, Hitler dio la respuesta. Le hizo saber lo siguiente por conducto de su secretaría: «Por ahora el señor Hitler no piensa acaudillar ningún movimiento militante. Si lo hizo en su día fue sólo a instancias de ciertos caballeros que más tarde le dieron esquinazo. Hoy no necesita más que una guardia de galería como antes del año 1923[79].»

Estaba próximo ya el nacimiento de las SS (Escalones de Proteccección). Ahora ellos realizarían lo que nunca se prestaron a hacer las antiguas SA adiestradas por Roehm y Ehrhardt: respaldar la autoridad hitleriana dentro del Partido, ejecutar ciegamente y en todo momento las órdenes de su Führer. Mucho más tarde, Hitler describió la génesis de los SS: «Por aquellas fechas me dije que necesitaba una escolta personal aun cuando fuese pequeña, formada por gente adicta a mí incondicionalmente e incluso dispuesta a lanzarse contra sus hermanos. Eran preferibles veinte hombres de una misma ciudad —a condición de poder tener absoluta confianza en ellos— que una masa heterogénea[80].»

Desde luego se divulgó entre sus correligionarios una versión muy distinta sobre la creación de las SS. Esa versión apareció transcrita más tarde en cada manual escolar del III Reich. Puesto que las SA seguían estando fuera de la ley, el Partido fundado en febrero de 1925 necesitó procurarse otra organización para combatir el creciente terrorismo de los adversarios políticos[81]. Se callaba, sin embargo, que Hitler había obstaculizado deliberadamente la reaparición de las SA. Aquella prohibición de las SA no era válida, ni mucho menos, para

todas las provincias alemanas; al contrario, esa organización adquiría gigantescas proporciones especialmente en Alemania septentrional y occidental, aunque sin someterse a la voluntad, todavía discutible, del jefe nacionalsocialista establecido en Munich [82].

Hitler quería ganar tiempo para organizar su propia escolta personal. En abril de 1925, llamó al veterano guardaespalda Julius Schreck, quien hacía entonces las veces de chófer, y le ordenó formar una nueva guardia personal. Pocas semanas después se trocó el título de guardia personal por otro más aparatoso: «Escalones de Protección» [83]. Schreck encontró los primeros elementos SS allá donde también nacieran la guardia personal y las fuerzas de choque, es decir, ante el mostrador de la «Torbreau» junto a la Isator, en Munich. Al principio, fueron sólo ocho hombres [84]. Casi todos procedían de las «Tropas de Choque Adolf Hitler». Vistieron el uniforme de su antigua unidad, aunque sustituyendo la camisa gris por otra parda *, introducida entretanto en el Partido, con una corbata negra [85].

Posteriormente, el jefe SS Schreck fundó nuevos escalones en otras ciudades. El 21 de setiembre de 1925, distribuyó la «Orden circular número 1» en la que exigía la creación de escalones a todas las delegaciones provinciales del NSDAP [86]. Por lo pronto, deberían ser grupos pequeños y pujantes de elementos escogidos, todo lo más diez hombres y su jefe; sólo el de Berlín tendría 20 hombres y dos jefes [87]. Schreck tuvo buen cuidado de que la SS reclutara únicamente hombres excepcionales o, mejor dicho, arquetipos físicos según el culto a la fuerza de los nazis. La jefatura SS aceptó exclusivamente aspirantes cuyas edades oscilaran entre los 23 y los 35 años; todos ellos deberían citar dos fiadores, haber residido cinco años por lo menos en su lugar de origen y tener una «constitución sana y atlética» [88].

«Los alcohólicos crónicos, los charlatanes y otros incapaces de diversa índole, quedan descartados», se leía en las *Directrices SS* [89]. Cuando Schreck supo por un suelto del *Voelkischer Beobachter* en noviembre de 1925 que el camarada Daub había creado un escalón de protección con quince ex afiliados SA en Munich-Neuhausen y que se había proclamado su jefe [90], formuló una protesta oficial como fundador de la organización. El 27 de noviembre se dirigió a la jefatura del Partido en los siguientes términos: «Puesto que la llamada

* La camisa parda se convirtió en símbolo nacionalsocialista por una jugarreta del azar. Alguien había ofrecido al jefe SA Rossbach, refugiado en Austria, un enorme lote de camisas pardas destinadas a la guarnición del Africa oriental alemana. Rossbach aceptó esa oferta y transportó el cargamento a Alemania en 1924. Los SA llevaban camisa parda con un brazalete igualmente pardo como réplica a la corbata negra de los SS. (Heinrich Bennecke: *Hitler un die SA*, pág. 125.)

fundación no es más que el rebautizo de las antiguas SA en "Escalones de Protección", solicito a la superioridad SS una intervención directa, de modo que esos caballeros no puedan utilizar el título "Escalones de Protección" para denominar dichas secciones. Una organización erigida trabajosamente sobre bases firmes e incorruptibles no puede estar expuesta a tales fantochadas [91].»

Afanoso e incansable, Schreck hizo propaganda «entre los mejores y más leales miembros del Partido para proteger el Movimiento y laborar en su beneficio con la máxima abnegación y perseverancia». También especificó en una gacetilla los principales deberes del militante SS: «Salvaguardar las manifestaciones políticas de su distrito, conseguir suscriptores y anunciantes para el *Voelkischer Beobachter*, promover la afiliación al Partido [92].» Y el jefe de sección Alois Rosenwink, verdadero organizador de la Dirección general SS concebida como oficina central, braveó en el más puro alemán «pardo»: «Sobre nuestras gorras negras ostentamos la calavera para advertir a nuestros enemigos y testimoniar a nuestro Führer el firme propósito de defender su causa con la vida [93].»

A Munich llegaron uno tras otro los primeros partes triunfantes: en Dresde las secciones SS habían desbaratado un complot proyectado por 50 comunistas para dispersar una concentración nazi [94], y en Sajonia —según informaba Rosenwink— «no se atreve ya ningún marxista a perturbar nuestras manifestaciones desde que los SS aunados de Dresde, Plauen, Zwickau y Chemnitz no sólo propinaran una formidable paliza a los comunistas en el "Marmorpalast" *, de esta última ciudad, sino que también arrojaran a los más levantiscos por la ventana» [95]. Llegadas las Navidades de 1925, la jefatura superior SS hacía constar ya lo siguiente: «Contamos con un Cuerpo homogéneo de seguridad integrado por casi mil hombres [96].» A decir verdad, el número de auténticos militantes SS quedó reducido en un instante a 200 [97], lo cual no les impidió ocupar posiciones excepcionalmente sólidas como primera organización solidaria dentro del NSDAP.

En abril de 1926, regresó Berchtold del exilio austríaco. Schrecks entregó el mando al antiguo jefe de las tropas de choque [98]. Tras la reaparición de los facciosos de noviembre, Hitler promovió públicamente los Escalones de Protección, convirtiéndolos en su organización predilecta. Cuando se celebró la segunda Asamblea general del Partido en Weimar el 4 de julio de 1926, Hitler entregó la «bandera ensan-

* Palacio de mármol.

grentada» a los SS, aquel paño que tremolara ante la columna de manifestantes en la Residenzstrasse el 9 de noviembre de 1923 [99]. Los SS perseveraron y crecieron... Entonces, Hitler pudo emprender por segunda vez una acción con las SA, aunque no se aventuró a la ligera. Supo muy bien que necesitaría el equipo transmisor de todo un Ejército para abrirse paso hasta el poder en aquella Alemania de Partidos multitudinarios y manifestaciones políticas.

Ahora bien, los jefes SA fuera de Baviera siguieron desconfiando del austríaco Hitler. Éste hubo de buscar a un hombre que le proporcionara contactos con los numerosos grupos dispersos de las SA. Y lo encontró en la persona del ex capitán Franz Pfeffer von Salomon [100], antiguo jefe del Cuerpo voluntario en Alemania septentrional. El 27 de julio de 1926, Joseph Goebbels escribió en su diario: «Entrevista con el jefe a las 12 horas. Importante deliberación. Pfeffer será jefe de las SA del Reich [101].» En realidad, se creó una situación muy seria para Hitler, pues Pfeffer, confidente de los jefes nacionalsocialistas norteños, cuyas actitudes eran todavía remisas frente al hombre de Munich, ocupó un puesto relevante en la jefatura del Partido...: espía y celador a un tiempo.

Hitler tuvo que conceder considerables atribuciones al representante del Cuerpo voluntario: el 1.º de noviembre de 1926, Pfeffer fue nombrado «jefe supremo SA» (OSAF) con absoluta autoridad sobre todas las secciones de asalto en Alemania; desde luego, estuvo obligado a cumplir estrictamente las instrucciones de Hitler, jefe del Partido, pero ello no le impidió reformar a su arbitrio la organización SA [102]. No obstante, Hitler consideró la alianza con los nacionalsocialistas norteños como un éxito sin precedentes; tanto fue así que toleró la relativa dependencia jurisdiccional de sus SS. Éstos quedaron subordinados asimismo al OSAF, y su jefe recibió un magro resarcimiento: Berchtold pudo titularse en lo sucesivo *Reichsführer* SS [103].

Pero su entusiasmo se apagó pronto. Vio cernirse el peligro de que su selecta mesnada se viera sometida irremisiblemente a las SA y a los funcionarios del Partido. Con anterioridad, el problema había influido ya en el nombramiento de Berchtold: los miembros de la jefatura superior habían votado contra su predecesor, Schreck, porque el bronco fundador de los SS les parecía un títere demasiado complaciente bajo las inextricables bambalinas del aparato político montado por el Partido, tales como lo fueron más tarde el *Reichsleiter* Philip Bouhler y Franz Xaver Schwarz [104]. «Se ha obrado —escribe el dirigente Ernst Wagner a Hitler— bajo la impresión de que Schreck no está dotado con el indispensable talento organizador ni posee sufi-

ciente reputación como jefe para garantizar que los SS sigan siendo las huestes selectas del Movimiento[105].»

Así, pues, fue elegido un hombre más enérgico que, no obstante su firmeza, tampoco pudo eludir las maquinaciones del aparato político.

«Ni los grupos locales ni las jefaturas de distrito —decretó— tienen derecho a inmiscuirse en los asuntos internos de los SS locales[106].» Y en otra de sus órdenes dictaminó: «Los Escalones de Protección poseen absoluta independencia dentro del Movimiento[107].» Sin embargo, Berchtold no logró imponer su criterio a los funcionarios del Partido. Por vez primera se entrevió ese antagonismo latente entre los adalides SS y la complicada maquinaria política que persistió hasta el fin del III Reich. Cuando el militante SS Wagner clamó en un mitin interno del Partido el 11 de mayo de 1926 que se debería «sahumar» a los «bonzos», los susodichos bonzos Bouhler y Schwarz le prohibieron para siempre la entrada en el edificio número 50 de la Schellingstrasse de Munich, sede de la jefatura superior SS. E incluso el *Reichsführer* Berchtold hubo de confirmar por escrito la prohibición dictada contra el camarada Wagner, como éste mismo comunicó indignado a Hitler: «Berchtold me confesó que le habían obligado a ello los señores Bouhler y Schwarz[108].»

Como quiera que a tales contrariedades se agregase todavía la nueva preponderancia de las SA, Berchtold renunció finalmente a su cargo. En marzo de 1927, Erhard Heiden, lugarteniente de Berchtold, fue nombrado *Reichsführer SS*[109], y tampoco pudo resistir el empuje masivo de las SA. El OSAF Pfeffer prohibió, incluso, que los SS crearan nuevos Escalones de Protección en aquellas ciudades donde no estuviesen representadas todavía las SA[110].

Los escalones de protección pudieron tener tan sólo en cada comunidad una fuerza equivalente al diez por ciento de las SA[111] y así, pues, su crecimiento hasta 1928 se redujo a la ridícula cifra de 280 afiliaciones[112]. Los militantes escogidos SS hubieron de actuar con frecuencia a las órdenes de los jefes SA e incluso hacerles el juego: repartir órdenes del día, distribuir material de propaganda y vender el *Voelkischer Beobachter*[113]. A menudo tuvieron que conformarse con resultados tan mediocres como el siguiente del año 1926: «Durante el mes de octubre se lograron las siguientes suscripciones mediante los Escalones de Protección: 249 afiliados para el NSDAP, 54 lectores para el *Voelkischer Beobachter*, 169 lectores para el *Stürmer*, 82 lectores para el *Nazionalsozialist*, 140 lectores para el *Südwestdeutscher Beobachter*, 475 lectores para el *Westdeutscher Beobachter*, 189 lectores para los restantes periódicos nacionalsocialistas; además, se ven-

dieron 2 000 ejemplares del *Beobachter* ilustrado.» Titular del triunfal comunicado: *¡Así trabajamos nosotros!*[114].

Solamente la fe en su propia predestinación fue «tal vez lo que elevara la moral de esas huestes y les hicieran rendir al máximo» (Konrad Heiden)[115]. Entre ellos triunfó una sola consigna: «¡la aristocracia calla[116]!» Fueron una escolta silenciosa de las columnas militarizadas pardas... Sus condiciones de ingreso, cada vez más rigurosas, mantuvieron despierto el ánimo firme de los SS. «Los SS jamás participan en las discusiones de los afiliados cuando celebran sus mítines. Los coloquios vespertinos, en los que no se permite fumar a ningún militante SS ni nadie puede abandonar el local durante las conferencias, sirven para el adoctrinamiento político de la gente», se lee en la «Orden número 1» del *Reichsführer* Erhard Heiden, fechado el 13 de setiembre de 1927. «El militante SS y el jefe SS mantienen silencio y nunca invaden áreas (jefaturas locales de grupos políticos y SA) que no les conciernen[117].»

Las ordenanzas prescribían que cada unidad acudiera «en fila de a dos alineada por estaturas» a las concentraciones, después de pasar lista y revista. El militante SS debía llevar siempre consigo el carnet del NSDAP, el documento de identidad SS y el cancionero SS[118]. Especialmente se exigía el riguroso cumplimiento de la «Orden número 8», que prohibía llevar armas. Hitler se había propuesto conquistar el poder por vías de aparente legalidad, lo cual requería, entre otras cosas, que el Partido se mantuviera alejado oficialmente de todas las organizaciones politicomilitares y de las sociedades castrenses ilegales. Antes de cada servicio, los jefes SS debían registrar a sus respectivas unidades e incautarse de cuantas armas encontraran[119].

Aquella disciplina férrea de las formaciones SS impresionaba a todo el mundo, incluidos los adversarios políticos. La Dirección general de Policía en Munich hacía los siguientes comentarios en un informe secreto fechado el 7 de mayo de 1929: «...y, sobre todo, la severa disciplina impuesta a los elementos SS. Quien cometa la más mínima infracción contra lo dispuesto en las órdenes diarias SS, sufre sanciones pecuniarias cuando no se le amenaza con la retirada del brazalete o la inhabilitación temporal. Se asigna particular importancia al comportamiento del individuo y a su indumentaria»[120].

Los SS debían demostrar con cada pulgada de su apariencia que constituían la aristocracia del Partido. «Entre todos los afiliados nacionalsocialistas, cada militante SS debe ser el más representativo que se pueda imaginar», se lee en un prontuario SS[121]. Asimismo, su himno oficial, que remataba invariablemente toda manifestación

SS, dejaba traslucir una fe fanática en la misión regeneradora del escalón de protección:

Aunque todos pierdan su lealtad,
nosotros permaneceremos fieles
a fin de ser siempre un emblema
para vosotros en la Tierra[122].

«Las SA son la línea; los SS, la guardia», se vanagloriaba uno de ellos. «Siempre ha habido una guardia hasta la Guerra Mundial. La tuvieron los persas y los griegos, César, Napoleón y el viejo Fritz. Y los SS serán la guardia de esta Alemania nueva[123].»

Ese portavoz se propuso convertir los SS en amos y señores del Reich. Desde entonces, la historia de los SS sería su propia historia; la crónica de las operaciones SS, su propia crónica; la lista de los delitos SS, sus propios delitos. El 6 de enero de 1929, Hitler lo puso a la cabeza de los SS como nuevo *Reichsführer*. Se llamaba Heinrich Himmler[124].

3. Heinrich Himmler

El tren progresaba traqueteando con ritmo monótono hacia el Norte, y las expresiones de los viajeros eran cada vez más herméticas. Hacía ya varias horas que Albert Krebs, primer *Gauleiter* nacionalsocialista de Hamburgo, escuchaba el charloteo de un individuo sentado enfrente que había subido con él en la estación de Elberfeld [1].

El sujeto era de estatura media aunque realmente fornido, tenía un rostro carnoso de facciones vulgares. El mentón pequeño, casi huidizo, revelaba cierta indolencia, mientras que los ojos, entre grises y azulados, que observaban vivazmente el mundo circundante a través de sus quevedos, denotaban más bien una energía considerable. Asimismo, sus ásperos modales eran difícilmente conciliables con la delicadeza de aquellas manos menudas, casi femeninas, cuyos dedos mostraban los buenos servicios de una excelente manicura.

Naturalmente, el *Gauleiter* Krebs no percibía por aquellas fechas —primavera de 1929— la naturaleza paradójica de su acompañante. Tan sólo entreoía con creciente animadversión lo que opinaba el nuevo *Reichsführer SS* Heinrich Himmler sobre la situación política. «En política —pontificaba Himmler— todo depende de los factores incógnitos. Por ejemplo, tiene importancia decisiva el saber de dónde le llegó al jefe SA Conn su extraño apellido (cuyas resonancias recuerdan el Cohn judío); también convendría averiguar si el *Gauleiter* Lohse, como antiguo empleado de Banco, ha caído bajo la influencia del capital judío.» Krebs se limitó a sacudir la cabeza [2].

Treinta años después, aquellas elucidaciones de Himmler, cuyo «recuerdo permanecía espantosamente vivo en su memoria», le parecieron «una extraña mezcolanza en la que predominaban la fanfarronería marcial, el parloteo de las tertulias aburguesadas y el afán profético del predicador sectario» [3].

No fue solamente Albert Krebs quien opinó así sobre el camarada

Himmler en su primera visita oficial a los Escalones de Protección del NSDAP, pues otros elementos nacionalsocialistas que habían logrado conservar la libertad para exteriorizar su pensamiento vieron al nuevo y joven (29 años) rector de los SS como un títere de Adolf Hitler, algo vocinglero e inseguro y bastante provinciano. Más tarde, aparecieron en el retrato del facundo demagogo ciertos rasgos diabólicos e inquietantes. Cuanto más poder se acumuló entre las manos femeniles de Himmler, más irreal, más espectral e inhumana se hizo la figura del *Reichsführer SS* para los alemanes. Himmler resultó muy pronto una abstracción impersonal, una personificación desvaída del Estado policíaco nacionalsocialista, un ogro dispuesto a aniquilar sin remisión a toda persona de ideas diferentes, un ser aparentemente extraño a la condición humana. Ningún detalle personal de su existencia dejó entrever lo que se ocultaba tras aquel pomposo título de *Reichsführer SS...*, y hoy día los alemanes desconocen todavía su personalidad.

Quienes lo conocieron en vida encuentran gran dificultad para explicar de forma inteligible cómo fue el verdadero Himmler. Hay tantos elementos perturbadores en cualquier retrato completo de Himmler que los coetáneos y biógrafos presentan a varios Himmler distintos: Himmler el verdugo, Himmler el hombre bonachón, Himmler el fanático ideólogo del racismo, Himmler el incorruptible apóstol de la higiene, Himmler el instrumento manejable de su Führer, Himmler el reflexivo interlocutor y colaborador de la resistencia interna alemana.

«Aquel hombre —el espíritu maligno de Hitler— frío, calculador, ambicioso, fue probablemente el personaje más pertinaz y cínico del III Reich», opinaba el ex ayudante de Hitler en la Wehrmacht, general Friedrich Hossbach [4]. Y el capitán general de las Fuerzas blindadas Guderian observó: «Himmler no vivía en este planeta [5]» El diplomático suizo Carl J. Burckhardt, alto comisario de la Sociedad de Naciones en Danzig, lo aquilató así: «Era inquietante por su afán desorbitado de subordinación, por su minuciosidad casi gazmoña e inhumanidad metódica con ciertos elementos de automatismo [6].» El ideólogo nacionalsocialista Alfred Rosenberg comentó pensativo ante una fotografía de Himmler: «Nunca pude mirar directamente a los ojos a Heinrich Himmler. Hacía incesantes guiños, ocultos tras los quevedos. Pero ahora me miran sin pestañear desde esta imagen fotográfica... Y creo ver en ellos una sola cosa: astucia desvergonzada [7].» Sin embargo, el general Walter Dornberger, del arma «V-2», lo conceptuó «como un inteligente maestro de escuela, ciertamente, pero no como hombre violento». Himmler «poseía la rara propiedad de saber escuchar con

atención», y era «un hombre tranquilo, nada propenso a la gesticulación patética»; en fin, «un hombre sin nervio»[8].

Asimismo, el diplomático sueco conde Bernadotte, con quien Himmler negociara en 1945, exclamó atónito: «¡A decir verdad, no vi en él ningún rasgo diabólico! Se mostraba extremadamente afable, exteriorizaba su buen humor con ocasionales agudezas de carácter más bien macabro y le gustaba recurrir a los chistes para amenizar un poco el ambiente[9].» Muchos diplomáticos supieron valorar sus equilibrados juicios e incluso los combatientes de la resistencia, tanto extranjeros como alemanes, creyeron en algunas ocasiones que Himmler sería el único jefe nacionalsocialista con cuya ayuda se podría derrocar a Hitler. «Himmler, el endriago —determina el historiador británico Trevor-Roper— tenía muchas cualidades extrañas que lo convertían en una figura irreal[10]».

Finalmente, los biógrafos de Himmler, deseando esclarecer —por lo menos hasta un estudio más profundo— la existencia de tantas naturalezas dispares en una misma persona, concibieron cierta hipótesis según la cual «la clave para resolver el "enigma Himmler" reside en la niñez y la primera juventud del individuo. Hijo de familia burguesa, creció a la sombra de un padre pedante y de una madre desafecta; así se desenvolvió en la sociedad de posguerra hasta que el Movimiento nacionalsocialista le proporcionó la cordialidad ausente del hogar paterno»[11]

Esa hipótesis brinda una expeditiva solución y responde a la tendencia de los tiempos actuales, es decir descifrar lo inexplicable con métodos psicoanalíticos. Pero... difiere mucho de la realidad. Los hechos escuetos son éstos: Himmler pertenecía a una familia burguesa de la Baja Baviera cuya vida no podía ser más normal. Nada alteraba las relaciones personales entre los padres, Himmler y sus dos hermanos, el primogénito Gebhard (nacido en 1898) y el benjamín, Ernst (nacido en 1905)*[12]. Aun cuando la ambición lo impulsara a abrirse camino con aires misioneros en el terreno SS, aun cuando su lacrimosa e histérica esposa Margarete («Cada vez que pienso en tus padres me quedo sin aliento»[13]) sembrara la discordia entre los Himmler, el *Reichsführer* no se distanció nunca del clan familiar. Cuando murió su madre, Himmler veló el cadáver durante toda una noche aunque él mismo se hallaba bastante enfermo. Y en el funeral, tendió

* Ernst Himmler: ingeniero diplomado y director técnico en la Emisora nacional de Berlín; murió en 1945. Gebhard Himmler fue un alto funcionario del Ministerio de Educación y hoy día trabaja en el Instituto europeo de Cultura afgana (Munich).

la mano a sus hermanos por encima del féretro y les conjuró con su rebuscada solemnidad: «¡Permaneceremos siempre juntos[14]!»

Desde su adolescencia se arrogó el título de protector entre los familiares. «Papá no debería trabajar tanto, ¿verdad? Le convendría pasear más a menudo cada semana para evitar el agotamiento...», escribía en 1921 siendo todavía estudiante a su «querida mamita»[15]. A los hermanos no les resultaba siempre fácil eludir la pedantería regañona de Heinrich. «También me han alegrado mucho tus buenas notas. Pero no te hagas demasiadas ilusiones. Además, espero que progreses igualmente en Historia... No te enfadarás conmigo, ¿verdad? Procura portarte siempre bien y no irrites a papá ni a mamá[16].» Esta carta, de fecha 14 de noviembre de 1920 iba dirigida a «Ernstie», quien debía oír muchas cosas parecidas de su hermano, apenas cinco años mayor que él.

Más vejatorias eran todavía las gestiones tutelares de Heinrich respecto al otro hermano, Gebhard, quien tenía la desgracia de haberse prometido con Paula Stoelzle, hija de un banquero en Weilheim, cuya personalidad no agradaba al desabrido moralista[17]. Y así se lo dijo éste sin ambages a la interesada. «Para que vuestro enlace sea más feliz —escribía el 18 de abril de 1923 a Paula— y redunde en beneficio de vosotros dos y de la comunidad nacional, que debe estar constituida por familias respetables y sanas, se te debe sujetar con bárbara energía.» Por la siguiente frase, Paula supo quién estaba llamado a ejercer tal autoridad. «Puesto que tú no eres suficientemente enérgica ni sabes dominar tus impulsos y tu futuro esposo es demasiado tolerante, alguien debe hacerlo..., y yo me creo obligado a desempeñar esa función[18].» Himmler, quien desde su más temprana edad confundía a las nobles doncellas del paganismo germánico con las mujeres del siglo XX y catalogaba cualquier extralimitación prematrimonial como un atentado contra la castidad proclamada por él, encargó al detective privado de Munich Max Blüml que investigara los antecedentes personales de Paula[19]. Pero antes de que el pesquisidor Blüml presentara su informe (14 de marzo de 1924)[20], Himmler puso tras la pista a otro investigador llamado Roessner, que recibió la siguiente esquela: «Le agradecería me comunicase en detalle todo cuanto sabe acerca de la señorita Stoelzle y, especialmente, sobre sus relaciones con un tal Daffner, colega suyo[21].» A raíz de aquello, el hermano Gebhard tuvo que arriar bandera y romper su compromiso con Paula[22]. Este episodio demuestra que Heinrich Himmler se había educado, como pocos jefes nazis, en el seno plácido de una burguesía rancia e inquebrantable.

A diferencia de Hitler, con sus recuerdos dantescos sobre la estancia en el asilo vienés para vagabundos; a diferencia de Joseph Goebbels, hijo de un capataz; a diferencia del misántropo Alfred Rosenberg, repatriado de las regiones bálticas, el segundo hijo del profesor particular Gebhard Himmler fue un pupilo auténtico y consciente de la llamada clase media.

Al nacer Heinrich el 7 de octubre de 1900 en el segundo piso de la casa número 2 de la Hildegardstrasse de Munich [28], papá Himmler tuvo ya la certeza de que su hijo tendría plena aceptación social. Uno de los grandes del reino bávaro extendió su mano sobre el recién nacido: el príncipe Heinrich de Wittelsbach [24], aristocrático y real alumno del profesor Himmler. El hijo del mentor llevaría su nombre, pues el príncipe había aceptado el padrinazgo tan pronto como se lo insinuó humildemente su consejero privado Himmler; el nuevo vástago pesaba siete libras y doscientos gramos [25]. Patronímico y padrino impusieron al muchacho desde su más tierna edad los hábitos convencionales de la burguesía legitimista.

Jamás se le ocurrió al escolar Heinrich impugnar la autoridad paterna o el orden social de su tiempo [26]. Papá Himmler le enseñó a ser siempre prudente con sus mayores y echó los cimientos de un romanticismo histórico en el que, fieles a la Era wagneriana, triscaban aristócratas germánicos y majestuosas señoras que, más tarde, necesitarían solamente transformarse en déspotas nórdicos germánicos para satisfacer los requisitos del régimen nacionalsocialista. El muchacho aprendió pronto a inclinarse reverencioso ante los símbolos de su mundo. Incluso el inofensivo diario íntimo del colegial Heinrich revela gran deferencia social: continuamente aparecen en él distinguidas personalidades con sus títulos completos [27].

Ahora bien; quien tuviera por padrino a un príncipe debería ser militar, naturalmente. Ahí reside la clave para desentrañar la naturaleza de Himmler: en sus sueños se vio siempre a la cabeza de tropas victoriosas y, sin embargo, esa visión de la infancia no se materializó jamás. Al principio, el adolescente de ojos algo miopes quiso ingresar en la Marina imperial [28], pero la Flota no aceptaba a ningún aspirante con gafas. Entonces, Himmler optó por el Ejército. El 26 de junio de 1917 el consejero privado Himmler hizo la siguiente anotación: «Mi hijo Heinrich desea ardientemente abrazar la profesión militar como oficial de Infantería [29].» Y realmente el mozalbete se moría por ir a la guerra. Cuando su hermano Gebhard fue movilizado el año 1915 para pasar a la reserva territorial, Heinrich garabateó en el consabido diario: «¡Ay! ¡Cuánto me gustaría tener la edad para ir al frente [30]!» Mien-

tras tanto, copiaba palabra por palabra todos los partes del Gran Cuartel General e increpaba a los habitantes de Landshut (la familia se había trasladado a esa ciudad) por su tibieza y falta de entusiasmo bélico [31].

Heinrich porfió con tanta machaconería que papá Himmler hubo de visitar a sus amigos de la corte para rogarles que gestionaran su ingreso prematuro en el Ejército [32]. Los amigos prestaron ayuda y, casi al mismo tiempo, Himmler sintió por última vez sobre sí, aunque en un terreno muy distinto, la mano protectora del principesco padrino, muerto, entretanto, en primera línea: la administración palaciega comunicaba al «ilustrísimo señor vicerrector G. Himmler» que se habían pasado instrucciones a la «Banca J. N. Oberdoerffer», sita en Salvatorstrasse, 18, para que le transfirieran bonos alemanes de guerra al 5 % por valor de 1 000 marcos. «Sírvase aceptar esa suma para su hijo Heinrich, cuyo padrino, Su Alteza Real el príncipe Heinrich, se la donó antes de morir [33].»

Hacia fines de 1917, Himmler se incorporó al regimiento bávaro de Infantería número 11 «Von der Tan» [34]. Sin embargo, su carrera militar terminó casi antes de empezar. Aunque el *Reichsführer* reveló, poco antes de su muerte, al diplomático sueco conde Bernadotte que «había hecho la guerra» con su gente [35], y otros cronistas mencionan incluso su participación en una batalla del frente occidental [36], lo cierto es que el cadete Himmler no vio jamás el frente. La guerra no le dio tiempo. Tras un semestre de instrucción preparatoria en Regensburg, el aspirante Himmler asistió a los cursos de alférez entre el 15 de junio y el 15 de setiembre de 1918 en Freising; luego, siguió un período de especialización con la compañía de ametralladoras número 17 desde el 15 de setiembre hasta el 1º de octubre de 1918 en Bayreuth [37]. Dos meses después recibió el licenciamiento en el batallón de reserva (4.ª compañía) del regimiento de Infantería número 11 [38].

Entonces la confusa situación de posguerra pareció ofrecer una carrera militar al decepcionado alférez. En febrero de 1919, un oficial asesinó a Kurt Eisner, Primer Ministro del Gobierno socialista bávaro [39], motivo por el cual los comunistas y sus secuaces revolucionarios proclamaron la república sovietizada [40]. El Gobierno moderado de socialdemócratas bávaros huyó a Bamberg y hubo de movilizar contra su voluntad una unidad compuesta mayormente por soldados licenciados y voluntarios [41].

En abril de 1919, el Reichswehr despachado desde Berlín, y el Cuerpo voluntario avanzaron a marchas forzadas sobre el Munich rojo [42]. Asimismo, el alférez Himmler se presentó a una pequeña uni-

dad voluntaria, la mesnada del teniente Lautenbacher [43]. Y nuevamente llegó demasiado tarde al combate. La unidad de Himmler no entró en Munich [44], y el alférez siguió siendo un soldado de salón. No obstante, se revistió de valor y el 17 de junio de 1919 escribió a la antigua Plana Mayor del regimiento de Infantería número 11 solicitando su documentación militar «porque pensaba incorporarse dentro de unos días al Reichswehr [45].

Tampoco cuajó el proyecto del Reichswehr, pues entretanto papá Himmler, aguijoneado por la creciente inflación y el eclipse del padrinazgo real, decidió que Heinrich aprovechara su bachillerato de guerra para aprender una profesión consistente. El padre conocía una bien sólida: la agronomía [46]. El estratega frustrado accedió de buena gana; siempre le había interesado la agronomía junto a la profesión castrense. Siendo muchacho había reunido una gran colección de plantas [47]; más tarde, la población penitenciaria de los KZ sufriría las consecuencias de su disparatada afición a las hierbas medicinales. Cada campo de concentración debía coleccionar todos los yerbajos imaginables que, según Himmler, curaban las enfermedades humanas mejor que cualquier droga farmacéutica [48].

Desde luego, la carrera agronómica principió también bajo muy mala estrella. Apenas comenzados los estudios agropecuarios en una granja experimental de Ingolstadt, Himmler fue víctima de una epidemia tífica [49]. Cierto médico llamado Grünstadt dictaminó junto al lecho del enfermo: «Debe suspender el estudio durante un año [50].» El 17 de octubre de 1919, Himmler se matriculó en la Escuela técnica superior de Munich como estudiante de agronomía [51]. ¿Le habían abatido los fracasos? ¿Se había convertido en un *lonely wolf*, un misántropo al margen de la sociedad, como quieren representarlo algunas leyendas? Nada de eso. En Munich empezó un episodio esplendoroso de su vida que plantea insondables enigmas a los biógrafos.

Nadie hubiera reconocido al futuro genocida en aquel escolar amigable, altruista y algo pesado que aparecía personificando al sultán turco Abdul Hamid en un baile de disfraces, amaba sin ser correspondido a una dama llamada Maja Loritz y se pirraba por los placeres culinarios [52].

Ciertamente, la política y los contubernios militares captaban todavía su interés. Según demuestra un resguardo del 16 de mayo de 1920, Himmler se enroló en la Guardia cívica de Munich cuya brigada de fusileros número 21 le entregó «un fusil, 50 cartuchos, un casco de acero, dos cartucheras y una mochila (de las antiguas)» [53]. El 1.º de diciembre de 1921 fue para él una fecha señalada de su vida: el Reichs-

wehr le participó que podía titularse alférez en lo sucesivo [54]. Secundado por otros estudiantes y oficiales nacionalistas, organizó un complot que tenía por objeto rescatar de prisión al conde Arco-Valley, asesino del Primer Ministro Eisner. Pero el conde tuvo suerte; se le conmutó la pena capital por cadena perpetua y entonces los conjurados suspendieron su acción. Himmler no se desanimó. Simplemente, exclamó sin alterarse: «¡Bueno; otra vez será [55]!»

Además, le preocupaban otros problemas más apremiantes. En noviembre de 1919, había establecido sólidas conexiones mediante su ingreso en la asociación estudiantil «Apollo» [56], y se preguntaba meditativo cómo podría conciliar esa nueva vida con los conceptos profundamente católicos del hogar paterno y la sensibilidad de su estómago: la Iglesia condenaba el duelo y, por otra parte, las tertulias tabernarias donde se ingería gran cantidad de cerveza le habían sido prohibidas por su médico.

Se las arregló para resolver rápidamente el problema de la cerveza: se procuró en su asociación estudiantil un permiso especial que le dispensaba del consumo de esa bebida [57]. Desde luego, los cofrades de la «Apollo» desairaron al abstemio, y cuando se celebraron las elecciones estudiantiles votaron contra Himmler [58]. Éste tuvo también dificultades para encontrar un duelista. Evidentemente, los compañeros lo consideraban incapaz de dar cumplida satisfacción. Tan sólo en el último semestre (junio de 1922) se ofreció un estudiante para marcar el rostro de Himmler con aquellas cicatrices sin las que hubiera sido inconcebible el grado universitario teutónico del futuro *Reichsführer SS* [59].

Los tabúes religiosos sobre el duelo resultaron todavía más enojosos que el problema de la cerveza. Todos los Himmler habían sido siempre fervientes católicos; un primo de Heinrich, August Wilhelm Patin, llegó a ser canónigo magistral de la iglesia imperial de Munich [60]. Asimismo, Heinrich Himmler podía pasar por católico devoto. La misa dominical no era para él un mero rito externo sino una necesidad interna. Escudriñaba cada uno de los templos que visitaba y tras su examen repetía siempre: «Me encuentro a gusto en esta iglesia [61].» Cuando supo que cierta muchacha, a la cual él cortejaba tímidamente, recibía cada día la comunión, se explayó en su diario íntimo: «Esa fue la mayor alegría que tuve en los últimos ocho días [62].»

Sin embargo, el ingreso en la belicosa asociación perjudicó las relaciones entre Himmler y la Iglesia. No fue una ruptura súbita, pero sí más ostensible cada mes. Al principio, Himmler intentó mantener sus reparos y los de la Iglesia contra el duelo, pero el prurito de pro-

moción social aprendido en la casa paterna resultó más fuerte que el fervor religioso. «Creo que he entrado en conflicto con mi religión», declaraba Himmler el 15 de diciembre de 1919[63]. Y el hombre que más tarde impondría la apostasía a diez mil militantes SS y pretendería hacer ejecutar públicamente al Papa[64], escribía entonces: «Cualquiera que sea el porvenir, yo amaré siempre a Dios, le dedicaré mis oraciones, permaneceré fiel a la Iglesia católica e incluso saldré en su defensa aunque ella me repudie[65].

El rompimiento de lazos con la Iglesia irritó a Himmler pero no lo consternó. Él tenía otros intereses bastante más mundanos, pues la atracción ejercida por la religión y la política sobre el estudiante de Landshut era poca cosa comparada con los entretenimientos de la sociedad burguesa de Munich, los refrigerios en la mesa de la señora Loritz y sus propios problemas sexuales.

Anna Loritz, viuda de un concertista, tenía cierto parentesco lejano con los Himmler y administraba en la Jagerstrasse, 9, de Munich una pensión familiar. Su hija Maria, llamada comúnmente Maja, había hechizado al estudiante de Landshut, pero un rival de nombre Hans Knipp, y más tarde próspero comerciante de cueros en Stuttgart, se mostró más habilidoso para ganar los favores de la bella[66]. Ocasionalmente, los miembros de la familia Himmler se reunían en la pensión Loritz. «Siempre había gran alboroto en casa de Loritz cuando los cinco *Himmlischen* *, como se los llamaba por el barrio, se presentaban allí», rememoraba varios años después Knipp. «La familia [Himmler] sabía muy bien que en casa de la bondadosa tía Loritz había siempre algo bueno para engullir[67].»

Asimismo, las fiestas ofrecidas por la señora Loritz seducían al «mortífero Himmler». «¿Estás aprendiendo también a bailar?», le preguntaba en una carta dirigida a Landshut su camarada de regimiento Robert Kistler[68]. Y, en Munich, Himmler tomó inmediatamente lecciones de baile para hacer buen papel ante Maja. Hacia enero de 1920, dominaba ya el *boston*[69]. Acompañado de su amigo Ludwig, llamado familiarmente *Lu*, acudía a todas las mascaradas de Munich cual un parroquiano inveterado[70]. Anotaba todo en su diario íntimo; nada le parecía demasiado insignificante. «La habitación estaba decorada como un harén —decía describiendo una fiesta en casa Loritz—. Farolillos, guirnaldas y una pequeña tienda junto a la estufa del rincón para mí y *Lu*... La señora Loritz nos dio el

* «Celestiales». Juego de palabras con el vocablo *Himmel* Cielo.

gran banquetazo, que comenzó derramándome el cacao por los pantalones [71].»

Encandilaban de tal forma las fiestas al fatuo escritorzuelo, que le pasó totalmente inadvertida la Asamblea general celebrada por el NSDAP en Munich [72]. Los historiadores americanos Werner T. Angress y Bradley F. Smith ven al Himmler de aquellos días como «un joven de ideas convencionales que acataba los valores tradicionales de la clase media bávara, y cuyo carácter era esencialmente bonachón, descolorido y normal» [73].

Sus actividades no tenían límites. En tiempo de Navidad leía novelas a los ciegos, confeccionaba bollos para las ancianas pensionistas, representaba papeles cómicos en espectáculos benéficos a favor de los niños pobres vieneses y corría desalado de una junta a otra [74], pues era socio de innumerables entidades tales como la «Sociedad alemana de Palingenesia» [75], la «Sociedad agronómica alemana» [76], la «Asociación de Amigos del Instituto humanístico» [77], la sociedad de tiro «Freiweg» [78], la «Antigua Federación de Tiradores bávaros» [79], los «Ex Combatientes de la Escuela superior técnica de Munich» [80], la «Sociedad alpinista de Munich» [81], el «Touring club alemán» [82], la «Federación gimnástica de Landshut (1860)» [83], la «Asociación de Oficiales del antiguo regimiento real de Infantería bávara número 11» [84]. Un hombre con tantos carnets de socio no encontró la menor dificultad para acomodarse a un medio ambiente. Asimismo, los conceptos políticos de Himmler reflejaban tan sólo los juicios y prejuicios de la sociedad circundante: tenía tendencias burguesas y nacionalistas, pero le faltaba el fanatismo y la superstición del credo nacionalsocialista.

Himmler podía pasar por conservador bávaro: el estudiante agrónomo se encasquetaba su chistera y se ponía una levita para asistir a los funerales del ex rey Luis III. Le enorgullecía su regionalismo bávaro y, no obstante, optaba por la lista de candidatos nacionales alemanes en las elecciones ASTA [85]. Incluso sus comentarios contra los judíos se sometían a una tónica moderada. Opinaba que Rathenau, el ministro de Asuntos exteriores asesinado por los nacionalistas (Himmler: «Me alegro») fue «un cerebro capaz» [86]; llamaba a su antiguo condiscípulo y adversario democrático Wolfgang Hallgarten «el pilluelo judío» [87], aunque en tono más bien condescendiente que despreciativo, y la corista judía Inge Barco, que había sido expulsada del hogar paterno por sus relaciones íntimas con un estudiante y a la cual solía encontrar en el bar «Reichsadler», le parecía «una muchacha digna de respeto» [88].

Su Diario deja traslucir solamente en un punto la agresividad política del futuro Himmler: no podía resignarse a que su carrera militar terminara de manera tan inocua. Cuando Maja Loritz, la codiciada hija de la hospedera, rechazó al desmañado pretendiente, éste vio en la guerra y la profesión castrense el remedio más seguro para curar sus males de amor. El 28 de noviembre de 1919, hizo la siguiente anotación: «Si ahora pudiera, por lo menos, mirar de frente el peligro y exponer mi vida combatiendo, encontraría la liberación [89]». El 22 de noviembre de 1921 escribió otra frase en la que asoma ya la belicosa cresta del futuro Himmler: «Si estallara una nueva guerra en el Este, yo iría a ella sin pensarlo. El Este es para nosotros lo más importante. El Occidente sucumbirá pronto. Debemos combatir en el Este y colonizar aquellas regiones [90].» Poco a poco se acrecentó su sed de guerra y militarismo. El 19 de febrero de 1922: «Si se entablase nuevamente combate... ¡adelante, vamos a la guerra [91]!» Y el 11 de junio: «Tal vez me incorpore a una u otra unidad. En definitiva, soy un soldado. Pero, antes, debo aprobar el curso [92].»

Poco después, informaba a sus padres: «Hasta ahora tengo la impresión de que estoy saliendo bien librado en los exámenes [93].» Fue entonces cuando apareció en la vida de Heinrich Himmler el capitán Ernst Roehm, que establecería con él una asociación trágica y cruenta; él prometió satisfacer las apetencias militares del infortunado amante.

No resulta fácil determinar cómo y cuándo se conocieron ambos hombres. Por lo pronto, sus caminos se cruzaron con mucha frecuencia. Hacia fines de 1918, Roehm estuvo agregado al Estado Mayor de la 12.ª división bávara de Infantería acantonada en Landshut [94], y después mandó la sección de armamento y pertrechos de la 21ª brigada de fusileros de Munich [95], y por sus manos pasaron las armas del soldado Himmler en mayo de 1920. Además, Roehm fue municionero secreto de aquellas organizaciones militantes que actuaban en penumbra entre lo legal y lo ilegal, y a las cuales catalogaba el Reichswehr como una especie de milicias. Estas federaciones solían celebrar sus juntas en la «Arzberger Keller» de Munich y, posiblemente, Himmler conociera al capitán en la asamblea de enero de 1922, pues su Diario dice así: «El capitán Roehm y el comandante Eugerer [antiguo capitán de Himmler] estaban también allí. Se mostraron muy amigables. Roehm tiene una opinión pesimista respecto al bolchevismo [96].»

Himmler cayó bajo la influencia de Roehm. El acomodaticio alférez no se permitió olvidar jamás que el otro estaba varios peldaños más arriba en la escala jerárquica militar. Siempre se oyó un leve taconazo cuando Himmler comparecía ante el capitán. El oficial lau-

reado de la Primera Guerra Mundial y el guerrero frustrado, el espadachín homosexual y el burgués rigorista formaron una extraña pareja. Sea como fuere, Roehm supo entusiasmar al estudiante: Himmler se ofreció a hacer lo imposible por Roehm.

Apenas aprobados sus exámenes finales (5 de agosto de 1922)[97], Himmler aceptó el empleo de ayudante agronómico en la «Stickstoff-Land G.m.b.H.» de Schleissheim[98] y, acto seguido, se afilió a una organización nacionalista que le había recomendado Roehm y se denominaba «Reichsflagge» *[99]. El agrónomo diplomado Himmler se alegró de poder vestir, al fin, un uniforme aun cuando fuera simplemente la cazadora gris y las polainas de la «Reichsflagge». Con la mejor voluntad se echó el fusil al hombro en los días festivos y se adiestró junto a otros correligionarios para los combates callejeros de la inminente guerra civil.

Pronto se le ofreció la oportunidad de testimoniar su admiración a Roehm mediante un hecho concreto. Tras su regreso de Schleissheim (hacia fines de agosto de 1923 Himmler había abandonado su empleo en la «Stickstoff-Land» para trasladarse nuevamente a Munich)[100] cooperó por vez primera desde un puesto perceptible con el movimiento nacionalista: el alzamiento de Noviembre acaudillado por Adolf Hitler. Entretanto, la «Reichsflagge» se había transformado tras muchas cábalas internas en «Reichskriegsflagge» ** para ponerse a las órdenes de Roehm y Hitler[101]. Roehm, afiliado al Partido desde los primeros tiempos, logró persuadir a su amigo sobre la conveniencia de ingresar en el NSDAP. Así, pues, Himmler se asoció con el Partido[102]. Pero no era todavía un nazi; aún veía a Roehm como la estrella ascendente en lugar de Hitler; aún veía los colores monárquicos y no la cruz gamada como símbolo del futuro.

Enarbolando el estandarte imperial, Heinrich Himmler partió de la «Löwenbraeukeller» de Munich, donde celebraba una de sus reuniones la «Reichsgriegkflagge» al atardecer del 8 de noviembre de 1923, cuando supo que Hitler había asaltado pistola en mano la «Bürgerbraeukeller» y alistado a los políticos y militares bávaros para la batalla crucial contra los «delincuentes berlineses de Noviembre»[103]. «Los camaradas de Himmler —explicó después Roehm describiendo la escena— saltaron entusiasmados de sus asientos y se abrazaron unos a otros; muchos lloraron de alegría y emoción. Los soldados del Reichswehr arrancaron las escarapelas amarillas de sus gorras! «¡Al fin"; ésta fue la exclamación que escapó de todas las bocas[104].»

* «Bandera del Reich».
** «Bandera de Guerra del Reich».

Roehm entregó a su adlátere Himmler el antiguo emblema del Reich ante el que había prestado juramento poco antes toda la asociación, y seguidamente se echó con su gente a la calle. Unos minutos después, la frenética banda formaba en columna y emprendía la marcha hacia la «Bürgerbraeukeller» donde Hitler declamaba sobre la «Revolución nacional» con los poderosos de Baviera, el particularista Ritter von Kahr, alto comisario gubernativo, y el general del Reichswehr Von Lossow. En la Briennerstrasse, un mensajero detuvo la columna de Roehm. Lo enviaban desde la «Bürgerbraeukeller» con órdenes concretas para Roehm: debería desviarse hacia la Schönfeldstrasse y ocupar el Ministerio de la Guerra, sede de la VII Región militar (Baviera)[105]. El capitán Roehm obedeció. Una hora después, escasamente, el Ministerio de la Guerra pasó a su poder[106]. Por las ventanas del edificio asomaban amenazadores los cañones de las ametralladoras que habían emplazado los 400 insurgentes[107], pues Roehm empezaba a sospechar que algo andaba mal. Y, efectivamente, los sorprendidos políticos y generales de Baviera reaccionaron y devolvieron el golpe.

En la madrugada del 9 de noviembre, el estruendo de carros blindados confirmó esas sospechas a los intrusos del Ministerio. Unidades del Reichswehr y de la Policía territorial avanzaron rápidamente ocupando casa por casa, emplazaron ametralladoras pesadas y cañones, y esperaron la orden de fuego[108]. Un silencio estremecedor se abatió sobre el sombrío escenario. Tras las alambradas de la Ludwigstrasse que separaba a amigos y enemigos, Himmler blandió el mástil con la bandera del Reich. El desbarro de Hitler había agrupado en una insólita maraña a camaradas y antagonistas, asesinos y víctimas de futuras atrocidades históricas: junto a Himmler figuraba el futuro jefe superior de las SA, Roehm quien, once años después, caería bajo las balas asesinas de su antiguo abanderado y sumiso esbirro SS; junto a Roehm formaba el futuro jefe de información SA, conde Du Moulin-Eckardt, a quien los acólitos de Himmler atormentarían en diversos Tribunales de justicia y campos de concentración del III Reich[109]. Y frente a ellos, en el lado opuesto de la alambrada, avizoraba el teniente Herman Hoefle, antiguo ordenanza de Roehm, miembro secreto de la «Reichskriegsflagge», que en el verano de 1934 prevendría a su antiguo jefe contra peligros mortales e inminentes, y más tarde ya como general del Arma provocaría la ira de Himmler[110].

Los adversarios de hoy son los amigos del mañana; los camaradas, tus futuros asesinos: las balas de los verdugos SS abatirán conjun-

tamente a Ritter von Kahr y a su contrincante de antaño, Roehm, el 30 de junio de 1934.[111]

Sólo los mediadores que aquel 9 de noviembre de 1933 intentaron la reconciliación entre Kahr y los insurrectos sobrevivirán a la historia de los SS: el antiguo comandante de Roehm, Ritter von Epp y el futuro jefe SA, Hoerauf[112].

Sin embargo, fracasaron las gestiones conciliadoras. Roehm hubo de capitular ante el Reichswehr y entregar sus armas a la Policía territorial; tan sólo los hombres desarmados de la «Reichskriegsflagge» pudieron atravesar las barreras[113]. El movimiento capitaneado por Hitler y Roehm se desbarató. Los portalones enrejados de la prisión Stadelheim[114] se cerraron con golpe seco tras el capitán.

El alférez abanderado Himmler se quedó solo, sin uniforme, sin ideas y sin creencias. Se precipitaba hacia una crisis: había perdido su puesto profesional, y a pesar de las insistentes solicitudes no encontraba otro trabajo. Maja Loritz le había dado el pasaporte definitivo y la política le había causado una decepción equivalente. Sólo le animaban los agasajos de sus admiradores y amigas que creían a pies juntillas en el hecho histórico protagonizado por el alférez aquel 9 de noviembre de 1923. Una de ellas se extasiaba todavía con los recuerdos: «Ante el Ministerio de la Guerra había muchas tropas pertenecientes a la "Reichskriegsflagge"». Delante, estaba Heinrich Himmler alzando la bandera. Realmente, parecía que la bandera se ufanaba, se sentía segura entre sus manos, y él se enorgullecía de sostenerla. Me acerqué a él sin encontrar palabras para expresar mi entusiasmo, pero de pronto se me ocurrió lo siguiente:

Enorgulleceos: ¡yo porto la bandera!
Mantenerse tranquilos: ¡yo porto la bandera!
Solidarizaros conmigo: ¡yo porto la bandera![115].»

La amiga de Himmler, Maria R. (probablemente, Mariela Rauschmeier) envió al abanderado la carta de esa adepta desconocida, y agregó por su parte unas sentidas frases: «A mi amigo Heinrich. Esta carta es una pequeña muestra de nuestro profundo agradecimiento y leal disposición por aquella empresa que nos enseñó durante una hora a cultivar nuevamente la esperanza[116].»

El chasqueado faccioso decidió permanecer en la política. Himmler escogió uno de los dos grupos nacionales * que se hostilizaban mu-

* El otro grupo se denominaba «Comunidad nacional de la Gran Alemania», y contaba entre sus principales dirigentes a Alfred Rosenberg.

tuamente tras la prohibición del NSDAP: el «Movimiento libertador nacionalsocialista», bajo el patronazgo del general Ludendorff [117] A ese Movimiento libertador pertenecía también un conocido de Himmler, Gregor Strasser, farmacéutico de Landshut [118], un nacionalsocialista batallador y socarrón que, según se decía, era el verdadero cerebro del Movimiento. Strasser descubrió el talento organizador de Himmler y le dio ocupación inmediata.

En mayo de 1924, se celebraron elecciones parlamentarias. Los enemigos jurados de la República osaron por vez primera utilizar los pertrechos y el altruismo de la democracia... para dañar esa misma democracia. Aprovechando la conmoción ocasionada en toda Alemania por el levantamiento de Hitler, Strasser intentó introducir a sus nazis de una vez en el Reichstag. Baviera se maravilló ante el espectáculo de una lucha electoral jamás igualada entre cuyos insólitos elementos figuraba el matraqueo de una motocicleta sueca con un propagandista embozado que recorría la Baja Baviera distribuyendo entre sus aldeas un mensaje de Gregor Strasser.

El motorista Himmler tocó todas las teclas de la demagogia nacionalsocialista. Apostrofó a judíos y masones, azuzó a los lugareños contra el capitalismo, pintó un mundo ideal gobernado exclusivamente por nobles labradores, se desgañitó contra el bolchevismo y difamó a la democracia, sin olvidar otros tipos de política racional [119]. Sin dar muestra de cansancio, el propagandista fue de aldea en aldea exponiendo su criterio. He aquí algunos capítulos de su agenda pre vista para una semana: «23 de febrero de 1924, discursos en Eggmühl, Lanwaid y Birnbach. 24 de febrero, conferencias en Kelheim y Saal, "rematadas con coloquios esclarecedores". 25 de febrero, discurso de hora y media en Rohr [120].»

«Es espantoso; tengo mucho que hacer —informaba Himmler a su amigo Kistler—. Sin embargo, aún me queda mucho más; debo dirigirme y desarrollar la organización de la Baja Baviera, y por cierto en todos los aspectos [121].» Sus esfuerzos fueron recompensados. El movimiento Strasser ganó casi dos millones de votos electorales y colocó a 32 diputados en el Parlamento [122]. Pero aquel éxito no satisfizo a Himmler, que seguía preguntándose dubitativo si se había adherido realmente a un movimiento con el futuro asegurado. Por aquellos días escribió a Kistler sobre «la abnegada labor de nosotros, los nacionales; un trabajo que, desgraciadamente, no rendiría frutos perceptibles en los días por venir». Sí, casi se sentía como si ocupase «un puesto perdido tal vez de antemano» [123].

Las querellas entre nacionales y nacionalsocialistas, las maqui-

naciones fraguadas por seguidores y adversarios del jefe político Hitler, encarcelado en aquellas fechas, irritaban al irresoluto individuo que permanecía desorientado entre las camarillas de extrema derecha y buscaba con ansiedad al ídolo que le proporcionara ese acomodamiento ambicionado desde su más temprana edad. Estaba dispuesto a humillarse, pero el amo no aparecía por parte alguna. Estaba decidido a tener fe, pero la idea no se desvelaba ante sus ojos. Se moría por representar un papel en la Historia, se veía ya como un mártir y componía algunos versos al respecto:

Ob sie dich durchbohren,
Trutze drum und ficht,
Gib dich selbest verloren,
Doch das Banner nicht.

Andre werden's schwingen,
Wenn man dich begräbt,
Und das Heil erringen,
Das Dir vorgeschwebt *[124]

No obstante, ¿dónde estaban esa bandera y esa causa sagrada dignas de cualquier sacrificio? Himmler sabía de sobra que él solo no podría alcanzar tanta gloria, que él no había nacido para el caudillaje. Un escepticismo corrosivo roía sin cesar su subconsciente y, a decir verdad, el hombre no podía mantenerse en estado de perpetua autosugestión hasta creerse una figura relevante. Su Diario revela lo que él opinaba sinceramente sobre sí mismo.

Él encontraba que le faltaba aplomo, que hablaba demasiado y que tenía el vicio de referir chistes estúpidos. Himmler: «¡Qué triste criatura es el ser humano[125]!» «Yo soy un refranista, un parlanchín sin energía; nada me sale bien», anotaba en su agenda el 29 de enero de 1922. «Me toman por un mozalbete que les divierte y se ocupa de todo: "¡Bah! ¡Eso lo resolverá Heini!"[126].» Pero él no se dejaba engañar.

Tenía tan poca confianza en sí mismo que proyectó seriamente abandonar Alemania. Aprendió el idioma ruso y soñó con establecerse como labrador en cualquier región oriental; más adelante, creyó haber hallado otra oportunidad para consolidar su futuro en Turquía

* Aunque te acribillen, y te apaleen y te ofendan, / date tú por perdido / mas no la bandera. / Otros tomarán la antorcha / cuando te sepulten / y alcanzarán la gloria / que fluctuó ante ti.

o en el Perú. Entre 1919 y 1924, el escritor de diarios Himmler abordó catorce veces los planes de emigración [127]. Ulteriormente, aquel hombre supersticioso e indeciso imaginó que le perseguía una mala estrella. «Verdaderamente, nosotros, los lansquenetes, deberíamos buscar la soledad y el extrañamiento», dijo años después a su esposa con tono quejoso. Y recibió esta respuesta: «No inventes tantos espantos sobre el futuro; en este sentido, te conviene dejar tranquilo al futuro [128].» La señora Himmler se explicó mejor: «Pues lo tendremos muy pronto ahí; este año será espantoso de verdad. ¿Acaso te has convertido en uno de esos astrólogos que nos ven bajo el influjo de Marte con el consiguiente cúmulo de atrocidades? Te ruego que olvides inmediatamente esas divagaciones [129].»

Por fin logró dominar poco a poco sus atormentantes dudas cuando penetró en el campo imantado del hombre que sería para él desde aquel instante un sucedáneo de Dios: en diciembre de 1924, Adolf Hitler abandonó la fortaleza de Landsberg [130]. No bien se vio afuera emprendió la reorganización del disperso NSDAP. A Hitler le bastó un año escaso para eliminar todo cuanto había provocado el enojo de Himmler en el campo nacional. El 27 de febrero de 1925, Hitler consiguió aglutinar bajo su mando el grueso de los nacionales y de los nacionalsocialistas bávaros en el nuevo NSDAP; dos meses después, creó los Escalones de Protección e impuso su autoridad a todos los rivales del bando propio hasta que, hacia fines de 1926, pudo fundar definitivamente las SA como ejército privado del Partido [131].

El servilismo instintivo de Heinrich Himmler le permitió barruntar que acababa de encontrar a su ídolo. En agosto de 1925 se ganó ya el carnet del remozado Partido nazi [132], y pocos días después ocupó con un sueldo de 120 marcos mensuales la secretaría de Gregor Strasser en un tabuco pobremente amueblado y próximo a la iglesia de San Martín, en Landshut [133]. Strasser, que dirigía el órgano de propaganda en la Baja Baviera, reservó muchas misiones para su adlátere. Himmler mantuvo estrechos contactos con los más distantes grupos NS, y su motocicleta fue un símbolo de la jefatura nazi para los NS rústicos. Pronto se le permitió titularse delegado del distrito de la Baja Baviera [134].

Los historiadores conjeturaron más tarde que Heinrich Himmler se había vendido ideológicamente al antihitleriano Strasser, tal como hiciera el renano Goebbels. En realidad, Himmler procedió siempre cual un funcionario de la jefatura nazi y no como seguidor de Strasser [135].

Cuando su jefe se trasladó a Berlín para transformarse en el

antipolo nórdico de Hitler, Himmler estrechó sus lazos con este último. Hoy día, los cronistas ignoran aún cuándo se encontraron por vez primera Himmler y Hitler. Aquél no pudo superar nunca la timidez que le dominaba al tratar personalmente con el «mayor cerebro de todos los tiempos», como él llamaba a Hitler.

Estando todavía en la oficina de Landshut sintió ya una veneración casi infantil por su Führer. El amigo de Himmler, Hans Erhard, refirió al escritor británico Willi Frischauer que en la pared del despacho colgaba una fotografía de Hitler con la cual sostenía Himmler frecuentes diálogos a media voz [136]. Incluso en las conversaciones telefónicas con Hitler daba sonoros taconazos, y varios años después, durante la guerra, cuando su médico de cabecera Felix Kersten recibía alguna llamada de Hitler, Himmler contenía a duras penas su euforia. «Señor Kersten, ¿sabe usted con quién acaba de hablar? ¡Ha escuchado la voz del Führer! ¡Qué suerte tiene usted! ¡Escríbaselo inmediatamente a su mujer! ¡Cómo se alegrará de que se le haya ofrecido semejante oportunidad [137]!»

Aquellos «días de lucha» junto a Hitler se le antojaron los momentos culminantes de su carrera. «Fue una época gloriosa —exclamaba entusiástico todavía en 1945—. Nosotros, los miembros fundadores del Movimiento, corríamos continuamente peligros mortales. Pero nadie tenía miedo. Adolf Hitler nos acaudillaba, nos mantenía unidos. Aquellos fueron los años más maravillosos de mi vida [138].» Una y otra vez sacaba la motocicleta para laborar por su Führer recorriendo incansablemente los caminos vecinales aquel hombre convulso, torturado por la ambición devoradora y los dolores gástricos que le ocasionaban a menudo desvanecimientos. «Usted soporta una actividad fabulosa —le lisonjeaba una admiradora berlinesa hacia fines de 1927—. Su estómago se venga de las injusticias cometidas con él. Y no es de extrañar, porque el derecho está de su parte [139].» Y la futura esposa lo expresaba en términos menos lisonjeros: «¡Cómo! ¿Ya estás otra vez en marcha? Hoy, precisamente, se me ha ocurrido que tu vida es una continua cacería [140].»

Hitler no le escatimó las recompensas. Himmler ascendió de peldaño en peldaño la escala jerárquica del Partido: 1925, vice *Gauleiter* del distrito Baja Baviera-Oberpfalz; 1926, *Gauleiter* de Alta Baviera-Suabia, y en el mismo año subdirector de Propaganda del Reich; 1927, vice *Reichsführer SS* [141]. El estudiante desorientado e irresoluto vino a ser en pocos años un fanático hitleriano que se ganó la confianza de su Führer mediante un talento poco común para la organización. Ahora bien, Himmler no tuvo bastante con la organización. Quiso ser

también educador y mentor dentro de su medio, quiso conducir al Partido y al pueblo hasta el propio manantial de la vida.

Su larga estancia en el ambiente rústico de la Baja Baviera había surtido efecto. Ahora Himmler era un escolar obseso y extravagante de la filosofía natural de «sangre y tierra». Desde que tuvo uso de razón, su interpretación romántica de la Historia le hizo ver el medio rural como fuente primigenia del país. «El campesino libre sobre la gleba liberada —clamaba en tono sentimental— es la espina dorsal del cuerpo nacional alemán y del pensamiento popular [142].» Más tarde, afirmó que «él era un auténtico labrador por su ascendencia, sangre y naturaleza» [143]. No conocía a hombres tan grandes como los aristócratas rurales, y su héroe predilecto era el rey de Sajonia y vencedor de los eslavos, Enrique I *el Pajarero* a quien conceptuaba como un «labrador genuino de su pueblo» [144].

Tras su época estudiantil y deambulando todavía en el círculo mágico de la propaganda popular, concibió una sociedad caracterizada básicamente por el labriego. Como célula madre del futuro Estado campesino esquematizó para fecha indeterminada una escuela rural cuyos maestros y alumnado «componían el cuadro de la verdadera nación alemana» y, por ende, se anticipaban a la nueva sociedad [145].

Los pedagogos rurales del quimérico pueblo campesino son «monitores» y «compañeros» de niños y niñas. Los maestros deben poseer «dotes de mando» y, además, deben estar bien informados sobre «las mentiras e infatuaciones del mundo». Por el contrario, las maestras deben ser «mujeres placenteras e íntegras de auténticos sentimientos maternales y ajenas a las enfermedades que se ceban hoy día en las mujeres de los centros urbanos; enérgicas y, no obstante, suficientemente prudentes para dejar la última palabra al hombre en los problemas cotidianos». La célula de esa población campesina ideada por Himmler «se adapta al arte puro» y permanece «abierta, como centro cultural y espiritual, para todos los compatriotas, poetas y virtuosos de las artes alemanas». Así, el trabajador «podrá crear libremente sin ser molestado por las corrientes intelectuales del extravío». ¿Quién no reconocería ahí los fundamentos de la utópica sociedad nacionalsocialista y SS? «Pero el valor principal no se atribuirá al saber, sino al credo», advierte el estadista Himmler. Y presenta como producto de su escuela a «hombres sanos, de voluntad y nervios férreos» que «maduran en contacto permanente con la escuela hasta ser caudillos del pueblo».

Himmler encontró, incluso, a varios amigos que se mostraron dispuestos a plasmar su ridículo concepto de la nación campesina y

noble. Esos individuos compraron una granja en Baviera y la pusieron a disposición de Himmler. Sin embargo, se frustraron sus esperanzas de hallar «todavía cierto número de aristócratas que... quisieran crear una institución contribuyendo en la medida de sus fuerzas y fortunas»[146]. La escuela campesina siguió siendo una alucinación. Ello no desanimó a Himmler ni le hizo desistir de sus utopías bucólicas. El hijo del consejero privado creyó haber descubierto en su propio ser el genio de la pedagogía, se vio como un gran educador innato que debería enseñar continuamente y extraer provechosas consecuencias.

Con enorme tenacidad, adoctrinaba a sus colaboradores más cercanos explicándoles lo que hubieran hecho en tal o cual caso los antepasados; tenía siempre a punto algún ejemplo de la Historia para iluminar el presente e ilustrar a sus coetáneos. Durante la guerra, añoró los tiempos de paz «que le permitirían reanudar la labor pedagógica». El masajista Kersten, que lo conocía mejor que nadie, afirmó seriamente más tarde que Himmler hubiera preferido educar a los pueblos del Este en vez de exterminarlos[147]. El fracaso de la escuela rural representó también una enseñanza provechosa para Himmler, aunque, desde luego, la enseñanza provechosa del utopista sectario. Entonces, se enfrentó por vez primera con las estrecheces económicas del pueblo campesino, lo cual le hizo llegar a una conclusión desatinada.

Lo que divisó el místico bucólico Himmler no fue aquella crisis estructural de la agricultura alemana cuyos efectos se hicieron sentir a la terminación del proteccionismo patrocinado por Bismarck, no fue la necesidad urgente de racionalizar y reconstruir el indefenso minifundio. Él vio algo muy distinto: la malla opalescente de un monstruo denominado «judaísmo internacional». «El peor enemigo del labrador —escribía en un editorial alrededor de 1924— es el capital internacional judío» porque «azuza a los habitantes de la ciudad contra el campesino» mediante el siguiente sistema: «Emplea la especulación y las manipulaciones bursátiles para reducir los precios del productor y elevar los del intermediario. Así, el agricultor gana poco y el consumidor de la ciudad paga mucho. Entretanto, el judaísmo y sus cómplices engullen las ganancias intermedias[148].» Hasta la asonada de noviembre de 1923, los judíos habían conservado por lo menos sus rasgos individuales en el Diario de Himmler, pero desde esa fecha el sujeto judío fue un engendro estereotipado y cada individuo «no ario» vino a ser copartícipe de una supuesta maquinación universal urdida por los judíos. A partir de entonces, la personalidad

judía fue objeto de calumnias colectivas en el pensamiento de Himmler... El futuro *Reichsführer SS* había encontrado su enemigo.

En aquel editorial denunció todavía a un segundo adversario irreconciliable sin el cual le hubiera sido imposible seguir viviendo: el eslavo. Solamente con la lucha contra el eslavo, argumentaba, se podrá fortalecer y preservar al agro alemán, pues nuestro futuro está en las regiones orientales germánicas. «Concretamente en el Este —seguía escribiendo—, se venden ahora inmensas superficies pertenecientes a los grandes latifundistas. Es preciso poblarlas con hijos de labradores y operarios agrícolas para evitar que el segundo o tercer hijo del campesino alemán emigre a las ciudades como viene haciendo hasta hoy. Tan sólo mediante una enérgica acción colonizadora se logrará que la población rural ejerza otra vez influencias decisivas sobre Alemania.» Así, pues, la neocolonización es también una fuerza motriz del nacionalismo alemán. Himmler: «La multiplicación del campesinado representa al propio tiempo la única defensa efectiva contra los intrusos de las masas obreras eslavas. Tal como ocurriera hace 600 años, los labradores están llamados a dirigir al pueblo alemán en la lucha contra el eslavismo para poder heredar y fertilizar la santa madre tierra[149].»

Heinrich Himmler había formulado entonces sin saberlo dos puntos esenciales del futuro programa SS, dos proposiciones que determinarían la política antisemítica y antieslava del III Reich. La lucha contra el eslavo «infrahumano» y contra el «judaísmo internacional» se convirtió en idea fija. A ese programa le faltaba todavía el acento fanático, la obsesión seudorreligiosa, pero ahí es probablemente donde se inicia el proceso de aberraciones políticas en la mente de Himmler.

Sin embargo, el NSDAP era demasiado insignificante por entonces para que se le pudiera ofrecer la oportunidad de aplicar su política nacional agraria. Himmler se asoció a un grupo que proyectaba seriamente el retorno al agro: los *Artamanen*. Éstos pertenecían al ala popular del movimiento juvenil nacionalista y eran idealistas que se proponían establecerse en su propia gleba. Pocos *Artamanen* estaban afiliados al NSDAP (aunque su jefe, Georg Kentsler, era miembro del Partido) y, no obstante, todos ellos declararon bajo juramento defender «sangre y tierra» porque también les mortificaba el complejo antieslavo: por lo pronto, pretendieron expulsar del territorio prusiano a los jornaleros polacos, hacerles regresar a su tierra natal[150].

Hacia el año 1924, los *Artamanen* movilizaron sus fuerzas para ejercitar en una hacienda sajona lo que ellos tenían por su deber nacional y económico. Asimismo, la indefinible hacienda de Himmler en Ba-

viera estuvo ligada, evidentemente, con el trabajo de los *Artamanen*. Dos mil muchachos acudieron en enjambre a las granjas de Alemania oriental y formaron por compañías para la lucha defensiva contra los eslavos [151]. Himmler ocupó posiciones cada vez más prominentes en la vanguardia de los *Artamanen*. Se abrió paso hasta la jefatura del distrito bávaro [152] y estableció contacto con diversos *Artamanen* de Alemania, en especial con el llamado Rudolf Hoess [153], cuyas actividades se desarrollaban en Brandeburgo y que figuró entre los más siniestros auxiliares del *Reichsführer SS* como comandante de Auschwitz, el campamento de exterminio.

Mediante su alianza con los *Artamanen*, el *Gauführer* Himmler se encontró también con el hombre que daría un tinte ideológico a las arbitrariedades de los políticos rurales para encajarlas en una doctrina racista cuyos promotores proclamaban la superioridad de la raza nórdica. Richard Walther Darré, de origen alemán y argentino, nacido en 1895, alumno del «King's College School» de Wimbledon, antiguo funcionario del Ministerio prusiano de Agricultura y futuro experto agronómico del NSDAP, aleccionó a Himmler, cinco años más joven que él [154].

Le enseñó lo que venía predicando durante años: el problema de la agricultura no era, fundamentalmente, una cuestión agraria sino un «litigio de castas». El campesinado (según lo formuló Darré en una publicación SS) [155] ha constituido siempre «la única base racial de nuestro pueblo» y, por tanto, el Estado está obligado a reforzar esos cimientos raciales y rústicos proyectando la colonización, fomentando la natalidad y estrangulando la emigración hacia los núcleos urbanos. Por añadidura, es de una importancia decisiva, al decir de Darré, establecer lo antes posible lazos indisolubles entre los mejores linajes de nuestro pueblo y la tierra» [156]. El mejor proveedor de sangre pura es, en su opinión, esa entidad legendaria que trae ya de cabeza al movimiento juvenil popular: la raza nórdica. Y según parece haber descubierto en la Historia nuestro ideólogo genealógico Darré, el mundo ha sido configurado exclusivamente por los «poseedores de sangre nórdica». «Como muchos sabemos —se lee en el esquemático análisis de la publicación SS—, casi todos los grandes Imperios y las principales culturas de la Historia universal han sido fundados y mantenidos por hombres nórdicos. También sabemos que esos grandes Imperios y culturas se derrumbaron cuando sus creadores, los hombres nórdicos, desatendieron la pureza de su sangre» [157].

Ahora bien; esa inferencia era igualmente aplicable a la época contemporánea: contención de todas las influencias perjudiciales para el

mito racial nórdico, supresión de todas las fuerzas humanísticas internacionales desde la masonería (elevada por los mismos propagandistas NS al rango de gran potencia hegemónica) hasta la religión conciliadora del cristiano. Fascinado e inquieto, Himmler contemplaba un mundo cuya existencia se le antojaba tenebrosa aunque nunca había sabido explicarse claramente el porqué. Ahora, sin embargo, el profeta de la estirpe le abría los ojos, y lo que surgía ante ellos era asombroso: veía la *élite* nacional del futuro, veía a los soberanos del nuevo pueblo germano, veía a los prohombres SS.

Los grupos de *Artamanen* desaparecieron entre las arenas movedizas de la Historia y el idealismo del movimiento juvenil se estrelló contra el egoísmo de los latifundistas prusianos, que explotaron diligentemente a los visionarios metropolitanos [158], pero Himmler recordó largo tiempo su deuda con los *Artamanen* y el cofrade Darré. Más tarde, enroló a éste en los Escalones de Protección y le confió el nuevo negociado «Raza y Colonización» de los SS [159], que le sirvió de trampolín para saltar al Ministerio de Agricultura. El propio Himmler divulgó la doctrina racial entre los SS bávaros que él había creado. Los magnates del Partido se fijaron en el campesino teorizante trajeado con uniforme SS y Himmler aprovechó esa ocasión única para asumir la jefatura superior SS. Pero se preguntó todavía dubitativo si su futuro pertenecía a la madre tierra o a los SS. Ahora, eso sí, creyó haber encontrado un buen socio para la colonización campesina.

En 1926, cuando corría desalado hacia el vestíbulo de un hotel en Bad Reichenhall huyendo de la lluvia, su empapado sombrero tirolés pasó con tal ímpetu ante una dama que la salpicó de pies a cabeza [160]. Al levantar la vista, aturdido, Himmler descubrió a la diosa germánica de sus sueños: rubia, de ojos azules y formas de valkiria. Se llamaba Margarete Boden y era hija de un hacendado alemán establecido en Goncerzewo, Prusia occidental [161]. Había sido enfermera en la Primera Guerra Mundial; después, se trasladó a Berlín donde, tras un matrimonio azaroso y muy breve, montó una pequeña clínica privada con el dinero del padre [162].

El alelado propagandista SS creyó que era amor a primera vista, pero sus padres se sintieron menos satisfechos con la adquisición del hijo. Marga, como se hacía llamar ella, llevaba ocho años a Heinrich y, para mayor escarnio, era protestante y divorciada [163]. Durante largo tiempo, Himmler se abstuvo de presentarse con Marga ante los padres. En cierta ocasión, dijo a su hermano Gebhard: «¡Preferiría desalojar yo solo a mil comunistas de una sala [164]!»

Finalmente, los padres cedieron y dejaron a la pareja con sus ilu-

siones. Heinrich y Marga contrajeron matrimonio el 3 de julio de 1928[165] y proyectaron su vida común como colonos. Marga vendió la clínica privada y con el producto compró una finca rústica en Waldtrudering, cerca de Munich, donde se alzaba una pequeña casa de madera cuya planta baja tenía dos habitaciones y el primer piso, tres aposentos más. Heinrich satisfizo el capricho de construir con sus propias manos un gallinero, pues el matrimonio Himmler se había propuesto montar una enorme granja avícola[166].

«Querido, no dejo de pensar en el pequeño terruño que poseeremos muy pronto», escribía Marga varios meses antes de la boda, prodigando ese tono meloso que empleaba al principio con su prometido. «Creo, querido, que el prudente esposo debe preocuparse del ahorro... pues, ya sabes, la malvada esposa gasta siempre todo cuanto tiene[167].» El matrimonio adquirió cincuenta gallinas ponedoras[168], pero la granja fracasó por dificultades monetarias, a lo cual se agregó la carrera política de Heinrich. Su sueldo como funcionario del NSDAP (200 marcos)[169] fue insuficiente para sostener e impulsar la granja avícola.

El 6 de mayo de 1929, Marga comunicó lo siguiente a su marido: «Las gallinas rinden muy poco: dos miserables huevos por día. Me irrita pensar que pretendemos vivir de eso, y encima ahorrar para Pascuas. ¡Qué mala suerte! Yo ahorro cuanto puedo, pero me he quedado casi sin dinero[170].» Siempre problemas económicos. «No me has escrito, y eso está muy mal. Ahora no recibiré el dinero mañana temprano, como esperaba, y Berta (la sirvienta) no podrá ir a buscar tus zapatos[171].»

A los apuros financieros se sumó una crisis matrimonial que llegó antes de lo que ambos suponían. Aquella matrona frígida y casi histérica, cuya escasa apacibilidad apenas recordaba a la diosa de Bad Reichenhall, irritó considerablemente la susceptibilidad del marido hasta el punto de que éste pasó cada vez menos tiempo en casa. Tras el nacimiento del único hijo, una niña llamada Gudrun[172], los Himmler se separaron amistosamente.

Marga esperó que la política nacionalsocialista le devolviera algún día al consorte y cabeza de familia. Pero sus esperanzas fueron vanas. «Cuando terminen las elecciones tendrás, por lo menos, dos o tres años de tranquilidad... Y tú... podrás estar siempre cerca de mí», escribía ilusionada[173]. Y en otra carta decía: «Espero, malvado lansquenete, que tus andanzas te traigan alguna vez por esta comarca[174].» Y vuelta a la carga: «Si puedes, pásate por aquí, aunque sólo sea un par de días[175].» No obstante, Marga sospechaba ya que había perdido definitivamente a su esposo. «Me siento tan triste a veces que paso

días y días sin salir de casa. Hoy me distraje imaginando cómo podríamos celebrar tu cumpleaños. Querido, ¿por qué no visitamos juntos alguna exposición? No lo hemos hecho jamás», le recordaba invitadora [176]. Y en otra ocasión, se lamentaba: «No me encuentro bien. ¿Cómo terminará esto? Uno piensa sin quererlo... ¡Ay, Dios mío! ¿Qué será de mí [177]?»

Heinrich Himmler no lo sabía. Hacía ya mucho tiempo que se hallaba bajo el influjo de las órdenes hitlerianas, pues su Führer le había puesto al frente de los SS el 6 de enero de 1929. Ahora, el afiliado número 168 de los SS [178] podía mostrar lo que había aprendido con Gregor Strasser y Walther Darré. Los Escalones de Protección estaban ahí..., esperando, según imaginaba Himmler, que una mano magistral transformara la cofradía popular en *élite* del nacionalsocialismo.

Por supuesto, el nuevo *Reichsführer SS* averiguó muy pronto que su Führer no requería de él un purismo ideológico. Hitler no necesitaba una orden de ortodoxos hombres rúnicos, sino una guardia manejable, un instrumento de su despotismo. El NSDAP se halló ante una encrucijada. La crisis económica de los años veinte arrastró a un número creciente de alemanes decepcionados hacia el campo nacionalsocialista, fortaleció y comprometió a un tiempo el caudillaje hitleriano dentro del Partido. Fue preciso consolidar posiciones a despecho de los elementos refractarios. Y así empezó el lúgubre capítulo de los Partidos políticos alemanes.

4. De la escolta personal a la Policía nacionalsocialista

El camarada del Partido Ludolf Haase tuvo una visión. Y escribió seguidamente a la jefatura NS en Munich exponiendo lo que él, jefe comarcal nacionalsocialista de Hannover-Süd y miembro directivo de la «Skaldenorden», juzgaba de trascendental importancia.

A su modo de ver, el NSDAP se había desintegrado tras el pronunciamiento de Noviembre (1923) en Munich, porque el Partido careció de un cuerpo dirigente y, por tanto, de instrumentos ejecutivos. Lo que necesitaba este Partido remozado era «una orden nacionalsocialista en sus propias filas», una comunidad secreta que fuera guarda y auxiliar del mando en todo momento. Haase concibió una congregación confidencial dentro del Partido que sustentara el Movimiento con mano férrea. Los congregantes efectuarían la «limpieza de la organización y, en caso necesario, enderezarían agrupaciones asociadas y autoridades»; al mismo tiempo, procurarían, «mediante supervisión y otras acciones similares, los informes indispensables sobre planes, empresas y conexiones del adversario». La orden nacionalsocialista del futuro, exigía Haase, debe «mantener en la salsa del NSDAP» una organización «que proporcione los instrumentos requeridos por el jefe superior para poder ejercer sin trabas una política nacional de fuerza» [1].

Con esa misiva, el jefe comarcal Haase puntualizó proféticamente el concepto básico de esos Escalones de Protección que algún día proyectarían su amenazadora sombra sobre el Partido. Pero los funcionarios en la jefatura nacionalsocialista de Munich no supieron qué hacer con el escrito de Hannover-Süd. El nombre Haase pasó al olvido y su memorándum, a los archivos.

Sin embargo, en enero de 1929, ocupó la casa interior de la Schellingstrasse, 50, en Munich, sede de la jefatura nacionalsocialista, un individuo que tenía ideas similares a las de Haase y en cuyos archivos personales reapareció más tarde aquel escrito sin fecha: Heinrich Himmler, el nuevo *Reichsführer SS*, quiso realmente mantener su or-

ganización «en la salsa del NSDAP». Al principio, tuvo tan poco éxito como el camarada Haase, naturalmente. La ambición del agrónomo diplomado y avicultor fracasado suscitó, por lo general, sonrisas compasivas en el Partido.

Por aquellas fechas, Himmler tenía fama de estrafalario. Según se rumoreaba, era un sectario que pretendía fundir los métodos selectivos de su vida profesional con el dogma racista del Partido para formar una extraña concepción de la *élite*. Además, su desmesurada codicia contrastaba grotescamente con la insignificancia del cargo que se le había asignado en el Partido. Los Escalones de Protección tenían entonces 280 hombres, estaban subordinados al OSAF (jefe superior SA) Franz Pfeffer von Salomon, hombre de carácter desigual, y pugnaban contra los prejuicios generalizados en el NSDAP que tenían a la organización SS por una especie de sección publicitaria para la Prensa propia.

Pese a todo, Himmler no se dejó intimidar por las burlonas actitudes de sus camaradas. Ideó un ambicioso programa de expansión con el que esperaba acrecentar el número de escalones en un plazo muy breve y proyectar, asimismo, hacia fuera el carácter selectivo de los SS. En abril de 1929, presentó a Hitler y Pfeffer un esquema del reglamento que convertía prácticamente a los SS en una orden militar [2]. A partir de entonces, los SS admitieron tan sólo a quienes reunían las rigurosas calificaciones selectivas. Para el discípulo del místico genealogista Darré, sólo contó una calificación, la raza, y un prototipo humano, la figura entre ridícula y romántica del titán nórdico.

Himmler lo formuló así ulteriormente: «Procedimos como los ganaderos de remonta cuando necesitan depurar una especie antigua y buena pero maleada por los cruces y la adulteración. Primero se efectúa sobre el terreno la llamada eliminación selectiva, es decir, cribar simplemente a los individuos que, en nuestra opinión, nos son innecesarios para componer los Escalones de Protección [3].» Naturalmente, si se hubiera aplicado sin contemplaciones ese principio tan exclusivo, Himmler habría tenido que reducir los SS a la mitad, pues muchos de sus miembros, la mayoría pequeños burgueses, tenían escasa semejanza con el homúnculo germano descrito en las pedantescas obras de Darré. Pero Himmler supo contrarrestar ese remedio autovenenoso. Sus ordenanzas especificaron que las nuevas condiciones no afectaban a los veteranos militantes SS que hubieran prestado servicio militar durante la Primera Guerra Mundial [4]. No obstante, siguió apretando los tornillos de su programa selectivo con exquisita cautela. «Me propuse exigir desde el principio una estatura determinada (1,70 metros)

—indicó Himmler[5]—, pues sabía, por supuesto —agregó con el olímpico aplomo de un adivino—, que los sujetos cuya estatura se ajusta a un número específico de centímetros poseen por alguna razón indefinible el linaje idóneo[6]»

Se hizo mostrar la fotografía de cada aspirante para examinarla meticulosamente con una lupa. Era un largo análisis, pero a su conclusión se sabía con certeza si el candidato poseía lo que el irracional granjero racista denominaba «buen linaje»[7]. Himmler solía exponer sus procedimientos analíticos ante los oficiales: «Primero reflexiono y me digo: el rostro de este hombre muestra claramente la inoculación de sangre impura, sobre todo esos pómulos protuberantes de los que uno acostumbra a decir que parecen mongólicos o eslavos... Pues bien; ¿por qué he obrado así? Permítanme rememorar un hecho confirmado por la experiencia. Recuerden, por favor, aquel tipo de soldado revolucionario entre los años 1918 y 1919»[8].

Esa observación revela que las directrices biológicas de Himmler sobre el «buen linaje» no se orientaban sólo hacia la trama de lucubraciones racistas. También apuntaban a las monomanías de muchos ex oficiales, veteranos de la Primera Guerra Mundial, que no podían sobreponerse al sobresalto experimentado cuando les arrancaron las hombreras varios años atrás. El soldado revolucionario era para muchos un símbolo de su propia humillación; al finalizar la guerra, algunos soldados izquierdistas habían arrancado las hombreras a sus oficiales, y esos mismos soldados sediciosos —éste era el otro aspecto del susto traumático— habían presenciado el cobarde proceder de los oficiales, quienes no habían movido ni un dedo para proteger de la revolución al comandante supremo imperial. Tanto daba que el alférez Himmler no hubiese arrostrado personalmente las afrentas del soldado revolucionario, «esa innoble cuartelada de la chusma roja» (Roehm)[9]. Himmler sabía que los ex oficiales jamás olvidarían aquel encuentro degradante con la soldadesca. «Cada uno de los que fueran oficiales entonces conoce por experiencia a esa gente. No les costará, pues, comprobar que esos individuos ofrecen, por lo general, un aspecto cómico ante nuestros ojos alemanes; tienen unos rasgos bufonescos que denotan la influencia de sangre impura[10].»

Tales argumentos se adaptaban perfectamente al mundo perceptivo de aquel grupo social en el que Himmler esperaba encontrar las primeras reservas de sus SS. La noción de una *élite* racial fascinaba a esa facción solitaria de antiguos militares, intelectuales empobrecidos por la inflación y funcionarios excedentes que, tras su vagabundeo por el Cuerpo voluntario y las organizaciones militantes nacionalistas, bus-

caban nuevas formas de convivencia. El concepto de selectividad racial propugnado por Himmler les prometía un hogar colectivo, los redimía de los inextricables vínculos con una burguesía desarraigada y un prestigio social caduco.

La *élite* fue hasta entonces sinónimo de elevada posición social: sólo pertenecía a ella quien poseía cultura y alcurnia. El acceso a esa *élite* estaba cerrado para la generación malograda del frente; las dificultades de readaptación y el romanticismo castrense las habían arrinconado en la zona neutra de los estamentos sociales. Y ahora, en lugar de esa *élite* exclusivamente, Himmler proponía otra muy distinta: la selección racial, la aristocracia del idealista. El concepto de «buen linaje» era suficientemente nebuloso y liberal para ofrecer refugio a todos los componentes de la generación malograda o, mejor dicho, a los que superaran el concienzudo examen de Himmler. Por supuesto, acudieron en bandadas.

Antaño, la cuna de los SS había estado constituida por pequeños burgueses de arrabal tales como el matarife Ulrich Graf y el comerciante de papelería Josef Berchtold. Ahora afluía una nueva riada social a los SS: los desplazados de la burguesía media y acomodada. Estos neófitos proveían a los escalones de protección con una mentalidad encallecida y una combatividad coriácea que, en el fondo, estaban desprovistas de todo sentido ideológico. Uno descubría al instante su procedencia: constituían la retaguardia del Cuerpo voluntario, «hombres a los que la guerra nunca licenció porque la llevarían siempre en su sangre», según describió el bardo del Cuerpo voluntario y asesino de Rathenau, Ernst von Salomon, en 1930 [11].

Los hombres del Cuerpo voluntario representaban una generación demasiado germánica y alérgica a la cultura que habían esperado una purificación de todos los males burgueses tales como el farisaísmo y el epicureísmo bajo los aguaceros de metralla en la añorada Guerra europea, que habían ansiado al propio tiempo «perder su propia personalidad...», por lo cual su ídolo era el coronel inglés Thomas Edward Lawrence *de Arabia* [12]. Entretanto, la guerra quedó atrás y la sociedad burguesa permaneció en pie aunque tambaleándose, pero la generación de ex soldados, ajena por completo al pacifismo reinante, esperó ver todavía el estruendoso derrumbamiento del aborrecido mundo burgués.

El asco que inspiraba la mesocracia de anteguerra se transformó en odio contra la sociedad de posguerra; aunque se iniciaba una Era de paz, los ex combatientes siguieron creyendo que la violencia y la crueldad eran los mejores medios para incendiar el tenducho de la

civilización burguesa, máxime cuando surgían entre ellos poetas que con la belleza del lenguaje embotaban la lucidez del cerebro. «La guerra —escribía el portavoz de la generación malograda, capitán laureado Ernst Jünger— permanecerá para siempre dentro de nosotros, cual una montaña rocosa por cuya ladera descendemos en busca de nuevos horizontes. Y mientras la rueda de la vida gire para nosotros, esa guerra será el eje de sus rotaciones. Tal vez fenezca algún día, tal vez queden desiertos y desacreditados sus campos de batalla como cámara de tormento y patíbulo, pero su espíritu se mantendrá vivo en los escuderos del frente y no les eximirá nunca de su prestación personal [13].»

La confusa posguerra alemana brindó abundantes oportunidades para promover la causa bélica. El Estado necesitó guerreros en su lucha defensiva contra los revoltosos comunistas y los insurgentes polacos..., y la generación del frente se aprestó otra vez gustosa al combate haciéndose eco —no conviene olvidarlo— de las palabras pronunciadas por Jünger: «¿Acaso hay algo más sagrado que el guerreador?» Desde luego, los nuevos soldados se diferenciaron fundamentalmente de los antiguos. Denominaron Cuerpos voluntarios a sus unidades, intentando tal vez denotar que su alistamiento bajo el Gobierno tenía carácter voluntario..., lo cual les permitiría causar baja cuando les conviniera. No juraron lealtad al Gobierno sino a la bandera que flameaba ante ellos y al jefe cuyas órdenes aceptaban.

Raras veces vio la historia militar alemana una mesnada de mercenarios tan politizados como los voluntarios del bienio 1919/1920. Simples tenientes mandaron regimientos regulares, y muchos de ellos ejecutaron a su gusto las órdenes de distantes Estados Mayores. Fueron lansquenetes y ellos mismos lo reconocieron con inmenso orgullo. A semejanza de los antiguos lansquenetes vieron el campamento y la compañía de los camaradas como su único hogar, y a semejanza también de los lansquenetes, esos 70 000 voluntarios mostraron «un nomadismo impaciente, una temeridad suicida, sintieron en sus entrañas la indescriptible tentación viril de buscar continuamente el peligro. Y como aquéllos, despreciaron a los sedentarios, a los cachazudos, y les dieron una justa réplica, pues en campamentos y acantonamientos, en combate y largas marchas, destruyeron los conceptos y valores del aborrecido antípoda» (Salomon) [14].

Una tropa semejante pareció haber sido creada exclusivamente para sembrar el germen de la violencia despiadada. Puesto que la tradición y los cánones de la disciplina militar habían sido destruidos mucho tiempo atrás, esas huestes inventaron el consejo medieval. Los

Cuerpos voluntarios hicieron fusilar, tras un proceso denominado con singular eufemismo «defensa personal por la justicia», a quienes encontraron culpables. La vida humana, tanto la propia como la ajena, tuvo poco valor para esos voluntarios. «Dar la muerte o recibirla, tal era su consigna..., como lo fue más tarde para el Arma SS [15].» Ernst von Salomon se las arregla para ensalzar, ya en 1930, las cualidades castrenses que caracterizarán una década después a los soldados de Himmler: «La acometividad implacable contra masas humanas y rivales armados o desarmados, una ilimitada displicencia hacia lo que se suele llamar la inviolabilidad de la vida humana, y el marcado prurito de no hacer prisioneros bajo circunstancia alguna [18].»

Tras la extinción del Cuerpo voluntario, el cáncer de la violencia se extendió a otros miembros. Los Tribunales medievales se desplazaron hacia la política y dieron caza a demócratas y republicanos, el terror siguió siendo la clave secreta de unidades militantes y Partidos nacionalistas. Sin embargo, los elementos del Cuerpo voluntario perdieron su patria chica. Unos pasaron a las SA, donde se infiltraron hasta los puestos de mando. Mientras tanto, otro tipo de infiltración —miles y miles de parados al amparo de la depresión económica— mostró a los antiguos voluntarios que las SA tampoco podían ser su hogar: el recluta SA, procedente de las colas estacionadas ante las agencias de colocación, era sólo un rebelde circunstancial; esperaba que Hitler le diera pan para llevárselo a su mujer y a sus hijos. En cambio, el voluntario, incluso el ataviado con camisa parda, desdeñaba ese mundo burgués a donde deseaba retornar desde el fondo de su corazón hasta el último truhán SA [17].

Y entonces les ofreció Heinrich Himmler un auténtico hogar: la orden selecta de los SS. En 1929, comenzó el éxodo de oficiales voluntarios a los Escalones de Protección. Llegaron en dos oleadas: primero aparecieron los veteranos, que no habían logrado comunicarse con la sociedad o no lo habían intentado. Entre ellos figuraban nombres ilustres: el oficial pomeranio del Reichswehr Erich von dem Bach-Zelewski, expulsado de su regimiento por intrigas nacionalsocialistas, creó los SS de las Marcas (1931) [18]; el barón Friedrick Karld von Eberstein, teniente en la Primera Guerra Mundial y ayudante del conde Helldorf, comandante del Cuerpo voluntario, asumió el mando SS en Sajonia [19]; y Udo von Woyrsch, primer teniente de la guardia fronteriza durante la Primera Guerra Mundial, organizó los SS en Silesia [20].

La crisis económica arrastró una segunda oleada de aspirantes hacia los SS. Esta vez fueron hombres que lograron sentar pie en la vida ciudadana; pero perdieron sus puestos ante la feroz competencia

del mercado libre laboral. La bancarrota les indujo a vestir el uniforme de los SS: Friedrich-Wilhelm Krüger, hijo de coronel y antiguo teniente del Cuerpo voluntario Lützow, renunció a su profesión mercantil[21]; Karl Wolff, hijo de un juez municipal y antiguo teniente del regimiento de la Guardia 115 (Gran Ducado de Darmstadt), abandonó su agencia publicitaria[22]; y el doctor Carl-Albrecht Oberg, hijo de un médico y ex teniente en el frente occidental, dejó colgada la importación de plátanos[23].

El ingreso de tantos voluntarios expeditivos permitió a Himmler acrecentar incesantemente el número de unidades SS. El hombre recorrió incansable toda Alemania haciendo propaganda de su *élite*. Menospreció la oposición fomentada dentro de Partido contra sus propósitos de expansión. Cuando anunció en Hamburgo que pensaba formar un Escalón de Protección integrado por 500 hombres, el *Gauleiter* Krebs le replicó que eso sería difícil, pues Hamburgo contaba apenas con 500 camaradas del Partido. A lo cual repuso Himmler, condescendiente: «Las circunstancias son intranscendentes; todo depende del elemento humano[24].»

«Los Escalones de Protección crecen a ojos vistas y alcanzarán la cifra de dos mil hombres al finalizar este trimestre» comunicó Himmler el 29 de enero de 1930 a su antiguo mentor Roehm que, tras el altercado con Hitler, había ido a Bolivia como instructor militar[25]. «Mis jefes de estandarte son excelentes muchachos —seguía informando Himmler a Roehm—. El servicio es cada día más estricto y las condiciones de admisión se hacen cada mes más difíciles[26].» Ininterrumpidamente siguió aumentando el volumen numérico de la organización SS: enero de 1929, 280 militantes; diciembre de 1929, 1 000 militantes; diciembre de 1930, 2 727 militantes[27]. Los SS crecieron tan aprisa que, finalmente, Himmler hubo de orientar la magneto de su *élite* hacia un área prohibida para los propagandistas SS, hacia un receptáculo que había cerrado hasta entonces sus puertas a los Escalones de Protección: las SA.

Allí vegetaban todavía los veteranos de la «Era Roehm», elementos del Cuerpo voluntario entre los cuales había muchos que se pasarían sin remordimientos a los SS. Sin embargo, el OSAF, Pfeffer, aguzaba la vista para que ninguno de sus subordinados desertara al feudo de Himmler. Hacia fines de 1926, Pfeffer había distribuido ya una orden por la que se prohibía toda ingerencia de los SS a menos que actuaran en estrecha colaboración con el mando SA[28]. Así se imposibilitaba por anticipado cada intromisión de los SS. En las acciones conjuntas de SA y SS, los Escalones de Protección debían ponerse a las órdenes del

eventual jefe SA [29]. Y especialmente Pfeffer no dejaba de la mano los controles sobre el órgano propagandístico SS. Podría darse la peligrosa posibilidad de que los SS (así lo formulaba Pfeffer) «acapararan a todos los hombres con dotes de mando y estorbaran involuntariamente el desarrollo de nuestras SA. Por lo tanto, se debe consultar primero con el OSAF» [30].

Por supuesto, las órdenes de Pfeffer no intimidaron a Himmler. Éste empezó a divulgar secretamente entre los SA las excelencias de la orden SS y consiguió enrolar en ella a numerosos militantes SA. Los éxitos de Himmler no pasaron inadvertidos mucho tiempo a los jefes SA. «Es muy censurable que las unidades SS recientemente creadas hagan su propaganda con medios ilícitos —se quejaba Stennes, jefe SA de las provincias orientales [31]—. Y, además, pretenden disgregar las SA.» En Berlín, algunos SA iracundos imprimieron octavillas anónimas contra «la formación de una guardia personal por nuestros bonzos civiles, los SS, a costa de las SA» [32].

Hitler zanjó la disputa entre ambos ejércitos políticos y, de paso, ayudó a Himmler en su primer éxito sonado: a fines de 1930, disoció SA y SS. El Escalón de Protección continuó subordinado oficialmente al OSAF, pero su independencia práctica de las SA quedó confirmada con idéntica formalidad. Hitler: «Ningún jefe SA tendrá atribuciones para dar órdenes a los SS [33].» Asimismo, se manifestó el carácter autónomo de los SS en la indumentaria. Sus uniformes negros los diferenciaron de las camisas pardas SA. Desde aquella fecha los militantes SS llevaron gorra negra, corbata negra, pantalón negro y brazalete con cruz gamada y orillo negro. Una franja negra de cinco centímetros sobre la manga izquierda mostró en cifras árabes el número de cada compañía SS [34].

Los SS ganaron así su primera guerra de la independencia. Y lo que es más: Hitler les permitió crear una organización totalmente nueva. Se repudió el «sistema decimal» (en ninguna localidad podía haber un Escalón cuyos contingentes fueran superiores a diez hombres y su jefe) y en su lugar se introdujo una nueva estructura que por sus grados jerárquicos y composición se asemejó de modo sorprendente a las SA: su unidad menor fue la escuadra de ocho hombres más el jefe. Tres escuadras constituyeron un pelotón, mandado por un jefe; eran de 20 a 60 hombres cuya formación fue comparable a la de una unidad militar. Tres pelotones formaron una *Sturm*, unidad básica SS que, con sus 70 a 120 hombres bajo el mando del *Sturmführer*, desempeñó la función de una compañía. Tres *Stürme* compusieron el *Sturmbann*, similar al batallón, cuyos efectivos de

250-600 hombres estuvieron a las órdenes de un *Sturmbannführer*. Tres o cuatro *Sturmbanne* se agruparon en un *estandarte*, unidad de 1 000 a 3 000 hombres con su correspondiente *Standartenführer* equiparable al regimiento. Varios *estandartes* constituyeron el subgrupo (más tarde sección), que recordó mucho a una brigada y cuyo jefe se denominó *Oberführer*. En años ulteriores, varios subgrupos o secciones se reunirían para formar un grupo o *supersección*, unidad mandada por un *Gruppenführer*, semejante a la división [35].

Desde luego, ese nuevo ejército SS existía sólo sobre el papel; todavía le faltaba a Himmler el elemento humano para insuflar vida real a la construcción. Pero Hitler proporcionó también ahí un estribo que sustentara el aplomo de los SS. Distribuyó órdenes según las cuales se prohibía a los SS seguir haciendo propaganda entre las SA, si bien éstas últimas deberían facilitar personal a las nuevas unidades SS, concretamente la mitad de cada grupo SS previsto en diversas localidades. Aquello desagradó de un modo especial a las SA, ya que una de las órdenes determinaba que sólo se le permitiría enviar «gente selecta» a las SS; por añadidura, cualquier *Sturmbannführer SS* podría rechazar a los hombres SA si los creyese ineptos [36].

Los jefes SA imaginaron que les sería posible, por lo menos, bloquear toda intromisión de los SS en los asuntos SA. El lugarteniente del OSAF, August Scheneidhuber, lo expresó así: «A ese respecto, las SA adquieren el derecho de prohibir toda clase de propaganda SS en nuestras filas, aun cuando se haga fuera del servicio [37].» El jefe SA Schneidhuber se equivocó. Evidentemente, había leído sólo por encima el párrafo principal de la orden hitleriana publicada el 7 de noviembre de 1936, de la que se traslucía por qué había decidido Hitler súbitamente reforzar con tantos medios los Escalones de Protección. Ese párrafo rezaba así: «Los SS tienen la misión primordial de asumir el servicio policial dentro del Partido [38].» Se materializaba, pues, el sueño dorado del jefe comarcal Haase...; la orden secreta se instalaba en el Partido e iniciaba su vigilancia.

Adolf Hitler tenía más razón que nunca para requerir los contundentes servicios de su guardia personal. Raras veces había sido su posición tan discutible como entonces. Los rumores corrían tras el telón del Partido. El Movimiento nacionalsocialista degeneraba en escenario de farsas e intrigas, de crímenes y bufonadas políticas. Las SS habían sido creadas por Hitler para mantener con mano férrea la coherencia del Partido y reprimir duramente la insubordinación contra el jefe supremo. Y la insubordinación cundía en aquel NSDAP, que nunca fue homogéneo.

Comenzó como una sociedad de pequeños burgueses populistas y pangermanistas, luego se le inyectó el ideario del socialismo nacional concebido en el país sudete, poco después descendió al degradante puesto de comodín político para las organizaciones militantes populistas bávaras, campo laberíntico en el que dirimían sus querellas los pugnantes políticos; más tarde fue laboratorio de un nuevo socialismo populista con tendencias proletarias, abrigo de proletarios SA y tentación para jefes de Partidos reaccionarios y caballeros de industria... Un Partido tan polifacético no podía preservar su unidad interna y necesitaba activismo, algarada y movimiento a cualquier precio. Nada más lo mantenía unido su odio colectivo contra el progreso y la democracia, tan sólo su deseo de asaltar el Estado. Pocos puntos dogmáticos del NSDAP tomaban cuerpo sin la disputa acalorada de sus afiliados, pocos altos funcionarios encontraban aceptación entre sus colegas.

El paladín de Hitler, Hermann Esser, catalogaba a los populistas norteños como una «sociedad de iluminados bajo la influencia de Wotan» [39], el renano Joseph Goebbels presentaba una moción para expulsar del Partido al «pequeño burgués Adolf Hitler» [40], y no se clausuraba ninguna asamblea sin que alguien propusiera antes que se retirara el carnet al agitador antisemita Julius Streicher [41]. «Nuestro futuro es la dictadura del ideario socialista en el Estado», teorizaba Goebbels. Y muchos le reprochaban al punto que esa frase concordaba más bien con la *Bandera roja* y no con el órgano nacionalsocialista [42]. Gregor Strasser exigía una alianza con la Unión Soviética porque Moscú era un compañero de armas contra el orden impuesto por la paz de Versalles, y unos días después se hermanaba diligentemente con el cruzado antisoviético Alfred Rosenberg, que veía ya al Partido como un botín del enemigo universal: el rojo [43]. Ni el virulento antisemitismo unía siquiera a los nazis; ese aborrecimiento común tenía infinidad de matices en el propio Partido. Goebbels opinaba así: «La cuestión judía es más complicada de lo que se cree. Probablemente, el judío capitalista y el bolchevique no son uno y el mismo, como muchos imaginan [44].»

Tanto degeneraba el Partido que fue preciso crear un comité de arbitraje e investigación denominado «Uschla» que, bajo la presidencia del ex comandante y jefe SA en Nuremberg Walter Buch, dirimía sin pausa los mezquinos litigios entre camaradas y evitaba así su divulgación [45].

No obstante, Hitler supo aprovechar esos pleitos para consolidar su posición dominante. Siendo un genial sintetizador de opiniones

contrapuestas, consiguió mantener juntas las camarillas del Partido y ocupar, al propio tiempo, un puesto predominante en el proscenio, de modo que parecía frecuentemente el único aglutinante del Partido... aunque él mismo avivaba las rivalidades cuando podía. Cuanto más disputaban los otros, más aceptable se les antojaba el Papa político de Munich. «Hitler toleraba deliberadamente —reconoció Rosenberg, a la sombra del patíbulo en Nuremberg—, la existencia de grupos antagónicos dentro del Partido con objeto de poder representar el papel de árbitro y Führer[46].» Al amparo de las divergencias internas, Hitler progresaba con paso seguro hacia su meta, aprovechando cada crisis, cada diferencia de criterios. Primero, tras la refundación del Partido en febrero de 1925, el poder hitleriano rebasaba apenas las fronteras bávaras.

En su camino hacia los grupos populistas y nacionalsocialistas de Alemania septentrional y occidental, le cerraban el paso unas posiciones de cerrojo defendidas por tres hombres: el farmacéutico de Landshut, Gregor Strasser, un organizador genial, su hermano, el doctrinario y excéntrico doctor Otto Strasser, y su jefe de propaganda, el doctor Joseph Goebbels. Los tres controlaban la organización nacionalsocialista en el Norte y se diferenciaban también ideológicamente de aquel cauteloso Hitler que fluctuaba entre restauración y revolución. Ellos creían en un socialismo populista, exigían la nacionalización de la industria y fomentaban la alianza proletaria Alemania-Rusia[47].

En febrero de 1926, Hitler hizo volar las posiciones de Strasser. Durante una asamblea de jefes en Bamberg (donde predominaban los acólitos hitlerianos), impuso una votación sobre el programa social revolucionario del campo contrario, y triunfó[48]. Goebbels se pasó al bando hitleriano y también Gregor Strasser hizo las paces con Hitler a regañadientes e ingresó en la jefatura nacionalsocialista de Munich como principal organizador[49].

Sólo Otto Strasser prosiguió su enconada lucha contra Hitler desde Berlín. Como director del más influyente órgano periodístico nacionalsocialista en el Norte, el *Berliner Arbeiterzeitung,* y como cabeza de un grupo intelectual que contemplaba el nacionalsocialismo con anteojos izquierdistas, transformó Berlín en baluarte de la oposición[50]

Por entonces surgió junto al Spree un tercer poder que se interpuso entre las facciones contendientes. Las SA berlinesas se pusieron en marcha.

Su caudillo era el gigantesco Kurt Daluege, ingeniero de la Muni-

cipalidad berlinesa, que en 1921, mandando una unidad voluntaria, había arrebatado la silesiana Annaberg a los insurgentes polacos y figuraba entre los más temibles revoltosos de la capital alemana [51]. *Bruto-bruto,* como lo apodaban en los bajos fondos por sus limitados horizontes, fue empujado tras el pronunciamiento de Noviembre (1923) hasta el banderín SA de Roehm, el «Frontbann», en el que fundó más tarde con veteranos del Cuerpo voluntario, pendencieros y forzudos de los grupos populistas, las primeras SA berlinesas [52]. A principios de 1926, contaron ya con 500 hombres, más que el NSDAP de Berlín [53].

Los militantes SA explotaron ventajosamente su superioridad numérica. Puesto que el jefe local de Berlín, un tal Ernst Schlange, consejero gubernamental apadrinado por Otto Strasser, les pareció demasiado contemporizador, exigieron su destitución y propusieron a un hombre merecedor de su confianza: el antiguo jefe del «Frontbann», Hauenstein [54]. Planearon su golpe de mano para el 25 de agosto de 1926. Aquel día, durante una reunión de jefes nacionalsocialistas y SA, Hauenstein propinó un par de bofetadas al patrocinador de Schlange, Strasser, tras lo cual se retiraron muy satisfechos todos los compadres SA [55]. El cambio de régimen no pudo ser más expeditivo.

Sin embargo, Hitler intervino y demostró una vez más su habilidad para sacar partido de las rivalidades ajenas. En noviembre de 1926, envió al renegado Goebbels como nuevo *Gauleiter* de Berlín [56]. Goebbels tenía buenas razones para hacerle el juego a Hitler, pues sin él no podría dar ni un paso en Berlín: el bando Strasser lo tenía por un repulsivo desertor, y para las SA berlinesas su nombre estaba ligado a una humillante derrota. Pero nada podía frenar a Hitler; también se las compondría para involucrar a las boyantes SA en los maremagnos internos del Partido. Las SA eran el contrincante natural de la Organización política (PO) dirigida por Gregor Strasser y conocida entre los despreciativos militantes SA con el apodo de «P-cero» [57]. El dispositivo externo del Partido y las SA podrían equilibrar entre sí la balanza y facilitar a Hitler la dominación sobre el NSDAP.

Ése no era, desde luego, para Hitler el único ni tampoco el principal móvil que le inducía a promover las SA. Éstas deberían llevarlo al poder, y sólo analizando la historia de esa organización, una historia ligada con las esperanzas y decepciones de Hitler, se podrá comprender por qué prosperaron al fin las SS hasta convertirse en instrumento determinativo del caudillaje dictatorial. Hitler veía las SA como la organización idónea para comunicar combatividad al idea-

rio político; las columnas maniobreras SA «estaban predestinadas a mantener una especie de lucha electoral permanente practicando el terrorismo (según el historiador Wolfgang Sauer) para desvirtuar la voluntad ya bastante endeble del adversario democrático»[58].

Al igual que Hitler, el jefe supremo SA Pfeffer von Salomon era un ferviente admirador de los desfiles militares. Ambos creían en la fuerza sugestiva del paso redoblado, con sus ecos amenazadores, en los efectos psicológicos de esas apretadas columnas avanzando geométricamente como artilugios mecánicos. También es de Von Salomon la reseña más reveladora sobre la hipnosis colectiva nacionalsocialista. «El espectáculo ofrecido por un número considerable de hombres disciplinados cuya combatividad es perceptible o deducible en esas filas perfectamente alineadas [palabras textuales de Pfeffer] causa honda impresión a cada alemán, le habla con un lenguaje mucho más persuasivo y entrañable que cualquier escrito, discurso o razonamiento»[59]. Evidentemente, al estratega Pfeffer le importaba, ante todo, dar «una impresión de fuerza, fuerza de las arrolladoras columnas y fuerza de la causa por la que marchan. Esa fuerza interna permite deducir instintivamente al alemán lo justo de su causa. Cuando tantas escuadras ofrendan sistemáticamente su corazón y su existencia a una causa, es que ésta debe ser magna y legítima»[60].

Para desbravar las columnas móviles, el antiguo capitán Pfeffer no podía elegir mejores domadores que los ex oficiales del Ejército. Ellos dominaban el abecedario de la instrucción militar y, además, casi todos los militantes SA, antiguos combatientes del frente, estaban habituados a sus órdenes.

Así, pues, Pfeffer se rodeó de viejos camaradas y los puso al frente del ejército pardo. En 1928, creó siete zonas jurisdiccionales y las subordinó exclusivamente a antiguos militares profesionales[61]; el capitán retirado de policía Walther Stennes fue *Oberführer SA* de la zona oriental (Berlín); el comandante retirado Paul Dincklage fue ascendido a *Oberführer* SA de la zona septentrional (Hannover); el teniente coronel retirado Curt von Ulrich asumió el mando de la zona occidental (Kassel); el capitán retirado barón Manfred von Killinger fue promovido a la jefatura superior SA de la zona central (Dresde); el comandante retirado August Schneidhuber se posesionó de la zona meridional (Munich); el primer teniente retirado Viktor Lutze fue *Oberführer* SA del Rhur (Elberfield), y el capitán retirado Hermann Reschny recibió el mando general en Austria (Viena)[62].

Hacia principios de 1929, Pfeffer confirió todavía más atribuciones a los oficiales profesionales. Los *Oberführer* Stennes, Dincklage,

Ulrich y Schneidhuber fueron designados OSAF suplentes, y Ulrich, como inspector general, tuvo absoluto control sobre el adiestramiento de las SA[63]. Los cuadros del ejército político quedaron, pues, dispuestos para recibir a los incontables reclutas que invadieron las SA cuando sobrevino la gran crisis económica en el otoño de 1929. Las crecientes extorsiones producidas por el paro ocasionaron una dilatación explosiva de las SA. En 1930, sus efectivos fluctuaron entre los 60 000 y los 100 000 hombres[64].

La «expansión SA» fortificó el aplomo de las Secciones de Asalto. Los jefes SA se mostraron cada vez menos inclinados a cumplir las órdenes del funcionario político. La organización SA se independizó progresivamente del PO. Hitler empezó a recelar. Su cólera se acrecentó cuando ciertos confidentes de Berlín le advirtieron que peligraban sus ingeniosos equilibrismos. Junto al Spree se escenificó una reconciliación entre la «brigada intelectual Otto Strasser» y los jefes SA bajo el signo de la miseria social, reforzado por los crecientes vituperios sobre el supuesto desvanecimiento del espíritu revolucionario en la política hitleriana. Incluso el vigía de Hitler, Goebbels, comenzó a flaquear[65].

Sin embargo, antes de que cuajara una coalición entre esos dos grupos, Hitler saltó de la sartén, aunque sin dar en las brasas. El 21 de mayo de 1930, se presentó por sorpresa en Berlín y sostuvo con Strasser una disputa ideológica cuya disonancia final había sido pre meditada: Hitler rompió con Otto Strasser, hizo expulsar del Partido a todos sus adeptos por mediación de Goebbels, y aceptó magnánimamente el telegrama de adhesión que le enviaba Gregor Strasser[66]. Hitler creyó haber amordazado a la oposición berlinesa, máxime cuando las SS asumieron la vigilancia de esa facción enemiga en Berlín; también confió cada vez más en el instinto lobuno de Kurt Daluge, quien había abandonado las SA en la primavera de 1929 para adjudicarse el mando absoluto sobre los SS de Berlín[67].

El jefe SS berlinés cimentó una posición que le independizaba no poco del *Reichsführer SS* en Munich. Se carteó casi exclusivamente con Hitler y el OSAF[68], pues sabía muy bien que las divergencias internas del NSDAP le habían procurado una clave decisiva. Comisionado por Hitler, vigiló cada movimiento de la jefatura SA berlinesa. Junto al Palacio de los Deportes, donde las Secciones de Asalto tenían su dirección general, Daluege instaló —según lo describe uno de sus colaboradores— «una Central para camaradas SS especialmente leales y para aquellos que quisieran emularlos. Pocos berlineses conocían la existencia de ese dispositivo SS, y aunque lo supieran, ignoraban cuál era

su verdadera finalidad que, por cierto, no se circunscribía al mando de las unidades berlinesas SS»[69].

Entre los informadores de Daluege había un tal Herbert Packebusch, viejo amigo suyo, que ocupaba un alto cargo en la dirección general de las SA berlinesas. Este Packebusch, hijo de un ebanista y perruno servidor de Daluege desde los tiempos del Cuerpo voluntario, era *Sturmführer* de la compañía SA número 21 y tomaba nota de todo lo que él juzgaba interesante[70]. Pero su juicio crítico era bastante mediocre. Por ejemplo, le pasó inadvertido que el OSAF suplente Stennes estaba formando una fronda de jefes SA para fraguar nada menos que el destronamiento del jefe nacionalsocialista en Munich. Otto Strasser no había sido despachado por capricho; sus consignas socialrevolucionarias perturbaban las SA de Berlín.

Asimismo, el desbarajuste social hizo formar a los jefes SA un frente común contra la antagónica PO y Hitler. Muchos elementos sin trabajo, atraídos por los argumentos radicales y las cocinas ambulantes SA, afluían a las Secciones de Asalto y apuraban paulatinamente los últimos caudales de sus arcas[71]. En Berlín había algunos estandartes con un 67 % de desocupados. En Breslau, un *Sturm* no podía formar para pasar revista —al menos cuando llovía o nevaba— porque carecía de calzado, según un informe de Stennes a Munich[72]. Alemania contaba ya (1930) con tres millones de parados[73].

Y entre los parados se infiltraban en las SA ciertos elementos criminales que participaban desde muchos años atrás en las luchas callejeras entre SA y Frente rojo, dándoles el carácter de pistolerismo «a lo Chicago». Y el fregado proseguía de taberna en taberna, de tugurio en tugurio, y por los apodos empleados se sabía quiénes repartían leña allí; el *Sturm SA* de Neukoll se llamaba «compañía de chulos», la de Wedding, «compañía de petardistas...», el jefe SA *Pata de goma* despejaba las calles secundado por el *Rey de las cervezas, Hocicos de cachorrillo* y Müller *el Detonador*[74]. Los jefes SA pedían a veces dinero, pues no querían perder más reclutas, ya que el foco divisorio entre nazis y rojos medía apenas unos centímetros. Pero las jefaturas regionales, algo más boyantes económicamente, cerraban de golpe sus cajas. La PO no quería subvencionar por añadidura las pretensiones hegemónicas de las SS[75].

Tanta mezquindad hizo sospechar a los dirigentes SA que la jefatura del Partido pretendía arrumbarles... tal vez porque las SA representaran un obstáculo para el ambicioso jefe nacionalsocialista en su marcha hacia el poder y la respetabilidad. Poco tiempo después, circulaba una inflamadora consigna: «¡Adolf traiciona a los proletarios[76].»

Varios militantes refractarios SA imprimían libelos anónimos contra su Führer: «¡Qué contentos estamos nosotros, los elementos proletarios del Movimiento! Alimentamos gustosamente las calderas para que nuestro "venerado Führer" pueda darse buena vida con su renta mensual de 5 000 marcos. Y nuestra alegría no tendría límites si se confirmara la noticia de que ese incomparable Adolf Hitler compró durante su visita a la Exposición del Automóvil de Berlín un nuevo y espléndido "Mercedes" cuyo valor parece ser de 40 000 *Reichsmark* [77]...»

Por Berlín corría ya el rumor de que Hitler se proponía desmontar pieza a pieza las SA para posibilitar una asociación provechosa con los nacionales alemanes. Tal vez fuera cierto, pero en cualquier caso se le anticipó el más prestigioso jefe SA de la Alemania oriental, Stennes, con una acción relámpago. En efecto, se aseguró el apoyo de los otros OSAF suplentes y dirigió un ultimátum a Munich bajo condiciones muy severas: autorización a los jefes SA para presentar su candidatura como diputados parlamentarios, restricción de la influencia ejercida por los *Gauleiter* y retribución de los servicios de orden público prestados gratuitamente hasta entonces por las SA en los mítines políticos [78]. Stennes eligió con gran acierto el momento de su acción: en setiembre de 1930 se celebrarían las nuevas elecciones parlamentarias... y, por vez primera, se ofrecería una oportunidad única al NSDAP para explotar el resentimiento de parados y desplazados en beneficio de la cruz gamada. Así, pues, las SA podrían determinar el resultado electoral desde sus privilegiadas posiciones.

Una comisión SA se trasladó a Munich para presentar sus condiciones al jefe del Partido. Pero Hitler mandó decir por un factótum que no estaba en casa [79]. Cuando apareció poco después la nueva lista de candidatos nacionalsocialistas para las elecciones parlamentarias sin que figurase el nombre de Stennes ni de los otros SA berlineses cuyas candidaturas habían sido propuestas, se dio libre curso a la indignación. Hacia fines de agosto, los jefes SA berlineses renunciaron a sus cargos y denegaron el voto electoral de sus secciones [80]. Las SA se negaron asimismo a salvaguardar una manifestación electoral organizada por Goebbels en el Palacio de los Deportes; apenas comenzado el acto, se retiró la escolta SA y los oradores nacionalsocialistas quedaron a merced de sus cáusticos adversarios [81]. Y algunos alborotadores SA cantaron a coro:

Cuando me convoquen los sabios parlamentarios
no los podré seguir,
pues he de estudiar pasquines
a la luz del candil.

Sentado en mi buhardilla
me estrujo el cerebro
y pregunto ante la lista de profesores:
¿cruz gamada o cabezón huero? [28]

Poco después, los militantes SA de Berlín se concentraron en la Wittenbergplatz y organizaron una demostración anti-Goebbels. El *Münchner Post* informó sobre el hecho: «Se levantó un coro de voces tempestuosas: "¡Que salga el doctor Goebbels y se justifique!" Mientras tanto, otros pretendían invadir el Palacio de los Deportes para apalear a Goebbels y su pandilla [83].» Aprisa y corriendo, Goebbels pidió ayuda a los SS de Berlín. Los hombres de Daluege ocuparon el Palacio de los Deportes y montaron guardia ante la jefatura del distrito berlinés, en la Hedemannstrasse, 10, donde Goebbels temía un asalto de las SA en cualquier momento [84]. Y no se equivocó. Dicho asalto tuvo lugar el 30 de agosto por la noche: los seguidores de Stennes cayeron sobre la guardia de Daluege haciéndola huir a palo limpio y destrozaron el mobiliario [85]. Desesperado y confuso, el *Gauleiter* solicitó la intervención de esa Policía republicana tantas veces denigrada por él; un piquete policial detuvo a veinticinco militantes SA y se los llevó consigo [86]. Goebbels tomó precipitadamente el primer tren para Munich con objeto de informar a su Führer sobre la catástrofe [87]. El jefe del Partido estuvo también al borde de la crisis nerviosa, pero logró dominarse.

Un día después, Hitler se presentó muy sumiso ante el OSAF suplente Stennes y le rogó que no abandonara el Partido. Luego, el jefe supremo visitó un local tras otro suplicando a los militantes SA que confiaron nuevamente en él [88]. El 1.º de setiembre de 1930 por la tarde, se celebró un acto conciliatorio en la «Kriegervereinshaus» de Berlín. Hitler prometió satisfacer las peticiones más urgentes del camarada Stennes. Después, las partes contratantes marcharon pacíficamente a sus casas [89].

Pero había ocurrido algo tan irreparable como insospechoso: los SS atacaron por vez primera a los camaradas SA en defensa de su Führer. Aquel mismo día Hitler decidió emplear sistemáticamente a

los SS como policía interna del partido. Fue también un futuro jefe SS quien advirtió a Hitler que el OSAF suplente de la zona oriental desencadenaría otro ataque en cualquier momento: el doctor Leonardo Conti, médico oficial en el Cuartel General de Stennes y más tarde *Obergruppenführer SS* y director general de Sanidad, se ofreció como confidente [90]. El 8 de setiembre de 1930, informó así el espía Conti: «Las SA serán bajo su mando [el de Stennes] una tropa absolutamente independiente del Movimiento y de su ideología. Por consiguiente, su jefe puede lanzarlas al ataque cuando menos se espere, ya que él mismo es refractario a los ideales nacionalsocialistas y rehúsa obstinadamente ahondar en ellos [91].»

Hitler había descubierto mucho antes el peligro letal que se cernía sobre su posición. Destituyó al OSAF Pfeffer —lo cual no resultó difícil, pues éste estaba deseando retirarse—, se arrogó el título de jefe supremo SA [92] y rememoró las palabras de un viejo amigo: «Sólo necesitas enviarme un aviso: "¡En tal o cual día a las seis de la madrugada, con tu compañía ante la Siegestor...", y allí me tendrás [93].» Hitler hizo regresar al teniente coronel boliviano Ernst Roehm.

Sin embargo, antes de que Roehm recibiera esa llamada para asumir el mando de las SA como jefe del Estado Mayor, Hitler preparó una escena cuya teatralidad fue un anticipo de futuras excentricidades. Adolf Hitler instauró en su Partido el simbolismo fetichista del culto carismático al Führer: cada militante SA hubo de jurar fidelidad ciega y eterna al hombre que pretendía encarnar Partido y Mando. El 3 de setiembre de 1930, Wagener, jefe interino del Estado Mayor SA, comunicó a todos los OSAF suplentes que «deberían prestar un juramento solemne de lealtad al jefe absoluto de Partido y SA, Adolf Hitler» [94]. Cada miembro de las Secciones de Asalto hizo la siguiente promesa: «Ejecutaré concienzuda y alegremente todas las órdenes, pues sé que mis jefes no exigirán de mí nada ilegal [95].» Se decía de esos jefes que habían sido designados personalmente por Hitler.

El Führer Adolf Hitler estrenó aquel día la autocracia en el Partido nacionalsocialista de Trabajadores alemanes, y colocó a los SS como su policía privada dentro del Partido. La intervención SS se requirió mucho antes de lo esperado: todavía quedaban nacionalsocialistas que no se dejaban embaucar por el culto al Führer.

Ocurrió lo que había profetizado el futuro militante SS Conti: Walther Stennes se aprestó para la siguiente acometida. La rígida centralización impuesta a las SA por Hitler y el nuevo jefe del Estado mayor SA, Roehm, tropezó con la violenta resistencia del círculo Stennes [96]. Esta vez el amigo de Daluege, Packenbusch, puso más aten-

ción. Gracias a su ayuda Daluege pudo afirmar después: «Se me tuvo informado constantemente sobre los movimientos de Stennes [97].» Cualesquiera que fueran los planes urdidos por el mando de la zona oriental, Daluege podría lanzar siempre el oportuno contraataque. Al delator Packenbusch se le confió secretamente que Stennes proyectaba un gran golpe contra el jefe de Munich; sólo faltaba señalar la hora. Y eso quedó también resuelto en la noche del 1º de abril de 1931.

Justamente hacia la madrugada, Daluege comunicaba a Roehm: «Hoy, 1.º de abril, me ha telefoneado a las 4.30 horas el ayudante de cierto *Standartenführer* para participarme que durante la noche pasada, de doce a tres, aproximadamente, ha tenido lugar un consejo secreto al que asistieron los jefes de los *Sturm* berlineses presididos por Jahn, ayudante del *Gruppenführer* de la zona oriental.» Y ahora se revela el objeto de tal conferencia: «Jahn anunció que el 1.º de abril al mediodía se celebraría una asamblea en Weimar para deponer al *Gruppenführer* oriental, Stennes, obedeciendo órdenes de nuestro jefe, Hitler. Se daba por seguro que nadie aceptaría la disposición de éste. Sin embargo, en el curso de esa reunión los jefes presentes se declararon ¡a favor de Stennes y en contra de Hitler [98]!»

Una vez más acometieron los militantes SS a los militantes SA, y una vez más hubieron de ceder ante la superioridad numérica. Partidarios de Stennes ocuparon las oficinas de la *Gauleitung* * y la redacción del órgano nacionalsocialista *Der Angriff* [99]. La revuelta palaciega se extendió rápidamente al norte y Este de Alemania. En pocas horas se desmoronó el imperio SA hitleriano más allá del Elba: casi todos los jefes SA hasta el grado inferior de *Sturmführer* en Brandeburgo, Silesia, Pomerania y Mecklemburgo se unieron a la rebelión contra Hitler [100]. Weltzen, Vetiens, Jahn, Pustrow, Lustig, Kremser [101]... Pocos nombres importantes SA faltaron en la lista de insurrectos antihitlerianos. El único remiso fue Manfred von Killinger, amigo íntimo de Stennes [102]; pero los *Oberführer* de las restantes regiones alemanas se distanciaron de Stennes [103].

Durante un breve lapso, los demócratas, considerablemente abatidos ante el éxito electoral de Hitler, pudieron regodearse con el espectáculo que ofrecían esos jefes nazis oponiéndose unos a otros. Stennes desposeyó a Goebbels de su cargo, Goebbels eximió a los militantes SA del juramento prestado a Stennes, las SA de Alemania oriental «se incautaron» del Partido, y el Partido expulsó a los rebeldes SA [104]. Sin embargo, el «motín Stennes» perdió rápidamente su impulso

* Jefatura de distrito.

inicial, y la revuelta se paralizó tan pronto como se extinguieron los fondos SA. Hitler hizo retirar los escombros. El ex primer teniente Paul Schulz, de Stettin, ex inquisidor medieval en la época del Reichswehr negro y adepto de Gregor Strasser [105], emprendió la reorganización de los grupos SA orientales, y Hermann Goering limpió de emboscados las SA [106].

Mas Hitler manifestó ante el pleno del Partido que la victoria sobre Stenner se debía atribuir exclusivamente al celo de sus Escalones de Protección. Un nuevo militante SS, el *Untersturmführer* Friedrich-Wilhelm Krüger, fue nombrado *Gruppenführer* de las SA orientales [107], y Hitler escribió a Daluege aquella frase que, grabada en las chapas de sus cintos, acompañaría a los SS hasta el fin: «Militante SS, ¡tu honor se llama lealtad [108]!» Los SS se afirmaron en los estribos. Dondequiera que Hitler viera peligrar su autoridad, dondequiera que se rebelaran los pardos disconformes contra el culto al Führer, harían acto de presencia los SS. Himmler se vanaglorió ante un auditorio de jefes SS: «No se nos quiere en todas partes y, tal vez, se pretenda relegarnos tras alguna de nuestras acciones. En suma, no podemos esperar agradecimiento de nadie. Pero nuestro Führer sabe apreciar el verdadero valor de los SS. Para él somos la organización más entrañable y meritoria porque no lo hemos decepcionado jamás [109].

Mediante diversas órdenes de Himmler, se aseguró que los Escalones de Protección pudieran intervenir con rapidez y sigilo allá donde el jefe del Partido creyera necesario asestar un buen golpe. Las unidades SS de cada localidad fueron divididas en secciones de tres a cinco militantes para confiarles la vigilancia regular de una calle o un barrio. Cada sección formaba media hora antes de que entrara en servicio su unidad y el jefe de sección pasaba lista y mandaba llamar a los ausentes [110]. La ausencia injustificada se castigaba con gran dureza. Las ordenanzas SS disponían entre otras cosas: «Los jefes SS sancionarán con severidad ejemplar la incomparecencia individual injustificada. A la segunda falta injustificada se notificará por escrito una expulsión temporal del Escalón, mas una reprensión ante la unidad formada. La tercera falta injustificada se castigará con la expulsión definitiva del Escalón [111].»

El jefe de cada unidad se hacía responsable de que sus hombres estuvieran prestos para la acción en cualquier momento. Además, debía esforzarse por acrecentar el número de motocicletas y bicicletas en su unidad, proyectar largos recorridos y hacer practicar a los correos sobre distancias de 30 ó 50 kilómetros [112].

Pero, al propio tiempo, los SS dejaron caer un impenetrable telón sobre sus actividades cotidianas. Ningún camarada del Partido ni militante SA pudo echar una ojeada al tinglado SS; la orden de Himmler comenzó a envolverse en un velo místico. Daluege dispuso lo siguiente:

«Prohíbo terminantemente a los militantes y jefes SS toda conversación con militantes y jefes SA o personal civil sobre la finalidad y otras particularidades semejantes de los SS, incluso en los encuentros accidentales... Si se suscitaran tales temas en pequeñas tertulias, el militante SS debe abandonar inmediatamente esos círculos sin decir palabra salvo la breve observación de que él sólo cumple las órdenes de Adolf Hitler [113].»

Poco antes, el jefe interino del Estado Mayor SA Wagener había explicado ante el Partido por qué seguían los SS sus propias leyes. Wagener: «Las SS representan una organización protectora cuya misión consiste, por una parte, en prestar servicio policial dentro del Movimiento, y por la otra atajar cualquier desafuero contra los decretos públicos y leyes por miembros del Movimiento.» A lo cual agregó: «Para que las SS atiendan eficazmente a sus obligaciones, necesitan absoluta independencia, es decir que deben ser tan independientes de la dirección política como de la jefatura SA [114]» Amparados por esa interpretación oficial, las SS pudieron consagrarse sin impedimentos a una actividad que les había obsesionado desde los tiempos de su fundación: seguir el rastro y acosar a los elementos antihitlerianos o a los enemigos del Partido.

A partir de 1925, las SS archivaron informes confidenciales sobre la vida privada de diversos camaradas sospechosos. El primer parte de esos confidentes SS lleva la fecha 24 de setiembre de 1925, y bajo el encabezamiento «Comunicado de indagatoria a la jefatura del Partido», uno de los fundadores SS, Schreck, lo retransmite en la siguiente forma: «Durante el coloquio de ayer tarde mantenido por el grupo oriental de Neubiberg, un tal Herzer... manifestó lo siguiente: "En la pasada primavera el *Voelkischer Kurier* publicaba un artículo sobre Esser [el 'Arminio' de Hitler] en el que se le reprochaba haber recibido 30 000 marcos de cierto judío llamado Landauer. Puesto que no se ha vuelto a hablar de este asunto hasta ahora, yo recelaba —y hoy lo declaro abiertamente— que las sospechas deben ser ciertas. Máxime cuando el susodicho Esser ha formado en las filas comunistas [115]".»

Lo que fue al principio algo puramente accidental, se trocó más tarde en procedimiento sistemático. Las unidades locales SS proporcionaron información sobre grupos antagónicos como el «Reichsbann»

y el KPD * sobre los francmasones y los judíos preeminentes y sobre todos los sucesos locales a la jefatura superior SS [116]. Desde luego, la mayor parte del material que llegó a la Schellingstrasse de Munich fue pasto de papeleras; sólo bajo Himmler se ordenó metódicamente la soplonería de los SS. En junio de 1931, Himmler determinó lo siguiente: «Cada vez es más intenso el esfuerzo del enemigo para bolchevizar Alemania. Nuestros medios informativos destinados a desenmascarar y, eventualmente, atacar al enemigo judío o francmasón requieren la máxima dedicación de los SS [117].» Como consecuencia, hizo formar en las divisiones SS unas secciones secretas de investigación con la misión de observar al adversario dentro y fuera del Partido [118].

El jefe SS Himmler averiguó muchas cosas dignas de revelar a su Führer. El 10 de octubre de 1931 informó así: «Sucede en muchas ciudades que el KPD ha fingido despedir a varios antifascistas de su confianza para colocarlos como espías en las formaciones SS.» Y otro párrafo decía: «El capitán Ehrhardt..., jefe de los "vikingos" —una sociedad presuntamente disuelta— ha desarrollado gran actividad durante estos últimos tiempos. En estrecha colaboración con ciertos círculos gubernamentales, organiza bajo el rebozo nacionalista un cuerpo voluntario que, a juzgar por el tipo de reclutamiento y el proceder habitual de su promotor, tiene como objetivo final la destrucción del NSDAP [119].

Secundado por el ex teniente de Marina Reinhard Heydrich, cuyo ingreso en el Partido y las SS había tenido lugar pocos meses antes, Himmler creó un llamado Servicio de Información que se desarrollaría colosalmente hasta constituir el mayor órgano pesquisidor del nacionalsocialismo: el Servicio de Seguridad, conocido por las siglas SD [120].

El *Sturmführer SS* Heydrich resultó ser un indagador tan prodigioso que los SS ocuparon pronto un lugar privilegiado entre los servicios secretos del Partido. Además, Hitler creyó que su integridad personal sólo podría ser garantizada por ellos, y el 25 de enero de 1932, nombró a Himmler jefe de Seguridad de la Casa parda, la central nacionalsocialista en el palacio restaurado de Barlow (Briennerstrasse, 45, Munich) [121]. «La dirección de ese servicio en la sede nacionalsocialista (Casa parda y edificios accesorios) desempeñada por el mando OSAF número 114/32a, pasará a cargo del *Reichsführer SS*. El *Oberführer* SA del subgrupo Munich-Alta Baviera y el *Standartenführer SS* del 1.^er^ estandarte Munich entregarán al *Reichsführer SS* la lista de los

* Partido comunista alemán.

hombres seleccionados SS y SA[122].» El mando OSAF recomendó a Himmler que adoptara cuanto antes «medidas preventivas contra posibles ataques marxistas e intervenciones policíacas»[123]. Apenas hizo Himmler sus preparativos, se produjo un atentado criminal que sacudió la casa parda hasta los cimientos. Desde luego, sus maquinadores no operaron desde el Cuartel General del Partido contrario, sino en las propias oficinas nacionalsocialistas.

Aquel incidente evidenció, a su modo, que la supremacía de Hitler en el Partido no era todavía indisputable ni mucho menos. El «escándalo Stennes» había hecho preguntarse a muchos hasta dónde llegaría Hitler para descartar las apreciaciones de sus jefes SA; pero el nuevo escándalo hizo preguntarse a muchos más si Hitler podría desestimar también los últimos escrúpulos morales del Partido. Pues el origen del reciente suceso no podía ser más bochornoso: Hitler patrocinaba a un hombre que, con una pandilla de cínicos homosexuales, dominaba las SA y convertía el Ejército revolucionario nacionalsocialista en un degradante picadero de repelentes degenerados. Ese hombre era Ernst Roehm, el nuevo jefe del Estado Mayor SA.

Roehm no había disimulado nunca sus inclinaciones. Y solía expresarse así: «Debo advertir de antemano que no me cuento entre los hombres cabales ni tengo el menor deseo de asociarme con ellos.» El Estado cae siempre en la tentación «de regular mediante leyes el esfuerzo humano o encarrilarlo por caminos que no son los suyos.» Y declamaba a gritos la cita de Richard Wagner: «¡Extravío, extravío! ¡Extravío por doquier[124]!» Rechazaba despreciativamente los ataques de encumbrados nacionalsocialistas. Cierta vez hizo una confidencia al doctor Heimsoth de Berlín: «Sostengo una lucha encarnizada con el señor Alfred Rosenberg, ese majadero moralista y atleta. Sus artículos van dirigidos, sobre todo, contra mí, porque yo no tengo reparos en exponer mi criterio. De ello puede deducir usted que en los círculos nacionalsocialistas "uno" debe contemporizar conmigo pese a esa peculiaridad delictiva[125].»

La predisposición patológica de Roehm había pasado incluso a conocimiento de los Tribunales por mediación de un *gigolo* berlinés llamado Hermann Siegesmund a quien denunció el capitán acusándole de robo[126]. He aquí los hechos: el 13 de enero de 1925, Roehm, que estaba pasando la tarde en el «Marienkasino» de Berlín, ofreció una cerveza al llamado Siegesmund tras lo cual inició la conversación exploratoria que solía entablar después del primer contacto. Siegesmund hizo la siguiente declaración: «Mientras estábamos sentados —completamente vestidos— en la habitación del hotel, el señor Roehm

sacó una pitillera del bolsillo; observé que con ese movimiento se le cayó un papel al suelo que yo recogí. Al cabo de media hora abandoné la habitación porque el señor Roehm me hizo una repulsiva propuesta de comercio carnal que yo no podía aceptar. Una vez en la calle, examiné el papel y comprobé que era un resguardo de equipaje consignado a nombre del señor Roehm [127].» Siegesmund retiró aquella maleta que contenía unos fajos de cartas altamente comprometedoras.

Tampoco desconocía Hitler la perversión sexual de Roehm, aunque, desde luego, la catalogaba como un asunto privado. Apenas ocupó Roehm su cargo como jefe del Estado Mayor SA, el OSAF Hitler hizo saber al Partido en una orden especial que las SA «no eran una institución pedagógica para distinguidas señoritas sino una federación de broncos luchadores». Asimismo, rechazó airadamente todas las quejas sobre «ciertos hábitos inmorales» por creer que pertenecían a la vida privada de cada cual y, «en cualquier caso, eran simples conjeturas» [128].

Pero las aventuras protervas de Roehm no se circunscribieron a la «vida privada». Las SA no satisfacieron sólo sus apetencias políticas sino también las eróticas. Diversos proxenetas de las SA proporcionaron a su jefe los apropiados interlocutores, y si algún favorito de Roehm daba señales de infidelidad, las patrullas SA lo molían a palos [129]. El principal proveedor fue Peter Granninger, un dependiente comercial que mantenía relaciones homoeróticas con Roehm desde 1928 y a quien se dio empleo en la sección SA de información para cubrir el expediente [130]. Este individuo le buscaba nuevos amigos a cambio de 200 marcos mensuales. Solía apostarse ante la escuela «Gisela» de Munich para acechar y tantear a sus víctimas. Cada vez le llevaba, más o menos, once escolares y aprendices [131]. Entretanto, otros amigos afeminados de Roehm se infiltraban hasta los altos cargos SA que habían quedado vacantes tras la revuelta de Stennes. La tertulia de Roehm en la «Bratwurstgloeckl» de Munich era el centro nervioso al que confluían los blandengues del círculo Granninger y los homosexuales del mando SA.

Tanto el mesonero de la «Bratwurstgloeckl», Karl Zehnter, a quien el propio Granninger atendía en su domicilio (Sternwartstrasse, 24, primer piso, junto a Tobler) [132], como el nuevo jefe de las SA berlinesas Edmund Heines, al que Hitler alejó incluso de las SA en 1927 por actividades homosexuales, eran asiduos de esa tertulia [133]. Y el nuevo jefe del *Gausturm* SA-Berlín, Karl Ernst, formaba pareja con el ex capitán del «Frontbann», Roehrbein, quien, por otra parte, se encontraba con Roehm en las tertulias de ciertos locales berlineses para homosexuales, tales como el «Kleistkasino» y «Silhouette» [134]. Ahora bien; ningún

poder lograba hacer saltar la casamata de los invertidos jefes SA. Cuando llovían interpelaciones sobre la conducta del «círculo Roehm», Hitler se parapetaba tras el pretexto de que nadie había probado todavía la homosexualidad del jefe superior SA: si alguien le aportara pruebas concluyentes, él procedería en consecuencia.

Pero Roehm y un grupo de polizontes mantenidos por él lograron hacer desaparecer casi siempre esas pruebas. No obstante, en marzo de 1932 salieron a la luz pública algunas cartas de Roehm[135], y especialmente el periódico socialdemócrata *Münchner Post* publicó varios escritos de Roehm sobre temas homosexuales. El pánico cundió entre sus amigos. Cualquier jefe SA medianamente normal resultó sospechoso de haber escamoteado las cartas para hacer el juego a los oponentes nacionalsocialistas de Hitler, como el ex diputado parlamentario doctor Helmut Klotz[136]. Roehm se encolerizó tanto que confió a su íntimo, el periodista y aventurero Georg Bell, una misión por demás extraña para un nacionalsocialista. Bell, que también facilitaba informes del campo NS a los socialdemócratas y embolsaba como recompensa 300 marcos mensuales[137], hubo de entrevistarse con el ex comandante Karl Mayr, el hombre que, en unión de Roehm, había descubierto al político Hitler hacia 1919 para pasarse después al bando democrático[138].

Ahora Mayr formaba entre los jefes de la «Reichsbanne» republicana que intentaba atajar la carrera nazi hacia el poder en los últimos momentos. Bell partió para Magdeburgo, donde estaba domiciliada la «Reichsbanner» de Mayr. El ex comandante debería prometerle que las comprometedoras cartas desaparecerían para siempre de las columnas periodísticas SPD *[139]. «Mayr sabía simplemente todo —informó más tarde Bell—. Y así lo confirmó Roehm...; esos cerdos pretendían acabar con nosotros[104].» Quienesquiera que fuesen esos «cerdos»... lo cierto era que los enemigos pardos de Roehm se proponían resolver a su manera el problema. Como quiera que Hitler se negara repetidas veces a prescindir de su amigo, los camaradas del Partido obraron por su cuenta: el árbitro supremo, Buch, apóstol nacionalsocialista de la justicia, urdió un plan para asesinar al jefe del Estado Mayor junto con sus cuatro principales colaboradores.

El ex comandante Buch, hombre muy cauteloso, puso manos a la obra. Se acordó de un viejo amigo, el ortopedista y antiguo *Standartenführer SA* Emil Traugott Danzeisen, con quien había fundado el NSDAP en Baden varios años atrás[141]. A él le reveló todo Buch: en el

* Partido socialdemócrata.

Partido florecía la traición, el *Standartenführer* Uhl había soplado a la Policía los nombres de incontables confidentes secretos SA, y en torno a los dos militantes SA, conde Du Moulin-Eckart y Spreti, ambos protegidos de Roehm, se había formado una camarilla «nacionalalemana» que pretendía arrebatar el poder y perjudicar de paso al Partido con sus manipulaciones homosexuales [142].

Danzeisen comprendió la sugerencia del comandante y recordó casualmente a varios compinches de los viejos tiempos para quienes la palabra asesinato no tenía importancia alguna. Danzeisen formó una cuadrilla de asesinos y la puso bajo el mando de un arquitecto depravado de nombre Karl Horn, que había sido expulsado de los Ferrocarriles nacionales [143]. El 16 de marzo de 1932, Horn supo los detalles de la operación por Danzeisen, quien se había establecido en Austria, con vistas a la coartada, y distribuía órdenes escritas desde allí con el seudónimo *Wieland II*. Horn leyó las instrucciones: «Antecedentes del caso: El ocupante de la habitación número 50, conde Du. M., es § 175. Como tal, ejerce notable influencia sobre su inmediato superior R. De larga data. A ambos les hace chantaje un tal señor Bell, Grottenmühl junto al Chiemsee. Al propio tiempo, se ha de tratar con el *Standartenführer* Uhl que también vive en la Casa [144].» El trompeta SA Grinsch, acompañado de ocho hombres, acecharía a Bell, lo mataría de un martillazo y lo colgaría en cualquier árbol adornado con la cruz gamada. Después le seguiría Roehm. Danzeisen a Grinsch: «¡Camaradas, cumplid con vuestro deber! ¡Y no os olvidéis del jefe de Estado Mayor! ¡Salud y mucha suerte! *W.II* [145].»

Horn recibió esta orden: «Habitación 50 conduce un "Opel" grande 10/50. Se detiene cada día ante la Casa. Tornillos de rueda. En el "Anton" azul [146].» Lo cual debía interpretarse así: Horn simularía un accidente automovilístico para liquidar al jefe SA de información, conde Karl Leonhardt Du Moulin-Eckart, que ocupaba el apartamento 50 de la Casa parda e iba diariamente en automóvil al servicio. Sin embargo el asesino en ciernes cambió súbitamente de parecer mientras vigilaba la Casa parda, y en lugar de aflojar las ruedas del «Opel» se presentó ante Du Moulin y se lo confesó todo. El conde que, por cierto, no era un homosexual [147], tuvo una brillante idea: ¡Tal vez fuera posible desenmascarar a los coautores del complot! ¿No querría ayudarle Horn? Horn quiso [148].

Y tendió una trampa al principal instigador. Horn encontró la dirección de Buch en el *Quién es Quién* de Munich, y le llamó por teléfono. «Aquí Horn, Karlsruhe —dijo lacónicamente—. Necesito hablar con usted cuanto antes.»

Buch: «Espéreme esta tarde a las 4.15 en la estación de Holzkirchen.»

Horn: «No conozco su fisonomía.»

Buch: «Llevaré pantalón bombacho pardo, camisa parda, chaqueta parda, abrigo gris y sombrero gris. Y el abrigo, desabrochado [149].»

Durante esa entrevista en la estación de Holzkirchen, Buch se mostró, desde luego, mucho más taimado de lo que había esperado Horn. Evidentemente, barruntó la añagaza, pues dijo a Horn que diera por terminado el caso ya que los informes sobre Du Moulin habían resultado falsos. Por lo tanto, él, Horn, debería despachar un telegrama urgente a Danzeisen: «Suspendidos los esponsales con Helena [150].» Pero tres disparos de revólver hechos contra Horn al día siguiente, evidenciaron que Buch no había desechado sus planes. Esos disparos sorprendieron a Horn hacia las 23 horas cuando entraba en el domicilio de Emil Dalzeisen (Munich-Laim) [151]. No fue difícil localizar al inductor del tiroteo nocturno. El conde Spreti, ayudante de Roehm, lo conocía muy bien: el día anterior Buch había visto salir a Horn del despacho de Roehm en la Casa parda. A raíz de aquello el mando SA tomó a Horn bajo su protección [152].

Pero entonces intervino Himmler. El jefe de seguridad en la Casa parda adoptó medidas para proteger a Roehm de Buch y sus acólitos. El 24 de marzo de 1932, Horn averiguó que Himmler había (según lo explica el propio Horn) «interrogado y sonsacado al comandante B. con lo cual quedaba resuelto el asunto» [153]. Sin embargo, Roehm observó receloso las manipulaciones apaciguadoras de Himmler. Él y Bell se trasladaron por vía aérea a Berlín para consultar con los adversarios políticos. El 1.º de abril, Roehm visitó al ex camarada Mayr y le pidió pruebas acusatorias contra el reorganizador SA Paul Schulz, cuya sombra soliviantadora le pareció entrever erróneamente tras el complot criminal [154]. Ocho días después, Bell se personó en la redacción del periódico socialdemócrata *Vorwaerts* y relató una vez más su espeluznante historia [155]. El redactor jefe de *Vorwaerts*, Friedrich Stampfer, archivó la reseña de Bell: «Su viaje fue, en realidad, una fuga... puesto que todos ellos se vieron amenazados de muerte por su propia gente. A él [Bell] se le había encargado de que nos pusiera al corriente del siniestro plan para que el mundo supiera quiénes eran los culpables si se llegara a consumar [156].»

Nuevamente emergió el espectral Himmler, esta vez en el albergue berlinés de Roehm. Hoy día es casi imposible reconstruir exactamente el papel representado entonces por el jefe SS. Resulta evidente, sin embargo, que Himmler quiso entrevistarse con el jefe del Estado Mayor

SA para hacerle regresar a Munich [157]. Desde luego, el jefe de Seguridad Himmler tampoco pudo evitar que el escándalo del Partido trascendiera a la opinión pública. Los dos condes, Du Moulin y Spreti, perdieron la serenidad y corrieron a la comisaría más cercana, donde presentaron una denuncia contra Buch y sus cómplices [158]. En octubre de 1932, Emil Danzeisen fue condenado a seis meses de prisión menor por instigación al asesinato; Buch y la guardia de Horn fueron absueltos [159].

El proceso Danzeisen y la subsiguiente causa por injurias contra el *Münchner* Post descubrieron un insospechado encenagamiento moral. No podía darse nada más paradójico: los melifluos jefes SA habían apelado al mayor Mayr y su amparadora democracia contra el árbitro homicida del propio campo. «¡Bueno, esto es el colmo!», exclamaba frenéticamente Martin Bormann, yerno y confidente de Buch. «Un preeminente jefe del Partido se desmelena ante otro jefe no menos preeminente del campo contrario... ¡y califica de cerdos a los propios camaradas [160]!» Cuanto más penetrante fue el hedor del cenagal pardo, más ansiosas fueron las miradas «nacionalsocialistas» hacia la orden de Heinrich Himmler. Bormann dijo al secretario de Hitler, Rudolf Hess, el 5 de octubre de 1932: «Tome buena nota de las SS; usted conoce bien a Himmler y sabe cuáles son sus capacidades [161].»

Asimismo, fuera del Partido se empezó a presentir que los 50 000 militantes SS [162] se opondrían a la cuadrilla pervertida y crapulosa de jefes SA como un ejército de inexorables puritanos. ¿Acaso no lo había insinuado ya Himmler al manifestarse ante sus subalternos SS el 13 de junio de 1931? Himmler: «Tal vez tarde meses o sólo días, pero, sea como fuere, llegará la alternativa final. Y entonces nosotros estaremos donde nos indique nuestro Führer [163].»

Los SS no necesitarían esperar mucho tiempo a que se requiriera su decisiva intervención. El 30 de enero de 1933 estaba ya próximo, y la Noche de los Largos Cuchillos se cernía sobre el horizonte alemán. Sólo había una incógnita: ¿se inclinaría a favor de las SA o de las SS?

5 El asalto al poder

El III Reich comenzó con una decepción para Heinrich Himmler. Nadie ofreció un puesto crucial al *Reichsführer SS* en aquella «Revolución nacional» que marcó la hora alemana desde el 30 de enero de 1933 e imprimió al país un dinamismo frenético e inquietante. Las SA se pusieron en marcha para despejar calles y tiranizar al opositor, los subalternos de Adolf Hitler acapararon cargos estatales, pero Himmler y sus Escalones de Protección pasaron inadvertidos y no contaron para nada entre los importantes émulos del nuevo régimen.

Muchas veces pareció incluso, que Himmler había perdido toda su influencia con el advenimiento al poder del nacionalsocialismo. El nuevo canciller alemán se desentendió del fiel Himmler, le prohibió desempeñar un papel trascendental en aquel III Reich recién nacido. El hombre por quien expuso Himmler su salud arrostrando lluvias y vientos en las largas carreras motociclistas, por quien movilizó los Escalones de Protección para asegurar su predominio sobre el Partido, se olvidó aparentemente del jefe SS. Goering, Goebbels, Frick y quién sabe cuántos otros más recibieron sustanciales prebendas del Führer nacionalsocialista mientras que el solícito e insípido factótum Himmler permanecía totalmente ignorado.

No hubo siquiera un papel decente para Himmler cuando Munich sobrellevó también su golpe de Estado, aquella fecha memorable (9 de marzo de 1933) en que SA y SS arrollaron al Gobierno bávaro legítimo del católico derechista doctor Heinrich Held. La dirección del pronunciamiento correspondió al antiguo comandante de Roehm, Franz Ritter von Epp, cuya ostentativa religiosidad le había hecho popular entre los burlones militantes SS como «el general de la Virgen» [1]. Por tanto, fue el reaccionario Ritter y no Himmler a quien confirió Hitler la administración general de Baviera [2]. Himmler se quedó otra

vez sin oficio ni beneficio. Sólo pudo aspirar a un puesto: director interino de Policía en Munich [3].

Todavía fue más irritante para él lo ocurrido entretanto en la distante Prusia: el *Gruppenführer* Kurt Daluege, su más temible rival dentro de las SS, fue promovido a la suprema magistratura del Estado, protegido por el ministro prusiano de Gobernación y futuro ministro presidente Hermann Goering, que detestaba profundamente al mojigato subalterno «Reichs-Heini». Goering lo enfrentó, no sin malicia, con el ambicioso Daluege que, en definitiva, estaba subordinado nominalmente a Himmler. Lo nombró comisario gubernamental a la especial disposición del Gobierno, puso bajo sus órdenes las fuerzas prusianas de orden público, le hizo director ministerial y lo ascendió a teniente general de Policía [4]. Pronto se jactó Daluege de que únicamente Napoleón fue general a una edad más temprana [5]... y, por lo tanto, no vio ya razón alguna para seguir subordinado al *Reichsführer SS*. Los deleznables lazos entre Daluege y Himmler se rompieron de modo definitivo.

Para poner en su sitio al renitente Daluege, Himmler envió a Berlín a su mejor hombre, Reinhard Heydrich, que había ido ascendiendo entretanto hasta alcanzar el grado de *Standartenführer SS* [6]. Se le encargó montar junto al Spree un dispositivo del Servicio Secreto para informar regularmente a Himmler sobre los movimientos de Daluege. Heydrich hizo las maletas y salió hacia Berlín con su esposa Lina, por entonces encinta. Alquiló un piso en el distrito occidental de la ciudad y se aprestó a entablar un diálogo con el «cuasi Napoleón» de Goering [7].

Sin embargo, el camarada SS, inopinadamente familiarizado con la respetabilidad, no dejó pasar al fastidioso visitante más allá de la antesala. Allí se le hizo saber que el señor general no podía recibir al *Standartenführer* porque había dispuesto ya de su tiempo [8]. Las repetidas tentativas de Heydrich en ese sentido fueron rechazadas igualmente por Daluege. Y cuando aquél siguió acechando a su presa sin arredrarse, Goering le amenazó con una intervención tajante de la Policía secreta gubernativa. Lina Heydrich lo rememoró más tarde: «Mi marido sabía que Goering había extendido una orden de arresto contra él [9].» El mensajero del *Reichsführer SS* se dio cuenta, al fin, de la inutilidad de su gestión y emprendió el regreso. Lina Heydrich esperó allí a que naciera su primer hijo —un niño— y luego regresó también a Munich [10].

Himmler y Heydrich comprendieron que el poder no les caería del cielo; sería necesario luchar. Por aquellos días, el III Reich era lo

menos parecido a eso que los teorizantes denominan Estado totalitario. Desde el 30 de enero de 1933, se cernía sobre la maquinaria estatal alemana una red espesa y nudosa de rivalidades jerárquicas y jurisdiccionales, y si se quería concentrar el poder de Adolf Hitler en Alemania sería preciso perforar primero esa red.

Aunque los jefes SS tenían antes de 1933 muchas y variadas nociones sobre el advenimiento nacionalsocialista al poder, todas ellas eran demasiado nebulosas. Ellos daban por descontado que los nacionalsocialistas ocuparían simplemente el aparato estatal de Weimar y arrinconarían a la democracia; dejaba los detalles del procedimiento a la sabiduría hitleriana. Quienes reflexionaran algo más sobre el caso llegarían tal vez a la conclusión de que el Movimiento nacionalsocialista y el Estado deberían fundirse en uno solo; y ahí no se terminaban las perspectivas, ya que los jefes del NSDAP deberían ocupar los cargos estatales más importantes. Ahora bien; todo lo que frenase el desarrollo potencial de la nación se decían los camaradas nazis, debería disolverse dentro de la gran unidad; todos los intereses privados perderían su virtualidad ante el totalitarismo del Estado.

«El objetivo de nuestra Revolución nacional debe ser un Estado total que embeba todos los fluidos de la vida pública», puntualizó Goebbels [11]. Hitler proclamó «la totalidad del Estado» [12], y Wilhelm Frick preconizó «un Gobierno prepotente sin las trabas habituales de personas, grupos, clases, privilegios, Partidos y Parlamentos» [13].

Mientras tanto, la realidad ofrecía un aspecto muy distinto tras aquel 30 de enero de 1933. Las múltiples camarillas del Partido único nacionalsocialista sustituían a los diversos partidos del Estado democrático, y una nueva especie de parlamentarismo remplazaba al Reichstag con su incierta pluralidad de votos: el contrarresto pugnaz entre la satrapía nacionalsocialista y los intereses particulares.

Con la llegada del NSDAP, empuñaba el timón gubernamental un partido que representaba hacia el exterior una contextura monolítica y, sin embargo, constituía el cuadro más paradójico de la historia política alemana.

Sustentado por el caudillaje carismático de Hitler, vegetaba un extraño conglomerado de facciones y grupos interesados, fiel reflejo de aquella sociedad trastornada por la derrota militar, la inflación, el paro y la decadencia democrática.

El historiador americano Robert L. Koehl ha definido cuatro grupos integrantes del Partido hitleriano: alrededor del jefe supremo se agrupaba una camarilla de longevos veteranos, «el núcleo coriáceo del nazismo» [14], coléricos supervivientes de la prehistoria nazi. Estrecha-

mente asociado a ellos había un segundo grupo de derechistas radicales e individualistas, la mayoría doctrinarios racistas que ingresaron en el Partido entre los años 1925 y 1929, cuando la burguesía consideraba todavía inelegante el pertenecer al Partido nazi. El tercer grupo representaba «una combinación de nacionalismo populista y socialismo aburguesado» (Koehl), que se había formado en los años de la depresión económica (1930-1933), cuando comerciantes, obreros especializados y campesinos se dejaban arrastrar por el dinamismo de la «revolución nacional». Y, por último, integrando el cuarto grupo, aparecía la llamada burguesía sana adhiriéndose al «Partido de la renovación alemana»: militares, funcionarios y hombres de negocios que esperaban recobrar su mundo de 1914 mediante el pregonero Hitler [15].

Un Partido tan heterogéneo debía tropezar necesariamente con serias dificultades para hallar su denominador común, como le ocurría ya en tiempos de la oposición. Pero aún ocurrió algo peor: después del 30 de enero de 1933, el pluralismo interno del Partido se extendió al Estado. Y ese Estado totalitario tantas veces proclamado degeneró en lo grotesco, máxime cuando el peculiar advenimiento nacionalsocialista impuso a Hitler la necesidad de formar inicialmente un Gobierno mixto con políticas de los Partidos burgueses derechistas y funcionarios conservadores.

Junto a los organismos tradicionales del Estado, surgieron excrecencias nacionalsocialistas. Casi cada autoridad laboró bajo la vigilancia de un celador pardo; por ejemplo, el Ministerio de Asuntos exteriores tuvo su contrapartida en el Negociado de Política exterior afecto al NSDAP y reforzado todavía más tarde por la llamada oficina Ribbentrop [16]; al Ministerio de Justicia le fueron endosados el comisario para Administración de Justicia en Prusia, Kerrl, y el comisario de Justicia del Reich, Frank, ambos ambiciosos rivales [17], y el antiguo jefe del Estado Mayor SA, Wagener, supervisó, como comisario del Reich, la gestión del Ministerio de Economía [18]. Esa estructura estatal duplicada sufrió nuevas duplicaciones bajo el asedio de otros sátrapas políticos que representaron a los grupos y camarillas del NSDAP. Así germinó un nuevo Estado dentro del Estado. El jefe de las Juventudes del Reich, Baldur von Schirach, promovió, según su propia expresión, «un Estado juvenil en el Estado» [19], mientras que el *Gruppenführer SA* turingio Lasch exigió la creación de un Estado SA como encarnación más genuina del ideario nacionalsocialista [20]. Himmler soñó con un Estado SS, y el ex coronel Konstantin Hierl, más tarde delegado de Trabajo del Reich, concibió un Estado militar a su propio gusto [21].

Esas naturalezas coléricas despreciaron los fundamentos teóricos y arrebataron al poder estatal todo cuanto les plació. Goering, que acaparaba ya la presidencia prusiana y el Ministerio de Aviación civil, entró a saco en el Ministerio de Agricultura, se apropió el Negociado de Inspección forestal y se nombró a sí mismo inspector general de Montes y Plantíos [22]. Y el ministro de Propaganda, Goebbels, cuya cartera había sido creada expresamente para complacerle, inventó una Cámara de Cultura que le permitiese cazar en el coto de su colega Bernhard Rust, ministro de Instrucción pública [23].

Incansablemente siguieron edificando los sátrapas hitlerianos sus feudos privados, reclamando con frecuencia lo que ya había requisado el vecino: Robert Ley, director de la Organización política del NSDAP y jefe del Frente laboral alemán (DAF), quiso transformar el cuerpo administrativo en una orden nacionalsocialista [24]. Sin embargo, el entusiástico genealogista Himmler replicó que las SS personificaban la verdadera *élite*, y sólo ellos podrían integrar una orden del NSDAP [25]. Por su parte, el ideológico del Partido, Alfred Rosenberg, codició para sí los *copyright* sobre esa orden nacionalsocialista y designó su organización, un órgano para el aleccionamiento ideológico del NSDAP, como el medio idóneo para fundar la orden NS [26]. Y aún nos falta mencionar a un cuarto aspirante. El jefe del Estado Mayor SA, Roehm, vio hecho ya realidad el proyecto de la orden y por cierto en su propio medio: el socialismo hipotéticamente viril de las Secciones de Asalto [27].

Sobre esa cobertura de maquinaciones individuales se extendió todavía una tercera capa de litigios que asfixió el corazón del Estado nacionalsocialista. Por un lado, se ventilaron allí las controversias entre Estado y Partido, por el otro retoñó, con una nueva variante, la tradicional pugna entre Estado y provincias. En el Ministerio de la Gobernación, adscrito al doctor Wilhelm Frick, se introdujeron varios nacionalistas que aplicaron con tremenda seriedad las consignas hitlerianas sobre el Estado totalitario. Delinearon una administración absolutamente centralizada, según la mejor tradición prusiana, y quisieron arrumbar al Partido asignándole una función puramente propagandística [28]. Contra eso se rebeló la burocracia del Partido como ya lo hizo cuando Frick proyectó la reforma del Reich mediante una centralización total del cuerpo administrativo alemán con la cabeza rectora en el Ministerio de la Gobernación, porque cualquier simplificación administrativa despejaría la fosca maraña de jurisdicciones y privilegios donde actuaban como príncipes feudales los *Gauleiter*. Asimismo, la mayor provincia alemana, esa moderna Prusia de Hermann Goering, saboteó la reforma estatal. Puesto que el «nuevo rey»

de Prusia barruntaba una anexión progresiva de su Administración al área gubernativa del Reich, disoció algunos sectores jurisdiccionales del Gobierno prusiano y los puso bajo sus órdenes personales... donde eran casi inalcanzables para los reformadores de Frick [29].

Ésa fue la apariencia real del Estado totalitario hitleriano, un Gobierno fuerte cuyas tareas no debían ser perturbadas por ningún grupo, clase o Partido. Pero ¿qué puesto correspondía entonces en ese sistema gubernamental «tan alambicado e imprevisible como cualquier sultanato oriental» (Trevor-Roper) [130] a los SS de Himmler? Tras la infructuosa gestión de Heydrich en la primavera de 1933, el *Reichsführer* no podía tener una idea muy clara.

Sólo le quedaba un recurso, esperar a que llegara su hora. Y, mientras tanto, seguir haciendo lo único que había hecho hasta entonces: proteger la vida de su idolatrado Adolf Hitler y allanarle el camino para imponerse al Partido. Continuaba, pues, ejerciendo con su celo habitual esa obligación elegida por sí mismo. Puesto que Himmler era jefe de Policía en la «capital del Movimiento», tenía muchas oportunidades para demostrar a su Führer que había cometido una flagrante injusticia con el más bravo entre los bravos al olvidarlo tan desdeñosamente cuando se repartió el botín estatal. En Munich, el jefe SS, apasionado por la publicidad, podía recordar su presencia mediante infinitas estratagemas.

Hacia mediados de marzo, el jefe de Policía Himmler arrestaba al hombre que el estudiante Himmler quiso sacar de prisión otrora: el asesino de Eisner, conde Arco-Volley. Motivo de la detención, según Himmler: el conde «urdía por su cuenta un atentado contra el canciller del Reich, Adolf Hitler» [31]. Dos semanas después se hacía notar nuevamente la vigilancia espectacular de Himmler: esta vez había descubierto un «asalto alevoso con granadas de mano contra el Canciller». Tres agentes soviéticos, decía el comunicado, «habían colocado otras tantas bombas de mano ante la estatua de Richard Wagner, por donde debería pasar en automóvil Adolf Hitler» [32]. El ubicuo director de Policía hacía preparativos para preservar de otros peligros horribles al Führer y a su pueblo. Poco después, anunciaba Himmler: «Ciertos informes procedentes de Suiza nos han hecho saber hace días que el campo comunista planea diversos atentados contra el canciller Adolf Hitler y otras personalidades del nuevo Estado [33].»

La truculenta inventiva de Himmler afectó sobremanera al nuevo inquilino de la Cancillería. Y ya llovía sobre mojado, pues desde el incendio del Reichstag el 27 de febrero de 1933 —aquella insensatez cometida por el marinero holandés Van Der Lubbe—, Hitler veía por

todas partes magnicidas deslizándose sigilosos con enormes cargas de explosivos.

El Führer canciller no dejaba pasar ni un Consejo de ministros sin despotricar lo suyo contra esas amenazadoras sombras. «Si se consumara uno de tales atentados, las consecuencias serían terribles para la opinión pública», auguraba tétricamente el 7 de marzo ante su Gabinete[34]. Y ocho días después, se escribía en el acta del Consejo: «El canciller estima necesario que se suspenda temporalmente el suministro de explosivos. Durante el pasado año fueron robados tres mil quintales de explosivos, más o menos, de los cuales se recobraron tan sólo trescientos quintales[35].» Nadie podía convencerle de que se tomaban suficientes medidas preventivas para proteger su integridad personal. Cada rostro se le antojaba una careta tras la cual se ocultaba el asesino pagado.

«Llegará un día —decía, exponiendo su interpretación del peligro— en que cualquier tipo aparentemente inofensivo ocupe alguna buhardilla cerca de la Wilhelmstrasse. Muchos lo tomarán por un profesor jubilado...; su aspecto será el de un probo ciudadano, con gafas de concha, pulcramente rasurado excepto una respetable perilla. No dejará entrar a nadie en su modesto desván. Allí podrá apostarse con un arma de precisión y vigilar pacientemente hora tras hora, día tras día, a través de su visor telescópico, el balcón de la Cancillería. Y en el momento menos pensado... ¡apretará el gatillo[36]!»

Hitler no se sentía seguro siquiera entre sus cuatro paredes. En los Consejos tomaba asiento con otros tres camaradas del Partido (Goering, Goebbels y Frick) frente a una mayoría de ministros burgueses[37], y la Cancillería se hallaba custodiada por soldados de un Reichswehr cuyos generales no excluían en modo alguno la posibilidad de alzarse algún día contra el mesías nacionalsocialista. ¿Quién podía darle mejor protección que Himmler, ese leal servidor que velaba con tan evidente asiduidad por la vida de su Führer? Así, pues, Hitler ordenó al mando SS que montara una guardia permanente (la tercera en la historia de los SS) para su protección. Entre él y Himmler eligieron al jefe de esta escolta personal, un fornido bávaro, el *Gruppenfhrer SS* Josef (Sepp) Dietrich[38].

Éste seleccionó a su vez a 120 militantes SS la mayor parte de los cuales había desempeñado ya una función similar en la Casa parda. Los guardaespaldas levantaron tres barreras humanas alrededor de Hitler por las cuales debía atravesar cada visitante para llegar a la Cancillería[39].

En setiembre de 1933, el canciller bautizó a su guardia durante el

Reichsparteitag * de Nuremberg: «Estandarte personal SS Adolf Hitler[40].» Sin haberlo planeado, Hitler, echó los cimientos para una segunda Wehrmacht: la futura Arma SS.

Himmler se inspiró en ese Estandarte personal para crear otras unidades similares que él llamó «Comandos especiales SS» y, más tarde, «Piquetes políticos»[41]. Esas unidades seudopoliciales aparecieron en muchas provincias alemanas con el fin de proteger a los nuevos amos y sembrar el terror entre los adversarios políticos. Durante el verano desfilaron por vez primera las tropas de Himmler. Ellwangen y Reutlingen fueron las primeras localidades donde se formaron los «Piquetes políticos SS» (efectivos en 1934: 800 hombres)[42] que, comisionados por la Policía política, dieron caza a los demócratas de Württemberg[43]. En Dresde se constituyó el comando especial número 3 con voluntarios de las SS de Hesse, e igualmente en Munich y Arolsen se aprestaron los mercenarios SS para la cacería de seres humanos[44].

Himmler consiguió inmiscuirse de golpe en la red policíaca fuera de Baviera. Como él contaba con los elementos más disciplinados del Partido, muchos jefes policiales nuevos, y todavía inseguros, en diversas provincias le solicitaron consejo y ayuda. El nieto del comisario de gendarmería en Munich, Konrad Himmler[45], comprendió que su futuro residía en la Policía... Solamente dando ese rodeo por los vericuetos policíacos cabría la esperanza de sumarse a la jerarquía nacionalsocialista.

También logró abrirse paso en Baviera. El 1.º de abril se puso bajo su mando toda la Policía política de esa región. A partir de entonces, Himmler se tituló comandante de la Policía política y dirigió un negociado especial en el Ministerio bávaro de la Gobernación[46]. Aprovechó la ocasión para demostrar cómo entendía él los métodos policíacos nacionalsocialistas. Hizo perseguir a los adversarios políticos con fría escrupulosidad burocrática, contuvo el abuso desenfrenado de los jefes SA locales, que desahogaban su cólera con los competidores inofensivos, y prohibió la detención de sacerdotes católicos sin su autorización previa[47]. Pero, al mismo tiempo, sistematizó el terrorismo político. Aprovechando una antigua fábrica de pólvora próxima a Dachau, Himmler hizo construir un campamento donde concentró a todos los comunistas y socialdemócratas detenidos[48]. Una nueva palabra del léxico nacionalsocialista sobresaltó al pueblo alemán: *Kaze-*

* Asamblea general del Partido.

da *, campo de concentración, que, con el tiempo, simbolizaría el despotismo policíaco de Himmler.

Casi nadie reparó en las atormentadas criaturas de ese KZ paradigmático ideado por Himmler. Los policías de la nueva Alemania admiraron sólo la eficiencia burocrática, el magnífico acoplamiento del mecanismo. Por vez primera se tuvo la impresión de que Himmler podría ser el futuro autócrata policíaco de Alemania. Él concibió los planes para coordinar una Policía centralizada; pues ante los ojos del doctrinario Himmler «seguía ofreciéndose una barahúnda alarmante, en un cuerpo de Policía cuyas unidades autónomas sufrían constantes humillaciones, en el que se arrebataba el sable al oficial y se proveía con una porra de goma al agente, una Policía infestada de ex convictos y marxistas absolutos» [49].

Himmler se propuso firmemente disolver la acreditada Policía del Estado democrático: «Quiero terminar de una vez con esas dieciséis Policías provinciales y convertirlas en una auténtica Policía nacional. Pues la Policía del Reich debe ser la tenaza más inflexible que jamás haya tenido un Estado [50].» En el verano de 1933, se entrevistó con el doctor Werner Best, *Scharführer SS*, cuyo negociado del Ministerio de Gobernación dirigía la Policía, y le manifestó que era preciso cercenar la creciente influencia ejercida por los «príncipes nacionalsocialistas» sobre la Policía alemana... aunque, desde luego, se debía obrar con la máxima cautela y paciencia [51]. Después preguntó a Best si le gustaría colaborar en el ordenamiento de la Policía del Reich. Su interlocutor asintió [52]. Best no fue el único funcionario de Policía que movilizó Himmler para saltar a Berlín. El adlátere de Himmler, Heydrich, reclutó colaboradores para la proyectada Policía del Reich y el hecho de que figuraran entre ellos muchos funcionarios veteranos (como el cuarteto Flach-Müller-Meisinger-Huber, prestigiosos criminalistas de Munich) [53] contribuyó a realzar el «plan Himmler».

Sin embargo, la codicia del policía Himmler se estrelló contra un muro infranqueable que dejaba fuera de su alcance media Alemania. El ministro presidente de Prusia, Hermann Goering, enfrentó sin vacilar sus centurias policiales al intruso de Munich. La misma ambición enemistó a Goering con Himmler: ambos quisieron manipular el aparato policial del III Reich. Ahora bien, el rey sin corona de Prusia tuvo una ventaja sobre su rival: dominó desde el principio aquel poderoso instrumento que debería ser, indefectiblemente, el motor de cualquier maquinaria policíaca alemana..., la Policía prusiana.

* KZ: Konzentrationslager = campo de concentración.

Apenas subió al poder en Prusia, Goering tomó el mando absoluto de la Policía. Creó su propia guardia personal, «Fuerzas de Policía a disposición especial» bajo las órdenes del comandante Wecke —que también presidía la «Asociación de Funcionarios nacionalsocialistas de Policía» [54] y expulsó del Cuerpo a numerosos miembros contrarios al Régimen: en total a 1 457 [55]. Cuando cristalizó su soberanía, Goering seleccionó una sección aparentemente anodina en la jefatura de la Policía berlinesa, el departamento I A, que durante la República de Weimar había sido ya algo así como una central informativa de tipo político aun cuando pesaba una prohibición oficial sobre cualquier Policía secreta centralizada [56].

El *premier* pardo prusiano encontró en el libertino doctor Rudolf Diels, consejero gubernamental en el grupo político policial del Ministerio prusiano de la Gobernación, a un funcionario particularmente astuto que se las componía muy bien para satisfacer con fórmulas siempre originales la ingenua laboriosidad del «renacentista» Goering. Diels, hombre sin ideas nazis y futuro pariente * de su amo, prometió a Goering forjar un instrumento de poder como no se había conocido jamás en la historia prusiana. Asumió la jefatura del Departamento IA [57] y enroló cada vez a más criminalistas en la nueva Policía política. Aquel organismo integrado por 60 elementos se expandió rápidamente hasta formar un mecanismo burocrático de 250 funcionarios [58]. Goering proveyó los necesarios decretos para disociar paulatinamente la «Policía Diels» de la Administración estatal. Así, fundó en Prusia una Central de Información política [59], le confirió atribuciones ejecutivas e independientes [60] y eximió a la flamante organización —más tarde Policía secreta gubernativa— del cumplimiento del párrafo 14 del Código de la Policía prusiana [61] en virtud del cual se prescribía que el Cuerpo sólo podía adoptar medidas «dentro de la legislación vigente»... Dicho con otras palabras: ateniéndose a los derechos fundamentales del hombre [62].

También se separaron físicamente los criminalistas *polit* del Cuerpo general. Abandonaron la jefatura de Policía en la Alexanderplatz de Berlín y ocuparon la antigua sede comunista «Karl-Liehknecht-Haus» [63], donde constituyeron una nueva «Sección especial para la Lucha contra el Bolchevismo», mientras el grueso del «contingente Diels» se instalaba en una espaciosa escuela de Artes y Oficios (Prinz-Albrecht Strasse, 8), no lejos de la residencia oficial de Goering en la

* En 1934 Diels contrajo matrimonio con Ilse Goering, viuda del hermano menor de Goering, Karl.

Leipzigerstrasse[64]. A fines de abril, Goering promulgó un decreto por el que se nombraba a Diels «jefe de la Policía secreta gubernativa», aquivalente a una autoridad policial autónoma cuyo único superior era Hermann Goering[65]. Un funcionario anónimo de Correos que había diseñado un nuevo sello inventó también una abreviatura para la nueva autoridad: «Gestapa»[66]. Pero el lenguaje popular la transformó en el vocablo más funesto para los alemanes durante doce largos años: Gestapo.

Pese a todo, la posición de Goering, consolidada con esos refuerzos policíacos, no permaneció incólume. Un rival empezó a dar señales de vida... y Goering lo notó por vez primera cuando, en la primavera de 1933, los policías y las SA —a las cuales movilizó Goering como fuerzas auxiliares de orden público—[67] emprendieron una gran campaña de terror para asaltar los últimos bastiones democráticos.

El sátrapa prusiano Goering dispuso «el desalojamiento de todas las organizaciones antiestatales con los medios más contundentes... y, si fuera necesario, haciendo uso de las armas[68].» Y exclamó gesticulante ante los militantes SA: «¡Aquí sobra la justicia, aquí se ha de extirpar y exterminar...; eso es todo[69]!» Cada vez se hizo su lenguaje más venenoso y su garganta más ronca. «¡La lucha contra el comunismo no se puede mantener exclusivamente con medios policiales! —gritaba desaforado—. ¡Debo movilizar en esa lucha mortal a los de abajo, es decir, a los camisas pardas! ¡Necesito hacer comprender al pueblo que él mismo debe defenderse[70]!» Sin embargo, cuando el pueblo de camisa parda, las SA, se lanzó contra los enemigos imaginarios del Estado, el arengador Goering se atemorizó ante la bestial violencia de los convocados. Todos los instintos perversos y los resentimientos sociales acumulados en las SA y fomentados por agitadores y demagogos entre los batallones SA, se desataron sin freno alguno: Prusia se transformó en un crisol del terror.

Vandálicos comandos SA barrieron calles y ciudades; los batidores SA berlineses se mostraron especialmente destructivos. El departamento IC de Berlín-Brandeburgo arrestó a los llamados enemigos del Estado, los encarceló en cobertizos, casamatas, calabozos y almacenes apartados, golpeó y torturó a sus prisioneros[71]. Sólo en Berlín, las SA «improvisaron» 50 campos de concentración[72]. En las calles General Pape, Kant, Hedemann y Fürstenfeld hubo mazmorras donde los agentes SA martirizaron a sus víctimas. Pero el terror no quedó circunscrito a Berlín, sino que también asoló las provincias: Sonnenburg, Bornim, Koenigswusterhausen y Kemna fueron objetivos del terrorismo[73]. Goering reconoció que se le habían escapado las riendas

de esos energúmenos SA. Y se vio rodeado por todos ellos: una gran parte de la Policía prusiana vestía uniforme SA[74] y, además, cada alto funcionario gubernamental tenía un llamado «consejero SA»[75]. Era obvio que el dominio de Goering sobre la gran provincia alemana se estaba desintegrando.

El jefe de la Gestapo, Diels, instigó a su patrón proponiéndole la lucha abierta contra las SA. Goering vaciló largo tiempo, pero hacía ya mucho que Diels había tomado la iniciativa por su cuenta. Ciertos informes procedentes de un casino berlinés le dieron la pista de los verdugos SA[76]. Poco después, cuando uno de sus colaboradores, el asesor criminalista Heller, le reveló que los SA tenían una mazmorra secreta en la *Gauleitung* de Berlín (Hedemannstrasse, 10, cuarto piso), Diels reunió a varios policías del batallón Wecke e hizo emplazar unas cuantas ametralladoras frente al edificio. Tras un diálogo interminable con los SA, Diels les persuadió de que entregaran a sus prisioneros[77]. «Las víctimas que encontramos allí —escribió más tarde— estaban al borde de la muerte por inanición. Habían pasado muchos días de pie en angostos roperos, pues sus torturadores querían arrancarles una "confesión". Los "interrogatorios" empezaban y terminaban a palos; una docena de individuos armados con barras, porras y látigos se relevaban hora tras hora para no dar descanso a las víctimas. Cuando entramos, éstas eran esqueletos vivientes con heridas purulentas; los encontramos yacentes sobre la paja podrida[78].»

El jefe de la Gestapo no soltó su presa. Movilizó la Policía secreta gubernativa y empezó a limpiar una casamata SA tras otra. Respaldado a regañadientes por Goering, Diels se enfrentó con los matones SA exponiéndose no pocas veces a recibir una paliza de los rufianes. Hacia fines de mayo, desapareció en Prusia el último campo de concentración SA[79]. Pero Diels no suspendió su campaña. Se asoció con unos cuantos juristas animosos en el Ministerio prusiano de Justicia que, bajo la dirección de los procuradores generales Werner von Haacke y Joel, cazaron a los gangsters SA y les hicieron comparecer ante los Tribunales[80].

La lucha contra las SA se endureció y se extendió cada vez más. No obstante, el jefe de la Gestapo tuvo muchas veces la sensación de estar haciendo una guerra demasiado doctrinaria, pues cuanto más se enconaba esa pugna con las SA, más sigilosa era la infiltración de Himmler y sus correligionarios en los dominios prusianos de Goering. Diels columbró que el mayor peligro para Goering y su autocracia sobre Prusia provenía de la orden negra: «Los SS preparaban su golpe a largo plazo y de forma mucho más consecuente que los despreocu-

pados SA [81].» Y él debió saber lo que se decía porque se interpuso con frecuencia en el camino de los SS.

Éstos no perdonaron nunca al jefe de la Gestapo, especialmente por haberles arrebatado un prisionero que representaba para ellos algo así como un talismán de su propia eficiencia: el renegado SA de 1931, capitán Walther Stennes, cuya muerte estaba ya decidida [82]. Sin embargo, Diels consiguió despertar el interés de Goering por el antiguo jefe SA. Goering exigió que se le entregara a Stennes..., y el capitán ingresó en una prisión de la Gestapo [83]. El nombre de Stennes iba ligado a un descalabro de Goering que se remontaba al advenimiento nacionalsocialista. En 1931, el antiguo comandante SA quiso ponerse otra vez al frente de las SA [84] e intrigó con Stennes contra la jefatura SA de Munich o, por lo menos, prometió a aquella organización que representaría su causa en la capital bávara.

Entonces se empezó ya a conspirar contra los SS de Himmler, cuya presencia le pareció a Stennes una amenaza latente. El diario militante *Wahrheiten der Woche,* afecto a Stennes, escribió el 10 de octubre de 1931: «Goering manifestó espontáneamente que lucharía contra ello sin descanso..., que se pondría término a tales manejos. Asimismo, aseguró que no cejaría hasta desalojar de su puesto al *Reichsführer SS* Himmler [85].» Más tarde, Goering adquirió fama entre los oposicionistas SA de elemento anti-Himmler, como pareció sugerirlo el *Wahrheiten der Woche* tras la rebelión de Stennes: «Goering tendrá siempre noble ánimo aunque no suficiente poder para imponerse definitivamente [86].» Pero ahora, el ministro presidente de Prusia intentaba recobrar lo que había perdido en 1931. Ordenó a Diels que se interpusiera entre Stennes y los SS [87]. Auxiliado por la esposa de Stennes y un oficial alemán, instructor en el Ejército chino, Diels logró hacer escapar por la frontera holandesa al cautivo de los SS en el otoño de 1931 [88]. Walther Stennes se refugió en China y allí obtuvo sucesivos ascensos hasta tener bajo su mando la escolta de Chiang Kai-Shek, jefe del Gobierno chino [89].

No obstante, esas victorias sobre las SS eran muy raras. Diels salía chasqueado casi siempre. No logró aplastar la «Columbiahaus» [90]. donde los SS tenían cámaras de tortura; y otro objetivo de su campaña, el KZ ilegal de los SS en Papenburg jamás habría caído si Hitler no hubiese ordenado, tras una conferencia con Diels, que la artillería «barriese sin piedad» ese campamento junto con su levantisca guarnición SS [91].

Lo que irritaba particularmente al jefe de la Gestapo era la duplicidad de los SS, quienes tan pronto aparecían en el campo de Goering

como en el de Himmler. ¿Hasta cuándo mantendrían esa lealtad a la Prusia de Goering? El jefe de la Policía prusiana, *Gruppeführer* SS Daluege, tenía sus razones para distanciarse de Himmler, pero tras él bullían ciertos sujetos que obstaculizaban la labor de los funcionarios nombrados por Goering. Diels desconfiaba, sobre todo, del ictérico consejero criminalista Arthur Nebe, uno de los pocos nazis en la Gestapo, y de su correveidile, un hombre de gigantesca estatura llamado Hans Bern Gisevius [92] que asesoraban a la Gestapo.

La ambición de Nebe era bien conocida entre sus colegas. «Algún día será realmente grande o morirá ahorcado», profetizaba el comisario Liebermann von Sonnenberg [93]. Y Nebe, director ejecutivo de la Gestapo, refería encantado la anécdota que le atribuían algunas gentes. «No existen las convicciones; sólo hay circunstancias [94].» Pero, señor Nebe, ¿cómo puede apropiarse así de las citas ajenas? —le objetaba un interlocutor versado en literatura—. Eso ya lo dijo Balzac por boca del presidiario de Bagno, Vautrin.» A lo cual respondía Nebe: «Entonces sabrá usted también que ése [el presidiario de Bagno] llegó a ser jefe de Policía en París [95].»

Sin embargo, Rudolf Diels le cerró el camino hacia tales puestos. El desertor del campo nacional Gisevius [96] instigó a su amigo Nebe contra el jefe Diels, quien poseía todo lo que le faltaba al mediocre bachiller Nebe: cultura, acrisolada ascendencia burguesa, desenvoltura en sociedad y una despreocupación que desconcertaba algunas veces al propio Goering. «Tenga cuidado, Diels —le decía éste—. ¡Usted pretende sentarse al mismo tiempo en dos sillas!» Diels sonreía indiferente: «El jefe de la Policía secreta gubernativa debe sentarse en todas las sillas, señor presidente [97].»

Justamente esa «versatilidad» (según lo denominaba el consejero criminalista) hacía sospechar a Nebe que Diels era, en realidad, un comunista emboscado, mientras que el amigo Gisevius se encargaba de alimentar esa suspicacia. «No me hubiera importado nada emprender la lucha contra Diels, ese compadre versátil y engreído...», escribe Gisevius [98].

Ambos amigos reunieron pruebas acusatorias e intentaron hacer creer al simplón Daluege en el fantasma rojo de Diels [99]. Pero, a veces, el competidor de Himmler, Daluege, mostraba una lucidez más bien instintiva. He aquí su respuesta a Nebe y Gisevius: «El día menos pensado, ustedes pretenderán exorcizar al diablo valiéndose de Belcebú [100].» Cuando dijo eso ignoraba que Nebe (y, probablemente, también Gisevius) había establecido contacto mucho antes con Belcebú. Himmler recibía información detallada sobre cada movimiento de su

contrincante Goering. A principios de octubre, consideró tan precaria la posición de Goering que se dispuso a tomar por asalto la fortaleza prusiana:

Por aquellos días, el *Reichsführer SS* había pedido autorización a Hitler para trasladar las jefaturas SD y SS de Munich a Berlín [101]. Fue en esta ciudad, pues, donde varios militantes SS, mandados por el antiguo compinche de Daluege, Herbert Packenbusch, invadieron el domicilio del jefe de la Gestapo. La señora Diels quedó encerrada en un dormitorio y, mientras tanto, Packenbusch violentó el escritorio del enemigo de las SS [102]. Sin embargo, la señora consiguió prevenir por teléfono a su marido. Pocos minutos después, Rudolf Diels partió velozmente con una patrulla de la comisaría del Tiergarten hacia su casa en la Potsdamerstrasse. Packenbusch quedó estupefacto, como si viera un espectro. Cuando quiso desenfundar el revólver era ya demasiado tarde. Dos policías lo sujetaron por las muñecas y se lo llevaron detenido [103].

Sin embargo, el jefe de la Gestapo no disfrutó mucho tiempo de su triunfo. Kurt Daluege intervino y explicó a Goering «el acto indisciplinado» del camarada Packenbusch, quien, después de todo, había sospechado que Diels intrigaba contra las SS berlinesas [104]. Goering no supo qué pensar sobre su jefe de Policía, cuya actitud se le antojaba demasiado enigmática. Así, pues, devolvió la libertad a Packensbuch [105]. Diels aprendió la lección: Goering no quería propasarse en su acción contra los SS. Cuando el jefe de la Gestapo averiguó, dos semanas después, que fuerzas de Policía y SS se disponían a acordonar sus oficinas por orden de Goering, fue presa del pánico y huyó al extranjero. Quedó a la espera de nuevos acontecimientos en Carlsbad (Karlovy Vary, Bohemia) [106].

Mientras tanto, Goering sobrevivió al ataque de las SS. Hitler había desautorizado el traslado de la jefatura SS a Berlín. Para el *Reichsführer* sólo quedó un pequeño consuelo: se le permitía montar un servicio SD a orillas del Spree [107]. En la Eichenallee de Berlín se instaló un viejo amigo de Reinhard Heydrich, el doctor Herman Behrends, hijo de un fondista de Kiel, en cuya taberna el primer teniente Heydrich había bebido al fiado no pocas veces. Behrends creó el sector oriental SD, y otro confidente de Heydrich, el *Haupststurmführer SS* Heinz Host, representó a la jefatura SS en la Policía secreta gubernativa [108].

Himmler no pudo abrir más brechas en la ciudadela de Goering. Éste aseguró al jefe de la Gestapo, que entretanto había decidido regresar: «Ni Himmler ni Heydrich vendrán jamás a Berlín [109].» Him-

mler se reconcilió incluso con Goering apaciguando, de paso, al antagónico Diels. El 9 de noviembre de 1933 se confirió un gran honor al doctor Diels: desde esa fecha pudo vestir el uniforme de *Standartenführer SS.* Pero en su expediente personal los rectores SS anotaron lo que pensaban sus Escalones de Protección sobre ese extraño afiliado: era escurridizo, «insincero» y egoísta [110].

La segunda acometida de Himmler contra el imperio policíaco del camarada Goering se desvió por causas ajenas. Entonces se le ofreció al *Reichsführer* un socio inesperado contra el sátrapa prusiano: el Ministerio central de la Gobernación (RMdI) del doctor Wilhelm Frick. Tras las elecciones parlamentarias del 12 de noviembre de 1933, el reformista Frick había resuelto derogar los últimos privilegios de las provincias. Éstas, como nuevas unidades administrativas, se regirían en lo sucesivo por una administración dirigida desde Berlín [111]. Los centralistas burocráticos del RMdI, el ex jefe de gobierno Nicolai y el consejero ministerial Medicus, concibieron una Administración facultada para distribuir instrucciones entre los Gobiernos provinciales [112]. He aquí el tema más espinoso de esa reforma nacional: autoridad absoluta sobre la Policía. Hasta entonces tal jurisdicción había correspondido a las dieciséis provincias que componían el Imperio alemán; cada provincia gobernaba la propia Policía controlando su organización, misión y régimen interior. El Ministerio de la Gobernación ejercía sólo una supervisión general, si bien podía ganar cierta influencia mediante subvenciones a las distintas Policías provinciales [113].

Ahora bien; los centralistas del doctor Frick incluyeron en su proyecto una cláusula trascendental: los derechos soberanos de las provincias, incluyendo el ejercicio sobre la Policía, deberían ser transferidos al Gobierno central. Lo cual significaba que el ministro de la Gobernación requería para sí el control de todas las unidades policiales alemanas. Desde ese instante no se darían ninguna orden facultativa a la Policía alemana, no se efectuaría ningún desplazamiento local, no se otorgaría ningún ascenso ni cargo (desde comandante hacia arriba) sin la autorización previa del ministro de la Gobernación [114]. Los reformistas del Reich querían consumar lo que proponía Himmler con su programa al doctor Best: arrebatar el mando sobre la Policía a los príncipes feudales nacionalsocialistas. Sin embargo, uno de éstos negó el botín al Ministerio de la Gobernación.

Aunque nadie conocía el plan «Nicolai-Medicus» salvo los funcionarios ministeriales, el *premier* prusiano Goering se anticipó a los centralistas. El 30 de noviembre de 1933, promulgó un decreto por el que

la Policía secreta gubernativa prusiana se constituía en órgano autónomo dentro de la Administración prusiana; los asuntos diligenciados hasta entonces por el Ministerio de la Gobernación pasaron al Departamento de esa Policía, puesto bajo las órdenes directas del ministro presidente prusiano. Éste designó a un inspector para que supervisara en su nombre la Gestapo [115]. Goering desbarató con un solo plumazo la reforma del Reich sin darle tiempo a tomar forma legal. La gran provincia alemana se sustrajo a esa presa policial de Wilhelm Frick.

Y el ministro de la Gobernación tuvo que resignarse, pues carecía de autoridad suficiente para hacer doblar la rodilla a Goering: no poseía ninguna influencia dentro del Partido ni podía contar con Hitler, ya que éste le despreciaba por haberse afiliado antaño a la facción de Gregor Strasser. Así, pues, los centralistas del RMdI dirigieron la mirada, como si les atrajera un poder mágico, hacia el hombre que había anunciado su designio de arrebatar el timón policial a los príncipes feudales nacionalsocialistas. Heinrich Himmler...: ¡él era la salvación! El *Reichsführer SS* sí tenía poder: él controlaba la Policía interna del Partido, y sus prevenciones políticas eran válidas en muchas provincias alemanas. Además, patrocinaba desde hacía mucho tiempo la creación de una Policía nacional.

Los funcionarios de Frick coadyuvaron —no sin consultar antes con Hitler— a poner en marcha la Policía centralizada de Himmler contra el separatismo prusiano [116]. Auxiliado calladamente por el Ministerio central de la Gobernación, Himmler tomó el mando político de la Policía en una provincia tras otra. Noviembre de 1933: Himmler es nombrado comandante de la Policía política de Hamburgo, Lübeck y Mecklemburgo-Schwerin. Diciembre de 1933: asume el mando de la Policía política de Anhalt, Baden, Brema, Hesse, Turingia y Württemberg. Enero de 1934: la Policía política de Braunschweig, Oldenburg y Sajonia queda bajo su jurisdicción [117]. Cuando Frick presentó su «ley sobre la reconstrucción del Reich» ante el acomodaticio Reichstag (enero de 1934) [118], Himmler controlaba ya la Policía política de todas las provincias excepto Prusia y Schaumburg-Lippe. Por supuesto, Goering siguió mostrándose irreductible. Y lo que es más se aprestó para dar un nuevo golpe.

El 19 de febrero de 1934, Frick decretó, mediante un edicto circular a los gobernadores civiles de las provincias, «que se le transfiriera con carácter inmediato la jurisdicción sobre todas las Policías regionales del Reich» [119]. Goering contraatacó el 9 de marzo con otro decreto: asumió la jefatura suprema de la Policía prusiana y puso bajo su mando el departamento policial del Ministerio prusiano de

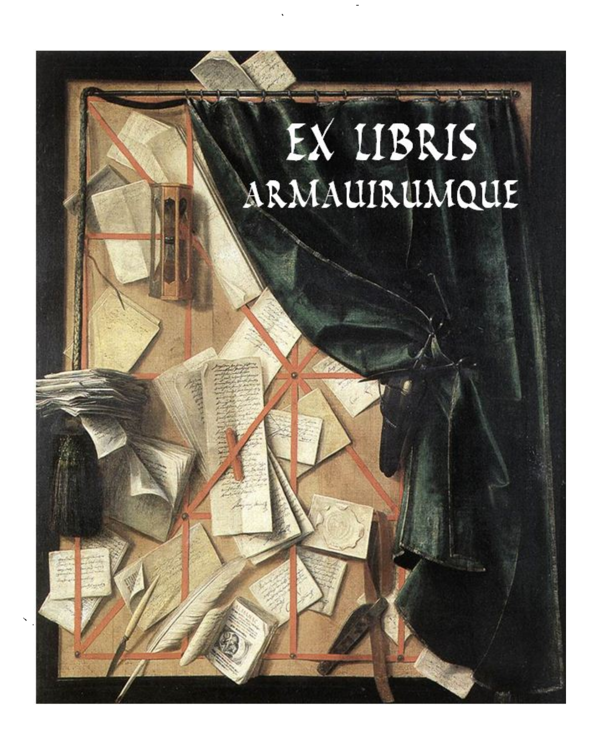
la Gobernación para todos los asuntos conectados con la Policía regional[120]. Una vez más, desarmó Goering a su contrincante.

Sin embargo, en sus momentos de abatimiento y desesperación (tan frecuentes tras los arrebatos artificiales del morfinómano Goering), el ministro presidente de Prusia comprendió poco a poco que estaba batiéndose por una causa perdida. Creyó ver en el horizonte la fumarada premonitoria de un peligro letal e inminente que amenazaba su poder sometido ya a la presión de Frick y Himmler. Lo que dejaron entrever los actos vandálicos de la primavera de 1933 se propagó ahora por todo el país. Cada vez fue más amenazador y resonante el paso redoblado de las innúmeras columnas, y retumbaron con fuerza creciente los timbales de los batallones pardos, las belicosas fanfarrias de los militantes SA, cuatro millones de desocupados ambiciosos y revolucionarios.

Goering intuyó que iba siendo hora de firmar la paz con Himmler y Frick. Hacia fines de marzo, emprendió las negociaciones con el Ministerio central de la Gobernación[121] y regateó cuanto pudo para obtener un buen precio por la transferencia de los Ministerios prusianos a la Administración central. Sólo el Ministerio prusiano de Hacienda permaneció a cargo del ministro presidente; todas las carteras restantes fueron trasladadas al Ministerio central de Gobernación. El director general de Policía, Daluege, se trasladó al Ministerio de Frick para tomar el mando sobre toda la Policía uniformada del Reich[122]. En el terreno de la Policía política, Goering se avino a concertar un compromiso poco ventajoso para él: ciertamente aceptó con reservas todavía la jurisdicción superior del Ministerio central de la Gobernación, pero cedió a Himmler la inspección general de la Gestapo. Heydrich fue nombrado director de la Policía secreta gubernativa, y Nebe se hizo cargo de la Policía judicial[123].

Heinrich Himmler había cubierto una etapa importante de su carrera. Por vez primera, los Escalones de Protección supervisaban la Policía alemana. Pero apenas hubo tiempo para celebrarlo jubilosamente. La Historia no encontró perfecto todavía el pacto entre Himmler y Goering. A la asociación forzada siguió la noche de San Bartolomé. No bien hubo presentado Goering a los nuevos patrones en la Prinz Albrecht Strasse, 8, el 10 de abril de 1934 («No es necesario ir tropezando con cadáveres»)[124], no bien hubo puesto en lugar seguro a su amigo íntimo Diels dándole el puesto de gobernador civil en Colonia[125], llegaron a la Gestapo ciertos comunicados de los que sólo se podía inferir una cosa: el Estado de Adolf Hitler se deslizaba cuesta abajo hacia la crisis más grave de su breve vida.

Esos comunicados dejaron traslucir un descontento tumultuoso entre las SA, cuyos abigarrados cuadros de mando sólo opinaban unánimemente sobre una cosa: la certeza de que el camino emprendido por «Adolf» desde el 30 de enero de 1933 no les gustaba en absoluto.



6. El alzamiento de Roehm

En los locales y mítines de las SA cundió el rencor contra Adolf Hitler. La misma consigna que se oía cuando Stennes preparaba su rebelión de 1931, empezó a correr de boca en boca: «¡Adolf nos traiciona!» Hasta el último jefe SA columbró que el celebrado Ejército revolucionario del nacionalsocialismo, las SA, se estaba convirtiendo en un cuerpo extraño dentro de ese mismo Estado nacionalsocialista.

Durante años, las SA se habían pronunciado con energía revolucionaria preparándose para el asalto al poder; pero cuando llegó ese día, una jornada pacífica y aparentemente constitucional, el Partido no supo qué hacer con las SA. Por fin se encontró para ellas una misión simple e inocua: las SA se ocuparían de «endurecer» a la juventud y se hermanarían con el Reichswehr para constituir el gran Ejército popular nacionalsocialista.

Desde que nacieron las SA, su jefe de Estado Mayor, Ernst Roehm, vio en ellas el germen de un nuevo Ejército Alemán. «Yo soy el Scharnhorst del nuevo Ejército», se pavoneó más de una vez [1], aunque procurando disimular su despecho ante el altanero desprecio con que lo trataban los oficiales de la vieja escuela. El presidente del Reich, Von Hindenburg, se negó a estrecharle la mano, pues para el venerable mariscal él era igualmente sospechoso como homosexual y militar rebelde [2]. Durante la guerra de posiciones en el frente occidental, Roehm, entonces jefe de compañía, había observado que la tradicional estrategia prusiana no respondía ya al concepto moderno de la guerra. Él lo intuía confusamente y lo explicaba a su manera: «Aquí debe prevalecer algo nuevo, ¿comprendéis? Una nueva disciplina. Nuevos principios de organización. Los generales son viejos chapuceros. No se les ocurre ninguna innovación [3].» Pero él creía poseer esa idea renovadora: la noción de mi-

licia, el proyecto de un Ejército popular. Y sus SA formaban ese nuevo Ejército popular. Sólo se necesitaba adiestrarlas militarmente, prepararlas para la guerra moderna y revolucionaria..., y entonces sonaría su hora, ya que las SA se harían cargo del *Reichswehr,* y él, el reformista Ernst Roehm, a la cabeza de esa Wehrmacht inédita, lanzaría una nueva Alemania como si la proyectara con catapulta.

Los cuadros del nuevo Ejército popular estaban ya dispuestos para ejercer su función. Roehm mandaba una fuerza de 500 000 hombres, cuantitativamente cinco veces superior al Reichswehr. El contingente armado nacionalsocialista constaba de cinco *Obergruppen SA* (ejércitos) y 18 *Gruppen* (Cuerpos de ejército)[4]. A las órdenes directas de Roehm había un Estado Mayor cuyos principales cargos estaban desempeñados por antiguos oficiales[5]. Roehm había hecho reproducir la estructura militar hasta en el más pequeño detalle. «Oficiales de semana» prestaban servicio en cada *Sturm SA,* el régimen interno SA se orientaba hacia las ordenanzas militares y los *estandartes SA* llevaban el número de los antiguos regimientos imperiales[6].

Cuanto más se afirmaba el mando de los jefes SA sobre el colosal Ejército pardo, mayor era la avidez del Reichswehr respecto a la parodia militar de Roehm. Los soldados profesionales vislumbraban en las SA una reserva idónea de reclutas para fechas futuras, es decir, cuando el Reichswehr, desligado de Versalles y de sus férreas imposiciones sobre armamento y efectivos, reinstaurara el servicio militar obligatorio. Las disposiciones hitlerianas aunaron a ambas potencias[7]. Pero en lugar del «viejo chapucero» que esperaba, Roehm se encontró frente a frente con un oficial superior considerado como el más innovador e irreflexivo de todo el Ejército.

Se llamaba Walter von Reichenau, era general de brigada, deportista y artillero. Dirigía la secretaría ministerial del Ejército y, pese al monóculo alojado en su ojo derecho, criticaba burlonamente muchos principios consagrados de la tradición militar prusiana. Sus colegas, bastante más conservadores, lo tenían por un ambicioso positivista, y algunos, incluso, por un nazi, ya que él y su inmediato superior, el ministro del Ejército eran los únicos oficiales superiores en quienes había confiado Hitler antes de 1933[8]. Por añadidura, el general Von Reichenau había concebido desde el comienzo un plan concreto: el potencial útil de las SA debía ser transferido al Reichswehr para neutralizar las peligrosas pretensiones de Roehm[9]. Si se quería hacer participar a éste en el juego de Reichenau no había

más remedio que pactar con los militantes SA y acogerlos de buen grado.

Reichenau propuso que se asignara desde un principio a las SA importantes misiones como milicia encuadrada en la defensa nacional. Por aquellos días, los conflictos de la frontera oriental resquebrajaban enojosamente el dispositivo defensivo del Reichswehr. Por consiguiente, sería preciso erigir una llamada divisoria protectora oriental contra Polonia; de hecho, una milicia fronteriza... Allí estaba, según Reichenau, el puesto del Ejército SA. Además, las SA, asesoradas por el Reichswehr, deberían proporcionar instrucción premilitar a toda organización desligada de las fuerzas armadas [10].

En 1933, hacia mediados de mayo, las SA y el Reichswehr firmaron un acuerdo por el cual SA, SS y «Cascos de Acero» (asociación de ex combatientes nacionalistas) quedaron subordinados al Ministerio del Ejército [11]. El *Obergruppenführer* Friedrich-Wilhelm Krüger fue promovido a la jefatura SA de reclutamiento e instrucción (AW) y recibió la misión de alistar y adiestrar, con una plana mayor de instructores militares, a 250 000 militantes SA cada año para su incorporación ulterior al Reichswehr [12]. Simultáneamente, Roehm encuadró también en sus SA a las federaciones militarizadas de los Partidos derechistas, sobre todo a los disciplinados y nutridos «Cascos de Acero» [13]. Pero para éstos Reichenau tenía secretos designios.

El general sugirió a su jefe, Theodor Duesterberg, que delegara el mayor número posible de «Cascos» en las SA. He aquí el plan estratégico de Reichenau: Si el millón de «Cascos» se adhiriera a las SA no sería difícil dominar numéricamente a los correligionarios de Roehm; y si, además, se lograra copar los cargos determinativos de la AW y la Guardia fronteriza con militares profesionales, se podría ganar por la mano a Roehm [14]. Pero Reichenau calculó mal. Aunque los puestos fundamentales de la organización Krüger y la guardia fronteriza oriental fueron ocupados por oficiales retirados o de la escala activa [15], se frustró la proyectada invasión con los «Cascos de Acero». Roehm la afrentó hábilmente dividiendo las SA en tres grupos desiguales y dando ingreso en el más importante —las llamadas SA activas— a los 500 000 militantes SA y sólo a 314 000 «Cascos de Acero» [16].

Desde ese momento, Roehm pudo jactarse de tener bajo sus órdenes unas huestes integradas por 4 500 000 hombres [17]. Poco después, pasó a la ofensiva. Exigió mayor ascendencia y auténtico mando sobre la Guardia fronteriza oriental. Y, lo que fue peor, se empeñó en controlar el dispositivo más delicado que conocían las autoridades

militares: los polvorines y arsenales de Alemania oriental [18]. Tales exigencias se estrellaron contra el inconmovible criterio de los generales alemanes: no habría nunca más defensor armado de la nación que el Reichswehr. En el Ministerio del Ejército se decidió eludir todo devaneo con la milicia de Roehm. A partir de diciembre de 1933, sólo hubo un principio válido: el Reichswehr reconocía exclusivamente una forma de organizar la defensa nacional, y ello era el servicio militar obligatorio [19].

Sin embargo, Roehm no se dejó despistar más. Nombrado ministro sin cartera del Reich el 1.º de diciembre [20], hizo formar en cada *Obergruppe SA* una guardia armada [21] e incluso buscó la participación extranjera para embrollar su juego: en la Conferencia ginebrina del Desarme, Francia, sobre todo, favorecía la concesión de una milicia reforzada a Alemania. En relación con ésta, Roehm sostuvo conversaciones no autorizadas con el agregado militar francés en Berlín [22]. Hacia principios de febrero de 1934, presentó sus pretensiones por escrito al Reichswehr [23]. Había redactado su memoria en términos tan incisivos que las inferencias de Blomberg durante una conferencia de mandos sólo podían ser éstas: Roehm reclamaba para «las SA el absoluto dominio» sobre la defensa nacional, y encomendaba sólo al Reichswehr la función de adiestramiento [24].

El capitán general Blomberg solicitó inmediatamente la intervención arbitral de Hitler, enfrentado al canciller con la alternativa que éste había soslayado hasta entonces [25], pues en su fuero interno se inclinaba hacia la fórmula de Roehm, pero, por otra parte, sabía que nunca podría llevar a cabo su política expansionista en Europa sin la colaboración de los expertos militares. Nada podía dolerle tanto como dar una rotunda negativa al amigo Roehm. Por consiguiente, sugirió un compromiso: el 28 de febrero de 1934 hizo comparecer en el suntuoso paraninfo del Ministerio del Ejército a los jefes del Reichswehr y de las SA: allí les exhortó en un discurso «inspirado e impresionante» (según Blomberg) a mantener la paz [26]. En presencia suya, Blomberg y Roehm hubieron de concertar un acuerdo por el que se reconocía el Reichswehr como único defensor armado de la nación y se concedía a las SA el monopolio del adiestramiento premilitar y su prórroga tras el licenciamiento [27]. A renglón seguido, los concurrentes desayunaron con champaña en el Cuartel General berlinés de Roehm (Standartenstrasse) y durante ese acto los jefes de las SA y del Reichswehr se estrecharon teatralmente la mano [28]

Pero apenas se levantaron los oficiales de la festiva mesa, Roehm vociferó iracundo: «¡Lo que ha declarado ese ridículo cabo primero

no es válido para nosotros!» Y se desgañitó cada vez más enfurecido: «¡No pienso hacer honor a tal acuerdo! ¡Hitler es desleal! ¡Por lo menos debe tomarse unas vacaciones!» Y agregó con tono aún más agudo: «¡Si Hitler no quiere colaborar, llevaremos adelante la cuestión sin él [29]!» Petrificado ante el escritorio de Roehm, un *Obergruppenführer SA* escuchó la diatriba envuelta en vapores etílicos contra el venerado Führer. Viktor Lutze, primer teniente retirado y jefe del *Obergruppe SA* Hannover, husmeó alta traición [30]. Y se aprestó con todas sus fuerzas a desbaratar tal proyecto.

En los primeros días de marzo (1934) se presentó ante Rudolf Hess, el «suplente del Führer», y le reveló que Roehm pronunciaba monstruosas palabras («Hitler pierde la chaveta») contra el Führer. Sin embargo, Hess no supo cómo proceder [31]. Entonces, Lutz prosiguió su ronda. Se trasladó a Berchtesgaden y mantuvo una conferencia secreta con Hitler. Le hizo ver el profundo descontento que reinaba entre las SA contra el mando del III Reich. Pero Hitler tampoco tuvo soluciones prácticas, salvo unas confusas palabras de consuelo: «Debemos dejar que el asunto madure [32].» Puesto que Hitler no adoptó medida alguna contra su amigo Roehm, Lutze confió sus sospechas a un tercero en discordia. Durante un viaje de inspección por Braunfels, mostró al comandante general Van Reichenau cierta carta donde él mismo, Lutze, advertía a su jefe de Estado Mayor que correría graves riesgos si lanzaba otra campaña contra el Reichswehr [33]. Reichenau dio las gracias al *Obergruppenführer* por su valiosa indicación, y comentó burlón mientras se alejaba el militante SA: «Ese Lutze es inofensivo. Probablemente se le nombrará jefe de Estado Mayor [34].»

Ahora bien; el anatematizador de Roehm, Lutze, ignoraba que el general Von Reichenau se había confabulado ya muchos días antes con un jefe de brigada SS que tenía nociones muy concretas sobre la forma de resolver radicalmente el «problema Roehm». Reinhard Heydrich, jefe de la Policía secreta gubernativa y del Servicio de Seguridad (SD) se propuso liquidar toda la camarilla congregada alrededor de Ernst Roehm. Había requerido largo tiempo para hacer colaborar a Heinrich Himmler en el plan de aniquilamiento. El *Reichsführer SS* titubeaba lo suyo, y esa vacilación no era sin fundamento: si Roehm fuera aniquilado, se abriría una caja de Pandora cuyo venenoso contenido desencadenaría hostilidades perpetuas entre SS y SA.

Como si presintiera ya los sobrecogedores e inminentes acontecimientos, Himmler se mantenía a distancia de los adversarios de Roehm [35]. El ex alférez no podía olvidar aquellos años de convivencia

con el capitán Roehm. E incluso durante los primeros meses de la Era nacionalsocialista, Himmler había mantenido estrecho contacto con Roehm, de modo que la deserción le habría parecido entonces algo inconcebible. Juntos pronunciaron soporíferos discursos, juntos degustaron sabrosos manjares en el Cuartel General berlinés de Roehm[36]. Y también juntos perpetraron sus fechorías: Heydrich y el *Standartenführer SA* Uhe formaron el comando que entró ilegalmente en Austria el 3 de abril de 1933 y asesinó al íntimo de Roehm, Georg Bell (repudiado ya por su gran amigo) en un mesón cerca de Durchholzen[37]. Roehm celebró su último cumpleaños el 28 de noviembre de 1933, y con tal motivo Himmler le deseó, «como soldado y amigo, todo lo mejor que pudiera sucederle entre sus fieles seguidores». «Siempre fue y continúa siendo nuestro mayor orgullo —dijo— pertenecer a tu más leal comitiva[38].» Ambos apadrinaron al primer hijo de Heydrich[39], e incluso tras la colérica explosión del 28 de febrero de 1934, aquella soflama antihitleriana de Roehm en la Standartenstrasse berlinesa, Himmler había intentado todavía prevenir al jefe del Estado Mayor SA contra cualquier extralimitación acerca de Hitler y el Reichswehr[40].

Sin embargo, esa lealtad a Roehm, tantas veces reiterada por Himmler, se relajó bajo las oportunistas reflexiones de éste en la primavera de 1934: la nueva alianza con Goering le pareció mucho más importante que la amistad de su antiguo jefe, pues tal alianza era una premisa indispensable para tomar posesión de la Gestapo prusiana mediante la jefatura SS. Desde ahí se marchaba en línea recta hacia el proyecto exterminador de Heydrich: sin Goering no podía haber dominio sobre la Gestapo, sin el mutis de Roehm no podía haber cooperación con Goering. Y el ministro presidente prusiano Hermann Goering era, entre todos los potentados nacionalsocialistas, el que tenía más razones para temer a las SA de Roehm. Éste, con su red de policías y asesores SA cerca del Gobierno, amenazaba al poder de Goering en territorio prusiano y, por ende, hacía peligrar un objetivo más distante: sus aspiraciones a la jefatura suprema de la Wehrmacht[41].

Así, pues, Himmler varió de frente. El hecho de que el imprudente Roehm se hubiese enemistado con casi todos los grupos influyentes del régimen, facilitó esa maniobra al prudente *Reichsführer SS*. Cada cual deseaba la caída de Roehm y su círculo porque una destrucción total de las SA beneficiaría a todo el mundo: el Reichswehr y Goering se desembarazarían de un competidor molesto, los puritanos y pacificadores del Partido eliminarían a un agitador tan depravado

como infame, y las SS podrían romper al fin sus últimos lazos con las SA.

Entonces comenzó el juego mortífero de Reinhard Heydrich, pues la muerte debía tomar parte necesariamente. Un partido como el NSDAP, nacido en tiempos del cuerpo voluntario y cuya política se había criminalizado, no podía conocer mejor remedio que la violencia para ventilar los pleitos insolubles dentro de sus filas. «A nosotros no nos parece tan trágico que un hombre pague sus errores con la vida. Una solución semejante es inherente a nuestra organización», filosofaba cierta vez Georg Bell antes de que los asesinos SA corroboraran la exactitud de esa tesis en su propia carne. «Nosotros decimos que eso es un acto de defensa personal. Ellos lo denominan... asesinato. Yo no encuentro mal que se suprima a uno por causas morales y en interés del Partido [42].»

Y eso, aplicado al caso Roehm, se podía enunciar así: sólo un jefe difunto del Estado Mayor ofrecería suficientes garantías a los gobernantes nacionalsocialistas contra los excesos de las SA. Una destitución definitiva o un auto de procesamiento contra el dirigente homoerótico del Reich, contra el más viejo y mejor amigo de Hitler, que conocía las interioridades nacionalsocialistas como ningún otro, no hubiera tranquilizado jamás a los gobernantes del régimen. Roehm debía morir.

El jefe de Gestapo y SD, Heydrich, puso manos a la obra hacia fines de abril de 1934. Mientras Himmler inspeccionaba los estandartes SS para aprontar sus Escalones de Protección y lanzarlos contra los camaradas SA [43], Heydrich preparó el nudo corredizo que debería aherrojar el cuello con trencillas de Roehm. Por lo tanto, necesitó un pretexto plausible para emprender la acción contra el mando SA. Heydrich dedicó el mes de mayo a reunir suficiente material informativo para exponer de forma convincente ante Hitler y el Reichswehr la presunta alta traición de Roehm [44].

Mediante el aparato transmisor del *Untersturmführer SS* Friedich-Wilhelm Krüger, que vestía por entonces el uniforme de *Obergruppenführer SA* y merodeaba por los *Obergruppen* y *Gruppen SA* como inspector de reclutamiento y movilización, Heydrich fue acumulando pruebas acusatorias [45]. Y recibió con brazos abiertos cada informe hostil a las SA, a cada cómplice contrario a Roehm [46]. Un preeminente partidario de las SS, el ex general de la Primera Guerra Mudial, conde Friedrich von Schulenburg, jefe honorario de las SA, se agregó gustosamente al contubernio; y, por supuesto, Heydrich tampoco desdeñó la ayuda del teniente general antinazi Wilhelm Adam, uno de los ofi-

ciales superiores afectos a la «escuela Schleicher» que, como comandante de la 7.ª división en Munich, proveía con información sobre las SA al *Gruppenführer SS* Schmauser[47].

Desde luego, la cosecha fue bastante corta. Aparte de algunas reseñas interesantes sobre los polvorines SA en Berlín, Munich y Silesia[48], los recolectores de Heydrich pudieron ofrecerle sólo las truculentas garrulerías revolucionarias de ciertos jefes SA. Muchos indicios dejaban traslucir incluso que las SA no pensaban ni por asomo en traicionar a Hitler. El coronel Von Rabenau, gobernador militar de Breslau, manifestó a principios de mayo que un alzamiento SA era altamente improbable[49], y cuando el jefe silesiano SA Heines von Goering tuvo la certeza de que el Reichswehr no emprendería ninguna acción contra las SA (como él temía), concedió inmediatamente el permiso ordinario a la mitad de su plana mayor[50].

Roehm se creyó más bien llamado a agitar los ánimos entre Policía y Reichswehr contra los enemigos del régimen. Utilizando como intermediario al *Gruppenführer* SA Jüttner, previno al Ministerio del Ejército contra las manipulaciones antiestatales del general y ex canciller Kurt von Schleicher[51], ¡justamente aquel Schleicher a quien los fantaseadores cronistas del llamado «alzamiento Roehm» convierten en cómplice del jefe SA! «¡Yo vivo por y para mi Führer!», imprecó el adalid manco SA Hans Peter von Heydebreck al autor Ernst von Salomon porque éste se había permitido ironizar sobre Hitler. Heydebreck: «Su presencia [la de Hitler] es lo único que me da aliento. Si no pudiera creer en mi Führer preferiría morir[52].» Cuando su ídolo lo hizo fusilar pocos días después, el militante SA bramó extasiado ante el pelotón de ejecución: «¡Viva el Führer. *Heil Hitler!*[53]»

No. Las SA no se propusieron cometer alta traición ni especularon con ideas de rebelión y desobediencia. Tan sólo pretendieron hacer presión sobre Hitler hasta que se les reconociera esa posición tan discutida en el Estado y la milicia... Para alcanzar tal objetivo, Roehm ideó una táctica ciertamente peligrosa: como Hitler no tendría más alternativa que acceder paulatinamente a los deseos de las SA, Roehm desencadenó una guerra de nervios (es verdad que bastante dosificada) contra él. Recorrió uno tras otro los grupos SA promoviendo su idea. Escenificó espectaculares maniobras militares de sus tropas. Pronunció discursos incendiarios en los que se anunciaba la «segunda Revolución» del nacionalsocialismo[54]. Y esperó, entretanto, que los desfiles masivos de camisas pardas ablandasen finalmente a Hitler.

Roehm no comprendió que ese método amedrentaría a los alemanes menos avisados, y que les haría suponer que el Ejército SA se disponía a conquistar el poder en Alemania. Asimismo, los militares lo conceptuarían como un enemigo mortal... y se avendrían de buena gana con Heydrich. Por ejemplo, el capitán de navío Conrad Patzig, jefe de seguridad en el Ministerio del Ejército, consideró «simplemente indignante» que «un puñado de desarraigados con inclinaciones delictivas» pretendieran desplazar al Reichswehr de sus consagradas posiciones [55]. Y en la mente de todos anidó un pensamiento unánime: las SA debían desaparecer. Muchos oficiales se solidarizaron con el gobernador militar de Breslau, quien solía decir que pese a la ridiculez de un supuesto alzamiento SA, ya iba siendo hora de limpiar aquel «establo de Augías» en el que se arracimaban los camisas pardas [56].

Con idéntica claridad se expresó el estratega político del Ministerio, que encontró en Heydrich a un socio congenial. El general Von Reichenau, invitado asiduo de la Policía secreta gubernativa, facilitó cuarteles, armas y vehículos al jefe SD para su gran golpe [57]. Y, no obstante, ¿qué profetizó en 1932 ante el capitán Felix Steiner, más tarde general del Arma SS? Reichenau dijo entonces acerca de las SA: «Se lo aseguro: todos ellos vendrán a comer en nuestra mano como corderos [58].» Mientras tanto, los verdugos de Heydrich formaban ya pelotones para cumplir a su manera la profecía del general.

A primeros de junio, la tropa del *Obergruppen SS* Theodor Eicke, comandante de Dachau, desarrolló teóricamente el ataque por sorpresa contra Roehm y sus SA. Eicke anticipó entonces con sus unidades los hechos ocurridos el 30 de junio: marcha sobre Munich, Lechfeld y Bad Wiessee con todas las características del asalto [59]. Por aquellos días las formaciones SS de Munich prepararon también su intervención. El *Untersturmführer* SS Max Müller, comandante del batallón motorizado SS número 3, recibió orden de aprestar su unidad para una acción rápida tan pronto como le llegara la consigna: Müller debería concentrar su unidad en el cuartel de los Turcos (Munich), no lejos del lugar donde tenía su sede la Policía política bávara [60]. También se dio la alerta en la Leopoldstrasse, 10, central del SD distrito Sur [61].

Heydrich movilizó todas sus fuerzas armadas, desde el Sur hasta el Norte, desde el Este hasta el Oeste. A su juicio, la violencia se polarizaría en cuatro focos: Baviera, Berlín, Silesia y Sajonia [62]. Cada vez se estrechó más el cerco alrededor de los desprevenidos SA. El infatigable jefe SD pasó a la siguiente fase de sus preparativos. ¿Quién

asestaría el golpe mortal? Heydrich puso a sus confidentes sobre el rastro de los incondicionales de Roehm para confeccionar una lista de víctimas.

Hacia fines de abril, Eicke había inscrito ya en la llamada «lista del Reich» a aquellos indeseables que deberían ser liquidados el día X[63]. Evidentemente, estaban incluidos allí casi todos los jefes SA. Poco después se le ocurrió a Heydrich una nueva idea: ya que se había decidido hacer una buena limpieza, ¿por qué no liquidar también a los adversarios más peligrosos del régimen? La fatídica lista de Heydrich creció desmesuradamente de una semana a otra. En casi todas las jefaturas SD surgieron nuevos catálogos de inmolación, y las SS y la Gestapo citaron incesantemente nombres de futuros reos[64]. El *Obersturmführer SS* Ilges, de la central SD, que confeccionaba la lista general de liquidación, preguntó a un conocido: «¿Sabe usted lo que significa "borrachera de sangre"? Pues bien; yo tengo la sensación de estar chapoteando en sangre[65].»

La composición de esas tablas deletéreas vino a constituir un deporte macabro para los iniciados. Cada cual tuvo su lista: Goering hizo una[66], el *Gauleiter* bávaro Wagner confeccionó la suya[67], y SS, SD y Gestapo se disputaron los candidatos a la muerte. Pronto hubo serios altercados sobre la madurez de éste o aquél para el paredón. El jefe SD bávaro Werner Best quiso exceptuar al «fiel y honorable» *Obergruppenführer SA* Schneidhuber, mientras que este destacado militante SA fue «tan peligroso como los demás» para Heydrich[68]. Por su parte, Goering eximió a su antiguo jefe de Gestapo, Diels, cuyo nombre encabezaba otras muchas listas[69].

Por entonces llegó a la Gestapo un parte que hizo peligrar los planes ya maduros de Heydrich: Hitler y Roehm habían llegado a un sorprendente acuerdo para aplazar la solución del problema planteado por SA y Reichswehr. El 4 de junio ambos habían acordado, tras una interminable entrevista, licenciar durante un mes a todos los militantes SA desde el primero de julio[70]. Y todavía más: el *Voelkischer Beobachter* publicó en su número del 8 de junio de 1934 un comunicado que causó gran revuelo y cuya procedencia fue la oficina de Prensa de la jefatura superior SA. El jefe del Estado Mayor, Roehm, decía allí, se ausentará varias semanas para someterse a tratamiento médico (yodoterapia en Bad Wiessee). Tras lo cual seguía un párrafo por demás extraño: «Deseando atajar cualquier interpretación errónea de este hecho, el jefe del Estado Mayor ha declarado que se propone reasumir totalmente sus funciones tan pronto como recobre su salud[71].»

El Reichswehr se apaciguó. A sus generales se les antojó que Roehm había perdido la batalla. El capitán Hermann Hoefle, un oficial de la Academia militar y antiguo secuaz de Roehm en los «tiempos heroicos», lo anunció así como la opinión dominante en los altos puestos del Ejército: «Esa primera noticia [sobre la enfermedad de Roehm] es el más claro exponente de que las posiciones ocupadas por el jefe SA empiezan a tambalearse. Eso es indiscutible... cualesquiera que sean después las aclaraciones [72].»

El Reichswehr sintió un gran alivio, pero Heydrich se sobresaltó: Esa inesperada evolución no le dejó mucho tiempo para actuar, pues resultaba difícil imputar un golpe de Estado a quien causaba baja en las SA por enfermedad. Entretanto, se generalizó la dispersión. El jefe de las SA berlinesas, Ernst, proyectó un crucero a las islas Canarias [73], el *Gruppenführer* George von Detten, jefe político del mando superior SA, partió de vacaciones a Bad Wildungen [74], y así sucesivamente... ¿A qué quedaba reducido entonces ese temible levantamiento de las SA? Heydrich debería apresurarse si no quería llegar tarde al espectáculo SA patrocinado por él. Los planes estaban dispuestos, los comandos asesinos ocupaban sus posiciones de partida. Sólo se interponía un factor imponderable: la reacción de Hitler tras el acuerdo concertado con Roehm.

Hitler había rehuido siempre un encuentro frontal con las SA. Practicaba desde antaño su doble juego, en el que se reflejaba más bien la flaqueza que el raciocinio: por una parte, amparaba al Ejército de camisas pardas (utilizándolo mayormente como contrapeso del Reichswehr), y por la otra acariciaba la idea de disolver definitivamente a las SA. Sin embargo, el jefe nacionalsocialista se sentía demasiado débil para imponer el suicidio a sus SA cuando apenas podía resistir las desmesuradas e insistentes exigencias de Roehm. En el antedespacho de la Cancillería, se oyó en una ocasión la voz descompuesta de Hitler: «¡No, no; eso es imposible! ¡Pides demasiado! [75]»

Con frecuencia se aferraba a la esperanza de que otros le resolvieran el enojoso problema. Algunas veces aprobaba las peticiones de Roehm, pero antes le hacía entrevistarse con el ministro de Hacienda..., confiando en que el inflexible conde Schwerin von Krosigk tuviera suficiente valor para desbaratar con argumentos técnicos administrativos los planes del jefe SA [76]. Por un tiempo Hitler creyó poder desembarazarse de las SA recurriendo a ciertos subterfugios sobre el desarme. Así, pues, cuando el Lord del Sello privado, Anthony Eden, visitó Berlín el 21 de febrero de 1934, Hitler le hizo una oferta tentadora: si las Potencias occidentales rectificaran su política

de armamento e hicieran ciertas concesiones, el Gobierno del Reich desmovilizaría dos tercios de las SA y, además, permitiría que la Sociedad de Naciones inspeccionara regularmente el tercio restante[77].

Pero entonces se le opusieron Heydrich, Goering y Himmler, tres hombres que tenían un plan y sabían exactamente cómo se podía solucionar el problema SA. Hitler condescendió, aunque no sin cierta vacilación. Y mientras se debatía todavía con sus dudas, le empavoreció un discurso sensacional.

El 17 de junio, Franz von Papen, renegado del Partido centrista y vicecanciller de Hitler, se encaramó al podio en el Auditorium Maximum de la universidad de Marburgo y fustigó «cuanto había de egoísmo, inmoralidad, hipocresía, villanía e insolencia bajo el manto de la Revolución alemana»[78]. Entre ovaciones estudiantiles, Papen siguió lanzando lemas oposicionistas: «Se confunde la vitalidad con la brutalidad... Ningún pueblo puede permitirse una rebelión perpetua desde abajo... El terrorismo invade los dominios de la Justicia... Nos hallamos ante una encrucijada: es preciso decidir si el nuevo Imperio alemán debe seguir siendo cristiano o fluctuar entre el sectarismo y el materialismo seudorreligioso[79].»

La «estruendosa aquiescencia» (Papen)[80] en todo el país reveló a los gobernantes que esa burguesía conservadora representaba todavía una oposición cuyos principales elementos habían sobrevivido, evidentemente, al aplastamiento de la unificación.

El discurso de Papen tuvo mucho eco, aun cuando el Ministerio de Propaganda prohibiera inmediatamente su publicación a los periódicos[81]. En la mente de Hitler germinó una inquietante sospecha: ¿qué ocurriría si los descontentos de las SA se confabularan con los descontentos de la burguesía? Pues la Gestapo había descubierto ya mediante sus espías las primeras conexiones entre ambos bandos.

Esas conexiones pasaban entre las manos de un ilustre príncipe cuyos pies se asentaban firmemente en ambos campos. El *Gruppenführer SA* príncipe August Wilhelm de Prusia, apodado afectuosamente Auwi, hijo del último emperador Hohenzollern, figuraba entre los restauradores monárquicos del círculo Papen como regente idóneo cuando el anciano presidente del Reich, mariscal Paul von Hindenburg, cerrara para siempre los ojos[82]. Auwi era el pupilo secreto del llamado Werner von Alvensleben, un zascandil que se hacía pasar por un gestor del «pacto ultraconservador para salvaguardia de la cultura occidental». Antes de 1933 había facilitado el contacto entre Schleicher y Hitler, poseía un retrato de este último con una entrañable dedicatoria («Al más leal de mis amigos»)[83], aunque, él se

enteraría pronto por el *Voelkischer Beobachter* (30 de junio de 1934) de que «él era una oscura personalidad berlinesa a la que Adolf Hitler repudiaba con especial desdén»[84].

El citado caballero Von Alvensleben hacía saber a quien quisiera oírle (y también a quien no quisiera) que Auwi estaba predestinado a ser el próximo Kaiser. Un día de mayo, Martin Sommerfeldt —secretario de Goering— estaba almorzando con el político conservador Gleichen-Russwurm cuando se detuvo ante su mesa el tal Alvensleben. Gleichen observó la expresión sabihonda del recién llegado y le preguntó socarronamente si llevaba ya la lista gubernamental en el bolsillo. Alvensleben asintió e, inclinándose con aires de conspirador, susurró: «Canciller del Reich: Adolf Hitler. Vicecanciller: Kurt von Schleicher. Defensa: Ernst Roehm. Regente: príncipe August Wilhelm de Prusia.» Cuando se alejó, Sommerfeldt preguntó a su interlocutor si había algo de cierto en esa palabrería. Gleichen se encogió de hombros y murmuró: «*Fifty-fifty*[85].»

Ese bulo de Alvensleben no podía pasarle inadvertido a Hitler. Éste sabía que el choque con la oposición se produciría tan pronto como muriera Hindenburg. Las especulaciones de los opositores burgueses convergían en el sillón vacío del presidente... Según ellos debería ocuparlo un príncipe Hohenzollern, mascarón de una restauración monárquica que, auxiliada por el Reichswehr, pondría coto al dinamismo nacionalsocialista. Y Hitler le allanaría el camino.

Éste tomó inmediatamente una determinación: visitaría al mariscal en su predio prusiano de Neudeck. Quería comprobar con sus propios ojos el estado físico del anciano para poder calcular hasta cuándo se le ofrecería campo libre..., pues Hitler fraguaba todavía un codicioso plan estrechamente vinculado con el fallecimiento de Hindenburg. Se había propuesto desde el principio colocarse como dictador de Alemania. Este objetivo le estaba vedado mientras viviese Hindenburg; y no era solamente el prestigio del mariscal lo que le impedía arrogarse ese poder supremo, sino también el generalato adicto a Hindenburg. Ahora bien, si éste muriese, le dejaría vía libre y entonces él podría fundir cancillería y presidencia en la nueva personalidad dictatorial de Führer y canciller... siempre que el Reichswehr —y esto era lo más importante— se prestara al juego, es decir, si diera su asentimiento. Así, pues, el plan de Hitler comenzaba y concluía con el Reichswehr.

Como si fuera necesario todavía un recordatorio simbólico del papel fundamental representado por ese generalato, el ministro del Ejército, capitán general Werner von Blomberg, apareció en el pórtico

de Neudeck cuando Hitler ascendió la ancha escalinata bajo un sol deslumbrante el 21 de junio de 1934 [86]. Hindenburg le había hecho llamar con toda urgencia tras el espectacular discurso de Papen para encomendarle la entrevista con Hitler [87]. Blomberg lo formuló así: ante todo, era preciso restablecer la paz interna del Reich porque en la nueva Alemania no podía haber sitio para los izquierdistas radicales [88].

Hitler comprendió la alusión: si quería ganar el apoyo del Reichswehr para su régimen «post-Hindenburg», debería inmolar a los rivales del Ejército, las SA de Roehm. Durante el regreso por vía aérea a Berlín, Adolf Hitler concibió —según supone el historiador británico sir John Wheeler-Bennett— el alzamiento del régimen hitleriano contra Roehm, es decir, lo que por ironía de nuestra Historia contemporánea se denomina el alzamiento de Roehm [89].

Un día después sonó el teléfono de Viktor Lutze en su domicilio de Hannover; Hitler se dio a conocer [90] y, sin más preámbulos, ordenó al denunciante de Roehm que se presentara inmediatamente en la Cancillería. «Apenas llegado —refiere Lutze— me recibió el Führer. Acto seguido me condujo a su despacho, donde me hizo jurar que guardaría silencio hasta la conclusión del asunto. Luego sellamos nuestro acuerdo con un apretón de manos.» Tras esos preliminares, Hitler explicó el «susodicho asunto» al militante SA: Roehm debería ser depuesto, ya que bajo su presidencia habían tenido lugar numerosas conferencias de altos mandos SA donde se había acordado armar a los SA y lanzarlos contra el Reichswehr para liberar a su Führer —es decir, a él mismo— que presuntamente era un prisionero de los militares. «El Führer me tranquilizó. Él sabía de antemano, dijo, que yo no me prestaría a tales enredos —escribe Lutze en su Diario—. Desde este momento no aceptaré órdenes de Munich y me atendré exclusivamente a las suyas [91].»

Hacía el 25 de junio lo más tarde, el ministro Von Blomberg supo también que Hitler se proponía librar a los soldados de la pesadilla parda. Éste le explicó que convocaría una asamblea de altos mandos SA en el sanatorio de Roehm (Bad Wiessee), donde detendría personalmente a los jefes SA y les «ajustaría las cuentas» [92]. Dos días después se personó Sepp Dietrich (comandante de la Guardia personal) en el Ministerio del Ejército y rogó al jefe del negociado de organización que le proporcionara armamento para «realizar un encargo secreto y muy importante del Führer». Blomberg sabía cuál era ese encargo desde el 25 de junio. [93].

Según las órdenes recibidas, Sepp Dietrich debería atacar el día

del llamado «alzamiento Roehm». Marcharía con dos compañías de su estandarte hacia la Baviera meridional, donde se le agregarían algunas unidades del comandante Eicke (KZ de Dachau) para marchar sobre Bad Wiessee, el balneario de Roehm, y arrollar allí a los secuaces más destacados del jefe SA[94]. Pero el estandarte no tenía medios de transporte y su armamento era muy escaso. Así, pues, Dietrich llegó a un acuerdo con el Ejército para que varios camiones militares recogieran en una apartada estación (Landsberg am Lech) a las unidades del estandarte enviadas por ferrocarril hacia el Sur, y las transportara hasta Bad Wiessee; además se proveería con armas adecuadas a ambas compañías[95].

Reichenau, Heydrich y Himmler apalabraron los últimos detalles tácticos de la fulminante campaña. Reichswehr y SS aunaron sus fuerzas para actuar contra Roehm y asestaron rápidamente un golpe tras otro.

El 22 de junio, Himmler reveló al jefe del sector Centro SS, barón Von Eberstein, cuya presencia había sido requerida urgentemente en Berlín, que Roehm proyectaba un golpe de Estado. Eberstein debería comunicarse con los oficiales superiores de la región militar, «alertar calladamente» a sus unidades SS y, una vez dada la alarma, acantonarlas en diversos cuarteles[96]. Para el 23 de junio, el coronel Fromm, jefe de los servicios generales del Ejército, convocó a sus oficiales y les participó que Roehm pretendía sublevarse: si llevara adelante su intentona, los SS se pondrían al lado del Reichswehr y entonces se les deberían facilitar armas si lo requirieran[97]. El 24 de junio, el comandante general del Estado Mayor central, barón Werner von Fritsch, ordenó a cada jefe de región militar que tomara medidas preventivas contra un posible alzamiento SA y concentrara tropas sin llamar la atención[98]. El 27 de junio, Himmler convocó a los jefes de sector SD y les encomendó que siguieran cada paso de los jefes SA y tuvieran informada a la central SD acerca de cualquier movimiento sospechoso[99].

No obstante, se dio una circunstancia muy extraña. Aunque varios regimientos y estandartes se preparaban para el combate, aunque la alarma resonaba estridente en los cuarteles, aunque las pistolas estaban al alcance en algún cajón del escritorio (como ocurría en el Ministerio del Ejército)[100]..., la operación «Heydrich-Himmler» tenía mucho de irreal. Casi se creía sinceramente en los designios insurreccionales de las SA. Quienes más dudaban eran los oficiales del Reichswehr.

Sin embargo, a la terminación del Reich milenario, cuando fue cues-

tión de rechazar toda culpabilidad sobre las «vísperas sicilianas» alemanas, los militares parecieron haber vislumbrado un peligro gigantesco en el alzamiento de Roehm. Así, por ejemplo, el general Siegfried Westphal, a quien le «habían llegado numerosas noticias fidedignas sobre una posible sublevación de Roehm»[101], o el teniente general Fretter-Pico, «cuyas propias experiencias» le «inducían a creer, incluso hoy día, en un alzamiento inminente de Roehm»[102], o el mismo capitán general Halder, quien «sabía con certeza» que Roehm «había urdido una rebelión de las SA contra el Reichswehr»[103].

Sea como fuere, los militares tuvieron ideas muy diferentes antes de ese supuesto alzamiento. El coronel Gotthard Heinrici, por entonces jefe de sección en los servicios generales, recordaba todavía en 1958 que dos o tres días antes del «escándalo Roehm» no había observado ninguna actitud recelosa entre sus camaradas; y a él no se le había prevenido oficialmente contra semejantes preparativos por parte de las SA[104]. «Tan sólo se colocó un fusil junto a mi escritorio —refería Heinrici— para mi defensa personal (contra posibles insurrectos SA). Y entonces yo me dije: Muchachos, ¡no hagáis el ridículo!» Asimismo captó con rapidez telegráfica la opinión de su inmediato superior, el coronel Fromm: «No hay suficientes arrestos en las SA[105].»

Al jefe de la región militar silesiana, general Ewald von Kleist, le pareció tan improbable el supuesto levantamiento de las SA, que emprendió por su cuenta una gestión cuyas repercusiones casi desbarataron el juego de Reichenau y Heydrich. Cuando se le echó encima una oleada de alarmantes noticias sobre las levantiscas SA, Kleist se dirigió sin vacilar al jefe de las SA silesianas, Heynes, y le preguntó a bocajarro si maquinaba algo contra sus tropas. Heines le aseguró bajo palabra de honor que las SA no habían soñado siquiera en una acción contra el Reichswehr. Entonces el general sospechó súbitamente que «un tercero intentaba enfrentar al Reichswehr con las SA, lo cual le hizo pensar al instante en Himmler». Von Kleist emprendió viaje a Berlín y se entrevistó con el general Von Fritsch para revelarle sus impresiones. El comandante supremo del Ejército hizo llamar a Von Reichenau. Éste no perdió la serenidad. Se colocó el monóculo, y después de examinar detenidamente a ambos caballeros, dijo: «Tal vez tengan razón. Pero ahora es demasiado tarde[106].»

Pero Heydrich tomó sus medidas contra los escépticos tales como Heinrici y Von Kleist, puso en movimiento un alud destinado a sofocar toda reflexión con oleadas de rumores, bulos y documentos adulterados: era preciso convencer a la oficialidad de que se aveci-

naba un levantamiento. Sepp Dietrich mostró por todo el Ministerio del Ejército una lista negra, presuntamente confeccionada por el mando SA, de la cual se infería que Roehm se había propuesto liquidar las jerarquías militares desde los generales Beck y Von Fritsch hacia abajo [107]. Mientras tanto, otros farautes SS exhibieron en regiones y gobiernos militares diversas listas en las que se evidenciaba el designio de relegar a todos los oficiales profesionales [108].

Ante el primer ayudante de la VI región militar (Münster), coronel Franz Halder, se presentó un *Obergruppenführer SA* para solicitar instrucciones, puesto que la jefatura SA se aprestaba a usurpar las funciones del Reichswehr. Halder hizo oídos sordos, pero buscó una aclaración en el Ministerio del Ejército, pues aquel incidente le extrañaba sobremanera: el visitante SA no mencionó siquiera su nombre, y abandonó la escena con sorprendente celeridad y no reapareció nunca más. Halder sospechó que el presunto *Obergruppenführer SA* era un agente provocador de ciertos círculos interesados [109].

Heydrich empleó otra añagaza consistente en distribuir órdenes ficticias de Roehm cuyo contenido era aceptado casi siempre a pies juntillas por el Reichswehr. Pero si algún jefe SA descubría la falsedad, los elementos SS sabían componérselas igualmente para desvirtuar las rectificaciones del indignado obstruccionista.

Un buen día, Karl Ernst, jefe del grupo SA Berlín-Brandeburgo, se confió al *Gruppenführer* SS Daluege, procedente de las SA: por la capital del Reich corrían los más disparatados rumores sobre un inminente alzamiento SA, y él, Ernst, rogaba al camarada Daluege que le facilitara una entrevista con el ministro de la Gobernación, Frick, para poder rebatir tal calumnia. Daluege, por entonces director ministerial en Gobernación, hizo justamente lo contrario, es decir, cerrarle todos los accesos al despacho de Frick. Además, se personó en el Ministerio del Ejército e informó así al jefe interino de seguridad: «He hablado hace poco con un jefe SA que asistió a cierta conferencia secreta para preparar un alzamiento SA. Sin embargo, los remordimientos le hicieron recapacitar y ahora quiere prevenir al Reichswehr contra el peligro que le amenaza [110].»

El general Von Reichenau respaldó decididamente los malabarismos documentales de Heydrich. Cuando el jefe de seguridad, Patzig, encontró inesperadamente sobre su escritorio, como si la hubiera puesto allí alguna mano espectral una orden amañada disponiendo la previsión de armas a Roehm (lo cual significaba para cualquier persona medianamente inteligente que las SA planeaban un ataque contra el Reichswehr), y él la puso ante los ojos del general Von

Reichenau, éste fingió viva indignación. Von Reichenau: «Ya va siendo hora de saldar esta cuestión [111].»

Pero ¿es que los partes apócrifos de Heydrich iban destinados exclusivamente a la oficialidad del Reichswehr? Muchos indicios nos permiten suponer que esas falsificaciones apuntaban también a Hitler, quien las revisaría irremisiblemente, ya que Blomberg no dejaba pasar ningún diálogo con el canciller sin exponer sus quejas sobre el pertrechamiento de las SA. Hitler había sido y seguía siendo un talón de Aquiles para los adversarios de Roehm. Es verdad que el jefe nacionalsocialista aprobó la acción proyectada contra Roehm, pero también exteriorizaba con frecuencia grandes dudas. ¿Era una última chispa de lealtad hacia su viejo compañero de lucha o le dolía perder ese contrapeso del Reichswehr, esa importante pieza en el precario romaneo del régimen? Sea como fuere, Adolf Hitler mostraba a menudo un desconcierto absoluto.

El 28 de junio, los oficiales de la VII Región militar (Baviera) se preguntaban todavía si Hitler apoyaría al Reichswehr o permanecería con las SA [112]. Y de haber escuchado las conversaciones entre Hitler y Ritter von Krausser (*Obergruppenführer SA* y lugarteniente de Roehm), sus dudas habrían sido mucho mayores. Pocas horas antes de su ejecución, Krausser relataba a un codetenido, el *Gruppenführer SA* Karl Schreyer, cierto diálogo que sostuvo con Hitler el 29 de junio. Schreyer lo transcribió así: «Hitler le había asegurado [a Krauser] que quería aprovechar la asamblea de jefes SA en Wiessee para conferenciar a fondo con Roehm y los *Gruppenführer*, pues su mayor deseo era zanjar todas las divergencias y tergiversaciones. Él reconocía su error y lamentaba no haberse preocupado más de los veteranos SA. Hitler se había mostrado también muy conciliatorio con respecto a su fiel y viejo camarada Ernst Roehm, que conservaría su puesto [113].»

Así, pues, en los días decisivos poco antes de la explosión, Hitler divulgó tres versiones distintas sobre el destino del jefe SA: al ministro del Ejército, Von Blomberg, le anunció el inminente arresto de Roehm para «ajustarle las cuentas», a Lutze le anticipó la destitución de Roehm y ante Ritter von Krausser profetizó una reconciliación con el viejo amigo. Pero un caudillo tan versátil no encajaba en el cuadro del terceto Himmler-Goering-Heydrich. Por consiguiente, fue preciso arrinconarlo antes del último acto, mantenerlo alejado de las palancas gubernamentales.

Un incidente insospechado favoreció a los conspiradores: en la madrugada del 28 de junio, Hitler partió con Goering en avión para

asistir a la boda del *Gauleiter* westfaliano Josef Terboven[114]. El *Nationalsocialistische Korrespondenz* escribió más tarde que «Hitler había viajado hacia la región occidental para dar una impresión de tranquilidad y no despertar el recelo de los traidores[115]. Los historiadores se han adueñado prácticamente de esa versión: según ellos, Hitler emprendió aquel viaje como una maniobra diversiva mientras los enemigos de Roehm ponían manos a la obra con todo sigilo[116].

A ningún historiador se le ha ocurrido hasta ahora que el pretendido movimiento táctico de Hitler contradecía a los estrategas de la campaña anti-Roehm, que no tenía por objeto encubrir el encuentro con éste. Por el contrario, una campaña espectacular provocaría su furor ante la opinión pública y prepararía al pueblo para la gran matanza. El 25 de junio, Rudolf Hess clamó amenazador por todas las emisoras nacionales: «¡Ay del que sustraiga su lealtad creyendo servir a nuestra Revolución con una revuelta! Adolf Hitler es el gran estratega de la Revolución. ¡Ay del que se enrede torpemente entre las finas hebras de sus planes estratégicos en la creencia de poder hacerlo más aprisa! ¡Éste será un enemigo de la revolución[117]!» El 25 de junio, Reichenau hizo expulsar al capitán Ernst Roehm de la «Asociación de Oficiales alemanes» por conducta escandalosa[118]..., «medida que tenía algo de los procedimientos inquisitoriales, que entregaban a las víctimas al brazo secular» (Wheeler-Bennett)[119]. Aquel mismo día, Goering advirtió en un discurso: «Quien socave la confianza puesta en él [Hitler], cometerá alta traición. Quien socave la confianza, destruirá Alemania. Quien peque contra esa confianza, se jugará la cabeza[120].»

No se podía arrojar el guante a Roehm con mayor claridad. ¿A qué venía, pues, la supuesta maniobra diversiva de Hitler? En realidad, los regidores del drama Roehm celebraron que el tornadizo canciller se alejara de Berlín..., entregado por completo a sus noticias, a sus especulaciones y rumores. El rival de Roehm, Lutze, afligido por una súbita sordera cuando se le ordenó asistir a la boda de Terboven, hizo este comentario: «Tuve la impresión de que ciertos círculos estaban interesados justamente entonces, cuando el Führer estaba ausente de Berlín y sólo podía recibir noticias telefónicas, en apresurar el "asunto" y liquidarlo de una vez[121].»

Apenas ocupó Hitler su lugar ante la mesa en el banquete nupcial de Terboven hacia las 13:00 horas del 25 de junio en Essen, una llamada telefónica urgente le hizo saltar de la silla. Le llamaba Himmler desde Berlín[122]. Se habían distribuido bien los papeles: Himmler, de guardia permanente en la capital leyó a Hitler las nuevas cada

vez más sombrías sobre los manejos SA, mientras el fiel Goering, apostado junto a Hitler, interpretaba diligentemente cada noticia de Himmler.

Hitler se encolerizó tanto que hizo suspender los festejos y se retiró a sus habitaciones en el hotel «Kaiserhof» de Essen. Poco después, llamó a sus más íntimos colaboradores, entre ellos a Goering y Lutze[123]. «Allí, en la *suite* del "Kaiserhof", el teléfono funcionaba casi ininterrumpidamente —informa Lutze—. El Führer estaba sumido en profunda reflexión, pero era evidente que le reconcomía el deseo de golpear[124].» Otro confidente de los maquinadores irrumpió en la conferencia del Führer: Paul («Pilli») Koerner, factótum de Goering y secretario prusiano de Estado, había llegado por vía aérea de Berlín, desde donde lo enviaba Himmler con más noticias[125]. Al parecer, las SA se aprestaban para su levantamiento en todo el país.

Entonces Hitler se incorporó y vociferó: «¡Ya tengo suficiente! ¡Les sentaré la mano de una forma ejemplar[126]!» Estas palabras fueron la determinación final. Hitler dispuso que Goering regresara con Koerner a Berlín y esperara allí la contraseña suya para emprender el ataque, y ciertamente no sólo contra las SA sino también contra los adversarios del régimen. Goering no perdió tiempo: en la madrugada del 25 de junio, alertó al estandarte «Adolf Hitler» y al grupo de Policía judicial «General Goering»[127].

Goering redactó cierta misiva que, una vez lacrada, fue a parar a manos de Heydrich. Éste la hizo seguir hasta el *Untersturmführer SS* Ernst Müller, de la central SD, con instrucciones de entregarla al jefe del sector SS del Sudeste[128]. He aquí el contenido de la misteriosa carta: «El Canciller ha proclamado el estado de alarma y ha otorgado plenos poderes al ministro presidente Goering para todo el territorio prusiano»; y él, Goering, delegaba su poder ejecutivo en Silesia al jefe del sector SS del Sudeste, *Gruppenführer SS* Udo von Worysch. Entonces, Goering ordenó al citado Worysch que arrestara a determinados jefes SA y desarmara a todas las planas mayores SA, tras lo cual debería ocupar la Dirección general de Policía en Breslau y establecer contacto con el comandante de la Policía regional[129].

Entretanto, Hitler cavilaba en el «Kaiserhof» de Essen sobre el procedimiento más adecuado para arrollar calladamente a los mandos SA. Pero todas esas reflexiones le hacían retornar a su primer plan, cuyas líneas generales habían sido ya expuestas ante el ministro de Defensa Von Blomberg: poner un señuelo en Bad Wiessee para atraer a los jefes SA y arrestarlos allí.

El 28 de junio por la tarde, pidió comunicación telefónica con Bad

Wiessee y apercibió a Roehm: los militantes SA de Renania habían acosado a un diplomático extranjero, y eso no podía seguir así; era preciso despejar semejante situación. Después, dio sus instrucciones: todos los *Obergruppenführer, Gruppenführer* e inspectores de las SA deberían presentarse en el balneario de Roehm el sábado, 30 de junio de 1934, para deliberar con su Führer [130].

Luego Hitler se mantuvo a la expectativa para contrarrestar cualquier reacción inopinada de su contrincante. Sin embargo, Roehm no dio señales de alarma. El 29 de junio, salió tranquilamente a dar un largo paseo por Bad Wiessee con su ayudante Bergmann, y más tarde se personó en la pensión «Hanselbauer» para recibir a los primeros camaradas [131]. Mostró alegre impaciencia ante la inminente entrevista con Hitler. Así, pues, la iniciativa correspondió por entero al bando opuesto. El Alto Mando del Ejército mandó tocar generala [132]. La jefatura SS destacó sus unidades en los cuarteles para la distribución de armamento [133]. Y Hitler, después de inspeccionar el acantonamiento de trabajadores voluntarios, envió una orden telegráfica al Ministerio dél Ejército hacia las 13 horas, disponiendo que Sepp Dietrich acudiera inmediatamente a su residencia provisional en el hotel «Dresden» de Bad Godesberg [134].

Cuando el comandante de la escolta personal llegó allí a las 20 horas, Hitler convocó una conferencia con quince funcionarios nacionalsocialistas entre los cuales figuraban Lutze, Goebbels y sus tres ayudantes Brückner, Schaub y Schreck [135]. Pocos minutos después, Dietrich hubo de renunciar a la cerveza que había encargado en el bar del hotel para presentarse sin más dilación ante su Führer [136]. Las órdenes de Hitler fueron muy breves: «Tome un avión para Munich. ¡Llámeme por teléfono tan pronto como llegue [137].» El *Gruppenführer SS* Dietrich salió por vía aérea con varios inspectores de Policía. Objetivo: la Casa parda de Munich [138]. Al filo de la medianoche, se comunicó telefónicamente con Hitler. Éste le dio órdenes más concretas: partir inmediatamente para Kaufering —una pequeña estación ferroviaria cerca de Landsberg-am-Lech— donde tomaría el mando de dos compañías pertenecientes a su propio estandarte y con las cuales seguiría camino hacia Bad Wiessee [139].

Al propio tiempo, el estandarte «Adolf Hitler», acuartelado en la antigua Academia militar de Berlín-Lichterfelde, tomó las armas obedeciendo una orden telefónica transmitida desde el Ministerio del Reichswehr [140]. El jefe de servicio hizo saltar a 220 hombres de sus literas, y unos instantes después embarcaron las dos compañías con destino a Kaufering [141]. Cuando Sepp Dietrich se dirigía ya por ca-

rretera hacia Kaufering y los comandos del estandarte emprendían la partida, dos nuevas comunicaciones sobrecogieron a Hitler haciéndole cambiar de planes [142].

Uno procedía de Berlín: Himmler informaba que el levantamiento de las SA berlinesas había sido previsto para el siguiente día, 30 de junio. Según informó Hitler más tarde ante el Reichstag, las SA fueron alertadas a las 16 horas y «deberían emprender su acción al sonar las cinco, con la ocupación por sorpresa de todos los edificios gubernamentales» [143]. Hitler, aislado en Bad Godesberg, ignoraba que el grueso de las SA berlinesas estaba disfrutando a esa hora de un permiso extraordinario; asimismo creía todavía oficialmente el 13 de junio que Karl Ernst, jefe SA de Berlín, «permanecía en Berlín para dirigir una ación subversiva», en lugar de trasladarse a Bad Wiessee [144]. Lo cierto era que Ernst abandonó Berlín el 29 de junio con destino a Brema, donde le esperaba su mujer para emprender un viaje hacia Tenerife [145].

No fue mucho más creíble el segundo parte que recibió Hitler en Bad Godesberg por boca del *Gauleiter* y ministro bávaro de la Gobernación, Adolf Wagner: en Munich, los SA se habían echado a la calle para manifestarse contra el Führer y el Reichswehr [146].

A decir verdad, hacia el atardecer del 29 de junio marcharon varios batallones SA por las calles de Munich lanzando gritos subversivos tales como «¡el Reichswehr está contra nosotros!». Carteles escritos a mano por autores anónimos aparecieron adheridos en las paredes centrales SA, a cuyos dirigentes no les habían pasado inadvertidas las medidas preventivas del Reichswehr [147]. Pero cuando el jefe SA de la Alta Baviera, *Obergruppenführer* August Schneidhuber y el *Gruppenführer* Wilhelm Schmid tuvieron conocimiento de la manifestación organizada por sus unidades, intervinieron rápidamente y dieron orden de volver a casa [148]. Schmidt se procuró dos ejemplares de las misteriosas proclamas y, tras un examen minucioso, sólo pudo declarar que ni él ni Schneidhuber habían ordenado su composición o distribución [149].

Por otra parte, el primer ayudante de la región militar (Munich), coronel Küchler, supo que una columna SA avanzaba sobre el aeródromo de Oberwiesenfeld. Inmediatamente, hizo llamar a su oficial de transporte, comandante Hans Doerr y le encomendó una investigación discreta del asunto [150]. Sería la una de la madrugada (30 de junio) cuando partió Doerr vestido de paisano. Pronto tropezó con una unidad SA integrada por 300 hombres, pero no vio ninguna sección de asalto en el campo de Cherwiesenfeld. No obstante, encontró

en la Koenigsplatz un segundo grupo SA cuyo jefe estaba despidiendo precisamente a los congregados con estas palabras: «Ahora volved tranquilamente a casa y aguardad allí la decisión de vuestro Führer. Tanto si Adolf Hitler os licencia como si nos prohíbe el uso del uniforme, le apoyaremos sin flaqueza [151].»

Esos dos partes nocturnos de Berlín y Munich espantaron al desorientado Hitler. Ahora ya sabía cómo proceder: los traidores se habían delatado, Roehm se había quitado la careta. ¡Ahora tenía buenas razones para destruir esa «nidada de perjuros»! Dejándose guiar por sus descabelladas figuraciones, Hitler tomó una determinación que sorprendió a todos sus acompañantes: ¡Regreso inmediato a Munich! ¡Y, desde allí, hacia Bad Wiessee [152]!

Alrededor de las dos llegó molido, exhausto, pero temblando de excitación al aeropuerto de Bonn (Hangelar), y ocupó con su séquito un trimotor «Junker 52» [153]. Acurrucado en un asiento delantero de la gran cabina escudriñó sin decir palabra el brumoso cielo nocturno. La niebla retrocedió poco a poco ante el rojizo resplandor del nuevo día, el día más cruento de la historia alemana de preguerra. Sobre Alemania se cernieron las emanaciones apestosas de una orgía sanguinaria en la que sólo hubo brutalidad y barbarie. Lutze pensó en Roehm y recitó para sí:

Arrebol matutino, arrebol matutino,
nos anuncias con tu luminosidad la muerte.
Ayer, todavía sobre un orgulloso trotón;
hoy, acribillado a balazos ante el paredón [154].

Cuando el aparato se detuvo al final de su carrera sobre la pista de Oberwiesenfeld, Hitler saltó a tierra y corrió como un poseso hacia los personajes nacionalsocialistas y altos funcionarios SA de Munich que le esperaban. Hizo alto ante dos oficiales del Reichswehr cuya presencia había sido requerida por telégrafo. Hitler farfulló en aquella ocasión: «Éste es el día más funesto de mi vida. No obstante, iré a Bad Wiessee y haré justicia con absoluta rigurosidad. Transmitánselo así al general Adam [155].» Luego se encaminó hacia el Ministerio bávaro de la Gobernación. Serían las 4 cuando el teléfono despertó al *Gruppenführer SA* Schmid. Orden del Ministerio de la Gobernación: Hitler espera que el *Gruppenführer* le informe sobre lo ocurrido [156].

«Antes de salir —refiere la viuda Martina Schmid— estuvo buscando muy agitado por todo el dormitorio dos carteles blancos mien-

tras murmuraba entre dientes: "Eso podría probar que yo no estoy complicado en tal enredo". Pero los carteles habían desaparecido [157].» Sea como fuere, el *Gruppenführer* Schmid no tuvo tiempo de explicar nada. Apenas le echó la vista encima, el canciller se arrojó sobre él, le arrancó los galones, llamándole traidor y vociferó: «¡Queda detenido! ¡Y será fusilado!» Schmid marchó maniatado por el mismo camino que había seguido pocos minutos antes el *Obergruppenführer* Schneidhuber: hacia la prevención de Munich-Stadelheim [158].

Mientras el *Gauleiter* Wagner pronunciaba incendiarias arengas ante las fuerzas de choque SS y la Policía política bávara (Pe-Po-Ba) incitándolas a detener a ciertos jefes SA y determinados enemigos de nacionalsocialismo [159], Hitler partió hacia Bad Wiessee con dos autos de escolta.

Eran cerca de las 6.30 cuando llegó [160]. Todavía estaban durmiendo los jefes SA en la pensión «Hanselbauer». La patrona balbuceó algo sobre el gran honor que sentía ante tan ilustre visita pero los acompañantes de Hitler la arrollaron sin contemplaciones y se apostaron revólver en mano ante las puertas de los huéspedes [161]. Lutze se entretuvo unos instantes y hojeó la lista de visitantes para averiguar dónde estaba alojada cada víctima. Pero llegó a tiempo para presenciar la detención de Roehm [162]

Lutze encontró a Hitler ante la puerta de Roehm. Él mismo describió esa escena más tarde: «Un agente de Policía aporreó la puerta con gran violencia porque según dijo se trataba de un asunto urgente. Al cabo de largo rato se abrió la puerta y nuestros agentes cargaron inmediatamente contra ella. Acto seguido el Führer se plantó en el dintel empuñando una pistola. Llamó traidor a Roehm —acusación que éste rechazó airadamente—, luego le ordenó que se vistiera y practicó personalmente el arresto. Los agentes se mantuvieron a la expectativa [163].»

Hitler siguió su marcha. Descargó el puño contra la puerta frontera en la cual apareció tras larga espera el rostro del *Obergruppenführer* Edmund Heines y detrás otra figura masculina. Fue una de esas escenas que el propagandista Goebbels súbitamente encolerizado contra la homosexualidad nacionalsocialista caracterizó poco después como «el cuadro más repulsivo y nauseabundo que se haya ofrecido jamás ante nuestros ojos [164].» Hitler se abalanzó al siguiente dormitorio mientras Lutze entraba en la habitación de Heine y registraba el ropero por si hubiese algún arma. «¡Lutze! —gritó Heine—. ¡Ayúdame! ¡Yo no he hecho nada!» El confidente de Hitler se volvió confuso: «Y yo tampoco puedo decir nada..., ni hacer nada [165].»



Munich, 1932. **Exposición artística** de la Gran Alemania. Bordado confeccionado por Emma Hoffmann, tras un busto de Bismarck modelado por Josef Thorak.





Reichsführer SS Heinrich Himmler. Arriba, a la derecha, cuando se le nombró director de la Policía política en Baviera. Abajo, ocupando el mismo cargo durante el año 1933. A la izquierda, poco antes de estallar la Segunda Guerra Mundial.

En un instante se desalojó el «nido de conspiradores». Los militantes SA fueron conducidos al sótano. de la pensión, donde se les encerró bajo la vigilancia de algunos policías. Al poco, los detenidos salieron hacia Stadelheim[166]. Sin embargo, cuando Hitler se disponía a partir, llegó un estruendoso camión del que saltaron a tierra los hombres de Munich convocados por Roehm, todos ellos bien armados, pues formaban parte de su guardia personal[167]. El jefe del estandarte, Julius Uhl, se hallaba prisionero en el sótano de la prisión y su gente ponía mala cara.

Hitler avanzó unos pasos, se aclaró la garganta, y adoptando un enérgico tono de mando amonestó a los peligrosos visitantes con su habitual locuacidad. Los militantes SA contemporizaron con el sermoneador y emprendieron regreso a Munich obedeciendo las órdenes de su Führer. Partieron en dirección Norte[168]. Sin embargo, a poca distancia de Bad Wiessee mudaron de parecer. El camión se detuvo y la guardia de Roehm adoptó lo que Brückner, el ayudante de Hitler, solía llamar «una actitud expectante»[169]. Aquello ofrecía tan mal cariz que Hitler prefirió abandonar Bad Wiessee por el Sur y dar un gran rodeo a través de Rottach-Egern y Tegernsce hasta alcanzar Munich[170].

A esa misma hora el doctor Robert Koch director de la prevención Stadelheim, atravesó con paso pausado la entrada principal del caserón celular[171]. Sobre su escritorio encontró un parte en el que se relacionaban los nombres de todas las jerarquías SA que habían ingresado allí desde las 7 horas[127]. En la estación central, acordonada por militantes SS, se habían apostado varios agentes de la Po-Po-Ba para detener a cada jefe SA que descendiera del tren y hacerle seguir su camino o llevárselo consigo, según los resultados del breve interrogatorio. Por lo general, se lo llevaban consigo[173].

Cuando el brigadier SA Max Jüttner corrió al encuentro de su jefe Ritter von Krausser, que llegaba en el expreso de Berlín, observó que le acompañaban dos individuos vestidos de paisano. Krausser dijo a Jüttner que le acababan de detener. Su chófer, Vollmer, fue también arrestado al intentar librarlo de sus captores[174]. Uno tras otro siguieron todos el mismo camino hacia Stadenheim: Manfred von Killinger, Hans Peter von Heydebreck, Hans Hayn, Georg von Detten, Hans Joachim von Falkenhausen[175]... Pocos nombres preeminentes SA faltaron a lista.

Ahora bien; quien lograra eludir la persecución de los perdigueros Po-Po-Ba y proseguir su marcha hacia Bad Wiessee encontraba en mitad del camino una figura gesticulante que le daba el alto. Adolf

Hitler comunicaba a cada funcionario SA que ahora tenía un nuevo jefe: Viktor Lutze[176]. Y a renglón seguido vociferaba: «¡Regreso justamente de Wiessee donde he hecho detener al jefe del Estado Mayor, Roehm. Éste y Schleicher han urdido un alzamiento contra mí y el Poder estatal. Se fusilará a todo jefe SA que les haya secundado.» Seguidamente, le daba orden de seguir tras su coche y prepararse para un importante debate en la Casa parda[177].

Alrededor de las 10, Hitler llegó al Cuartel General nacionalsocialista, acordonado entretanto por fuerzas del Reichswehr; e hizo una seña casi imperceptible a Goebbels. El ministro de Propaganda se abalanzó al teléfono para ponerse en comunicación con Goering. Sólo pronunció una palabra: «Colibrí», la consigna convenida[178]. Desde ese instante, Heydrich y Himmler pudieron dar la alarma a todos los Escalones de Protección. Y el terror se desencadenó por toda la extensión del Reich. En las jefaturas superiores SD sus jefes abrieron sin cesar cartas lacradas conteniendo órdenes secretas y soltaron las pandillas de asesinos.

Asimismo en Baviera, la brutalidad de los hombres rúnicos hizo sus primeras víctimas. Militantes SS secuestraron al caballero Von Kahr[179], que hiciera abortar el pronunciamiento de Hitler en la «Bürgerbraeu» (1923). Su cadáver, mutilado a golpes de azadón, apareció más tarde en los páramos de Dachau. Y el padre Bernhard Stempfle, confesor privado de Hitler, terminó con tres balazos en el corazón y múltiples fracturas de la espina dorsal[180].

Otros hombres SS buscaron al médico de Munich Ludwig Schmitt, quien había colaborado con un enemigo acérrimo de Hitler, Otto Strasser.

No pudieron encontrarlo porque ignoraban que justamente cierto celador de Stadelheim había escondido al doctor Schmitt en una cámara secreta[181]. Pues bien; cuando los esbirros perdieron el verdadero rastro, siguieron deliberadamente uno falso, el del crítico musical doctor Wilhelm Eduard Schmid. Aunque éste vivía en una calle distinta, escribía su apellido con una «d» y tenía también el doctorado, pero en filosofía y no en medicina, los agentes SS lo arrastrataron consigo. Todo cuanto averiguó la familia Schmid sobre su sustentador fue que reposaba en el KZ de Dachau dentro de un ataúd[182].

Pero en aquellas horas críticas nadie supo predicar el terror político con tanto fanatismo como Adolf Hitler. Ante el capitán general del Reich, Ritter von Epp —quien había exigido un consejo de guerra contra su antiguo subordinado Roehm— Hitler se desenfrenó,

dijo que el jefe del Estado Mayor había perdido todo derecho a la vida, pues se había evidenciado su traición. Fue tan furioso el arrebato de Hitler, que Ritter von Epp quedó estupefacto y, ya a solas con su ayudante, el príncipe de Ysenburg sólo pudo murmurar: «Completamente loco[183]...» No fue menor la estupefacción de los jefes SA todavía libres que acudieron al salón senatorial de la Casa parda, cuando Hitler abrió la puerta de un tirón hacia las 11.50 horas y caminó entre ellos con ademanes nerviosos[184].

«Al abrir la boca para hablar —explicaba uno de los presentes, el *Gruppenführer* Schreyer— expulsó unos espumarajos que no recuerdo haber visto jamás antes ni después de aquella jornada en ninguna otra persona. Con voz temblona y estridente a causa de la excitación, nos puso en antecedentes: el mayor perjurio de la Historia universal había tenido lugar en el ámbito de Roehm. No obstante, su persistente lealtad bajo circunstancias más o menos difíciles, Roehm había cometido alta traición intentando detenerlo y matarlo para entregar Alemania a sus enemigos. François Poncet (el embajador francés) estaba entre bambalinas como un respaldo del principal protagonista, pues había sobornado a Roehm (quien se hallaba siempre en dificultades económicas) con unos doce millones de marcos.» Y entonces llegó el intríngulis de la comunicación: «Roehm y sus conspiradores recibirán un castigo ejemplar. Los haré fusilar a todos. El primer grupo formado por Roehm, Schneiderhuber, Schmid, Heines, Mayn Heydebreck y el conde Spretti irá al paredón esta misma tarde. Ya he dado las órdenes oportunas[185].»

Por supuesto ese anuncio se anticipó a los acontecimientos. Roehm no fue fusilado «aquella misma tarde», y Hitler tampoco dio orden de ejecutar a los demás reos, pues no se le había presentado todavía el hombre que debería dirigir los fusilamientos de esos jefes SA acorralados en Stadelheim: Sepp Dietrich. Habían sonado ya las doce y media cuando el comandante del estandarte personal dio un fuerte taconazo ante su Führer[186].

Éste le recibió con aspereza y quiso saber dónde había desperdiciado tanto tiempo. Dietrich ofreció disculpas: la carretera hasta Bad Wiessee estaba muy resbaladiza y los neumáticos del camión militar que transportaba a sus milicianos dejaban mucho que desear; además, había sido necesario repostar combustible en el cuartel de Artillería de Landsberg. Por lo tanto, la orden del Führer disponiendo su regreso a Munich le alcanzó entre Bad Toelz y Bad Wiessee[187]. «¿Dónde ha dejado la tropa?», le preguntó Hitler. Dietrich: «En la Karolinenplatz de Munich.» Tras ese breve diálogo, Hitler le encargó

que acantonara ambas compañías en el cuartel de Ingenieros y volviera a darle parte cuanto antes[188].

Hacia las 14.30 horas, Dietrich se presentó por segunda vez. Tuvo que esperar tres horas largas en la ayudantía de la Casa parda, mientras por las puertas dobles del salón de actos le llegaba un murmullo de voces sonoras pero ininteligibles[189]. Hitler y sus más íntimos colaboradores debatían sobre el destino de los jefes SA arrestados. Había llegado la hora del árbitro nacionalsocialista Buch, a quien se le ofrecía la oportunidad de remediar lo que se frustrara en 1932: el asesinato colectivo de la camarilla de Roehm. Rudolf Hess y el editor nacionalista Max Amann se disputaban el placer de la degollina. Hess clamaba: «¡Me corresponde fusilar a Roehm, *mein Führer*[190]!»

Taciturno y petrificado, el nuevo jefe del Estado Mayor SA, Lutze, escuchaba el siniestro coloquio de los demás. No se había imaginado así la limpieza de sus SA. Cuando Hitler le preguntó a quién quería fusilar, Lutze se inhibió: «No sé nada de culpabilidades ni complicidades. No puedo citar nombre alguno.» Y, sin más explicaciones, abandonó la sala[191]. Hacia las 17 horas se abrió la puerta y entró por ella Martin Bormann, el yerno de Buch, conduciendo a Dietrich ante Hitler. Éste dijo: «Preséntese en el cuartel y pida que pongan bajo su mando a seis suboficiales y a un oficial. Luego, haga fusilar a los jefes SA por felonía y crimen de lesa patria[192].»

Entonces, Bormann entregó al *Gruppenführer* Dietrich la lista de reos que había encontrado aquella misma mañana en la Casa parda el director de la prisión, Koch; allí constaban todos los jefes SA recluidos en Stadelheim[193]. Hitler había acotado seis nombres con lápiz verde: August Schneidhuber, *Obergruppenführer SA* y director de Policía en Munich (celda 504); Wilhelm Schmid, *Gruppenführer SA* en Munich (celda 407); Hans Peter von Heydebreck, *Gruppenführer SA* en Sttetin (celda 502); Hans Hayn, *Gruppenführer SA* en Dresde (celda 503); conde Hans-Joachim von Spreti-Weilbach, *Standartenführer SA* en Munich (celda 501); y Edmund Heines, *Obergruppenführer SA* y director de Policía en Breslau (celda 483)[194].

El nombre de Ernst Roehm no estaba acotado.

Poco después, Hitler se dirigió con Epp al aeródromo de Oberwiesenfeld para emprender vuelo hacia Berlín. Durante el camino, le oyó decir el príncipe de Ysenburg: «He perdonado a Roehm por sus méritos y a Krausser por sus medallas[195].» ¿Vacilaba todavía Hitler ante el asesinato del amigo?

Esas reflexiones no perturbaron el pensamiento de Sepp Dietrich, quien tomó sin comentarios la lista negra y ordenó al *Gruppenführer*

SS príncipe heredero de Waldeck y Pyrment que se adelantara hacia Stadelheim y buscara un degolladero apropiado [196], tras lo cual eligió entre sus soldados a «seis buenos tiradores para evitar cualquier cerdada», como él mismo lo expresó más tarde [197]. Serían las 18 horas cuando se presentó ante el director del penal y exigió la entrega de los condenados a la muerte [198]. Mientras tanto, el cauteloso Koch se previno contra toda responsabilidad. Puesto sobre aviso por la visita del príncipe nazi, dio la alarma al Ministerio bávaro de Justicia. Y como el titular de esta cartera, doctor Hans Frank, se hallaba ya en camino, intentó ganar tiempo [199].

Koch discutió durante largo rato con el obtuso Dietrich sobre aquella lista en la que no se veía firma alguna, y defendió con tal habilidad su punto de vista, que el militante SS regresó a la Casa parda para pedir nuevas instrucciones. Allí no encontró a ningún alto funcionario y tuvo que consultar directamente con el ministro de la Gobernación, Wagner. Éste escribió al pie de la fatídica lista:

Según dispone el Führer, se deberá hacer entrega de los señores aquí relacionados al Gruppenführer SS *Dietrich.*

Adolf Wagner, ministro de Estado [200].

Entretanto, el jurisperito nacionalsocialista Frank había llegado a Stadelheim y hacía tibios intentos para impedir los asesinatos [201]. Hizo llamar a Rudolf Hess, pero éste rechazó toda intromisión y exigió el inmediato cumplimiento de la orden hitleriana [202]. Frank quiso guardar las formas, por lo menos, y comunicó al reo Schnedhuber que se le había condenado a muerte; el militante SA reaccionó con tal violencia e incredulidad que Frank se quedó sin habla [203]. Ahora, Dietrich podía diligenciar ya su encargo.

El doctor Koch dispuso lo necesario. Seis militantes SA —cada uno flanqueado por dos policías territoriales— fueron conducidos al patio de la prisión [204]. Cuando se les apareció Dietrich, Schneidhuber gritó: «¡Eh, camarada Sepp! ¿Qué sucede aquí? ¡Somos inocentes [205]!» No se movió ni un músculo en el rostro adusto y áspero de Dietrich. El *Gruppenführer SS* dio un taconazo y anunció: «El Führer les ha condenado a muerte. *Heil Hitler!*» Los «delincuentes» SA fueron trasladados uno tras otro al paredón [206]. Allí los recibió un jefe SS con estas palabras: El «Führer y canciller del Reich le ha condenado a la pena capital. Su ejecución tendrá lugar en el acto.» Después, resonaron las descargas y su eco rebotó contra los muros del patio [207].

Ningún sistema nervioso pudo resistir aquel asesinato, ni el de

Dietrich siquiera, quien abandonó la escena antes de que se terminara con los seis. Dietrich: «Cuando le llegó el turno a Schneidhuber opté por retirarme. No lo pude resistir[208].» Esperó allí hasta el mediodía siguiente; entonces embarcó a su gente en un tren hacia Berlín, y él mismo tomó un avión para la metrópoli del Spree[209]... donde se conocía ya desde las 10 horas del 30 de junio la versión Goering-Himmler sobre esa noche alemana de San Bartolomé.

Tan pronto como Goebbels pronunció la palabra «colibrí» por teléfono, se desencadenó también el terrorismo automatizado en los dominios de Goering. El vicecanciller Franz von Papen se enteró cuando fue convocado por el ayudante de Goering, comandante Bodenschatz, en la residencia oficial del ministro presidente prusiano en la Leipziger Platz. «Encontré a Goering —rememora Papen— en su despacho conversando con Himmler. Me reveló que Hitler le había conferido plenos poderes para aplastar el alzamiento [de Roehm] en Berlín.» El señor Von Papen protestó por considerar que se había hecho caso omiso de él como vicecanciller. Mientras ambos discutían, el jefe SS salió al antedespacho, donde aguardaba el acompañante de Papen, Fritz-Günther von Tschirschky. Himmler cogió uno de los teléfonos, y Von Tschirschky le oyó decir: «Ya pueden soltar rienda.» Así empezó la encarnizada cacería contra los enemigos del régimen[210]

Coches de Policía y camiones de militantes SS recorrieron veloces la ciudad en todos sentidos. Se acordonó el distrito de Tiergarten, donde residían los principales personajes SA. Casi todos ellos, todavía en servicio activo, se entregaron sin resistencia[211]. Simultáneamente, policías y SS rodearon la Vicecancillería de Papen, asesinaron allí mismo a su jefe de prensa Von Bose y apresaron a varios de sus colaboradores[212] pues el acoso se encauzaba también ahora contra los enemigos «reaccionarios» del régimen.

Mientras tanto, se había tocado a rebato en la academia militar de Lichterfeld, donde estaba acuartelado el estandarte «Adolf Hitler». Uno de sus oficiales, el *Sturmbannführer* SS Wagner, organizó varios comandos por orden de la jefatura superior SS[213]. Dio el mando del más importante al *Hauptsturmführer* Kurt Gildisch, quien estaba habituado a cumplir las órdenes más descabelladas[214]. Gildisch seleccionó a 18 hombres de su compañía y se presentó al jefe de la Gestapo, Reinhard Heydrich, en cuya antesala aguardaban ya ocho hombres, unos vistiendo uniforme SS y otros, ropas de paisano[215].

Al poco salió Heydrich de su despacho y pronunció en tono cortante ciertas palabras que se repetirían muchas veces más aquel mismo día: alzamiento de Roehm, estado de necesidad, órdenes del

Führer, intervención fulminante. Luego se retiró otra vez a su cubil para entrevistarse por separado con cada uno de los visitantes. Los agentes de la policía secreta recibieron una lista con los nombres de las futuras víctimas. Un agente de la Gestapo agregado a la tropa de Gildisch debería efectuar los arrestos entre los llamados insurgentes antiestatales. También se había reservado para Gildisch una misión especial. Heydrich: «Se hará cargo del caso Klausener. Fusílelo usted mismo, con su propia mano. ¡Diríjase inmediatamente desde aquí al Ministerio de Comunicaciones!» Luego le preguntó con aire casual si conocía a Klausener. Gildisch respondió negativamente. Entonces, Heydrich levantó el brazo derecho a modo de saludo y le despidió con un: *Heil Hitler*[216]*!*

Durante su camino hacia el Ministerio de Comunicaciones, Gildisch se preguntó reflexivamente cómo debería proceder para ejecutar con rapidez y limpieza al reo. De su cinto colgaba la pistola reglamentaria, una «Parabellum» de 9 milímetros, pero en el bolsillo derecho del pantalón llevaba una pistola «Mauser» de 7,65 milímetros con el seguro alzado. Sobre esa arma invisible basó su ataque por sorpresa el militante SS[217]. ¿Fue eso todo cuanto se le ocurrió a Kurt Gildisch? Sí; eso fue todo. No se detuvo ni un instante a pensar qué delito habría cometido el doctor Erich Klausener, director ministerial en el Ministerio de Comercio, presidente de Acción católica y ex jefe de Policía en el Ministerio prusiano de la Gobernación, para merecer el fusilamiento sin juicio previo ni posibilidad de defensa[218].

Cuando el director ministerial salía de su despacho —serían las 13 horas— para lavarse las manos en la *toilette*, encontró cerrado su camino por un militante SS cubierto con casco. Se metió apresuradamente en la oficina e hizo pasar a Gildisch, quien le anunció que estaba detenido. El doctor Klausener dio media vuelta y caminó algunos pasos hacia un ropero para recoger su chaqueta. Entonces Gildisch sacó la pistola oculta y disparó contra el cráneo de su víctima. Klausener se desplomó, muerto. Gildisch cogió un aparato telefónico del escritorio y marcó el número de Heydrich. Desde la Prinz-Albertstrasse, una voz anormalmente aguda ordenó que se simulara un suicidio. El asesino dejó su pistola «privada» junto a la fláccida mano derecha de Klausener y colocó dos plantones ante la puerta. El caso Klausener quedó listo y concluso para el III Reich[219].

Gildisch no supo que había matado a un «peligroso dirigente católico» hasta que compareció otra vez ante Heydrich alrededor de las 13.15 horas. Pero eso importaba poco; el jefe de la Gestapo le reservaba nuevas misiones. Gildisch hubo de partir por vía aérea

hacia Brema para detener al jefe de las SA berlinesas Karl Ernst, y arrastrarlo hasta el funesto patio de la escuela militar. Tras Ernst siguieron otras víctimas del extraordinario celo desarrollado por Gildisch, entre ellas el jefe de Sanidad doctor Erwin Villain[220].

A semejanza de Kurt Gildisch con sus dieciocho verdugos, otros mortíferos autómatas SS dieron caza a los presuntos traidores durante aquel 30 de junio en la Prusia de Goering. No fueron reflexivos sino obedientes. Actuaron sin recapacitar. Cumplieron en silencio el cometido que se les había asignado. Los títeres humanos de Heinrich Himmler no se mostraron inquisitivos. Sólo preguntaron una cosa: el nombre de sus víctimas. Esa simple identificación les bastó para disparar sus pistolas o mosquetones.

Únicamente podrían soslayar la muerte quienes se resignaron a perder todo. El ministro retirado Gottfried Treviranus oyó golpear en su portal a los mensajeros de Himmler cuando jugaba una partida de tenis; sin cambiarse el atuendo deportivo saltó la tapia y huyó al extranjero[221]. El capitán Ehrhardt, socio involuntario de Hitler en 1923, se retiró a sus bosques con dos fusiles de caza, y tan pronto como desalojaron su propiedad los agentes de la Gestapo se hizo trasladar clandestinamente por algunos amigos a Austria[222].

El general de brigada Ferdinand von Bredow predecesor de Reichenau en la cartera de Defensa y suspecto entre los nazis, quienes le creían autor del *Diario de un general alemán,* obra patrocinada por los círculos exiliados de París, rehusó la invitación que le hizo un agregado militar extranjero para pernoctar en su Embajada. Pocas horas después, un coche de la Gestapo descargó su cuerpo ante Lichterfeld..., con un balazo en la nuca[223]. El ensañamiento de los polizontes negros fue creciendo por momentos, perdió todo contacto con la finalidad propuesta oficialmente —eliminación de amotinadores e insurgentes— hasta degenerar en una campaña de venganzas personales. El jefe de división SS Erich von Bach-Zelewski soltó dos «mastines» SS tras su rival, el *Reiterführer SS* barón Anton von Hohberg y Buchwald, para que lo asesinaran alevosamente en la biblioteca de su mansión rural. Cuando el hijo del muerto, un mozalbete apenas, acudió despavorido los asesinos le dijeron sin alterarse: «Acabamos de matar a tu padre.» Y se despidieron con idéntica desenvoltura. Nadie les cerró el paso[224].

La furia homicida de los SS fue particularmente desenfrenada en Silesia. Allá, Udo von Woyrsch, jefe de la división SS, perdió el control sobre su gente. Varios energúmenos apresaron al director interino de la Policía en Breslau *Sturmbannführer SA* Engels, lo condu-

jeron a un bosque y acribillaron su cuerpo con cargas de perdigones[225]. El antiguo *Stabsführer SS* silesiano Sembach fue ahogado por el capataz de Woyrsch en un pantano próximo a Brieg, y luego otros asesinaron al asesino[226]. ¡Venganzas, venganzas por doquier! Militantes SS mataron al fiscal de Hirschberg, doctor Foerster, por haber intervenido en un proceso contra elementos nacionalsocialistas[227], y el arquitecto municipal de Waldenburg, un tal Kamphausen, fue condenado a muerte porque se había mostrado algo remiso con su asesino en la distribución de licencias de edificación[228].

El rencor personal gobernó también muchos actos de Goering y Himmler. Ambos hicieron perseguir al hombre que les había descubierto el juego como ningún otro jefe nacionalsocialista: Gregor Strasser. Éste era, antes de que las diferencias tácticas provocaran su ruptura con Hitler (1932), el segundo personaje del Partido. Entonces Strasser había prevenido al Führer contra el mayor peligro que amenazaba su caudillaje y su Movimiento: «Himmler y compañía[229].» Asimismo, había acuñado la siguiente frase sobre Goering: «Es un egoísta brutal que no daría un ochavo por Alemania si todo cesase de girar en torno suyo[230].»

Un individuo semejante entrañaba grandes peligros para Himmler y Goering, máxime cuando no se podía excluir la posibilidad de que se reconciliara con Hitler el día menos pensado. Los dos sabían que éste último acariciaba una idea inquietante: asignar la cartera de Gobernación a Strasser[231]. Por añadidura, Hitler y Strasser habían celebrado el 23 de junio una amigable entrevista durante la cual el Führer entregó a su antiguo rival la insignia de oro del NSDAP[232] como afiliado número nueve. Gregor Strasser debía caer, pues, de lo contrario, esa sonada fecha del 30 de junio de 1934 no tendría ningún significado para Goering y Himmler. Aquella misma tarde varios agentes de la Gestapo arrestaron a Strasser, y dos horas después un militante SS lo abatió de un balazo por la espalda en la celda 16 del penal administrado por la Policía secreta gubernativa. «Suicidio», según la versión oficial[233].

Mientras tanto ¿a qué había quedado reducido el temido amotinamiento de las SA? ¿Dónde estaban esos conspiradores que habían «urdido el mayor contubernio de la Historia universal», como lo expresó Hitler ante los supervivientes SA en la Casa parda? Pues dichos conspiradores estaban disfrutando de un soleado domingo en sus casas, o planeando sus próximas vacaciones. Por ejemplo, el general Kurt von Schleicher se hallaba sentado ante un escritorio en su domicilio de la Griebnitstrasse, en Neu-Babelsberg, cuando la cocinera

Marie Güntel hizo entrar a dos hombres en el despacho. Uno de esos caballeros preguntó si el hombre reclinado sobre la mesa era el general Von Schleicher. «Al oír esa pregunta —dijo más tarde Marie Güntel en su declaración— él [Von Schleicher] volvió la cabeza para mirar a los desconocidos y contestó afirmativamente. En ese mismo instante resonaron los disparos.» La esposa del general, que estaba escuchando la radio en un gabinete contiguo, acudió sobresaltada... y fue muerta también a tiros [234].

Sin embargo, la Gestapo no encontró entre los documentos del militar asesinado ningún indicio sobre su presunta colaboración con Roehm, Strasser o François-Poncet. Schleicher se entrevistó por última vez con Roehm en junio de 1923; respecto al embajador francés François-Poncet, este mismo escribió más tarde lo siguiente: «El ex canciller nunca me dijo nada que dejara entrever su posible participación en una conjura. Cada vez que mencionaba a Roehm lo hacía con un tono lleno de desprecio y repulsa [235].» La leyenda sobre el alzamiento Schleicher-Roehm fue tan inverosímil que no tuvo cabida siquiera en las cabezas rectoras del Ministerio de Propaganda. Al atardecer, el *Promi* * convocó una rueda de Prensa para los corresponsales extranjeros. Un periodista preguntó si la muerte del general Von Schleicher tenía algo que ver con la acción emprendida contra Roehm y sus SA. El portavoz del *Promi* repuso: «Ese no es el caso [236].»

Goering y Himmler se inquietaron. ¿Intervendría de forma contundente el Reichswehr ahora que su general de mayor relieve político había sido liquidado por los asesinos SS? ¡No, ni mucho menos! El general Von Reichenau no era hombre que se dejara apartar de sus convicciones por un cadáver inoportuno. Y así lo demostró al dictar el siguiente comunicado antes de que terminara aquella jornada: «Se ha comprobado en las últimas semanas que el ex ministro del Reichswehr, general retirado Von Schleicher, mantenía estrechos contactos con círculos subversivos del mando SA y con potencias extranjeras hostiles a nuestro régimen. Lo cual evidencia que ha procedido de palabra y obra contra este Estado y sus dirigentes. Ante ese hecho irrefutable, se hizo necesario su inmediato arresto en conexión con la operación general de limpieza. El general retirado Schleicher se resistió arma en mano a los agentes encargados de practicar su detención. Durante el tiroteo subsiguiente, resultó mortalmente herido, así como su esposa al intentar interponerse [237].»

* Abreviatura de Propagandaministerium = Ministerio de Propaganda.

Con todo, ese crimen alevoso provocó disensiones entre los coautores. Goering declaró más tarde que él sólo había querido detener al general, pero un comando de la Gestapo se anticipó a su Policía regional y lo asesinó sin vacilar[238]. A decir verdad, el *premier* prusiano reaccionó súbitamente e intentó atajar la cruenta orgía. Alarmantes noticias llegadas desde diversos puntos de su provincia le hicieron ver claro que la Policía regional no podría contener el creciente radicalismo de las unidades SS. Además, Hermann Goering no quiso perder el aire de hombre campechano y conservador que fingió poseer ante la nación entera.

El vicecanciller Von Papen fue de los primeros en percibir la brecha abierta entre los jefes terroristas. Cuando se disponía a abandonar el palacio de Goering en la Leipziger Platz, le cerraron el paso varios centinelas SS. Entonces acudió desalado al ayudante de Goering, Bodenschatz, y vociferó: «¡Ahora veremos quién da órdenes aquí! ¡Si el ministro presidente Goering o los SS[239]!» Las víctimas potenciales descubrieron que podrían beneficiarse de esa divergencia entre Goering y Himmler. El *Gruppenführer SA* Siegfried Kasche, cuyo fin parecía ya muy próximo, habló a Goering con palabras tan persuasivas e insistentes que le valieron el indulto[240]; también se excluyó al secretario de Estado Von Bülow de la fatídica lista[241]. Asimismo, el príncipe Auwi, destacado dirigente SA, encontró seguridad bajo las alas protectoras de Goering[242].

No obstante, Goering desechó repentinamente el papel de jovial defensor cuando Hitler regresó a las 11 horas de Munich[243] con una noticia horripilante que le afectaba tanto como a Himmler: Roehm debería conservar la vida. Así se lo había prometido Hitler a Ritter von Epp. Los dos verdugos se sobresaltaron. El 30 de junio de 1934 no les rendiría provecho alguno si Ernst Roehm sobreviviese a esa fecha. Justamente en la víspera, 29 de junio, Himmler había dicho a la señora Annelies von Ribbentrop: «Roehm es hombre muerto[244].» Y ahora no se podía desdecir. Pero Hitler tuvo una idea luminosa: tal vez le conviniera defender la cabeza de Roehm, mantener distanciados a Goering y Himmler. Pues el Führer debía guardarse de sus dos acólitos; era peligroso conferirles demasiado poder. Ese Adolf Hitler del 30 de junio no era todavía el Hitler del caudillaje dictatorial y totalitario...; sólo lo sería cuando recibiese la herencia de Hindenburg, cuando arrebatase a la Wehrmacht todo su poder aprovechando la crisis de confianza entre Blomberg y Fritsch. Si Roehm cayese ahora se rompería el equilibrio artificial del régimen jerárquico que imponía Hitler para amparar su propia soberanía.

Así, pues, Hitler inició un juego sutil: el hombre que con la mayor sangre fría había hecho ajusticiar a los principales jefes SA en Stadelheim y cuyos labios pronunciaban sin cesar la palabra «extirpación», se comportó inopinadamente en Berlín cual un caudillo prudente y aprensivo que no aprueba como norma todas las medidas de sus subordinados. El estupefacto Gabinete le oyó decir que él asumía toda responsabilidad por el fusilamiento de los «traidores» aun cuando «no se había probado la culpabilidad de todos, ni tampoco había sido él quien ordenara todos los juicios sumarísimos[245].» Incluso intentó justificarse respecto al jefe SA Jüttner: él hubiera querido una investigación judicial, pero los acontecimientos se adelantaron a sus deseos[246].

Los supervivientes SA y, sobre todo, el nuevo jefe del Estado Mayor Viktor Lutze, tuvieron la suficiente lealtad para dar crédito a su Führer. Hitler ensayó con éxito un malabarismo psicológico: cuanto mayor fue el encono de los rescatados contra Himmler, Goering y sus sanguinarios esbirros, mayor fue también la supuesta ecuanimidad de Adolf Hitler. «No es cuestión de polemizar sobre los fusilamientos que ha ordenado el Führer. Eso queda fuera de toda duda», escribía el jefe del Estado Mayor SA Lutze[247]. Él creyó a pies juntillas que Hitler había dispuesto sólo el fusilamiento de siete jefes SA y «había tenido que admitir, contra su buen criterio», otros diez asesinatos cometidos sin su autorización[248].

Sea cual fuere la máscara de moderación que intentara colocarse Hitler para sus propios fines..., Goering y Himmler le impusieron el sacrificio de Roehm. En la noche del 30 de junio intentaron ya persuadir a ese Führer de que había sabido mantenerse siempre en las filas de los batallones más fuertes. Quien hubiese confiado su vida durante aquella noche a las promesas de Hitler, podría darla por perdida. Eso también lo sospechaba un hombre que justamente a la misma hora corría jadeante y ensangrentado por los bosques de Potsdam, tropezando con piedras y raíces, cayendo y levantándose. El primer teniente retirado Paul Schultz, que reorganizara las SA tras el alzamiento de Stennes y fuera un buen amigo de Gregor Strasser, volaba para salvar su vida[249].

La disparatada lógica de los acosadores desencadenados el 30 de junio había convertido también a Schultz, quien figuraba entre los enemigos más acérrimos del homosexual Roehm, en cómplice de ese mismo Roehm. La Gestapo le seguía el rastro. Y, por fin, le había echado el guante cuando se disponía a cenar. «Cinco jóvenes rufianes vestidos de paisano, algunos sin cuello ni corbata, y todos empuñando

pistolas», rememoró más tarde Schultz. Una hora después, se cerraba a sus espaldas la puerta del calabozo número 10 en el domicilio de la Policía secreta gubernativa [250]. Luego, tres hombres se habían acomodado con él en un automóvil gris y descubierto para iniciar el fatídico paseo con una rápida carrera hacia Potsdam en busca de algún lugar tranquilo donde se pudiera aplicar la «ley de fugas». Sin embargo, era una noche de sábado y los faros deslumbrantes de otros coches ahuyentaban sin cesar a los pistoleros.

Finalmente, encontraron un paraje apropiado en la carretera de Leipzig. Schulz hubo de apearse. Se le ordenó que caminara algunos pasos ante uno de los tres polizontes. Entonces, al intentar huir, recibió un balazo, pero como había ya cierta distancia, la herida no pareció mortal. Sin embargo Schultz interrumpió su huida y, con gran presencia de ánimo, se arrojó al suelo fingiéndose muerto. El terceto regresó al automóvil para recoger una lona con la que se proponían envolver el presunto cadáver. Schulz refiere así esa escena: «En ese instante me levanté de un salto y corrí a grandes zancadas por la senda entre árboles, observando por encima del hombro a mis asesinos. Los tres se habían quedado petrificados [251].»

Schulz prosiguió su carrera aunque sentía fuerte dolor en la espalda, pues la bala había tocado la columna vertebral. «Pero noté con gran alivio —dice él— que no me llegaban bocanadas de sangre a la boca.» ¡Adelante, adelante aunque sea a rastras!, se dijo mientras recorría los primeros cien metros en dirección contraria. Alcanzó la aldea de Seddin, pero allí descubrió ya varios autos cuyos reflectores giratorios escudriñaban cada rincón de la carretera. Se arrojó al suelo tras un seto... dejando manchas de sangre que más tarde serían descubiertas por sus perseguidores [252]. Descendió jadeante a un río, el Nuthe, y se escondió entre sus juncos. Allí se limpió la sangre bajo el resplandor lunar. Y se preguntó cómo podría escapar de sus acosadores.

Entonces se le ocurrió un nombre: un conocido, el contraalmirante retirado Lübbert, se había trasladado poco antes a Berlín y, por lo tanto, la Policía aún no había tenido tiempo de localizarlo. Schulz intentó refugiarse en su casa y lo consiguió. El anciano marino acogió al fugitivo mientras Policía y SS efectuaban un despliegue masivo por los alrededores de Potsdam y, mediante continuos llamamientos a la población civil, la hacían participar en su búsqueda para dar muerte al tránsfuga herido donde lo encontraran. Schulz se veía en una situación muy comprometida. «Fue preciso actuar aprisa —dice— y anticiparme a quienes deseaban mi muerte [253].»

Él tenía varios amigos que mantenían ciertos contactos con Hitler. Necesitaba movilizar esas fuerzas. Y lo hizo. Escribió con lápiz una carta a un intermediario aunque sin revelarle su escondite. Mas bien optó por darle una dirección falsa. «Estoy escondido cerca de un trigal[254].»

Un amigo salió disparado para entrevistarse con Hitler, y éste prometió absolución y seguridad al antiguo héroe de los Tribunales secretos. Poco tiempo después, apareció ante Schulz uno de sus confidentes y le dio la gran noticia: «¡Ahora está usted bajo la tutela del Führer! Hitler lo ha dicho: se perdona a Schulz todo lo pasado; desde este momento queda bajo mi protección personal[255].» Sin embargo, Schulz, buen conocedor de Hitler, no confió en su Führer. Se negó durante días a abandonar el escondite. Sus amigos insistieron largo tiempo y adujeron razones para hacerle salir de la madriguera. Pero él no se había equivocado en su catalogación de Hitler, quien violaba cada día más promesas y obraba con creciente falsedad... Schulz se consideró muy afortunado cuando, finalmente, Hitler lo expulsó de Alemania (a eso quedó reducida la solemne promesa)[256].

Al igual que Paul Schulz, los últimos jefes de la guardia de Roehm supieron muy pronto cuánto valía la palabra de Adolf Hitler. El 1.º de julio por la mañana, Hitler había querido todavía conservar la vida de su único amigo, pero a la hora del almuerzo Goering y Himmler consiguieron convencerle definitivamente: el *Brigadeführer SS* Theodor Eicke recibió orden de fusilar a Roehm[257]. Desde luego, Hitler confiaba todavía en que Roehm le ahorrase esa última orden: Eicken tenía instrucciones de sugerir el suicidio al ex jefe del Estado Mayor SA. Así, pues, Eicke preparó una pistola con una sola bala, hizo llamar a su lugarteniente, el *Sturmbanführer SS* Michael Lippert, y juntos partieron hacia Stadelheim. Un tercer hombre les escoltó: el *Gruppenführer SS* Schmauser, enlace entre las SS y el Reichswehr[258].

Alrededor de las 15 horas, comparecieron los tres ante el director de Stadelheim, Koch. Este funcionario puso nuevamente dificultades: no quiso entregar al prisionero Roehm a cambio de una simple orden verbal, murmuró algo sobre la vía oficial y siguió su procedimiento habitual en tales casos: dio la alerta al ministro de Justicia, Frank. Cuando el jurisconsulto nacionalsocialista Frank compartió por teléfono los temores del director Koch, Eicke arrebató el auricular al susodicho Koch y gritó: «¡El señor ministro no tiene ninguna jurisdicción sobre este caso! ¡Es una orden del Führer y eso me parece suficiente[259]!» Koch obedeció. Hizo llamar al administrador de la

prisión, Lechler, y le ordenó que condujera a los tres visitantes hasta la celda 474 en el nuevo edificio celular recientemente construido[260]. Allí estaba Roehm, con torso desnudo y sudoroso, acuclillado sobre una litera. Cuando rechinó la puerta, movió ligeramente la cabeza. Eicke y el comandante del KZ entraron en la celda. El primero dijo: «Usted merece la muerte. Pero el Führer le da todavía una oportunidad. Extraiga las consecuencias[261].» Luego colocó la pistola sobre una mesa y, junto a ella, el último número del *Voelkischer Beobachter* con los siguientes titulares: *Destitución y detención de Roehm — Limpieza general en las SA*[262]. Antes de marcharse, Eicke dijo a Roehm que le daba diez minuos; todo debía terminar en ese plazo. Luego, la puerta se cerró.

Los tres militantes SS esperaron quince minutos en el angosto pasillo ante la celda. Dentro, no se oyó el menor ruido. Eicke consultó su reloj. Él y Lippert sacaron sus revólveres de servicio. El *Brigadeführer* abrió nuevamente la puerta del calabozo. Eicke gritó: «¡Jefe del Estado Mayor, ¡prepárese!» Echó una ojeada al costado y observó que el puño derecho de Lippert temblaba con la pistola. Entonces susurró sibilante: «Apuntemos despacio y sin nervios.» Restallaron dos disparos. Roehm cayó rígidamente hacia atrás suspirando: «*Mein Führer, mein Führer*...» Eicke comentó burlón: «Eso debería haberlo pensado antes. Ahora es demasiado tarde.» Roehm empezó a hipar. Uno de los dos militantes SS (no se sabe a ciencia cierta cuál) hizo otro disparo contra el pecho del moribundo. Y Ernst Roehm, fundador de las SA, único amigo de Hitler y enemigo encarnizado del Reichswehr, lanzó su último suspiro a las 18 horas del 1.º de julio de 1934[263].

La muerte de Roehm desencadenó nuevas descargas asesinas entre los pelotones de ejecución. En «Columbia-Haus» el segundo ergástulo SS de Berlín, el *Gruppenführer SA* Karl Schreyer oyó cada vez más cerca el chirrido de las puertas carcelarias, los taconazos entremezclados con órdenes, el eco lúgubre de los disparos. Schreyer llevó la cuenta dentro de su celda: el *Oberführer* Von Falkenhausen cayó a las 2 horas, el *Gruppenführer* Von Detten, a las 2.30, y media hora después se desplomó Ritter von Krausser, el hombre que había sido indultado por Hitler[264].

Treinta minutos más tarde le llegó el turno a Schreyer. Súbitamente, se abrió la puerta de su celda y un *Truppführer SS* se plantó esparrancado en el umbral; tras él aparecieron dos militantes empuñando sendos fusiles con bayoneta calada. «¡Afuera, Schreyer! —gritó el jefe—. ¡Se le va a fusilar por mandato del Führer!» Schreyer re-

puso: «Solicito un interrogatorio previo.» A lo cual contestó el otro: «¡Eso es lo que quisieran todos, miserables traidores. Se ha probado ya su culpabilidad y serán fusilados. Coloque la cabeza bajo el grifo para refrescarse, como los otros. Así causará mejor impresión [265].»

Al cabo de unos instantes, Schreyer fue conducido afuera, pero transcurridos apenas dos o tres minutos se le hizo entrar otra vez en la celda; se había previsto su fusilamiento en la Escuela militar de Lichterfeld, y el coche celular aún no había llegado. Mas la espera no fue muy larga. «Se me condujo nuevamente escaleras abajo, informa Schreyer. Ante el portal de la prisión se detuvo un pequeño furgón del que se apearon dos hombres. Cuando me disponía a subir, llegó rauda una enorme limusina "Mercedes" cuya portezuela se abrió violentamente dando paso a un oficial del estandarte "Adolf Hitler". Éste agitó ambos brazos gritando: "¡Alto, alto!" Después se acercó y nos dio la sensacional noticia: "¡No habrá más fusilamientos! El Führer ha dado palabra a Hindenburg de que los suspenderá definitivamente [266]."»

Era el 2 de julio del año 1934 y el reloj marcaba las cuatro en punto. Se había cometido la primera matanza en la historia del III Reich.

Ochenta y tres seres humanos habían hallado una muerte cruel [267] sin procedimiento judicial ni oportunidad para defenderse, sacrificados a una brutal razón de Estado en la que participaban por partes iguales el Partido y las camarillas. Hitler lo explicó así: «Durante aquellas horas yo fui... el árbitro supremo del pueblo alemán [268].» El Gabinete se apresuró a legitimar con la máxima solemnidad aquel crimen perpetrado por el Estado. Con fecha 3 de julio, los ministros hitlerianos acordaron unánimemente promulgar una ley cuya única cláusula decía: «Las medidas adoptadas para sofocar el levantamiento antipatriótico promovido entre el 30 de junio y el 2 de julio de 1934 son justificables cómo legítima defensa del Estado [269].»

En los cuarteles del Reichswehr se oyeron jubilosos vítores, en los casinos militares se brindó con champaña. *All catched* (todos atrapados), cablegrafió el general Von Reichenau en un inglés incorrecto al jefe de seguridad militar Patzig, cuando fue ejecutado el último jerarca SA [270]. «¡Lástima! —comentó gozosamente el general de brigada Von Witzleben—. Me hubiera gustado estar presente [271].» Y el ministro de Defensa, Von Blomberg, elogió la «firmeza castrense» y el «valor ejemplar» de que había dado prueba el «Führer para atacar y aplastar personalmente a los traidores insurrectos» [272]. Sólo el capitán retirado Erwin Planck, ex secretario de Estado en la canci-

Arriba. **Reinhard Heydrich** (izquierda) practicando la esgrima con un oficial de la Policía húngara. Abajo, el jefe de Seguridad militar, Wilhelm Canaris (izquierda), con Reinhard Heydrich.

Ernst Roehm, jefe del Estado Mayor de la SA y el **Reichsführer SS Heinrich Himmler** marchan juntos. Arriba, en los funerales del jefe SS Seidel-Dithmarschen (1934). Abajo, durante una misa de campaña después de la asamblea «nacional» de 1931 en Bad Harzburg.

llería, advirtió al general barón Von Fritsch: «Si usted consiente tales desafueros, correrá tarde o temprano la misma suerte[273].»

Esas palabras fueron proféticas: Von Fritsch cayó en una trampa semejante a la de Roehm, Von Witzleben terminó en un patíbulo del Tribunal popular, y el primer teniente conde Schenk von Stauffenberg, que creyó ingenuamente que «el 30 de junio se había extirpado un divieso», hubo de pagar muy caro su error el 20 de julio de 1944[274]. El propio Blomberg empezó a inquietarse ante el júbilo exteriorizado por sus tropas acerca de esa sonada fecha. El coronel Heinrici anotó algunas frases lapidarias de un discurso pronunciado por Blomberg ante el personal subalterno de su Ministerio: «La tropa no se ha comportado como hubiera sido de esperar. Es improcedente celebrar la tragedia de los caídos y comentarla con algazara en el casino[275].»

El ministro se percató muy pronto de que su Reichswehr no había sido el vencedor del 30 de junio. Los Escalones de Protección capitaneados por Heinrich Himmler habían triunfado en toda la línea: los SS, liberados de la tutela SA, afirmaban su poder en el Partido. El 9 de junio, la jefatura nacionalsocialista había confirmado ya al SD como único órgano político informativo del NSDAP[276], y Hitler había puntualizado el 20 de julio: «Considerando los grandes merecimientos de la organización SS, especialmente respecto a los acontecimientos del 30 de junio de 1934, he decidido conferirle plena autonomía dentro del NSDAP[277].» Hitler autorizó también a los SS para crear unidades armadas[278]. Así desvirtuó el concepto sacrosanto del Reichswehr el cual había provocado el conflicto con las SA: sus reivindicaciones como única fuerza armada de la nación.

El 30 de junio de 1934, abrió una profunda brecha en la historia del III Reich. Aquel asesinato en masa aceleró el ascenso hitleriano hacia la omnipotencia del terror, cimentó el eje Goering-Himmler, que determinaría la lucha por el poder entre las jerarquías nacionalsocialistas hasta los comienzos de la guerra[279], y entrañó un horrible mensaje para el porvenir: las SS habían demostrado que estaban dispuestas a cumplir sin excepción todas las órdenes de Adolf Hitler. Y, por supuesto, agrietó peligrosamente al mismo tiempo los cimientos del Partido despertando un fuerte antagonismo deletéreo entre SS y SA.

Miles y miles de militantes SA evidenciaron su desafecto, pues nunca podrían olvidar el día en que se les humilló e insultó subordinándolos a los Escalones de Protección y convirtiéndolos prácticamente en sus prisioneros. Nada refleja tan bien esa situación como el hecho de que Lutze encomendara por orden de Hitler al *Gruppen-*

führer SS Daluege la limpieza y reorganización de las SA prusianas [280]. Fueron disueltos los organismos políticos más importantes del Mando SA (negociados de política y Ministerios), y Lutze decretó una vez más: «Encomiendo al *Gruppenführer* SS Daluege la disolución de los cuadros superiores SA, incluyendo la incautación de todas sus pertenencias (material y mobiliario de oficina, parque móvil, etcétera) [281].»

Hacia fines de agosto, las SA pudieron finalmente gobernar su propia casa y efectuar la limpieza por sí solas. El *Gruppenführer SA* Boeckenhauer constituyó un Tribunal especial SA con comités investigadores, cuya misión consistió en desenmascarar a los llamados cómplices de Roehm y revisar «todos aquellos asuntos en los que —según decía una orden hitleriana fechada el 9 de agosto de 1934 [282]— ciertos jefes SA han desacreditado al cuadro de mandos SA por distintas causas tales como conducta desordenada, inmoralidad, favoritismo, materialismo, malversación, alcoholismo, ostentación, libertinaje y así sucesivamente».

Los inquisidores pusieron manos a la obra, pero sus investigaciones tomaron pronto un giro insospechado: en vez de seguir el rastro de los cómplices de Roehm abrieron expedientes sobre el comportamiento de los SS antes y después del 30 de junio.

Esas profusas informaciones atizaron la indignación de las SA y mantuvieron vivos el odio, la ira y el temor entre los camisas pardas. «Aunque yo he combatido siempre por la honradez y la justicia —se lamentaba el *Sturmbannführer* Hermann Baecke, militante SA desde 1925— ahora se me amenaza con el encarcelamiento. Nosotros, los veteranos SA, no merecemos ya el calificativo de *élite.* Después de haber luchado durante años con los comunistas y el Reichsbanner, se nos desprecia; la Policía nos arranca nuestras insignias, nos expulsa de la vida profesional... Y, por si fuera poco, ahora se nos amenaza [283].» El jefe del estandarte SA número 168 informaba el 28 de julio: «Yo procuro que mi gente acate las órdenes de los SS..., pero así y todo resulta descorazonador [*sic*] para cualquier veterano SA ver cómo tratan a los viejos camaradas SA algunos jóvenes militantes de las SS [284].»

Y el *Scharführer* Felten von Offenbach exclamaba encolerizado: «¡Los camaradas me exponen frecuentes quejas sobre el comportamiento de las patrullas SS que recorren la Kaiserstrasse...! Yo mismo lo pude comprobar. Un día, hacia las 4.30 horas se cruzó conmigo un ciclista, un simple cadete de las SS, y me gritó: "¿Es que no sabes saludar? ¿Estás dormido todavía?" Cuando le insté a bajar de su bi-

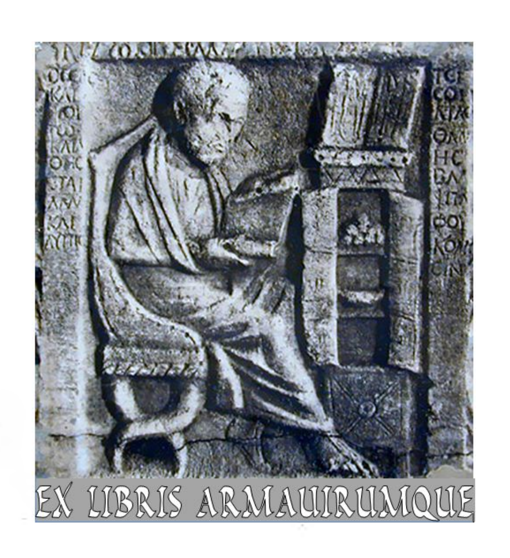
cicleta para aclarar la cuestión, huyó como alma que lleva el diablo. Si ese mozalbete me hubiese obedecido, yo le habría hecho ver, con razonamientos inteligibles, todo cuanto se debe a un ex combatiente y camarada de Adolf Hitler, a un miembro fundador del Partido y a un militante SA que ostenta los honrosos distintivos de las Secciones de Asalto[285].»

Las SS se habían ganado para siempre el aborrecimiento de las SA. Nada podría reconciliar ya a los dos ejércitos políticos del nacionalsocialismo. Desde aquellas fechas, las Secciones de Asalto y los Escalones de Protección se enfrentaron con el mayor encono...; se declararon una guerra sorda y encubierta. Viktor Lutze se encargó de arrojar el guante al adversario en la noche del 17 de agosto de 1935: ante veinte camaradas, tres jefes SS y una impresionante batería de cervezas en el restaurante «Preussenhof» (Stettin) retó a la Orden negra[286].

«¡Algún día vengaremos las injusticias y arbitrariedades cometidas el 30 de junio! —gritó desaforadamente—. El alemán es hombre justiciero, y ese atentado contra su sentido de la justicia caerá algún día sobre los culpables y les deparará un amargo final.» Entonces se levantó el *Standartenführer SS* Robert Schulz, del sector SD Norte y farfulló con ira mal contenida: «¡Desgraciadamente no se ha descepado todo hasta la última raíz! Se ha procedido con excesiva benevolencia. Quedan libres todavía..., sí, incluso en las SA, ciertos individuos que sabían muy bien cuáles eran los propósitos de Roehm.»

Lutze replicó que los SS no se podían permitir tales elucubraciones moralizadoras, pues quien tiene el tejado de vidrio no debe tirar piedras al del vecino. Los tres jefes SS clamaron enfurecidos, pero el jefe del Estado Mayor SA ahogó sus protestas con atronadora voz: «¿Quién ha ensalzado en cada oportunidad al jefe del Estado Mayor Roehm? ¿Quién le ha reiterado una y otra vez su lealtad? ¿Tal vez un jefe veterano SA o, si me aprietan, uno de los nuevos? ¿Es preciso mencionar aquí el nombre del que lo hizo?» El sector SD Norte informó más tarde a Berlín: «Si el *Standartenführer* Schulz no hubiese contraatacado sin descanso, nos habríamos visto ante la espinosa disyuntiva de escuchar decir a Lutze: el *Reichsführer SS*.» Sin embargo, el jefe SA no se dejó intimidar. Lutze: «¿Quiénes fueron los más disparatados instigadores de lo que se proponía Roehm? ¿Acaso las SA? Esas cochinadas no habían sido hechas en la organización SA o, por lo menos, no eran privativas de ella; en su mayor parte correspondieron al campo opuesto. ¿Debo citar nombres? ¡Si lo desean empezaré ahora mismo!»

El SS Schultz no tuvo más remedio que responder precipitadamente: «Escuche, jefe. Son ya más de las dos y será mejor que nos vayamos a dormir.» Diciendo esto llamó al camarero y pidió la cuenta. Los caballeros rompieron filas. También salió tambaleante Viktor Lutze, pero se las arregló para decir la última palabra. Todo el mundo pudo oírle: «Y así lo afirmaré siempre aunque me larguen mañana mismo al campo de concentración[287].»



7. La Orden

El *Reichsführer SS* convocó una conferencia en Munich. Oficiales, industriales, profesores y latifundistas acudieron curiosos, vacilantes y desconfiados. Durante muchos meses, las clases pudientes alemanas habían escuchado continuas invectivas de los dirigentes nacionalsocialistas, quienes les echaban en cara su decadencia y su «prosemitismo». Sin embargo, esta vez Heinrich Himmler renunció a toda crítica. En lugar del esperado ataque, el jefe SS lanzó un llamamiento a los caballeros pidiéndoles su participación activa para «posibilitar la fusión de las diversas corrientes tradicionales con las SS».

«Todo Estado —argumentó— necesita una *élite*. En la Alemania nacionalsocialista, esa *élite* está representada por los Escalones de Protección, pero éstos sólo podrán desempeñar su función cuando las tradiciones auténticamente castrenses, los nobles sentimientos, actitudes y distinción de la aristocracia alemana, así como la fuerza creadora de los industriales, se conjuguen en el plano de la selectividad racial con las exigencias sociales de nuestro tiempo.» Un oyente refirió más tarde a Felix Kersten, médico de Himmler, que los razonamientos expuestos por el *Reichsführer* habían «causado general asombro». Uno no estaba habituado a escuchar semejantes filigranas oratorias de los nazis. Resultado: casi todo el auditorio se afilió a las SS [1].

Ese episodio en el año I de la Era nacionalsocialista reveló la destreza de Himmler para presentar a sus SS ante la opinión pública. Los Escalones de Protección se esforzaron como ninguna otra formación nacionalsocialista por elevarse ostensiblemente sobre la masa plebeya del mundo pardo. «Las gentes que solemos llamar "distinguidas" prefirieron las SS a cualquier otra organización del Partido cuando se les propuso ingresar en él», comentó varios años después el jefe SD Walter Schllenberg. Y el arzobispo católico de Friburgo,

doctor Groeber, lo reconoció asimismo en 1946: «Entre nosotros, los de Friburgo, la organización SS pasaba por la más decente del Partido[3].»

A muchos alemanes no les parecieron censurables las pretensiones exclusivistas de las SS, ya que el exclusivismo social se ha dado en todos los tiempos. Ninguna nación, sea democrática o dictatorial, llega muy lejos sin una *élite;* desde el establecimiento de las democracias anglosajonas hasta la jerarquía politizada del sistema soviético ha prevalecido siempre el convencimiento de que un régimen está mejor protegido contra las crisis cuanto más sólidos sean sus apoyos en una capa social preponderante.

No muchos años antes, la República de Weimar había hecho patente lo que le sucede a un Estado cuando renuncia a una selección demográfica. Considerando tales antecedentes, la propaganda sobre ese carácter selectivo de los SS tenía atractivas resonancias para los alemanes, máxime cuando Himmler exponía su tesis con un vocabulario cuyo añejo romanticismo les era muy familiar. Incluso Konrad Heiden, el incisivo biógrafo de Hitler, mencionaba ya en 1934 que a diferencia de «las turbulentas SA», las SS personificaban el dogma conservador[4]. Nada podía menguar el respeto que la orden de Himmler inspiraba a los ciudadanos, ni siquiera la matanza del 30 de junio. El alivio exteriorizado tras la eliminación de los cabecillas SA, cuyas fuerzas habían dominado la calle desde el advenimiento hitleriano, fue más fuerte que el sentido tradicional de justicia.

«Librar al pueblo de las dominaciones inferiores es un objetivo que merece los mayores sacrificios», escribía el *Frankfurter Zeitung*[5] interpretando el pensamiento de casi todos los alemanes. Quedaba olvidado el asesinato de los burgueses hostiles al régimen, el estertor agónico de los jefes SA liquidados. Sólo una esperanza hacía alentar a la nación: no se debía tolerar nunca más que los sayones de camisas pardas perturbasen la paz ciudadana. Los alemanes no conocían todavía «La mascarada de los malvados» (Dietrich Bonhoeffer)[6], ignoraban aún que en el umbral de la dictadura absoluta se arremete a menudo contra la libertad pretextando designios pacificadores y alegando la necesidad histórica de cometer «delitos justificables», como dicen ciertos teorizantes.

Además, esos delincuentes presuntamente necesarios vestían en el verano de 1934 la indumentaria preferida del alemán, un uniforme, y, por añadidura, vistoso. Era negro de arriba abajo y relegaba con suma discreción el vulgar color pardo. Sobre la cabeza se asentaba una gorra negra de plato con barboquejo negro y calavera argentada. Seguía

una guerrera negra y, bajo ella, la camisa parda con botones de cuero negro y corbata negra; también era negro el correaje sobre la guerrera. Cerraban el conjunto unos calzones negros que se embutían en botas negras de montar [7].

El diseñador de ese uniforme no había dejado nada sin investigar para satisfacer al alemán amante de la fantasía jerárquica mediante innumerables símbolos esotéricos. Un pequeño ángulo de aluminio sobre la manga derecha denotaba el ex combatiente, un rombo con las iniciales «SD», al miembro del celebérrimo y temible Servicio de Seguridad. Las charreteras exponían una variada gama de graduaciones. Hasta el grado de capitán llevaban caponas con seis sardinetas paralelas de aluminio, hasta jefe de estandarte, tres cordoncillos y de ahí hacia arriba, tres cordoncillos dobles. En las solapas se especificaba definitivamente la jerarquía: los oficiales superiores mostraban los signos de su rango en ambas solapas, a saber: el *Stardantenführer*, una hoja de roble por banda; el *Oberführer*, dos; el *Brigadeführer*, dos hojas de roble y una estrella; el *Gruppenführer*, tres hojas de roble y una estrella; y, finalmente, el *Reichsführer*, una corona de roble con tres hojas [8].

Cada pulgada de vestimenta debía patentizar que en los Escalones de Protección se congregaba una verdadera *élite*, una guardia de estrictos puritanos que velaba incansablemente por el Estado, personificando una obediencia «que jamás vacila y ejecuta sin reservas cada orden procedente del Führer» (Himmler) [9].

El *Reichsführer* había abierto hospitalariamente los postigos de sus Escalones para dar entrada a las acomodaticias clases pudientes del Reich. Esas organizaciones, sobre todo las unidades especiales SD, las formaciones de la calavera y las reservas estratégicas, necesitaban con apremio dinero y cerebros rectores que se encontraban únicamente en la aristocracia, en la alta burguesía y en las finanzas. Himmler se desvelaba tanto por crear dentro de las SS un núcleo poderoso para guarnecer las muy diversas dependencias de su creciente imperio, que, a veces, le pasaba inadvertido el aspecto paradójico de su obra: año tras año la guardia pretoriana del nacionalsocialismo había perfeccionado la selectividad racial y biológica hasta convertirla en su credo, y ahora, sin embargo, las SS acogían grupos sociales cuyos componentes poseían lo que no aparecía en ningún texto de la filosofía racista parda: prestigio, dinero y un señorío innato transmitido por muchas generaciones.

A las SS afluían individuos poco comunes que estaban transformando radicalmente el mosaico social de la organización. Hasta 1933,

los Escalones de Protección se habían caracterizado por tres tipos humanos: el antiguo mercenario del Cuerpo voluntario, el intelectual cuya profesión fuera truncada por la crisis económica, y el pequeño burgués veterano del Partido. De esos SS anteriores a 1933 restaba sólo un reducido cenáculo dirigente que, con todo, mantuvo sus dominantes posiciones hasta el ocaso del III Reich. Cuando estalló la Guerra Mundial se había jubilado ya el noventa por ciento de los viejos militantes SS [10].

Así, pues, sólo un diez por ciento resistió el empuje de los nuevos (apodados por los recelosos veteranos SS «violetas marceñas») que empezaron a invadir la organización de Himmler en marzo de 1933. La clase nobiliaria inició esa infiltración. Poco después de la subida al poder, ingresaron en las SS varios aristócratas ilustres, entre ellos el archiduque heredero de Mecklemburgo, el príncipe heredero de Waldeck y Pyrmont, los príncipes Christof y Wilhelm von Hessen, los condes Von Bassewitz-Behr y Von Pfeil-Burghauss, el barón del Imperio Von Tüngen, así como los barones Von Geyr, Von Reitzenstein y Von Malsen-Ponickau [11].

En la primavera de 1933 fluyó aún más sangre azul por las venas SS. El príncipe Von Hohenzollern-Emden, de la casa Sigmaringen, y el conde Von Schulenburg se afiliaron a los Escalones, y unos meses después el anuario jerárquico semejaba más bien una edición del Gotha. Pocos nombres esclarecidos de la historia militar prusiana faltaban allí... Prácticamente estaban todos presentes: el hidalgo Von Daniels, el conde Von Roedern, el conde Von Strachwitz, el barón Von Der Goltz, el hidalgo Von Der Planitz, Von Keudell, Von Alvensleben, Von Podbielski, Von Treuenfeld, Von Nathusius y así sucesivamente, como quiera que se llamasen [12]. Los patricios uniformados de negro ocupaban muchas posiciones prominentes del Cuerpo SS: en 1938 representaban el 18,7 por ciento de los *Obergruppenführer*, el 9,8 por ciento de los *Gruppenführer*, el 14,3 por ciento de los *Brigadeführer*, el 8,8 por ciento de los *Oberführer*, y el 8,4 por ciento de los *Standartenführer* [13].

Al aristócrata le siguió el hijo del burgués medio. Éste, a diferencia de su predecesor en las SS, fue un producto del siglo XX, por lo general intelectual con educación universitaria (mayormente jurídica) y adepto al estilo e ideario del movimiento juvenil alemán. Casi todos estos neófitos ingresaron en el Servicio de Seguridad, y con el tiempo encarnaron un prototipo causídico e intelectivo que se sintió tan distante del socialismo truculento profesado por el veterano SS como del vulgar y aburguesado nacionalsocialismo prevaleciente en los tiem-

pos heroicos. Los Walter Schellenberg, los Reinhard Hoehn, los Franz Six y los Otto Ohlendorf, todos ellos eruditos de la burguesía culta, crearon el espécimen tecnocrático y sin sentimentalismos, el *social engineer* que sirvió al caudillaje dictatorial empleando fórmulas legislativas o administrativas con gran maestría pero sin ilusión, ajeno a toda ideología salvo la del poder desnudo, desarraigado espiritualmente y refractario a las normas generales de convivencia.

Otro grupo procedente de la burguesía como los intelectuales SD fue la promoción de jóvenes economistas que asumieron muchas gerencias en el mundo mercantil SS. Apenas se diferenciaron de los tecnólogos que hoy día pueblan las altas esferas crematísticas en Alemania occidental. Aquéllos se interesaron todavía menos que sus congéneres SD por la ideología SS. Las empresas comerciales e industriales de Himmler les parecieron tan sólo un camino seguro para emprender su carrera. A la mayoría les importó exclusivamente lo que muchos altos funcionarios SS escribieron en el expediente personal del *Standartenführer* doctor Walter Salpeter, un astro ascendente en el imperio económico de la orden negra: «Pretende guarnecer su ambición con la ideología nacionalsocialista [14].»

Un tercer grupo de «violetas marceñas» tuvo su origen en la oficialidad burguesa del Reichswehr, y agregó, si cabe, nuevos matices a esa imagen polifacética del despegado arquetipo SS. Estos oficiales ingresaron en la reserva estratégica, existente desde 1934, y eclipsaron rápidamente a los soldados SS de primera hora, es decir a los espíritus cuarteleros tales como Sepp Dietrich. Desde luego, esos militares profesionales no constituyeron un grupo solidario ni se guiaron por principios comunes. El ex teniente general del Reichswehr Paul Hausser, personificación del oficial monárquico y a cuya supervisión se encomendó la reserva estratégica, introdujo un extraño rasgo, conservador y tradicionalista, en la predecesora del Arma SS [15], mientras que los reformistas cual el comandante prusiano Felix Steiner o el teniente piloto Wilhelm Bittrich vieron la reserva estratégica como una tropa puramente experimental [16].

El mundo campesino proporcionó también personal a las SS. Sus jóvenes y, por lo general, desorientados aspirantes, engrosaron las filas de aquellas guarniciones destinadas a los KZ; otros, más inteligentes, probaron fortuna en las escuelas de cadetes SS (Bad Tolz y Braunschweig), donde se les ofrecía lo que no hizo jamás una academia militar: el grado de oficial sin exigir estudios secundarios [17].

Como si la tipología SS no fuera todavía bastante confusa, Himmler creó una nueva figura SS: el jefe honorario. Funcionarios in-

fluyentes, capitostes nacionalsocialistas, científicos y diplomáticos recibieron de Himmler un título honorario que les daba derecho a vestir el uniforme SS; estos jefes beneméritos fueron destinados en su mayor parte al Estado Mayor del *Reichsführer SS*, no prestaron servicio alguno y tampoco poseyeron mando. Himmler esperó que tales títulos honorarios posibilitaran el desenvolvimiento de los SS en sociedad e, inversamente, le permitiesen ejercer su influencia sobre los detentadores...; una idea fantástica que, aparte de Himmler, también sustentaron muchos «desnazificadores» después de 1945 y algunos historiadores [18].

El hecho de que algunos diplomáticos oposicionistas como el secretario de Estado barón Ernst von Weizsaecker fuera *Brigadeführer SS* [19], o algunos adversarios acérrimos de Hitler como el *Gauleiter* Foster tuvieran el título de *Obergruppenführer SS* [20], sedujo tanto a ciertos cronistas excesivamente ingenuos que les pareció descubrir bajo cada uniforme negro a un espía de la quinta columna organizada por Himmler en el Estado y el Partido. A decir verdad, esos jefes honorarios tenían tan poca simpatía por el jefe SS como la esposa del ministro italiano conde Ciano [21], a quien Himmler había conferido, no obstante, la afiliación honoraria SS.

El rango de *Oberführer SS* no impidió al gobernador civil de Colonia, Rodolf Diels, luchar contra el intrusismo de la Gestapo en su Administración local [22], y otro jefe honorario, el intendente general y *Gruppenführer SS* Eggert Reeder, a quien Himmler intentara sancionar en 1943, prohibió sin rodeos toda intromisión del jefe SS en su departamento [23]. El uniforme SS sirvió para disimular muchas ocurrencias sorprendentes: el jefe del Partido sudete alemán, Konrad Henlein, fue nombrado *Gruppenführer SS* porque se frustraron las maquinaciones del SD destinadas a hacerle caer [24], y el jefe honorario SS Martin Bormann neutralizó la labor del SD en territorio nacional [25].

Sin embargo, Himmler no desistió de solicitar nuevos reclutas para su inmenso imperio. Y en los ratos libres organizó incluso dentro de las SS instituciones completas que le facilitaran el acceso a la sociedad pudiente.

Por lo pronto, abrió un canal hasta la «Agrar-Society»: una asociación hípica rural.

Himmler consolidó ese baluarte del conservadurismo nacionalista alemán: por supuesto, una parte de la Asociación hípica cabalgó con las SA, pero los SS se reservaron la porción más suculenta... Todas las sociedades hípicas y remontas de Prusia oriental, Holstein, Oldem-

burgo, Hannover y Westfalia vistieron uniforme negro[26]. Los caballistas SS proporcionaron a Himmler muchos éxitos sociales. El jinete olímpico Günter Temme, *Unterscharführer SS*, montando sobre *Egly*, ganó limpiamente en 1935 el XVI Spring-Derby alemán (Klein-Flottbeck) estableciendo un récord en la historia de esa competición, y otros jinetes SS lograron diversas victorias durante los campeonatos hípicos alemanes de 1937[27].

Es ocioso decir que Himmler pagó caros esos triunfos: tuvo que admitir en las SS a cada miembro de esas sociedades hípicas sin considerar sus convicciones políticas[28]. Desde entonces, muchos combatientes veteranos de los Escalones rezongaron sin cesar alegando que aquellos jinetes seguían siendo reaccionarios nacionalistas pese a sus uniformes negros. El órgano informativo *Das Schwärze Korps* * advirtió a los jinetes en tono amenazador: «En primer lugar, deben asimilar el espíritu nacionalsocialista, es decir, todas las virtudes y capacidades cultivadas por los SS durante su larga existencia, y gracias a las cuales se han mantenido incólumes tres cosas: subordinación, disciplina y lealtad al Führer[29].» Casi todos los jinetes SS se doblegaron, pero algunos expusieron ideas muy distintas sobre las virtudes de un caballero. En 1933, once jinetes se negaron a prestar el juramento SS y fueron internados en un campo de concentración[30]. Militantes SS fusilaron al *Reiterführer* prusiano barón Anton von Hohberg y Buchwald (2 de julio de 1934) porque este antiguo «Casco de Acero» había divulgado las interioridades SS en el Reichswehr[31], y diez años después, Himmler hizo ajusticiar al jefe de la remonta SS, el jinete olímpico y *Sturmbannführer SS* conde Hans-Viktor von Salviati por manifestarse contra Hitler[32].

El pacto con los jinetes abrió paso a Himmler hacia el estamento agrario; y la alianza subsiguiente con los dirigentes de la «Kyffhaeuser», una asociación de ex combatientes monárquicos, le permitió explotar el filón de añejos estrategas. La presidencia federal y las jefaturas regionales de la «Kyffhaeuser» se pasaron a los SS como un solo hombre[33]. Pero esos maduros luchadores no supieron cómo explicarse la actividad de su jefe nacional, pues a la cabeza del grupo «Kyffhaeuser» ingresó en los Escalones el general de Infantería Wilhelm Reinhard[34], acendrado monárquico y camarada de aquellos militares reaccionarios contra los cuales se pronunciara el Cuerpo negro en 1935 diciendo que ellos «personificaban esa arrogancia burguesa

* El Cuerpo negro.

y nacionalista que excluía al obrero de la sociedad nacional, despertando en él la impresión de que se le tenía por un paria»[35].

En verdad era difícil superar la ironía de esa situación: el general ultraconservador conde Rüdiger von Geltz maldecía al Cuerpo negro y lo catalogaba como una institución reaccionaria de la peor especie, mientras su buen amigo Reinhard, con quien había compartido los amargos tragos del «alzamiento Kapp» en 1920, se hacía nombrar *Obergruppenführer SS* y pasaba por nacionalista inmaculado[36]. Y, en 1941, el ex militante SS y tesorero del Reich Franz Xaver Schwarz, censuraba todavía a Reinhard diciendo que no podía soportar la vista de «ese monárquico cavernícola con uniforme negro». Schwarz: «Sólo siento que un individuo semejante sea *Gruppenführer SS* y vista ese hermoso uniforme aunque por dentro siga siendo el de siempre[37].»

No les fue mucho mejor a los veteranos SS con los supervivientes de la brigada de Marina mandada por el capitán Hermann Ehrhardt, quienes picaron igualmente en el cebo de Himmler. Muchos recordaron todavía la orden SS número 53 del 10 de octubre de 1931 en la que Himmler había advertido a las taciturnas huestes del capitán que éste pretendía «destruir el NSDAP» mediante la afiliación de sus acólitos al Partido[38]. Sin embargo, Himmler quiso acoger entonces colectivamente a los mercenarios de Ehrhardt en sus SS. Pero aquel proyecto se vino abajo cuando ya se habían dilucidado los detalles del convenio porque el capitán, en su enorme terquedad, pronunció el discurso más extraño que jamás oyera un aspirante SS.

«¡Hombres de mi brigada! —vociferó Ehrhardt mirando hacia la plaza donde había formado por última vez su unidad en presencia de varios adalides nacionalsocialistas—: Todos sabéis que, tras largos y numerosos encuentros, nos hemos avenido con ánimo bastante tardío a ingresar en una formación de este nuevo Reich. ¡Y yo lo celebro! ¡Porque sólo en combate se aprende a conocer, respetar o despreciar al adversario! Y así seguiremos obrando en el futuro.» Los jefes nacionalsocialistas se irritaron tanto que Himmler hubo de renunciar a la brigada. Únicamente algunos elementos aislados se incorporaron a las SS, entre ellos Hartmuth Plaas, antiguo ayudante de Ehrhardt y *Sturmbanführer SS,* quien terminó en un campo de concentración en 1944 por haber sido descubierto entre los conjurados del 20 de junio[39].

Himmler no anduvo sólo a la caza de nuevos reclutas, sino que también buscó el dinero que le faltaba para mantener sus formaciones SS, cada vez más caras. Los magnates industriales y los grandes comerciantes de Alemania se pusieron gustosamente a disposi-

ción del *Reichsführer*. Movilizaron sus fuerzas y fundaron un casino denominado «Círculo de Amigos del *Reichsführer SS*», cuyos socios tuvieron incontables razones para buscar la sombra de Heinrich Himmler. Oportunistas, como el consejero de la IG Farben doctor Heinrich Bütefisch, nazis convencidos como el doctor Werner Naumann, secretario de Estado en el Ministerio de Propaganda, próceres preocupados como Friedrich Flick y antinazis encubiertos como Hans Walz, director de la empresa «Robert Bosch», formaron un fondo común para los Escalones de Protección [40].

Realmente, el susodicho Círculo nació de la «Comisión consultiva para Cuestiones económicas» creada en el verano de 1932 por el economista consejero de Hitler Wilhelm Keppler; a esa Comisión, que sería un importante recurso técnico de los futuros autócratas alemanes, pertenecieron eminentes financieros e industriales, entre ellos el gobernador del Banco nacional, Schacht, el soberano de las «Acerías reunidas» Albert Voegler, y el banquero colonés barón Kurt von Schroeder [41]. No resultó nada útil para el asesoramiento económico a Hitler, pero el joven adlátere de Kepler, *Hauptsturmführer SS* Fritz Kranefuss, supo arreglárselas para sacar algún partido: logró despertar el interés de Himmler por aquel casino señorial que, a mediados de 1934, quedó bajo la tutela del jefe SS [42].

Schacht y Voegler causaron baja voluntariamente [43], pero, en cambio, otros muchos empresarios se asociaron al «Círculo de Amigos del *Reichsführer SS*. Pocas fueron las grandes empresas mercantiles que no esperaron poder proteger sus intereses contra los ataques del Partido mediante la afiliación de un consejero o el pago de generosas cuotas a las SS. La lista de socios tuvo gran similitud con el anuario comercial. En el Círculo estuvieron representados el «Instituto de la Moneda», el «Banco alemán», el «Banco de Dresde A. G.», el «Banco comercial», el «Banco del Reich», y la «Banca de J. H. Stein»; las empresas navieras «Norddeutscher Lloyd» y «Hamburg-Amerika-Linie»; las compañías petrolíferas «Deutsch-Amerikanische Petroleum Gesellschaft» y «Continentale Oelgesellschaft»; las fábricas de productos alimenticios «Doktor August Oetker» y las grandes empresas «I. G. Farbenindustrie», «Mitteldeutsche Stahlwerke A. G.», «Siemens-Schuckerwerke A. G.», «Portland Zement Werke», «Rheinmetall-Bersig» y «Reichswerke A. G. Hermann Goering» [44].

El secretario del Círculo, Kranefuss, convocó regularmente a los señores socios, en cuyas asambleas hicieron siempre acto de presencia altos funcionarios SS. Al principio, se celebraron dos consejos por año, coincidiendo con el *Reichparteitag* de Nuremberg y la jura de las

reservas estratégicas en Munich; más tarde, los miembros se reunieron mensualmente en el parador berlinés «Haus der Flieger» [45]. A partir de 1936, Himmler pidió a los distinguidos caballeros una contribución monetaria fija. Participó al banquero del Círculo, Von Schroeder, que se debería facilitar ciertos fondos para las «actividades culturales, sociales y benéficas de los SS» [46]. El banquero se apresuró a satisfacer los deseos del insigne mecenas [47].

También se mostraron aquiescentes las empresas asociadas, y en un dos por tres afluyeron cuantiosos donativos a la cuenta corriente SS de la «Banca J. H. Stein» cuya presidencia estaba desempeñada por el propio Schroeder. Aportación total anual: un millón de marcos. Seguidamente, se transfirió a la cuenta especial «R» de los SS en el «Banco de Dresde», donde Karl Wolff, ayudante jefe de Himmler, pudo manejarla mediante su talonario de cheques [48]. El jefe SS hizo patente su agradecimiento. Sobre los caballeros del Círculo llovieron los títulos SS; de los 32 socios no afiliados a las SS, 15 fueron nombrados jefes honorarios de los Escalones, lo que no les obligó a nada excepto vestir ocasionalmente el uniforme negro [49].

Desde luego, hubo un método asociativo mucho más discreto y barato para quien rehusara ponerse el uniforme de la calavera. Hitler concedió a los emprendedores SS, como formación escogida, el privilegio de poder financiarse por sí mismos y ganar prosélitos entre las gentes adineradas (miembros patrocinadores) * [50]. Eso era lo que se entendía por simpatizantes, que prestaban ayuda financiera a los SS pero sin formar en sus filas. No necesitaban prestar ningún juramento de fidelidad y tampoco debían someterse al régimen interior SS [51].

Cada estandarte SS poseía una organización FM, y el militante SS se comprometía a captar por lo menos un miembro patrocinador. «La organización FM —manifestaba en marzo de 1933 el jefe SS Kurt Wittje— significa el único ingreso seguro en los Escalones de Protección, y representa una garantía firme para el desarrollo ulterior de la economía SS [52].» Tras la subida al poder, las SS intensificaron su propaganda FM especulando con la particularidad de que los alemanes preferían, en el fondo, la organización FM a cualquier otro órgano del Partido. La sigla FM ofreció considerable protección contra los excesos nacionalsocialistas y, por añadidura, un FM no necesitó pertenecer al Partido y tuvo absoluta libertad para determinar su propia aportación pecuniaria. Mínima contribución anual: un marco [53].

A esos incentivos, Himmler agregó algunos otros de su propia in-

* Foerdernde Mitglieder = FM.

vención. Hizo diseñar una insignia FM de plata, inasequible en los comercios, con un óvalo en el que aparecían grabadas la cruz gamada, las eses rúnicas y las iniciales FM; fundó una *Revista FM* (tirada al comienzo de la guerra: 365 000 ejemplares) y envió a cada conciudadano interesado en la FM el siguiente aforismo:

Es un honor ser militante SS
y también lo es el ser miembro patrocinador;
ambos cumplimos con nuestro deber,
nosotros, los militantes SS y vosotros, los miembros patrocinadores,
cada cual desde su puesto:
y Alemania se engrandecerá sin cesar[54].

La ofensiva propagandística aportó los esperados frutos. Poco tiempo después, el ejército fantasmal de miembros patrocinadores aventajó numéricamente a los efectivos SS e inyectó dinero en las arcas vacías de los Escalones: en 1932, los 13 217 miembros patrocinadores aportaron 17 000 marcos, en 1933 fueron 167 272 miembros y 357 000 marcos y en 1934 esas cifras se elevaron a 342 492 y 581 000, respectivamente[55].

Mientras tanto, aquellas SS compuestas con elementos tan diversos experimentaron, inevitablemente, la falta de cohesión interna. Los veteranos se encontraron cuando menos lo esperaban con unos desconocidos de uniforme SS a los cuales les resultaba muy difícil recitar el abecedario del nacionalsocialismo. El tesorero Schwarz no quiso ponerse más su uniforme negro porque —según lo expresó el *Gruppenführer* Berger— «ese uniforme lo llevaban demasiada gente y, sobre todo, había muchos jefes SS que no tenían derecho a usarlo bajo ningún concepto»[56]. Graduaciones y uniforme dijeron muy poco sobre los pensamientos del hombre rúnico. El futuro jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, llevó prendido en su guerrera el honroso ángulo del ex combatiente[57] y, simultáneamente, la jefatura del Partido de Munich-Alta Baviera hizo constar (4 de enero de 1937) que el «ambicioso advenedizo Müller, jamás conocido como camarada nacionalsocialista», no había tomado «nunca parte activa en los asuntos del Partido» y, por consiguiente, «tampoco era merecedor de la exaltación nacional»[58].

El departamento de Personal, anexo al Servicio de Seguridad del Reich, catalogó al *Sturmbannführer* SS, doctor Heinrich Bütefisch, como antiguo masón y hombre de «raigambre absolutamente mercantil» cuya «mentalidad, orientada hacia la colaboración internacional, juzga natural que cualquier empresa comercial sea un Estado dentro

del Estado y se gobierne por sus propios principios y leyes»[59]. Y acerca del *Oberführer* Von Schroeder, el autor de un informe confidencial fechado en agosto de 1937 reveló que el banquero había confraternizado con los separatistas renanos y el amigo Konrad Adenauer, de lo cual se infería que «no era un activista integral según se entendía este concepto en las SS»[60].

El propio Himmler columbró al fin esa amenaza que se cernía sobre la unidad interna de sus SS. En 1937 confesó que «el factor cuantitativo, la masa humana, entrañaba graves peligros», pues en los Escalones de Protección «había [ingresado] una muchedumbre entre la que no se podía dar por descontada la presencia masiva de idealistas incondicionales ni entusiastas incondicionales»[61]. Himmler anunció que se había conjurado el peligro... En realidad, ese peligro persistiría hasta que desapareciese el último SS.

Con todo, suspendió temporalmente el ingreso en las SS a mediados de 1933. Himmler: «Lo he decidido: no se admitirá a nadie más, y así tendremos suficiente tiempo desde fines de 1933 hasta fines de 1935 para hacer una criba entre los recién llegados y expulsar al que no valga[62].» Durante esos dos años, recibieron la licencia absoluta 60 000 militantes SS[63]. Las órdenes tajantes de Himmler afectaron a oportunistas, alcohólicos, homosexuales, hombres de dudosa procedencia aria y también a viejos espadachines que habían sido útiles en los días de lucha para abatir a los adversarios políticos, pero que ya no encajaban en el cuadro de la guardia hitleriana. Tampoco aguantó Himmler por más tiempo a los desocupados profesionales. «Todo afiliado que abandone su puesto de trabajo por tercera vez sin una razón justificada, causará baja definitiva en nuestras filas. Aquí no queremos holgazanes[64].»

Hizo perseguir con especial tenacidad a los homoeróticos, pues interpretaba las trasgresiones del Párrafo 175 como una ofensa personal. La homosexualidad le parecía un crimen mortal; ningún homosexual SS se libraba de su venganza..., sin excluir a los viejos luchadores cual el jefe de la central SS, *Gruppenführer* Kurt Wittje[65].

Con fecha 22 de mayo de 1935, el Cuerpo negro anunció que Wittje había sido relevado «por enfermedad», y Himmler mencionó un discurso que «con gran sentimiento por su parte» había dejado marchar a Wittje, pero esperaba que «se repusiera algún día y se reintegrara al servicio»[66]. Los jefes SA, en cuyos oídos sonaban todavía las catilinarias contra los homoxesuales de Roehm, supieron en seguida cuál era la verdadera enfermedad de Wittje. El jefe SA Lutze comentó in-

cisivamente: «Les ha costado mucho expulsar a Wittje. Fue necesario ejercer presión por todas partes [67].»

En 1937, Himmler exigió que todo homosexual de las SS se fuera a la calle y, además, compareciera ante los Tribunales. «Y una vez cumpla la condena impuesta —agregó— será internado en un campo de concentración donde se le aplicará la ley de fugas cuando yo lo ordene [68].» Pero no fue sólo eso lo que exasperó a Himmler; también le sacó de quicio encontrar sangre no aria en las venas SS. A partir del 1.° de junio de 1935, cada jefe SS desde *Sturmführer* hacia arriba hubo de demostrar que tanto él como su esposa no tenían ningún antepasado judío; desde el 1° de octubre tuvieron que hacerlo también todos los *Oberschaffführer* y *Hauptscharführer*, y pocos meses después la medida fue aplicable a todo militante SS [69].

Los afiliados, incluyendo algunos camaradas antañones de Himmler, corrieron desalados para escudriñar vetustos registros parroquiales e impresionantes mamotretos en los que esperan hallar ese dato indispensable: la genealogía «aria». Los oficiales hubieron de remontarse hasta 1800, los jefes, hasta 1750 [70]. Y cuando Himmler descubría las huellas del enemigo universal en el árbol genealógico de sus hombres, golpeaba ferozmente... entre los grados subalternos. Quien tuviese algunas gotas de sangre judía debía pedir sin tardanza la baja por conducto de su inmediato superior; de lo contrario, intervenía el Tribunal SS y decretaba una expulsión deshonrosa [71].

Respecto a los cargos superiores, el antisemita Himmler mostró cierta benevolencia. El *Obersturmführer* M., casado con una judía en cuarto grado, como lo expresaba el expediente SS, pudo permanecer en los Escalones de Protección; pero antes su esposa hubo de renunciar solemnemente a la ulterior procreación, y él al ingreso de sus hijos en los SS [72]. Pocos años después, el *Reichsführer* evidenció que su tolerancia era tanto mayor cuanto más elevado era el grado de los «malhechores». Al *Gruppenführer* Krüger le fue permitido lo que no pudo hacer el *Obersturmführer* M. Cuando Krüger quiso casar a su hija con el *Sturmbannführer SS* Klingenberg, durante la guerra, se descubrió inesperadamente que en el árbol genealógico de esa muchacha «había un antepasado judío puro por línea materna nacido el año 1711», según especificó el propio Himmler. Klingenberg no recibió autorización para casarse con la hija de Krüger, pero éste pudo colocar a su hijo en el estandarte «Adolf Hitler» [73].

La expulsión de 60 000 afiliados SS no proporcionó todavía la necesaria cohesión interna. Himmler vislumbró un remedio: lo que necesitaban sus Escalones era un espíritu de cuerpo. ¡Eso los mantendría

bien unidos! Se requerían condiciones de ingreso más rigurosas, una organización más estricta y un código de honor al que se sintiera obligado cada militante. Hasta entonces, los Escalones de Protección habían constituido una mera organización; en lo sucesivo, formarían una orden. Esta orden constaba de un cuadro supremo de mandos que se ramificaba en una serie de direcciones centrales a las órdenes del *Reichsführer:* la Ayudantía general dirigida por el *Brigadeführer* Karl Wolff, órgano supremo de los SS, denominada Estado Mayor del *Reichsführer SS,* en 1936, y elevada al rango de Dirección general en 1939; la Dirección central SD bajo el mando del *Gruppenführer* Reinhard Heydrich, órgano ejecutivo del Servicio de Seguridad; la Dirección central de Raza y Colonización, administrada por el *Obergruppenführer* y ministro de Agricultura Walter Darré, quien velaba celosamente por la pureza racial e ideológica de todos los militantes SS; el Tribunal supremo SS, cuyo presidente, Paul Scharfe, supervisaba la jurisdicción especial sobre las SS y se hacía cargo en 1939 de la correspondiente Dirección central; y la Dirección general SS bajo el sucesor de Wittje, August Heissmeyer, una central de administración técnica para todas las unidades SS, excepto el SD [74].

Más tarde, se transformó el cargo de Heissmeyer en una secretaría minuciosamente organizada que no controló tan sólo a los SS existentes hasta entonces (denominados SS *ordinarios* desde 1934 para distinguirlos de las formaciones especiales) [75], sino también los contingentes de la calavera y las reservas estratégicas. Como quiera que junto a la administración de esos efectivos armados, más los estandartes montados, también le competía la gestión financiera de todos los SS, se decidió perfeccionar el importante cargo desempeñado por Heissmeyer.

En 1942 surgieron cuatro nuevas Direcciones centrales; tres debieron su existencia al acervo de la «Organización Heissmeyer». La Dirección general SS, ya bastante desengrasada, pasó a cargo del *Gruppenführer* Gottlob Berger [76], mientras se subdividía en nuevos organismos superiores: la Central de Mando bajo el *Gruppenführer* Hans Jüttner, órgano ejecutivo del Arma SS; la Dirección de Personal bajo el *Gruppenführer* Maximilian von Herff, oficina reguladora para los asuntos personales de todos los jefes SS y para la distribución de los SS ordinarios; la Dirección administrativa bajo el *Gruppenführer* Oswald Pohl, a quien se confió la administración de todas las empresas mercantiles SS y de los KZ; y el «Departamento general del *Obergruppenführer SS* Heissmeyer», organismo fiscalizador de todas las instituciones educativas políticas [77].

Esas autoridades principales inspeccionaron periódicamente la espesa red de sectores, subsectores, estandartes y demás unidades que componían el inmenso ejército SS. Sus delegados pulsaron sin pausa la disciplina y el servicio de cada formación SS. Los mensajeros del *Reichsführer* se presentaron por sorpresa en infinitas ocasiones, averiguaron mediante interminables entrevistas los conocimientos y preparación de cada jefe, examinaron los libros contables de cada unidad y también verificaron el celo profesional de los oficiales superiores [78].

«Durante mis inspecciones he observado —sermoneaba el *Gruppenführer* Zech, de la Dirección general SS— que los *Sturmbannführer* y los *Standartenführer* se comunican por lo general demasiado poco con la tropa en el cumplimiento del servicio diario.» También se deducía por los libros de servicio —donde el jefe SS *debía* especificar el trabajo realizado cada día en beneficio de su gente— «que, por lo general, no se actuaba como disponía el Reglamento» [79]. Las unidades SS aguardaban también, por lo general, con evidente inquietud la llegada del supervisor berlinés, como lo prueba una advertencia confidencial sugerida por el propio Zech: «La palabra "control" debe desaparecer. Nuestro Führer no controla los batallones SS: sólo los inspecciona [80].»

Una vez solucionada esa cuestión, el jefe SS pudo atender a otro nuevo punto del programa: se propuso equiparar los multiformes tipos humanos de sus Escalones al militante idóneo SS, ese superhombre hecho a medida que por la voluntad de Himmler debería ser arquetipo y ejemplo. La Dirección de Raza y Colonización (RUSHA) recibió orden de estudiar nuevas y mucho más severas condiciones para el ingreso de los aspirantes [81]. El *Hauptsturmführer* profesor Bruno K. Schultz concibió una escala de valores para un comité racial de la RUSHA ante el cual comparecerían los candidatos SS para someterse al examen final [82].

El profesor dividió su escala en tres grupos, a saber: la fisonomía racial del aspirante, sus condiciones fisiológicas y su apariencia general. Nuestro profesor de negro uniforme no supo idear otra escala similar para las facultades intelectivas. Puesto que Himmler, fiel a la leyenda de los demógrafos nacionalsocialistas, sólo podía imaginar al superhombre como un ser nórdico, rubicundo de ojos azules, y quería limpiar paulatinamente los SS de otros tipos raciales, la RUSHA de Schultz orientó también su mundo especulativo hacia el arquetipo nórdico. Su tabla racial reconoció exclusivamente cinco grupos humanos: el «nórdico puro», el de «preponderancia nórdica o westfálica», el mestizo resultante de la fusión armoniosa entre ambas razas «con

leves rasgos alpinos, dináricos o mediterráneos», el mestizo de ascendencia predominantemente eslava o alpina y el mestizo de razas no europeas [83].

Sólo parecieron dignos de los SS aquellos candidatos incluidos en los tres primeros grupos. Y eso fue una concesión del ideólogo Himmler, pues él opinaba que al cabo de algunos años los hombres rubios asumirían el mando del Estado, y un siglo después el pueblo alemán volvería a tener sangre germanonórdica [84]. Desde luego, la raza no lo fue todo. El profesor Schultz exigió en un plan de nueve cláusulas que el futuro militante SS tuviese también una equilibrada constitución física. Así evitó a su *Reichsführer* «el horror de verse ante individuos cuya talla es ciertamente elevada pero, por una razón u otra, se han desarrollado de forma asimétrica» [85].

Himmler requirió con la ridícula meticulosidad del experto avicultor, que no le faltara en ningún caso al militante SS «la simetría de sus miembros, ya que, por ejemplo, las pantorrillas solían ser completamente desproporcionadas con respecto a los muslos, y tanto unas como otros parecían del todo inadecuados para el tronco, de tal modo que el cuerpo daba un salto grotesco e involuntario a cada paso, pues la marcha le imponía un derroche increíble de fuerzas» [86].

Por consiguiente, Schulz admitió únicamente aspirantes que reuniesen las cuatro primeras calificaciones de su programa («estatura ideal», «extraordinaria», «muy buena» y «buena»); los candidatos con las tres calificaciones inferiores fueron rechazados automáticamente y sólo se dio una oportunidad a los de las dos calificaciones intermedias. Estos últimos aspirantes, cuya «deficiente» constitución física representaba un gran inconveniente, debieron demostrar por su porte y desenvoltura que eran asimismo, hombres nórdicos. Himmler decía al respecto: «Puede ocurrir también que bajo un régimen disciplinario, el candidato cese de caminar como un siervo y que su pisada, sus manos y todo lo demás correspondan realmente a lo que nosotros entendemos por ideal [87].»

Si el aspirante salvaba los obstáculos interpuestos por el Comité racial, aún debía atravesar un laberinto de pruebas y verificaciones muy dificultosas. Los candidatos SS sufrían muy diversas pruebas hasta prestar el llamado juramento de casta y poder llamarse militantes SS. Las distintas estaciones de ese particular noviciado SS se ajustaba al calendario de festejos nacionalsocialistas:

El 9 de noviembre, aniversario del alzamiento en la «Bierkeller» de Munich, el candidato, cumplidos ya los dieciocho años, recibía el nombramiento de aspirante oficial a los Escalones, y se ponía un

uniforme SS sin distintivos. El 30 de enero (advenimiento nacionalsocialista), ese aspirante oficial se presentaba ya como cadete y en posesión de un carnet SS provisional. Uno de los momentos culminantes era el cumpleaños de Hitler. En ese 20 de abril, el cadete formaba con insignias y carnet SS definitivos para prestar juramento a su Führer:

Te juro, Adolf Hitler,
Führer y canciller del Reich alemán,
comportarme con fidelidad y valentía.
Prometo solemnemente obedecerte y cumplir tus preceptos,
de lo cual pongo a Dios por testigo[88].

Una ceremonia tan hierática haría sentir necesariamente al neófito esos lazos místicos entre el Führer carismático y sus uniformados adoradores. Especialmente mágico se le antojaría el juramento en las reservas estratégicas. Esas fuerzas (a diferencia de las SS ordinarias) se concentraban en Munich el 9 de noviembre hacia las 22 horas para jurar fidelidad a los santos lugares del nacionalsocialismo ante Hitler. Un miembro del Círculo Emil Helfferich se conmueve todavía hoy cuando rememora «aquella jura de medianoche frente al Feldhernnhalle en Munich. Jóvenes brillantes, serios, de aspecto impecable y magníficamente equipados. ¡Una auténtica *élite*! Se me saltaban las lágrimas cuando esos miles recitaban a coro la fórmula del juramento, iluminados por las antorchas. Era como una oración»[89].

Sin embargo, para ese cadete de las SS ordinarias no habían terminado todavía las tribulaciones. Entre el juramento (20 de abril) y la incorporación al Servicio del Trabajo * (1.º de octubre), el ajetreado aspirante debía ganarse la condecoración deportiva del Reich y aprenderse el catecismo SS[90], cuyo compendio de preguntas y respuestas le permitían ahondar en el culto hitleriano de la Orden negra.

«*Pregunta:* ¿Por qué creemos en Alemania y en el Führer? *Respuesta:* Porque creemos en un Dios Todopoderoso que ha creado Alemania en su mundo y nos ha enviado al caudillo Adolf Hitler. — *Pregunta:* ¿A quién debemos servir ante todo? *Respuesta:* A nuestro pueblo y a nuestro caudillo Adolf Hitler. — *Pregunta:* ¿Por qué obedeces? *Respuesta:* Por íntima convicción, por mi fe en Alemania, en el Führer, en los Escalones de Protección, y por lealtad[91].»

Tras ese aleccionamiento ideológico, el aspirante cumplía su servicio militar y social para reaparecer finalmente en las SS con una

* Reicharbeitsdienst = RAD.

nueva catadura: como militante potencial de los Escalones. Si los informes de la Wehrmacht le eran favorables, podía ingresar definitivamente en la Orden al cabo de un mes [92]. Se celebraba una vez más el 9 de noviembre, y entonces se cerraba el círculo. Nuevamente prestaba juramento el flamante miembro de las SS. Esta vez lo hacía por él mismo y su futura familia, acatando la orden del *Reichsführer SS* promulgada el 31 de diciembre de 1931 por la que se imponía a todos los afiliados SS el deber de contraer matrimonio «aunque teniendo presente única y exclusivamente el criterio sobre raza e integridad genealógica», y tan sólo con autorización previa de la RUSHA o Himmler [93].

Entonces el joven cofrade recibía la daga SS y, mediante ese acto simbólico, se zambullía en una hermandad particularista e insólita en la que el fanatismo sectario, los hábitos feudales y el romántico ritual germánico se amalgamaban extrañamente con la moderna gerencia político-económica y la inexorable razón de Estado. Por fin, se representaba el cuadro apodíctico del adoctrinamiento proyectado por Himmler para modelar al superhombre SS: la confirmación del espíritu de cuerpo. Se remedaba ostensiblemente el culto social del oficial prusiano. Cada orden de Himmler, cada detalle externo del servicio diario deberían infundir un soplo de exclusivismo en el militante para que los SS pudieran diferenciarse de las restantes organizaciones nacionalsocialistas. Himmler confería un honor especial a su Orden inspirándose en las ceremonias caballerescas medievales.

El juez SS Scharife nos explica por qué se distinguían también los SS dentro del Partido: «El militante SS ocupa, naturalmente, una posición descollante entre los restantes camaradas del Partido, ya que él debe velar por el Movimiento y el Führer sacrificando su propia vida si fuera necesario. Es ocioso decir que esa posición especial... entraña un tratamiento especial del militante SS [94].»

Fundándose en tal razonamiento, Scharf aseveraba que ningún Tribunal del Estado, ni del Partido siquiera, tenía jurisdicción sobre el militante SS...; esas atribuciones correspondían exclusivamente a los jueces y superiores de los Escalones [95].

Existía una judicatura especial que se interponía entre la justicia ordinaria y el SD, las reservas estratégicas, las formaciones de la calavera, las escuelas de cadetes y, prácticamente, todo jefe SS desde *Sturmbannführer* hacia arriba. Siglos de jurisprudencia europea quedaban reducidos a cero: el militante SS recibía honores muy particularmente y los defendía por su propia cuenta. Aquella daga simbolizaba el honor especial del hombre rúnico. Tras el conflicto con

Roehm, los SS habían recusado los tribunales de honor SA, y Himmler declaraba en 1935: «Cada militante SS tiene el derecho y la obligación de defender su honor con las armas [96].» Retornaba, pues, una prerrogativa aristocrática y fosilizada...: el duelo.

A partir de entonces, todo militante SS pudo arrojar el guante a quien le viniera en gana siempre y cuando se contara con la aprobación del *Reichsführer.* Himmler especificó con su proverbial meticulosidad profesoral las modalidades permisibles del duelo. «Si hubiera ofensa flagrante —se leía en su orden—, el militante SS dará los pasos necesarios dentro de las primeras veinticuatro horas (los días festivos no cuentan) para dejar entrever que le bastará una aclaración o, mejor dicho, una satisfacción.» Si se le negara tal satisfacción, el ofendido «deberá participar a su rival que se propone llevar adelante el asunto mediante su representante (padrino), quien le dará oportunamente noticias suyas». El padrino, «cuya graduación debe ser, en lo posible, la misma del ofensor, vestirá uniforme de servicio para presentar un desafío bien razonado al rival de su mandante y puntualizar la elección de arma». El reto por escrito en sustitución del padrino «tendrá mi autorización cuando se trate de casos excepcionales», pero entonces «se deberá notificar todo por carta certificada» [97].

Su concepto del honor SS fue tan singular que toleró ocasionalmente el recurso al suicidio. También adoptó aquí un tono de pedantismo burocrático, como lo evidencia el caso del *Obersturmführer* Johannes Buchhold, condenado a muerte por abuso de autoridad.

«Por orden del *Reichsführer SS* —anotó el *Hauptsturmführer* Bleyl con fecha 22 de junio de 1943 —notifiqué a... Buchhold que se dejaría una pistola en su celda durante seis horas como indicación de que se le daba una oportunidad para expiar la acción punible cometida por él. Así, pues, entregué al *Obersturmführer SS* Buchhold una pistola "mauser 08" con una bala en la recámara y el seguro alzado. Acto seguido, me despedí.» El reo hubo de agradecer todavía por escrito a su *Reichsführer* ese acto de clemencia. «Ratifico la declaración expuesta más arriba y, para que así conste, estampo al pie mi firma y rúbrica. Buchhold, *Obersturmführer.*» Último comunicado del *Reichsführer:* «El cadáver debe quedar a disposición de los familiares. Buchhold ha expiado su delito con la muerte. Dese a entender que ha caído en acto de servicio para ahorrar preocupaciones a los familiares [98].»

Sin embargo, esa justicia privativa del militante SS hacía peligrar la disciplina y el orden, según opinaba Himmler. Y la causa era muy sencilla: los temibles riesgos del igualitarismo. Lo que antaño

atañera solamente al oficial prusiano —salvaguarda del honor profesional— se había extendido en los SS hasta el último peldaño del escalafón. Por consiguiente, Himmler tuvo que contrarrestar esa seudodemocratización con un orden jerárquico muy estricto dentro de sus Escalones [99].

El *Reichsführer* trazó una divisoria a través de la colectividad SS para separar el sacerdocio de los legos. Himmler sabía por los masones, cuya sociedad le inspiraba un temor casi supersticioso, que la distribución de cargos e insignias importantes acrecentaba el poder y el esoterismo de una orden jerárquica. Por lo tanto, introdujo tres emblemas en su negra «contralogia».

Para militantes distinguidos, sin diferencia de grado, hizo diseñar una sortija de plata con la calavera SS en miniatura. Este sello había sido concebido inicialmente para los ex combatientes, y se debería distribuir tan sólo entre los 10 000 primeros afiliados. Pero el círculo de sus poseedores se extendió cada vez más. En 1939, lucían esa sortija casi todos los jefes SS que tuviesen tres años de antigüedad como tales [100].

Himmler manejó con más cautela el talismán de los mandos SS, el honroso espadín que contaba entre los requisitos fundamentales para ascender a la nueva nobleza alemana. Solamente se podía conferir ese espadín a los militantes con graduación (desde *Untersturmführer* hacia arriba); además, esas concesiones no estaban prescritas como en el caso de la sortija sino que representaba una merced más o menos arbitraria del *Reichsführer*. Únicamente los benjamines, los diplomados de las escuelas *Junker* recibían sin más trámites la daga al terminar sus estudios [101]. La daga de Himmler debería mostrar quiénes eran los elegidos del gran maestro para integrar la escala jerárquica. Cuanto mayor el rango, mayor la espesura de las dagas. Al terminar la guerra poseían daga 362 de los 621 *Standartenführer*, 230 de los 276 *Oberführer*, 88 de los 96 *Gruppenführer*, 91 de los 92 *Obergruppenführer* y los cuatro *Oberst Gruppenführer* [102].

Desde luego, ese escalonamiento jerárquico tan matizado no satisfacía aún al místico Himmler. Su cerebro, lleno de romanticismo histórico, sabía por las innumerables sagas leídas y releídas, que el rey celta Artús (año 500 después de Jesucristo) reunió a los doce caballeros más nobles y valerosos alrededor de una mesa circular y, con su ayuda, defendió la fe y la libertad de los celtas contra el intruso anglosajón [103]. De ahí se podía aprender también algo útil para los SS. La leyenda del rey Artús debió haber impresionado considerablemente al *Reichsführer*, pues no toleraba nunca en su mesa ni más ni menos

de doce invitados. Y así como el rey Artús eligiera otrora a sus doce bravos, el «rey Heinrich» designó también a los doce *Obergruppenführer* más destacados para ocupar los altos grados jerárquicos de su Orden [104].

También ideó Himmler un emblema destinado a esos esforzados caballeros. En 1937, el profesor Karl Diebitsch, director del Departamento SS de Bellas Artes (Munich) recibió un encargo de su *Reichsführer:* debía diseñar varios escudos de armas para los más importantes jefes SS [105]. Sin embargo, antes de que el profesor ejecutara con toda su vehemencia científica esa orden, entró en escena otra creación de Himmler: el «patrimonio vernáculo». Unos cuantos arqueólogos se dedicaron exclusivamente a desenterrar antigüedades germánicas. Estos investigadores excavaron en todas direcciones para proporcionar material genealógico al forjador Diebitsch [106]. El 17 de julio de 1937, Pohl, uno de los *Gruppenführer* seleccionados, tuvo la primera noticia sobre el patrimonio vernáculo y se manifestó así: «Lo que nosotros perseguimos es el escudo ancestral del hombre germánico, nuestra marca de fábrica. Es el símbolo de la estirpe germánica y de sus antiquísimos antepasados. Y para poder ligar con el añejo blasón del linaje germánico, se requiere una cuidadosa investigación [107].

El jefe SS encontró en la casa de Wewelsburg un Valhala donde pudo instalar su «Tabla Redonda» y proporcionar una decoración digna a las armas de sus caballeros. El nuevo Grial de Himmler acogió a los elegidos. Se les hizo pasar a un comedor de 35 por 15 metros, y se instalaron en torno a una enorme mesa de roble; cada uno ocupó un sillón de orejas forrado con piel de cerdo, cuyo respaldo ostentaba una placa argentada donde se leía el nombre del caballero ocupante [108]. Desde entonces, celebraron allí regularmente coloquios y conferencias que apenas se diferenciaban de una sesión espiritista. Cada elegido poseyó en aquel castillo su propio aposento cuyo moblaje, de determinado estilo, se consagró a una adecuada personalidad histórica [109].

El castellano, que, según opinaba el ministro de Armamento Albert Speer, era «mitad maestrillo mitad orate» [110], previó también el fin de sus caballeros. Bajo el comedor había un inmenso sótano abovedado de roca viva y separado del mundo exterior por un muro cuyo espesor tendría sus buenos dos metros. Aquello fue el sanctasanctórum de la Orden: el adoratorio, el reino de los muertos [111].

En medio del pavimento se abría una cavidad, algo así como un pozo al que conducían dos peldaños. Una pila granítica constituía el centro, y a lo largo del muro se alineaban doce zócalos de piedra.

En la pila se incinerarían los blasones de cada *Obergruppenführer* difunto, y sus cenizas se conservarían en la urna colocada junto al zócalo correspondiente. Los respiraderos —cuatro boquetes abiertos en la techumbre— estaban construidos de tal forma que el humo formaría una columna perfecta durante la ceremonia de incineración [112].

Pues bien; allí, en la mansión de Wewelsburg, Himmler pretendía forjar la armazón ideológica de la Orden con sus doce *Obergruppenführer*. El escenario parecía idóneo para tal empresa: Wewelsburg era el único castillo amurallado y elevado de Westfalia, próximo a Paderborn, y su nombre provenía de un antiguo propietario, el caballero bandido Wewel von Büren [113]. El burgo, otrora refugio ocasional del obispo de Paderborn, se extendía (y se extiende todavía) sobre una loma desde la cual se dominaba el riachuelo Alme, cuyas aguas bañaban la aldea de Wewelsburg. Ésta fue arrasada en tiempos de los hunos, por ser un castillo sajón con fosos, pero renació pujante con el siglo XVII bajo el nombre de Wewelsburg [114], un gran triángulo grisáceo sobre el verde paisaje destinado a ejercer una extraña fascinación en el espíritu exaltado de Himmler, hombre más apegado al pretérito que al presente.

Según quiere la leyenda, Himmler oyó hablar de cierta profecía que auguraba lo siguiente: cuando sobreviniese la próxima invasión desde el Este, sólo se resistiría un burgo de Westfalia, y se dice que lo estuvo buscando por todo el país [115]. Pero la realidad es mucho más prosaica: el Municipio de Büren, a quien correspondía el mantenimiento del burgo, se alegró de poder traspasar la destartalada fortaleza al jefe SS [116]. El 27 de julio de 1934, Wewelsburg quedó en poder de las SS, que lo arrendaron por un marco anual. Poco después, Himmler informó al ministro de Hacienda, Schmitt: «Me propongo reconstruir Wewelsburg para convertirlo en escuela de jefes SS. Por lo tanto, solicito la mayor subvención posible para los gastos de edificación [117].»

El romántico Himmler había encontrado su Marienburg, pues así como veía en los SS una segunda orden caballeresca alemana, proyectaba también hacer de Wewelsburg un emporio espiritual, un centro de inspiración para la nueva Orden, análogo a aquella Marienburg en Prusia oriental donde antaño el gran maestre de la Orden teutónica forjara su dominación sobre los eslavos y enterrara a sus más relevantes muertos bajo el coro de la capilla palatina [118].

Himmler creó en su Estado Mayor privado un negociado para Wewelsburg, al cuidado del *Standartenführer* Siegfried Taubert, quien fue nombrado también comandante de la plaza en 1937 [119]. El arqui-

tecto SS Hermann Bartels proyectó la reconstrucción para realizar[120] a su manera lo que el jesuita Johann Horrion había anunciado ya poéticamente hacia principios del siglo XVII:

Nun hebt Wewelsburg,
auf gediegenem Felsen sich türmend,
hoch zu den Wolken der Luft
kühn das erhabene Haupt.
Eins von den Hunnen (wenn Glauben
du schenkst der Sage) gegründet,
hat nach verschiedenen Herrn
dich sie zum Herrscher erwaelt,
jetzo ein Haus, Dein würding * [121]...

Una cuadrilla de trabajadores voluntarios y una plana mayor de técnicos SS reedificaron el burgo patrocinado por Himmler. Sobre el comedor, en el ala Sur de la fortaleza triangular, levantaron las habitaciones privadas del *Reichsführer*, agregando una gran sala para su importante colección de armas y una biblioteca donde tuviesen cabida 12 000 voluminosos tomos. En dos espacios contiguos construyeron el salón de actos y una audiencia para el Tribunal supremo SS. Aquella planta contuvo también unos aposentos reservados a Hitler, quien, desde luego, no apareció jamás por Wowelsburg..., razón suficiente para que corriera por aquella aldea el rumor de que Hitler debe haber sido enterrado en Wewelsburg[122].

Las extravagancias de Himmler por un castillo que hacia el fin de la guerra le había costado ya trece millones de marcos[123] fueron algo más que una mascarada histórica. Él se figuró que la Historia —o su peculiar interpretación de ella— podría llegar a ser un coagulante ideológico, un motor filosófico de sus Escalones. Wewelsburg no fue la única fortaleza que tendió lazos indisolubles entre Himmler y los SS. «Es mi propósito —declaraba en 1937— erigir a ser posible en las inmediaciones de cada estandarte otros tantos exponentes culturales del grandioso pretérito alemán, para que normalicen nuestra vida y la orienten hacia un estado digno de un pueblo culto[124].»

En 1936 fundó una «Sociedad para el Fomento y Mantenimiento de los Monumentos culturales alemanes»[125], que prodigó sus cuidados entre los edificios históricos... si bien sólo aquellos que documentaban

* Ahora se alza Wewelsburg, / dominante sobre macizas rocas, / aspirando el aire entre las nubes, / audaz la altanera cabeza. / Antaño fundado por los hunos (si se ha de dar crédito a la saga), / ha elegido tu señorío / entre muy diversos señores / y te ofrece una morada digna de ti...

los períodos predilectos del ideólogo SS, es decir, la remota Antigüedad germánica, la Era pagana del Medievo y la época colonialista de la misión alemana en el Este bajo la Orden teutónica. La sociedad restauradora de Himmler cuidó concienzudamente lo que convino a los SS en ese mundo petrificado antieslavo y anticristiano, tal como castillos desmoronadizos de la Orden teutónica o la legendaria floresta sajona de Verden a orillas del Aller, donde se alza un túmulo para perpetuar la memoria de los 4 500 sajones paganos ejecutados allí en el año 782 por Carlomagno (Himmler: «Carlos el Franco»)[126].

A ese respecto, comentaba Himmler: «Tales cosas nos interesan porque revisten suma importancia en la lucha política e ideológica[127].» Romanticismo histórico, pangermanismo y paganismo como elementos integradores de esos SS reclutados en todos los estratos sociales, constituyeron el fondo de dicha fundación y otras similares promovidas por Himmler. Entre ellas, ocupó un lugar prominente la «Institución en Memoria del Rey Enrique I»[128], pues Himmler, enemigo pagado de los polacos, sentía viva admiración por ese monarca de la dinastía sajona (876-936) que lograra someter a los eslavos.

En el milenario de la muerte del citado rey, el 2 de julio de 1936, el Heinrich vivo juró ante el muerto, cuya cripta (por entonces vacía) se halla en la basílica de Quedlinburg..., que reanudaría y coronaría la misión sajona en el Este[129]. Un año después, hizo trasladar solemnemente los restos mortales de Enrique I a la basílica[130]. Según manifestó Himmler, la cripta del monarca «sería un lugar sagrado al que peregrinarían los alemanes para rendirle homenaje»[131]. Y el *Reichsführer* solía acudir allí en cada aniversario del rey para mantener con el otro Heinrich un diálogo silencioso que se iniciaba puntualmente cuando las doce campanadas de la medianoche despertaban inquietantes ecos alrededor del sombrío sarcófago[132].

Himmler aprovechó cada oportunidad para establecer contacto con el regio difunto. Se atribuyó la facultad de conjurar los espíritus y reunirse con ellos periódicamente; no obstante, y según confió a su amigo íntimo Kersten, sólo se presentaron los espíritus de personas muertas por lo menos cien años antes[133]. Cuando caía en trance —informó el propio Himmler— se le aparecía con frecuencia el espíritu del rey Heinrich para revelarle trascendentales enigmas. Y así, Himmler iniciaba muchas conversaciones ordinarias con estas palabras: «El rey Heinrich hubiera hecho lo siguiente en este caso...» Se interesó tan vivamente por su héroe que poco a poco creyó ser una reencarnación del rey[134].

Sin embargo, ese ocultismo no nació de una afición desmedida a

la Historia. Los vínculos con el pretérito deberían imprimir un sello de predestinación a la Orden SS, deberían originar un determinismo histórico que caracterizase a todos los militantes SS sin excepción como una larga cadena de hidalgos germánicos. El «lema fundamental de las SS», concebido por Himmler, decía así: «La organización SS emprende su marcha, según leyes inmutables, como una Orden nacionalsocialista de hombres categóricamente nórdicos, como una colectividad de tribus nórdicas conjuradas.» Himmler: «Nosotros no quisiéramos ser solamente los descendientes que zanjen el litigio con las armas, sino también los futuros ascendientes..., el patriciado indispensable para perpetuar la vida del pueblo germánico [135].»

Evidentemente, Himmler eligió el culto de los antepasados germánicos para proporcionar cohesión ideológica a las SS, tan faltos de ella. Porque el artificioso y paródico misticismo de los hombres rúnicos no podían hacer olvidar que a la organización SS le faltaba lo que necesita cualquier orden para distinguirse en su medio ambiente: una doctrina sin mácula.

Por cuanto se refiere a fundamentos filosóficos, la organización SS no pudo ofrecer más que las restantes formaciones nacionalsocialistas: una bizantina fe en Hitler, un nacionalismo hipertrofiado y una alucinación racista. Ninguna otra doctrina diferenció a las SS de las demás organizaciones nacionalsocialistas. Ciertamente, los dos dogmatizantes, Himmler y Darré, inculcaron a los SS algunas ideas sobre la política colonizadora rural, pero ese credo —que debería aplicar algún día (1940) la Dirección de Raza y Colonización— tuvo sólo a la sazón un significado ritual. Hasta entonces toda sugerencia acerca de la colonización campesina había sido vista como una utopía de charlatanes reaccionarios que dejaban a un lado la realidad de nuestra moderna sociedad industrial..., e incluso en el III Reich se redujo día tras día la población labradora [136].

No. Las SS no tuvieron ninguna ideología genuina. Los doctrinadores de la RUSHA martillaron sin cesar sobre el indiferentismo ideológico de las reservas estratégicas; asimismo, los propagandistas RUSHA fue acogido con soberanos bostezos entre los SS ordinarios. Las veladas educativas fueron, tal vez, los actos menos populares del repertorio SS. E incluso para los jefes SS —según un parte del *Gruppenführer* Zech—, resultaron más importantes los holgorios amenizados con cerveza de la Wehrmacht que la asistencia a los cursos formativos SS [137]. El *Standartenführer* doctor Caesar, jefe del departamento SS de Instrucción teórica, formuló una enérgica queja en enero de 1939: las enseñanzas político-raciales no encontraban apenas eco

entre los militantes SS: «La gente muestra cada vez más tedio al escuchar esos temas y, por lo tanto, es preciso hacer extensivo el adoctrinamiento a los fundamentos del ideario nacionalsocialista.» Pero tampoco se logró con ese método «el resultado apetecido»[138].

Finalmente, se eximió a la RUSHA de esa misión pedagógica para ponerla bajo los auspicios de la Dirección general SS, que relegó filosofía e ideología «en favor de los temas históricos» (Caesar)[139]. Esa Historia adulterada por las frecuentes excrecencias ideológicas llenó un vacío que los SS no hubieran podido cerrar jamás con sus propias ideas.

El ideólogo Himmler extrajo también de la Historia un extraño folklore seudogermánico con el que quiso igualmente consolidar la moral de sus Escalones: los SS deberían elevarse sobre su medio ambiente mediante un paganismo consecuente y nunca visto. El maestrillo con uniforme de *Reichsführer* se inmiscuyó en la vida privada del militante SS: familia, religión y amor fueron sometidos a la censura previa de Heinrich Himmler, pues para él los SS no fueron una Orden de varones sino «una Orden de tribus germánicas».

En una minuta del año 1936, exigió ya que «el militante SS se casara y fundara una familia entre los 25 y los 30 años de edad, a ser posible»[140]. El matrimonio obligatorio proclamado por el *Reichsführer* en 1931, orden que debió acatar todo militante SS mediante juramento, brindó a Himmler la oportunidad de interponer el veto entre sus SS contra las novias indeseables.

El militante SS, así como su prometida tenían que llenar un cuestionario de la RUSHA, soportar una investigación de taras hereditarias por los médicos SS, exhibir un certificado de genealogía aria y presentar una fotografía de cuerpo entero en bañador. Una vez cumplido tales requisitos, la RUSHA estudiaba el caso para determinar si ambos candidatos al matrimonio eran dignos de figurar en el «registro tribal» de los SS; cuando los interesados eran jefes SS, se encargaba de resolver su caso el propio Himmler[141].

Pero no terminaba todo ahí. La boda se celebraba bajo el tutelar signo rúnico. Entonces se arrinconó el matrimonio canónico y, en su lugar, apareció «la consagración nupcial» que tenía lugar, después de los trámites civiles, en el círculo íntimo de los contrayentes y ante el jefe de la unidad local. Durante ella, los recién casados intercambiaban sus sortijas y recibían el pan y la sal de las SS[142]. Cada paso que daban los nuevos cónyuges los alejaba más y más de la Iglesia cristiana, como ya lo había previsto Himmler. El militante SS nada más podía ser jefe cuando renegara de la Iglesia y declarase «creer direc-

tamente en Dios», de modo que ningún sacerdote podría asistir a su bautizo o muerte [143].

Tras las huellas del religioso surgió el jefe local SS, y los obsequios nupciales del *Reichsführer* sustituyeron al bautismo. Por cierto que estas ofrendas, cuya procedencia era invariablemente la fábrica de Allach (Munich), donde los SS elaboraban su propia porcelana y cubertería, se atenían a un patrón único: cuando llegaba el primer hijo se enviaba un cubilete de plata, una cuchara del mismo metal y una pañoleta de seda azul, más un candelabro con esta inscripción: «En la eterna cadena tribal tú eres sólo un eslabón [144].»

Únicamente cuando se aproximaban las Navidades, el momento más entrañable del alemán, Himmler tropezaba con algunas dificultades teóricas como caudillo germánico. En 1936, logró capear el temporal: «Echaremos un cerrojo férreo para que no se infiltre jamás en nuestras filas esa comodidad adocenada que ha acarreado tantas veces funestos peligros al pueblo alemán [145].» Pero la esposa SS añoraba justamente ese esplendor de la fiesta cristiana, precursora de las Navidades. Así, pues, Himmler promovió un sucedáneo navideño, la *Julfeste* *. Cada año vomitaron las fábricas Allach verdaderos aludes de «candelabros *Jul*» y «vajillas *Jul*» para las familias SS. Himmler se hizo sus reflexiones: «Si se quiere que la mujer renuncie al mito de la Iglesia, será preciso darle otra cosa que satisfaga su bullicioso espíritu y el de sus hijos [146].»

Los escarceos filosóficos en torno a la fiesta navideña revelaron hasta qué punto divergían realidad e ideología dentro de las SS. Teóricamente, predominó el neopaganismo folklórico de Himmler. Pero el matrimonio obligatorio y juramentado fue objeto de tantas controversias que muchos militantes SS hicieron caso omiso. En 1937, fueron expulsados de los Escalones 307 afiliados por contravenir la orden de Himmler [147]. El descontento cundió en la organización, y Himmler se vio precisado a atenuar más cada año las represalias contra los infractores de sus disposiciones sobre el matrimonio. En un principio, la Dirección general SS ordenó con fecha 3 de junio de 1936 que se expulsara de las SS a quienes infringieran deliberadamente el susodicho edicto [148]. Pero desde el 23 de junio de 1937, rigió otro criterio: sólo se podría expulsar a un militante SS por violación del edicto cuando ni él ni su esposa satisfacieran los requisitos raciales de la organización SS [149]. Y a partir del 1.º de noviembre de 1940, Himmler permitió que reingresaran en la Orden todos los militantes licenciados o ex-

* Fiesta navideña en Escandinavia.

pulsados por contravención del edicto sobre matrimonios, siempre y cuando sus características raciales fueran admisibles[150].

Himmler sufrió otra decepción. Tampoco pudo imponer jamás su programa contra la Iglesia. Dos terceras partes de los SS ordinarios conservaron su devoción cristiana: el 54,2 % reafirmó su confesión evangélica, y el 23,7 % su catolicismo. Únicamente entre las unidades armadas SS predominaron «los creyentes directos en Dios»: las reservas estratégicas tuvieron un 53,6 por ciento y las formaciones de la calavera, un 69 por ciento[151]. No obstante, la guerra les obligó a adoptar una actitud defensiva. En el Arma SS aparecieron acá y acullá capellanes católicos[152], los voluntarios germánicos recibieron autorización para oír misa[153] y, en algunas unidades, como la del *Obergruppenführer* Bittrich, se permitió incluso a las distintas Iglesias que visitaran los acantonamientos para su labor de evangelización[154].

Más amargo todavía debió de ser el desengaño del místico racista Himmler ante el escaso afán procreador de las esposas SS. La familia SS apenas sobresalía de su medio burgués: en lugar de los cuatro hijos por matrimonio como proclamaba Himmler, los 115 650 militantes SS casados dieron un promedio de 1,1 hijos, según los datos estadísticos del 31 de diciembre de 1939, y eso sin contar que el promedio parcial correspondiente a los jefes SS era de 1,41 hijos[155]. Todos los esfuerzos para aumentar la natalidad entre los SS fueron inútiles; no lo logró siquiera la sociedad pro reproducción «Fuente de la Vida» *(Lebensborn)* —fundada por Himmler— con sus discretas y económicas casas de maternidad. Aunque pertenecieron a ella obligatoriamente los 3 500 jefes SS y cada uno le entregó una parte proporcional de su sueldo (entre el 5 y el 8 por ciento), la «Fuente de la Vida» contó sólo con 8 000 socios en 1939...; 8 000 entre 238 159 militantes que integraban las SS ordinarias[156].

El principal incentivo de «Fuente de la Vida» fue que en sus hogares también pudieron dar a luz las madres solteras. El director de la sociedad, doctor Ebner, se pavoneó: «Gracias a sus especiales instalaciones, "Fuente de la Vida" puede garantizar como ninguna otra institución el secreto más absoluto sobre un parto.» Al propio tiempo, el *Reichsführer* dio orden de que «todo militante SS protegerá a la futura madre de buena raza»[157]. También desoyeron casi todos los militantes SS esa ostensible insinuación incitándoles a quebrantar los cánones convencionales burgueses en aras de la «buena raza». Entre los 12 081 hijos de los jefes SS casados, sólo nacieron 135 fuera del matrimonio[158].

Resultó evidente que el folklore neogermánico promovido por

Himmler no rectificó la desconcertante heterogeneidad de las SS. Y su campaña anticlerical perjudicó en primera línea a los propios Escalones, pues muchos simpatizantes se disgustaron y retiraron su solicitud de ingreso. Por aquellos días, la aristocracia empezó a distanciarse de las SS para recuperar sus posiciones tradicionales en la Wehrmacht [159]; y también por aquellos días se redujeron las aportaciones pecuniarias de los miembros patrocinadores (581 000 marcos en 1934 y 400 000 en 1936) [160]. El tesorero mayor SS, Pohl, lo confirmó: «La organización FM ha dejado ya atrás su punto culminante [161].»

Asimismo, muchos jefes principales abandonaron en masa las SS: 44 sólo en 1938 [162]. «El escape de jefes principales hacia la industria entraña grandes peligros», advirtió el jefe de personal SS, Schmitt, el 31 de diciembre de 1938. Y citó entre los escapados a «varios de nuestros mejores jefes». Sobre todo en el sector Danubio, muchos jefes «aceptaron importantes cargos en los Escalones con el exclusivo propósito de utilizarlos como trampolines para saltar a puestos más remunerativos de la industria» [163].

Además, el negociado de personal hizo ciertos cálculos de los cuales se infirió que Himmler debería licenciar muy pronto por incapacidad a 237 elementos de los cuadros subalternos (jefes de estandartes y *Sturmbannen*, jefes de planas mayores y ayudantes de Estado Mayor). Ese mismo negociado llegó a esta conclusión: «Según el cálculo de probabilidades, 128 (26 %) jefes principales de los 513 que desempeñan cargos importantes no están capacitados para ejercer sus actuales funciones y menos todavía para ocupar puestos de mayor responsabilidad [164].»

Aquello planteó al gran maestre de la Orden negra un engorroso dilema que jamás tuvo solución: el gigantismo acelerado del imperio SS y la escasez creciente de mandos pedían a gritos personal nuevo, pero el alistamiento encontraba cada vez mayores dificultades, y Himmler se veía obligado a tomar hombres que no concordaban en modo alguno con el prototipo nórdico de los SS.

Los propagandistas SS habrían sufrido un serio descalabro si los Escalones no hubiesen ofrecido, aparte de su abstruso culto germánico, un incentivo anímico con suficiente poder para satisfacer a las mentes más exigentes. Pues los SS poseían un criterio, un solo criterio que los diferenciaba de su medio ambiente e incluso del Partido: su estilo de vida. No eran las firmes convicciones políticas ni el fanatismo nacionalsocialista —como pretendían dar a entender las disparatadas órdenes de Himmler— lo que caracterizaba al auténtico militante SS, sino más bien «un autodeterminismo que en lugar de

orientarse hacia objetivos políticos, como el del Partido, se dirigía a la propia personalidad y a su enfrentamiento con el mundo circundante...», según lo explica el ex ministro de Hacienda conde Schwerin von Krosigk [165].

Tal vez se expresara mejor diciendo que los SS eran un mugrón de la mentalidad dominante en el antiguo Cuerpo voluntario. Su más relevante cronista, Ernst Jünger, escribió cierta vez: «No importa saber por qué luchamos sino cómo luchamos [166].» Y uno de sus discípulos, el *Obergruppenführer* doctor Werner Best —más tarde consultor jurídico de la Gestapo— aprovechó esa filosofía derrotista para formular un pensamiento explicativo sobre el perfil mental del jefe SS: la idea del «realismo heroico» [167]. Best aleccionó así a los suyos en 1930: «La lucha es lo necesario, lo eterno... Sus objetivos están condicionados por el tiempo y las cambiantes circunstancias; por lo tanto, nuestra actitud tampoco depende del triunfo en combate... Sólo resta, pues, como módulo de nuestra moral no el contenido ni el "qué" sino la forma, el "cómo" [168].»

Esa ética tan introspectiva dio paso libre a una aceleración centrípeta del rendimiento personal que, en definitiva, caracterizó la mentalidad SS, tal como la describió Himmler con su clásica fórmula: La palabra "imposible" no puede existir jamás en nuestro vocabulario [169].» Así, pues, «la deificación del rendimiento por la propia voluntad», según lo ve el historiador Hans Buchheim [170], cautivó también a muchos individuos ajenos al nacionalsocialismo que, en un principio, habían despreciado los alardes heroicos de la Orden negra. Pero ese reto a la capacidad individual, al esfuerzo personal, reforzado con las incesantes demandas de movilización y preservación, desencadenó una competencia sobrehumana y genuinamente viril entre los cofrades de la Orden que sobrepasó todas las normas conocidas hasta entonces.

Por el año 1930, Best creía todavía, desde luego, en la «lucha noble» o, al menos, en una «moral heroica». Su combatiente ideal tenía una personalidad autónoma, era un subjetivista sincero, responsable tan sólo ante la propia conciencia. Pero ese épico luchador SS recibió órdenes de arriba y se supeditó a una ética errática que, inopinadamente, justificó el delito por supuestos imperativos políticos como objeto de la potencialidad humana y tecnológica. «A quien no le importe saber por qué lucha sino sólo cómo lucha, se lo utilizará de forma y, bajo ciertas circunstancias, se le hará perseguir con heroísmo objetivos ilícitos —dictamina Buchheim—. Mientras el combatiente heroico se imagina estar luchando para y por sí mismo, otros

encauzan su esfuerzo hacia las miras totalitarias..., y él no se percata jamás o lo percibe demasiado tarde [171].»

Werner Best lo percibió demasiado tarde. Se rompió el molde romántico del realismo heroico cuando Best empezó a montar con Reinhard Heydrich el aparato policíaco y aterrador del III Reich. Pues los Escalones de Protección habían tomado ya hacía mucho bajo su férula el instrumento más eficaz del caudillaje dictatorial.

ESCALA JERARQUICA DE LAS SS
(y su equivalencia en graduaciones militares)

Militante SS (soldado de 2.ª)
Sturmmann (cabo)
Rottenführer (cabo primero)
Unterscharführer (sargento)
Scharführer (sargento primero)
Oberscharführer (brigada)
Hauptscharführer (subteniente)
Untersturmführer (alférez)
Obersturmführer (capitán)
Hauptsturmführer (capitán)
Sturmbannführer (comandante)
Obersturmbannführer (teniente coronel)
Standartenführer (coronel)
Oberführer (coronel)
Brigadeführer (general de brigada)
Gruppenführer (general de división)
Obergruppenführer (teniente general)
Oberstgruppenführer (capitán general)

8. Heydrich y la Gestapo

En el verano de 1932, el *Gauleiter* de Halle-Merseburg, Rudolf Jordan dio un susto respetable a la jefatura NSDAP. El *Gauleiter* tuvo muy malos presentimientos: en el medio íntimo de Adolf Hitler —según se le informó— anidaba un emboscado perteneciente al enemigo universal, la raza judía.

«Lo repito tal como me lo han dicho —escribió Jordan el 6 de junio de 1932 al jefe nacionalsocialista de organización, Gregor Strasser—. En la jefatura del Reich hay un camarada llamado Heydrich cuyo padre reside, al parecer, en Halle. Existen buenas razones para sospechar que ese padre, ese Bruno Heydrich residente en Halle, es judío... Tal vez convenga que el departamento de personal investigue cuanto antes este asunto.» Pocos días después, el *Gauleiter* despachó un extracto del *Diccionario musical* de Hugo Riemann, donde leyeron los alarmados camaradas en Munich: «Heydrich, Bruno. Verdaderamente *Süss.* Nacido el 23 de febrero de 1865 en Leube, Sajonia [1].»

Strasser pidió el expediente personal y leyó lo siguiente: «El *Sturmbannführer SS* Reinhard Heydrich trabaja desde el 1.º de octubre de 1931 en la Dirección general de la jefatura SS y se propone crear una organización tan ridícula como misteriosa denominada "Servicio de Seguridad del *Reichsführer SS*" [2].» ¿Era concebible que Heinrich Himmler, el antisemita más colérico del Partido, confiase su propia seguridad a un judío?

El organizador Strasser movilizó al renombrado genealogista nazi doctor Achim Gercke y le hizo seguir el rastro genealógico del sospechoso. Dos semanas necesitó el doctor para investigar aquel caso y exponer sus hallazgos en un *Sumario sobre el origen racial del teniente de navío retirado Reinhard Heydrich* [3]. Recapitulación: «De dicho árbol genealógico se infiere que el teniente... Heydrich tiene ascendientes alemanes libres de todo mestizaje judío... Tales datos

se basan en documentos originales cuya autenticidad ha sido verificada.»

El rumor sobre la procedencia judía de Heydrich tuvo como fundamento los siguientes hechos (según manifestó Gercke el 22 de junio de 1932: «La abuela del teniente Heydrich, Ernestine Wilhelmine Lindner de Heydrich, se casó en segundas nupcias con un cerrajero, Gustav Robert Süss, y como tenía una abundante progenie de su primer matrimonio con Reinhold Heydrich, los hijos se apellidaron Süss-Heydrich. Por lo demás, conviene observar aquí que el cerrajero Süss no tuvo ascendencia judía.»

Gercke prosigue así su enjundiosa aclaración: «Ese segundo matrimonio de la señora Heydrich, madre de Bruno, dio pie a una suposición errónea que tomó vuelo con la observación "Heydrich, verdaderamente *Süss*". En las siguientes ediciones del mencionado diccionario se suprimió ese dato falso y, por cierto, a petición de la familia Heydrich [4].»

El genealogista creyó haber resuelto la «cuestión Heydrich» cuando en realidad ésta no hizo más que empezar, pues cuanto más ascendió Heydrich por la escala jerárquica nacionalsocialista y mayor fue su fama como «el joven y malévolo Caronte» del III Reich (según el suizo Burckhardt) [5], tanto más se expandió el rumor sobre la ascendencia semítica del «SS número dos».

Tras el hundimiento del régimen hitleriano, muchos coetáneos e historiadores siguieron hurgando casi con satisfacción en la supuesta maraña genealógica del jefe SD y, prácticamente, cada cual aportó nuevos detalles a la tesis que probaba el origen «no ario» de Heydrich. El ex *Obersturmführer SS* doctor Wilhelm Hoettl, antiguo subdirector del SD en el extranjero, informa que Heydrich ganó tres pleitos civiles contra otros tantos ciudadanos alemanes a mediados de los años treinta; esos denunciantes le achacaron en público su procedencia no aria, pero él hizo desaparecer todas las pruebas indiciarias sobre su origen, entre ellas la losa funeraria de su abuela judía, Sara Heydrich, en el cementerio de Leipzig [6].

El antiguo médico de Himmler, Felix Kersten, afirma con absoluta certeza que, tras su subida al poder, Hitler averiguó la verdadera ascendencia de Heydrich, pero se pronunció en favor del jefe SD y le dejó conservar su puesto [7]; por otra parte, el *Obergruppenführer SS* doctor Wilhelm Stuckart recuerda haber oído decir al director ministerial Hering que Heydrich figuraba «como judío o mestizo judío» [8]. En ese círculo de insignes sabihondos no podía faltar, naturalmente, el almirante Canaris, jefe de Seguridad. Cierto pianista berlinés y anti-

guo colaborador de ese Servicio, Helmut Maurer, escamoteó en el registro civil de Halle, cuando corría ya el año 1940, toda la documentación comprometedora de la familia Heydrich, lo cual permitió a Canaris ejercer cierta presión coactiva sobre Reinhard Heydrich para proteger su Servicio de los insistentes ataques SD [9].

A nadie se le ha ocurrido, sin embargo, el hecho de que esos sapientes iniciados se contradigan entre sí: el agente Maurer encuentra documentos comprometedores, mientras que, según el subdirector SD Hoettl, Heydrich había destruido mucho antes las pruebas acusatorias [10]; Hoettl se aferra a la línea materna de Heydrich, donde le parece barruntar el vestigio «no ario» [11], pero Maurer asegura que se debe buscar en la línea paterna. Por tanto si se refiere a esos documentos en poder de Canaris que le permitieron coaccionar a Heydrich, parece existir cierta divergencia con el biógrafo del almirante, Karl Heinz Abshagen, quien menciona el hecho «de que Canaris temió siempre a Heydrich, como lo han afirmado varios testigos imparciales, y que cuando le notificaron su muerte [la de Heydrich] en mayo de 1942, se le oyó suspirar con evidente alivio [12].»

Cuando se conoció en los años cincuenta el laborioso trabajo del doctor Gercke, se quebró otra piedra del complicado mosaico conjetural sobre el supuesto judío Heydrich. Entonces no se pudo negar la evidencia: nunca había existido una Sarah Heydrich. Sin embargo, los teorizantes permanecieron impávidos. El antiguo fiscal de Nuremberg Robert Kempner contraatacó con la versión de que el árbol genealógico del nazi Gercke no tenía significado alguno porque, «evidentemente, estuvo amañado en consonancia con la decisión precedente de Hitler y Himmler para proteger a Heydrich» [13].

Kempner olvidó decir que el dictamen pericial de Gercke fue hecho en junio de 1932 mientras que Hitler debió tomar su decisión, según Kersten, a primeros de marzo de 1933, es decir casi *un año después*. El biógrafo británico de Heydrich Charles Wighton señaló el último escape de aquel dédalo. Barruntó que Gercke había omitido por completo a la abuela de Heydrich por línea materna, lo cual no le sorprendía puesto que esa mujer «era judía o, por lo menos, tenía sangre judía» [14].

El joven historiador israelita Shlomo Aronson rechazó también ese argumento. Opinó que Wighton «no había comprendido ni una palabra de ese dictamen pericial. Sobre todo, olvidaba que la línea materna quedaba al margen de la discusión, pues era "irreprensible" en el concepto nazi. Por consiguiente, el dictamen se ocupaba únicamente de la línea paterna, cuya "pureza racial" había sido probada» [15]. El doc-

torando Aronson, autor de una tesis leída en el verano de 1966 sobre *Heydrich y los primeros pasos de la Gestapo y el SD (Heydrich und die Aufaenge des Gestapo und des SD)* debe saber lo que se dice. Porque ha reconstruido meticulosamente la estirpe de Heydrich tanto paterna como materna desde 1738 y 1688, respectivamente, sin encontrar ni una sola gota de sangre judía [16].

La maravillosa terquedad con que se aferran muchos historiadores a la «tesis judía» traicionan el deseo de encontrar tras la máscara nórdica de Reinhard Heydrich algún arcano bien oculto, alguna monstruosidad inconfesable, alguna mácula imborrable que haya atenazado al poderoso socio de Himmler para dirigirlo como quien marcha bajo una irresistible influencia hipnótica y convertirlo, finalmente, en el inmisericorde campeón de la doctrina nacionalsocialista y «el más fanático de todos los racistas», como lo formula el británico Gerald Reitlinger [17].

Sea como fuere, parece indudable que aquel cerebro, ciertamente capaz, pertenecía a «un gran delincuente de la Historia» (Michael Freund) [18] y sufría alguna lesión interna. Todavía resalta más lógico buscar esa figura cerebral en la supuesta mácula hereditaria que era letal para un nazi y equivalía a un pecado capital. Por consiguiente, el historiador Reitlinger endosó prontamente a Heydrich un «odio patológico contra los judíos, contra su propia sangre», lo cual le dio la clave del pretendido fanatismo y dejó el asunto listo para sentencia [19]; asimismo, el cronista de Theresienstadt H. G. Adler conjeturó que el III Reich había «conferido a Heydrich un poder ilimitado, una oportunidad de sofocar el aborrecible germen judío en su interior... mediante el asesinato de todos los judíos disponibles» [20].

El propio Himmler divulgó en los círculos íntimos que Heydrich «había sido verdaderamente un infortunado con dos personalidades distintas como suele sucederle al mestizo» [21]. También lo vio así el comisario de la Sociedad de Naciones Carl J. Burckhardt; éste observó que el rostro de Heydrich estaba compuesto por dos mitades muy diferenciadas: «Creí estar contemplando a dos personas al mismo tiempo [22].»

Burckhardt tomó buena nota de lo que le refirieron varios militantes SS sobre Heydrich. Parece ser que cierta noche el jefe SD bebió más de la cuenta y hacia el amanecer entró dando tumbos en su cuarto de baño. Al percibir su propia imagen en el gran espejo desenfundó la pistola e hizo dos disparos contra el otro yo mientras vociferaba: «¡Por fin te pesqué, canalla!» El escritor suizo hace este comentario: «Disparó contra la personalidad doble, destruyó la otra

mitad de su rostro, pero sólo en el resquebrajado espejo. No pudo eliminarla y tuvo que vivir con ella hasta el fin de sus días [23].»

Pero el industrioso tributo documental de los biógrafos sobre la «bestia rubia», como se solía llamar a Heydrich entre los SS, no bastó para desvirtuar la máxima del viejo erudito Georg Christoph Lichtenberg: uno puede tratar mucho con una persona sin llegar a conocerla jamás. Porque Reinhard Heydrich no fue el Saint-Just de la Revolución nacionalsocialista ni un fanático del racismo, y su ser tampoco albergó, como sugiere el historiador Freund, «a un delincuente nato de pelaje luciferino» [24].

Por supuesto, la Historia cae en la tentación de equiparar esa pareja Himmler-Heydrich con el dúo terrorista de la Revolución francesa, formado por Maximilien Robespierre y Antoine Saint-Just. El jefe SD sobrepujó a su homónimo francés en materia de criminalidad, pero no poseyó jamás el tremendo idealismo de aquel revolucionario fanático y doctrinario. Heydrich y Himmler fueron más bien dos arquetipos del siglo XX aunque en su expresión más terrífica: el ideólogo y el tecnólogo. Por mucho que invoquen la Historia para falsearla a su conveniencia, Himmler y Heydrich serán siempre dos figuras antihistóricas, dos contradictores desarraigados y radicales de la tradición, de todas las normas humanitarias y sociales.

Heydrich idolatró el poder como tal, personificó la tecnología aplicada a una anodina razón de Estado y manifestó constantemente el recelo del déspota que le valió un apodo bastante significativo: «inspirador de sospechas» [25]. Pero le faltó ese odio genuino que, en definitiva, tendía ciertos lazos humanos entre Saint-Just y sus víctimas. Heydrich no despreció a los judíos, éstos sólo fueron para él la meta de un itinerario proyectado técnicamente, personajes sin alma en una «operación de limpieza» escenificada con inconcebible crueldad por el Estado.

Él concibió únicamente el odio como expresión del resentimiento personal. Persiguió con inextinguible rencor al gran almirante Erich Raeder, que lo había expulsado de la Marina, y rechazó repetidas veces las gestiones mediadoras de su antigua tripulación [26]. En cambio, Heydrich desconoció la hostilidad ideológica, los idearios, incluido el pardo, le inspiraron sólo desprecio. Es más: Heydrich, un monomaníaco del deporte, esgrimidor, jinete, piloto, esquiador y moderno atleta, sin contar sus funciones como inspector de gimnasia, protegió incluso a determinados deportistas judíos: dio pasaporte hacia América al campeón alemán de esgrima Paul Sommer y proporcionó dinero y visados al atleta olímpico polaco Kantor [27].

También le faltó, evidentemente, la fe simplista en Hitler, licor vital de su *Reichsführer SS* que transformaba en superhombre al insípido burgués Himmler; por el contrario, Heydrich pudo imaginar con facilidad una Alemania sin Hitler... pero no sin Heydrich. Hoy sus más íntimos colaboradores creen aún que si Heydrich hubiese vivido el 20 de julio de 1944 se habría pasado, probablemente, al campo de los insurrectos..., como lo dejó entrever en Bad Kreuznach el año 1941. Aún recuerdan sus palabras dos floretistas: «Yo sería el primero que lo pondría fuera de combate [a Hitler] si insistiera en enredar las cosas [28].»

Fue hasta su muerte un técnico del poder y un apóstol de la eficiencia: las granadas de los paracaidistas checos que acabaron con el protector de Bohemia y Moravia el 27 de mayo de 1942 no fueron lanzadas contra el brutal tirano; más bien apuntaron contra el taimado racionalista SS cuya sinuosa política entre el azúcar y el látigo ejerció una presión tan peligrosa sobre el Gobierno checo exiliado que éste se sintió acorralado y recurrió al asesinato.

Pero un tecnólogo semejante del «utilitarismo» tenía que reprimir no pocas veces su irritación ante la blasonería desenfrenada del ideólogo Himmler. A menudo se desahogaba con su esposa Lina sobre el *Reichsführer*, cuyo frenesí racista descomponía frecuentemente la maquinaria SS. Bajo los efectos del alcohol, Heydrich solía rezongar: «¡Fijaos bien en su rostro...! ¡Esa nariz típicamente judía...! ¡Un auténtico cernícalo judío [29]!» Lina Heydrich lo alentaba porque aborrecía cordialmente a toda la familia Himmler, y con especial violencia a la *Reichsführerin* *. Después de la guerra, Lina hizo satíricos comentarios sobre Marga Himmler: «Medida de pantalones, 50... Era lo que se dice escuálida. —Tras lo cual agregó—: Y esa mujer provinciana, agria, agorafoba e insulsa dominó a su marido hasta 1936 por lo menos... lo que se dice dominarlo [30]...»

Cuál no sería esa influencia que la propia Lina Heydrich sufrió sus efectos: aleccionado por su mujer, Himmler pidió al jefe SD Heydrich que se divorciara cuanto antes de «esa imposible e indómita Lina». Sin embargo, Lina Heydrich demostró tener todavía más malicia que la biliosa señora Himmler. Y devolvió el golpe durante una fiesta en la mansión campestre de Hermann Goering. Quiso el azar que Himmler fuera compañero de mesa de la señora Heydrich. Lina lo refiere jubilosamente: «Fueron horas tragicómicas. Yo fingí una tristeza infinita y me comporté con suma rigidez. Por fin, Himmler pre-

* Esposa del *Reichsführer*.

guntó: "¿Por qué está tan silenciosa?" "¿Acaso le sorprende?", respondí. Luego bailamos. Himmler lo hacía muy mal. Y el silencio. Al cabo de unos minutos, dijo: "Bueno, señora Heydrich, olvidemos nuestras rencillas." Ya lo ven ustedes...; era una actitud típica de Himmler. Ordenó teóricamente el divorcio, y cuando me vio cara a cara perdió todo su valor. Nunca más se volvió a hablar del asunto [31].»

Pero Reinhard Heydrich se impacientaba al percibir lo mucho que dependía de aquel venático místico. Aunque en el terreno intelectual le superaba con mucho, no perdía ni un instante su actitud respetuosa ante el *Reichsführer*, como «cualquier teniente prusiano en presencia de un ilustre general» [32], según informa el *Gruppenführer SS* Bruno Streckenbach. Heydrich se dirigía a Himmler con tono casi servil y cuando hablaba de él decía siempre «el señor *Reichsführer*», por lo que era ridiculizado en los SS. Atendía solícitamente al Jefe: «Sí, señor *Reichsführer*. Tomaré las medidas necesarias tan pronto como lo estime oportuno el señor *Reichsführer* y daré parte inmediato al señor *Reichsführer... jawohl, jawohl!*» Pero cuando estaba a solas con Lina, se salía de sus casillas: «¡Himmler escurre siempre el bulto...! ¡Todo son rodeos...! ¡Nunca asume la responsabilidad [33]!»

Himmler, por el contrario, quedaba sobrecogido frecuentemente por un temor recóndito cuando conferenciaba con su más cercano colaborador. Kersten lo había advertido: «Yo tenía a veces la impresión de que Himmler abandonaba exhausto esas conferencias.» Las disquisiciones de Heydrich, según asegura Kersten, eran obras maestras de la oratoria: «Concisas descripciones sobre personas o asuntos, argumentos convincentes y escalonados por orden de importancia a fin de poder obtener los triunfos finales que precedían inmediatamente a su propuesta. Pocas veces se podía resistir Himmler...; no tenía carácter para tales lides [34].»

En ocasiones, el intimidado *Reichsführer* sacaba fuerzas de flaqueza... cuando Heydrich desaparecía. Entonces cogía el teléfono y decía a su lugarteniente que antes de tomar estas o aquellas medidas necesitaba hablar con Hitler [35]. Poco después, modificaba su orden aunque simulando ante el temido colaborador que la iniciativa partía del Führer. Cierta vez, Himmler hizo acopio de valor y se rebeló. Reprendió a Heydrich con palabras balbucientes: «¡Usted... usted y... su lógica! ¡Siempre, siempre me viene usted con su lógica! ¡Todo, todo cuanto propongo lo derriba usted con esa maldita lógica! ¡Me estoy cansando de usted y de sus perpetuas críticas!» Heydrich se hizo atrás y cedió al instante. Himmler se apaciguó con idéntica celeridad [36].

Himmler desconfió cada día más de sus posibles rivales y, no obstante, jamás incluyó a su jefe SD entre los hombres que podrían hacer peligrar su puesto. Pues el *Reichsführer* vio en Heydrich una naturaleza que tal vez conviniera a un chequista, pero no a un político ambicioso, aun cuando su campo de acción fuera el enrevesado III Reich. En torno del susceptible e irritable déspota, reinaba un ambiente glacial sin amistades ni acólitos leales siquiera. Su continuo desasosiego, su excepcional si bien acomodaticia inteligencia, su persistente fisgonería, sus aires arrogantes, su afán por llegar siempre el primero dondequiera que fuese —SD, gimnasio o burdel—, fueron pruebas palpables de que padecía un vacío anímico en el que se hundían sin remedio la ideología y las cualidades humanas.

Aunque soslayó la hostilidad abierta, no buscó jamás la amistad, e incluso sus vínculos con Lina se redujeron a un insaciable apetito sexual. Su mera aparición en un lugar hacía dispersarse a todos los presentes. Incluso los deportistas, que admiraban la dura muñeca del maestro floretista Heydrich, eludían su proximidad[37].

Himmler dejó por lo menos a una cuadrilla de antiguos colaboradores que hoy recuerdan todavía con afecto las atenciones y la afabilidad de su *Reichsführer*. Heydrich, sin embargo, «el hombre de corazón férreo», como le llamaba Hitler[38], no evoca ningún recuerdo necrológico. El comandante del estandarte personal, Sepp Dietrich, comentó con ásperas palabras la muerte de Heydrich, resumiendo lo que pensaban sobre él muchos militantes SS: «¡Por fin reventó la cerda; gracias a Dios[39]!»

Ninguna dama venal le abrió espontáneamente su *boudoir*. Él se hizo acompañar siempre por un ayudante en sus giras eróticas, y tuvo frecuentes altercados con cada acompañante ocasional porque las cortesanas preferían al ayudante al hombre de inquietantes ojos lobunos[40]. Muy pocos percibieron que tras las actitudes altaneras del jefe SD se ocultaba un carácter hipersensitivo en el que se mezclaba el complejo del marino frustrado y la susceptibilidad histriónica heredada de los padres. Al menos, la brutalidad no fue una de sus necesidades primarias. Cuando le visitó Burckhardt, dijo con voz tensa: «En el extranjero nos toman por mastines, ¿no es así? Eso resulta muy duro para cualquiera, pero nosotros por fuerza debemos ser duros como el granito[41].»

Un hombre tan inseguro por dentro, fluctuando sin cesar entre la agresividad y la añoranza, pareció el más idóneo para ser el compañero joven de Himmler, porque un individuo semejante no amenazaría nunca las posiciones privilegiadas del *Reichsführer*. Ambos com-

prendieron que no les convenía prescindir del compañero... aunque sólo fuera por instinto de conservación. Sin Himmler, sólidamente encajado en la jerarquía nacionalsocialista como jefe de los Escalones, el codicioso Heydrich vería cerrado su camino hacia arriba, y sin la dinámica perspicacia de Heydrich el pequeño burgués Himmler no sabría cómo atravesar la maraña de potentados nacionalsocialistas.

Al principio, todo pareció indicar que la asociación entre ambos hombres tendría un marcado acento unilateral. El joven que se presentó en junio de 1931 [42] a Himmler en la enfermería en Waltrudering para solicitar un puesto en el Servicio de Seguridad parecía un fracasado a quien se había privado de lo más querido: su profesión militar.

La carrera de Reinhard Tristan Eugen Heydrich, nacido el 7 de marzo de 1904 en Halle, a orillas del Saale [43], comenzó como la de tantos otros muchachos burgueses en la Alemania republicana de posguerra. Aquel retoño de un cantante y una actriz, alumno en el Instituto reformista de Halle [44], quiso soslayar el empobrecimiento ocasionado por la guerra y la inflación al hogar paterno e ingresó apenas cumplidos los dieciséis años en el Cuerpo voluntario del general Maerker [45]. Cuando regresó al hogar supo ya lo que deseaba ser: ¡oficial! Eligió la Academia naval, que también fue el primer amor del estudiante Himmler. Sólo la Marina pudo ofrecer a Heydrich en aquella Alemania desarbolada el medio para satisfacer su ansia de aventura y prestigio.

En 1922, Heydrich se dirigió a Kiel para ponerse el uniforme de guardiamarina. Un año después, pasó a bordo del buque escuela *Berlín*, un crucero [46] cuyo primer oficial era el hombre que descubrió las habilidades de «aquella jovencísima bestia»: el capitán de corbeta Wilhelm Canaris. Aquel cadete larguirucho de extraños ojos mongólicos produjo una impresión inquietante al menudo, casi enclenque capitán, pero su talento para las matemáticas y la navegación compensó con creces ese mal efecto [47].

La esposa de Canaris, Erika, muchacha muy versada en las artes e hija del fabricante Carl Friedrich Waag, de Pforzheim, elogió con entusiasmo las facultades mostradas por aquel hijo de artistas para tocar el violín [48]. Y reveló a su biógrafo israelita Aronson: «Cuando tocaba, Heydrich parecía otra persona mucho más emotiva y afable. Tenía espléndidas condiciones y una extraordinaria sensibilidad como violinista. «En esas veladas musicales, Heydrich solía llorar. Era el reverso de su carácter, una rara combinación de cinismo y crueldad, con ternura y sentimentalismo [49].»

En 1924, Canaris fue destinado al Estado Mayor de la Armada en Berlín[50], mientras el alférez Heydrich ascendía trabajosamente y sin notas espectaculares la estrecha escala del profesionalismo náutico: a principios de 1926, alférez de fragata; hacia fines del mismo año, alférez de navío; ingreso en la Escuela Naval de Transmisiones; oficial telegrafista en el buque insignia *Schleswig-Holstein;* oficial en diversos departamentos similares de las bases navales bálticas[51]. El marino Heydrich, ascendió a teniente de navío en 1928[52] y aprovechado cursillista del idioma ruso, figuró como un militar excelentemente dotado si bien poco popular entre sus camaradas, quienes lo apodaban «la cabra» por su voz estridente, y aborrecido de las tripulaciones que se resentían contra sus arrogantes modales y lo catalogaban como el oficial más detestable[53].

No obstante, su carrera pareció ofrecerle perspectivas muy prometedoras. Y seguramente habría sido así si una aventura amorosa no la hubiese truncado. Todo comenzó con un paseo vespertino en lancha por el puerto de Kiel en el verano de 1930[54]. Cuando el bote tripulado por Heydrich y el futuro prefecto Mohr hendía las tranquilas aguas, ambos hombres vieron zozobrar otra embarcación con dos muchachas. Heydrich y Mohr saltaron por la borda y salvaron a ambas mujeres. Heydrich atendió a Lina Mathilde von Osten, una belleza rubia de diecinueve años cuyo padre era el maestro de Fehrmann, una isla báltica[55]. La amistad entre Lina y Heydrich culminó en un amorío que fue refrendado mediante los correspondientes esponsales el 9 de diciembre de 1930 contra la voluntad del reacio señor Von Osten[56].

En realidad, Lina fue tan sólo una conquista más del mujeriego patológico Heydrich. Pronto apareció otra señorita reclamando antiguos derechos. Heydrich despachó con cajas destempladas a la peticionaria, pero ella, estudiante del Colegio colonial de Rendsburg e hija de un director de la «IG-Farben», se las arregló para exponer su caso al jefe del Estado Mayor de la Armada, almirante Raeder. Los superiores de Heydrich le aconsejaron que renunciase a Lina von Osten, y cuando éste se negó, Raeder puso en movimiento la máquina de la justicia militar[57].

A principios de 1931, se formó un consejo de honor con cuatro oficiales que interrogaron durante varias semanas al teniente de navío Heydrich. Lo presidió el almirante Hansen[58], jefe de la base naval báltica. Otro miembro del consejo —y he aquí lo más importante— fue el entonces capitán de navío Gustav Kleikamp, antiguo profesor de Heydrich en la Escuela naval de Transmisiones, quien procuró —según lo define él mismo— «examinar correcta y deteni-

damente con Heydrich el problema planteado»[59]. Sin embargo, el prometido de Lina von Osten dio unas respuestas tan desdeñosas a su antiguo maestro que el consejo le prohibió seguir hablando.

Lo que el consejo de honor reprochaba sobre todo al oficial telegrafista era el evidente intento de descargar toda la culpa sobre la influyente estudiante valiéndose de mentiras para salir absuelto. Y eso violaba el código del honor, un elemento casi sagrado en la orgullosa Marina. «Aparte de su inexcusable conducta —rememoró más tarde el vicealmirante Kleikamp— cabe mencionar la patente insinceridad del acusado durante los interrogatorios, lo cual influyó en gran manera sobre el consejo y le indujo a dictar una sentencia desfavorable, pues ese nuevo aspecto de la cuestión planteaba abiertamente un serio dilema: decidir si semejante oficial podía continuar sirviendo en la Marina del Reich[60].»

El puritano Raeder optó por la negativa y expulsó a Heydrich de la Flota. El teniente de navío Heydrich recibió hacia fines de abril un oficio en el que se le comunicaba la sentencia. Decía así: «Expulsión definitiva por conducta deshonrosa[61].» Desde luego, la fama tergiversó más tarde los hechos: según ella Heydrich había despachado a la estudiante, que, por cierto, esperaba un hijo de él, alegando que si una muchacha se entregaba antes de tiempo él no podía casarse con ella[62].

El decreto de Raeder precipitó a Heydrich desde la encumbrada y ultraconservadora Marina hasta el abismo donde pululaban millones de parados que por entonces asediaban las oficinas de colocación en Alemania. No se le ofrecieron muchas oportunidades: le quedó el recurso de enseñar navegación a vela, como tantos oficiales despedidos de la Armada, o aceptar un puesto en una escuela de náutica...[63], pero el uniforme se había terminado para siempre, sin excluir el de la Marina mercante. Esa vanidad maltrecha hubo de conformarse con un sucedáneo: Heydrich ingresó en la Marina SA[64]. Aunque no le indujo a ello ninguna aspiración política, Lina Heydrich dice: «Él era un oficial profesional y estaba enamorado de su carrera. Tenía otro interés: el deporte. No sabía nada de política ni sentía el menor interés por ella[65].»

Sin embargo, Lina —a quien Hoettl califica como «ese tipo de hembra maligna y terriblemente ambiciosa que aparece en los Eddas»[66]— sí gustaba de la política; le entusiasmaba Hitler y opinaba que su futuro marido debía buscar en él su porvenir. Una segunda mujer, Elisabeth, hermana de Heydrich, hizo realidad el anhelo secreto de Lina. Recordó a la madrina de Reinhard, cuyo hijo era

un importante jefe SA en Munich y figuraría pronto entre los hombres más influyentes de la organización SS: Karlchen (Carlitos), el amigo de la infancia y ahora el barón Friedrich Karl von Eberstein, ayudaría a *Reini*... Y, efectivamente, le ayudó [67].

Gracias al barón y a su incapacidad para distinguir la diferencia entre *un oficial de transmisiones* y *un oficial de información*, Heydrich encontró vía libre hasta el hermético reducto de Himmler, que estaba buscando a la sazón un experto para su nuevo Servicio de Seguridad. El 14 de junio de 1931, Heydrich entró en el despacho de Himmler y en su propia vida [68]. Himmler le dio una cuartilla y veinte minutos de plazo para estructurar esquemáticamente un futuro Servicio de Seguridad [69]. Fue entonces cuando nació verdaderamente el SD. Al jefe SS le agradó la exposición esquemática de Heydrich, y el 5 de octubre de 1931, la *Gauleitung* hamburguesa tuvo ya noticias de Munich: «El camarada Reinhard Heydrich, Hamburgo-M-Número 544 916, pertenecerá a la plantilla de la *Reichsführung SS* desde el día 1.º de octubre del presente año y se incorporará como agregado autónomo a la Dirección general del Reich [70].» Heydrich recibió el grado de *Sturmführer SS* [71] y comenzó a trabajar.

Hacia primeros de 1931, Hitler había encomendado ya a Himmler la organización de un servicio para proteger a los jefes nacionalsocialistas. Así, pues, este último creó inmediatamente en la jefatura superior SS el departamento *Ic*, imitando el tradicional esquema del Estado Mayor alemán donde el departamento *Ic* asume las funciones de reconocimiento en campo enemigo. El jefe SS conservó el mando sobre *Ic* pero confió la gestión administrativa al ex marino [72].

Heydrich se trasladó con unos cuantos archivos de Himmler hasta una habitación de la Casa parda [73] y se entregó a lo que él parecía haber sido predestinado como ningún otro nacionalsocialista: la checa y la carrera del policía secreto en un Estado totalitario. Hacia fines de agosto, asistió ya como futuro director de Servicio secreto a una conferencia de jefes SS en la Casa parda y esbozó el cuadro sombrío de un Partido asediado por incontables espías de Partidos contrarios y del aparato policíaco. Consecuencia: se debe limpiar inflexiblemente el NSDAP de agentes y saboteadores [74]. Poco después se distribuyó una orden entre todas las unidades SS: «Cada sector organizará inmediatamente una delegación *Ic* por la que pasarán todos los informes sobre el sector. Asimismo, se prevé la creación de una subdelegación *Ic* en cada estandarte SS [75].»

Apenas designó a los primeros colaboradores en las unidades SS, Heydrich se distanció de la Casa parda, cuyos ocupantes empezaban

a mostrar excesiva curiosidad. Acompañado de tres colaboradores ocupó un apartamento de dos piezas en la Türkenstrasse, 23, en Munich[76], donde inauguró un singular servicio tomando, evidentemente, como modelo las novelas policíacas y de espionaje. Allí dio severas instrucciones a sus ayudantes: nunca podrían tomar parte en una consulta más de dos interlocutores, y cuando participase él mismo, sólo uno[77]. A principios de 1932, había ampliado ya tanto su red de colaboradores que podía tender la vista hacia nuevos horizontes. Ya no le satisfacía el contacto ocasional con soplones y confidentes.

En abril hizo una larga gira por Alemania para ver sobre el terreno cómo se podría ordenar ese conglomerado de espías[78]. Justamente por aquellos días los celadores de la República le obligaron a emplear el mimetismo. El Gobierno disolvió las SA y las SS; tras lo cual, el *Ic* se denominó PID («Servicio de Prensa e Información»)[79]. Sin embargo, aquel recorrido por las regiones alemanas alentó de tal forma a Heydrich que allí mismo nació la gran organización denominada más tarde Servicio de Seguridad.

Heydrich retiró a todos los agentes secretos y confidentes de las unidades SS y los puso bajo sus órdenes directas[80]. Entonces surgió la primera formación especial SS. Ese nuevo contingente permaneció en los Escalones de Protección aun cuando a tenor de su estructura fue unas SS dentro de las SS. Heydrich creó varias organizaciones territoriales que maniobraron como sombras de los sectores y subsectores SS. Los hombres del sector SD deberían desenmascarar a los elementos hostiles en el NSDAP y vigilar a los Partidos contrarios[81]. Y así lo hicieron. Cada detalle, cada observación, cada filiación personal fueron archivados cuidadosamente en el fichero de Heydrich en la nueva central SD, Zuccalistrasse, 4, Munich[82].

Pero Heydrich, en su inmensa codicia, quiso abarcar aún más. No le bastó con vigilar a los adversarios del Partido...; ¡eso lo hacían ya otros organismos nacionalsocialistas y de las SA! Él quiso llegar más alto: el SD debería trabajar intensamente hasta que los competidores internos abandonaran el campo y le permitieran monopolizar el servicio secreto de todo el Partido. Aunque ello no satisfizo todavía a los Escalones de Protección: cuando Adolf Hitler alcanzó el poder político en Berlín, Heydrich pretendió sacar el Servicio secreto de su tenebroso escondrijo para hacerle formar la nueva Policía del Reich.

Sorprendido, casi estupefacto, el pequeño burgués Himmler contempló las maniobras fulminantes y diversivas de su principal agente secreto. Pareció disiparse como por encanto la mortificante melan-

colía del ex marino; Heydrich dirigió a su gente con la furiosa codicia del converso, autoritario, impaciente y agudizando extrañamente la voz. Himmler recompensó tanta aplicación con los adecuados títulos. Heydrich ascendió un peldaño tras otros: el 10 de agosto de 1931, a *Sturmführer;* el 1.º de diciembre de 1931, a *Hauptsturmführer;* el 19 de julio de 1932, a jefe del Servicio de Seguridad; el 29 de julio de 1932, a *Standartenführer;* el 21 de marzo de 1933, a *Oberführer*[83].

El jefe SS presintió que el azar le había enviado al «informante nato», según sus confidencias a Kersten; «una calculadora viviente, el cerebro a donde concurrían todos los filamentos para formar un revelador tejido»[84]. Heydrich aportó el armamento ideal del Servicio secreto: dureza, insensibilidad, una sed inagotable de información y un estremecedor desprecio de la vida humana.

Prefirió la esgrima a cualquier otro deporte, y no por casualidad. El acecho receloso y las fintas para eludir toda posible estocada, las reacciones fulminantes ante situaciones imprevistas fueron una segunda naturaleza de Heydrich. Su adlátere Schellenberg lo comparó con un animal carnicero, «siempre vigilante, husmeando constantemente el peligro, desconfiando de todos y cada cual»[85]. Su sagacidad para descubrir las más sutiles conexiones fue realmente pasmosa, como un sexto sentido. Sobre las anotaciones del *Reichsführer* en los expedientes —que, a menudo, reflejaban la opinión de terceras personas—, Heydrich escribió frecuentemente con su caligrafía angulosa: «No lo creo», o «meras suposiciones». Y cuando Himmler le preguntaba si había verificado los hechos, él respondía que su olfato no le engañaba... y, por lo general, tenía razón[86].

Himmler dijo al respecto: «Poseía un instinto infalible para clasificar a las personas. Adivinaba con una clarividencia realmente prodigiosa el camino que seguirían tanto amigos como enemigos. Sus colaboradores no se atrevían nunca a engañarle[87].» Reinhard Heydrich pareció haber nacido expresamente para ser jefe del Servicio secreto en un Estado totalitario. El *Obersturmbannführer SD* Hoettl cree que Heydrich fue quien enseñó a Himmler «cómo se debe proceder en el puesto de *Reichsführer SS*»; y él fue también quien propuso hacer de los Escalones la primera potencia policial del III Reich[88].

Heydrich concibió un denso dispositivo de supervisión que cubriría toda la vida nacional y aseguraría un dominio absoluto al NSDAP: estaría bajo el control exclusivo del Servicio de Seguridad afecto al *Reichsführer SS,* y bajo la dirección exclusiva de Reinhard Tristan Eugen Heydrich. Se perfiló a grandes trazos el cuadro de

una Policía política que se diferenciaba de sus predecesoras en un punto esencial: según otros sistemas anteriores, la Policía se había contentado con atrapar in fraganti a los enemigos del Estado o atacar cuando se concretaba el peligro; por el contrario, la Policía de Heydrich debería seguir la pista al adversario y arremeter contra él antes de que se le ocurriera oponerse, por no hablar de hacer resistencia.

Esa nueva Policía, debida al ingenio de un tal Heydrich, se desparramó hasta el infinito, abarcó toda manifestación social del país. Sus componentes repudiaron las medidas preventivas en defensa del Estado y pasaron al ataque. Lo que es más, se arrogaron una misión «educativa», comisarios omnipotentes que barrerían toda idea anticívica de la nación. Al decir del *Hauptsturmführer SD* Alfred Schweder, esa nueva Policía «debería estimular la actividad de ciertas fuerzas latentes en el pueblo mediante una orientación rectilínea hacia pensamientos unitarios..., si bien bajo una interpretación consecuente de las ideas populares, más una eliminación previa de todas las energías antinacionales y, por tanto, destructivas»[89]. El concepto innovador de Heydrich hizo saltar todas las ligaduras legales del tradicional método policíaco. El jurista SD Werner Best abogó por una Policía omnipresente, pues «se debía prevenir y atajar cualquier perturbación del orden estatal en el Reich aun cuando no alterase todavía el orden externo»[90].

Dicho con otras palabras: Heydrich quiso una Policía que poseyera poderes ilimitados y tuviera como único freno «el reglamento ordinario de la Policía alemana» (Best)[91], cuya síntesis se podría resumir así: velar sin contemplaciones por el caudillaje dictatorial de Adolf Hitler. Pero ¿acaso era sensato confiar una misión tan peliaguda a esa Policía que había sido aleccionada durante la República de Weimar para respetar ley y constitución? ¡De ninguna manera! ¿Acaso era lógico encomendarla a una Administración que, no obstante su reiterada adhesión al nacionalsocialismo, seguía rigiéndose por las normas del orden prusiano? ¡No y mil veces no!

Heydrich explicó cómo se debía hacer: el SD ocuparía los puestos clave de la nueva Policía política, y entonces esa Policía especial se expandiría desde los dispositivos básicos de la administración interna y, por último, se unificaría la Policía ordinaria con los SS para formar un cuerpo preventivo del Estado. En ese plan germinó también un proyecto mucho más revolucionario aún, mucho más ambicioso: unas SS autónomas que englobasen Policía, Escalones de Protección y burocracia estatal hasta constituir un monolito inconmovible.

Heinrich Himmler quedó extasiado, y las visiones de su jefe SD

lo enajenaron. Ciertamente, algunos luchadores veteranos tales como el *Gruppenführer SS* August Heissmeyer le advirtieron que esa asociación con la Policía entrañaría un oneroso lastre de impopularidad para la ejemplar Orden SS [92] (el jefe SS Seyss-Inquart declaró en 1946: «El ideal SS se vino abajo porque Himmler abusó de él como instrumento ejecutivo [93]»); pero nada pudo detener ya al *Reichsführer SS* en su ascensión hacia el olimpo policíaco del III Reich. Baviera ofreció ya un excelente campo de maniobras donde Heydrich podría ensayar su idea.

La subversión nacionalsocialista el 9 de marzo de 1933 originó en Baviera una rápida fusión del *Reichsführer* y sus chequistas con la Policía: Himmler emergió en la Dirección general de Policía (Munich) como jefe interino, Heydrich copó el negociado político del VI departamento [94]. Una semana después, ambos dieron otro paso adelante. Himmler fue nombrado ponente político en el Ministerio bávaro de la Gobernación y recibió el mando sobre la Policía política de Baviera; al jefe SS le faltó tiempo para comunicarse con su socio Heydrich y confiarle la gerencia [95].

Ambos experimentaron en la provincia bávara lo que se ejercitaría algunos años más tarde por todo el Reich. Himmler creó en el Ministerio un nuevo cargo denominado «Comisariado político de Baviera», mientras Heydrich empezaba a organizar la Policía política bávara (Po-Po-Ba) dotándola con agentes del SD [96]. A Heydrich le interesó, ante todo, disociar su Po-Po-Ba de la administración estatal. Hasta entonces, la Policía política había formado parte de la Dirección general, pero Heydrich cercenó diligentemente esos lazos administrativos. La Policía política se independizó y su jefe recibió el título de autoridad excepcional [97].

El jefe SD comenzó por agrupar las secciones políticas y policiales en la Dirección general de Policía, así como los negociados políticos en las distintas comisarías y ciudades cercanas para subordinarlas a una sola central: la oficina del comandante político de policía, que estuvo también facultada para convocar a los agentes uniformados de Baviera y emplearlos como instrumento ejecutivo [98]. Las atribuciones de esa Comandancia política concebida por Heydrich y Himmler cobraron todavía más amplitud e invadieron el terreno vedado de la Justicia: el comandante tuvo poder jurisdiccional sobre los campos de concentración, aquellas prisiones preventivas y provisionales que el ministro bávaro de la gobernación, el frenético *Gauleiter* Adolf Wagner, había hecho levantar para descongestionar las abarrotadas cárceles del Estado [99].

Puesto que el decreto-ley promulgado por el presidente del Reich «para amparar al pueblo y al Estado» toleraba el arresto de cualquier ciudadano aunque sólo fuera sospechoso y su «internamiento temporal» en un campo de concentración [100], el amo de los KZ, Himmler, se encontró inesperadamente con un poder impresionante. Desde ese instante, nadie se atrevió a moderar su fanático afán de limpieza política. Aunque oficialmente estaba subordinado al ministro de la Gobernación y *Gauleiter,* Wagner, su doble función como *Reichsführer SS* y comandante político de Policía le permitieron soslayar a su eventual superior: el ministro Wagner pudo dar órdenes al comandante de Policía Himmler pero no al jefe SS Himmler que, como director de una organización nacionalsocialista estaba por encima del *Gauleiter* Wagner; e inversamente, un superior dentro del Partido cual el jefe del Estado Mayor SA Roehm, cuyas cohortes perturbaban no poco el trabajo de la Policía política, tuvo autoridad sobre el *Reichsführer SS,* pero no sobre el comandante político de la Policía afecto a la jurisdicción estatal.

Himmler y Heydrich aprovecharon hasta el máximo aquella posición poco menos que independiente. Dachau, ese nombre aterrador, fue símbolo de una eficacia barbárica que irritó a los propios nacionalsocialistas; sin embargo, los dos hombres rúnicos tenían ya innumerables prisioneros en sus campos cuando la revolución nazi levantó la primera oleada de terror en el resto del Reich. Himmler lo rememoró más tarde: «Bajo la presión ministerial, en el año 1933 se soltó a un gran número de presos políticos en Prusia y otras provincias alemanas. Únicamente aquí, en Baviera, nos resistimos y conservamos entre rejas a nuestros detenidos [101].»

El gobernador de Baviera, Ritter von Epp, se quejó de los muchos «abusos cometidos durante esa acción preventiva» y advirtió por escrito a Wagner el 20 de marzo de 1934 que «tales arbitrariedades podrían quebrantar la confianza de nuestra Justicia». Wagner se guardó mucho de intervenir, y así se lo comunicó. El 14 de abril de 1934, Ritter von Epp hizo constar que la misiva de Wagner era «desde el principio hasta el fin espuria e impugnable», y que sólo contenía, en definitiva, «inexactitudes, tergiversaciones, adulteraciones y falsedades» [102].

Incluso el abúlico ministro de Gobernación del Reich, Frick, tomó cartas en el asunto y censuró la descarada acción persecutoria del comandante de Policía Himmler. «Se me ha informado por diversos conductos», escribía todavía el 30 de enero de 1935, «que en Baviera hay un número enormemente desproporcionado de personas dete-

nidas sin que la Policía política bávara haya dado hasta ahora una explicación satisfactoria ni expresado formalmente su propósito de reducir esa población penitenciaria. No puedo aceptar pasivamente por más tiempo esa situación anormal, máxime cuando el número de presos políticos bávaros, según los últimos datos recibidos, supera en varios centenares a la cifra total de las restantes provincias, incluida Prusia». Sin embargo, Himmler desdeñó las amonestaciones de Berlín. Contestó con laconismo apodíctico a la carta de Frick: «Los prisioneros seguirán donde están [103].»

Desde luego, aquel campo de experimentación bávaro resultó pronto demasiado exiguo para los dos polizontes; ambos extendieron sus tentáculos por el Reich, pues todavía estaban sin mando 16 comandancias regionales o, al menos, no bajo una sola rienda. Pero el tiempo apremiaba, Goering había fundado ya en Prusia otra Policía política, la Gestapo, cuya estructura se asemejaba al «mecanismo Himmler-Heydrich», desligada de la Administración, sometida a un solo hombre, independiente de Estado y Partido.

La pugna entre los magnates nacionalsocialistas empujó a Himmler y a su cómplice hacia la meta ambicionada más pronto de lo que habían esperado. Al titubeante reformista del Reich, Wilhelm Frick, no se le ocurrió más salida en su duelo con el separatista prusiano Goering, que solicitar la ayuda del Jefe SS, pues Frick y Himmler tenían una ambición común: ambos deseaban centralizar la Policía del Reich. Frick se confabuló con el comandante bávaro de Policía y le permitió asaltar una Comandancia tras otra. Y la fortaleza prusiana se rindió a los dos hombres rúnicos tan pronto como estalló el conflicto entre Ernst Roehm y Hermann Goering: este último firmó la paz con Himmler, le entregó la Gestapo y ganó, a cambio, el apoyo de los Escalones para ajustar sanguinariamente las cuentas al jefe SA.

Hacia fines de abril, Heydrich y Himmler tomaron también las riendas de la Policía prusiana: Himmler fue jefe interino e inspector general de la Policía secreta gubernativa (Gestapo), una variante prusiana de la Po-Po-Ba; Heydrich asumió como lugarteniente interino la dirección técnica [104]. Al mismo tiempo, consolidaron su ascendencia dentro del Partido. La jefatura nacionalsocialista reconoció al SD como único órgano informativo del NSDAP. El lugarteniente del Führer anunció con fecha 9 de junio de 1934 que en lo sucesivo «no podría haber ningún servicio informativo ni preventivo nacionalsocialista aparte del Servicio de Seguridad afecto al *Reichsführer SS,*

aunque se le diera la forma de agencia informativa para política exterior [105].

Sin embargo, la victoria del SD fue prematura. Por otra parte, Heydrich pareció perder la fe en su propia inventiva. Las experiencias con la Po-Po-Ba destruyeron aquella ilusión de poder formar algún día una nueva Policía con el SD. Los funcionarios de la vieja escuela mostraron ser muy superiores a los inexpertos *parvenus* SD. Posiblemente, Heydrich se dio cuenta mucho antes, pues a los pocos días del advenimiento nacionalsocialista presentó su dimisión del SD. El 27 de enero de 1933, abandonó las filas del Servicio de Seguridad y regresó al Estado Mayor del *Reichsführer SS* como *Standartenführer* sin destino [106]. Durante tres trimestres, la máquina SD funcionó sin Heydrich [107].

El antiguo y futuro jefe SD fue suficientemente realista para reconocer que su organización, de escasa importancia cuantitativa, no podría integrar la armazón de una nueva Policía. En el otoño de 1933, el SD contaba con cien miembros, y, por ejemplo, el sector SD Sudoeste (Stuttgart) tenía sólo cinco elementos [108]. Además, Heydrich ponía en duda que el SD tuviera algún futuro como organización independiente. Lina Heydrich relató al historiador israelita Aronson lo que había dicho entonces su marido: «Ahora ya no necesitamos del Partido. Éste ha desempeñado su papel abriéndonos un camino hacia el poder. Los SS pueden posesionarse de la Policía y formar con ella una nueva organización [109].»

Precisamente ése era su objetivo cuando, comisionado por Himmler, se dispuso a unificar la Policía secreta gubernativa y las Policías regionales de Alemania bajo el signo rúnico: él quería transformar aquel Cuerpo de expertos funcionarios en un mecanismo bien engrasado, adicto al régimen y necesariamente coloreado de pardo que estuviera siempre disponible para ejecutar cualquier misión del caudillaje dictatorial. Pues el pragmático Heydrich anteponía los conocimientos técnicos a las tendencias políticas. Y había encontrado los primeros en un grupo de criminalistas muniqueses a quienes les repelía el innovador SD como ellos mismos declaraban sin eufemismos.

El inspector Reinhard Flesch y sus colegas, entre ellos Heinrich Müller, Franz Josef Huber y Josef Meisinger se ocupaban de los departamentos II y VI donde acechaban a los advenedizos SD temiendo ser desalojados por ellos de sus cargos. *Heini* Müller prefería la línea dura. «Dejadlos venir —decía—. ¡Entonces les ajustaremos las cuentas [110]!» A decir verdad, los viejos profesionales temían que aquellos nuevos amos los pusieran en la calle porque todos ellos habían per-

tenecido al campo contrario hasta 1933, con excepción de Meisinger, que era un nacionalsocialista veterano y había estado presente entre los manifestantes el 9 de noviembre de 1923 ante el Feldherrnhalle de Munich [111]. Pero salvo esa excepción, el grupo Flesch figuraba como adepto de los Partidos democráticos, principalmente del populista bávaro (BVP).

Eso era también aplicable al inspector Müller, hombre corpulento y terco cuyos rasgos delataban su origen campesino. Heinrich Müller, nacido en 1900, ex sargento piloto del frente occidental y empleado, desde 1919, en la Dirección general de Policía (Munich), era famoso como el más torvo anticomunista de la brigada criminal bávara: el fusilamiento de rehenes por los rojos durante la República sovietizada bávara, primer caso importante del comisario ayudante Müller, le había procurado una aureola de fanático antibolchevismo [112]. En los tiempos de Weimar, el Departamento político de la Dirección general le confió la sección especializada «Comunismo», e incluso el *Gauleiter* de Munich-Alta Baviera, que no simpatizaba mucho con aquel «empollón», reconoció, «bromas aparte», que Müller mostraba «una intransigencia absoluta ante el comunismo, y lo combatía encarnizadamente, despreciando a veces las disposiciones legales» [113].

Con todo, el *Gauleiter* le dirigía también un rapapolvo: «Asimismo resulta evidente que Müller se revolvería contra los nacionalistas si lo creyera su deber. E impulsado por su monstruosa codicia... lograría también ganarse los elogios de sus jefes en cada sistema [114].» El Mando nacionalsocialista bávaro dudaba de que el policía republicano y devoto feligrés Müller, que donaba sólo 40 peniques a la hucha nacionalsocialista y, para mayor escarnio, era yerno del editor populista Dischner (*El mensajero de Würmtal*) [115], tuviese un futuro profesional en la nueva Alemania. Ésa no era la clase de agentes que promovían los nazis.

El 4 de enero de 1937, la *Gauleitung* de Munich caracterizó a Müller como sigue: «Se abre paso sin miramientos utilizando mucho los codos, se pavonea constantemente de sus aptitudes, pero también suele adornarse con plumas ajenas [116].» Y el jefe local del grupo Munich-Pasing lo remachó así: «No podemos catalogarlo como un buen camarada del Partido [117].» Sin embargo, el jefe SD Heydrich tuvo suficiente imaginación y olfato para poner a su servicio a aquel trabajador rutinario..., a él y a los restantes miembros del grupo Flesch. No le inquietó siquiera acoger en el Partido al aborrecido rastreador de nazis Huber, secretario de la brigada criminal.

Heydrich hizo llamar a Huber y sacó una lista de licenciados

forzosos. Sin decir palabra, pasó el dedo índice por las columnas. El silencio se hizo opresivo. Súbitamente, Heydrich levantó la vista: «¿Cuál de estos Huber es usted?» Huber se lo indicó. A ello siguió un breve diálogo. Cuando Huber abandonó el despacho del inquisidor, éste sabía ya que el llamado Franz Josef Huber, como los restantes cabezas de familia en la Dirección general, trabajaría todavía con más ahinco y desinterés para el Régimen a cuyo advenimiento se había opuesto tenazmente [118].

La jefatura nazi de Munich no pudo comprender (según su informe del 9 de marzo de 1937) por qué razón «se presentaba ahora como ángel tutelar del Régimen» a «un enemigo jurado del Movimiento»; un hombre que «se había distinguido siempre por su afán persecutorio contra los nacionalsocialistas parecía merecer ahora los plácemes y el reconocimiento de sus superiores», «¡un hombre que otrora llamara desertor austríaco, pintor de brocha gorda y merodeador desocupado al gran Führer Adolf Hitler [119]!»

Müller y los suyos se dispusieron a corresponder a tanta tolerancia con férrea asiduidad». Y en lugar del cese, los criminalistas bávaros recibieron una promoción inesperada: todos ellos fueron destinados al SD [120]. Desde luego, por entonces no se pudo adivinar cierta derivación imprevista de aquel «acto magnánimo»: los *Untersturmführer* SS Müller, Flesch, Huber y como quiera que se llamasen todos los demás, se cosieron ciertamente el rombo SD en la manga, pero aportaron, al mismo tiempo, una animadversión contra el SD que impidió hasta el fin del III Reich la proyectada anexión de la Gestapo al SD.

Los hombres agrupados alrededor de Heinrich Müller no fueron los únicos profesionales con quienes erigió Heydrich su imperio policíaco. En Berlín hubo un grupo similar a la brigada criminal de Munich cuyo capitán, el consejero gubernamental Arthur Nebe, pudo codearse como técnico y oportunista con el bávaro Müller.

Tras la conspiración urdida por Nebe junto a los hombres del 20 de junio de 1944, Ernst Kaltenbrunner, sucesor de Heydrich, describió al único *Gruppenführer SS* que jamás se rebelara abiertamente contra el régimen nacionalsocialista y fuera ajusticiado a consecuencia de ello, con palabras que hacían recordar la semblanza de Müller, pergeñada varios años antes por el *Gauleiter* bávaro: «Un carácter refractario, animado a todas luces de una ambición enfermiza que fue, sin duda, su principal motor... Pues Nebe apartó siempre sin conmiseración todo cuanto se interpuso en su marcha hacia las alturas [121].» Ciertamente, el odio despertado por aquel «traidor»

dirigió la pluma de Kaltenbrunner, pues éste se dejó muchas cosas en el tintero: Nebe, hijo de un modesto maestro berlinés, nacido el año 1894, ex teniente de Ingenieros y miembro de la brigada criminal de Berlín desde 1920, probó ser no pocas veces un afanoso discípulo de los granujas y cínicos en torno suyo[122].

El receloso e imprevisible comisario Nebe, cuyas actividades alternaban entre la sección de estupefacientes y la de robo, había hallado ya su camino hasta el Partido en 1931[123], cautivado por la tesis política y criminológica nacionalsocialista que entonces tentaba a muchos policías, pues el nacionalsocialismo ofrecía lo que jamás les brindó la República de Weimar: más dinero y recursos técnicos, centralización de la lucha contra el crimen, protección ante una Prensa generalmente hostil y endurecimiento de la legislación penal preventiva.

Cuando comenzó la agonía de aquella infortunada República, los previsores funcionarios decidieron contraer mayores compromisos. Nebe fue nombrado miembro patrocinador de las SS, ingresó, además, en la SA y se hizo trasladar a la Gestapo, donde asumió la dirección de lo ejecutivo (departamento III de la Gestapo)[124].

Pero su asociación con la Gestapo le dio pronto mucho que sentir, pues se vio envuelto rápidamente en los violentos choques entre la yunta Himmler-Heydrich y el primer jefe de la Gestapo y valido de Goering, Rudolf Diels, cuya arrogancia académica sacaba de quicio al mediocre bachiller Nebe[125]. Proporcionó a Heydrich pruebas acusatorias contra Roehm esperando poder comprar así su separación de la Gestapo...[126]; una esperanza que sólo se habría de cumplir en parte.

Junto a los dos equipos de criminalistas —Munich y Berlín—, Heydrich atrajo hacia sí un tercer grupo de hábiles peritos, funcionarios y juristas de toda Alemania, entre ellos al hombre que sería primero su mejor colaborador y al fin su enemigo pagado: el ex juez municipal de Hesse doctor Werner Best.

Karl Rudolf Werner Best nació el 10 de julio de 1903 en Darmstadt, y su padre fue funcionario de Correos. Tras estudiar leyes en las universidades de Friburgo, Frankfurt y Giessen, ganó unas oposiciones para juez[127], abogó por una autoritaria razón de Estado, fue nacionalista convencido, émulo de Ernst Jünger y afecto a aquella mentalidad romántica del Cuerpo voluntario que veía en la guerra «una etapa natural e indispensable de la vida humana» (Best)[128]. En 1930, publicó un ensayo que semejó una monografía programática del Estado popular «constitucional». Al glorificar apasionadamente el Estado como «máximo exponente de una voluntad *supraindividual* en

su ascensión hacia el poder», Best condena sin remisión el ideal del Estado liberal y despoja a la constitución de todo significado universal [129].

Según su teoría, el derecho constitucional no es una situación en la que los ciudadanos, amparados por la ley de igualdad jurídica, hallan protección contra un Estado omnipotente; a juicio de Best, el derecho constitucional es un arma en la lucha por el poder, «un jalón que determina el desenlace de la contienda librada: ganancia total de poder para un campo, pérdida absoluta para el otro». Best escribe: «La meta de cualquier poder en su política interior es el dominio sobre los demás, por lo cual todos y cada uno... procuran identificarse con "el Estado". Éste debe tender necesariamente al perfeccionamiento de su dominio: cuanto más perfecto el dominio, más perfecto el Estado [130].»

Pero no se dio por satisfecho con las palabras. Cuando en la Alemania de Weimar se alzó el fantasma de una revolución comunista, el nacionalsocialista Best desarrolló por escrito y verbalmente ante algunos camaradas congregados en la heredad «Boxheimer Hof», próxima a Wurms, hacia mediados de 1931, la idea de una contrarrevolución nacionalsocialista que adquirió pronto muy mala fama bajo el título de «Declaración de Boxheimer». Tras la «supresión de los principales gobernantes actuales y el sometimiento del comunismo», proclamaba Best, «SA y Fuerzas armadas nacionales asumirán los desamparados poderes estatales e impondrán inflexiblemente la más estricta disciplina al pueblo». La tenencia ilícita de armas será estimada con «la pena capital sin procesamiento previo» [131].

Un camarada disidente reveló los planes de Best a la Policía, y ésta intervino en el acto; la magistratura de Hesse despidió al jurista, pero el Tribunal supremo del Reich en Leipzig sobreseyó su caso en octubre de 1932 «por falta de pruebas» [132]. El advenimiento nacionasocialista al poder estableció también lazos materiales entre el teorizante del Estado policíaco y la propia Policía. Un amigo de Best, el doctor Heinrich Müller, fue nombrado Comisario general del Reich en Hesse; Müller rogó a Best que asumiera el mando de la Policía, y éste accedió.

Ahora bien; el jefe de la Policía regional chocó al instante con el *Gauleiter* de Hesse, Sprenger, quien reprobó el distanciamiento objetivamente positivista de Best con respecto a las demandas del Partido...; y Best tuvo que retirarse en el otoño de 1933 [133]. Desde entonces, el nombre de Werner Best figuró en la pista particular de Heydrich, pues el doctor había ingresado en las SS en 1932 y dirigía,

tras su expulsión de Hesse, los sectores SD Sur y Sudeste[134]. El jefe SD mandó llamar a Best cuando emprendió el montaje de la Gestapo hacia fines de 1934. Por lo pronto, no percibió que con esa determinación acababa de enrolar a su más puntilloso «guardafrenos»[135] (según el propio Heydrich). Pues aun siendo muchas sus pretensiones teóricas y nacionalistas sobre el Estado autoritario, Best seguía cultivando en lo más hondo la circunspección del jurista que se aferra a un residuo de la dialéctica normativa. Además, era demasiado burocrático, reflexionaba con demasiada sobriedad para poder igualar la desenvoltura desaprensiva de aquella nueva promoción SD integrada por ministrantes jurídicos tales como Walter Schellenberg.

No obstante, esa disparidad matizada entre los funcionarios policiales nacionalsocialistas estaba todavía por llegar cuando Heydrich vigorizó con sus nuevos colaboradores el corazón de la venidera potencia opresora, aquel instrumento cuya sola mención hizo temblar a millones de alemanes: la Gestapo.

Su pavorosa reputación fue promovida deliberadamente por Heydrich, porque sin la fama de omnisciente e inexorable, la Policía secreta gubernativa no habría podido ser jamás la principal arma disuasiva del caudillaje dictatorial ni ahogar todo brote oposicionista contra el Régimen. Más tarde, Heydrich comentó que la Gestapo había sido concebida[136] como «una máquina generadora de pavor», lo cual parece reflejar la satisfacción interna de un hombre que ha alcanzado su objetivo.

La Gestapo era todavía en sus comienzos una obra del *premier* prusiano Goering. Él había disociado las secciones especiales políticas, la Policía política (represión de la alta traición) y la Policía judicial (lucha contra los delitos públicos) de la *Kripo* para componer con ellas una nueva organización, la Policía secreta gubernativa[137]. Inicialmente, los casos políticos habían incumbido a la Dirección de Policía criminal prusiana (LKPA), que mantenía los llamados departamentos *Ia* en cada comisaría, donde funcionaban cual órganos informativos de la Policía política por conducto de la central berlinesa. Todas esas células policiales, articulaciones de la Administración general de Policía, estaban subordinadas directamente a los gobernadores civiles[138].

Goering introdujo radicales reformas. En abril de 1933, la Dirección de Policía criminal fue sustituida por la Dirección de Policía secreta gubernativa, denominada Gestapa, que hizo concurrir a un solo tronco las ramificaciones de policía política; la Policía política propiamente dicha, germen de la Gestapo, se transformó en depar-

tamento III dentro de la Gestapa, y la Policía judicial en departamento IV. A éstos se agregaron un tercero y un cuarto, el I (organización y administración) y el II (asesoría jurídica)[139].

Igualmente evolucionó ese cuadro en el terreno de las autoridades intermedias. Las Direcciones provinciales LKPA debieron retirarse ante los nuevos cargos de la Policía gubernativa que —y aquí viene lo más importante— siguieron subordinados a los gobernadores civiles, pero sólo oficialmente. Pues la Gestapo pretendió ser, a fines de 1933, una organización representativa y autónoma, es decir, independiente de la Administración interna y responsable únicamente ante el ministro presidente. Cierto párrafo en los Estatutos de la Gestapo prusiana, publicados el 30 de noviembre de 1933, determinó expresamente que el jefe de un negociado de la Gestapo debía atender a los «ruegos» eventuales del gobernador civil mientras éstos fuesen compatibles con las instrucciones o directrices de la Policía secreta gubernativa[140].

La Administración interna quedó prácticamente desprovista de toda jurisdicción sobre la Policía política: el 1.° de abril de 1934, se prohibió a las autoridades estatales de Policía que siguiesen manteniendo departamentos políticos[141]. Y si se considera que el decreto-ley presidencial promulgado el 28 de febrero de 1933 para «proteger al pueblo y al Estado» derogó todos los derechos fundamentales y, con ello, permitió a la Policía practicar registros domiciliarios, confiscar propiedades, interceptar conversaciones telefónicas o abrir cartas sin mandato judicial[142], resulta difícil imaginar una Policía más poderosa que la Gestapo de Goering.

Pero eso no satisfizo todavía a Heydrich, el perfeccionista de la supervisión, quien no se cansó de pintar con las tintas más vivas los peligros que acechaban al Régimen. Bajo ese aspecto, se inspiró sencillamente en un ritual bastante común entre los jefes policiales de toda dictadura cuando se disponen a organizar el terror: estructuración del complejo antiestatal.

El jefe de la Gestapo, Heydrich, surgió inopinadamente del anónimo para alertar a la opinión pública. Hacia principios de 1935, reprendió en un discurso a muchos camaradas del Partido cuyas mentes no habían comprendido todavía que con la «destrucción de las organizaciones contrarias» no se había aniquilado, ni mucho menos, al adversario; los diversos enemigos del Régimen se habían «unificado» y ahora era cuestión de «encontrar al adversario en sus nuevas posiciones». Manifestó que «las fuerzas vivas del enemigo» permanecían «invariables: judaísmo internacional, masonería inter-

nacional y una gran parte del clero político», pero todavía más peligroso que ese adversario «palpable» era el enemigo emboscado: «Éste opera en la clandestinidad... y se ha propuesto como objetivo la eliminación de los altos mandos en Estado y Partido... Esa red tiene monstruosas ramificaciones [143].»

Una vez dicho eso, pudo comenzar ya el montaje del tiránico mecanismo. Los departamentos de la Gestapa fueron agrupados en tres divisiones principales, y entonces tomó su mando el estado mayor del terror: mientras Nebe, como nuevo jefe de la LKPA, se reponía tras su fatigosa temporada en la Gestapo (no cayó bajo la jurisdicción de Heydrich hasta 1936), el *Obersturmbannführer SS* Best dirigió la División I (administración y asesoría jurídica) desde la primavera de 1935 y luego, como sucesor del *Standartenführer SS* doctor Günther Patschowsky, destituido a instancias de la Wehrmacht, la división III (Policía judicial) [144].

La brigada bávara de Heydrich constituyó la Gestapo propiamente dicha. El *Untersturmführer SS* Flesch se hizo cargo de la división II [145], asignando a sus acólitos los más importantes de los seis departamentos que compusieron, en principio, esa división: Heinrich Müller se ocupó del Departamento «Marxismo» [146] (vigilancia y represión de los Partidos ilegales comunista y socialista); Franz Josef Huber dirigió el departamento de reacción, oposición derechista e Iglesia [147] (observación permanente de toda actividad antiestatal en instituciones antiestatales ajenas al nacionalsocialismo, desde la Iglesia católica hasta los Cascos de Acero nacionalistas); Josef Meisinger mandó el departamento «NSDAP, Expulsiones, § 175, Escándalos raciales» [148] (desenmascaramiento de los elementos antihitlerianos en el Partido, homosexuales, casos de aborto criminal y atentados contra la prohibición de relaciones íntimas entre arios y judíos); y el juez municipal doctor Rhode administró el departamento de economía (vigilancia de sociedades legales y empresas mercantiles, incluyendo el Frente alemán del Trabajo) [149]. Por otra parte, el magistrado del ministerio público Tesmer encauzó el departamento interesado en los arrestos preventivos e ingresos en campos de concentración [150], mientras que el consejero gubernamental doctor Harl Hasselbacher se ocupó del departamento de masonería y sectas religiosas [151] (investigación de corrientes contrarias al nacionalsocialismo en comunidades religiosas seglares y represión de las logias masónicas).

Los recién llegados se aprestaron a espesar todavía más las redes barrederas tejidas por Goering. Desde luego, se dio absoluta prioridad a la lucha contra los llamados enemigos del Estado, pues la

Gestapo sabía muy bien lo que era un enemigo del Estado. Anteriormente, Goering había hecho dudar no pocas veces a sus funcionarios, quienes, por lo general, identificaban al enemigo del Estado con el comunista o el «marxista»; pero los nuevos amos de la Prinz-Albrecht-Strasse aportaron conceptos nítidos.

«Hoy día un enemigo del Estado es todo aquel que reacciona deliberadamente contra el pueblo, el Partido y el Estado, sus fundamentos ideológicos y sus acciones políticas», aclaró el *Hauptsturmführer SS* Alfred Schweder [152]. Y el comisario Wendzio enumeró a los enemigos del Estado en un estudio analítico ante los inocentones de la Gestapo: «En particular, entendemos por tales el comunismo, el marxismo, el judaísmo, las Iglesias politizadas, la masonería, los descontentos políticos (críticos), los oposicionistas nacionalistas, la reacción, el frente negro (Strasser, Prag), los saboteadores de la economía, delincuentes habituales incluidos los provocadores de abortos y homoxesuales (gran quebranto de la combatividad nacional y posibilidad de espionaje por el lado de los *homosex*), falsarios y felones.» Esos elementos humanos tan dispares tenían, según Wendzio, un «objetivo común»: su lucha se orientaba «contra la sustancia racial e intelectiva del pueblo alemán» [153].

Mediante un ingenioso sistema de listas y ficheros se clasificó a todo presupuesto adversario del Régimen. La Gestapa de Berlín y sus delegaciones provinciales manipularon un llamado Fichero-A donde quedaron catalogados en tres grupos todos los enemigos peligrosos del Estado según su propio concepto: al grupo A-1, reconocible por un guión rojo en el ángulo superior izquierdo de cada ficha, pertenecieron los adversarios del régimen que ya habían sido apresados por haber iniciado clandestinamente una movilización general; en el grupo A-2 (guión azul) quedaron incluidas las personas que deberían ser arrestadas cuando se proclamase esa movilización; y el grupo A-3 (guión verde) lo compusieron aquellos ciudadanos que, aun sin representar un peligro inmediato para la seguridad nacional, «entrañarían tal peligrosidad política en tiempos de prueba», según rezaba una orden de Heydrich, y «que deberían ser detenidos o sometidos a una vigilancia especial» [154].

La Gestapo se las arregló también para matizar con gran sutilidad la condición de sus diversas víctimas. Un segundo guión en el ángulo derecho de la ficha caracterizó al enemigo del Estado: bermellón al comunista, color amapola al «marxista», pardo rojizo al «anarquista» y violeta al «derrotista». Cada primero de abril y de octubre los expertos debieron verificar si esa caracterización conservaba su vigencia [155].

Una observación tan concienzuda de lo que entendía la Gestapo por enemigos del Estado requirió una expansión incesante de las funciones y los poderes atribuidos a la Policía gubernativa. Así, pues, la Gestapo, que había comenzado con 35 hombres del departamento *Ia* afecto a la Dirección general de Policía berlinesa, contó ya en 1935 con 607 agentes y funcionarios; en 1933, su presupuesto anual se elevó a un millón de marcos, y en 1937 el Estado le asignó 40 millones como tope mínimo [156].

También se aumentó el número de cargos Gestapo en cada área gubernamental, y los puestos directivos Gestapo (existentes en 1937) fueron equiparados al de un gobernador civil o un presidente de Gobierno regional [157]. Los agentes secretos invadieron progresivamente el terreno del espionaje y contraespionaje militar. Asimismo, las fronteras nacionales cayeron poco a poco bajo el influjo de la Gestapo. Las comisarías fronterizas, hasta entonces administradas por la Policía criminal regional, pasaron al dominio de la Policía secreta gubernativa como negociados especiales en el Servicio exterior de la Gestapo [158]. Más tarde, ésta creó su propia Policía fronteriza que, en lugar de vigilar la frontera desempeñó funciones exclusivamente policiales y gubernativas, tales como seguir el rastro a enemigos del Régimen y cazar traidores; por ello quedó subordinada al negociado G de la división Gestapa III, es decir, al Servicio secreto [159].

Sobre las fronteras de aquella Alemania hitleriana cayó con gran estruendo una cortina férrea. El meticuloso y sutil sistema pesquisidor fue una garantía absoluta de que ningún fugitivo podría escapar al ojo gigantesco de la Gestapo. Múltiples patrullas investigadoras tendieron sus redes sobre el país. Unas de carácter local (organizadas por las autoridades municipales y su Policía), otras gubernativas. También se empleó aquí el color para clasificar a los adversarios: las fichas encarnadas (rojo ladrillo) correspondieron a los evadidos, y las blancas con ribete rojo, a las personas indeseables [160].

El registro alfabético de las diligencias Gestapo fue extremadamente alambicado. Tenía ocho capítulos y cada uno expresaba un deseo de la Gestapo. Capítulo A: *Arresto.* Capítulo B: *Arresto caso de no tener domicilio fijo.* Capítulo C: *Verificación de residencia.* Capítulo D: *Expulsión.* Capítulo E: *Búsqueda de personas desaparecidas.* Capítulo F: *Verifíquese si se ha extraviado efectivamente el documento de identidad.* Capítulo G: *Vigilancia disimulada.* Capítulo V: *Arresto de delincuentes profesionales* [161].

En muchos distritos donde la Policía usurpó cada vez más poder, se simplificó considerablemente el trabajo indagatorio de la Gestapo.

Varios años después, muchos apátridas fueron encomendados a ella, que se encargó de internarlos en campos de concentración mientras se tramitaban sus expedientes... con cuyo motivo todo el mundo acababa teniendo en orden sus papeles, naturalmente. «El ingreso de un apátrida en el KZ designado por mí —especificaba el asesor jurídico de la Gestapo, Best, el 26 de julio de 1937— tiene lugar mediante un formulario Gestapa número 240 de cuyo trámite se ocupan las autoridades policiales regionales. Una vez aceptado el proscrito, la dirección del KZ me devuelve el formulario original Gestapa número 240 junto con la ficha Gestapa número 98 donde constan los datos personales del interesado más una fotografía.» El detenido no recobraba jamás la libertad a menos que lo reclamara al campo algún país extranjero. Best puntualizaba lo siguiente: «Antes de entregar al apátrida, las autoridades policiales fronterizas levantan un acta por duplicado ante él, donde se le amenaza con una nueva detención en el campo de concentración si llegara a reincidir [162].»

La facultad para extender órdenes de arresto preventivo y enviar a seres humanos al campo de concentración representó un arma homicida en manos de la Gestapo. Desprestigió a la Justicia en Alemania porque ningún juez, ningún procurador general, ningún abogado defensor pudo impedir que las personas desaparecieran sin dejar rastro tras las alambradas del KZ.

La única autoridad superior a quien cometió esas órdenes de arresto preventivo fue la Policía secreta gubernativa; lo que pudo hacer desde el principio con cualquier prusiano, se hizo más tarde extensivo a todo alemán, es decir, destinarlo a un campo de concentración cuando mejor le pláciese sin encontrar impedimento alguno por parte de la Justicia. Los agentes subalternos tuvieron también atribuciones para aplicar la prisión preventiva aunque sólo por un plazo de siete días, y si al término de tal período la Gestapo no confirmaba esa detención, el detenido debía ser puesto en libertad [163]. Tan pronto como Heydrich imperó sobre la Gestapo aumentó el número de presos en los KZ. Solamente entre 1935 y 1936 fueron detenidos 7 000 «marxistas» [164], a tenor de las intimaciones expuestas por el doctor Best: «Cualquier tentativa para imponer otros conceptos políticos o sostenerlos siquiera será interpretada como una dolencia local que amenaza la saludable unidad del indivisible organismo nacional, y extirpada sin considerar las aspiraciones subjetivas de su promotor [165].»

Ahora bien; cuanto más amenazador e inquietante se hizo el poder de la Gestapo, mayor fue también el número de sus adversarios. Juristas y autoridades administrativas intentaron detener el avance arro-

llador de la Gestapo o, por lo menos, frenarlo. Esos oposicionistas pretendieron nada menos que arrebatarle su arma predilecta: el campo de concentración. Esforzados jurisconsultos denunciaron incontables delitos y abusos en los KZ para sugerir a los jefes nacionalsocialistas más moderados la disolución de esos modernos ergástulos [166].

En el verano de 1933, cuando había comenzado ya esa maniobra encubierta bajo la dirección de algunos juristas audaces, Heydrich y Himmler bosquejaron en Baviera un modelo de su terrorismo sistematizado. Por entonces la fiscalía del partido judicial Munich II conocía varios indicios sobre numerosas y enigmáticas muertes en el KZ de Dachau. A su debido tiempo, el ministerio público adujo que los Tribunales «tenían el deber de esclarecer tales hechos por la vía sumaria sin tomar en consideración quién o quiénes pudieran estar complicados», según reza un oficio dirigido el 2 de junio de 1933 al Ministerio bávaro de Justicia [167]. La fiscalía levantó acta repetidas veces de los crímenes perpetrados en Dachau: durante la segunda mitad de mayo de 1933, el ministerio público abrió una encuesta sobre la muerte de los presos Schloss, Hausmann, Strauss y Nefzger. Resultado: los cuatro fueron torturados, hasta morir, por el personal del campo. A fines de setiembre (1933) dispuso una autopsia, la del preso Hugo Handschuch, muerto también en Dachau. Tras el examen del forense se informó así: «Hemorragias múltiples por la acción de un objeto contundente... Indicios suficientes para sospechar de uno o varios culpables desconocidos.» A últimos de octubre (1933), la fiscalía intentó esclarecer el presunto suicidio de los presos Wilhelm Franz y doctor Delbin Katz, e hizo constar en el acta: «La exhumación de ambos cadáveres basta para formular sospechas justificadas contra uno o varios asaltantes desconocidos... Asfixia producida por estrangulamiento o garrote [168].»

La fiscalía del partido judicial Munich II solicitó al Ministerio de Justicia que se verificase la legitimidad del régimen interno en Dachau, y el 1.º de junio de 1933 presentó una denuncia contra el comandante del KZ, *Oberführer SS* Hilmar Waekkerle, el médico del campo doctor Nuernbergk, y el secretario de la dirección Mutzbauer, por encubrimiento de asesinato [169]. Himmler tuvo que desentenderse de su comandante KZ [170]. Pero él y Heydrich se opusieron con más violencia a todas las tentativas del fiscal para dar forma procesal a los demás casos. Ambos se pusieron al habla con el ministro de la Gobernación, Wagner, y la indujeron a proponer en el Gabinete que se suspendieran por «razones políticas de Estado» los sumarios contra los delincuentes KZ [171].

Cuando el Gabinete bávaro rechazó por mayoría la propuesta de Wagner, Himmler prohibió la entrada en el campo de concentración al ministerio público, y obtuvo del ministro de Justicia, doctor Hans Frank, una orden para el procurador general del Estado disponiendo «que se abstuviera de promover el sumario hasta recibir nuevas instrucciones» [172]. Sin embargo, el ministerio público no se arredró. El 12 de julio de 1934 solicitó a la Po-Po-Ba que «siguiera investigando los hechos relacionados con la comandancia del KZ de Dachau y procurara descubrir a los autores de aquellos crímenes». La Po-Po-Ba de Heydrich reaccionó malévolamente: «El procedimiento indagatorio llevado recientemente a cabo por la fiscalía del partido judicial Munich II evidencia cuáles son los chanchullos y recursos empleados para endosar unos supuestos delitos al campo de concentración de Dachau [173].» En el KZ se hizo desaparecer hasta la última huella; y el procurador general Wintersberger hubo de suspender las instrucciones sumarias el 27 de setiembre de 1934 [174].

Himmler logró parar los pies a la peligrosa fiscalía mediante una añagaza ajedrecística. Primero propuso el ingreso en las SS al cerebro conductor de los contrincantes de Dachau, primer procurador general doctor Walter Stepp, un nacionalsocialista convencido, y después le hizo creer que como *Hauptsturmführer SS* podría poner mejor remedio a las anomalías de Dachau. Y el principal anatematizador de la Po-Po-Ba se transformó en funcionario suyo... ¡Un año después Stepp era subdirector de la Po-Po-Ba [175]!

Mientras tanto, otros hombres animosos habían emprendido también la lucha en Prusia contra los criminales KZ. El primer director de la Gestapo, Diels, despidió a numerosos «bárbaros», especialmente en los campos de concentración custodiados por la SA. Asimismo, se ganó el apoyo de dos nacionalsocialistas en el Ministerio de Justicia: el procurador general Werner von Haacke y el fiscal Günther Joel, para combatir con autoridad ministerial los delitos políticos. Haacke y Joel crearon en el Ministerio prusiano de Justicia una fiscalía central que no sólo consiguió aherrojar a los pistoleros SA sino también coronar no pocas acciones fructíferas contra la Gestapo y los delincuentes SS [176].

El persecutor pardo Von Haacke alcanzó su mayor éxito en la lucha contra el departamento Gestapo de Stettin, cuyo director, el *Sturmführer SS* doctor Joachim Hoffmann administraba un campo de concentración junto a unos talleres de vulcanización en Stettin-Bredow, donde se torturaba bestialmente a los seres humanos («se les vulcanizaba», según la jerga de la Gestapo). Haacke logró arrestar a

Hoffmann, el jefe de la Gestapo. Hoy recuerda todavía aquella escena: «Ante mí había un intelectual fanático, sádico, de una insensibilidad glacial que yo no había visto en ninguna persona hasta entonces. Solamente conocí a otro individuo que por su naturaleza, e incluso por sus gestos y movimientos, me traía a la memoria a aquel energúmeno: Heydrich [177].» El Tribunal de lo criminal número 2 (Stettin) falló contra Hoffmann el 6 de abril de 1934 y lo condenó a trece años de prisión; sus cómplices recibieron asimismo diversas penas de prisión mayor [178].

Aquel ejemplo animó a otros juristas en la resistencia contra los sayones uniformados de negro. Tras la sanguinaria orgía del 30 de junio, el procurador general de Breslau doctor Walter Schaeffer mostró un valor poco común al disponer la detención de veinte militantes SS, entre ellos dos *Standartenführer*, bajo la sospecha de asesinato, si bien tuvo que devolverles la libertad tras una violenta disputa con el secretario de Estado para Justicia, Roland Freisler [179]. Sin embargo, el jurisconsulto se vio privado de sus principales aunque tibios patrocinadores cuando Diels hizo un rápido mutis y Goering se pasó con una inesperada pirueta al campo Himmler-Heydrich. En noviembre de 1934, Goering vociferó ante una asamblea de los consejeros prusianos: «¡Todavía hay algunos fiscales del Estado que se complacen en encarcelar a los laureados [del Partido], pero nosotros atajaremos esas sucias maniobras [180]!»

Ciertos juristas no se dejaron intimidar. Hacia principios de 1935, el procurador general de Sajonia doctor Walther denunció al jefe del KZ de Hohnstein, un militante SA, por brutalidades cometidas contra los prisioneros, en las que también estaba complicada la Gestapo; Walther se preparó también para procesar por separado al funcionario responsable de la Gestapo, consejero de Estado Erich Vogel. Cuando se dictaron condenas de varios años contra los verdugos «KZ», intervino el *Gauleiter* de Sajonia, Mutschmann, y exigió al Tribunal la absolución general. Pero el ministro de Justicia del Reich, doctor Franz Gürtner formuló una protesta: «Esa crueldad que recuerda mucho el sadismo oriental no puede tener justificación ni disculpa ni en los momentos más amargos de lucha.» Así, pues, el Tribunal confirmó sus sentencias, pero la venganza de los nazis no se hizo esperar. Los jurados de ambos tribunales fueron expulsados del Partido y el procurador general tuvo que abandonar las SA. Entonces medió el árbitro supremo: Hitler indultó a los reos y sobreseyó la causa seguida contra Vogel, el funcionario de la Gestapo [181].

Esa arbitrariedad tan manifiesta hizo proyectar una empresa te-

meraria al ministro de Justicia Gürtner, hombre de arraigadas tendencias liberales y nacionalistas. En su desesperación, tuvo una idea disparatada: le pareció que sólo se podría refrenar el despotismo del caudillaje dictatorial y de la Gestapo si se consiguiera sintetizar la legislación vigente al estilo nacionalsocialista, aunque conservando una medida mínima de normas jurídicas que coercieran también a Hitler y a sus mandatarios [182].

El liberal derechista Gürtner se asoció con el más duro de los jurisconsultos nacionalsocialistas, el nuevo comisario de Justicia del Reich doctor Hans Frank. Este fanático renovador NS pretendió «desliberalizar» radicalmente el Derecho penal e imponer un nuevo concepto por demás difuso —protección de los llamados valores populares—, lo cual no le impidió condenar al mismo tiempo los procedimientos arbitrarios de una Policía omnipotente. Desde luego, cuando se halló bajo el patíbulo de Nuremberg reconoció la «aterradora influencia ejercida por Adolf Hitler», pues «él, que en sus años batalladores se había regocijado incluso con la protección del Derecho, despreció más tarde, como estadista, la jurisprudencia y la magistratura» [183]. Sea como fuere, el jurista Frank tropezó ya contra la maraña jurídica del caudillaje dictatorial en la prisión preventiva de Stadelheim durante aquella jornada fatídica del 30 de junio de 1934. Por entonces germinaron en su mente las terribles dudas que inducirían más tarde (1942) al gobernador general de Polonia, Frank, a lanzar el mayor ataque público que jamás se conociera en el Gran Reich alemán, contra la tiranía policíaca de Heinrich Himmler.

Frank y Gürtner fundaron a fines de 1933 una comisión oficial de jurisperitos que debería redactar un nuevo Código penal. Frank contribuyó con diversos lemas nacionalsocialistas a los que el siempre solícito Roland Freisler dio apariencia de artículos, mientras Gürtner y su íntimo colaborador Hans von Dohnányi —futuro consejero de Justicia y mártir de la Resistencia— intentaban paliar los desafueros jurídicos de Hitler y la Gestapo [184]. Pero, al propio tiempo, Gürtner se ganó al jurisconsulto nacionalsocialista Frank para su primordial objetivo: la disolución de los KZ.

En el verano de 1934, Frank y Gürtner se arriesgaron a «lanzar una ofensiva directa ante Hitler», según informa el propio Frank. Ambos juristas argumentaron contra el sistema KZ en presencia de Hitler y Himmler, y su escenario fue el gran salón de actos de la Cancillería [185]. «Propuse —refiere Frank en sus memorias— que se pusiera un límite de tiempo a todo el "sistema", cuyas tiendas se deberían abatir lo antes posible, y que se suspendieran inmediatamente las deten-

ciones y todos los encarcelamientos dispuestos hasta entonces, así como que los tribunales ordinarios verificaran jurídicamente todas las denuncias presentadas por abuso de autoridad. El ministro de Justicia, doctor Gürtner, refrendó mis trascendentales palabras, pero él y yo nos quedamos solos.» Hitler rechazó esa propuesta alegando que la disolución de los KZ en aquellos momentos era «prematura». Asimismo, hizo archivar más tarde el nuevo Código penal de Frank[186].

Gürtner no cejó y preguntóse reflexivamente una vez más cómo se podría restringir el poder de la Gestapo y sus tiránicas órdenes de detención. El ministro de Justicia reunió material informativo sobre las numerosas y turbias muertes acaecidas en los campos de concentración, para exigir finalmente que se pusiera al alcance de los presos el adecuado asesoramiento jurídico mediante defensores ordinarios. Himmler rebatió tales censuras: «No consideramos necesario aplicar medidas especiales a las concienzudas jefaturas de los campos de concentración.» Himmler supo siempre asegurarse por anticipado el apoyo de Hitler. Y el 6 de noviembre de 1935 aleccionó así a Gürtner: «El 1.º de noviembre de 1935, he conferenciado con el Führer y canciller del Reich y le he expuesto la solicitud que nos ha sido presentada respecto a la autorización para designar abogados defensores en los casos de prisión preventiva. El Führer ha prohibido toda consulta con abogados defensores y me encarga que ponga en su conocimiento esa decisión[187].»

La oposición del impresionable y excesivamente cauto ministro de Justicia se estrelló contra la voluntariedad granítica de Himmler y Heydrich. Aunque también naufragó en la credulidad de muchos juristas habituados al positivismo legislativo del siglo XIX que se entregaron, diligentes y serviciales, a la euforia del culto nazista del Führer.

No fueron intrépidos jurisconsultos como el procurador general Schaeffer ni prudentes campeones de las normas como el ministro Gürtner los que caracterizaron la jurisprudencia alemana, sino acomodaticios leguleyos del pelaje de Karl Schmitt, que «desdeñando las restricciones normativas y el sometimiento de la judicatura a unas circunstancias prestablecidas» quisieron hacer del jurista «un colaborador conformista dispuesto a sacrificar el Derecho en aras de una voluntad acaudilladora»[188]. «¡Acabemos con la esclavitud anacrónica del Derecho positivista!», clamaba el *Semanario jurídico* en 1934[189], mientras los jueces de Alemania empezaban a glosar con crecientes irreflexión el poder de la Gestapo: el 2 de mayo de 1933 el Tribunal prusiano de casación dictaminó que los procedimientos incoados por

la Gestapa no podían ser impugnados mediante un pleito civil y, así, pues, no había más recurso que elevar una reclamación por conducto reglamentario al jefe superior de la Gestapa[190]. Y el 7 de octubre de 1935, el Tribunal administrativo de Hamburgo sostuvo que «en el Estado nacionalsocialista no existe ninguna reciprocidad entre los poderes legislativo, ejecutivo y judicial..., de modo que la Justicia no puede negar bajo un punto de vista ajeno lo que emprende el Estado como procedimiento político»[191].

El consultor jurídico de la Gestapo, Best, observó satisfecho a las autoridades judiciales cuyas tentativas de acercamiento no podían ser más expeditivas, y remitió muchas sentencias definitivas a todas las oficinas de la Gestapo para su información y regodeo[192]. Paso a paso, el grueso del cuerpo judicial se avino con la cínica puntualización de Best sobre la Policía, cuyas palabras textuales eran éstas: «La "Policía" nunca obrará con "ilegalidad" o "improcedencia" mientras se atenga a las reglas que le dicten sus superiores —hasta la jefatura suprema—; así, pues, en tanto la Policía ejecute esa voluntad del mando, actuará legalmente[193].»

El ministro de Justicia, Gürtner, perdió los estribos: «¡Esto es desesperante!» Según confió al alcalde de Berlín, doctor Sahm, no osaba ya presentarse en ninguna reunión social porque los periodistas extranjeros le preguntaban constantemente por las condiciones de los KZ. Sahm quiso saber qué opinaba sobre eso el ministro de la Gobernación, doctor Wilhelm Frick. Gürtner hizo un gesto displicente y replicó: «Goering y Heydrich pesan más que cien Frick[194].» Gürtner no pudo adivinar que justamente a aquella misma hora el irresoluto conservador nazi Wilhelm Frick intentaba desembarazarse del aprendiz de brujo cuya ayuda requiriera otrora para luchar contra Goering, pues el rector del Ministerio de la Gobernación (RMdI) se arrepintió súbitamente de abandonar el mando sobre una Policía unificada del Reich a un sujeto tan peligroso como Himmler.

El empeño de Frick habría terminado en un absoluto fracaso si la alta burocracia del Reich no se hubiese unido al ministro, pues a muchos de sus componentes les incomodaba, no obstante la perfecta identificación con el Régimen, acaparase cada vez más poder en menoscabo de la Administración. Una irónica paradoja quiso que los cabecillas de esa «fronda anti-Gestapo» fuesen dos hombres que, aparentemente, estaban muy ligados con los SS: el gobernador de Aquisgrán, Eggert Reeder, miembro patrocinador, y más tarde *Gruppenführer* de las SS[195], y su colega de Colonia, el *Standartenführer* Rudolf Diels[196], aquel antiguo valido de Goering que había contri-

buido como ningún otro funcionario al desarrollo potencial de la Gestapo.

Frick y los dos gobernadores se pasaron hábilmente la pelota para contener el influjo de la Gestapo, por lo menos en las provincias. Con el decreto del 30 de noviembre de 1933 sobre la Policía secreta gubernativa se había desposeído de toda autoridad a los gobernadores civiles en el «área de competencia de la Gestapo» [197], por lo cual era preciso, ante todo, poner otra vez bajo control las vanguardias Gestapa en los distritos provinciales. Frick inició la campaña el 16 de julio de 1934 con un edicto circular [198] a todos los gobernadores civiles, que contenía una frase por demás extraña que decía más o menos esto: se opina «únicamente» que el carácter autónomo de la Gestapo obedece «tan sólo a una medida transitoria» que «se ha hecho necesaria tras la tensa situación política creada por la revuelta de Roehm».

En aquel edicto circular el ministro de la Gobernación exigió la «más estricta colaboración» entre Gestapo y Cuerpo administrativo, así como «una información periódica de las autoridades policiales gubernativas a los señores gobernadores civiles» [199] En otras palabras: Frick esbozó la subordinación de la Gestapo al Cuerpo administrativo.

El gobernador de Aquisgrán, Reeder, reaccionó sin dilación, y en agosto de 1934 hizo saber por escrito al Ministerio de la Gobernación del Reich que un gobernador civil «necesita asumir absoluta responsabilidad política, realmente indivisible, en su jurisdicción» y, por tanto, «él no podía renunciar a ello»: «El jefe de la Policía gubernativa local es un jefe de sección administrativa y está subordinado a mi autoridad [200].» Su colega Diels fue todavía más expeditivo. El 4 de noviembre de 1934, escribió así a Goering: «El desacoplamiento de la política ocasionará, a la larga, graves dificultades que seguramente le serán familiares, señor ministro presidente. Pues ese "desmembramiento" de la Administración interna fue lo que acarreó el predominio del Partido sobre el Estado con todos sus inconvenientes... Se debe desterrar definitivamente el concepto de «autenticidad política». Este concepto se ha convertido en una palestra en la que se dirimen cínicamente los casos de mutua desconfianza que tanto dificultan la gestión administrativa estatal [201].»

Asimismo, el gobernador de Prusia oriental, *Gauleiter* Erich Koch, fanático antagonista de las SS, presentó una queja sobre el incesante acecho de la Gestapo y exigió pronto remedio a Frick. Éste dirigió un oficio a Himmler fechado el 23 de noviembre de 1935: «Me parecen inadmisibles las actuales relaciones entre el gobernador civil y el jefe de la Policía gubernativa, ya que no podrán tener larga duración y,

entretanto, menoscaban la autoridad del Estado.» Himmler replicó con su acreditada contundencia: «El Führer ha dispuesto que no se modifique bajo ningún concepto el estatuto de la Policía gubernativa en Koenigsberg [202].» Sin embargo, los burócratas siguieron ejerciendo tal presión sobre el aparato policíaco que Heydrich e Himmler accedieron a estudiar una nueva ley para la Gestapo con el Ministerio de la Gobernación del Reich.

Tras largos meses de discusiones se promulgó otra ley (10 de febrero de 1936) que confirmaba prácticamente la situación existente, si bien decía en su artículo 5.º: «Los oficiales superiores de la Policía gubernativa quedan *subordinados* simultáneamente a los respectivos gobernadores civiles, cuyas instrucciones deberán cumplir; y asimismo los mantendrán informados sobre todos los asuntos de carácter político y policial [203].»

Aquel éxito parcial comunicó notable agresividad a los funcionarios del RMdI. Y cuando Heydrich y Himmler exigieron del Ministerio que ratificara sus concesiones a la Administración mediante un ordenamiento legislativo de la Policía del Reich —un problema de organización todavía pendiente—, los burócratas trazaron una nueva línea divisoria ante la pareja rúnica. En el fondo, esa cuestión había sido resuelta mucho antes, porque cuando Himmler y Heydrich conquistaron la Gestapo (abril de 1934) crearon al propio tiempo en la Gestapa una «oficina central para los Comandantes regionales de la Policía política» [204], que coordinó prácticamente el trabajo de las distintas Policías provinciales con el cometido general de la Gestapo.

En realidad, Himmler mandaba ya la Policía política de todo el Reich. Sólo quedaba por resolver cómo dirigiría el jefe SS el Cuerpo general de Policía incluyendo los asuntos ajenos a la política. Los funcionarios ministeriales acariciaron el proyecto de subordinar la Policía unificada al ministro de la Gobernación y eliminar a Himmler, cuyo poder crecía demasiado, mediante su competidor berlinés, el *Obergruppenführer SS* y teniente general de policía Kurt Daluege.

El rival de Himmler, Daluege, comandante de la Policía regional prusiana, había forjado ya ciertos planes en mayo de 1933 que preveían —según el vocabulario oficial— la «nacionalización» de la Policía política [205]. El «plan Daluege» agradaba al reformista Frick, quien había visto desde entonces en aquel militante SS al futuro jefe de la Policía alemana. Cuando el Ministerio prusiano de la Gobernación se fundió con el RMdI, Frick dio también empleo al manejable Daluege como director del nuevo negociado policial en el Ministerio de la Gobernación del Reich; pero la vertiginosa ascensión de Himmler en el

verano de 1934 desbarató sus planes con respecto a Daluege. No obstante, encargó a los juristas de su Ministerio que proyectaran unos cuadros de mando para la nueva Policía alemana... a ser posible sin Himmler.

Frick imaginó así esa estructuración: el Cuerpo general de Policía se concentraría en el Ministerio de la Gobernación; Himmler, como inspector de la Gestapo, dirigiría el correspondiente negociado ministerial y encontraría en la persona del general Daluege un sustituto permanente. Según opinan el historiador Hans-Joachim Neufeldt, Frick seguía una táctica dilatoria: «Evidentemente, se proponía arrinconar cada vez más a Himmler hasta darle un papel "político representativo" para asumir él mismo la dirección efectiva de la Policía mediante Daluege [206].»

Himmler rechazó rotundamente la propuesta de Frick. El 9 de junio de 1936, el jefe SD Heydrich exigió en nombre de su *Reichsführer* todo el poder: Himmler tendría el rango de ministro, equiparable a las comandancias generales de la Wehrmacht, y bajo los títulos «*Reichsführer* SS y jefe de la Policía alemana» se entendería una autoridad casi exclusiva sobre el aparato policial, pues sólo debería responder «personalmente» (es decir, no con periodicidad obligatoria) ante el ministro de la Gobernación. Frick se indignó y presentó inmediatamente una protesta a Hitler. El Führer tranquilizó al descompuesto ministro: el camarada Himmler no recibiría ninguna cartera ministerial sino que participaría tan sólo como secretario de Estado en las reuniones del Gabinete. Aun así, el ministro de la Gobernación se retiró apesadumbrado... Hitler le había dado a entender que la promoción de Himmler era cosa hecha [207].

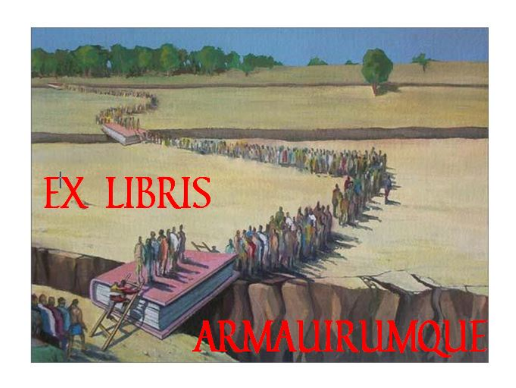
Pese a todo, el ministro siguió presentando batalla en cada oportunidad. Censuró públicamente la yuxtaposición de un cargo nacionalsocialista *(Reichsführer SS)* con otro estatal (jefe de la Policía alemana). Y en el proyecto de ley agregó cuatro veces al título de Himmler estas palabras: «en el Ministerio de la Gobernación del Reich». Además, se aferró a su requerimiento inicial: Daluege debería ser «sustituto permanente de Himmler» [208]. El jefe SS retrocedió algunos centímetros. Renunció al rango de ministro. Se puso a las órdenes «personales y directas» del ministro, lo que significaba muy poco en la enrevesada terminología nacionalsocialista. Y, por último, confirió a Daluege el nombramiento de sustituto permanente, aunque, desde luego, sólo «para el caso de una ausencia prolongada (la suya)» [209].

Pero apenas firmó Hitler el decreto designando al nuevo jefe de la Policía alemana, Himmler mostró claramente cómo quería que se

interpretara su flamante poder. No acaparó únicamente todos los negociados de Policía afectos al Ministerio, sino que también arrastró consigo otras áreas jurisdiccionales de Gobernación: ley de Prensa y licencia de armas, pasaportes y tráfico de armas, así como la documentación personal de todos los funcionarios empleados en la Policía, incluidos los directores y jefes superiores [210].

¿Donde fue, pues, a parar el paniaguado de Frick, el jefe SS Daluege? Himmler le hizo retroceder dos puestos en el escalafón, pues él mismo y Heydrich ocuparon los primeros lugares. Por lo pronto, Himmler había reservado para el jefe SD, como hicieron antaño en la Po-Po-Ba, una posición clave. Como jefe absoluto de la Policía alemamana creó dos nuevas Direcciones generales bajo su mando inmediato denominadas centrales; la Policía de seguridad, en la que se agruparon la Policía secreta gubernativa y la Policía criminal a las órdenes del *Gruppenführer* SS Reinhard Heydrich, y las fuerzas de orden público integradas por agentes de seguridad, gendarmería y guardia municipal, bajo la dirección del *Obergruppenführer SS* y general de policía Daluege [211].

Heinrich Himmler se salió con la suya una vez más. La Policía hitleriana de Alemania cayó bajo su férula. Ahora pudo completar con Heydrich la segunda etapa de su grandioso plan: entonces comenzó la unificación de SS y Policía para constituir el «Staatsschutzkorps» (Cuerpo de Protección del Estado) del III Reich.



9. El SD

En la jefatura prusiana de la Policía judicial, órgano distribuidor de todas las comisarías Kripo, se dio la alarma general. Los teletipos del LEPA teclearon en todas las jefaturas y comisarías Kripo del Reich transmitiendo lo que esa central de la Policía judicial tuvo por el cometido más apremiante en la caza del delincuente durante aquel 27 de enero de 1937.

Dicha central, sita en la Alexanderplatz berlinesa, solicitó, «para su inmediata divulgación, una lista de todos los malhechores domiciliados en cada distrito que, a juicio de la correspondiente Policía judicial, fuesen delincuentes habituales o hubiesen cometido atentados contra la moral y estuviesen todavía en libertad»[1]. Las comisarías de la Kripo deberían confeccionar listas y numerar a cada uno de los criminales fichados. El LKPA preceptuó también lo siguiente: «Si se hubiera adoptado ya esa medida (arresto sobre la marcha), bastará con comunicar telegráficamente el número que corresponda en su lista al delincuente apresado[2].»

Treinta días después, había concluido todo. El jefe de la Policía alemana despachó una orden fechada el 23 de febrero para la Dirección prusiana de Policía judicial disponiendo que el 9 de marzo siguiente «se detuviese a unos 2 000 delincuentes profesionales y perpetradores de atentados contra la moral, y se les redujese a prisión preventiva». Una vez más teclearon los teletipos del LKPA distribuyendo órdenes por toda la nación. El 9 de marzo de 1937, se desencadenó puntualmente la gran redada por todo el país. Enjambres de agentes invadieron la vía pública y dos mil detenidos causaron alta en cuatro campos de concentración: Sachsenhausen, Sachsenburg, Lichtenburg y Dachau[3].

La acción del LKPA abrió el capítulo más escabroso de labor policíaca apolítica en la historia del III Reich: el combate preventivo

contra la delincuencia. La Policía de Seguridad, capitaneada por Reinhard Heydrich y de la cual formaba también parte la Policía judicial, *conceptuó como elementos antisociales a grandes grupos humanos* y los encasilló bajo el concepto «prevención del crimen», despreciando toda consideración jurídica.

Aquella consigna había sido dada por la Kripo. En la Alexanderplatz se exigía desde mucho tiempo atrás la reducción del criminal reincidente mediante las más duras medidas preventivas (reclusión profiláctica)[4]. La jefatura de Seguridad hizo suyo ese lema. Entonces fueron, ciertamente, los Tribunales los que, fundándose con absoluta legalidad en el artículo 42 del Código penal del Reich, dispusieron reclusiones profilácticas cuando así lo requirió la seguridad pública[5]; no obstante, los fallos pronunciados por esos Tribunales, que usaban de sus atribuciones sólo con muchos escrúpulos, resultaron ser demasiado «liberales» y normativos a juicio de aquella jefatura[6].

Así, pues, la Policía de Seguridad se arrogó la facultad de aplicar la prisión preventiva a los llamados delincuentes profesionales, lo cual significaba sólo una cosa en el III Reich: ingreso en un KZ. Justificación: el tribunal ordinario sólo puede juzgar la peligrosidad del delincuente en el marco de un delito concreto. Por el contrario, la Policía conoce todas las circunstancias externas e internas para pronunciar un dictamen global sobre los criminales[7].

Desde luego se tropezó con una dificultad: la Policía carecía de toda base jurídica para dictar prisión preventiva contra un delincuente. Ninguna ley amparaba tal proceso[8]. Sin embargo, la Policía de Seguridad supo dar un conveniente rodeo, como manifestó poco después su asesor jurídico, doctor Werner Best, en una conferencia. Best lo razonó así: existía realmente una base jurídica para la acción policial, porque según la noción popular del Derecho, tanto las autoridades como el ciudadano común eran órganos integrantes del pueblo «que colaboraban en la ordenación nacional cumpliendo y haciendo cumplir las normas legales preceptuadas por el Mando para alcanzar los objetivos patrios». En aquel caso particular, colaboraron también los órganos integrantes del pueblo: la Policía tuvo una participación activa y «el delincuente contribuyó pasivamente al ser puesto en prisión preventiva»[9]. No se podía abusar con más cinismo e impavidez del entendimiento humano: ¡el delincuente ayudaba a la Policía dejándose detener y encarcelar en un campo de concentración!

Pero aquel combate preventivo contra el crimen arrebató a la Justicia ordinaria un derecho exclusivo: el poder examinar cada caso con absoluta imparcialidad. Entonces comenzó lo que el historiador

de Munich, Martin Brozat, describe así: «Se procedió con la comunidad nacional como si fuera una delicada plantación donde se requiriera "carmenar" y "escardar" periódicamente la mala hierba y los vástagos malogrados [10].» Aunque no aumentaba el índice de criminalidad en aquella Alemania [11], la Policía de Seguridad instituyó un régimen de redadas periódicas. El jefe de la Policía alemana o su lugarteniente Heydrich fueron siempre quienes determinaron cuándo procedía enviar una nueva hornada de criminales al KZ [12].

Este ejemplo de los arrestos preventivos sirve para ilustrar hasta qué punto imperaba el *Gruppenführer* SS Reinhard Heydrich en el III Reich. Cuando Heinrich Himmler fue nombrado director general de la Policía alemana (junio de 1936) y confió a su jefe del SD la Policía de Seguridad, Heydrich empuñó una herramienta tiránicamente demoledora sin parangón en la Historia alemana.

Entre las manos codiciosas de Heydrich y Himmler, el concepto «Policía de Seguridad» difirió mucho, por supuesto, de su significado original. Tiempo atrás, los juristas estatales habían entendido por Policía de Seguridad la Policía en su totalidad, pero ésta se dividía en dos grupos, la Policía urbana (de tráfico o de inspección industrial) y la Policía ejecutiva, con sus cuatro subdivisiones: judicial, de Orden público, política y Gendarmería [13]. Pero Himmler fusionó esas dos subdivisiones con evidente poder político, a saber, la Policía judicial y la política, para formar una nueva Policía de seguridad (*Sipo*) y ponerla bajo el mando de Heydrich mientras encomendaba a su competidor dentro de las SS, Kurt Daluege, el resto de la Policía ejecutiva más la urbana, formando con ellas un nuevo Cuerpo de Orden público (Orpo) [14].

El jefe de la Sipo, Heydrich, creó una Dirección general de Seguridad que, junto a la de Orden público administrada por Daluege, quedó subordinada al *Reichsführer SS* y jefe de la Policía alemana como una división ministerial en Gobernación. Puesto que la Dirección general de Seguridad no podía, sin embargo, practicar detenciones ni interrogatorios como legítimo fundamento policial, hubo de buscar apoyo en otras divisiones administrativas del Cuerpo de Policía: la Policía secreta gubernativa (Gestapa) —que como suprema autoridad regional dirigía el Servicio secreto en Prusia y como autoridad superior del Reich administraba las Policías políticas de las restantes regiones *— y la Policía judicial prusiana que orientaba a las

* Desde el 1.° de octubre de 1936 los centros de todas las Policías políticas en el III Reich recibieron una denominación común: «Geheime Staatspolizei» (Policía secreta gubernativa), y sus organismos inferiores se llamaron Dirección Stapo y Subdirección Stapo.

Kripo regionales y, más tarde (julio de 1937), figuró también oficialmente entre las autoridades superiores del Reich bajo el título Policía judicial del Reich (RKPA) y tuvo jurisdicción administrativa sobre todas las Policías judiciales de Alemania [15].

Gestapa y RKPA conservaron su identidad dentro de la Dirección general de Seguridad como centrales especializadas del Reich, según se las llamó; solamente la sección I de la Gestapa (administración y asesoría jurídica) se disoció de su central para formar una división ministerial subordinada directamente al Ministerio de la Gobernación [16]. Finalmente, esos tres grupos se transformaron en los negociados que integraron, sin perder sus atributos, la Dirección general de Seguridad. Éstos fueron:

Negociado de administración y asesoría jurídica. Director: *Oberführer SS* doctor Werner Best. Domicilio: Unter den Linden, 72-74.

Negociado de Policía política. Director: *Standartenführer SS* Heinrich Müller. Domicilio: Dirección general de la Policía secreta gubernativa, Prinz-Albrecht-Strasse, 8.

Negociado del Servicio secreto. Director: *Oberführer SS* doctor Werner Best. Domicilio: Dirección general de la Policía secreta gubernativa, Prinz-Albrecht-Strasse, 8.

Negociado de Policía judicial. Director: *Sturmbannführer SS* Arthur Nebe. Domicilio (desde fines de 1938): Dirección de la Policía Judicial del Reich, Werderscher Markt, 5-6 [17].

Allí se acumuló un poder monstruoso que intentó abarcar cada vez más esferas de la vida nacional, y se procuró, paulatinamente, un espacio al margen de la ley donde no pudo penetrar ya ningún otro organismo estatal ni se permitió escudriñar a ninguna autoridad judicial. Oficialmente, la Dirección general de Seguridad fue una división del Ministerio de la Gobernación, y Heydrich quedó subordinado con ella al ministro de esa cartera [18]. Pero en la práctica el jefe de la Sipo rechazó toda intromisión del ministro Frick en su trabajo..., y no fue casual, ni mucho menos, el hecho de que tanto Heydrich como sus principales oficinas estuvieran domiciliadas a considerable distancia del Ministerio.

Heydrich laboró infatigablemente para preservar su máquina de toda influencia ajena. Hábiles juristas y expertos se esforzaron por demostrar ante los crédulos ciudadanos que la «aparente» arbitrariedad de su Dirección general era un extraña especie de justicia suprema. «La gestión policial» —discurría el siempre solícito Best— no

requiere ya cánones legales, pues la voluntad de Hitler engendra justicia por sí sola y transforma el Derecho tal como se conocía hasta ahora [19].» El profesor «SD» Reinhard Hoehm fue todavía más lejos. Él quiso suprimir el Estado y el individuo como persona jurídica, pues «el Estado no es una finalidad absoluta sino un medio para alcanzar los objetivos nacionales que señala el Führer [20].»

Ahora bien: una vez extinguidos el Estado y la entidad jurídica del individuo, el ciudadano no pudo presentar ya ninguna reclamación contra los actos arbitrarios de la Policía. No fue posible impugnar judicialmente ninguna medida de la Sipo, ni ante los Tribunales administrativos ni circunvalándolos mediante un pleito por indemnización de daños y perjuicios, ni con una demanda privada por injurias ni, menos todavía, mediante un procedimiento criminal fundado en el secuestro. En consecuencia, sólo se le abrió un espinoso camino al agraviado ciudadano: presentar una reclamación por conducto reglamentario ante el jefe de la Sipo [21].

En semejante ambiente de ilegalidad, el jefe de la Sipo, Heydrich, tuvo absoluta libertad para decidir hasta dónde debería extenderse su poder frente a los indefensos ciudadanos. Él dispuso de vidas y libertades, pues se le permitió extender órdenes de prisión preventiva y enviar a seres humanos a los campos de concentración [22]. Es cierto que el decreto regulador sobre detenciones preventivas promulgado por el ministro de la Gobernación con fecha 12 de abril de 1934 hizo la siguiente puntualización: «No será lícito el encarcelamiento en campos de concentración para sancionar actos punibles... o reprobables. Esa sentencia deberá corresponder a los Tribunales [23].» Pero la Sipo se atribuyó el derecho de enmendar o agravar los veredictos judiciales.

La gente de Heydrich acechó ante los portalones carcelarios y cuando el reo recobraba la libertad tras el cumplimiento de su condena se lo llevaban directamente desde allí a un campo de concentración: personas condenadas por delitos de lesa patria, funcionarios comunistas tras su expiación, miembros de la Asociación internacional de Biblistas (entidad disuelta y perseguida porque la Sipo interpretaba sus consignas pacifistas como una incitación a la resistencia combativa) [24], y toda clase de seres humanos sentenciados por los Tribunales populares.

Heydrich y sus organismos obraron a su antojo; las personas sospechosas de maquinaciones políticas comparecieron ante un Tribunal o se encaminaron al KZ, aunque la mayoría siguió un camino directo hacia éste puesto que la prisión preventiva no fue objeto de revi-

sión judicial... sino sólo consecuencia del arresto policial. El 26 de febrero de 1937, Heydrich advirtió a la Gestapa: «En el futuro, me propongo omitir los mandatos ocasionales para efectuar la detención; así no se requerirá ninguna investigación judicial de las medidas policíacas. El mandato de arresto es... superfluo, ya que todos esos casos necesitarán probablemente un mandato de prisión preventiva [25].»

Pero Heydrich no se contentó con los casos políticos. Cada vez más animado por su engrandecimiento, decidió ampliar el concepto de «hostilidad al Estado». Donde resultaron insuficientes los criterios, surgieron los factores criminales y policíacos: el enemigo del Estado se convirtió en elemento antisocial [26]. So capa del combate preventivo contra el delincuente, la Sipo hizo crecientes estragos entre ciertos grupos desligados de la sociedad que refutaban a su manera las pretensiones totalitarias del régimen. Cada vez se ensanchó más el área de las detenciones preventivas, cada vez fue más difuso el concepto de elemento antisocial.

Así y todo, se delinearon tres grupos con suficiente madurez para visitar el campo de concentración: los «delincuentes profesionales y habituales», es decir, personas condenadas tres veces a seis meses por lo menos de prisión menor o trabajos forzados; los «antisociales», que eran mendigos, vagabundos, gitanos, trotamundos, prostitutas, homosexuales, charlatanes descontentos, alcohólicos, camorristas, proxenetas, psicópatas, enfermos mentales y alcistas; y por último, los «haraganes» eran, según Himmler, «seres que habían rechazado dos veces, demostrablemente, una oferta de trabajo sin motivo justificado» [27]. Siempre correspondió a la poderosa Sipo, dondequiera que fuese, determinar quién debía ser incluido en una u otra categoría o quién debía pasar su vida en el campo de concentración. Jamás hubo en Alemania tal multitud de víctimas sacrificadas al arbitrio policíaco.

Simultáneamente, se ocultaron muchas flaquezas y divergencias internas tras la fachada de la Sipo, lo cual no satisfizo precisamente al jefe Heydrich. Su vertiginosa ascensión provocó la envidia de poderosos adalides SS; los jefes de la Dirección general SS criticaron los ademanes imperiosos de Heydrich e incluso Himmler, aquel eterno receloso, echó el freno de mano para detener al adlátere en su irresistible carrera.

En la Alemania de Adolf Hitler sólo ganaría preeminencia quien manejase con mayor firmeza el machete para abrirse paso por aquella jungla de intrigas sobre dominios y competencias. En lugar de los debates parlamentarios se libraban batallas por cuestiones de com-

petencia; el poder político tenía como únicas medidas las jurisdicciones, relaciones jerárquicas y atribuciones... y ocurría a menudo que el rango nominal y los cargos oficiales significaban muy poca cosa. En esa espesura, la soberanía de Heydrich resultaba imperfecta. Él podía extender órdenes de arresto preventivo, pero le faltaba el control sobre los campos de concentración. Por consiguiente, sugirió a Himmler que le confiara también la administración de los KZ. Tal vez pensó especulativamente que alcanzaría un dominio ilimitado si reuniese de una vez bajo su centro la Policía y los KZ.

El campo de concentración constituía el eje del Estado policíaco regido por Himmler; era la amenaza sigilosa y omnipresente que se cernía sobre cada alemán. El KZ o KL *, como se le denominaba en los círculos oficiales, con sus alambradas electrizadas y sus atalayas de madera, comunicaba un sombrío realismo al sistema policial de vigilancia bajo la tutela SS: ambas iniciales debían ser un recordatorio perenne para los alemanes, ambas debían paralizar cualquier conato de oposicionista. «El KL tuvo como finalidad primordial —escribe Eugen Kogon al respecto— eliminar a todo antagonista real o supuesto del poderío nacionalsocialista. Extrañamiento, difamación, envilecimiento, quebrantamiento y exterminación..., éstos fueron los aspectos del terror en la vida cotidiana [28].»

Por tanto, los déspotas SS del mundo KZ se oponían también tenazmente a que sus campos fueran transformados en centros de reeducación política. Tal vez pensara algún nacionalsocialista crédulo que los adversarios políticos serían reeducados en el campo de concentración y encarcelados tan pronto como hicieran méritos; en realidad, el KZ había sido concebido desde un principio como instrumento del terror y sostén del régimen.

Hasta los primeros años de guerra, cuando el campo, con sus formidables ejércitos de esclavos, adquirió gran relieve como centro productor de la nueva economía, el KZ tuvo exclusivamente la misión de intimidar y disuadir. Los lugares de tormento de Dachau, Buchenwald y Sachsenhausen tuvieron un fin aleccionador para cada alemán; le enseñaron a dónde conducían las actitudes de protesta contra el caudillaje dictatorial.

«¡Olvidaros de vuestras mujeres, de vuestros hijos y parientes! ¡Aquí reventaréis como perros!», gritó en cierta ocasión el jefe de KZ Karl Fritzsch ante unos presos recién llegados a su campo [29]. Por las alambradas se filtraron muchos relatos —que después corrieron

* Konzentrationslager.

de boca en boca— sobre los atroces delitos del KZ, sobre las «caballerizas» de Buchenwald, con su instalación anexa para el tiro en la nuca, sobre las «perreras» de Dachau donde los presos sólo podían colocarse de costado, sobre los accidentes laborales provocados en la cantera de Mauthausen[30]... Estas horrendas noticias hicieron cundir aún más el pánico que ya habían sembrado las dos iniciales KZ en la Alemania de Adolf Hitler.

Pero un instrumento tan eficaz del caudillaje dictatorial no debería seguir siendo ajeno a la Sipo. Heydrich se dijo que sería preciso englobarlo en su campo de acción si quería ser el único manipulador del tiránico aparato. Una vez más, requirió de Himmler que pusiera los campos bajo la Policía de Seguridad. Y, por fin, tras la ley «Gestapo» de 10 de febrero de 1936, se redactó un decreto cuyo principal artículo confiaba la administración de los KZ a la Gestapo[31]. En la autoritativa obra de Helmut Schlierbach publicada el año 1938 bajo el título *Die politische Polizei in Preussen* * se pudo leer ya que los KZ «serían administrados muy pronto por inspectores de la Policía secreta gubernativa»[32]. Pareció, pues, que la Gestapo se adueñaría de los KZ tal como hiciera en la «Era Diels»[33].

Sin embargo, Himmler no mostró el menor deseo de entregar los campos al jefe de la Sipo. Aquel decreto de 1936 no se promulgó jamás[34]. Himmler conservó las riendas del complejo KZ; los campos de concentración continuaron siendo un mecanismo de las SS. Aquella experiencia fue para Heydrich una repetición de otra historia ya vivida junto a su *Reichsführer*. Por entonces, se trató del KZ Dachau que, desde marzo de 1933, quedó bajo la jurisdicción del comandante de la Policía política, es decir, de Himmler[35]. Cuando el lugarteniente Heydrich pretendió administrar ese campo por mediación de la Po-Po-Ba, Himmler hizo intervenir a un delegado suyo que atajó las intromisiones del bisoño Heydrich.

Aquel delegado se llamó Theodor Eicke, y fue un instrumento muy manejable en manos de su *Reichsführer*, pues el jefe SS había quitado prácticamente la camisa de fuerza al policía fracasado y ex pagador en una clínica psiquiátrica adonde le había hecho internar su enemigo jurado, el *Gauleiter* Bürckel, como «alienado antisocial». «Papá Eicke» agradeció esa liberación a Himmler hasta su muerte[36].

Ese apodo tan entrañable fue altamente equívoco. El alsaciano Eicke albergó un resentimiento social explosivo, como resultado de una carrera cercenada repetidas veces desde sus comienzos: 1919, in-

* «La Policía Política en Prusia.»

greso en la Escuela politécnica de Ilmenau y suspensión de los estudios por insolvencia; 1920, escribiente en la Administración de Policía (Ilmensu) y despido sin demora; aspirante a la Escuela de Policía en Cothus, solicitud denegada; agente de Orden público en Weimar, despedido sin aviso a los catorce días; solicitud de ingreso en la Administración de Policía de Sorau, instancia rechazada[37]... Un hombre semejante sólo podía esperar algo de la Revolución nacionalsocialista... y de la «profesión SS». Hacia fines de junio de 1933, Himmler proporcionó al *Oberführer SS* Eicke una ocupación adecuada: Eicke fue nombrado comandante del KZ de Dachau[38].

Eicke halló en aquel campo un personal afín, a individuos fracasados como él mismo y llenos de resentimiento que desahogaban su ira con los presos. El recluso Benedikt Kautsky encontró en Dachau a «los elementos más obtusos y degenerados del pueblo, a gentes que una vez concluido el paro ingresaron en los SS porque no vieron otra posibilidad de eludir el trabajo honesto y sacar al mismo tiempo algún partido»[39]. Tal vez algunos conservaron todavía un residuo de bondad y decencia, pero lo perdieron al instante en manos del taimado bárbaro Eicke.

Más tarde, el propio comandante se lamentó de haber tropezado en Dachau con «una guarnición corrupta de ciento veinte hombres más o menos». Además, el sector SS Sur le envió una gente «de la cual él intentó desembarazarse por diversas razones en Munich». Eicke: «Por todas partes se nos considera como un mal necesario que sólo costaba dinero[40].» Pero Eicke restableció el orden en su cuadrilla con bestiales medidas disciplinarias. Por otra parte, inventó un régimen interior draconiano, advirtió a cada prisionero que quien le desobedeciera «sería fusilado o ahorcado sobre la marcha como rebelde, e inculcó a sus satélites un odio inagotable contra los enemigos del Estado[41].»

«La compasión con un enemigo del Estado —manifestó cierta vez ante el futuro comandante de Auschwitz, Hoess— es indigna de un militante SS. Los blandengues no tienen entrada en mis filas, y si, por casualidad, hubiera alguno le aconsejo que se traslade cuanto antes a un convento. Yo sólo doy empleo a hombres resueltos y duros que cumplan sin reservas las órdenes..., pues no en vano lucen una calavera[42].» Tanto se entusiasmó Himmler con el regimiento organizado por Eicke en Dachau, que decidió confiar al pagador la administración de todos los KZ, y le confirió atribuciones excepcionales el 30 de junio de 1934. El asesino de Roehm mandó sobre todas las guarniciones KZ, que se denominaron, desde 1936, Formaciones de

la Calavera (TV); por añadidura, fue nombrado inspector de los campos de concentración [43].

Heydrich hizo vanos intentos para quebrantar el poder de Eicke sobre los KZ. Su ímpetu agresivo se estrelló contra una barrera infranqueable, pues Eicke, como «inspector general de los KL y jefe de las correspondientes guarniciones SS», quedó subordinado directamente a Himmler [44]; su vinculación con la Dirección general SS fue sólo nominal.

Entonces Heydrich hizo reunir secretamente diversas pruebas acusatorias sobre las catastróficas condiciones en los campos de Eicke. Entretanto, el jefe «KZ» había clausurado sus numerosos y dispersos campos para concentrar todo el personal en los cuatro más importantes: Dachau, Sachsenhausen, Buchenwald y Lichtenburg, donde se reunieron en 1937 (el año que registra menos altas según las estadísticas) 10 000 reclusos bajo la vigilancia de 4 833 guardias TV [45], pero los partes sobre el brutal trato dispensado a los prisioneros no cesaron. «Entre los castigos del KZ —especifica Broszat— predominaban las palizas metódicas, los arrestos en calabozo, los trabajos forzados, la prohibición de recibir y despachar correo para empeorar la vida penitenciaria; además, tampoco quedaron excluidas (pues Eicke las introdujo en Dachau en aquellas fechas) las llamadas flagelaciones disciplinarias, entre otras cosas torturas y muertes a cargo de la propia guarnición KZ [46].

Los consejeros jurídicos de Heydrich comentaron desfavorablemente el tratamiento reservado al prisionero en los campamentos de Eicke, aunque desde luego no les impulsó el humanitarismo, sino meros móviles de competencia política. En octubre de 1935, la Gestapo había dado ya directrices para los campos de concentración: cuando fallezca un prisionero y el examen médico no determine claramente las causas de su muerte, el comandante KZ deberá presentar sin dilación la correspondiente denuncia ante el ministerio público [47]. Los campos se atuvieron muy pocas veces a esa disposición, mientras Eicke les instaba a proceder con el máximo rigor. «El menor signo de compasión muestra a los "enemigos del Estado" un punto flaco que ellos aprovechan sin tardanza [48].»

Heydrich puso los campos de Eicke bajo estrecha vigilancia. En cada KZ se instaló un negociado político equivalente a una avanzadilla de la Sipo en territorio enemigo. Los empleados de esos negociados, pertenecientes a la Gestapo o a la Kripo, registraron todas las dependencias del campo, interrogaron a los prisioneros y abrieron un fichero de reclusos. Los mandatarios de Heydrich fueron respon-

sables sólo ante los organismos competentes de la Gestapo o de la Kripo y, más tarde, constituyeron «un Estado dentro del Estado, cuya presencia no inspiró temor sólo a los prisioneros sino también a los SS (guardias del campo)», según afirma Benedikt Kautsky[49].

Eicke olfateó el peligro. E inmediatamente alertó a su patrocinador, Himmler. El 10 de agosto de 1936, le escribió estas líneas: «Por la Policía secreta gubernativa se rumorea que en el otoño de 1936 se me retirará el mando de las Formaciones SS de la Calavera, y éstas pasarán a depender de los respectivos sectores SS. Este rumor ha partido de las oficinas del doctor Best[50].» Pero el inspector general de los KZ había oído todavía algo peor: «El *Standartenführer SS* doctor Best, de la Gestapo, ha comentado ante ciertos funcionarios que en los campos de concentración reinan las cochinadas y que ya va siendo hora de subordinarlos a la Gestapo[51].»

Recelosamente observó Eicke las manipulaciones del jefe de la Sipo y se aprestó al combate. En febrero de 1937, prohibió incluso el maltrato de los prisioneros, y se justificó así: «Aunque comprendo, como nacionalsocialista, ese proceder, no puedo ni debo tolerarlo cuando corramos el riesgo de ser catalogados por el Ministerio de la Gobernación del Reich como funcionarios incapaces para manejar prisioneros[52].»

Eicke prevenía incansable a sus tropas contra el enemigo dentro de las propias filas: «Siempre luchamos por nuestro reconocimiento y por nuestro derecho a la existencia[53].»

En realidad, el intendente de los KZ se inquietó sin necesidad. Himmler no tuvo nunca la menor intención de entregar los campos de concentración a ese jefe de la Sipo cuyo poder crecía demasiado. El nombre de Eicke significó un enojoso boquete en la red policíaca de Heydrich.

En esa red topó también con la trama jurisdiccional, ese campo minado que entorpeció el mecanismo del III Reich como jamás lo hicieron las operaciones clandestinas del grupo antihitleriano. A las pretensiones hegemónicas del jefe de la Sipo en los dominios policiales se opuso al general de policía Daluege, quien ocupaba el tercer puesto en la escala jerárquica gracias a Himmler y su colaborador Heydrich.

Desde luego, el jefe de la Orpo (Policía de Orden público) tuvo un carácter demasiado débil y apático para luchar en campo abierto con un ambicioso competidor como Heydrich. Pero así y todo mandó una fuerza policial cuyo espíritu de cuerpo sólo fue comparable al del Ejército prusiano; la Policía prusiana, con su uniforme verde,

fue antaño el orgullo de aquella Alemania dirigida desde Weimar, y consiguió mantener su prestigio en los comienzos del III Reich: una tercera parte de sus 150 000 hombres se pasó a la nueva Wehrmacht y el resto constituyó la Policía de Orden público[54]. También se dejó engañar esta Policía por los señuelos del régimen, que le ofreció paz aparente, vistosa indumentaria, mejores posibilidades de ascenso... y no peligrosas intervenciones en las batallas políticas callejeras ni sueldos míseros. Pese a todo, la unificación no pudo anular por completo el individualismo de la Orpo, cuyos jefes soslayaron con éxito lo que no pudieron impedir ni la Gestapo ni la Policía judicial: la incorporación total a las SS[55].

A esa enconada resistencia contribuyeron, y no poco, los burócratas civiles en la Dirección general de Orden público, cuya mayor parte procedía de la antigua plantilla ministerial de Gobernación. Todavía luchó con más ahínco que Daluege su jefe jurídico, el ex director ministerial Werner Bracht, quien dirigía el negociado de administración y asesoría jurídica en la Dirección general de la Orpo e intentaba contraminar los planes hegemónicos de Heydrich[56].

Heydrich se mostró más exigente cada año y adujo, como notificó por escrito a Daluege, que «todos los elementos de alguna significación política pertenecían a la Sipo y debían moverse en sus dominios»[57]. Bracht se interpuso entre ambos y declaró lo siguiente: «Entonces, al terminar esa evolución, el policía figuraría como un autómata ejecutivo de las demás jurisdicciones sin facultades propias dignas de mención y destinado exclusivamente a ejecutar órdenes ajenas[58]. «Bracht y Heydrich se enfangaron muy pronto en una guerra de trincheras en la que se contendió con furia sobre cada prerrogativa. Aunque la separación entre Orpo y Sipo estaba claramente delimitada en 1936... la Policía de Orden público destacó varias avanzadillas en territorio enemigo. La Dirección general de Daluege revisó todos los problemas de organización que afectaban a las administraciones locales de Policía, y también se hizo algo similar respecto al presupuesto de la Policía judicial, así como sobre las cuestiones de alojamiento que se planteaban en la Kripo y en la Gestapo[59].

Se luchó con especial empeño en el sector del frente donde se debería determinar a quién correspondería el dominio absoluto sobre la Policía judicial. Pues entre las innúmeras incongruencias del régimen nacionalsocialista había una garrafal, consistente en crear nuevos organismos rectores conservando la fachada de los antiguos; por ejemplo, la Policía judicial se fusionó con la Gestapo para formar la Policía de Seguridad en el nivel superior, pero sus antiguas divisio-

nes administrativas permanecieron en los niveles medio e inferior. Lo cual significó que las comisarías provinciales Kripo fueron dirigidas técnicamente por Nebe desde la Dirección general de Policía judicial, y con tal motivo figuraron como órganos de la Sipo, pero, al mismo tiempo, sus gerencias pertenecieron a las Administraciones estatales de Policía cuyos directores fueron, consecuentemente, jefes de las correspondientes comisarías de la Kripo. Ahora bien; como estos jefes de Policía estaban subordinados por otra parte a la Dirección general de la Orpo, resultó que las comisarías de la Kripo fueron también, indirectamente, órganos de la Policía de Orden público [60].

La lucha entre ambas Direcciones generales se extendió a la presidencia de la Policía. El jefe de la Sipo exigió que se repartiera allí también el poder. Heydrich escribió a Daluege: «La bipartición de esa presidencia es una consecuencia natural de la división entre ambas centrales. La presidencia de la Policía es tan tuya como mía; los dos tenemos idéntica autoridad [61].» Pero el jefe de la Orpo no quiso saber nada del asunto; y el estratega Bracht soliviantó disimuladamente a todos los jefes de Policía contra la Sipo, lo cual no le costó mucho, pues ya llovía sobre mojado.

Heydrich se aprestó a la contraofensiva: tras una conferencia con Himmler, nombró varios inspectores de la Sipo (IdS) que tendrían la misión de reforzar los enlaces entre Kripo y Gestapo en los niveles medio e inferior de cada distrito. [62] Los IdS llegaron a ser unos peligrosos contrincantes de aquellos directores orientados por la Orpo; las comisarías Kripo tuvieron inesperadamente dos patrones y se inclinaron por el más fuerte, que fue casi siempre el inspector de la Sipo. «Desde la implantación de los inspectores —se lamentaba el jefe de Dresde, *Brigadeführer SS* Karl Pflomm—... se producen continuas injerencias en mis actividades como jefe de Policía que menoscaban hasta cierto punto mi autoridad.» Y agregaba que «no podría asumir por más tiempo la responsabilidad si se seguía despedazando poco a poco su zona jurisdiccional» [63].

Los inspectores de Heydrich no se dedicaron sólo a minar las posiciones de los directores; también se les instruyó para corregir otra desviación del imperio de aquél: la deficiente cooperación entre Kripo y Gestapo.

La Policía criminal de Nebe se dejó arrastrar gustosamente por la resaca de una despótica oleada policial que barrió los escrúpulos constitucionales profundamente arraigados en Weimar.

Heydrich ofreció lo que jamás se hubiera atrevido a soñar aquella

Kripo con tan estrechos recursos: una campaña inexorable contra la delincuencia prescindiendo de opinión pública y justicia... En el medio de Heydrich se consideró seriamente la posibilidad de suprimir el ministerio público y diligenciar toda denuncia por conducto de la Policía. Entretanto, la perversión de los procedimientos preventivos contra el delincuente había evidenciado ya hasta qué punto se solidarizaban los hombres del edificio RKPA en Werder Markt con el método Sipo, si bien continuaban conservando su distancia de los caballeros Sipo instalados en la Prinz-Albrecht-Strasse, un hueso duro de roer que no se podía descartar, con el uniforme SS [64].

Incluso los taconazos militares de Arthur Nebe ante Heydrich —según pedía el reglamento SS—, así como sus peroratas nacionalsocialistas se revelaron más tarde cual el sacrificio preconcebido de un criminalista que quería evitar a toda costa la anexión total de su Kripo a la Policía secreta gubernativa. Nebe fue culpable de muchos desafueros, pero su oportunismo permitió que muchos elementos «no nazis» como su suplente Paul Werner y el jefe ejecutivo Hans Lobbes, o antinazis, como el jefe de la Brigada contra el Vicio Gerhard Nauck, mantuvieron una línea divisoria entre la Gestapo y el trabajo de la Policía judicial del Reich [65].

Mientras tanto, los dirigentes de la Gestapo observaron con envidia y recelo no infundados las operaciones de sus camaradas Kripo. La brigada bávara de Heinrich Müller, aquel equipo catequizado por Heydrich y cargado con el ciego fanatismo de los conversos, anotó cada error, cada paso en falso de la Policía judicial. Lo que la exacerbó fue la amarga certidumbre de estar haciendo un negocio nauseabundo. Cierto estudio interno sobre la Gestapo del año 1937 denota el resentimiento de los Müller, Huber y Meisinger. El autor anónimo compara las funciones de Gestapo y Kripo. Respecto a la primera dice: «Su cometido encuentra pocos ecos en la opinión pública; más bien se diría que despierta múltiples enemistades entre ella.» Y refiriéndose a la Kripo: «Absoluto entendimiento y reconocimiento en la opinión pública [66].»

Müller, el agente de la Gestapo, no dejó pasar ninguna oportunidad para proclamar a los cuatro vientos la incapacidad de su «amigo Arthur». Ambos directores del Cuerpo de Policía se enemistaron sañudamente, porque, además, Nebe sabía que Müller encontraba a un interlocutor congenial en Heydrich cuando sugería que la Kripo adoptase los métodos de la Gestapo en la lucha contra el crimen.

Así, pues, el perfeccionista del espionaje, Heydrich, sólo pudo contar a ojos cerrados con la Gestapo, cuyo personal no bastaba, ni

mucho menos, para detectar cada movimiento sospechoso en una población integrada por 80 millones de ciudadanos. «Jamás se hubiera podido vigilar a todo un pueblo —manifestó Best (Gestapo) después de la guerra— con una reducida plantilla de funcionarios que, además, estaban muy atareados con los asuntos ordinarios [67].» Cierta intriga desarrollada en Baviera dejó al descubierto los numerosos orificios de las redes tendidas por Heydrich. Una banda de politicastros, alcohólicos y psicópatas se burló allí durante tres largos años de los altos y sagaces funcionarios.

Aquella pandilla estuvo capitaneada por el ex fabricante de Munich Emil Traugott Danzeisen, un fisgoneador político que había participado ya en un complot del juez nacionalsocialista Buch para asesinar al jefe SA Roehm [68]. El viejo enemigo de Roehm se creyó traicionado por la jefatura del Partido; esperó, sin duda, que tras el violento fin del jefe SA se le daría la merecida recompensa. Cuando resultó evidente que no habría condecoraciones ni títulos, Danzeisen decidió vengarse a su manera.

Se asoció con un círculo de veteranos combatientes semejantes a él que estaban resentidos con el Partido por muy diversas razones. Entre ellos había también algunos condecorados con la *Blutsorden* que, tras ciertos conflictos con las leyes penales, perdieron el favor del Partido; uno era Albert Ampletzer, el portaestandarte de Hitler durante la intentona de 1923, condenado varias veces, la última por desfalco de 16 000 marcos en el *Boxer-Club* de Munich, y Erich Gruhl, empleado en la jefatura nacionalsocialista de Munich y, según un informe de la Policía secreta gubernativa, «psicópata manifiesto que mantiene todavía cierto equilibrio mediante el consumo de narcóticos» [69].

Esa ilustre peña fundó hacia fines de 1934 una organización destinada a gestionar la promoción ventajosa de sus miembros y mantener, simultáneamente, una agencia informativa que hiciera estremecerse al Partido. El iniciador, Danzeisen, tuvo una soberbia idea: ¿por qué no denominarla «Servicio de Seguridad»? Se tenía la certeza de que en la nueva Alemania no se cerraría ninguna puerta ante un hombre del SD *.

El «SD Danzeisen» fue pronto una potencia en la capital bávara, y nadie intentó sustraerse a las disposiciones del misterioso Servicio de Seguridad. En poco tiempo, Danzeisen dispuso de 69 colaboradores cuyas conexiones iban desde la plana mayor del sector SS Sur

* Sicherheitsdienst = Servicio de Seguridad.

hasta la Dirección general de Policía en Munich, pasando por la Casa parda [70].

Unos cuantos funcionarios y comisarios de aquella Dirección aportaron diligentemente cuanto podían averiguar sobre cargos y personajes. Los confidentes de Danzeisen tendieron también sus antenas hacia las bolsas de trabajo, entre otras las de Pfarrkirchen, Deggendorf, Schweinfurt, Weissenburg y Bamberg [71].

La eminencia gris de la oficina regional laboral fue un íntimo colaborador de Danzeisen, el ex *Oberführer SA* Hans Kallenbach. La Gestapo hizo constar más tarde: «En todos los rincones de la Oficina se le conocía como un hombre magníficamente relacionado cuyas conexiones llegaban hasta el mismo Führer. Quien quisiera alcanzar algo recurría a Kallenbach [72]. «Y cuando alguno de los veteranos nazis bávaros obtenía trabajo por mediación de Kallenbach, se dejaba enrolar al mismo tiempo como confidente. Se decía que Kallenbach era el único hombre capaz de procurar empleo a los viejos luchadores. El propio subdirector de la oficina laboral creía que Kallenbach había sido comisionado por el Partido para proporcionar ocupación a los nazis jubilados en toda Alemania [73].»

Sólo cuando Danzeisen inició el chantaje a altos funcionarios —entre ellos al director general de Policía de Munich— empleando la información aportada por los confidentes, se aguzó el oído en la Policía secreta gubernativa. Durante la primavera de 1937, sus agentes descubrieron la telaraña del falso SD. Sin embargo, los amigos de Danzeisen en la Dirección general de Policía no admitieron ninguna objeción y siguieron creyendo que habían servido al auténtico SD [74].

Heydrich tuvo suficiente cordura para ver las brechas abiertas en su sistema de vigilancia y dominación. Como no podía alcanzar el fin propuesto con sólo la Gestapa, sería preciso levantar un segundo frente... Nunca mejor momento para hacer intervenir la otra organización presidida por Reinhard Heydrich: el Servicio de Seguridad (SD).

Durante largo tiempo, el SD pareció haber nacido con muy mala estrella. La conquista nacionalsocialista del poder se llevó a cabo prácticamente sin la ayuda de ese Servicio; aquella pequeña hueste de 100 agentes oficiales SD y otros tantos honorarios (otoño de 1933) representó el modesto papel del peón [75]. Asimismo, cuando Himmler apresó las maquinarias policíacas provinciales no solicitó la valiosa colaboración del SD. Éste siguió siendo un organismo tan oscuro que ni los propios militantes SS supieron a ciencia cierta cómo servía al *Reichsführer SS*.

El *Scharführer SS* Adolf Heichmann, de las reservas estratégicas

de Dachau, suponiendo que el SD era una escolta de Himmler, se dijo: «Ahí viajarás mucho, sentado cómodamente en un coche y aguzando la vista.» Así, pues, se presentó al SD... para llevarse «la mayor decepción de su vida»[76]. El aspirante Otto Ohlendorf había tomado el SD por un servicio de información: «Sufrí la primera decepción cuando comprobé que en 1936 el aparato SD no tenía ninguna función informativa[77].»

Los agentes SD no causaron ninguna impresión especial a las altas jerarquías del Partido. El *Gauleiter* Sprenger echó con cajas destempladas al jefe SD doctor Best de su puesto como jefe de Policía en Hesse[78], y todavía fue más humillante el rap polvo que propinó Dietrich Klagges, ministro presidente nacional socialista de Braunschweig, al SD. Cuando este Servicio urdió una intriga en el verano de 1933 contra Klagges y dos jefes SS rivales de Himmler, el ministro de Justicia Alpers y el jefe de Policía Jeckeln, intentando terminar con el clan del ministro presidente, éste demandó al Servicio de Seguridad ante el Tribunal supremo del Partido. El soberano SS, Himmler, izó apresuradamente bandera blanca. Poco después, los Escalones de Protección expulsaron al director SD de Braunschweig y lo encerraron en un KZ, se desembarazaron de su principal confidente e hicieron comparecer ante un Tribunal nacionalsocialista al responsable de la plana mayor SD. Además, Himmler tuvo que conferir mayor rango SS a los enemigos del SD. El militante SS Alpers fue ascendido a *Standartenführer*, y Klagges recibió el nombramiento de *Gruppenführer* aun sin militar en las SS[79].

El SD perdió tanto prestigio por aquel tiempo que el Partido hubo de hacer lo posible para elevar su moral. Martin Bormann redactó hacia finales de 1933, presuntamente a instancias de Himmler, un oficio circular a todos los *Gauleiter* para disipar los rumores sobre una probable disolución del Servicio de Seguridad[80]. Sin embargo, cuando se eclipsó el Reich milenario, los historiadores ofrecieron otra versión. Visto desde su ángulo óptico, el SD fue desde los primeros momentos una especie de secta cruel, enigmática y ubicua, difundidora de horrores, pues «ella misma los diseminó en círculos del Partido», según escribe Eugen Kogen[81].

A decir verdad, en los primeros años del régimen nacionalsocialista fue más bien una banda de jefes jóvenes e inteligentes y no un Servicio secreto en toda regla. Sin embargo, se le asignó ya entonces una importante función: el SD fue prácticamente el único organismo dirigido desde la central cuyos servicios estuvieron exclusivamente a disposición de la jefatura nazi.

He aquí la razón: hasta el 30 de enero de 1933, fin de los legendarios años épicos y famélicos, el Partido mantuvo a duras penas su cohesión, pero después de esa fecha se desintegró prácticamente. La *élite* nacionalsocialista se adueñó en Berlín de las principales canonjías, mientras los príncipes medianos y pequeños se lanzaron sobre el botín de las provincias y erigieron allí sus dominios feudales. En aquella jungla de camarillas nacionalsocialistas enemistadas, el SD actuó como una organización afecta a la jefatura suprema e independiente de los bonzos nazis sumidos en su borrachera de poder. Colaborando a menudo con la Policía, los agentes SD observaron atentamente las maquinaciones de esos nuevos amos y capataces e inauguraron un sutil sistema de vigilancia y espionaje [82].

Los manipuladores del atisbador equipo pudieron aducir que obraban por encargo de la jefatura para descubrir y desenmascarar elementos emboscados en el NSDAP. La jefatura del Partido le infundió más ánimo todavía, exhortándole a redoblar su vigilancia; en junio de 1934, Rudolf Hess lo proclamó como único servicio secreto del NSDAP [83].

El romanticismo inherente al espionaje y el resuelto afrontamiento del SD con los «pequeños Hitler» cautivaron a un grupo de jóvenes *intelectuales nacionalsocialistas* que no sólo ambicionaron la promoción profesional sino que también se fijaron un objetivo: «hacer mejor el nacionalsocialismo», como lo afirma todavía hoy Gunter d'Alquen, uno de los cerebros más brillantes. En poco tiempo, el SD llegó a ser un receptáculo de hombres sumamente inteligentes que el nacionalsocialismo no supo retener.

Aparecieron entre los restos ruinosos de la desintegración social que sobrecogió a la clase media alemana hacia principios de los años treinta, fue la retaguardia de una burguesía que no podía creer ya en los valores universales acuñados antes de la guerra. Esos jóvenes, nacidos entre los años 1900 y 1912 y que formaron en el ala popular del movimiento juvenil alemán, maduraron allí, donde prevalecían la abominación contra aquella democracia fluctuante de Weimar, y la fe en el propio esfuerzo para sustituir esa República «en decadencia por culpa de un régimen específico y mejor que superara con mucho todos los de Occidente [84]».

Lo que los aunó fue la disgregación burguesa y el trauma de Vérsalles, unido a la obsesión de levantar nuevamente la patria hasta el glorioso pináculo del pretérito mediante una disciplina rigurosa y una renuncia absoluta a toda ambición personal. Los lemas patrióticos de sus maestros fortalecieron aún más ese entusiasmo aluci-

nante por el suelo natal. Muchos estudiaron Derecho, pero en la Universidad alemana predominaba un credo que exaltaba la omnipotencia del Estado. Los jóvenes se educaron en aquella tradición positivista del Derecho que ya hizo escribir al jurista Bergbohm en 1892: «Toda legislación, hasta la más insignificante, debe ser coactiva para el jurista siempre que esté formulada correctamente[85].»

Esos jóvenes se consagraron al funcionalismo jurídico, y su misión indeclinable consistió en consolidar las demandas del poder estatal mediante un sistema irrebatible de leyes y decretos. El Estado fue para ellos un ídolo al que se debía sacrificar todo. Y el Derecho sólo tuvo una finalidad: facilitar al Estado los instrumentos jurídicos necesarios para consumar sus designios sin fricciones.

Veamos ahora a qué clase de Estado deseaban servir. La dictadura se compaginaba con el estilo acaudillador de la juventud, porque hacía responsable de la sociedad anónima a un ser de carne y hueso, según escribió uno de los coléricos jóvenes en el *Deutsche Allgemeine Zeitung* en 1929[86]; los hijos de familia burguesa encontraron, pues, muy natural que esa dictadura fuese nacionalsocialista. Cuanto más se perfiló el cataclismo social de la burguesía ante sus ojos, tanto más creció la propensión dictatorial. Los años treinta, con su formidable crisis económica, desarraigaron a la juventud del hogar paterno, lo cual no impidió que quedara cautivada por las protestas anticapitalistas de sus padres.

La explosión emotiva contra los Bancos y trusts internacionales inoculó en las venas del joven intelectual un veneno que muchos, tal vez demasiados, tomaron por un suero incomparable para la reforma económica: el antisemitismo. Esta ponzoña se mezcló en los jóvenes cerebros nacionalsocialistas con la dogmática razón de Estado hasta originar una dinámica sin doctrina, la tecnología del absolutismo, ligada exclusivamente a una potencia fija, común y coactiva: el Estado o, para ser más exactos, el caudillo carismático. Aquel desarraigo social se correspondió también con un alejamiento paulatino del convencionalismo inherente a la sociedad burguesa. El absolutismo, el poder desnudo, vino a ser una nueva norma ética, un ejercicio obligatorio de esa élite autodeterminista que había desechado mucho ante el vulgar nacionalsocialismo de los veteranos.

Con todo, fue preciso «razonar» aquel orden nuevo del III Reich, exponer con argumentos comprensibles la dictadura unipersonal, porque esa revolución nacionalsocialista no debía atentar contra los principios reguladores de la inteligencia humana. Sin embargo, los jóvenes intelectuales nazis sólo vieron una ambición despótica y por

demás primitiva; sólo vieron escaramuzas ideológicas entre bonzos y arribistas de la coyuntura, sólo vieron el delirio de grandeza imputable a muchos personajes nacionalsocialistas. Y ellos no se habían imaginado así el III Reich.

Entonces oyeron decir que en las SS existía una organización cuyos promotores se habían propuesto denunciar y remediar las anomalías e inexactitudes en el Estado. Esta organización parecía poseer cierta influencia, pues la respaldaba Heinrich Himmler, el hombre del futuro. Para muchos de esos descontentos, el SD representó una esperanza y, en definitiva, la salvación. Así lo interpretó a su manera Otto Ohlendorf, jurista, economista y miembro del Partido desde 1925, nacido en 1907 e hijo de un labrador hannoveriano [87].

Durante largos meses se había opuesto a aquel despertar político que era, en su opinión, un aborto del nacionalsocialismo, y secundado por su amigo y profesor, el catedrático de Economía política Jens Peter Jessen, utilizaba como plataforma el Instituto internacional de Economía de Kiel para combatir las corrientes colectivistas y socializadoras dentro del Partido con tanta dureza... que finalmente aterrizó en una celda de la Policía secreta gubernativa [88]. «Algo me ha trastornado —escribió quejoso a su esposa—. He perdido esa seguridad y temeridad con que luchaba por nuestro nacionalsocialismo [89].» El nacionalsocialista Ohlendorf se eclipsó; el Partido no le permitió seguir sentando cátedra con sus demoledores discursos.

Pero el consejo de su amigo Jessen disipó esa desesperación: ¿por qué no visitaba al profesor Reinhard Hoehn, que dirigía una importante sección de la Dirección general SD, en la Wilhelmstrasse, 102, de Berlín? Allí había una vacante de consultor economista [90]. Ohlendorf fue allá y quedó «maravillado»: Hoehn le aseguró que el SD necesitaba hombres de espíritu crítico como él. Otto Ohlendorf aceptó el empleo [91].

Con él afluyeron muchos intelectuales nazis al Servicio de Seguridad. Tras la hornada de primera hora, compuesta por hombres todavía jóvenes, famosos investigadores, como el jefe SS de Hessen doctor Best, o el procurador sajón doctor Herbert Mehlhorn [92], siguió una guardia aún más juvenil de universitarios nacionalsocialistas. En octubre de 1933, se incorporó al SD el pletórico periodista y articulista, expulsado de la grisácea y homogénea Prensa nacionalsocialista, Gunter D'Alquen [93]; poco después se le agregó un antiguo amigo de Heydrich, el jurista de Wilhelmshaven doctor Hermann Behrends [94], mientras el profesor SD Hoehn congregaba paso a paso un equipo

de *brain-trusters* nacionalsocialistas cuya mayor parte procedía de sus peñas y tertulias.

Esos hombres se recomendaron unos a otros el ingreso en el SD: Hoehn, licenciado de Ciencias políticas, intentó catequizar a su colega Jessen, quien ya había orientado a su alumno Ohlendorf hacia el SD. Pero Jessen declinó la oferta [95], si bien Hoehn ganó como compensación otro colega, el profesor de Ciencias políticas Franz Six [96], quien, por su parte, captó a un ex alumno suyo, el doctor Helmut Knochen, que verdaderamente quería ser catedrático de Literatura y, no obstante, se presentó en la Wilhelmstrasse de Berlín [97]. El farolillo rojo de aquel primer pelotón intelectual lanzado hacia la meta SD lo llevó un codicioso joven de Saarbrücken llamado Walter Schellenberg, que estudió Derecho y Ciencias políticas, nacido el año 1910, que ya había sido confidente del SD durante sus años universitarios [98], y en el que creyó ver Heydrich un buen conocedor de la naturaleza humana cuyos servicios podrían serle muy útiles tras un adecuado adiestramiento.

Aquella élite SD en embrión, integrada por inquietos intelectuales, libró a Heydrich de una amenaza que hacía peligrar el dinamismo de su maquinaria policíaca. Puesto que hasta entonces la Gestapo había sido único protagonista dentro de sus sistema, el jefe de la Sipo temió una excesiva sujeción a esa Gestapo y su exagerado burocratismo. Pues aunque la Policía secreta gubernativa alardeaba de entereza nacionalsocialista no podía disimular, pese a los nuevos métodos, que todavía imperaban en ella los fundamentos de la tradición administrativa prusiana. Incluso su asesor jurídico Best se había revelado mucho antes como partidario acérrimo del antiguo sistema burocrático, y desde entonces saboteaba todas las tentativas de Heydrich para remplazar la inveterada burocracia por una dinámica revolucionaria [99].

Hacía ya tiempo que se habían producido las primeras diferencias entre Heydrich y Best, porque el asesor jurídico contradecía constantemente al jefe de la Sipo con la objetividad impersonal del funcionario. Un inocente aforismo mural profundizó aún más la sima abierta entre ambos hombres. Ciertos empleados prepararon un cartel con una de las máximas enunciadas por el doctor Best y lo colgaron en su propio despacho: «El trabajador meticuloso no tiene rival a largo plazo.» Cuando Heydrich leyó aquello en una de sus visitas reaccionó agriamente: «Tal vez sea eso aplicable a los consejeros ministeriales que trapichean aquí con usted. ¡Pero en la vida real ese axioma burocrático es un disparate [100]!»

También hubo roces en la distribución de cargos en la Gestapo. Heydrich quiso ocupar los puestos directivos con sujetos acomodaticios y ajenos a toda norma jurídica; Best exigió, por el contrario, que se considerara sólo la candidatura de los juristas..., ese tipo profesional sobre el que Heydrich pensaba como su Führer, quien dijo una vez: «No descansaré hasta que cada alemán se avergüence de querer ser jurista[101].»

Ahí se originó un conflicto al que Heydrich dio vuelo notoriamente mediante el desdoblamiento de las funciones SD. Hacia principios de 1935, ejecutó una maniobra que hoy día irrita todavía a los historiadores. Heydrich fraccionó el Servicio de Seguridad... y de la noche a la mañana hubo dos SD distintos: el SD como *formación del Partido*, en el que quedaron encuadrados todos los agentes de la Sipo, una palanca para encajar —como se pretendió siempre— la Policía de Seguridad en las SS; y el SD como *organización investigadora*, «un instrumento moviente, antenas y sentidos corporales del organismo popular escudriñando todos los focos adversos, todas las manifestaciones de la vida», según lo definió Schellenberg, el adlátare de Heydrich[102].

Con esa jugada ajedrecística, Heydrich contrarrestó la presión de los pertinaces agentes de la Gestapo. Best y los profesionales distinguidos con cargos SD por razones puramente oficiales, tales como Müller y Huber, formaron parte de la formación nacionalsocialista SD quedando separados, por ende, del auténtico SD...; sólo así cabe explicar la grotesca circunstancia de que los jefes SD Best y Müller se opusieran luego con todos sus medios a la intrusión del SD en la Gestapo. Desde ese instante, se abrió ante el SD pesquisidor, por obra y gracia de Heydrich, un campo ilimitado para actuar, fiel a la consigna del jefe SD, según el cual esa institución está llamada a ser el *Intelligence Service* del Gran Reich alemán[103].

Con el tiempo, se amplió y perfeccionó la armazón del SD en función de su específico cometido: el espionaje. La Dirección general de Seguridad en la Wilhelmstrasse, administrada por el *Standartenführer SS* Siegfried Taubert como representante del jefe efectivo Heydrich en la cercana Prinz-Albrecht-Strasse[104], creó nuevos negociados y comandancias.

Aquella organización tan particular confirma por sí sola la conjetura de Shlomo Aronson *, quien afirma que los jóvenes agentes SD, «fascinados ante la idea de poder intervenir en misteriosos asun-

* Biógrafo de Heydrich.

tos de espionaje e información secreta» se entregaron a fantásticas lucubraciones cual precursores del actual James Bond[105]. Tomaron por modelo a los héroes de libros tan poco edificativos desde el ángulo nacionalsocialista como las novelas policíacas o de espionaje en las que campaba, cómicamente desfigurado, el Servicio secreto británico. Así, Heydrich, lector empedernido de *Krimi* * averiguó quién sabe dónde que el jefe del *Intelligence Service* se denominaba con misteriosa llaneza «C» (*chief* = jefe); y en lo sucesivo imitó esa práctica del hermano mayor. La inicial «C» presidió desde entonces todos los expedientes y actas del SD. Fue corriente leer frases como éstas: «C ha ordenado que...», o «la decisión corresponde a C, personalmente». Incluso las estampillas del Servicio irradiaron la magia de aquel jefe casi invisible: «Preséntese a C[106].»

Esa afición a los juegos del Servicio secreto fue también patente en las cifras cabalísticas con que se designaron los diversos departamentos, centrales, negociados y secciones. Los tres departamentos de la Dirección general SD tuvieron cifras romanas: I = organización; II = enfrentamiento con el adversario; III = extranjero[107]. Por otra parte, se agregaron cifras árabes a esas designaciones para caracterizar los negociados centrales anexos, así: I-1 fue «Organización e Inspección»; I-2, «Misiones de la Organización»; I-3, «Provisión de Vacantes», y 1-4, la correspondiente ponencia[108].

Los principales departamentos y controles fueron dirigidos, salvo algunas excepciones, por licenciados universitarios y doctores: el ingeniero diplomado doctor Wilhelm Albert administró el negociado central de organización[109]; el jurista y economista doctor Herbert Mehlhorn, el de inspección del servicio[110]; el profesor Franz Six, el de enfrentamiento ideológico con el adversario[111]; el profesor Reinhard Hoehn, el de «Aspectos de la vida ordinaria-Corresponsalía»[112]; y el *Oberführer SS* Heinz Jost, el de defensa contra los Servicios secretos enemigos[113].

Desde ese «Estado Mayor central del espionaje» corrieron los conductos hasta las planas mayores de siete sectores (OA) del SD cuyo radio no se orientó hacia las regiones militares (como el de los SS ordinarios) sino hacia los gobiernos civiles[114]. Desde las OA siguió extendiéndose la red hasta los dos o tres subsectores (UA) dependientes de cada sector. A su vez, los UA tendieron conexiones con las filiales SD establecidas en todo distrito rural y ciudad de su zona. Éstas fueron las células más importantes en la ensambladura del vigilante SD[115].

* Novelas policíacas.

«Todo director de filial —aleccionaba el sector SD Noroeste a su gente en la primavera de 1937— debe procurar por todos los medios colocar a uno o varios confidentes en cada localidad de su distrito, y cada confidente debe organizar, a su vez, una red de colaboradores. Por ejemplo: la filial D atiende a 32 municipios. Pues bien; en cada municipio debe tener un confidente que vele por los intereses SD dentro de esa comunidad... La misión del confidente consiste en cubrir esa comunidad con una red de informadores.» Pero he aquí algunas advertencias interesante: «El colaborador no debe saber nunca que trabaja para el Servicio de Seguridad. También es aconsejable proveer al confidente con gruesos cuadernos para hacerle redactar partes diarios con lápiz tinta y en estilo telegráfico. Un confidente perderá muy pronto todo su interés si el director de filial le exige largos y aburridos informes. La masa popular no gusta de escrituras [116].»

En toda ciudad donde hubo delegación del NSDAP se estableció una filial y organizó sus correspondientes ramificaciones, mientras los confidentes en universidades y escuelas técnicas se agruparon para formar las llamadas «comunidades laborales SD» [117]. Ahora bien: ¿quién podía ser confidente? Cualquier persona que «poseyera los conocimientos generales necesarios y supiera pensar con lógica e imparcialidad». Así lo dictaminó el sector Noroeste, y citó como «candidatos idóneos para tales puestos» a maestros, delegados locales del Partido, jefes SA y SS, labradores conspicuos, veterinarios y, eventualmente, funcionarios jubilados [118].

En aquel ejército de informadores movilizados por el SD, se afiliaron muy pocos al Partido o a las SS. Según estimó el jefe SD Heinz Hoeppner después de la guerra, las SS proveyeron sólo un diez por ciento de agentes oficiales SD y, asimismo, equivalieron a un diez por ciento los colaboradores oficiosos procedentes de las SS [119]. En algunas ocasiones, el SD utilizó adversarios recalcitrantes del régimen para recabar informes sobre ciertos nazis censurantes.

El escrutador pulpo alcanzó con sus ventosas hasta los últimos rincones de la sociedad alemana. Entre los colaboradores del SD no figuraron únicamente pequeños delatores y soplones sino también respetables jueces, empresarios, científicos y artistas, todos ellos visitadores habituales de la Wilhelmstrasse. Así como en las centrales se ocupaban los universitarios del trabajo tecnológico, en las filiales funcionaba una *élite* intelectual como «cuerpo relator». El sector SD de Coblenza tuvo en 1938, 24 colaboradores extraoficiales, entre ellos cuatro licenciados universitarios; y los once confidentes cono-

cidos del sector fueron cuatro funcionarios municipales, cuatro agentes de Policía, un médico, un maestro y un veterinario [120].

Al mismo tiempo, los intelectuales del Servicio secreto mostraron un horror extraño, casi pudoroso, ante la palabra «espía». «El Estado nacionalsocialista cometería una indignidad... si se sirviera de espías y polizontes», escribía el policía teorizante y emparentado con el SD, Schlierbach [121]. E incluso en un boletín de la Sipo, no destinado al público, se leía esta frase: «¡¡¡No se permite el empleo de agentes profesionales [122]!!!» En la Dirección general SD se eludió todo contacto directo con los soplones; fue casi un gesto supersticioso. Adolf-Eichmann lo rememoró: «Nosotros no conocíamos a ninguno y, viceversa..., ningún confidente entró jamás en la Dirección general [123].» Aunque más tarde, cuando los puritanos desecharon todos sus escrúpulos, Walter Schellenberg ordenó el sistema de confidentes: desde entonces, las centrales conocieron a sus confidentes.»

En la Wilhelmstrasse se abrió a cada agente oficioso un expediente que constaba de dos cartapacios. El cartapacio A, también llamado de integración, contenía, entre otras cosas, el seudónimo del confidente, un breve historial sin mencionar el nombre, los resultados del examen para ingresar en el SD, la toma de juramento, diversos informes sobre las capacidades peculiares del interesado y antecedentes acerca de su integración en la red SD. Por otra parte, el cartapacio B (de «orientación») agrupaba todos los comprobantes de las distintas misiones asignadas al confidente, una calificación de sus informes desde *1* («extraordinario») hasta *5* («absolutamente inservible»), y los gastos ocasionados por el confidente. Se prohibía terminantemente citar el nombre del *V-Mann* en uno u otro cartapacio. Quien quisiera conocerlo debía consultar dos dispositivos: el fichero V, un registro para localizar los expedientes V, y el fichero VZ, un archivo central del correspondiente departamento SD [124].

De un año a otro se espesó visiblemente la red tentacular del SD, y aplicó sus ventosas sobre todo el territorio nacional. En 1937, la sección informativa del SD contó ya con 3 000 agentes oficiales y un ejército anónimo de 50 000 informadores prestos a la acción [125].

Ahora cabe preguntarse cuál era esa acción, qué debía observar e investigar el SD. Ésa fue la pregunta cardinal. En los tiempos heroicos, el SD tuvo una misión muy simple: desarmar al adversario emboscado en las filas nacionalsocialistas y averiguar los designios del bando enemigo. Ello pareció entonces bastante lógico, ya que el adversario controlaba los resortes policíacos del poder. Ahora bien; desde el 30 de enero de 1933 fue el propio Partido el que manejó la

máquina policíaca mientras el adversario, como quiera que se llamase, pudo ser batido con los medios clásicos de la Policía.

Entonces el SD se contentó, por lo pronto, con actuar como una especie de Policía auxiliar. Himmler lo proclamó el 4 de junio de 1944 «único Servicio secreto político de la Gestapo»[126], y seis meses después se divulgó la consigna del jefe CC: «El SD desenmascara a los enemigos del ideal nacionalsocialista y promueve la lucha y defensa entre las autoridades de la Policía gubernativa». Sin embargo, se le negó todo poder ejecutivo[127]. Como el SD era demasiado orgulloso para representar el papel de soplón junto a la Gestapo, se inventó una misión singular: el SD sería la Policía intelectiva, la máquina calculadora del ideario nacionalsocialista.

Himmler lo formuló así: «El SD es la agencia informativa ideológica del Partido y, en última instancia, también del Estado... Al Servicio de Seguridad sólo le interesan las grandes incógnitas ideológicas.» El SD se aseguró un nuevo empleo como guardián de la pureza ideológica en una zona donde... según Himmler, «politiqueaban y medraban ciertas confesiones y reacciones cual el comunismo, el judaísmo, la masonería y el ultramontanismo»[128]. No obstante, aquello fue en la práctica una formulación nueva de un viejo cometido bélico que en el SD se llamó «desbaratamiento del adversario».

«C» tocó todos los registros. Los espías del SD exploraron el cuerpo nacional en busca de tumores ideológicos; no se ahorró ningún esfuerzo para detectar las arritmias políticas entre los conciudadanos. Órdenes y más órdenes abandonaron el palacio de la Wilhelmstrasse e hicieron funcionar constantemente los teletipos y teléfonos de las patrullas investigadoras.

Del sector SD Rin al subsector Coblenza el 25 de noviembre de 1937: «En varios partes e informes de estos últimos tiempos se afirma reiteradamente que los tribunales especiales son objeto de violentas críticas entre la población por su modo de administrar justicia. Se ruega una investigación exhaustiva para determinar cómo administran justicia esos Tribunales especiales y cuáles son los motivos de crítica. Les agradeceremos una pronta tramitación[129].

Del sector SD Sudoeste a la Dirección general SD el 27 de mayo de 1936: «Incomprensibles veredictos en los procesos por escándalos raciales... Recapitulando: cabe afirmar que en ninguno de los casos examinados se ha hecho esfuerzo alguno para agotar las posibilidades legales. Hasta el día de la fecha, no se ha dictado todavía ninguna pena de prisión mayor aun cuando las circunstancias de ciertos delitos la hacían sobradamente aplicable[130].»

Informe del SD sobre la situación general, número 037: «En esta región [Colonia] se puede calificar como desesperada la situación del nacionalsocialismo frente a la agresividad católica. No es exagerado decir que aquí está todavía por decidir el triunfo de la Revolución nacionalsocialista... Atentados contra miembros de las HJ * (por ejemplo, Oliva, Colonia); destrucción de pancartas HJ (por ejemplo, Augsburgo, Altenhofen). Propaganda contra las HJ... Atropellos e improperios [131].»

Instrucciones de la Dirección general SD a todos los sectores SD, 21 de marzo de 1937: «Hay que vigilar la actividad de ciertos grupos aislados afectos a la ZVfD (Sociedad sionista de Alemania) en diversas localidades del Reich... Obsérvese con redoblada atención a cada uno de sus miembros. En caso necesario, las comisarías competentes de la Policía gubernativa deberán vigilar su correo y sus conversaciones telefónicas [132].»

La sombra del SD cayó sobre cada alemán tan pronto como se mostrara en público. El 26 de enero de 1938, cuando la motonave *Der Deutsche* iniciaba un crucero a Italia, el *Obersturmführer SS* Grillenberger informó antes de la salida: «El turista Fritz Schwanebeck, nacido el 30 de marzo de 1901 y domiciliado en Mückenberg-Ferrosiedlung, se ha visto desagradablemente impresionado ante las actitudes apáticas e indiferentes durante la interpretación del himno nacional... Sesenta viajeros se han presentado demasiado tarde... Se aprovechó la última llamada a bordo para amonestarles... Infracción de las disposiciones sobre divisas [133]...»

Y cuando se aproximaron las seudoelecciones parlamentarias, el SD tuvo que hacer un gran despliegue de fuerzas. Su acción se anticipó considerablemente al comicio electoral, como lo prueba un bando de la filial de Erfurt fechado el 4 de abril de 1938 en el que se dice que «toda persona domiciliada en su distrito de la cual se crea justificadamente que votará con un rotundo no en las inminentes elecciones deberá comparecer ante el SD.» Una vez conocidos los nombres de aquellos inconformistas, se marcaron las papeletas del grupo sospechoso imprimiendo un número con máquina de escribir sin cinta o con tinta simpática, y repitiendo la maniobra tras el nombre del interesado en la lista electoral. Así fue posible, según informó el subsector Coblenza el 7 de mayo de 1938, «descubrir a las personas que habían dado un voto desfavorable o negativo... Se consiguió hacer distinguibles las marcas mediante leche desnatada» [134].

* Juventudes hitlerianas.

Año tras año se acumularon en la Dirección general SD verdaderas montañas de expedientes personales e informes clasificadores en los que quedó plasmado cada gesto del súbdito sospechoso. El departamento II reunió sobre el inconformista redactor jefe del *Frankfurter Zeitung*, Rudolf Kircher, numerosas reseñas del tiempo de Weimar, «todas ellas muy ilustrativas sobre las verdaderas tendencias políticas de Kircher», según se decía en una nota marginal [135]. Un famoso corresponsal nacionalsocialista, Schwarz von Bergk, tuvo la mala fortuna de mencionar en una crónica enviada desde Palestina que los judíos sabían también luchar y morir por su causa. «No me cabe en la cabeza —tronaba el *Oberscharführer* Hagen, amigo íntimo y *ghostwriter* del profesor SD Six —que un periodista alemán y, para colmo, que utiliza como tribuna un periódico nacionalsocialista, reconozca públicamente ciertos hechos relacionados con el judaísmo palestiniano, que debería omitir aunque sólo fuera por razones propagandísticas [136].»

El SD no desaprovechó ninguna oportunidad para endosar unos ascendientes judíos a esos enojosos desviacionistas nazis. Los dos profesores Ernst y Heinrich Seraphim, de origen polaco, consiguieron acallar con buena dialéctica los rumores difundidos en el Partido sobre su procedencia judía; sin embargo, el SD husmeó la posibilidad de «probar mediante los hechos descritos la ascendencia semítica de los hermanos Seraphim». Se puso manos a la obra: el agente SD de Augsburgo debería sugerir a la Federación alemana en Polonia que se ganara la colaboración de cierto estudiante polaco cuyos conocimientos le permitirían seguir el rastro genealógico de los Seraphim. Pero ¡cautela, mucha cautela! «Al cabo de las conferencias preparatorias sostenidas con II-112, el jefe de negociado SS Six dio su aprobación al procedimiento propuesto desde Augsburgo. Ahora bien; se debía procurar que no se conociera jamás el nombre del mandante [137].»

Sin embargo, a Heydrich no le bastó que su ejército fantasmal empezara a imponer una sigilosa dominación sobre todo el país. El control totalitario del pensamiento requería también mucho estruendo...; el retumbar de llamamientos ideológicos, el vocerío de principistas y censores consagrados. Heydrich se asoció con el dispositivo más fantástico y temido de la Prensa nacionalsocialista: el semanario *Das Schwarze Korps* *, de Gunter D'Alquen.

D'Alquen, hijo de un comerciante lanero de Essen, refractario a

* El Cuerpo negro.

la burguesía nacionalista de sus mayores y uno de los primeros jefes HJ, aprendió muy pronto lo que se debía entender en el Partido por profesión periodística. Durante su permanencia en el paupérrimo *Bremer Nacionalsozialistischen Zeitung* con artículos escritos a mano, teléfonos permanentemente interceptados por dificultades económicas y linotipias desvencijadas, así como en el más próspero pero infecundo *Voelkischer Beobachter*, D'Alquen tuvo muchos momentos de desesperación y dudó que un nacionalsocialista pudiera llegar a ser jamás periodista [138].

Al principio, se malogró su carrera hacia puestos más altos. En 1934, el editor del Partido Max Amann le ofreció la dirección del periódico berlinés *Angriff*, rogándole esquematizara un programa de redacción. «Y entonces cometí, tal vez, la mayor estupidez de mi vida —confiesa el propio D'Alquen—. Dije, simplemente, la verdad. Opiné que la oposición constructiva era indispensable si se quería evitar el anquilosamiento del Estado.» El Partido hizo poner en la calle al deslenguado [139].

Dos meses después, D'Alquen tropezó con el jefe de la Dirección general SS Wittje en el coche cama de un tren que les conducía a una localidad fronteriza donde los SS silesianos se proponían celebrar un acto político. Explicó a Wittje la particular historia de su carrera. «¡Hombre, Gunter! —le consoló Wittje—. ¡Yo hablaré con Heinrich! Después de todo, las SA y cualquier ridícula sociedad tienen hoy día un periódico... ¿Por qué no, pues, los SS?» El inventivo Wittje se entrevistó con su *Reichsführer*... aunque dos días demasiado tarde..., pues Max Amann había ganado ya la voluntad de Himmler para un proyecto idéntico. Himmler sabía de antemano cómo se llamaría el periódico: *Das Schwarze Korps*. Sin embargo, la intervención de Wittje no cayó en saco roto: Gunter D'Alquen recibió a esa comisión. Él asumiría la dirección política —como se denominaba en alemán «pardo» la sala de redacción— del primer periódico SS [140].

El pedagogo Himmler no dejó de endilgar una enjundiosa conferencia sobre el quehacer periodístico a aquel *Hauptsturmführer SD* de veinticuatro años. D'Alquen: «Ese hombre no tenía la menor idea...» Tampoco lograron ponerse de acuerdo sobre el título de la publicación. D'Alquen propuso *Die Bewegung* *, pero Himmler no se dejó disuadir de su propósito inicial. Dos días antes de que apareciera el primer número, D'Alquen cedió y, secundado por el caricaturista del Partido Hans Schweitzer-Mjoelnir, trabajó día y noche

* El Movimiento.

a fin de preparar la primera plana. Entretanto, la *Reichsführung SS* firmó un contrato con la editorial Franz Eher, empresa del Partido que se comprometió a imprimir 40 000 ejemplares diarios [141].

El 6 de marzo de 1935 apareció el primer número bajo un resonante subtítulo: «Periódico de los Escalones de Protección del NSDAP — Órgano de la *Reichsführung SS.*» D'Alquen y sus seis colaboradores, instalados en la Zimmerstrasse, 88, de Berlín, consiguieron aumentar rápidamente la tirada: a fines de 1935 el semanario integrado inicialmente por 16 páginas y publicado cada jueves, constó de 20 páginas y los ejemplares impresos fueron 189 317; en 1937, esa tirada se elevó a 500 000, y durante la guerra, a 750 000 ejemplares [142].

El rotativo de D'Alquen constituyó un éxito auténtico, porque sobresaltó y fascinó simultáneamente a los unificados alemanes. La insidiosa campaña del *Schwarze Korps* contra judíos e Iglesia, los virulentos comentarios sobre burguesía y burocracia, la tajante anatematización de los alemanes disconformes, ofendieron a toda persona decente, pero también hicieron leer a muchos entre líneas. Porque ese «único periódico oposicionista», como se denominaba al *Schwarze Korps* en el lenguaje popular, reflejó la disonancia de los intelectuales SD que deseaban ser nacionalsocialistas radicales pero también consecuentes. Ya que no pudieron serlo en la realidad política y estatal, intentaron, por lo menos, definirlo: quisieron formar un bloque oposicionista contra los engreídos jerarcas del Partido, contra la corrupción interna, contra la empleomanía parda.

«Después de cada revolución —se leía en el *Schwarze Korps* el 21 de enero de 1937— surge un peligro cierto: la petrificación. Hay sobrados ejemplos en la Historia. Nosotros, los nacionalsocialistas, hemos repasado la Historia... para aprender mucho sobre estructuración política. Es decir, una nueva forma de oposición, cosa muy necesaria aunque sorprenda a tantos [143].» No les arredró ventilar sus dudas ante la opinión pública. Les preocupó, y lo dijeron públicamente, que algunos nacionalsocialistas fueran destinados a puestos demasiado holgados para su energía y capacidad [144], argumentaron contra «los logreros de la Revolución» en el Partido, que estampillaban como ciudadano secundario al que no poseyera un carnet de afiliado, como si fuera un individuo despreciable, y no digamos nada si el infeliz resultaba ser marxista [145].

Cuando los nazis muniqueses destrozaron cada escaparate de comercio judío durante la llamada Noche de Cristal (verano de 1935), el *Schwarze Korps* fustigó a «esas bandas delictivas» y escribió lo siguiente: «La cuestión judía, uno de los problemas más acuciantes

en nuestro país, no se resolverá por medio del terror callejero.» Respecto al tema *Una sana conciencia nacional* se leían cosas como ésta: «Un juez consciente no necesita justificar su dictamen... con unos conceptos tan dúctiles [146].» Y a la Policía propia aconsejó el semanario SS que fuera algo más comedida en sus ataques contra los enemigos del Estado, pues: «Cuando la persecución se encallece, perjudica más que otra cosa.» Y en otro pasaje: «Se debería emplear alguna vez la estadística para determinar cuántas inculpaciones tienen por fundamento la denuncia infundada y la venganza personal [147].»

Muchos lectores acabaron confiando en el periódico SS, que comentaba con evidente tono de crítica las circunstancias imperantes en el III Reich. El redactor jefe D'Alquen les dio todavía más aliento, diciendo, así, el 18 de febrero de 1937: «El lector pudo tener desde el principio la seguridad de que nosotros no deseamos solamente ser leídos sino también leer... en las voces, opiniones y experiencias del pueblo [148].»

Eso fue, precisamente, lo que inspiró al jefe SD Heydrich la idea de encuadrar el *Schwarze Korps* en su sistema de vigilancia. Ahí no había tan sólo un portavoz del dominio sobre la mente, sino también un canal por donde fluían incesantemente informes acerca de la vida y el pensamiento ciudadanos. Heydrich y D'Alquen concertaron su acuerdo con facilidad. La Dirección general SD alimentó las rotativas del *Schwarze Korps* con informes acumulados por su mecanismo pesquisidor, y la dirección política periodística dirigió una importante parte de su correo con el lector a la Wilhelmstrasse, 102, para un calibrado más preciso. D'Alquen hizo imprimir, asimismo, un oficio tipo que acompañaría al abundante intercambio postal de la dirección política periodística con la Dirección general SD. Su texto decía así:

«Les adjuntamos para su conocimiento el escrito de un corresponsal y lector nuestro, con el ruego de que nos sea devuelto una vez hechas las consiguientes apreciaciones. Agradeciéndoles de antemano su valiosa colaboración,

Heil Hitler [149]!»

El 7 de junio de 1938, un berlinés llamado Paul Koch escribió al *Schwarze Korps* para advertirle que un tal Gustav Schiewek, carnicero de la Stralsunder Strasse, 27, «envolvía habitualmente su mercancía en un papel impreso con propaganda de cierta marca comercial judía»: «¿No se le podría ayudar propinándole a modo de amonestación un buen porrazo?» El *Schwarze Korps* reexpidió esta carta

el 21 de junio al Servicio de Seguridad de la *Reichsführung SS*, a la atención del doctor Six. Desde allí la carta «abierta» del lector ingresó en el negociado II-112 que la envió dos semanas después al sector SD Este con «el ruego de tramitar la demanda». Con fecha 8 de julio de 1938 respondió esa central SD a la Zimmerstrasse: «Se informa para su conocimiento que la carta del llamado Paul Koch ha sido transferida al puesto competente de Policía gubernativa. Volveremos a informar cuando concluya la investigación [150].»

Los redactores del *Schwarze Korps* se habituaron sin dificultad a publicar su periódico en estrecha colaboración con el Servicio de Seguridad. Para los periodistas del SK, la Dirección general SD fue un gigantesco archivo cuyos informes secretos estuvieron siempre a su disposición. «Quisiera saber si Morgenstern es judío o mestizo judío», inquiría en una nota el suplente de D'Alquen, *Obersturmfürer SS* Rudolf aus den Ruthen a la Dirección general SD. Y la respuesta no se hacía esperar [151]. Los camaradas de la Wilhelmstrasse proporcionaban incesantemente material informativo a los compositores periodísticos.

Siempre se apalabró la publicación de artículos importantes. El *Oberscharführer* Hagen hizo constar lo siguiente tras una conferencia con Rolf D'Alquen, hermano menor de Gunter y tercer traductor en la redacción SK: «Respecto a las revelaciones periódicas sobre la situación del judaísmo en Alemania, se ha acordado respetar la línea seguida hasta ahora y suspender toda clase de ataques mientras no se concierte un arreglo definitivo con el Ministerio de Hacienda sobre los fundamentos económicos de la emigración [judía] [152].»

El SD abrió sus cámaras acorazadas con creciente presteza cuanto mayor fue la certidumbre entre sus dirigentes de que el *Schwarze Korps*, como medio coercitivo y público del control mental, podría compensar con creces las deficientes atribuciones ejecutivas del SD. Aquellas incisivas argumentaciones en el *Schwarze Korps* ejercieron frecuentemente sobre el ciudadano una fuerza sugerente menos inquietante que la amenaza potencial pero invisible de la Gestapo, si bien los informes confidenciales SD dieron al periódico un aire de omnisciencia demoníaca.

Por ejemplo, el *Schwarze Korps* sorprendió desagradablemente a la ultraconservadora Asociación de Oficiales alemanes con ciertas diatribas antinazis pronunciadas durante una asamblea regional cuyo protocolo se guardaba celosamente [153]. También se pasmó al publicista Wilhelm Stapel con una carta procedente de su escritorio en la que se leía esta frase: «Quien se coloca junto a Hitler no puede

dejar de sentir un "escalofrío conservador"[154].» El patricio Werner Grund aus Zwickau, que escribiera al *premier* británico Chamberlain para agradecerle sus esfuerzos por la paz mundial, contempló estupefacto la respuesta de Chamberlain pero no en su propio buzón sino en las columnas SK[155], y el abogado de Leipzig doctor Wolfgang Denk sufrió el denigrante acoso de D'Alquen y sus escribas por haber osado defender mediante un alegato confidencial a cierta mujer detenida en un KZ[156].

Algunas veces se declaró públicamente coadyuvador de ciertas denuncias e incluso denunciante, como en un caso acaecido durante el verano de 1940. «El Tribunal de lo criminal en Wiesbaden —informaba el SK— ha incoado un proceso muy breve y satisfactorio contra cierto elemento antisocial, desenmascarado por mediación del *Schwarze Korps,* quien ha sido sentenciado a cuatro años de prisión menor y pérdida de los derechos civiles durante otros cuatro años[167].»

La cooperación entre SD y *Schwarze Korps* habría fructificado notablemente si el rector SD, Heydrich, no hubiese acatado con tanto respeto los cánones tradicionales —también vigentes en el Reich nacionalsocialista— que restringen las relaciones entre Prensa y Servicio secreto. No obstante, el talento demagógico y ágil de Gunter D'Alquen desbarató todos los intentos de la Wilhelmstrasse para subordinar el *Schwarze Korps* a los incontables eufemismos tácticos del mando SD. Pues las sañudas embestidas del *Schwarze Korps* perjudicaron con frecuencia los intereses del SD, cuya existencia desataba por entonces la controversia como ninguna otra organización de las SS.

Al correr de los años se produjeron colisiones cada vez más peligrosas e inflamables entre ambos socios: el redactor jefe D'Alquen se sustrajo a toda censura previa del SD, rehusó sacrificar ciertos colaboradores tenidos por sospechosos en el SD, como Heimar Schilling, redactor SK, y protestó airadamente contra el empleo abusivo de credenciales pertenecientes al *Schwarze Korps* para practicar el espionaje bajo un incomparable embozo[158]. Por otra parte, la gente de Heydrich arguyó que el *Schwarze Korps* se excedía en sus ataques contra los enemigos presuntos o reales del régimen y, además, la redacción recurría cada vez menos al asesoramiento SD. Resultado: el semanario sufrió un percance tras otro[159].

Más tarde, las relaciones entre Wilhelmstrasse y Zimmerstrasse se aproximaron tanto al punto muerto que Heydrich creyó conveniente nombrar un mediador oficial, el *Sturmbannführer SS* Von Kielpinski, con el encargo de despejar la tensa atmósfera reinante sobre ambas

entidades[160]. D'Alquen se desgañitó: «¡Ya no aguanto más que la gente del SD, esos decididos colaboradores nuestros, me traten como si fuera un paria[161]!» Finalmente, el jerarca SD Ohlendorf especificó lo que reprochaba el Servicio de Seguridad al *Schwarze Korps*: Los artículos del periódico «se asentaban sobre premisas falsas y generalidades adocenadas», y «en su estilo increíblemente difamatorio no ejercerá, ni mucho menos, una influencia positiva sobre los interpelados», sino que, por el contrario, «con sus fórmulas e inflexiones» provocaría al fin «la formación de un frente común entre los nacionalsocialistas genuinos y aquellos a quienes se ataca justificadamente[162].»

Ohlendorf manifestó que sólo sería posible una colaboración efectiva cuando el *Schwarze Korps* se abstuviera de proceder agresivamente contra persona alguna mientras no se hubiesen aclarado los hechos a plena satisfacción —con cuyo fin se le ha ofrecido siempre el SD—, y «nos consultara de antemano sobre los problemas técnicos para aprovechar nuestro material documental y nuestros conocimientos»[163]. Sin embargo, los redactores SK soslayaron esas pretensiones dominadoras del SD.

Heydrich había adivinado mucho antes que el SD no iría lejos mediante esa gestión publicitaria vía *Schwarze Korps*. Nuevamente surgió la consabida pregunta: ¿en qué terreno se debería asignar al Servicio de Seguridad su principal misión? La pregunta se hizo tanto más acuciante cuanto más se perfiló el amenazante eslabonamiento de los dos mecanismos manipulados por Heydrich para dominar la escena: SD y Gestapo.

10. La Dirección general del Servicio de Seguridad del Reich

Reinhard Heydrich barruntó el peligro: Servicio de Seguridad y Gestapo, concebidos como partes integrantes de su mecanismo avasallador, tendieron amenazadoramente hacia la mutua neutralización. Ambos ampliaron sin cesar su radio de acción, ambos se esforzaron por ganar control sobre el país entero... y, asimismo, la Gran Alemania de Hitler resultó demasiado pequeña para ambos.

Ahora se hicieron sentir las consecuencias del error cometido en 1935, cuando se fundó el SD, al omitir la asignación de un campo gravitativo, lo cual le indujo a inmiscuirse ostensiblemente desde entonces en el área jurisdiccional de la Gestapo. Así, pues, Gestapo y SD cazaron en los mismos cotos y se espantaron uno a otro la caza. Con desesperante frecuencia, el SD encontró durante sus cacerías las huellas de los competidores de la Gestapo. Por ejemplo, el departamento II-A («Marxismo») de la Gestapo corrió tras los mismos emboscados comunistas que el negociado II-121 («Movimientos izquierdistas» de la Dirección general SD [1].

Para frenar esa competencia descabellada entre los dos batidores, Heydrich promulgó un decreto el 1.º de junio de 1937 delimitando las respectivas funciones. «Ni competencia ni subordinación o anteposición» sino acoplamiento recíproco para evitar la duplicación del trabajo.» Anunciando tal medida como precepto del momento, Heydrich distribuyó los diversos cometidos. La Gestapo recibió atribuciones sobre las siguientes materias: marxismo, alta traición y emigrantes. Y el SD, por su parte: ciencia, integridad racial y nacional, arte, instrucción pública, Partido y Estado, constitución y Administración, extranjero, masonería y corporaciones [2].

Tras ese reparto quedaron todavía bastantes superficies de fricción, pues se delineó también un campo de actividades comunes: «Iglesias, sectas, y otras ramificaciones religiosas e ideológicas; paci-

fismo; judaísmo; movimientos derechistas y distintos grupos antiestatales como el Frente negro, la Liga de Juventudes y otros similares; economía; Prensa.» No obstante, se matizó también la actuación de cada cual en este vasto sector. El SD atendería a «todas las cuestiones genéricas y axiomáticas»; la Gestapo, por el contrario, investigaría «todos los casos particulares donde tuvieran aplicación las medidas policiales del poder ejecutivo»[3].

La interminable lista de misiones SD no pudo disimular un hecho evidente: el Servicio de Seguridad corría cada vez más peligro de ser absorbido por la Gestapo en el terreno ideológico. Pero los principales SD se rebelaron contra eso. En la Secretaría de la Dirección general SD se elaboró un memorándum pericial sembrado de argumentos en los que se demostraba con afilada minuciosidad que el mando correspondía al SD. La Gestapo había sido engendrada simplemente por una necesidad jurídicoadministrativa del Estado, más el III Reich requería «una garantía todavía más firme de la seguridad nacional cuyo origen y elemento vital es la voluntad de un Movimiento político». Y eso era, en definitiva, el SD.

Aquel memorándum de autor anónimo apareció bajo un título programático: «Individualidad representativa del Servicio de Seguridad.»

Su autor alegó que la Gestapo debía sofocar las «manifestaciones hostiles al Estado» y el SD, las manifestaciones antisociales»: «La actividad antiestatal es un fenómeno jurídico y se presenta dondequiera que el individuo vulnera con su actuación una ley promovida por el Estado, cosa fácilmente demostrable.» En cambio, «las manifestaciones antisociales ofrecen una característica peculiar, a saber: que son apenas perceptibles desde el ángulo criminológico y, no obstante, entrañan muchas veces mayor peligrosidad para pueblo y Estado que esas otras manifestaciones claramente antiestatales»[4].

Mas esa complacencia puramente académica para consigo mismo no le quitó el afán de explorar nuevos campos para su acción. Los hombres de la Wilhelmstrasse hallaron todavía dos regiones vírgenes que acarrearon, por supuesto, nuevos conflictos e intrigas: el espionaje extranjero y la investigación de todos los sectores de la vida alemana, las llamadas «regiones vitales».

El espionaje electrizó instantáneamente los cerebros de jóvenes agentes secretos. Ahora bien; el Servicio secreto extranjero del SD fue un producto accidental y se fundó con la convicción de que el SD debería perseguir también a los adversarios del Régimen allende las fronteras. Entre tales enemigos figuró Otto Strasser, cabecilla del

Frente negro que dirigía desde Praga una cruzada quijotesca contra su antiguo jefe en el Partido, Hitler[5].

Para los jefes no revistió especial peligrosidad la «emisora negra» de Strasser que, con sus consignas antihitlerianas, atentaba contra el reinado del control mental totalitario. El SD averiguó que esa emisora funcionaba bajo la dirección del ingeniero Rudolf Formis, antiguo director técnico en Radio Stuttgart. La decisión de Heydrich fue tajante: Formis debía desaparecer. El 10 de enero de 1935 Heydrich hizo llamar al ex mecánico Alfred Naujocks, *Untersturmführer SS* y factótum del jefe SD, y le dio la siguiente orden: «¡Vaya por Formis y tráigalo a Berlín[6]!» Naujocks preparó su plan de campaña.

Según le informó el SD, Formis había instalado la «emisora Strasser» en un punto situado a unos 20 ó 30 kilómetros de Praga por el Sudeste. Naujocks se agenció la documentación de un comerciante llamado Hans Müller y atravesó la frontera con su amiga Edith Kaesbach, berlinesa y profesora de gimnasia, en un «Mercedes» matrícula IP-48259. Encontró lo que buscaba: la emisora negra se alzaba en el poblado de Dobris o, para ser más exactos, en una habitación del hotel local «Zahori»[7]. Tras esa averiguación, el espía SD ocupó con su compañera la habitación número 4 de dicho hotel, casi contigua al alojamiento de Formis[8]. Naujocks se procuró una impronta sobre cera de la llave que abría el cuarto de Formis y telegrafió a la Dirección general SD: «Lo encontré.» Luego, esperó nuevas instrucciones. Dos días después, se aprestó a dar el golpe.

Era el 25 de enero. Naujocks consultó su reloj. Las 21.30 horas. Cogió una linterna e hizo unas señales luminosas por la ventana. Pocos minutos después, Werner Goetsch, el agente SS asignado a Naujocks, se encaramó por la pared con ayuda de una cuerda y saltó al interior del cuarto[9]. Ambos supusieron que Formis no pernoctaba en el hotel; se deslizaron sigilosos a lo largo del corredor e hicieron alto ante la puerta de aquella habitación supuestamente vacía. Pero cuando metieron el llavín duplicado en la cerradura, tanto Naujocks como Goetsch advirtieron que su hombre estaba dentro del aposento. Naujocks recobró rápidamente el aplomo. Llamó con los nudillos. Desde el interior, les llegó una voz: «¿Quién es?» Naujocks farfulló con tono servil que lo sentía mucho pero había olvidado llevar el jabón al señor Formis.

Formis abrió la puerta y, casi simultáneamente, los dos agentes SD irrumpieron en el cuarto y arrollaron al ingeniero. Formis intentó sacar una pistola. Uno de los intrusos disparó y el enemigo del Estado, Rudolf Formis, cayó muerto. Naujocks y Goetsch aún tuvieron

tiempo de colocar una carga de fósforo sobre el aparato emisor y prenderle fuego antes de salir a escape ante el alocado tropel de sirvientes y camareras [10].

Sin embargo, en la Dirección general SD de Berlín, Heydrich se desató enfurecido contra la rusticidad de esos actos, tan semejantes al gangsterismo cinematográfico, con que realizaban sus misiones secretas algunos agentes SD tales como Naujocks. Así y todo, el Servicio de Seguridad continuó siendo en años sucesivos cobijo de obtusos aficionados que hicieron perder el juicio a los profesionales del Servicio secreto. No obstante esos inconvenientes, el SD comenzó a expandirse en la jungla del Servicio secreto alemán. Las filiales fronterizas SD acopiaron sistemáticamente información del extranjero, mientras varios jefes tendieron una red extraterritorial de informadores con personas conocidas residentes en el extranjero [11].

Esa compleja malla quedó bajo la supervisión del inexperto *Oberführer SS* Heinz Jost y su departamento central III-2 (Servicio de Contraespionaje), pero otros departamentos de la Dirección general se creyeron también calificados para practicar el espionaje. Por ejemplo, el Departamento de Asuntos judíos mantuvo su propio aparato informativo en el Cercano Oriente, que le documentó sobre el conflicto palestiniano entre árabes y judíos [12]. Cabeza de aquella sucursal oriental fue el doctor Reichert, corresponsal en Tel-Aviv de la Agencia alemana de Noticias (DNB), quien tenía confidentes en ambos campos del litigio: por parte árabe, el jefe nacionalista Ibrahim Chanti, editor del periódico *Al Difah,* y por parte judía, el jefe sionista Feivel Polkes, comandante en el Ejército clandestino judío «Haganá» [13].

«El doctor Reichert —puntualizaba una nota aclaratoria de la Dirección general SD— se compromete a colaborar exclusivamente con el SD mediante ayudas adecuadas en los casos difíciles, y a facilitar toda la documentación informativa importante por conducto del señor Von Ritgen (DNB) bajo el signo H o enviándola a la dirección facilitada por el *St. O'Scharfführer* Hagen.» El servicio informativo SD de Reichert funcionó con relativo éxito: en 1937 escamoteó un escrito del ex *premier* británico Stanley Baldwin en el que se aludía a un tratado secreto entre turcos e ingleses por cuyo texto el Servicio secreto italiano ofrecía 150 000 libras esterlinas [14].

Ahora bien; cuanto más se internó el SD en la maleza del espionaje extraterritorial, tanto más se acentuó la resistencia del Contraespionaje militar dirigido por el almirante Canaris. Hasta entonces el diplomático almirante había conseguido mantener unas relaciones

aceptables y discretas con el ex guardiamarina Heydrich, pero el crecimiento explosivo del SD las deterioró considerablemente.

Tras el primer choque entre Contraespionaje militar y Gestapo en la época del capitán Patzig (desde 1932 hasta 1934) el Alto Mando de la Wehrmacht creyó ver en Canaris al oficial idóneo para contemporizar con Heydrich [15]. El antiguo capitán de submarino Canaris, nacido en 1887, se había opuesto tenazmente a la República de Weimar y se envanecía de conservar contactos humanos con Heydrich. Canaris y Heydrich rememoraban complacidos su vida común a bordo del crucero escuela *Berlín*, y la señora Erika Canaris añoraba los conciertos caseros del violinista aficionado Heydrich. Incluso después de su promoción a la jefatura del Contraespionaje militar en enero de 1934, Canaris siguió comunicándose con Heydrich e intentó conservar su amistad [16].

Según cuentan las crónicas, Canaris caminaba cierto día acompañado de su esposa por la Doellerstrasse, en Berlín, cuando vio pasar un larguirucho militante SS junto a una mujer rubia que empujaba un cochecito. Canaris: «¡Cómo! ¡Pero si es Heydrich!» El así interpelado tomó arranque para efectuar un marcial saludo hitleriano subrayado con un irreprochable taconazo, y recurrió en seguida a la familiar jerga del teniente: «¡Menuda sorpresa, mi capitán! ¿Destinado aquí, en Berlín?» Canaris: «De vez en cuando, de vez en cuando.» Heydrich: «Nosotros vivimos desde hace pocos días en la Doellerstrasse, mi capitán.» Canaris: «¡Diablos! ¡Qué casualidad [17]!»

Ambos contrincantes hicieron buen uso de esa casualidad: cada domingo, después de comer, la familia Canaris marchaba calle arriba para jugar al croquet en el jardín de Heydrich, y por la noche, Canaris, luciendo un inmaculado gorro de cocinero, recibía a los Heydrich y les ofrecía su famosa versión del *Labskaus* * que culminaba con una velada musical. Algún tiempo después, ambas familias estrecharon aún más sus lazos. En agosto de 1936, Canaris obtuvo una casa en la Dianastrasse, a orillas del Schlachtensee berlinés, y al cabo de seis meses reapareció la larga sombra de Heydrich ante el seto del jardín: el jefe SD se había agenciado una nueva casa en la cercana Augustastrasse [18].

Al principio hubo un acercamiento entre Canaris y Heydrich en el terreno profesional. El 21 de diciembre de 1936, Canaris y el jefe de la Policía secreta, Best, firmaron un convenio (titulado «Los diez mandamientos») en el que se definían los sectores jurisdiccionales de

* Plato típico marinero del norte de Alemania.

la organización militar y la Gestapo. Según sus cláusulas, la Seguridad militar abarcaría el espionaje en territorio extranjero y el contraespionaje, mientras que a la Gestapo le correspondería «la investigación de los actos punibles citados en el § 163 StP6 (alta traición) y las diligencias subsiguientes». Con ese paso Canaris concedió ciertas ventajas técnicas a la Gestapo. Puesto que su organización no poseía Policía militar en tiempos de paz, fue preciso requerir los servicios de la Gestapo como medio ejecutivo en los casos propios. Al mismo tiempo, el convenio Canaris-Best reconoció la prioridad de los intereses militares. Uno de los pasajes decía: «En el tratamiento de cada caso tendrán preferencia las conveniencias del Servicio de Información militar y Contraespionaje hasta su total tramitación por la Policía secreta.» La Gestapo «deberá abstenerse temporalmente de toda diligencia si así se lo solicita el organismo competente de la Wehrmacht para determinar si esos trámites perjudican o no los intereses del Servicio secreto militar y el Contraespionaje» [19].

Mas esa prioridad quedó en entredicho tan pronto como se manifestaron las tendencias expansionistas del SD. El Servicio de Seguridad penetró por iniciativa propia en la red de informadores extranjeros y trastornó los dispositivos del Contraespionaje militar. Éste y el SD chocaron también violentamente en las averiguaciones sobre el potencial económico ajeno y las industrias extranjeras de armamento [20]. La ruptura entre Canaris y Heydrich aceleró una oscura maquinación que habría de mostrar por vez primera al almirante la absoluta irreflexión del diletante SD.

Hacia fines de 1936, Heydrich recibió por los canales SD una noticia sensacional: en la Unión Soviética se había constituido un grupo oposicionista para derrocar a Stalin. A la cabeza de esos antistalinistas figuraba el mariscal Mijaíl Nikoláievich Tujachevski, intendente general interino de la URSS. Al jefe SD se le ocurrió una fantástica idea: si consiguiese hacer llegar esa información a Stalin, adocenada con algunos documentos apócrifos que le dieran mayor verosimilitud, se podría tal vez derribar con un solo golpe todo el mando militar ruso...; ¡derribarlo con ayuda de Stalin y de la Policía gubernativa soviética [21]!

Heydrich había calculado ya cómo convendría hacerlo. Seguramente, quedarían todavía muchos documentos, oficios y cartas de aquel breve entendimiento entre Reichswehr y Ejército rojo tras la guerra, y sin duda alguna, muchos estarían firmados por los generales soviéticos a quienes se pretendía achacar ahora una conspiración contra Stalin. Si se rehiciera aquella antigua documentación con algunos adi-

tamentos en el lenguaje del año 1937, no sería difícil deducir de su contenido que los generales soviéticos se confabulaban con diversos oficiales alemanes contra los amos del Kremlin.

Así, pues, Heydrich llamó a Naujocks, quien administraba un laboratorio para falsificar pasaportes y otros documentos oficiales en la Delbrückstrasse de Berlín, e inició al persecutor de Formis en aquel sensacional *top secret*. El jefe del sector SD Este fue admitido también en el círculo de iniciados, y los falsificadores pusieron manos a la obra [22].

Fueron inútiles todas las advertencias del *Hauptsturmführer SS* Erich Jahnke, uno de los pocos espías profesionales en el SD. Él no creía en la autenticidad de la información sobre Tujachevski; todo eso podría ser muy bien una añagaza del Servicio secreto soviético. Pues ¿de dónde procedía el informe Tujachevski? Del general ruso exiliado Nicolai Vladimírovich Skoblin, residente en París. Y ¿para quién trabajaba ese caballero? Para el SD y... para el Servicio secreto soviético, indistintamente [23]. ¡Pero Heydrich sabía lo que se hacía! Puso bajo arresto domiciliario al enojoso Jahnke y solicitó de Hitler una autorización para hacer llegar hasta los soviéticos en el plazo de cuatro días los comprometedores documentos falsificados [24].

Behrends partió con dichos documentos hacia Praga donde, por conducto de diversos intermediarios, consiguió que el presidente del Estado checoslovaco, Benes, hiciera seguir esa documentación a Moscú. Los soviéticos se sobresaltaron y enviaron apresuradamente un mensajero especial a Berlín para negociar con Heydrich. Moscú pagó los documentos. Según los datos de Schllenberg, dichos honorarios se elevaron a tres millones de rublos oro que más tarde resultaron ser tan falsos como la colección documental del «laboratorio Naujocks» [25].

El 11 de junio de 1937, la agencia soviética de noticias «TASS» anunció que el mariscal Tujachevski y siete generales del Ejército rojo habían sido condenados a muerte por un Tribunal especial, pues «todos los inculpados mantenían contactos antipatrióticos con destacados círculos militares de cierta potencia extranjera que practicaba una política hostil a la URSS. Los inculpados trabajaban para el Servicio secreto de esa potencia» [26]. La ejecución del grupo Tujachevski preludió el expurgo político más sangriento en la historia de la Rusia staliniana. Un año después, el zar rojo había eliminado ya a 35 000 oficiales —casi el 50 por ciento de la oficialidad—, el 90 por ciento del generalato soviético y el 80 por ciento de los coroneles fueron liquidados. En otras palabras: tres de los cinco mariscales, 13 de los 15 comandantes de Ejército, 57 de los 85 comandantes de Cuerpo de

Ejército, 110 de los 195 generales de división, y 110 de los 406 generales de brigada [27].

Pocos meses más tarde, el SD exterior presentó a su jefe un informe secreto titulado *La situación política en el Ejército rojo.* Heydrich leyó lo siguiente: «Los efectos de una acción depuradora tan exhaustiva en los cuadros de mando [soviéticos] no pueden ser subsanados con nuevas fuerzas... tan pronto como se quisiera. La capacidad de esos comandantes, ascendidos y adiestrados necesariamente a toda prisa, es tan escasa que resulta imposible establecer comparaciones [28].» Reinhard Heydrich estalló de júbilo. Lo que aseveraron luego diversos cronistas de los SS desde Walter Schellenberg hasta Wilhelm Hoettl, lo que divulgó el filme *El almirante Canaris,* protagonizado por O. E. Hasse, lo que hizo hablar tanto al propio Winston Churchill con Nikita Kruschef [29], lo contó ya entonces el jefe SD a quien quisiera escucharle: el Servicio de seguridad del *Reichsführer SS* había roto la cabeza del temible Ejército soviético.

Aproximadamente por aquellas fechas, cierto oficial superior de Estado Mayor detuvo en un pasillo del Ministerio de la Guerra al especialista de asuntos rusos en el departamento «Ejércitos extranjeros» (T-3), teniente coronel doctor Karl Spalcke, para preguntarle si había oído decir también que Heydrich se jactaba de haber hecho fusilar a Tujachevski. El teniente coronel soltó una carcajada. Spalcke: «Puras fanfarronadas de Heydrich [30].» Aquel teniente coronel Spalcke fue, tal vez, el único que sospechó la verdad, porque en realidad Heydrich y su SD no eliminaron jamás a Tujachevski. En 1937, Spalcke no pudo fundamentar sus dudas, pero hoy día existen pruebas fehacientes de que el *Gruppenführer SS* Heydrich fue tan sólo un cómplice insignificante del Servicio secreto soviético.

Mucho antes de que Heydrich iniciara su prosaico escamoteo, Stalin había dispuesto ya el fin de Tujachevski, pues éste, cada día más poderoso, estaba resultando demasiado peligroso para el dictador y su despótico dominio. Desde finales de 1936, Stalin planeaba su jugada contra los militares. En diciembre de 1936, el jefe de la Policía gubernativa soviética, Yezhov, creó un «órgano administrativo para misiones especiales» denominado abreviadamente «Spetsbiró» y que dirigió las primeras indagaciones contra Tujachevski [31]. Poco después, Yezhov hizo detener al principal colaborador de Tujachevski, el general Vitali Putna [32]. El 27 de enero de 1937, durante el proceso efectista contra Karl Radek, un revisionista de derechas se citó por vez primera públicamente al mariscal como amigo del «traidor a la patria», Putna [33]. El 3 de marzo, Stalin mencionó en un discurso ante el Comité central

del PCUS * los monstruosos perjuicios «ocasionados al país por un puñado de espías emboscados en las filas del Ejército rojo» [34]. Y el 11 de mayo, Tujachevski fue depuesto como intendente general interino y reducido al silencio en una distante jefatura de la región militar del Volga [35]. Tres semanas después, era arrestado [36].

Si se compara ahora esa cadena de acontecimientos con las aclaraciones de los cronistas SS, resulta evidente que la contribución SD al asunto Tujachevski fue ínfima. El elemento SD Hoettl admite que «las operaciones sistemáticas de adulteración» ordenadas por Heydrich comenzaron en abril de 1937 [37], es decir cuando Putna, el amigo de Tujachevski había sido denunciado ya públicamente y Stalin había aludido al «puñado de espías» en el Ejército rojo. Schellenberg afirma que los documentos falsificados pasaron a manos soviéticas hacia mediados de mayo del año 1937 [38]..., pero Tujachevski fue postergado el 11 de mayo.

Y si, en definitiva, se quisiera hacer partícipe al SD de la liquidación, también se debería reconocer que el SD debió haber trabajado sobre diferentes pistas. Por lo menos, cabe suponer que el «Spetsbiró» de Yezhov se interesaría en las acusaciones enviadas desde Alemania, un país que había colaborado antaño oficialmente con Tujachevski. Éste había visitado varias veces Alemania después de la Primera Guerra Mundial, durante distintas maniobras militares había sido invitado del Reichswehr, y había estrechado la decrépita mano de Hindenburg [39]. ¿Acaso no era lógico que el jefe de la NKVD, Yezhov, diera crédito al material acusatorio de aquel Estado nacionalsocialista cuyos gobernantes no habían aprobado jamás la colaboración militar con el «enemigo universal» bolchevique?

Sea como fuere, los soviéticos debían simular interés por las pruebas de cargo contra Tujachevski. Y ahí estaba precisamente el doble agente Skoblin que, con su fama de viejo general, partícipe en la guerra civil, parecía ser el hombre ideal para proponer al jefe SD, Heydrich, un juego cuyo intríngulis no entrevió nunca el omnisapiente «C».

También es totalmente inexacto otra historia que figura asimismo entre los ingredientes del folletón Tujachevski, a saber, que Heydrich se entrevistó con su antagonista Canaris para pedirle la correspondencia sobre el período Reichswehr-Ejército soviético, y tras la negativa del almirante violentó un archivo de la Wehrmacht y se llevó consigo todo el epistolario germanosoviético [40]. El experto en asuntos rusos,

* Partido comunista de la Unión Soviética.

Spalcke, asegura que Canaris desconoció hasta el fin los planes de Heydrich sobre Tujachevski. Cuando Spalcke hizo alusión al asunto Tujachevski ante el jefe del Contraespionaje militar, éste quedó ostensiblemente estupefacto [41].

El almirante sólo supo sobre esa genialidad en una de sus cabalgatas matutinas con Heydrich por boca del propio jefe SD. Al parecer, la noticia le afectó profundamente, pues descubrió ante sus ojos un mundo aventurero e irresponsable que algún día precipitaría todo el Reich en una sima insondable. El asunto Tujachevski fue para Canaris, según lo enjuicia su biógrafo Abshagen, el punto de reversión en sus relaciones con Heydrich y el régimen [42]. Sólo separaba un año escaso al almirante de aquella hora decisiva en que pretendió destituir a todos los mandos de la Sipo y del SD.

No sólo se manifestó ya ahí el conflicto entre la Wehrmacht y el complejo SD/SS, sino que también el segundo campo de acción abierto por el SD provocó la desconfianza de un poder mucho más peligroso que la Wehrmacht para el Servicio de Seguridad: los recelos del Partido. Y así como el SD exterior vulneró los artículos contractuales del pacto Canaris-Best, el nuevo trabajo del SD interior conjuró el espíritu de un convenio tácito que ligó desde aquel instante el Servicio de Seguridad con el Partido, puesto que Rudolf Hess, intendente del Partido, había declarado al SD único servicio secreto e informativo del Partido Nacionalsocialista de Trabajadores alemanes [43].

Esa posición monopolizadora le fue conferida al SD bajo una sola condición: la de no inmiscuirse jamás en los asuntos internos del Partido. El SD, decía esa fórmula, es un servicio de contraespionaje, lo cual significa que debe desenmascarar a los elementos contrarios dentro del Partido aunque sin injerirse en las cuestiones internas y privativas del Partido [44].

Asimismo, Himmler y Heydrich distribuyeron severas instrucciones que impidieran a todo agente SD la participación bajo cualquier aspecto en los debates internos del Partido. Se prohibió cualquier clase de reseña sobre los incidentes que ocurriesen en el Partido; si recibiera algún parte o informe no solicitado se le deberá hacer seguir a la Cancillería del Partido sin comentarios [45]. El Partido, y sobre todo los *Gauleiter*, vigilaron recelosamente el SD, temiendo que se convirtiera en una organización avizorante contra el NSDAP.

Sin embargo, desde la refundición del SD actuaban en la Wilhelmstrasse dos nacionalsocialistas que abogaban precisamente por esa actitud vigilante sobre el Partido. Para el profesor Reinhard Hoehn,

jefe del negociado central II-2 en la Dirección general SD, y para su lugarteniente Otto Ohlendorf el Servicio de Seguridad era algo así como un correctivo de la dictadura nacionalsocialista o portavoz de la crítica [46].

Al encontrarse por vez primera en mayo de 1936, Hoehn había dicho ya a su camarada Ohlendorf: «Puesto que ha dejado de existir la censura pública, ahora es misión del SD informar a los mandos superiores del Partido y del Estado sobre la evolución nacionalsocialista y, en particular, ciertamente, sobre sus fallos, anomalías, etc. [47].» La tesis del profesor encontró un adepto incondicional en el *Hauptstumführer SS* Ohlendorf, porque desde mucho tiempo atrás el veterano luchador y antiguo jefe de grupo local en Hoheneggelsen, cerca de Hildesheim buscaba una oportunidad para contrarrestar lo que se le antojaba una catastrófica degeneración del nacionalsocialismo.

Ohlendorf, un hombre casi enclenque que figuraba entre muchos camaradas como el prototipo del intelectual neurótico, constantemente avinagrado y pedantesco [48], husmeó peligros letales para la salud interna del nacionalsocialismo. Se lo imaginó amenazado por dos flancos: corrientes colectivas en la política económicosocial y tendencias absolutistas en el Estado constitucional. Caracterizó la primera contracorriente con el abstracto apelativo del «bolchevismo» e incluyó entre sus principales representantes al jefe del DAF * Robert Ley y al ministro de Abastecimientos e ideólogo, *Obergruppenfürer SS* R. Waltehr Darré; designó la otra fuerza contraria con el nombre de «fascismo» y consideró partidarios suyos a todos los que, como el jurisconsulto Carl Schmitt, predicaron un cesarismo libre de normas e instituciones bajo el disfraz nacionalsocialista [49].

Así, pues, Ohlendorf y su jefe Hoehn creyeron seriamente poder ejercer una influencia benéfica sobre la evolución nacionalsocialista con ayuda del SD. Mientras tanto, el profesor había tomado las primeras provisiones orgánicas. Antes de que llegara Ohlendorf, el negociado central II-2 había sustituido ya el concepto «hostigamiento del adversario» por una nueva noción: exploración del llamado espacio vital [50]. El *Sturmbanführer* Hoehn asignó una misión específica al SD: pulsar la opinión en todos los estratos sociales del país e informar sobre la reacción del pueblo ante las medidas adoptadas por el Gobierno y el órgano nacionalsocialista. Sólo así podrían saber los mandos estatales cómo opinaba la población sobre su política. Prácticamente, fue una versión nacionalsocialista de las encuestas Gallup [51].

* Deutsche-Arbeits-Front = Frente laboral alemán

Hoehn inició su ponencia sobre espacios vitales con el tema más familiar para cualquier licenciado en Ciencias políticas: universidades y escuelas técnicas. Sin embargo, no logró ir muy lejos aparte de unos tímidos tanteos. Cuando Ohlendorf se incorporó al SD halló en la central de Hoehn «una veintena de jóvenes sin personal mecanógrafo, sin archivos y sin ninguna clase de recursos»[52]. Ohlendorf asumió la sección principal —«Economía»—, y en poco tiempo organizó una plantilla de afanosos economistas que recopilaron informes de todo el país sobre la situación económica para someterla a un análisis crítico[53]. El investigador de la opinión pública, Ohlendorf, esquematizó su trabajo en una memoria titulada *La economía en el Estado nacionalsocialista.*

«El rearme del Reich —escribía Ohlendorf— es causa de tremendas tensiones en nuestra economía» tales como «el fortalecimiento de las grandes industrias a costa de otras menos potentes», y «el apartamiento de la iniciativa privada para su sustitución por inmensas cooperativas compradoras y distribuidoras con evidentes desventajas respecto al equilibrio entre precios y salarios». Ahora «corresponde a las autoridades estatales y administrativas limitar la acción de esas tensiones si no se quiere que el conjunto pierda todo su sentido». Ohlendorf terminó diciendo: «Ahí el SD desarrolla una labor de excepcional importancia con sus reseñas sobre situaciones y atmósferas, así como sobre las propias irregularidades[54].»

El pertinente y sobrio informe de la sección «Economía» agradó tanto a Hoehn que Hohlendorf fue nombrado jefe del Negociado central II-2 en abril de 1937[55]. Animado por ese estímulo, Ohlendorf extendió la red de su empírico sistema informativo —aprisionado hasta entonces en la esfera económica— a todos los sectores de la vida nacional. Muy pronto no quedó sin escudriñar por la central Ohlendorf-Hoehn ni un solo rincón del espacio vital. Tres grandes equipos especializados en la Wilhelmstrasse elucidaron la verdadera situación del país: el departamento II-21 «Cultura, Ciencia, Instrucción pública e Integridad racial», el departamento II-22 «Justicia y Administración, Partido y Estado, Escuelas técnicas y Cuerpo universitario», y el departamento II-23 se encargaba de todos los aspectos de la Economía[56].

Pero cuanto más se aventuraron los compulsadores de la opinión dirigidos por Ohlendorf, mayor fue también el tono de censura en sus informes. Los reporteros SD designaron cada anomalía por su nombre: poderío agigantado de las empresas industriales, desenfreno de los gastos públicos, afanes colectivistas del DAF, descrédito de las clases medias, arrogancia y megalomanía en el Partido. Ahora bien;

los investigadores del espacio vital hollaron sin darse cuenta el campo minado de las altas jerarquías nacionalsocialistas, pues a los funcionarios del Partido no les pasó inadvertido que el SD les estaba buscando las cosquillas. Y entonces comenzó lo que Ohlendorf describió más tarde como «una cadena interminable de fracasos, triunfos y nuevamente fracasos para el organismo SD y para mí»[57].

En el verano de 1936, los adversarios del SD aprovecharon un mal paso dado por Hoehn para dar jaque mate a los peligrosos escudriñadores. Por aquellas fechas, Hoehn intrigaba contra el sumo sacerdote del historicismo nacionalsocialista, profesor Walter Frank, y pretendía hacer ocupar los puestos clave de la historiografía alemana a los eruditos SS[58]. Pero Frank lanzó una contraofensiva secundado por el *Gauleiter* Julius Streicher, enemigo jurado del SD. Frank encontró que la cita de Hoehn alusiva al régimen («sobre todo Hitler, con su Movimiento, creó la sofocante atmósfera del antiespiritualismo») sonaba fatalmente en los oídos nacionalsocialistas, y como consecuencia, Hitler «expresó muy serias objeciones contra el profesor Hoehn» (según Lammers, jefe de la Cancillería)[59]. A raíz de aquel incidente, Heydrich y Himmler tuvieron que prescindir de su principal analista. Hoehn abandonó el SD y desapareció durante algunos meses en Suecia para paliar, al menos, la amenaza de expulsión en el Partido[60].

Apenas se sumergió Hoehn, Ohlendorf afrontó al descubierto el fuego graneado de la crítica. En un principio, los conocidos informes de Ohlendorf habían complacido al *Reichsfürer SS*[61], pero cuando se hicieron patentes las actitudes recelosas del Partido, Himmler, siempre oportunista y cauto, se distanció del elemento SD, a lo cual éste contribuyó no poco diciendo que le desagradaban sobremanera los rebuscados aires didácticos de «aquel caballero del Santo Grial [Himmler]». «Él [Ohlendorf] no sabe tratar al *Reichsführer* —comentaba desesperado Rudolf Brandt, secretario de Himmler—. Debería obsequiarle de vez en cuando con una piedra rúnica... Le convendría mostrar más aquiscencia a las ideas pangermanistas del *Reichsführer* y, sobre todo, buscar más puntos de contacto con él. En lugar de eso, le hace sentir desdeñosamente su superioridad respecto a ciertas materias que el *Reichsführer* no domina, evidentemente, y formula las más sombríos pronósticos con irritante impavidez[62].»

Himmler hizo incluso algo que habitualmente evitaba con suma escrupulosidad: Prescidiendo del jefe SD, Heydrich, hizo comparecer ante sí al recalcitrante Ohlendorf y le leyó la cartilla[63]. Ohlendorf hubo de escuchar cosas como éstas: las tareas del SD sobre el espacio vital eran ilícitas; el SD sólo tenía legitimidad como Servicio informativo

sobre los movimientos del adversario, y sus restantes actividades perjudicaban los intereses SS. Heydrich coadyuvó al rapapolvo. Ohlendorf fue relevado de su cargo (jefe del II-2) y se restituyó a su original zona de operaciones, la Economía[64]. Heydrich le previno mediante un decreto publicado el 4 de setiembre de 1937: «Las ponencias sobre el espacio vital tienen como exclusiva finalidad verificar si el ideario nacionalsocialista trasciende a los distintos espacios vitales y si encuentra alguna resistencia, así como señalar en su caso a los infractores. Sólo desde ese ángulo es permisible informar acerca de cosas que afecten a la vida cultural, material o comunitaria[65].»

En tales condiciones, Ohlendorf no sintió deseo alguno de seguir sirviendo al SD. Así, pues, rogó a Heydrich que le permitiera abandonar la Dirección general SD. Heydrich denegó la petición[66]; no quiso prescindir de aquel experto cuyos conocimientos serían, posiblemente, un vehículo muy útil en la futura expansión del poder. El propio Himmler se aferró a Ohlendorf arrostrando las iras del Partido.

Hasta la primavera de 1938 no se le ofreció ninguna alternativa al apesadumbrado investigador de los espacios vitales. Sólo entonces se le permitió dimitir de su cargo en la Dirección general SD. El economista Ohlendorf, todavía *Standartenführer* honorario del SD, pudo ingresar como agente en una empresa nacionalizada de la economía nacionalsocialista, perteneciente al grupo Handel del Reich[67]. Por supuesto, el SD siguió determinando su destino; cada día dirigía accesoriamente durante dos horas su antiguo departamento en el palacio de la Wilhelmstrasse[68].

El caso de Otto Ohlendorf no fue único. Todos los ligamentos de la red SD reflejaron el temor existente en la Wilhelmstrasse: con la crisis Ohlendorf se evidenció una vez más que aquel SD, tan dado a la experimentación, marchaba hacia un porvenir incierto. El adlátere de Heydrich, Walter Schellenberg lo describió así: «Cada vez se acumulan más partes del frente denunciando una incertidumbre siempre creciente sobre el inminente destino del SD, lo cual causa unos efectos psicológicos monstruosos. Simultáneamente, se observa que ha empezado el éxodo desde la Dirección general del Servicio[69].

Himmler y Heydrich se vieron, finalmente, ante la necesidad de exponer con claridad meridiana la situación del SD. Pues un gigantesco escándalo, acaecido antes del mutis de Ohlendorf, reveló hasta qué punto se tambaleaba su aparato señoreador. Causante del escándalo fue la Gestapo; y faltó muy poco para que deteriorase irreparablemente el poder de Heydrich y la asociación entre ambos jefes SS.

Los antecedentes del asunto que se remontaban a mayo de 1936,

condujeron hasta el juzgado de exhortos en la audiencia berlinesa de la Dirección general de Policía. Allí el magistrado Ernst interrogó a un invitado habitual de los tribunales y presidios berlineses, Otto Schmidt, un obrero de largo historial delictivo [70]. Ernst leyó el registro de penales: Otto Schmidt, veintinueve años de edad, condenado tres veces por robo a dos semanas de cárcel, tres semanas y treinta días, respectivamente, en 1921/1922, cuatro meses de cárcel por robo en 1924 y todavía seis meses más aquel mismo año por depredación; finalmente, en 1929, dos semanas por timo [71].

Durante el año 1935, fue arrestado varias veces por la Policía judicial bajo la sospecha de nuevos chantajes. Ante el ayudante de comisario Justus, su primer interrogador, el granuja confesó algunos chantajes insignificantes, pero negó toda participación en los delitos más graves [72]. Finalmente, Schmidt hubo de comparecer ante el juez de exhortos. Y allí fue ella, pues el magistrado Ernst logró hacerle soltar la lengua. Cuando menos se esperaba, el perillán abrió las esclusas de su elocuencia y empezó a cantar alegremente: «¡Sí, intentó hacer víctimas de sus chantajes a muchas personas..., a "centenares", y entre ellas a varios personajes preeminentes!» Muchos habían sido homosexuales sorprendidos in fraganti. Acto seguido, citó nombres. En su lista figuraron el conocido jurisconsulto conde Rüdiger von der Goltz, cuyo padre fuera el jefe del Cuerpo voluntario «Báltico», y el director de Policía en Potsdam, *Standartenführer SS* conde Von Wedel, y el ministro de Hacienda, Funk, y también un tal «general Fritsch» [73]. Ernst aguzó los oídos: ¿qué Fritsch? Pero Schmidt no quiso soltar prenda.

Así resultó inopinadamente que un chantaje ordinario se transformó en un caso de homosexualidad con graves derivaciones políticas. Tales asuntos entraban en el área de conferencia de la «Central para la Lucha contra la Homosexualidad», sita en el domicilio de la Policía secreta gubernativa y dirigida por el consejero criminalista Josef Meisinger. El expediente Schmidt pasó a la Prinz-Albrecht-Strasse. Meisinger leyó su contenido y quedó, asimismo, petrificado ante el nombre de Fritsch. ¿Sería el comandante supremo del Ejército, aquel capitán general barón Werner von Fritsch que depositaba secretamente sus esperanzas en la oposición conservadora de Alemania, y que desbarataba todos los intentos de la organización SS para arrebatar a la Wehrmacht su monopolio sobre el armamento? Meisinger hizo presentarse al detenido Schmidt y ordenó su interrogatorio por el capitán Haeusserer, de la Policía de Seguridad [74].

El 8 (o 9) de julio de 1936, Haeusserer desplegó ante él una colec-

ción de fotografías preparada por Meisinger; y Schmidt, ansioso de gloria, escogió la imagen a cuyo pie figuraban más títulos [75]. Pues el consejero criminalista Meisinger, acérrimo partidario de los métodos policiales groseros, había hecho escribir en cada fotografía el nombre y los títulos del interesado. Cuando Schmidt leyó: «Capitán general barón Von Fritsch, comandante supremo del Ejército», hizo un expresivo gesto. «¡Ése es!» dijo [76]. Luego, declaró lo siguiente:

Cierto día de noviembre del año 1933, al anochecer, en el vestíbulo de la Wannseebahnhof *, le había llamado la atención un individuo cuya indumentaria era ésta: abrigo negro con cuello marrón de piel, sombrero oscuro, bufanda blanca y monóculo. Este sujeto se reunió con el joven buscón Martin Weingaertner, apodado *Sepp el Baviera*, y juntos abandonaron la estación internándose en un oscuro callejón privado de la empresa ferroviaria. Allí los vio efectuar el acto homosexual [77]. Al cabo de un rato, el caballero reapareció solo y se encaminó hacia la cercana Ringsbahnhof en la plaza de Potsdam. Allá él, Schmidt, abordó al caballero y se le presentó de sopetón como el «comisario Koeger» [78]. Aquel señor le hizo observar que era el general Von Fritsch y para probarlo exhibió una cédula personal en cuyo ángulo derecho superior se podía leer claramente el apellido Von Fritsch.

Luego se negoció sobre el volumen del chantaje; aquel caballero le dijo que sabría recompensar su silencio, pues no le importaría pagarle unos cuantos miles de marcos, aunque de momento sólo llevaba cien consigo. Se dirigieron juntos a Lichterfelde, donde el caballero desapareció en el interior de una casa, el número 21 de la Ferdinandstrasse. Al cabo de diez minutos regresó y le puso en la mano quinientos marcos prometiéndole mil más para el día siguiente. También obtuvo Schmidt esa cantidad y la promesa de otros mil marcos. Éstos los recibió a mediados de enero de 1934 en la sala de espera (2.ª clase) de la estación Lichterfelde Este, esta vez acompañado de un amigo suyo, Heiter *el Bucker*, al que hizo pasar por su jefe ante la víctima. Schmidt cedió al Heiter quinientos marcos [79].

Hasta ahí la declaración de Otto Schmidt a principios de julio del año 1933. Meisinger se entusiasmó: la casualidad le había puesto en sus manos un arma mortífera contra el OB ** del Ejército, Von Fritsch. Si la manejaba hábilmente, él, Josef Meisinger, podría hacer un gran favor a los amos de la organización SS librándoles de su más peligroso enemigo. Meisinger siguió adelante con el caso. En

* Estación ferroviaria de Berlín.
** Oberbefehlshaber = comandante supremo.

agosto, Schmidt, interrogado nuevamente por el secretario de lo criminal, Loeffner, agregó más detalles a su historia, y el día 20 su cómplice confirmó todos los hechos [80]. Para Meisinger ya no hubo la menor duda: ¡El Von Fritsch de Schmidt era el aborrecido capitán general Von Fritsch!

Con toda rapidez, Meinsinger comunicó el feliz hallazgo a su inmediato superior, y el jefe SS Himmler corrió desalado para poner esa revelación en conocimiento de su Führer. Pero le aguardaba una inesperada decepción en la Cancillería del Reich. Adolf Hitler leyó por encima los ocho folios de aquella declaración y ordenó despreciativamente que se quemara «semejante porquería» [81]: el técnico militar Von Fritsch, de quien Hitler dijera cierta vez que era un «querido amigo» [82], revestía demasiada importancia para un fanático del rearme como Hitler, y éste no quería sacrificarlo por semejante bagatela.

Por añadidura, Himmler tuvo la desgracia de presentar el «expediente Fritsch» al dictador cuando éste trataba todavía a su OB del Ejército «con respetuosa discreción, le permitía obrar en líneas generales con absoluta independencia y se abstenía de criticar directamente las disposiciones del Mando militar», según atestigua el entonces coronel Friedrich Hossbach, enlace de Hitler con la Wehrmacht [83]. El jefe SS hubo de aguantar las imprecaciones que Hitler solía proferir entonces contra quienes osaran criticar a la Wehrmacht y, sobre todo, a sus generales. Cierta vez lo explicó el propio Hitler al almirante Boehm con estas palabras: «Pero tal vez venga alguno del Partido y me diga: "¡Todo marcha bien, *mein Führer*! ¡Sin embargo, el general Fulano o Mengano habla y actúa contra vos!" Yo diría entonces: "¡No lo creo!" Y si el otro me replicara: "¡Os traigo una prueba escrita, *mein Führer*!", yo destruiría ese papelucho porque mi fe en la Wehrmacht es inquebrantable [84].»

Asimismo, Heydrich y Himmler tuvieron que destruir su «papelucho». Heydrich ordenó quemar el expediente Fritsch aunque antes tuvo buen cuidado en procurarse una copia parcial [85]. Posiblemente esperó que el caso resucitara algún día y le permitiera sacarse de la manga su comodín. Y ese día llegó más aprisa de lo que él mismo hubiera podido suponer. Pues entretanto se había desarrollado en la Cancillería una escena que figura entre los momentos críticos y decisivos en la historia del régimen nacionalsocialista: el 5 de noviembre de 1937, a primeras horas de la tarde, Hitler averiguó que Von Fritsch y el ministro de Defensa, mariscal Von Blomberg, seguirían sólo a regañadientes y con propósitos moderadores su temeraria e imprudente política [86].

Hitler había revelado los planes del futuro a seis hombres de su círculo íntimo (junto a Von Fritsch, Von Blomberg, Goering y Hossbach, el comandante supremo de la Armada Raeder y el ministro de Asuntos exteriores, barón Von Neurath); él atribuía tal importancia a esos proyectos, que los consideraba como «su testamento político», y así los protocolizó Hossbach. Punto esencial: Alemania debería ensanchar por la fuerza su espacio vital antes de 1943; Austria y Checoslovaquia deberían quedar bajo dominio alemán [87]. Los soldados Von Blomberg y Von Fritsch pusieron objeciones aunque, desde luego, todas ellas de carácter estratégico: el fortín checoslovaco sobre la frontera sería muy difícil de tomar y, además, en caso de una guerra francoitaliana sería preciso contar con un potente Ejército francés ante la frontera alemana occidental. Por tanto, sólo se podría ir a la guerra si se asegurase la neutralidad de Francia e Inglaterra [88]. «Esas discusiones tomaron a ratos un giro bastante violento, sobre todo cuando se produjo el altercado entre Blomberg y Fritsch, por una parte, y Goering por la otra, en el cual participó Hitler mayormente como atento espectador», según las anotaciones de Hossbach [89].

Hitler escuchó lo suficiente para formar una opinión. Con semejantes militares, el arranque de la política exterior nacionalsocialista podría frustrarse en el arriesgado terreno bélico. Desde aquel instante se enfriaron considerablemente las relaciones entre Hitler y sus principales generales.

Y por la misma razón se actualizó de nuevo el expediente Fritsch. ¿Lo puso otra vez en juego el propio Hitler? Parece improbable. Pero otro tenía sumo interés en lanzar los mastines de la Gestapo tras el OB del Ejército. Ese otro era el hombre a quien Fritsch había acusado de diletantismo durante aquella violenta escena en la Cancillería, el hombre que seguía siendo, oficialmente, jefe de la Gestapo prusiana, el hombre que se había sentido despreciado por los militares profesionales aunque él mismo se titulaba capitán general: Hermann Goering. En el otoño de 1941, Meisinger reveló al antiguo ayudante político de Hitler, Fritz Wiedemann, que Goering fue quien le diera la orden de desenterrar el expediente Fritsch [90]. Sólo es imprecisa la fecha.

El interés de la Gestapo por el caso Fritsch debió despertarse otra vez tras la disputa entre Fritsch y Goering en la Cancillería del Reich, pues el OB fue vigilado ya durante su viaje a Egipto el 10 de noviembre de 1937 por dos agentes de la Gestapo, quienes deberían averiguar si el capitán general visitaba los locales de homosexuales [91]. A mediados de enero de 1938, Miesmger puso nuevamente en movimiento a

sus criminalistas para comprobar una vez más los datos del chantajista Schmidt[92]. Y su principal colaborador, el inspector de la criminal Fehling, se aproximó mucho a la verdad: el 15 de enero descubrió que en el edificio contiguo de la Ferdinandstrasse, 21, donde entrara años atrás la víctima de Schmidt, vivía un capitán retirado de caballería cuyo nombre era Von Frisch... ¡pero el inspector perdió ese rastro caliente[93]!

Sin embargo, aquella orden decisiva de Goering para reconstruir el expediente Fritsch fue algo tardía, pues llegó precisamente cuando el director de la Policía berlinesa, conde Wolf-Heinrich von Helldorf, hizo un descubrimiento muy penoso para los militares y, al propio tiempo, le proporcionó una posibilidad de satisfacer la mayor ambición de su vida: ser ministro de la Guerra.

El 12 de enero de 1938, el mariscal Von Blomberg, viudo desde 1932 y padre de dos hijos y tres hijas, había contraído matrimonio con la ex taquimecanógrafa Erna Gruhn, secretaria de la «Reichseierzentrale» *, ante un pequeño círculo de amistades[94]. Padrinos: Adolf Hitler y Hermann Goering. Los recién casados partieron inmediatamente hacia su nueva felicidad[95]. Poco después, el consultor criminalista Curt Hellmuth Müller, director del Servicio central de Identificación en la Policía judicial, recibió un cargamento de fotografías pornográficas que le enviaba su colega Gerhard Nauck, de la brigada contra el vicio. Algunas de esas imágenes despertaron la curiosidad de Burkert, secretario de Müller. Y Müller echó otra ojeada[96].

«Cuando examiné los cuerpos desnudos de ambos protagonistas —rememora Müller— y leí después los nombres escritos con tinta de los dos, telefoneé a Nauck para preguntarle si le interesaba identificar a esas personas. Me respondió que, de momento, era innecesario. A mí sólo me extrañó el nombre de la mujer...; lo había leído en alguna parte, pero no podía recordar dónde [Entonces Müller repasó su coleción de huellas digitales]. Y, ¡vaya una sorpresa!, la susodicha dama estaba registrada dos o tres veces en nuestra colección[97].» Hasta aquí las impresiones de Müller. Después se dirigió al registro de empadronamiento, regentado por el consejero gubernamental Mesch, para averiguar quién era la dama. Mesch sacó del archivador metálico una ficha de inscripción..., y esa ficha estaba firmada por la esposa del mariscal[98].

El consultor criminalista lo puso en conocimiento de su jefe. Arthur Nebe: «¡Hombre, camarada Müller! ¡Y pensar que el Führer

* Central de Abastos.

ha besado la mano a esta mujer[99]!» El jefe de la Kripo quiso actuar sobre seguro y se confió a su amigo, el jefe de Policía Von Helldorf. En la mañana del 23 de enero, el conde se entrevistó con el general Wilhelm Keitel, jefe del negociado «Wehrmacht» en el Ministerio e íntimo de Blomberg[100]. El general podría confirmar si aquella dama era, efectivamente, la esposa de Blomberg. No obstante, Keitel se declaró incapaz de hacer tal cosa puesto que jamás había visto a la discutida señora. Seguidamente telefoneó a la oficina ministerial, pero Von Blomberg se había ausentado. Entonces Keitel tuvo una ocurrencia fatal: recomendó al jefe de Policía que consultara con Goering, pues éste, como padrino, debería conocer a la esposa del mariscal[101].

Así, pues, Hermann Goering tuvo una baza decisiva, ya que durante la tarde del 23 de enero de 1938 el conde Von Helldorf le inició en los secretos del caso Von Blomberg. Goering intuyó inmediatamente que aquel escándalo separaría al mariscal de su cargo. Pero ¿quién lo remplazaría en la Bendlerstrasse? Justamente su rival, el capitán general Von Fritsch.

Y Goering se propuso evitarlo a toda costa.

Fue preciso esperar veinticuatro horas para asestar el martillazo, pues Hitler no regresó de su refugio alpino en Baviera hasta el anochecer del 24 de enero[102]. Sin embargo, apenas llegó Hitler a la Cancillería, apareció también Goering como por encanto. Y se lamentó dolorido ante Hossbach: sentía mucho tener que dar una noticia tan desagradable al Führer. Y tampoco tuvo inconveniente en revelar la desagradable noticia al ayudante militar Hossbach: se trataba del ministro de la Guerra, Von Blomberg. No dijo ni palabra sobre el OB del Ejército[103]. Sólo durante su conversación con Hitler, Goering parece haber mencionado el caso Fritsch, aunque sólo de forma casual, pues cuando desapareció por el foro, Hossbach encontró a su Führer ciertamente «en un estado de gran excitación, pero no preocupado ni impresionado»[104].

Aquella misma noche, Goering debió haber ordenado al consultor criminalista Meisinger que desempolvara el expediente de Fritsch, pues cuando visitó la Cancillería el 24 de enero no lo llevaba consigo y, sin embargo, aquel legajo apareció sobre el escritorio de Hitler a la mañana siguiente[105]. De ahí se infiere que resurgió durante esa noche. A decir verdad, los agentes de la Gestapo han afirmado una y otra vez que la reconstrucción del expediente requirió «un trabajo muy intensivo en turnos nocturnos»[106]. Ello concuerda con la llamada telefónica del ayudante de Hitler, Schaub, quien en la madrugada del 25 de enero hacia las 2.15 horas despertó a Hossbach con la orden

de presentarse inmediatamente en la Cancillería[107]..., lo cual hace suponer que fue entonces cuando llegó allí el expediente de Fritsch.

El Hitler que encontró Hossbach pocas horas después era apenas reconocible. Sin duda alguna, el doble escándalo Blomberg-Fritsch había afectado hondamente al dictador..., y tal vez hubiera trastornado toda una vida de confianza bobalicona en los militares germano-prusianos. «Hitler estaba muy abatido —informa el ayudante Wiedemann—. Yo no lo había visto nunca así durante los cuatro años que estuve a su servicio. Paseaba arriba y abajo de su despacho con ambas manos a la espalda, encorvado y murmurando para sí que si una cosa semejante podía sucederle a un mariscal alemán, entonces todo era posible en este mundo[108].» Y el general Gerd von Rundstedt encontró a Hitler en «un horrible estado de agitación como jamás lo había visto. Algo se rompió dentro de él...; había perdido toda su confianza en la Humanidad»[109].

¿Cabe atribuir todo aquello a un fingimiento histriónico? Seguramente no fue así en los primeros momentos. Pero tras la primera impresión, Hitler barruntó con su instinto felino una incomparable oportunidad para suprimir con un solo hachazo los mandos superiores de la Wehrmacht y colocarse él mismo a la cabeza del Ejército. ¡Ningún soldado volvería a interponerse en su camino hacia la aventura política internacional!

Hizo una mutación de frente y jugó la carta de Goering enfrentándolo con los militares. Como el buen Hossbach siguiera encareciéndole la inocencia del capitán general Von Fritsch, Hitler encargó a su principal acólito que comprobara la veracidad del atestado Schmidt. Dos veces pasó Goering por la Prinz-Albrecht-Strasse para hacerse confirmar lo que él y Hitler deseaban oír: el testigo Schmidt reiteraba todo lo dicho[110]. Entonces, Hossbach tomó la iniciativa. Contraviniendo las órdenes expresas de Hitler visitó durante la noche del 25 al 26 de enero al capitán general Von Fritsch y le hizo saber todo cuanto se urdía contra su persona. Von Fritsch quedó petrificado. Sólo se le ocurrió un comentario: «¡Es una solemne mentira[111]» No dijo nada más.

Desde aquel instante se vislumbró que el generalato afrontaría la peor crisis de su Wehrmacht con el habitual espíritu castrense de obediencia y culto al Führer sobre el cual parecía cernirse la agudeza del mariscal francés MacMahon: «Los generales son las personas del mundo entero que tienen menos valor para actuar[112].» Esto concernió particularmente al hombre que por un juicio erróneo de sus coetáneos había sido estampillado como contrincante secreto de Hitler.

Pues el capitán general Von Fritsch fue cualquier cosa menos eso; se halló, tal vez más que los restantes generales, bajo el influjo de Adolf Hitler. Jamás pudo comprender lo que le había hecho su Führer ni percibir la sima a cuyo fondo se habría precipitado si algunos camaradas no se lo hubiesen impedido. Hombre de temperamento fatalista, corrió con apática resignación hacia el destino, su propio destino, el destino de Alemania. Más tarde, escribió estas frases sobre Hitler: «Ese hombre personifica el destino de Alemania para bien o para mal, y tal destino recorrerá todo su camino hasta el fin. Si se precipita al abismo nos arrastrará consigo... sin que nadie pueda evitarlo [113].»

Pese a todo, hubo oficiales que no quisieron ser víctimas voluntarias de la fatalidad. Hossbach abogó una vez más por su capitán general. Porfió tanto con Hitler que éste consintió al fin en recibir a Fritsch [114]. El 26 de enero por la tarde se convocó al capitán general en la Cancillería del Reich. Von Fritsch salió presuroso para reunirse con su Führer; quiso ver de una vez al «cerdo acusador». Y lo encontró cara a cara en pleno pasillo, pues Schmidt había sido convocado igualmente. Schmidt: «¡Ése es!» El capitán general Von Fritsch declaró bajo palabra de honor: «¡No conozco a este caballero [115]!» Entretanto Hossbach aguardaba impaciente en el comedor pequeño de la Cancillería. «Tras una larga espera —manifestaba más tarde anotando sus impresiones—, oí estruendosas carreras entre la biblioteca y el comedor pequeño... Unos instantes se abrió violentamente la puerta y Goering invadió mi reducto tapándose el rostro con ambas manos y lanzando sonoros aullidos. Se arrojó sobre un sofá y vociferó varias veces: "¡Era él, era él!" [116].»

Hitler manifestó que la palabra del capitán general no le satisfacía [117]. Goering vio llegar la hora de su triunfo. Y llevándose aparte al ayudante Wiedemann le dijo: «Escuche. Usted debe hablar ahora con el Führer. Dígale que le conviene entregarme el Ejército. Yo estoy dispuesto a traspasar el plan cuatrienal [118].» Pero él no se conformó con un solo intermediario. Cuando oyó decir el 27 de enero que Hitler se entrevistaría con el general Keitel a las 13 horas, telefoneó a este último para solicitarle una visita. Goering quiso averiguar quién sería el sucesor de Blomberg. Keitel: «Para ese puesto sólo cabe pensar en su propia candidatura, pues usted, como comandante supremo del Arma aérea, no se subordinaría a ningún general del Ejército.» Ante tal delicadeza de sentimientos, Goering no tuvo más remedio que dar su jubilosa conformidad [119]. Todavía estimó oportuno enganchar a un tercer incauto a su carro: Blomberg. Y no hubo dificultad alguna.

Nada pareció más natural al maltrecho ministro de la Guerra que Goering fuera su sucesor [120].

Sin embargo, Hitler no toleró que Goering desbaratara sus planes. Por tres veces consecutivas el canciller rechazó con sus habituales parloteos la candidatura de Goering. Como respuesta al ayudante Wiedemann, dijo: «Ni hablar del asunto. Ese Goering no sabe siquiera pasar una revista en la Luftwaffe. Yo entiendo más de esas cosas [121].» Keitel escuchó lo siguiente: «Ni pensarlo. Le he encomendado [a Goering] el plan cuatrienal; debe conservar la Luftwaffe, no hay mejor hombre para eso. Además, debe sentirse predestinado como sucesor mío en los negocios de Estado [122].» Y cuando le interpeló Blomberg, Hitler hizo «algunas observaciones poco halagadoras sobre Goering: «Era un hombre demasiado comodón —tal vez se pronunciara la palabra holgazán— y, por lo tanto, no se le podía tener en cuenta.» Así lo recordó el mariscal algún tiempo después [123].

Fue justamente entonces, el 27 de enero de 1938 hacia las 16 horas, cuando se despertó en el anonadado ministro de la Guerra un odio inextinguible contra la casta militar que, por cierto, nunca había podido sufrir al favorito de Hitler, Werner von Blomberg, y que envuelta en su rígido concepto del honor no tendió una mano ni hizo el menor gesto de humana simpatía al mariscal caído. El deseo de venganza trastornó por completo a Blomberg: aquellos militares se arrepentirían amargamente de la humillación que le habían infligido. Y el ministro se vengó de verdad: en su visita de despedida a Hitler propuso que el Führer y Canciller asumiera personalmente el mando de su Ministerio [124]. Hitler no dejó traslucir su euforia. Pero a esa misma hora el general Alfred Jodl, jefe del departamento ministerial «Defensa nacional» escribió en su Diario: «Uno tiene la impresión de estar viviendo horas trascendentales para el pueblo alemán. ¡Cuánta influencia puede ejercer una mujer, sin sospecharlo ella misma, sobre el destino de todo un pueblo y, con ello, del mundo [125]!»

Hitler tomó su determinación. Al día siguiente, Keitel se enteró de que el propio Führer dirigiría el Ministerio de la Guerra (transformado en Mando supremo de la Wehrmacht, «OKW»). «Yo seguiré siendo jefe del Estado Mayor. No puedo darle esquinazo en una situación tan difícil [126].» El 4 de enero de 1938, se informó a la nación que habían sido postergados los cerebros escépticos sobre la arriscada política hitleriana: Von Blomberg y Von Fritsch pasaban a la reserva, el diplomático por afición Joachim von Ribbentrop sustituía al ministro del Exterior, barón Von Neurath, 16 generales aceptaban el retiro forzoso, 44 más perdían sus mandos y, finalmente, se disolvía

el Ministerio de la Guerra para su refundición en el OKW[127]. El Ministerio de Propaganda divulgó una consigna que consagraba la técnica empleada por los alemanes en el *affaire* Tujachevski: «Concentración de fuerzas[128].» Quedaba expedito el camino hacia la catástrofe: Adolf Hitler sería dictador omnímodo del país alemán.

A todo esto, estaba aún pendiente la causa criminal de Fritsch. Pocos días antes de haber impuesto el retiro al capitán general, Hitler había concebido un plan mefistofélico: si Von Fritsch presentaba la dimisión no habría proceso alguno, siempre y cuando ambas partes se comprometieran a guardar silencio[129]. Pero el OB del Ejército protestó contra semejante proceder. Entonces, Hitler tuvo otra idea: un Tribunal especial se encargaría de juzgar el caso[130]. Sin embargo, aquello cerró el circuito: militares y juristas formaron frente común y desencadenaron una ofensiva diversiva a favor del capitán general.

El 27 de enero, el director ministerial doctor Heinrich Rosenberg, jefe de la Asesoría jurídica militar del Ministerio de la Guerra hizo saber al general Keitel que el Tribunal especial para Fritsch era totalmente inadmisible; a cualquier oficial le correspondía un Consejo militar y, por cierto, según dictaminaba el párrafo 11 del Código de Justicia militar, el propio Führer debería ser quien designara juez y Consejo, como correspondía a todo jefe de teniente general hacia arriba. Keitel se estremeció; le inquietó considerablemente la perspectiva de presentarse con semejantes exigencias ante Hitler. Por tanto, opuso algunos tibios reparos: «Deben considerar ustedes que esos hombres provienen de la Revolución y se rigen por cánones que no son los nuestros[131].»

Pero Rosenberg hizo prevalecer su opinión, porque, además, contó con el apoyo del ministro de Justicia[132]. Franz Gürtner vio ahí una oportunidad dorada para poner coto definitivamente al poder creciente del tándem Himmler-Heydrich. Se propuso demostrar en el caso Fritsch cuál sería la arbitrariedad jurídica hacia la que se orientaría el Reich si se otorgase exclusivamente a la Policía un poder absoluto sobre el individuo[133]. El propio Hitler consultó con Gürtner para conocer su autorizada opinión. El ministro de Justicia pidió 22 autos definitivos, siete actas judiciales de la Gestapo y otras dos certificaciones de interrogatorios[134]. Tras un detenido estudio, pronunció su veredicto, empleando, por supuesto, el lenguaje de la burocracia nacionalsocialista. Gürtner escribió a Hitler: «Yo no puedo decidir sobre la culpabilidad o inocencia del acusado; eso debe sentenciarlo un Tribunal competente sin consideración al rango o prestigio del inculpado[135].»

El dictador no tuvo más recurso que aprobar la formación de un Consejo militar. Hitler designó un Tribunal integrado por los comandantes supremos de la Wehrmacht, es decir, los comandantes generales del Ejército, Marina y Aire más los dos presidentes senatoriales en el Consejo superior de las Fuerzas armadas; encomendó la aplicación e interpretación de las leyes a los auditores de guerra Biron y doctor Carl Sack [136]. Por otra parte, puso algunos calzos a la máquina judicial: Goering fue nombrado presidente del Tribunal, mientras que la Policía secreta gubernativa emprendería unas diligencias paralelas [137]. Y allí comenzó la carrera entre uniformes negros y grises.

Al principio, pareció como si la policía secreta gubernativa estuviese sentada sobre el brazo más largo de la palanca. Cuando el principal investigador Sack no había iniciado aún su trabajo, Fritsch se encaminó inesperadamente por su propia iniciativa hacia la Prinz-Albrecht-Strasse y se puso a disposición de los examinadores policiales [138]. Los amigos de Fritsch quedaron estupefactos. Desde tiempos remotos el Ejército venía inculcando a toda su gente hasta el último recluta un precepto tácito: la Gestapo no tenía ninguna autoridad para arrestar a soldados ni siquiera para interrogarlos. Desde tiempos remotos figuraba entre los principios fundamentales de la Wehrmacht uno muy importante: su territorio era sacrosanto para todo agente de la Gestapo, cualquiera que fuese su rango..., y ahora el conturbado comandante supremo del Ejército derribaba sus propias fortificaciones y se dejaba acomodar en un banquillo para someterse al interrogatorio de la Policía secreta gubernativa.

Y no fue allí una vez, sino dos. El 27 de enero le interrogó el *Oberführer SS* doctor Werner Best en presencia del consultor criminalista Franz Josef Huber, y el 28 de enero Best lo careó con el testigo de cargo Schmidt [139]. Los interminables interrogatorios de Fritsch no tuvieron parangón en la historia de la Gestapo. Sin embargo, el asesor jurídico Best sintió cada vez más intranquilidad. Ciertamente, el capitán general dio una impresión de ansiedad, se mostró nervioso a todas luces y tartamudeó en sus esfuerzos por explicar el origen de los infundados rumores sobre su homosexualidad, refiriendo una historia descabellada acerca de dos cadetes pertenecientes a la llamada NSV * a los que él había alojado cierta vez en su domicilio [140]. También repelieron a Best los largos debates de Fritsch con el delincuente Schmidt.

Y, no obstante, el *Oberführer* Best dudaba de que el «episodio Schmidt» fuese cierto. ¿Acaso no habían resultado ser pura patraña

* «Nationalsozialistische Volkswohlfahrt» = Salvación pública NS.

muchos presuntos testimonios del rufián, tales como las acusaciones contra el conde Von der Goltz? El examinador Best no pudo vivir más tiempo a solas con sus dudas y las expuso ante Himmler. El *Reichsführer* reprendió al escéptico: «También existe lo que se llama el honor del ladrón.» En otras palabras: los granujas no mienten jamás en situaciones tan espinosas[141]. Eso no fue óbice para que se revisara una vez más el testimonio de Schmidt, y tal vez fuera por aquellos días cuando los hombres de la Gestapo empezaron a sospechar que se les había tendido una trampa.

El confidente de Nebe, Hans Bernd Gisevius, supo, probablemente por el jefe Kripo en la tarde del 30 de enero, que el llamado «caso Fritsch» había nacido de una equivocación. Heydrich y Himmler lo sabían ya. No obstante, se tomaron todas las medidas oportunas para tergiversar los hechos[142]. Así lo confirmó Schellenberg: «Cuando Heydrich empezó a sentir ciertos resquemores, el expediente estaba ya sobre el escritorio de Hitler[143].»

Sobre la Prinz-Albrecht-Strasse cayó un telón hermético de silencio. No se permitió al otro campo ninguna palabra ni indicación que arrojara cierta luz sobre el «caso Fritsch». Entonces la Gestapo inició con gran desfachatez una maniobra diversiva. Fingiendo creer todavía en la culpabilidad del capitán general, Heydrich soltó a un enjambre de mandatarios para interrogar en los cuarteles a cada soldado que hubiese sido ordenanza de Fritsch[144]. Asimismo, se interrogó a todos los antiguos ayudantes del general. Incluso las madres de aquellos dos muchachos que se acogieran otrora a la hospitalidad de Fritsch se vieron expuestas sin posible escapatoria, al insistente acoso de la Policía secreta gubernativa[145]. Y el estrepitoso dogo Meisinger no dejó escapar ninguna oportunidad para hacer declarar una y otra vez la trillada fábula al testigo de cargo Schmidt.

Con todo, se apoderó de los señores policías un nerviosismo bastante curioso entre los profanos. Y ello quebrantó la confianza de Himmler en su expeditiva Sipo y su jefe SD; Heydrich se quejó de posibles maquinaciones contra su persona[146]. El general Jodl observó lo siguiente: «Himmler debe sentirse muy oprimido bajo los virulentos reproches que le dirigen altos oficiales de la Wehrmacht[147].» Día tras día llegaron a Prinz-Albrecht-Strasse inquietantes partes de los que Heydrich y Himmler podían inferir que la oficialidad del Ejército empezaba a insolentarse y a hacerse ilusiones sobre una posible eliminación de la poderosa Sipo. Heydrich dio crédito a tales informes y también tuvo la certeza de que el almirante Canaris formaba ahora entre sus más incisivos adversarios[148].

Cierto día, Schellenberg recibió un alarmante aviso de su jefe. Heydrich le ordenó que acudiera inmediatamente con pistola y municiones. Schellenberg encontró a «C» muy excitado; juntos se encaminaron hacia el casino de la Gestapa. Pasaron las horas y Heydrich se mostró cada vez más inquieto. Súbitamente miró al reloj. Heydrich: «Si los de Potsdam no se ponen en marcha dentro de una hora, se conjurará tal vez el peligro.» Fue entonces cuando Schellenberg comprendió que Heydrich temía un ataque de esa guarnición (Potsdam) contra la Prinz-Albrecht-Strasse [149].

En realidad, algunos militares soñaron con esos planes, pero los generales se acobardaron, limitándose a adoptar actitudes patéticas. El jefe del Estado Mayor central, Beck, requirió largo tiempo para percibir la profunda trascendencia del «asunto Fritsch» [150].

El nuevo OB del Ejército, capitán general Von Brauchitsch, protestó contra el abusivo proceder de la Gestapo en los cuarteles [151], y el agraviado general Von Fritsch envió una carta de desafío a Himmler, mensaje que su padrino, el general Von Rundstedt, no entregó jamás y prefirió guardarlo en casa como recuerdo [152]. Sólo el coronel Hossbach y el jefe de Seguridad militar, Canaris, reanudaron una lucha sin cuartel contra los uniformes negros. Sus principales aliados fueron el defensor de Fritch, conde Rüdiger von der Goltz, y el auditor de guerra Sack, cuyas cabales indagaciones les permitieron sondear más y más en los secretos de la Gestapo.

Sack y Von der Goltz intentaron truncar la declaración de Schmidt. Lograron demostrar que el capitán general Von Fritsch no había poseído jamás una cédula personal, como atestiguara Schmidt, ni había vivido nunca en la Ferdinandstrasse o en sus cercanías; además, el general no era fumador (contra la aseveración de Schmidt) ni poseía abrigos con cuello de piel [153]. Desde luego, los defensores de Fritsch advirtieron muy pronto que los sucesos descritos por Schmidt debieron haberse producido efectivamente. El lugar del hecho era una réplica exacta de la descripción que hizo Schmidt.

Entonces, el conde Von der Goltz tuvo una feliz ocurrencia: buscó en el anuario telefónico el nombre de Fritsch u otro semejante. Allí apareció rutilante ante sus ojos: «Von Fritsch, capitán retirado de Caballería.» ¿Y cuál era su domicilio? ¡Ferdinandstrasse, 20! El jefe pesquisidor Sack corrió con su gente a casa del capitán y halló la solución del enigma [154]. Todo encajó en su sitio: el capitán Von Fritsch se declaró culpable de los hechos ocurridos junto a la Wannseebahnhof, admitió poseer el discutido abrigo con cuello de piel y ser un empedernido fumador. Finalmente, exhibió los recibos del dinero pa-

gado por el chantaje, retirado de su cuenta número 10 220 del Banco de Dresde, sucursal 49 [155].

El conde Von der Goltz visitó inmediatamente a su defendido y le voceó la noticia sin saludar siquiera: «¡Ya puede cantar victoria, mi general! ¡Hemos encontrado al verdadero Fritsch! ¡El caso está resuelto!» No obstante, el ex OB del Ejército expresó ciertas dudas: «Eso tampoco satisfará al Führer. Él no podrá creer una cosa semejante [156].»

Y casi se cumplió el fatal presagio de Fritsch. La Gestapo apresó al homoerótico capitán con la intención de hacerle desaparecer, pues Fritsch poseía un secreto letal para la Gestapo. Él sabía, y así se lo había participado a Sack, que el inspector Fehling de la Policía secreta gubernativa le había hecho ya una visita el 15 de enero de 1938, y con tal motivo inspeccionó su talonario de cheques [157]. Pero los amigos del capitán general Von Fritsch estaban alerta. Sack intervino y consiguió que la Gestapo le devolviera al capitán [158].

El 10 de marzo comenzó el juicio oral contra el barón Werner von Fritsch en la «Preussenhaus» berlinesa ante el Tribunal del comandante supremo de la Wehrmacht [159]. Para la Gestapo podría significar el ostracismo. Por supuesto, los prolegómenos no favorecieron al inculpado; le fueron poco propicios. Apenas transcurridas unas horas, se suspendió la causa. Hitler convocó en la Cancillería a los tres comandantes generales de las Fuerzas armadas que componían el Tribunal. Von Fritsch fue informado confidencialmente sobre el motivo: Adolf Hitler había ordenado la invasión de Austria [160]. Siete días después se reanudó el proceso [161]. Schmidt, testigo de la Gestapo, pretendió todavía aferrarse a su versión, y entonces el hombre que había urdido en su día el «caso Fritsch» auxiliado por la Gestapo, se apoderó del timón: el presidente Goering acorraló a Schmidt con unos cuantos golpetazos retóricos e iracundos hasta que el chantajista cantó de plano [162].

El 18 de marzo de 1938 se leyó el veredicto: «El Tribunal del comandante supremo de la Wehrmacht resuelve en la causa seguida contra el capitán general retirado barón von Fritsch... y dictamina conforme a derecho: Este juicio oral ha evidenciado la inculpabilidad del capitán general retirado barón Von Fritsch, en todos los puntos [163].»

Himmler y Heydrich se escabulleron bajo tierra. Ahora sobrevendría el gran contraataque de la Wehrmacht, ahora les llegaba a los uniformes grises el turno de lograr una baza. Sin embargo, la Wehrmacht guardó silencio. Únicamente Hossbach y Canaris prepararon una «lista de reivindicaciones» que el Ejército debería presentar a

Hitler. Canaris dictó: *a*) Rehabilitación diáfana del capitán general barón Von Fritsch ante la opinión pública, ya que las calumnias formuladas contra el acusado habían tenido gran divulgación; *b*) cambios fundamentales en los cuadros de mando de la Gestapo. Ahí se trataba, en primer lugar, de Himmler, Heydrich, Jost (SD), Best, Meisinger, Fehling y otros [164].

No obstante, los generales se replegaron de nuevo. Beck estudió el documento «Canaris-Hossbach» y lo guardó en su archivador [165]. La crisis Blomberg-Fritsch rompió la espina dorsal política al Alto Mando de la Wehrmacht. Por añadidura, Hitler avanzó un paso hacia los militares: convocó una junta de generales y rehabilitó a Von Fritsch, aunque, desde luego, no lo restituyó en su puesto; sólo le dio el mando del regimiento de Artillería número 12 [166], en cuyas filas sirvió de «Blanco» el fatalista Werner von Fritsch, como él mismo lo definió, hasta encontrar la muerte el 22 de setiembre de 1939 en los combates ante Varsovia [167], Himmler, por el contrario, hizo fusilar al chantajista Schmidt [168], dispuso la comparecencia del inspector Fehling ante un Consejo disciplinario y después lo trasladó a un lejano destino [169]. Uno de los expertos que intervinieron en el «asunto Fritsch», el comisario Eberhard Schiele, hubo de abandonar la Gestapa [170], y asimismo Meisinger perdió su central «para la lucha contra la homosexualidad...» y en 1939 Himmler lo destinó al territorio ocupado de Polonia [171].

Himmler requirió algún tiempo para olvidar aquel descalabro. Lo que más afectó al jefe SS fue el reproche de la Wehrmacht por su actitud subversiva contra el generalato. Cuando el *Gruppenführer SS* Streckenbach investigó el caso de cierto jefe SS contra el cual había presentado cargos la Wehrmancht, Himmler ordenó tajante: «Investigue usted todo sin dejar ni un resquicio. No quiero que nadie me acuse otra vez de proceder incorrectamente respecto a la Wehrmacht [172].» Himmler creyó incluso necesario justificarse ante las reservas estratégicas de las SS negando toda participación en el caso Fritsch. Durante un discurso a los jefes VT, manifestó que había sido víctima propiaciatoria de funcionarios incapaces. Inspector VT Hausser: «Nosotros le dimos crédito [173].»

El *Reichsführer* mantuvo una vigilancia casi temerosa para que la Policía y las SS se abstuvieran de censurar con su habitual acritud a la Wehrmacht. Y no toleró siquiera los ataques verbales contra el Ejército en las reuniones secretas de jefes SS. Cuando el *Brigadeführer SS* Leo Patri le presentó una esquema de conferencia para disertar en Berlín ante una asamblea de *Gruppenführer*, Himmler tachó malhumorado varias líneas del texto donde se hacían burdas alu-

siones a la crisis Blomberg-Fritsch y escribió en el margen: «Esto no se debe decir así.» Petri: «La Wehrmacht se muestra ahora más dócil o sociable respecto a las SS.» El corrector Himmler: «...más comprensiva...» Petri: «La Wehrmacht ha intentado destruir a toda costa las reservas estratégicas o bien ponerlas bajo su propia tutela.» El corrector Himmler: «La Wehrmacht ha intentado dificultar el funcionamiento de las VT mientras que no se las ponga bajo su mando [174].»

Tampoco pudo sobreponerse a ciertas flaquezas el amo de la Sipo, Heydrich. Lina Heydrich informa que su marido padeció por entonces una grave dolencia neurálgica [175]. El primer colaborador de Himmler descubrió lo que ha pasado inadvertido a casi todos los historiadores: el aparato policíaco no se había fortalecido, ni mucho menos, con la crisis Blomberg-Fritsch. Ciertamente, ese asunto había sellado una transición definitiva a la dictadura total de Adolf Hitler, pero nada había cambiado en las relaciones entre aparato policíaco y Wehrmatch; asimismo, los nuevos jefes de las huestes grises seguían repudiando y hostilizando el poder SS.

Más bien cabría decir que el conflicto se había agudizado. El rival de Heydrich, Canaris, y sobre todo, el teniente coronel Hans Oster, jefe del departamento central «Seguridad militar/Extranjero», en el OKW, desplegaron cada vez más el servicio secreto militar en los cotos vedados de la información política y protegieron en medida creciente a los revoltosos antigubernamentales contra los zarpazos de la Gestapo y el SD [176]. Incluso el contemporizador general de Hitler y jefe del OKW, Keitel, consideró como uno de sus cometidos más apremiantes atajar la infiltración del aparato policíaco SS en el sector militar. Cuando el jefe del Estado Mayor central, Halder —que sucedió al general Beck tras la «crisis Fritsch»—, reprochó al jefe del OKW sus incesantes claudicaciones ante Hitler, Keitel se defendió con lágrimas en los ojos: «¡Pero Halder! ¡Si lo hago sólo por vosotros! Te ruego que me comprendas [177]...»

Reinhard Heydrich sabía de sobra que nadie aceptaría su poder sin imponer condiciones. Sería preciso centralizar con más rigor los diferentes recursos de fuerza y eliminar toda fricción en su imperio. Hacia la primavera de 1938 se había desprestigiado ya tanto la Gestapo y existía tal crisis de confianza en el SD, que Heydrich decidió dar los últimos toques a un ambicioso plan con el cual pretendía fusionar las dos mitades de su sistema supervisior: proyectaba soldar el SD y la Gestapo para formar un solo Servicio de Seguridad del Reich [178].

Pero el impulso necesario lo dio Himmler. Desde el verano de 1938, el *Reichsführer* venía imprimiendo una ostensible aceleración

a su gran proyecto; fundir las SS y la Policía en una estructura marcadamente homogeneizadora o como lo describe un decreto de Himmler promulgado el 23 de junio de 1938— «un Cuerpo preventivo estatal del Reich nacionalsocialista [179].» Ahí Himmler diferenciaba dos métodos sintéticos: los elementos pertenecientes a la Policía de Orden público deberían ingresar en los SS ordinarios e incluso constituir batallones de Policía SS en las grandes localidades; por el contrario, la Policía de seguridad se incorporaría a la organización nacionalsocialista del SD [180]. Himmler había establecido ya (al menos sobre el papel) un ingenioso sistema de uniones personales con el fin de mantener entrelazados los Escalones y la Policía como dos férreos eslabones: en el otoño de 1936, fueron nombrados inspectores de la Sipo y el SD aquellos jefes de sector SD que deberían promover la fusión de Gestapo, Kripo y SD [181]. A fines de 1937, los jefes de sector SS fueron nombrados jefes superiores de Policía y SS con atribuciones para dirigir dentro de su jurisdicción todas las unidades SS, de Orden público y Seguridad en caso de una movilización [182].

Por otra parte, el Cuerpo preventivo concebido por Himmler amenazaba con soterrar el peculiar distintivo del SD. La propaganda para fomentar el ingreso de funcionarios de la Sipo en el SD como organización nacionalsocialista arrastró hasta sus filas —principalmente desde la Gestapo— a nuevas oleadas de agentes que, en sus respectivos sectores, habían competido con el Servicio de Seguridad como organización informativa.

Además, afluían al SD otros funcionarios que, aun siendo neófitos, no recibían el grado SS de principiantes sino uno equivalente a su rango burocrático; por ejemplo, un primer secretario de Audiencia se transformaba en *Untersturmführer SS*, un consultor criminalista, en *Hauptsturmführer SS* y un director ministerial, en *Standartenführer SS* [183]. Los agentes veteranos SD no veían ya muy lejos el día en que monopolizaran sus funciones esos agentes de la Gestapo recientemente promovidos (o, como se decía por entonces, equiparados al escalafón superior SD. y el Cuerpo burocrático de la Gestapo representaba todavía una monstruosa reserva de aspirantes SD en potencia. Hacia mediados de 1935, sólo 244 de los 607 funcionarios de la Gestapo pertenecían a las SS, y cuando comenzó la guerra, 3 000 agentes de los 20 000 que componían la Policía secreta gubernativa eran militantes SS [184].

El grueso de los veteranos SD no estaba a la altura de los nuevos competidores, ya que las bases de partida diferían mucho entre los elementos Sipo y SD. En la Policía de Seguridad predominaban el tra-

dicional funcionario y el jurista administrativo; en el SD, una mezcla heterogénea de tipos humanos amparados por los arbitrarios derechos de escalafón de las SS. Ahí se evidenciaba también que el SD era una creación del Partido y la Sipo, una autoridad estatal.

Pero Heydrich se propuso terminar con esa desigualdad. Pretendió asociar el SD con la Policía de Seguridad para «estatificar» el primero y librarlo, por ende, de dos defectos cardinales: su onerosa sujeción al Partido y la carencia de una escala cerrada como la del Cuerpo administrativo con sus correspondientes pensiones vitalicias [185].

Pocos años antes, aquella polémica sobre el trabajo del SD en las regiones vitales había evidenciado ya hasta qué punto dependía este servicio de la buena voluntad del Partido.

Las continuas dificultades económicas pusieron también de manifiesto una dependencia más irritante todavía: el Servicio de Seguridad debía dirigir cada año al tesorero del Partido una carta petitoria como la que escribió en 1936 el cajero SS Oswald Pohl al tesorero Franz Xaver Schwarz [186]. «Por favor, no se asuste de esta petición —suplicaba Pohl—. La *Reichsführung* se empobrece por momentos; ahorros y fondos secretos han sido totalmente invertidos. Las arcas están vacías. La situación monetaria ha empeorado en los últimos meses y hoy es más que catastrófica. Durante los últimos cuatro meses el líquido de la caja SS ha importado ¡¡¡tres mil marcos del Reich [187]!!!» Schwarz se desentendió con frecuencia, pues según manifestó varias veces, las demandas monetarias del SD (1934: 700 960 marcos mensuales) superaban a las cuotas recaudadas por el Partido. Por otra parte, el estancamiento de Schwarz en la escala jerárquica SS no contribuyó precisamente a estimular la generosidad del tesorero. Frecuentemente tuvieron que coadyuvar el lugarteniente del Führer y el Directorio del Reich con una financiación suplementaria [188].

Así, pues, Heydrich quiso librar al SD de esa humillante supeditación.

Hacia fines de 1938 encomendó a Schellenberg la culminación de diversos estudios sobre la amalgama entre SD y Sipe [189]. Objetivos esenciales de esa reforma: estatificación del SD, su emplazamiento bajo la Administración central y su disociación del Partido. El tiempo apremió lo suyo, pues se rumoreaba por toda la nación que los días del SD estaban contados. «Esos rumores —escribía Schellenberg el 4 de abril de 1939— hacen temer una inminente disolución del SD o su absorción por la Policía de Seguridad, la cual sig-

nificaría inevitablemente que todos los miembros del SD, sin profesión reconocida por la Administración pública, y, sobre todo, sin una formación jurídica completa, perderían por así decirlo el derecho a la existencia [190].»

Aquellos rumores no carecieron de fundamento, ni mucho menos. Durante algún tiempo, el jefe de las SS jugó realmente con la idea de disolver el SD [191]. Pero lo contuvo una consideración de orden político: Himmler debía su posición en el Partido al hecho de que su SD fuera la única organización informativa del NSDAP, y si ahora lo desmontase se expondría a que otro grupo de presión creara una organización informativa distinta en el Partido..., y esta vez ajena al *Reichsführer.*

Por tanto, el proyectista Schellenberg pudo seguir adelante con el planteamiento teórico de una nueva superorganización. Colocó junto al Cuerpo preventivo (= SS + Policía) concebido por Himmler su propia noción del Servicio de Seguridad * (= SD + Sipo). Es decir, Schellenberg quiso asociar la Dirección general del SD, o sea una institución del *Partido,* con la Dirección general de la Sipo, o sea con una institución *estatal,* para constituir una Dirección general de Seguridad del Reich, que mantuviese en cada jurisdicción militar inspectores SD del Reich y sectores SD del Reich en los que se unificaran las unidades Sipo y SD. Con todo —y esto era lo principal— el SD no se «diluiría» en la Policía de Seguridad sino que conservaría su «singular» carácter [192].

Dicho de otra forma: Schellenberg quiso garantías estatales, desvinculación del Partido y equiparación entre agentes SD y Sipo, pero al propio tiempo pensó en sustraer al SD de la plantilla burocrática y legalista de la Gestapo. Nada le aterró tanto como la posibilidad de que los juristas administrativos obstaculizaran la maniobrabilidad del SD.

Al igual que su jefe Heydrich, Walter Schellenberg fue un fanático detractor del pensamiento normativo jurídico. Aunque él era también jurista, mostró una desconfianza casi patológica hacia los juristas del Estado, a quienes faltaba la soltura irreflexiva del nuevo señor, ese espécimen patrocinado por el SD que, ajeno a toda convención social y ley política, ponía en práctica sin hacer preguntas los deseos del dictador Adolf Hitler, aun cuando algunas de esas órdenes tuvieran un carácter extremadamente delictivo. El nuevo aparato, según lo formulaba Schellenberg, debería «poseer, repudiando previa-

* No se debe confundir con otra organización del mismo nombre, constituida por criminalistas residentes en la Cancillería para la protección personal de Hitler

mente todo pensamiento represivo y, por tanto, anticuado, la movilidad que requiere un dispositivo estatal para poder administrar ágilmente el monumental Reich que se propone crear nuestro Führer» [193]. Ahora bien: el jurista conservador Werner Best no fue capaz de tanta movilidad; él se aferró a los puestos dominantes del cuerpo jurídico-administrativo y se defendió contra la acción «antiburocrática» dirigida por Heydrich y Schellenberg. Best elaboró nuevas directrices profesionales que exigieron también del agente SD una formación jurídica si quería trabajar al servicio del Estado [194].

Entre Schellenberg y Best se desencadenó una guerra de trincheras cuyas estridencias traspasaron incluso los sólidos muros de la Prinz-Albrecht-Strasse. En abril de 1939, Best escribió un artículo que publicó la revista *Deutsches Recht,* en el que se lanzaba un ataque directo contra los difamadores del jurista capitaneados por Heydrich [195]. «El jurista —escribía Best— es conceptuado, sobre todo, en el III Reich como un mantenedor del orden nacional que domina técnicamente la distribución y ejecución de órdenes; que, además, conoce con tal amplitud los cometidos del Mando y de la comunidad... que puede desempeñar su función ordenadora en cualquier esfera social. Por ello la profesión de jurista es hoy día... una profesión eminentemente "politizadora" en el marco del orden nacional» [196].

Heydrich se enfureció tanto sobre el artículo de Best que ordenó componer inmediatamente una réplica a Schellenberg [197]. El adlátere realizó aquel trabajo con su habitual sagacidad. Criticó el artículo de Best diciendo que «todo cuanto se escribía allí era una cuestión de gustos personales». Su contestación, publicada el 25 de abril de 1939, decía lo siguiente sobre aquel ataque verbal: «No es más que una perpetuación de las censuras, rayanas en la insolencia, formuladas hoy día por el conocedor de la forma sobre los Mandos. Claro es que ello conducirá a una perpetuación de los perjuicios inherentes a un período que ya creíamos superados... y parece muy improbable que éste sea el momento apropiado para la defensa de los juristas... Absolución fallida... por vanidad [198].»

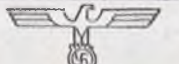
Sin embargo, el defensor de los juristas, Best, insistió en sus demandas: el agente SD debería someterse al reglamento de la Administración general en la Policía de Seguridad. Y volvió a la misma cantilena: el funcionario superior debería poseer una formación jurídica. Heydrich: «¡Bah! ¡Al diablo con usted y sus asesores de párvulos [199]!» La controversia fue superflua, desde luego. El ambicioso proyecto de Schellenberg se estrelló contra la pusilanimidad de Heinrich Himmler, quien no se atrevió a presentar ante el Partido aquel plan desarro-

Preis 15 Pf. Berlin, Februar 1935

Das Schwarze Korps

ZEITUNG DER SCHUTZSTAFFELN DER NSDAP

Organ der Reichsführung SS



Unsere Aufgabe

Adolf Hitler hat als Führer der nationalsozialistischen Bewegung Deutschlands und ... als Führer des neuen Staates ...



Der Führer

Der Reichsführer-SS an „Das Schwarze Korps":

30.I.1935 H. Himmler.

Gunter d'Alquen,

Primera plana del periódico SS **Das Schwarze Korps.**

Persecución. Arriba, en una calle de Hamburgo tras la subida al poder. Abajo, Himmler inspecciona un campamento de prisioneros de guerra.

llado en la Dirección general del SD para constituir un Servicio de Seguridad del Reich. Entretanto, una cautelosa interpelación a Rudolf Hess por parte del jefe de las SS había revelado ya que el Mando nacionalsocialista no autorizaría jamás la reunión de una estructura del Partido con una institución estatal en una nueva autoridad superior [200].

Envidioso y desconfiado, el Partido mantuvo continua vigilancia para que ningún órgano estatal, aun cuando fuera dirigido por unos nacionalsocialistas tan entusiastas, se injiriera en sus propios asuntos.

Aquella Dirección general de Seguridad del Reich (RSHA) terminó con un compromiso anodino. Ciertamente, surgió el 27 de setiembre de 1939 un organismo así denominado, pero jamás se le permitió exteriorizarse en público bajo ese nombre; asimismo, se le prohibió que utilizase el membrete «Dirección general de Seguridad del Reich» en su correspondencia con otras autoridades [201]. La RSHA hizo una vida recoleta; oficialmente no la conoció nadie. Fue siempre un dispositivo de la organización interna; cara al exterior, sólo figuró el «jefe de la Sipo y del SD» [202]. Igualmente se desvaneció el sueño de una fusión del SD con la Policía de Seguridad. Partido y Estado permanecieron distantes sin asociarse jamás.

Tan sólo los departamentos de la Dirección general del SD y del Sipo formaron las divisiones de la Dirección general de Seguridad del Reich, pero así y todo cada división hizo vida aparte hasta cierto punto y procedió de una forma u otra según perteneciera al Partido o al Estado. La División 7 («Administración y Justicia») estuvo integrada por los departamentos de justicia y organización de ambas Direcciones generales. Director: doctor Werner Best. Autoridad *estatal* [203]. La división II («Investigación ideológica») reunió en sí los departamentos centrales I-3 y II-1 de la Dirección general del SD. Director: profesor Franz Six. Funcionario *del Partido* [204]. La división II («Regiones vitales alemanas o SD interior») se sustentó sobre el departamento central II-2 de la Dirección general SD. Director: Otto Ohlendorf. Funcionario *del Partido* [205]. La división IV («Hostigamiento del adversario») tuvo tres componentes: los departamentos II y III de la Gestapa y el departamento central III-2 de la Dirección general del SD. Director: Heinrich Müller. Autoridad *estatal* [206]. La división V («Lucha contra la delincuencia») fue una réplica de la división de Policía judicial del Reich y de la división Kripo en la Dirección general de la Sipo. Director: Arthur Nebe. Autoridad *estatal* [207]. La división VI («Servicio extranjero de Información o SD exterior») se cons-

tituyó con la división III de la Dirección general del SD. Director: Heinz Jost[208]. Funcionario *del Partido* *.

El SD quedó, sin embargo, a merced del Partido. Se malogró su estatificación —aparte de algunas oficinas SD encuadradas en las divisiones I y IV[209]— y asimismo el SD interior tampoco pudo zafarse de las prohibiciones que lo asediaban desde su tránsito a la investigación de las regiones vitales. Ese SD interior se petrificó hasta ser una fachada para que nadie en el Partido volviera a tener la ocurrencia de crear una nueva organización informativa. Incluso la Dirección general del SD permaneció como pantalla oficial del Partido[210] mucho después de su disolución. Ohlendorf lo interpretó así: «Puesto que el *Reichsführer SS* no se propone desarrollar realmente el servicio de información sobre regiones vitales que le ocasionó en su día tantas dificultades, parece contentarse ahora con las fachadas externas como solución[211].»

El Servicio de Seguridad habría languidecido hasta la total insignificancia si los hombres alrededor de Ohlendorf no hubiesen intentado repetidas veces ampliar su radio de acción contraviniendo a menudo la política establecida por Himmler. Esa actitud provocó nuevos conflictos con el Partido y, finalmente, en 1944, Himmler hizo capitular al SD ante el Partido. El Servicio de Seguridad sólo pudo conservar dos funciones efectivas: dirección del espionaje en el extranjero y banderín de enganche para todos los que deberían capitanear los comandos especiales durante la Segunda Guerra Mundial y sembrar el terror político y el crimen racial en la nueva Europa de Adolf Hitler.

Sin embargo, las órdenes sobre organización del terror pasaron inadvertidas para el hombre que había echado los cimientos de la temible máquina infernal. El doctor Werner Best vislumbró que en este mundo ya no había sitio siquiera para un jurista de su calada, y decidió abandonar la Policía de Seguridad a la primera oportunidad. En mayo de 1940 pidió a Heydrich un destino de primera línea... en la Wehrmacht[212]. Heydrich se desembarazó con gran satisfación de su moderador. «Cada vez que se me ocurría una buena idea corría el riesgo de que usted se cruzara en mi trayectoria y me demostrara con argumentaciones jurídicas que era impracticable o que se debía plantear de otra forma[213].»

* Tras la eliminación de Best en 1940, se procedió a una nueva estructuración de las divisiones RSHA: la división I de Best se subdividió en otras dos, I («Filiaciones») y II («Organización, Administración y Justicia»); como consecuencia de ello, la antigua división II pasó a último lugar como una nueva división VII.

Ambos se separaron amistosamente, pero al paso del tiempo Heydrich mostró creciente malquerencia contra aquel antiguo colaborador que había logrado zafarse de la RSHA. Y la malquerencia se convirtió en odio. Dondequiera que surgiera Best, el jefe de la RSHA obstaculizaba su camino. «Cierta vez —se lamentaba Best en una carta a Heydrich— prometí a su señora esposa, que tuvo siempre una intuición muy fina para las cosas implícitas, que haría lo posible para ser un verdadero amigo de usted. Pero usted no necesitó de amigos. Usted sólo quiso subordinados [214].» No hubo respuesta de Heydrich [215]. Desde entonces éste rehuyó todo contacto con su antiguo asesor jurídico. Pero hizo todavía algunas alusiones en una misiva al jefe de la Orpo, Daluege: «Para mí el jurista no debe desempeñar esa llamada función orientadora en todos los terrenos, sino que es exclusivamente... un auxiliar asesor sin mayor trascendencia. Eso fue en definitiva, como tú sabes muy bien, la razón profunda de mi desavenencia con el doctor Best [216].»

Sí, el jurista Best abandonó la Policía de Seguridad. Y su acción fue casi simbólica: *perdió toda vigencia el concepto jurídico de* Werner Best, ciertamente cercenado por ideas racistas y ajeno al sentido liberal de la libertad, pero desenvolviéndose al menos en función de ciertas miras y normas... La máquina infernal de Reinhard Heydrich quedó en adelante sin frenos. Y se inició una Era de guerra y genocidio.

11. Los SS y la política exterior

Adolf Hitler saludó levantando rígidamente el brazo derecho y pasó la mirada por los rostros de los visitantes. Ante el dictador formaba la máxima *élite* militar del Gran Reich alemán. Aquel martes, 22 de agosto de 1939, se personaron en el Berghof mandos supremos, jefes de los Estados Mayores y comandantes generales de la Wehrmacht para oír por boca de Hitler el terrible fallo: el propósito de ir a la guerra.

«Los he hecho convocar —comenzó diciendo— para exponerles en detalle la situación política. Así podrán ver ustedes mismos los diversos elementos que me han conducido a mi irrevocable decisión [1].» Por aquel monólogo inacabable de Hitler los militares supieron que la situación no había sido nunca más propicia para Alemania: Inglaterra «bajo la amenaza de inminentes trastornos»; las posiciones de Francia «igualmente debilitadas»; Rusia dispuesta a firmar un pacto de no agresión con el Reich. Hitler: «Nadie sabe cuánto viviré. Por consiguiente, lo mejor es romper ahora las hostilidades [2].»

A primeras horas de la tarde se retiraron los caballeros para un breve refrigerio. Después, se reunieron de nuevo. Hitler se exaltó progresivamente, su belicosidad obsesiva creció de minuto en minuto, los ojos algo saltones tomaron la rígida expresión del fanático. Entre argumento y argumento vociferó: «¡Los corazones deben ser inaccesibles a la compasión! ¡Se requiere un proceder brutal! ¡Ochenta millones de seres reclaman justicia [3]!» Y repitió por enésima vez sus alegaciones. Finalmente, anunció con repentina frialdad que tal vez determinara al día siguiente el plazo para la guerra ofensiva contra Polonia [4]. Pues la guerra estallaría de una forma u otra. Hitler: «Desencadenaré la guerra con cualquier motivo propagandístico; me tiene sin cuidado que se le dé crédito o no. Después nadie preguntará al

triunfador si ha dicho la verdad. El comienzo y conducción de una guerra no se rige por la justicia sino por la victoria[5].»

Cuando los militares se dispersaron, no sabían aún que ya estaban prestos los hombres designados por Hitler para proveer «el anunciado motivo propagandístico que desataría la guerra». Hitler había encomendado esa misión a Heinrich Himmler. Y la operación ligó para siempre al jefe de las SS con la sangre y el llanto de la Segunda Guerra Mundial.

Sólo Halder, jefe del Estado Mayor general del Ejército, sospechó lo que planeaba Hitler. El 17 de agosto de 1939 había escrito ya una enigmática observación en su Diario: «Canaris... Dept. I, Himmler-Heydrich, Obersalzberg. Ciento cincuenta uniformes polacos con accesorios... Alta Silesia[6].» Lo que traducido en lenguaje inteligible significaba: Halder había sabido por el jefe de Seguridad militar, almirante Canaris, que los dióscuros SS Heydrich y Himmler y el dictador celebraron pocos días antes una conferencia en el Obersalzberg para deliberar sobre cierta empresa que se llevaría a cabo en la Alta Silesia y requeriría 150 uniformes polacos. Era el exordio de un drama que costaría la vida a 55 millones de seres humanos[7].

La idea partió de Reinhard Heydrich. Durante la crisis sudete del año 1938, el jefe SD había propuesto ya que el Reich invadiera Checoslovaquia pretextando unos incidentes fronterizos simulados[8]. Por aquel entonces la conferencia de Munich y el subsiguiente sometimiento de las potencias occidentales ante el ultimátum hitleriano habían impedido que se consumara el «plan Heydrich». Mas la inminente conflagración con Polonia desató el entusiasmo de aquél y le indujo a formular otra vez su antiguo plan: él sabía cómo se podría hacer creer al mundo hacia principios de agosto que Polonia había provocado una guerra con Alemania.

Éste fue el plan Heydrich: en la víspera del ataque alemán, un destacamento de agentes del SD disfrazados de guerrilleros y soldados polacos deberían simular varios incidentes fronterizos a lo largo de la divisoria germanopolaca. Los falsos polacos tendrían una misión concreta: ocupar durante algunos minutos la emisora alemana en Gleiwitz y proferir ante el micrófono unas cuantas invectivas antialemanas en lengua polaca[9]; después, asaltarían la Inspección forestal en el bosque de la ciudad fronteriza Pitschen, al norte de Kreuzburg[10] y destruirían la aduana alemana de Hochlindes, entre Gleiwitz y Ratibor[11].

La farsa bélica del SD —y ésta era la parte más espantosa del plan Heydrich— debería tener indispensablemente un realismo san-

griento. Sobre el escenario del combate deberían quedar algunos muertos, pues era preciso convencer a los corresponsales de la Prensa mundial.

Heydrich: «Es necesaria una prueba palpable del atentado polaco para la Prensa extranjera y la propaganda alemana [12].» Ahora bien; ¿de dónde tomar los muertos? Heydrich, el gran cínico, supo dar también una solución: cualquier campo de concentración facilitaría los «caídos», presos que, una vez asesinados con inyecciones deletéreas en el KZ serían trasladados al escenario de la Alta Silesia el día D para mayor gloria del III Reich. «Carne en conserva», según el inhumano lenguaje de la Gestapo [13].

En los primeros días de agosto, Himmler y Heydrich expusieron el plan a su Führer, y Hitler lo aprobó. Poco después teclearon los teletipos de la Dirección general del SD transmitiendo órdenes a los estandartes SS 23 y 45, estacionados en la zona Gleiwitz-Beuthen-Oppein: «Envíen hombres con conocimientos del idioma polaco a la Wilhelmstrasse, 102, de Berlín para una misión secreta [14].» Casi simultáneamente, el *Oberführer* SS doctor Herbert Mehlhorn recibió orden de presentarse al jefe de la Sipo y del SD. Heydrich le inició en el secreto y le encargó la preparación del decorado en Hochlinden.[15] Luego apareció el segundo visitante en el despacho del jefe y se cuadró con un vigoroso taconazo ante Heydrich: el *Sturmbannführer* SS Alfred Naujocks, compinche de Heydrich desde los tiempos heroicos del SD, dirigiría la acción contra el puesto emisor de Gleiwitz.

Naujocks comprendió al instante al jefe cuando éste le descubrió sus designios: «Debemos cargar con la culpa de estos acontecimientos inminentes por razones de pura ilusión óptica.» Heydrich le dio orden de instalarse con seis hombres cerca de Gleiwitz, explorar el terreno y esperar la consigna. Ésta sería: «La abuela ha muerto [16].» Heydrich aleccionó así a Naujocks: «Primero: No necesita consultar acerca de este asunto con ninguna autoridad alemana de Gleiwitz. Segundo: Ninguno de ustedes debe llevar papeles ni documentos que puedan delatarlos como súbditos alemanes o miembros de las SS, el SD o la Policía [17].»

Eso ocurrió el 10 de agosto. Naujocks seleccionó a cinco hombres de su unidad, hizo llamar a un intérprete para la catilinaria prevista y partió con su gente hacia Gleiwitz [18]. Se repartieron en dos hoteles. Naujocks reservó una habitación en el «Haus Oberschlesien» [19]. Luego, emprendió el camino para estudiar la situación y localizar la emisora. Ésta se hallaba fuera de la ciudad, en la carretera de Tarnowitz (Tarnowsky-Gory), tras una alambrada de dos metros: tanto el solar

como los dos bloques de viviendas deshabitadas estaban poco vigilados [20].

Entretanto, Heydrich había convocado también a los restantes protagonistas de la empresa para puntualizar con ellos los últimos detalles. El jefe del SD distribuyó los papeles: el *Brigadeführer SS* Heinz Jost, jefe del SD exterior, debería procurar los uniformes polacos para la acción, el *Oberführer SS* doctor Otto Rasch dirigiría el ataque contra el centro forestal de Pitschen; el *Oberführer SS* doctor (con dos doctorados) Mehlhorn haría evacuar a la Wehrmacht todos los sectores alrededor de Hochlinden y coordinaría el juego entre atacantes y defensores; el *Obersturmbannführer SS* Ottfried Hellwig avanzaría sobre Hochlinden desde el Sur (en dirección a Polonia) con su ficticio destacamento polaco; el *Standartenführer SS* doctor Hans Trumuler mandaría la Policía fronteriza y la «guarnición defensora» de Hochlinden; y, finalmente, el *Oberführer SS* Heinrich Müller, director de la Gestapo, trasladaría la «carne en conserva» desde los KZ a los distintos escenarios del encuentro [21].

Hacia mediados de agosto habían progresado tanto los preparativos que Heydrich y Himmler pudieron presentarse ante Hitler. Una orden del Führer abrió al SD el ropero secreto de la Wehrmacht. «El Führer —se leía en el diario de la división II («Seguridad») del OKW, con fecha 17 de agosto de 1939— ha dado las siguientes instrucciones al jefe de la división almirante Canaris: Ordene la entrega de 250 uniformes polacos para una empresa del Reichsführer SS Himmler. «El capitán Dingler, oficial de seguridad en la VIII comandancia general de Breslau, recibió orden de entregar los susodichos uniformes al comisionado del SD; el departamento II de Seguridad facilitó armas y cartillas militares polacas [22]. El receptor Jost hizo llevar todo a la escuela del SD de Bernau, donde la tropa seleccionada de los estandartes silesianos practicaba los asaltos nocturnos y aprendía las voces de mando polacas [23].

El grueso de aquella formación recibió un uniforme polaco y un mosquetón con 30 cartuchos por cabeza; sólo fueron disfrazados de guerrilleros los hombres escogidos para el ataque contra las dependencias forestales y estaciones aduaneras. «La indumentaria destinada a esos hombres se compuso de camisas verdosas, pantalones largos de diversos colores y chaquetas de calidades variadas. Para cubrir la cabeza se distribuyeron gorras y sombreros», según informó el *Hauptscharführer* Josep Grzimek, destacado más tarde en Bernau [24].

El 20 de agosto quedó todo a punto. Mehlhorn se reunió con aquella tropa en una sala de la escuela del SD y aleccionó a sus compo-

nentes con secas palabras sobre el carácter secreto del «despliegue fronterizo» [25]. Después, los hombres regresaron en camiones militares cerrados a sus acantonamientos. Grzimek: «Antes de la partida se nos prohibió expresamente que miráramos fuera del vehículo, habláramos con desconocidos o conversáramos entre nosotros [26].» Dos días después se entregó un parte a Heydrich, de cuyo texto infirió el jefe SD que la acción podría comenzar cuando se ordenara. El 23 de agosto Hitler señaló el comienzo de la campaña en Polonia: el día 26 de agosto a las 4.30 horas [27].

Desde luego, Heydrich habría sentido mucho menos aplomo de haber sabido que casi a esa misma hora los elementos antihitlerianos en la Seguridad militar prepararon un protocolo sobre el discurso de Hitler ante los generales el 22 de agosto, en el que aparecía junto a las citas hitlerianas, correctamente transcritas, una aclaración apócrifa (aunque no por eso menos verídica) del dictador sobre el envío de varias compañías alemanas a la Alta Silesia para simular un ataque contra la frontera germana. Ese protocolo así adulterado cayó en manos de Hermann Maas, jefe de las juventudes oposicionistas, quien lo hizo llegar hasta la Embajada británica por conducto de Louis P. Lochner, redactor jefe de la agencia «Associated Press» en Berlín. Así, pues, el Gobierno británico supo en la tarde del 25 de agosto que Hitler se proponía preludiar la guerra contra Polonia mediante varios incidentes fronterizos [28].

Eso no fue todo. Todavía se hizo peligrar la empresa desde un ángulo distinto. Hitler no sospechó lo más mínimo cuando en la tarde del 25 de agosto hacia las 15 horas ordenó definitivamente que comenzara la guerra con Polonia a la mañana siguiente [29]. Heydrich cogió el teléfono y dio sus últimas instrucciones. Naujocks se enteró de que no podría abandonar ya el hotel y debería estar presto para iniciar la operación en cualquier momento; Mehlhorn recibió orden de enviar la tropa de Hellwig a la frontera; Müller, el de la Gestapo, debería poner en marcha su camión con los presos muertos [30].

Entonces sucedió algo con lo que no había contado Heydrich: Hitler suspendió la guerra. A últimas horas de la tarde habían sido recibidos en la Cancillería dos partes que hicieron vacilar al dictador. El embajador italiano comunicó que su Duce no podría contribuir a esa aventura bélica, y desde Londres se informó que Inglaterra acababa de firmar con Polonia un pacto de asistencia mutua. Hitler hizo llamar al capitán general Keitel y corrió hacia él gritando: «¡Detenga todo inmediatamente! ¡Vaya en busca de Brauchitsch [comandante supremo del Ejército]! ¡Necesito tiempo para negociar [31]!»

Keitel se precipitó al teléfono —entretanto habían sonado ya las 18.30 horas— e informó al comandante supremo del Ejército. «La "Operación Weisse", ya en plena marcha, fue suspendida alrededor de las 20.30 horas por incidencias políticas inesperadas.» Se logró detener con gran trabajo la trepidante máquina guerrera [32]. También dio marcha atrás Heydrich. Sus órdenes partieron raudas hacia la Alta Silesia; el jefe de la Policía de Seguridad alemana dispuso una suspensión inmediata de la acción fronteriza. Sin embargo, Mehlhorn no pudo alcanzar el destacamento del *Obersturmbannführer* Hellwig, que se había adentrado ya considerablemente en territorio polaco. La tropa de Hellwig se desplegó ante la aduana de Hochlinden y abrió fuego, hallando pronta respuesta de sus oponentes alemanes; algún tiempo después, se interpuso Müller (Gestapo) y puso fin a la escaramuza [33].

Mehlhorn y Hellwig se achacaron mutuamente la culpa y nunca pudieron ponerse de acuerdo sobre la causa del sangriento accidente. Sin duda alguna, Hellwig había confundido el alerta de Mehlhorn con la orden de marcha. En realidad, Hellwig tomó la consigna «pequeño urogallo» por la orden de prepararse, y «gran urogallo» por una señal para el comienzo de la operación; a juicio de Mehlhorn, sin embargo, «pequeño urogallo» fue el alerta, «gran urogallo», la orden de prepararse y «Ágata», la orden de partida. No obstante, el receloso jefe del SD, Heydrich, vio en aquel accidente algo más que una equivocación; y pronto le asaltó la sospecha de que alguien había intentado sabotear aquella empresa.

Realmente había causado gran sorpresa que Heydrich reservase un puesto clave en la empresa al *Oberführer* Mehlhorn. El ex abogado de Chemnitz doctor Herbert Mehlhorn, uno de los colaboradores más astutos y antiguos del SD, era conocido en la Dirección general de ese organismo como el «escrupuloso consultor». Figuraba entre los intelectuales de la vieja escuela a quienes repugnaba la irreflexión amoral de Heydrich y sus secuaces. En 1937, aquel adversario de Heydrich fue relevado de su cargo como director del departamento «Inspección de Servicios», y trasladado al Ministerio de la Gobernación, que lo envió al Japón y a América para ciertos estudios. Sea como fuere, también parece lógico que Heydrich, con su cerebro de doble fondo, hiciese intervenir en la farsa del SD al consultor escrupuloso para tener la garantía de que se procedería cautelosa y discretamente. Sólo cuando llegó a oídos del jefe del SD que Mehlhorn había calificado aquella empresa de «crimen histórico», y cuando el percance nocturno acaecido aquel 25 de agosto amenazó con echar por

tierra su propio prestigio, Heydrich se apartó de Mehlhorn. El sajón fue relevado por Müller (Gestapo). Melhorn tuvo que devolver el rombo del SD y no pudo pisar nunca más la Dirección general, y el *Oberführer SS*, cuyas reacciones atemorizaban a Heydrich como las de ningún otro, no fue ascendido jamás. Asimismo, Hellwig hubo de presentar la dimisión, y su parte la representó el *Standartenführer* Trummler, que ya había actuado como «defensor»[34].

Todo salió mejor a la siguiente tentativa. Apenas puntualizó Hitler un 31 de agosto el nuevo y definitivo plazo del ataque (1.º de setiembre a las 4.45 horas)[35], Heydrich dio una vez más la alarma a su ejército secreto en la frontera germanopolaca. Hacia las 16 horas sonó el teléfono de la habitación en la que dormía Naujocks en Gleiwitz. Naujocks se aplicó el auricular al oído y escuchó una voz aguda de tono metálico: «Por favor, devuélvame la llamada.» Nada más. Naujocks pidió comunicación con la ayudantía de Heydrich en la Prinz-Albrecht-Strasse de Berlín. Nuevamente se dejó oír la voz estridente para decir muy pocas palabras: «La abuela ha muerto[36].» Naujocks comprendió. Acto seguido, reunió a sus hombres y se puso de acuerdo con ellos para emprender la marcha hacia la emisora a las ocho menos cuarto y ocuparla de inmediato[37]. Asimismo, Müller hizo arrancar los motores de sus camiones estacionados ante una villa en Oppeln, pues era preciso distribuir los cadáveres por los escenarios de la pantomima con la suficiente antelación. También tenía una «conserva» para Naujocks; debía colocarla antes de las 20.30 horas frente al portalón de la emisora en Gleiwitz[38].

Mientras tanto, Naujocks volaba con sus hombres por el camino vecinal de Tarnowitz hacia las grandes antenas transmisoras. Poco antes de las 20 horas el cartero Foitzik observó que cinco hombres penetraban en la sala de condensadores y corrían escaleras arriba hacia el locutorio. Foitzik quiso saber qué deseaban los forasteros, y se encontró cara a cara con una negra boca de revólver. También formuló Naujocks la misma invitación al personal restante de la emisora: «¡Manos arriba[39]!» El *Sturmbannführer* hizo una señal y su gente empezó a alborotar. Naujocks lo refirió después: «Hicimos varios disparos de pistola en el estudio. Apuntamos al techo como aviso para organizar un pequeño barullo e intimidar a la gente[40].»

El personal fue maniatado y encerrado en los sótanos. Naujocks: «Después nos devanamos los sesos porque no sabíamos cómo hacer salir nuestra emisión.» Los invasores estuvieron largo rato desconcertados, pues ignoraban lo que se debía hacer para interrumpir la transmisión habitual y lanzar al éter sus diatribas polacas. Por fin,

encontraron el llamado «micrófono de tormentas» que los técnicos solían emplear para anunciar las interferencias ocasionadas por alguna perturbación atmosférica. Naujocks sacó el manuscrito de la arenga polaca y unos minutos después miles de radiooyentes alemanes oyeron una algarabía de lenguas polacas evidentemente, interrumpida por varios disparos. La representación duró cuatro minutos; luego, Naujocks se retiró con sus hombres [41]. Cuando los militantes SS salieron a la calle vieron ante el portal la figura inerte de un preso KZ. Dos hombres del «equipo Naujocks» habían recibido el muerto de manos del jefe de la Gestapo, Müller. Naujocks lo examinó someramente y dio en seguida la señal de partir [42].

Lo ocurrido en Gleiwitz se repitió en los otros dos puntos designados por Heydrich para aquel simulacro de ataque contra Alemania. Josef Grzimek, desde la Aduana destruida por sus camaradas en Hochlinden, percibió unos bultos extraños entre las tinieblas. Grzimek: «Me agaché y vi a varios hombres yacentes que vestían uniforme polaco... y tenían rapadas las cabezas. Me arrodillé porque creí que se trataba de camaradas nuestros. Cuando intenté levantar a uno de ellos, observé que estaba rígido [43].»

Ahora bien; el *Reichsführer SS* no topó con ningún preso muerto de los KZ. Él había suministrado a su Führer lo que necesitaba el promotor de la Segunda Guerra Mundial: provocaciones polacas. Y mientras los soldados y tanques de Adolf Hitler penetraban profundamente en Polonia, la Prensa del III Reich informó presurosa y con bien instrumentada indignación a la opinión pública mundial sobre aquella presunta monstruosidad acaecida en la frontera de la Gran Alemania. *¡Insurrectos polacos violan la frontera alemana!*, rezaban los titulares del *Voelkischer Beobachter* el 1.º de setiembre de 1939, y bajo ellos se hacía saber que el atroz delito de Gleiwitz «era, sin duda, la señal para un ataque general de guerrilleros polacos contra el territorio alemán» [44]. Otro periódico sabía a ciencia cierta que «algunas unidades destacadas por la Policía de Seguridad en el sector fronterizo habían establecido contacto con los invasores. Los violentos combates duraban todavía [45].»

Los dirigentes del III Reich hicieron suyo el tema con inigualada codicia. En su discurso ante el Reichstag (1.º de setiembre de 1939), verdadero prólogo de la Segunda Guerra Mundial, Hitler declaró que la noche anterior habían tenido lugar 14 incidentes fronterizos, tres de ellos muy graves [46], y el ministro del Exterior, Von Ribbentrop, reveló al embajador francés que el Ejército polaco había vulnerado la soberanía del Reich por tres puntos [47]. Incluso Hermann Goering,

que había mostrado ciertas reservas acerca del belicoso rumbo de Hitler, refirió al mediador sueco Birger Dahlerus, «tras algún titubeo», que «la guerra se había desencadenado porque los polacos asaltaron la estación radiodifusora de Gleiwitz»[48].

La quejumbrosa orquestación de Prensa y potentados hizo representar una nueva comedia satírica al jefe de la Gestapo, Müller, en el lugar del crimen, aunque esta vez su papel fue, desde luego, muy distinto. El director de la Policía judicial Müller y su colega de la Kripo, el director Arthur Nebe, aparecieron allí con una brigada de homicidios para levantar acta del criminal atentado polaco[49]. Para ilustrar a los visitantes de países neutrales, el jefe de la Kripo, Nebe, hizo montar incluso una maqueta del escenario donde se produjeron los incidentes fronterizos, que se exhibió al público en la Dirección general de Policía judicial. Aquel artilugio estaba accionado eléctricamente, y cuando se bajaba un conmutador se encendían varias lamparillas ocultas simulando el fuego cruzado de las ametralladoras. El jefe del SD Heydrich presenciaba a menudo esas funciones y murmuraba: «Claro, claro; ese ha sido el chispazo de la guerra[50].»

El simulacro bélico del SD en la frontera germanopolaca demostró que los Escalones de Protección se aprestaban a combatir por unas posiciones dominantes en la política expansionista del III Reich. Y el hecho no carecía de cierto simbolismo: los militantes de las SS se habían abierto a tiros un camino hacia la aventura política internacional. Asimismo, esa proeza de la Orden negra encarnaba una apertura de la Alemania hitleriana a unos horizontes nuevos en los que predominaría sin freno alguno la política hegemónica y agresiva; por supuesto, Gleiwitz no era sólo una etapa en el grandioso itinerario de Heinrich Himmler, sino también una pauta que determinaría algún día el curso de la política exterior alemana. Quien sintiera tanta obsesión como Himmler por la misión universal del señero pueblo germánico debía arrogarse también el deber de abrir paso a los superhombres para su expansión mundial. Pero eso tenía un doble significado: las SS serían algún día representantes exclusivos del poder alemán y de la política exterior alemana.

Sin embargo, Himmler debía proceder con exquisita cautela. No era aún bastante fuerte para hacer prevalecer su voluntad en la espesura de grupos rivales y en la cerrada escala jerárquica del III Reich. Ciertamente, ostentaba gran poder. Gobernaba el aparato más potente del Estado junto a la Wehrmacht: la Policía. Tenía un mando absoluto sobre 258 456 militantes SS[51]. Y también le obedecían ciegamente cuatro regimientos completamente equipados de re-

servas estratégicas [52]. Además, supervisaba el único Servicio secreto político del Reich. No obstante, ese poder era insuficiente para determinar de una forma decisiva la orientación política que el Führer dictatorial dejaba a la discreción de sus principales seguidores en cada nivel. En realidad, las SS sólo podían desplegar su poder coactivo allá donde pudiesen actuar en nombre del Führer; el fracaso se producía invariablemente cuando representaban sus propios intereses.

La lucha por el control de la política exterior era un claro exponente de esa situación y evidenciaba que las SS no podrían triunfar jamás en aquella jungla de jurisdicciones y camarillas nacionalsocialistas. Durante los primeros años del régimen, los ambiciosos orientadores políticos SS habían naufragado ya una vez en el cenagal de las intrigas nazis... y, lo que era peor todavía, habían precipitado el régimen en una crisis de política internacional considerada hasta entonces como la más grave.

Por aquellos días, la anexión de Austria encabezaba la lista de reivindicaciones en la nueva política alemana. Cinco grupos se disputaban el timón para marcar ese rumbo pangermanista: el Ministerio de Asuntos exteriores dirigido por el diplomático profesional barón Constantin von Neurath; la Oficina de Política exterior del NSDAP, bajo el *Reichsleiter* Alfred Rosenberg; la «Delegación Ribbentrop», constituida por el Partido y bautizada con el nombre de su jefe, Joachim von Ribbentrop, diplomático diletante y consejero de Hitler; la sección «Extranjero» del NSDAP, administrada por el *Gauleiter* Wilhelm Bohle; y la jefatura del Partido nacionalsocialista austríaco exiliada en Munich, bajo la dirección de Theo Habicht, inspector regional nombrado por Hitler. Por si fuera poco, en el otoño de 1933 las SS se incorporaron a ese conglomerado de grupos antagónicos porque un suceso imprevisto las ligó con el problema austríaco.

En el verano de 1933, el canciller de Austria, doctor Engelbert Dollfuss, político derechista, católico y autoritario, proscribió el Partido nacionalsocialista austríaco [53]. Atemorizados por la inflexible Policía de Dollfuss, miles de nazis austríacos huyeron a Baviera para caer directamente en brazos de Himmler, que estaba buscando más reclutas para su ejército. Los SS constituyeron con esos fugitivos una «legión austríaca» de cuyo adiestramiento se encargó el *Brigadeführer SS* Algred Rodenbücher en el campamento militar de Kloster Lechfeld, y cuyo armamento lo proporcionó la *Reichsführung SS* [54]. Pero lo más importante para las SS fue que los camaradas más activos en Austria tornaron la vista hacia los Escalones de Protección. Puesto que la dirección política del Partido austríaco y la jefatura

SA habían quedado dislocadas, cada vez se adhirieron más nazis al *Reichsführer SS*. Tal fue el caso del ex suboficial Fridolin Glass, quien había sido expulsado de filas en el verano de 1933 por crear núcleos nacionalsocialistas en el Ejército federal austríaco tras la prohibición del Partido [55].

Glass agrupó a todos los soldados de sus células (igualmente expulsados) para formar un «estandarte militar» integrado por seis compañías y subordinarlo, en principio, al grupo XI SA. Pero se cansó muy pronto del reglamento y la mentalidad SA. Glass marchó a Berlín para ofrecer su unidad a las SS [56]. En la primavera de 1934, consiguió imbuir su idea al *Gruppenführer* Wittje, de la Dirección general SS berlinesa: encajar el estandarte militar en los Escalones de Protección. Himmler accedió y destinó la «unidad Glass» a los Escalones ordinarios como estandarte número 89 [57]. El paso de Glass tuvo funestas consecuencias para los nazis austríacos. Más tarde, lo confirmó una comisión investigadora de las SS: «La jefatura SA austríaca interpretó el comportamiento de Glass como una traición a las SA [58].»

Hoy no es posible averiguar si el *Sturmbannführer SS* Glass inició ya por entonces a la jefatura SS berlinesa en un plan para librar rápidamente del régimen de Dollfuss a los nacionalsocialistas austríacos. Glass se propuso derrocar el Gobierno de Viena mediante un alzamiento. Aunque su plan no era nuevo. Durante el verano de 1933 un grupo de policías nazis habían intentado derribar el Gobierno austríaco recurriendo a la fuerza. Pero esa intentona se estrelló contra la resistencia obstinada de Hitler; en octubre de 1933, aquellos conspiradores supieron por la jefatura regional NS en Munich que la situación política internacional no estaba todavía suficientemente madura para un alzamiento [59].

Sin embargo, el militante SS Glass no se sometió por mucho tiempo al veto de su Führer. Y elaboró un nuevo plan subversivo. Con 150 hombres de su estandarte en Viena pretendió detener a todo el Gobierno aprovechando un Consejo de ministros en la Cancillería federal, ocupar la estación radiodifusora y proclamar la formación de un nuevo Gobierno, tras lo cual se levantarían las SA en todo el país [60]. Habicht, jefe regional y el más poderoso confidente de Hitler en los asuntos austríacos, descubrió el «proyecto Glass» e hizo comparecer al jefe SS en Munich hacia principios de junio de 1934. Glass aseguró que una parte de la Policía vienesa y varias unidades militares apoyarían el pronunciamiento. Habicht dio luz verde al conspirador [61].

Seguidamente lo puso en contacto con sus más íntimos colabo-

radores. Éstos eran el ex capitán doctor Rudolf Weydenhammer, jefe de plana de la jefatura regional, y el *Sturmbannführer SS* vienés doctor Otto Gustav Waechter, lugarteniente de Habicht en Austria. El alzamiento propuesto entusiasmó a los dos ayudantes de Habicht [62]. Se repartieron el trabajo entre ellos: Waechter asumiría el mando político y Glass el militar, y Weydenhammer mantendría la comunicación con el mundo exterior [63]. El 25 de junio de 1934, se reunieron los tres con su jefe Habicht en Zurich para ultimar los detalles. Glass se ocuparía de preparar la acción para «todos los casos imaginables», y especialmente de asegurar la colaboración con la Policía y Milicia vienesas; Weydenhammer buscaría el armamento necesario y procuraría ganarse la confianza de Anton Rintelen, embajador austríaco en Roma y contrincante cristianosocial del canciller Dollfuss, para hacerle figurar como futuro canciller [64]

Los preparativos parecieron muy prometedores. Rintelen se prestó al juego [65], y también el gobernador militar de Viena, teniente coroner Sinzinger. Éste se comprometió a facilitar uniformes para aquellos hombres de Glass que deberían penetrar en la Cancillería y arrestar a los ministros [66]. Cuando los conjurados celebraron nuevo Consejo de guerra (16 de julio) en el domicilio de Habicht, Kunigundenstrasse, 60, Munich, fijaron incluso la fecha del alzamiento [67]. Los ministros se reunirían por última vez en la Cancillería federal antes de las vacaciones estivales el 24 de julio por la tarde: los facciosos acordaron dar el golpe a esa hora.

Evidentemente, les importó muy poco lo que pudiera opinar el canciller Hitler sobre una empresa cuyo posible fracaso podría perturbar gravemente la política exterior del Reich. Ni por un instante, escribía más tarde Waechter, se me ocurrió obrar contra el criterio de Adolf Hitler. A decir verdad, Habicht se había franqueado con su Führer sobre el plan, recibiendo la aprobación de Hitler [68]..., aunque expresada de una forma tan vaga que éste pudo declinar después toda responsabilidad e incluso acusar al principal insurgente, Waechter, ante el Tribunal supremo del Partido, de haber «actuado deliberadamente contra la expresa voluntad del Führer», según manifestó el inculpado el 31 de mayo de 1938 [69].

El dictador practicó una vez más aquella duplicidad que le permitía ocultar a su mano derecha lo que hacía con la izquierda, pues mientras toleraba las maquinaciones de Habicht contra el canciller Dollfuss, encareció al Ministerio del barón Von Neurath que se comunicara con los camaradas austríacos y les desaconsejara de toda imprudencia respecto al régimen de Dollfuss. Evidentemente, los

Persecución. Entrada al campo de concentración Theresienstadt. Abajo, cremación de cadáveres en el horno de un CC.

Desarrollo corporal e intelectual. Arriba, equipo de fútbol. Abajo, a la izquierda, esgrima. A la derecha, los miembros del estandarte personal «Adolf Hitler» durante una conferencia sobre prehistoria alemana en el paraninfo del Museo etnológico de Berlín.





conspiradores seguían visitando la Kunigundenstrasse, puesto que el embajador alemán en Viena, doctor Rieth, cursó un telegrama al ministro de Asuntos exteriores, en el que le decía que los nacionalsocialistas austríacos proyectaban un alzamiento contra el canciller Dollfuss [70].

Un camarada del Partido llamado Hans Koehler, funcionario de Correos en Hainfeld, presentó —con el ruego de hacerlo llegar hasta Hitler— un memorándum en el que se exigía, como culminación, el arresto de todo el Gobierno austríaco. El embajador telegrafió así: «La Embajada respondió a ese señor Koehler que el pensamiento contenido en su Memoria contradecía la política del Reich; además, se le requirió para disuadir a sus colaboradores de aquel plan. Temiendo que la Memoria pudiera extraviarse y caer en poder de personas maliciosas, hemos decidido retenerla aquí. Puesto que nosotros no podemos comprobar si el señor Koehler seguirá adelante con su plan, aun cuando se le ha prevenido contra ello, recomiendo que se den los pasos necesarios para interceptar esa acción [71].»

Los burócratas ministeriales compartieron la preocupación de su embajador en Viena. El Ministerio del Exterior escribió sin perder tiempo al jefe regional Habicht instándole a «vedar esos planes cuyo desarrollo seguía probablemente en pie» [72]. Se ignora si Theo Habicht leyó el escrito ministerial a sus correligionarios con el designio de hacerles reír un poco. Ahora bien; entre aquellos conspiradores había un hombre que estaba decidido a desbaratar el golpe de Estado contra el canciller Dollfus y a desencadenar, por ende, lo que el jefe insurgente Waechter denominó después «el suceso más trágico de mi vida» [73]

El *Obergruppenführer SA* Hermann Reschny, jefe de las ilegales secciones de asalto en Austria, no pudo resignarse a que las SA desempeñaran un papel secundario en los planes subversivos de los jefes SS Glass y Waechter: las SA deberían ser los dueños de la situación cuando sobreviniera el desenlace en Viena. Reschny columbró un desasimiento deliberado contra las Secciones de Asalto. No le pareció casual que los SS relegaran una vez más los intereses SA. En el Reich, las SS habían dado muerte a lo más granado de las SA y habían asesinado a la guardia del Führer compuesta por SA alemanes. Y, finalmente, las SS habían arrebatado a las SA austrícas su más potente unidad, el estandarte de Glass.

Por otra parte, estaba el viaje en automóvil de Hermann Reschny a Tergernsee aquel sábado fatídico, 30 de junio de 1934, cuando quedó aniquilado el círculo Roehm y el jefe austríaco SA escapó por pura

casualidad de los esbirros SS. Pero ¡tal vez se le ofreciera ahora la oportunidad de vengar a los camaradas asesinados, aprovechando la nueva expansión en proyecto de las SS!

Habicht, con su sinuosa táctica, ayudó sin quererlo al *Obergruppenführer SA:* había dispuesto que SA y SS dieran el golpe juntas el día de la revuelta, pero que marcharan separadas. «El camarada Habicht me advirtió —explicaba Waechter— que realizara mi trabajo sin comunicarme con las SA. Éstas tendrían un mando independiente, y su intervención se coordinaría mediante el *Obergruppenführer* Reschny cuando se le diese la consigna [74].»

El jefe SA dedujo que una derrota eventual de las SS durante el pronunciamiento de Viena no afectaría jamás a las SA puesto que ambos grupos actuarían por separado. Con suma cautela hizo llegar informes sobre esos planes subversivos a los órganos austríacos de seguridad, sin revelar su identidad ni el origen de tales avisos [75].

Reschny se sirvió de dos confidentes que ya habían establecido contacto repetidamente en su nombre con el Gobierno de Dollfuss. El *Sturmbannführer* SA Friedrich Hamburger, enlace del grupo SA en Viena, y su amigo el capitán de caballería Schaller, «habían revelado a los gobernantes austríacos entre el año 1933 y 1934 absolutamente todo lo que el Partido deseaba mantener secreto ante esas autoridades» [76], según afirmaciones ulteriores de Waechter registradas en las actas judiciales del proceso incoado contra Hamburger en 1935. Tras una reunión de los conjurados, presidida por Habicht, Reschny marchó con ambos confidentes a Munich donde describió minuciosamente una vez más el proyectado alzamiento ante una asamblea de jefes pertenecientes al grupo SA [77].

El informador Schaller comprendió la maniobra y anotó cada pormenor para hacerlo llegar al agente de seguridad Cyhlar en la Cancillería general [78]. Sin duda Reschny temió que Schaller no hubiese comprendido bien después de todo, pues Hamburger dio instrucciones concretas a este último —según aseveró más tarde el capitán de Caballería en una declaración jurada— para que compareciera ante la Policía austríaca y le revelara las señas personales de los sediciosos Glass, Waechter y Weydenhammer [79]. Así, pues, la Policía secreta de Austria conoció el proyectado alzamiento y sus particularidades más importantes. «Respecto a Waechter —aclaró Cyhlar en 1935—, Schaller me tuvo constantemente informado durante los meses que precedieron al pronunciamiento de julio [80].»

El hecho de que el Gobierno fuera sorprendido pese a todo por los insurgentes descubre ante el atónito historiador Hellmuth Auer-

bach una fantástica actividad del espionaje y contraespionaje vienés: en Austria «se había desarrollado tanto por entonces el mundo esotérico de los confidentes que éstos se neutralizaban unos a otros»[81]. Waechter fue vigilado permanentemente por la Policía gubernativa austríaca. Dondequiera que fuese el jefe SS lo siguieron las sombras de dos agentes secretos. Desde luego, al jefe de la Policía vienesa, Weiser, se le ocultó una circunsancia agravante: los «argos» de Waechter fueron dos nacionalsocialistas que se reunieron cada noche con el jefe SS para componer juntos los informes destinados a Weiser[82]

Por consiguiente, Waechter y Glass parecieron tener todavía una posibilidad de llevar a buen fin su alzamiento. Hora tras hora se aproximó el 24 de julio, fecha en que los ministros acudirían a la Ballhausplatz para celebrar su último consejo. Todo quedó dispuesto: Rintelen se mantuvo a la expectativa en el hotel vienés «Imperial», los 150 militantes SS del estandarte 89 ocuparon sus posiciones de partida, los principales conspiradores corrieron ya hacia los puntos de concentración[83]. Y entonces, en la mañana del día 24, Weydenhammer supo por Rintelen que el consejo ministerial había sido aplazado para el siguiente día a las once[84]. Rintelen quiso desistir de la operación, pero los jefes nacionalsocialistas se empeñaron en dar el golpe de una vez[85]. Los militantes SS preparados para el asalto a la Cancillería recibieron nuevas órdenes: «89 — Una menos cuarto, Siebensterngasse, 11, Bundesturnhalle — No pasen por la Breitegasse para ir a la Siebensterngasse[86].»

Al día siguiente, 25 de julio de 1934, se presentaron puntualmente 30 militantes SS en el gran Turnhalle de la Federación gimnástica alemana, para disfrazarse de tropas regulares. Un camión llegó traqueteando poco después con los uniformes del regimiento Deutschmeister que habían procurado los conspiradores pertenecientes al Ejército. Glass se impacientó porque sus hombres tardaban demasiado en mudarse[87]. Hacia las 12.30 horas, el camión debería salir en dirección de la Cancillería federal con los soldados ficticios. Sin embargo, el vehículo se puso en marcha después de quince largos minutos. Todos conocían la consigna que les daría acceso hasta Dollfuss: el presidente federal Miklas les había asignado un servicio especial en los aledaños de la Cancillería federal[88].

Mientras Glass rodaba con su comando hacia la Ballhausplatz, el jefe político Waechter tomó posición en el parador «Tischler» del callejón Schaufler, cercano a la Cancillería, para intervenir si lo requirieran las circunstancias[89]. Su entrada en escena tendría lugar más tarde. Él sería quien negociara con los ministros arrestados y

constituyera el nuevo Gobierno. Glass y Waechter ignoraban que el pronunciamiento se había frustrado antes de comenzar debido a una delación, y no ciertamente de las SA. Entre los conjurados del grupo Waechter-Glass hubo un tal Johann Dobler, inspector de Policía y antiguo director administrativo de la Casa parda, que perdió la serenidad y reveló todo cuanto sabía [90].

Antes de que principiara el Consejo ministerial, Emil Fey, ministro de Defensa cívica, recibió un aviso urgente: algunos nazis extremistas pretendían dar un golpe de mano contra la Cancillería [91]. No está de más decir que el ministro Fey tenía también sus particulares ambiciones. Y en lugar de dar la alarma inmediatamente a Dollfuss y al mando militar, movilizó su ejército privado, la Guardia cívica (Heimwehr), y, con fino instinto detector, intentó desmontar por sí solo la conspiración [92]. Cuando al fin se dio cuenta de su deber, habían transcurrido quince minutos preciosos. Poco antes de las 12 corrió al Consejo de ministros, rogando al canciller un breve aparte y le susurró la fatal noticia. El endeble canciller se irguió incrédulo y, no obstante, muy resuelto [93].

Dollfuss dijo a sus ministros: «Fey me acaba de comunicar algo que no sé todavía si es inquietante o no. En cualquier caso, será preferible suspender la sesión. Cada ministro debe regresar a su puesto. Cuando podamos reanudar estas deliberaciones, se lo participaré a todos ustedes [94].» Los ministros se alejaron meneando la cabeza y bastante desconcertados. Sólo quedaron en la Cancillería el propio canciller, Fey y el secretario de Estado para Seguridad, Karwinsky [95].

Karwinsky ordenó que se reforzaran los destacamentos de Policía en la Ballhausplatz. Echó una ojeada al patio y vio, sin sospechar nada, que un camión atravesaba la cancela. Ésa será la Policía, pensó el secretario de Estado. Pero se equivocó. Eran los conjurados [96]. Poco después entró precipitadamente un capitán y comunicó a Dollfuss que unos hombres armados habían invadido la Cancillería. El canciller marchó a paso vivo desde su despacho hasta la galería contigua para mirar por una de sus ventanas. Un agente de la Policía informó que los intrusos eran soldados. Dollfuss: «¡Ah! ¿Soldados [97]?» Entonces llegó desalado el ujier Hedvizek y cogiendo al canciller por la mano derecha gritó: «¡Aprisa, señor canciller!» El portero conocía una escalera de caracol que conducía afuera; estaba en una habitación rinconera junto al despacho del Canciller [98].

Pero apenas llegó Hedvizek con su protegido a la susodicha habitación, entró en el aposento por esa misma escalera el militante SS Otto Planetta con diez camaradas más y encontró el canciller [99]. Du-

rante un instante, los demás intrusos permanecieron inmóviles. De pronto, todos gritaron con tono histérico: «¡Manos arriba!» El canciller miró de hito en hito a los hombres: «¿Qué queréis de mí?» E hizo un ademán nervioso. Planetta saltó atrás y apretó el gatillo. Sonó un disparo; Dollfuss se desplomó y quedó boca arriba. De su pecho empezó a manar sangre [100].

Los conspiradores colocaron al herido sobre un sofá. Al cabo de un rato, Dollfuss abrió los ojos. Y tartamudeó confuso: «¿Qué ocurre aquí, muchachos? Llega un comandante, un capitán, varios militantes... y disparan contra mí [101].» Poco a poco se dio cuenta de que estaba muriendo. Y examinó a los hombres plantados a su alrededor. Entonces comenzó lo que su biógrafo británico Gordon Shepherd describió como «una discusión política extrañamente plácida» entre Dollfuss y los rebeldes [102].

Dollfuss: «Siempre procuré obrar como mejor supe, y siempre deseé la paz.» Uno de los militantes SS replicó que el canciller podía haber hecho la paz con Alemania si hubiese querido, a lo cual contestó el moribundo: «No entendéis ni palabra de eso, muchachos [103].» Los militantes SS contemplaron en silencio a su víctima, y ninguno osó dar otra réplica. Alrededor de las 15.45 horas el canciller de Austria exhaló su último suspiro. Sus últimas palabras fueron éstas: «Muchachos, vosotros sois amables conmigo. ¿Por qué no lo son también los demás? Yo quise siempre la paz. Nosotros no fuimos nunca agresivos. Siempre estuvimos a la defensiva. ¡Que el Señor los perdone [104].»

A pesar de todo, los insurrectos no se dieron por vencidos. El golpe principal fue un fiasco, pues no se alcanzó el objetivo: detener a todos los ministros. Sólo tuvo éxito la ocupación del centro radiodifusor [105]. Otto Gustav Waechter corrió por las calles vienesas para buscar ayuda. Ahora, se decía exasperado, es cuando deberían desatarse las SA, ahora el *Obergruppenführer* Reschny debería echar sus cohortes a la calle y emprender la lucha armada contra el Gobierno. Por fin Waechter se detuvo ante el hotel «St. James» donde estaban reunidos los jefes de las SA austríacas. Pocos segundos después, se plantó ante el *Brigadeführer SA* Türk [106]. «Una vez hube descrito brevemente la situación y requerido el apoyo de las SA —explicaba al cabo de un tiempo Waechter—, Türk dio la alarma a los grupos de Viena y de la Baja Austria en mi presencia. Y cuando le pedí información más concreta, me dijo que las SA marcharían al cabo de una hora hacia el centro urbano [107].»

Mas todo fue inútil. El *Brigadeführer* Türk compartía los senti-

mientos de su jefe Rechny. Mientras Waechter galopaba hacia un nuevo compadrazgo, Türk se desdijo de sus órdenes y dispuso que las SA alertadas regresaron a los acantonamientos vieneses. Ninguna sección de asalto hizo el menor gesto para auxiliar a los sublevados SS. Poco después, Türk hizo correr esta consigna: «El levantamiento del 25 de julio es un acto imputable al estandarte SS 89 del que las SA declinan toda responsabilidad [108].» Con fría indiferencia asistieron los camaradas SA a la liquidación del espectro insurreccional en Viena por policías y soldados. El asesino del canciller, Planetta, y sus seis cómplices fueron ajusticiados; sobre los restantes insurrectos recayeron condenas sumamente severas [109].

No obstante, el dictador alemán se vio, cuando menos lo esperaba, ante una oleada de protestas internacionales. Por vez primera en la historia del III Reich, Adolf Hitler figuró como un asesino consumado ante la opinión pública mundial, con el cual deberían enfrentarse todas las fuerzas del mundo civilizado cuya orientación era un deber inexcusable de todo estadista consciente. «¡Nos hallamos ante un segundo Sarajevo!», gritó Hitler a su antiguo vicecanciller Franz von Papen cuando favoreció a este celebérrimo católico del régimen una sinecura en Viena como plenipotenciario conciliador [110]. Hitler reaccionó aprisa: Theo Habicht fue destituido, y la «Legión austríaca», desarmada. Seguidamente, se ordenó una investigación oficial dentro del Partido contra los conspiradores [111]. Pero el más perjudicado por aquel desastre fue el *Reichsführer SS*, quien sufrió una grave pérdida de prestigio.

Ahora poco importaba que el chasqueado cabecilla Waechter denostara a las SA acusándolas de «emplear recursos antipatrióticos para practicar su artera política en Austria con la bendición del primado de las SA», pues, según él, «era absolutamente inadmisible que un Mando entregara sus camaradas al enemigo... por razones puramente egoístas» [112]. El daño causado al buen nombre de las SS no tenía ya reparación. Los Escalones de Protección tendrían que reconquistar paso a paso la lastimada confianza de Hitler.

Esa experiencia había enseñado una cosa a las SS: en el juego de las jerarquías del Partido intervenían intereses creados cuyos detentadores satisfacían sus anhelos con primitiva brutalidad despreciando todos los mandamientos nazis. La guerra interna entre camarillas y grupos de presión en el Movimiento y, desde 1933, en la estructura estatal nacionalsocialista, llegaba a representar un sistema normativo para los patronos pardos hasta el punto de que ningún llamamiento al idealismo común podía contener la autofagia inmanente del

régimen. Muchos preferían ceder ante el adversario político que perder una mínima porción de su poder o jurisdicción en la competencia libre dentro del Partido.

En 1932, el jefe SA Roehm optaba por pasarse a la socialdemócrata Reichsbanner antes que entenderse con sus rivales en las filas nacionalsocialistas. El dirigente SA Reschny arrostraba gustoso el fracaso de un levantamiento nazi antes que contribuir al triunfo SS en Austria, y el jefe alemán del Estado Mayor SA Viktor Lutze anhelaba una acción conjunta entre SA y Wehrmacht contra los aborrecidos SS, en vez de reconciliarse con los Escalones de Proteción tras el «escándalo Roehm».

En esa guerra sorda de intereses tan arraigados, las SS —una potencia más entre otras muchas— se abría paso a duras penas. Sólo avanzaba algunos pasos en el campo de la política exterior alemana cuando se colocaba a sotavento del poder central acatado por todos: la autoridad de Adolf Hitler y la jefatura nacionalsocialista encarnada entonces en Rudolf Hess, «el lugarteniente del Führer». El administrador del Partido, Hess, era también quien había inaugurado al fin para las SS un escenario secundario de la política exterior alemana donde podrían tomar vuelo las visiones racistas y etnobiológicas de Heinrich Himmler: el área de la política pangermanista.

Los jefes nacionalsocialistas habían descubierto ya mucho antes que los populosos islotes de minorías alemanas en territorios extranjeros y zonas fronterizas —todavía más poblados tras las demarcaciones impuestas por los pacificadores de Versalles— eran unas bases espléndidas para la futura política imperialista de Alemania. Múltiples conexiones, unas invisibles y otras no, entrelazaban el NSDAP con las numerosas colonias alemanas, sobre todo en el este y en el sudeste europeos.

La *Reichsleitung* del NSDAP había fundado en 1931 un negociado para el extranjero que debería abarcar a todos los alemanes residentes en el Reich y en el extranjero. Algunos años después (1937), el susodicho departamento, denominado ya «Organización del Extranjero» (OA) bajo el *Gauleiter* Wilhelm Bohle, contaba con 51 000 afiliados[113], y representaría pronto tal poder en la política exterior que el ministro Von Neurath nombraría prudentemente secretario de Estado en el AA al *Gauleiter* Bohle para poder vigilarlo mejor[114]. La OA de Bohle era sólo uno de los muchos grupos interesados que se injerían en el trabajo tradicional de la diplomacia alemana. La «Oficina de Política exterior» dirigida por Alfred Rosenberg atendía en el Reich a los estudiantes extranjeros de origen alemán[115], mientras que la

«Asociación para la Nacionalidad alemana en Tierra extranjera» (VDA), de carácter privado pero que seguía políticamente desde hace mucho un curso nacionalsocialista, mantenía contacto con todas las colonias alemanas del mundo [116].

Las intrigas entre tales organizaciones fueron tan onerosas que Hitler confió a su adlátere Hess en 1936 la gestión de todos los asuntos relacionados con grupos alemanes extraterritoriales. Hess escogió nuevamente a un luchador veterano, el consejero ministerial Otto von Kursell, para la jefatura de un «Organismo intermedio para Etnias alemana» (Vomi) que —subordinado al Partido— coordinaría, como una especie de autoridad superior secreta, el trabajo de todas las oficinas gubernamentales y del Partido dedicadas a los asuntos alemanes en el extranjero [117]. A Kursell le faltó, sin embargo, energía para reducir a un denominador común todas las organizaciones envueltas en sus polémicas jurisdiccionales. Entonces, Hess tuvo una idea salvadora. Allí sólo podría triunfar la formación nacionalsocialista, cuyos jefes tenían fama de estar dotados para la organización y la disciplina: los SS.

Hess rogó al *Reichsführer SS* que le enviara a un hombre capaz de poner orden en aquel batifondo. Himmler aprovechó esa oportunidad, tal vez única, de controlar la política exterior alemana aunque fuera por la cola. Comisionó a uno de los más elegantes y astutos jefes SS en el frente alemán del extranjero: el *Obergruppenführer SS* Werner Lorenz.

Este sujeto, nacido en 1891, aspirante a la academia militar «Emperador Guillermo», antiguo oficial piloto, después latifundista en Danzig y, por último, jefe del sector SS Noroeste (Hamburgo), fue conocido como el *bon vivant* de los Escalones y aportó las maneras distinguidas del antiguo oficial prusiano cuya exquisitez podía hacer olvidar fácilmente que el más tarde suegro del editor hamburgués Axel Springer dominaba con arte insuperable las intrigas de trastienda [118]. Tal vez se arrepintiera Himmler más adelante de haber elegido precisamente a Lorenz, pues el *Obergruppenführer*, envanecido por su nuevo poder, sucumbió muy pronto a la tentación de crear en el triángulo formado por Partido, Ministerio de Asuntos Exteriores y SS un poder casero que no satisfizo siempre, ni mucho menos, las ambiciones del *Reichsführer*. Además, les separó una diferencia fundamental, particularmente para los militantes SS: Lorenz fue un nacionalista tradicional y consideró siempre con cierta compasión despreciativa las febriles fantasías racistas de su jefe [119]. Himmler no lo ignoró, pero hubo de resignarse; sólo en plena guerra logró,

mediante la fuerza, hacer descender a Lorenz de su encumbrada posición en la política racial y anexar aquel Vomi excesivamente desvinculado de una nueva Dirección general SS de su imperio.

Al propio tiempo, las SS pudieron proyectarse potencialmente mediante ese organismo intermedio pangermanista en el campo de la política racial alemana e incorporarse, de rechazo, a la política exterior. Lo que fue creado como elemento coordinador del Partido vino a convertirse en una magneto SS que atrajo hacia sí muchas esferas y organizaciones de la política racial.

En enero de 1937, comenzó su trabajo el jefe del Vomi, Lorenz, con 30 empleados y medios muy modestos [120]. Al poco tiempo, empezaron a caer bajo su férula una asociación tras otra: en julio de 1938 cayó el jefe nacional de la VDA, el político nacionalista mesurado en demasía doctor Steinacher, por lo que la gerencia VDA recayó en un valido de Lorenz [121]; poco después el Vomi tomó bajo su tutela la «Liga alemana oriental» [122], órgano regulador para los asuntos fronterizos, y se aseguró un papel preponderante dirigiendo y financiando a los partidos minoritarios alemanes en el este europeo [123]. Las múltiples relaciones del Vomi con los grupos étnicos alemanes allende las fronteras germanas fueron útiles también al SD para tender una red de atalayas y detectores amparándose en los comisarios del Vomi. Esta organización y el SD colaboraron estrechamente..., y no fue casual la circunstancia de que un alto funcionario SD, el acólito de Heydrich doctor Hermann Behrends, figurara como director suplente junto al jefe del Vomi, Lorenz [124].

Cada vez fue más ostensible la superposición de la red SS y los contactos SD sobre las gestiones oficiales del AA. Asimismo, en las presidencias de numerosas organizaciones y sociedades que fomentaban las relaciones culturales con países del sudeste europeo surgieron llamativamente individuos que vestían el uniforme negro con la calavera. Por ejemplo, el *Oberführer SS* Ewald von Massow fue presidente de la «Asociación germanobúlgara», y el propio Lorenz asumió la presidencia de las «Federaciones interestatales» [125].

Tanto Himmler como Lorenz mantuvieron, sobre todo, lazos muy estrechos con un camarada a quien se había subordinado oficialmente el Vimo. Mediante ese (como él mismo se titulaba) «mandatario para la política exterior en el Cuartel General del lugarteniente del Führer», *Gruppenführer SS* Joachim von Ribbentrop [126], esperaron para poder abrir brecha en la política exterior para imponer allí su ley. Los vínculos entre Ribbentrop y la organización SS fueron tan íntimos que muchos creyeron ver al futuro ministro de Asuntos exte-

riores como un «exponente SS» en materia de política internacional[127]. Fue difícil imaginar una amistad más entrañable que la existente entre Heinrich Himmler y Joachim von Ribbentrop. «Sabes bien cuánto estimo tus SS y cuánto admiro su monumental constitución que, en definitiva, es obra tuya», escribía Ribbentrop al *Reichsführer* en julio de 1940. «Siempre me consideraré muy honrado de pertenecer a ese orgulloso Cuerpo cuyo caudillaje tendrá una importancia decisiva para el futuro de nuestro Gran Reich[128].»

Ambos hombres se conocían desde 1932, pues Von Ribbentrop, teniente en excedencia y antiguo representante de un conocido champaña, casado con la heredera de la empresa Henkell (champaña y licores), puso su villa en la Lentze Allee, 9, Dahlems-Berlín, a disposición de Hitler y Franz von Papen para sus conversaciones secretas[129]

Himmler tenía entonces la misión de aupar a Hitler —temeroso de los entrometidos periodistas— por el tapial trasero del jardín que rodeaba la mansión de Ribbentrop; asimismo, le correspondía demostrar con sus correctas maneras ante una mesa bien servida que los nazis eran también capaces de gobernar[130].

Y esas demostraciones habían convencido por lo menos al anfitrión Von Ribbentrop porque, poco tiempo después, éste ingresó en el NSDAP y suplicó a Himmler le permitiera formar parte de sus Escalones. El 30 de mayo de 1933 la jefatura SS le confirió el rango de *Standartenführer*, y Himmler se convirtió en indivitado habitual de la villa Ribbentrop[131]. Cuanto más se afianzó el hitleriano Ribbentrop, en la privanza del Führer y mayores fueron sus éxitos junto al dictador como consejero especial en política exterior, tanto más se aferró Himmler a los talones del afortunado diletante. Cuando Ribbentrop, comisionado por Hitler, abrió una oficina frente al Ministerio de Asuntos exteriores, en la Wilhelmstrasse, concebida para supervisar las gestiones diplomáticas del sospechoso AA mediante informadores propios, Himmler proveyó caudales y personal.

El *Oberführer SS* Rolf von Humann-Heinhofen se incorporó como *Stabsführer* (algo similar a encargado de negocios) en el «Servicio exterior Ribbentrop»[132], precursor y guía de aquellos diplomáticos SS que surgieron en número cada vez mayor tras la estela de Ribbentrop. Muchos jefes SS pertenecieron al círculo íntimo del insólito diplomático nacionalsocialista, entre ellos el antiguo condiscípulo de Ribbentrop *Oberführer SS* Rudolf Likus[133] y el *Standartenführer SS* Werner Picot[134], que hizo sus primeras armas como aficionado en el Servicio secreto. Ribbentrop y las SS establecieron una cooperación

tan estrecha que Himmler interpretó la promoción de su íntimo amigo al Ministerio de Exterior en febrero de 1938 como un éxito eminentemente prestigioso para los Escalones de Protección.

El nuevo gerente «AA» conservó sus lazos con los SS: para sus ayudantías designó exclusivamente a jefes SS [135], hizo servir a su hijo Rudolf en el estandarte SS «Adolf Hitler» [136] y tuvo una extravagante ocurrencia que causó violentos estremecimientos entre los diplomáticos profesionales. Cierto día, Von Ribbentrop enunció a los encopetados burócratas del Ministerio que había acordado con el *Reichsführer* Himmler su inscripción global en las SS [137]; cada cual vestiría a partir de entonces su uniforme SS; el secretario de Estado barón Von Weizsaecker se pondría un uniforme de *Oberführer SS* [138], el subsecretario Ernst Woermann uno de *Standartenführer SS* [139] y el jefe de protocolo Von Doernberg otro de *Obersturmführer SS* [140]. Nada plació tanto a Joachim von Ribbentrop —según informa el *Obersturmbannführer SS* y enconado oponente de Hitler, Erich Kordt— como «lucir el uniforme de *Gruppenführer SS* con botas altas en su despacho oficial, bajo la errónea suposición de que así se identificaba plenamente con su predecesor Bismarck quien, a su entender, siempre prefirió correr acá y acullá calzando esas prietas e incómodas botas de coracero [141].

Este segundo Bismarck no se sació nunca de ver colaboradores vistiendo uniforme SS; y en ocasiones reprendió afectuosamente a su «querido amigo Himmler» porque no le enviaba suficientes militantes SS para los servicios ministeriales. «Desde que asumí mis funciones en el Ministerio del Exterior no he recibido de las SS ni un solo colaborador notable», escribía quejoso a Himmler. Y agregaba: «Considerando la excelente cooperación de mi magistratura con los SS y la estrecha vinculación personal entre nosotros dos se me antoja realmente lamentable que los SS brillen aquí por su ausencia [142].»

Pero el destino, tantas veces irónico, quiso que esos cordiales socios se atacaran a zarpazos en los encuentros de la burocracia y terminaron siendo antagonistas enconados. El hombre que introdujera antaño los uniformes SS en el Ministerio de Asuntos exteriores sufrió más tarde verdaderas rabietas cuando veía a alguno de sus diplomáticos con el uniforme negro [143]. Asimismo, el uniforme de *Gruppenführer SS* no fue óbice para que el ministro del Exterior Von Ribbentrop participara en aquellas intrigas que caracterizaron no pocas veces la vida cotidiana de los magnates nacionalsocialistas. Pues Joachim von Ribbentrop capitaneó un Cuerpo que habría de oponerse a la intrusión de los SS en sus cotos si no quería dejarse

arrebatar el control técnico sobre la política exterior alemana por los Escalones de Protección.

Motivo de la ruptura fue una funesta decisión de Adof Hitler cuyas consecuencias afectaron al mundo entero. Tras la ocupación de Austria el dictador resolvió extender la soberanía alemana a otros territorios colindantes y, arriesgándose desdeñosamente a provocar una guerra, abordó con insidia el crítico problema de los grupos étnicos alemanes en Checoslovaquia y Polonia. Pero con ello se desplazó hacia el centro de la política exterior alemana aquel campo de acción pangermanista en el que ya habían conseguido las SS una posición predominante por mediación del Vomi. Y entonces los diplomáticos ministeriales se vieron desbordados por los mandatarios racistas de la organización SS.

Realmente, el Ministerio del Exterior tuvo una participación bastante gris en la crisis sudete resuelta por Hitler durante la canícula de 1938. El embajador alemán en Praga, Ernst Eisenlohr, un oponente de la política anexionista hitleriana, fue echado en olvido deliberadamente mientras el jefe del Vimo[144] Lorenz, encargado por Hitler, estudiaba con el caudillo sudete alemán Konrad Henlein la única jugada ajedrecística contra el Gobierno checoslovaco[145]. Entonces se agregó por vez primera con carácter independiente y muchas veces contrario al Vomi de Lorenz un segundo delegado de las SS que causaría en adelante verdaderas pesadillas al Ministerio del Exterior: el jefe del SD exterior Reinhard Heydrich. Éste persiguió un objetivo muy distinto: la caída de Henlein.

En las mentalidades SD animó la idea fija de que el jefe sudete Henlein era un contemporizador pusilánime que no representaba con suficiente energía los intereses del Führer. El SD observó recelosamente a ciertos jefes del Partido sudete alemán que, como Walter Brand, Wilhelm Sebekowski y Heinrich Rutha, sustentaban la teoría del Estado corporativo católico, es decir, no se adherían a la Alemania hitleriana sino que esperaban comprensión y ayuda de las grandes potencias para robustecer su posición minoritaria *dentro* de la República checoslovaca[146]. El propio Henlein manifestó todavía en 1934: «Nosotros declaramos sin vacilar que nos separan diferencias fundamentales del nacionalsocialismo. Nosotros no renunciaremos nunca a la libertad del individuo[147].» Tan sólo un grupo insignificante de nazis fanáticos abogó por la anexión del país sudete al Reich... Y Heydrich se dedicó a ellos[148].

Hacia fines de 1937 el jefe SD decidió destronar a Henlein mediante una revuelta interna. Pero Henlein se le anticipó y expulsó

del Partido a sus simpatizantes y aliados [149], unos cuantos políticos congregados alrededor del semanario *Der Aufbruch*. Al comenzar el verano de 1938 Heydrich vislumbró otra oportunidad para alcanzar su objetivo. Entretanto, había establecido contacto con el contrincante de Henlein, Karl Hermann Frank, jefe del Partido nacionalsocialista sudete que se había fusionado, tras su disolución, con el grupo político Henlein. Frank no tuvo inconveniente en ponerse a la cabeza del Partido aun cuando le ayudara el SD [150].

Probablemente, Henlein olfateó el peligro, porque se despegó de la sombra SD huyendo hacia delante. Como creía en cualquier caso que la intransigencia del Gobierno checo y el derrumbamiento de Austria le dejaban como único recurso la colaboración con Alemania, partió hacia Breslau para asistir al festival gimnástico alemán (julio de 1938) y sostuvo una fructífera entrevista con otro espectador de excepción, Hitler [151]. El dictador prohibió al SD toda maquinación ulterior contra Henlein. Éste se salvó, aunque a un precio muy elevado, por supuesto, y los SS tuvieron que conformarse. Mostraron esa conformidad ante la nueva situación empleando sus habituales contrasentidos: el proverbial detractor del nacionalsocialismo, Henlein, fue nombrado *Gruppenführer SS* [152].

Aquello fue una lección para los diplomáticos ministeriales. Les permitió ver con claridad hasta qué punto se habían adentrado las SS en el campo vedado de la política exterior. Aunque Von Ribbentrop pudo impedir todavía [153] que se nombrara a Lorenz secretario de Estado para las minorías alemanas, el SD siguió reclamando con tenacidad sus privilegios diplomáticos. Y al producirse la siguiente crisis ministerial, el Ministerio del Exterior se vio por completo desplazado por el Servicio de Seguridad. Ante esa nueva coyuntura, el dictador encomendó a sus leales agentes secretos la escenificación de otra bellaquería: el desmembramiento del territorio checoslovaco restante en marzo de 1939.

Hitler había concebido un plan muy sutil. Los jefes clericales y conservadores del Partido populista eslovaco deberían recibir convenientes estímulos; era preciso animarles a solicitar una disociación entre su país y el Gobierno central de Praga. Mas por otra parte se sugeriría a los checos el aplastamiento de la rebelión eslovaca..., y cuando se avecinase el estallido Hitler terciaría como componedor y pondría bajo su tutela ambas fuerzas: el territorio checo restante como protectorado de Bohemia y Moravia, y Eslovaquia como Estado teóricamente independiente aunque «protegido» por el Gran Reich alemán.

A principios de año, el *Gruppenführer SS* Wilhelm Keppler y su escudero el *Standartenführer SS* Edmund Veesenmayer más una escolta de agentes SD partieron hacia Presburgo y se pusieron en comunicación con los políticos eslovacos[154]. Previamente, Hitler había dado instrucciones estrictas a esos mensajeros secretos: el Ministerio del Exterior debería ignorar la finalidad de su viaje, bajo cualquier concepto[155].

La banda Klepper llegó en el momento justo: precisamente el Gobierno de Praga, irritado por las constantes fricciones con el Gobierno regional eslovaco casi autónomo, lo había invitado a una conferencia conciliatoria en la capital checa. Sin embargo, los caballeros berlineses se las arreglaron para captar la voluntad del ministro presidente eslovaco e inducirle a rechazar la invitación de Praga y preparar sin demora la independencia eslovaca[156].

Entonces, uno de los políticos eslovacos más eminentes desbarató la maniobra alemana: el doctor Karel Sidor, ministro de Estado en el Gobierno central de Praga y comandante de la Guardia Hlinka —algo así como unas SA eslovacas— desaprobó los planes separatistas sugeridos por los alemanes. El no tajante de Sidor hizo vacilar a los demás políticos eslovacos. Acto seguido, los germanos intentaron negociar con Sidor, pero el eslovaco permaneció inconmovible[157]. Ante esta situación, el SD vio tan sólo una componenda, la única que solía aplicar en tales casos: recurrió otra vez al crimen.

El pistolero oficial del SD, Alfred Naujocks, fue destinado a Eslovaquia con unos cuantos dinamiteros: debería escenificar el atentado de tal modo que pareciera haber sido perpetrado por los nacionalistas eslovacos[158].

Cuando ya habían estallado las primeras bombas en Presburgo destruyendo una fábrica de chocolate, cuando ya se había dejado embaucar Praga por las promesas alemanas, cuando ya se había depuesto el Gobierno Tiso y declarado el estado de excepción en Eslovaquia, surgió inopinadamente un seudodiplomático que no estaba incluido en el programa[159].

El *Gauleiter* de Viena, Josef Dürckel, y también *Gruppenführer SS*, se presentó a Sidor, quien había sido nombrado entretanto por Praga ministro presidente eslovaco en lugar del separatista Tiso, e intentó hacerle cambiar de opinión. Sin embargo, «esas peculiares gestiones del *Gauleiter*», como las calificó con mordacidad Klepper, fracasaron por completo[160].

En Berlín, Hitler se impacientó, pues mientras tanto había empezado a funcionar una bomba de relojería: el presidente checoslo-

vaco Hacha, presintiendo una fea estratagema alemana, había anunciado su visita a Hitler para el 14 de marzo [161], obligándole con ello, sin saberlo, a exigir la declaración eslovaca de independencia antes del día 13..., condición previa de la capitulación que Hitler pensaba imponer a los checos. El 11 de marzo, Keppler se entrevistó una vez más con Tiso y lo asedió furiosamente para hacerle aprobar la separación de Praga. En la noche del 12 al 13 de marzo, Tiso cedió [162]. Y apenas hubo pronunciado su aquiescencia, le llegó una invitación de Hitler para una entrevista en Berlín. Pocas horas después compareció ante Hitler y entregó graciosamente Eslovaquia al dueño de Europa central, anticipándose con el tiempo justo a la llegada de Hacha [163].

Por vez primera, se reveló el SD como ejecutor fiel de la voluntad hitleriana en política exterior. El Führer arrumbó la carta difamatoria del *Gauleiter* Bürckel, quien clamó desde Viena que el SD se había comportado en Eslovaquia como un auténtico chapucero; si a él, Josep Bürckel, se le hubiera concedido más tiempo para negociar con Sidor, se habría coronado la diligencia sin roce alguno. Los Escalones de Protección permanecieron fieles a sus principios: la victoria en Eslovaquia provocó violentas reyertas entre los jefes SS que no lograban llegar a un acuerdo sobre el verdadero artífice de la misma. El *Gruppenführer SS* Bürckel derramó aludes de memorias sobre Hitler, Goering y Von Ribbentrop alegando la presunta incapacidad del *Gruppenführer SS* Keppler, y el *Gruppenführer SS* Keppler despotricó contra el *Gruppenführer SS* Bürckel, quien, según él, pudo haber causado daños irreparables al Reich. «Me permito hacer un llamamiento a tu comprensión —escribía muy excitado Keppler a Himmler— ya que en la subsiguiente aclaración de los hechos referidos debo proceder sin miramientos con la filiación SS de Bürckel tal como él hizo conmigo; pues probablemente tendré que defenderme de... las más burdas sospechas [164].»

El dictador tuvo una confianza ilimitada en su SD. Y así, no es de extrañar que confiriera también al Servicio de Seguridad el «honor» de encender la mecha para desencadenar la segunda conflagración mundial.

Aquella empresa en la frontera germanopolaca fue sólo parte de la formidable provocación bélica urdida por el SD; al mismo tiempo, partieron 12 comandos SD hacia Polonia con la misión de perpetrar hasta fines de agosto 200 actos terroristas que serían imputados a los extremistas de ese país [165].

Cada vez fue mayor el ascendiente del SD sobre la política exte-

rior. Al Cuartel General de Hitler llegaron los informes «SD» en lugar de las exposiciones diplomáticas presentadas regularmente por el Ministerio del Exterior. «Hitler adopta a menudo decisiones súbitas sin consultarme —se lamentaba más tarde Von Ribbentrop— y fundándose exclusivamente en informaciones falsas (las del SD)[166].» Pocas fueron las áreas de política internacional donde Ribbentrop pudiera disponer a su antojo. Así como Himmler había colaborado ya en enero de 1939, sin pedir consejo al Ministerio, con el embajador japonés en Berlín, general Oshima, para enviar diez exiliados rusos a la Unión Soviética que perpetrarían el asesinato de Stalin mediante unas cuantas bombas[167], el SD practicó igualmente durante la guerra una política singular. Mandatarios SD intentaron por su propia cuenta y contra la resistencia del Ministerio de Asuntos exteriores, embelecar al presidente argentino, Castillo, para concertar una alianza antiamericana con el III Reich[168], derribar en España al caudillo Franco, poco amigo de la guerra[169], y llevar al poder en Rumania a la Guardia de Hierro fascista[170].

Todavía fue más gravosa para el desenvolvimiento normal de la diplomacia alemana cierta innovación introducida durante el confuso inicio del conflicto bélico por la Dirección general de Seguridad (RSHA) que no causó precisamente alegría en el AA aunque la aprobara Von Ribbentrop: la presencia de un llamado «agregado policial» en las representaciones diplomáticas.

El 26 de octubre de 1939, Ribbentrop accedió a que el SD sirviera dentro de las embajadas y legaciones alemanas para poder enmascarar su trabajo en el extranjero; el jefe del Servicio informativo SD en cada país debería tener inmunidad diplomática bajo el título de agregado policial. Como compensación, el SD prometió mantenerse al margen de las cuestiones políticas[171]. Sin embargo, los agregados policiales no cumplieron su palabra: empezaron a censurar las medidas políticas de embajadores y plenipotenciarios, mientras sembraban la discordia entre el personal diplomático. El AA no pudo contrarrestar esa acción, pues Ribbentrop, todavía partidario por entonces de una estrecha colaboración con las SS, había concedido a Heydrich y Himmler plenos poderes para movilizar «en cualquier momento» (lo cual significaba sin autorización previa del Ministerio) agentes SD y enviar directamente los informes obtenidos a la RSHA. Esas informaciones SD desataron con frecuencia acerbas reclamaciones contra los diplomáticos alemanes. «Basta mencionar a título de ejemplo», escribe Von Ribbentrop en sus Memorias «que cierta vez se me ordenó súbitamente disponer el regreso de tres jefes de misión

en España, Portugal y Suecia como consecuencia de un informe secreto SD remitido directamente al Führer»[172].

Pero Joachim von Ribbentrop no fue hombre que soportara sin alterarse tales intromisiones en sus dominios. Se parapetó tras sus altas atribuciones y desató una guerra pequeña pero muy movida contra el antiguo camarada Himmler. Al poco tiempo, el jefe AA resultó ser un temible virtuoso de la estrategia nacionalsocialista sobre competencias.

Ribbentrop aprovechó con gran astucia una orden del Führer para lanzar su contraofensiva. El 3 de setiembre de 1939, Hitler había dispuesto que «mientras durara la guerra, todos los representantes de autoridades civiles o funcionarios nazis en el extranjero quedaban subordinados a los respectivos jefes de misión en cada país». Hitler: «Los susodichos representantes o comisionados deben cursar sus informaciones periódicas al Ministerio de Asuntos exteriores por conducto del embajador[173].» El jefe AA se propuso utilizar la orden hitleriana para poner bajo su control a todos los agentes SD residentes en el extranjero. Ahora bien; antes tuvo que tantear cautelosamente el terreno. Mientras el SD actuara en nombre de Hitler y acatara religiosamente las disposiciones hitlerianas, el Ministerio del Exterior tendría pocas probabilidades de ganar una porción mínima de potestad sobre las actividades de aquel organismo en el extranjero. Ribbentrop decidió esperar a que el SD cometiera un error...; entonces su prestigio palidecería en el Cuartel General del Führer. Ribbentrop esperó al acecho.

Recién firmado el convenio del 25 de octubre de 1939 sobre los agregados policiales, ocurrió un incidente que vino a demostrar cuán desaconsejable era por el momento criticar ante Hitler las manipulaciones del SD. Ribbentrop sintió honda preocupación cuando oyó decir que el SD planeaba cerca de la frontera germanoholandesa el secuestro más sensacional en la historia del Servicio secreto.

A mediados de octubre de 1939, el jefe del SD Walter Schellenberg había sido comisionado por Heydrich para iniciar en Holanda, país todavía neutral, una partida de espionaje con el muy envidiado *Intelligence Service* del antagonista británico, cuyos resultados podrían reportar grandes beneficios al jerarca SD: atisbar los métodos del Servicio británico, la colaboración entre los servicios de Holanda e Inglaterra y los contactos del extranjero con la oposición interna alemana[174]. Cierto emigrante alemán en Holanda llamado doctor Franz, conocido como agente del SD por la contraseña cifrada F-479, mantenía buenas relaciones con el Servicio secreto británico. Cono-

cia bien al capitán S. Payne Best, delegado del *Intelligence Service* en los Países Bajos; el capitán mostraba excepcional interés por los oposicionistas antihitlerianos en las filas del generalato alemán. F-479 había prometido material informativo a los británicos [175].

El SD extranjero, negociado VI de la Dirección general de Seguridad, procuró a los británicos «vía Franz» una documentación apócrifa sabiamente adulterada. En la RSHA se creyó que tal vez mereciera la pena sondear al capitán espía. Para esta misión Heydrich no conocía mejor hombre que su íntimo Schellenberg. Éste se transformó por arte de magia en un tal capitán Schemmel, afecto al parque móvil del OKW, portando monóculo e importantes secretos sobre la oposición interna alemana [176]. F-479 estableció comunicación y el 21 de octubre el engolado Hemmel contempló tras su monóculo al no menos engolado Best, igualmente provisto de monóculo, en un lugar de Holanda [177].

El británico, acompañado de Schellenberg-Schemmel condujo su «Buick» hasta la localidad holandesa de Arnheim, donde les aguardaban otros dos caballeros de profesión espía: el comandante Stevens, del Servicio secreto británico, y un oficial del Estado Mayor general holandés que dijo llamarse Copper aunque, en realidad, su nombre era Klop [178]. Los tres extranjeros escucharon con ansiosa curiosidad las revelaciones de su nuevo amigo alemán. Éste se hizo pasar por confidente de un general que planeaba con otros militares un golpe de Estado contra Hitler [179].

Se apalabró una nueva entrevista para el 30 de octubre. Otra vez se trasladó Schellenberg a Holanda para esa fecha [180]. Por supuesto, Copper-Klop había preparado la detención momentánea de Schellenberg, atribuyéndola a un error, a fin de poder examinar tranquilamente los documentos del alemán, pero los británicos confiaron en el agente SS [181]. Incluso le dieron un transmisor radiofónico para las noticias urgentes. Señal de contacto: ON-4 [182].

Entretanto, ambos británicos se destaparon como auténticos cofres de secretos, y entonces Heydrich tuvo una gran idea: ¿no convendría secuestrar a Best y Stevens haciéndoles entrar en Alemania por la frontera holandesa [183]? Y ése fue justamente el momento que escogió Joachim von Ribbentrop para exponer ante su Führer unas cuantas objeciones contra los métodos del SD. No cabe duda de que su elección fue pésima, pues Adolf Hitler mostró muy poco interés en escuchar críticas sobre su SD. Defendió con tono tan agrio a los hombres de Heydrich que Ribbentrop dio una de sus desacreditadas volteretas mentales. El ministro del Exterior tartamudeó: «Sí, *mein*

Führer, ésa ha sido mi opinión desde el principio. Pero ¡esos burócratas y juristas del Ministerio son tan quisquillosos[184]...»

Ribbentrop pudo suspender a tiempo ese ataque tan mal planteado, es decir, antes de que los artífices secretos de Schellenberg desembocaran en lo irracional. Pues el atentado de un solitario carpintero marcó a ambos agentes secretos, Stevens y Best, como figuras de un trauma psíquico que subyugaría para siempre a Hitler.

El 8 de noviembre de 1939, por la tarde, Martin, director de Seguridad en Nuremberg, detuvo el tren del Führer procedente de Munich con Hitler y Himmler. Martin subió al convoy y manifestó lo siguiente: pocos minutos antes, tras el discurso proverbial del Führer en la Bürgerbraeu, se había cometido un atentado contra el local tradicional de los combatientes veteranos; la techumbre se había desplomado aplastando a diez o doce camaradas. Los autores no habían sido descubiertos[185]. Hitler lo sospechó al instante: aquello era obra del Servicio secreto británico; ¡tras el crimen se adivinaban las sombras de Stevens y Best! Himmler reaccionó con idéntica celeridad. Corrió hacia un teléfono y dio la alarma a la Dirección general de Seguridad del Reich. Después, pidió comunicación con cierto número telefónico en Düsseldorf.

Poco después, sonaron unos timbrazos insistentes en el dormitorio de Schellenberg. El agente SD escuchó la voz descompuesta de Himmler: «Esta noche, al concluir el discurso de la Bürgerbraeukhiler de Munich, se ha atentado contra nuestro Führer. Afortunadamente, el Führer había abandonado la sala unos minutos antes. Es, sin duda alguna, una asechanza del *Secret Service* inglés[186].» Entonces, Himmler le transmitió la orden de Hitler: deténgase inmediatamente a Stevens y Best, hágaseles entrar en el Reich. Schellenberg obedeció, y no tuvo dificultades, pues se había preparado para esa empresa muchos días antes: Naujocks (SD) estaba presto con un comando de asalto, y él, Schellenberg, se había dado cita con los dos británicos para la tarde del día siguiente en la localidad fronteriza holandesa de Venlo[187].

Serían las 15 horas del 9 de noviembre cuando se acomodó en un café de Venlo próximo a la frontera. Los minutos transcurrieron con una lentitud paralizante, angustiosa. Schellenberg miró por la ventana...; el ataque debería tener lugar antes de que los británicos entraran en el café. De pronto, apareció el «Buick» de Best. El agente SD salió con bien fingida naturalidad a la calle para recibir a los recién llegados. Best y Stevens se le acercaron[188].

En ese instante se aproximó un coche SS descubierto, atravesó

la barrera y se detuvo ante los dos británicos. Trepidaron algunas pistolas ametralladoras; los británicos sacaron las suyas. Naujocks saltó con sus hombres del vehículo y aherrojó a los británicos, incluyendo a su acompañante holandés Klop, aunque había resultado malherido. Mientras tanto, Schellenberg corrió hacia su coche, estacionado detrás del café... Todo terminó en pocos minutos: el éxito les sonrió [189].

Al día siguiente, se puso en marcha la máquina propagandística alemana. El pueblo germano supo que los organismos de Seguridad del Reich habían conseguido detener a los instigadores del horrible atentado cometido contra el Führer. El *Oberführer SS* fue condecorado por el propio Hitler con la Cruz de Hierro de primera clase por su acción heroica que violaba el derecho internacional, y el dictador le invitó incluso junto con otros personajes de las SS a una cena en la Cancillería del Reich [190]. Desde luego, durante aquel banquete, el indiscreto benjamín del Mando SS causó una irritante decepción al anfitrión. Significó que el atentado contra el Führer no había sido obra del Servicio secreto británico, y menos todavía de los dos prisioneros, Stevens y Best. A su juicio, sólo una persona tenía ese crimen sobre su conciencia, es decir: el autor: Georg Elser [191].

Himmler saltó exasperado: «¡Eso es tan sólo su opinión [la de Schellenberg], *mein Führer* [192]!» A decir verdad, esa opinión era unánime en la Dirección general de Seguridad. Schellenberg había examinado previamente los sumarios de la Policía judicial cuyo contenido conducía a una conclusión irrefutable: Elser era el único autor [193]. En la noche del 9 de noviembre, el jefe de la Kripo, Nebe, había partido desde el aeropuerto de Doeberitz con la comisión especial «Atentados» (constituida por Heydrich, Müller [Gestapo], su lugarteniente Lobbes y varios expertos en explosivos) para captar el rastro en la Bürgerbraeukeller de Munich [194]. Pero Nebe no encontró mucho más de lo que ya habían descubierto los agentes de la Kripo de esa ciudad.

De las pruebas e indicios se indujo que el delito había sido planeado con mucha anticipación. El autor había empleado una máquina infernal cuya carga explosiva no pesaría más de diez kilos. Había ocultado el artefacto en un pilar de cemento y acero revestido con madera dentro de la sala. A esas horas el perpetrador del atentado se acurrucaba ya bajo los reflectores de la Gestapo, pues en la misma noche del 8 de noviembre había sido arrestado al intentar cruzar clandestinamente la frontera suiza: Georg Esler, aprendiz de carpintero y relojero de Koenigsbronn, de 36 años de edad, buen trabajador por afición y principios, uno entre los muchos alemanes silenciosos a quienes no gustaba la guerra de Hitler [195].

Él mismo describió cómo lo había hecho: «Serré el revestimiento con un serrucho de carpintería, coloqué algunos goznes y reinstalé el trozo suelto como una portezuela. Luego, recubrí ésta por dentro con una lámina de hojalata...; dos milímetros, más o menos. La hojalata servía dos finalidades: primera, impedir que alguien golpeara distraídamente y descubriera el hueco; segunda, evitar que, si se decoraba la sala, penetrara algún clavo cuya punta pudiera dañar mi mecanismo de relojería.» Después fue a buscar su carga de dinamita y la depositó en el interior. Elser: «El 5 de noviembre por la noche, entre las 21 y las 22 horas, penetré con el mecanismo de relojería bien empaquetado en la *Bürgerbraeu.* Caminé hacia la galería y me escondí tras una columna. Allí aguardé hasta que se apagaron las luces y se cerró la sala.» Terminó así su relato: «Esperé, para mayor seguridad, media hora más. Entonces me dirigí con los dos relojes al pilar y abrí la portezuela. Ajusté ambos relojes en la antecámara de la carga. Por último, los puse en hora [196].»

El caso no podía ser más simple. Y, sin embargo, el Führer del Gran Reich alemán no quería una verdad tan llana. Para él todo había sido una gigantesca conjura del Servicio secreto británico, una vasta red de intrigas en las que estaban complicados quienes le habían jurado enemistad mortal: judíos, británicos, masones y..., ¡cómo no!, Otto Strasser.

Heinrich Himmler empezó a trasudar. ¿Dónde estaban los instigadores? Como Nebe no los encontrara, fue relevado y despachado a Berlín [197]. Himmler suplicó casi lloroso: «¡Debemos encontrar a los instigadores, Schellenberg! Hitler no quiere creer de ninguna forma que Elser fue el único autor del atentado [198].» Y el indignado *Reichsführer* escribió al pie de la primera declaración tomada a Elser, es decir, la versión del autor solitario: «¿Quién es el idiota que condujo este interrogatorio [199]?»

Arrastrado por la ira de todo subalterno empavorecido, Himmler se fue adonde estaba el inculpado Elser y se abalanzó sobre él sin poderse dominar. El consejero gubernamental doctor Boehme, al frente de la jefatura de la Kripo en Munich, presenció esa escena en el palacio de Wittelsbacher, sede de la Gestapo. «Entre bárbaras injurias, Himmler pateó furiosamente con sus pesadas botas al maniatado Elser —informa Boehme—. Luego, lo hizo conducir por unos agentes de la Gestapo desconocidos para mí al lavabo contiguo al despacho [el del director de la Gestapo en Munich], donde lo mandó atar y flagelar con un látigo o algo parecido hasta que sus aullidos

nos ensordecieron. Después, se lo condujo otra vez a paso gimnástico ante Himmler, quien lo golpeó e insultó de nuevo [200].»

Georg Elser se mantuvo en lo dicho. Himmler envió a un nuevo investigador a Munich: el jefe de la Gestapo vienesa y consejero criminalista Franz Josef Huber. Éste tampoco halló instigadores. Huber telefoneó a Müller en Berlín y le hizo saber sus averiguaciones. Pero el jefe de la Gestapo se aterró: «¡Por todos los cielos! ¿Cómo se le ocurre expresar tales pensamientos [201]?» Sin embargo, uno tras otro terminaron por reconocer que Elser no tenía cómplices. Incluso Heydrich se inclinó ante la verdad [202]. Sólo Himmler siguió sobre el rastro de esos fantasmagóricos instigadores. «Un hombre solo no nos sirve de nada», escribía el 4 de diciembre el *Obergruppenführer SS* Karl Wolff al *Oberführer* SS Simman [203]. Pero se tuvieron que conformar con el autor único.

Finalmente, Heinrich Himmler hubo de exponerse al reproche que más le atemorizaba en boca de Hitler: las recriminaciones por sus fracasos. Hitler no olvidó jamás que el *Reichsführer SS* le había «escamoteado los verdaderos autores» en aquel 8 de noviembre de 1939... razón suficiente para que Himmler protegiera celosamente a Elser, como el testimonio más preciado de la eficiencia policíaca, el único hombre en condiciones de atestiguar que sus funcionarios no habían fracasado.

Ahora bien; para el rival de Himmler, Von Ribbentrop, el asunto Elser entrañó una lección muy alentadora: el poder del «mecanismo Himmler» era indiscutible cuando seguía ciegamente las órdenes y los deseos de Hitler, pero si se desviaba un milímetro del curso marcado por el dictador quedaba expuesto a las críticas de cualquiera. El ministro del Exterior esperó pacientemente: ya llegaría el momento en que pudiera probar a su Führer que el SD tampoco era un instrumento infalible de la voluntad hitleriana. Y ese momento llegó un año después del atentado. El SD mostró tal inobediencia que Hitler gritó enfurecido: «¡Si la "peste negra" no se enmienda, la borraré del mapa [204]!»

Objeto de esa cólera «dictatorial» fue una intentona promovida por la Guardia de Hierro bajo el patrocinio del SD en Rumania para derrocar al aliado de Hitler, el presidente ultraconservador mariscal Ion Antonescu. La política alemana en Rumania reflejó particularmente la grotesca contradicción entre el Ministerio del Exterior y el Servicio de Seguridad. Hacía mucho tiempo que el SD protegía a la Guardia de Hierro, un partido nacionalista y revolucionario con observancias fascistas en el que los emisarios de Heydrich y Himmler veían

un confederado del NSDAP [205]. No obstante, el mariscal Antonescu se anticipó a la Guardia en su marcha hacia el poder (setiembre de 1940), un oficial superior en la línea del caudillo balcánico a quien repugnaba el fascismo tanto como la democracia.

Antonescu tenía razones sobradas para estar agradecido a los alemanes. En julio de 1940, había sido detenido por orden del rey Carol, y recobró la libertad gracias a las diligencias de un diplomático alemán [206].

Como la Guardia de Hierro no tenía ningún cerebro privilegiado, el AA de Berlín decidió apostar por Antonescu como futuro dictador del país [207]. Así Hitler no tuvo problema alguno, puesto que Antonescu se asoció en principio a la Guardia de Hierro y compartió con ella el Gobierno de Rumania. Sin embargo, la alianza entre reaccionarios y revolucionarios se deterioró rápidamente y, pocos meses después, Horia Sima, jefe de la Guardia se aprestó a sublevarse contra Antonescu... confiando, sobre todo, en las promesas de ayuda alemana suscritas por sus consejeros SD.

El 21 de enero de 1941, la Guardia se disparó en Bucarest. Casi todos los lugares y edificios públicos de la capital cayeron bajo su poder; Antonescu sólo pudo conservar la sede presidencial [208]... Su situación era desesperada, y Hitler representaba para él la última posibilidad. El 22 de enero, el general preguntó a Hitler por mediación de la Embajada alemana si disfrutaba todavía de su confianza. Respuesta fulminante de Ribbentrop: sí, Antonescu debe obrar como estime oportuno, y el Führer le aconseja que trate a esos legionarios como él, Adolf Hitler, hiciera otrora con los insurgentes de Roehm [209]. Antonescu se revolvió y pudo sofocar la sublevación. El general persiguió a sus enemigos sin misericordia. De pronto, intervino el SD. Escondió en lugar seguro a los dirigentes de la Guardia, entre ellos a su jefe Horia Sima y a 14 comandantes. Sima fue huésped de Andreas Schmidt, dirigente de la minoría alemana [210]. Cuando la Policía rumana abandonó la búsqueda de los fugitivos rebeldes, el SD los sacó clandestinamente del país vestidos con uniforme alemán, y viajaron en ambulancias hasta el Reich [211].

Apenas supo Ribbentrop sobre la escapatoria rumana del SD, espoleó la cólera hitleriana contra el Servicio de Seguridad. Ribbentrop creyó ver un monstruoso complot del SD para desarticular la política exterior oficial: el jefe SD en Rumania había alentado al insurrecto Horia Sima, el jefe del Vomi y el *Obergruppenführer SS* Lorenz habían designado a Andreas Schmidt como jefe de la minoría étnica, y éste, por su parte, se había hecho cargo de Sima. Tras ellos

se había adherido a la conjura todo el mando SS. Los contactos establecidos por Schmidt llegaban hasta las inmediaciones de Himmler, hasta el jefe de la Dirección general SS, *Gruppenführer* Gottlob Berger, suegro del propio Schmidt[212].

Ribbentrop envió a un nuevo embajador hacia Bucarest, quien, provisto de plenos poderes, depuso al jefe del SD en Rumania (miembro de la Embajada) y le hizo partir para el Reich, donde le esperaba ya una orden de detención. El agente SD se pasó treinta días en una celda de la Gestapo[213]. El SD sufrió tal desprestigio que Ribbentrop se atrevió, por fin, a imponer más disciplina entre los temibles agregados policiales. En abril y junio de 1941 escribió tres misivas al jefe RSHA, Heydrich, exigiendo un término a las continuas intromisiones del SD en la política exterior y proponiendo nuevas relaciones de trabajo entre ambos organismos[214].

El ministro del Exterior denunció la convención del 26 de octubre de 1939, se acogió a la disposición hitleriana en la que se decretaba que todas las actividades de cualquier autoridad alemana en el extranjero fueran supervisadas por los correspondientes embajadores, y exigió que el agregado policial ejerciera asimismo sus funciones oficiales a través del embajador[215]. Himmler claudicó: el 9 de agosto de 1941 concertó con Ribbentrop un nuevo convenio en el que se estipulaba que toda la correspondencia entre agregado policial y RSHA fuera revisada por el jefe de misión, y que el SD renunciara a toda ingerencia en los asuntos internos de cada país[216].

Prescindiendo de la seriedad con que el SD cumpliera tales acuerdos... justo es reconocer que el ministro del Exterior se lanzó alegremente a la competencia y, con repentino ímpetu, defendió enérgicamente sus intereses frente al SD. No dejó pasar ninguna oportunidad para recordar con machacona insistencia al *Reichsführer SS* las prerrogativas políticas del ministro Von Ribbentrop en el exterior.

Cuando Himmler se hizo invitar desahogadamente cierta vez por el ministro italiano de Asuntos exteriores, Ribbentrop le hizo saber antes del viaje que «las personalidades estatales y nacionalsocialistas debían solicitar por escrito autorización para ausentarse del país al Ministerio de Asuntos exteriores». Y el jefe del AA no quiso recomendar ese viaje al Führer hasta que Himmler le explicó la exacta finalidad de su traslado a Italia. Y todavía otra advertencia: «Si piensas atenerte a la noción de que tus funciones jurisdiccionales dentro del Reich te facultan para emprender tal o cual acción en el extranjero..., ten presente esto: tengo, ante todo, la convicción de que no puedo reconocer bajo ningún concepto la aplicación de atribuciones

en tierra extranjera cuyos efectos puedan afectar a la política exterior del Reich[217].»

Por otra parte, levantó una empalizada que debería frenar las empresas políticas SS en el sudeste europeo, donde los Escalones de Protección tenían muchas relaciones. El ministro del Exterior se alió con una potencia contra la cual se había estrellado ya una vez la codicia política de Himmer en el exterior: las SA. En el verano de 1941, Ribbentrop hizo ocupar todas las Embajadas y Legaciones de los Balcanes por jefes SA que no eran supervivientes accidentales del 30 de junio de 1934: el *Obergruppenführer SA* de la Baja Sajonia Siegfried Kasche fue embajador en Zagreb; el *Obergruppenführer SA* de Berlín Dietrich von Jagow, embajador en Budapest; el *Obergruppenführer SA* de Alemania central barón Manfred von Killinger, embajador en Bucarest; el *Gruppenführer SA* de Suabia Hanns Ludin, embajador en Bratislava; y el *Obergruppenführer SA* de Hesse Adolf Heinz Beckerle, embajador en Sofia[218]. Ninguno de ellos había olvidado que la muerte les acechó una vez por mano de los SS.

Joachim von Ribbentrop trazó una divisoria que Himmler no se atrevió ya a franquear. Cuando el *Gruppenführer SS* Werner Besto entró al servicio del AA, el ministro le significó que en adelante sólo podría ser subordinado suyo y no simultáneamente de Himmler[219]. Ahora bien; los alfilerazos del antiguo camarada no hicieron ya mella en el *Reichsführer SS*, pues éste había comprendido mucho antes que la política exterior era tanto menos importante cuanto más aprisa transcurrían los años de guerra. El sector autónomo de la política exterior se empequeñecía cada vez más, el mundo de los países neutrales e independientes se encogía a ojos vistas. En lugar de la política exterior aparecía la política de ocupación. El Occidente y, sobre todo, las vastas superficies orientales ofrecían un nuevo campo de actividades. Allí divisaban los ojos agoreros del visionario Himmler un nuevo universo: el universo de los superhombres alemanes.

12. La política racista en el Este

Heinrich Himmler no desatendió ninguna medida preventiva para conservar en lugar seguro el documento secreto. No se permitió leerlo a ningún profano, y pocos altos funcionarios del III Reich conocieron su contenido. Pues aquellas seis páginas retuvieron los sueños cotidianos y recónditos del jefe de las SS, las fantasías febriles que habrían de ser funestas para millones de seres humanos.

«El Führer —apuntó Himmler el 28 de mayo de 1940 sobre la memoria secreta— dispuso que se hiciera un número muy reducido de ejemplares, sin copia, y se les diera un trato sumamente confidencial.» Muy pocos magnates nazis fueron iniciados en los secretos del documento, concretamente algunos *Gauleiter*, dos ministros del Reich y el gobernador general de Polonia, más los jefes superiores de Policía y SS en el Este, así como los de las Direcciones generales SS. Los jefes SS debieron presentar cada cual un ejemplar del documento secreto a los jefes de las Direcciones generales y esperar hasta que éstos hubieran leído el texto y lo hubieran certificado así por escrito ante ellos [1].

Lo que el *Reichsführer SS* ocultó incluso a las mentes más ortodoxas del nacionalsocialismo fueron «ciertos pensamientos sobre el tratamiento de las razas orientales», que plasmó sobre el papel bajo ese mismo título en mayo de 1940 para exponerlos a Hitler [2]. Himmler especificó allí con su árido lenguaje burocrático la destrucción de los pueblos orientales en beneficio del superhombre alemán.

Objetivo supremo de la política oriental alemana, invocaba el autor del memorándum, debe ser desmembrar la antigua Polonia con sus innúmeros pueblos (polaco, ucraniano, ruso blanco, judío, goral, lemken y kachubia) «en el mayor número posible de porciones o fragmentos», extraer los valores raciales de esa mezcolanza y dejar marchitarse por sus pasos contados el resto. Himmler: «Tras una apli-

cación consecuente de esas medidas, la población del Gobierno general quedará reducida forzosamente en el curso de los diez próximos años a una minoría étnica inferior. Esta población estará disponible como masa trabajadora sin jefe reconocido, y entre ella Alemania podrá enrolar cada año a temporeros y obreros para sus futuras y especialísimas obras [3].» Entre un *movimiento y otro* se iría arrinconando a los pueblos del Este. Era preciso desembarazarse de los judíos mediante «un éxodo general hacia Africa o, de no ser esto posible, formando una colonia aislada», y también se debía procurar hacer «desaparecer en nuestro espacio el concepto racial de ucraniano, goral y lemken. Lo mismo cabe decir de los polacos... en un marco, naturalmente, más amplio» [4].

Ahora bien: ¿cómo se destruiría toda una raza? Muy sencillo: suprimiendo sus clases dirigentes y «cribando» su juventud. También había otros dos métodos: los niños «racialmente aprovechables» serían conducidos al Reich para su germanización y, por otra parte, se embrutecería al resto de la juventud. «Para los pobladores no alemanes del Este —escribió Himmler— sólo habrá una escuela primaria de cuatro grados. Esa enseñanza elemental tendrá exclusivamente el siguiente objeto: enseñar a contar hasta 500, escribir el nombre completo, inculcar la doctrina de que hay un mandamiento divino, obedecer a los alemanes, y ser honrado, trabajador y dócil. No estimo necesario que se enseñe a leer [5].»

No se puede expresar con mayor crudeza el espíritu avasallador de la Alemania nacionalsocialista; fue difícil imaginar una reproducción más incisiva de la legendaria tendencia germana a expansionarse hacia el Este. Y con todo, se escondió todavía algo más tras las frases pomposas de Himmler. En aquella memoria del Mando SS se manifestó el ansia de controlar la política oriental alemana, se reflejó el ímpetu autoritario que Otto Hofmann, *Gruppenführer SS* en la Dirección general «Racismo y Colonización», tradujo con una frase muy simple: «El Este pertenece a los Escalones de Protección [6].»

Y realmente los éxitos bélicos iniciales de la Alemania hitleriana facilitaron a las SS unas posiciones claves en el Este que hicieron parecer a Himmler el verdadero dueño de las regiones alemanas orientales. Por vez primera, el jefe SS vio a su alcance la realización de una vieja quimera: una orden caballeresca alemana, las SS, una nueva orden prusiana para batallar por su Estado institucional monolítico. Él sería dique contra las mareas eslávicas y garantía de una fructuosa acción colonizadora para los cultivadores alemanes.

Heinrich Himmler se creyó predestinado para ese cometido desde que tuvo uso de razón y, por tanto, hizo sus preparativos. Nada le pareció más compaginable con su íntima naturaleza que la sagrada misión de conducir a los alemanes hacia el Este y hacer otra vez de ellos un pueblo agricultor. «¡No se puede imaginar cuán feliz soy!», exclamó un día extasiado ante su médico Félix Kersten tras su asistencia a un Consejo en el Cuartel General del Führer. «No sólo me ha escuchado el Führer... ¡También ha aprobado mis propuestas! ¡Éste es el día más feliz de mi vida!» ¿Y qué había propuesto el jubilante sujeto a su Führer? Implantar en el Este un sistema colonizador de campesinos-soldados regentado por las SS. Himmler: «El pueblo alemán fue siempre campesino y debe retornar a su esencia vital. Las regiones orientales servirán para fortalecer el espíritu rural del pueblo alemán, serán su fuente eterna de juventud donde podrá renovarse hasta el infinito[7].»

Desde su adolescencia se vio en el papel de caudillo campesino germánico. Y aquel mundo suyo figurativo e insólito fue un crisol donde se fundían la romántica fisonomía de una colonia medieval en tierra oriental y el temor biológico de las cabezas braquicéfalas y oscuras con la alucinación de que una aristocracia campesina y feudal en el Este aportaría venturas sin fin a Alemania. El jefe de las SS, Himmler, no se cansó jamás de promover la colonización alemana oriental. El antiguo Artamene que con su amigo R. Walther Darré intentara contener, años atrás, la oleada de jornaleros polacos muy poco ambiciosos en las haciendas alemanas, inculcó sin pausa a su gente SS que el alemán debería afirmar una vez más los pies sobre tierra firme y procurarse nuevos espacios colonizables.

Himmler y Darré, el jefe de la Dirección general «Racismo y Colonización» (RuSHA), se apropiaron diligentemente de la política colonizadora alemana. En 1934, el *Gruppenführer SS* Darré fue nombrado ministro de Agricultura del Reich[8], y confirió al *Standartenführer SS* doctor Horst Rechenbach un cargo principal para la selección de colonos[9]; fue entonces cuando todos los altos funcionarios del medio agronómico fueron encuadrados en las SS como jefes honorarios[10]. No obstante, las utopías sociológicas de los dos idealistas reaccionarios naufragaron en el realismo de la moderna sociedad industrial. Y aquello quebrantó también la amistad entre Darré y Himmler. En febrero de 1938, Himmler relevó al jefe de la RuSHA porque Darré se le antojaba demasiado «teorético»[11] y, además, seguía aferrándose obstinadamente a su proyecto de la aristocracia ancestral («sangre y tierra»). El oportunista Himmler esperó a que

la política de su Führer le abriera aquel campo colonizable donde él podría implantar el nuevo campesinado del Gran Reich alemán.

Cuando Hitler anexionó por vez primera al Gran Reich un pueblo extranjero —los checos de la desmembrada República checoslovaca—, Himmler vio una oportunidad dorada para introducir sigilosamente sus viejos planes de vida nueva. Hacia primeros de junio despachó hacia Praga al jefe del negociado «Colonización» en la RuSHA, *Oberführer SS* Curt von Gottberg, con el encargo de montar allí un Registro agrario [12]. Von Gottberg debería expropiar a los hacendados checos en las comarcas más productivas del protectorado de Bohemia y Moravia para poblar sus granjas con colonos alemanes. Mas aunque Hitler anunció también, por otra parte, un desalojamiento forzoso de seis millones de checos [13], el expropiador Von Gottberg no pudo alcanzar la cima de sus designios, pues por entonces funcionaba ya a plena marcha la inmensa máquina del rearme alemán buscando, incluso, el apoyo de la industria checa y su potencial humano e imposibilitando toda medida colonizadora en los aledaños del Reich. Así, pues, el Registro agrario de Praga tuvo que conformarse con el envío de algunos colonos SS a Bohemia y Moravia [14].

El campesino místico y «antieslavo» hubo de esperar hasta la Segunda Guerra Mundial. ¡Ésta sí le abrió el paso a la tierra de sus sueños! Desde luego, al principio fue preciso entrar por una puerta excusada, pues el dictador, que había hecho llamar a su fiel escudero cuando comenzó la campaña polaca, no pedía un apóstol de la colonización sino un policía iracundo y con mano dura.

Hitler se había propuesto resolver definitivamente el «problema polaco». La guerra contra Polonia significaba para él mucho más que una simple escaramuza por Danzig y su pasillo. Ahora se cumpliría la profecía que se había arriesgado a formular en *Mein Kampf* varios años antes: «Reanudamos la marcha en el punto en que se abandonó hace seis siglos. Suspendemos la perpetua migración germánica hacia el sur o el occidente europeo y tendemos nuestra mirada por la vasta superficie del Este. Ponemos término a la política agraria y mercantil de anteguerra para emprender la política geográfica del futuro [15].» Ahí surge el inconveniente: a esa política geográfica se opone un pueblo extranjero que ha cultivado con anterioridad la tierra. Pero Hitler se había hecho ya su composición de lugar en 1926: «El Reich —escribe— debe escoger entre estas dos opciones: encapsular a los elementos raciales orientales para no seguir enrareciendo la sangre del pueblo propio... o eliminarlos por la vía rápida y entregar el territorio así liberado a nuestros compatriotas [16].»

Traducidas esas nociones al lenguaje empleado en agosto de 1939, significaron para Hitler que se debería reducir Polonia al nivel del ilota, arrebatándole sus estamentos intelectuales, su personalidad nacional, sus fundamentos estatales y su cultura. Tras ese tratamiento, los orgullosos polacos se convertirían en siervos de la gleba, en sujetos estampillados con un destino previsto: servir al amo alemán.

La decisión final no se hizo esperar. El 22 de agosto de 1939, los militares más relevantes de Alemania supieron durante una conferencia en el Obersalzberg que Hitler había resuelto terminar con Polonia. El mariscal Fedor von Bock recuerda aún las palabras del dictador: «Ocurrirían ciertas cosas que no encontrarían aceptación entre los generales alemanes. Por lo tanto, él no quería endosar al Ejército las necesarias liquidaciones...; los SS se encargarían de ellas [17].»

Eso fue justamente lo que le indujo a requerir la presencia del jefe SS y encadenar para siempre a sus Escalones con la tragedia polaca. Himmler recibió órdenes concretas del dictador: formar grupos de acción que invadirían Polonia tras las tropas alemanas y liquidarían a todo dirigente o intelectual polaco dondequiera que lo encontraran.

Hasta entonces los comandos de la Sipo habían asistido a todos los envites de la expansión política nazi. Cuando se invadió Austria, los destacamentos especiales de Reinhard Heydrich acompañaron ya a las tropas [18], y asimismo el desmenuzamiento de Checoslovaquia fue un gran incentivo para los grupos de acción [19]. Las tropas de Heydrich fueron comandos motorizados de la Sipo y del SD que cumplieron sus misiones de seguridad e información con fulminante rapidez; una vez concluida la operación, se transformaron en bases fijas de ambas organizaciones hermanas —similares a las usuales del Reich— cuyo personal compuso los futuros grupos de acción: Direcciones y Subdirecciones de la Policía secreta Gubernativa, sectores y subsectores del Servicio de Seguridad [20].

En un plazo muy breve, Heydrich constituyó los comandos para la campaña de Polonia. Formó cinco grupos cuyos componentes vistieron uniforme de campaña, es decir, el de las reservas estratégicas SS con el rombo SD en la manga izquierda [21]; cada grupo fue agregado a un Ejército y se subdividió en cuatro comandos de 100 a 150 hombres que fueron igualmente distribuidos entre los Cuerpos de Ejército [22]. El mando se confió a diversos jefes del SD: el *Brigadeführer SS* Bruno Streckenbach se hizo cargo del grupo I, afecto al 14.º Ejército del capitán general Wilhelm List, y tras el cual marchó en

su avance hacia Lemberg [23] (Lvov); el *Obersturmbannführer SS* doctor Emanuel Schaefer dirigió el grupo II que marchó a retaguardia del 10.° Ejército mandado por el general Walter von Reichenau hasta el Vístula, al sur de Varsovia [24]; el *Obersturmbannführer SS* doctor Herbert Fischer mandó el grupo III que escoltó al 8.° Ejército del general Johannes Blaskowitz, cuyas tropas operaban en dirección de Lodz [25]; el *Brigadeführer SS* Lothar Beutel capitaneó el grupo IV, que siguió como una sombra al 4.° Ejército del general Günther Kluge lanzado a toda marcha sobre la fortaleza de Modlin [26], y el *Standartenführer SS* Ernst Damzog marchó al frente del grupo V tras el 3.er Ejército del general Georg von Küchler [27].

Sin embargo, aquella Dirección general de Seguridad sobre ruedas tendría que ocultar celosamente sus cartas a los militares si Heydrich y Himmler querían efectuar sin impedimentos el aniquilamiento masivo de la *élite* polaca según una orden del Führer mantenida en secreto ante la Wehrmacht. Pues a ésta se le ofrecían muchas oportunidades para controlar a los grupos de acción. Las unidades de Heydrich estaban subordinadas al Ejército en toda la zona de operaciones aun cuando recibieran instrucciones concretas de su Dirección general en Berlín. Asimismo, deberían responder de cualquier infracción ante la justicia militar [28]. Por añadidura, el comandante supremo había conseguido de Hitler que una vez terminados los combates se adjudicara el poder ejecutivo en la Polonia ocupada a los militares [29]. Si los generales alemanes poseyeran suficiente intuición política, Himmler y Heydrich arrostrarían graves peligros con su campaña terrorista.

Ambos jefes SS hubieron de proceder con suma prudencia. Comenzaron por recordar sin más ni más a los militares que el 8.° Ejército, por ejemplo, había definido la misión de los Grupos en una orden básica del 9 de setiembre de 1939: «Hostíguese y elimínese a todo elemento hostil en la retaguardia de las fuerzas combatientes, cuidando especialmente el contraespionaje, la detención de personas políticamente sospechosas, la incautación de armas, retención de documentos importantes bajo el aspecto policial y de seguridad, etcétera [30].»

Desde luego, Heydrich y Himmler encubrieron no sin inquietud el verdadero cometido de sus comandos, pero a la larga no pudieron ocultar los asesinatos cometidos por ellos entre la aristocracia, el clero y la intelectualidad. Ahí los jefes SS, siempre ansiosos de prestigio, tropezaron con un dilema: revelar el secreto traicionando al dictador o aguantar que la milicia los tomase por una banda de asesinos y los estigmatizara con un calificativo intolerable: indisciplinados.

Al cabo de varios meses, Himmler y Heydrich empezaron a sospechar que su Führer los había puesto en una situación tan precaria. Himmler intentó no sin cierta habilidad descargar toda la culpa sobre el dictador. Casi implorante conjuró a los generales: «¡Yo no hago nada que no sepa el Führer [31]!» Y Heydrich hizo constar más tarde por conducto oficial que en la Polonia ocupada existían desavenencias con el Ejército «porque las instrucciones que determinaban la intervención policial eran extremadamente radicales (orden de liquidación contra numerosos círculos dirigentes polacos y que afectaban a millares de personas)», y como esa orden del Führer «no podía ser revelada, naturalmente, ante los mandos del Ejército o los elementos de sus Estados Mayores, resultaba que, vistos desde el exterior, los procedimientos de Policía y SS parecían brutales, arbitrarios y despóticos» [32].

Los militares descubrieron muy pronto lo que realmente buscaban en Polonia esos grupos de acción. El almirante Canaris (Seguridad militar) informó ya el 8 de setiembre al primer intendente del Ejército, general Von Stülpnagel, que los jefes de las SS se jactaban de fusilar cada día a 200 súbditos polacos; esas ejecuciones tenían lugar generalmente sin juicio previo y las víctimas eran, sobre todo, judíos, aristócratas y clérigos [33]. Tres días después, Canaris abordó el tren del Mando en Illnau e informó personalmente a Keitel, jefe del OKW. Canaris advirtió: «Algún día el mundo hará también responsable a la Wehrmacht de tales métodos, ya que esas cosas suceden ante sus propios ojos.» El capitán general Keitel se mostró menos impresionado. Se atrincheró tras la lógica antropófaga de Hitler: «Si la Wehrmacht no quiere hacer "esas cosas" deberá permitir que la Policía de Seguridad y las SS diligencien el trabajo de liquidación [34].»

La Wehrmacht se condenó por su propia actitud a representar el papel de innoble comparsa. Aunque Canaris y sus comisarios siguieron acopiando material informativo sobre las demasías de los grupos, el terror siguió cebándose en la infortunada Polonia ante los espectadores militares, dejando un rastro similar al del terrible período en Alemania tras el advenimiento nacionalsocialista. Los cazadores de hombres se afanaron por hacer buena la palabra de Hitler: «Lo que hemos visto aquí en Polonia entre las clases dirigentes está destinado irremisiblemente a la liquidación; nosotros mismos nos ocuparemos de preservar y promover tras un plazo prudente todo cuanto crezca después [35].»

Mediante listas previamente planeadas, los esbirros de Heydrich acorralaron a maestros, médicos, empleados, clérigos, hacendados y

comerciantes polacos. Los detenidos ingresaron en prisiones preventivas que resultaron ser no raras veces centros de liquidación. La fábrica de manteca en Thorn (Torun), el molino harinero Mühltal, junto a Bromberg (Bydgoszcz), el campamento de Soldau, Fort VII en Posen (Poznan), Stutthof[36]..., todos fueron jalones de terror y muerte para miles de polacos. «Se piensa liquidar a los elementos radicales —aclaró el jefe de comandos en Bromberg, *Sturmbannführer SS* doctor Roeder[37].» Era «radical» todo nacionalista polaco; la afiliación a la «Westmarckenverein», una sociedad de chovinistas polacos que reclamaban la anexión de varias regiones alemanas facilitando así la «política polaca» de Hitler, bastaba a los liquidadores para dictar una sentencia de muerte[38].

Paso a paso diezmaron la *élite* polaca. Dos tercios de los 690 sacerdotes de la diócesis de Kulm (Chelmno) - Pelplin fueron detenidos y 214 ejecutados, entre ellos todo el cabildo catedralicio de Pelplin[39]. «Como consecuencia del conocido radicalismo polaco, se ha eliminado a una gran parte del clero católico», informaba Roeder a Berlín[40]. El historiador Martin Broszat, el cronista mejor informado sobre la política alemana en Polonia, cifra el número de víctimas durante los primeros meses de la ocupación en «varias decenas de millares»[41]. Heydrich declaró el 27 de setiembre de 1939: «De la clase dirigente polaca queda, a lo sumo, un tres por ciento en las regiones ocupadas[42].»

Junto a los departamentos liquidadores de aquellos grupos cuyo proceder afectaba una fría racionalidad, surgió una segunda potencia SS a la que no impulsó ninguna orden secreta del Führer, sino el odio y la venganza. Sobre todo en Danzig (Gdansk) y Prusia occidental irrumpieron las minorías étnicas alemanas, miles de alemanes fanatizados que recordaban todavía vívidamente su papel de presas cuando les perseguían los chovinistas polacos. Irritados por la propaganda hitleriana («vuestro hogar en el Reich») y entregadas a un temor histérico de los espías, las autoridades y organizaciones polacas se habían abalanzado sobre los grupos minoritarios alemanes al estallar la guerra. Ante esas minorías se abrió el camino del martirio: sobre los alemanes de Polonia llovieron las órdenes de detención en papeles rojos (ingreso en la prisión local), rosados (conducción a un campo de internación) y amarillos (destierro a la Polonia central u oriental). Organizaciones nacionalistas en posesión de las listas negras emprendieron acciones especiales contra los *Niemcy, Hitlerowcy* y *Szwaby*[43].

Cincuenta mil alemanes fueron desalojados de sus hogares en Po-

lonia occidental y despachados al Este, y miles desaparecieron para siempre tras las verjas carcelarias[44]. Comandos móviles polacos saquearon casas y granjas alemanas, asesinando a sus ocupantes. Miles de alemanes perdieron instantáneamente la vida, y otros no pudieron sobrevivir a la carrera de baquetas por aldeas llenas de multitudes frenéticas y vengativas. Las autoridades del Reich aseguraron más tarde que el 1.º de febrero de 1940 habían sido descubiertos ya los cadáveres de 1 300 alemanes asesinados[45]. Tal vez sea exagerada esa cifra, pero así y todo el autor se remite a una memoria publicada en Poznan por el Instituto occidental polaco, en la que se habla de varios millares[46]. Probablemente, Broszat es quien más se acerca a la realidad: él calcula entre 4 000 y 5 000 los alemanes asesinados, más otras 2 000 personas muertas por efectos de la guerra[47].

Ahora bien: los asesinatos polacos se diferenciaron fundamentalmente de los desafueros alemanes: no obedecieron a un planteamiento gubernamental, el Estado no fue mandante de los asesinos. Muchos polacos salvaron a no pocos alemanes de la ira popular y, en ocasiones, los mismos oficiales polacos protegieron a fugitivos alemanes. Entretanto, las minorías alemanas se aprestaron para tomar venganza de sus perseguidores. Apenas pasó la guerra por una localidad polaca, los habitantes alemanes se asociaron para formar una organización defensiva autónoma. Al principio sólo fue cuestión de defenderse, pues los alemanes en territorio polaco temieron nuevos ataques de la mayoría polaca... Una Milicia de voluntarios les proporcionaría la suficiente protección[48].

Mas he aquí que la autoprotección se tranformó velozmente en un vehículo de rencores nacionalistas, sobre todo cuando el *Gauleiter* de Danzig Albert Forster regresó al hogar y con una formación especial recién creada (*Sturmbannführer SS* Eimann) se adentró en Prusia occidental pregonando la lucha racista contra los polacos[49]. Prusia occidental se convirtió muy pronto en escenario de una campaña inmisericorde («¡aplastad a los polacos!») donde las pasiones desatadas se mezclaron con el frío cálculo. En las minorías alemanas combatientes de Danzig, agrupadas bajo el emblema de las tradiciones revolucionarias SA se había acumulado durante años un resentimiento «antipolaco» encauzado astutamente por el ambicioso Forster, que perseguía un objetivo preciso: como primer *Gauleiter* en el Este, «limpiar de polacos» su región ante los ojos del Führer[50].

Las pretensiones desmesuradas de Forster inquietaron a Himmler. Desde remotas fechas éste veía al *Gauleiter* como uno de sus más

temibles competidores en la lucha por el favor de Hitler; no se podía permitir bajo ningún concepto que Forster adquiriera ascendiente sobre las organizaciones de autoprotección. Himmler despachó al jefe de sus reservas, *Brigadeführer SS* Gottlob Berger: le encargó formar con esas unidades unas SS de minorías alemanas[51].

Berger reunió a unos cuantos jefes SS del Reich y les entregó el mando sobre las unidades de autoprotección en la Polonia ocupada. Los delegados de Berger distribuyeron esa Milicia en cuatro zonas de autoprotección; éstas se subdividieron en las llamadas inspecciones, cuyo mando correspondió a los jefes SS y de Policía locales[52]. La autoprotección vino a ser una Policía auxiliar que emprendió en Prusia occidental (y más tarde en la región de Lublin) una caza despiadada contra los polacos.

En Prusia occidental, el *Oberführer SS* Ludolf von Alvensleben asumió la autoprotección. Era un nacionalsocialista fanático que tiranizó el país tal como hicieran antaño los caciques SA (tipo Karl Ernst), quienes torturaban a demócratas y republicanos en sus «clandestinos» campos de concentración[53]. El jefe de zona Von Alvensleben fue un señor de horca y cuchillo. La denuncia más inconsistente de un alemán nativo bastaba para trazar una pequeña cruz en la interminable lista; acto seguido, salían los milicianos y metían al polaco en cualquier mazmorra o garaje, o bien lo llevaban hacia el bosque si era un candidato a la muerte.

Muchos nazis no pudieron soportar por más tiempo esas crueles escenas de la persecución en Polonia. La camarada Lily Jungblut, esposa de un hacendado germanopolaco en la comarca de Hohensalza, escribió una carta de protesta a Hermann Goering. «Se fusila a miles y miles de personas inocentes[54].» El propio Heydrich, nada humanitario pero interesado en la disciplina, rezongó lo suyo sobre «esos actos de venganza, a veces intolerables e incontrolables[55].»

Sin embargo, para Himmler sólo contó el «éxito», las estadísticas sobre los polacos liquidados o —como se dice ahora— «sometidos a un extrañamiento especial». Hacia mediados de setiembre, el Reichsführer puso en marcha un nuevo equipo de aniquilamiento, el grupo z.B.V.*, bajo el *Obergruppenführer SS* Udo von Worysch: se le encomendó la liquidación de polacos y judíos en el área de Kattowitz[56]. El jefe de grupo Von Woyrsch, compinche de Himmler en la mortífera cacería contra Roehm y sus secuaces, debería iniciar una nueva fase de la política oriental SS en el este de la Alta Silesia: enca-

* Reservado para Servicios especiales.

minar por la fuerza a los 500 000 judíos, aproximadamente, que residían en Danzig, Prusia occidental, Poznan y Alta Silesia hacia el interior de Polonia [57].

La unidad de Woyrsch fue concebida, evidentemente, como una fuerza de choque que debería recurrir al terror para sembrar el pánico entre los judíos de Alta Silesia oriental e imponerles el éxodo hacia Cracovia. Apenas abrió su campaña el *Obergruppenführer SS*, Heydrich se dirigió al Alto Mando del Ejército para consultar sobre su nuevo plan con el intendente general Eduard Wagner. He aquí el plan: concentrar en los ghettos polacos a todos aquellos judíos de las regiones orientales nuevamente germanizadas para hacerles emigrar a ultramar cuando se presentara la ocasión [58]. Wagner no tuvo nada que oponer. Veinticuatro horas después, el 21 de setiembre, dio órdenes a sus grupos de acción: aquel día se inició el éxodo judío forzoso hacia el corazón de Polonia [59].

Es ocioso decir que las cosas no quedaron resueltas para Heydrich con esa obsequiosa notificación al Ejército. Súbitamente éste mostró señales de rebeldía. Mientras tanto se había establecido una administración militar en la conquistada Polonia, bajo el mando del comandante supremo para el Este (*Oberost*) capitán general Gerd von Rundstedt; la Zona alemana de ocupación se dividió en cuatro regiones militares cuyas comandancias fueron asumidas por generales, junto a los que figuraron acreditados funcionarios nacionalsocialistas como jefes de la administración civil [60]. Los militares fueron responsables de la seguridad y el orden público ateniéndose a la solemne proclama del Ejército: «La Wehrmacht no ve un enemigo en la población polaca, y se propone respetar todos los acuerdos del Derecho internacional [61].» Mas el terrorismo desorbitado de las unidades SS y, sobre todo, las brutales represiones del grupo Woyrsch, hicieron ilusorias esas promesas. No obstante, algunos oficiales protestaron contra la matanza sistemática desatada por las SS.

Con fecha 20 de setiembre, el *Ic* del 14.º Ejército informó: «Se observa gran intranquilidad entre la tropa, ocasionada por algunas medidas injustas que adopta el grupo de acción Woyrsch en la zona del Ejército (fusilamientos masivos, particularmente de judíos). A la tropa le irrita, sobre todo, que esos hombres jóvenes derrochen su valor con personas indefensas cuando deberían estar luchando en el frente [62].» A raíz de aquello, el *Oberost* manifestó que no se podría tolerar por más tiempo la presencia del grupo Woyrsch en la zona de operaciones. Himmler contemporizó: Von Woyrsch debería someterse al deseo de los militares. Además, el Ejército exigió una suspensión

inmediata de la acción emprendida contra los judíos. Himmler condescendió una vez más[63]. El Alto Mando del Ejército informó el 1.º de octubre a los Altos Mandos de los Ejércitos en Polonia: «La orden II número 288/39 G. del 21 de setiembre de 1939, transmitida por el jefe de la Policía de Seguridad a los grupos de acción, sólo puede revocar las medidas preparatorias respecto al problema judío en la zona ocupada. Entretanto, el RFSS [*Reichsführer SS*] ha cursado otra orden más explícita a los grupos de acción[64].»

Posiblemente, la Wehrmacht habría atajado la arbitrariedad en el Este si se hubiera resuelto a seguir ejerciendo presión sobre Himmler. Pero Hitler supo muy bien cómo reaccionarían sus generales. Y puso un rápido fin a la administración militar en aquella zona con la certeza absoluta de que los relevantes militares darían un suspiro de alivio.

El 5 de octubre, se presentó ante Hitler el *Gauleiter* Forster para formular una queja sobre las continuas molestias que le ocasionaban los militares en Prusia occidental. Aquel mismo día, Hitler sustrajo esa región a la administración militar para ponerla bajo el gobierno de Forster[65]. Esa fulminante decisión desencadenó un alud que sepultó irremediablemente el régimen militar en el Este. Hacia mediados de octubre, Hitler creó, de dos o tres plumazos, un nuevo sistema dictatorial en la Polonia ocupada, un nuevo laberinto de jurisdicciones encontradas y un semillero de futuras intrigas entre los jerarcas nazis interesados en el Este: Danzig y Prusia occidental formaron juntas un *Reichsgau* * bajo el dominio de Forster; el competidor de éste en Danzig, *Gauleiter* interino y presidente del Senado Arthur Greiser, asumió el mando administrativo del nuevo *Reichsgau* de Wartheland (Poznan); otras provincias polacas menos extensas y fronterizas con Prusia oriental fueron repartidas entre otro rival de Forster; Koenigsberg, al *Gauleiter* Erich Koch; la Alta Silesia se agregó a la Silesia del *Gauleiter* Josef Wagner, si bien constituyó en 1941 una unidad administrativa independiente bajo el *Gauleiter* Fritz Bracht; y las regiones polacas restantes, considerablemente amputadas por los alemanes (y por los soviéticos presionando desde el Este) recibieron una camisa de fuerza, un draconiano Gobierno general en cuya cabeza se colocó con poderes evidentemente extraordinarios al jurista y jefe nazi doctor Hans Frank[66].

¿Se resintieron los militares por la usurpación de sus atribuciones superiores en el Este, protestaron contra el incumplimiento de las

* Demarcación administrativa nazi.

promesas hitlerianas asignando el poder ejecutivo a la Wehrmacht? Ni mucho menos. Los generales se alegraron no poco cuando el dictador los eximió de toda responsabilidad sobre los asesinatos porque, además, el astuto Hitler tuvo buen cuidado de pintar ante sus ojos un cuadro estremecedor del futuro polaco. El 17 de octubre, Hitler esquematizó en presencia de Keitel las directrices de su política polaca. Los espantados militares le escribieron presurosamente: «Una lucha racial enconada no tolera ninguna sujeción legal... Tales métodos son incompatibles con nuestros principios... Si se ha de impedir que la intelectualidad polaca medre como clase dirigente... Si es preciso limpiar de judíos, polacos y demás chusma las viejas y nuevas regiones del Reich[67]...»

Los militares apartaron la vista, estremecidos. Hitler había hecho conjeturas muy acertadas como lo patentizó el comportamiento del capitán general Von Rundstedt: cuando el *Oberost* supo que el ultranazi Frank sería Gobernador general, presentó inmediatamente su dimisión[68]. Los generales tuvieron tanta prisa por soltar la administración militar que la nueva de carácter estatal no pudo simultanear el montaje de sus estructuras con el veloz repliegue de la anterior. Y como consecuencia de ello, se abrió «un vacío anárquico e ilegal» (según Broszat) donde se precipitó Himmler con sus policías y unidades SS[69].

Así, pues, antes de que los nuevos señores administradores emprendieran sus tareas, el Gobierno subrepticio de los SS extendió una red sobre Polonia. Los grupos de acción se transformaron en comandancias de la Gestapo y sectores del SD cuyas actividades fueron coordinadas en cada distrito del Gobierno general por comandantes de la Sipo y el SD (KdS). Los KdS de los cinco distritos polacos quedaron subordinados al jefe superior de la Sipo y del SD (BdS), quien a su vez respondió ante la Dirección general de Seguridad del Reich[70] Junto a ellos se extendió un segundo cordón policial por todo el territorio polaco ocupado: los dispositivos de la Policía de Orden público.

Al estallar la guerra había sido también movilizada la Orpo, y numerosos batallones de Policía habían hecho la campaña de Polonia y compartido muchas empresas con los grupos de acción. El esquema jerárquico de la Orpo era paralelo al de la Sipo: un comandante en cada distrito del Gobierno general, y para todo el territorio ocupado, un comandante general de la Orpo subordinado igualmente a la Dirección general de la Policía de Orden público[71].

Los verdaderos poderes confluyeron en unos jefes supremos de SS

y Policía (HSSPF)* que sujetaron con mano dura ambas riendas. Los HSSPF existieron en el Reich desde 1937; fueron, por lo general, jefes de sector SS a quienes Himmler confirió su representación para cada delegación provincial. En caso de movilización, ellos metodizarían las intervenciones de todas las unidades policiales y SS. Aunque ésta fue su asignación oficial, Himmler los concibió como grapas férreas de la deseada integración entre Policía y SS. Sin embargo, los representantes de Himmler en el Reich ejercieron unas funciones raquíticas, pues la resistencia de la administración interna contra esa intrusión de funcionarios SS ajenos al orden policial se interpuso en el camino del Reichsführer, obligándole a sofrenar sus HSSPF y darles un carácter puramente representativo[72].

Pero en la colonia polaca de la Gran Alemania, un bien mostrenco sin burocracias apegadas a la rutina tradicional, Himmler pudo implantar altos jefes policiales y SS investidos con mayores atribuciones. Los nuevos HSSPF deberían supervisar todas las formaciones policiales y SS en el Este, contrarrestar la supremacía alcanzada por Heydrich dentro de la Orden negra y crear una administración politicopolicial que hiciera descollar a Himmler como el verdadero portavoz de la voluntad hitleriana[73]. Por entonces cabía preguntarse todavía si Himmler lograría imponerse en el Este, lo cual dependía no poco de los HSSPF.

El *Reichsführer* escogió a tres hombres duros, tres codiciosos jefes SS dinámicos y, sin embargo, no lo bastante fuertes para amenazarle. Nombró jefe superior de Policía y SS en Weichsel (Danzig) al *Gruppenführer* Richard Hildebrandt, un combatiente veterano que figuraba como adversario de los «pequeños Hitlers» y había sido desposeído ya una vez de todos sus cargos por Himmler como consecuencia de un altercado con el *Gauleiter* Streicher[74]; HSSPF de Warthe (Poznan) fue el *Gruppenführer* Wilhelm Koppe, un enérgico funcionario[75], y HSSPF del Este (Cracovia), el *Obergruppenführer* Friedrich Wilhelm Krüger, uno de los jefes SS más impopulares, odiado por las SA a causa de sus hipócritas manejos el 30 de junio de 1934, un pedantesco chismoso cuyas delaciones sobre presuntas deslealtades de ciertos camaradas repugnaban incluso al propio Himmler[76]. A esos altos jefes políticos y SS, Himmler agregó todavía un auxiliar de Cuerpo: los subjefes de Policía y SS[77]. Éstos actuaron en cada distrito del Gobierno general y garantizaron la integración entre SS y Policía a nivel provincial.

* *Höhere SS u. Polizeiführer.*

El rápido montaje del sistema policial y SS en el Este permitió a Himmler reclamar un papel preponderante en la política alemana de ocupación. También se habituó a perseguir a las tropas polacas dispersas y a las guerrillas recién creadas sin consultar para nada con la Wehrmacht. A socapa de esas operaciones contra guerrilleros, las formaciones de Himmler prosiguieron su campaña exterminadora entre los estratos sociales superiores. Continuaron deteniendo a súbditos polacos y liquidándolos a bulto periódicamente, como aquella empresa tristemente famosa denominada «acción excepcional de liberación» en la primavera de 1940, cuando fueron fusilados 3 500 polacos [78].

Las unidades de Himmler usurparon con tal desfachatez los atributos de la tropa ocupante, que los generales reaccionaron entonces violentamente. Aunque algunos contemporizadores como el jefe del OKW Keitel o fatalistas como Von Rundstedt hubiesen renunciado a representar un papel político en el Este, el Ejército no se dejó arrebatar su posición monopolizadora como fuerza ocupante. Los jefes SS se dieron cuenta demasiado tarde de que el nuevo *Oberost* capitán general Johannes Blaskowitz «se sentía dueño de la situación, como un hombre en verdad consciente de su poder absoluto», según lo expresó el *Brigadeführer* Berger [79].

Por aquellas fechas, la Wehrmacht poseía aún un firme agarradero en el Gobierno general: mediante un edicto hitleriano se le había reservado el poder supremo exclusivo para el caso de alguna perturbación interna. Ella podía adoptar todas las medidas que estimara necesarias en interés de la defensa nacional. Ella controlaba las comunicaciones terrestres, telegráficas y telefónicas e inspeccionaba todas las instalaciones y fábricas importantes para el esfuerzo bélico [80]. No, verdaderamente la Wehrmacht no debía haber consentido ser desplazada por un Himmler cualquiera. Sólo se requería un motivo insignificante para desatar el furor de la oficialidad...

Y ese motivo tan deseado, pero no insignificante, lo proporcionó la creciente campaña exterminadora de las unidades Sipo y SS. El *Oberost* Blaskowitz lanzó la primera y posiblemente única ofensiva de la Wehrmacht contra los asesinos SS y, además, «empleando un lenguaje que no encuentra parangón en la historia del Ejército alemán», al decir del historiador muniqués Helmut Krausnick [81].

Blaskowitz acumuló partes sobre los excesos de la organización SS en Polonia y preparó el borrador para una minuciosa memoria que cursó hacia mediados de noviembre de 1939 al comandante supremo del Ejército. El 18 de noviembre apareció la «reseña Blaskowitz» sobre

el escritorio de Hitler[82]. El capitán Engel, enlace de Hitler con la Wehrmacht anotó en su Diario el contenido de la memoria: «Los fusilamientos, requisiciones y arrestos ilícitos me causan gran preocupación y afectan a la disciplina de mis tropas, que presencian con sus propios ojos tales desmanes; todas las deliberaciones locales sin resultado con SD y Gestapo se remiten a las instrucciones de la *Reichsführung SS;* ruego restablezca una situación legal y, sobre todo, autorice sólo las ejecuciones cuando se celebre un juicio previo[83].» Hitler despreció esas «actitudes infantiles» del mando militar. Y despotricó lo suyo. El general Blaskowitz, dijo, no le había inspirado nunca confianza y ya iba siendo hora de que el hombre abandonara su puesto[84].

El *Oberost* Blaskowitz no se dejó intimidar por el colérico arrebato de su Führer. Siguió almacenando documentación contra las SS. Le llegaron muchos y muy diversos partes de sus unidades. He aquí un informe del general Petzel, comandante de la región militar de Warthegau, de fecha 23 de noviembre de 1939: «En casi todas las grandes localidades tienen lugar fusilamientos públicos a cargo de las mencionadas organizaciones (SS y Policía). La selección es totalmente casual y, a menudo, inconcebible; la ejecución es por demás innoble. Las detenciones van acompañadas casi siempre de saqueo[85].» Informe sobre los sucesos en la ciudad de Turck el 30 de octubre de 1939: «...se condujo a un número elevado de judíos a la sinagoga, donde se les obligó a andar a gatas cantando por debajo de los bancos, desde los que los agentes SS les azotaban la espalda sin pausa. Después, se les obligó a bajarse los pantalones para golpearles en las nalgas desnudas. Uno que se había defecado en los pantalones de puro miedo fue obligado a frotar el excremento por los rostros de sus compañeros[86].» Escrito del general Ulex, comandante en jefe del sector fronterizo Sur (2 de febrero de 1940): «Los actos violentos cometidos con creciente intensidad por las fuerzas policiales durante estos últimos tiempos muestran una carencia incomprensible de sentimientos humanos y morales, de modo que casi cabe hablar de embrutecimiento... El único remedio para esta indigna situación que mancilla el honor de todo el pueblo alemán consiste, a mi juicio, en relevar y disolver inmediatamente todas las formaciones policiales, incluyendo a todos sus altos mandos[87]...»

Blaskowitz confeccionó una nueva lista de tropelías de las SS. Registraba 33 incidentes descritos con toda suerte de detalles: ultrajes a judíos y polacos, violaciones, pillajes, asesinatos[88]. El capitán general hizo una recapitulación el 6 de febrero: «El criterio de la

tropa sobre SS y Policía fluctúa entre la repugnancia y el odio. Esos crímenes cometidos en Polonia por ciudadanos del Reich y representantes del Poder estatal enojan y asquean a cualquier soldado[89].»

Ese nuevo ataque del *Oberost* puso a las SS y a sus organismos policíacos a la defensiva. Hasta los militares adictos a Hitler, como Walter von Reichenau, formaron en las filas de los acusadores; ningún oficial de la Wehrmacht estrechó más la mano de un jefe SS en el Cuartel General del Führer. El propio Himmler hizo un gesto conciliatorio para salvar las apariencias: ordenó al jefe de la Policía de Orden público y al juzgado de la Dirección general SS que verificaran los «reparos» del *Oberost*[90].

Cuando la cosa empezaba a tomar mal cariz, acudió en ayuda del afligido jefe SS el gobernador general Frank, quien más tarde lamentaría amargamente esa acción de rescate. Sea como fuere, el 13 de febrero se presentó ante Hitler y le pidió lo que el Führer había decidido hacer mucho antes: la remoción del engorroso censor Blaskowitz[91].

Tres meses después, el jefe SS se quitó de encima a su contrincante militar. Blaskowitz fue destinado a Occidente, y con él se trasladó el grueso de las fuerzas alemanas desde el Gobierno general hasta la frontera francesa. Pocas semanas separaban a los militares de una fecha señalada, el 10 de mayo de 1940, comienzo de la campaña occidental[92].

Fue en aquel mes de mayo cuando Heinrich Himmler dictó su memoria sobre el «tratamiento más adecuado para los pueblos extranjeros del Este». Tenía vía libre: ahora podría esculpir en el paisaje volcánico del agonizante país polaco su Estado caballeresco regentado por los Escalones de Protección, la utopía sobre aquella futura raza germánica de campesinos guerreros.

La memoria de mayo jalonó una nueva etapa en la trayectoria de Himmler hacia Oriente. El genocida de las clases pudientes polacas vino a ser jardinero del pangermanismo, el omnipotente policía alemán se transformó en «comisario del Reich para el robustecimiento de la raza alemana». Un nuevo ejército invasor de la Orden negra, con tropas auxiliares a todas luces involuntarias, se aprestó para la intervención. Planas mayores colonialistas montaron sus campamentos, campamentos de refugiados abrieron sus puertas, comisiones raciales prepararon sus cuestionarios... y una vez concluidos esos preparativos se inició la mayor migración de la historia alemana, encarrilada sistemáticamente por los Escalones de Protección.

Y allá marcharon ellos, las víctimas desprevenidas de una política

imperialista sin conciencia, con quienes las SS pretendían imponer su despótico dominio en el Este. Todos ellos se sintieron atraídos por el lema propagandístico «tu hogar en el Reich»: 120 000 alemanes del Báltico, 136 000 alemanes de la Polonia oriental ocupada por los soviéticos, 200 000 de Rumania, miles de Yugoslavia y Eslovaquia [93]. Deberían colonizar las regiones orientales alemanas. Los propagandistas les habían dicho que a todos ellos les unía el grito de la sangre. A decir verdad, los dirigentes del régimen habían dispuesto la repatriación por razones mucho más materialistas: en su Gran Alemania escaseaba la fuerza laboral, el país con la pretendida «carencia de espacio vital» no tenía suficientes hombres siquiera para hacer marchar su agricultura y su industria a pleno rendimiento.

En 1937, Hermann Goering, el Comisario del Plan cuatrienal, había calculado ya con sus expertos que en el Reich faltaban 150 000 trabajadores [94]. Tras ese cómputo, había ordenado al jefe de Policía Himmler que adoptara las medidas necesarias para cubrir esa laguna laboral.

Himmler creó en su Estado Mayor personal una sección «Plan cuatrienal» a cuyo frente puso a un jefe de los Escalones que figuraba entre las cabezas más despejadas de las tecnócratas SS [95]. Ulrich Greifelt, nacido en 1896 e hijo de un farmacéutico, miembro de los cuerpos voluntarios, antiguo adversario del Partido y luego *Oberfürer SS*, prefería el mundo de las estadísticas e índices de producción a las esferas ideológicas; sólo en sus horas libres se entregaba a una gerencia discreta de su propio sentimentalismo [96].

Cuando el déficit de fuerza laboral sobrepasaba ya las 50 000 unidades en enero de 1939 [97], Greifelt explicó durante una conferencia cómo se podría solucionar el problema: repatriando a los 30 millones de alemanes esparcidos por el extranjero...; ellos constituían una reserva natural que si se explotara convenientemente satisfaría la falta de brazos [98]. Un año después, Greifelt tuvo oportunidad de llevar su idea a la práctica. Mientras tanto, Mussolini y Hitler habían decidido retirar un enojoso freno del bien engrasado Eje: el Tirol meridional de habla alemana. En julio de 1939, concertaron ambos Gobiernos la transmigración de la minoría alemana al Reich. Greifelt se ocuparía de su transporte [99].

Y se ocupó. Primeramente formó una plana mayor de 20 colaboradores, denominó a su departamento «Agencia directiva para Transmigración y Repatriación», y se instaló en la casa número 142 de la Kurfürstendamm berlinesa [100]. Apenas llegaron al Reich los primeros repatriados, Himmler inventó una tarea todavía más compleja para

su proyectista: Greifelt debería trasladar todas las minorías alemanas del Este europeo a la Polonia ocupada [101].

La incorporación de cientos de miles de trabajadores alemanes al Ejército combatiente y la creciente demanda en la industria del armamento exigieron un pronto remedio, y Hitler y Goering decidieron seguir los consejos de Greifelt en 1939. A fines de setiembre, el Reich firmó un convenio con la Unión Soviética y los países bálticos en el que se preveía el traslado al Reich de los alemanes residentes allí [102]. El dictador hizo comparecer ante sí al *Obergruppenführer SS* Werner Lorenz, jefe del Organismo intermedio pangermanista bajo las órdenes directas de Hitler, y le nombró director de la acción transmigratoria [103]. La elección de Lorenz fue plausible, pues desde 1938 el Vomi canalizaba todas las relaciones políticas y financieras con los grupos minoritarios alemanes en el extranjero.

No bien supo Himmler sobre la suerte del camarada Lorenz, corrió desalado a su Führer y le hizo observar que un simple *Obergruppenführer* no sabría llevar adelante una empresa tan gigantesca de la política pangermanista: ésa era una misión para la totalidad de las SS [104]. El dictador se dejó convencer y concedió al *Reichsführer* la dirección general del asunto. El 29 de setiembre, Himmler sostuvo extasiado entre ambas manos el borrador de un edicto secreto del Führer por el que se le confiaba el «fortalecimiento de la raza alemana». El *Reichsführer,* decía allá, tiene tres cometidos: «Recuperación, para su definitiva repatriación al Reich, de todos los alemanes residentes y nacidos en el extranjero, eliminación de las perniciosas influencias ejercidas por razas ajenas entremezcladas con la población, que significan un peligro para el Reich y la comunidad alemana, desenvolvimiento de un nuevo territorio colonizable alemán mediante la inmigración y, especialmente, la instalación sedentaria de los alemanes residentes o nacidos en el extranjero y a punto de repatriarse [105].»

Ahí se brindaba una plenipotencia que podría muy bien habilitar a Himmler para arrebatar la inicitiva en el Este, máxime cuando el edicto hitleriano concedía facultades excepcionales al fortalecedor de la raza; según aquella disposición, Himmler podía servirse de «las autoridades competentes y organismos en el Reich, de las provincias y las comunidades, así como de toda entidad pública y sociedad colonizadora» [106]. Si supiera aprovechar con energía esas nuevas atribuciones, sería muy pronto el soberano de aquel territorio oriental recién conquistado.

Desde luego, él supo sobradamente que se encaminaba hacia un

campo minado de jurisdicciones antagónicas, una facción de imperialistas pardos en potencia para los cuales el cadáver de Polonia era un campo experimental donde se podía dar suelta a los instintos neofeudales. Y él no podía enfrentarse simultáneamente con todos los caciques del Este. A ser posible, debería deslizarse sigiloso hasta alcanzar el conmutador del poder. Sería improcedente causar sensación mientras no tuviese su nuevo Ejército invasor en las posiciones previstas.

Así, pues, comenzó por arrogarse un título altisonante, «Comisario del Reich para el Fortalecimiento de la Raza alemana» (RKF)[107], aunque renunciando ostensiblemente a erigir una estructura elefantina. Eligió la agencia directiva de Greifelt como Estado Mayor general de la ofensiva racial; esa agencia fue rebautizada con el nombre de «servicio RKF» («Dirección general del Estado Mayor» a partir de 1941)[108]. Luego, Himmler distribuyó el trabajo entre diversos organismos SS: el servicio RKF planeó la inmigración y el asentamiento de los repatriados alemanes, preparó tierra colonizable mediante la expropiación de propiedades polacas y judías[109]. El Vomi transportó a los inmigrantes, les proporcionó alojamiento e inspeccionó la orientación política de los distintos grupos transmigratorios[110]. La Dirección general de «Asuntos raciales y Colonización» verificó el origen genealógico de cada inmigrante alemán[111]. La Dirección general de Seguridad del Reich practicó las incautaciones de la llamada «propiedad antiestatal», la expulsión de los polacos y su «desplazamiento colonial», como se solía decir, al Gobierno general[112].

Todo quedó listo. La empresa pudo comenzar. Entretanto, el jefe Vomi, Lorenz, había ultimado con sus planas mayores los preparativos para la repatriación de los alemanes bálticos. El 20 de octubre llegaron los primeros barcos con inmigrantes de Estonia[113]; esos alemanes bálticos se establecerían en la comarca de Danzig. Ahora bien: si Himmler había creído que sus rivales aceptarían sin rechistar la nueva ascensión del *Reichsführer*, ellos se encargaron de desengañarle muy pronto. Uno de sus más virulentos adversarios, que para mayor escarnio vestía aún el uniforme de *Gruppenführer SS*, prohibió toda injerencia del RKF en su zona jurisdiccional: el *Gauleiter* Forster.

Para poder servirse de toda autoridad disponible durante la transmigración, Himmler quiso nombrar delegados suyos a los máximos magistrados de cada zona. Pero el jefe del *Reichsgau* Danzig-Prusia occidental se negó en redondo a aceptar órdenes del comisario Himmler. Éste tuvo que conferir la delegación RKF al jefe superior

de Policía y SS [114]. Forster se mostró irreductible y tampoco quiso facilitar la labor del RKF. Cuando el personal del Vomi, secundado por la Policía de Seguridad, empezó a reservar barrios enteros en las ciudades prusianas occidentales para los inmigrantes, el *Gauleiter* hizo llamar a su representante y le amenazó con el arresto inmediato si no ordenaba la suspensión del trabajo [115]. El régulo pardo evidenció tanta inhospitalidad que los transportes de emigrantes destinados a Danzig hubieron de seguir la ruta hasta Stettin [116]. Himmler se exasperó; fueron necesarias unas cuantas llamadas telefónicas para arredrar a Forster. Sólo entonces permitió éste el acomodo de los inmigrantes alemanes bálticos, aunque con carácter provisional exclusivamente [117].

Entre unas cosas y otras, Himmler se vio obligado a dejar para otro año el aposentamiento definitivo de los alemanes bálticos. Bloqueados por la obstaculización de Forster y la deficiente organización del Vomi, los inmigrantes se vieron ante un destino catastrófico, lo cual hizo saltar a otro censor de Himmler y su política racista: el alemán báltico e ideólogo nacionalsocialista Alfred Rosenberg. «Muchos inmigrantes bálticos reciben un trato que recuerda mucho la época bolchevique —se lamentó Rosenberg en una carta a Himmler—. El Vomi ha hecho de los alemanes bálticos una banda dispersa de seres profundamente decepcionados fluctuando entre la amargura y la desesperanza [118].» Forster y Rosenberg no fueron los únicos competidores de Himmler; muchos más se enfrentaron con el fortalecedor de la raza e intentaron disputarle esos territorios colonizables de los cuales dependía su éxito.

El irascible *Gauleiter* de Prusia oriental y viejo enemigo de las SS, Koch, impidió toda empresa colonizadora RKF en la «Nueva Prusia oriental», como se denominaba entonces la región polaca incorporada al *Gau* de Koch. Cuando el principal agrimensor de Greifelt, el profesor Konrad Meyer-Hetling, empezó a medir la tierra, Koch lo amenazó con la expulsión de Prusia oriental [119]. Otros patentizaron también su animadversión, si bien de forma más sutil. Apenas fundó Himmler el Registro central agrario, concebido como entidad burocrática para la requisición de propiedades polacas, los promotores del Plan cuatrienal patrocinado por Goering crearon una «Fideicomisaría del Este» (HTO). Ésta hizo constar los derechos del segundo ductor nacional para controlar toda la propiedad polaca y judía, es decir, incluyendo aquellas tierras que el Registro central agrario pretendía entregar a los inmigrantes [120].

Goering demostró sin tardanza al jefe SS que no lo consideraba un socio paritario. Cuando Himmler, alarmado por la creación de

la HTO, presentó una reclamación ante el jefe del Plan cuatrienal, Goering le remitió al director de la HTO, el alcalde Max Winkler. Tras una larga polémica, el RKF pudo cerrar un acuerdo con el mandatario de Goering: la fideicomisaría Este se reservaría el control sobre todas las fincas urbanas e industrias polacas, y el comisario del Reich, Himmler, confiscaría la propiedad rural en el territorio polaco ocupado [121].

Con todo, Himmler no adquirió todavía un derecho absoluto sobre la nueva tierra colonizable. El decepcionado amigo de Himmler, el ministro de Agricultura Darré, a quien el RKF había tenido que dar beligerancia en la parcelación del territorio oriental [122], se cobijó bajo la sombra de ese «aparato Goering» surgido inopinadamente en el Este. Por su parte, fundó una organización para explotar las granjas expropiadas polacas, y la subordinó a Goering... esperando, evidentemente, ganar por ese medio un sólido respaldo contra el RKF [123].

Entre tantas posiciones antagónicas, Himmler debería pisar con gran prudencia si quería alcanzar sus objetivos. Y, realmente, la RKF habría topado muy pronto con los férreos preceptos nacionalsocialistas, si el *Reichsführer SS* no hubiera podido sustentarse en su organización policíaca en el Este. El 8 de noviembre de 1939, se reunieron ya en Cracovia los jefes superiores de las SS y de la Policía del Este con el comandante de la Sipo en el Gobierno general y deliberaron sobre lo que la organización SS denominaba con notable eufemismo el aspecto «negativo» de su política racial: la descolonización obligatoria de las antiguas regiones polacas «reincorporadas» al Reich, es decir, la expulsión de judíos y polacos [124].

En Litzmannstadt (Lodz), la Policía de Seguridad montó una llamada Central de Emigración (UWZ) que proyectó la expatriación forzosa de todos los polacos y judíos indeseables a los *Reichsgauen* en el Gobierno general [125]. Con su habitual implacabilidad, la Sipo inició el confinamiento de los polacos marcados. Entre fines de 1939 y febrero de 1940, «emigraron» 300 000 polacos al Gobierno general, y esa cifra de expulsiones creció rápidamente día tras día: en Warthegau 120 000 terratenientes polacos deportados, en Danzig-Prusia occidental, 35 000, y 15 000 en la Alta Silesia oriental [126]. Cuando estalló la guerra con Rusia, sumaban ya un millón los polacos desalojados de sus hogares [127]. Mientras tanto, las agencias de colonización SS introdujeron rápidamente a los inmigrantes alemanes y les confiaron —tras complicadas verificaciones por parte de la RuSHA— las desiertas haciendas polacas.

Hacia mediados de 1941, 200 000 repatriados alemanes se insta-

laron en sus nuevas posesiones[128]. La agencia de Greifelt efectuó el reparto de las propiedades polacas: los colonos alemanes recibieron de las 928 000 granjas polacas con 99,5 millones de hectáreas, 47 000 granjas con 9,22 millones de hectáreas. A fines de 1942, los inmigrantes poseyeron ya el 20 % de las 60 000 empresas polacas, y los alemanes del Reich, el ocho por ciento; el 21 % fue administrado por los fideicomisarios alemanes, mientras que el 51 % restante era propiedad de los alemanes afincados allí. Unos 20 000 talleres diversos pasaron a manos de los inmigrantes alemanes, mientras el grueso (80 %) quedó en poder de sus propietarios polacos[129].

Desde luego, el visionario Himmler no se contentó con traer alemanes genuinos de las minorías en el extranjero para colonizar los territorios orientales. Fiel a su memoria de mayo de 1940, Himmler se propuso estrujar la entidad étnica polaca hasta extraerle la última gota de sangre alemana: una vez más, entraron en acción las comisiones raciales para desenmascarar a los alemanes ficticios. Himmler hizo preparar una «lista racial alemana» en la que se inscribió todo residente en el Este de origen alemán, siempre que pudiera ser catalogado en uno de los cuatro grupos establecidos. Lista racial I: luchadores racistas acreditados. Lista racial II: alemanes étnicos pasivos que dominen por lo menos en un 50 % el idioma alemán. Lista racial III: personas de dudosa ascendencia alemana. Lista racial IV: individuos de origen germánico, pero hostiles al nacionalsocialismo y que hayan luchado contra las minorías étnicas alemanas en Polonia[130].

Bajo la lupa del investigador racista, los súbditos polacos formaron también junto al individuo de origen germánico. Aquí fue preciso descubrir algún rasgo nórdico para poner en marcha el mecanismo de la «nueva germanización», ya que, según la disparatada lógica de los doctrinarios racistas y el ensayo SS de carácter oficial *Der Menscheneinsatz (La regeneración del hombre)*, se debía «recobrar para el mundo germánico toda la sangre alemana» existente en el Este aun cuando el interesado fuese polaco[131]. A juicio de Himmler, apenas había estirpes ajenas cuyos «representantes nórdicos» no pudiesen ser germanizados. Himmler se explicó mejor: «Los individuos goral, lemken y huzule en quienes se pueda comprobar por lo menos una impregnación de su ascendencia germánica, deberán ser germanizados al cabo del tiempo[132].»

Himmler hizo perseguir con particular pertinacia a los niños polacos, pues en sus pequeñas personas le pareció ventear unos candidatos ideales para la germanización. Por Posen (Poznan) corrió el

rumor de que los polacos habían escondido niños alemanes en diversos orfanatos durante los primeros días de guerra. No bien se enteró el RKF, ordenó cerrar todos los orfanatos polacos y después de someter a exámenes raciales a sus menudos ocupantes los trasladaron a institutos alemanes de puericultura. Más tarde, fueron secuestrados igualmente los hijos de familia y se les trasladó a Alemania[133]. «Los niños polacos de pura raza —escribió Himmler el 13 de junio de 1941 al soberano del Warthegau, el *Gauleiter* Greiser— deben ser criados en centros de puericultura o parvularios especiales. A los padres se



les puede decir que lo hacemos por la salud y el bienestar de sus hijos [134].»

Seis meses después, Himmler hizo participar en el juego al instituto obstétrico «Lebensborn», de las SS, cuyos hogares infantiles aceptaron a niños polacos para distribuirlos ulteriormente entre matrimonios sin hijos afectos a los Escalones. La «Operación Heno» (nombre criptográfico para esa empresa de *Kidnappers*) * repartió a miles de niños polacos por el Reich [136]. Ahora bien: quien no permitiera la germanización de sus hijos podía contar con las más violentas represalias de la Sipo. Brunilda Muszynski, alemana repatriada y esposa de un oficial polaco, no quiso que sus hijos se educaran en Alemania. He aquí cómo resolvió el caso la central de inmigración Zamosc, una filial de la Dirección general de Seguridad: «Sus hijos serán esterilizados y colocados donde mejor convenga bajo pupilaje [136].»

Sin embargo, ésa no fue la tónica; casi todos los polacos y alemanes repatriados se sometieron a la germanización de Himmler. Cien mil polacos de pura cepa se dejaron germanizar, un millón de personas se declararon alemanes comprendidos en las listas raciales I y II, y otros dos millones pasaron a las categorías III y IV [137].

Himmler llevó triunfalmente adelante la transmigración y germanización, pero sus éxitos le acarrearon cada vez más enemistades. El *Gauleiter* católico de Silesia, Josef Wagner, temió que Hitler captara todo el ejército de obreros polacos especializados en la industria pesada silesiana y les impusiera la emigración; con hábiles contramaniobras logró eludir una y otra vez las órdenes de evacuación dispuestas por Greifelt [138]. Asimismo, los oficiales administrativos del OKW rogaron a Himmler que aminorara el ritmo de la transmigración [139]. En Danzig, Forster escarneció públicamente («de forma muy cínica», según el inspector local de la Sipo) a ciertos teorizantes («estaba aludiendo al círculo SS, sin duda alguna») que, evidentemente, no tenían ni idea de la política racial [140]. Y los dirigentes del Gobierno general regañaron y clamaron en misivas urgentes a la Cancillería del Reich: la política transmigratoria, decían, «se hace cada vez más impracticable, y sus desastrosas consecuencias la hacen también intolerable.» Las continuas inyecciones de emigrantes polacos en el Gobierno general, decía otra carta del 25 de junio de 1940, «conduce a una situación insostenible de los abastecimientos» [141].

Himmler sufrió en todos los frentes un asedio tan opresivo de

* Raptores.

rivales, envidiosos y censores que llegó a soñar con un milagro cuyos beneficiosos efectos le devolvieron la movilidad. El milagro lo proporcionó Adolf Hitler: el 22 de junio de 1941, todas las emisoras alemanas anunciaron que los ejércitos del Reich emprendían una cruzada contra el enemigo universal bolchevique.

La guerra del Este, que encontraba su continuidad con la campaña en Rusia, sació al dinámico Himmler, siempre sediento de nuevas y más espaciosas regiones. Las vastas superficies rusas posibilitarían ahora lo que le habían negado los Forster y los Wagner, los Koch y los Goering: colonizar tierras vírgenes e ilimitadas. Himmler y sus jefes SS se embriagaron de estepas infinitas y gigantescos bosques. Fascinados por las proporciones continentales del espacio ruso, los proyectistas de las SS sacaron sus tableros de dibujo para desarrollar grandes visiones futuristas..., grotescas, utópicas y patológicas.

En enero de 1941, durante una asamblea en Wewelsburg, Himmler había revelado ya al *Gruppenführer SS* Erich von dem Bach-Zeleswski que los grandiosos planes alemanes sobre el Este requerirían la eliminación de 30 millones de eslavos [142]. En el grupo III-B de la Dirección general de Seguridad se reunieron los expertos racistas para bosquejar el futuro Reich de los alemanes del Este [143].

El «Plan general Este», como ellos bautizaron sus fantasmagorías plasmadas sobre papel, previó la colonización alemana de todo el espacio oriental hasta una línea Leningrado-lago Ladoga-alturas de Valdái-Briansk-arco del Dniepr. Treinta y un millones de personas ajenas a la propia raza serían expulsadas, y 14 millones podrían permanecer en el espacio colonizado, pero deberían germanizarse al cabo de 30 años. El Gobierno general y los países bálticos deberían cambiar totalmente la población. El 85 % de los 20 millones de polacos sería desterrado a Siberia, y asimismo el 65 % de los ucranianos occidentales para dejar sitio libre a los inmigrantes alemanes: primero 840 000 «colonos batidores», luego una segunda oleada transmigratoria de 1,1 millón de alemanes. Para los diez años siguientes, la RSHA esperaba enviar 200 000 alemanes y 2,4 millones en las dos décadas subsiguientes [144].

Pero ¿cómo se desenvolvería una comunidad tan reducida ante la superioridad numérica de los pueblos orientales? ¿Y cómo haría valer el monopolio acaudillador decretado por Himmler? El proyectista de colonización y espacios vitales Konrad Meyer-Hetling, profesor y director del Instituto de Agronomía y Política agraria en la universidad de Berlín, supo dar una respuesta teórica a esas preguntas. En una memoria que el profesor SS presentó al *Reichsführer* el 28

de mayo de 1942[145], se esquematizaba el país fabuloso del superhombre alemán: la masa continental oriental se dividiría en las llamadas marcas coloniales, y el poder moderador correspondería al *Reichsführer*; éste, el futuro rector feudal del Este, dirigiría a los colonos de las marcas en los espacios previstos y les concedería diversos feudos, «temporales», «hereditarios» y «con derechos especiales sobre la propiedad»[146]. Los «principales», designados por el *Reichsführer*, supervisarían las marcas coloniales cuya población debería estar integrada por un 50 % de alemanes tras los primeros 25 años de trabajo pionero. Meyer-Hetling concibió, para comenzar, tres marcas aparte de las tierras bálticas y polacas, cuya germanización debería ser total: el espacio al oeste de Leningrado (Ingermanland), la región Crimea-Quersoneso (Gotengau) y la región de Memel-Narev[147]. Además, se completaría el imperio colonial alemán en el Este con un sistema de 26 bases. En esas comarcas se germanizaría sólo un 30 % de las poblaciones eslavas; las bases asegurarían «la gran circulación sanguínea alemana hasta sus puntos neurálgicos mediante pequeñas ciudades de unos 20 000 habitantes, y coronas de aldeas alemanas cuyo radio oscilaría entre 5 y 10 kilómetros...»; esto lo dijo Himmler[148].

El *Reichsführer* se entusiasmó. Ahí surgía al fin el mundo perenne de sus sueños: el mundo de colonias campesinas y militares bajo el exclusivo patrocinio de Heinrich Himmler. «¡Qué soberbia idea! ¡Figúreselo por un momento, señor Kersten! —confió a su íntimo—. ¡Es la mayor empresa colonizadora que jamás viera el mundo, y ligada con una misión suprema e indispensable: defensa del mundo occidental ante la irrupción asiática[149]!» No se cansó de coleccionar mapas y planos en los que se delineaban las colonias de labradores guerreros. Hora tras hora expuso ante su médico, sin descanso, las líneas generales de esas colonias campesinas y guerreras; aquí las 30 ó 40 alquerías de una aldea, ahí la quinta del jefe a cuyo alrededor se agrupa el villorrio militarizado, más allá el *Sturm SS* de los labradores guerreros... Kersten anotó las palabras de Himmler: «Imbuiremos un espíritu defensivo como jamás ha podido soñar usted. Él nos garantizará la indestructibilidad del bloque así erigido[150].»

Mientras tanto, Himmler había encontrado ya el hombre que plasmaría sus fantásticas figuraciones: el jefe de SS y Policía en Lublin, *Brigadeführer* Odilo Globocnick. El aparejador Globocnick, uno de los más malignos e incultos seguidores, tenía razones más que suficientes para complacer al *Reichsführer* con infatigable asiduidad, pues había contraído una gran deuda con él. Este antiguo nazi, hijo de un capitán triestino, debía agradecer a Himmler que las SS lo hubiesen ad-

mitido en su Orden pese a que incluso el tesorero Schwarz, hombre sumamente desaprensivo, lo clasificara entre los miembros más siniestros del Partido: en 1933, el *Vizegauleiter* Globocnik se refugió en Alemania bajo la acusación de haber asesinado a un joyero vienés; en 1939, el *Gauleiter* Globocnik fue destituido por tráfico ilegal de divisas [151]. El hombre procuraba suplir su pésima reputación cívica con una intrepidez por demás primitiva. «Su descabellada impetuosidad le hace saltar con frecuencia las fronteras convencionales y olvidar los límites que se le han impuesto dentro de la Orden», le amonestaba por escrito el jefe de Personal SS en sus documentos [152].

El que con el tiempo sería liquidador de judíos, Globocnik, abrigaba, como Himmler, colosales proyectos de biología racial. Había descubierto al sudeste de su distrito de Lublin restos de antiguos asentamientos germánicos. El hallazgo le inspiró la creación de una nueva área alemana de colonización. La población polaca debía ser «transmigrada», y en cada distrito se establecerían, juntamente con los colonos alemanes, unidades de las SS y de la Policía. Globocnik quiso empezar por las ciudades de Zamosc, Tomaszów y Hrubieszów [153].

Desde luego, al *Brigadeführer* no se le ocultaba que el gobernador general Frank difícilmente se mostraría acorde con una acción transmigratoria tan monstruosa cuyas consecuencias empeorarían, si cabe, la catastrófica situación económica y comercial de Polonia. Así, pues, Globocnik se apoyó en la rivalidad natural entre Frank y Himmler. Expuso su plan al *Reichsführer*. Himmler lo aprobó sin vacilar. Probablemente, le bastaría una simple ojeada al mapa para comprobar que el campo experimental de Globocnik, una vasta superficie rectangular, englobaba justamente el centro gravitacional a donde él deseaba desplazar su política colonizadora SS.

El cuadrángulo se extendía entre Lublin, Zhitomir, Vinitsa y Lemberg (Lvov). Cada uno de estos nombres era un máximo exponente de la actividad SS: en Lublin residía Globocnik, en Zhitomir había instalado Himmler su puesto de mando durante la primera fase de la campaña oriental e incluso había inaugurado una agencia para la colocación de todos los colonos alemanes-ucranianos; Vinitsa lindaba con Transnistrien, donde deberían surgir más colonias alemanas y en Lemberg, capital de Galitzia oriental —anexionada entretanto al Gobierno general— regía el antiguo rival de Dollfus, el *Brigadeführer SS* Waechter [154]. Según conjetura el historiador americano Robert L. Koehl, cuyos conocimientos sobre la política racista de la Orden negra son sobresalientes, «en aquel rectángulo, allá donde entrechoca-

ban dos administraciones alemanas distintas y corría la frontera ucraniopolaca, se habría alzado tal vez algún día el Estado SS si los alemanes hubiesen triunfado en Rusia»[155].

En el otoño de 1941, Himmler soltó las riendas a Globocnik[156]. Evidentemente, menospreció la probable oposición de Frank al proyecto colonizador «Lublin». Y con ello desencadenó una pugna desenfrenada en la que se hizo patente una vez más que las SS no podían determinar por sí solas la política del III Reich. Apenas hubo inaugurado Himmler el área de Zamosc como la primera región colonial alemana durante una visita a Lublin, sin ponerlo en conocimiento del Gobierno general[157], le salió al encuentro un hombre que hasta entonces había sabido disimular cuánto le irritaba la infiltración del RKF en su zona jurisdiccional: el doctor Hans Frank, gobernador general de Polonia, ministro sin cartera del Reich, auditor general y *Reichsleiter* del NSDAP.

Nada pareció indicar que el jurisconsulto Frank acumulara un odio irreprimible contra las SS, cuyas compuertas estuvieran a punto de reventar. Hans Frank figuraba como uno de los jefes nacionalsocialistas más radicales, había despojado el Derecho de todas sus características liberales, cumplía las consignas de Adolf Hitler con una entrega fanática, e incluso con ese servilismo que suelen afectar los estetas y homosexuales cuando pretenden pasar por figuras paternalistas, autoritarias y viriles. Este abogado diabólico, «uno de los luchadores veteranos más inteligentes y también de los más inestables bajo el aspecto emocional», según lo analiza el psiquiatra americano G. M. Gilbert[158], había ido a Polonia con el firme propósito de ejecutar sin contemplaciones el programa del Führer. En sus diarios aparecen significativos pasajes de los discursos pronunciados por él, claros indicios de una ambición delirante. Frank: «Conservaremos el Gobierno general, jamás nos desprenderemos de él[159]... Confieso abiertamente que eso costará la vida a varios millares de polacos, sobre todo entre las capas dirigentes e intelectuales de Polonia[160]... Debemos liquidar todas las cosas en el país... Y lo haremos de la forma más sencilla[161]... Lo importante es ejecutar en este espacio geográfico los grandes planes nacionalsocialistas para el Este. Por consiguiente, no es nuestro objetivo crear aquí un Estado de derecho[162]... Quien sustente tal teoría entre nosotros, debe ser liquidado inmediatamente[163].»

Por supuesto, Frank era demasiado inteligente para no prever que algún día sería imposible seguir gobernando con la fuerza bruta. Él creía poder encarrilar Polonia hacia el Reich si conseguía hacer del

Gobierno general un Estado modelo en el aspecto económico, lo que atraería a alemanes señeros al país y enfrentaría a pueblos diversos, desde ucranianos hasta kashubias, con el polaco.

Sin embargo, la política racista de Himmler destruyó esos designios. La Sipo acorraló a un millón de polacos y los expulsó de las regiones recién incorporadas al Gobierno general, descomponiendo así la base alimentaria en el dominio de Frank. El colonizador reformista Himmler sacó del Gobierno general a 30 000 de los 90 000 alemanes naturalizados allí para acomodarlos en Warthegau[164], aniquilando las visiones de Frank sobre el señorío alemán. Luego, el RKF empezó a germanizar a los goral, lamken, kashubias y huzulen, justamente esos grupos étnicos que Frank se proponía contrapesar con los polacos. Y algo peor todavía: unidades de las SS y de la Sipo persiguieron encarnizadamente a los francotiradores polacos presuntos o reales, ahuyentando de paso a miles de labradores inofensivos hacia los bosques o las guerrillas. Tribunales SS y policiales impusieron penas capitales a bulto sin contar para nada con el Gobierno y la Justicia normativa[165].

Con el tiempo, Frank sospechó que el jefe superior de Policía y SS Friedrich-Wilhelm Krüger había sido enviado a Cracovia por Himmler (como hoy lo declara sin ambages Gottlob Berger) «con una finalidad exclusiva: desembarazarse del Gobernador General»[166]. Cada vez fue más ostensible el desacoplamiento entre la Administración del Gobierno general y la de las SS y Policía, pues esta última quiso hacerse pasar por la verdadera regidora de los nuevos dominios.

Presa de una cólera impotente, el gobernador general se revolvió contra los invasores SS. Reclamaciones escritas llegaron en procesión a la Cancillería del Reich[167], Frank aprovechó prácticamente cada «consejo de ministros» en Cracovia para enseñar a Krüger, por lo menos con palabras, quién era el amo del Gobierno general. «Espero que nadie tenga la menor duda de que aquí sólo se puede gobernar si se cede toda la responsabilidad a quien deba ostentarla —recordó imperiosamente Frank al *Obergruppenführer* Krüger—. Resulta evidente, pues, que el jefe de Policía y SS está bajo mis órdenes, que la Policía es parte integrante del Gobierno, que los jefes de la SS y de la Policía se desenvuelven en el área jurisdiccional del gobernador[168].» Y en otra oportunidad: «Ninguna autoridad del Reich puede imponer aquí su ley ni directa ni indirectamente. Aquí sólo puede dar órdenes el Gobernador general como representante inmediato del Führer, y nadie más[169].»

Sin alterarse, los mandatarios de Himmler pasaron por alto tales

sermones. Esperaron pacientemente el momento de poder asestar al «rey Frank» la puntilla de muerte. Cuando finalizaba el otoño de 1941, creyeron estar al alcance de su codiciado objetivo: la Sipo descubrió un caso de corrupción en el que también estaba complicado Hans Frank[170].

El *Untersturmführer SS* Lorenz Löv, administrador delegado del gobernador general en Varsovia, se había hecho sospechoso de despachar con sustanciosas ganancias las mercancías (pieles y otros artículos) de un almacén confiado a su custodia. Compareció ante el tribunal VI de Policía y SS en Cracovia y fue condenado por malversación a cadena perpetua[171]. Por añadidura, los investigadores del juez SS asignado al caso, doctor Günther Reinecke, averiguaron que ciertos beneficios muy cuantiosos habían revertido al gobernador general y a su familia, la cual había adquirido, evidentemente, muchos bienes con los medios estatales destinados a gastos de representación. En particular, la familia Frank estaba bien provista de pieles.

Tras la detención de Löv, Frank cerró la peletería y sus géneros fueron vendidos en pública subasta. El juez SS Reinecke informó así al *Reichsführer* el 1.º de diciembre de 1941: «La esposa del gobernador general sustrajo del almacén diversos abrigos de pieles (por lo menos diez piezas) lo cual sobrepasa con mucho su capacidad adquisitiva y sus necesidades. Sin embargo, se comprobó que ¡no había completado todavía su cupo de pieles! En la casa "Apfelbaum" de Varsovia adquirió además, entre otras cosas, una chaqueta de nutria, un abrigo de castor, un abrigo almizclero, un abrigo de armiño, dos abrigos de visón, una chaqueta de armiño, dos capas de zorro plateado y azul más otras pieles diversas. Según declara el *Sturmbannführer SS* Fassbender, los enviados de la esposa de Frank, afectos a la casa civil del gobernador general, fijaron un precio de compra cuya equivalencia con el valor real no llegaba al 50 %[172].»

Asimismo, el gobernador general se las arregló para encauzar otras propiedades del Estado hacia el acervo familiar: la familia Frank se hizo aprovisionar por los judíos varsovianos con sortijas de brillantes, brazaletes de oro, plumas estilográficas del mismo metal, conservas, cestas de merienda, molinillos de café y víveres a «precios irrisorios» (Reinecke)[173]. Frank ordenó transportar a su hacienda de Schobernhof, en Alemania meridional, todos los enseres y productos del predio estatal de Kressendorf, entre ellos 200 000 huevos, la cosecha frutícola de todo un año (una vez preparada en conserva), así como diversos muebles y ropas de cama[174]. En noviembre de 1940, salieron dos transportes de provisiones para Schobernhof: uno con-

tenía 72 kilos de carne vacuna, 22 kilos de cerdo, 20 gansos, 50 gallinas, 11 kilos de salchichón, 13 kilos de salchichas y 11 kilos de jamón; el otro, 80 kilos de mantequilla, 50 litros de aceite, 12 kilos de queso, 1 440 huevos, 20 kilos de café y 56 kilos de azúcar [175]. Al propio tiempo, Frank decoró el oratorio de Schobernhof con bajorrelieves, vírgenes, ángeles de barro e iconos robados en distintos templos [176]. «Este asunto —dictaminó el juez SS Reinecke— deja al descubierto una corrupción de la peor especie, tanto más triste cuanto que se infiere de él un hecho bochornoso...: ciertos camaradas abusan continuamente de sus posiciones como altos jefes políticos del Reich para enriquecerse a costa de las difíciles circunstancias que impone esta guerra [177].»

Himmler aprovechó ese escándalo para asestar un golpe a Frank. Puesto que entretanto el principal secuaz de Frank y gobernador de Radom, doctor Karl Lasch, había sido acusado de corrupción y destituido por la Sipo [178], Himmler creyó llegado el momento de hacer doblar la rodilla a su adversario. El 5 de marzo de 1942, Frank hubo de subir al *pullman* de Lammers, jefe de la Cancillería, y comparecer ante un Tribunal inquisitorial compuesto por el propio Lammers, el secretario del Partido, Bormann, y Himmler. El *Reichsführer* formuló la acusación. Con pedantesca acrimonia especificó los pecados del señor feudal polaco, comenzando por el cuñado de Frank, quien inopinadamente había adoptado la nacionalidad sueca, y terminando con las pieles de Madame Brigitte Frank [179].

El rey Frank tuvo que hincar la rodilla para poder retirarse sano y salvo. El precio: admitir al HSSPF Krüger como secretario de Estado en el Gobierno general, tolerando por anticipado que Krüger recibiera instrucciones directas del *Reichsführer SS* y la promesa de relevar sin demora al gobernador de Lublin, Zoerner, cuya hostilidad contra las SS era bien conocida [180].

Así y todo, el Tribunal de Himmler no cumplió su finalidad. Apenas regresó Frank a Cracovia, mostró sin disimulo que se proponía seguir combatiendo con los Escalones de Protección. El 10 de marzo, Frank despachó no sin cierta audacia una misiva a Lammers en la que se retractaba prácticamente de todo lo dicho en el *pullman*. «Hoy puedo aseverar —escribía—, que en el Gobierno general reina sin mácula el orden estatal, económico y social de los alemanes, un orden que sólo podrían mancillar los más rastreros calumniadores. Ante todo, quisiera hacer constar que me es posible justificar todo, aun cuando pese sobre mí la sombra de un reproche sobre tremendos actos fraudulentos [181].»

Fue preciso nombrar al espía Krüger secretario de Estado, pero

el detractor de las SS, Zoerner, permaneció en su puesto[182]. Frank se comportó como si no hubiera pasado nada. Redobló sus ataques contra SS y Policía en discursos y edictos. «Los informes del SD —hacía anotar, por ejemplo, en el protocolo del Consejo ministerial— son productos del más vil espionaje sin relación alguna con la verdad objetiva. Se los puede catalogar más bien como un aborto del odio engendrado contra las tareas administrativas en el Gobierno general[183].» Cuando finalmente Globocnik empezó a expulsar polacos de Lublin, sin autorización del Gobierno de Cracovia, para sustituirlos por colonos alemanes, Frank se desató con ira incontenible. Desdeñando las posibles consecuencias, lanzó contra Himmler una campaña que no tuvo igual en la historia del III Reich.

Frank sintió entonces lo que describiría con breves palabras antes de morir: «En 1942 recobré al fin la razón[184].» Lo que ya tuvo leves resonancias en su mente el 30 de junio de 1934, cuando cumplía condena en la prisión preventiva de Stadelheim, y se reforzó más tarde durante su lucha contra la permanencia de los KZ, vino a ser ahora pura convicción. El abogado del Führer previno a los alemanes contra el veneno del Estado totalitario. Buscó invitaciones de las universidades alemanas para conferenciar sobre su certeza y fue de cátedra en cátedra...: Berlín, Viena, Munich, Heidelberg. Sus alarmados auditorios le oyeron proclamar una consigna insólita: «¡Terminemos con la arbitrariedad de los SS y los policías!»

El 9 de junio de 1942, en la universidad de Berlín: «Jamás fue imaginable un Imperio sin Derecho... o contra el Derecho. Los pueblos no se dejan dominar por la violencia; la vida nacional sin Derecho es inconcebible... No podemos tolerar que en un Estado se arrebate honor, libertad, vida o propiedad a cualquier miembro de la comunidad; que se le repudie y condene sin permitirle manifestarse sobre las acusaciones formuladas contra él[185].»

El 1.º de julio de 1942, en la universidad de Viena: «Pondré a contribución todas mis ideas para afirmar sin descanso que sería mala cosa intentar hacer pasar los ideales del Estado policíaco por puros ideales nacionalsocialistas... Muchos dicen hoy día que el humanitarismo es decadente, que es algo que no concuerda con el rigor de los tiempos actuales. Pues bien: yo opino de otra forma. Todo Estado, incluido el nuestro, debe fundarse sobre el principio de que sus métodos se atengan a la misión histórica que le corresponde desempeñar como tal Estado, lo cual no significa en ningún caso que el humanitarismo haga peligrar su existencia[186].»

El 20 de julio de 1942, en la universidad de Munich: «También es

importante en la guerra el postulado de una cultura jurídica para el desarrollo de nuestro orden nacional. Sería erróneo juzgar por las apariencias, como si el Derecho no tuviese protección en nuestro Estado. El Derecho es la guardia personal de nuestro pueblo... No es sólo la fuerza lo que robustece a un Estado. Por otra parte, jamás se debe confundir la brutalidad con la fuerza... Yo digo: únicamente es fuerte quien no teme el Derecho [187].»

El 21 de julio de 1942, en la universidad de Heidelberg: «Nunca debería haber Estados policíacos, ¡nunca! Yo los repudio. Y me siento llamado, como nacionalsocialista y jefe del Cuerpo jurídico alemán, a protestar en todos los terrenos contra esa perpetua detracción del Derecho y del jurisconsulto. Me indigna que se denigre y ultraje una profesión por pura malquerencia y permanente prurito de crítica [188].»

Los oyentes contuvieron el aliento. Ahora caería definitivamente un golpe aniquilador sobre el censor suicida SS Frank, ahora no podría salvar nada ni nadie al ofensor de Himmler. Y el golpe sobrevino. «*Mein Führer!* —había clamado Frank, extático, ante la cátedra—. ¡Protege también a los jurisconsultos [189]!» Y Hitler dio su respuesta: expulsó a Frank de todos los organismos nacionalsocialistas y le hizo dimitir también como ministro del Reich [190]. El 24 de agosto de 1942, Frank presentó asimismo su dimisión como gobernador general de Polonia [191].

Sin embargo, ocurrió algo extraño: ¿temió acaso el dictador un aparato policíaco demasiado poderoso o le inspiró respeto la animosidad mostrada por el antiguo compañero de lucha? Sea como fuere, Hans Frank conservó su puesto en Cracovia. Siguió conservándolo en 1942, en 1943 y en 1944... hasta que emprendió la marcha hacia el patíbulo de Nuremberg. Himmler no conseguiría jamás el poder unipersonal en Polonia. Al contrario, los contrincantes SS de Frank desfilaron sucesivamente por el foro. En el otoño de 1943, Himmler retiró del frente «anti-Frank» a Odilo Globocnik por ciertos negocios demasiado turbios [192]; cuando finalizaba ese otoño le siguió el jefe superior de SS y Policía Krüger, quien se había imaginado ser el sucesor del tambaleante Frank [193].

Heinrich Himmler tuvo que aguantar aquel desprestigio. Su Führer le dio poco tiempo para meditar. Ya le estaba preparando una nueva misión, comparado con la cual el martirio polaco sería un descolorido preludio. Al *Reichsführer SS* le esperaba la matanza más cruel que conoce la Historia: el aniquilamiento del judaísmo europeo.

13. La solución final

El 11 de noviembre de 1941, Félix Kersten, médico de cabecera del *Reichsführer SS,* anotó las siguientes impresiones: «Himmler está hoy muy deprimido. Ha regresado hace poco de la Cancillería del Führer. Me he ocupado de él. Tras un largo e insistente interrogatorio sobre sus dolencias, me ha revelado que se está planeando la aniquilación de los judíos [1].» Fue la primera vez que el amigo íntimo y masajista de Himmler oyó hablar de «la solución final para el problema judío». Kersten («aquello me horrorizó») [2] se manifestó inmediatamente y con palabras muy duras contra el espantoso plan, mas Himmler, por lo general muy locuaz, mostró una extraña reserva.

Poco después, Kersten hizo otras anotaciones. El 16 de noviembre observó lo siguiente: «Durante los últimos días he intentado repetidas veces sonsacar a Himmler sobre la suerte de los judíos. Contra lo acostumbrado, me escuchó y guardó silencio [3].» Sólo al cabo de un año, el 10 de noviembre de 1942, Himmler soltó la lengua: «¡Ah, Kersten! ¡Yo no quise de ningún modo acabar con los judíos! Mis ideas eran muy distintas. Pero ese Goebbels tendrá todo el fardo sobre su conciencia [4].» Después se explicó mejor: «Hace algunos años, el Führer me ordenó que alejara a los judíos de Alemania. Se les permitiría llevar consigo sus fortunas, así como todos los bienes muebles y enseres. Yo inicié la acción, e incluso castigué los excesos cometidos por mi gente cuando tuve noticia de ellos. Pero la cosa no tenía remedio; era una determinación inflexible e irreversible: ¡los judíos debían abandonar Alemania! Y pudieron hacerlo sin impedimentos hasta la primavera de 1940... Entonces triunfó Goebbels.»

Kersten: «¿Goebbels? ¿Cómo es eso?»

Himmler: «Goebbels representaba la opinión de que el problema sólo se podría resolver mediante la aniquilación íntegra de la raza. Mientras viviera un judío, existiría un enemigo de la Alemania nacio-

nalsocialista. Por consiguiente, todo humanitarismo y compasión respecto a *los judíos* estaría fuera de lugar[5].»

Aquel diálogo con Himmler que retuvo en blanco y negro el laborioso escritor de diarios, Kersten, contradice la idea que se han forjado muchos coetáneos y, sobre todo, el mundo actual acerca de la génesis de esa llamada solución final. Existen unas conexiones tan íntimas entre el aniquilamiento del judaísmo europeo y la historia de las SS que, en realidad, parece tratarse de una y la misma cosa; al correr de los siglos, cuando una persona oiga mencionar los Escalones de Protección identificará errónea e involuntariamente a los autores del mayor genocidio de la Historia con sus instigadores.

El primer jefe de la Gestapo, Rudolf Diels, declaró al terminar la guerra que esa solución final «nació en las mentes de Heydrich y Himmler» el año 1942[6]. El antiguo intérprete en el Ministerio del Exterior, Paul Schmidt, cree asimismo absolutamente que la «solución final» partió del grupo Heydrich-Himmler-Streicher[7]. Hasta los historiadores mejor documentados aceptan ese criterio. El historiógrafo Léon Poliakov opina que Heydrich proyectaba ya antes de la conflagración bélica aniquilar a los judíos, con lo que sería, pues, el primer funcionario nacionalsocialista en sustentar tal idea[8]; y el colega americano de Poliakov, Henry A. Zeiger, afirma que Hitler y Goering decidieron aplicar la solución final en 1941 a propuesta de Heydrich[9].

Esa interpretación carece de pruebas concretas. A decir verdad, se basa únicamente en la elemental hipótesis de que aquellos hombres cuyo sadismo desencadenó una orgía de sangre y aniquilación entre millones de judíos, no podían haber sido un buen día ciudadanos pacíficos y al siguiente, genocidas abyectos... O, en otras palabras, que la matanza judía anidaba ya en los corazones y cerebros de aquellos SS, antes de darse la criminal orden. Sin embargo, hay indicios contrarios a esa teoría, y de ellos se infiere que la decisión fue ajena al mando SS. Hasta el verano de 1941, fecha en que presuntamente Hitler tomó la fatal resolución, no existe ningún documento de organizaciones SS donde se prevea la supresión física del judaísmo europeo. Todavía en mayo de 1940, Himmler repudiaba en su tristemente célebre memoria sobre el *Tratamiento de los pueblos extranjeros en el Este*, los «métodos bolcheviques de exterminación, porque según sus íntimas convicciones la eliminación física de los pueblos era antigermana y antinatural[10].»

Lo que hace todavía más discutible esa tesis sobre la responsabilidad inicial de Himmler es el hecho incontrovertible de que Hitler destruyó, al aprobar la solución final, un proyecto muy distinto cuyos

primeros esbozos rondaban desde muchos años atrás por los Escalones de Protección. El plan SS era éste: expulsar a los judíos de Alemania o, dicho con eufemismo, hacerles emigrar. Por muy despiadada que fuera originalmente esa política antisemita, la eliminación física fue un pensamiento del todo ajeno a los SS hasta el estallido bélico. Nada encolerizó tanto a los ponentes del caso judío en el Mando SS como las notorias intenciones homicidas del *Gauleiter* antisemita Julius Streicher y su semanario *Der Stürmer*.

Desde que las SS se convirtieron en el instrumento más importante del caudillaje dictatorial, muchos militantes moderados promovieron una política judía cuyos variados matices la diferenciaban considerablemente del bronco antisemitismo propugnado por el NSDAP. Es ocioso decir que las SS profesaron también aquella doctrina inhumana que condenaba el judaísmo como si fuera una especie de «antiraza», un germen de maldad o, según lo expresó lapidariamente el juez supremo del Partido, Buch, «el judío no es un ser humano; es una excrecencia corrupta» [11].

El antisemitismo llegó a ser para los SS un dogma irrebatible, sobre todo desde la gran crisis económica, cuando afluyeron a los Escalones innúmeros desahuciados de aquella pequeña burguesía rural que, por obra y gracia del concepto monocausal antisemítico, vio en el judaísmo la verdadera causa del desastre económico. Los jóvenes burgueses ataviados con guerrera SS compartieron el antisemitismo levemente socialista de sus progenitores, pero, además, columbraron un medio más refinado y contundente para combatir al judío: el darvinismo social, es decir, una nueva doctrina cuyos inventores creyeron que las leyes descubiertas por el naturalista británico Charles Darwin (1809-1882) sobre la selección natural y la lucha por la existencia, eran también aplicables en el ámbito de la política estatal.

La Orden negra asimiló y transformó como ninguna otra organización nacionalsocialista el supuesto darviniano de que es posible perfeccionar y desarrollar las especies más valiosas de una gran comunidad mediante los métodos selectivos. Para los místicos raciales SS, tan sólo hubo una especie valiosa: la raza germano-nórdica [12]. Esa biología de uso político dio un giro insólito al concepto darviniano de la lucha por la existencia. Lo que siguió siendo Naturaleza pura para el inglés, fue instituido torcidamente por el darvinista social con los medios coactivos del Estado autoritario: el derecho congénito de toda raza superior y prepotente para eliminar a las especies inferiores.

Las miras de toda política social en un país civilizado se entendie-

ron al revés. Allí no se reconoció ya la misión tutelar del Estado entre las minorías heterogéneas, los débiles y los impedidos; sólo fue cuestión de fortalecer la «sangre pura» y extirpar los elementos presuntamente incapacitados para la vida. Las diversas naciones no fueron ya, según los militantes SS, conjuntos ordenados de seres humanos sino —tal como lo formuló el historiador Buchheim— «plantaciones irracionales repletas de ortigas, donde se debería poner orden de una vez aislando todo lo antisocial, neutralizando "los fermentos de la descomposición", multiplicando los elementos valiosos y deshaciéndose de los mediocres» [13].

Asimismo, los precursores del darvinismo social habían centrado ya mucho antes sus meditaciones en el concepto racial. Hacia el año 1903, el biólogo Wilhelm Schallmayer proponía una «selección en función de la fecundidad», mediante el control higiénico y racial sobre matrimonios, la prohibición de casarse a ciertas personas y la esterilización de seres defectuosos, para constituir una raza pura [14]. ¿Quién no reconoce ahí el romanticismo racista de Himmler, con sus ideas sobre linajes, permisos matrimoniales e investigaciones de tipo sanitario y racial? Himmler empleó el lenguaje de los darvinistas sociales: «Es decir, que si esa sangre prevaleciente en Alemania, cuya presencia nos acompaña arriba y abajo, no se depura con la sangre buena, jamás podremos dominar la Tierra [15].»

Ahí residía también el punto donde confluía el antisemitismo de fundamento económico con el darvinismo social extremadamente racista para generar esa hostilidad al judío que caracterizó la ideología de las SS. El hombre judío fue símbolo de aquellos grupos étnicos distintos e inferiores sobre los que debería predominar la raza pura. Himmler manifestó que la cruzada antijudía, la lucha «entre hombres y seres infrahumanos» era, «simplemente, una ley natural, como la lucha del hombre contra cualquier epidemia, como la lucha del bacilo de la peste contra un cuerpo sano» [16]. Sobre los Escalones cayeron verdaderos torrentes de conferencias dogmáticas antisemitas, por todas partes se martilló con una noción contundente: el judío es un cuerpo extraño. Cierta conferencia normativa para unidades SS divulgó lo siguiente en 1936: «El judío es un parásito. Allá donde se asienta mueren los pueblos. Desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, el judío esquilmó y exterminó a sus anfitriones tan pronto como ocupó el poder. Si nosotros excluimos al judío de nuestro cuerpo nacional no haremos más que defender nuestra vida [17].»

Ahora bien, ¿cómo se debería «excluir» a los judíos? Ésa fue la pregunta crucial para los antisemitas nazis y sobre ella divergieron

las opiniones en el campo nacionalsocialista. Los jóvenes intelectuales, casi todos destacados dirigentes del SD, se mostraron remisos ante la primitiva fórmula de «atajar al judío» preconizada por los viejos funcionarios del Partido. Durante largo tiempo, ellos sólo supieron lo que *no* querían. No quisieron el «asalto sistemático» que practicaban el *Gauleiter* Julius Streicher y su *Stürmer*, motivado por la envidia y el odio bajo sus aspectos económico y sexual cuya culminación fue el desbordamiento de los más bajos instintos contra el hombre judío hasta arrebatarle todo derecho a la vida.

Los intelectuales SD, deseando comportarse como nacionalsocialistas radicales y «razonables» a un tiempo, enjuiciaron esa conducta antijudía cual un «antisemitismo perjudicial para nosotros», según rezaba un titular del *Schwarze Korps* [18]. La revuelta en plena calle contra los judíos se les antojó a los jefes SD una insensatez de cerebros toscos. Quien rompa escaparates de comercios judíos (así razonaban ellos, más o menos), dañará el prestigio de la nueva Alemania ante el mundo sin aportar la menor solución al problema judío. «El Movimiento nacionalsocialista y su Estado —se leía en el *Schwarze Korps* del 5 de junio de 1935— se oponen con toda energía a esas manipulaciones delictivas. El Partido no tolera que su lucha por los valores más sagrados de la nación sufra adulteraciones con esas escaramuzas callejeras y esos atentados contra la propiedad [19].»

Los hombres del SD fueron demasiado inteligentes para dejarse arrastrar por la burda propaganda antisemita del Partido. Si todo hubiera dependido de ellos habrían hecho barrer hasta el último pasquín antijudío, ya que sólo les interesaba solucionar con frío raciocinio el llamado problema judío. Muchos productos del delirio antisemítico nazi sucumbieron bajo sus lápices rojos. Cuando la editorial berlinesa «Paul Schmidt» publicó en el otoño de 1935 un folleto en el que se achacaba al judaísmo el conflicto abisinio, y cuyo formato tenía tal contorno que al doblar el papel representaba una caricatura de cabeza judía, el negociado II-2-B de la Policía secreta gubernativa observó: «El contenido de ese folleto revela una vulgaridad desaforada. Se han dado instrucciones por teléfono al inspector Reinke (Stapo. Bln.) para que haga secuestrar inmediatamente el susodicho folleto [20].»

Ni los llamados protocolos de los Sabios de Sión, herramienta indispensable de todo propagandista antisemita, encontró siquiera aceptación entre los censores del SD. En los cursillos de SS ordinarios lo conservaron todavía como relicto de brujerías antisemíticas y, al mismo tiempo, alimento espiritual de los neófitos SS, si bien

el *Untersturmführer SS* Edler von Mildenstein, primer ponente sobre cuestiones judías en el SD, lo calificó lisa y llanamente de «patrañas»[21]. «Los libros de la editorial "Hochmuth" —hacía constar el *Oberscharführer SS* Herbert Hagen, experto en asuntos judíos del SD, el 21 de julio de 1938— son engendros literarios innocuos, aparte de que se refieren abundantemente a los protocolos de los sabios de Sión[22].» Sobre la monografía *El espejo judío*, de Rudolfs, divulgada por la editora central del NSDAP, Hagen comentó: «En su enorme exaltación, el autor ve también la obra del judaísmo allá donde fue efectivo un desarrollo natural e intelectual que sin la influencia del judaísmo hubiera tenido las mismas repercusiones[23].»

Los peritos del SD no cesaron de criticar todos los mamotretos antisemíticos pese a las serias advertencias de importantes funcionarios nacionalsocialistas. El producto más ramplón y desacreditado del bando Streicher, un libro infantil titulado *El hongo venenoso*, escrito por el redactor jefe del *Stürmer*, Ernst Hiemer, obtuvo muchos plácemes. El editor nacionalsocialista Amann: «Deberían tenerlo entre las manos cada niña y cada niño alemán.» Jefe del Estado Mayor SA, Lutze: «Esta obra, en su ejemplaridad, es muy adecuada... para esclarecer el problema judío.» *Gauleiter* Waechtler: «Asimismo, garantiza para el futuro una conducta recta del ciudadano alemán ante el judaísmo[24].» En cambio, la Dirección general del SD opinó todo lo contrario con manifiesta sequedad: «No podemos adherirnos a la opinión de los benévolos críticos, ya que, prescindiendo de su aprovechamiento positivo, ese libro no tiene siquiera un estilo literario correcto y, por tanto, a nuestro juicio, no es recomendable para la enseñanza de los niños[25].»

No obstante, el inequívoco descontento de la *élite* SD permaneció largo tiempo inarticulado hasta que en el verano de 1935 el futuro *Untersturmführer SS* Leopold Edler von Mildenstein, natural de Praga, empezó a formular una política particular SS sobre los judíos. En el otoño de 1934, Heydrich había leído ya con mucho interés el reportaje sobre una gira por Palestina que el docto ingeniero y trotamundos Von Mildenstein había publicado en el órgano nacionalsocialista de Berlín *Der Angriff*. Allí Von Mildenstein describió con gran sobriedad las perspectivas de una Palestina judía[26].

El *Untersturmführer* era tan poco antisemita como su premioso adlátere Adolf Eichmann o el director del Departamento central SD Reinhard Hoehn que, en 1929, escribía un libro en el que llamaba todavía al antisemitismo «una manía infecciosa»[27]. Edler von Mildenstein pudo llamarse amigo de los más eminentes jefes sionistas, fue

un visitante habitual de sus congresos, donde se les ocurrió precisamente la idea que le amistó con aquellos dirigentes: el problema judío sólo se podría resolver mediante una emigración masiva a Palestina. Él tuvo la esperanza de que el antisemitismo nacionalsocialista pudiera y quisiera promover esa emigración. Los Escalones aportarían sin duda su contribución, pues Von Mildenstein sabía que el Mando SS adoptaba una actitud refractaria ante la enorme arbitrariedad e insinceridad política del NSDAP respecto a los judíos.

El Partido no había concretado nunca cómo se debería practicar el antisemitismo. Hitler había eludido en *Mein Kampf* toda referencia precisa sobre una posible legislación antisemita, y Achim Gercke, experto nazi en asuntos raciales, consideraba «prematura la planificación a ese respecto» en el año 1933 [28]. Alfred Rosenberg salía del paso con una fórmula cómoda: los judíos deberían ser reconocidos como una «nación residente en Alemania», pero excluidos de posiciones superiores en la política, la cultura y la economía [29]. Y el *Standartenführer SS* y futuro director general de Sanidad del Reich, doctor Conti, manifestaba incluso que la nueva Alemania condenaba toda clase de odios raciales; los judíos «no eran una raza inferior sino diferente» [30].

Más tarde, los historiadores se contentaron con interpretar esas declaraciones nacionalsocialistas tan dispares como diversos enmascaramientos de una central donde se planeaba paso a paso la campaña exterminadora. Quien esté tan familiarizado con esas acciones planificadoras del III Reich, deberá percibir también forzosamente la extraña y contradictoria amorfia del orden nacionalsocialista. Aquellas manifestaciones reflejaron los criterios de distintos grupos antisemíticos en el Partido, que eran por lo menos tres. Un primer grupo nacionalista que refrenaba la influencia judía en política y cultura pero aceptaba su colaboración casi ilimitada en el terreno económico; a este grupo pertenecían hombres como el doctor Walter Gross, director del negociado de política racial (NSDAP) y el ponente de asuntos raciales en el Ministerio de la Gobernación, consejero ministerial doctor Bernhard Loesener. Otro grupo estaba compuesto de místicos antisemíticos nazis y teorizantes racistas en torno a Alfred Rosenberg, y un tercero, de pornógrafos neuróticos y antijudíos alrededor de Julius Streicher y capitaneados más tarde por un nuevo adicto, Joseph Goebbels.

En el calvario judío después de 1933 se entrevé cuáles fueron los grupos nacionalsocialistas que determinaron la política contra el judío alemán.

Tras el advenimiento nazi, Streicher orientó con su antisemitismo las medidas antijudías del Régimen. Los cruentos excesos contra la población judía en marzo de 1933, el boicot impuesto a los comercios judíos el 1.º de abril, la destitución de funcionarios, médicos y juristas judíos, la primera incautación de establecimientos judíos por los arios, la discriminación en balnearios, teatros y exposiciones contra personas judías..., todo ello llevaba indiscutiblemente la rúbrica de Streicher [31].

En 1934, cedió esa ola de terror. Tomaron el mando autoridades antisemíticas algo más moderadas como el jurista nazi Hans Frank, quien declaró que el régimen «quería poner ciertas cortapisas a la prosecución del debate con los judíos» [32]. Los conciudadanos judíos cobraron ánimos, y 10 000 de los que habían abandonado Alemania decidieron regresar, como anunció el 1.º de mayo de 1935 el *Voelkischer Beobachter* [33].

Mas el péndulo del antagonismo reanudó sus oscilaciones en 1935. Esta vez marcó la pauta Joseph Goebbels. «¡Ya no queremos más judíos!», vociferó durante un discurso el 29 de junio de 1935. Y argumentó contra las frases necias e insustanciales de los intelectuales burgueses que tomaban al judío por un ser humano [34]. Bocado a bocado se cercenó el espacio vital del judío alemán. En la Kurfürstendam berlinesa se produjeron violentos desórdenes contra los ciudadanos judíos, que tuvieron que abandonar la Wehrmacht y el Frente del Trabajo, surgieron nuevos letreros humillantes: «No se admiten judíos...» y, por fin, apareció el código más denigrante de la historia alemana, las leyes de Nuremberg que impusieron al judío la condición de paria y codificaron como delito político toda relación entre judíos y arios [35].

Pese a ello, se aflojó otra vez un año más tarde —1936— el puño férreo de los antisemitas. Prosiguió la campaña difamatoria latente contra los judíos, pero el especulativo administrador del Plan cuatrienal, Hermann Goering, hasta entonces conforme, aunque más bien propenso al grupo nacionalista antisemítico, exteriorizó sus dudas sobre la conveniencia de trazar una divisoria definitiva entre judíos y economía nacional.

El *Untersturmführer SS* Leopold von Mildenstein quiso poner fin a ese juego de los grupos antisemíticos en el Partido y solucionar el problema judío mediante el único arreglo razonable y duradero a su parecer: la emigración total. Esta idea no era nueva. Su materialización había chocado siempre con la agria negativa de otros países a recibir judíos en gran número. El Mando SS quería enviar los 503 000

judíos de Alemania al país que tanto él como los jefes sionistas tenían por la única patria de judíos viejos y nuevos: Palestina.

Sin embargo, el «plan Palestina» de Leopold von Mildenstein presentó cierta dificultad. Entre los judíos alemanes sólo una minoría mostró deseo de emigrar a Palestina. En 1933, partió hacia Palestina un 19 % de los emigrantes judíos del III Reich, un año después ascendió ese porcentaje hasta su índice máximo, 38, para descender otra vez continuadamente: 36 % en 1935, 34 % en 1936, 16 % en 1937 [36]... Arrastrando vejaciones, difamación y terror, el grueso de la población judía alemana se aferró desesperadamente al concepto expuesto por el *C. V. Zeitung*, portavoz de la Federación central de Súbditos alemanes de Confesión judía: «Sabremos soportar con dignidad y valor las despiadadas medidas adoptadas por los alemanes contra los judíos alemanes en su propia tierra natal [37].»

Junto a aquella mayoría actuó también, desde luego, un pequeño grupo de prohombres sionistas que intentaron orientar por otros derroteros el tradicional patriotismo germano del judío. Al principio, el alud nacionalsocialista sobre ellos no les pareció una catástrofe sino, más bien, una *oportunidad histórica incomparable para consolidar el sionismo*: retorno a un Estado israelí y a un sentimiento nacional judío. Mostraron una rara fascinación ante la victoria de los antisemitas alemanes, pues en ella vieron una derrota del judaísmo europeizado cuya mayor aspiración parecía ser la de integrarse con los países adoptivos. Casi se oyó entre ellos un grito triunfal cuando el periódico sionista *Jüdische Rundschau* proclamó tras la subida de Hitler al poder: «Se ha desplomado una ideología; pero en lugar de lamentarnos tenderemos la vista hacia el futuro [38].»

Muchos cayeron en la tentación de conmemorar aquella fecha, el 30 de enero de 1933, como una crisis en la historia judía, aprovechable para el retorno «del judío a su judaísmo». El joven rabino, doctor Joachim Prinz comentó en un ensayo suyo *(Wir Juden *)* cierta frase en la que Hans Lamm, cronista del judaísmo alemán en el III Reich hizo «alusiones singulares, casi apologéticas, al fenómeno del antisemitismo». Prinz escribió que «ya no había escape para ese problema». La emancipación había sumido al judío «en el anonimato, imponiéndole la pérdida de su judaísmo» sin beneficio alguno, pues «ese anonimato creaba alrededor de las personas que, pese a todo, reconocían aún al judío, una atmósfera de recelo y extrañamiento». Ahora bien: ¿qué camino conduce fuera de esa tragedia judía? Sólo hay uno,

* *Nosotros los judíos.*

el de Palestina. Prinz: «No nos resta ya cobijo alguno. Deseamos sustituir la asimilación por lo nuevo: nuestra decidida vocación de raza judía y nación judía [39].»

¡Qué formidable incentivo para los nacionalistas judíos si, aprovechando la presión del racismo alemán, se facilitara al ideario sionista ese triunfo que le fue negado en el clima humanístico y democrático de Weimar! ¡Allá donde sionistas y nacionalsocialistas anteponían raza y nación como módulo de todas las cosas, se debería tender un puente común! El *Jüdische Rundschau*, órgano informativo de los sionistas alemanes, lo había declarado ya abiertamente el 13 de junio de 1933: «El sionismo reconoce la existencia del problema judío y desea resolverlo de una forma generosa y constructiva. Con tal fin, quiere ganarse la voluntad de todos los pueblos, sean amigos o enemigos de los judíos, porque ésta no es, en su opinión, una cuestión de sentimentalismo sino un problema real cuya solución interesa a todos los pueblos [40].»

Fue justamente ahí, en ese punto, donde se interpusieron las consideraciones de Leopold von Mildenstein. El SD debería hacer otra vez del judío alemán asimilado un judío «consciente», debería exigir la «desasimilación» y despertar el amor por Palestina en el mayor número posible de judíos, pues Palestina era el único país (entonces) que toleraba aún la inmigración masiva de judíos.

Himmler consideró aceptable el plan de Mildenstein, y ordenó a éste que comenzara la tarea. El *Untersturmführer* organizó en la Dirección general del SD una ponencia de asuntos judíos, le dio la denominación de negociado II-112 y abrió una era de política judía patrocinada por las SS que, según Hans Lamm, se complacieron en «adoptar o anticipar una actitud prosionista» [41].

La nueva política de las SS se manifestó en el viraje del *Schwarcer Korps* cuyos ataques antisemíticos se abatieron súbitamente ante «los sobrios sionistas ajenos a todo sentimentalismo». «Tal vez no esté muy lejos la época en que Palestina recobre a sus hijos pródigos, perdidos hace más de un milenio», profetizó el órgano informativo SS. «Nuestros buenos deseos, junto con la benevolencia estatal, les acompañarán [42].»

El SD activó la emigración judía a Palestina aunque, por lo pronto, sólo dieron su conformidad oficial la Gestapo y el Ministerio de la Gobernación. Entre 1933 y 1937 pudieron emigrar 24 000 judíos a tierras palestinas; después, el SD aumentó la presión sobre los judíos deseosos de emigrar [43]. El ponente jefe Von Mildenstein promovió los campamentos formativos, mantenidos por diversas organizaciones sio-

DESTINO DE LOS JUDIOS ALEMANES	
Población judía en 1933:	503.000
Emigrantes entre 1933 y 1945: A los EE. UU.: A Palestina:	270.000 90.000 50.000
Asesinados: (Entre ellos, los que emigraron a los países ocupados por Alemania durante la guerra.)	170.000
Muertes adicionales entre 1933 y 1945: (Más defunciones que nacimientos, sin contar los asesinatos.)	72.000
Población judía en 1945:	23.000
Todos estos datos se refieren a la población judía del territorio alemán (fronteras de 1933).	

EMIGRACION Y DEPORTACION DE JUDIOS ALEMANES ENTRE 1932 Y 1945

nistas, donde los jóvenes aprendían las faenas agrícolas para su práctica en los *kibbuzim* [44]. Siguió con mirada atenta el trabajo de los sionistas. Hizo dibujar en su ponencia grandes gráficos en los que se representó la penetración del sionismo en el judaísmo alemán.

Cada éxito sionista fue para los funcionarios del II-112 como un éxito propio, y cada fracaso les hizo sentir su propio fracaso. «Sólo se requería el advenimiento nacionalsocialista —hizo constar no sin

orgullo— para hacer renacer el nacionalismo judío entre un buen número de judíos en Alemania»[45]; y casi sonó como una queja la melancólica comprobación de que «muchos sionistas momentáneamente entusiasmados eran sólo "sionistas aparentes", sin verdaderos vínculos con los ideales del sionismo»[46]. Y con gran recelo denunció un observador SD las empresas promovidas por los judíos antisionistas tales como la filial deportiva del «Reichsbundes jüdischer Frontsoldaten» *, una organización de espíritu asimilador que «preponderaba cualitiva y cuantitativamente en el deporte judío, circunstancia nada laudable con la cual quedaba demostrado una vez más que el ideario sionista no había captado aún a un sector considerable de la juventud judía»[47].

Entre los observadores del sionismo había un joven militante SS a quien sus superiores tenían relegado en un puesto en la sala Johannis, dependencia perteneciente al palacio de la Wilhelmstrasse donde radicaba la Dirección general SD. Allá estuvo el hombre pegando viejos sellos de las logias francmasónicas hasta que un buen día lo trasladaron a la ponencia judía, donde se hizo notar por la grotesca solicitud con que atendía a cada superior. El *Scharführer* Adolf Eichmann, nacido en Solingen en 1906, pero trasladado con la familia a Austria, antiguo minero, vendedor de electrodomésticos y representante de grasas alimenticias, repatriado más tarde por casualidad a Alemania e incorporado al SD tras un breve servicio en las reservas estratégicas, tuvo siempre por norma considerar a cada jefe SS como un ser superior. Fue tanto su celo que le hacía saltar invariablemente del asiento para dar un fuerte taconazo cuando entraba algún jefe en su sala, lo cual ocurría no pocas veces[48]. Un hombre tan afanoso podría prestar muy buen servicio a Leopold von Mildenstein. Se le preguntó si le gustaría trabajar en el II-112. Eichmann adoptó una rígida postura militar e inclinó la cabeza afirmativamente: Desde luego, no supo explicar la razón de su interés por el problema judío. Muchos años después Adolf Eichmann lo aclararía de este modo: «En aquellas fechas yo hubiera dicho sí y amén a cualquier propuesta con tal de abandonar aquel trabajo de pegar sellos[49].»

No hubo ningún antecedente antisemítico en la vida de Eichmann. Así como podría haber estado largo tiempo indeciso ante la alternativa de adherirse a una logia o alistarse en las SS, tampoco sabría dar una opinión coherente sobre los judíos. No tenía más prejuicios contra ellos que sus camaradas y, pensándolo bien, tal vez menos, pues contaba entre su parentela a varios judíos. Se había agenciado una

* Federación de soldados combatientes judíos del Reich.

amiga judía, y debía a los judíos su modesta carrera en el campo comercial[50]. Pero nada de ello obstó para que se hiciera rápidamente un especialista antisemítico entre las vanguardias de Mildenstein. Pronto fue auxiliar indispensable de la ponencia judía, mientras Von Mildenstein, cuyo heterodoxo proceder causaba gran desagrado en la plana mayor de Himmler, abandonó la Dirección general SD tras diez meses de servicio y pasó más tarde al Ministerio de Asuntos exteriores[51].

En el negociado II-112 se asignó a Eichmann la sección técnica «Organizaciones sionistas»[52]. El hombre supo barajar de forma tan convincente los vocablos hebreos y las ideas sionistas que se extendió muy pronto un fantástico rumor por la Dirección general SD: Eichmann era un antiguo residente en Palestina con conocimientos muy profundos sobre el país y sus habitantes[53]. Y, en verdad, robando horas al sueño se aprendió de memoria *El Estado judío* de Theodor Herzl y extrajo algunas nociones elementales de una gramática hebrea[54]. Sea como fuere, eso fue suficiente para introducir al erudito en la compleja trama de organizaciones y partidos sionistas. Al cabo del tiempo, Eichmann redactó una memoria titulada *Die Arbeit der Zionistischen Weltorganisation* *, que se publicó como un manual SS en el mes de octubre de 1936[55]. Durante ese trabajo, Eichmann y el sucesor de Mildenstein, el periodista y *Obercharführer SS* Herbert Hagen, comprendieron por vez primera el dilema que se planteaba a la emigración sionista apadrinada por las SS.

Ante los dirigentes SS se abría una sima ideológica que no podrían franquear jamás. He aquí el dilema: por un lado, querían despachar todos los judíos a Palestina, y por el otro les aterraba la posibilidad de ver surgir allí un pujante Estado judío. «El ensayo titulado *La organización mundial sionista* —escribía Eichmann en 1936— descubre peligros crecientes: una Palestina judía fuerte. El judaísmo internacional será enemigo de Alemania... para todos los tiempos; una Palestina judía fuerte podría representar un factor esencial en su lucha[56]. Pero ahí no terminaban los peligros; el sionismo desafiaba el antisemitismo alemán en sus propios bastiones, justamente cuando emergía un Estado judío en Palestina y tomaba a los judíos alemanes bajo su protección. El jefe de la ponencia, Hagen, lo vio así: «Evidentemente, Alemania no puede aprobar bajo ningún concepto la creación de semejante monstruosidad estatal, pues de lo contrario llegaría el día en que todos sus judíos apátridas querrían adoptar la nacionali-

* *La organización mundial sionista.*

dad palestina para exigir entonces, como una llamada minoría, la representación oficial ante el Gobierno alemán[57].»

Puesto que ni Hagen ni Eichmann tenían intención de otorgar la condición de minoría a los judíos[58], como reveló más tarde el solitario jefe SD, Otto Ohlendorf, sólo les quedaba la leve esperanza de que Gran Bretaña, potencia administradora de Palestina, opusiese un veto perpetuo a la fundación del Estado judío. Pero ¿se podía confiar en semejante probabilidad? El SD decidió extremar su vigilancia sobre las organizaciones sionistas.

La Dirección general SS ordenó que se inspeccionaran con suma atención todas las empresas de la «Federación sionista en Alemania» (ZVD) y el movimiento sionista «Hechaluz». «Las actividades de la ZVD cuya central está domiciliada en Berlín-Oeste, Meinekestrasse, 10, teléfono J 19031, requieren intensa vigilancia», rezaba una orden internacional del SD. Y el II-112 disponía lo siguiente para el «Hechaluz»: «Conviene inspeccionar lo mejor posible el trabajo desarrollado en los campamentos formativos del "Hechaluz", es decir, incluyendo a los participantes en tales cursillos. Cuando terminen los cursos se debe comprobar si cada uno de los cursillistas domiciliados en el distrito del Sector desea realmente emigrar[59].»

Ahora bien: ni Hagen ni Eichmann se conformaron con ejercer un riguroso control sobre los sionistas alemanes. Se dijeron que deberían penetrar en el cerebro organizador del movimiento sionista si querían averiguar seriamente cómo se presentaba el panorama para la creación de un Estado judío.

Cierto sujeto, viejo amigo de Mildenstein, les ofreció una oportunidad. El comerciante Otto von Bolschwingh, camarada del Partido, confidente del SD y dedicado durante muchos años al negocio automovilístico, mantenía comunicación con algunos alemanes palestinos por cuya mediación acrecentaba sus caudales en una actividad extraprofesional: el espionaje. Entre ellos figuraba también el doctor Reichert, corresponsal de la Agencia alemana de Noticias en Jerusalén[60]. Reichert, a su vez, había establecido contacto con un dirigente de cierta sociedad secreta sionista que estimulaba la fantasía del SD como ninguna otra organización (si se exceptúa el Intelligence Service británico): la Haganá.

Sobre ella había observado ya Eichmann en 1936: «Todos los partidos y sociedades agrupados bajo la ZO (Organización internacional sionista) están sometidos a un mando central de supervisión y defensa que desempeña un papel extraordinariamente importante en la vida política judía. Esa central se denomina Haganá (= autoprotec-

ción).» No era sólo la organización defensiva militar del colono judío, sino también un sistema de espionaje con amplias ramificaciones [61]. En el Estado Mayor de ese ejército secreto formaba un interventor llamado Feivel Polkes, nacido el 11 de setiembre de 1900 en Polonia, que embolsaba buenos estipendios mediante informaciones ocasionales al doctor Reichert [62]. La Haganá le había investido con el grado de comandante —según informaba Hagen— para «poner bajo su dirección el aparato defensivo de los judíos palestinos» [63].

II-112 mostró gran interés por el comandante de la Haganá, y en febrero de 1937 el israelita partió para Berlín. El 26 de febrero, Adolf Eichmann recibió a su invitado judío. Dos veces mostró su hospitalidad el *Hauptscharführer SS* al emisario de la Haganá [64] —una en el bar-restaurante «Traube», en el recinto del Zoológico—, y en ambas ocasiones correspondió Polkes a Eichmann con una invitación para visitar Palestina [65]. Por supuesto, el enviado palestino no fue un agente ordinario. Manifestó a Eichmann que sólo le importaba incrementar la emigración judía hacia Palestina para que los judíos pudieran conservar su tradicional superioridad sobre los árabes; con tal fin, le auxiliaban ya los servicios secretos de Francia e Inglaterra y ahora él quería cooperar también con la Alemania hitleriana [66].

«El hombre se mostró aquiescente —comunicaba Eichmann en su informe el 17 de junio de 1937— y prometió, entre otras cosas, proteger con energía los intereses de la política exterior alemana en el Cercano Oriente... si los alemanes morigeraban su régimen de divisas para los judíos que emigrasen hacia Palestina [67].» Sin duda, el SD percibió tras los primeros tanteos que Polkes no había visitado Berlín por su propia iniciativa... A sus espaldas se adivinaba la política inmigratoria de la Haganá. Así, pues, Eichmann escribió también esto: «Como contrapartida, cabe mencionar las siguientes ofertas de Polkes: respecto a la representación oficial judía en Alemania se ejercerá una presión adecuada para encauzar a los emigrantes exclusivamente hacia Palestina, prohibiéndoseles el establecimiento en otros países. Tal medida beneficiará los intereses alemanes y ahora se prepara ya su aplicación con medidas paralelas de la Gestapo [68].»

El 26 de setiembre de 1937, a las 8.50 en punto, Eichmann y Hagen tomaron un tren con el firme propósito de consolidar la alianza cautelosamente bosquejada entre SS y Haganá [69]. El jefe SD Heydrich les había permitido aceptar la invitación de Polkes para visitar Palestina [70]. Ambos mensajeros adoptaron los indispensables enmascaramientos: Eichmann viajó como redactor del *Berliner Tageblattes;* Hagen, como estudiante [71].

La nave *Romania*, con los dos agentes SD a bordo, atracó en el puerto de Haifa el 2 de octubre. Pero los antisemitas árabes desbarataron el plan de los antisemitas alemanes: hacia fines de setiembre, los nacionalistas árabes habían desencadenado una nueva sublevación y, como consecuencia, la potencia administradora había declarado el estado de sitio y bloqueado las fronteras del país [72]. Los agentes del SD tuvieron que entrevistarse con Polkes en El Cairo. El comandante de la Haganá se prestó a facilitar las primeras informaciones por unos honorarios mensuales de quince libras [73]. Hagen tradujo la opinión de Polkes: «El radicalismo de la política alemana con respecto al problema ha causado gran satisfacción entre los círculos nacionalistas hebreos porque así se multiplicará la población judía en Palestina, de modo que se podrá contar en fecha previsible con una mayoría de judíos frente a los árabes palestinos [74].»

La explotación de esa empresa «palestina» aportó a juicio de Eichmann una «pobre cosecha» [75], y no obstante Heydrich y Himmler encontraron tan prometedora la labor de su experto en sionismo que le encomendaron seis meses después —tras la invasión de Austria— el mando de la emigración judía. Por vez primera se inmiscuyó oficialmente el SD en la política judía del régimen. Eichmann, *Untersturmführer* desde 1938, fue agregado a la inspección de la Sipo y del SD en Viena como ponente sobre asuntos judíos [76]. Su misión consistió en fomentar por todos los medios disponibles la emigración judía.

Hasta entonces la emigración había tenido un carácter más o menos voluntario, pero Eichmann, respaldado ahora por la Policía de Seguridad, impuso un ritmo tan vivo a los judíos que la emigración pareció más bien una expulsión. El nuevo *Untersturmführer*, se entregó a una borrachera de organización: súbitamente descubrió que tenía plenas atribuciones para planificar y mandar. Y entonces tuvo una gran idea. Se le ocurrió poner fin al mare mágnum de autoridades policiales, gubernativas y nacionalsocialistas con poderes jurisdiccionales sobre la emigración judía, agrupando a todos los participantes —autoridades y representantes judíos— bajo una sola dirección. Para los emigrantes forzosos judíos debería haber una entidad unificadora, «una cinta sin fin por la que desfilaran delante los certificados y demás documentos y detrás, los pasaportes», según Eichmann [77].

Aquella cinta continua vino a ser la «Oficina central para la Emigración judía» que, capitaneada por Eichmann, se instaló en la Prinz-Eugen-Strasse, 20-22, de Viena, en un viejo palacio de Rothschild. Con Eichmann llegaron los colaboradores que más tarde serían heraldos y enlaces del genocidio: los hermanos Hans y Rolf Günther,

Franz Novak, Alois y Anton Brunner, Erich Rajakowitsch, Stuschka, Hrosinek, todos ellos estrategas flemáticos e infatigables de la evacuación judía [78].

Mediante unos métodos muy similares al chantaje, la Oficina central de Eichmann puso en marcha el éxodo judío. Puesto que la población judía de Austria —300 000 personas— no tenía medios económicos ni poseía el capital mínimo («garantía monetaria») que exigían los países receptores, se impuso a los judíos adinerados la obligación de subvencionar ese traslado en masa con sus propios bienes [79]. «Lo hemos hecho de tal forma —decía Heydrich describiendo las prácticas de sus acarreadores— que los judíos ricos dispuestos a emigrar deben abonar una suma determinada a las comunidades religiosas hebreas. El problema no consiste, pues, en desprenderse de los ricos sino de la gentuza [80].» Simultáneamente, Eichmann envió a varios jefes del judaísmo austríaco al extranjero con fines propagandísticos para recabar de sus organizaciones benéficas medios con los que financiar la emigración. Así, por ejemplo, el «American Joint Distribution Committee» aportó 100 000 dólares en la primavera de 1938 [81].»

Con semejantes métodos, Eichmann no halló dificultad alguna para enviar a Berlín partes realmente sustanciales. Hacia fines del otoño de 1938, la Oficina central había hecho emigrar ya a 45 000 judíos, y en dieciocho meses escasamente se había expulsado ya a 150 000 judíos de su tierra natal [82]. Sin embargo, la política de Eichmann —emigración forzosa— sólo sería eficaz mientras los tecnócratas de las SS pudieran mantener abiertas las fronteras de los países adoptivos y los monederos de las organizaciones benéficas judías mediante una transmigración continua pero pausada. Mas ahí se hizo sentir también el sabotaje de los extremistas nazis quienes, bastante molestos ya por la intervención del SD en la política sionista, lanzaron una nueva campaña difamatoria contra el judaísmo durante el verano de 1938.

El *Stürmer* de Julius Streicher abrió la marcha. Las columnas del diario exigieron con creciente virulencia que se desalojara a los judíos de sus últimas posiciones económicas. El *Stürmer* dirigió continuas llamadas a los países europeos proponiéndoles la unión para luchar contra el judío, conjurándoles a cerrar sus fronteras ante el «enemigo universal número uno...», justamente esas fronteras que Eichmann intentaba mantener abiertas a su corriente inmigratoria.

Fueron inútiles todos los esfuerzos de Eichmann para hacer cambiar el rumbo frenético diario. Hacia fines de mayo de 1938, el *Unter-*

sturmführer se entrevistó con el redactor jefe del *Stürmer*, Hiemer —quien a la sazón pasaba unos días en Viena—, para explicarle el mecanismo SS de la emigración; y estuvo «conferenciando ante el viajero durante dos horas aproximadamente con fines orientadores» (Eichmann)[83]. El dirigente SD se ocupó también del *Gauleiter* Streicher, invitándolo a una breve estancia en Nuremberg con objeto (dice un oficio de Eichmann) «de aprovechar esa oportunidad para dar nuevas orientaciones al *Stürmer*»[84]. Mas todo fue en vano. Un artículo de dos páginas sobre el judaísmo vienés escrito por Hiemer desengañó al jefe de Eichmann, Hagen, quien dijo: «Nuestro criterio ha sufrido tan grave fracaso que ahora sería ése, si acaso, el único medio de lograr una conversación[85].»

El 28 de junio de 1938, Hagen escribió así a Eichmann: «Pero lo más desatinado me parece que él (Hiemer), tras comentar con regocijo el retorno de muchos judíos vieneses a su judaísmo, agregue como final esta observación: "¡A una religión que acata los preceptos del Talmud cual su ley suprema! ¡El Talmud, que tolera todos los crímenes imaginables contra las personas no judías!" Cuando oigo decir tales cosas me llevo las manos a la cabeza: pero, ¿qué se espera de ellos, en definitiva? Tal vez sugiera todavía el *Stürmer* alguna solución radical como, por ejemplo, decapitarlos para que no pueda ocurrírseles el tentador pensamiento de reafirmar su vocación judaica[86].» Las relaciones entre el SD y Streicher se deterioraron de tal forma que Heydrich dio orden a Eichmann de rechazar toda invitación procedente de Streicher. El *Obersturmbannführer* Six anunció: «"C" [Heydrich] desea que el *Untersturmführer SS* Eichmann eluda transitoriamente esas invitaciones fingiendo estar ausente de permiso[87].»

A los adversarios de la política judía SS se agregó pocas semanas después otro oponente más peligroso todavía, el ministro de Propaganda del Reich, Goebbels. Éste había estado acechando durante largo tiempo una oportunidad para acaparar la política judía del Régimen, y ya tenía dispuesto un aparato propagandístico con que desatar nuevas oleadas de medidas antisemíticas.

Una escaramuza entre jefes antijudíos de Alemania y Polonia le brindó la deseada oportunidad. El 6 de octubre de 1938, el Gobierno polaco había promulgado un decreto invalidando todos los pasaportes cuyos titulares no los hiciesen estampillar antes de finalizar el mes con un sello especial reconocido únicamente en Polonia[88]. El Ministerio del Exterior en Berlín barruntó inmediatamente los designios del Gobierno de Varsovia: desembarazarse con un simple plumazo de los numerosos judíos polacos residentes en Alemania. El Régimen nacio-

nalsocialista reaccionó a su manera. El 28 de octubre, Heydrich hizo detener a 17 000 judíos polacos para encerrarlos en furgones ferroviarios y despacharlos hacia la frontera germanopolaca. Entre el 28 y el 29 de octubre, las primeras víctimas judías de la deportación en masa emprendida por el III Reich atravesaron la frontera... ante los fusiles ametralladores de las tropas fronterizas polacas[89].

También pasó de los policías alemanes a los polacos el sastre hannoveriano Grünspan. En París, Herschel Grünspan, un muchacho de diecisiete años, oyó hablar sobre el martirio de su padre. El 7 de noviembre se compró un revólver y metió cinco balas en el cuerpo al tercer secretario de la Embajada alemana, Ernst von Rath[90]. Eso fue justamente lo que había esperado y deseado Joseph Goebbels: el asesinato de un diplomático alemán por un judío. Su máquina propagandística empezó a funcionar. El *Voelkischer Beobachter* clamó el 8 de noviembre: «¡Sin duda alguna, el pueblo alemán sabrá extraer las consecuencias naturales de esa nueva tropelía[91]!» Al instante se arremolinaron nuevamente en los distritos Kurhessen y Magdeburg-Anhalt las turbas nacionalsocialistas y destruyeron varios comercios judíos[92].

Para Goebbels fue una hora propicia: cada 9 de noviembre se conmemoraba el alzamiento pardo de 1923 en la «Bierkeller», y con tal motivo acudían los veteranos compañeros de Hitler al paraninfo del antiguo Ayuntamiento muniqués. Allí comparecieron, como siempre, todas las celebridades del Partido... y bastó una encendida arenga del cojitranco Mefisto para hacer entablar la última batalla contra el judío a las formaciones nacionalsocialistas. Lo que siguió fue bautizado por el satírico pueblo berlinés como «noche de cristal del Reich», dados los millones de escaparates judíos hechos añicos aquel día. Para la Historia fue aquélla una noche de infamia: un Régimen ordenando a sus súbditos la organización del *pogrom.*

Pero la «noche de cristal» significa más para la historia privada del régimen hitleriano. Es un reflejo aleccionador del dominio nacionalsocialista. Al igual que el asunto Roehm y el escándalo Blomberg-Fritsch, descubre los desatinados contrasentidos de aquel sistema gubernamental caótico y amorfo que se denominaba caudillaje estatal. Y, además, ha dejado una nota marginal llena de cruel ironía: los ejecutores de la solución final en años ulteriores fueron entonces el blanco del golpe Goebbels. Pues aquella acción emprendida el 9 de noviembre de 1938 expresó también la rebelión interna del Partido contra el papel dominante representado por las SS en la política judía[93]. No fue un hecho casual que Himmler y Heydrich supieran de la

acción cuando ésta había desfilado ya hacía mucho, esquemáticamente, por la firma del ministro de Propaganda.

Es evidente que Goebbels viajó el 9 de noviembre a Munich con la intención de predicar un *pogrom* cruento entre los combatientes veteranos. Un incidente imprevisto favoreció su empresa. Apenas instalados los viejos nazis para su cena conmemorativa en el salón del antiguo Ayuntamiento les llegó la noticia de que Ernst von Rath había expirado a las 16.30 horas [94]. «Hitler se impresionó tanto que no quiso hablar como tenía por costumbre», manifiesta el director de la Policía muniquesa, *Obergruppenführer SS* barón Von Eberstein. Hitler y Goebbels cuchichearon entre sí; Eberstein tuvo aquel diálogo inaudible por una «conferencia extremadamente urgente» [95].

Sobre eso no hay la menor duda: todo se debió decidir en aquel instante. El jefe del Estado, Hitler, no podía verse complicado bajo ningún concepto en un *pogrom,* y Goebbels asumió con más disimulada satisfacción el papel de escenógrafo. El dictador abandonó la sala mientras el jefe del «Promi» * iniciaba un discurso errático y significativo a un tiempo que figura entre los alegatos magistrales de la demagogia nacionalsocialista aun cuando su texto no se haya podido conservar. «Aquel discurso fue excepcionalmente soliviantador— rememoraba más tarde el jefe de las Juventudes hitlerianas, Baldur von Schirach— y de él se infería que Goebbels intentaba provocar una acción violenta [96].» Cada cual creyó escuchar allí un mensaje privado: uno la advertencia de no obstaculizar las acciones contra los judíos, otro la orden de escenificar activamente el *pogrom,* un tercero la comisión de incendiar sinagogas, y un cuarto el cometido de expulsar a los judíos de la ciudad [97].

Pero ¿qué dijo en concreto Goebbels? Sólo esto: él, Goebbels, había informado al Führer que la acción antijudía se había desatado en algunos distritos, tras lo cual el Führer había dictaminado que el Partido se abstuviera de preparar u organizar tales demostraciones... aunque tampoco debería intervenir si éstas fueran espontáneas [98]. Goebbels no dijo más. Sin embargo, los combatientes veteranos comprendían también a su Führer sin necesidad de palabras. «Cuando la Dirección de Propaganda distribuya instrucciones verbales —sentenciaba poco después el Tribunal supremo del Partido— todos los jefes nacionalsocialistas presentes deberán interpretarlas de tal forma que el Partido no figure como instigador de esas manifestaciones aunque, en realidad, las organice y dirija [99].»

* *Pro*paganda*mi*nisterium = Ministerio de Propaganda.

Los combatientes veteranos, casi todos ellos jefes de diversas formaciones nacionalsocialistas, corrieron hacia el teléfono y dieron la alarma a sus unidades esparcidas por todo el país. ¡Al fin se les permitía arbitrar el problema judío, al fin podían hacer prevalecer nuevamente la voz del Partido! ¡Y las SA también podrían al fin arrinconar su anodino papel y vengar aquel fatídico 30 de junio de 1934! Entretanto, el doctor Goebbels dominaba la escena. Activo e infatigable, dictaba incontables telegramas a los servicios propagandísticos del Partido, mientras resonaban sin cesar los teléfonos y los ayudantes corrían arriba y abajo para ejecutar las órdenes del ministro de Propaganda.

Pero los orientadores oficiales de la política judía nacionalsocialista no sospechaban siquiera lo que se estaba fraguando. Hermann Goering —a quien le había correspondido solucionar el problema judío por razón de su cargo— marchaba en un tren nocturno hacia Berlín [100]; Himmler quería asistir con su Führer a la jura de los reclutas SS ante el Feldherrnhalle [101], y Heydrich charlaba con algunos camaradas en una habitación del hotel «Vier Jahreszeiten» [102].

La acción de Goebbels «sorprendió por completo» al jefe de la Sipo, según declaró poco después el consultor jurídico (Gestapo) doctor Werner Best, quien acompañaba a su jefe Heydrich para presenciar el tradicional congreso de las eminencias nacionalsocialistas. Best: «Yo estaba con él cuando, a pocos metros del hotel donde nos hospedábamos, ardió en llamas una sinagoga [103].»

Mientras Heydrich y sus acompañantes se preguntaban intrigados cuáles serían las causas de ese incendio, les llegó una llamada telefónica de la Dirección de la Gestapo en Munich. A las 23.15 horas el jefe de servicio les notificó lo siguiente: «Hace unos instantes, la Oficina de Propaganda del distrito Munich-Alta Baviera nos comunicó que se ha ordenado un *pogrom* en el cual no se tolerará ninguna intromisión de la Policía secreta gubernativa [104].» El informador pidió instrucciones. Heydrich no supo dárselas; despachó inmediatamente al *Gruppenführer* Karl Wolff (jefe de personal en la *Reichsführung SS*) con el encargo de transmitir ese mensaje a Himmler. Serían las 23.30 horas cuando Wolff encontró a su jefe en el domicilio particular de Hitler, al final de la *Prinzregentenstrasse* [105].

Pero nadie pareció tan sorprendido por la acción antijudía como el propio Adolf Hitler. Aquel jefe SS, sin razón alguna para mentir, hizo constar más tarde en el protocolo: «Cuando le pregunté al Führer, tuve la impresión de que no sabía nada sobre tales acontecimientos [106].» No obstante, Adolf Hitler se recobró rápidamente de su bien fingida

extrañeza. Ordenó que las SS se mantuvieran al margen de la acción; la Gestapo debería proteger únicamente las propiedades judías. Wolff trasladó esas disposiciones a Heydrich [107]. Sobre lo ocurrido durante los minutos subsiguientes (entretanto Himmler marchó con Hitler a la ceremonia del juramento ante el Feldherrnhalle), no existe ningún testigo. Cabe suponer, sin embargo, que Heydrich establecería contacto con Müller, quien estaba de guardia en Berlín, y le ordenaría dar la alarma a todas las comisarías Gestapo. El propio Heydrich, escasamente informado sobre los motivos de la operación, pospuso toda orden concreta hasta el regreso de Himmler. Evidentemente, quiso saber antes por su jefe cómo deberían comportarse los SS ante el golpe de Goebbels. Finalmente, el 10 de noviembre alrededor de la una llegó Himmler al hotel «Vier Jahreszeiten». Allí distribuyó sus órdenes entre Heydrich y los jefes de sector de las SS ordinarias [108].

Heydrich dispuso en un escrito urgente a todos los puestos de servicio de la Gestapo y de la SD: «Comercios y viviendas judíos sólo pueden ser destruidos, pero no saqueados. La Policía tiene orden de supervisar el cumplimiento de estas disposiciones y de detener a los saqueadores.» En calles comerciales debía prestarse especial atención a que «los establecimientos judíos no quedaran protegidos contra daños», pero «los súbditos extranjeros, aun siendo de raza hebrea, no podían ser molestados» [109]. Apenas Himmler había dado sus órdenes, se desató su furia contra el adversario Goebbels. Desde un principio, había comprendido lo que significaba el *pogrom* del 9 de noviembre: obstaculizar la política racial antisemita de las SS, un ataque al predominio de los Escalones en todas las cuestiones relativas a emigración judía, y un sabotaje a la única solución posible de la cuestión según el criterio SS. Himmler mandó presentarse al *Untersturmführer* Luitpold Schallermeier, investigador al servicio de Wolff, y le dictó a las 3.00 horas una nota recogida en acta que guardó en un sobre lacrado. Himmler hacía constar: «Supongo que Goebbels ha iniciado esta acción debido a un afán de poder que desde hace tiempo he advertido, y a su cabeza vacía se le ha ocurrido emprenderla justamente en este momento tan difícil para la política exterior [110].»

La empresa de Joseph Goebbels desagradó a los demás jefes SS tanto como a Himmler. Otto Ohlendorf, ulteriormente jefe del SD-interior, mostró «honda indignación», según el testimonio de un antiguo condiscípulo suyo completamente apolítico [111]. El *Gruppenführer* Wolff confesó al político indio Hafiz Khan que Alemania había perdido una «batalla moral» [112], y el director de Policía Von Eberstein, que prohibió toda participación a sus unidades SS, calificó «aquella acción de in-

decencia indescriptible»[113]. ¿Fue eso todo lo que hicieron los SS para patentizar su protesta? Sí, lo fue, o, por lo menos, casi todo. A ningún jefe SS se le ocurrió declarar una huelga o negar su colaboración en una empresa que implicaba asimismo un comportamiento equívoco por parte de los ponentes SS para la cuestión judía. Los Escalones de Protección avanzaron un paso al frente y obedecieron.

La diosa Fama atribuye a Himmler un enérgico gesto de protesta. Según oyó decir el ministro prusiano de Hacienda Popitz, Himmler había manifestado a Hitler que él no podría cumplir «las órdenes de su Führer»[114], y el jefe SS Günther Schmitt refirió al ex embajador Ulrich von Hassell que el *Reichsführer* «había desaprobado el *pogrom* y dispuesto, como castigo, el acuartelamiento de las reservas estratégicas durante dos días»[115]. De todo ello sólo es cierto que Himmler coleccionó pacientemente documentos acreditativos sobre los destrozos y saqueos cometidos por las turbas de Goebbels para demostrar al dictador lo absurdo del golpe y solicitarle que desposeyera al temible contrincante de todos sus cargos oficiales.

Cuando se conoció específicamente el daño causado, Himmler se aprestó a la lucha abierta contra Goebbels. El 11 de noviembre, Heydrich presentó un recuento provisional: 815 comercios saqueados, 29 almacenes demolidos, 171 viviendas destruidas, 76 sinagogas arrasadas y otras 191 incendiadas, 36 judíos asesinados, 36 gravemente heridos y 174 saqueos verificados[116]. El cauteloso *Reichsführer SS* miró a su alrededor en busca de aliados contra el poderoso jefe del Promi. Encontró uno muy valioso en Hermann Goering, que asimismo veía peligrar su posición en la política judía ante los tanteos de Goebbels.

Tan pronto como recibió los primeros partes sobre el *pogrom*, Goering salió disparado hacia la Cancillería del Reich y rogó a Hitler que suspendiera transitoriamente la acción[117]. Sus argumentos se asemejaron a los de Himmler, es decir, no tuvieron carácter humanitario, pues el comisario del Plan cuatrienal sólo se inquietó por las pérdidas materiales. Goering: «¡Estoy harto de esas manifestaciones[118]!» Aunque Hitler defendió a su ministro de Prapaganda, Goering encizañó más la lucha contra Goebbels. En su primera entrevista con éste le amonestó «empleando palabras muy incisivas» (Goering)[119], y mientras tanto Himmler formulaba una nueva denuncia contra el ministro de Propaganda, que muy bien podría dar con Goebbels en tierra. Himmler le acusó de haber causado daños irreparables al Reich en el extranjero mediante su inexcusable *pogrom*[120].

La ofensiva contra Goebbels alcanzó su culminación el 14 de noviembre. Para ese día había anunciado su visita al ministro de Propa-

ganda el comisario en Danzig de la Sociedad de Naciones, Carl J. Burckhardt. Cuando se presentó en el Ministerio, Goebbels mandó decir que no podría recibir al emisario suizo hasta una fecha posterior. Buckhardt averiguó el porqué [121]. Este político internacional oyó decir al embajador polaco Lipski que en el Gabinete del Reich se «había desatado espontáneamente un movimiento contra Goebbels»; por otra parte, el suizo supo por «fuentes fidedignas» que «se había solicitado el extrañamiento temporal del ministro» [122]. El 13 de noviembre no se veía todavía un desenlace claro, pero a la mañana siguiente todo quedó resuelto: Hitler votó en favor de su propagandista personal. Alrededor de las once, el dictador se hizo conducir al domicilio privado de Goebbels y le ratificó su confianza. Por la tarde se enteró Berlín y el mundo entero: Hitler se mostró con Goebbels en una representación del teatro «Schiller» [123].

Burckhardt regresó muy pensativo a Danzig. Pero apenas llegó allí, encontró un aviso sorprendente: Himmler le había telefoneado para rogarle que volviera cuanto antes a la capital del Reich [124]. El jefe SS no renunció a la lucha contra Goebbels, y pudo aún esgrimir el argumento de que Goebbels había perjudicado la política exterior alemana. Mas el ministro del Exterior, Von Ribbentrop, echó una mano a aquél diciendo que nadie había perjudicado los intereses políticos del Reich en el extranjero [125]. Ante esa situación, sólo podía ser útil Burckhardt, el infatigable confidente de aquellos jefes nacionalsocialistas que, a su juicio, podían frenar la política radical de Hitler.

Cuando Carl Burckhardt llegó a la Prinz-Albrecht-Strasse, Himmler se había resignado definitivamente. En lugar del *Reichsführer* le recibió el *Gruppenführer SS* Karl Wolff. Desgraciadamente, su jefe había caído enfermo —se excusó Wolff—, pues los acontecimientos de las últimas semanas le habían descompuesto el sistema nervioso. Pero, sea como fuere, el *Reichsführer* condenaba los métodos delictivos empleados contra la población judía. «La situación interna de este país se está haciendo insostenible. ¡Al final sucederá algo! —clamó Wolff—. Responsable de todo esto es el señor Goebbels, que ejerce una influencia funesta sobre el Führer.» Wolff siguió lamentándose: «Nosotros esperábamos poderlo meter en cintura aprovechando sus manipulaciones propagandísticas acerca de la crisis checa, y esta vez creímos tenerlo definitivamente entre nuestras manos..., pero el Führer lo salvó. Esto no puede continuar así. Será necesario obrar [126].»

Totalmente desconcertado, Burckhardt se retiró; tal vez se diera por satisfecho con la explicación de que Himmler «no sería tan bobalicón como parecía traslucirse de sus palabras y hechos» [127]. Sin duda

alguna, Buckhardt ignoró que aquella invitación a Berlín fue la última escaramuza de una batalla perdida por Himmler ante Goebbels. Con todo, Goebbels pagó su supervivencia a un precio casi prohibitivo. Conservó su puesto, pero se le vedó terminantemente toda nueva intromisión en la política judía. A lo cual agregó Hitler que Goering era «ahora la única autoridad competente para centralizar los pasos determinativos», como lo expresó el mismo Goering en un lenguaje inequívocamente pardo [128].

Pero ello significó un acoso todavía más encarnizado del judío alemán, su exclusión completa de la vida económica y, sobre todo, una prosecución constante de la política inmigratoria del SD. Por consiguiente, el 24 de enero de 1939 le llegó a Heydrich una orden de Goering: reanúdese con todos los medios disponibles la emigración judía. Y así prosiguió la depauperación y expulsión de los judíos [129].

Heydrich plagió a escala imperial lo que Eichmann había experimentado previamente en Austria. Berlín vino a ser una «central del Reich para la emigración judía» donde, copiando el modelo vienés, participaron todas las autoridades y representaciones forzosas del judaísmo alemán («Asociación nacional de Judíos en Alemania») en el éxodo de los no arios [130]. Esa central quedó subordinada a Heydrich como jefe de la Sipo, quién delegó sus funciones en un gestor, el *Standartenführer SS* Heinrich Müller, jefe de la II división en la Policía secreta gubernativa [131]. Nuevas presiones fueron ejercidas sobre los dirigentes judíos para que hicieran emigrar a su gente.

La central del Reich exigió a los judíos berlineses la presentación diaria de una lista en la que constara 70 familias prestas para emigrar. Y así los representantes oficiales judíos estimularon la emigración: en el verano de 1938, habían anunciado ya que aún deberían emigrar 200 000 judíos alemanes [132]. Al principio, la central de Heydrich y Müller pudo contabilizar la emigración: en 1939 abandonaron 78 000 judíos del antiguo Imperio (40 000 en 1938) la tierra de Adolf Hitler [133]. Bajo la presión de Eichmann, que entretanto había erigido otra central para los emigrantes en Praga, evacuaron casi 30 000 judíos el protectorado de Bohemia y Moravia [134].

Los expertos de Heydrich en asuntos migratorios no dejaron escapar ninguna oportunidad para expedir judíos al exterior. Se asociaron, incluso, con una organización secreta sionista que pretendió consumar a su manera lo que Heydrich y Hagen habían proyectado juntos en 1937 con su comanditario judío Feivel Polkes: la emigración masiva de judíos alemanes a Palestina. Entonces, la potencia administradora (Gran Bretaña) había denegado el plan. Tras los sangrientos

encuentros entre árabes, judíos y fuerzas moderadoras en el otoño de 1937, el Gobierno británico había decidido refrenar severamente la inmigración judía en los Santos Lugares[135].

En diciembre de 1937, aparecieron las primeras disposiciones, y al año siguiente el Gobierno inglés tomó nuevas medidas restrictivas que, finalmente, fueron derogadas mediante la publicación de un Libro Blanco el 17 de mayo de 1939: durante los cinco años subsiguientes podrían emigrar 75 000 judíos a Palestina, si bien Londres se reservaba el derecho de determinar cada seis meses la cuota inmigratoria para el siguiente semestre[136]. Para combatir la nueva política inmigratoria de Inglaterra se formó un grupo rebelde sionista entre cuyos componentes formaba, por supuesto, aquella Haganá del comandante Polkes. En 1937, se constituyó en la mansión de Eliahu Golomb, el poderoso jefe de la Haganá, una organización secreta denominada «Mossad le Aliyá Bet» (Oficina de Inmigración)[137].

El Mossad organizó en Europa una red de confidentes que trasladaron clandestinamente a los emigrantes judíos en pequeñas embarcaciones hasta Palestina. Los comisionados del Mossad recorrieron todos los países europeos buscando jóvenes judíos dispuestos a sobrellevar la vida áspera de Palestina. Sobre todo, esos agentes tornaron la vista hacia el III Reich como si los impulsara una fuerza irresistible. Los enviados del jefe Golomb fueron suficientemente positivistas para enviar judíos a Palestina con ayuda del sistema SS, es decir, intentar lo que los dos periodistas británicos John y David Kimche denominaron «pacto con el diablo».

Justamente a raíz de la noche de cristal se introdujeron dos agentes del Mossad, Pino Ginzburg y Moshe Auerbach, en el imperio de Adolf Hitler para ofrecer ayuda a los caballeros de la Orden negra[138]. Esos mensajeros propusieron que se acelerara el programa formativo sionista para futuros emigrantes judíos y se fletaran barcos con destino a Palestina. El SD accedió y concedió plena libertad al Mossad, pues por aquellos días los índices de emigración eran cada vez más bajos. El *Untersturmführer* Hagen comprobó «una creciente obstrucción de los países receptores contra las corrientes inmigratorias». El 15 de junio de 1939, señaló los «objetivos de la política alemana sobre el tema judío»: «Fomentar la emigración a toda costa. La inmigración judía encuentra cada vez mayores dificultades. Es preciso promover todos los planes de emigración adondequiera que sea[139].»

Por consiguiente, el SD mostraba su agradecimiento a quienquiera que llevase judíos alemanes hacia el extranjero. Desde luego, los «exportadores clandestinos» de judíos no podían colaborar abiertamente

con los sionistas. Joachim von Ribbentrop y su Ministerio del Exterior impugnaban la emigración judía a Palestina y asimismo la Organización exterior del NSDAP intrigaba contra la increíble aportación de las SS a la instauración de un Estado judío.

El 25 de enero de 1939, se propuso crear como respuesta al judaísmo mundial (así lo hizo el AA * en una nota circular a todos los consulados y misiones diplomáticas del Reich, recogiendo las opiniones expuestas por los adversarios de Israel) una «plusvalía del poder amparada por el derecho internacional», pues la continua «dispersión del judaísmo» debería ser objetivo primordial de la política alemana [140].

Los transportes de emigrantes alemanes bajo el Mossad —ésa fue la condición implícita del SD— no pudieron designar en ningún caso Palestina como punto de destino. Y así se formó una extraña alianza: el SD se confabuló con el sionismo contra los radicales del AA y del Partido, y no menos contra Inglaterra, que reforzaba su Flota ante la costa de Palestina y hacía detener todo barco ilegal de emigrantes.

El comisionado Pino Ginzburg se instaló en el cuartel general sionista de Berlín (Meinekestrasse) y empezó a organizar transportes [141]. La central de Heydrich exigió que Ginzburg y su organización embarcasen cada semana a 400 judíos rumbo a Palestina [142]; más tarde, la propia central entró en tratos con un armador grecogermano cuyos barcos resultaron ser al poco tiempo unos miserables cascarones [143]. El organizador Golomb procuró, desde Palestina, mejores medios de transporte; al principio se hubo de conformar con gasolineras que sólo podían tomar 50 pasajeros a bordo, pero pronto logró contratar vapores para 800 personas. No obstante, los agentes del Mossad en Alemania carecieron de fondos suficientes para financiar los transportes [144].

Con todo, Pino Ginzburg consiguió hacer salir el primer transporte en marzo de 1939. Acomodó a 280 emigrantes cuyo país de destino fue México, según declararon los organismos SD con un guiño. Los 280 se reunieron en Viena con un grupo organizado por Moshe Auerbach; juntos se dirigieron hacia el puerto yugoslavo de Susak donde embarcaron en el *Colorado*. Llegados a aguas de Corfú, los emigrantes transbordaron a otro barco del Mossad, el *Otrato*, que los condujo hasta Palestina [145]. Poco a poco, adquirieron fluidez los embarques judíos del Mossad y se acrecentó el número de emigrantes. Durante aquel verano zarpó una vez más el *Colorado* con 400 emigrantes, y poco

* *Auswaertige Amt* = Ministerio de Asuntos exteriores.

después le siguió desde Holanda el *Dora* transportando a 500 fugitivos [146].

Inglaterra repelió con suma dureza a los inmigrantes clandestinos. El Mando naval británico destacó una flotilla de destructores ante la costa palestina e intensificó el reconocimiento aéreo, mientras que el Servicio secreto distribuyó numerosos agentes por las puertos europeos para registrar las salidas de barcos con emigrantes [147]. La diplomacia inglesa hizo gestiones cerca de los Gobiernos griego y turco y logró disuadirles de ayudar a los barcos con fugitivos que tocaran en puertos de sus respectivos países. La potencia administradora británica tomó también «represalias»: durante el semestre siguiente quedarían sin efecto todas las cuotas de inmigración judía [148]. El ministro inglés de Colonias, MacDonald, pudo anunciar, entre abucheos de la oposición, muchas victorias sobre los indefensos inmigrantes. El 21 de julio de 1939, informó en la Cámara baja que las fuerzas navales británicas habían detenido al cabo de dos meses a 3 507 inmigrantes clandestinos. En junio se capturó el *Astir* con 724 judíos; en agosto, la *Royal Navy* detuvo cinco embarcaciones con 297 judíos alemanes, y poco después otra nave con 800 inmigrantes clandestinos [149].

Cuanto más se endurecieron las autoridades británicas, más solícita y servicial se mostró la central de Heydrich. Durante la canícula autorizó a Pino Ginzburg para que dirigiera sus buques hacia Emden y Hamburgo, de modo que los emigrantes pudieran abandonar el país por la vía directa. Entretanto, Ginzburg había fletado ya cuatro barcos para octubre, y en total deberían partir 10 000 judíos bajo el nuevo programa [150].

Y, entonces, la Segunda Guerra Mundial de Adolf Hitler dio al traste con la asociación involuntaria entre SS y sionismo. Bajo la metralla de «Stukas» y obuses sucumbió la última e incomparable ocasión de salvar al judaísmo alemán. La política autónoma del SD se extinguió. Nada fue tan significativo como la circunstancia de que el problema judío pasara al campo jurisdiccional de aquella Gestapo que excediendo todavía al SD, trataba los problemas políticos con la sórdida uniformidad del pensamiento policíaco totalitario según el cual el ser humano era un objeto más a disposición de la omnipotencia estatal en cualquier momento. Al menos los intelectuales SD, tales como Herbert Hagen, habían intentado discernir ciertos matices en el problema judío y encaminarlo hacia una solución que armonizase hasta cierto punto el dogma nacionalsocialista con la ética mundana. Mas para los hombres de la Gestapo —funcionarios autómatas educados en las escuelas volantes de Reinhard Heydrich, aprendices del culto al

Führer y que encubrían no pocas veces la carencia absoluta de fe nacionalsocialista mediante un excesivo celo profesional—, el problema judío fue, simplemente, parte de la seguridad estatal cuyos límites y contenido debería definirlos el mando político.

Sería difícil encontrar a alguien que encarnase ese espíritu de subordinación con tanta justeza como el *Hauptsturmführer* Adolf Eichmann, quien regiría muy pronto la política judía orientada hacia la Gestapo. En octubre de 1939, el jefe de la Gestapo Müller renunció a su cargo en la central como gestor de la emigración judía, y propuso a Eichmann para sucederle [151]. Éste aceptó de mala gana. Y mucho después diría a su interrogador israelí: «Yo hice resistencia. A mí me gustaba mucho más la vida de provincia [152].» Pero Eichmann no habría sido él mismo si no hubiese dado un fuerte taconazo para aceptar, sumiso, la nueva misión. Él sólo sabía obedecer y ejecutar órdenes.

Eichmann se dejó aupar por los peldaños de la escala jerárquica de la Gestapo, casi extrañado de que el *Oberführer SS* Müller le hubiese atribuido tanta valía. Se le convocó en la división IV (Gestapo) de la Dirección general de Seguridad del Reich. Se le confió la ponencia IV-D-4 (Emigración y Evacuación). Él le dio nueva denominación: IV-B-4 (Asuntos judíos y de Evacuación) [153]. Hizo llamar a sus antiguos colaboradores de Viena y Praga, ocupó varias habitaciones en un edificio de cuatro plantas —Kurfürstenstrasse, 116, Berlín— con marmóreas escalinatas y espaciosas salas, «decididamente inadecuado para una autoridad» (Eichmann) [154], e ignoró que había tomado el mando de la futura exterminación judía.

Desde luego, la solución final debería recorrer todavía un largo trecho hasta su postrera y cruel versión, pues Eichmann creyó al principio en una continuidad de la política emigratoria. Sin embargo, se dio cuenta poco a poco de que los solicitantes judíos apenas comparecían en la Kurfürstenstrasse. «Yo lo denominaría tendencia a la lasitud [155].» No obstante, Eichmann siguió sustentando la solución emigratoria porque no vio ningún otro camino para arreglar el problema judío. Entonces, la campaña de Polonia le pareció una vía idónea hacia el objetivo propuesto. Anteriormente, había elaborado un programa con la colaboración del *Brigadeführer SS* Walter Stahlecker que él mismo definió así: «Dad tierras a los judíos y el problema quedará resuelto [156].»

Ambos jefes SS propusieron crear una reserva en el extremo oriental de la Polonia ocupada, donde los judíos pudieran concentrarse. Eichmann y Stahlecker se trasladaron a aquel país para buscar una

región suficientemente amplia. Y la encontraron cerca de Nisko, junto al San, una pequeña ciudad al sudoeste de Lublin. «Descubrimos una superficie gigantesca —comentó con entusiasmo Eichmann como un profeta extasiado ante la tierra de promisión—. Vimos el río San, aldeas, mercados, pequeñas ciudades... y nos dijimos: esto es lo ideal. Luego, nos hicimos una simple pregunta: ¿Por qué no sacar de ahí a la población polaca y entregar este inmenso territorio a los judios[157]?»

Sin darse cuenta, Eichmann y Stahlecker dieron un nuevo retorcimiento a la deshumanización de la política judía seguida por las SS. Trazo a trazo se bosquejó el despiadado concepto, se hizo más y más duro el método. Primero había sido la emigración «voluntaria» de los judíos, después se había hecho forzosa esa condición y ahora seguía la expulsión y deportación en masas concentradas. El 21 de setiembre de 1939, el jefe de la Sipo, Heydrich, explicó a sus más cercanos colaboradores el nuevo plan de campaña. Un breve oficio plasmó con tajantes palabras su proyecto: «Expúlsese cuanto antes a los judíos de las ciudades. Encamíneselos desde el Reich hacia Polonia. Despáchese sistemáticamente de las regiones alemanas a cada judío con sus enseres[158].»

Lo cual significaba que los judíos residentes en las antiguas regiones polacas anexionadas a Alemania y en el territorio polaco de ocupación deberían trasladarse al este de Cracovia para su concentración en las diversas ciudades de aquel espacio; allí ocuparían los ghettos de sus mayores y formarían consejos que dirigirían su propia administración en la proyectada reserva judía[159]. Heydrich escribió una carta urgente a cada jefe de los destacamentos que deberían emprender inmediatamente la concentración judía en el Este, delineando los contornos geográficos de la futura reserva judía. Dijo, entre otras cosas: «Este edicto no afecta a la zona del destacamento I, situada aproximadamente al este de Cracovia, limitada por Polanico, Jarosiaw, la nueva demarcación y la hasta ahora frontera polacoeslovaca. Esa zona la ocupará un número determinado de judíos cuyo volumen se indicará oportunamente[160].» Era aquella región alrededor de Nisko que Eichmann había previsto como futuro Estado judío.

A principios de octubre salieron los primeros transportes hacia el utópico país judío de Eichmann, llevando material de construcción, ingenieros y 4 000 colonos que las unidades de la Sipo habían seleccionado entre los judíos eslovacos y vieneses[161]. Luego la Sipo emprendió grandes cacerías contra los judíos de las regiones orientales. Innumerables personas fueron expulsadas despiadadamente de sus hogares y conducidas como rebaños hacia el Gobierno general: 6 000

judíos de Viena y Maehrisch-Ostrau, y 87 000 de las llamadas zonas recuperadas[162]. Caravana tras caravana marcharon los judíos hacia el «salvaje Este» imaginado por Eichmann, al encuentro de un destino incierto.

El hombre de la Kurfürstenstrasse se vio ya como futuro gobernador del Estado judío, con dominio absoluto sobre las colonias del Este. Pero entonces Adolf Eichmann aprendió a su propia costa una ley fundamental de la política judía nacionalsocialista que él describió coléricamente así: «Cada autoridad mete baza sin preguntar; al parecer, da buen tono eso de entremeterse en los asuntos judíos[163].» El gobernador general Hans Frank fue uno de los «entremetidos». Le desagradó ser el único que hubiera de aceptar judíos deportados. Además, la ambiciosa política judía practicada por las SS hacía aún más precario el abastecimiento del Gobierno general. Los proyectos colonizadores cada vez más amplios de Heydrich y Eichmann destruían le economía local. Frank se rebeló contra esa política de trasiego judío. El 12 de febrero de 1940 se trasladó a Berlín y protestó ante Goering contra el caótico sistema empleado para instalar judíos en el Gobierno general. Sus quejas hallaron eco. Goering ordenó la suspensión de los transportes judíos[164]: a partir de marzo sólo se podría enviar judíos hacia Polonia cuando Frank lo autorizase. Y en verdad éste lo autorizó raras veces. Se desvanecieron los sueños de Eichmann, y el 13 de abril de 1940 desaparecieron los barracones de la ciudad satélite judía junto a Nisko[165].

En lugar del paraíso perdido judío, los utopistas antisemíticos forjaron un plan mucho más fantástico aún. Durante la campaña de Francia, algunos diplomáticos nacionalsocialistas habían especulado ya con una vislumbre sensacional: colonizar la isla de Madagascar, en el África oriental, enviando allá a todos los judíos europeos. El portavoz más relevante de esa idea era Franz Rademacher, secretario de embajada y director de la ponencia judía en el Ministerio del Exterior. Según proponía él, Francia debería traspasar Madagascar a Alemania cuando se firmase el tratado de paz, se haría transmigrar a todos los franceses afincados allí y se crearía un «gran ghetto» para cuatro millones de judíos, administrados por la Policía de Seguridad[166].

Eichmann se aferró codiciosamente al proyecto e hizo un dictamen pericial que recibió la aprobación de Himmler y Heydrich. Desde ese instante, el hombre de la Kurfürstenstrasse se movió con actividad febril. Acompañado por su amigo Rajakowitsch visitó el Instituto geográfico del Trópico, en Hamburgo, para informarse sobre las con-

diciones climatológicas de la distante isla[167]. Despachó a su colaborador Theodor Dannecker hacia París con la misión de investigar en el Ministerio de Colonias todos los datos referentes a Madagascar[168]. Él mismo se sumió en el estudio de la Historia y averiguó que muchos políticos, desde Napoleón hasta el ministro francés del Exterior, Bonnet, habían pensado una u otra vez embarcar judíos hacia Madagascar[169].

Eichmann reveló al consejero ministerial doctor Bernhard Loesener, del Ministerio de la Gobernación, que cuando terminase la guerra se elaboraría un plan quinquenal para transportar aproximadamente a seis millones de judíos a Madagascar «con barcos extranjeros, por supuesto». Loesener anotó lo siguiente: «Los judíos deberían desarrollar actividades productivas. Producción y comercio serían dirigidos allá por diversas organizaciones bajo supervisión alemana. Se crearían distintas empresas de pura raigambre alemana y de pura raigambre judía. Las alemanas serían factorías centrales y Bancos de emisión y giro. Las judías, Bancos de comercio y sociedades productoras[170].»

Nuevamente se vio Eichmann como gobernador general de un Estado judío. Su macabra fantasía deslumbró incluso al supremo magistrado de la nación y a las SS. «Se podría crear un Estado israelita en Madagascar —dijo Hitler a su aliado Mussolini durante una conferencia celebrada el 18 de junio de 1940[171].» Pero, una vez más, se esfumó la tierra prometida ante los ojos proféticos de Adolf Eichmann. Por el contrario, se vio rápidamente ante un «momento crítico» en que él mismo se dijo: «Ahora ya no hay más disfraces; ese sueño no podrá realizarse jamás[172].» Y así ocurrió: el «Plan Madagascar» fue el último estertor de la política emigratoria SS, el fin de una teoría particular. Lo que siguió fue ya genocidio.

Aquel dictador que había sugerido aún a Mussolini la fundación de un Estado judío en Madagascar resolvió cumplir cuanto había revelado ya al ministro checoslovaco del Exterior, Chvalkovsky, el 21 de enero de 1939 según consta en el protocolo oficial: «Los judíos deberían ser exterminados en nuestros países[173].» Él mismo había profetizado nueve días después que si se produjera la guerra, «su desenlace no sería la bolchevización del mundo y, por ende, el triunfo del judaísmo, sino el aniquilamiento de la raza judía en Europa»[174]. Adolf Hitler se dispuso a extirpar todo un pueblo. Se ignora cuándo ordenó aplicar la solución final e irreparable del problema judío; no existe ningún acta en la que aparezca la fecha de tan monstruosa determinación.

Ciertamente se conserva una orden dirigida a Reinhard Heydrich

con fecha 31 de julio de 1941 en la que el mariscal del Reich, Goering, pide acción al jefe de la Sipo: «Preséntame cuanto antes un esquema general sobre las medidas previas de orden técnico, económico y orgánico conducentes a la debatida solución final del problema judío [175].» No obstante, hay indicios suficientes para suponer que Hitler dispuso los asesinatos mediante una orden fundamental bastante anterior. El historiador Helmut Kraunsnick ha recapitulado todo cuanto se puede afirmar con certeza sobre el origen del plan «Solución final». Krausnick: «Cabe asegurar, sin duda, que cuanto más maduraba Hitler su plan para eliminar un último adversario probable sobre la Europa continental con el sometimiento de la Rusia soviética, tanto más le ocupaba el pensamiento aquello que él había aplazado repetidas veces como "solución extrema": la exterminación de los judíos en sus dominios. Por marzo de 1941 lo más tarde, cuando decidió hacer fusilar a todos los comisarios políticos prisioneros del Ejército rojo, debió de cursar la orden secreta para el exterminio de los judíos [176].»

Ahora bien: se puede demostrar documentalmente una especie de orden preparatoria: el 3 de marzo de 1941, Adolf Hitler dictó al jefe del Estado Mayor central de la Wehrmacht en el OKW, Alfred Jodl, las directrices para una guerra inminente contra la Unión Soviética, y allí surgió por vez primera una frase singular: al *Reichführer SS* Heinrich Himmler le corresponderá la misión de extirpar las capas dirigentes judeobolcheviques en el Este. Hitler habló y Jodl anotó: «La intelectualidad judeobolchevique, como opresora del pueblo hasta nuestros días, debe ser eliminada.» Ante todo, urge aniquilar a los «comisarios y caciques comunistas», si es posible mientras avancen las tropas en la zona de operaciones. Y «cuando sea necesario, intervendrán también allí los organismos del *Reichsführer SS* junto a la Policía secreta de campaña, previa consulta con el *Reichsführer*» [177].

Desde luego, esas intenciones negociadas por delegación llevaban todavía un velo. Hitler hablaba al principio «sólo» de liquidar las capas dirigentes judeosoviéticas, no dejaba traslucir en sus directrices que se proponía entregar más tarde cada judío prácticamente a la máquina exterminadora..., empleando la lógica abstrusa de los frenéticos antisemitas pardos que hacían pasar el bolchevismo por la expresión más típica del judaísmo. Jugada tras jugada, el dictador fue imponiendo a la Orden negra el tributo del genocidio. Primero fue la aniquilación de los «cabecillas judeobolcheviques» y luego fue ensanchando paulatinamente el corro de víctimas: a las capas intelectuales siguieron los funcionarios del Politburó, tras ellos los guerrilleros reales o supuestos y, finalmente, el judío.

Los militares no mostraron el menor recelo ante esa escalada del horror. A ellos les bastó la mera indicación de Hitler sobre el inminente papel protagonista del *Reichsführer* en el Este, para entablar inmediatas negociaciones con Himmler y dejar a sus unidades el trabajo sucio, aunque preservando los derechos de la Wehrmacht. El 13 de marzo, Eduard Wagner, intendente general del Ejército, tomó asiento ante el jefe RSHA, Reinhard Heydrich, y le preguntó cómo se proponía cooperar la Dirección general de Seguridad del Reich en el Este. Heydrich dio pronta respuesta: «El *Reichsführer SS* empleará comandos Sipo y SD como hizo en la campaña de Polonia [178].»

Sólo quedó por decidir la relación jerárquica entre esos comandos y las fuerzas combatientes. Heydrich encomendó al jefe de la Gestapo Müller las conversaciones en el Alto Mando del Ejército, pero el cerril director general de la Policía secreta gubernativa se condujo con tal altanería que las deliberaciones desembocaron irremediablemente en un callejón sin salida [179]. Así y todo, los militares deberían llegar a un acuerdo con el aparato policíaco, pues Hitler anunció taxativamente el 30 de marzo ante 200 oficiales superiores reunidos en la Cancillería del Reich que la campaña oriental sería la guerra más bárbara de todos los tiempos. «¡El bolchevismo es sinónimo de delincuencia social! —vociferó el dictador—. Debemos tomar como punto de partida la camaradería castrense. Los comisarios y agentes de la GPU son delincuentes y se les debe tratar como tales [180].»

Ese frenesí hitleriano originó la orden más delictiva en la historia militar alemana, aquella disposición tristemente célebre sobre comisarios políticos que impuso a todo comandante de unidad armada un oneroso deber: cuando se capturase a un oficial del Ejército rojo encuadrado en el Servicio secreto o en el Politburó... no se le trataría como a un soldado, sino que se le debería eliminar cual un delincuente político o encomendar su ejecución a la Policía de Seguridad. Puesto que muy pocos generales opusieron una resistencia activa a la orden hitleriana, se generalizó cada vez más la tentación de confiar ese «tratamiento especial» para los rusos marcados a la Policía de Himmler [181].

Cuando los juristas del OKW * habían empezado apenas a digerir la orden sobre comisarios políticos, el intendente general Wagner remitió el 4 de abril a Heydrich un borrador de convenio para determinar el papel de los comandos policiales en la campaña oriental [182]. El Ejército manifestó allí su completo acuerdo con una actividad casi ilimitada de dichos comandos. Wagner propuso mediante su proyecto

* *Oberkommando der Wehrmacht* = Alto Mando de la Wehrmacht.

que los comandos desplegados en la retaguardia de cada Ejército quedaran subordinados a éste «en materia de marchas, avituallamiento y alojamiento», pero respondieran de su disciplina y procedimientos técnicos ante la Dirección general de Seguridad del Reich. Con todo, el comandante general de un Ejército podría suspender la acción de esos comandos cuando perturbase las operaciones militares. Mas en un pasaje del proyecto Wagner había cierta frase cuyo significado era una piedra angular para Heydrich. Allí se decía textualmente: «Los comandos especiales [grupos de acción] tendrán derecho, en el marco de su misión y bajo su propia responsabilidad, a tomar medidas ejecutivas contra la población civil.» Heydrich aceptó sin reparos el documento de Wagner[183]. Vio el camino abierto para sus comandos asesinos.

Cabe preguntarse si el Ejército aprobó virtualmente los asesinatos generalizados de judíos por esos comandos especiales. La respuesta debe ser negativa. Todo parece indicar que los militares desconocieron las disposiciones hitlerianas sobre la solución final del problema judío. Por lo pronto, Wagner enunció las misiones concretas de esos comandos: «En la retaguardia de un Ejército al iniciarse las operaciones: requisa de objetos trascendentes (material, archivos, ficheros de organizaciones, sociedades, grupos, etcétera, hostiles a nuestro Estado o a nuestro país) y detención de individuos particularmente importantes (como dirigentes de emigrantes, saboteadores, terroristas, etcétera)... En la retaguardia de nuestras Fuerzas armadas: investigación y contención de todo movimiento hostil a nuestro Estado o país mientras no esté relacionado con los Ejércitos enemigos, así como información general sobre la situación política al comandante supremo de las Fuerzas estacionadas en retaguardia[184].»

Ahí se transparentó ya una extraña esquizofrenia de los militares que facilitó el trabajo a los comandos: los generales tomaron las mesnadas de Heydrich por organismos defensivos normales para la lucha contra el enemigo tras los frentes, pero, al mismo tiempo, supieron por lo menos cuál había sido la «misión especial» política de esos comandos en Polonia...: una «misión especial» que el elemento militar cedió muy gustoso a la gente de Heydrich[185].

Una ambivalencia similar predominó al principio entre los susodichos comandos, pues Heydrich prefirió dosificar las órdenes de asesinato a sus esbirros. Cuando en abril de 1941 convocó a los jefes de la Dirección general de Seguridad, se habló tan sólo de una «misión muy dura». El jefe RSHA manifestó que se trataba de «asegurar y pacificar» el espacio ruso con los medios disponibles de la Sipo y del SD.

Heydrich: «Necesito hombres de cuerpo entero y confío en que mis superiores de negociado se ofrezcan voluntariamente sin reservas [186].»

El amo de la Kripo, Arthur Nebe, dio un paso al frente, y uniendo con fuerza los tacones declaró: «¡Puede contar conmigo, *Gruppenführer*!» Heydrich inclinó la cabeza, complacido: se había presentado el primer jefe de un comando cuando aún no estaba formado éste [187]. Más tarde, los amigos que sobrevivieron al confidente de la Resistencia, Nebe, se tomaron gran trabajo para justificar la «voluntariedad» del jefe de la Kripo. Hans Bernd Gisevius refirió en su libro *Wo ist Nebe?* * una prolija historia con la cual intentó significar que Nebe asumió ese mando anteponiendo los más serios escrúpulos y atendiendo únicamente al consejo del grupo de la Resistencia Beck-Goerdeler [188].

El autor Gisevius alegó incluso a favor de su amigo Nebe que las «atrocidades supradimensionales sólo se produjeron cuando él regresó» (de Rusia) [189]. Con todo, se imputó demostrablemente al comando Nebe el asesinato de 45 000 judíos [190]. Los razonamientos de Gisevius recuerdan el discurso apologético pronunciado por otro amigo de Nebe, a quien el fiscal estadounidense Robert Kempner rebatió así durante los procesos por crímenes de guerra en Nuremberg: «Entonces dígame, por favor, señor jefe de la Resistencia, ¿cuántos judíos cree usted que es preciso matar para cometer un atentado de lesa humanidad [191]?» No. La verdad fue mucho más simple: el *Brigadeführer SS* Nebe creyó poder prenderse la Cruz de Hierro de primera clase y reparar su amistad con Heydrich, un poco deteriorada, mediante la marcial solicitud de un destino en el Este. Pero al principio Nebe no pudo haber sabido que ese «destino» se identificaría con el mayor genocidio de la Historia.

Sea como fuere, no hubo más voluntarios entre los jefes de comando que Arthur Nebe. Ninguno fue allí por su propia iniciativa, aunque cada cual tuvo razones personales y concluyentes para cumplir la orden de Heydrich: el jefe del SD interior, Otto Ohlendorf, cuyas imprecaciones como irascible «caballero cruzado del nacionalismo» le habían valido el disfavor de Himmler, rechazó por dos veces el destino al Este, y sólo acató la orden insistente de Heydrich para eludir ciertas imputaciones relacionadas con la cobardía [192]; el *Brigadeführer SS* Walter Stahlecker, contrario a Heydrich y que servía en el AA, siendo ya jefe de comandos luchó denodadamente por su regreso a la RSHA [193], y asimismo el *Brigadeführer SS* doctor Otto Rasch,

* *¿Dónde está Nebe?*

desterrado en el sector SD de Prusia oriental husmeó la oportunidad para pescar un alto cargo en la central berlinesa mediante un discreto recorrido por tierras orientales [194].

Pero la ironía quiso que los únicos jefes desinteresados de la RSHA, Nebe y Ohlendorf, fueran quienes practicaran el asesinato de judíos en el Este. Sus colegas supieron guardar mucho mejor las apariencias: los jefes Franz Six (comando de vanguardia en Moscú) y Heinz Jost (grupo de acción A) abandonaron sus unidades a las pocas semanas de aclimatación oriental [195], mientras que los restantes jefes de negociado —Heinrich Müller, Bruno Streckenbach, Walter Schellenberg y el doctor Nockemann— procuraron guardar respetables distancias entre sus personas y toda acción heroica de tipo SS.

Tampoco se presentaron voluntariamente los *Sturmbannführer* y *Obersturmbannführer* que formaron los cuadros subalternos en aquellos grupos de acción. Heydrich los había reclutado en todos los sectores del aparato policíaco SS, y la mayor parte pertenecían al profesionalismo intelectual. Los liquidadores del judaísmo constituyeron, pues, un extraño grupo: distinguidos académicos con dos doctorados, funcionarios ministeriales, abogados, e incluso un sacerdote protestante y un cantante de ópera. Algunos abandonaron más tarde la máquina asesina a la primera oportunidad. Así como Six y Jost decidieron dejar vacantes sus cargos con o sin autorización de Heydrich, otros jefes de comandos —Erwin Schulz o Karl Jaeger— lograron eludir las nefastas consecuencias del delirio racista [196]. Incluso los grados inferiores pudieron sustraerse a las órdenes criminales. El *Oberscharführer SS* Matthias Graf rehusó ir a Rusia para asumir un mando subalterno; se le detuvo y se le condujo al Reich [197]. El profesor SD Six declara: «Si uno estaba en un comando podía pedir al menos otro destino; en cualquier caso, nadie fue fusilado por eso [198].»

Asimismo, el desplazamiento al Este exigido por Heydrich despertó tan poco entusiasmo entre los suboficiales, que el jefe RSHA hubo de rastrillar todas las oficinas de Gestapo, Kripo y SD para enrolar el personal imprescindible. Heydrich tuvo incluso que tomar prestados bastantes hombres del Arma SS y de la Policía de Orden público. Por ejemplo, fue preciso disolver un batallón de la Policía berlinesa para distribuir sus secciones entre los distintos comandos [199].

Así y todo, Heydrich logró reunir a unos 3 000 hombres en mayo de 1941 con los cuales pudo formar cuatro grupos de acción [200]: Stahlecker mandó el comando A que seguiría al grupo de Ejércitos Norte desde los países bálticos hasta Leningrado; Nebe dirigió el comando B tras el grupo de Ejércitos Centro, cuya zona de operaciones se

extendía entre los países bálticos y Ucrania; Rasch capitaneó el comando C, que operaría en las zonas occidental, septentrional y oriental del grupo de Ejércitos Sur, mientras que Ohlendorf actuaría con el comando D en los sectores meridionales del grupo de Ejércitos Sur entre Besarabia y Crimea [201].

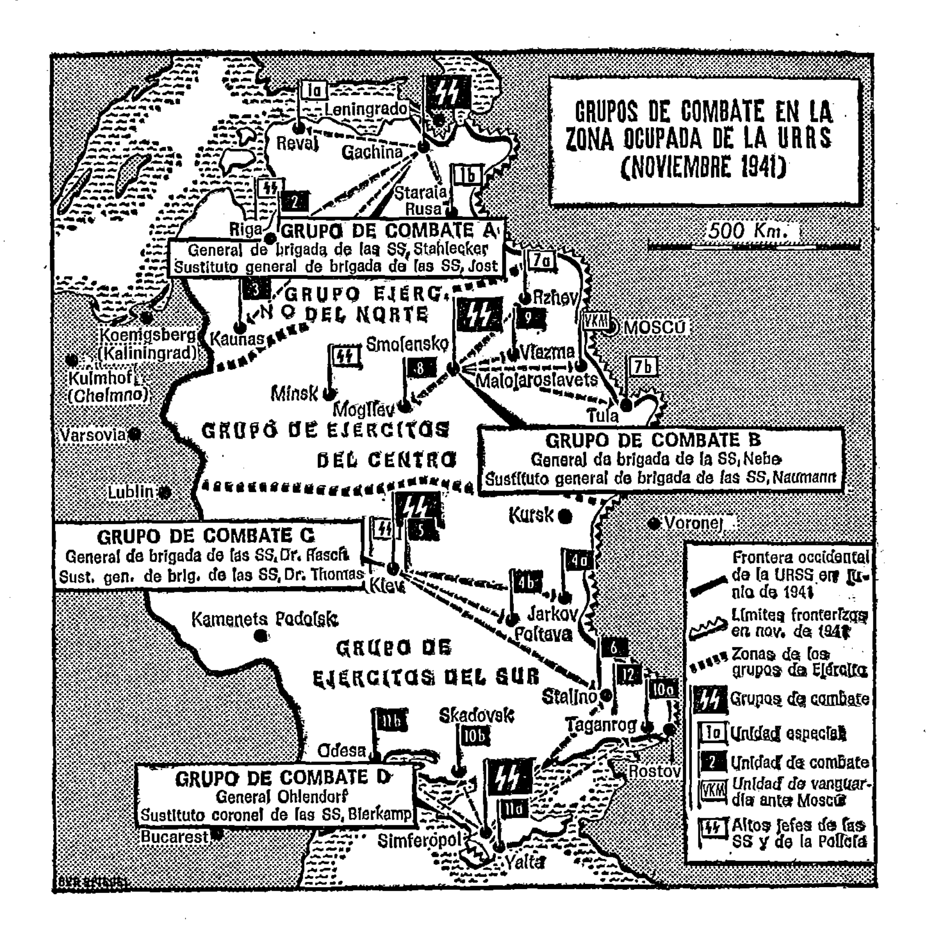
Cada comando tuvo los efectivos de un batallón, y su composición eventual, como por ejemplo el grupo A, fue la siguiente: hombres de la Gestapo (9 %), del SD (3,5 %), de la Policía judicial (4,1 %), de Orden público (13,4 %), de la Policía auxiliar extranjera (8,8 %) y del Arma SS (34 %); el resto lo integró personal técnico y burocrático [202]. Los efectivos de esos comandos fluctuaron entre 990 (Grupo A) y 500 hombres (Grupo D) [203]. Cada grupo de acción se dividió en secciones: las de los comandos especiales tuvieron entre 70 y 120 hombres y fueron agregadas a un Ejército; en los comandos de intervención constaron de 20 a 30 hombres [204].

Hacia fines de mayo, Heydrich reunió a los 120 jefes de los grupos y comandos de acción para conducirlos a la Escuela de Policía fronteriza en Pretzsch, a orillas del Elba, cerca de Wittenberg, donde les hizo ensayar su campaña aniquiladora contra los enemigos raciales [205]. Lentamente apretó Heydrich los tornillos del adoctrinamiento ideológico: instructores de la Dirección general de Seguridad adiestraron a los hombres en el asesinato racial cargando cada vez más el acento. Hacia mediados de junio Heydrich hizo marchar a los 3 000 hombres hasta las proximidades de Düben, una pequeña ciudad bañada por el Mulda. Adoptando aires de estratega, el jefe Sipo y SD se irguió ante la mortífera brigada formada en cuadro. Tomó arranque y les endosó un discurso galvanizador cuyo contenido fue más bien vago: habló de una próxima acción que exigiría exorbitante reciedumbre [206].

Ulteriormente Heydrich se mostró más explícito ante los jefes de los comandos en el antiguo palacio barroco de Pretzsch que albergaba la Escuela de Policía fronteriza. Después de la guerra, el doctor Walter Blume recordaba todavía los argumentos expuestos por Heydrich: «El judaísmo oriental es la reserva del bolchevismo, y por eso debe ser aniquilado según opina el Führer [207].»

Igualmente, Ohlendorf rememoraba varios años después que Heydrich les había transmitido a todos ellos una orden del Führer en la que se definía a «funcionarios comunistas, activistas, judíos, gitanos, saboteadores y agentes diversos como elementos cuya simple existencia hacía peligrar la seguridad de las tropas y, por tanto, debían ser ejecutados sin juicio previo» [208].

Ahora bien: ¿se rebeló alguno de ellos contra la monstruosa orden?



¿Negó alguien su adhesión al dictador? Ohlendorf quiso protestar en Pretzsch «con voz sonora y clara ante todos los jefes de grupos y comandos contra esas exageradas demandas»; pero se hizo reflexiones y reconoció que tenía el deber de «obedecer las órdenes de su Gobierno tanto si las encontraba éticas como inmorales» [209]. Algo parecido significó el doctor en Derecho Martin Sandberger, jefe del comando especial I-a. He aquí su reacción: él repudiaba la orden del Führer, pero la tenía por «legal» puesto que Hitler «representaba la magistratura suprema del Estado» [210]. Idénticos argumentos expuso Blume. Él

quiso oponerse, pero: «La orden del Führer fue para mí un aspecto más de la táctica militar [211].»

Ninguno se resistió. Todo el mundo obedeció. Dócilmente se dejaron conducir los hombres de aquellos comandos a su zona de etapas. El 23 de junio de 1941, un día después de que Adolf Hitler encendiera la antorcha bélica en Rusia, los deletéreos mensajeros enviados por Heydrich emprendieron su espantosa aventura: 3 000 hombres dieron caza a cinco millones de judíos por los campos rusos [212].

La asesina arremetida de los comandos sorprendió totalmente al judaísmo ruso. Muy pocos judíos percibieron el peligro letal del antisemitismo alemán, pues la Prensa, toda ella adepta del antisemitismo latente en la Rusia staliniana, apenas informaba sobre la persecución nacionalsocialista de los judíos. Hubo ciudades, principalmente ucranianas, donde las comunidades judías confundieron a los soldados de Adolf Hitler con los del emperador en 1918 y acogieron a los alemanes nazis como libertadores. «Los judíos están pésimamente documentados sobre nuestra actitud hacia ellos», informaba el *Sonderführer* Schroeter el 12 de junio de 1941 desde la Rusia blanca [213]. Sobra decir que en esas condiciones el golpe asestado por los solucionistas de Heydrich fue mucho más cruel.

Los comandos siguieron muy de cerca a las tropas combatientes para aprovechar el factor sorpresa. Sus principales objetivos fueron las ciudades soviéticas donde se apiñaba el 90 por ciento del judaísmo [214]. Ocurrió con frecuencia que las avanzadillas del comando empezaban a asesinar cuando aún no se había ocupado una ciudad. El avance de las fuerzas alemanas equivalió no pocas veces a la infiltración de los comandos asesinos RSHA. Ciudades como Kaunas, Jelgava, Riga y Reval fueron tomadas conjuntamente por las unidades militares y por los comandos; tres vehículos del grupo C escoltaron a los primeros tanques en la acometida hacia Zhitomir, y el comando de acción 4-a circuló por Kíev el mismo día (19 de setiembre de 1941) que caía la plaza [215].

Apenas entraba un destacamento de comandos en cualquier ciudad, la población judía se veía aherrojada bajo una presa mortal a la que sucumbían, día tras día, hora tras hora, miles y miles de seres humanos. No había brutalidad que pareciera excesiva a los hombres de Heydrich, ni artimaña demasiado alevosa, ni barbarie excesivamente desorbitada en el cumplimiento de su atroz mandato. Innumerables partes compuestos con práctica frialdad, como redactados por fabricantes de neveras o fumigadores, demostraban la fanática codicia de los solucionistas.

Parte número 153 sobre las incidencias del grupo D: «Se ha limpiado de judíos la zona correspondiente a los comandos operantes, en especial las pequeñas localidades. A la hora de emitir este parte han sido fusilados 3 176 judíos, 85 guerrilleros, 12 merodeadores y 122 funcionarios comunistas. Suma total: 79 276 [216].» Parte número 17 sobre las incidencias del grupo C: «Siguiendo instrucciones de la RSHA se ha emprendido la liquidación de funcionarios estatales y del Partido en todas las ciudades de Rusia blanca relacionadas más abajo. Respecto a los judíos, se opera en el mismo sentido de acuerdo con las órdenes recibidas [217].» Parte del grupo C: «Para atajar esa situación [peligro de epidemia] han sido fusilados por el comando 4-a 1 107 judíos adultos, y por la Milicia ucraniana 661 adolescentes. Con ello, el comando especial ha eliminado hasta el 6 de setiembre de 1941 un total de 11 328 judíos [218].»

¡Muertos, muertos y muertos! Comando de acción 6: «De los 30 000 restantes han sido fusilados 10 000, aproximadamente [219].» Grupo de acción D: «A la hora de informar han sido fusilados ya 2 010 personas [220].» Comando de acción 8: «... trajo 113 judíos para su liquidación» [221]. Avanzadilla del Comando 4-a: «... en total, 537 judíos (hombres, mujeres y jóvenes) capturados y liquidados» [222]. La fama aterradora de los comandos se propagó como un incendio por la estepa. Cuanto más se internaron las tropas alemanas en el espacio soviético, mayor número de judíos abandonaron despavoridos las ciudades amenazadas por el avance alemán. Al fin cundió el alerta entre los judíos, y la solución final se hizo más difícil. No sin irritación reveló uno de los comandos: «Rumores sobre fusilamientos en otras regiones dificultan considerablemente la acción. Judíos fugitivos, rusos, y también soldados alemanes demasiado habladores, divulgan poco a poco las operaciones emprendidas contra el judío [223].»

Pero los cazadores de hombres desarrollaron un sexto sentido para capturar en masa a sus víctimas. El redactor de cierto parte se ufanaba:

«Los judíos de la ciudad fueron invitados a presentarse para fines de recuento y acomodo en un campamento. Acudieron al lugar señalado 34 000, aproximadamente, incluidos niños y mujeres. Una vez despojados de sus enseres y ropas se les dio muerte a todos, lo cual requirió varios días [224].»

En Kíev, según hizo constar el grupo C, «se publicaron bandos ofreciendo un nuevo emplazamiento a la población judía. Aunque se había contado sólo con una participación de 5 000 a 6 000 judíos, respondieron más de 30 000, los cuales, gracias a una organización extre-

madamente hábil, siguieron creyendo en su traslado hasta el momento de la ejecución» [225].

El glacial lenguaje burocrático de los genocidas no dejó entrever aquel mar de horror e infamia en que naufragaba el judaísmo ruso. Ni los testigos siquiera, ni los horrorizados espectadores, pudieron describir apropiadamente tanta atrocidad: aquel calvario de miles y centenares de millares, las fosas repletas de cadáveres, la marcha de mujeres despojadas de sus ropas con lactantes en brazos, las horripilantes escenas al borde del foso...

Hacia finales de julio de 1941, un violento tiroteo alarmó en su alojamiento de Zhitomir al comandante Roesler, jefe del regimiento de infantería número 528. El oficial quiso averiguar las causas y se encontró en un terraplén con «una escena cuya repelente enormidad le cogió desprevenido causándole honda perturbación e intimidación». Ante su vista se extendía una larga fosa abarrotada de cadáveres, judíos de ambos sexos y todas las edades, fusilados unos momentos antes. Algunos soldados y paisanos ociosos escudriñaban la profundidad. Roesler: «Entre los demás distinguí a un anciano con larga barba blanca de cuyo brazo izquierdo colgaba todavía un pequeño bastón. Como aquel hombre daba aún señales de vida, un leve estertor agónico, sugerí a uno de los policías que lo rematara. Y entonces éste respondió sonriente: "Ya le he disparado siete veces en la barriga... ¡Ése quiere reventar por sí solo [226]!"»

Los judíos de una aldea rusa se escondieron rápidamente porque les había sido anunciada la proximidad de un comando asesino. Cuando éste llegó a la aldea, sus hombres vieron sólo a una mujer con un niño entre los brazos al borde de la carretera. La mujer se negó a revelar el escondite de los judíos. Entonces uno de los hombres le arrebató el pequeño y cogiéndolo por los pies le estrelló la cabeza contra una puerta. La enloquecida mujer los condujo al escondite [227]. En Riga, un militante SS se cruzó con dos judíos que transportaban una viga. Tranquilamente desenfundó el revólver y mató a un judío. Comentario: «¡Uno es suficiente para este trabajo [228]!» De forma parecida reaccionó cierto jefe SS durante la evacuación de un ghetto letón. Los judíos enfermos iban sobre parihuelas. El jefe SS sacó su pistola de servicio y fue de camilla en camilla matando a un judío tras otro [229].

Inexorablemente, las balas asesinas siguieron abriendo claros en las filas del judaísmo ruso. Los partes acumulados hasta el invierno 1941-1942 dieron las siguientes cifras: grupo A, 249 420 judíos liquidados; grupo B, 45 467; grupo C, 95 000 y grupo D, 92 000 [230].

A la primera oleada de comandos siguió otro alud SS de asesinos antisemitas. Entretanto se había establecido tras los frentes una administración civil alemana presidida por un Ministerio del Reich para las regiones orientales ocupadas (titular: Alfred Rosenberg) al cual quedaban subordinadas las comisarías del Reich «Ostland» y «Ucrania», subdivididas a su vez en comisarías generales. También tuvo una posición predominante sobre esa administración civil el *Reichsführer SS:* en un edicto del Führer promulgado el 17 de junio de 1941 se había confiado a Himmler «la seguridad policial de las regiones orientales recientemente ocupadas» facultándole, además, para «distribuir órdenes... en el marco de su misión» [231]. Poco antes, Himmler había designado a varios jefes superiores de SS y Policía como sus principales delegados en Rusia: el *Gruppenführer* Hans Prützmann a la HSSPF Norte (Riga), el *Gruppenführer* Erich von dem Bach-Zelewski a la HSSPF Centro (Minsk) y el *Obergruppenführer* Friedrich Jeckeln a la HSSPF Sur (Kíev); hacia mediados de 1942 se les agregó el *Brigadeführer* Gerret Korsemann, quien se hizo cargo de la HSSPF Cáucaso [232].

Los sumos representantes de Himmler, a cuyas órdenes había varias unidades del Arma SS y un regimiento de Orden público, recibieron, como los comandos, misiones de liquidación. Lo que pudieran haber omitido las primeras brigadas asesinas debería ser subsanado por las formaciones de los jefes superiores de SS y Policía. Los HSSPF tuvieron tanta ambición que superaron con creces la furia homicida de los comandos. Al frente de sus formaciones, reforzadas con auxiliares voluntarios (Hiwis *) pésimamente adiestrados (originarios de Ucrania y los países bálticos), procuraron incrementar la cifra, ya muy elevada, de liquidaciones. Ahí se distinguió sobremanera el HSSPF Jeckeln: él solo dio cuenta de 44 125 personas ejecutadas, principalmente judías, en agosto de 1941 [233].

Hoy día es imposible concretar a cuántos judíos asesinaron las unidades de los jefes superiores de las SS y de la Policía durante los primeros meses de la campaña oriental. Sin embargo, se ha verificado la cifra global: cuando los comandos y las formaciones HSSPF suspendieron sus operaciones a fines de año hasta la siguiente primavera para reponer fuerzas y material, habían matado ya a 500 000 judíos, de los cuales 300 000, aproximadamente, correspondían a los comandos [234].

Pese a esos «éxitos» tan rotundos, los aniquiladores mostraron

* *Hilfswillige* = auxiliares voluntarios.

agotamiento muy pronto. Y éste causó muchas víctimas entre ellos: Schulz, jefe de comando, pidió el relevo en setiembre[235]; el jefe de grupo Rasch partió un buen día de permiso y no regresó nunca más[236]; y en noviembre Nebe hizo la señal convenida a su suplente Werner («Arthur, si no puedes más te echaré una mano») para tomarse una cura de reposo pues, según asevera Gisevius, «era sólo una sombra de sí mismo, hipersensitivo y deprimido»[237]... Su chófer, el secretario de la Policía judicial Koen, consternado ante tanta ignominia, se descerrajó un balazo[238].

Dos meses después sucumbiría también a esa horrible pesadilla de la liquidación judía el funcionario más agresivo de Himmler: el HSSPF Von Dem Bach-Zelewski, internado en el hospital SS de Hohenlychen tras una depresión nerviosa combinada con infección intestinal; allí se desgañitó ante horribles alucinaciones, perseguido por el fantasma de su propia culpabilidad y condenación. «Le afectan sobre todo ciertas visiones relacionadas con los fusilamientos de judíos dirigidos por él mismo y otros graves acontecimientos en el Este», informó el médico SS doctor Grawitz a su inmediato superior[239]. Cuando el facultativo le interrogó sobre el origen de su congoja, Bach-Zelewski gruñó irritado: «¡Que estoy listo, cuerno! ¿Acaso no ha oído hablar usted de lo que sucede en Rusia? ¡Allí se está... exterminando a todo el pueblo judío[240]!» Ahora bien: cuando el paciente Bach-Zelewski preguntó al *Reichsführer* si no convendría poner punto final a la historia judía en el Este, Himmler también se encolerizó: «¡Se trata de una orden del Führer! Los judíos son los sostenedores del bolchevismo... ¡Y si usted no cesa de inmiscuirse en los asuntos judíos, verá lo que le pasa[241]!»

Evidentemente, todo el mundo sabía, incluso esos fanáticos de la orden hitleriana que, salvo algunos sádicos y homicidas natos, la gente de los comandos pensaba más o menos como Bach y el *Brigadeführer* Eberhard Herf, quien escribió al jefe de personal de la Dirección general SS en estos términos: «Quiero largarme del Este, pues, hablando claro y pronto, estoy hasta las narices[242].»

No obstante, entre los comandos había nacido un ejército letal y contundente que no encontraba parangón en las SS. Con su desenfrenada deificación de conceptos tales como eficiencia, dureza y camaradería hacía profesión de una insensibilidad que sólo era superada por el maquinismo desalmado de las guarniciones KZ. Allí se arracimaba una *élite* de aquella naturaleza barbárica y ferozmente activa que Himmler había idealizado cual prototipo de sus Escalones: una orden bajo la calavera, ajena al mundo burgués y cuya categoría

moral, adaptable a cada misión del Mando, se armonizaba con una colectividad que sólo reconocía los cánones éticos y sociales establecidos para el militante SS. Durante años se había venido adoctrinando a la gente de los comandos, haciéndole experimentar la borrachera de omnipotencia, saborear la exultación de sentirse un superhombre entre los multitudinarios conciudadanos y camaradas del Partido, pasar por alto las normas convencionales e incluso arrogarse el derecho a convertir los seres humanos en objeto de investigaciones biológicas.

Esos conjurados de la Orden negra parecían predestinados como ningún otro para asesinar judíos, máxime cuando los actos solicitados de ellos tenían por escenario las vastas llanuras rusas, tan distantes del ambiente familiar que los liquidadores vivían irrealmente aquella atmósfera criminal, es decir, que se comportaban como si nada fuera cierto mientras lo sucedido perviviera ante la conciencia. Y, sin embargo, cuando afrontaban su propio crimen multiplicado por mil se quebraba en su interior toda la heroicidad neogermánica. Entonces los campeones nórdicos volvían a ser lo que siempre fueron: soliviantados burgueses que con la típica autopatía alemana ejecutaban su bestial trabajo y, entretanto, evocaban lacrimosos, hogar, esposa e hijos.

«¡Desde luego no es una tarea agradable!» Asediados por esta tétrica cognición —que exteriorizó el *Gruppenführer* Turner cuando perpetraba asesinatos en Servia [243]— los comandos sacrificaron fila tras fila a sus víctimas judías y creyeron aún poder contar con la compasión de los arios bien intencionados. Por ejemplo, el jefe del comando 4-a, Paul Blobel, opinaba después de la guerra que las personas más dignas de compasión fueron realmente los liquidadores. «Aquellos de nuestros hombres que protagonizaron las ejecuciones —decía— sufrieron más trastornos nerviosos que las propias víctimas. Visto desde el ángulo psicológico, han aguantado cosas horribles [244].» Y el comisario de gendarmería Fritz Jacob, quien se lamentaba de tener que matar judíos sin la proximidad del fogón casero, escuchó a regañadientes la advertencia del *Gruppenführer* Querner recordándole su deber patrio. He aquí el arrepentimiento de Jacob: «Quiero darle las gracias por su amonestación. Tiene usted mucha razón. Nosotros, los hombres de la nueva Alemania, debemos ser duros con nosotros mismos, aun cuando esto implique una larga separación de la familia [245].»

Himmler conoció sobradamente el tormento de sus almas burguesas. No desperdició ninguna oportunidad para elevar la moral de los

comandos... empleando alocuciones seudopatrióticas que deberían dar incluso al oyente más cínico la sensación de participar en un ingente plan mundial, casi desligado del cerebro humano, para salvar al pueblo alemán y a la raza nórdica.

«La mayoría de vosotros —les arengaba— sabéis lo que significa alinear cien cadáveres, y añadir todavía quinientos o mil. La necesidad de soportar ese espectáculo sin perder la rectitud, aparte de las naturales debilidades humanas, es lo que nos ha endurecido. Ésa es la hoja gloriosa de nuestra Historia, la hoja que jamás se escribió ni se escribirá [246].» Mostró una fantasía inagotable para despojar al genocidio de sus innúmeras facetas delictivas. Sus discursos a los liquidadores SS contuvieron no pocas veces elementos de autosugestión destinados a tranquilizarse y justificarse ante la propia conciencia, pues, según dijo: «La solución final me planteó la disyuntiva más grave de mi existencia.» Así lo manifestó Himmler a una asamblea de gobernantes y *Gauleiter* [247].

Incluso ante los más cercanos colaboradores intentó empequeñecer las inmensas proporciones del aniquilamiento judío. Ideó los más sutiles argumentos para desvirtuar el horror de la solución final. Pero en el fondo del alma se sintió tan solitario como sus esbirros, se vio indefenso ante un mundo empavorecido e indignado..., como lo probaban los ruegos diarios impetrando la salvación de un judío u otro. «Imagínense ustedes —decía Himmler a sus *Gauleiter*— que infinidad de personas, y también muchos camaradas, dirigen célebres solicitudes a mi oficina o las de otras autoridades en las que se lee que todos los judíos son unos cerdos, por supuesto..., excepto Fulano o Mengano, que es un judío muy decente y no puede haber hecho nada malo. Yo diría, a juzgar por el número de solicitudes y el número de esas opiniones en Alemania, que los judíos decentes superan numéricamente a la población nominal judía [248].»

Sólo hubo un escape fuera de ese aislamiento: decirse uno mismo y decir a los solucionistas hasta la saciedad que se era instrumento de una misión milenaria, peón de una obra cuya inmensidad desbordaba la imaginación humana. Himmler: «No conviene ver las cosas desde un ángulo mezquino y egocéntrico, sino abarcar con la vista todo el germanismo. Uno debe sacrificarse [249].» Infatigablemente, Himmler alentó a los comandos, les exhortó a cumplir su «penoso deber», siempre tuvo una palabra de consuelo para los desalentados verdugos del Este: «Puedo decirles que es horrible y amedrentador para un hombre alemán ver tales cosas. Y así debe ser, porque si no nos pareciera horrible ni amedrentador, no seríamos hombres ale-

manes y menos todavía germánicos. Aun siendo tan horrible, es también no menos indispensable, y lo será todavía en muchos casos que nos corresponda resolver[250].»

Himmler recorrió asimismo los acantonamientos de comandos para animar a los descorazonados solucionistas. En Minsk mandó ajusticiar en su presencia a 200 judíos, pero la cruel escena le produjo tal impresión que el *Obergruppenführer* Wolff, jefe de su Estado Mayor personal, tuvo que hacer grandes esfuerzos para mantenerlo derecho. Wolff a sus acompañantes: «Éste debería presenciar sólo lo que divierte a la gente[251].» Con gran trabajo Himmler se recobró, y pudo pronunciar una patética arenga. «Los presentes —dijo— habrán observado sin duda que esta cruenta labor me repele, pero cada cual debe cumplir su deber por mucho que le cueste.» De todos modos, Himmler indicó al responsable del grupo, Nebe, que se debería idear un nuevo sistema de ejecución[252]. Fue entonces cuando nació un espantoso instrumento de liquidación: la cámara de gas sobre ruedas.

Desde luego, los jefes de comando no lo confiaron todo a la locuacidad de Himmler. Ohlendorf, Rasch, Nebe y Stahlecker temían más que nada el relajamiento de la disciplina y una reacción en cadena de empresas individuales sádicas entre los asesinos de judíos. Por tanto, se dispuso estrictamente que las ejecuciones fueran rápidas y efectivas, y así los verdugos no podrían recapacitar sobre lo que estaban haciendo[253].

Ohlendorf impuso en su grupo —el D— una macabra versión de las ejecuciones militares. Tras ello se ocultaba la política del hombre precavido: su gente no debería establecer contacto individual con las víctimas. Cada uno quedaría encuadrado en una colectividad que actuaría al unísono y sólo por orden de un superior, con lo cual se disiparía la sensación individual de culpabilidad. Jamás se permitió disparar contra un judío aislado, y Ohlendorf cuidó siempre de que las víctimas tuvieran tranquilidad hasta el último minuto, porque si se produjeran conmociones entre los candidatos a la muerte surgiría el peligro de que algún liquidador nervioso disparase a boca de jarro sobre las víctimas y desatara una barahúnda homicida, cosa que el seudosoldado Ohlendorf temía tanto como una fuga masiva de judíos. Esas y otras preocupaciones similares sin ninguna base humanitaria le desaconsejaron utilizar la cámara de gas transportable. En ese infernal artefacto le pareció ver una «gravosa carga espiritual» para sus hombres: tras la ejecución era preciso abrir la cámara y sacar a rastras los cadáveres, embadurnados no pocas veces con excrementos... y, en consecuencia, el ejecutor se veía inerme ante sus

propios actos, ese instante de la realidad desnuda que Ohlendorf quería ahorrarle [254].

El jefe del grupo de acción C, doctor Otto Rasch, empleó una táctica distinta: cada hombre debía sentirse partícipe de la culpabilidad colectiva, pues el horror experimentado en común consolidaba la camaradería entre los componentes del grupo. Las conciencias endeudadas colectivamente eran el aglutinante que mantenía unidos a todos [255]. El intelectual con dos doctorados mandó que cada hombre de su grupo asistiera a las ejecuciones; así el individuo terminaría «sobreponiéndose a sus sensaciones» [256]. Apenas hubo en ese grupo —según un testigo ocular— quien no se viera atormentado por «alucinaciones de la más horrible contextura» [257]. Pero se había alcanzado el objetivo: camaradería en función de la culpabilidad.

No se omitió ningún ardid psicológico para aliviar la faena a los verdugos. También sirvió a ese fin el léxico reglamentario. La palabra asesinato no existió en el vocabulario del asesino aunque sí apareció múltiples veces bajo una gama equívoca de enmascaramientos y expresiones inofensivas, desde «acciones especiales» hasta «descolonización», pasando por «tratamiento especial», «incomunicación», «actividad ejecutiva» y «limpieza». Además, la eterna canalización propagandística, incrementada todavía en Rusia, persiguió un objetivo específico: ir borrando de la conciencia del solucionista la idea de que el judío era también un ser humano. La propaganda, con su peculiar elocución, transformó al judío en un parásito, en un repugnante insecto.

Pero no todo terminó ahí. A los jefes de comando no les satisfizo del todo esa propaganda difamatoria. El historiador americano Raul Hilberg, que ha investigado con rara precisión las acciones y reacciones de los comandos, averiguó que la «justificación psicológica era parte esencial de las operaciones criminales. Cuando no se podía justificar una acción prevista, ésta quedaba suspendida» [258]. Hubo dos clases de justificaciones preconcebidas: medidas preventivas contra posibles epidemias y atajar toda colaboración de los judíos con el enemigo. En Balti los judíos fueron liquidados por «atacar» a la Wehrmacht [259], en Novo Ukrainka por diversos «abusos» [260], en Kíev por incendio intencionado y en otra ciudad por «espíritu oposicionista» [261]. «En Rusia —manifestó Himmler el año 1942 (según sus propias anotaciones) en un intento de embaucar al dictador italiano Benito Mussolini— tuvimos que fusilar un número incontable de judíos, tanto hombres como mujeres, pues incluso éstas y los adolescentes servían de enlaces e informadores a las guerrillas.» Los judíos

eran «por todas partes vehículos de sabotaje, espionaje y resistencia, así como núcleos de futuras bandas»[262].

Esta tesis de que todos los judíos eran guerrilleros pertenecía ya a un nuevo programa de exterminio que empezó en 1942. Había sido preparado con refinamiento: el asesinato de judíos se escondía bajo la máscara de la lucha contra los partisanos, y comprometía a la Wehrmacht en los entresijos de la responsabilidad del crimen del siglo.

Puesto que el Ejército asignó ocasionalmente misiones militares a los comandos (persecución de tropas enemigas dispersas), los jefes de unidades combatientes mantuvieron desde el principio buenas relaciones con los comisionados de Heydrich. «Nos satisface mucho informar que la Wehrmacht adopta posiciones muy propicias contra los judíos», se vanagloriaba el comando 4-b[263], y el grupo de acción A consideraba que los lazos con el 4.º Ejército blindado eran «estrechos e incluso muy cordiales»[264]. El pánico entre los judíos perseguidos y las primeras acciones de los guerrilleros impusieron al militar la necesidad de lanzar más comandos tras los judíos. En setiembre de 1941, el 17.º Ejército pidió al comando 4-b que limpiara de judíos Kremenchug. Motivo de la petición: en aquella plaza habían sido cortados tres cables telefónicos del Ejército[265]. He aquí otro ejemplo: la Policía secreta de Campaña (GFP) afecta al XXX Cuerpo de Ejército pidió en agosto una sección al comando 10-a para un golpe de mano contra los judíos de Kodima, una ciudad ucraniana, porque el capitán GFP Kraemer había sido informado sobre un inminente ataque judío a las unidades militares alemanas[266].

Muchos militares (desde luego no todos) interpretaron la liquidación de judíos como una empresa casi rutinaria y, por ejemplo, el mariscal Walter von Reichenau recordó en una orden del día a los soldados de su Ejército (el 6.º) que como «sustentadores de una idea nacional inquebrantable» se verían «obligados a imponer saludables correctivos entre los seres infrahumanos judíos, un holocausto severo pero justificado»[267]. Y se siguió imponiendo ese saludable correctivo: el 17.º Ejército dispuso que cuando no fuesen descubiertos los autores de futuros sabotajes se fusilase a los judíos, especialmente los del Komsomol[268]; y el comando A informó que el grupo de Ejércitos del Centro había fusilado a 19 000 guerrilleros y delincuentes hasta diciembre de 1941, mayormente judíos[269]. Los ejércitos de Adolf Hitler en tierras rusas conocieron también el campo de concentración. El comandante general del XXX Cuerpo de Ejército ordenó internar rehenes en un KZ para defenderse de las guerrillas. El regimiento de

Infantería número 124 organizó un campo de concentración en Kuchuk Muskomia; el 266, otro en Varmutka; y el grupo de Carros número 72, un tercero en Foros[270].

Los militares perdieron muchas veces la serenidad, y cualquier perturbación entre los judíos confiados a su custodia les hizo reaccionar con gran nerviosismo. El gobernador militar de Zhanskói barruntó cierto contagio epidémico en el KZ judío puesto bajo su custodia y rogó al comando D que liquidara el campo por la vía rápida; fue preciso sostener largas disputas con el comando, bastante escaso de personal, para hacerle cumplir los deseos del gobernador en colaboración con la Policía secreta de Campaña[271]. Algunos militares asignaron tal cantidad de liquidaciones a los comisionados RSHA que el *Sturmbannführer* Lindow, de la Dirección general de la Sipo, gritó enfurecido una vez que la Policía secreta gubernativa no era «un verdugo al servicio de la Wehrmacht»[272].

Cuanto más se agudizó la guerra de guerrillas desencadenada por los soviéticos, más frecuentes fueron las llamadas militares a los comandos. Cuando el jefe del Estado Mayor general, Halder, convocó a los comandantes de Ejército en Orsha (diciembre de 1941), pudo escuchar un panegírico unánime sobre los grupos de acción: «Esa gente vale tanto como el oro para nosotros, pues aseguran el enlace con la retaguardia y nos ahorran el desplazamiento de tropas para esa tarea[273].»

El grupo A fue el primero que se enfrentó con los guerrilleros. Hacia fines de setiembre de 1941, fueron avistadas varias guerrillas soviéticas en el sector de Leningrado. Cuando finalizaba aquel año, el grueso del grupo Stahlecker estaba ya concentrado en el frente septentrional para desinfectarlo de guerrilleros. El propio Stahlecker cayó en combate ante las guerrillas a principios de marzo de 1942[274]. Himmler aprovechó instantáneamente esa oportunidad para acelerar el aniquilamiento de judíos. Realmente se limitó a materializar lo que Hitler había sugerido ya en julio de 1941: «Esa guerra de guerrillas ofrece, por otra parte, ciertas ventajas, pues nos brinda la ocasión de extirpar todo cuanto se nos oponga[275].»

El jefe SS enmascaró a su mesnada de solucionistas como ejército antiguerrilla, oficialmente denominado «Formaciones para la lucha contra las Bandas». Los comandos se transformaron en comandancias fijas de la Sipo; los jefes de los grupos A y C fueron comandantes generales, y los jefes de comando, comandantes de la Sipo y del SD[276]. A esas partidas militarizadas de cazadores, puestos más tarde bajo el mando de un jefe superior (Bach-Zelewski), se agrega-

ron ulteriormente cinco regimientos de Orden público y la Milicia autóctona de las regiones orientales ocupadas [277]. Efectivos totales a fines de 1942: 14 953 alemanes y 238 105 *Hiwis* orientales [278].

Con ese ejército los solucionistas, cuidadosamente disfrazados, pasaron a una nueva ofensiva cuyo desarrollo recibió constante apoyo de las unidades militares y del Arma SS. Abrió la marcha el HSSPF Jeckeln por el frente septentrional. En febrero y marzo de 1942 emprendió la «Acción Malaria», una operación contra judíos y guerrilleros. Concluida la empresa pudo dar el siguiente parte: «389 guerrilleros muertos, 1 774 sospechosos fusilados, 8 350 judíos liquidados» [279].

Aquella «Acción Malaria», empresa combinada contra judíos y guerrilleros, fue modelo de las operaciones criminales con que Himmler continuó exterminando judíos bajo el pretexto de los factores imponderables militares. Operaciones «Fiesta del Trigo», «Hamburgo», «Altona», «Febrero», «Nuremberg»..., todas ellas sirvieron una sola finalidad: aniquilar al pueblo hebreo [280]. Simultáneamente, se acorraló cada vez más a los judíos que no habían buscado refugio entre las guerrillas. Los liquidadores encerraron a esa masa humana en ghettos y campos de concentración; la población de Ostland contaba todavía con 100 000 judíos de los cuales 68 000 habitaban las ciudades [281]. Contra ellos se dirigió otro golpe mortal.

En el centro de esa operación aniquiladora se hallaba la Comisaría general de Rusia blanca, a la que los nuevos amos le habían devuelto su antigua denominación de Rutenia blanca. Los batallones policiales y las brigadas *Hiwis* escudriñaron una ciudad tras otra, barrieron con sus metralletas un ghetto tras otro. Los jefes superiores de SS y Policía, así como sus comandos generales y comandantes de la Sipo dieron ya por descontada la extinción del último judío en Rutenia blanca. Pero justamente en esos momentos los administradores civiles de las Comisaría Ostland desarrollaron un nuevo instinto, se sintieron propietarios y patrocinadores, lo que comunicó a los avezados nazis un extraño prurito oposicionista contra el racismo del imperio milenario. Capitaneó esa rebelión uno de los más corruptos funcionarios nacionalsocialistas: el *Gauleiter* Wilhelm Kube, comisario general de Rutenia blanca.

Emulando a otros colonialistas nazis del Este, Kube alegó que la precipitada acción antijudía de las unidades policiales SS descomponía los fundamentos económicos del Ostland. «No es posible todavía un relevo inmediato de todos los judíos empleados en el proceso laboral, especialmente cuando se trata de ciudades grandes», había advertido algún tiempo atrás el propio Stahlecker [282]. Pero el prin-

cipal solucionista en Rutenia blanca, el comandante de la Sipo y *Obersturmbannführer SS* doctor Eduard Strauch llevó adelante la liquidación con un fanatismo desaforado. El colérico amo de Rutenia blanca vio ya hecha añicos la economía regional, pues los rusos blancos judíos constituían la única fuerza laboral y especializada del país.

Todavía irritó más a Kube el hecho de que los comandos SS cayeran sobre los judíos sin rendirle cuentas previamente. Además, su ira databa de fechas lejanas, de cuando las brigadas asesinas no habían iniciado todavía su ofensiva.

El 27 de octubre de *1941*, se presentó en Sluzk el ayudante del batallón policial número 11 y anunció al comisario local Carl que la liquidación judía tendría lugar allí dentro de las próximas horas[283]. El camarada Carl se sobresaltó. Rogó al comandante del batallón que hiciera una salvedad con los artesanos judíos, mas el policía hizo caso omiso. Los judíos de Sluzk fueron exterminados. «Fue una escena más que horrible —informó Carl al comisario general Kube el 30 de octubre—. Con indescriptible brutalidad los policías alemanes y, particularmente, los guerrilleros lituanos (policía auxiliar) arrastraron a las gentes judías fuera de sus casas y se las llevaron consigo. Restallaron disparos por toda la ciudad y en las calles apartadas se apilaron los cadáveres de judíos fusilados.» Carl, secundado por sus empleados, «había intentado salvar lo salvable. Varias veces se había plantado literalmente revólver en mano ante los policías alemanes y los guerrilleros lituanos para hacerles abandonar las fábricas»[284].

Wilhelm Kube elevó una acusación por indisciplina contra toda la oficialidad del batallón número 11[285]. En su propuesta decía que era una «salvajada sin nombre» enterrar vivos a los judíos malheridos como se había hecho en Sluzk. «Con semejantes métodos no hay quien pueda mantener la paz y el orden en Rutenia blanca[286].» El antiguo antisemita Kube (1934: «¡Se debería eliminar a esos pestíferos!»[287]) no se habría opuesto al aniquilamiento del judaísmo ruso e incluso habría participado gustosamente —como hiciera antes—, si no hubiesen sido deportados miles de judíos alemanes a Minsk para su exterminio ulterior[288]. Cuando Kube se vio ante los judíos alemanes, se quebró dentro de él toda una ideología: el antijudío se transformó en defensor de judíos.

Según averiguó Kube, entre los judíos alemanes habían también hombres que fueron soldados en la Primera Guerra Mundial y poseían altas condecoraciones. El *Gauleiter* hizo confeccionar una lista y apeló a la Dirección general de Seguridad como si no hubiera oído men-

cionar jamás la solución final del problema judío. Heydrich le replicó enfurecido que todo estaba en orden. «Además —agregó— hay tareas de guerra mucho más importantes que ir con cuentos sobre judíos robando el tiempo de mis colaboradores, cuyos esfuerzos deben concentrarse en asuntos de mayor trascendencia.» Y terminó diciendo: «Es lamentable escribir tales justificaciones cuando han transcurrido ya seis años y medio desde que se promulgaron las leyes de Nuremberg [289].»

Sin embargo, Kube no se dio por aludido. Puso a los judíos alemanes bajo su tutela personal e intervino diligentemente tan pronto como la Policía de Seguridad dirigida por el *Obersturmbannführer* Strauch se aprestó a asestar un golpe mortal. «Es una sorprendente actitud ante el problema judío», satirizaba Strauch antes de comprender [290] que un relevante *Gauleiter* del III Reich se había pasado a las filas judías. Entonces Strauch perdió su buen humor y se preguntó desesperado si quedaba todavía sentido en el mundo. E hizo constar una protesta: «Y lo afirmo una vez más. Me parece incomprensible que hombres alemanes disputen por algunos judíos. Debo aguantar a cada paso que se nos acuse de barbarie y sadismo cuando, en realidad, yo y mi gente cumplimos sólo con nuestro deber [291].» Y ¿cuál fue la respuesta del nacionalista Kube? Strauch tomó buena nota: «Nuestra conducta bajo ese aspecto es indigna de un hombre alemán, e indigna de la Alemania que conocieron Kant y Goethe. Si algún día se hunde el prestigio alemán en el mundo, será por nuestra culpa [los SS]. Y dejando eso aparte, es completamente natural que mis hombres se indignen a causa de esas ejecuciones [292].

Kube no se contentó con calificar públicamente de bárbaros a los solucionistas. Hizo sustituir la guardia SS ante su residencia oficial por militantes SA [293]. Apareció como por encanto cada vez que algún destacamento SS emprendió una acción u otra contra los judíos [294]. Saboteó la liquidación siempre que pudo. Entretanto, Strauch había planeado una acción aniquiladora contra el ghetto de Minsk para el 1.º de marzo de 1942. Aquel día, 5 000 judíos recibieron orden de concentrarse en un lugar determinado para su «traslado a nuevas instalaciones» por la Policía de Seguridad. Pero Kube divulgó el secreto. Por él supo la población judía los verdaderos designios de Strauch. Los judíos empleados en las oficinas de la Comisaría general fueron advertidos indirectamente por Kube: nada de ir al ghetto. Furioso y chasqueado, Strauch intentó hacer algunos arrestos individuales [295]. Ello dio lugar a ciertos alborotos que provocaron nuevos reproches del comisario general. Strauch informó así: «Él ha insultado largamente

a varios de mis hombres. Se repitieron las expresiones ofensivas tales como "cerdada" y ya "arreglaremos cuentas"[296].»

El solucionista Strauch vio dificultado su trabajo de tal forma por el veterano Kube, que decidió dar la alarma a sus superiores. Himmler denunció la cuestión ante el superior máximo de Kube, el ministro Alfred Rosenberg, quien prometió reprender inmediatamente al censurador de los SS[297]. Pero Kube no cejó, y menos aún cuando supo que su inmediato superior en el servicio, Heinrich Lohse, comisario del Ostland, reprobaba igualmente las maniobras de Himmler. Otra empresa enmascarada como defensa antiguerrilla para la liquidación en masa de judíos («Gran Operación Kottbus») dio un buen pretexto a Kube para criticar la táctica de los mandos SS. En un informe a Rosenberg, caracterizó los efectos de tal empresa como «destructivos», pues la mayor parte de los rusos liquidados por la Policía no eran guerrilleros sino inofensivos campesinos. Kube: «Si en un campo de batalla se recogen 492 fusiles de 4 500 enemigos muertos, cabe suponer que entre esos enemigos muertos debía de haber un número muy crecido de labradores nativos[298].» Al informe de Kube, Lohse añadió el 18 de junio de 1943 este comentario: «¿Qué es Katin * en comparación con esos crímenes? ¡Imaginemos por un momento que ese suceso llegara a oídos del campo contrario y fuera convenientemente explotado allí! Probablemente no se obtendría resultado alguno con una propaganda semejante, porque ni el oyente ni el lector estarían preparados para darle el menor crédito[299].»

Los caballeros del terrífico aparato no supieron cómo desembarazarse de sus adversarios en Minsk. Y entonces les ayudaron los guerrilleros soviéticos: en la noche del 22 de setiembre de 1943, Wilhelm Kube fue víctima de un atentado. Su doncella, agente de los guerrilleros, le colocó una bomba debajo de la cama[300]. Himmler se refociló: la muerte de Kube la consideró como una bendición para la patria[301].

Ya podía juzgar sin temor, pues el trabajo de los solucionistas en Rusia tocaba a su fin. Habían obtenido un buen rendimiento: de los 2,5 millones de judíos rusos que no pudieron eludir la persecución alemana, se había liquidado a 900 000[302]. Y antes de que los Ejércitos soviéticos rechazaran al intruso alemán, el *Standartenführer* Paul Blobel logró borrar las huellas del genocidio. Al frente de una unidad especial denominada «comando 1005» abrió grandes fosas co-

* Tras el asalto a la Unión Soviética, las columnas alemanas hallaron en Katin, cerca de Smolensko, una fosa común con 10 000 oficiales polacos aproximadamente, que habían sido asesinados por los soviéticos en 1940.

munes para los judíos liquidados, mandó arrojar dentro los cadáveres sobre un emparrillado empapado de gasolina e hizo triturar los restos óseos en molinos especiales [303]. La hoguera encendida por los profanadores iluminó una escena espectral, último acto de una perversa representación castrense que no tiene igual en la historia militar universal.

Sin embargo, cuando aún no había concluido el exterminio de los judíos rusos, Himmler distribuía ya órdenes para pasar a una nueva fase del genocidio. Se acondicionaba la máquina asesina ambulante como instalación fija y deletérea, se sustituía el fusilamiento por el gaseamiento... La cámara de gas iniciaba su horrible reinado. Como siempre, hubo un propulsor: el *Gruppenführer SS* Arthur Greiser, gobernador de Warthegau, quien en el otoño de 1941 pidió a Heydrich y Himmler la colaboración de los competentes solucionistas para «limpiar cuanto antes de judíos» el Wartheland. En los dominios de Greiser vivían aún 100 000 judíos, casi todos concentrados en el ghetto de Litzmannstadt...; era preciso liquidarlos rápidamente [304].

Himmler y el competente jefe RSHA, Heydrich, accedieron al instante y delegaron sus funciones en el *Hauptsturmführer* Lange. Heydrich le hizo llevar la creación más terrible de su industria, aquella cámara de gas ambulante que ya había prestado servicio durante la campaña rusa. Hacia finales del año, Lange instaló la primera fábrica de asesinatos en la historia humana. Escogió para su instalación los bosques de Kulmhof, a 60 km al noroeste de Litzmanstadt. Allí encontró el *Hauptsturmführer* un viejo castillo solitario, un lugar idóneo como si alguien lo hubiera creado para su bestial misión. En diciembre de 1941, empezó el comando Lange su trabajo exterminador con tres cámaras de gas montadas sobre camiones [305].

Convoy tras convoy llegaron desde Litzmanstadt los judíos destinados a la estación ferroviaria de Kulmhof, donde se les recogía para su traslado al castillo. Allí debían desnudarse por completo y subir a un camión herméticamente cerrado donde aparentemente se duchaba cada recién llegado. El camino hacia la ducha era un camino de muerte: apenas se cerraban las puertas tras el judío, un resorte oculto abría la válvula del escape y el gas mataba a las víctimas. Entretanto, se aproximaba un pelotón especial de judíos escogidos que transportaban los muertos a la fosa común y les quitaban también sus últimas pertenencias. Mediante esos servicios auxiliares, muchos judíos obtuvieron el privilegio de vivir unas cuantas semanas más en las mazmorras del castillo aguardando con ansiedad comprensible el siguiente cargamento de infortunados [306]. No obstante, esa pri-

mitiva arma homicida ocasionó frecuentes dificultades a los liquidadores, y el gaseamiento tampoco dio siempre los resultados apetecidos. Según las instrucciones para su uso, todo terminaba en un cuarto de hora, pero... duraba a menudo largas horas. Muchas veces algunas víctimas seguían aún vivas cuando se abrían las puertas del mortífero vehículo [307].

Sin duda, los partes sobre la descomunal tortura de Kulmhof llegaron también al *Gruppenführer* Heinrich Müller, pues el director general de la Gestapo llamó un día a su experto en asuntos judíos, Eichmann, y le dijo: «Vaya allá abajo. Quiero saber lo que sucede ahí.» Y el *Sturmbannführer* Adolf Eichmann partió obedientemente. Llegado al castillo del camarada Lange observó cómo entraban los judíos en el camión letal y cómo los transportaban ulteriormente hacia la fosa común. «Marché detrás del transporte —rememoraba más tarde Eichmann— y entonces vi lo más espantoso que recuerdo haber visto en mi vida. El camión se detuvo ante una fosa alargada, se abrieron las puertas y allá cayó el cadáver... con miembros muy flexibles como si aún conservara la vida. Entonces vi que un paisano le arrancaba los dientes con unas tenazas, y tras eso... me largué.

Subí al coche y desaparecí sin decir palabra. Ya iba bien servido. Tenía suficiente.» Eichmann se acordaba de algo más: «Un médico con bata blanca me recomendó que echara una ojeada por la mirilla para ver cómo se comportaban allá dentro... Me negué en redondo. No podía más; no podía ni hablar, necesitaba largarme. Era horrible, palabra, un verdadero infierno. No puedo. Con eso no puedo...; así mismo se lo he dicho [a Müller] [308].»

Las espantosas escenas representadas en Kulmhof desataron una macabra competencia entre los técnicos y especialistas del gaseamiento, pues el sistema Lange abrió un nuevo capítulo de la solución final y lanzó una nueva modalidad del delirio racista: el aniquilamiento masivo del judaísmo polaco, el mayor grupo nacional judío que cayó bajo el filo de la cruz gamada en la Segunda Guerra Mundial.

En 1931, Polonia contaba con tres millones de judíos según un empadronamiento realizado por aquellas fechas. Pues bien: 2,3 millones quedaron bajo el dominio alemán [309]. Durante los primeros meses de la ocupación nacionalsocialista, casi todos esos judíos debieron retirarse a los ghettos designados por Heydrich y elegidos al principio como puntos de concentración para la proyectada emigración judía. Pero cuando se inició la solución final fueron más bien antesalas de la muerte. «Es preciso aniquilar a los judíos dondequiera que los

encontremos —croaba el gobernador general de Polonia, Hans Frank, ante sus colaboradores—. No podemos fusilar ni envenenar a estos judíos [polacos], pero sí podemos dar ciertos pasos que conduzcan de algún modo a un aniquilamiento efectivo y, por cierto, en relación con unas... medidas grandiosas [310].»

Mientras tanto, Heinrich Himmler había ideado ya esas «grandiosas medidas» para resolver el problema a su manera. El experimento Kulmhof le indicó el camino: se establecería una cadena de fábricas homicidas en el territorio de la antigua Polonia, el Gobierno general y las llamadas regiones anexionadas, para eliminar a los últimos judíos de Polonia e incluso de toda Europa. Un incidente casual le proporcionó también el personal necesario, verdugos altamente especializados. Poco antes de que Greiser rogara ayuda al *Reichsführer* para liquidar a «sus» judíos, terminó la operación genocida que bajo el título de «eutanasia» suprimió 100 000 enfermos mentales y —según la expresión oficial nazi— personas «inadecuadas para la vida» [311].

Allí actuaron también algunos jefes SS y funcionarios criminalistas seleccionados por el *Reichsführer* y jefe de la Policía alemana, que mataron a sus víctimas con gas. Su director fue el comisario criminalista Christian Wirth, un vándalo empedernido que figuraba en la Cancillería del Führer, centro cerebral del proyecto «eutanasia», como el verdadero verdugo [312]. Wirth trabajó con monóxido carbónico en el establecimiento letal de la empresa «eutanasia»; mató a las víctimas sin ruido y aprisa. Cuando Himmler preguntó al médico SS doctor Ernst Grawitz (a principios de 1942) cuál sería el medio más veloz para liquidar millones de judíos polacos, el joven esculapio le remitió al comisario criminalista por entonces en situación de paro [313]. Himmler se entrevistó con el experto en gaseamiento y le ordenó que reanudara su trabajo en Polonia. Wirth compareció poco después ante Odilo Globocnik, el jefe de SS y Policía en Lublin, a quien Himmler había encomendado la llamada «Acción Reinhard» o liquidación del judaísmo polaco [314]. Wirth puso manos a la obra.

En lugar de las cámaras transportables empleadas por su camarada Lange en Kulmhof —cuyo mecanismo era ramplón, según el despreciativo especialista Wirth—, el agente de la Kripo mandó construir cámaras de gas sobre el suelo firme a las que inyectaba el gas residual de motores diesel por medio de mangueras; después les dio la apariencia de grandes «inhaladores» y «salas de ducha». El sistema de cámaras, apuntaba un observador, semeja algo así como un «pequeño balneario» con «geranios, setos y después una escalerilla que conduce a derecha e izquierda hasta tres habitaciones de 5 × 5 m y

1,90 de altura con puertas cocheras como las de los garajes. En la pared trasera hay grandes rampas de madera. ¡Y pegada al techo, como un ingenioso e inofensivo chiste, la estrella de David!»[315]. En torno a esos talleres del asesinato, Wirth levantó la habitual tramoya del KZ nacionalsocialista: barracones, explanadas, alambradas y más alambradas. Aproximadamente a lo largo del Bug aparecieron muy pronto en cadena varios campamentos de aniquilación que, exceptuando el de Lublin, quedaron subordinados al *Brigadeführer SS* Globocník.

Las fábricas de muertos surgieron una tras otra, y el 17 de marzo de 1942 la empresa Wirth comenzó su primer trabajo de exterminación en el campamento Belzec, en la línea ferroviaria Lublin-Lemberg: estuvo provisto de seis cámaras de gas y pudo matar cada día hasta 15 000 personas[316]. En abril le siguió el campamento Solibor junto a la frontera con la Comisaría del Reich en Ucrania: sus instalaciones permitieron asesinar con un rendimiento máximo diario de 20 000 personas[317]. Tres meses después, surgió el Treblinka, a 120 km al nordeste de Varsovia que con sus 13 cámaras de gas fue el campamento Wirth de mayor capacidad; en un solo día pudo hacer morir a 25 000 personas[318]. El colofón lo constituyeron las cámaras montadas durante el otoño de 1942 en el campo ya existente de Lublin (llamado Majdanek después de la guerra)[319]. Christian Wirth asumió la dirección técnica en todas las nefastas instalaciones del imperio SS en territorio polaco[320]. El comisario de la Kripo consiguió aumentar cada vez más las cifras necrológicas evidenciando una terrible efectividad que le valió el título de rey sin corona entre todos los exterminadores de judíos polacos.

Entretanto, Wirth había encontrado en el mundo abstruso de los fatídicos campamentos ciertos competidores que envidiaban su posición.

Sobre todo, los rivales en el mayor KZ de las regiones orientales ocupadas, Auschwitz (Alta Silesia oriental), previsto también como fábrica de mortandad, no esperaron inactivos a que al experto Wirth le hicieran caer de su inalcanzable altura con los nuevos métodos. El jefe de la prisión preventiva en Auschwitz, *Hauptsturmführer* Karl Fritzsch, consiguió inquietar al adversario de Treblinka. Inventó un nuevo medio deletéreo, el más adecuado a la ideología malévola del asesino antijudío: el ácido cianhídrico «Zyklon B», un producto de la firma «Degesch» (Compañía alemana de Insecticidas mbH) para destruir los parásitos[321]. El «Zyklon B» fue superior al gas de Wirth: uno sólo necesitaba protegerse con una máscara antigás, abrir la

ampolla esférica de «Zyklon B» y esparcir su contenido...; a los pocos minutos, las víctimas estaban muertas. Desde luego, lo de Wirth duraba más [322].

Una tropa de jefes SS se puso en marcha para derrocar a Wirth de su trono. El *Obersturmführer SS* Kurt Gerstein, distribuidor del ácido cianhídrico, cristiano y adversario del régimen nacionalsocialista a un tiempo, y el lugarteniente de Eichmann, Rolf Günther, se personaron en el campamento de Belzec para verificar los métodos aniquiladores de Wirth. Gerstein describió más tarde lo que había presenciado en aquel día de agosto de 1942 [323]:

«Por fin llega el tren. Doscientos ucranianos abren las puertas correderas y, enarbolando sus látigos de cuero, fustigan a la gente para hacerla salir de los furgones. Un enorme altavoz empieza a dictar órdenes: quítense toda la ropa, también prótesis, gafas, etcétera. Después, las mujeres y muchachas al peluquero, quien con dos o tres tijeretazos les corta las melenas y las hace desaparecer en un saco de patatas. Luego se pone en movimiento la columna y desfila a lo largo de la alameda. Delante una muchacha preciosa, hombres, mujeres, niños, todos desnudos, sin prótesis..., siguen avanzando, titubean ¡y al fin penetran en la cámara letal! La mayoría, sin decir palabra. Una judía de cuarenta años más o menos y ojos llameantes grita una invocación pidiendo que la sangre derramada aquí caiga sobre los asesinos. Recibe cinco o seis latigazos en pleno rostro y desaparece también dentro de la cámara. Todas las cámaras están abarrotadas. "Llenadlas bien..." ha ordenado Wirth. Y los ocupantes se pisan unos a otros... Ahora comprendo ya por qué se llama "fundación Heckenholt" a todo este tinglado. Heckenholt es el mecánico de los motores diesel, un técnico de tres al cuarto, pero alma de la instalación. Su idea es matar a estos seres humanos con los gases residuales del diesel quemado.»

Mas he aquí que cuando los motores deberían arrancar, el perito asesino Wirth vivió la hora más humillante de su vida: los motores permanecieron mudos. Gerstein sacó un cronómetro y midió en horas, minutos y segundos la derrota sufrida por el opugnador del «Zyklon B». «Wirth se aproxima —sigue informando Gerstein—. Le duele que hoy precisamente, ante mi presencia, ocurra tal cosa, eso es evidente. ¡Sí señor, lo estoy viendo todo! Y espero... Entretanto, mi cronómetro toma buena nota del tiempo: 50 minutos, 70 segundos... ¡Y el diesel sin arrancar! ¡Esas personas aguardan en sus cámaras de gas! ¡En vano! Se las oye gemir, sollozar... Wirth golpea con su fusta al ucraniano que trabaja como mecánico auxiliar con el *Unterschar-*

führer Heckenholt; le cruza doce..., treve veces el rostro. Al cabo de dos horas y 49 minutos, el cronómetro no miente, explota el Diesel... Y aún transcurren 25 minutos. ¡Cierto, muchos están muertos! Se puede ver por el pequeño ventanillo mientras la luz eléctrica ilumina durante unos instantes la cámara. Pasan 28 minutos más y aún quedan algunos vivos. Por fin, tras otros 32 minutos, todo el mundo parece muerto. Al lado opuesto, los trabajadores del comando abren las puertas de madera. Los muertos están erguidos y yertos como columnas de basalto, apretados unos contra otros en el interior. Lo cual es inevitable, pues no hay sitio para caer o siquiera para inclinarse [324].»

Los partidarios del «Zyklon B», como Günther, habían visto lo suficiente: el experto asesino Wirth perdió su predominante papel. Desde aquel instante imperó el estado de guerra entre Auschwitz y los campamentos de Wirth. El fulminante fumigatorio fue introducido definitivamente en Auschwitz. Y nadie celebró tanto esa victoria como el comandante de Auschwitz Rudolf Hoss. «Confieso sin rebozo que el gaseamiento me tranquilizó —revela en su autobiografía—. Siempre me horrorizaron los fusilamientos, especialmente cuando pensaba en la masa de mujeres y niños. Desde que nos ahorramos esa carnicería me sentí más tranquilo [325].»

Ya pudo comenzar la extirpación acelerada del judaísmo polaco. Himmler dio la salida. Policía de Orden público, auxiliares voluntarios extranjeros y los judíos responsables designados por alemanes sacaron a la masa judía de sus ghettos y la condujeron hacia las mortíferas norias de los seis campamentos exterminadores. «Dispongo —escribía Himmler el 19 de julio de 1942 al jefe superior de Policía y SS Este (Cracovia), *Obergruppenführer SS* Friedrich-Wilhelm Krüger—, que se dé fin antes del 31 de diciembre de 1942 al desalojamiento de toda la población judía en el Gobierno general [326].» Y siguieron llegando las tristes caravanas de condenados a las fábricas asesinas, y siguieron vaciándose los ghettos, hasta que otra potencia amenazó de nuevo con la suspensión del exterminio. Por segunda vez en el breve episodio de la ocupación alemana, los militares reaccionaron contra la disparatada solución final.

A diferencia de sus camaradas en Rusia, alterados por la guerra de guerrillas, los oficiales destinados en Polonia procuraron proteger al judío con el mayor disimulo. Se parapetaron tras un pretexto que debió de causar también impresión entre los fanáticos racistas: el último acto de esa solución final desposeía a la Wehrmacht de los obreros judíos indispensables para desarrollar el rearme en las re-

giones orientales. Pero Heydrich había previsto ya tal protesta. «Existe el peligro —manifestaba el 4 de octubre de 1941— de que en muchos casos se reclame, sobre todo en el campo económico, la permanencia del judío como fuerza laboral imprescindible sin que nadie haga el menor esfuerzo para sustituirlo por otro trabajador [327].» El comandante supremo de la región militar en el Gobierno general, barón Curt von Gienanth, y el jefe de las maestranzas en Varsovia, coronel Freter, decidieron hacer justamente lo que más irritaba a Heydrich.

Para ellos no hubo la menor duda de que el llamado desalojamiento de los judíos (Globocnik: «Este asunto es uno de los secretos mejor guardados de nuestro tiempo [328].») era en realidad un asesinato múltiple. Sería el mes de julio cuando el capitán Friedrich Wilhelm Hassler preguntó al coronel Freter si era cierto lo que se decía sobre la aniquilación de los judíos. Freter enmudeció. Pero Hassler insistió: «Lo que está ocurriendo aquí es jurídicamente un delito, y para mí, como cristiano, un pecado mortal. Esto no quedará sin consecuencias.» Entonces habló Freter. Dijo a Hassler que tenía tres alternativas: podía expresar su opinión a voz en grito y jugarse la vida, podía pedir la baja por enfermedad y, finalmente, podía seguir donde estaba para ayudarle a llevar adelante el rearme y hacer todo lo posible por los judíos. El capitán Hassler decidió quedarse [329].

Sin embargo el HSSPF Krüger adivinó el designio de los militares y se les anticipó por muy poco. Concertó un acuerdo con la Inspección del Rearme en el OKW: por lo pronto, podrían conservar sus fuerzas laborales judías, mas los judíos deberían permanecer acantonados en cuarteles o campamentos bajo el Mando SS [330]. Krüger intentó arrebatar progresivamente a los militares su potestad sobre los judíos. Pero esas concesiones ínfimas le parecieron desorbitadas al fanático de la solución final, Himmler, quien se comunicó en seguida con Krüger y le prohibió terminantemente toda clase de cesiones. Luego aplicó su palanca contra la resistencia militar en otro lugar: Himmler ejerció presión sobre el OKW para que diera un réspice a los militares del Gobierno general [331].

Una vez más, como en tantas otras querellas políticas, el mariscal Keitel del OKW tomó partido contra sus oficiales. Mientras la inspección del rearme en el Gobierno general luchaba denodadamente por cada judío, Keitel ordenaba el 5 de setiembre de 1942 que todas las fuerzas laborales judías fueran sustituidas sin demora por polacos [332]. El comandante general de la región militar, Von Gienanth, apeló contra el lacayo en el Cuartel General del Führer. El 18 de se-

tiembre cursó una memoria al Estado Mayor general de la Wehrmacht en la que subrayaba con estadísticas su criterio: «El alejamiento inmediato de los judíos entrañará una reducción considerable del potencial bélico alemán, y la paralización, por lo menos momentánea, del municionamiento al frente, así como a las tropas estacionadas en el Gobierno general [333].»

Gienanth concluyó: «Por consiguiente, solicitamos que se aplace hasta entonces (cumplimiento total de la importante misión asignada al esfuerzo productivo) *el desalojamiento de los judíos empleados en centros industriales* [334].» Quieras que no, Keitel hubo de notificar la «memoria Gienanth» a Himmler, quien se enfureció con los saboteadores militares del exterminio judío. «He dado orden de proceder sin contemplaciones —tronó Himmler el 3 de octubre— contra todos los que esgriman presuntos intereses del rearme cuando en realidad sólo intentan proteger a los judíos y sus negocios [335].» Keitel, totalmente intimidado, no esperó a que Himmler cumpliera tal amenaza: su bastón de mariscal cayó silbando sobre los rebeldes en Polonia. El general Von Gienanth fue depuesto al instante [336]. Y el 10 de octubre llegaba un telegrama del Estado Mayor general de la Wehrmacht disponiendo lo siguiente: «El Alto Mando de la Wehrmacht conviene con el *Reichsführer SS* en que es preciso sustituir inmediatamente por fuerza laboral aria a los judíos enrolados en la Wehrmacht como fuerzas de servicios auxiliares o en la industria del armamento [337].»

La Wehrmacht capituló. Entre el 13 y el 15 de octubre de 1942, las comandancias militares del Gobierno general recibieron orden de despedir a sus trabajadores judíos. «Con ello —enjuicia el historiador Hanns von Krannhals— todos los judíos del Gobierno general cayeron en manos de los SS [338].» Los solucionistas pudieron desfogarse a su antojo. Semana tras semana, día tras día, hora tras hora, los esbirros SS secundados por sus cómplices extranjeros metieron a judíos y más judíos en las cámaras de gas, golpearon, atormentaron, ultrajaron y torturaron a personas de raza hebrea.

Los molinos mortales del Este molturaron sin pausa aquella masa humana y con cada hora más, con cada muerto, agravaron el inventario condenatorio de la barbarie alemana. Hoy día la mente humana apenas puede concebir los horrendos índices de producción facilitados por aquellas fábricas: en Kulmhof murieron más de 152 000 judíos; en Belzec, 600 000; 250 000, en Sobibor; 700 000, en Treblinka; 200 000, en Lublin-Majadanek; y más de un millón en Auschwitz [339]. Personas judías sucumbieron por centenares de millares bajo una

oleada asesina de sádicos desbocados. No había ningún «pasatiempo» que los animales con uniforme SS no hubiesen experimentado en una u otra ocasión, desde la férrea barra con que el verdugo Gomerski (Sobidor) aplastaba los cráneos de aquellos que se indisponían durante el viaje[340], hasta el aplastamiento de cabezas infantiles contra los barracones[341].

El preso Max Kasner, enterrador en Auschwitz, recibió orden de presentarse en la explanada de unos bunker. «En la parte izquierda —refiere el testigo— vi a setenta mujeres muertas. Todas ellas particularmente bellas..., incluso después de su horrible muerte. Les habían cercenado los senos, y en las partes más delicadas tales como el interior de los muslos, se veían largas tiras de carne desprendida. La explanada era un plano inclinado y el desagüe estaba obturado con sangre. Chapoteamos sobre un charco de sangre que nos cubría los tobillos[342].» Diariamente disparaban los centinelas sobre niños de corta edad. El profesor Ludwig Hirszfeld, de Varsovia, presenció la siguiente escena: «Una niña muy pequeña intentó deslizarse sin ser vista junto al centinela. Éste la llamó mientras se descolgaba lentamente el fusil. La pequeña se agarró a sus botas pidiendo perdón. El centinela soltó una risotada y furfulló: "No te mataré, pero tampoco volverás a escaparte." Entonces disparó contra los pies de la niña, que más tarde requirió una doble amputación[343].»

El *Oberscharführer* Oswald Kaduk, subalterno en Auschwitz, solía hacer llevar de noche a algunos presos a la ducha; allí les hacía saltar por encima de un bastón que él mismo sostenía a una altura de 50 centímetros. Quien lo rozara debía colocarse al lado izquierdo para ser gaseado cuando terminara la diversión. Y si el número de saltarines afortunados era excesivo, Kaduk los apaleaba hasta verlos desplomarse[344]. El preso Lederer nos ha dado a conocer «otra especialidad de Kaduk»: durante las llamadas revistas de piojos, Kaduk se plantaba ante el preso que aún tuviera piojos, le hacía colocar sobre el cuello una de las pértigas para acarrear perolas y entonces, cogiéndose de ambos extremos, se balanceaba acá y allá hasta que el preso caía muerto[345].

El comandante del Treblinka, Kurt Franz, azuzaba habitualmente contra los presos a su perro *Bari*, un San Bernardo adiestrado para atacar; aquellos judíos que colgaban de la horca con el mentón hacia abajo eran destrozados por el can. Franz tenía una cámara de ejecuciones enmascarada como enfermería, junto a la cual había una fosa común de ocho por cuatro metros donde ardía noche y día un fuego. El comandante pasaba diariamente tres revistas y en cada una selec-

cionaba a diez judíos para liquidarlos personalmente. Luego, según informa el ex preso Jakubowicz, «los conducía a latigazos hasta la enfermería y allí les metía un balazo. Era algo mecánico, un balazo y a la fosa, un balazo y a la fosa[346]...»

Con idéntico satanismo reinó el *Oberscharführer* Wilhelm Boger, perteneciente a la sección política de Auschwitz. Este hombre había ideado quizás el instrumento de tortura más tristemente famoso en la mayor fábrica destructora de Europa. El *Oberscharführer SS* Perry Broad lo describió después de la guerra: «Dos mesas paralelas a un metro de distancia entre sí. La víctima debía sentarse en el suelo con las piernas encogidas y unir ambas manos por debajo de las rodillas. En esa posición se le aherrojaba las dos muñecas con manillas. Después se hacía pasar una pesada barra entre codos y rodillas de modo que sus extremos descansaran sobre las dos mesas. Luego se le apaleaban las nalgas y las plantas de los pies con una vara flexible. Los varazos eran tan furiosos que el desgraciado giraba casi totalmente sobre su único punto de apoyo y cada vez que alcanzaba la posición contraria se descargaba un tremendo trallazo sobre sus posaderas. Cuando sus aullidos resultaban demasiado estridentes, el diabólico sádico le ponía una máscara antigás... Al cabo de quince minutos terminaban los movimientos convulsivos del torturado. Se le había cortado el habla. Sus pantalones estaban teñidos de rojo y la sangre goteaba al suelo. Finalmente, su cabeza colgada fláccida...; había perdido el conocimiento. Mas aquello no decepcionaba de ninguna forma al policía gubernativo. Haciendo muecas comprensivas sacaba del bolsillo un pomo y se lo pasaba varias veces ante la nariz. Pocos minutos después, su víctima recobraba el sentido[347].»

Tales bestialidades hicieron creer después a la posteridad que el sadismo era la clave para desentrañar los aspectos fenoménicos del genocidio. Hoy día uno ve todavía a los solucionistas como seres deshumanizados, como una horda de monstruos cuya única ambición fue destruir y asesinar. Ese cuadro es demasiado simple. «Si mal no recuerdo —manifiesta el ex prisionero de Auschwitz doctor Ella Lingens-Reiner— jamás conocí a un militante SS que no pudiera decir: "Yo he salvado la vida a una persona." Había pocos sádicos. Los criminales natos en el sentido clínico representaban a lo sumo entre un cinco y un diez por ciento. El resto lo componían hombres normales con suficientes luces para distinguir el bien del mal. Todos ellos se dieron perfecta cuenta de los hechos[348].»

Precisamente las impresionantes revelaciones puestas al descubierto por los procesos de posguerra en Alemania occidental sobre

el comportamiento irracional de los genocidas, amenazan con dejar desnuda una verdad que ya enunció en 1944 la socióloga germanoamericana Hannah Arendt, a saber, que el genocidio no fue organizado por «fanáticos, ni asesinos perversos ni sádicos»: «Esa organización contó única y exclusivamente con hombres normales, tales como el señor Heinrich Himmler[349].» El hecho de que los sádicos animalizados estuvieran al servicio del genocidio, no caracteriza aquel proceso. Esos delitos han atraído siempre a las naturalezas degeneradas, y la Revolución francesa con su chirriante guillotina las conoce tan bien como el fanatismo expurgador de los comandos GPU soviéticos.

Lo verdaderamente sensacional, el auténtico horror del aniquilamiento judío, reside en los probos padres de familia que emprendieron por millares el negocio del asesinato y, al mismo tiempo, durante las tardes dominicales, creyeron ser ciudadanos íntegros a quienes jamás se les ocurriría desviarse ni un milímetro del sendero jalonado por sus virtudes personales. El sadismo fue tan sólo un aspecto secundario del genocidio e incluso muy poco popular entre los altos mandos SS. Himmler tuvo la idea fija de que el exterminio en masa debería ser un trabajo limpio y eficaz, y el militante SS debería conservar su «integridad» mientras cometiese asesinatos por disposición estatal.

Al *Sturmbannführer* Franke-Gricksch le encareció muy seriamente: «También puede ser duro el jefe SS, pero no encallecido hasta la insensibilidad. Allá donde observe usted que un jefe se exceda en su cometido, sobrepase la medida impuesta por el deber o empiece a fluctuar sobre ciertas fronteras indefinidas, ¡pegue fuerte, sin reparo! Quien se olvida de sí mismo hasta perder el sentido o se entrega a ese enemigo que todos llevamos dentro, demuestra que no puede ser jefe SS[350].» Himmler decretó incluso ciertas prescripciones para moderar la refinada crueldad de los sayones KZ. «Mi prohibición tajante a toda acción individual de cualquier militante SS contra los judíos», dispuso en agosto de 1935 mediante una orden circular[351]. Y todo guardián KZ tuvo que firmar cada tres meses una declaración en la que se comprometía a no conducirse abusivamente con los prisioneros ni maltratarlos[352].

Durante el otoño de 1942, el Tribunal de la Dirección general SS le planteó una tesis: ¿cómo se debe juzgar realmente el fusilamiento de judíos cuando no existe una orden previa? Respuesta de Himmler: «1) Si el motivo es puramente político no puede haber castigo a menos que lo requiera el mantenimiento del orden. 2) Si el motivo es privado y tiene carácter sádico o sexual, entonces corresponde una

sanción judicial, y lo mismo cabe decir de los crímenes tales como el homicidio[353].» Y algunas veces hizo castigar a los sádicos SS. En junio de 1943, un *Untersturmführer SS* fue condenado a muerte por bestial maltrato de incontables judíos. El Tribunal supremo de las SS y la Policía declaró en un dictamen de 9 de junio de 1943 por qué se había castigado al *Untersturmführer.* Considerando: «Se ha dejado arrastrar por una ferocidad indigna de cualquier hombre alemán y jefe SS. Esos abusos no se pueden justificar, como pretende el inculpado, con el alegato de que son justas represalias por los sufrimientos ocasionados al pueblo alemán. La aplicación de métodos bolchevistas para el aniquilamiento de nuestro peor enemigo, el judío, no tiene estilo alemán. Y los manejos del inculpado se les asemejan considerablemente[354].»

Si se combina el sadismo con la corrupción, entonces Himmler daba vía libre al genuino código penal. Pues él tenía ambos por tumores cancerosos de las SS: el sadismo minaba la disciplina, la corrupción destruía los fundamentos ideológicos. El juez SS Konrad Morgen fue autorizado ocasionalmente a practicar una fumigación entre los liquidadores SS, donde también intervenía Heinrich Himmler como una especie de doctor Jekyll y Mr. Hyde *. Entonces se enfrentaban súbitamente en su interior la moral privada del pequeño burgués con el automatismo del fanático entregado a las órdenes hitlerianas. Una comedia absurda: Himmler hacía investigar, mediante una cuadrilla de fiscales SS, algunos asesinatos no autorizados de judíos... ¡en los mismos campamentos exterminadores donde enviaban diariamente a la muerte a incontables miles de seres humanos!

El doctor Konrad Morgen, hijo de un ferroviario, nació en Frankfurt del Meno en 1910, fue despedido de la magistratura por impugnar el veredicto de su juez regional. Después cazó funcionarios corruptos y actuó como juez auxiliar en el Tribunal SS y Policía de Cracovia. Tras una disputa con el HSSPF Krüger se le impuso, cual corrección disciplinaria, el traslado a la división SS «Wiking», y descubrió un asunto de corrupción ampliamente relacionado con los KZ. En 1943 se le destinó a la Dirección de la Policía judicial del Reich, aunque se le prohibió expresamente aceptar casos políticos[355]. Un buen día llegó a la sección «Crímenes capitales», donde trabajaba Morgen, una llamada de ayuda desde Kassel: el Tribunal de SS y Policía XXII, bajo cuya jurisdicción estaba el campo de Buchenwald,

* Personajes de una narración del escritor británico Robert Louis Stevenson: el doctor Jekyll, un médico amigable y servicial se transforma mediante una pócima misteriosa en el brutal y siniestro Mr. Hyde, quien igualmente puede recobrar la personalidad cordial de Jekyll.

deseaba esclarecer un caso muy viejo de corrupción que se perdía entre las alambradas del KZ [356].

El joven ayudante del fiscal, Emil Holtschmidt, había vigilado con curiosidad al delegado local de Weimar, Bornschein, un comerciante de comestibles que ya había hecho toda clase de negocios sucios con el comandante de Buchenwald, Karl Koch. Cuando Holtschmidt se mostró demasiado curioso, Bornschein ingresó voluntariamente en el Arma SS y se hizo destinar a la plana mayor de Buchenwald [357]. El Tribunal de SS y Policía reasumió el caso, pero no pudo esclarecerlo. Ciertamente, los Tribunales de SS y Policía eran algo así como Tribunales militares para el Arma SS y también les competía oficialmente toda guarnición de KZ, pero en aquel particular campamento reinaban los llamados oficiales jurídicos, quienes no estaban subordinados al Tribunal de la Dirección general SS sino al árbitro supremo del KZ, el *Obergruppenführer* Oswald Pohl, jefe de la Dirección general SS de Economía y Administración [358].

Ahora el Tribunal de SS y Policía de Kassel necesitaba hacer entrar en el juego a la Policía judicial. Solicitó la experiencia del criminalista contra el clan Koch, pero impuso como condición que la RKPA * enviase a un funcionario con rango de jefe en el Arma SS, pues cualquier otro no tendría la menor posibilidad de entrar en el KZ Buchenwald [359]. El entonces *Obersturmführer* del Arma SS Konrad Morgen recibió esa misión y partió inmediatamente hacia Weimar. Reservó habitación en el hotel «Elephant» e inició acto seguido una discreta investigación. Pronto pudo demostrar la culpabilidad de Bornschein [360]. Y poco después desentrañó los más sombríos misterios del campamento de Buchenwald. Recurriendo a ardides ilegales examinó las cuentas de Koch en los Bancos de Weimar e hizo vigilar la correspondencia entre Koch —quien entretanto había sido trasladado al campamento exterminador de Lublin— y su esposa Ilse, que por lo pronto permanecía en Buchenwald [361]. Cuanto más investigó, más se delineó ante sus ojos la telaraña de una corrupción cuyos filamentos se extendían a otros campos de concentración.

Paso a paso, el asunto de corrupción se convirtió en asesinato múltiple, según la encuesta de Morgen: Koch no había practicado solamente el chantaje con varios judíos opulentos despachados al KZ en la noche de cristal, sino que también había mandado asesinar a bastantes testigos inoportunos entre los prisioneros. Morgen decidió capturar a toda la cuadrilla de chantajistas y asesinos apiñados alre-

* Dirección de Policía judicial del Reich.

dedor de Koch. Sin embargo, el jefe de la Kripo, Nebe, a quien expuso el resultado de sus investigaciones, quedó lívido cuando escuchó la información del codicioso Sherlock Holmes. Arthur Nebe presintió las temibles consecuencias de la campaña emprendida por Morgen... y no quiso asumir tal responsabilidad. Pero el detective, viendo ya su botín al alcance de la mano, se entrevistó con un jefe SS tras otro. Finalmente, presentó el caso ante Müller, el de la Gestapo, quien le remitió al jefe de la Dirección general de Seguridad. Éste, a su vez, le hizo seguir hasta el auditor jefe de la Dirección general SS, el cual sólo supo darle una respuesta: Himmler [362].

Morgen se encaminó hacia el puesto de mando del *Reichsführer*, pero Himmler estaba ausente. Se entrevistó, pues, con un elemento de su Estado Mayor personal a quien explicó todo: juntos redactaron un telegrama de texto innocuo y acordaron que si se despachaba, significaría la aprobación de Himmler. El telegrama se despachó [363]. Nadie podrá averiguar jamás qué motivos tuvo Himmler para desencadenar esa acción terminante contra la camarilla de Koch. Tal vez fuera la desconfianza que le inspiró siempre el *Obergruppenführer* Pohl con su corrupta comitiva, o tal vez comprendiera mal la reacción en cadena que debería desatar el caso. Conjeturas aparte, los hechos fueron éstos: durante breves momentos, el aburguesado Himmler pudo jactarse de haber dispuesto un buen zafarrancho en su propio baluarte.

Y el doctor Konrad Morgen aprovechó esa oportunidad única. Hizo comparecer a Koch en el KZ de Buchenwald y allí le sometió a un interrogatorio tan inexorable que el otrora amo absoluto del KZ se desmoronó y confesó todo. El auto de procesamiento contra Koch pareció no tener fin: malversación, quebranto del potencial defensivo, asesinato de los prisioneros Kraemer y Peix [364]... Morgen procesó también a los cómplices de Koch: el sádico inspector de los bunker Sommer, el médico del campamento doctor Waldemar Hoven, el *Hauptscharführer* Blanck y... ¡cómo no!, la *commandeuse* Ilse Koch. Cargos: asesinato, homicidio, lesiones corporales de carácter mortal, y así sucesivamente [365].

Sin embargo, ni Morgen ni sus colaboradores se conformaron con inutilizar el círculo Koch. Por iniciativa de Morgen, el Tribunal de Policía y SS en Kassel vino a ser un «consejo especial» facultado para investigar todos los delitos cometidos en campos de concentración [366]. Morgen descubrió un nuevo rastro: conducía hacia el Este y parecía terminar en los campos exterminadores supersecretos. El investigador principal Morgen descubrió lo que no debería haber descubierto ja-

más: los millones de judíos asesinados en las mortíferas fábricas orientales. En Lublin y Auschwitz tropezó inesperadamente con las cámaras de gas y comprendió que se había desvivido por dos o tres asesinatos cuando allí se cometían millones [367]. ¿Cuál fue su reacción ante el hallazgo? La respuesta que nos da hoy el propio doctor demuestra que él también compartía la esquizofrenia de su *Reichsführer*. Por aquellas fechas, especifica el doctor Morgen, habían tres clases de asesinatos: el oficial del judío «contra el cual no se podía luchar porque así estaba dispuesto en el marco de la solución final y ésta había sido ordenada por la Cancillería del Reich, es decir, el propio Hitler»; las muertes igualmente oficiales con arreglo al programa de eutanasia y, por último, la «matanza arbitraria» de los presos [368]. Pero él sólo puso en marcha la máquina jurídica SS contra ese tercer grupo.

La RKPA de Nebe y el propio Morgen designaron prácticamente en cada KZ una comisión investigadora para pesquisar la corrupción y las «matanzas arbitrarias» [369]. Los subalternos de Pohl se opusieron violentamente a la intrusión de los pesquisadores, y no estuvieron exentas de peligro esas diligencias en el KZ, pues el personal del campo se defendió enconadamente y, cuando lo estimó necesario, recurrió también al asesinato. En el KZ de Oranienburg se pudo salvar del patíbulo por muy poco al preso Rethe, un confidente de la RKPA [370]; se había dispuesto su ejecución pública porque la jefatura del campo quería dar un escarmiento a quienes pensaran colaborar con Morgen [371]. En otro KZ ardió el barracón donde se habían guardado los expedientes de una plana mayor RKPA; en Auschwitz desapareció el *Hauptscharführer* Gerhard Palitsch, el hombre puesto allí por Morgen para hacer caer al comandante del campo, Hoess [372].

Por otra parte, Morgen logró apuntar en su haber muchos éxitos. Dirigió 800 casos de corrupción y asesinato consiguiendo resolver judicialmente 200 [373]. Su lista de presas contuvo nombres preeminentes de la perversa aristocracia KZ: Karl Koch, comandante de Buchenwald y Lublin, condenado a muerte por doble asesinato y ejecutado [374]; Hermann Florstedt, comandante de Lublin, condenado a muerte por asesinato y ejecutado [375]; Hermann Hackmann, jefe de la guardia en Lublin, condenado a muerte por asesinato, pero destinado ulteriormente a una unidad disciplinaria [376]; Hans Loritz, comandante de Oranienburg sometido a instrucciones sumarias por indicios evidentes sobre muertes no autorizadas [377]; Adam Grünewald, comandante de Hertogenbosch, condenado a prisión correccional por maltrato de prisioneros [378]; Karl Künstler, comandante de Flossenbürg, destituido por alcoholismo y conducta licenciosa [379]; Alex Piorkowski, coman-

dante de Dachau, acusado de asesinato pero no condenado[380] y Maximilian Grabner, director del departamento político de Auschwitz, acusado de asesinato pero no condenado[381].

Cuanto más profundizaron esos investigadores en los secretos del mundo KZ, más se intranquilizó Himmler. Por fin, a mediados de abril de 1944 ordenó que Morgen se circunscribiera al caso Koch; suspensión indefinida para las restantes indagatorias[382]. Esta orden reveló ciertas divergencias teóricas entre el genocida Himmler y el apóstol de la limpieza Himmler. El *Obergruppenführer* Pohl, dictaminó el *Reichsführer*, debe dirigir personalmente la ejecución de Koch, pero los restantes contraventores reconocerán por sí mismos sus delitos; quien lo haga voluntariamente podrá contar con la absolución[383]. Heinrich Himmler se amadrigó una vez más en la concha de sus alucinaciones. «Podemos afirmar —declaró ya ante una asamblea de *Gruppenführer SS* en 1943— que hemos coronado esta dolorosísima misión (el aniquilamiento judío) por amor a nuestro pueblo, y que, afortunadamente, durante ese proceso no han sufrido menoscabo nuestro corazón, nuestra alma ni nuestro carácter[384].»

No fue una casualidad que Himmler suspendiera la «acción Morgen» justamente cuando ésta se orientaba hacia el comandante de Auschwitz, Hoess. Porque Rudolf Hoess encarnaba ese genocidio sanitario, ese automatismo clínico y aséptico, ese ideal arquetípico SS cuya «pureza» fue lo único que inquietó a Himmler cuando abrió aquel breve episodio sobre el zafarrancho de limpieza. Pues no fueron los sádicos como Boger y Kaduk quienes aceleraron el ritmo y la virtualidad del genocidio, sino los hombres como Rudolf Hoess: diligentes padres de familia, educados en el ambiente antisemítico hasta adquirir mentalidad de fumigadores, habituados a un maquinismo impersonal de rara precisión militar e industrial y que eximía al individuo de toda responsabilidad personal.

El genocidio, según una definición del historiador Martin Broszat, fue «obra de filisteos condiciosos y mojigatos, idólatras del deber y la autoridad, enseñados a practicar y exigir la obediencia ciega, individuos concienzudos pero sin imaginación ni discernimiento que, animados por una fe inquebrantable, se repitieron una vez y otra hasta creérselo que la liquidación masiva de seres humanos era un servicio para el pueblo y la patria»[385]. El mecanismo del aniquilamiento judío fue manipulado por esa masa humana moderna que Hannah Arendt denomina, a falta de una nueva definición sociológica, burguesía provinciana[386]. En ella se manifestó del modo más funesto la separación entre ética pública y privada; sus componentes se retrajeron en la

intimidad particular lo cual, unido a una autosuficiencia incorregible para hacer justicia, les impidió verse como asesinos.

Por el contrario, una creciente y grotesca sensación de probidad burguesa les imbuyó incluso el pensamiento de que entre tanto crimen ellos seguían siendo personas caritativas y lamentaban la muerte del prójimo, ese «devenir y perecer», como Hoess describía hipócritamente el genocidio [387]. Hoess: «Quizá lo más penoso sea esa perpetua marcha adelante, fría, inhumana, despiadada [388]. Al igual que los comandos, estos especialistas de la muerte se revistieron con una coraza de autoconciencia ficticia que les hacía pasar por seres verdaderamente trágicos. «Para mí no hay ya escape —escribe Hoess—. Debo proseguir la acción exterminadora, seguir ejecutando matanzas, seguir experimentando este frío que hoza en lo más hondo de tus entrañas [389].» Y este hombre tan sensitivo agrega: «Cuando me desazonaba algún suceso, no podía buscar consuelo en mi hogar ni en mi familia. Entonces montaba a caballo y emprendía desenfrenada carrera para espantar las horribles imágenes, o solía ir de noche a las caballerizas..., y allí encontraba alivio entre mis favoritos [390].»

Pero cuando algo perforaba la coraza de su farisaica autoconciencia, se entregaban a un sentimentalismo lacrimoso o al alcohol. Incluso un exterminador de judíos tan bárbaro como el *Brigadeführer* Globocnik revelaba confidencialmente al fabricante Schulz en su borrachera: «Ya no pongo el alma como antes, pero estoy tan implicado en estas cosas que sólo me resta la alternativa de triunfar o sucumbir con Hitler [391].» Y el bestial ayudante de Globocnik, *Sturmbannführer* Hermann Hoefle, a cuyo cargo corrió la deportación de 200 000 judíos como mínimo, sollozaba ante la tumba de sus hijos abatidos por la difteria: «¡Esto es un castigo del Cielo por todas mis fechorías [392]!»

Sin embargo, entre esas dudas germinantes había una sola evidencia para ellos: la orden. «Yo no hacía por entonces reflexión al guna —aclara Hoess—. Recibía órdenes y me limitaba a cumplirlas. Si el propio Führer ordenaba la solución final del problema judío no había reflexión posible para un viejo nacionalsocialista, y menos todavía para un jefe SS. La conocida frase "Führer, ordena; nosotros te seguimos" no era una simple consigna entre nuestras filas. La sentíamos con enorme seriedad [393].» Sí, la orden fue su ídolo, su justificación y, en última instancia, su refugio. Cuando el psicólogo estadounidense Gilbert preguntó a Hoess si había creído alguna vez que los judíos merecieran tal destino, el interrogado intentó explicar «con tono paciente —según informa el americano— que tales preguntas eran irreales porque él había vivido en un mundo completamente

distinto: "Compréndalo, por favor. Nadie esperaba de nosotros, los SS, que reflexionáramos sobre esas cosas; una idea semejante era ajena a nuestra mentalidad[394]."»

Ahora bien: cuando la orden perdió su significado, cuando las diversas disposiciones del ordenador contradijeron e incluso condenaron lo que había sido hasta entonces un dogma férreo, ¿qué sucedió? Entonces los genocidas se perdieron sin remedio por un laberinto cuya salida no hallarían jamás. Y los solucionistas afrontaron esa situación cuando el aniquilamiento judío entraba justamente en su fase postrera, pues sin dar tiempo al total exterminio del judaísmo polaco, se interpuso una nueva potencia SS que empuñó el conmutador de las mortíferas cámaras orientales para moderar su acción destructiva y abogó por la conservación de los judíos como trabajadores forzosos en el gran esfuerzo bélico alemán.

La Dirección general de Administración y Economía (WVHA) bajo Oswald Pohl, director de las empresas económicas SS, fue un organismo novicio en el mundo de los KZ y los campamentos de exterminio. Inicialmente, los campos habían estado subordinados al inspector KL Theodor Eicke, quien dependía oficialmente de la Dirección general SS; tras el destino de Eicke al Arma SS, habían quedado con el sucesor de éste, Richard Glücks, bajo la jurisdicción de la Jefatura superior SS[395]. En 1942, Himmler reorganizaba una vez más el sistema jurisdiccional de las jerarquías KZ: como consecuencia, Glücks pasó con su plana mayor a la Dirección general de Economía y Administración presidida por Pohl, donde como inspector KL constituyó el grupo directivo D[396].

La aparición de gerentes y entusiastas investigadores crematísticos en el centro cerebral dio una fisonomía desconocida al sistema KZ. Hasta entonces los campos de concentración habían sido correccionales y maquinarias neutralizantes de los llamados enemigos raciales y antiestatales, pero la intelectiva WVHA sólo vio una finalidad en los campos: proporcionar ejércitos de esclavos para el impulso económico SS. «El rearme con sus crecientes demandas —escribía Pohl a Himmler el 30 de abril de 1942— requiere una movilización de toda la población penal como fuerzas laborales y, además, exige medidas que permitan evolucionar paulatinamente a los campos de concentración desde la antigua política doctrinaria hacia una misión económica compaginada con su estructura[397].»

Mientras que el trato reservado hasta entonces a los prisioneros había sido brutal y despiadado con objeto de diezmarlos cuanto antes, ahora el desagravio y la manutención de los inquilinos KZ fueron

objetivos supremos. El prisionero, dispuso Glücks, debe ser conducido diariamente al trabajo, pero «no se le podrá golpear, empujar ni tocar siquiera; eso por supuesto»[398]. Himmler ordenó que «se incrementara el rendimiento del prisionero mediante alimentación adecuada, con raciones suplementarias si se requirieran, y vestimenta» para «estimular su interés por el aspecto económico»: «Asimismo los prisioneros voluntariosos deberán tener una posición privilegiada entre el grueso de los indiferentes para que sirvan como ejemplo[399].» La «Deutsche Erd und Steinwerke GmbH», una empresa subsidiaria de la WVHA cuyas fábricas producían material de construcción, organizó cursillos entre los prisioneros con objeto de formar personal especializado. Se procuró captar a los prisioneros mediante prometedores incentivos tales como alojamientos especiales, e incluso la baja en el campamento y la prosecución de sus tareas cual un obrero ordinario[400]. Algunas compañías industriales SS proyectaron seriamente instalar un número cada vez mayor de prisioneros redimidos en las colonias obreras construidas alrededor de sus fábricas[401].

Por otra parte, sin embargo, la WVHA acrecentó la aportación laboral del prisionero: los esclavos de Oswald Pohl debieron trabajar como promedio once horas diarias, mal nutridos y, frecuentemente, peor tratados. El remiso ejército trabajador WVHA invadió todos los sectores económicos SS y también la economía privada. A fines de 1944, la WVHA tenía 600 000 prisioneros tras las alambradas, de los cuales 250 000 trabajaban en industrias privadas del rearme, 170 000 en empresas sujetas al control del Ministerio para Armamento y Munición, 15 000 en empresas de la construcción, 12 000 en las firmas que construían un Cuartel General del Führer en Turingia, 50 000 en las firmas afectas al grupo directivo C de la WVHA y 130 000 en cooperativas y sociedades de servicio[402].

Cuando menos lo esperaba, Himmler se vio a merced de unas consecuencias materiales e ideológicas que hicieron peligrar el programa de la solución final. Pues los apóstoles del funcionalismo en la WVHA no se arredraron ante la masa judía sentenciada a muerte. Por aquellas fechas, la «Deutschen Ausrüstungswerke GmbH» (DAW) —organización central de todas las compañías SS madereras y metalúrgicas en los KZ— extendían ya sus tentáculos hacia el potencial laboral superviviente del judaísmo polaco[403].

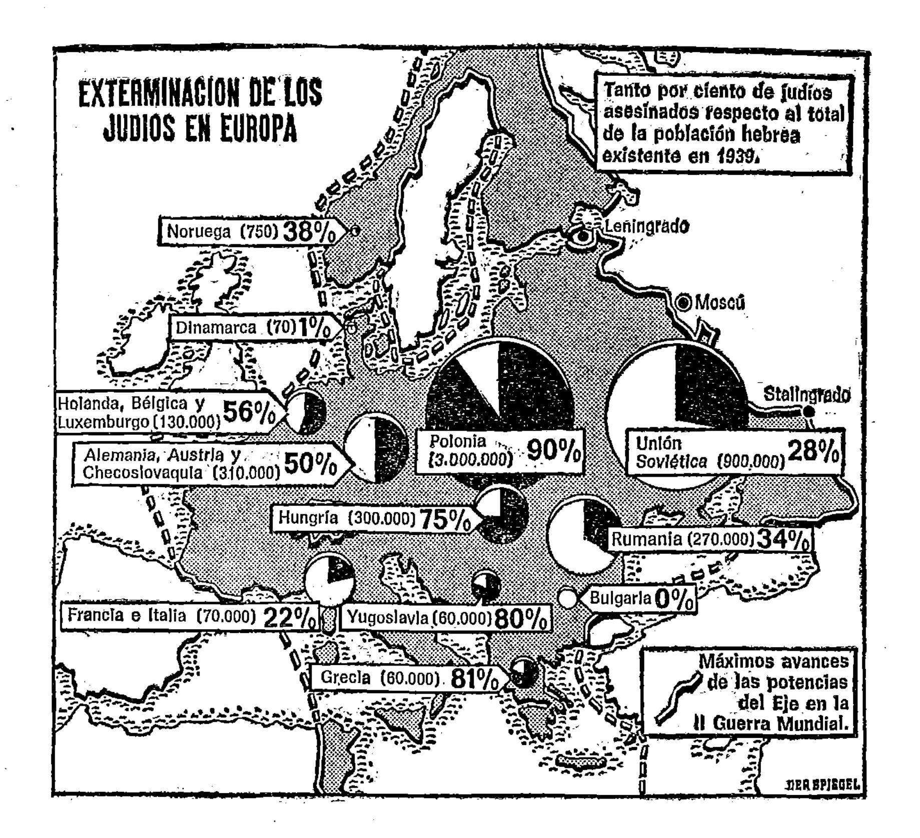
A fines del año 1942, había sido liquidado el 75 % de los judíos polacos; quedaban con vida 700 000 personas[404]. Éstas vegetaban en los innumerables campamentos de trabajo administrados por los jefes de Policía y SS en el Gobierno general, cuyas puertas se abrían a inter-

valos regulares para permitir el reclutamiento de las fábricas letales. Mas he aquí que la economía imperialista WVHA puso los campamentos SS de Polonia bajo su supervisión. En marzo de 1943, los gerentes de Pohl fundaron la «Ostindustrie GmbH» («Osti») por cuyo medio absorbieron el potencial laboral judío y confiscaron los talleres todavía existentes en diversos ghettos. La turbera de Dorohucza, la fábrica de cepillos en Lublin, la de herramientas en Radom-Blizyn, las peleterías de Trawniki[405]..., apenas quedaron antiguas empresas judías que no confiscara la «Osti».

Entretanto, el acaparamiento de judíos polacos desconcertó no poco a los solucionistas fanáticos cuya obra de exterminio tropezó inopinadamente con graves entorpecimientos. El jefe de Policía y SS en Varsovia redujo sus variadas impresiones a un común denominador. Gritó enfurecido ante un empresario WVHA: «¡Bah, la industria "Osti"! ¡Cuando oigo la palabra "industria" me dan náuseas[406]!» Los técnicos del asesinato sintieron tal aversión contra sus camaradas de la WVHA que decidieron asestar un golpe mortal a la «Osti». Cuando esta industria había iniciado apenas su desarrollo, los solucionistas le robaron todo el personal judío. El 3 de noviembre de 1943, los judíos de las industrias «Osti» emprendieron camino hacia las cámaras de gas[407]. El *Obersturmführer SS* doctor Max Horn, segundo director comercial de «Osti» se quejó: «Con la constante sangría de fuerzas laborales judías se resta todo valor a los trabajos de edificación y reconstrucción hechos hasta ahora[408].»

El caso «Osti» descubrió un antagonismo latente entre la WVHA y la Dirección general de Seguridad que perduraría hasta el fin del III Reich. La RSHA quiso aniquilar el mayor número posible de judíos; la WVHA, conservar el mayor número de judíos aptos para el trabajo. «La RSHA —indicaba Hoess— vio en cada nuevo campamento, en cada nuevo millar de trabajadores el peligro de una absolución para los supervivientes por cualquier circunstancia imprevista. Sin embargo, Pohl pareció sentirse más fuerte, pues le respaldaba el RFSS *, y pidió cada vez más prisioneros para las industrias de guerra[409].» Cuanto más se encalleció la disputa de los solucionistas, mayor fue la confusión entre los manipuladores de las cámaras de gas. Pero aquella lucha con los asesinos especializados afectó, sobre todo, a los cazadores de judíos dirigidos por Adolf Eichmann (RSHA), máxime cuando la resistencia de los países europeos era cada vez más ostensible, así como los escrúpulos de algunos jefes SS.

* *Reichsführer SS.*



Al principio pareció que Eichmann y sus comisarios conseguirían apresar la población judía restante y embarcarla en trenes hacia Auschwitz mediante una serie de acciones fulminantes. Desde que el jefe RSHA Heydrich ordenara (enero de 1942) durante una conferencia denominada de Wannsee por el escenario donde se celebró, que todos los judíos europeos fueran incluidos en el programa de asesinatos [410], Adolf Eichmann tuvo un solo objetivo: ser ojeador confiable e infalible, y diligente transportista de la muerte.

En el sombrío edificio número 116 de la Kurfürstenstrasse berlinesa, una antigua logia masónica cuyas espaciosas y casi espectrales habitaciones albergaban la ponencia Gestapo IV B-4, el *Obersturmbannführer SS* Eichmann manejó los lazos corredizos que habrían de es-

trangular el judaísmo europeo por todo el continente. Le secundó una plana mayor de impávidos funcionarios, dispuestos permanentemente a cumplir sus órdenes en países extranjeros. Ese aparato se extendió hasta las áreas jurisdiccionales de otras instituciones alemanas y extranjeras. Amparado por los medios coactivos de la gran diplomacia alemana, que debería reclamar a cada Gobierno extranjero la entrega de los judíos autóctonos y ya había hecho emplazar varios trenes de deportación a la empresa ferroviaria del Reich, Eichmann abrió su campaña, su montería particular. Empezó por establecer comunicación con los jefes superiores de la Sipo en las regiones ocupadas, y con los ponentes de asuntos judíos en las misiones diplomáticas del Reich, quienes ejecutaron instantáneamente toda orden procedente de la Kurfürstenstrasse.

Desde luego, los judíos de Europa central y occidental habían comenzado ya su fúnebre marcha antes de la conferencia de Wannsee. En octubre de 1941, la plana mayor Eichmann formaba por vez primera los trenes funerarios del judaísmo europeo; en noviembre afluían ya judíos desde el Altreich y Austria a los ghettos desahuciados de Minsk, Riga y Litzmannstadt [411]. Unos cuantos trenes más... y el judaísmo alemán quedaría diezmado. Entonces la apisonadora homicida de los solucionistas se tornó hacia Occidente. La primera víctima fue el judaísmo de los Países Bajos. Allí actuaba una administración civil alemana bajo la presidencia del comisario Seyss-Inquart, quien no en vano vestía uniforme de *Obergruppenführer SS*. Los exterminadores de judíos tenían vía libre. Desde mayo de 1942, los judíos debieron llevar la estrella amarilla, y al siguiente mes Eichmann puso en marcha los trenes de deportación. Hacia mediados de julio, los transportes de la muerte se adentraron en el Este. La población judía holandesa fue extirpada con matemática precisión: de los 110 000 judíos deportados sólo sobrevivieron 6 000 [412].

Los cazadores de judíos, capitaneados por Eichmann, se desplegaron entonces hacia el Sur, camino de Bélgica y Francia. Sin embargo, aquel terreno empezó a mostrar escabrosidades para los solucionistas; en ambos países gobernaban generales de la Wehrmacht, y con éstos nunca se podía saber si aprobaban o no la exterminación judía.

Allí, como en Polonia y Rusia, el destino del individuo judío dependió no poco de la actitud que adoptaron los militares, y una vez más —como en Polonia y Rusia— éstos presentaron una cabeza de Jano para dar su respuesta. Sin embargo, los judíos franceses y belgas tuvieron la suerte de que esa contestación no fuera tan rotunda

como en los Balcanes, donde el poder militar alemán se había revelado cual un vehículo muy manejable de la solución final, pues por segunda vez la guerra de guerrillas le empujaba a una degradante complicidad con los exterminadores. La lucha contra los guerrilleros servios había sugerido a muchos solucionistas una idea expeditiva: confiemos en el militar, entreguémosle como rehenes a los 20 000 judíos servios y él mismo se encargará de fusilarlos [413]. El principal solucionista en el Ministerio del Exterior, subsecretario de Estado Martin Luther, puntualizó con sorna: «En otras regiones los administradores militares se han desembarazado de muchos más judíos sin hacer el menor comentario [414].»

Los militares obraron como se esperaba de ellos. El 2 de octubre de 1941, los guerrilleros asaltaron una columna motorizada de la 342 división de Infantería en el sector de Topola [415], y acto seguido el general de tropas alpinas Franz Boehme, gobernador militar plenipotenciario de Servia, hizo fusilar como represalia a 2 100 judíos [416]. Cuando finalizaba aquel mes, el número de judíos eliminados por la Wehrmacht ascendía ya a 5 000 [417]. Sólo quedaron vivos 15 000 mujeres y niños que los militares no quisieron ejecutar, pues —según lo explicó inteligiblemente el jefe de la administración ocupante, *Gruppenführer SS* doctor Herald Turner— el honor del soldado alemán no toleraba tales métodos cuando los rehenes eran femeninos [418]. Las cámaras de gas RSHA se ocuparon del resto: prácticamente no sobrevivió ni un judío servio [419].

Esos contactos tan estrechos entre emisarios RSHA y generales de tropas ocupantes alemana se reprodujeron idénticamente en Grecia. Al teniente general Von Krenzki, comandante militar de Salónica-Egeo, le correspondió asestar el primer golpe contra los 55 000 judíos de la zona ocupada (el resto de Grecia, con sus 13 000 judíos, estaba administrado por los italianos, y los búlgaros ocupaban el ángulo nordeste con otros 5 000): comenzó por hacer encarcelar a 7 000 judíos por construir fortalezas [420]. Cuando a principios de 1943 Eichmann envió dos emisarios a Grecia, los *Hauptsturmführer* Dieter Wisliceny y Anton Brunner, para dirigir desde allí los transportes hacia Auschwitz, el militar colaboró otra vez [421]. Tropas del Ejército entraron en Salónica y limpiaron los ghettos [422]; convoyes judíos emprendieron su marcha hacia el Nordeste en trenes de la Wehrmacht [423], y el buque alemán *Admiral Aegae* ofreció sus bodegas para transportar a los últimos judíos del archipiélago griego a las cámaras de gas [424].

Ahora bien: los generales alemanes de la Europa occidental ocupada no se comportaban como sus camaradas balcánicos; ellos esta-

ban hechos de otra madera. Por entonces el comandante supremo de Bélgica y Francia septentrional era el general Alexander von Falkenhausen quien, según opina el cronista de la solución final, Gerald Reitlinger, «ocupó posiciones favorables —hasta su propia detención en julio de 1944— para combatir con notable éxito las intromisiones de la Sipo»[425]. En Bélgica disminuyó por vez primera el ritmo del proceso exterminador. Los esbirros de Eichmann no pudieron anunciar grandes triunfos a Berlín: de los 52 000 judíos residentes en Bélgica sucumbieron 24 000, pero entre los que poseyeron la nacionalidad belga marcharon muy pocos a las fábricas letales del Este[426].

Asimismo, el comandante supremo de Francia, general Carl Heinrich von Stülpnagel mostró muy escasa propensión a secundar el programa del aniquilamiento judío. Hizo saber repetidas veces al jefe absoluto de la Sipo en Francia, *Standartenführer SS* doctor Helmut Knochen, que no le cedería tropas para la persecución del judío[427]. Con todo, Stülpnagel no habría podido preservar a los judíos franceses contra el destino de sus correligionarios en Servia y Grecia si la población francesa no hubiese cerrado filas decididamente para interponerse entre los judíos y los agentes de Knochen. Incluso el gobierno francés de Vichy, sometido a la autoridad alemana, se resistió contra los solucionistas. Aunque el astuto Pierre Laval, jefe de ese Gobierno francés, ignoraba todavía cuáles eran las funestas consecuencias de esa supuesta transmigración judía al Este promovida por los delegados de Eichmann, obstruyó el camino de los perseguidores..., si bien con la intención de pedirles una fuerte recompensa por el peaje: cuando no pudiera resistir más sacrificaría a los judíos apátridas, pero en ningún caso a los ciudadanos franceses de ascendencia semita[428].

Con acento triunfal, el *Hauptsturmführer* Theodor Dannecker, representante de Eichmann en París, anunció a Berlín el 6 de junio de 1942 que el Gobierno francés había autorizado la entrega de los judíos apátridas[429]. Pero ese júbilo no duró mucho. Ciertamente, los 12 000 judíos de París se encaminaron uno tras otro hacia el Este[430], pero los vagones funerarios de Eichmann permanecieron vacíos en provincias. Puesto que la Policía de Seguridad no podía dar un paso sin la colaboración del gendarme galo, los franceses tuvieron grandes facilidades para sabotear el programa Eichmann. En Burdeos se preparó para mediados de julio una gran acción contra los judíos apátridas; sin embargo, los gendarmes ofrecieron sólo 150 víctimas[431]. Enfurecido y decepcionado, Eichmann telefoneó al departamento de Dannecker; recogió la llamada el *Obersturmführer* Heinz Roethke. Éste hizo una anotación el 15 de julio con las palabras de Eichmann: «Has-

ta entonces no le había sucedido nada semejante. Todo aquel asunto le parecía muy "lamentable". Tendría que reflexionar. Tal vez decidiera prescindir totalmente de Francia como país de tránsito [432].»

Seis meses después, Eichmann vio una oportunidad inmejorable para cobrar todavía su botín. En noviembre de 1942, los aliados desembarcaron en el África septentrional francesa... y los franceses perdieron con ese desembarco la escasa autonomía que les quedaba. Apresuradamente, los laceros de Eichmann se desperdigaron en el Mediodía francés. Pero entonces los representantes de una potencia escarnecida y despreciada por los militares alemanes enseñaron lo que era humanitarismo y honor castrense en la era del genocidio: los oficiales del Ejército italiano, cuyas fuerzas ocupaban las regiones meridionales francesas al este del Ródano desde la subversión de noviembre, atajaron el exterminio judío.

Antes se había observado ya que los militares italianos rechazaban toda medida antisemita en sus zonas de ocupación (Grecia y Croacia). El jefe del Estado Mayor general italiano había declarado a un dirigente de la organización Todt: «Los abusos cometidos contra la población judía son incompatibles con el honor del Ejército italiano [433].» Esta frase hubiera sido también muy deseable en boca de un general alemán. El soldado italiano ayudó al judío, y sería imposible citar todos los casos, pues son incontables: en Grecia, el comandante del 2.º Ejército italiano, general Geloso, desterró la estrella judía de su zona y puso centinelas ante la sinagoga ateniense y el Hogar judío para contener los excesos de una organización antisemita griega [434]. En Salónica, ocupada por los alemanes, el Consulado italiano salvó a centenares de judíos concediéndoles la ciudadanía italiana [435]. Durante el verano de 1941, una unidad italiana pretextó cierta acción urgente contra los guerrilleros para internarse en Croacia y salvar a unos cuantos judíos de los agresivos solucionistas croatas. Sólo tras la furiosa protesta del Gobierno croata se hizo comparecer a los oficiales de la unidad ante un Tribunal militar que les impuso tan sólo unos días de arresto [436].

Asimismo, en su nueva zona francesa de ocupación los militares italianos prohibieron toda acción contra los judíos. Cuando los alemanes comenzaron a arrestar judíos con ayuda de la Administración francesa, los italianos se plantaron desafiadores ante los laceros. En febrero de 1943, el jefe de Policía de Lyon hizo detener a 300 judíos para su transporte a Auschwitz, pero un general italiano exigió y obtuvo la inmediata excarcelación de los detenidos [437]. Hacia principios de marzo, la Policía francesa arrestó a varios judíos en la zona italiana,

pero los italianos detuvieron el convoy cuando partía hacia Alemania [438]. En Annecy unos destacamentos italianos sitiaron el cuartel de la Gendarmería hasta obtener la libertad de los judíos detenidos allí [439].

«La solución final del problema judío decretada para toda Europa está sufriendo considerable retraso en Francia por la actitud recalcitrante de los mandos italianos», se quejó al jefe de la Sipo Knochen. Y solicitó al comandante supremo alemán de Occidente que corrigiera las injerencias italianas [440]. Pero los militares alemanes sintieron súbitos escrúpulos ante el ejemplo de sus aliados italianos. El teniente general Blumentritt, jefe del Estado Mayor central en el OB * Oeste, repuso al *Standartenführer* Knochen: «El Alto Mando del Oeste no puede impedir que el Gobierno italiano sustente opiniones diferentes como parece ser en este caso [441].»

Entonces, Eichmann pidió ayuda al Ministerio del Exterior. Joachim von Ribbentrop le atendió solícitamente y presentó una queja en Roma sobre el sabotaje de los generales italianos, rogando la mediación del dictador Mussolini [442]. En lugar de solventar la cuestión, el Duce planteó más problemas irritantes a sus aliados: despachó hacia el Mediodía francés al inspector general de la Policía italiana, Guido Lospinoso. Sin embargo, este policía se comportó como si su misión más urgente consistiera en eludir todo contacto con los alemanes [443]. Eichmann y sus comisarios averiguaron pronto el porqué: Lospinoso había llevado consigo a un adlátare llamado Donati, presidente de un banco francoitaliano y enviado del Vaticano. Lospinoso y Donati, amparados por la Santa Sede, intentaban hacer pasar a Suiza a los 30 000 judíos que se habían refugiado entretanto en la zona de ocupación italiana [444]. Los promotores del exterminio judío reaccionaron violentamente porque, además, el *Obersturmführer* Roethke tuvo una horrible sospecha: «No me extrañaría que Donati fuera judío puro [445].» Roethke ideó el plan: secuestrar a Donati en el Cuartel General italiano de Niza y llevárselo hacia Marsella. Pero antes de que los secuestradores del SD iniciaran la marcha, Donati había tomado ya un avión para Roma [446].

No obstante la capitulación italiana en el verano de 1943 privó a los judíos franceses de sus guardianes tutelares. Así y todo, el humanitarismo de los generales italianos fue providencial: gracias a su contribución se salvó el 80 % de los 300 000 judíos franceses [447]. Y lo que es más: el plante italiano contra la solución final señaló un punto de inflexión, pues coincidió con dos acontecimientos importantes que

* Alto mando.

aminoraron notablemente el ritmo y el volumen de la criminal persecución: uno, la decreciente fortuna bélica de Adolf Hitler, otro, las revelaciones de importantes entidades, como el Vaticano, divulgadoras de la verdadera naturaleza de esa «transmigración» al Este propuesta por Eichmann.

Los aliados oportunistas de la Alemania nazi comprendieron que estaban navegando en un barco zozobrante. Se rompió el sortilegio de los solucionistas SS. Paso a paso, se apartaron del *pogrom* los satélites de la Gran Alemania: en el otoño de 1942, el Gobierno eslovaco suspendió todas las deportaciones de judíos hacia el Este. Motivos oficiales: informes del Vaticano sobre el verdadero destino reservado a los judíos eslovacos bajo la excusa de su «reinstalación» en Polonia, y respuesta negativa de Eichmann cuando se le propuso la visita de una comisión investigadora eslovaca para inspeccionar los presuntos establecimientos judíos en el Este [448]. En diciembre de 1942, el Gobierno rumano, cuyos antisemitas eran todavía más feroces que los alemanes, interrumpieron la entrega de judíos al confederado germano [449]. En abril de 1943, el zar de Bulgaria Boris III puso punto final a todas las deportaciones de judíos..., y los genocidas no recibieron ni un solo judío búlgaro [450].

En lo sucesivo, el programa de aniquilamiento judío tuvo una realización fragmentaria. Eichmann no pudo siquiera tomar venganza de los saboteadores italianos mediante el proyectado arresto de todos los judíos romanos durante la noche del 16 al 17 de octubre de 1943: sólo logró detener a 1 259 judíos de los 8 000 residentes en la capital [451]. «Población italiana muestra ostensible resistencia pasiva que dado el gran número de casos aislados será pronto una ayuda activa», telegrafió el *Obersturmführer SS* y agregado policial Herbert Kappler, que había dirigido la acción del 17 de octubre. «Los ciudadanos antisemíticos no se dejaron ver durante la operación. Allí sólo estuvo presente la masa rebelde, cuyos componentes intentaron, incluso, en algunos casos arrebatar los judíos a la Policía [452].»

No había duda alguna: Europa se resistía cada vez más contra la solución final. Tanto fue así que algunos consejeros y seguidores de Himmler no pudieron sustraerse al espíritu europeo de resistencia y se alinearon —mirando cautelosamente a todos lados— en las filas de los individuos honrados. Felix Kersten, masajista y médico particular de Himmler, inició el despegue. Cuando supo el 15 de junio de 1942 que Hitler exigía también la entrega de los judíos fineses y Himmler presentaría personalmente esa demanda en Helsinki, puso sobre aviso a la Embajada finlandesa en Berlín [453].

El 29 de julio, Himmler emprendió vuelo hacia Finlandia acompañado de Kersten. Sin embargo, antes de que entablara las conversaciones con el Gobierno finés, Kersten visitó al ministro del Exterior, Witting, y le explicó cómo podría paliar los ataques de Himmler: indicarle simplemente que, vista la excepcional importancia del problema judío, sería preciso confiarlo a la determinación del Parlamento..., pero éste celebraba su primera asamblea en noviembre. Los fineses adoptaron la táctica de Kersten... y acertaron, porque el *Reichsführer* accedió a esperar hasta noviembre. El 14 de diciembre, Himmler se acordó de Finlandia y preguntó a su médico si tenía alguna noticia sobre la solución final finlandesa. Kersten había pensado ya un nuevo subterfugio: la guerra tomaba tan feo cariz para los fineses que el Gobierno no se atrevía a convocar el Parlamento para proponerle ese espinoso tema. El 18 de setiembre de 1943, Himmler recordó otra vez a los judíos finlandeses. Coléricamente, se desfogó ante su masajista: «¿Qué se imaginará ese piojoso país? ¿Cómo se atreve a desacatar los deseos del Führer?» Los judíos fineses se salvaron..., y con esa primera intervención el confidente de Himmler inició una larga serie de rescates. A su mediación deben la vida miles y miles de judíos europeos [454].

Asimismo, el *Brigadeführer SS* Eggert Reeder, jefe de la administración militar en el Alto Mando de Bélgica y Francia septentrional, empezó a hacerse reflexiones sobre aquella acción exterminadora. En marzo de 1942, había replicado ya negativamente a Knochen cuando éste le propuso introducir la estrella judía en Bélgica [455]. Al año siguiente dispuso por su propia iniciativa la excarcelación de todos los judíos belgas que habían sido concentrados en el cuartel de Dossin (Mecheln) para su embarque hacia Auschwitz [456].

Tampoco quiso seguir cargando su conciencia con asesinatos de judíos un hitleriano tan acérrimo como el *Gruppenführer SS* Wilhelm Stuckart, secretario de Estado en el Ministerio de la Gobernación quien, bajo la discreta influencia de su consejero ministerial doctor Bernhard Loesener, intentó rescatar a dos grupos marginales del judaísmo alemán cuya suerte no había sido decidida todavía: los 107 000 «mestizos» y los 28 000 judíos «ligados por el matrimonio mixto» [457].

Mediante varias conferencias con Eichmann y la RSHA, el Ministerio de la Gobernación intentó disuadir a los expertos exterminadores exponiendo toda una gama de argumentos convincentes contra la liquidación prevista [458]. Ante la obstinación de los dirigentes RSHA, el *Gruppenführer* Stuckart se asió a un último recurso: propuso la esterilización en lugar de la matanza. En setiembre de 1942, Loesener

redactó una instancia personal de Stuckart a Himmler[459]. Este documento revela como ningún otro en los archivos secretos del III Reich las ominosas estratagemas y expresiones que debían emplear quienes quisieran salvar judíos en Alemania. Loesener explotó hábilmente el culto a los antepasados germánicos del jefe SS.

Respecto a los mestizos, escribía Loesener —alias Stuckart— conviene hacerse esta reflexión: «si nos deshiciéramos de los semijudíos, no sólo perderíamos ese 50 % de ascendencia germana sino que también la cederíamos gratuitamente a los enemigos de Alemania», ya que los mestizos «laboran en gran medida por los intereses alemanes». Además, no sería prudente olvidar las «repercusiones psicológicas y políticas», pues un tratamiento parejo para mestizos y judíos «podría acarrear graves servidumbres anímicas a la genealogía y el generacionismo arios». Loesener expuso la siguiente conclusión: «Por consiguiente, considero que el plan de eliminación no favorece en modo alguno a los intereses alemanes tal como deben entenderse, y me permito solicitar... que se dé preferencia a la esterilización de los mestizos y su extinción natural.» Mientras tanto había aún una frase harto significativa: «Por supuesto, tanto la eliminación como la esterilización deberán ser aplicadas, si ha lugar, cuando... termine esta guerra[460].»

La misiva «Stuckart-Loesener» sorprendió al *Reichsführer* en uno de sus momentos sentimentales: se salvaron casi todos los mestizos..., Himmler prohibió su liquidación. Aquel escrito conmovió también más tarde a los jueces aliados de Nuremberg, máxime cuando Stuckart pudo probar lo que había callado en la carta: antes de escribirla consultó con el secretario de Estado para Sanidad, *Gruppenführer SS* doctor Conti, y se aseguró de que la susodicha esterilización no podría tener lugar prácticamente[461].

Pero donde se manifestó con más crudeza el incipiente escepticismo de muchos jefes SS fue en las peripecias del *Gruppenführer SS* doctor Werner Best, antiguo asesor jurídico de la Gestapo, quien actuando como plenipotenciario en Dinamarca intentó sabotear directamente el aniquilamiento del judaísmo danés. A principios de setiembre de 1943, Best averiguó que Hitler había dispuesto la evacuación de 6 500 judíos daneses[462]. Inmediatamente telegrafió al Ministerio del Exterior argumentando contra la acción: «El rey y el Parlamento cesarán de prestar su colaboración al Gobierno del país. Además, es de prever una huelga general[463].»

Haciendo caso omiso, Hitler y Himmler ordenaron que se llevara adelante el ataque contra los judíos daneses. El 18 de setiembre, Best

advirtió nuevamente: «El alejamiento de los judíos agravará extraordinariamente, sin duda alguna, la situación política en Dinamarca. Se producirán disturbios seguidos probablemente por una huelga general[464].» Las prevenciones de Best impresionaron tanto al jefe AA Von Ribbentrop que éste decidió ponerlas en conocimiento de Hitler. Respuesta por conducto del embajador Hewel, representante ministerial en el Cuartel General del Führer: «El Führer duda de que esa acción llegue a tener tales consecuencias[465].» Y se desencadenó la acción. Dos batallones de Orden público fueron trasladados a Dinamarca; el vapor *Wartheland* atracó en el puerto de Copenhague para tomar a bordo los presos judíos[466].

Entonces Werner Best decidió pasar a la ofensiva. El plenipotenciario se rebeló contra el Führer...; claro que a su manera cautelosa, precisa, sutil y con una pizca de cínica ambigüedad. Apenas conoció la fecha de aquella operación, se confió a su fiel Georg Ferdinand Duckwitz, técnico naval y viejo Pg *, y le hizo dar la alarma entre los judíos. Duckwitz, antiguo colaborador de Alfred Rosenberg y condecorado con el distintivo nacionalsocialista de oro, no se demoró. El 27 de setiembre se citó en Copenhague con los jefes de la Resistencia danesa y les rogó que pusiera sobre aviso al dirigente del judaísmo danés[467]. La consigna apenas susurrada corrió de boca en boca, pasó como un soplo por las sinagogas y los hogares judíos. La población judía danesa desapareció bajo tierra y fue trasladada por el Oeresund hasta Suecia en la más memorable acción de rescate que jamás haya emprendido un pueblo por una minoría étnica[468].

Best hizo todavía algo más para proteger a los judíos. Distribuyó instrucciones entre los comandantes de la Sipo, advirtiéndoles que sus funcionarios no podrían invadir los domicilios judíos durante la discutida acción sino sólo llamar a la puerta. Best razonó más tarde esa disposición: «Puesto que la mayor parte de los judíos residentes no ocupaban ya sus moradas, la invasión de domicilios deshabitados habría producido una impresión desagradable y conducido a robos, hurtos, etcétera, lo cual hubiera redundado en perjuicio nuestro[469].» Aquella redada contra los judíos en la noche del 1 al 2 de octubre de 1943 terminó en un fenomenal fiasco. La Sipo capturó sólo a algunos ancianos que no habían recibido a tiempo el aviso de Best. En total, 477 deportados de... ¡6 500! Además, Best consiguió que esos judíos ingresaran en Theresienstadt, el llamado KZ de ancianos, donde casi todos ellos sobrevivieron al Reich milenario[470].

* *Parteigenosse* = camarada del Partido.

LAS VICTIMAS DE LA SOLUCION FINAL	
Judíos asesinados en las zonas controladas por las SS	
Tercer Reich (incluidos Austria y protectorados):	250.000
Eslovaquia:	60.000
Dinamarca y Noruega:	1.000 (escasamente)
Bélgica, Holanda y Luxemburgo:	130.000
Francia e Italia:	70.000
Unión Soviética (incluidas Lituania, Estonia y Letonia):	900.000
Polonia:	3.000.000
Yugoslavia:	60.000
Grecia:	60.000
Rumania:	270.000
Hungría:	300.000
TOTAL:	5.100.000

Estas cifras provienen de las investigaciones efectuadas por el historiador americano Raul Hilberg, quien se basó casi exclusivamente en documentos de las SS y del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Pero Werner Best no habría sido el antiguo rábula de la Gestapo si no hubiese enmascarado su intervención con una jugarreta a lo Eulenspiegel. Pocas horas después, informó disciplinadamente a Berlín como si la Policía de Seguridad hubiese consumado un ataque fulminante contra el judaísmo mundial: «1) La acción antijudía en Dinamarca se ha desarrollado sin incidentes en la noche del 1 al 2 de octubre de 1943. 2) Desde esta fecha, Dinamarca contará entre los países libres de judíos [471].» Cuando los solucionistas berlineses clamaron furibundos que sólo habían sido capturados unos cuantos judíos, Best les aleccionó con una condescendencia tan bien simulada como irritante. Best, el 5 de octubre de 1943: «Las escasas capturas de judíos habían sido ya previstas por el jefe de la Sipo y por un servidor... Puesto que la acción antijudía en Dinamarca tenía un objeto específico, a saber, limpiar de judíos el país y no cazar el mayor

número posible de piezas, cabe afirmar que la acción antijudía ha alcanzado su objetivo[472].»

Adolf Eichmann quedó atónito...; ya no comprendía el mundo. Por segunda vez después de Wilhelm Stuckart, un jefe SS tergiversaba por completo el significado de la solución final. «Por eso recuerdo tan bien aquel caso —explicó mucho más tarde Eichmann a su interrogador israelí—. Entonces me asombré todavía y dije: "¡Ah, claro! El doctor Best fue una vez jefe del negociado I en la Dirección general de Seguridad y pronunció por aquellos días una conferencia sobre los deberes y objetivos del policía." Y a continuación me dije: "Ojo, ojo...; ahora ése está en Dinamarca, y ahora precisamente se revuelve contra las medidas de su jefe[473]."»

La mentalidad trivial y maligna del subalterno Eichmann no podía abarcar ya tantas cosas extrañas. Por añadidura, le aguardaba una sorpresa mucho más enojosa en su carrera de verdugo..., pues durante la gran operación final, el anonadamiento del judaísmo húngaro, se le enfrentaría otro campeón de la raza judía llamado Heinrich Himmler.

14. Potencia e impotencia de los SS

La destrucción del judaísmo europeo dejó entrever también a los últimos escépticos aquel tremendo poder ejercido por las SS sobre el ciudadano indefenso en la Alemania de Adolf Hitler. Cual un monstruo tentacular, el complejo SS ciñó con sus múltiples organizaciones todo el Reich. Servicio de Seguridad y Gestapo, Arma SS y Comisaría del Reich para el fortalecimiento de individualidad racial, herencia genealógica y fuentes vitales alemanas, campos de concentración y empresas mercantiles...; apenas hubo una esfera de la nación donde no penetraran las agencias y los mandatarios de Heinrich Himmler. Cada vez fue más laberíntica la articulación de esos organismos, cada vez más complicado e inextricable el mecanismo del aparato SS.

Los constantes trastrocamientos en diversas áreas de la elefantiásica organización encubrieron no raras veces la desmesura del influjo SS. Los SS ordinarios del Partido, células madres de la Orden negra, quedaron estáticos entre bastidores, donde habían sido arrinconados ya mucho antes; el 60 % de sus miembros quedó absorbido por los Ejércitos combatientes [1], el resto, deambulando apático entre veladas doctrinales y servicios rutinarios, apenas se diferenció de los veteranos nacionalsocialistas en las SA o el NSKK. Los SS ordinarios cedieron su puesto a unas formaciones especiales de los Escalones, menos llamativas y mucho más influyentes.

En el opresivo itinerario triunfal de la Dirección general de Seguridad del Reich se traslució claramente hasta qué punto imperaban los SS sobre la vida alemana. Con cada nuevo año de guerra, la RSHA, fiel valedora del Estado, supo comprimir el espacio jurídico, ya bastante mermado, de los alemanes.

Apenas rotas las hostilidades, la RSHA, aparentando gran amor por el Derecho, empezó a «corregir» los veredictos de la justicia ordinaria mediante ejecuciones arbitrarias. En respuesta a las protestas

del Ministerio de Justicia, la RSHA manifestó que, según una *Führerbefehl* *, el *Reichsführer SS* debía garantizar con todos los medios disponibles la seguridad del Reich, y esa misión incluía el ajusticiamiento inmediato por todo atentado contra la ley marcial[2].

Mientras el nacionalista alemán doctor Franz Gürtner —a quien Hitler trataba con cierto respeto temeroso— administró el Ministerio de Justicia, la RSHA se mantuvo dentro de sus límites. Pero tras la muerte de Gürtner (enero de 1941), aprovechó el vacío dejado en aquel Ministerio (en lugar de un nuevo ministro asumió esa cartera interinamente el errático secretario de Estado Franz Schlegelberger) para asestar a la Justicia un golpe del que no se repondría jamás.

El jefe RSHA Reinhard Heydrich recibió un nuevo cargo en otoño de 1941: se le nombró protector del Reich en Bohemia y Moravia sin detrimento de sus restantes ocupaciones. Puesto que Hitler le había encomendado una acción radical contra los turbulentos checos, Heydrich quiso inaugurar su régimen con un proceso espectacular destinado a exponer la energía coriácea del nuevo déspota ante los súbditos checos. El protector Heydrich eligió como víctima al general de división checo Alois Eliás, que presidía el Gobierno autóctono del Protectorado en Praga. Hacía mucho tiempo que el SD sospechaba de él, achacándole una colaboración secreta con los rebeldes checos y el Gobierno exilado checoslovaco en Londres[3].

Desde mediados de 1940, la RSHA venía exigiendo que se destituyera a Eliás y se incoara contra él un juicio sumarísimo. Mas los apremiantes ruegos de Heydrich se perdían entre las objeciones del moderado protector barón Von Neurath, que se negaba rotundamente a instruir proceso alguno contra Eliás. El propio jurista nazi Ernst Lautz, fiscal general en el Palacio de Justicia, consideraba demasiado exiguo el material recopilado por la RSHA para justificar el procesamiento de Eliás[4].

Sin embargo, el nuevo protector checo, Heydrich, sabía cómo se podría atrapar al general. No ignoraba que el ambicioso presidente del Tribunal supremo doctor Otto Thierack, veterano luchador y primer ministro nacionalsocialista de Justicia en Sajonia, codiciaba la cartera de Justicia del Reich. Por tanto, lo mejor sería animarle a urdir cierta intriga, presentándosela como un medio infalible para proyectarlo hasta la cúspide del RJM **.

Así pues, el 27 de setiembre de 1941, Heydrich y Thierak acordaron detener al ministro presidente Eliás y hacerle comparecer ante el

* Orden del Führer.
** *Ministerio de Justicia del Reich.*

Tribunal supremo; por lo pronto, el escéptico fiscal general Lautz fue excluido del proceso, y se reservó el ministerio público para un acusador más eficaz: la Policía de Seguridad[5]. Con un solo golpe, la RSHA hizo realidad un viejo sueño: el futuro ministro de Justicia del Reich aprobó la preterición absoluta de una fiscalía general cuyo módulo era todavía normativo, y aceptó sin reservas la ilimitada arbitrariedad de una Policía que intervendría decisivamente en los estrados tras la máscara del ministerio público. Thierack se prestó a prostituir la justicia, ya que él mismo reveló más tarde ante su secretario de Estado Rothenberg, que por aquellos días había convenido con Heydrich «ceder la fiscalía general al *Reichsführer* si se le nombrara ministro de Justicia», según consta en las notas de Rothenberger[6].

El drama Eliás se representó en Praga tal como se había ensayado en Berlín. Durante aquel fin de semana, Thierack dio unas vacaciones a su inadvertido fiscal general; mientras tanto, Heydrich arrestó en Praga al *premier* checo, y el *Obersturmbannführer SS* doctor Hans Geschke, jefe de la Gestapo local, actuó como fiscal contra Eliás[7]. Antes de que la magistratura berlinesa pudiera comprender los acontecimientos de Praga, Heydrich había escenificado ya aceleradamente la cruel farsa jurídica: el 28 de setiembre, arresto de Eliás, un día después acusación por el representante SS Geschke; el 30 de setiembre, traslado del Tribunal supremo con sus primeros magistrados a Praga; el 1.º de octubre a las diez en punto, vista de la causa contra Eliás, y cuatro horas después lectura de la sentencia. El veredicto decía así: «Se le condena a la pena capital por crimen frustrado de alta traición en connivencia con el enemigo[8].»

Otto Thierack había hecho un buen trabajo y, por lo tanto, merecía la recompensa prometida: el agradecido dictador le nombró ministro de Justicia del Reich el 20 de agosto de 1942[9]. Ulteriormente, el nuevo ministro estrechó aún más sus lazos con las SS. Por cierto, la resistencia del pueblo llano impidió que el justicia Thierack traspasara totalmente la fiscalía general a la Orden negra, pero así y todo el ministro dejó una prerrogativa jurídica tras otra en poder del *Reichsführer SS:* el 18 de setiembre de 1942 Thierack acordó a la RSHA, mediante un convenio con Himmler, cierto privilegio muy particular: facultades para enmendar las sentencias firmes incoando un «procedimiento especial» a cargo de la Policía secreta gubernativa. También permitió que los reos condenados a ocho años o más de prisión mayor por la justicia ordinaria fueran custodiados por la Policía[10]. Hacia principios de noviembre de 1942, Thierack cedió a la Sipo todos los procesos criminales contra polacos y judíos en las regiones orientales

anexionadas[11]. Durante el verano de 1943, dio su autorización para que todos los judíos residentes en territorio del Reich pasaran bajo la jurisdicción criminal de la Dirección general de Seguridad del Reich[12].

El poder de la RSHA se dilató más y más. Un grupo burocrático y tradicionalista del Ministerio de la Gobernación (RMDI) hizo una última tentativa para imponer disciplina en el mecanismo policíaco de aquella RSHA subordinada todavía oficialmente al RMdI. Pero esa oposición interna quedó también amordazada desde agosto de 1943: el censurante ministro de Gobernación, Frick, quedó destituido, y su sucesor fue Heinrich Himmler[13]. Las importantes atribuciones de ese Ministerio pasaron íntegramente a la RSHA. El departamento ministerial I perdió casi todos los capítulos esenciales de la compleja trilogía Constitución-Legislación-Administración a favor de los competidores en la Prinz-Albrecht-Strase[14].

Una entidad especialmente perjudicada por el viraje político de Himmler fue la Dirección general de Orden público, cuyos conservadores funcionarios, juristas y oficiales habían mantenido sus distancias con la Policía de Seguridad. Tras una limpieza general interna denominada eufemísticamente «depuración de los campos jurisdiccionales», la Dirección general Orpo tuvo que entregar todos los controles de la Policía judicial a la RSHA[15]. Y más aún: los registros y archivos policiales, las prerrogativas ordinarias de sus agentes, los asuntos generales de organización, los hasta entonces dominios de la Orpo..., todo lo engulló esa voraz Dirección general de Seguridad. Por decirlo así, se privó a la Orpo de toda competencia política, y su Dirección general se asfixió bajo el opresivo peso político de la RSHA[16].

Sin disimular su exultación, el ministro Himmler disolvió el negociado Orpo «Administración y Derecho», cuyo inconformista rector, el director ministerial Werner Bracht, había ocasionado no pocas molestias al jefe SS. Seguidamente, se transformó aquel enojoso resorte jurídico en negociado de Economía y Administración, y el avezado funcionario Bracht dio paso al veterano luchador y *Gruppenführer SS* August Frank[17]. Por aquellos días, enfermó gravemente el jefe de la Orpo y eterno rival de Himmler, Kurt Daluege, con cuyo motivo el *Reichsführer* pudo destruir los últimos vestigios de autodeterminación en la Orpo[18]. Durante el verano de 1944, la previsión social de la Orpo fue transferida a la RSHA, y además ésta le arrebató los privilegios materiales del policía y se los apropió[19].

El avasallamiento de la Dirección general de Seguridad fue, evi-

dentemente, un indicio claro sobre el creciente predominio de los Escalones. Otra creación debida a la capacidad organizadora de Himmler descubrió asimismo el profundo arraigo SS en la estructura jerárquica del régimen nacionalsocialista: la Dirección general de Economía y Administración (WVHA).

La WVHA se remontaba al negociado SS de Administración que, encuadrado en la Dirección general SS, diligenciaba desde 1934 todos los asuntos administrativos de los SS ordinarios [20]. Al frente de ella, Himmler había puesto un ex habilitado de la Armada llamado Oswald Pohl, un tirano burocrático tan egotista como activo, que por su apariencia recordaba mucho a Mussolini y también tenía en común con el italiano una codicia desaprensiva. El *Brigadeführer* Pohl resultó ser un organizador muy inventivo, gracias a lo cual ensanchó muy pronto sus dominios: extendió su organismo administrativo hasta las formaciones de la calavera y las reservas estratégicas, consiguió hacerse nombrar tesorero general de las SS y asumió la Dirección general (estatal) de Economía doméstica y Vivienda a las órdenes directas del *Reichsführer SS,* y la jefatura de la Policía alemana en el Ministerio de la Gobernación [21].

En 1939, el financiero Pohl, ascendido ya a *Gruppenführer SS,* ostentaba ya tal poder que Himmler decidió quitarle el asfixiante corsé de la Dirección general SS y otorgarle su propia Dirección general, la de Administración y Economía [22]. Tres años después, cuando se puso también bajo su férula la Administración de los KZ, Pohl fundió la Dirección general «V y W» * con la Dirección general de Economía y Administración [23]. En poco tiempo, Pohl logró labrarse una posición que le hizo junto al jefe RSHA el hombre más poderoso entre todos los directores generales SS.

Cuatro sólidos cordones umbilicales le unieron con las más importantes fuentes vitales del imperio SS: él llevaba la contabilidad económica y la administración interior del Arma SS; él controlaba los 20 campos de concentración y los 165 de trabajo [24], él orientaba todos los proyectos de construcción para SS y Policía, él dirigía las empresas comerciales e industriales de los Escalones. Y, sobre todo, el jefe WVHA Pohl percibió en el acoplamiento entre las reservas humanas de los KZ y la industria SS una fuerza potencial que podría situar a su Dirección general entre los más poderosos factores de la vida económica alemana.

Desde el primer momento, algunos comerciantes diplomados como

* *V*erwaltung = administración; *W*irtschaft = economía.

los hermanos Georg y Hans Loerner, y aparejadores como el *Kauptsturmführer* Franz Eirenschmalz, se había aventurado con compañías SS en el campo de la economía [25]. Al estallar la guerra las SS poseían ya cuatro grandes empresas: la «Deutschen Erd- und Steinwerke GmbH», creada para producir materiales de construcción y cuyas 14 fábricas de tejas, losas graníticas y ladrillos refractarios había realizado ventas por valor de 14 822 000 marcos en 1943 [26]; la «Deutsche Ausrüstungswerke GmbH», una sociedad que agrupaba industrias tan variadas como fábricas de pan, forjas de espadas, empresas madereras y metalúrgicas, y cuyo volumen de ventas habían alcanzado los 23 204 032 marcos en 1943 [27]; la «Deutsche Versuchtsanstalt für Ernaehrung und Verpflegung GmbH», favorita del desatinado herborista Himmler, quien le hacía sembrar toda clase de plantas aromáticas y hortalizas alrededor de los KZ, aunque después la encarriló hacia otros productos, explotaciones forestales y criaderos piscícolas para experimentar con nuevos alimentos menos dañinos [28]; la «Gesellschaft für Textil- und Lederverwertung GmbH», una industria en el KZ de Ravensbrück para mujeres donde se confeccionaban uniformes destinados al Arma SS, y en el año índice de 1943 movió géneros por nueve millones de marcos [29].

Pohl reunió las cuatro empresas bajo un consorcio («Deutsche Wirtschaftsbetriebe», DWB) que como razón social manejó los negocios de todas ellas [30]. La fundación del DWB caracterizó la técnica insidiosa «a lo gran capitalista» con que la WVHA invadió muchas zonas marginales del campo económico alemán. Cara al exterior, las SS apenas se mostraron como propietarias o empresarias... En el caso del DWB figuraron sólo dos socios nominales, un tal Oswald Pohl, director ministerial, y un tal Georg Loerner, comerciante diplomado [31]. Uno necesitaba hojear el directorio SS para saber que el *Obergruppenführer SS* Oswald Pohl y el *Gruppenführer SS* Loerner eran jefe y subjefe de la WVHA, respectivamente [32].

«Aprovechando los aspectos casuísticos del Derecho mercantil —enjuicia el historiador Enno Georg, a quien la historiografía debe unas conclusiones muy documentadas sobre las empresas económicas de Himmler—, el imperio SS se enmascaró de forma ideal y disimuló el corporativismo inherente a aquel cartel organizado como una economía privada, bajo la forma de un oportunismo empresarial a alto nivel [33].» Ahora bien: el supercapitalista Pohl no cayó en la tentación de asaltar todos los sectores de la economía. Desarrolló un programa armónico, restringiendo los centros de gravedad para abrir el camino a la acción monopolizadora SS sobre determinados productos.

Pohl lanzó su primera embestida hacia una rama industrial que despertaba en la WVHA una avidez capitalista tan intensa como la incontenible enofobia del reformista puritano Himmler. En el país sudeste se hallaban casi todas las fábricas de agua mineral cuyos propietarios eran judíos o británicos; amparados por el decreto sobre la reversión del país a su origen ario, los comisarios de Pohl confiscaron muchas factorías. La WVHA requisó los pozos de agua mineral «Grün», denominados más tarde «Manantiales sudetes», a los cuales se agregó la «Heinrich Mattoni AG», seguida por la empresa de líquidos potables «Deutscher Ritterorden» en Freudenthal [34]...; cabe afirmar que la industria de bebidas no alcohólicas cayó casi en bloque bajo la zarpa SS. Pohl presentó también el agua mineral del Reich en envases SS: los «Pozos Niederselter» de Limburgo fueron arrendados por la WVHA, y otra empresa alemana, la «Apollinaris Brunnen AG», fue incautada [35]. En 1944, Pohl controló prácticamente (75 %) el mercado alemán del agua mineral [36].

El país sudete fue asimismo escenario de una segunda incursión no menos fructífera, acaudillada por los capitalistas WVHA. Primero fue a caer entre sus manos la mayor fábrica checoslovaca de muebles, los antiguos almacenes judíos «Emil Gerstel»; el botín fue expedido a la casa matriz de una industria similar SS. Pero antes, la WVHA hubo de encubrir con especial astucia su maniobra, pues el Ministerio de Economía había exigido que la firma Gerstel fuera administrada como sociedad limitada por expertos del mueble y no pasara bajo ningún concepto a ser propiedad SS. Así, pues, el fabricante de muebles doctor Kurt May, y dos socios más, constituyeron en Stuttgart la «Deutsche Meisterwedkstaetten GmbH», futura propietaria de la empresa Gerstel. Por supuesto, se ocultó cuidadosamente al Ministerio de Economía que el doctor May tenía una ocupación accesoria...: *Untersturmführer SS* y jefe del negociado W-IV en la Dirección general de Economía y Administración. May y los dos fantoches transfirieron inmediatamente sus participaciones en la «Deutsche Meisterwergstetten GmbH» al consorcio SS (DWB) [37]. Bocado a bocado, la carcoma SS hizo estragos en las industrias madereras y del mueble. La serrería «Bachmanning», de Linz, la fábrica de contrachapados «Jirat Richard», las empresas de la dinastía mueblista judía «Drucker» consolidaron el puesto predominante de las SS en el mercado del mueble [38], tanto como la sociedad (WVHA) «Deutsche Heimgestaltung e.V.», que ofreció una decoración de interiores particularmente económica y elaboró un programa de producción al cual se asociaron, incluso, muchas fábricas desligadas de las SS [39].

Un tercer envite de los magnates industriales SS afectó al ramo de la construcción en las regiones orientales ocupadas y a las manufacturas de los ghettos polacos. En Posen (Poznan) se estableció la compañía interventora «Ostdeutsche Baustoffwerke GmbH», que administró como sociedad fiduciaria 313 ladrillares polacos o judíos de las regiones orientales anexionadas (volumen de ventas en 1943: 11 millones de marcos)[40], mientras que otra «fundación» Pohl, la «Klinker-Zement GmbH» arrendó tejares, caleras, fábricas de cemento y cerámica en la Alta Silesia oriental y en el Gobierno general[41]. Por otra parte, la «Ostindustrie GmbH», cuya creación databa de 1943, decidió explotar las fuerzas laborales judías y los talleres del ghetto mientras no se representase en Polonia el tremendo acto postrimero de la solución final[42]. Asimismo, la filial del DWB «Deutsche Ausrüstungswerk» acaparó empresas madereras y metalúrgicas en Polonia y extendió sus ansiosas manos hacia los nuevos talleres tipográficos, industrias textiles y fábricas de calzado[43]. Ya fuera cuestión de participar en ganancias ilícitas o de promover negocios con nuevos talleres de encuadernación, productos agrícolas rusos y fábricas de conservas..., allí estuvo siempre presente la Dirección general de Oswald Pohl.

No menos rentable que el grupo departamental W (empresas económicas) de la WVHA, resultó ser el grupo departamental C, cuyos elementos constituyeron las células germinales de una industria SS del armamento. Al grupo departamental C correspondieron todas las construcciones de SS y Policía, y su jefe figuró entre los arribistas más desaprensivos con el uniforme de la calavera. Se llamaba Hans Kammler, y era un ingeniero diplomado cuya codicia era tan inusitada, incluso en un elemento SS, que le impulsó a fabricar con idéntico celo cámaras de gas para Auschwitz y rampas de lanzamiento para la «V-1». No obstante su alto rango, este *Gruppenführer* fue siempre un extraño en los Escalones de Protección porque utilizó las SS como una correa sin fin de sus propias apetencias.

Eso no preocupó a Pohl, quien no tuvo inconveniente en contratar a hombres totalmente desligados de las SS y conservarlos mientras le rindieran alguna utilidad. Así como el director del grupo departamental W, doctor Hans Hohberg, era un perito contador apolítico que jamás había sido miembro de una formación nacionalsocialista ni se había puesto un uniforme SS[44], el ingeniero diplomado Hans Kammler procedía también de un campo muy distinto: este consejero gubernamental había servido largo tiempo como director técnico de construcción en el Ministerio del Aire. El cazador de talentos

Himmler se entrevistó con el director técnico en 1941 y consiguió hacerle entrar al servicio de las SS... escoltado por un equipo de expertos constructores pertenecientes a la Aviación [45]. Himmler, distinguido con el rango inicial de *Standartenführer SS,* asumió el mando del grupo departamental C y desarrolló un ambicioso programa de construcciones para el cual ya había solicitado en 1942 unos 175 000 prisioneros KZ y de guerra [46].

Kammler no se contentó con construir almacenes y cámaras letales para los campos de concentración o polvorines y cuarteles para el Arma SS. Su codicia tuvo metas más lejanas. El ministro de Armamentos Speer lo recordó así: «Cuando Kammler emprendió su tarea, no imaginé que se le hubiera elegido como mi probable sucesor [47].» Las ambiciones de Kammler y Himmler siguieron una dirección paralela: el jefe SS soñaba con erigir una industria propia de armamento que independizara a todas las unidades SS de la recelosa Wehrmacht, y el director técnico Kammler ansiaba ocupar la cúspide en un super Ministerio de Armamento. Y ambos tuvieron oportunidad de satisfacer sus ambiciosos anhelos, al menos parcialmente.

Desde 1943, Kammler recibió cada vez más pedidos para construir nuevas fábricas de armas y trasladar otras muy importantes a refugios subterráneos [48]. Con sus nutridas cuadrillas, el ejército de esclavos puestos parcialmente a su disposición por los KZ y los espaciosos campos experimentales SS en el Este, Kammler fue un auxiliar indispensable de todos los planes tendentes a multiplicar el armamento. Fundó un «Estado Mayor especial Kammler» que sustrajo paulatinamente al grupo departamental C de la jurisdicción ejercida por Pohl, y reconoció como único inmediato superior al *Reichsführer SS* [49]. El *Gruppenführer* Kammler se arrogó en 1944 un título oficial: «Delegado del *Reichsführer SS.*» Himmler pudo estar contento con sus pioneros, pues ellos le abrieron poco a poco grandes claros en la enmarañada política de armamentos. Fueron incontables los encargos especiales para Kammler: un Cuartel General subterráneo del Führer en Turingia, galerías subterráneas para fabricación de aviones y bombas, conexiones técnicas con el proceso constructivo del caza reactor «Messerschmitt-262» y, finalmente, control de las armas milagrosas más secretas, las grandes maravillas alemanas, los cohetes «V-1» y «V-2» [50].

Puesto que Himmler fue nombrado comandante supremo suplente del Ejército el 20 de junio de 1944, no le fue difícil asignar la dirección técnica del arma «V-2» (concebida por el Ejército) a Kammler; en setiembre de 1944, se adjudicó también al general SS el mando

táctico sobre las dos unidades militares de cohetes, el «Grupo Norte» y el «Grupo Sur»[51]. Resultados de su intervención hasta el 31 de diciembre de 1944: 1 561 cohetes «V-2» disparados sobre Londres y Amberes[52]. A principios de 1945, la Luftwaffe puso su 5.ª división antiaérea bajo el mando de Kammler, entregándole así también el control sobre el arma «V-1»; por tanto, el *Gruppenführer SS* pudo denominarse comandante general de un Cuerpo de Ejército y alcanzar un prestigio insospechado para un elemento SS: desde ese instante, respondió sólo de sus actos ante Hitler[53].

Asimismo, la vertiginosa carrera ascendente del ingeniero diplomado Hans Kammler es una excelente referencia para ilustrar el progreso realizado por los Escalones de Protección y su jefe hasta alcanzar una posición central entre las potencias internas del III Reich. Prácticamente, cada organización SS pudo exhibir un historial tan brillante como el de la RSHA o la WVHA..., y forzosamente se generalizó la idea de que algún día no muy lejano los SS se harían cargo del Estado. Tal acumulación de prestigio, posiciones destacadas y personalidades relevantes sembró bastante desconcierto entre los historiadores, quienes creyeron ver en los Escalones de Protección una fuerza omnipotente que hacía aparecer el III Reich como una dependencia de la Orden negra[54]. Ese concepto descansa, sin embargo, sobre una interpretación errónea y muy extendida de los métodos gubernativos totalitarios.

Casi todos los historiadores atribuyen al sistema autoritario del III Reich cierta medida de esquematismo, estructuración y organización jerárquica o, en otras palabras, cierta medida de orden, es decir, una noción totalmente ajena a los gobernantes de la Alemania hitleriana. Pues no fue la autoridad y el orden, sino una carencia absoluta de jerarquías y estructuras lo que inspiró el principio motriz del caudillaje dictatorial. Nada atemorizó tanto a Hitler como las nuevas ordenaciones estructurales, porque ellas hubieran podido frenar lo que se denominaba la voluntad dinámica del mando. Premeditación e instinto fueron los principales consejeros de Hitler; y obedeciendo sus indicaciones, él no dejó jamás interponerse entre su persona y las masas populares ninguna capa jerárquica intermedia que pudiera deslustrar la posición señera del Führer.

Lo que caracterizó al régimen nacionalsocialista fue precisamente la «ausencia de todo sistema». Se le puede aplicar cuanto dijera una vez el presidente checo Thomas Masaryk sobre el régimen staliniano[55]: también practicaba el III Reich los constantes desplazamientos del peso autoritativo sobre sus paladines, el cercenamiento de toda co-

nexión transversal entre jefes subalternos del régimen, el aguijoneo de las rivalidades que oponían a unas jerarquías nacionalsocialistas con otras. «La voluntad del Führer —ha dicho Hannah Arendt— puede tomar forma material en cualquier momento y lugar, y él mismo no se asocia jamás con ninguna jerarquía aun cuando haya sido creada por su propia determinación[56].» La precaria y casi inexistente autoridad de los dirigentes pudo ser, precisamente, un recurso para asegurar el dominio unipersonal de un Führer entregado tan sólo a su propia dinámica. No detentaba autoridad siquiera el único Cuerpo semejante a una estructura piramidal: los funcionarios del Partido. Según la experta del totalitarismo, Hannah Arendt, la decisión determinativa sobre cualquier asunto pendiente «no obedecía a las instruciones emitidas por una u otra autoridad sino a la "voluntad circunstancial del mando supremo[57]".»

En aquel sistema sin sistematización, los SS, con sus numerosas organizaciones, pudieron ciertamente asaltar y retener ventajosas posiciones, mas la autoridad aparente originó sin cesar fuerzas contrarias que se interpusieron en el camino de los Escalones hacia la supremacía absoluta. Unas veces el Partido, otras las SA o la Wehrmacht..., siempre surgieron rivales que se colgaron como un peso muerto a las alas de los ambiciosos SS. Incluso la Wehrmacht, neutralizada políticamente desde la crisis Blomberg-Fritsch de 1938, encontró siempre medios y recursos para frustrar las aspiraciones de las SS, y también supo mantener su posición privilegiada hasta el fin de la guerra. La política de ocupación en una Europa dominada por Alemania reflejó la guerra latente entre SS y Ejército, que comenzó justamente cuando los Ejércitos alemanes iniciaron la campaña de Polonia.

El Ejército exigió desde un principio que se le adjudicara todo el poder ejecutivo en la zona polaca de ocupación y que los comandos de la Sipo desplegados allí quedaran sujetos a la autoridad castrense, por lo menos durante el combate. Y, efectivamente, los soldados erigieron una administración militar, pero las reyertas entre el Ejército y los comandos asesinos de Himmler fueron tan violentas que los oficiales superiores sintieron casi alivio cuando Hitler les hizo apartarse del régimen polaco[58]. Ello no fue óbice para que el comandante supremo del Ejército, capitán general Von Brauchitsch reiterara sus exigencias ante la siguiente campaña, la guerra contra Noruega. El OB del Ejército pidió una vez más a Hitler que se confiriera el poder ejecutivo a los militares y se prohibiera toda actividad de los comandos en Noruega[59].

Aparentemente, Hitler se avino con las condiciones del militar:

los rastreadores de Heydrich fueron excluidos de la campaña noruega. Sin embargo, dos días antes de los últimos combates, el dictador rompió su palabra. En lugar de los postergados militares puso a un comisario del Reich, el agresivo *Gauleiter* Josef Terboven quien, a decir verdad, era un adversario acérrimo de las SS; al mismo tiempo, entró en Oslo un jefe superior de Policía y SS que desplegó inmediatamente los comandos por todo el país [60]. El juego se repitió tal como sucediera en la invasión de Holanda. Los comandos no fueron despachados hasta que Hitler nombró un comisario del Reich. Aunque esta vez el cambio de régimen representó una ganancia de poder para los SS: el comisario del Reich, doctor Arthur Seyss-Inquart, lucía el uniforme de *Gruppenführer SS* [61].

Contra ello se pudieron afirmar los militares en sus guarniciones de Bélgica y Francia. Tampoco toleraron los militares en esos países que intervinieran los comandos durante las acciones de guerra, y sólo a instancias de Hermann Goering el Alto Mando del Ejército autorizó la presencia de un pelotón de la Sipo compuesto por diez hombres bajo el mando del entonces *Obersturmbannführer SS* doctor Helmut Knochen..., quienes se presentaron en Francia con uniforme de la Wehrmacht [62]. Knochen instaló su Cuartel General en el «Hôtel du Louvre» de París, pero el gobernador militar de Francia, general Otto von Stülpnagel y los 2 500 hombres de su Policía secreta militar entorpecieron el trabajo de Knochen y su gente [63].

El jefe RSHA, Heydrich, se estremeció ante la perspectiva de que el Ejército pudiera organizar un aparato policíaco independiente de la RSHA y «cuyos cuadros de mando estuviesen integrados en parte por oficiales de la reserva» (o del contraespionaje militar), incorporados a la escala activa y no siempre confiables políticamente [64]. Así, pues, exigió lo que requería siempre la RSHA en las regiones ocupadas: un jefe superior de Policía y SS que mandara las unidades policíacas locales bajo las instrucciones directas y exclusivas de Himmler [65]. Los militares rechazaron tal propuesta: en el mejor de los casos aceptarían un «delegado de la Sipo y el SD a cuyas órdenes actuaría el *Brigadeführer SS* doctor Max Thomas [66]. Y cuando el espía de Himmler se excedió en sus funciones, los oficiales lo despacharon con viento fresco.

Poco antes, Thomas había conocido al jefe francés antisemita Eugène Deloncle, quien le expuso un plan fantástico: para prender la mecha de la solución final en Francia, Deloncle se proponía, con unos cuantos compinches, hacer saltar por los aires varias sinagogas parisienses. Thomas se le adhirió y encargó a uno de sus colaboradores, el

Obersturmführer SS Hans Sommer del SD extranjero, que se agenciara los explosivos necesarios. Durante la noche del 3 de octubre de 1941, hacia las 2.30 horas, una potente detonación hizo temblar la sinagoga en la rue des Tournelles. Seis sinagogas más sufrieron daños por explosiones similares [67]. Knochen entró en acción según lo convenido: dos días después, informó al gobernador militar de Francia que había sido un atentado de la extrema derecha cuyos autores, al decir de la Policía francesa, fueron dirigidos por un tal Deloncle [68].

Pero Knochen no había contado con Sommer y su repentina sed de alcohol. Mientras pagaba rondas en el bar del «Cabaret Chantilly», el *Obersturmführer* farfulló ante dos confidentes de la administración militar que el propio Knochen había escenificado los atentados [69]. «El *Obersturmführer SS* Sommer —notificó el Alto Mando del Ejército (OKH) a Heydrich el 21 de octubre de 1941— trajo los explosivos de Berlín para ponerlos en manos de los autores. El *Ostuf. SS* Sommer estaba bien informado sobre la hora del golpe y los detalles de su ejecución. Además, se reunió con los autores inmediatamente después del asalto. El *Ostuf. SS* Sommer ha obrado por orden del comisionado de la Sipo en París y del *Obersturmbannführer SS-SD* doctor Knochen [70].»

Los militares explotaron el desliz SD contra sus antagonistas SS. El 22 de octubre, el mariscal Keitel, jefe del Alto Mando de la Wehrmacht, solicitó la expulsión de Knochen, Sommer y también de Thomas. Motivo: la duplicidad de Knochen había puesto al gobernador militar de Francia en una situación inextricable, ya que los franceses fueron castigados por un delito cuyo verdadero instigador fue el SD [71]. Confuso y humillado, Heydrich dictó el 6 de noviembre su respuesta: «Dada la peculiaridad de aquella acción, mi representante en París decidió no informar al señor gobernador militar por considerar que, según las experiencias tenidas hasta ahora respecto a la colaboración con el señor gobernador militar, no era de esperar la necesaria comprensión para una aplicación de medidas indispensables en la controversia con el adversario ideológico [72].»

El Ejército endureció su posición y Heydrich hubo de ceder. Thomas y Sommer recibieron orden de regreso; sólo conservó su puesto Knochen. A raíz de aquello, los militares restringieron aún más la movilidad de Knochen. En ocasiones le fueron cortadas todas las comunicaciones con Berlín y se le prohibieron las investigaciones por su propia cuenta. El agente de la Sipo quedó reducido a tal inactividad que Müller, de la Gestapo en Berlín, hizo agrios comentarios sobre la posible corruptibilidad de Knochen [73]. Sólo en mayo de 1942,

consiguió Heydrich que se nombrara un jefe superior de Policía y SS para Francia, quien pudo librar a Knochen y a su gente de las coartaciones impuestas por la Wehrmacht [74]. Sin embargo, el HSSPF Carl-Albrecht Oberg, antiguo camarada del nuevo gobernador militar en Francia general Carl-Heinrich von Stülpnagel (sirvieron juntos en la misma división) y primo de Otto von Stülpnagel, hizo visibles esfuerzos por mantener buenas relaciones con los militares [75].

Sea como fuere, los jefes SS tenían sobradas razones para actuar prudentemente ante los militares, porque la Wehrmacht había extendido entretanto su autoridad a otras zonas de ocupación. Tras la campaña balcánica se habían establecido también Gobiernos militares en Grecia y Yugoslavia que apenas permitían la influencia SS.[76]. La jefatura SS contemplaba recelosamente todos los intentos de la Wehrmacht para contener la infiltración de los Escalones. Desde luego, Himmler creía poseer una quinta columna fiable entre los militares: varios altos jefes SS servían como consejeros de guerra en algunas administraciones militares del Oeste y el Sudeste europeos. Mas esos miembros de las SS parecían tener muy mala estrella. Pocos mostraron ser valiosos auxiliares. El que causaba mayores preocupaciones a Himmler era el *Brigadeführer SS* Eggert Reeder, que era jefe militar administrativo en el Estado Mayor del gobernador militar en Bélgica y Francia septentrional.

Tanto Himmler como sus numerosos emisarios debían recordar continuamente al antiguo presidente del Gobierno, Reeder, defensor irreductible de la tradición burocrática prusiana y nacionalista alemana, que también era jefe honorario de las SS y, por ende, le correspondía practicar una política concordante con las SS [77]. Sobre todo, la política de ocupación relativamente moderada que practicaba Reeder, patrocinado por el gobernador militar Von Falkenhausen, conocido antinazi, consternaba a los caballeros de la Prinz-Albrecht-Strasse. Himmler «debía aguantar múltiples cosas que no solía ver entre los jefes SS», como él mismo escribió a Reeder el 16 de febrero de 1943 [78], y el *Gruppenführer SS* Gottlob Berger, jefe de la Dirección general SS y el más fiable portavoz de Himmler manifestó que «tal vez Reeder no se diera cuenta, pero estaba haciendo el juego a los belgas» en lugar de «modificar su política y hacer el juego al Reich como era su obligación» [79].

Reeder dejó pasar las amonestaciones de Himmler sin alterarse, máxime cuando contaba con el apoyo moral de un consejero antinazi y derechista católico que solía irritar a los caballeros SS mediante sus ostentosas apariciones en la iglesia vistiendo el uniforme de la Wehr-

macht: el consejero administrativo de guerra Franz Thedieck, futuro secretario de Estado en el Ministerio de Unificación alemana de Bonn[80]. El *Reichsführer* sermoneó de nuevo: «Usted prometió al *Gruppenführer SS* Berger que su ponente Thedieck, cuya personalidad se nos antoja poco recomendable, por expresarlo de alguna forma, ya que se le conceptúa como un funesto asesor respecto a la región política belga, sería destituido el 31 de diciembre de 1942... Esa promesa no ha sido cumplida.» Reeder no la cumplió jamás[81].

Tampoco se colmaron las esperanzas de Himmler respecto al *Brigadeführer SS* doctor Werner Best, director del departamento «Administración» en el Estado Mayor del gobernador militar de Francia. El socio fundador de la RSHA simpatizó demasiado con la prudente política de ocupación promovida por los militares y, por si fuera poco, los oficiales lo mandaron a paseo en julio de 1942 con una elegante trápala sobre reformas estructurales. Tras la inserción del HSSPF en Francia, los militares habían decidido desembarazarse de agentes SS. La plana mayor administrativa de París quedó reducida a una expresión tan diminuta que el antiguo consejero ministerial Best descendió vertiginosamente hasta el raquítico puesto de referente. Werner Best se marchó por iniciativa propia[82].

Los señores militares de Servia escenificaron una maniobra similar contra el *Gruppenführer SS* doctor Harald Turner, fanático nazi y antisemita que actuaba como jefe administrativo de guerra en el Estado Mayor del comandante general plenipotenciario en Belgrado. «No hay duda —informaba a Berlín el colaborador de Turner, *Sturmbannführer SS* doctor Georg Kiesel el 31 de marzo de 1942— de que la Wehrmacht intenta por todos los medios despedir al *Gruf* * Turner de la Administración militar, sencillamente porque no le place tenerlo ahí y lo cree demasiado peligroso como jefe SS[83].» Mediante un soplón apostado en la alta comandancia Sudeste de la Wehrmacht, Kiesel había averiguado que se proyectaba reducir la plana mayor administrativa a un departamento para arrojar al dirigente SS Turner de Servia, como se había hecho en París con idéntica finalidad: forzar el nombramiento de un jefe superior de Policía y SS[84].

Los militares lanzaron una campaña de «injurias personales» contra el jefe administrativo de guerra SS, cuyo objetivo era, según Kiesel, «el desmoronamiento nervioso del *Gruf* Turner»[85]. El comandante general del Sudeste de la Wehrmacht intentó expulsar a Turner de su residencia oficial, le prohibió firmar informes administrativos

* Abreviatura de *Gruppenführer*.

y le suspendió la tramitación de un informe porque —como él mismo declaró— «contenía ciertas críticas perturbadoras para los mandos de tropa»[86]. Entonces el coronel Hermann Foertsch, jefe del Estado Mayor en la alta comandancia Sudeste de la Wehrmacht, disparó la última estocada. Escribió a Turner: «No me es difícil imaginar que esta evolución de las condiciones en Servia no podrán satisfacer ni llenar con el tiempo a un hombre de su experiencia y capacidad[87].»

Turner dio la alarma al *Reichsführer*, y Himmler logró desbaratar la reorganización proyectada por los militares en el Estado Mayor de Servia[88]. Cuando los oficiales daban ya la causa por perdida, acudió en su ayuda un aliado insospechado: el jefe superior de Policía y SS en Servia, *Gruppenführer* August Meyszner, prefirió los militares a la compañía del camarada SS Turner. Ambos jefes SS se habían enemistado de tal forma sobre cuestiones de competencia y prestigio que —al decir de Turner— «los expectantes caballeros de Belgrado apenas podían ocultar su maliciosa alegría»[89]. Ya se tratara de controlar a la Policía local servia o administrar los bienes de los judíos asesinados u ostentar prioridad en la lucha contra las guerrillas... el HSSPF Meyszner requería de los militares que metieran en cintura a «su» jefe administrativo de guerra[90].

August Meyszner formó, evidentemente, entre aquellos jefes SS —la mayoría oficiales de la Policía o del Ejército— que nunca pudieron vencer cierta añoranza secreta por los viejos tiempos con sus camaradas de armas. Y el culto SS al uniforme y la *élite* tampoco pudo con la fe escondida de los nostálgicos, pues para ellos la Wehrmacht fue, en relidad, el único campeón legítimo de la nación. El ex ayudante de Hitler, teniente general Engel, ha dicho entre otras cosas sobre el jefe superior de Policía y SS Karl Wolff que, «como antiguo oficial de la Guardia, fluctuó constantemente entre su compromiso con las SS y su inclinación por la Wehrmacht»[91]. No fue otro el caso del antiguo teniente de Ingenieros Arthur Nebe, que cuando mandaba el comando B prestaba frecuentemente más atención a los consejos de la oficialidad antagónica del grupo de Ejército del Centro que a las órdenes RSHA[92]. Incluso el jefe superior de Policía y SS en Francia, *Gruppenführer* Oberg, no logró disimular jamás la admiración que le inspiraba su viejo camarada del frente, el general antinazi Carl-Heinrich von Stülpnagel; y tras el 20 de junio de 1944, libró a muchos conspiradores acosados por la pertinaz Gestapo. Stülpnagel: «Si Oberg pudiera obrar como desea, creo que estaría de nuestra parte[93].»

Para muchos jefes SS, el predominio militar de la Wehrmacht era

algo tan evidente que se dejaban guiar no raras veces por el juicio experimentado de los generales. El jefe superior de Policía y SS en el centro de Rusia, *Gruppenführer* Gerret Korsemann, reveló los síntomas de esa enfermedad epidémica con tal vehemencia, combinada, por otra parte, con la altanería inherente a todo jefe SS, que Himmler enrojeció como un tomate.

Cuando, en el verano de 1943, el jefe SS reprochó a Korsemann su excesivo apresuramiento durante la retirada del Cáucaso donde «se condujo como un liebre asustada o, casi mejor decir, como un cobarde»[94], el así agraviado juzgó como lo más natural del mundo solicitar una prueba detersiva a la Wehrmacht. El 30 de junio de 1943 dirigió una larga misiva a su superior circunstancial, el mariscal Ewald von Kleist. «Distinguido y respetable señor mariscal», comenzaba escribiendo Korsemann, para rogar seguidamente que «se le permitiera exponer su caso con todos los respetos». Y agregaba: «Sería muy de agradecer que el señor mariscal quisiera escribir una breve carta en la que se hiciera constar que no sólo permanecí en mi puesto el tiempo necesario sino mucho más del dispuesto por el reglamento, y que sólo me retiré con la anuencia del señor mariscal cuando ya no me restaba ninguna posibilidad de cumplir con mi deber[95].» «¡Una carta estúpida y servil que denigra a los SS en general y al *Reichsführer* en particular!», clamó el jefe de la Dirección general SS, Berger[96]; y Himmler se indignó tanto con Korsemann que le desposeyó de su empleo y le impuso como correctivo disciplinario el destino al Arma SS[97].

Himmler persiguió inexorablemente todo «servilismo» ante la Wehrmacht, pues sospechaba que los generales pretendían intensificar la influencia militar y frenar la expansión SS aprovechando ciertos vínculos caducos de años pretéritos. Por añadidura, el *Reichsführer* vio surgir al lado de la Wehrmacht un segundo antagonista que, pese a los años transcurridos, seguía ganando prosélitos infatigablemente para lanzar una acción fulminante contra la Orden negra: las SA.

Los afligidos supervivientes de Roehm quedaron reducidos a un estado lastimoso, como una asociación de ex combatientes, más o menos, pero el odio contra los asesinos del 30 de junio de 1934 siguió fermentando en las Secciones de Asalto. Tampoco olvidó el jefe del Estado Mayor SA Lutze aquel cálido verano de 1934 cuando, impulsado por su fe ciega en Hitler y su ambición no menos ciega, denunciara a Roehm ante los aborrecidos rivales. Se vio todavía en la Casa parda aquel 30 de junio, cuando los seguidores de Hitler represen-

taran su macabra bufonada disputándose la «divertida» ejecución del asesinato, y Hitler requiriera de él, Viktor Lutze, que dictara pena de muerte contra su propio camarada... No, el jefe del Estado Mayor SA Viktor Lutze no podía olvidar las bodas de sangre hitlerianas. Y se vengaría de los asesinos SS que habían degollado uno tras otro a muchos militantes SA en sus cámaras de tortura. Pero las SA eran demasiado débiles para desafiar a los SS. Lutze sólo conocía un aliado seguro: la Wehrmacht.

Tras la caída de Blomberg y de Fritsch, Lutze quiso marchar con la Wehrmacht contra las SS. Cuando se colocó la primera piedra de los talleres «Wolkswagen» en Wolfburg (mayo de 1938), Lutze conversó privadamente durante la ceremonia con el jefe del Estado Mayor central, general Ulex, conocido antinazi, y le insinuó que se debería aprovechar el caso Fritsch para derribar a Himmler, pues el jefe SS estaba creando laborisamente un poder casero para suceder en su día a Hitler [98]. Cuando el general preguntó cómo se comportaría las SA si la Wehrmacht se lanzara contra las SS, Lutze exclamó: «¡Se pondrían incondicionalmente al lado de la Wehrmacht!» ¿Y si Hitler se asociara con el jefe SS? Lutze: «Entonces, el Führer merecería cierta indulgencia, naturalmente.» Ulex tradujo así la respuesta de Lutze: «Si no se aviene debe caer también.» Ulex prometió exponer el plan al capitán general barón Von Fritsch y su sucesor Walter von Brauchitsch siempre y cuando Lutze pudiera probar que el chantajista Schmidt había sido obligado por la Gestapo a declarar contra Fritsch [99].

«Ocho o catorce días después, no lo recuerdo bien —refiere Ulex— se me presentó el jefe del estandarte SA "Feldhernhalle". Lo enviaba el jefe del Estado Mayor SA Lutze para comunicarme que podía ya probar la presión ejercida por Himmler para hacer jurar en falso al delincuente Schmidt.» Acto seguido, el general Ulex visitó a Von Fritsch y a Von Brauchitsch, pero ninguno de los insignes militares quiso participar en el alzamiento de Lutze. Brauchitsch: «Si los caballeros quieren intentar eso deberán hacerlo solos.» El comandante supremo del Ejército, vacilando entre su aversión al régimen y la disciplina militar, había decidido finalmente depositar otra vez su confianza en Hitler. Desde luego, esa fe no se mantuvo intacta mucho tiempo. Bastante más tarde recordaba aún lo que había dicho entonces a Ulex: «Le aseguro que no cederé hasta que haya limpiado esta pocilga de Himmler [100].»

Lutze intentó ganar una y otra vez al vacilante OB para la empresa contra los SS. Puesto que, además, estaba emparentado por su

esposa con el capitán general[101], le instó sin descanso a dirigir la sublevación contra las SS. Cuanto más amenazadora se hizo la situación militar y más peligroso el creciente poder de las SS, más apremiantes fueron las llamadas del dirigente SA. Por supuesto, a los camaradas del Partido no les pasó inadvertida la conchabanza de Lutze con los militares. «Desgraciadamente, Lutze se ha dejado arrastrar por su mujer y por esos distinguidos lazos familiares con Brauchitsch hasta una posición excesivamente dura contra las SS», comentó el ministro de Propaganda, Goebbels. Y añadió encolerizado: «Todo lo critica y lo ridiculiza. Especialmente, cree en una humillación de las SA. Está entre malas manos[102].»

El 12 de marzo de 1940, el *Gruppenführer* Berger hizo constar ya: «La actitud del jefe SA Lutze entraña cada vez más peligro para las SS si no para el Partido. Las veladas que dedica a muchos camaradas, en particular de la Wehrmacht, son un subterfugio para hacer propaganda contra... las SS... y, por cierto, empleando unos medios indignos de todo hombre decente[103].» En ciertas reuniones públicas con oficiales de la Wehrmacht, Lutze «creó un ambiente desfavorable al *Reichsführer*, y recurriendo a tales asechanzas» (Berger) que el fiel escudero de Himmler propuso finalmente: «En mi opinión, sería necesario vigilar al jefe del Estado Mayor SA Lutze[104].»

Desde ese instante, los mandatarios de Himmler observaron cada pestañeo de su rival. No les escapó ni el menor detalle: Lutze mostró satisfacción cuando el ministro de Cultos e Iglesias, Kerl, dijo que Hitler había roto sus promesas sobre tolerancia religiosa[105]; Lutze censuró la falta de ideales («Queremos portadores de ideas, no portadores de espadines») entre los SS[106]; Lutze tenía demasiados caballos en su cuadra[107]... Se anotaban todas sus palabras para transmitirlas a la Secretaría del Partido. El Mando SS percibió también que el jefe SA había encontrado entretanto un nuevo aliado, el déspota de polacos y fustigador de militantes SS Hans Frank, a quien no le disgustaba enfrentar las SA con las vejatorias formaciones SS y policiales en el Gobierno general.

Al principio, Frank creó un llamado Servicio especial, una especie de Policía privada exclusivamente bajo sus órdenes y las de los distintos subgobernadores. El HSSPF Krüger (Cracovia), uno de los más enconados enemigos de Frank, consiguió, no obstante, tras dos años de lucha, arrebatar al gobernador general la exclusividad sobre el Servicio especial[108]. En aquel momento —fines de 1942—, las SA se ofrecieron como nueva guardia pretoriana al «anti-SS» Frank. El jefe superior de las SA para el Este, Pelz, intentó, incluso, trasladar

el aparato policíaco de Krüger: propuso al HSSPF que aceptara las SA en el Gobierno general formando unidades completas como Policía auxiliar...; evidentemente, Pelz quiso formar un contrapeso con las SS y las formaciones policiales [109]. Krüger rehusó inmediatamente la oferta por orden de Himmler [110], y no menos aprisa las SA buscaron un nuevo respaldo: Pelz puso su tropa a disposición de la VII comandancia aérea en Cracovia. Esa jugada ajedrecística habría proporcionado el anhelado armamento (ametralladoras, piezas antiaéreas) a las SA de Pelz... si Krüger no hubiese intervenido en el último instante haciendo retractarse al indulgente comandante [111]. Las SA hicieron otra tentativa: solicitaron autorización al Ministerio de Regiones orientales ocupadas para montar un servicio de reconstrucción en los territorios ocupados. El espía Berger proporcionó la solicitud de manera «ilegal», como él lo llamaba, y una vez más Himmler pudo truncar las maquinaciones del adversario [112].

Pero el pánico le dominó cuando supo en febrero de 1943 que Lutze se había trasladado al imperio del «rey» Frank y se había aposentado, incluso, en la villa Frank, cerca de Bad Kryniza [113]. Escribió inmediatamente una carta de protesta a Bormann. «Estimo que la estancia del jefe SA Lutze en un balneario perteneciente al gobernador general —puntualizaba Himmler el 26 de febrero de 1943— no es una idea muy feliz, y me parecería mucho más acertado que el jefe SA Lutze tomara esa cura de reposo... en cualquier balneario alemán [114].»

Dos o tres meses después, Lutze fue víctima de un accidente automovilístico [115]. Las SS quedaron libres de un peligroso adversario, mas las SA siguieron constituyendo una reserva a la que podían recurrir quienes quisieran emprender la lucha contra los Escalones de Protección. También se confabularon con los jefes SA el ministro Alfred Rosenberg y diversos jerarcas del Partido para contrabalancear la abrumadora influencia de las SS en las regiones orientales ocupadas. El espía de Himmler, Berger, olisqueó una peligrosa fronda «anti-SS». «Descubrí con asombro —informaba a su *Reichsführer*— que se están agrupando alrededor de Rosenberg numerosos *Gauleiter* y que las SA lo conceptúan como el último "defensor del Derecho". Hay muchos jefes importantes en el Partido a quienes se les antoja demasiado encumbrada la posición del RFSS [*Reichsführer SS*] y cuyos ojos contemplan con envidia la brillante evolución de los Escalones [116].»

Las filas de los neocolonialistas en Rusia se estrecharon contra las SS: entre los diez comisarios generales de la Administración orien-

tal figuraron dos *Gauleiter*, dos *Obergruppenführer SA* y uno NSKK, un magistrado nacionalsocialista, dos funcionarios DAFF y dos funcionarios a secas, pero ni un solo militante SS [117]. Los detractores de la organización formaron camarilla. Hasta en los más altos niveles jerárquicos aparecieron enemigos de las SS. En Ucrania reinaba el comisario del Reich Erich Koch, a quien quisieron deponer los SS hacia mediados de los años treinta [118]; en la comisaría del Ostland mandaba el *Gauleiter* Heinrich Lohse quien, según el observador Berger, era «hombre sin escrúpulos» impulsado por «un odio abismal contra los Escalones de Protección» [119], mientras que para ocupar la comisaría de Moscú (jamás creada) figuraba el *Obergruppenführer SA* Siegfried Kasche, un superviviente de aquella noche fatídica para Roehm y otros varios, que saboteaba el mecanismo SS donde podía [120].

Los móviles de su animosidad eran tan diversos como las filas de los señores feudales pardos en el Este. El bronco neoimperialista Koch, bárbaro subyugador del eslavo «infrahumano», se indispuso con los SS por sospechar que éstos no gustaban de sus draconianos principios, mientras su colega Lohse se opuso enconadamente a ellos porque veía demasiada similitud entre sus métodos y los hábitos de la GPU.

El HSSPF Ostland, que pretendía secuestrar a niños bálticos para germanizarlos, recibió una reprimenda de Lohse por prevaricación y ceguera política, pues a éste le parecía «agravante» y «discutible» que «esos secuestros fueran realizados por la Policía, ya que el bolchevismo había deportado también a niños por la vía policíaca para su bolchevización»... Esto lo hizo constar Lohse el 13 de abril de 1942 [121]. El zar ucraniano Koch, al sentirse otra vez vigilado por su jefe superior de Policía y SS, no desperdició ninguna oportunidad para hacerle humillar la cabeza. Una vez y otra intentó Koch anular al HSSPF *Obergruppenführer* Prützmann; le prohibió incluso tomar órdenes de Himmler. Se produjeron a menudo violentas escenas ante la expectación del personal colaborador. «Koch replicó —escribía Prützmann informando sobre un choque con su *Gauleiter* el 27 de setiembre de 1942— que yo era un subalterno y me debía limitar a recibir instrucciones de él. En suma, quisiera largarme, pues necesita un jefe superior de Policía y SS más acomodaticio. Aparte de los reproches sobre cuestiones oficiales, Koch me puso numerosos tildes en el terreno privado, con la evidente finalidad de prolongar y agravar nuestra polémica. Quise defenderme, pero, por fin, me retiré con su venia porque él me gritaba con los tonos más destemplados que no creía ni una palabra mía [122].» La guerra de trincheras

entre Koch y los SS demostró, sin duda alguna, que las divergencias internas en el Este no obedecían sólo al mero empeño dominador de los Escalones. Aquella discordia contuvo también un elemento de crítica —introducido por las SS— contra la corrupción y el delirio de grandeza reinantes entre los bonzos pardos, lo cual empujó forzosamente a la Orden negra hacia un frente cerrado contra el Partido.

Cuando la guerra cambió de signo en el Este, algunos jefes SS moderados optaron por arrumbar la política sojuzgadora y tratar con menos despotismo a los pueblos orientales. En el verano de 1943, el propio Berger se mostró partidario de una política más matizada: ingresó en el Ministerio del Este como director de la sección política y llegó a ser el auxiliar más preciado de Rosenberg contra el dominante Koch[123]. Cuanto más se tornaron los políticos SS del Este hacia la línea blanda, mayor fue su conflicto con Koch y el secretario del Partido —aliado suyo— Martin Bormann. El SD empezó a tomar nota detallada de la terrorífica tiranía ejercida por Koch.

Los informes del SD entrañaron una crítica tan demoledora y las protestas de Koch ante Himmler fueron tan sonoras, que el *Gruppenführer SS* Thomas, trasladado desde Francia a Ucrania como comandante general de la Sipo y del SD, prohibió a los ponentes del SD que siguieran informando sobre el comisario del Reich[124]. Y como quiera que el SD prosiguiera su campaña informativa sobre Koch, Himmler decidió zanjar la cuestión. El *Standartenführer* doctor Hans Ehlich, director del negociado SD de la RSHA, recordó todavía mucho después haber recibido de Himmler las siguientes instrucciones: «Ahora el SD debe suspender definitivamente sus informes, o de lo contrario se decretará su disolución y se encarcelará al jefe del negociado responsable[125].» Los «informes Koch» cesaron instantáneamente.

Sin duda alguna, Himmler vio de súbito ante sí un insondable abismo y retrocedió horrorizado. El *Reichsführer* distinguió en lontananza lo único que podía inquietarle: la colisión con el Partido.

Desde que la diosa fortuna abandonara al guerrero Adolf Hitler, la máquina gubernativa del régimen se polarizaba en dos direcciones a marchas forzadas. Hora tras hora, los SS y el Partido, desde dos puntos opuestos, devoraban terreno por entre las enmarañadas estructuras jerárquicas hacia el mismo centro del poder político... y no podía estar ya muy lejos el momento en que se produjera el enfrentamiento. «Durante toda la guerra —especifica el historiador británico Hugh R. Trevor-Roper, buen conocedor de esos antecedentes— la máquina del Partido creció tanto como los SS; y como los SS, se arrogó ciertas funciones de las Fuerzas armadas, especialmente en

El Arma SS. Arriba, voluntarios flamencos de la legión SS «Flandes» prestan juramento a Hitler. Abajo, reclutamiento para el Arma SS en Viena.

EL IMPERIO DE LOS ESCALONES DE PROTECCION (1944)



HEINRICH HIMMLER
REICHSFÜHRER de las SS
(comandante en jefe de las SS) y jefe de la Policía alemana

BAJO EL MANDO PERSONAL DEL REICHSFÜHRER DE LAS SS.
Karl Wolff, Obergruppenführer de las SS y general de sus Fuerzas Armadas.
Entre otros Departamen.:
- SOCIEDAD "HERENCIA DE LOS ANTEPASADOS"
- FUENTES DE VIDA

ADMINISTRACION CENTRAL DE LAS SS.
Gottlob Berger, Obergruppenführer de las SS.
Entre otros Departamen.:
- OFICINA DE COMPL. DE LAS FUERZAS ARMADAS DE LAS SS
- OF. RECLUTAMIENTO

ADMINISTRACION DIRECTIVA CENTRAL DE LAS SS.
Hans Jüttner, Obergruppenführer de las SS. y general de sus Fuerzas Armadas.
Entre otros Departamen.:

ADMINISTRACION CENTRAL DE RAZA Y COLONIZACION
Richard Hildebrandt, Obergruppenführer de las SS.
Entre otros Departamen.:
- PERMISOS DE CASAMIENTO
- CERTIFICADOS DE DESCENDENCIA

ADMINISTRACION CENTRAL DE JUSTI. DE LAS SS.
Franz Breithaupt, Obergruppenführer de las SS.
Entre otros Departamen.:
- TRIBUNAL SUPREMO DE JUSTICIA DE LAS SS Y DE LA POLICIA
- TRIBUNAL. DE JUST. DE LAS SS Y DE LA POLICIA
- TRIBUNAL. DE JUST. EN CAMPAÑA DE LAS SS Y DE LA POLICIA

ADMINISTRACION CENTRAL DE PERSONAL DE LAS SS.
Maximilian von Herff, Obergruppenführer de las SS.
Entre otros Departamen.:
- FILIACIONES DE DIRIGENTES — en guerra, traspasadas a la Administración Directiva Central de las SS.

ADMINISTRACION CENTRAL DE SEGURIDAD DEL REICH
Reinhard Heydrich, Obergruppenführer de las SS. Sucesor desde 1943: Obergruppenführer de las SS Dr. Kaltenbrunner (a la derecha)
Con los Departamentos:

COMANDANCIA GEN. DE LAS SS.
Alcanzó su cenit en 1939 con 240.000 miembros. Hacia finales de la guerra, contaba con 40.000 miembros.

COMANDANCIA DE LAS FUERZAS ARMADAS DE LAS SS.

FUERZAS ARMADAS DE LAS SS.
Potencial de tropa en 1944: 560.000 hombres, de los que 370.000 formaban parte de las tropas en campaña. Las Fuerzas Armadas de las SS estaban, tácticamente, bajo el mando del Ejército.

BANDERA DE ASALTO DE LAS SS "CALAVERA"
Potencial de tropa en 1944: 30.000 hombres. La bandera de asalto de las SS "Calavera" fue incorporada a las Fuerzas Armadas de las SS en 1940-1941. A partir de 1942, pertenecieron, en cuanto a organización, a la Administración Central de Economía y Administración.

Departamentos de la Administración Central de Seguridad del Reich:
- **PERSONAL ADIESTRAMIENTO ORGANIZACION** — Ehrlinger, Oberführer de las SS.
- **HACIENDA Y ECONOMIA** — Spacil, Standartenführer de las SS.
- **TERRITORIOS ALEMANES (S. de S. int.)** — Ohlendorf, comandante de Brigada de las SS.
- **SERVICIO DE INFOR EXTERIOR (S. de S.ext.)** — Schellenberg, comandante de Brigada de las SS.
- **LUCHA CONTRA DELITOS COMUNES (Kripo)** — Nebe, Gruppenführer de las SS (Su. en 1944: Panzinger)
- **CONTRA-ESPIONAJE (Gestapo)** — Müller Gruppenführer de las SS.
- **ESPIONAJE INTER-NACIONAL** — Dittel Obersturmführer de las SS.

S. de S. (Serv. Seguridad) — PERT. A LA POL. SEG. (Sipo)

30 ALTOS JEFES DE LAS SS Y DE LA POLICIA Himmler mantenía en cada zona superior de la Administración ... de las SS (que correspondía a las provincias del Reich) un alto jefe de las SS y de la Policía, bajo las órdenes directas del Reichsführer de las SS, y cuya misión consistía en controlar todos los puestos de las SS y de la Policía.

- GRANDES UNIDADES DE LAS SS
  - UNI. DE LAS SS
  - ESTANDARTES DE LAS SS
  - B. ASALTO DE LAS SS
  - PEL. ASALTO DE LAS SS
- DIVISIONES DE LAS SS
  - REGIMIENTOS DE LAS SS
  - BATALLONES DE LAS SS
  - COMPAÑIAS DE LAS SS
- BANDERA DE ASALTO «CALAVERA»
  - PELOTONES DE ASALTO «CALAVERA»

INSPECTORES DE LA POLICIA DE SEGURIDAD Y DEL SERVICIO DE SEGURIDAD
- DIRIGENTES DEL SERV. SEGURIDAD
  - ALTOS CARGOS DEL SERV. SEGURIDAD
  - ALTOS CARGOS DEL SERV. EXTERIOR
  - CARGOS DEL SERV. EXTERIOR
- ALTOS CARGOS DE LA POLICIA CRIM.
  - CARGOS DE LA POLICIA CRIMINAL
  - CARGOS DEL SERVICIO EXTER.
  - EMPLEADOS DEL SERVICIO EXTER.
- ALTOS CARGOS DE LA POLIC. DEL EST.
  - CARGOS DE LA POLICIA DEL EST.
- Cargos del Servicio de Fronteras de la Gestapo:
  - INSPECTORES DE FRONTERA
  - COMISARIAS DE FRONTERA
  - SOLDADOS DEL SERV. DE FRONT.



- INSPECTORES DE LA POLICIA DE ORDEN PUBLIC.
- ALTOS CARGOS DE LA POLICIA O DE LAS ADMINISTRACIONES POLICIACAS ESTATALES
- MIEMBROS DE LA POLICIA RURAL
- MIEMBROS DE LA POLICIA LOCAL

GRUPOS DE ATAQUE DE LA POLICIA DE SEGURIDAD Y DEL SERVICIO DE SEGURIDAD

Para la eliminación de los judíos y otros "enemigos del Reich" que habitaban en los territorios ocupados del Este y del Sudeste, se utilizaron, por regla general, miembros pertenecientes al Servicio de Seguridad y a la Policía de Orden Público. Los grupos operacionales estaban bajo el mando de la Administración Central de Seguridad del Reich. Tras haber sido organizada la Administración civil en los territorios ocupados, estos grupos eran encuadrados en su mayor parte en unidades de la Policía de Seguridad y del Servicio de Seguridad

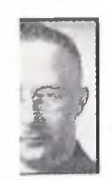
JEFE DE LA POLICIA DE SEGURIDAD Y DEL SERVICIO DE SEGURIDAD (Heydrich, y más tarde, Kaltenbrunner)

UNIDADES DE ATAQUE

UNIDADES DE ATAQUE o UNIDADES ESPECIALES

DER SPIEGEL

ESCA





Karl Wolff, Obergruppenführer de las SS y general de sus Fuerzas Armadas.

BAJO EL MANDO PERSONAL DEL REICHSFUHRER DE LAS SS.

Entre otros Departamen.:

SOCIEDAD "HERENCIA DE LOS ANTEPASADOS"

FUENTES DE VIDA



Gottlob Berger, Obergruppenführer de las SS.

ADMINISTRACION CENTRAL DE LAS SS.

Entre otros Departamen.:

OFICINA DE COMPL. DE LAS FUERZAS ARMADAS DE LAS SS

OF. RECLUTAMIENTO



Hans Juttner, Obergruppenführer de las SS. y general de sus Fuerzas Armadas.

ADMINISTRACION DIRECTIVA CENTRAL DE LAS SS.

Entre otros Departamen.:

Richard Hildebrandt, Obergruppenführer de las SS.

ADMINISTRACION CENTRAL DE RAZA Y COLONIZACION

Entre otros Departamen.:

PERMISOS DE CASAMIENTO

CERTIFICADOS DE DESCENDENCIA



Franz Breithaupt, Obergruppenführer de las SS.

ADMINISTRACION CENTRAL DE JUSTI. DE LAS SS.

Entre otros Departamen.:

TRIBUNAL SUPREMO DE JUSTICIA DE LAS SS Y DE LA POLICIA

TRIBUNAL. DE JUST. DE LAS SS Y DE LA POLICIA

TRIBUNAL. DE JUST. EN CAMPAÑA DE LAS SS Y DE LA POLICIA



Maximilian von Herff, Obergruppenführer de las SS.

ADMINISTRACION CENTRAL DE PERSONAL DE LAS SS.

Entre otros Departamen.:

FILIACIONES DE DIRIGENTES

en guerra, traspasadas a la Administración Directiva Central de las SS.

Reinhard Heydrich, Obergruppenführer de las SS. Sucesor desde 1943: Obergruppenführer de las SS Dr. Kaltenbrunner (a la derecha)

ADMINISTRACION CENTRAL DE SEGURIDAD DEL REICH

Con los Departamentos:

COMANDANCIA GEN. DE LAS SS.

Alcanzó su cenit en 1939 con 240.000 miembros. Hacia finales de la guerra, contaba con 40.000 miembros.

COMANDANCIA DE LAS FUERZAS ARMADAS DE LAS SS.

FUERZAS ARMADAS DE LAS SS.

Potencial de tropa en 1944: 580.000 hombres, de los que 300.000 formaban parte de las tropas en campaña. Las Fuerzas Armadas de las SS estaban, tácticamente, bajo el mando del Ejército.

BANDERA DE ASALTO DE LAS SS "CALAVERA"

Potencial de tropa en 1941: 30.000 hombres. La bandera de asalto de las SS "Calavera" fue incorporada a las Fuerzas Armadas de las SS en 1940-1941. A partir de 1942, pertenecieron, en cuanto a organización, a la Administración Central de Economía y Administración.



Ehrlinger, Oberführer de las SS.

PERSONAL ADIESTRAMIENTO ORGANIZACION

Spacil, Standartenführer de las SS.

HACIENDA Y ECONOMIA

Ohlendorf, comandante de Brigada de las SS.

TERRITORIOS ALEMANES (S. de S. int.)

Schellenberg, comandante de Brigada de las SS.

SERVICIO DE INFOR EXTERIOR (S. de S. ext.)

S. de S. (Serv. Seguridad)

Nebe, Gruppenführer de las SS (Su. en 1944: Panzinger)

LUCHA CONTRA DELITOS COMUNES (Kripo)

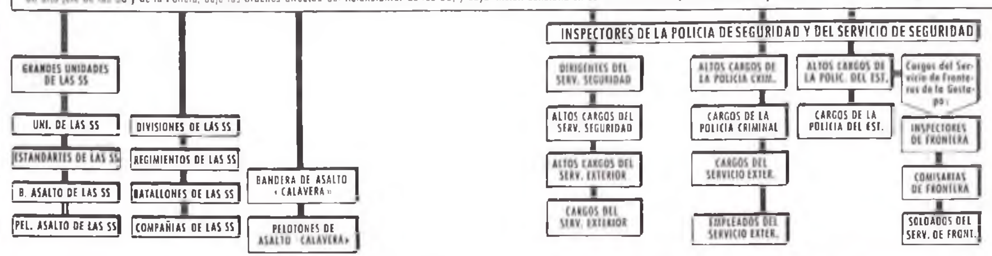
Müller Gruppenführer de las SS.

CONTRA-ESPIONAJE (Gestapo)

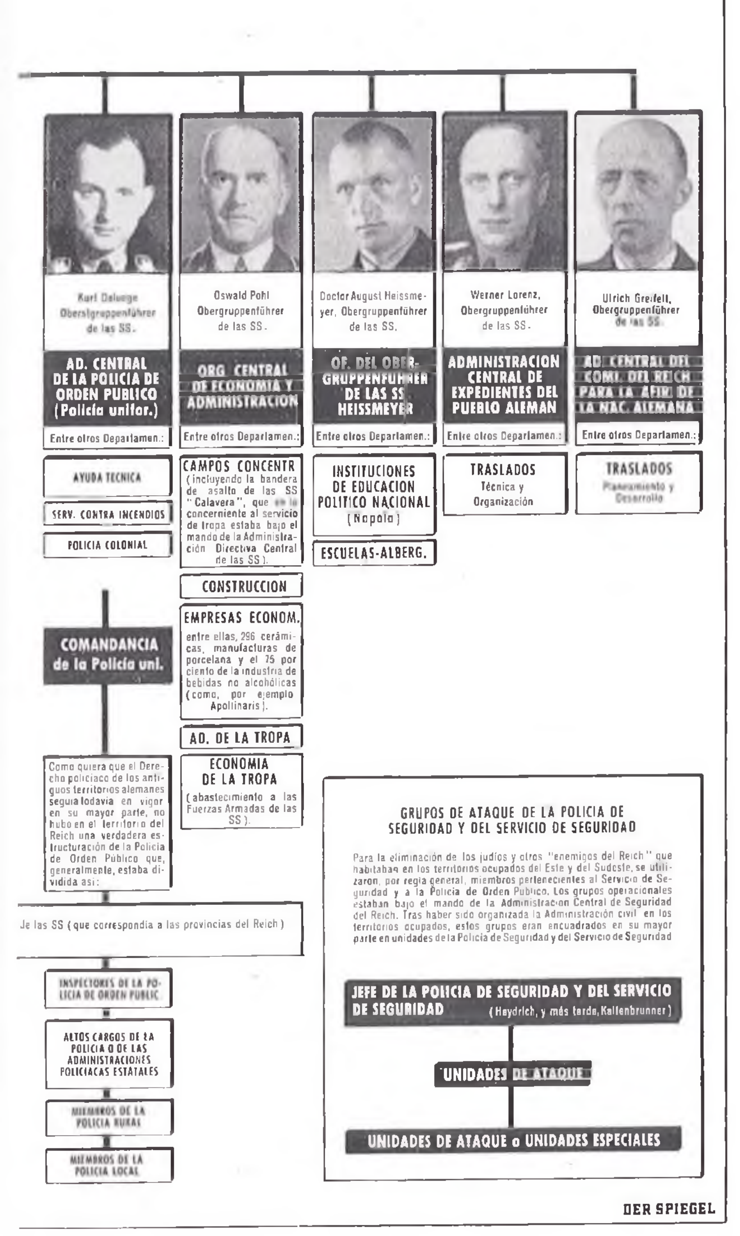
PERT. A LA POL. SEG. (Sipo)

Dittel Obersturmführer de las SS.

ESPIONAJE INTER-NACIONAL



LONES DE PROTECCION (1944)







Estilo militar. Arriba, a la izquierda, el estandarte personal «Adolf Hitler» el 30 de enero de 1938, quinto aniversario del advenimiento al poder. Al lado, desfile SS para celebrar el cincuentenario de Hitler (20 de abril de 1939). Abajo, a la izquierda, centinelas SS ante el monumento a los caídos del 9 de noviembre de 1933, en Munich. Al lado, timbalero del estandarte personal.





cuanto a administración y avituallamiento, fortificación y evacuación; y como las SS, el Partido acrecentó su poder e indispensabilidad con cada derrota de las armas alemanas [126].» Además, el Partido había encontrado en Martin Bormann —tras el vuelo de Rudolf Hess a Inglaterra— a un jefe que se proponía seriamente custodiar los últimos resortes del III Reich y mantener alejadas a las SS. Su proceder era tan cauto como peligroso: él actuaba en la cámara más recóndita del Cuartel General del Führer, él canalizaba los contactos entre Hitler y el Partido, él sujetaba las riendas de *Gauleiter* y funcionarios...; discreto, ubicuo, contundente.

Nada alarmaba tanto al mojigato burgués Himmler como la posibilidad de sostener algún día un duelo con el Partido. Él sabía sobradamente que el Partido no lo apreciaba. Debería soslayar el encuentro frontal por las últimas posiciones mientras le sostuviera el prestigio de las SS. Himmler no había entablado nunca buenas relaciones con la burocracia del Partido. Casi todos los espectaculares farautes, los palurdos vividores, llenos de vanidosas pretensiones, que ambicionaban cargos y rutilantes uniformes, despreciaban a aquel maestrillo moralizador con su disparatado culto germánico, a aquella figura incolora e inexplicablemente irreal. Para el Partido, seguía siendo un extraño por muchos uniformes que le rodearan. Y, cosa extraña, el *Reichsführer*, con su aparente omnipotencia, reaccionaba vivamente a la menor censura del Partido. Aun cuando Himmler despotricaba muchas veces ante los funcionarios de la Kripo («En Alemania no se restablecerá el orden hasta que el último *Gauleiter* suba a la picota [127]»), bastaba un simple carraspeo de las altas jerarquías nacionalsocialistas para que Himmler se sobresaltara.

Por lo pronto, su orden reiterada por escrito infinitas veces prohibiendo que el SD investigara bajo ningún concepto a los funcionarios del Partido ni se inmiscuyera en las cuestiones de éste, delata una notable impresionabilidad [128]. Malhumorado y puntilloso, rumiaba cada queja de la «Secretaría Bormann» sobre las críticas del *Schwarze Korps...*, y los redactores SS encontraban siempre sus agrias reprensiones por escrito sobre la mesa de trabajo. Bastaba una repulsa de Gertrud Scholz-Klink, jefe de la Sección femenina del Reich, sobre cierta glosa aparecida en el *Schwarze Korps* en la que el epigramático humorista Michel Mumm satirizaba un acta de nacimiento escrito por algún *Ortsgruppenleiter* * («Nos estamos multiplicando») [129], para que Himmler notificara mediante oficio reglamentario: «El

* Escala jerárquica del Partido NS = conductor de grupo local.

Reichsführer SS no desea que se publiquen los poemas de Michel Mumm en el *Schwarze Korps,* pues su contenido origina quejas con excesiva frecuencia [130].»

Si el *Reichsleiter* * Karl Fiehler se quejaba de que el *Schwarze Korps* «aprovechaba ansiosamente toda oportunidad buena o mala, cual hiciera antaño la Prensa judía, para estampillar a grupos enteros de funcionarios como burócratas retrógrados y sin escrúpulos» [131], o si Bormann exigiese que cesaran los ataques individuales contra camaradas del Partido [132] la redacción podía estar segura de recibir una áspera filípica. «Esto ocurre —escribía Himmler el 2 de mayo de 1941— porque ese periódico, otrora tan idealista, ha descendido al nivel del comadreo y la habladuría. Abandonen de una vez esos estúpidos chismorreos que no pueden interesar a nadie salvo, evidentemente, a los señores redactores jefes cuyas necesidades internas parecen encontrar así un escape [133].»

Por supuesto, Himmler tenía también una razón muy particular para mimar sus relaciones con la eminencia del Partido, Bormann. En 1940, el jefe SS había roto todos los vínculos íntimos con su hiperneurótica y pendenciera esposa Marga, tornando la mirada a su antigua secretaria Hedwig («Liebrecilla») Potthast, una atractiva muchacha colonesa que le conocía desde 1937 [134]. Hedwig, nacida el 6 de febrero de 1912 e hija de un comerciante, había ingresado como secretaria en la plana mayor del *Reichsführer SS* hacia mediados de los años treinta, una vez terminados sus estudios en la Escuela de Comercio de Mannheim [135]. Al cabo de poco tiempo ejercía ya una influencia humana y sedante sobre el envarado Himmler [136].

Desde un principio, Himmler quiso divorciarse, pero no se decidió nunca a dar el primer paso. Aquellas relaciones no fueron estériles. A principios de 1942 Hedwig Potthast dio a luz su primer hijo, un niño, Helge (al que siguió una niña, Nanette Dorothea, en 1944) [137]. Ello planteó un espinoso problema a Himmler: la madre de su nuevo hijo no podía estar alojada por más tiempo en el cuarto subarrendado a la familia Müller —Bismarckstrasse, 48-c Berlin-Steglitz—; era preciso buscarle un hogar apropiado [138]. Ese problema de vivienda era tanto más apremiante cuanto que los padres de Hedwig —descontentos con la *liaison* de su hija— le instaban a romper sus relaciones [139]. Ellos opinaban que Himmler, como hombre casado, no podría ofrecer jamás un hogar burgués a «Liebrecilla». La hermana política de Hedwig, Hilde Potthast —viuda del doctor Walter Potthast, caído

* Escala jerárquica del Partido NS = conductor del Reich.

en el frente oriental— interpretó con palabras claras los sentimientos paternos. «Me gustaría mucho, por el bien de tus padres, que te casaras cuanto antes», exhortaba a la testaruda cuñada [140]. Y en otra carta decía: «Temo, querida Hedwig, que nunca llegue la reconciliación [con los padres]. Ellos te perdonarían todo en seguida si te separaras de él..., o él se desembarazara de ti. Tu vida marital con ese hombre es lo peor del asunto [141].» La insistente cuñada no cejaba: «Después de todo es casado y, por tanto, ellos ven el problema como un engaño a su esposa y un abuso humillante respecto a ti. Mamá me preguntó si su mujer lo sabía también, y yo no tuve más remedio que responder negativamente, pues hasta ahora ése parece ser, por desgracia, el caso. Ella lo enjuició como una cobardía. Tus padres sufren terriblemente [142].»

Himmler necesitaba aprisa una vivienda porque no quería perder a Hedwig Potthast. Pero ¿dónde encontrarla? El soberano del imperio SS, el promotor de las empresas mercantiles SS, el ductor del mayor aparato policíaco en la historia alemana, no tenía capital privado. Sólo se le ocurrió hacer lo que ya habían hecho antes otros muchos camaradas: solicitar un crédito a la Secretaría del Partido. Bormann se mostró magnánimo y le concedió 80 000 marcos [143] con los cuales el jefe SS hizo construir una casa para Hedwig Potthast en Berchtesgaden-Schoenau, cerca del río Koenigssee [144]. Aquella casa denominada «Rinconcito de la ladera nevada» selló también una alianza temporal entre Bormann y Himmler porque, además, la solitaria amante hizo amistad con una señora vecina, la esposa de Bormann, Gerda [145].

Y al igual que sus mujeres, Bormann y Himmler estrecharon los lazos de amistad. «Ay, papi —escribía Gerda Bormann al oficinista supremo del Partido—, es difícil imaginar lo que sucedería si tú y Heinrich no os ocupaseis de todo. El Führer no podría hacerlo solo jamás. Por eso debéis conservar la salud y cuidaros de vosotros [146].»

Martin Bormann se cuidó, y no sólo de él. Procuró evitar incluso que el «tío Heinrich» adquiriera demasiado poder, le alentó a menudo, especialmente una vez en que el ínclito *Reichsführer* dio muestras de desaliento, y le censuró cuando criticó al «Jefe» (Hitler), por si le asaltaba la tentación... Cierta vez, Himmler se quejó balbuceante al entrañable camarada de que Hitler era injusto con él; el Führer sólo lo creía útil para formar nuevas divisiones. Bormann le apaciguó, advirtiéndole, de paso, que no divulgara demasiado esas censuras. Su esposa Gerda lo supo: «Esa clase tan desconsiderada de crítica es muy desagradable. ¡Al fin y al cabo, el Führer es el Führer! ¿Dónde estaríamos si no fuera por él [147]?»

A un mentor semejante, que por añadidura custodiaba el único acceso hacia ese ídolo versátil del *Reichsführer* llamado Hitler, Himmler no quería oponer toda la potencia agresiva de su Orden negra mientras no peligrasen los intereses esenciales de la organización SS. Así, pues, Himmler prohibió toda actitud de censura contra el Partido.

Al obrar así, el Jefe SS desestimó la codicia exorbitante de sus altos funcionarios, quienes no tenían ninguna razón privada para halagar al Partido. Sobre todo, había un hombre que representaba ideas muy distintas sobre la organización, uno cuya mente ejemplificaba la absoluta esquizofrenia de los intelectuales SS: ese individuo podría movilizar al instante un gigantesco ejército de polizontes y también soñar con la disolución del Partido para sustituirlo por una ordenación intelectiva de patricios nacionalsocialistas. La mala fortuna de Himmler quiso que ese sujeto estuviera al frente del SD interior: se llamaba Otto Ohlendorf. Era una de las figuras más difusas en el mundo SS; Himmler lo tenía por una bestia inteligente y los historiadores lo consideraban un enigma porque había hecho asesinar a 70 000 judíos [148] y, sin embargo, se estremecía ante el primitivismo de los gobernantes pardos.

Más tarde, sus amigos pretendieron hacerle pasar por una especie de quintacolumnista en la Orden negra, algo así como portavoz de «una oposición positiva», según lo formuló el *Abschnittsleiter NS* Justus Beyer [149]. Todos ellos callaron deliberadamente que esa oposición fue involuntaria: el *Brigadeführer SS* Ohlendorf no fue ejecutor sino, más bien, víctima de un automatismo impuesto por él mismo en el mundo. Pues la idea de Ohlendorf —practicar una encuesta Gallup secreta en la que se registraran sin afeites todas las manifestaciones de la vida alemana y cuyos resultados serían expuestos al alto mando mediante los «partes del Reich» publicados dos o tres veces por semana— causaría necesariamente graves inconvenientes al negociado III de la RSHA y a su jefe. El SD tenía prohibido investigar en el Partido. Ahora bien: si los llamados «partes del Reich» debían abarcar todas las manifestaciones de la vida nacional, ¿cómo exceptuar la más importante exteriorización política, es decir, el Partido?

Satisfecho e inquieto a un tiempo, contempló Ohlendorf el trabajo de los observadores SD..., a quienes no se les escapaba ni un detalle de las querellas internas en el Partido. Ellos protocolizaron la megalomanía e insolencia de los bonzos, la ineficacia propagandística del Partido, la pésima administración de las jefaturas provinciales.

Fueron inútiles todos los esfuerzos del nacionalsocialista Ohlendorf para desembragar el mecanismo puesto en marcha por él. Su «máxima preocupación» —según confesó él mismo al jefe supremo del SD— fue que los informes de este organismo despertaran la impresión de que el Partido era «algo negativo u hostil», o que existía «una confabulación entre Führer, *Reichsführer* y SS contra el acentuado burocratismo del Partido» [150]. Sus órdenes tendieron siempre a recalcar que las diligencias del SD tenían un solo objeto: fortalecer aún más la soberanía del nacionalsocialismo. «La realidad jurídica —recordó en sus directrices al SD, del año 1941— debe concordar con los principios políticos e ideológicos del nacionalsocialismo.» Y agregó tomando un tono reprensivo: «Hasta ahora, la justicia no ha logrado adaptar claramente sus leyes a los requisitos que garantizan el orden nacional [151].»

Por cuanto se refiere a los fundamentos de la libertad humana, sólo se le ocurrió pensar en las bárbaras manipulaciones jurídicas de tipos como Roland Freisler. En octubre de 1942, pronunció una conferencia en la que imputó a Hans Frank, perenne censor del régimen policíaco, cierta connivencia con los plutócratas británicos, y empleando una brillante dialéctica —de lo cual era capaz cuando quería— demostró que la injusticia era el súmmum del Derecho. «El Derecho —argumentaba Ohlendorf— no tiende a la seguridad del individuo sino de la comunidad. Velar por el Derecho y velar por el Reich son dos conceptos idénticos. Dondequiera que peligre una magistratura ideológicamente irresoluta, debe intervenir la Policía para rectificar los veredictos deficientes y contrarrestar las múltiples flaquezas judiciales de la justicia.» Y ¿cuáles son las garantías del Derecho? Según Ohlendorf: «Ése es un concepto caduco [152].»

Con una ortodoxia nacionalsocialista tan fanática, el puritano Ohlendorf vislumbró inevitablemente toda clase de fallos, estupideces y perversidades que ensombrecieron su nazismo idealizado. No compartió jamás el optimismo materialista reinante en torno suyo; cada nuevo informe de los agentes SD reforzó su creencia de que el Partido tenía un tumor canceroso cuyos perniciosos efectos se extenderían pronto a los miembros todavía sanos del Régimen. Himmler diagnosticó: «Es más bien hepatitis o ictericia. Sus informes son cada vez más tétricos; ese hombre contempla el mundo con ojos tan pesimistas que seguramente se oculta tras ellos alguna dolencia corporal. Como es bien sabido, le hepatitis y la ictericia producen tales trastornos psíquicos [153].» Al jefe SS no se le ocurrió que el intelectual nazi Ohlendorf pudiera padecer esos males como consecuencia de

los informes SD recibidos diariamente. Hoja tras hoja, el hombre pudo seguir la evolución ambiental del pueblo, su distanciamiento progresivo del Partido y régimen.

Parte de la delegación SD Bünde, del 13 de mayo de 1941: «Tal vez no se haya registrado nunca hasta ahora un horror tan paralizante como el producido por la noticia de que el lugarteniente del Führer (Hess) ha escapado en avión a Inglaterra. Circulan los más descabellados rumores y no se cree que el verdadero móvil de tal resolución sea un desvarío momentáneo. Unos lo atribuyen a cierta derrota moral..., otros sospechan una nueva felonía entre los luchadores veteranos [154].»

Parte de la delegación SD Minden del 24 de junio de 1941: «Los acontecimientos del domingo —la guerra con Rusia— han causado al principio un enorme estupor en la mayor parte de la población. Por otra parte, el hecho de que el Führer haya invocado la bendición divina para esa lucha no ha contribuido a templar el ambiente [155].»

Cuanto más se revolvió la guerra contra su propio instigador, más pesimistas sonaron los informes SD..., cuyos redactores corrigieron y afinaron la puntería sobre el trabajo propagandístico del Partido y de Joseph Goebbels. «Según los partes recopilados por la delegación central SD de Erfurt —rezaba un informe del 12 de enero de 1942— la población rechaza casi masivamente los alardes propagandísticos de estas últimas semanas. Tanto los titulares como los comentarios sobre la actualidad (del periódico *Thüringer Gauzeitung*) son cualquier cosa menos realistas, y las conclusiones implican tal exageración que no hay quien tome en serio al periódico [156].»

«El artículo del doctor Goebbels en *Das Reich,* ejemplar número 2 del 11 de enero de 1942 —leía allí Ohlendorf— no ha encontrado ningún eco entre los habitantes. ¿Cómo se le ocurre decir al doctor Goebbels que Churchill debería dirigir una compañía de varietés pero jamás el Imperio británico? Semejante aserto sólo puede dar lugar a pensar en una apreciación totalmente errónea de las fuerzas adversarias. Realmente, el doctor Goebbels, debería abstenerse de tales necedades, pues, en definitiva, es el director de la propaganda alemana [157].» El jefe del Promi siguió siendo blanco preferido de los censores del SD. Otro artículo de Goebbels provocó este comentario del SD (Erfurt) sobre la opinión popular: «Si sus palabras hubieran sido pronunciadas por un instructor de pelotón durante una clase teórica, tal vez serían admisibles, pero en un ministro de Propaganda resultan demasiado pueriles [158].»

Pronto se conocieron en el Partido esos «partes del Reich» patro-

cinados por Ohlendorf, y la alarma cundió entre los corifeos nacionalsocialistas. Oleadas de indignación levantadas por preeminentes *Gauleiter* se estrellaron espumeando contra el sistema informativo del SD. Cada vez se quejaron más altos funcionarios SS a Martin Bormann protestando contra el *Reichsführer SS* por tolerar que sus agentes traspasaran los límites impuestos. Cada mes llovieron más acusaciones sobre el SD, como si sus agentes pertenecieran a una potencia enemiga: el gobernador general de Polonia, Hans Frank, presentó oficialmente las «más serias objeciones sobre la llamada información confidencial acerca del Gobierno general que el llamado SD hacía volar incesantemente hacia el Reich». Todos esos informes eran «meros productos de la más baja soplonería»[159]. El *Gauleiter* Albert Florian, el 30 de noviembre de 1942: «Mi sospecha, desgraciadamente indemostrable hasta ahora, de que el SD se inmiscuye demasiado en los asuntos del Partido... ha tenido [al fin] confirmación. Yo debo pasar a la autodefensa... y, por tanto, prohibiré a todo funcionario y dirigente político que tome encargos del SD mientras no se lo autorice el jefe de su distrito... cuya decisión depende de la mía[160].» El *Gauleiter* Karl Weinrich declaró el 22 de enero de 1943: «Me niego terminantemente a seguir tolerando un husmeo semejante por el SD. Aquí no cabe eso de tener siempre encima una sombra de la GPU como si estuviéramos en Rusia[161].»

El SD se vio expuesto repentinamente a un ataque general de los funcionarios del Partido, quienes emplearon todas las artimañas imaginables para levantar la red tendida por el SD o destruirla cuando fuera posible. «¿Quiénes de ustedes son esos llamados confidentes del SD?», vociferó el *Kreisleiter* * de Danzig, Kampe, ante la asamblea de sus *Gruppenleiter* locales. Y cuando uno de ellos se presentó como tal —el *Ortsgruppenleiter* Pohle de Praust—, Kampe lo cubrió de invectivas y describió a continuación al confidente SD —según informa el HSSPF Richard Hildebrandt— «cual un individuo cuya actividad sólo podía compararse con la de un espía apátrida y tornadizo». La virulenta reacción de Kampe contra el SD fue acogida con frenéticos aplausos por los restantes *Ortsgruppenleiter*: «¡Soplón!», gritó uno. «¡Métodos propios de la checa!», aulló otro. Un *Ortsgruppenleiter* confesó a Hildebrandt lo siguiente: «La verdad, reconozco que me sorprendió esa explosión de odio contra los SS en la Dirección política[162].»

Los indignados farautes presentaron un ultimátum a todos los

* Graduación del Partido.

confidentes SD descubiertos dentro del Partido: una de dos, decidirse por el NSDAP o por las SS. Kampe puso en conocimiento del informante Pohle que *uno no podía obedecer al Gauleiter y* contraer simultáneamente un compromiso con el «señor Himmler» [163]. El Mando SA prohibió toda gestión en nombre del SD. El *Scharführer SA* Hermann Springer, *Blockstellenleiter* interino del SD, recibió el 26 de marzo de 1943 la siguiente notificación de su estandarte SA: «Según ha ordenado el grupo SA Weichsel, ningún militante SA podrá prestar servicio en el SD. Usted deberá presentar, pues, en el plazo de ocho días una declaración jurada en la que haga constar su separación definitiva del SD. Si no lo hace así, nos veremos obligados a expulsarlo de las SA [164].» Algunos caciques nazis intentaron denunciar al confidente del SD como enemigo del Partido para desarmarlo del todo. Así, por ejemplo, el *Kreisleiter* Kampe hizo comparecer al camarada Kurt Oehlert, colaborador técnico del SD, ante un Tribunal nacionalsocialista y le acusó de «enfrentarse al NSDAP y desbaratar sus designios». Pruebas: el confidente Oehlert no ha colaborado lo suficiente con el Partido [165].

Otros funcionarios nacionalsocialistas declararon un boicot absoluto al SD. El *Gauleiter* Wilhelm Kube, comisario general de Rutenia blanca, prohibió a los empleados masculinos y femeninos de su plana mayor toda comunicación con agentes del SD; ningún subordinado de Kube pudo entrar en la delegación de ese servicio, las entrevistas oficiales con el SD requirieron una autorización del *Gauleiter* y aun así debían desarrollarse en el recinto de la Comisaría general [166]. Incluso el secretario Bormann advirtió severamente al *Reichsführer* el 2 de febrero de 1943: «No hace mucho le indiqué que varios *Gauleiter* tenían la impresión de hallarse bajo la vigilancia del SD, como si este organismo se creyera obligado a supervisar el trabajo del Partido. Me parece urgente e indispensable que usted aclare esos extremos a los *Gauleiter* mediante una carta circular [167].»

Cuando la gritería de los funcionarios nacionalsocialistas adquirió estridencias insospechadas, el jefe SS claudicó. El 18 de marzo de 1943, Himmler dirigió a Bormann un escrito en el que aseguraba que el SD «tenía, como siempre, orden estricta de no ocuparse con los asuntos internos del Partido» [168]. Bormann se dio por satisfecho con esa promesa, pues sabía muy bien que Himmler no podía con el intelectual Ohlendorf y lo aborrecía como a ningún otro jefe SS.

«Dicho claramente, no lo aguanto —confió Himmler a su médico Kersten—. Es un sabihondo huraño y repulsivo que con sus condecoraciones de oro y su número bajo de afiliación SS cree ser el

único campeón del nacionalsocialismo[169].» Himmler «se sintió siempre achicado en presencia de Ohlendorf», según manifestó su propio secretario Rudolf Brandt; «se figuró hallarse ante un segundo *Reichsführer* que sabía todo mejor y podía demostrarlo hasta el menor detalle»[170]. No cabía duda: Otto Ohlendorf era el último militante por quien daría la cara Himmler en una controversia con el Partido. Y como se esperaba, el jefe SS restringió las actividades del SD. Orden tras orden, Himmler echó a perder el invento SD.

Con frecuencia, «los partes del Reich» presentados ante Himmler fueron devueltos en pequeños fragmentos a Ohlendorf; una y otra vez amenazó el *Reichsführer* con la detención del entremetido y la disolución de su SD interior si se obstinaba en seguir investigando los asuntos del Partido[171]. Himmler rehusó también presentar a Hitler esos «partes del Reich», los más fieles reflejos de la situación real. Himmler: «Por desgracia, entrañan tanto pesimismo que resultan impresentables. No conviene perturbar la fuerza creadora del Führer.»

—¿Y si fueran veraces? —preguntó Kersten.

—Eso es lo de menos —rebatió Himmler—. Yo debo ahorrar al Führer todas las bagatelas negativas aun cuando parezcan muy importantes[172].

Sin embargo, el jefe de negociado Ohlendorf no mostró la menor inclinación a acatar las órdenes de su *Reichsführer*. El SD siguió escudriñando las entrañas del Partido. Y eso, precisamente, facilitó las cosas al taimado Goebbels quien, con ayuda de Martin Bormann, puso en movimiento un alud que habría de sepultar la obra de Ohlendorf. Goebbels exigió que se prohibiera el «parte del Reich» o, por lo menos, se le hiciera fundirse con los informes emitidos periódicamente por el negociado de Propaganda (sujeto a Goebbels). Motivo: los partes SD informaban a sus destinatarios —entre ellos a varios cargos estatales— sobre acontecimientos del Partido que concernían exclusivamente a la Secretaría de éste[173].

El caballero del Promi descargó también el primer mazazo sobre aquel malhadado SD. Prohibió la distribución de los susodichos partes en su Ministerio, ya que éstos tenían por único objeto —como recuerda todavía textualmente el director de radio Hans Fritzsch a propósito de una alocución radiodifundida de Goebbels— «divulgar entre círculos dirigentes de Partido y Estado ciertos conceptos derrotistas sobre la actitud popular y las posibilidades de ganar esta guerra»[174]. El 12 de mayo de 1943, Goebbels hizo ya una significativa anotación en su Diario: «Ahora el *Reichsführer* parece dispuesto a suspender los informes SD, puesto que a largo plazo le harán pasar

por un derrotista[175].» Desde luego, hasta aquel momento se ignoraba todavía cómo procedería Martin Bormann... y, por tanto, Himmler se mantuvo a la expectativa.

El secretario nacionalsocialista permaneció inactivo largo tiempo hasta que un suceso imprevisto desbarajustó totalmente las relaciones entre Himmler y el jefe de la Secretaría nacionalsocialista: en agosto de 1943, Himmler fue nombrado ministro de la Gobernación. Entonces se llegó al temido enfrentamiento entre Partido y Escalones de Protección. Y allí comenzó el duelo de ambas potencias internas.

Himmler barruntó la inminencia de un cambio, pues Bormann formaba con los adversarios del SD y exigía el cumplimiento más estricto de las órdenes distribuidas por el Partido. Mas éstas decretaban que los dictámenes sobre asuntos internos nacionalsocialistas e incluso la valoración política de funcionarios gubernamentales, atañen exclusivamente al Partido. Paulatinamente, los adversarios del SD cercaron el mecanismo Ohlendorf y coartaron su movilidad: en el verano de 1943, los destinatarios de aquellos «reveladores partes» quedaron reducidos a un círculo mínimo, y un año después los informes quedaron suspendidos definitivamente[176]. Al propio tiempo, Bormann prohibió toda colaboración con el SD tanto para funcionarios oficiales como honorarios del NSDAP, y poco después le imitó el Frente alemán del Trabajo (DAF) con una prohibición similar...; las SA se les habían anticipado mucho[177].

¿Se defendió Heinrich Himmler contra esa desnaturalización de su SD? ¿Movilizó por fin todas las fuerzas a su disposición? No, no hizo el menor gesto defensivo. Simplemente, claudicó. Ohlendorf tronó: «¡Él tuvo mucho poder, pero en realidad no lo ejerció jamás en Alemania! ¡Él y su poder fueron pura filfa[178]!» El maniobrero Himmler sólo conoció un medio para salvar su SD: alargar indefinidamente las negociaciones iniciadas con la Secretaría del Partido sobre los nuevos deberes asignables al SD, en espera de algún milagro. Cuando terminó la guerra, Himmler estaba negociando todavía[179]. Pero no parecía creer ya en un favorable desenlace; hacía mucho que había asignado al Negociado SD una especialidad policíaco-jurídica del acervo ministerial. Así daba nueva ocupación al Servicio de Seguridad y justificaba su existencia[180].

El paso atrás de Himmler reveló, entre otras cosas, una debilidad interna en la Orden que había pasado inadvertida tras aquella fachada rutilante de solidaridad totalitaria. Los SS no se atrevieron jamás a librar batalla con el Partido, porque sus jefes no pudieron ponerse

de acuerdo sobre los intereses concretos de la organización. Pues aquella unidad monolítica de la Orden negra fue un mito celosamente cultivado por los propagandistas del doble signo rúnico.

Himmler no se hizo muchas ilusiones; pronto percibió que la férrea unidad de los Escalones era una alucinación. Ya había expresado «sus ocasionales preocupaciones» en 1940 ante los jefes del estandarte personal «Adolf Hitler»: «El Arma SS sólo vivirá si viven las SS ordinarias. Y esto sólo ocurrirá cuando el Cuerpo entero sea una verdadera Orden, que viva por y para las leyes engendradas en sí misma y comprenda que ninguna de las dos partes puede existir sin la otra[181].» En octubre de 1943, fue todavía más explícito ante los *Gruppenführer SS* de Poznan: «¡Ay de nosotros si las SS y la Policía se enemistaran! ¡Ay de nosotros si los negociados centrales intentaran con buena voluntad, pero pésima interpretación de sus obligaciones, sustraerse a toda orden procedente de arriba! Ello ocurriría el día en que alguien me matara a tiros, y sería el fin de los SS.» Pintó con tonos sombríos el ocaso de la Orden negra: «¡Ay de nosotros si algunos empezaran a considerar errónea su misión aquí! ¡Ay de nosotros si estos lazos [entre las organizaciones SS] se rompieran un día...! ¡Entonces, creedme, todo esto se sumiría en su antigua inanidad al cabo de una generación[182]!»

En tales exhortaciones a la unidad se reflejó ocasionalmente la inquietud propia de un empresario, obsesionado por la expansión comercial, que levanta más y más industrias hasta verse a punto de perder la supervisión y el control sobre todas ellas. Asimismo, Heinrich Himmler, hombre desconfiado y temeroso por naturaleza, debió de preguntarse muchas veces si seguía siendo dueño de su propia casa. Cuanto más dinámico y devorador fue el desarrollo de los Escalones, más evidentes resultaron los aires arrogantes de subjefes engreídos, y el automatismo de organizaciones subsidiarias, cada vez más ajeno a su propio creador, Himmler. Por añadidura, ante el gigantismo incontenible del organismo SS, Himmler se vio obligado a reclutar en los Escalones individuos cuyas convicciones no concordaban, ni mucho menos, con un nacionalsocialismo químicamente puro.

Hasta las vanguardias SS se llenaron poco a poco de elementos heterogéneos que daban a los Escalones un carácter pluralista sumamente extraño en medio de aquel caudillaje dictatorial y totalitario. Los SS parecieron una gigantesca excrecencia que absorbía las mentes más contrapuestas..., tan contrapuestas que los Escalones de Protección encontraron a menudo grandes dificultades para presentarse

ante el mundo como un bloque homogéneo. «Por desgracia es así —se indignaba Andreas Schmidt, jefe de la minoría alemana en Rumania y yerno de Gottlob Berger—. Incluso cuando se avecinan tiempos difíciles, los afiliados de nuestros Escalones urden intrigas y multiplican las dificultades ya existentes en lugar de formar un frente común[183].»

Los múltiples y variados intereses de las organizaciones subsidiarias SS, así como esa fe en la propia predestinación inculcada durante largos años, originaron un disparatado señorío que muchas veces se revolvió contra el propio reglamento de la Orden. Jefes SS hambrientos de poder y de prestigio lucharon entre sí en perjuicio de los Escalones, e incluso se dieron casos de descarado nepotismo donde altos jefes SS se opusieron a los intereses y las órdenes de Himmler. En el ejemplo dado por los jefes superiores de Policía y SS se trasluce el esfuerzo desarrollado por Himmler para abrirse paso en aquella jungla de camarillas internas SS. Le costó gran trabajo hacer respetar a sus principales representantes; los jefes superiores de Policía y SS fueron objeto de muchos agravios y desacatos en la organización SS.

Durante el año 1937, Himmler había creado los cargos de HSSPF con dos finalidades concretas: agrupar SS y Policía para formar un «Cuerpo protector gubernamental a escala nacional» (como el mismo Himmler había hecho ya en la Central) y, además, supervisar como representante directo de Himmler todas las unidades SS[184]. Realmente, el cargo HSSPF fue una medida preventiva contra futuras adversidades. Desde que los Escalones iniciaron su incesante crecimiento y dieran vida a más y más organizaciones, Himmler vivía bajo la estremecedora pesadilla de que su imperio SS se disgregara y una buena parte se hiciera independiente, y los encumbrados burócratas de las organizaciones subsidiarias, los jefes de negociados centrales, terminaran arrollando la posición autocrática del *Reichsführer*. Por eso, Himmler concebía el HSSPF no sólo como un aglutinante del pluralismo social SS sino también cual deseable contrapeso de las pletóricas Direcciones generales SS.

Es casi ocioso decir que los grandes visires de las poderosas Direcciones generales berlinesas no ahorraron esfuerzos para proveer a los virreyes del sultán de las SS con resonantes títulos administrativos sin la menor trascendencia. Como quiera que, además, la tradicionalista Administración pública negaba al innovador HSSPF todo carácter autoritario y todo poder determinativo, y Himmler le había asignado al principio una misión puramente representativa para enmascarar su finalidad ante la renitente Administración[185], resultaba

que los competidores SS del HSSPF podían moverse sin impedimentos.

Pero cuando Himmler consiguió colocar también sus HSSPF en las regiones europeas ocupadas e investirles con mayor poder puesto que allí no se oponía ninguna administración conservadora, las unidades SS contaron entre sus entretenimientos favoritos el hacer caso omiso ostensiblemente del HSSPF dondequiera que fuese. Así, por ejemplo, la Dirección general de Orden público rechazó repetidas veces la instancia de los HSSPF solicitando atribuciones para imponer correctivos y ostentar grados jerárquicos en la Orpo [186]. Además, el jefe superior de Orden público exigió que los HSSPF fueran subalternos suyos en Rusia [187]. Una vez y otra los jefes SS dejaron entrever que esos delegados de Himmler no eran especialmente bien venidos. Al HSSPF destinado en Hamburgo, el comandante del KZ local le negó todo dato sobre la población penal alegando que había prometido guardar silencio, y el comandante del estandarte calavera SS número 8, *Oberführer SS* Leo von Jena, negó al HSSPF Krüger el derecho a pedirle informes sobre efectivos, distribución táctica y moral de sus fuerzas [188].

Particularmente, el Arma SS frustró todos los intentos del HSSPF para ganar autoridad sobre ella. Cuando Krüger ordenó al *Oberführer* Von Jena que ocupara nuevas posiciones con sus tropas para una operación inminente contra los guerrilleros polacos, éste se negó en redondo y la remitió al inspector general de estandartes reforzados de la calavera, que era el único con autoridad para ordenar tales movimientos [189].

Himmler se encolerizó tanto ante la desobediencia de esos subjefes que redactó nuevas órdenes sobre las facultades atribuibles a los jefes superiores de Policía y SS, pues «como había descubierto en el caso del Arma SS, las prescripciones vigentes hasta entonces permitían inferir "en la práctica" que el jefe superior de Policía y SS podía ayudar al Arma SS siempre y cuando ésta no lo tratara como a un intruso indeseable» [190]. Y a los reacios visires Himmler les dirigió el 16 de marzo de 1942 la siguiente amonestación: «Yo ruego a todos mis jefes de Dirección general que se pregunten reflexivamente si les gustaría ocupar ese puesto desprovisto de toda dignidad y autoridad. Ruégoles también que reflexionen sobre el futuro de SS y Policía dentro de diez años si yo decidiera seguir respaldando ese nuevo cargo [191].

Himmler proveyó a sus sátrapas con poderes excepcionales. Subordinó todas las jerarquías de los SS ordinarios, comandantes de la

Orpo, Sipo y SD, la Dirección general de Minorías étnicas alemanas y las planas mayores de Direcciones generales al HSSPF dentro de su zona jurisdiccional [192]. En un esquema elaborado por el Estado Mayor personal de Himmler (enero, 1943) se decía que el HSSPF «asume las siguientes responsabilidades: el tráfico regular SS y la presentación en público de todos los mandos pertenecientes a SS ordinarios, Arma SS, Policía de Orden público y Servicio de Seguridad [193]. Los HSSPF reclamaron desde entonces la competencia exclusiva sobre todas las cuestiones SS en sus eventuales sectores de servicio [194].

No obstante, las Direcciones generales buscaron brechas en la autoridad del jefe superior de Policía y SS, ya que, por ejemplo, el «Reglamento provisional de Servicio» para HSSPF del 8 de enero de 1943 decía que todos los militantes SS están subordinados al HSSPF «por cuanto concierne a su comportamiento ordinario, órdenes e instrucciones en el terreno profesional», pero sólo las Direcciones generales «pueden dar órdenes tácticas a sus respectivos subalternos» [195]. Cuando los HSSPF denunciaron nuevos sabotajes de las Direcciones generales, Himmler acrecentó las atribuciones de sus mandatarios: cuando los jefes SS partieron en viaje de servicio a las Direcciones generales deberían presentarse ante el HSSPF local, y asimismo éste refrendaría los permisos de vacaciones [196].»

Sin embargo, el *Reichsführer* sabía muy bien que la autoridad del HSSPF existía, con demasiada frecuencia, únicamente en el papel. Himmler, en 1943: «Debe ordenarse de tal forma que bajo el décimo *Reichsführer* esta Orden de los SS permanezca intacta en todas sus partes..., y sea un bloque, un Cuerpo, una verdadera Orden [197].» Los numerosos sumarios de procesamientos por indisciplina y faltas evidenciaron que la Orden era, en realidad, una palestra donde dirimían sus diferencias los más diversos e irreconciliables elementos. Apenas había un alto jefe SS que no hubiera acusado a otro de traicionar la política o el ideario de los Escalones.

El HSSPF de Servia, *Gruppenführer* Meyszner, promovió un proceso contra cierto camarada suyo, el jefe administrativo de guerra y *Gruppenführer SS* Harald Turner, porque había divulgado en una taberna varios detalles sobre una inminente operación contra los guerrilleros haciéndose con ello culpable de traicionar los secretos de Estado. Meyszner estorbó también la política de Turner orientada contra la Wehrmacht porque le pareció husmear en aquel camarada SS a un peligroso competidor [198]. «Con su proceder —se quejó Turner al HSSPF Meyszner el 29 de agosto de 1942— ha demostrado usted, desgraciadamente, que no entiende el hondo significado del concep-

to SS (es decir, una Orden, una colectividad bajo juramento) y menos todavía la idea sugerida por mí, consistente en ofrecer una consigna a los influyentes de la Wehrmacht para dominar el espacio juntos [199].»

El *Brigadeführer* doctor Otto G. Waechter, gobernador de Galitzia y algo así como un idealista nazi, se puso al lado del gobernador general Frank en la lucha entre éste y Himmler, y se enfrentó con el HSSPF Krüger, reprochándole que azuzara innecesariamente la cruzada contra Frank en perjuicio de la autoridad alemana [200]. Krüger le devolvió el cumplido: «Usted viste uniforme de *Brigadeführer SS*, cierto; y, sin embargo, no ha dejado entrever jamás en la forma de desempeñar sus funciones que sea un militante SS [201].»

El jefe del SD interior Otto Ohlendorf reprochó al redactor jefe del *Schwarze Korps*, Gunter D'Alquen, «las increíbles acometidas difamatorias del órgano informativo SS contra corporaciones enteras» [202], a lo cual replicó inmediatamente el avispado periodista que Ohlendorf haría mejor callándose, pues sus propios conceptos «desestimaban las ideas básicas nacionalsocialistas y los intereses particulares de la organización SS» [203]. A Ohlendorf se le antojó la réplica de D'Alquen «cual respuesta que sólo podía recibir la calificación de burda aldabada». Así, pues, se presentó en el Estado Mayor personal de Himmler para «rogar el correspondiente correctivo contra D'Alquen» [204]. El secretario de Himmler, Rudolf Brandt, se desconcertó un poco: «Ambas partes deberían olvidar generosamente este enojoso asunto para que se pudiera entablar un diálogo entre usted y el *Standartenführer* D'Alquen a fin de poder discutir sobre... su futura colaboración en interés de las SS [205].»

Asimismo, el jefe de la Dirección general SS, *Gruppenführer* Gottlob Berger, se sintió constantemente ofendido por muchos camaradas SS, entre ellos especialmente el HSSPF y *Obergruppenführer* príncipe heredero De Waldeck-Pyrmont. Berger: «El príncipe heredero De Waldeck no me tiene mucha simpatía. ¿Por qué? Lo ignoro [206].» En 1943, llegó a oídos del príncipe heredero el reclutamiento coactivo empleado por los hombres de Berger para nutrir con «voluntarios» las filas del Arma SS, y, en consecuencia, hizo instruir un proceso por coacción contra uno de los reclutadores, el *Hauptsturmführer* Lange. Berger se enfureció: «Ahí tenemos el catastrófico cuadro de un jefe superior SS y Policía que está haciendo su agosto con la Iglesia católica...; pues bien, este señor hace suyo un asunto cuya resolución tuvo lugar hace mucho, después de largas negociaciones personales, y ahora el hombre "acumula todavía infor-

mación", interroga a los padres y organiza, en suma, un escándalo tremendo [207].»

Los grandiosos sueños germánicos de Himmler revistieron la unidad SS con un disfraz sumamente grotesco. En realidad, los razonamientos menudearon. Por ejemplo, el *Gruppenführer SS* Seyss-Inquart, comisario de la Holanda ocupada, se enemistó con los «SS neerlandeses» orientados desde la Dirección general berlinesa, y se asoció con el movimiento nazi de Adrian Mussert, a quien Himmler calificaba despreciativamente de «corrupto» [208]. En Bélgica, se enzarzaron al mismo tiempo los tres partidos SS: el *Gruppenführer SS* Eggert Reeder, jefe de la administración militar en el Alto Mando de Bélgica y Francia septentrional, apostaba por el jefe nacionalista flamenco que aspiraba a una «Gran *Dietschland*» (incorporación a Holanda de la región flamenca belga) [209]. El jefe de la Dirección general SS Gottlob Berger promovía y dirigía la «DEVLAG», una organización de colaboracionistas belgas que patrocinaba la anexión del territorio belga flamenco a Alemania [210], y el jefe belga fascista Léon Degrelle, ingresaba con sus partidarios en el Arma SS (opuesta a Berger) para desbaratar los planes «gran *dietschen*» y «gran *deutschen*» y salvar la unidad nacional belga [211]. Por otra parte, en Dinamarca, Berger enfrentaba al *Sturmbannführer SS* Martinsen, jefe del Cuerpo danés voluntario SS «Danmark» con el jefe nazi local Frits Clausen, hasta averiguar que Martinsen aborrecía la política alemana, y entonces quiso enviarlo a un campo de concentración [212]; mientras tanto, en la Dirección general de Mandos, concretamente el Alto Mando del Arma SS, había voluntarios fineses con grados SS que habían recibido del Gobierno finlandés una misión secreta: vigilar los contactos establecidos por las SS en Finlandia [213].

Difícilmente pudo haber cohesión interna en aquel laberinto de intereses particulares tanto individuales como nacionales. Himmler tampoco pudo forjar la unidad donde medraba esa confusa multiplicidad. El individualismo brusco y agresivo de los jefes SS no aminoró su ímpetu ante el *Reichsführer*. La figura rechoncha y bufonesca del *Reichsheini* se impuso a duras penas en la confrontación personal con los arrogantes subjefes. A Himmler le disgustó siempre recibir a varios subjefes de golpe; siempre se sintió más seguro tras sus montañas de expedientes, bajo el fuego defensivo de las innúmeras órdenes que distribuía sin cesar por sus dominios.

«Se dice de usted que ya no escucha a quienes desean ver y llamar las cosas tal como son», escribía cierta vez al *Gruppenführer SS* Theodor Eicke, esbirro mayor de los KZ. Y, acto seguido, le alec-

cionaba: «Los jefes SS no pueden decir siempre *Jawohl*. Y quienes lo hacen prestan un flaco servicio a sus superiores [214].» El tono empleado por algunos con Himmler fue a veces tan despectivo que el *Reichsführer* hubo de prohibir la insolente jerga cuartelera. Berger le aplaudió: «La crítica es necesaria, pero hay cierta crítica de los jefes SS a sus superiores y máximas autoridades que resulta indigna. Aparentemente, aquí tenemos muchos jefes cuyas mentalidades no han logrado superar todavía el grado de teniente [215].»

Berger, el más leal entre los leales, hizo, incluso, una propuesta a su *Reichsführer* para decapitar la desobediencia en los cuadros de mando superiores. «Puesto que no ha muerto todavía el hábito de atacar al *Reichsführer* por razones puramente personales, y, como se puede demostrar, anida aún en el pensamiento consciente o subconsciente de varios jefes superiores —escribía a Himmler el 2 de diciembre de 1940— estimo necesario y urgente crear un cargo que se ocupe de prevenir a los militantes SS antes de que cometan una deslealtad o emprendan el camino hacia ella.» Quienes cometieran por tercera vez tal deslealtad en perjuicio de su *Reichsführer* «deberían atenerse a las consecuencias, es decir, abandonar voluntariamente los Escalones o ser expulsados, puesto que habían violado la ley básica de los Escalones: fidelidad al *Reichsführer*. ¡Cuando se despida a dos o tres jefes de golpe, correrá pronto la voz y nuestra reputación se fortalecerá considerablemente!» [216].

Desde luego, Himmler conoció también otros métodos para domeñar a los levantiscos subalternos. Amonestaciones en el más desabrido estilo pedagógico, vigilancia de muchos altos jefes y consiguiente distribución de una orden al mayor número posible de funcionarios...; todas esas medidas y otras más implicaban un sistema de control en el que se ahogaba en germen el nacimiento de nuevos poderes centrales. Mediante constantes reprimendas y rapapolvos, se procuró recordar permanentemente a los jefes SS que el *Reichsführer* era la única fuente de su poder.

Himmler al *Brigadeführer* Hintze: «Le he brindado la oportunidad de mandar sobre SS y Policía. Si no consigue alejarlos de la incontinencia, la ebriedad y la megalomanía, usted mismo será culpable de que su carrera sea un fracaso [217].» Poco después, otro réspice: «Preséntese al *Obergruppenführer SS* Jeckeln como se le ha ordenado. Procure pronunciar menos discursos y trabajar más [218].» El *Oberführer SS* profesor Arnold Waldschmidt tuvo que oír cosas como éstas: «Espero de usted, cual antiguo camarada y militante SS del futuro, que se atenga estricta e incondicionalmente al criterio del Füh-

rer. Por esta vez, haré caso omiso..., aunque usted ha dañado gravemente el prestigio del germanismo y de las SS. Hasta nueva orden, usted no recibirá más autorizaciones para salir al extranjero [219].»

También oyeron sermones los *Obergruppenführer* más acreditados. Uno al HSSPF del Sudoeste: «Le ruego que en estos graves momentos saque a relucir de una vez la dureza y energía necesarias para atajar el pánico [220].» Al antiguo amigo íntimo y rival, *Obergruppenführer* Kurt Daluege: «Te lo advierto...: intervén con mano férrea y mata el espíritu burocrático que vaga todavía por ahí...; desarráigalo sin compasión [221].» Se inmiscuyó, incluso, en la vida matrimonial de sus jefes SS. «Querido Pancke —escribía el 16 de mayo de 1944 al HSSPF de Dinamarca—: Le ruego un pequeño favor... Aleccione cuanto antes a su esposa para que no divulgue más opiniones sobre tal o cual acontecimiento político en el *Gau* ni vuelva a hablar del *Gauleiter* con tal llaneza e indolencia y en tan diversos lugares. Sea como fuere, tengo la impresión de que usted no ha asumido todavía en su matrimonio el mando necesario para educar a su joven esposa según se espera de todo jefe SS [222].»

Simultáneamente, hizo vigilar a los altos jefes SS y anotar cualquier irregularidad en sus vidas privadas. Muchos se vieron asediados por cartas anónimas, a lo cual atribuyó Himmler suma importancia.

Eso lo experimentó también el *Obergruppenführer* Oswald Pohl, jefe de la Dirección general de Economía y Administración, a quien se pidió una aclaración sobre cierto escrito en el que se afirmaba que el cuñado de Pohl, Clasen, director general de la Cruz Roja alemana, se estaba enriqueciendo con la mercancía confiada a su administración en el almacén de Neubabelsberg [223]. Cuando Pohl leyó «aquella basura» se irritó con su *Reichsführer*. «Eso nos ocurre por dar tanta importancia a las cartas anónimas», se quejó en un escrito al secretario de Himmler, Brandt. «El *Reichsführer* muestra esa tendencia. De todas formas, su criterio al respecto... ha encontrado muy diversos ecos, la mayor parte repulsas y sacudidas de cabeza. Yo, personalmente, propongo que se condene al fuego cada carta anónima, pues ése es su lugar [224].» Coléricamente, Himmler se desentendió de toda crítica. El 29 de agosto de 1942, dictó lo siguiente: «Siguiendo la costumbre inveterada y hasta ahora vigente de que el superior califique al subordinado, yo pienso calificar a mis *Gruppenführer* y *Obergruppenführer* por el número de cartas anónimas que lleguen a su dirección [225].»

Cada jefe SS controló al vecino. El *Obergruppenführer* Wolff pre-

sentó un informe al *Gruppenführer* Kaltenbrunner en el que se decía que su familia derrochaba el cupo oficial de gasolina [226], y el *Brigadeführer* Ohlendorf presentó un informe al *Obergruppenführer* Wolff, del cual se infería que éste hacía transportar demasiados gansos y ánades —cantidades ingentes— a su domicilio particular en vehículos oficiales [227]. Algunas veces, Himmler desconfió de los veteranos jefes SS y se sirvió de extraños para su control. En 1940 encontró un «supersoplón», ajeno a los Escalones, que consiguió ser muy pronto el individuo más aborrecido y mejor informado en la Orden negra [228].

Se llamaba Richard Korherr, era doctor, ferviente católico y uno de los más famosos especialistas estadísticos del Reich. «Naturaleza temerosa, algo tímido, irritable, sensitivo»: así lo describió la jefatura provincial NS de Würzburg [229]. Pocos parecían menos apropiados para afrontar los robustos intereses políticos de las Direcciones generales. Pero eso era justamente lo que se proponía Himmler con el desprevenido estadístico Korherr. El científico sería «inspector de Estadística a las órdenes directas del *Reichsführer SS* y jefe de la Policía alemana y comisario del Reich para el fortalecimiento de la raza germánica», y por sus habilidosas manos pasarían los datos e informes de las Direcciones generales. Los jefes de éstas se solidarizaron instantáneamente para zafarse del neófito. El propio Berger, siempre tan preocupado por el prestigio de su *Reichsführer*, intentó hacerse con el espía. Berger: «Oye, Korherr, vente a mi campo. Para comenzar, te haré inmediatamente *Standartenführer*.» El especialista estadístico rehusó [230].

Korherr averiguó muy pronto las mentiras grandes y pequeñas con que los jefes aderezaban sus éxitos para exponerlos ante Himmler. E hizo a éste las oportunas consideraciones. «Si yo quisiera —decía Korherr— podría reclutar ahora mismo en las Direcciones generales SS suficiente personal para formar tres divisiones orgánicas sin causar entorpecimientos al trabajo administrativo [231].» También citó como ejemplo un informe de «Lebensborn» sobre mortalidad infantil que «era una pura adulteración desde el principio al fin» [232]. El director administrativo de «Lebensborn», doctor Gregor Ebner, había anunciado que en sus hogares pediátricos la mortalidad entre los lactantes era de un cuatro por ciento, y el promedio de las restantes instituciones alemanas rondaba el dos por ciento, más o menos. Korherr hizo saber que el índice de mortalidad en los hogares «Lebensborn» alcanzaba un ocho por ciento. Ebner exigió, exasperado, que se arrestara inmediatamente al pedante y enojoso Korherr [233].

Ésa fue también la idea del *Gruppenführer* Greifelt, jefe del Es-

tado Mayor de Direcciones generales. Greifelt sostuvo un altercado con Korherr porque había hecho tomar datos estadísticos sobre los expositores de una exhibición («Lucha y Progreso en Warthegau», Poznan) a los empleados de su Dirección general reservada para las investigaciones raciales, sin consultar con Korherr [234]. El encolerizado estadístico criticó duramente «ese sistema de confrontarlo con los hechos consumados», e insinuó que «tal vez cerrara la tienda y rogara al *Reichsführer SS* que, dada la resistencia pasiva y continua de las Direcciones generales y sus jefes, le eximiera de esas funciones tan extremadamente desagradecidas» [235]. «¡Esto es inaudito! —exclamó Greifelt, devolviendo el fuego—. ¡Imputar "resistencia pasiva" a quienes se vienen sacrificando fielmente por el *Reichsführer* desde hace largos años!» Y el mismo Greifelt: «¡Una invención pescada al vuelo quién sabe dónde [236]!»

Aquella polémica desató una lucha abierta entre el estadístico y las Direcciones generales. Los jefes no descansaron hasta dar con Korherr en tierra. Greifelt protestó ante el *Reichsführer* contra «la incalificable conducta del inspector para estadísticas» [237], y el Estado Mayor de Direcciones generales acusó a Korherr de usar un vehículo oficial para sus fines privados [238]; Berger sugirió que se diera «ya por muerto» a Korherr [239].

Por fin, un jefe de Dirección general pasó al contraataque con medios más contundentes. El *Obergruppenführer* Richard Hildebrandt, nuevo jefe de la Dirección general «Raza y Colonización», llamó al doctor Korherr y le propuso una entrevista el 12 de agosto de 1943; cuando lo vio ante sí le dijo que se había arrogado sin ningún derecho el título de censor sobre su Dirección general. Entonces sucedió lo que se puede leer en un parte de Korherr a Himmler: «Yo quise marchar, pero el *Ogruf.* Hildebrandt dijo todavía: "En cualquier caso, no pienso consentir sus majaderías." Yo repuse espontáneamente: "Las majaderías serán las suyas." Saludé una vez más y di media vuelta para retirarme. Hildebrandt corrió tras de mí y me asestó dos sonoras bofetadas, una en la mejilla derecha, otra en la izquierda. Y agregó si mal no recuerdo: "Y ahora, ¡afuera!" Aunque no puedo jurarlo. Me alejé sin decir palabra ni responder a la agresión [240].» Amargado y resentido, Korherr esperó una satisfacción. Transcurrieron las semanas. El *Reichsführer* no dio apenas señales de vida ni socorrió a su estadístico. Lo que quiso arrancar Himmler al jefe de la Dirección general no fue una tibia disculpa dirigida a Korherr, sino una en toda regla... y a él. Hildebrandt escribió: «Muy distinguido *Reichsführer:* ruégole respetuosamente me permita sincerarme por la ofensa

de obra infligida al consejero gubernamental doctor Korherr. *Heil Hitler!* Su fiel servidor, Hildebrandt [241].»

Richard Korherr asimiló bien la lección. Evidentemente, Himmler no estuvo en condiciones de proteger a su inspector. Korherr pidió un destino a las inmediaciones de Regensburg donde fundó por encargo de Himmler un Instituto de Ciencia estadística donde no podían alcanzarle las puñadas de los iracundos jefes [242]. Asimismo, el episodio Korherr reveló cuán sólida e independiente era la posición de una Dirección general en las junturas del sistema SS. Por supuesto, las Direcciones generales cerraron filas ante el peligro común..., aunque cada una siguiera haciendo el trabajo cotidiano por sus propios caminos. «En lugar de desarrollarse al unísono como hubiera deseado Himmler —comentaba el *Oberführer* Reinecke después de la guerra— nuestras organizaciones crecieron siguiendo líneas divergentes entre sí debido a la diversidad de sus cometidos [243].»

No raras veces practicaron políticas que difícilmente pudieron ser reducidas a un denominador común: la Dirección general de Seguridad abogó ferozmente por el aniquilamiento de todos los judíos, mientras que la de Economía y Administración procuró mantener con vida a todos los judíos hábiles para el trabajo [244]. Los dirigentes de la RSHA se aferraron al concepto del ruso «infrahumano» haciéndolo prevalecer en la política de ocupación; por el contrario, la Dirección general SS promovió la formación de un Ejército ruso antisoviético con mandos alemanes [245]. La Gestapo sustentó criterios mucho más rigurosos que el SD respecto a la seguridad del Estado (por ejemplo: escuchar los programas radiofónicos enemigos) [246]. La WVHA intentó sustraer sus empresas a todo control estatal, mientras que un grupo de jefes SS capitaneado por Ohlendorf insistió en una severa fiscalización gubernamental sobre las empresas mercantiles e industriales SS [247]. En Rumania hubo cuatro clases de política SS: reclutar el mayor número posible de alemanes nativos según el curso marcado por la Dirección general SS; la trayectoria más radical todavía del Vomi; los métodos opuestos al Vomi aplicados por la VDA bajo el mando del *Standartenführer SS* Minke; y la política privada del Servicio AA orientado por el *Oberführer SS* y cónsul general Rodde [248].

Sin embargo, en la historia de aquellas Direcciones generales nadie hizo un esfuerzo tan ostensible y desafiador por independizarse del complejo SS como esa tropa que propagó la atroz celebridad de los Escalones por el vasto campo de batalla europeo y, no obstante, recusó con ímpetu creciente el ideario de la Orden negra: el Arma SS.

15. El Arma SS

En marzo de 1942 la Dirección general de Seguridad del Reich dirigió a Heinrich Himmler un informe secreto en el que algunos investigadores SD habían recapitulado lo que pensaban los alemanes sobre la tropa más temida y también la más coriácea de Adolf Hitler. «Fundamentalmente, se comprueba —informaban los indagadores SD— que el Arma SS ha conquistado un lugar en la aceptación del pueblo mediante sus propias virtudes. A este respecto, se comenta favorablemente la excelente camaradería, así como las relaciones humanas entre jefes SS, subalternos y números.»

El SD captó también, sin embargo, «tonos discordantes, voces exteriorizando que el Arma SS no tenía... oficiales profesionales bien adiestrados» y que, por tanto, «se sacrificaba irreflexivamente a los militantes». Asimismo, el Arma alardeaba de «una temeridad irracional» porque creía poder «dar lecciones» a la Wehrmacht. Y algo peor todavía: «Algunos maledicentes afirmaban que el Arma SS era una especie de "vigilante del elemento militar". El adiestramiento de los militantes SS, cuya principal característica era la más brutal implacabilidad, estaba concebido también, al parecer, con la intención de utilizar los contingentes SS contra otras formaciones alemanas si llegara el caso. Resumiendo: el Arma SS está conceptuada como una tropa sumamente inflexible que jamás hace prisioneros, puesto que aniquila a todo oponente sobre la marcha [1].»

Así esquematizó el SD con rápidos trazos la opinión popular sobre el Arma, una tropa que reflejó múltiples veces como ningún otro Cuerpo SS el horror e idealismo de la Orden negra, y que provocaba un temor no exento de admiración en muchos alemanes. Con aquel Arma SS, el gran maestre Himmler proporcionó al régimen nacionalsocialista una guardia férrea cuyos soldados cosecharon un éxito militar tras otro en la Segunda Guerra Mundial y cuyos jefes, sin

embargo, se mostraron demasiado recalcitrantes respecto a su Führer para poder acatar ciegamente las quimeras ideológicas de su *Reichsführer.*

Concebida en principio como Guardia del Partido, adiestrada para una guerra fanática y despiadada de conquistas ideológicas, el Arma SS se fue distanciando visiblemente con los años de Himmler y de su Orden. La Segunda Guerra Mundial y sus consiguientes peripecias transformaron a los legionarios del *Reichsführer* en soldados casi ordinarios, en unidades regulares en las que apenas fueron perceptibles las diferencias con la Wehrmacht. Pero la sentencia colectiva de Nuremberg encasilló al Arma SS como un «ejército de proscritos» (Felix Steiner), una turba de fanáticos políticos. Sus soldados, desprovistos de todo rango militar, fueron parangonados con los comandos asesinos de la RSHA y los sayones del KZ.

Los ex oficiales de la Wehrmacht pudieron haber corregido esa impresión parcial sobre el Arma, pero muchos enmudecieron. Otros muchos parecieron olvidar que antaño les había alegrado saber que las divisiones escogidas del Arma SS apoyaban su acción. Y no pocos militares contribuyeron a la sentencia global dictada contra aquellas tropas. Unas veces fue el mariscal Albert Kesselring opinando súbitamente que el despliegue del Arma SS recordaba «los juegos de un niño caprichoso» [2], otras, el general Siegfrid Westphal lamentándose de que el Arma hubiese arrebatado al Ejército «sus más valiosas reservas y levas» [3] y, para no ser menos, el mariscal Erich von Manstein se expresó con airadas aseveraciones como ésta: «Hizo pagar un alto tributo de sangre sin correlación alguna con los resultados obtenidos [4].» La memoria de algunos militares evidenció notorias lagunas. El estratega Manstein había hecho público otrora los méritos contraídos por la división SS «Das Reich» durante los combates defensivos al oeste de Járkov (agosto, 1943), ya que posibilitó una contraofensiva alemana sujetando las arrolladoras columnas soviéticas en el sector Biélgorod-Valki... Pero el autobiógrafo Manstein no recuerda nada de tales hechos [5].

Ese mutismo ostensiblemente intencional provocó una contraofensiva orquestada por ex jefes del Arma SS y en la cual sus generales estuvieron a la altura de los autobiógrafos militares..., ya que evidenciaron cuando menos las mismas afecciones amnésicas. Esos apologistas del Arma SS, sobre todo el *Oberstgruppenführer* y capitán general retirado Paul Hausser, su camarada ya fallecido Felix Steiner y los portavoces de la «Hiag» *, pretendieron demostrar algo indemostrable:

* Sigla de «Asociación de Socorros mutuos para los Soldados de la ex Arma SS».

que sus formaciones fueron, desde el principio, unidades militares y nada más. Mediante citas apócrifas de Hitler y fechas falsas, todos ellos, particularmente la «Hiag», intentaron adjudicar un origen apolítico al Arma SS y su predecesora, la reserva estratégica SS (VT). Según ellos, la VT nació el año 1935, después de instaurarse el servicio militar obligatorio y, por cierto, como «una cuarta Fuerza armada», una «moderna tropa experimental»[6].

En realidad, la historia del Arma SS se remonta a fechas bastante más lejanas. Su crónica comienza pocos meses después del advenimiento nacionalsocialista, es decir, cuando los Escalones de Protección se disponían a formar unidades armadas. Entonces surgieron en varios sectores y subsectores de las SS ordinarias unos grupos de combate pertrechados con armas portátiles cuya presencia tenía fines disuasivos frente al Ejército SA, pero claramente agresivos contra el adversario democrático todavía despierto aunque ya abatido.

Como norma, fueron cien militantes armados SS los que constituyeron en cada subsector las llamadas guardias de plana mayor. Este título revela que al principio sirvieron únicamente para satisfacer la vanidad del jefe local SS (con frecuencia, desligado de Himmler) y proporcionarle una escenografía marcial. Cuando esa guardia adquiría suficiente adiestramiento, se denominaba comando especial y actuaba como Policía auxiliar porque, entre otras cosas —y no la menos importante—, deseaba percibir una parte del presupuesto asignado a la Policía regional ordinaria[7]. Si un comando especial disponía de varias compañías, recibía nueva intitulación: «Dotación preventiva política.» Su estructuración era ya absolutamente militar: las dotaciones preventivas políticas constaban de pelotones, secciones, *Stürmen* (compañías) y *Sturmbannen* (batallones)[8].

Así, pues, se extendió finalmente sobre todo el Reich una densa red de Dotaciones preventivas políticas donde se instruyeron los contingentes armados SS para practicar el terrorismo político. En Wolterdingen, Arolsen, Ellwangen y Leisnig, en Württemberg y Sajonia, ensayaron las dotaciones preventivas políticas una guerra civil alemana[9] que sería cruel realidad durante varias horas el 30 de junio de 1934.

La unidad más relevante entre esas facciones politicomilitares de las SS ordinarias era una mesnada cuyo creador fue el propio Adolf Hitler. Éste hizo constituir una guardia personal para su protección y entregó el mando a un bávaro con toda la astucia y robustez del campesino: el *Gruppenführer* SS Joseph *(Sepp)* Dietrich. Nacido el año 1892 y, en abigarrada sucesión, agricultor, camarero, soldado de

Fuerzas acorazadas, policía, capataz en una fábrica de tabacos, aduanero y dependiente de gasolinera[10], el astuto Dietrich compuso un grupo de matones bávaros denominado por algunos ingeniosos camaradas *die Chauffeureska* *, que acompañó al jefe (Hitler) en su «Mercedes» por toda Alemania entre discurso y discurso[11]. Hitler tuvo múltiples empleos para su polifacético guardaespaldas: Dietrich, afiliado al Partido el año 1928, trabajó como expedidor en la editorial nacionalsocialista «Franz Eher» de Munich, formó los Escalones de Protección en la Baviera meridional, asumió el mando del sector SS Norte en Hamburgo el año 1931, e inmediatamente después del encumbramiento nazi a la Cancillería del Reich fue nombrado máximo guardaespaldas del canciller nacionalsocialista[12].

El 17 de marzo de 1933, fiel a las consignas de su Führer, constituyó con 120 hombres muy similares entre sí —pertenecientes a la antigua guardia personal de Hitler en Munich— una «Guardia principal SS en Berlín» que se aposentó primero en los cuarteles Alexander, no lejos del apeadero de Friedrichstrasse[13]. Aquel día, Sepp Dietrich creó la célula germinal de los contingentes más singulares en la historia militar nacionalsocialista: el estandarte personal. Su evolución apenas se diferenció al principio del camino seguido por las restantes dotaciones preventivas políticas: refuerzo de la guardia principal con dos compañías, asimilación a un comando especial SS, y en el otoño de 1933, traslado a los cuarteles de la antigua academia militar Berlín-Lichterfeld como «Batallón de Guardia Berlín», reforzado poco después con tres compañías perfectamente adiestradas del campamento de instrucción Jüterbog[14].

Se encomendó su formación militar al regimiento de Infantería número 9[15] de Potsdam, pues las exigencias de una guerra moderna fueron superiores a los cortos alcances del ex suboficial Dietrich. Más tarde, sus camaradas se las vieron y se las desearon para acreditar ante algunos escépticos las virtudes militares del primer capitán general en el Arma SS. Hubieron de conformarse con un solo alegato: el ex soldado de unidades blindadas, en cuya persona se conjugaban un raro valor cívico y una obstinación desenfadada e inquebrantable cuando se trataba de cumplir las órdenes himmlerianas, era el hombre más popular entre sus tropas y poseía un talento natural para lo castrense..., aunque, desde luego, ese talento le permitía apenas mandar un regimiento. El ex *Obergruppenführer SS* Wilhelm Bittrich lo recuerda con todo detalle: «Cierta vez intenté explicarle sobre el plano

* Algo así como «la choferada».

una situación militar. Estuve hablando en vano durante hora y media. Sepp Dietrich no entendió ni palabra [16].»

Cuando se le mencionaba la incompetencia de su guardaespaldas, Hitler hacía oídos sordos. La nueva tropa no debía desempeñar una función militar, pues, ante todo, había sido concebida como una guardia personal y de representación. Y para refrendarlo asumió inmediatamente la protección de Hitler, y más tarde prestaría el servicio interior, como se había previsto, en la nueva Cancillería del Reich. Los dobles centinelas uniformados de negro, con correaje blanco, guantes blancos y camisa blanca, simbolizaron una nueva era ante el despacho de Hitler [17]: allí se inició la formación de una segunda potencia militar junto a la Wehrmacht.

Durante el Día del Partido en Nuremberg (setiembre de 1933), Hitler bautizó el batallón de guardia, que se tituló desde entonces estandarte personal SS «Adolf Hitler» (LAH) * [18]. Dos meses después, décimo aniversario del pronunciamiento en la Bierkeller muniquesa, el Estandarte personal juró fidelidad eterna a su bautizante [19]. Muy pocos comprendieron que aquel día había comenzado una revolución politicomilitar en miniatura: los hombres del estandarte personal prestaron su juramento al canciller Adolf Hitler aun cuando las Fuerzas militares tenían un solo comandante supremo, a saber, el presidente del Reich; ningún decreto ni ley autorizaba al canciller a mantener un ejército privado [20]. Tal vez se alegue que el estandarte personal estaba integrado entonces por unos centenares de hombres, pero así y todo el gesto hitleriano dejó entrever ya esa cabeza de Jano que caracterizaría años después el Arma SS: Hitler creó una unidad militar para su uso privado. Hoy la utilizaría como tropa ordinaria, pero mañana podría emplearla como instrumento del terror político..., y también, si las circunstancias lo requirieran, contra el tradicional defensor armado de la nación, el Reichswehr.

Y quien albergaba todavía alguna duda se convencería aquel sábado sangriento, el 30 de junio de 1934: dos compañías del estandarte personal se trasladaron a Baviera con orden de detener en Bad Wiesse a los jefes SA congregados allí [21]. Un comando especial capitaneado por Dietrich liquidó a seis preeminentes jefes SA en el patio carcelario de Munich-Stadelheim [22], mientras que en Berlín otros piquetes del estandarte personal dieron caza a diversos antinazis y los ejecutaron en la explanada de sus propios cuarteles (Lichterfeld). Asimismo, las dotaciones preventivas políticas participaron en la san-

* *Leibstandarte Adolf Hitler.*

grienta montería. La dotación preventiva política SS número 3 (Sajonia) asesinó a nueve camaradas malquistos del Partido; otras dotaciones arrestaron a jefes SA sospechosos en Alemania occidental y meridional [23].

La espectacular intervención de esas dotaciones preventivas despertó la ambición de Himmler induciéndole a formar un gran contingente armado. Hitler aprobó su idea y le prometió suficientes armas del arsenal incautado a las SA para formar una unidad importante..., y eso precisamente cuando los generales del Reichswehr empezaban a murmurar sobre esa competencia ilegítima de la Orden negra. No obstante, Hitler tomó ciertas precauciones, tuvo la prudencia de prevenirse contra las críticas del alto mando militar. Permitió formar tres regimientos SS completamente equipados, mas prohibió, por consideración al Reichswehr, que esas formaciones SS constituyeran una división orgánica con Zapadores y Artillería [24].

Ulteriores instrucciones de Hitler y el Alto Mando del Ejército determinaron que el cometido primordial de la futura reserva estratégica SS sería la seguridad interna del Régimen; la VT siguió siendo un órgano de las SS y, por tanto, del Partido, y sólo en caso de guerra el Reichswehr la prepararía para una acción militar, lo cual se decidiría, además, el día de la movilización «en función de las circunstancias políticas internas y la capacitación militar adquirida por los regimientos SS». Así quedó especificado en un decreto del ministro de Defensa (como se denominaba entonces al ministro del Ejército) fechado el 24 de setiembre de 1934 y, además, se remachó bien: «Para aquellas misiones de política interior que el Führer encomiende a los SS, éstos han formado una reserva estratégica armada [25].»

Allí se concretó que la VT tendría misiones similares a las de una Policía gubernativa uniformada. Himmler sólo necesitaría fusionar el Estandarte personal y las dotaciones preventivas políticas para organizar los cuadros de la futura Arma SS. Sin embargo, el *Reichsführer* descubrió muy pronto que no le bastarían las reservas humanas de las SS ordinarias. Se requeriría la artesanía bélica, el experto militar; con naturalezas cuarteleras como Sepp Dietrich sería inútil pensar en tropas escogidas.

Y ahí se planteó un irritante dilema: Himmler necesitaba soldados profesionales experimentados, pero éstos no se prestarían gustosos a mandar una tropa que apenas se diferenciaba de la Policía. El jefe SS debería revelar los verdaderos fines de la reserva estratégica, debería consignar cometidos bastante más congruentes que los asignados a tales tropas en las órdenes de Hitler y el Reichswehr...; sólo así se

explica que los ex jefes del Arma SS crean hoy todavía haber servido desde el principio en una fuerza militar ordinaria.

El engañoso cuadro de una nueva guardia cautivó a muchos militares retirados y los empujó hacia las filas de la VT. El magistrado SS Paul Scharfe persuadió incluso a un auténtico general del Reichswehr: durante unas maniobras SA en Odenwald encontró a su antiguo camarada de guerra Paul Hausser, quien vestía por entonces el uniforme de *Standartenführer SA*, y le preguntó si no le gustaría ingresar en los Escalones de Protección. Hausser accedió [26].

Junto al cogotudo y corpulento bávaro Dietrich no se podía imaginar un tipo más antitético que el larguirucho y enjuto prusiano Hausser. El antiguo cadete de la academia militar prusiana, hijo de militar y diplomado de Estado Mayor, nacido el año 1880, revelaba en cada pulgada de su apariencia al militar teutón: era elegante, culto y con un sarcasmo peculiar que le había creado muchos enemigos entre las jerarquías del Reichswehr [27]. Su historial militar reflejaba una ambición normal y un progreso rutinario: cursos de Infantería, academia de Guerra, diversos destinos en Estados Mayores generales de los frentes occidental y oriental durante la Primera Guerra Mundial, jefe del Estado Mayor de la Segunda región militar, jefe del regimiento de Infantería número 10, comandante general de la Infantería estacionada en Magdeburgo y, finalmente, el retiro en 1932 como teniente general [28]. El ultraconservador retirado no encontró mejor ocupación que colaborar con la Asociación nacional de ex Combatientes alemanes «Cascos de Acero», donde ascendió rápidamente hasta ocupar la jefatura regional de Berlín-Brandeburgo...; un puesto para el que «parecía predestinado cualquier general pensionado del Reichswehr» (Hausser) [29]. Sin la menor resistencia se dejó trasladar de los «Cascos» a la SA, donde Roehm le hizo *Standartenführer* de la reserva SA, y con idéntica pasividad se puso el uniforme SS *(Standartenführer)* por indicación de Himmler [30].

El jefe de las SS intuyó que aquel ex general del Reichswehr poseía la sobriedad inherente a un conocimiento sustancial de su oficio, justo lo que necesitaba cuando empezó a reorganizar los Escalones armados. Ya había dispuesto el 14 de diciembre de 1934 que las dotaciones preventivas políticas se constituyeran en batallones y, junto con el estandarte personal, formaran la reserva estratégica [31]. En esa nueva estructura se designó al *Standartenführer* Hausser para un puesto central: debería inculcar a los soldados SS todo cuanto les faltaba...: disciplina, obediencia, instrucción en orden cerrado y abierto; total, el *know how* militar.

El nuevo jefe de instrucción inauguró a principios de 1935 una escuela de cadetes en el palacio ducal de Braunschweig, centro formativo para aquellos oficiales que mandarían algún día los regimientos y batallones del Ejército SS. Fue la segunda academia de este tipo, pues el 1.º de octubre de 1934, Paul Lettow, ex oficial del Reichswehr, había iniciado tales cursillos en la escuela de Bad Toelz [32]. Hausser comprendió al instante que sería imposible formar una tropa combativa mientras no impusiera los métodos y la mentalidad del Reichswehr. «Yo pensé —declara hoy día— que debería hacer de los SS, ante todo, una tropa cuyos fundamentos se rigieran por el reglamento del Reichswehr, ya que estas prescripciones estaban sobradamente acreditadas [33].»

Los sólidos conocimientos prácticos que Hausser enseñó en Braunschweig educaron a suficientes ex oficiales de Policía, suboficiales excedentes del Reichswehr y jóvenes entusiastas de la profesión militar para formar la oficialidad y suboficialidad del futuro Ejército SS. Repartió esos cuadros entre los batallones dispersos y, poco a poco, fue agrupando éstos en regimientos: Munich tuvo muy pronto el regimiento SS número 1 («Deutschland»), con tres batallones pertrechados y articulados como Infantería montada; Hamburgo contó asimismo con el número 2 («Germania»), compuesto igualmente por tres batallones; en Berlín se reforzó el estandarte personal para formar un regimiento de Infantería motorizada; finalmente, Viena poseyó desde 1938 un cuarto regimiento SS de Infantería, el número 3 («Der Führer») [34]. La constitución de una reserva estratégica se perfiló ya tan claramente en el estío de 1936, que Himmler decidió colocar a su general con carácter oficial a la cabeza del minúsculo ejército SS: el 1.º de octubre de 1936, el *Brigadeführer SS* Hausser fue nombrado inspector general de la reserva estratégica [35].

Tras ese sonoro título se ocultó el hecho de que Hausser no mandaba en su propia casa. Subordinado oficialmente a la Dirección general SS, creó una especie de Estado Mayor divisionario cuyo personal supervisaría el armamento y la instrucción de sus tropas, pero los reyezuelos políticos y militares de los Escalones no quisieron, por lo pronto, conferirle autoridad alguna. Los jefes de sector SS ordinario se resistieron a ceder el control sobre las unidades armadas que ellos mismos habían organizado años atrás como dotaciones preventivas políticas [36]. Por añadidura, una orden de Himmler publicada el 17 de setiembre de 1936 especificó que la Inspección general «se circunscribiría a las exigencias del adiestramiento militar» sin entorpecer «las atribuciones jurisdiccionales de cada sector SS sobre las

unidades VT estacionadas en su zona»[37]. Avanzando con suma cautela y ayudado por Himmler, Hausser se fue imponiendo a los sectores SS.

Pero apenas despejada la retaguardia, se le enfrentó dentro de su propia tropa un torvo contrincante: el jefe del estandarte personal Joseph Dietrich no mostró deseo alguno de dejarse inspeccionar por el prusiano Hausser. El propio Himmler rehusó su mediación para meterlo en cintura. Y precaviéndose contra futuras complicaciones anunció en una orden VT que él se reservaría la supervisión del estandarte personal; el inspector general sólo estaría facultado para «presenciar los diversos servicios del L.ST. SS A.H.» * [38]. Estas frases evidenciaron una callada resignación, pues el *Reichsführer* presintió que sus órdenes no podrían domeñar al guardaespaldas Dietrich. Muchas veces se quebró el poder del *Reichsheini* ante los portalones cuarteleros de Lichterfelde.

«Querido Sepp: Esto no puede seguir así —escribía exasperado Himmler—. Tus jefes deben tener la atención de reconocer mi autoridad personal, pues de lo contrario el estandarte personal SS sería una empresa autónoma que haría y desharía como le pluguiese despreciando olímpicamente las órdenes llegadas desde arriba[39].» Broncas diarias con soldados de la Wehrmacht[40], denuestos a los camaradas de la reserva estratégica[41], levas arbitrarias de reclutas sin autorización de la Wehrmacht[42]...: los conflictos con el estandarte personal no tenían fin. El jefe de la Dirección general SS empezaba a preocuparse: «Si el estandarte personal continúa desestimando disposiciones, órdenes e instrucciones, y prosigue tomando medidas arbitrarias sin contar con nadie, preveo grandes dificultades en el futuro[43].»

Una vez más amonestó Himmler al amigo Sepp: «Te ruego de veras por última vez que suprimas esas cabildadas. Es a todas luces imposible que pueda admitir tu desobediencia ante la Wehrmacht, como tampoco puedo tolerar que el estandarte personal desprecie las normas y disposiciones vigentes para toda la VT SS, ni aguantar que el estandarte personal cometa un desatino tras otro[44].»

Al principio, el jefe de instrucción Hausser soportó también la reticencia mostrada por Dietrich, aun cuando los «soldados del asfalto», como los VT apodaban a sus engreídos camaradas LAH **, desconocían los principios más elementales de la formación militar. Los ininterrumpidos desfiles y guardias impidieron al LAH aprender el abecedario de la táctica militar[45]. Dietrich sólo se ablandó cuando re-

* Estandarte personal SS «Adolf Hitler».
** Estandarte personal «Adolf Hitler».

sultó obvio que ningún soldado daría jamás la menor beligerancia al estandarte personal; entonces se avino con Hausser y le permitió ejercer más influencia. En 1938, aceptó un intercambio de oficiales —batallón y compañía— entre la VT y el estandarte personal; poco a poco los alumnos de Hausser pusieron orden militar en el levantisco estandarte[46].

Entretanto, el ex general Hausser encontró crecientes resistencias y no pudo determinar por sí solo la fisonomía militar de la VT. Pronto se infiltraron en la reserva estratégica antiguos militares y nazis exaltados que no consideraron deseable —como Hausser— plagiar al Reichswehr. Los recién llegados sustentaron más bien la creencia de que la VT estaba llamada a ser el núcleo de una milicia revolucionaria en el nuevo Reich, para relevar a la anquilosada Wehrmacht. Ellos imbuyeron dinamismo a la reserva estratégica, cargaron su conciencia con ideas dominadoras hasta hacerles sentirse importantes como una guardia selecta en la que se fundía una fe ciega en el predominio de las nuevas generaciones hitlerianas con las tesis militares renovadoras de oficiales ex combatientes inconformistas y un aire de predestinación.

El cerebro rector de la reforma militar fue el *Sturmbannführer SS* y ex oficial del Reichswehr Felix Steiner, a quien cierto incidente en el frente occidental de la Primera Guerra Mundial le hizo rebelarse contra la jefatura conservadora del Ejército. Durante las batallas de ruptura libradas el año 1918 vio sucumbir masas militares inamovibles y nacer un sorprendente concepto táctico: la fuerza de choque, la maniobrabilidad del orden abierto[47].

Para evitar la guerra de trincheras con su exasperante inmovilismo, los tremendos y reiterativos choques entre grandes contingentes hasta el total agotamiento, algunos oficiales alemanes optaron por retirar sus mejores soldados del parapeto y formar con ellos una tropa de choque. Estos llamados batallones de asalto constituirían un corsé férreo en torno al cuerpo vulnerable de la masa militar: núcleo defensivo y flecha de ataque a un tiempo. Esos grupos tácticos fueron adiestrados para el combate cuerpo a cuerpo, fueron provistos con lanzallamas, fusiles ametralladores, pistolas, granadas de mano y palas. Todos aprendieron diligentemente lo que más tarde se denominó trabajo de equipo: la estrecha colaboración dentro de unidades minúsculas[48]. Tras una de esas inquietas ametralladoras, hormigueaba por aquellos días el teniente Steiner, de 20 años de edad, natural de Prusia oriental, a donde emigraron sus padres desde Salzburgo. Bajo su mando combatía una seción de ametralladoras cuyos sirvientes eran todos

excelentes tiradores [49], y él creía estar viviendo el comienzo de una era en la historia militar. Se le antojaba que el futuro no pertenecía a aquella masa humana amorfa ni tampoco al tradicional fusilero solitario: allí sólo tenían un porvenir brillante los grupos combatientes selectos.

El teniente se equivocó. Los generales del siguiente Reichswehr pensaron como lo haría más tarde el *Brigadeführer SS* Hausser, quien opinaba que los batallones de asalto eran soluciones incidentales cuya aparición en el marco de un Ejército regular sería siempre esporádica [50]. El reformista prusiano, capitán desde 1927 y jefe de una compañía desde 1932 en el regimiento de Infantería número 1 (Koenigsberg), opuso violenta resistencia a las doctrinas del Reichswehr [51]. Los generales se propusieron ir a la siguiente guerra con un Ejército popular en el que prevaleciera el servicio militar obligatorio, pero él les presentó desafiador el concepto de la *élite* militar. La guerra total, se decía Steiner, exigirá Ejércitos masivos con movilidad suficiente para efectuar operaciones defensivas. Sin embargo, el papel principal corresponderá a los «cuerpos de Ejército operativos y veloces e integrados por tropas escogidas», una fuerza ultramoderna que «dividirá al adversario con golpes fulminantes y destruirá después uno por uno sus fragmentos dispersos» [52].

Idéntico camino siguió el teorizante Steiner en al VT de Hausser, cuyas unidades le parecieron al reformista militar aquellas tropas selectas del futuro con las que siempre había soñado. Tomó el mando del regimiento VT «Deutschland» en proyecto, y al cabo de pocos meses figuró como el antipolo mental del tradicionalista Hausser [53]. Con todo, Steiner circunscribió sus reformas por lo pronto a un solo batallón. Arrinconó la instrución mecánica cuartelera, predominante por aquellas fechas, y subordinó la enseñanza teórica a una actividad deportiva de máxima calidad: el soldado debería ser aquel experto conocedor del terreno, «cazador, explorador y atleta» que concibiera el escritor británico Liddell Hart como prototipo del infante moderno [54].

Se desvivió por reducir las diferencias entre tropa y oficialidad, promover la camaradería, proporcionar resarcimiento de las fatigas y tensiones impuestas por el duro entrenamiento militar. Oficiales, suboficiales y tropa celebraron encuentros deportivos...; un buen medio, asimismo, para esmerilar las desigualdades jerárquicas [55]. Además, favoreció el sistema de seleccionar la oficialidad en los cuadros de tropa. Las escuelas de cadetes de las SS echaron abajo el tradicional sistema militar de aceptar únicamente aspirantes que pu-

dieran acreditar sus conocimientos básicos mediante una educación escolar. Los futuros cadetes debieron servir dos años entre la tropa para poder ingresar en la escuela de Guerra; esta condición tuvo prioridad sobre la formación escolar y el origen social. En el año 1938 sólo poseía el bachillerato un 60 % de los cadetes [56]. Steiner y otros comandantes SS procuraron exteriorizar en todo terreno su desacuerdo con el inveterado reglamento militar: las puertas de salas, armarios y alojamientos debieron permanecer constantemente abiertas [57], los jefes administrativos tuvieron que seguir un curso previo de instrucción militar para poder asistir a sus escuelas especiales [58], y se propulsó cada vez más «el sentimiento de solidaridad y respeto mutuo entre oficiales, suboficiales y tropa, cosa totalmente desconocida en el Ejército», como subraya el historiador americano George H. Stein [59].

Steiner siguió también nuevas sendas en el orden de combate. A su juicio la unidad básica militar no era ya la sección (como propugnaba la Wehrmacht) sino la escuadra de asalto... Steiner quiso dividir su regimiento en escuadras de asalto, formaciones con suficiente movilidad para entablar combate cuerpo a cuerpo con el enemigo sin perder su homogeneidad dentro del regimiento [60]. Los mosquetones reglamentarios de la Wehrmacht fueron sustituidos por armas más manejables y rápidas, sobre todo metralletas, granadas de mano y minas subterráneas. El uniforme tradicional de campaña cedió también su lugar a una nueva indumentaria: la ropa de enmascaramiento [61]. Paso a paso, Steiner creó una tropa de atletas militares, un «soldado ejemplar, no sólo de contextura elástica y apariencia deportiva sino también excelentemente dotado para la marcha y el combate», según lo describió él más tarde [62]. Todos se asombraron, incluida la Wehrmacht: una columna recorriendo a paso ligero tres kilómetros en 20 minutos... ¡Aquello era realmente insólito [63]!

Los éxitos del innovador Steiner fueron tan evidentes que la reserva estratégica vio en él su verdadero jefe. También Himmler, hombre muy propenso a las innovaciones, adoptó al tenaz prusiano como «su más distinguido favorito» (al decir del rival Hausser) [64]. Al principio, Himmler pasó por alto varias irregularidades tales como que Felix Steiner tratara con excesiva desenvoltura a su *Reichsführer*, no quisiera casarse ni tampoco renegar de su Iglesia (condición previa para emprender una carrera superior en las SS) [65]; no obstante, el jefe celebró casi siempre las felices ideas de su fabuloso soldado.

Durante años, Steiner campó por sus respetos como protagonista principal en la VT porque él y sus camaradas Hausser, Bittrich, Friedemann, Goetze, Georg Keppler y Herbert Gille fueron los únicos mi-

litares profesionales que eligieron el camino hacia la Fuerza SS. Asimismo, la euforia producida por el desarrollo explosivo de esa nueva fuerza no pudo disimular dos carencias considerables: le faltaban oficiales expertos y elementos humanos verdaderamente dinámicos y creadores, educados en el servicio militar continuamente desde muchas generaciones. En el Reichswehr el 49 % de la oficialidad procedía de familias militares, mientras que en la reserva estratégica se reducía a un 5 %. Entre los oficiales de la Wehrmacht había un 2 % escasamente de origen campesino y, en cambio, el 90 % de los jefes VT procedían del campo [66]. La reserva estratégica no logró captar nunca al burgués ni al habitante de las grandes urbes, sino que constituyó siempre un Ejército de labradores y artesanos. En Schleswig-Holstein, Baja Sajonia, Franconia y el Sarre se afilió a la VT o, más tarde, al Arma SS uno de cada tres campesinos [67].

Los reclutas y los nuevos jefes de la reserva estratégica intentaron suplir su casi inexistente tradición militar con una aplicación fenomenal y una absoluta entrega nacionalsocialista al culto hitleriano, lo cual hizo pensar en muchos círculos VT que, a diferencia de la «reaccionaria» Wehrmacht, la reserva estratégica era el único contingente armado confiable del régimen nazi. Así como las innovaciones tecnicomilitares de Steiner crearon un ambiente de *élite* castrense que hizo elevarse a la VT sobre la Wehrmacht, los nuevos jefes VT educados en las Juventudes hitlerianas y aleccionados ideológicamente por las escuelas de cadetes aportaron a sus tropas un estoicismo nacionalsocialista que las enfrentó sin ningún disimulo con los «viejos remendones», como denominara otrora Roehm a los generales del Reichswehr. La animosidad patente contra el Ejército fue cual un licor vital para la reserva estratégica, máxime cuando la Wehrmacht consiguió maniatar temporalmente a la indeseable tropa.

Los generales no vieron jamás una cuarta fuerza armada en la VT sino todo lo contrario: temieron que un segundo contingente en manos de Himmler, donde ya se reunían las riendas de todos los órganos policíacos gubernamentales, amenazaría pronto mortalmente a la misma Wehrmacht [68]. Cada altercado entre miembros de la VT y la Wehrmacht, cada calumnia en los casinos SS contra el barón antinazi Von Fritsch, OB del Ejército, cada incidente en los campos de maniobras utilizados conjuntamente por SS y Ejército mostró a la jefatura militar una peligrosa posibilidad: la de perder cualquier día sus posiciones monopolizadoras, sus privilegios como única fuerza defensora de la nación en favor de aquella detestada Orden negra [69]. «La opinión de los mandos es unánime —hacía constar el capitán general Von

Fritsch el 1.º de febrero de 1938—. Se observa una actitud glacial si no despreciativa entre los miembros de la reserva estratégica SS con respecto al Ejército. Aun sin quererlo, se tiene la impresión de que los dirigentes SS en la reserva estratégica suscitan ese antagonismo contra el Ejército [70].»

Fritsch y los generales acosaron tanto a Hitler que el dictador prohibió transitoriamente toda extralimitación de la tropa SS e incluso le negó una calificación definitiva como formación militar. La reserva estratégica se vio aherrojada por la Wehrmacht: no pudo constituir ninguna división orgánica [71]. Se le prohibió emplear artillería [72] y hacer propaganda en los periódicos para el alistamiento [73]. El Ejército pudo inspeccionar las unidades SS [74]. Todas esas disposiciones tendrían permanente validez... a menos que estallara una guerra: entonces Hitler decidiría si la VT debería seguir subordinada al Ejército o disolver sus unidades para permitir la incorporación individual de cada militante a la Wehrmacht [75]. No se podía reservar peor destino a una tropa cuyos componentes imaginaban ser la *élite* y el corazón del poder militar alemán.

Fue entonces cuando una crisis inesperada de la Wehrmacht le permitió salvar la situación. En febrero de 1938, el principal adversario de la VT, Von Fritsch, y el ministro de la Guerra, Von Blomberg, fueron destituidos y Hitler asumió el mando supremo de la Wehrmacht. Seis meses después se disipó en la reserva estratégica el temor por su propia existencia. El 17 de agosto de 1938, Hitler firmó un decreto que fue la verdadera partida de nacimiento para la futura Arma SS: allí dio el espaldarazo a la VT como tropa regular para tiempos de guerra y de paz. Según lo formuló Hitler, «la podría emplear para misiones especiales de política interna el *Reichsführer SS* y jefe de la Policía alemana (salvo otras, eventuales, cuya asignación me reservo), y para movimientos tácticos en el marco del Ejército combatiente» [76]. La reserva estratégica alcanzó su objetivo. El *Brigadeführer* Leo Petri, de la Dirección general SS, manifestó con tono triunfal: «La Wehrmacht ha terminado por reconocer que la tenacidad del *Reichsführer* fue más fuerte que su oposición a este nuevo fenómeno del III Reich [77].»

Pero ahí hay algo extraño: hoy día los antiguos jefes VT no atribuyen apenas importancia al decreto hitleriano y, además, parece molestarles que se lo conceptúe como un texto en el que se certifica el nacimiento de sus tropas [78]. Pues la orden hitleriana contiene ciertos pasajes que implican una salvedad: según se desprende de su lectura, la réserva estratégica no había sido todavía reconocida por el

Estado como una formación exclusivamente militar. «La reserva estratégica SS —dice el decreto— no es parte de la Wehrmacht ni de la Policía. Es una fuerza armada regular, puesta exclusivamente a mi disposición [la de Hitler]. En esta capacidad y también como órgano del NSDAP, es el *Reichsführer* quien debe seleccionarla siguiendo las directrices ideológicas y políticas dadas por mí al NSDAP y a los Escalones de Protección[79].»

Puesto que hoy los ex jefes del Arma SS niegan haber pertenecido a un Ejército nacionalsocialista, se ven en la necesidad de menospreciar el concluyente documento fechado el 17 de agosto de 1938. Hausser ha dicho en 1966: «No hay razón alguna para atribuir un significado determinativo al decreto de referencia[80].» Desde luego, el *Brigadeführer* Hausser tuvo una opinión muy distinta algunos años atrás. Durante una asamblea de *Gruppenführer* en Berlín el 23 de enero de 1939 explicó por qué era «determinativo» el decreto hitleriano para la reserva estratégica: «La VT es y será siempre parte integrante de los Escalones de Protección. Ella plasma la unidad entre los acreditados soldados políticos y el cuerpo armado dentro del Partido[81].» No obstante, se podía dar empleo a militares profesionales como Hausser y Steiner, quienes ya habían aceptado por entonces el decreto hitleriano, si bien con muchas reservas implícitas, ya que éste desvalorizaba todo cuanto constituía su mundo: el ser soldado, sujeto únicamente al mandato militar. Aun cuando fueran muchas las diferencias entre Hausser, Steiner y los restantes soldados profesionales sobre cuestiones técnicas militares, todos ellos tenían al menos una cosa en común: el deseo de ejercer un oficio puramente militar. Ellos querían ser soldados «cual otro compañero cualquiera»...; nada les era tan ajeno como los alaridos triunfales de Petri cuando declamaba sobre el éxito de la «tropa nacionalsocialista», nada les parecía tan repelente como el ideario de su *Reichsführer*, quien veía, ante todo, en la VT un eslabón entre los muchos que compondrían la férrea cadena del quimérico valedor estatal. Ello se hizo ya ostensible en la conferencia pronunciada por Hausser el 23 de enero de 1939. Aunque mencionó reiteradamente el nexo entre la VT y los SS ordinarios, intentó al mismo tiempo introducir bajo mano en las unidades una autoridad absolutamente desligada de los SS. Hausser manifestó al comandante supremo del Ejército (OBH): «La V.T. SS es el único órgano de los Escalones que, junto a las instrucciones distribuidas por el *Reichsführer* siguiendo órdenes del Führer, debe acatar también las disposiciones de otro mando superior *ajeno* a las SS, es decir, el OBH[82].»

Gradualmente se abrió un abismo, primero apenas perceptible, después, durante la guerra, más ancho e insondable cada año: un abismo entre el místico maestrante Himmler y la jefatura militar de su tropa. Ese distanciamiento hizo exclamar más tarde al jefe de la Dirección general SS que los «oficiales superiores no habían comprendido nunca las medidas del *Reichsführer SS*... y se contentaron con criticarlas». Himmler, siempre receloso, atajó todas las tentativas de sus militares para igualarse exteriormente a la Wehrmacht. Él comprendió y toleró que se conceptuara el servicio en la VT como servicio militar [83]; pero evidenció mucha menos complacencia cuando la VT sustituyó el uniforme negro reglamentario por el gris del Ejército y se puso, asimismo, los galones y charreteras de la Wehrmacht [84]. Y finalmente interpuso su veto cuando los jefes VT quisieron adoptar incluso la articulación orgánica y las graduaciones militares. El *Gruppenführer SS* Heissmeyer, por entonces jefe de la Dirección general SS, se vio en la necesidad de advertir a los militares mediante una ordenanza circular que la VT «no conoce los nombres compañía y batallón sino solamente *Sturm* y *Sturmbanne.* Los oficiales no son jefes de compañía o batallón sino jefes de *Sturm* o *Sturmbanne*» [85].

Tras esa ansia de títulos militares, claramente tradicionalista, Himmler olfateó traición, aun cuando sabía que «algunos altos jefes SS conocidos por su sensatez habían opinado en tiempos de paz, contra el parecer del *Reichsführer*», que la tropa nacionalsocialista «debería incorporarse totalmente al Ejército», tal como atestigua el general Hossbach, ayudante de Hitler, comisionado por la Wehrmacht y oponente de las SS [86]. Los militares profesionales afectos a la organización SS rechazaron siempre toda propuesta para que la VT desempeñara también una función policial de carácter político interno. Costó mucho disuadir a Himmler de su idea inicial: él quería que los jefes VT fortaleciesen su pensamiento ideológico y asimilasen el espíritu de Cuerpo mediante un servicio regular en otras unidades SS no militares, lo cual los equipararía al carcelero KZ y al pesquisidor SD [87].

«Cuando el alumno abandone con su diploma la escuela de cadetes —pronosticaba Himmler el 22 de mayo de 1936— servirá diez meses, más o menos, como jefe de sección de la reserva estratégica, después otros diez en la Dirección de Raza y Adoctrinamiento, para asimilar los principales fundamentos ideológicos. Pasará diez meses más en el Servicio de Seguridad para familiarizarse con el enemigo y diez meses en las SS ordinarias, que le enseñarán a mandar [88].» Aquel proyecto fue un fracaso tan estruendoso como el plan propuesto

por la Dirección SS de Adoctrinamiento, que se proponía crear entre la tropa mediante sus propios monitores un poder casero —cuyo sistema no se diferenciaba mucho del comisariado político soviético— que compartiera a partes iguales la autoridad con los jefes militares. En 1936, Himmler hubo de confiar a los comandantes el adoctrinamiento ideológico; la Dirección de Adoctrinamiento respondió solamente de directrices y textos [89].

Pero justamente ese apostolado nacionalsocialista de los comandantes reveló que frente a los jefes VT jóvenes, educados en una Alemania entregada a la borrachera parda, se alzaba una generación mayor de militares genuinos y mucho más sobrios, cuyas ideas armonizaban raras veces con las protestas de adhesión nazi. Más de una vez estallaron reyertas entre ambos bandos. «En el *Oberführer SS* Goetze, un viejo y honorable soldado —informaba uno de los creyentes nacionalsocialistas, el *Sturmbannführer* Ernst Fick el 17 de mayo de 1938— he encontrado a un enemigo mortal, y nos hemos enzarzado de tal forma sobre temas ideológicos que me pregunto siempre si no tendrá algún tornillo flojo [90].» Al mismo observador se le antojó que el ídolo VT, Steiner, no era un entusiasta ni mucho menos de las ideas nacionalsocialistas. Y concretó así sus observaciones acerca de Steiner: «Mentalidad típicamente "Wehrmacht", con la ventaja del hincapié sobre la tradición y el inconveniente de su escasa asequibilidad para nuestra problemática política [91].

Sin embargo, los militares genuinos no pudieron neutralizar definitivamente la radicalización política de los jefes jóvenes: les faltó la necesaria energía. La VT siguió siendo una tropa compuesta por celadores del régimen y cada enseñanza ideológica inculcó un precepto básico a los soldados de Himmler: si se requiriera, deberían aprestarse a defender el Estado de Adolf Hitler contra sus propios hermanos. Los correligionarios VT aprendieron que la tropa era —como prescribía una ordenanza SS— «el notorio vigilante armado del Partido nacionalsocialista». Prospectos propagandísticos sugirieron a «cada hombre sano de sangre alemana» el ingreso en la VT, siempre y cuando aceptara incondicionalmente el ideario nacionalsocialista [92]. La enseñanza doctrinaria procuró que el soldado de la reserva estratégica fuera un nacionalsocialista activo e ideológicamente, un fanático dispuesto a obedecer sin reservas cualquier orden del canciller dictador. Sobre la tropa llovieron verdaderos torrentes de insidiosa propaganda anticristiana destinada a hacerle renegar de las costumbres burguesas y cristianas, así como romper todos sus vínculos con las Iglesias.

La VT fue baluarte del ateísmo SS, lo que algunos propagandistas nazis denominaban con deliberada ambigüedad «creencia directa en Dios». Hacia fines de 1938, habían abandonado ya la iglesia el 53,6 % de los soldados VT; la reserva estratégica fue sólo superada por los frenéticos contingentes de la calavera, en los que había roto con la Iglesia un 69 %[93]. Desde luego, no pocos correligionarios VT fueron obligados a renegar de su fe. Para muchos representó un verdadero sufrimiento, como le ocurrió al católico Franz Waldmann de Spessart, cuyo caso fue examinado más tarde por el Alto Mando de la Wehrmacht. Franz se presentó voluntario a esas tropas porque su padre tenía el Arma por «una especie de guardia distinguida», según informó su párroco católico.

Apenas se incorporó Waldmann a su unidad —esto lo refirió el párroco en un informe— «empezó la reeducación para hacerle abandonar la Iglesia. Según explicó él a su madre, fueron 30 los camaradas que se negaron. Entonces comenzó para ellos un calvario difícilmente soportable cuando se es joven. En cada formación y en especial en cada clase teórica se decía: "¡Quien no se haya separado todavía de la Iglesia que dé un paso al frente!" No se desperdiciaba ninguna oportunidad para avergonzar y escarnecer a esa gente. Franz se defendió siempre con el mismo argumento: "Aquí lo importante no es la religión sino mi comportamiento en el servicio." Sus camaradas cedieron uno tras otro a la tremenda presión..., de modo que Franz quedó solo. Por aquellas fechas, un amigo suyo escribió al padre: "Es imposible que su hijo Franz pueda resistir así mucho tiempo." Y, realmente, Franz estaba cansado de luchar». Pocos días después, el párroco tuvo noticia de que Franz Waldmann había abandonado la Iglesia. Franz Waldmann cayó en Finlandia el mes de octubre de 1942. Durante el último permiso refirió todo a su madre: «Se me instó día tras día a renegar de mi fe. Si pudiera no volvería nunca más allí, aunque debo confesar que el servicio me ha gustado. Cuando termine la guerra quiero recuperar mi libertad, ser otra vez como fui siempre[94].»

En el cuartel SS de Radolfzell, guarnecido con mil hombres, se trasluce la creciente propaganda anticristiana de la VT, más tarde Arma SS. Apostasías registradas entre los 300 militantes SS católicos: 1937, 4 hombres; 1938, 3 hombres; 1940, 67 hombres; 1942, 129 hombres[95]. «Las abjuraciones colectivas en ese cuartel —escribía el vicario general Roesch, del arzobispado de Friburgo en una protesta al OKW— se producen regularmente tras los cursillos ideológicos. Pues... si se ejerciera una presión individual sobre cada conciencia...

no habría apenas cosecha[96].» Asimismo, los jefes VT jóvenes debieron demostrar continuamente que se oponían sin reservas al mensaje cristiano —y, presuntamente, antialemán— de conciliación y tolerancia. Los oficiales aprendieron desde sus primeros pasos a despreciar el cristianismo como una doctrina corrosiva, enervante y «judaica». «¿En qué medida se puede imputar al cristianismo el ocaso de los ostrogodos y los vándalos?» y «¿Cómo ha influido el cristianismo sobre el culto de nuestro pueblo a los antepasados?»; así se titulaban los temas que debía desarrollar cada oficial VT una vez dejaba la escuela de cadetes. Himmler lo llamaba «Formación complementaria»[97]. Ésta constituía una garantía de que la VT sería siempre una «tropa ideológica» y también se identificaría con el pensamiento más recóndito de su jefe.

Los correligionarios VT aprendieron que sus unidades deberían estar prestas para una intervención fulminante en el interior si se anunciara un nuevo noviembre de 1918. Las enseñanzas de la Historia, rezaba una tesis básica que todavía se predicaba entre los granaderos de la división acorazada SS «Hohenstaufen» en octubre de 1943, «demuestran que sólo son útiles las tropas de espíritu inquebrantable y entregadas por completo al Mando supremo del Reich para intervenir con todos los medios disponibles en cualquier situación, sin excluir el mantenimiento del orden interno»[98]. Pero ello no se redujo a una disposición sobre el papel. Cuando los judíos de la Gran Alemania se sumieron el 9 de noviembre de 1938 en la primera noche de barbarie, los teletipos del jefe de la Sipo, Heydrich, asignaron a la reserva estratégica el servicio más macabro que jamás haya rendido un alemán con uniforme militar[99]. Desde Viena, el sector SD Danubio comunicó con fecha 14 de noviembre a la Dirección general SD de Berlín: «Comandos de asalto afectos a la reserva estratégica desfilaron velozmente ante las sinagogas lanzando granadas de mano y prepararon el inventario para su incineración.» Esa atrocidad fue una excepción en la crónica de la reserva estratégica por cuanto se refiere a la noche de cristal, pero, con todo, demuestra cuáles fueron las funciones que reservó el Mando SS a la VT[100].

Himmler tuvo la VT por un instrumento contundente en los conflictos políticos internos y nada más. Ante todo, debería proteger el régimen y mantener en jaque a esa Wehrmacht no siempre fiable; si alguna vez se avecinara una sublevación militar, entonces sería misión de la reserva estratégica unirse con las formaciones policiales y las unidades de las SS ordinarias para sofocar el golpe de Estado. Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial de Hitler destruyó ese concepto

político VT. La aventura militar y política del dictador arrastró la reserva estratégica hacia los campos de batalla... como Cuerpo militar combatiente.

El 19 de agosto de 1939, el OKW trasladó una orden de Hitler a la inspección VT: «Las unidades armadas de la reserva estratégica SS quedarán subordinadas con efectos inmediatos al comandante supremo del Ejército. Su empleo será determinado por el comandante supremo de acuerdo con mis recomendaciones [101].» Durante toda una campaña, los hombres de la reserva estratégica pudieron hacerse la ilusión de que eran soldados ordinarios. El inspector VT Hausser se hizo nombrar oficial de enlace en la división orgánica del Ejército mandada por el general Werner Kampf y no regresó nunca más al área de la Dirección general SS berlinesa [102]. Quedaron olvidados los días de impotencia, y ahora el inspector Paul Hausser volvió a ser lo que siempre añoró: un general con mando de tropa.

A la división mixta acorazada de Kempf se agregó la unidad de Steiner, regimiento de Infantería «Deutschland», otro regimiento de Artillería y diversas unidades menores de la reserva estratégica [103]. Más tarde, se les incorporaron un regimiento de Infantería motorizada afecto al estandarte personal y el regimiento VT «Germania» para ser englobados por los Ejércitos atacantes que marchaban contra los polacos [104]. Las tropas de Steiner se distinguieron en el asalto de Mlava y Modlin por el 3er Ejército [105], mientras que el estandarte personal tomó parte en la batalla de Bzura (Polonia central) [106] y el «Germania», agregado al 14.º Ejército, en la marcha sobre Lemberg (Lvov) [107].

Sin embargo, el comportamiento en combate de las tropas SS no satisfizo a los rigurosos militares. Comparada con las unidades del Ejército, la reserva estratégica sufrió pérdidas casi prohibitivas; además, se comprobó muy pronto que los soldados VT no estaban adiestrados para combatir en una división, y los oficiales no estaban a la altura de los complicados movimientos tácticos [108]. Contra eso alegaron los jefes VT que el Ejército no había prestado suficiente apoyo artillero a la reserva estratégica durante la campaña de Polonia y le había proporcionado armas pesadas con más insuficiencia todavía [109]. No obstante esas objeciones, los militares SS tampoco se dieron por satisfechos con la actuación de sus tropas. Sólo había una solución: la VT debería formar divisiones, debería poseer su propia Artillería e Intendencia. Mas los generales del OKW, resueltos a mantener las tropas de Himmler en el nivel más bajo posible, vetaron esa solución.

El Alto Mando de la Wehrmacht fue el que determinó práctica-

mente los efectivos de la reserva estratégica: fijó cada año una clave numérica en función del remplazo correspondiente para el Ejército, es decir, todos los alemanes en edad militar inscritos en las oficinas locales de reclutamiento (WBK) para ser distribuidos entre los diversos Cuerpos armados; las WBK tuvieron la última palabra y ningún recluta pudo ser destinado a una unidad determinada sin previo consentimiento de la WBK correspondiente [110]. Y eso fue también aplicable a la reserva estratégica. El OKW no pudo negarle los remplazos necesarios para cubrir las bajas de sus unidades combatientes, pero sí estuvo en su poder el establecimiento de un límite máximo sumamente mezquino que impidiera a la VT un acrecentamiento de sus efectivos. Y bien cabe afirmar que los generales OKW hicieron amplio uso de esa facultad [111].

Por entonces ofreció sus servicios a los jefes VT un enérgico suabo, lo suficientemente astuto y desaprensivo como para hacer saltar el yugo de la Wehrmacht. La llegada del *Brigadeführer SS* Gottlob Berger fue providencial, y no es exagerado decir que entró en escena el verdadero fundador del Arma SS aun cuando los ex generales creados por él lo trataran como a un leproso a la terminación del Reich milenario. «¿Berger? ¡Bah, ése no tuvo nada que ver con el Arma SS!», exclamaba despreciativamente Felix Steiner poco antes de su muerte [112]. Y el ex *Obergruppenführer* Brittrich se estremecía tan pronto como oía mencionar el nombre de Berger: «Un delator..., ¡un entremetido [113]!»

Semejantes calificativos y opiniones hacen sospechar que para los apologistas del Arma SS Berger no encaja en aquel cuadro titulado «nosotros sólo somos soldados». El «archiduque suabo», como se le solía apodar afectuosamente en los Escalones de Protección [114], fue un nacionalsocialista de primera hora [115] que, ante todo, conceptuó las unidades SS como defensoras del Partido y del nacionalsocialismo. El ex teniente Berger, nacido en 1896 e hijo de un industrial maderero, fue combatiente voluntario y sufrió graves heridas mandando tropas de choque, pero aunque estuvo considerado como un competente monitor de gimnasia y poseyó amplios conocimientos técnicos militares [116]..., los oficiales profesionales VT mantuvieron siempre sus distancias con él. Su jovial verbosidad les desagradó tanto como el papel de correveidile representado junto a Himmler. Él se creyó desde muchos años atrás el más leal entre los leales, el único que podría prevenir a su *Reichsführer* contra la inobediencia de ciertos colaboradores íntimos, concretamente los militares VT. «En muchos regimientos y, sobre todo, en el Estado Mayor VT —escribía a Himmler—

se intenta relegar la autoridad del *Reichsführer.*» Berger: «Yo mismo lo he presenciado y por ello he sostenido una violenta discusión con Hausser [117].»

Este hombre, cuya naturaleza era una extraña mezcla de bizantinismo, socarronería campesina y franqueza, asesoró al jefe SS, le disuadió de muchas ideas quiméricas (particularmente en la política oriental) y se aferró a él porque —según decía un escrito suyo del 9 de marzo de 1943— «mi *Reichsführer* me ha demostrado plena confianza revelándome incluso asuntos muy personales, lo cual sólo se hace cuando uno alza la visera en todos los aspectos» [118]. Justificando su conducta con tales alegaciones, el fiel Ekkehard se adhirió a Himmler, el único cuyo patrocinio podría asegurarle una carrera que ya había tenido un desastroso fin en las SA. El ex jefe SA Berger sostuvo una furiosa reyerta con algunos jóvenes camaradas y, tras un juicio arbitral, fue expulsado de las SA; sin embargo, cuando Roehm hizo mutis se le ofreció una nueva oportunidad para ocupar algún cargo directivo en las SA [119].

El 13 de noviembre de 1934, Berger aseguró encarecidamente por escrito al Mando SA que «para él las SA serían siempre lo primario... y que él no se avendría jamás con gentes que pretendieran postergar las SA» [120]. Sin embargo, mudó de parecer pocas semanas después: entró al servicio del *Obergruppenführer SA* (más tarde, SS) Krüger, cuya ambigua actuación el 30 de junio de 1934 le había estampillado como traidor entre las Secciones de Asalto; un año después, Berger aterrizó definitivamente en las SS [121]. El *Gruppenführer SA* Hans Ludin, antiguo amigo de Berger, declaró ante el Tribunal especial del Mando supremo SA el 7 de diciembre de 1934 que Berger «padecía un enorme egotismo, hablaba mucho más de la cuenta y evidenciaba una lamentable incapacidad para la autocrítica, así como una carencia absoluta de templanza castrense» [122]. El odio irreprimible entre los jefes SA y el renegado Berger tendría todavía peores consecuencias para el Arma SS. Tres de los *Gruppenführer SA* (Ludin, Von Jagow, Beckerle) que suscribieron la sentencia del juicio arbitral contra Berger [123], fueron destinados años después como embajadores a los Balcanes y sabotearon la propaganda de Berger del Arma SS..., y aunque no les ayudó el Ministerio del Exterior, consiguieron impedir que Berger reclutara un solo alemán nacido en la región.

La propaganda pro Arma SS figuró entre los cometidos más importantes de Berger desde que se le confió (1938) la jefatura del negociado «Coordinación» en la Dirección general SS [124]. Puesto que él ambicionaba, como Himmler, hacer de la reserva estratégica un Ejér-

cito prepotente, preguntóse cómo se podría incrementar el potencial militar SS y dedicó largas horas de reflexión al problema. Por fin halló una respuesta tras la campaña de Polonia, cuando parecía inminente el choque entre los proyectos expansionistas de la VT y el exclusivismo de la Wehrmacht con evidente desventaja para los primeros. Tres clases de personal afecto al *Reichsführer SS* fueron eximidas del servicio militar: los hombres integrados en las formaciones de la calavera para vigilar el KZ, así como los refuerzos previstos para esas unidades en caso de guerra (los llamados refuerzos policiales o estandartes reforzados de la calavera) y parte de la policía de Orden público [125]. Dos órdenes hitlerianas posibilitaron a Berger la constitución del Arma SS sin provocar objeción alguna en la Wehrmacht: el decreto del 17 de agosto de 1938 previó, en caso de guerra, reforzar la reserva estratégica con unidades de la calavera, y otro decreto publicado el 18 de mayo de 1939 permitió a Himmler reclutar a 50 000 hombres de las SS ordinarias como «Estandartes reforzados de la calavera» [126].

Berger hizo algunos cálculos y aseguró a su *Reichsführer* que él podría duplicar en poco tiempo las SS armadas y formar dos divisiones orgánicas o, quizá, más: si Hitler le permitiera trasladar formaciones de la calavera y unidades de Orden público a la VT, Himmler podría ejercer muy pronto el mando sobre tres o cuatro divisiones [127]. Hitler sancionó el plan Berger porque sus líneas generales no transgredían oficialmente lo dispuesto sobre el reclutamiento por aquella Wehrmacht tan puntillosa en materia SS. Así, pues, Berger y la inspección VT pudieron empezar a constituir un nuevo Ejército cuya denominación sería también nueva: el Arma SS [128].

Pero apenas iniciado el trabajo se tropezó con un inconveniente. La estratagema de Berger implicó una asociación entre la reserva estratégica y los contingentes más desalmados de la Orden SS, cuya mera presencia representaba una ofensa para cualquier soldado, como pensaban, incluso, muchos jefes VT. Los escuadrones de la calavera, mandados por el *Gruppenführer SS* Theodor Eicke, recibían una instrucción deliberadamente opuesta al criterio castrense. Compartían con la reserva estratégica un venero común, ambos procedían de las dotaciones preventivas políticas [129] y, no obstante, se enfrentaban desde entonces como hermanos enemistados. Mientras que la VT deseaba ser una fuerza militar, las calaveras cultivaban una tendencia antimilitarista que se ponía de manifiesto en infinitas broncas tabernarias [130].

El colérico alsaciano Eicke, asesino del jefe SA Roehm e inventor

del terror KZ bajo signo burocrático, tenía una idea fija: sus unidades deberían ser algo así como un antipolo de la reserva estratégica. El ex habilitado del antiguo Ejército aborrecía profundamente al oficial profesional en cuyo poder se hallaba también, según él, la reserva estratégica SS [131]. Despedido del Ejército, fracasada su incipiente carrera como policía y desacreditado en el Partido por su carácter pendenciero, el esbirro KZ Eicke comunicó su resentimiento a aquellos otros sayones de los que tampoco podía desligarse. Apenas tuvo dificultades para imponer sus métodos pedagógicos, pues los resentidos obreros sin trabajo e ignorantes labriegos que componían el grueso de su hueste no ponían ningún reparo a las rencorosas tiradas de «papá» Eicke contra judíos, marxistas y soldados profesionales.

Por lo pronto, su uniforme pardusco denotó claramente que esa tropa reclamaba un trato especial en la orden de los maestrantes negros. Himmler confirió también a su primer carcelero una autonomía casi total en sus relaciones exteriores: Eicke, como inspector de los KZ y jefe de las guardias SS, sólo respondía de sus actos ante el *Reichsführer* [132].

Eicke comenzó por destacar una guardia en cada campo de concentración y formar *Sturmbanne* (batallones) que relevarían a las SS ordinarias. Desde el 29 de marzo de 1936, las unidades de Eicke se titularon oficialmente «formaciones de la calavera», y sus efectivos ascendieron por entonces a 3 500 hombres [133]. En abril de 1937, Eicke fundió los cinco *Sturmbanne* para constituir tres estandartes de la calavera: el «Oberbayern» (destino, Dachau), el «Brandeburgo» (destino, Oranienburgo) y el «Thüringen» (destino, Weimar-Buchenwald). En 1938, se les agregó un cuarto estandarte, el «Ostmark» (destino Linz) [134].

Eicke se mantuvo celosamente al acecho para que ningún oficial profesional se infiltrara en sus tropas y le disputara el dominio sobre los escuadrones de la calavera; previno repetidamente a sus hombres contra «toda tentativa ridícula de emular la organización militar» [135]. En 1937, adoctrinó a los celadores KZ: «Nosotros no formamos parte del Ejército ni de la Policía. Tampoco pertenecemos a la reserva estratégica. Los escuadrones SS de la calavera forman decididamente entre las SS ordinarias y, por tanto, no soportan el mando de oficiales ni suboficiales. Desde este mismo instante devolveré a las SS ordinarias todo jefe, subjefe y militante SS que pretendan comportarse como oficiales, suboficiales y mosqueteros, respectivamente [136].

Ésa era la mentalidad del belicoso Cuerpo cuando se planteó su fusión con la VT. En su deseo de expansión, los militares SS reac-

cionaron como Himmler ante los soldados SS que afluían a raudales de la Orpo, es decir, pasaron por alto sus dudosas convicciones ideológicas. Himmler: «Ésos no son nacionalsocialistas, ni militantes SS, ni gente selecta...; su reclutamiento obedece a las circunstancias, tal como se hace con un batallón de trabajo [137].»

Por muy extraña que fuera la hetereogeneidad del Arma SS... Berger y sus organizadores siguieron formando división tras división. El Arma SS tomó poco a poco un perfil definido: hacia fines de setiembre de 1939, el *Brigadeführer SS* y general de Policía Karl Pfeffer-Wildenbruch creó una división SS de Policía con miembros de la Orpo y unidades especiales del Ejército [138]. El 10 de octubre, el *Gruppenführer SS* Hausser empezó a organizar la división motorizada VT (denominada más tarde «Das Reich») con los regimientos VT «Deutschland», «Germania» y «Der Führer» [139]. A principios de noviembre, el *Gruppenführer SS* Eicke agrupó los estandartes sobrantes de las guarniciones KZ para constituir con algunos refuerzos policiales la división «Calavera» [140]. El estandarte personal continuó siendo un regimiento de Infantería motorizada hasta 1942; entonces se transformó también en división [141].

Con asombrosa rapidez, Berger logró levantar una fuerza armada SS bastante considerable. Cuando la reserva estratégica marchó a la campaña de Polonia, tenía 18 000 hombres y ahora Himmler pudo disponer de 100 000 militantes SS bien equipados [142]. Al principio, Berger creó un «Departamento coordinador del Arma SS» porque entonces tenía una importancia decisiva conseguir suficientes remplazos para las unidades combatientes SS y los estandartes de la calavera. Berger tendió una red de agencias coordinadoras en los diecisiete sectores SS y entabló negociaciones con la Wehrmacht [143]; quiso obtener el consentimiento del OKW para constituir grandes reservas humanas con las cuales esperaba ampliar aún más algún día el Arma SS.

Sin embargo, la Wehrmacht se negó por lo pronto a reconocer como unidades militares los estandartes de la calavera (concebidos en un principio para misiones policiales únicamente). El OKW le concedió un número limitado de reclutas con los cuales podría cubrir bajas en los estandartes de la calavera y unidades policiales agregados a la VT, y permitió a Berger hacer propaganda entre los reclutas para las unidades combatientes del Arma SS [144]. Aunque el OKW toleró esa publicidad para el Arma, se reservó el derecho de aprobar o no en cada caso la incorporación al servicio SS. Así la Wehrmacht pudo poner nuevos obstáculos ante Berger. Cada vez que éste proponía un número de candidatos para el servicio en el Arma SS, la

caja de reclutas correspondiente lo reducía, como norma, a la tercera parte[145].

Cuanto más apremió Berger a la Wehrmacht, más se resistió el OKW a los grandiosos planes del entusiástico coordinador SS. El 8 de marzo de 1940, el OKW delineó lo que él reconocería en adelante como Arma SS: el estandarte personal, las tres divisiones, los estandartes «Calavera», las unidades de reserva y las escuelas de cadetes[146]. El propio Hitler se sumó al tajante «no» de sus generales. Para él, el Arma SS siguió siendo una Policía militarizada compuesta por hombres de la *élite* nacionalsocialista y dispuesta a defender en todo momento el régimen.

Puesto que Hitler había contado con una guerra muy breve seguida rápidamente por la victoria y, además, no quería soliviantar a los militares tradicionales con el espeluznante cuadro de una segunda Wehrmacht, se opuso (hasta junio de 1942) a todos los ambiciosos planes expansionistas del Arma SS. También vedó la formación de un Cuerpo de Ejército SS, y decretó que los efectivos del Arma deberían equivaler a un 5/10 por ciento de las fuerzas mantenidas por el Ejército en tiempos de paz[147]. Recalcó una vez y otra que el Arma SS no sería jamás un contingente militar propiamente dicho. El 6 de agosto de 1940, hizo saber en un edicto secreto las razones que le inducían a considerar «necesaria el Arma SS»: la dilatación del Gran Reich Alemán «requiere el mantenimiento de una Policía militarizada gubernativa con suficiente capacidad para representar y aplicar la autoridad del Reich en cualquier situación interna[148].»

Aunque la reconvención desde el Cuartel General del Führer había sido sobradamente significativa, Berger no desistió de sus proyectos expansionistas. Entretanto, se había encaramado a una posición central: desde el 1.º de junio de 1940 presidía la Dirección general SS, lo que le hacía el hombre mejor situado para promover la expansión del Arma SS[149].

Tras la campaña occidental, el Mando del Arma SS se dividió en dos Direcciones generales. El 15 de agosto, Himmler transformó la inspección VT en Jefatura general como —según rezaba la orden constitutiva— «primer puesto de mando para la dirección militar del Arma SS»[150], mientras que la Dirección general SS se reservó la instrucción ideológica, la propaganda y, sobre todo, la coordinación del Arma SS[151].

Berger ideó nuevos medios para posibilitar el crecimiento de sus mesnadas. Como la Wehrmacht continuaba negándole la constitución de reservas, él tendría que buscar sus reclutas en un terreno a donde

no llegasen los zarpazos de los generales OKW... Y lo encontró. Más allá de las fronteras nacionales, concretamente en los Balcanes, vivían alemanes por centenares de miles, súbditos de un país extranjero y, sin embargo, fascinados por las relampagueantes conquistas hitlerianas y los incentivos propagandísticos sobre la Gran Alemania. Interesaba, pues, encauzar a esos alemanes hacia el Arma SS; allí no podría obstaculizar ningún general la creación de una gigantesca reserva humana para las legiones militarizadas de Himmler.

Berger comenzó por su propia familia. Él tenía un hijo político llamado Andreas Schmidt que dirigía la minoría étnica alemana en Rumania. El ultranazi Schmidt, arquetipo de los jóvenes e inexpertos fanáticos adictos al culto hitleriano, prometió a su suegro abrir las puertas del germanismo rumano ante el Arma SS. En la primavera de 1940, Schmidt y Berger consiguieron ya sacar clandestinamente de Rumania a 1 000 alemanes pese a la estrecha vigilancia de las autoridades rumanas que, como es natural, no querían ceder sus ciudadanos en edad militar a ningún Ejército extranjero [152]. Berger se entusiasmó tanto con ese primer éxito que hizo una fantástica propuesta a Himmler en agosto de 1940: seleccionar a los hombres aptos para el servicio militar entre el millón y medio de alemanes afincados en el Sudeste europeo y dirigirlos al Arma SS... con o sin ayuda de los Gobiernos extranjeros [153].

Fue realmente inagotable la imaginación de Berger cuando se trató de encarrilar a las minorías alemanas hacia el Arma SS. Los voluntarios SS se disfrazaron de temporeros, se escondieron en hospitales alemanes, se agregaron a la impedimenta de varias divisiones SS que atravesaban en todos sentidos el Sudeste europeo [154]. Más tarde, la Dirección general SS de Berger firmó un tratado con algunos Gobiernos extranjeros por el que se permitía a los alemanes radicados allí alistarse bajo ciertas condiciones en el Arma SS y abandonar oficialmente su país adoptivo. No siempre hicieron honor al convenio los Estados balcánicos; pero entonces los agentes de Berger recurrían nuevamente a la vía clandestina para conducir voluntarios hacia el Arma SS [155].

Con todo, la voluntariedad fue un concepto bastante difuso en el reino de Gottlob Berger. Si fallaban los cebos propagandísticos, echaban una mano los batidores de las jefaturas locales nacionalsocialistas. Berger informó así: «Cuando una minoría étnica funciona bajo un mando pasable, se presentan voluntarios casi todos los hombres, ¡y a quienes se muestren remisos se les cae la casa encima [156]!» Durante los últimos años de guerra se sustituyó la voluntariedad por

la obligatoriedad. El Reich impuso a los países balcánicos un acuerdo por el que se preveía que todos los hombres útiles de sangre alemana hicieran su servicio militar en el Ejército alemán y particularmente en el Arma SS, conforme a las leyes vigentes en su país de origen[157]. Con tales medios, Berger pudo hacer circular sin dificultad una corriente cada vez mayor de alemanes hacia el Arma SS. Cuando finalizaba el año 1943, las minorías étnicas alemanas habían aportado ya al Arma una cuarta parte de sus efectivos, y al terminar la guerra servían en sus unidades 310 000 alemanes procedentes de todos los rincones de Europa[158].

Mientras tanto, Berger halló otro depósito de reclutas más fantástico todavía: lo que las SS denominaban país germánico. Las fulminantes victorias alemanas de primera hora electrizaban a una juventud europea ante cuyos ojos se había desplomado todo un mundo en pocas semanas, el mundo de la democracia burguesa. Para muchas mentes simples aquellos invasores que marchaban marcialmente por las calles de Oslo, Bruselas o La Haya, eran precursores elásticos y juveniles de una nueva Era.

Ellos despertaron en muchos jóvenes belgas, holandeses y noruegos el deseo de adaptarse al nuevo estilo y el temor de perder contacto con las modernas usanzas. Desde luego, no fueron siempre idealistas de mirada azul los que se dejaron cautivar por la leyenda del Arma SS. El espíritu aventurero les impulsó también en gran medida; y no fue menos urgente la apetencia de hacer carrera y gobernar como soldados campesinos sobre millones de esclavos «infrahumanos». Sólo una minoría se movió inspirada por las ideas políticas; una tercera parte escasamente de los 125 000 europeos occidentales que combatieron en el Arma SS pertenecieron a Partidos pro nazis y nacionalistas en los que la identificación con los nuevos amos alemanes encontró su expresión más extrema[159].

Cualesquiera que fueran sus móviles, esos hombres afluyeron en masa a los banderines de enganche que estableció el *Brigadeführer SS* a mediados de 1940 en los países ocupados de la Europa occidental y septentrional... sin sospechar las consecuencias políticas e ideológicas que acarrearía a los Escalones de Protección y a sus relaciones con Adolf Hitler esa afluencia constante de pueblos tan diversos. Berger evaluó únicamente el número de partes sobre incorporaciones, y su contenido le llenó de satisfacción. A fines de 1940, la Dirección general SS fundó un campamento formativo en Sennheim, una localidad alsaciana, donde se instruyó militar e ideológicamente a los voluntarios SS de todas las naciones europeas[160]. En la primavera de

1941, se constituyó la primera gran unidad extranjera, la división SS «Wiking», integrada por voluntarios flamencos, holandeses, daneses y noruegos con cuadros de mando alemanes [161].

El Arma SS germánica mudó pronto de piel y se hizo totalmente europea, pues poco a poco se infiltraron en sus filas nuevos pueblos cuyas idiosincrasias aguaron la ideología nacionalsocialista. Berger reclutó incluso en el Este a cosacos y mahometanos cubiertos con fez que aportaron un ostensible exotismo al Ejército puritano y rigurosamente ideológico de Heinrich Himmler. Con suma cautela, el jefe de la Dirección general SS soslayó los resentimientos antieslavos de su *Reichsführer*, quien interpretó todo aquello como una vergonzosa traición al pangermanismo... ¡Vestir a esos orientales «infrahumanos» con el uniforme del Arma SS! No obstante, Berger supo persuadirle de que reconociera como germanos en tierra enemiga a casi todos los europeos orientales: primero los pueblos bálticos, luego, los ucranianos, finalmente los rusos y otras castas eslavas hasta el musulmán balcánico. Doscientos mil miembros de esos pueblos sirvieron a última hora en el Arma SS [162].

Año tras años se alargaron las relaciones de alistamientos, año tras año se expandió el Ejército del Arma SS hasta adquirir una potencia explosiva: a mediados de 1940, 100 000 hombres; a fines de 1941, 220 000; a fines de 1942, 330 000; a fines de 1943, 540 000 y a fines de 1944, 910 000 hombres [163]. Gottlob Berger envió al Mando del Arma SS un Ejército recién reclutado que le permitió desechar definitivamente el enojoso montaje de la Policía militarizada gubernativa. El Arma SS inició una insólita marcha triunfal por la historia militar.

Durante la campaña occidental de 1940, el Arma SS había demostrado ya que podía medirse con las divisiones selectas del Ejército. Los militares atletas SS tomaron la salida impetuosamente e invadieron Holanda, Bélgica, Francia..., fanáticos, incontenibles, desentendiéndose de sus propias pérdidas e impulsados por una agresividad ciega. Eso los diferenció de todas las demás formaciones encuadradas en la Wehrmacht. El *Obersturmführer SS* Kraas, perteneciente al estandarte personal, se llevó la primera Cruz de Hierro de la campaña [164], y ello revistió cierto simbolismo: una vez y otra se lanzaron las unidades SS al frente de las columnas atacantes y encauzaron prácticamente la invasión alemana. Sobre todo, el estandarte personal de Sepp Dietrich mostró una rara despreocupación —desconocida hasta entonces en la Wehrmacht— por todo cuanto concernía a enemigo y Führer.

Cuando se perseguía ya a las tropas británicas en la zona de Dunkerque, el estandarte personal recibió orden de cruzar el canal de Aa y tomar Watten pese a la violenta resistencia enemiga. Sin embargo, el 24 de mayo de 1940, por la tarde llegó una contraorden del Cuartel General del Führer según la cual no debía atravesarse el canal. Dietrich desobedeció la disposición; pocas horas después estaba ya en la otra orilla [165]. Avanzando a grandes saltos, su regimiento de Infantería hizo huir al desmoralizado enemigo en una fase ulterior de la campaña. Y, como vanguardia del grupo acorazado mandado por el capitán general Von Kleist, el LAH salió disparado hacia la Francia meridional para impedir que las tropas galas levantaran una línea de resistencia en el Loira. Mediante otra embestida más al Sur, el regimiento alcanzó St. Etienne arrastrando consigo el grueso del Ejército alemán [166]. También cosecharon muchos éxitos las restantes formaciones SS. El regimiento «Der Führer» franqueó la línea Grebbe y la división VT persiguió al adversario hasta la frontera española, mientras la división «Calavera» forzaba el paso del Sena y abría cabezas de puente en el Loira [167].

Impresionados y atemorizados a un tiempo, los generales alemanes contemplaron la combatividad demencial de aquellos granaderos SS que semejaron, para muchos tradicionalistas, heraldos de una nueva casta militar cuyos métodos escarnecían la racionalidad de una estrategia lógica y todavía previsible. Según el parecer de muchos, como comenta el sociólogo Werner Picht, las tropas SS «no representaron una nueva modalidad de combate sino una conjuración para cumplir a raja tabla las disposiciones del Führer» [168]. El general de fuerzas acorazadas Erich Hoepner tradujo la contrariedad de los militares conservadores con una fórmula muy simple. Cuando el comandante «Calavera» Eicke, combatiendo bajo sus órdenes, le comunicó que se había llevado a cabo cierto ataque sin reparar en vidas humanas, el viejo caballero Hoepner se enfureció y gritó a Eicke: «¡Usted tiene la mentalidad de un carnicero [169]!»

Los oficiales profesionales alegaron que los jefes del Arma SS no habían aprendido jamás a maniobrar prudentemente con los hombres puestos bajo su mando. Desde luego, muchos, aunque no todos, los jefes SS practicaban en combate lo que les había inculcado la escuela de cadetes: dar la muerte y recibirla fue el mandamiento supremo de aquella tropa [170]. Asimismo, las formaciones SS registraron un porcentaje de bajas jamás conocido en el Ejército. Durante los combates preliminares del frente occidental —el intervalo que precedió a la batalla de Francia— los destacamentos avanzados de las

divisiones SS sufrieron pérdidas tan drásticas que la tropa restante hubo de ser provista con oficiales reclutados urgentemente en las aulas académicas [171].

Pese a esas flaquezas evidentes de la tropa SS, el Mando de la Wehrmacht barruntó un peligro cierto. En los campos de batalla había surgido un rival inopinado cuya potencialidad combativa no podía pasar inadvertida al dictador del Gran Cuartel General. Y, por fin, Hitler rindió tributo públicamente en un discurso parlamentario el 19 de julio de 1940 a «los bravos estandartes y divisiones del Arma SS» [172]. Las alabanzas del dictador combinadas con los éxitos indiscutibles y la más discutible circunspección de los concurrentes militares robustecieron la arrogancia y la moral de una tropa que menospreciaba ya al mundo militar circundante con ese desdén proverbial de la guardia de corps ante el simple soldado. Entre batalla y batalla, el Arma SS se comportó como si fuera la *élite* militar de la nación. Aunque sus soldados aprendieron a luchar por el nacionalsocialismo con singular fe y desinterés... apenas se diferenciaron mentalmente de los «duros» americanos o los *paras* franceses: unos y otros se presentaron bajo una envoltura mítica de aspereza y virilidad, unos y otros se sintieron electrizados por la certidumbre de pertenecer a una minoría aristocrática, a una colectividad señera con sus propias leyes y observaciones.

El *Gruppenführer* SS Hans Jüttner, jefe del Estado Mayor y más tarde de la Jefatura general, mantuvo una estrecha vigilancia para que los contingentes se ajustaran estrictamente al reglamento y a las ordenanzas militares de la Wehrmacht. Arrinconó cada vez con más energía todos los resabios del antiguo estilo policíaco en la tropa SS. Eso lo debió de notar instantáneamente un individuo como Theodor Eicke, cuyo antimilitarismo seudorrevolucionario no encajaba ya en el concepto de una guardia militar. Con creciente dureza, la Jefatura general exigió al comandante de la división «Calavera» que cumpliera mejor las órdenes distribuidas entre los mandos del Arma SS (constituidos en el verano de 1940) [173]. Eicke se quejó al *Obergruppenführer* Wolff de que en Berlín «se estaba organizando una batida contra él»: «Desde que abandoné la patria, ciertos círculos se han propuesto destruir por todos los medios la confianza que vengo depositando durante años en el *Reichsführer* [174].»

Efectivamente, el jefe del Estado Mayor, Jüttner, juzgó necesario quitar el mando de la división al diletante ex habilitado, a fin de preservar el prestigio militar del Arma SS. Entretanto, se habían acumulado demasiados incidentes explosivos: el 26 de mayo de 1940, la

división «Calavera» cometía los primeros crímenes de guerra en Occidente (un capitán del regimiento número 2 había hecho fusilar a cien prisioneros de guerra británicos durante los combates librados en el Noroeste francés)[175], y las bárbaras costumbres del antiguo celador KZ cundían en muchas unidades de la división; Eicke hacía traer armas subrepticiamente de Dachau y Oranienburg para reponer las pérdidas de su división[176] y compraba camiones por su propia cuenta en la Francia no ocupada porque la Wehrmacht le prohibía motorizar su división montada[177]. Cuando Eicke exigió en agosto de 1940 que todo soldado de su división que marchara con licencia o permiso presentara una declaración jurada comprometiéndose a no revelar jamás las condiciones internas de su unidad ni formular queja alguna, Jüttner advirtió al temible sujeto. Acto seguido, el Alto Mando del Arma SS le ordenó revocar inmediatamente ese compromiso escrito[178]. Además, Jüttner hizo arrestar a sus proveedores clandestinos de armas por autoridades judiciales SS y confiscó todo el parque móvil ilegal de la división. Por último, le amenazó con presentar una demanda contra su proveedor de armas ante los Tribunales competentes de SS y Policía si insistía en su desobediencia[179].

Enfurecido, el *Gruppenführer* replicó que hasta entonces sólo había aceptado órdenes del *Reichsführer* y, por consiguiente, Jüttner podía vanagloriarse de haber conseguido en ciertos casos su colaboración. Eicke: «El tono empleado en ese oficio [de la Jefatura general] con un jefe superior SS y comandante de una división no es usual siquiera entre los ensoberbecidos militares[180]. Jüttner no se amilanó. La Jefatura general tomó declaración a antiguos miembros de la división y abrió expedientes cada vez más voluminosos sobre la conducta de Eicke como jefe. Una vez más, se defendió el comandante divisionario, «contra los atacantes oficinistas del Estado Mayor y las necias habladurías de rencorosos camaradas», como escribió él a Jüttner. Eicke montó en cólera: «Eso de preguntar a uno y otro sobre las condiciones existentes en una división combatiente SS, cuyas unidades han sacrificado ante el enemigo a 23 jefes más 370 esforzados subjefes y militantes, con objeto de acumular cargos contra honorables jefes y militantes SS, es un proceder marxista cien por cien y de efectos destructivos[181].»

Algunas veces medió incluso Himmler en la campaña anti Eicke. Cierto día leyó en una orden divisionaria «ante la algazara general» (Himmler) que Eicke castigaba a sus comandantes de batallón por absurdas pequeñeces y publicaba las enfermedades venéreas de altos jefes. Himmler se encolerizó: «Querido Eicke, cuando leo cosas se-

mejantes dudo de que esté en su sano juicio. Y ésos son los momentos que me hacen pensar si usted puede mandar realmente una división [182].» Sin embargo, Himmler (que asumió oficialmente la Jefatura general a principios de 1943) no permitió que Jüttner quitara el mando al antiguo autarca KZ. Eicke aguantó una advertencia, pero siguió dominando sobre la división.

Entretanto, la Jefatura general prosiguió con el montaje militar de la antigua guardia. En la primavera de 1941, el mando del Arma SS contaba ya con cuatro divisiones y una brigada cuando la Segunda Guerra Mundial se revolvió contra el Este y las formaciones SS fueron enviadas, por lo pronto, al escenario bélico de los Balcanes. Nuevamente el Arma SS formó la vanguardia de los Ejércitos invasores alemanes. El estandarte personal, desplegado al sur de Servia, rompió las líneas enemigas y avanzó hacia Albania, atravesó como un huracán Tesalia y tomó el Peloponeso. Por su parte, la división SS «Das Reich» atacó Servia central, ocupó Belgrado con un audaz golpe de mano y arrolló la Batschka [183].

Pero apenas montaron las formaciones SS su campamento de descanso, el CGF * telegrafió nuevas órdenes al Ejército del doble signo rúnico: Adolf Hitler había decidido asaltar la Unión Soviética. Así, pues, las huestes de Himmler [184], que contaban ya por aquellas fechas con 160 000 hombres, se movieron hacia sus posiciones de partida sobre la frontera oriental germanorrusa, dispuestas a participar en la última y catastrófica aventura del III Reich. El estandarte personal y la división germánica «Wiking» se incorporaron al Grupo de Ejércitos «Sur»; «Das Reich» formó con el Grupo de Ejércitos «Centro», mientras que la división «Calavera» y la de Policía fueron destinadas al Grupo de Ejércitos «Norte» [185]. Sin embargo, poco antes de que el Arma SS pisara los campos de sus mayores correrías e iniciara la verdadera saga del Ejército rúnico (22 de junio de 1941 a las 3.15 horas) cayó sobre sus tropas una sombra de la que no podrían escapar nunca más. Pues en aquel instante Heinrich Himmler dispuso que todas las fuerzas del Arma SS tendieran estrechos lazos con el apartado más siniestro de la Orden negra: los campos de concentración.

El 22 de abril de 1941, Himmler especificó lo que quería que se entendiera por Arma SS. Hasta entonces, había acatado la interpretación impuesta por el Alto Mando de la Wehrmacht, es decir, recibían únicamente aquella denominación las unidades combatientes, sus

* Cuartel General del Führer.

reservas, los estandartes «Calavera» y las tres escuelas de cadetes: Braunschweig, Bad Toelz y Klagenfurt. Sin embargo, Himmler, dueño ahora de cuatro divisiones, se creyó lo suficientemente fuerte en vísperas de la guerra oriental como para exteriorizar su propio concepto sobre el Arma SS. Mediante una directiva de la Jefatura general enumeró 179 unidades y servicios de los Escalones de Protección designándolos oficialmente como partes integrantes del Arma SS..., y entre ellos los campos de concentración, cuyas planas mayores administrativas y guarniciones «Calavera» [186] (es decir, las unidades restantes en 1939, cuando Eicke y sus formaciones «Calavera» fueron eximidos del servicio en los KZ) estaban integradas por SS ordinarios no aptos para el servicio de frente, así como SA y miembros de la federación Kyffhaeuser [187].

Asimismo, los guardianes KZ figuraron desde entonces como componentes del Arma SS. Todos ellos llevaron la misma cartilla y el mismo uniforme que los verdaderos «Waffen-SS» [188], que estaban en el frente por completo ajenas al sistema de terror impuesto por el imperio KZ. Pese a todo, los esbirros compartían algunas cosas con los soldados: la Jefatura general tenía también bajo su responsabilidad el armamento y la instrucción militar de las guarniciones carcelarias, y cada traslado de un KZ a otro pasaba por el Mando del Arma SS. Y algo peor aún: la Inspección KL, órgano directivo de los campos de concentración, perteneció temporalmente (desde el otoño de 1940 hasta la primavera de 1942) a la Jefatura general antes de colocarse definitivamente en la Dirección general de Economía y Administración [189].

¿Acaso protestaron los soldados del Arma SS contra esas imposiciones? ¿Se opusieron a la equiparación entre una fuerza militar y los verdugos del campo de exterminio? ¡No! Aceptaron la orden de Himmler sin rechistar. Obedecieron y callaron. Permanecieron mudos como en 1939, cuando la reserva estratégica se fundía con los 6 500 hombres de Eicke, aquella guardia torturadora del KZ que intoxicó el Arma SS con la ponzoña de una inhumanidad y un bárbaro sistema penal aprendidos y practicados durante años [190]. Permanecieron mudos cuando, más tarde, los 50 000 hombres de los estandartes reforzados «Calavera», adiestrados igualmente en los campos de concentración y portadores del terror político por las regiones ocupadas europeas, ingresaron también en el Arma SS y constituyeron los cimientos de nuevas divisiones SS [191]. Permanecieron mudos cuando en el curso ulterior de la guerra muchas figuras macabras de un mundo sombrío y terrorífico, el mundo del genocidio, se pasaron al Arma SS: así, por

ejemplo, el *Hauptsturmführer* Bothmann con su comando liquidador que había asesinado a 30 000 judíos en las cámaras de gas ambulantes[192], o los 2 500 hombres pertenecientes a la plana mayor exterminadora de Auschwitz[193], o los 1 500 de Sachsenhausen[194]...

Tal vez se consolaran los jefes del Arma SS diciéndose que la disciplina y honorabilidad de la tropa serían suficientemente fuertes para mantener distancias con los bajos fondos políticos de la Orden negra, pero no lograron nunca un distanciamiento aséptico, pues el Arma hubo de ceder algunas unidades (1 500 hombres, aproximadamente) a los comandos asesinos[195] y unas cuantas más de reserva apoyaron la empresa más cruel de Himmler y su Orden, el aplastamiento de la insurrección judía en los ghettos varsovianos[196]. Asimismo, la tropa toleró que numerosos salteadores, delincuentes profesionales y reos de Estado que componían una brigada «criminal» mandada por el doctor Oskar Dirlewanger, íntimo de Berger, figurara como una unidad ordinaria dentro del Arma SS[197].

Pese a todo, los militares SS creyeron poder mantener limpios sus blasones. Y el propio Himmler confirmó esa suposición, porque les dio a entender que deseaba establecer una divisoria entre las unidades combatientes del Arma SS y las del bestial terrorismo[198]. A primeros de abril de 1941, Himmler creó, por así decirlo, una nueva Arma SS dentro del Arma, una fuerza privada que pensaba utilizar para su propia estrategia política[199]. A diferencia de las unidades combatientes que, apenas pisaban el frente, quedaban bajo la jurisdicción del Ejército, esas tropas especiales estuvieron subordinadas exclusivamente a Himmler. Por supuesto él pudo dejarlas en manos del Ejército..., pero arrebatárselas también con idéntica facilidad[200]. El grueso de ese nuevo Ejército lo constituyeron los estandartes «Calavera», no reconocidos al principio como unidades del Arma SS por el OKW. Himmler transformó la mayor parte de los estandartes en brigadas de Caballería e Infantería que obedecieron únicamente las órdenes del *Reichsführer*[201]. Asignó al *Brigadeführer SS* Knoblauch la jefatura del Estado Mayor general, que se denominaría desde mayo de 1941 «Puesto de Mando del *Reichsführer SS*»[202]. Por último, hizo marchar sus tropas... detrás del frente, contra guerrilleros y judíos. Desde luego, los sueños del estratega ya maduro se disiparon con la misma rapidez que los del joven. La campaña oriental requirió cada vez más tropas. El Ejército privado de Himmler perdió regimiento tras regimiento, y a mediados de 1942 sus últimas unidades quedaron también encuadradas en el Ejército de campaña[203]. Al propio tiempo, el puesto de mando RFSS recién creado aumentó el alejamiento entre

Himmler y los jefes militares del Arma SS. Cuanto más avanzaron las divisiones SS por el infinito espacio ruso, tanto más lejos se sintieron sus componentes de su fantástico y autoritario *Reichsführer*.

Un nuevo mundo rodeó a los soldados, un mundo cruel, inexorable, que se sustrajo absolutamente a los lemas ideológicos de la Orden negra. Alentados por la fe en su Führer y en la victoria final, los militantes SS atravesaron al galope estepas, pantanos y bosques rusos, héroes y víctimas de otro episodio estremecedor cuyos principales protagonistas fueron, sin embargo, las locuras y los errores humanos. Golpe tras golpe, los soldados SS se forjaron en las placas conmemorativas de la historia militar. Dondequiera que el sorprendido enemigo ofreciera resistencia, dondequiera que las fuerzas adversarias se recuperaran lo suficiente para desencadenar un contraataque y abrir grandes brechas en el frente de ataque alemán ya fuera el sector Sur, Centro o Norte... surgieron a la orden los contingentes SS.

Una vez más se lanzaron al asalto las divisiones SS como cuña de los Ejércitos alemanes. El estandarte personal abrió una cabeza de puente sobre el Dniepr, arrolló las posiciones defensivas soviéticas en Perekop, ante la Crimea, y tomó por asalto Taganrog y Róstov [204]. La «Wiking» persiguió al adversario hasta el mar de Azov, mientras que «Das Reich» rompió el cinturón defensivo de Moscú al sur de Borodinó y se detuvo a muy pocos kilómetros de la metrópoli soviética [205]. Sin embargo, eso no fue todo. Cuando los rusos desataron su primera contraofensiva a fines de 1941, el Arma SS fue un modelo de estoicismo castrense sin parangón posible. Bajo un martilleo constante orquestado por los «órganos de Stalin» *, tanques y masas de Infantería soviética, los soldados SS acrecentaron su fama y fueron prácticamente la brigada de bomberos del Ejército alemán oriental.

Tras la irrupción de potentes columnas soviéticas al oeste de Moscú cuyas vanguardias cayeron sobre las espaldas del Grupo de Ejércitos «Centro» en enero de 1942, el comandante del 9.º Ejército, general Model, lanzó el regimiento SS «Der Führer», mandado por el *Obersturmbannführer* Otto Kumm, contra el arco del Volga en Rzhev. Ese regimiento debería mantener ante los violentos ataques soviéticos una sutil barrera, único enlace con las formaciones desplegadas al Oeste, hasta que Model pudiera traer del Sur tropas suficientes para asestar un golpe aniquilador al adversario. Con una temperatura de

* Nombre dado por los alemanes a los cohetes soviéticos «BM-8» o *Kátiushka*, de 82 mm al principio y luego, en modelos perfeccionados, de hasta 400 mm. Estos ingenios, lanzados desde tierra y desde el aire, ocasionaron daños decisivos al Ejército invasor. En Rudniá, por ejemplo, llegaron a dispararse hasta 320 cohetes en 26 segundos. — *N. del T.*

58º bajo cero, los hombres de las SS resistieron día tras día, hora tras hora, los incesantes asaltos del enemigo. El 18 de febrero, Model pudo batir al oponente ruso. Cuando Kumm fue relevado con su regimiento, se presentó al comandante del Ejército. Model le dijo: «Sé cuánto hubo de aguantar su regimiento, Kumm. Pero no puedo prescindir todavía de él. ¿Cuáles son ahora sus efectivos?» Kumm señaló hacia la ventana: «¡Mi regimiento está formado ahí!» Y, efectivamente, allí estaba: 35 soldados, el resto de 2 000 hombres [206].

El propio Theodor Eicke demostró entonces que él también sabía adaptarse a la mentalidad militar. El viejo carcelero KZ pareció haberse transfigurado desde que lucía las sardinetas de *Obergruppenführer* SS. Pasaba días enteros encerrado en su alojamiento recortando los signos tácticos de las cartas militares y ensayando con ellos por tierra el despliegue de una división...; lo hacía en secreto, para que su primer oficial de Estado Mayor no descubriera esa repentina afición a los temas militares [207]. Cuando las columnas soviéticas encerraron la división «Calavera» y otras cinco del Ejército en la bolsa de Demiansk, al sudeste del lago Ilmen, el 8 de febrero de 1942, tropezaron con un adversario excepcionalmente perspicaz y duro entre los generales alemanes: el jefe divisionario Eicke [208]. «El enérgico mando del *Obergruppenführer* Eicke» (según el mariscal Busch) contribuyó no poco a que las tropas cercadas en Demiansk pudieran resistir durante meses [209]. Y como tantas otras veces, los soldados SS dieron allí buena prueba de su espíritu combativo: secundados por algunas formaciones del Ejército, rompieron el cerco soviético y rescataron a los defensores de la fortaleza Demiansk.

Deminask, Rzhev, combates defensivos en el Mius, el lago Ladoga, el Vóljov... Estos nombres jalonaron el denuedo militar de una tropa cuya fama se extendía ya por todas partes despertando sentimientos muy variados como el temor supesticioso y la admiración envidiosa. Amigos y enemigos opinaron lo mismo: en el Arma SS alentaba un espíritu militante que no había sido superada ni igualada siquiera por ningún otro Cuerpo.

El general soviético Artemenko, comandante en jefe del XXVII Cuerpo de Ejército, declaró al ser hecho prisionero durante el otoño de 1941 que la división SS «Wiking» había mostrado una combatividad muy superior a la de cualquier otra unidad presente; en el campo ruso se había oído casi un suspiro de alivio cuando la división fue relevada por fuerzas regulares [210]. Algo similar manifestó el general Woehler, comandante del 8.º Ejército alemán. Describió con cierto empeño poético las formaciones SS puestas bajo su mando como «es-

collos en su Ejército resistiendo con inquebrantable tenacidad los embates del adversario»[211]. Y el general Von Mackensen, comandante general del III Cuerpo acorazado, felicitó entusiasmado en una carta a Himmler por «la incomparable disciplina del estandarte personal, su inagotable coraje, su espíritu alegre y emprendedor, su inconmovible estoicismo ante las mayores crisis». Mackensen terminó así su apología: «Una verdadera *élite* militar[212].»

No todos los oficiales del Ejército entonaron alabanzas ni se adhirieron a las ya entonadas. Más de un soldado tradicional sintió antagonismo y envidia cuando vio que el Arma SS avanzaba velozmente hacia el proscenio para llevarse los aplausos del Mando supremo. La aversión contra los contingentes rúnicos fue un secreto a voces. Los jefes del Arma SS sospecharon que el Ejército se había propuesto arrojar el Arma a los focos más peligrosos del conflicto bélico para «quemarla» de una vez.

«¡Las SS se debilitarán tanto con estos combates que ya no levantarán cabeza!», despotricaba Eicke[213]. Asimismo, Himmler creyó columbrar más tarde «en muchas naturalezas malévolas» el designio de «hacer degollar a esas importunas tropas para despejar el camino hacia una nueva evolución»[214]. Así, por ejemplo, el *Oberführer SS* Simon, jefe de regimiento en la división «Calavera», pudo probar que el Estado Mayor del II Cuerpo de Ejército había retenido intencionadamente una orden del CGF en la que se mandaba relevar a los voluntarios daneses y al regimiento de Infantería número 2 «Calavera»; sin duda alguna, ese Estado Mayor obró así para ahorrarse tropas regulares[215]. «El aborrecimiento y la envidia —gruñó Eicke— son como una tenaza que aprisiona a nuestros hombres. ¡Ya va siendo hora de liberarlos[216]!»

Naturalmente, la fría reserva de muchos oficiales no se explica tan sólo con ese complejo en torno a la envidia. La nueva tropa hizo recelar a los militantes porque su inaudita obsesión combativa se desató también contra los prisioneros indefensos y la apática población civil. No raras veces las unidades del Arma SS violaron el código militar al que intentaban atenerse los soldados tradicionalistas, no obstante el embrutecimiento de la guerra. Los rumores sobre el arrojo de la tropa SS corrieron tan aprisa como los comentarios acerca de los bárbaros métodos aplicados por muchas unidades SS para desembarazarse de prisioneros y personal civil.

Los apologistas del Arma objetaron más tarde que aquello había sido simplemente una reacción ante la guerra inhumana desencadenada por los propios soviéticos. Y, efectivamente, cuando las tropas

alemanas capturaron Ejércitos enemigos completos, con sus Estados Mayores, encontraron diversas órdenes en las que constaba que muchos prisioneros alemanes habían sido asesinados por los soviéticos. Parte de la 26 división soviética fechado el 13 de junio de 1941: «El enemigo dejó 400 muertos sobre el campo de batalla; se entregaron 80 hombres, aproximadamente, que fueron fusilados acto seguido[217].» Parte del 33.º Ejército rojo fechado el 8 de diciembre de 1941: «La 1.ª división de Infantería y ametralladoras hizo cien prisioneros, los cuales fueron fusilados por orden del comisario político divisionario ante la difícil situación[218].» La liquidación de prisioneros alemanes adquirió tales proporciones que el Estado Mayor del Ejército «Sebastópol» creyó oportuno amonestar a las tropas en su orden número 0068 del 2 de diciembre de 1941: «Las unidades matan como norma a los prisioneros sin interrogarlos ni conducirlos al Estado Mayor de sus respectivas divisiones. Sólo se podrá matar al prisionero cuando ofrezca resistencia o huya. Por otra parte, el fusilamiento del prisionero allá donde se le capture o en primera línea, como sucede innumerables veces, hace cundir el temor entre los soldados enemigos que quieren pasar a nuestras filas[219].» El 29 de marzo de 1942, el oficial encargado de dar sepultura a los caídos del estandarte personal comunicó que seis miembros de la 3.ª compañía LHA habían aparecido asesinados en el antiguo Cuartel General de la GPU de Taganrog. Sus cadáveres, hallados dentro de un pozo, fueron sometidos a examen médico. El parte facultativo decía lo siguiente: «Faltan cuatro dedos de la mano derecha (probablemente cercenados con cuchillo), fracturas múltiples del cráneo (probablemente al caer por el pozo), rotura de la columna vertebral..., aplastamiento del esternón[220]...»

No obstante, los apogolistas de las SS olvidan decir que las crueles prácticas con los prisioneros de guerra eran comunes a ambos campos; además, el atacante —que, en este caso, había dispuesto la liquidación de ciertos grupos de prisioneros (¡orden del comisario!) cuando aún no habían comenzado los primeros combates— tenía más posibilidades que el abrumado defensor para hacer evacuar sus prisioneros. Por añadidura, los soldados del Arma SS castigaron las demasías soviéticas con unas represalias tan brutales que hacían horrorizarse a sus propios camaradas, si bien cabe decir, por un sentido mínimo de la ecuanimidad, que varios oficiales superiores del Arma SS, entre ellos incluso Sepp Dietrich («El nombre escrito en nuestros distintivos del brazo obliga) * [221]». Se opusieron a los actos de vengan-

* El estandarte personal llevó el nombre «Adolf Hitler» bordado en el galón de brazo. — *N. del T.*

za contra el prisionero de guerra. Pero su consigna no llegó hasta el último soldado, ni mucho menos.

La infiltración progresiva de elementos ajenos a la tropa y animados de un fanatismo político excepcionalmente maligno, cual los antiguos miembros de las formaciones «Calavera» o el personal permutable de los KZ, así como la combatividad obsesiva y una disciplina relajada, hicieron incurrir al Arma SS en muchos excesos inhumanos durante la guerra. Los crímenes empañaron una vez y otra su brillante historia militar: transcurridas apenas dos semanas del comienzo de la campaña rusa, soldados de la división «Wiking» fusilaron a 600 judíos de Galitzia como represalia por los desafueros soviéticos [222]; en el verano de 1943, soldados de la división «Prinz Eugen» liquidaron a los habitantes de un pueblo servio, Ortes Kosutica, porque «al parecer» (según reza un informe del comando número 2) se había hecho fuego desde la iglesia contra las fuerzas alemanas [223]; en la primavera de 1944, la división de Policía SS arrasó el poblado griego de Klissura, tras un asalto por sorpresa [224]; en junio de 1944, una compañía perteneciente a la división «Das Reich», que había salido en busca de un jefe SS capturado por el *maquis*, ocupó la localidad francesa meridional de Oradour-sur-Glane y asesinó a toda su población [225]; dos meses después, soldados de la división acorazada SS «Hitlerjugend» fusilaron a 64 prisioneros canadienses y británicos durante los combates defensivos de Normandía [226].

Siendo tan explicables esas brutalidades, resulta extraño y significativo que la Wehrmacht supiera apenas de semejantes delitos. La Dirección general de la Wehrmacht (AW) en el OKW recopiló informes de los abusos cometidos por el Ejército y el Arma SS, en los que se aprecian notables diferencias. «En el período comprendido por estos informes —determinó la AW el 2 de agosto de 1943— se dio parte de 151 infracciones. En 19 casos los autores pertenecieron al Ejército, en 53 casos, al Arma SS; no se pudo averiguar la procedencia de los autores en los 79 casos restantes. El número de violaciones es elevado. Tras el interrogatorio de protagonistas y testigos por la G.P.F. [Policía secreta de Campaña] y, circunstancialmente, por miembros de la Policía militar, quedaron esclarecidos 18 casos. En 12 casos, los autores fueron miembros del Arma SS, mientras que en los otros seis no se pudo demostrar irrefutablemente la identidad militar de los violadores [227].»

En algunas regiones ucranianas, los soldados del Arma SS procedieron con tal ferocidad que los nativos abandonaron sus aldeas y se pasaron al Ejército soviético. La AW registró los siguientes hechos:

«Robos de ganado, apaleamiento de vecinos, violación de mujeres y muchachas causan gran alteración en las localidades ucranianas y sus inmediaciones [228].» El 30 de mayo de 1943, dos agrónomos rusos rogaron a la comandancia de Gross-Rogosianka que «distribuyera órdenes entre los soldados SS para que cesaran el maltrato de la población, las requisiciones y los registros en las aldeas». Los dos solicitantes añadieron: «Hasta la entrada de las SS, esta población acogió con gran simpatía a las tropas de Adolf Hitler [229].»

También se recibieron partes de otras regiones europeas resaltando la crueldad y el despotismo del Arma. El Estado Mayor general rumano presentó una queja en noviembre de 1942 porque los miembros germanorrumanos de las SS golpeaban a los funcionarios públicos, violaban las leyes locales e intrigaban contra las autoridades estatales. «Basándose en incidentes concretos —cablegrafiaba el agregado policial Boehme desde Bucarest— el Estado Mayor general rumano denuncia concretamente a los miembros del Arma SS como principales perpetradores de esos abusos y contravenciones... Por consiguiente, el Estado Mayor general considera necesario un respeto mutuo para conservar el orden y la disciplina que reinan en el interior [230].» Los propios comandos de la Dirección general de Seguridad protestaron contra el proceder inhumano de las divisiones SS estacionadas en los Balcanes, cuyos métodos de combate «empezaban a perjudicar los intereses alemanes en esa zona», como hizo constar el *Sturmbannführer SS* Reinholz, del comando número 2 el 15 de julio de 1943 [231]. Cuando el *Brigadeführer SS* Reichsritter von Oberkamp, comandante de la división «Prinz Eugen» quitó importancia a una intrusión desaforada de su unidad calificándola de «contratiempo» ante un ministro croata, el *Oberführer SS* Fromm, que también asistía a la entrevista, observó: «¡Desde que ustedes llegaron aquí, se suceden los contratiempos desgraciadamente [232]!»

Muchos de esos «contratiempos» fueron imputables en gran parte a la deficiente disciplina, cada vez más problemática a medida que se pronunciaba el meteorismo del Arma SS y acudía una división tras otra a su llamada. Pues, entretanto, los éxitos militares de las formaciones SS y la declinante fortuna del dictador alemán habían hecho tomar a éste una decisión: derribar todos los obstáculos que constreñían los movimientos del Arma. Año tras año, ésta ganó más y más importancia hasta convertirse en la última esperanza del tirano, pues, en su desesperación, Hitler terminó creyendo que solamente los invencibles Escalones de Protección podrían conjurar la catástrofe.

En la primavera de 1942, Hitler había aprobado ya la formación

de una nueva división SS («Prinz Eugen»)[233], poco después se constituía con la brigada de Caballería otra división, la «Florian Geyer»[234], y apenas llegado el otoño, Hitler dio rienda suelta al Arma SS. Siguieron la división acorazada «Hohenstaufen» (donde aparecieron por vez primera los reclutas forzosos: 70 %)[235], la «Frundsber»,[236], una nueva división germánica llamada «Nordland»[237], la «Hitlerjugend»[238] y una división bosnia[239]... Y el Arma SS siguió creciendo. También logró hacer saltar el riguroso control de armamento que el OKW ejercía sobre ella. Hasta entonces, éste había procurado que la Wehrmacht saliera siempre beneficiada en el reparto de armas modernas. Hitler invirtió las posiciones: apenas tomada esa decisión, todo el armamento más moderno, desde las piezas de sitio hasta los carros de asalto, fue para las SS[240].

Finalmente, la tropa SS consiguió extirpar también el tumor canceroso al que se debían atribuir las graves pérdidas materiales y humanas: la escasez de carros. «Procúrenos carros cuanto antes. Sin ellos sucumbirán pronto estas magníficas tropas», había encarecido a Felix Steiner hacia fines de 1941 el transilvano Arthur Phleps, ex general rumano y por entonces jefe de regimiento en la «Wiking»[241]. Venciendo la resistencia retardataria de la Wehrmacht, se logró transformar progresivamente en unidades acorazadas las tres divisiones básicas del Arma SS (LAH, «Das Reich», «Calavera»)[242], y articular bajo la dirección de Paul Hausser el primer Cuerpo acorazado SS, el único que se concedió entonces al Arma[243]. Más tarde, le siguieron otros Cuerpos blindados[244]. En marzo de 1943, el *Obergruppenführer* Hausser, a la cabeza de sus formaciones acorazadas, pisó el palenque ucraniano y colmó las esperanzas más aleatorias de Hitler. El Cuerpo rechazó los grandes ataques soviéticos en la zona de Járkov, y ocupando la vanguardia de los Ejércitos atacantes dirigió la última ofensiva alemana en Rusia durante el verano de 1943[245].

Un año después, las divisiones del Arma constituyeron los cimientos militares del frente oriental alemán. Por dos veces, «las formaciones SS evitaron un nuevo Stalingrado», según opina el historiador estadounidense Stein[246], pues ellos rompieron las mortíferas bolsas soviéticas de Cherkazi y Kámenets-Podolsk. En la primera, los Ejércitos rusos habían cercado dos Cuerpos alemanes (enero de 1944); en la otra, todo un ejército blindado alemán 30 días después. La bolsa de Cherkazi fue rota por varias formaciones del Ejército junto con la cercada «Wiking»; la de Kámenets-Podolsk reventó tras la intervención del Cuerpo Hausser (trasladado entretanto a Francia y solicitado una vez más a toda prisa)[247]. «Las formaciones SS atacaban siempre

dondequiera que se hallaran —ha escrito el americano Stein en la crónica del Arma—. Muchas veces combatían con notable éxito, otras tenían menos fortuna o ninguna. Pero cualquiera que fuera el desenlace de su acción, se obtenía un resultado invariable: contener el avance enemigo[248].»

Sin embargo, los triunfos militares del Arma SS no podían engañar a nadie sobre su estado: hacía mucho que «la tropa estaba quemada», según lo expresó el comandante de la «Wiking», Steiner[249]. El pertrechamiento con carros había comenzado demasiado tarde. En 1943, una tercera parte de las clásicas divisiones SS estaba ya bajo tierra rusa[250]. El Arma SS soportaba pérdidas que hubieran roto la espina dorsal a cualquier otro Cuerpo. Solamente entre el 22 de junio y el 19 de noviembre de 1941, causaron baja 1 239 jefes y 35 377 números, de los cuales 13 037 fueron muertos[251]. Cuando la «Wiking» rompió el cerco de Cherkazi, perdió todos los carros, todo el armamento pesado y la mitad de sus efectivos[252]. El ejemplo de la división «Calavera», cuyo comandante Eicke cayó en Járkov el mes de febrero de 1943, deja entrever cómo afectaban las bajas al potencial combativo del Arma SS. La división comunicó el 15 de noviembre de 1941: «Las pérdidas sufridas en combate equivalen al 60 % de los efectivos y han desmontado totalmente los cuadros de jefes y subjefes. La carnicería ha sido catastrófica para el Cuerpo de subjefes.» Y el comunicado sigue así: «Una compañía que perdió a todos los subjefes y cabos de escuadra se ve incapacitada para atacar. Y en la defensa resulta poco fiable porque le falta la columna vertebral. Actualmente, hay en la división varios jefes de compañía que no pueden hacer ya reconocimientos delante de su sector[253].»

Sintiéndose amenazadas por esa creciente sangría, las divisiones SS lanzaron llamadas de auxilio cada vez más estridentes, máxime cuando los órganos coordinadores de la Dirección General SS les enviaban unos remplazos que reducían forzosamente el carácter selectivo y el nivel combativo de la tropa. Antaño los soldados del Arma SS iban con entusiasmo a la guerra, enardecidos por el culto hitleriano y convencidos de estar sirviendo a una Alemania nueva y más justa socialmente. A esos jóvenes granaderos SS, idealistas sumidos en una enorme embriaguez, nada les parecía tan natural como el sacrificarse por lo que llamaban Führer y Reich. Pero las tumbas y cruces de madera en la vastedad rusa corroboraron el trágico error compartido entre ellos y toda una generación. A los granaderos SS de la primera y segunda hora siguió una nueva oleada de voluntarios más o menos reales que no tenían ya la credulidad de sus predecesores muertos.

Con frecuencia cumplieron su servicio a regañadientes, comportándose como si alguien les hubiera tendido una trampa. Llegaron sin entusiasmo al Arma SS: escépticos y mal adiestrados, propagaron entre la tropa una mentalidad en verdad sorprendente para los viejos pioneros VT.

La Jefatura General hizo constar con indignación nacionalsocialista en la primavera de 1943: «Impera una moral pésima. Influencias indefinibles de padres, Iglesia, etcétera, empiezan a hacerse sentir. Principal razonamiento: si me llaman me aguantaré, pero no iré voluntariamente. También miedo de entrar en acción[254].» El jefe reclutador Berger no pudo facilitar ya los remplazos solicitados por el elemento militar porque había franqueado mucho antes los límites de sus posibilidades. La reserva de voluntarios se agotó tan rápidamente en el Arma SS como en la Wehrmacht. Hacia finales de 1942, el Arma tuvo que recurrir al servicio obligatorio[255]: cada nuevo parte de los órganos coordinadores confirmó que el ciudadano alemán —espantado ante las noticias sobre los cruentos métodos de combate y el elevado tributo de sangre— se revolvía contra el Arma SS.

En febrero de 1943, la Jefatura del Arma estudió 13 informes presentados por los órganos coordinadores: todos ellos reflejaban el estruendoso fracaso de los reclutadores[256]. Órgano coordinador del Sudeste (Breslau): «No hay buen ambiente para el alistamiento. Falta de entusiasmo por el servicio militar. Los jóvenes no quieren ser voluntarios. Algunos se pronuncian contra el Arma SS[257].» Órgano coordinador del Sur (Munich): «El reclutamiento deja mucho que desear; a veces se tiene incluso la impresión de cierta resistencia pasiva. Los hombres no desean presentarse voluntariamente; prefieren esperar a que se les llame[258].» Órgano coordinador del Meno (Nuremberg): «Alistamiento... escaso; en algunos sitios casi catastrófico. Los muchachos no sólo se oponen al Arma SS sino también a toda clase de servicio militar[259].» El Arma SS sufrió entonces las consecuencias de la propaganda anticristiana que había hecho durante años entre sus tropas. Padres e Iglesia neutralizaron todos sus esfuerzos propagandísticos...; los ciudadanos no se arredraron siquiera ante la Gestapo y votaron contra las tropas de Heinrich Himmler.

«Padres e Iglesia ejercen una influencia negativa», se lamentó el Órgano coordinador SS del Nordeste[260]. «Influencia desfavorable del hogar paterno» (Ostsee II)[261]. «Muchos padres han prohibido a sus hijos que se alisten en el Arma SS» (Munich)[262]. «Casi todos los padres contra el Arma SS» (Hamburgo)[263]. «Enorme influencia de la Iglesia. Se han hecho manifestaciones como ésta: "El párroco nos ha dicho

que las SS son ateos y que si ingresamos en ellas iremos al infierno [264]"» (Viena.) Berger comunicó a su *Reichsführer* que durante una revista en el estandarte personal casi todos los aspirantes propuestos para seguir el curso de oficial contestaron negativamente cuando se les preguntó si querían ser jefes en el Arma. Un muchacho de Hannover dijo: «No queremos guerra. Antes teníamos suficiente comida y hoy también la tenemos. Quien no tenga bastante para comer, que siga haciendo la guerra.» Berger: «Y ése no es un caso único, *Reichsführer* [265]!»

Himmler quedó muy abatido tras las fatídicas noticias de Berger. «Ante estos hechos, yo llego a la siguiente conclusión —despotricó el 14 de mayo de 1943—. Se está practicando el envenenamiento metódico y perceptible de nuestra juventud mediante la educación cristiana, sin que nosotros podamos hacer nada para contrarrestarlo con una educación positiva e ideológica porque, evidentemente, nos lo impide esta guerra [266].» Pese a todo, Berger no se dio por vencido ni creyó en el fin de la propaganda. Encontró a dos aliados dispuestos a alistar voluntarios: los campamentos formativos de las HJ * y los de capacitación patrocinados por el Servicio laboral del Reich (RAD). En ambos desarrollaría su propaganda con todos los medios disponibles [267]. Y sin pensarlo más, se lanzó a la caza del voluntario.

Para ganar cierta ventaja sobre las comisiones reclutadoras de la Wehrmacht, Berger hizo seleccionar unos remplazos determinados. Pronto surgieron oficiales propagandistas del Arma SS dispuestos a captar a cada miembro del RAD. En una escuela agrícola (Halle), cierto jefe SS clamó el 24 de febrero de 1943 refiriéndose a unos cuantos jóvenes trabajadores que habían rehuido una conferencia sobre el Arma SS: «¡Si esta gente viniera a las SS sería fusilada inmediatamente! ¡Porque su conducta sólo tiene un calificativo: sabotaje y deserción [268]!» A otros alumnos les presentó quieras que no formularios impresos en los que deberían firmar su compromiso con el Arma. Cuando uno expresó el deseo de hablar primero con su padre, el jefe SS se mofó: «Ya no nos fiamos de esos viejos camellos. Todos vosotros firmaréis... ¡Si no lo hacéis, nadie saldrá de aquí!» E increpó a otro alumno: «Escuchad, miserables cerdos: ¡tal vez queráis que vuestros camaradas se dejen triturar los huesos a tiros para que vosotros estéis aquí bien resguardados de la guerra!» Casi todos ellos firmaron [269].

«Querido papá: Hoy he presenciado la mayor bajeza de mi vida»,

* Juventudes hitlerianas.

se lamentaba un alumno del RAD a su padre, quien más tarde hizo llegar la carta del hijo hasta Himmler. A su campamento habían llegado tres militantes SS y un policía con la pretensión de que todo el mundo se apuntase en su lista de reclutamiento. El muchacho siguió diciendo: «Deberían firmar más o menos 60 hombres; de lo contrario, recibirían una mala calificación o tres días de arresto. Hubo toda clase de amenazas. Se produjo gran revuelo. Algunos huyeron... incluso por la ventana. El policía se plantó ante la puerta y no dejó salir a nadie. Todo el campamento está indignado. Yo ya tengo bastante; me he convertido en un hombre distinto[270].»

La *Gauleitung* de Moselland comunicó a la Secretaría del Partido: «Según rezan los informes, se está agrupando cierto número de miembros RAD, especialmente aquellos cuya estatura sea superior a 1,65 m, y, no obstante sus negativas, se les impone el ingreso "voluntario" en el Arma alegando que las SS han sido comisionadas directa y oficialmente por el Cuartel General del Führer para esa gestión[271].» El comandante general interino del V Cuerpo de Ejército consignó el 30 de marzo de 1943: «Otra vez se han recibido numerosas quejas de que el Arma SS hace propaganda con medios ilícitos para incrementar sus unidades[272].» Parte desde Sassbach-Achern: «Una vez hecho el quinto requerimiento sin resultado alguno, se anunció que nadie podría abandonar la sala sin apuntarse a alguna de las unidades relacionadas[273].» En Mülhausen, los jefes SS hicieron propaganda entre los aprendices de una fábrica y les «amenazaron con expulsar a sus padres de Alsacia si insistían en su negativa»[274].

Pero las tropas veteranas se aterraron al ver los refuerzos que les traían para luchar contra un enemigo cada día más duro. En agosto de 1941 y marzo de 1942, el jefe del Estado Mayor, Jüttner, había formulado ya una protesta contra Berger por los «intolerables remplazos» que la Dirección general SS ponía a disposición de sus tropas[275]. En setiembre de 1942, Jüttner multiplicó sus censuras. Criticó los burdos métodos propagandísticos de la Dirección general, cuyo resultado era el envío de hombres convencidos con falsas promesas o, simplemente, coaccionados. Además, las familias importunaban de continuo a sus unidades, reclamando la devolución del hijo reclutado por el Arma bajo falsos pretextos[276].

Por otra parte, los comandantes deploraron la pésima capacitación de los novatos. «Una gran parte de estos hombres vienen totalmente desprevenidos al frente —se lamentaba el comandante de la «Calavera», Eicke—. Esos rostros irresolutos y en parte indiferentes ofrecen una sospechosa uniformidad. Se descubre a primera vista que no

han tenido una instrucción dura, indispensable para esta lucha[277].» Y por si fuera poca la insatisfacción de los comandantes ante esos refuerzos procedentes del Reich, sus unidades tuvieron todavía más inconvenientes con los voluntarios protegidos por Berger, los *Volksdeutschen* *. El Estado Mayor de la división de Caballería SS «Florian Geyer» percibió en esos *Volksdeutschen* una «ostensible apatía y testarudez» que minaba la moral de sus tropas[278].

Al principio, los voluntarios alemanes de Rumania y Croacia ingresaron satisfechos en el Arma (a diferencia de sus correligionarios germanohúnganos), pero el nuevo destino les decepcionó muy pronto[279]. El Estado Mayor de la «Flarian Geyer» creyó «muy posible que algunos de esos voluntarios germánicos no consideraran esta guerra como algo suyo ni interpretaran su servicio en el Arma SS como un deber para el pueblo alemán»[280]. El juicio de Eicke fue más severo: «Entre los voluntarios germánicos hay un gran número que merecen el calificativo de deficientes mentales. Muchos no saben escribir ni leer alemán. No entienden las voces de mando, muestran marcada propensión a la inobediencia y la holganza. Casi nunca cumplen las órdenes y se excusan diciendo que no han comprendido las palabras del superior. Y todo eso es campo abonado para la cobardía[281].» La desgana de la tropa SS germánica se transmitió a sus compañeros hasta tal punto que, finalmente, figuró entre los signos característicos de una buena división su escaso voluntariado germánico[282].

Comparado con esos irritantes refuerzos, el espíritu de los voluntarios europeos debió de complacer mucho a los comandantes SS. Los 200 000 europeos no alemanes incorporados al Arma pusieron un sello cosmopolita a las tropas y aportaron algo de aquel idealismo ya lejano que tanto añoraban los comandantes. Sin embargo, el rutinario quehacer bélico desencantó rápidamente a esa tropa. Aunque la cruzada antibolchevique fue una consigna común, no pudo ocultar que el Arma SS quedó perpleja ante el fenómeno militar y político del movimiento voluntario europeo y no supo cómo tratarlo.

Aquellos voluntarios procedentes de diversos países y que aportaban diversas ideologías debieron integrarse súbitamente en un Ejército que por su estilo militar prusiano y sus apretadas anteojeras concordaba perfectamente con una filosofía totalitaria. En el Arma SS, los extranjeros tropezaron con individuos que nunca habían aprendido a tolerar las particularidades y los credos de otros pueblos. Pronto se acumularon las quejas sobre el tratamiento arrogante y colérico

* Alemanes nacidos y residentes en el extranjero.

reservado por subjefes y jefes del Arma a los voluntarios extranjeros. Así, pues, surgió un foco de resistencia, en especial entre flamencos, noruegos y holandeses, contra la instrucción demasiado alemana en el Arma SS[283]. El propio Himmler censuró «el trato injusto y psicológicamente erróneo» de sus germanos extranjeros y amenazó con «degradar y expulsar sin contemplaciones a todo jefe o subjefe que pecara contra el futuro germánico»[284]. En Noruega, se confabularon varios ex soldados del Arma SS y declararon la guerra a los reclutadores de Berger[285]. Desde 1943, se multiplicaron las instancias de voluntarios holandeses, daneses y belgas solicitando el licenciamiento del Arma[286].

«Es inconcebible lo que ocurre en el Arma SS —se dolía el negociado VI de la Dirección general SS en octubre de 1942—. El tratamiento reservado allí a la gente influye en muchos casos de una forma negativa sobre su actitud ideológica[287].» Muchos enemigos enmascarados de las SS vistieron el uniforme del Arma. Por ejemplo, la censura de estafeta militar interceptó una carta escrita por el candidato a jefe SS Veer, en la que éste informaba confidencialmente a un amigo en Amsterdam que se sentía optimista «porque nuestros confederados [los Aliados] habían puesto pie en tierra italiana». Orden de, Himmler: «Ese hombre debe comparecer inmediatamente ante un Tribunal SS[288].» Asimismo, un héroe del Arma tan celebrado como el jefe de la Resistencia belga Léon Degrelle, *Sturmbannführer* y laureado con las Hojas de Roble, ingresó en la tropa SS porque vio en ello el único medio de impedir que Himmler disociara la región flamenca de Bélgica para incorporarla al Reich[289]. Y el jefe de propaganda del Movimiento nacionalsocialista holandés, Voorhoeve, quien detestaba Alemania y la política pangermanista SS, confesó a un amigo que la única forma de desbaratar los planes de la Orden negra era «el ingreso en esa tropa de pobres idiotas»[290]. «Es muy peligroso conservar a ese sujeto en el Arma —advirtió el jefe superior de SS y Policía Rauter—. Si el individuo sigue paseándose como un héroe por Holanda, nos resultará después muy difícil aplastar a un combatiente tan notable[291].»

Pero todos los voluntarios europeos del Arma SS, hasta el más obtuso, empezaron a barruntar que habían escuchado unas promesas cuyo cumplimiento no llegaría jamás. Muchos ingresaron porque sustentaron la creencia (fomentada por Berger y sus propagandistas) de poder asegurar la independencia de su patria en esa nueva Europa hitleriana mediante el servicio de frente con los alemanes. Los jefes del Arma apoyaron a sus granaderos europeos en esas aspiraciones, pero Adolf Hitler desoyó los consejos de su Guardia. Cada

mes fue más insostenible la posición de los jefes ante el voluntario europeo. Por fin, decidieron recurrir al sucedáneo: transformaron la escuela de cadetes de Bad Toelz en una academia militar europea [292] donde cualquier alumno no alemán podía criticar el programa del Partido nacionalsocialista, proyectaron erigir en Holanda un «monumento al guerrero germánico» [293], elaboraron planes para un futuro común..., aun cuando sabían de antemano que el futuro prometido a sus granaderos sería siempre un espejismo.

Ante los jefes del Arma SS se desmoronó un mundo en el que ellos mismos habían creído otrora. El cordón umbilical ideológico que había enlazado el Ejército de los Steiner, los Hausser, Bittrich y Dietrich con la Orden negra se desgarró... no de un tirón, sino lentamente, mes tras mes, cada vez más sutil y deleznable. Al tambalearse su fe en Hitler, al surgir sus dudas sobre la victoria, cargado con el lastre de unos refuerzos discutibles y con una conciencia fluctuante ante el conflicto sin solución de los voluntarios europeos... el Ejército SS empezó a oscilar entre los frentes ideológicos de la guerra y se preguntó, en el fondo, si pertenecía aún a los Escalones de Protección. Las columnas SS marcharon sólo tras su propio estandarte, conducidas por estrategas cuyas relaciones con la jefatura estatal se debilitaban por momentos.

Las fórmulas estereotipadas de Führer y Reich, lealtad y victoria final siguieron fluyendo entre sus labios, pero en su fuero interno aquella tropa sufrió una convulsión, vino a ser una potencia de cuño propio... no ya SS ni Wehrmacht. Su destino fue el de muchas otras guardias pretorianas que, al decir del sociólogo suizo Rolf Bigler, «se han caracterizado siempre por una relación muy especial con la autoridad estatal y, por ende, con el Gobierno» [294]. Asimismo, entre las acciones y decepciones de aquella guerra, la tropa vino a ser una verdadera patria para el Arma SS; se entrelazaron los estandartes, las batallas amargas y el recuerdo de los camaradas caídos hasta formar un lazo místico que mantuvo unida a la tropa y cerró el paso a todo extraño. Y como hombres, sus jefes. Raras veces tuvo una fuerza alemana generales tan encastillados. Numerosos ejemplos atestiguan la coriácea autosuficiencia de los generales SS.

En febrero de 1943, Paul Hausser recibió orden de contener con su II Cuerpo acorazado SS la masa militar enemiga lanzada contra Járkov y conservar a toda costa la plaza. No obstante, las columnas soviéticas consiguieron alcanzar la retaguardia de los contingentes alemanes el 12 de febrero. En cualquier momento podría cerrarse el cerco alrededor de Hausser y su Cuerpo acorazado. Entonces aquél

pidió a la Agrupación de Ejército Lanz, puesta bajo sus órdenes, que evacuara Járkov para permitir un repliegue ordenado. Sin embargo, el Estado Mayor de Lanz se negó a obedecer alegando que el Führer había prohibido toda retirada. El 15 de febrero, el Alto Mando del Ejército despachó un radiograma urgente para Járkov en el que —invocando una vez más la orden del Führer— se prohibía a Hausser la evacuación de la plaza. Éste tomó decisiones por su cuenta. El 15 de febrero, hacia las 12.50 horas, ordenó el repliegue... contra las órdenes expresas de su Führer. Resultado: el Cuerpo acorazado se libró del aniquilamiento y ofreció más tarde al mariscal Von Manstein la posibilidad de emprender una contraofensiva. Hitler gruñó lo suyo sobre el desobediente general, pero no le causó molestia alguna [295].

Los generales SS menospreciaron con frecuencia las órdenes de la Wehrmacht. Durante el avance alemán por la Rusia meridional, el OKW reprochó al comandante del estandarte personal, Dietrich, «haberse lanzado sobre Róstov para ganar prestigio personal» contraviniendo las órdenes de sus superiores (según una reseña de Berger) [296]; en otra ocasión, el mariscal Von Kleist hizo constar en una orden clásica la inobediencia de otro general SS. «El comandante de la división "Wiking" —decía su radiograma— debe atenerse a lo siguiente: 1) acatar inmediatamente la prohibición de tomar posiciones sin consentimiento del Ejército; 2) enviar un parte explicando cómo es que el Mando de la división "Wiking" decidió, sin dar el correspondiente parte, ocupar posiciones no relacionadas en las órdenes expresas del Cuerpo [297].»

Con singular irritación Heinrich Himmler empezó a observar las tendencias emancipadoras de sus generales. Recelosamente contempló el cauteloso repliegue del Arma, cuyas líneas generales correspondían a lo que había consignado el jefe SS de Personal, Maximilian von Herff el 23 de noviembre de 1942 sobre los elementos determinativos de la Jefatura general: «Alrededor de Jüttner se está formando un círculo al que convendría vigilar, pues algún día puede ser peligroso. Me refiero a la facción Gruf, Petri, Brif, Von Jena y Hansen. Todos ellos distan mucho de la voluntad y el pensamiento normativo SS. Sólo quieren ser soldados de la guardia. Lo demás es secundario para ellos [298].»

Aunque el *Reischführer SS* no tendió nunca vínculos especiales con sus tropas, tenía la suficiente perceptibilidad para notar el creciente alejamiento entre el Arma y la Orden de los Escalones. Ese extrañamiento recíproco no le sorprendió. El 5 de marzo de 1942 había escrito ya sin intención profética: «Preveo ahí un gran peligro. Con-

cretamente, que el Arma SS empiece a regir su propia vida bajo el lema "necesidades de guerra" como hiciera antaño la Wehrmacht bajo el lema "medidas para la defensa nacional"[299].» Esa vida propia del Arma había irritado ya repetidas veces al *Reichsführer*. Se manifestaba a cada paso en pequeños detalles: la desgana de los jefes militares cuando se les pedía mayor confraternización con los SS ordinarios, y los repetidos intentos para remplazar las graduaciones SS por el orden jerárquico de la Wehrmacht contraviniendo lo dispuesto por Himmler. O la diligencia de los contingentes militares SS para cumplir cuanto ordenase la Wehrmacht..., desoyendo las órdenes terminantes del *Reichsführer*.

Durante un bombardeo sobre Berlín, 600 soldados SS se pusieron a disposición del Gobierno militar, provocando la cólera de Himmler: «Si se intenta poner otra vez un solo hombre SS bajo el mando de la Wehrmacht y si el Arma actúa a espaldas de su *Reichsführer*, no quedará destituido sólo el comandante SS en Berlín, sino que también le haré encarcelar[300].» Por supuesto, los jefes militares SS no se dejaron disuadir de lo que su *Reichsführer* denominaba «el ángulo visual de la Wehrmacht». Así, por ejemplo, el comandante local del Arma en Nuremberg, *Sturmbannführer SS* Loh, se negó en redondo a establecer comunicación con dirigentes de los SS ordinarios y el SD. Parte del sector SD de Nuremberg, fechado el 10 de octubre de 1941: «El *Brigadeführer SS* doctor Martin se ha propuesto, como jefe SS del sector, intervenir personalmente para mantener unidas en un solo bloque todas las organizaciones SS... Sus denodados esfuerzos por incluir en él el Arma se estrellaron contra la terca e incomprensible actitud del arriba citado *Sturmbannführer SS* Loh[301].»

Himmler trató en vano de hacer ver a sus militares que el verdadero hogar del Arma eran los Escalones de Protección. En agosto de 1941, exigió que las divisiones utilizaran exclusivamente los distintivos y graduaciones SS[302]. Steiner recibió una reprimenda por firmar las órdenes de su Cuerpo con el título «general Steiner»[303]. Así y todo, Himmler hubo de retroceder antes un paso frente a los exigentes militares: dio su autorización para que los jefes superiores del Arma desde *Brigadeführer* hacia arriba ostentaran junto a sus títulos los correspondientes de la Wehrmacht[304].

No fueron menos ruidosos los vituperios de Himmler contra la lasitud ideológica mostrada por sus generales. Hizo redactar órdenes muy severas para los mandos del Arma según las cuales todo jefe SS tenía un deber primordial: «Inculcar a sus soldados las ideas de nuestro Führer, Adolf Hitler, hasta convertirlos en fanáticos e insobor-

nables mantenedores del ideario nacionalsocialista.» Y también profirió amenazas: «En adelante, la capacidad de mando no se medirá sólo por las facultades para enseñar provechosamente el empleo de las armas..., sino también y con idéntico rigor por las facultades de cada jefe, subjefe y militante para formar luchadores cuyas convicciones ideológicas les permitan arrostrar cualquier crisis [305].»

Prácticamente ningún general acató esa orden. Gottlob Berger se asombró de que «en los Escalones de Protección hubiera gente dispuesta a desatender una orden específica del *Reichsführer*» [306]. Más de una división rehusó impartir las enseñanzas ideológicas ordenadas por Himmler, y los jefes SS menos indóciles que intentaron iniciar esa instrucción fueron blanco seguro de burlas e invectivas. El orientador ideológico de la 13 división se lamentaba en 1944: «Se me humilla constantemente como jefe SS y oficial porque algunos caballeros del Estado Mayor divisionario rechazan sin rodeos mi labor política [307].» Más drástica fue la formulación de un informador secreto afecto a la Dirección general SS (2 de octubre de 1943): «Esto te da náuseas. Por todas partes oigo decir que el espíritu SS es una porquería. Y en verdad no veo ni rastro de él [308].»

Himmler leyó a menudo tales partes, y cuanto más leía, mayores eran sus sospechas de que el *Reichsführer SS* estaba rodeado de generales desagredecidos cuyas suelas hollaban ya un campo distinto...: el de la Wehrmacht. Estupefacto, vio desertar de la Orden negra a un general tras otro.

«Respecto al comandante general del V Cuerpo de Montaña SS, *Obergruppenführer* Phleps —reseñaba Berger— se ha vuelto muy raro, pues ahora excluye de las conferencias tácticas a los nacionalsocialistas no militares como el *Volksgruppenführer* Andreas Schmidt [309].» El *Obergruppenführer* Hoefle enojó de tal forma a Himmler con su fervor castrense, que éste retiró el tuteo a su viejo camarada del pronunciamiento de noviembre de 1923 y le amenazó con las más severas represalias. Himmler dictó lo siguiente: «Señor Hoefle: Esta carta es para advertirle por última vez antes de la destitución. Usted es un subalterno tan desobediente como irresoluto en la ejecución de todo cuanto se le ordena. Tengo la impresión de que usted es cera virgen entre las manos de su Estado Mayor. Comuníqueme por escrito con brevedad y lucidez, sin excusas ni aclaraciones, si se propone obedecer mis órdenes e indicaciones en lugar de escuchar las instigaciones de su Estado Mayor o las disposiciones de la comandancia militar local [310].»

La explosión colérica de su *Reichsführer* dejó a Hoefle tan impá-

vido como al Mando del II Cuerpo acorazado SS, *Obergruppenführer* Bittrich, depuesto tras la invasión por hacer ciertas manifestaciones extemporáneas, y quien, sin embargo, se negó a dejar su puesto... con el respaldo del comandante supremo del Oeste, mariscal Model[311]. Pero los disgustos no acabaron ahí. Himmler se enfureció sobremanera cuando su antiguo favorito, el *Obergruppenführer* y general del Arma SS Felix Steiner, formó entre los censores más incisivos del *Reichsführer*.

«¡Usted es el más desobediente de mis generales!», le gritó iracundo al enterarse por terceros que Steiner le había llamado en público «romántico desaliñado»[312]. Desde entonces, observó con desconfianza al nudoso prusiano. Antes le había preocupado ya una súbita amistad entre Steiner y ciertos jefes SS que no se limitaban a ridiculizar la grotesca figura uniformada del *Reichsheini*, con sus frágiles piernecillas. Himmler sufrió su primer sobresalto en 1940 cuando Steiner —por entonces comandante del regimiento VT «Deutschland»— criticó con tal saña la estrategia hitleriana en tertulias y casinos que fue necesaria la intervención del propio Hausser para hacer callar al crítico del Führer y de su campaña occidental[313]. Himmler se escandalizó también con el primer oficial del Estado Mayor de Steiner, *Sturmbannführer SS* Reichel quien, según él, ejercía una influencia excepcionalmente funesta sobre los jefes de la división «Wiking» y creaba con sus censuras una atmósfera tensa[314]. El porqué lo reveló Himmler al general en agosto de 1942: «Particularmente, no se podrá tolerar por mucho tiempo que Reichel se permita maltratar con su indisciplinada lengua las medidas adoptadas no sólo por el Mando sino, incluso, las del Führer o las mías[315].» Asimismo, el *Standartenführer* Gille, que mandaba la Artillería de Steiner, causó muy ingrata impresión al *Reichsführer*. El «soldado genuino» Gille apartó de sí todo cuanto oliera a ideología. El observador ideológico de la división, *Obersturmbannführer* Fick, fue blanco de sus mofas: «En el aristocrático regimiento de Artillería número 5 se prohíbe el uso de la camisa parda. ¡Destinaré un comando de mudas a su alojamiento[316]!»

Himmler intentó disciplinar por todos los medios a su general favorito de otrora. Lo amenazó. Lo halagó y le suplicó. Apeló a la gratitud de Steiner. Le envió emisarios para convencerlo. «Creyó haber dado suficientes pruebas de su generosidad —como él mismo confió a su íntimo Berger— ante esa vanidad perenne que afectaban los soldados y, en particular, los generales clásicos[317].» Llamamiento a la gratitud: él, Steiner, debería darse cuenta de que podría ser *Obergruppenführer* en las SS y comandante general del Arma a la edad de cuarenta

y siete años, mientras que en el Ejército era muy dudoso que hubiera llegado a general siquiera. Así, pues, debería portarse noblemente y no cambiar la calificación SS de *Obergruppenführer* por la de general, sino titularse como correspondía a todo general revolucionario: *Gruppenführer* o, posiblemente, *Obergruppenführer* [318]. Amenaza: «El *Reichsführer* desea que el interesado [Steiner] corrija de una vez el tono insultante empleado todavía por muchos hombres de la división "Wiking" para referirse al *Reichsführer* en sus tertulias de casino, bar, etcétera. No consentiré por más tiempo tales libertades [319].»

Todo fue inútil. La presión ejercida por Himmler se perdió en el vacío. Berger se resignó y reconoció «la imposibilidad de educar al *Gruppenführer SS* Steiner». He aquí su conclusión: «El hombre obra como le place y no se deja aconsejar [320].» Cuando Steiner optó por saludar a sus soldados con un breve *Heil!* en lugar del obligatorio *Heil Hitler!* y, para mayor abundamiento, criticó la política del «infrahumanismo» en Rusia, Berger recibió orden de investigar «si Steiner mostraba deslealtad a su *Reichsführer*», como éste mismo lo expresó en una carta [321]. Berger tranquilizó a Himmler [322].

La lealtad fue un concepto muy elástico en el Arma SS. Himmler y Berger ignoraron que pocos días antes —junio de 1943— Felix Steiner se encontró en cierto café berlinés con un viejo amigo, el ex nacionalsocialista y por entonces antinazi conde Fritz-Dietlof von der Schulenburg, antiguo subjefe de Policía en Berlín. La amistad entre Steiner y el conde databa de lejanas fechas, cuando ambos servían en el Regimiento de Infantería número 1 de Koenigsberg. Entre los dos amigos hubo un intercambio de peligrosos pensamientos. Schulenburg: «¡Deberíamos matarlo [a Hitler] antes de que hunda definitivamente a Alemania [323]!» Con aire pensativo, el *Obergruppenführer* Steiner se despidió del sedicioso conde. El Arma se encaminó hacia la mayor encrucijada de su existencia. Sólo faltaba un año para el momento de la verdad: el 20 de julio de 1944.

16. Las SS y la Resistencia alemana

En el otoño de 1942, llegaron diversos comunicados a la Dirección general de Seguridad del Reich que pusieron sobre aviso al jefe de la Gestapo, *Gruppenführer SS* Heinrich Müller. La delegación de la Gestapo en Munich informaba sobre una fuga de divisas que, a primera vista, parecía un delito común y, no obstante, transformaría las estructuras autocráticas del III Reich.

En la frontera con el protectorado del Reich había sido arrestado, por los aduaneros de Praga, un individuo llamado David, cuando intentaba pasar clandestinamente 400 dólares. David declaró que un oficial de Seguridad militar afecto al almirante Wilhelm Canaris le había encomendado ciertas transacciones financieras por cuenta de súbditos judíos del protectorado[1]. Siguiendo el rastro dejado por David, se llegó hasta dos socios comanditarios que servían como confidentes del contraespionaje militar de Munich. Eran el capitán Ickrat y su amigo, el exportador alemán doctor Wilhelm Schmidhuber. Ambos sospechosos fueron detenidos por transgredir el régimen de divisas establecido en la Alemania hitleriana[2].

En su desconcierto, el cónsul ofreció a los interrogadores de la Gestapo una versión que dio cierto matiz político al asunto. Comparó lo ocurrido con unas operaciones parecidas del consejero jurídico gubernativo doctor Hans von Dohnányi, quien prestaba servicio como asesor especial en el Departamento central de contraespionaje militar con el general Hans Oster[3]. Los agentes de la Gestapo creyeron haber tropezado con un asunto del contraespionaje militar y prosiguieron sus pesquisas. Averiguaron que el asesor especial Von Dohnányi proveía a judíos con documentos y dinero del contraespionaje y los hacía partir como confidentes hacia Suiza[4].

Entretanto, el prisionero de la Gestapo, Schmidhuber, hizo una nueva revelación. Indicó que sus transacciones tenían cierta relación

con las gestiones del primer teniente doctor Joseph Müller —del contraespionaje militar de Munich— para conseguir la mediación pacificadora del Vaticano entre Alemania y los Aliados [5]. El jefe de la Gestapo percibió inmediatamente lo que significaba esa comunicación de Munich: por vez primera la Policía secreta gubernativa penetraba en el círculo interno de aquel poderoso contraespionaje militar que disputaba la supremacía en el Reich al aparato fiscalizador de la Prinz-Albrecht-Strasse y obstaculizaba toda intervención de la Gestapo en los Cuerpos armados. Y algo más importante: los nombres Hans Oster, Joseph Müller y Hans von Dohnányi confirmaron las sospechas largo tiempo sustentadas por los hombres de la Prinz-Albrecht: en el negociado de contraespionaje militar extranjero del OKW anidaba un grupo antigubernamental que, al amparo de la Wehrmacht —sector inaccesible para la Gestapo—, proyectaba el derrocamiento del sistema nacionalsocialista.

Desde que la Dirección general de Seguridad tendiera su red supervisora sobre Alemania, la RSHA y el contraespionaje militar se enfrentaban con marcado antagonismo. La cooperación oficial de ambas potencias no podía disimular ese hecho, máxime cuando los oficiales del segundo ponían continuos reparos al inhumano sistema de la Gestapo en el llamado hostigamiento del adversario y atajaban todas las tentativas del Mando SS para reunir los servicios secretos militar y político —SD y contraespionaje militar— en una sola mano: la de la Dirección general de Seguridad del Reich. Por lo pronto, la RSHA poseía ya ese «polvorín» (Heydrich) que el equipo dirigente de la Prinz-Albrecht-Strasse quería sacar a la luz pública, pues su contenido representaba una estocada mortal para el enemigo [6]. El polvorín contenía expedientes secretos en los que habían quedado impresas las múltiples huellas antigubernamentales de los Müller, Oster y Dohnányi: el monárquico Oster, algo así como un jefe de Estado Mayor en el contraespionaje militar, había montado un servicio informativo de política interior que procuraba noticias a los jefes de la Resistencia alemana contra el régimen hitleriano y era tan eficaz que el ministro plenipotenciario Von Hentig podía describirlo, cargando un poco las tintas, como «una supervisión sobre todo el Partido por el departamento de contraespionaje de la Wehrmacht» [7]. El jurista Von Dohnányi figuraba en la lista negra de la RSHA porque en 1938 había contribuido a desbaratar la intriga de la Gestapo contra el capitán general barón Von Fritsch y porque mantenía estrechos contactos con diversos elementos antihitlerianos agrupados alrededor de Ludwig Beck, antiguo jefe del Estado Mayor central y con el ex alcalde Carl Goer-

deler[8]. Contra el católico Joseph Müller —más tarde socio fundador del CSU— había muchos cargos acumulados por la Gestapo y el SD, pues se sospechaba que fue él quien reveló la fecha del ataque alemán en Occidente (10 de mayo de 1940) a través de la Embajada belga cerca del Vaticano[9].

Todas esas conexiones despertaron la curiosidad de Müller —el de la Gestapo— y le indujeron a aprovechar el asunto de las divisas para descargar un cintarazo mortífero sobre el contraespionaje militar. No obstante, era preciso maniobrar con cautela, encubrir los verdaderos móviles políticos de su proceder. La Gestapo debería dar la impresión de que investigaba, simplemente, una infracción sobre el régimen de divisas. Puesto que aquélla no podía esclarecer ningún delito dentro de la jurisdicción militar, Müller transfirió al contraespionaje militar la investigación del caso, aunque procurando mantener un enlace de la Gestapo —el comisario Sondoregger— como observador[10]. El Supremo Consejo de guerra, que no percibió la «intriga Gestapo», nombró juez instructor al coronel del Cuerpo jurídico doctor Manfred Roeder, quien se había distinguido ya como perseguidor de los quintacolumnistas antinazis en el caso de la «orquesta roja», una banda de espías soviéticos[11].

El 5 de abril de 1943, Roeder, acompañado por el comisario Sonderegger, de la Gestapo, se presentó a Canaris. Roeder exhibió una orden de detención contra Dohnányi e hizo saber al almirante que el Supremo Consejo de guerra le había habilitado para registrar la oficina de Dohnányi[12]. Pocos minutos después, los tres hombres se plantaron ante Dohnányi. La inesperada visita de Roeder dejó al descubierto fatalmente el flanco débil de la fronda antihitleriana. Aunque algunos días antes el jefe de la Kripo Arthur Nebe, asociado durante años con la resistencia interna alemana, había advertido al contraespionaje militar que el gestapista Müller planeaba un golpe contra ese organismo, el asesor especial se dejó sorprender por Roeder.

El juez militar se encaminó hacia el escritorio de Dohnányi y sacó un fajo de documentos comprometedores. Los extendió sobre la mesa; entre esos papeles apareció un legajo sobre el grupo de confidentes judíos conducido a Suiza por Dohnányi y extractos sobre las conversaciones de paz en Roma y Estocolmo a las cuales habían asistido varios oficiales de contraespionaje militar y el pastor Dietrich Bonheffer, vigilado por la Gestapo[13]. Entonces observó el comisario Sonderegger que el jefe de negociado Oster, también presente, miraba como hipnotizado el escritorio de Dohnányi. Allí quedaba un expediente. «¡La nota, la nota!», siseó el asesor especial al general. Oster se

acercó con paso pausado al escritorio, alargó la mano y cogió rápidamente un papel [14]. «¡Alto!», gritó Soderegger apuntando con un dedo hacia el general. Roeder giró sobre sus talones y comprendió inmediatamente lo ocurrido. Rogó al almirante Canaris la entrega del papel. Oster se resistió unos instantes y, por fin, obedeció [15].

Roeder leyó la nota. Sobre ella habían esbozado Dohnányi y Oster un diálogo cifrado que permitiría al contraespionaje militar concertar una entrevista en el extranjero entre Bonhoeffer y ciertos políticos proaliados bajo una apariencia inofensiva. La escena en el despacho de Dohnányi significó el fin del contraespionaje militar independiente. El jefe del Estado Mayor, Oster, el informador oposicionista más importante después del *Gruppenführer* Nebe, fue destituido y expulsado del servicio militar; Dohnányi, Joseph Müller y Bonhoeffer pasaron bajo custodia [16].

En enero de 1944, la Gestapo consiguió asestar un nuevo golpe a los incautos conspiradores. El gestapista Müller rompió el círculo de resistencia en torno a Hanna Solf, viuda de un embajador, y detuvo a otros miembros del contraespionaje militar central, entre ellos al antiguo plenipotenciario Kiep, el intendente general conde Von Moltke y el capitán Gehre [17]. Cuando apenas se había repuesto el contraespionaje militar de aquel nuevo revés, empezó a sufrir las consecuencias de su propia debilidad. En varios países —Suiza, Suecia y Turquía— sus colaboradores huyeron hacia el campo aliado [18].

Cuando Hitler supo de esas deserciones, cubrió de improperios al contraespionaje militar. Los colaboradores más cercanos del dictador le oyeron decir que Canaris y sus servicios informativos habían fracasado en toda la línea. Entonces sugirió el *Gruppenführer SS* Fegelein, representante de Himmler en el Cuartel General del Führer, que se pusiera «todo el tinglado» bajo el mando del *Reichsführer*. Hitler aceptó la propuesta de su futuro cuñado e hizo llamar al jefe de las SS [19]. En pocos minutos se decidió el destino del contraespionaje militar: a últimos de febrero de 1944, Heinrich Himmler recibió de su Führer el encargo de fusionar aquel organismo y el SD, con lo que la Wehrmacht perdió una batalla crucial frente a las SS [20]. Allí se decidió un combate de varios años. La gran Wehrmacht alemana se quedó sin su contraespionaje militar y, con ello, se convirtió en el único Ejército del mundo que no dispuso de su propio servicio secreto. Desde entonces, el contraespionaje militar fue un dominio de las SS... Los Escalones de Protección triunfaron.

Pero ocurrió algo extraño: el vencedor no se vengó como se esperaba. El jefe de la Gestapo, Müller, que se habría arrojado gusto-

samente contra la «nidada de traidores» en la mansión Canaris, perdió su potestad sobre el contraespionaje militar y, en cambio, apareció su rival más detestado, el *Brigadeführer SS* Walter Schellenberg, jefe del negociado VI (SD extranjero) en la RSHA. Una extraña relación ambivalente le había asociado durante años con el almirante Canaris, quien apreciaba su excepcional inteligencia. El jefe del contraespionaje militar sentía casi un afecto paternal por el SS... y asimismo Schellenberg respetaba al almirante con un calor humano que extrañaba a los fríos intelectuales del SD [21].

Incluso durante sus peores altercados con el jefe de Schellenberg, Heydrich, el almirante escuchó los consejos de su inferior en edad y grado. «¿Estuve demasiado violento?», solía preguntarle cuando se reunía con él para sus frecuentes paseos matinales a caballo por el Tiergarten berlinés [22]. Él sabía que Schellenberg no traspasaría jamás los límites de la lealtad, por lo menos con respecto a él. Cierta vez, el jefe de Información en el Ministerio del Exterior, un ultranazi como Ribbentrop, hizo una pregunta capciosa a Schellenberg: «¿Qué es Canaris, un zorro viejo y astuto o un partidario sincero del régimen nacionalsocialista?» El jefe del SD respondió con laconismo que la lealtad del almirante no podía ser puesta en duda [23]. Y mantuvo esa opinión incluso más allá del 23 de julio de 1944, aquel día en que el malévolo jefe de la Gestapo encomendó precisamente a Schellenberg la detención del almirante como presunto cómplice en la conjura urdida el 20 de julio [24]. Probablemente, Schellenberg estaba mejor informado. Tal vez conociera, incluso, la conversación telefónica entre Canaris y el autor del atentado, conde Von Stauffenberg, quien anunciara erróneamente al almirante en la tarde del 20 de julio el golpe mortal asestado a Hitler. Canaris: «¿Muerto? ¡Por amor de Dios! ¿Quiénes fueron? ¿Los rusos [25]?»

Al mismo tiempo, Schellenberg vio el fin del contraespionaje militar como un triunfo personal, como una victoria de su SD extranjero. Por fin se hacía realidad lo que él había perseguido durante años: la formación de un superservicio secreto unificado. En sus fantásticas alucinaciones se vio ya como el mágico creador de ese imperio esotérico ante el cual palidecería el envidiado Intelligence Service [26]. Esto basta para aseverar que Schellenberg formaba entre las figuras más codiciosas e imprevisibles del Mando SS; hasta los restantes jefes de la RSHA lo consideraban un peligroso advenedizo a quien convenía evitar. El jurista de Saarbrücken había pasado por el sistema policíaco del SD a los Escalones y desde éstos, al círculo íntimo de Reinhard Heydrich, quien le inspiraba afecto y odio a un tiempo [27].

Sus camaradas en la RSHA lo habían tenido por un abúlico factótum de Heydrich, pero se desdijeron al observar que tras la sensibilidad casi femenina del elegante e instruido conservador acechaba una voluntad granítica que se imponía incluso al temido jefe RSHA. Además, supo reasegurarse con Himmler; evidentemente, el *Reichsführer* encontró de su gusto al «benjamín», como solía llamarle con afecto [28]. Durante un vuelo a Viena, Schellenberg había cogido por el uniforme a su *Reichsführer* cuando éste se respaldaba inadvertidamente contra el picaporte [29]. Desde entonces, Himmler confiaba en el instinto y la perspicacia del hombre del SD.

Pese a sus enmarañados lazos con los poderosos de la Orden SS, el *Brigadeführer* Schellenberg poseía suficiente astucia para «guardarse de tributar una culpa mortal al Estado totalitario», como lo formulaba el publicista Klaus Harpprecht [30]. Nada podría moverle a entregar su última gota de sangre por el Estado nacionalsocialista. La fácil adaptabilidad que antaño llevara al joven burgués empobrecido hasta la *élite* SD le hizo también apartarse del régimen hitleriano cuando vislumbró el crepúsculo de los dioses pardos. Él conocía la verdadera situación del Reich desde que se abrió paso hasta la primera fila en el Servicio secreto SS. Nada más empezar, tras el mutis del doctor Werner Best en 1940, dirigió la Policía de Seguridad pero se malquistó tanto con su inmediato superior, el brutal y terco gestapista [31], que se alegró considerablemente cuando pudo relevar al jefe del SD extranjero, Heinz Jost, el año 1942 [32].

Mostró un talento tan excepcional como jefe del Servicio secreto en el extranjero, que Himmler recordó inmediatamente a su «benjamín» cuando se le dio el encargo de fusionar el SD y el contraespionaje militar. En la primavera de 1944, Schellenberg se dispuso a organizar un servicio Secreto uniforme integrado en la Dirección general de Seguridad [33]. Ante el maltrecho contraespionaje militar procuró disimular la exultación que le producía el triunfo del jefe SS. Casi delicadamente liquidó el aparato de contraespionaje militar, y con no menos deferencia hizo lo posible para incorporar el antiguo equipo de Canaris a la RSHA.

Tal vez obrara así por creer aconsejable el mayor tacto, ya que la lucha entre contraespionaje militar y RSHA no había terminado con una victoria absoluta de las SS. En el Cuartel General del Führer, éstas y la Wehrmacht se repartieron el legado del contraespionaje militar: el departamento central, antiguo dominio de Oster, fue disuelto, el negociado «Extranjero» permaneció con el OKW, el departamento I (Servicio de Información secreta) y el II (Sabotaje) pasaron a la Di-

rección general de Seguridad, y el departamento III (Contraespionaje) se dividió entre Wehrmacht y Gestapo de la siguiente forma: una parte fue agregada al Alto Mando del Ejército como «Reconocimiento del Frente y Seguridad de la Tropa», y el resto se quedó con el negociado IV-E de la RSHA[34]. Schellenberg fundió los departamentos I y II en un nuevo Servicio de Seguridad militar, el «negociado Mil», y lo puso bajo la dirección de Georg Hansen[35], un coronel del contraespionaje militar complicado secretamente con la Resistencia. Todo permaneció como antes en el exterior, dando la impresión de que sólo había cambiado la jefatura superior.

Al principio, Canaris no fue importunado por la Gestapo. Por lo pronto, se le retuvo en la fortaleza de Lauenstein bajo una especie de arresto domiciliario; pero, tras cierta conversación privada con Schellenberg, el almirante regresó a Berlín donde tomó el mando del Estado Mayor especial para la Guerra comercial, en el OKW[36]. Los jefes SS entonaron incluso una alabanza para honrar al adversario caído, Canaris. En presencia de numerosos personajes SS, Himmler y Keitel, jefe del OKW, inauguraron en un palacio próximo a Salzburgo (primeros de mayo de 1944) la nueva Era del servicio secreto, motivo con el cual el *Reichsführer* ensalzó también «los meritorios esfuerzos del antiguo contraespionaje militar»[37]. Casi toda la oficialidad de ese servicio desaparecido se preguntó perpleja por qué trataría Schellenberg con tanto comedimiento a la comitiva Canaris. Poco a poco se perfiló ante sus ojos la fantástica realidad: el jefe SD Schellenberg seguía un curso sorprendentemente similar al de los conspiradores militares.

Durante las vísperas del 20 de junio de 1944, nadie pudo imaginar hasta qué punto se asemejaban los designios secretos de la Seguridad militar y el SD extranjero. Ambos sentían ya serias dudas sobre la victoria final alemana. Ambos deseaban unas negociaciones especiales de paz con los Aliados. Y ambos estaban dispuestos a desembarazarse de Adolf Hitler para asegurar la supervivencia alemana.

Los análisis computativos del contraespionaje militar sobre la situación estratégica coincidían exactamente con los partes e informes del SD acerca del enemigo y su moral. Asimismo, se parecían ambas potencias en la infructuosidad de sus esfuerzos. Canaris se había lamentado siempre de que nadie leía ya siquiera sus informes analíticos en el Cuartel General del Führer, y hacia mediados de 1944 se prohibía al SD presentar sus «partes del Reich» redactados para el Alto Mando[38]. El SD tomaba a menudo los mismos caminos emprendidos por el contraespionaje militar para hallar un escape de la guerra

hitleriana. Y esa similitud les había llevado no pocas veces a emplear los mismos mediadores y conversar con los mismos interlocutores aliados.

Ahí se evidenciaba un paralelismo, por lo menos parcial, entre las conciencias insurgentes en los cuadros de la oficialidad alemana y las maniobras diversivas de los fríos racionalistas del SD. Esas trayectorias casi superpuestas harían decir más tarde a los apologistas de la Orden Negra que, en el fondo, todos habían deseado lo mismo. Concluida la guerra, Werner Best vio una misma sombra trágica sobre el contraespionaje militar y sus contrincantes del SD. «Nosotros —escribe— creamos para nuestro pueblo un régimen que, tras un buen principio y considerables éxitos iniciales, nos condujo a la catástrofe por ciertas causas imprevistas (el delirio profético de Hitler): ésa fue nuestra tragedia común [39].»

Tal interpretación omite el gran distanciamiento moral entre los hombres del 20 de junio de 1944, cuyas motivaciones tuvieron un fondo eminentemente ético, y los tecnólogos SS del poder estatal; al propio tiempo, las palabras del antiguo síndico de la Gestapo reflejan toda la amargura y decepción en que se sumieron los semidioses del caudillaje dictatorial al percibir la ramplonería inherente al III Reich. Lo que Best denomina «el delirio profético de Hitler» representa, en realidad, una clave sin la cual sería imposible descifrar el comportamiento de las SS o, por lo menos, de algunos jefes antes y después del 20 de junio de 1944, pues muchos jefes SS vieron desmoronarse entonces en su fuero interno al hombre que les arrancara un juramento de lealtad ciega y fanática: Adolf Hitler.

Ellos creyeron necesario plasmar el «mayor cerebro de todos los tiempos», como Himmler llamaba a su ídolo [40], para que la Orden tuviera sentido y finalidad. Proteger la vida de Adolf Hitler, cumplir inflexiblemente sus órdenes, ser algún día sus ejecutores testamentarios...: así imaginaron ellos la sagrada misión de las SS. Frente al confuso cuadro democrático de Weimar, con su aparente desorden, muchos jefes SS opusieron la utopía de un Estado corporativo y popular dirigido por un genial caudillo domador de siglos, y administrado por unos tecnólogos que, inconmovibles y «objetivos» (una de sus expresiones favoritas), aplicarían los postulados del Mando estatal.

El Estado totalitario fue para ellos el único remedio curativo, cuya aplicación aportaría aquel orden tantas veces evocado y aquella disciplina nacional que añoraban millones de alemanes apolíticos. Sin embargo, el trato excesivamente familiar con los gobernantes del

régimen desilusionó a muchos jefes de las SS, quienes percibieron pronto que en lugar de la lucha democrática entre partidos políticos no había surgido la voluntad unitaria del caudillaje dictatorial, sino una competencia desaforada entre jerarcas nacionalsocialistas a la cual Hitler daba vuelo para poder conservar su predominio autocrático.

Aún irritó más a los jefes SS en el SD la circunstancia de que el dictador no resultara ser aquel estadista prudente, práctico y creativo con que soñaran los intelectuales del SD en su mundo nigromántico. Al frente del Estado no encontraron una racionabilidad diáfana, no encontraron la «objetividad quintaesenciada» del SD, sino un afán brutal de conquista, un despotismo incontrolable cuyos principios se inspiraban en el más insípido nacionalismo biológico del siglo XIX combinado con un delirio colonialista y egolátrico que sobrepasaba largamente los límites de la doctrina nacionalsocialista sustentada todavía por los jefes SS.

Cuando el dictador, embriagado ya por sus éxitos, engulló al primer pueblo extranjero —los checos de la esquilmada CSR *— se atirantaron un poco las relaciones entre el Mando SS y Hitler; fue un leve tirón que sólo percibieron los iniciados. El zarpazo al Hradschin no causó sólo estupefacción en el extranjero, sino también entre algunos jefes SS. Jamás podrá olvidar el *Standartenführer SS* Reinhard Hoehn aquel día de marzo de 1939, cuando se encontró con el *Oberführer* Best durante un paseo matinal a caballo por el Tiergarten berlinés. «Camarada Hoehn —le dijo Best—, esto es el fin. Hasta ahora la gente ha creído que el nacionalsocialismo encarnaba las ideas populares y que esas ideas tenían sus límites. Pero con la entrada en Praga, el nacionalsocialismo se ha hecho imperialismo [41].»

Desde luego, esas admisiones esporádicas no dejaron ninguna huella apreciable en el pensamiento y la actuación del Mando SS; los Escalones de Protección siguieron a Hitler hacia su mundo demencial, le siguieron en sus correrías hasta el genocidio. Sin embargo, fue un detalle sintomático que el propio Himmler mostrara ocasionalmente una inquietud indefinible bajo la envoltura de su extática idolatría hitleriana... y eso empezó ya en el verano de 1939. La cabalgada suicida de Hitler hacia los abismos bélicos hizo reflexionar lo suyo al jefe SS, hombre de naturaleza temerosa en el fondo. Durante la crisis sudete de 1938, Himmler había figurado aún al frente de los instigadores belicosos que fomentaban el agresivo curso del dictador,

* República checoslovaca.

pero cuando éste provocó la polémica sobre Danzig, Himmler pensó que Hitler estaba echando todo en el asador.

Heinrich Himmler se asoció con Herman Goering, quien intentaba desviar el rumbo de la draconiana política hitleriana en Danzig, y se enfrentó con el jefe AA Joachim von Ribbentrop, en quien veía el más nefasto consejero de Hitler. A primeros de abril de 1939, visitó Danzig para recomendar más cordura al pendenciero *Gauleiter* Albert Forster, amo y señor de la Ciudad Libre [42]. El cónsul general francés en Danzig, barón Guy de la Tournelle, informó a París que Himmler se proponía gestionar en Berlín la destitución de Forster [43]. Aunque el jefe SS contó con el apoyo de Greiser, presidente del Senado en Danzig y contrincante de Forster, no pudo hacer prevalecer su opinión [44]. Asimismo, el embajador polaco en Berlín conceptuó a Himmler por entonces como un enemigo relativo de la guerra [45]. Y el suizo Burckhardt, comisario de Danzig, escribió el 26 de junio de 1939 al secretario de la Sociedad de Naciones estas frases: «Se dice por el extranjero que Goebbels y Himmler están arrinconando a Hitler. Tales rumores no responden exactamente a la verdad. Desde el pasado otoño y, especialmente, desde la persecución judía en noviembre, Himmler evoluciona apreciablemente acercándose más a Goering y enfrentándose con Goebbels, cuyos métodos de propaganda no parecen gustarle [46].»

Más tarde, Himmler hizo una nueva conversión y siguió presurosamente el curso bélico de Hitler, pero continuó cultivando su odio contra Ribbentrop a quien imputó —para no echar cargas onerosas sobre su «dios sucedáneo», Adolf Hitler— la fatídica política alemana de guerra. En los medios de Himmler se creía que la caída de Ribbentrop podría precipitar un arreglo pacífico entre el Reich y los Aliados. «¡Ésta no es nuestra guerra, sino la de Ribbentrop!», clamó una vez Goering. Y así pensaron muchos en la Jefatura SS [47]. El ex embajador Ulrich von Hassell, uno de los principales dirigentes en la Resistencia alemana, lo averiguó en octubre de 1939. Se encontró al conde Von Welczek, antiguo embajador alemán en París, quien le reveló que se quería poner fin cuanto antes a la guerra. Hassell tomó nota: «Su círculo de acción [el de Welczek] está integrado por elementos del alto mando SS —Stukkart y Hoehn— los cuales, según afirma, piensan en el fondo como nosotros [los de la Resistencia], y, sobre todo, se preguntan si no convendría echar con cajas destempladas a Ribbentrop. Allí se medita ya sobre la formación de un nuevo Ministerio [48].»

Aunque esos indicios sean esporádicos, tienen suficiente signifi-

cación para evidenciar que el Mando SS no compartía esa confianza ciega en la victoria que arrastró a miles y miles de jóvenes militantes hacia el horror y el genocidio de la Segunda Guerra Mundial. «Puesto que el Mando SS piensa sobre el desenlace de la guerra con realismo, es decir, con gran escepticismo —anotaba Hassell en el punto culminante de las victorias alemanas— no puede unirse al patrioterismo vocinglero de cuño nacionalsocialista[49].»

No es que las SS pusieran en duda la legitimidad intrínseca de la despótica política hitleriana. Los Escalones de Protección estuvieron dispuestos, como siempre, a cumplimentar las órdenes más bárbaras de su Führer, tanto si implicaban la muerte del pueblo judío como el desarrollo de una nueva ofensiva militar, tanto si los mandaban a rescatar a Benito Mussolini de sus carceleros como castigar a algún satélite desertor de la Alemania hitleriana... Los SS no conocieron el titubeo.

Pero a muchos jefes les irritaba algo que ya había entorpecido con frecuencia el servicio al caudillaje dictatorial: la intelectualidad propia. Esa *élite* SD era demasiado clarividente para ingerir el veneno de la fuerza bruta que repartía el apóstol del espacio vital en el Cuartel General del Führer. La política de ocupación ofrecía ciertos matices harto significativos que aprovechaba la Orden negra para comparar ventajosamente su dominación paradigmática con la tosca política hitleriana de amos y esclavos. Los técnicos del poder racional e insensitivo que dominaban con su mecanismo policíaco la Europa conquistada y, al mismo tiempo, querían liberarla, se vieron entorpecidos en su trabajo por el monótono imperialismo cuya primitiva lógica —la del conquistador— despertaría algún día la resistencia de los pueblos subyugados contra el dominador alemán.

Lo que Hitler encarecía a sus colaboradores sobre el *tratamiento* de la Rusia ocupada era también válido para el resto de Europa: se trataba, fundamentalmente, explicaba Hitler, de «partir con pulso firme el gigantesco pastel, para que podamos: primero dominarlo, segundo administrarlo y tercero explotarlo»[50]. En aquel mundo no quedaba ni un país autónomo aparte de Alemania; todo eran satrapías sujetas a una superdictadura central. Era preciso, declaraba Hitler en 1943 ante los grandes del Reich, liquidar lo antes posible «esa quincalla de pequeños Estados», pues una Europa unificada «sólo podrá conocer la organización perfecta a través de los alemanes». Él no quería conceder la autonomía nacional ni en su más ínfima expresión a los países ocupados por Alemania[51]. Hitler advertía: «El camino del autogobierno conduce a la independencia; con las estructuras demo-

cráticas uno no puede conservar lo que ha tomado antes por la fuerza [52].»

Frente a ese programa, los jefes SS opusieron una política más inteligente aunque moralmente no menos cuestionable que se podría compendiar con dos palabras: «azúcar y látigo». Mediante una ducha alternativa de rigor y benevolencia, los políticos ocupantes SS intentaron establecer un adusto consenso recíproco entre dominadores y dominados. Contra el sarcasmo hitleriano sobre la «quincalla de pequeños Estados» se elevó el criterio del jefe SS Best, quien dijo: «En las relaciones entre el pueblo rector y los restantes pueblos es recomendable gobernar sin oponerse a la voluntad de los gobernantes ni omitirla, pues... la vida no se deja nunca aherrojar ni engañar.» Best escribió (1942) en la revista *Reich, Volksordnung, Lebensraum:* «Dirigir como el pueblo más vigoroso una comunidad de pueblos con idéntico destino geográfico, y crear en estrecha colaboración con sus confederados un grandioso orden popular preservándolo cual un auténtico pueblo rector según las leyes naturales: tal es el máximo escalón de la autosuficiencia a que puede aspirar un pueblo, porque ello representa un desarrollo natural duradero en lugar del cataclismo que sigue inevitablemente al momentáneo delirio de grandeza [53].»

Reinhard Heydrich fue el primero en ensayar una política SS de ocupación. El *Obergruppenführer SS*, jefe del SD y de la Dirección general de Seguridad, fue designado en adición a los susodichos cargos (setiembre de 1941) protector interino —prácticamente numerario— del Reich para Bohemia y Moravia.

Heydrich desencadenó contra los checos una oleada de terror que le valió un feo apodo: «el matarife de Praga». Escenificó el primer proceso espectacular de la historia nacionalsocialista, en el que hizo imponer la pena capital en cuestión de horas al *premier* checo Alois Elías, mientras los comandos de la Gestapo desarticulaban la Resistencia checa y detenían a los oposicionistas [54]. Cada día pudo anunciar algún «éxito» de su campaña terrorista al Cuartel General del Führer. Transcurridas escasamente dos semanas, quedó liquidado el grueso de la resistencia checa al cual se habían adherido pocos días antes los grupos comunistas y prooccidentales [55].

Pero apenas hubo alcanzado su objetivo, Heydrich suprimió los juicios sumarísimos. El terrorista se presentó entonces como un nuevo protector del Reich. Al «matarife» Heydrich le sucedió el «benefactor» Heydrich. Dio por terminada la persecución política y se atrajo con halagos a los obreros y campesinos checos para enfrentarlos con la intelectualidad burguesa, en la que creyó ver el principal foco de la

Resistencia [56]. Puesto que tenía también el cometido de incrementar la producción agrícola e industrial del país, derogó muchas disposiciones que degradaban al checo como persona de segunda clase.

Heydrich aumentó el racionamiento de grasas para dos millones de obreros industriales, distribuyó 200 000 pares de zapatos entre las industrias del armamento, hizo requisar lujosos hoteles y balnearios en Bohemia y los puso a disposición de los trabajadores para sus vacaciones y curas [57]. Simultáneamente, reorganizó el sistema del seguro social, bastante más atrasado que el alemán. «Obreros y campesinos fueron reconocidos socialmente por vez primera... contando incluso a la Checoslovaquia democrática», señala el biógrafo británico de Heydrich, Charles Wighton [58]. Junto con su esposa Lina, el protector recibió a una delegación tras otra, de lo cual infirieron erróneamente muchos observadores que los checos se habían conformado con la dominación alemana [59].

Los informes sobre las fructuosa acción pacificadora del Gobernador SS consternaron al Gobierno exiliado checo de Edvard Benes en Londres. La calma funérea imperante sobre el protectorado hizo peligrar la causa de los exiliados demócratas: cuanto más pasiva se mostrase la población de Bohemia y Moravia ante los opresores alemanes, más insostenible sería la posición del Gobierno exiliado en sus negociaciones con los Aliados [60]. Sólo un movimiento activo de resistencia en el Protectorado proporcionaría suficiente legitimación al Gobierno exiliado para solicitar de sus confederados que dieran absoluta prioridad a los intereses checos en la ordenación de posguerra. Pero la resistencia no tendría fundamento alguno mientras los alemanes y el déspota Heydrich practicaran su elástica política de ocupación. Por consiguiente, sólo había una solución escueta para los exiliados checos: Heydrich debería morir... El asesinato del poderoso protector sería lo único que provocase aquella brutalidad germánica sin la cual no tendría objeto ni dinamismo el movimiento de resistencia.

En diciembre de 1941, el Gobierno exiliado en Londres acordó la muerte de Heydrich. Dos suboficiales checos, Jan Kubis y Josef Gabcik fueron elegidos para la misión de asesinar al protector. Poco después de Navidades, un avión británico tomó a bordo a ambos checos y los dejó caer sobre el protectorado [61]. Kubis y Gabcik iban bien pertrechados para su trabajo. Habían asistido a una escuela de espionaje en Manchester; después se les había adiestrado para el sabotaje en un campamento de Cambusdarroch (Norte de Escocia) y, finalmente, habían recibido las últimas instrucciones en la Villa Pellasis, cerca de Dorking. Kubis y Gabcik planearon asesinar a Heydrich durante

su recorrido diario desde la residencia veraniega de Jungfern-Breschan hasta la cercana Praga [62].

Eligieron como escenario el barrio de Holessovice y, concretamente, un lugar donde la carretera Dresde-Praga trazaba una curva muy cerrada para salir al puente de Troja. Cuando pasara por la curva, el coche que conducía a Heydrich sin escolta hacia Praga debería reducir la velocidad, y ése sería el instante que ambos aprovecharían para dar el golpe con ayuda de otros dos terroristas [63].

Los cuatro hombres se dispersaron ante la curva; cada uno iba armado con una metralleta «Sten» y varias granadas de mano escondidas bajo el impermeable. El cómplice Valcik se apostó a 270 m de la curva para anunciar con un silbido la llegada de Heydrich [64].

En la mañana del 27 de mayo de 1942 comenzó la acción. Heydrich pasaría por allí a las 9.30, como habían averiguado los conjurados, pero sonó esa hora sin que apareciera en escena el descapotable del protector, un «Mercedes» verde. Transcurrieron sesenta minutos más y los hombres se impacientaron. De pronto, Gabcik y Kubis oyeron un silbido. Gabcik desabrochó su gabardina, empuñó la metralleta y saltó a la cuneta. Cargó y apuntó cuando el coche tomaba la curva. Gabcik lo vio todo perfectamente: el rostro descolorido de Heydrich, la cabeza del conductor Klein, el rutilante parabrisas. Entonces apretó el gatillo y... ¡nada! Volvió a cargar y apretó de nuevo inútilmente. Enfurecido, el conspirador gritó algo a Kubis, apostado tras él. Luego sacó una granada de mano y la lanzó contra el «Mercedes», cuyas ruedas patinaban ya bajo la acción de los frenos. La carga explosiva estalló bajo la parte posterior del chasis. El automóvil se hizo pedazos [65].

No obstante, Heydrich saltó al suelo, aparentemente ileso, vociferando unas palabras a su conductor. Todavía dentro del coche, Heydrich había desenfundado su revólver reglamentario apenas divisó a Gabcik, y ahora lo empuñaba disparando y aullando mientras avanzaba tambaleante por la carretera hacia sus huidizos asaltantes. «Principal protagonista de una escena que podría haber pertenecido a una película del Oeste» (Wighton) [66]. Heydrich se aproximó al conspirador Kubis, e inesperadamente el checo vio una oportunidad para escapar. En dirección contraria se acercaban dos tranvías, uno detrás de otro... y Kubis pudo desaparecer tras el segundo antes de que Heydrich lo alcanzase. El checo saltó a una bicicleta escondida allí y huyó velozmente. Entonces, el protector se encaró con el otro agresor. Entretanto, Gabcik había recobrado la serenidad tras su arrebato de furor por el percance con la metralleta; y se dio cuenta de pronto del

inminente peligro. Sacó un revólver del bolsillo, retrocedió e hizo fuego. Disparo tras disparo, aprovechando cada desigualdad del terreno, consiguió escapar ante el jefe SS[67].

Mientras huía, observó por encima del hombro que su adversario había dejado caer su arma; no le quedaba munición. Heydrich se llevó la mano derecha a una cadera y retrocedió vacilando. También logró desaparecer el conspirador Gabcik. Fue entonces cuando se evidenció que los asaltantes no habían fallado el golpe: la carga explosiva del llamado Kubis había incrustrado fragmentos de cuero y acero en las costillas y el diafragma de Heydrich causando graves lesiones; algunas partículas se habían introducido hasta el bazo. Los cirujanos no pudieron salvar a Reinhard Heydrich. El 4 de junio de 1942, sucumbió a sus heridas[68]. Todo cuanto restó del mayor terrorista en la historia alemana fue su mascarilla, tétrico símbolo del maquiavelismo SS. El comisario criminalista doctor Bernhard Wehner, enviado a Praga para esclarecer el atentado, fue el primero en ver la mascarilla de Heydrich. Y comentó más tarde: «Rasgos engañosos de belleza infinitamente corrupta aparentando una espiritualización extraterrestre...; como un cardenal del Renacimiento[69].»

Pero Londres obtuvo lo que había buscado. Sobre Bohemia y Moravia se abatió una oleada de terror, una de las más angustiosas en la historia del III Reich. Diez mil checos fueron detenidos, y por lo menos 1 300, fusilados, entre ellos todos los hombres de Lidice, una aldea cercana a Praga donde presuntamente hallaron ayuda los magnicidas y cuyas casas fueron también arrasadas. En una represalia practicada con tal ceguera y fanatismo se debió a la casualidad que los matadores de Heydrich fueran capturados por sus perseguidores[70]. El diputado laborista británico Ronald T. Paget manifestó después de la guerra que él había oído hablar a menudo de la táctica empleada por los guerrilleros: «Provocar las represalias a fin de despertar el odio contra los ocupantes y así reclutar más hombres para la Resistencia. Por esa razón nosotros enviamos un comando a Checoslovaquia con la misión de asesinar a Heydrich. El gran movimiento checo de resistencia fue un resultado inmediato de las subsecuentes represalias SS[71].»

La política de ocupación patrocinada por Heydrich encontró un sucesor firmemente decidido a evitar en el futuro esas represalias tan descomunales. El azar, tantas veces irónico, quiso que la trayectoria emprendida por Heydrich hallara continuidad y perfeccionamiento en manos del hombre a quien había aborrecido el muerto como a ningún otro jefe SS: el doctor Werner Best, fundador de la maqui-

naria de la Gestapo, *Gruppenführer SS* y, desde agosto de 1942, director ministerial en el Ministerio del Exterior [72].

Una crisis entre Dinamarca y el Reich ocasionó la súbita partida de Best hacia Copenhague a fines de 1942. Hitler creyó haber sido agraviado por la Casa Real y por el Gobierno danés que, no obstante la ocupación alemana, habían conservado sus instituciones constitucionales; él quiso aprovechar tal oportunidad para colocar el puñado de nacionalsocialistas daneses en los puestos clave gubernamentales. El dictador rompió las relaciones con la Casa real danesa en otoño, e hizo regresar a sus dos principales representantes, el ministro plenipotenciario del Reich y el comandante general de las tropas alemanas. He aquí el plan de Hitler: un nuevo plenipotenciario, más agresivo que el anterior, debería forzar la dimisión del Gobierno danés y exigir la inclusión de los nacionalsocialistas en un nuevo gabinete [73].

Para esa misión, el jefe AA Joachim von Ribbentrop eligió al *Gruppenführer SS* Best, que tenía fama de ser un negociador enérgico. Pero Best columbró muy pronto que el mandato hitleriano deterioraría sin remedio la política alemana de ocupación en Dinamarca. El Parlamento danés no aprobaría jamás los nombramientos de ministros nacionalsocialistas. Así, pues, el ministro plenipotenciario Best osó hacer lo que no había hecho aún ningún diplomático como Ribbentrop: arrumbar la orden de su Führer. El militante SS se confabuló con los políticos daneses. Juntos constituyeron un nuevo gabinete prescindiendo de algunos ministros cuya actuación había despertado sospechas entre los alemanes. Best, por su parte, dejó fuera a los nazis daneses [74]. Además, hizo saber claramente a los camaradas nórdicos que su mera presencia dañaba la política alemana de ocupación. Cuando el Partido conquistó sólo tres escaños en las elecciones parlamentarias de marzo de 1943, Best se entrevistó con el jefe nacionalsocialista Frits Clausen y le indujo a abandonar Copenhague y retirarse, de hecho, de la vida política [75].

Aquella maniobra caracterizó la impávida actitud con que el jefe SS Best marcó sigilosamente el curso que le pareció más practicable para la política de ocupación en Dinamarca. Best quiso imponer paz y estabilidad sobre sus dominios, y se propuso lograrlo aunque tuviera que luchar contra todos los agitadores, contra los Aliados, la Resistencia danesa y... Hitler.

Su política flexible, basada en una lógica glacial, tropezó también con la intransigencia de Hitler. El Cuartel General del Führer había tolerado a regañadientes la pérdida de los nazis daneses, pero la táctica en apariencia pusilánime empleada con los quintacolumnistas

daneses exacerbó al dictador. Porque en Dinamarca se repitió lo que había hecho caer a Heydrich en Praga. Luchadores de la Resistencia danesa adiestrados en Inglaterra declararon una pequeña guerra a la potencia ocupante en el protectorado ejemplar de Werner Best. Entre otras cosas, los quintacolumnistas intentaron provocar las represalias alemanas contra una población todavía circunspecta. Sin embargo, el diplomático Best evitó toda venganza innecesaria. Convocó reuniones de militares y Policía de Seguridad y les exhortó a actuar con brevedad y puntería cuando necesitaran tomar represalias. El jefe SS procuró, incluso, empequeñecer el verdadero alcance de la Resistencia en sus informes al Ministro del Exterior para paliar cualquier reacción tremebunda de Hitler que él, Best, temía tanto como los guerrilleros o quizá más[76].

Sin embargo, los partes diarios del comandante militar alemán en Dinamarca al Estado Mayor central de la Wehrmacht pintaron con tintas tan negras la Resistencia danesa, que Hitler se creyó embaucado por su ministro plenipotenciario. El bilioso dictador exigió las más rigurosas acciones represivas contra los guerrilleros daneses porque, de otra forma, el Reich se vería expuesto a perder su puente danés con Noruega[77]. Best recibió orden de presentar un ultimátum al Gobierno de Copenhague requiriendo la formación de Tribunales urgentes para enjuiciar a los emboscados y aplicar la pena capital a quienes hubiesen participado en ataques contra las Fuerzas ocupantes. El plenipotenciario del Reich replicó inmediatamente que el Gobierno danés no aceptaría jamás tal imposición[78]. Dos días después tuvo la prueba: el gabinete se negó a colaborar y dimitió en bloque el 29 de agosto de 1943. Acto seguido, el gobernador militar alemán declaró el estado de excepción[79].

A una mente sagaz como la del técnico en ciencias y poderes políticos Best no podía pasarle inadvertido que la política coercitiva de Hitler sólo beneficiaría a los guerrilleros. Tuvo que entrar en colisión con Hitler cuando el Führer dictó órdenes para iniciar los métodos brutales contra los guerrilleros también en Dinamarca. El 30 de diciembre de 1943, se emplazó a Best en el Cuartel General del Führer. Hitler opinó que el terror en Dinamarca sólo podría ser quebrantado mediante un terror aún mayor; por consiguiente, ordenó que se castigaran los sabotajes daneses mediante actos de terror contra los familiares, patrocinadores y auxiliares de los guerrilleros en una proporción de cinco a uno. Best objetó que ese «contraterror» no disuadiría a los daneses de sus propósitos. Y considerando la educación cívica de aquel pueblo, parecía mucho más efectivo adoptar una actitud pa-

siva para hacer resaltar la sinrazón de los saboteadores, que ajusticiar a cada terrorista detenido según la ley marcial. Esa lógica causídica exasperó nuevamente al dictador, máxime cuando para él no había nada tan repulsivo en esta Tierra como la profesión jurídica. Se mantuvo firme la orden hitleriana contra el terror [80].

En Dinamarca, una marea de duras represalias alemanas inundó muchas regiones; las acciones represivas involucraron también al escéptico oponente de esa tosca política draconiana, adjudicándole la complicidad propia de todo alto funcionario en el III Reich. El *Gruppenführer SS* Best tuvo que ser partícipe de ese contraterror que tanto le repugnaba. Al propio tiempo, intentó repetidamente atemperar el ritmo de la campaña terrorista. Secundado por el comandante de la Sipo, redujo a uno por cada uno aquella proporción de cinco a uno que señalara Hitler como clave del desquite, y sustituyó paulatinamente el terror por los juicios sumarísimos [81].

A Hitler no le pasó inadvertido el movimiento tangencial de su plenipotenciario. El 3 de junio de 1944 el ministro Von Ribbentrop envió un cable a Best: «Tras la lectura de los informes sobre la situación, el Führer ha formulado muy serias censuras sobre la política que ha practicado usted hasta ahora en Dinamarca. Manifestó que esa evolución adversa es imputable a la creación inopinada de Tribunales.» Con tono amenazador, Ribbentrop exigió un informe detallado e inmediato y, especialmente, una respuesta clara a esta pregunta: «¿Por qué ha intentado reprimir el sabotaje, contraviniendo las disposiciones del Führer, no sólo mediante el contraterror sino también mediante procesos judiciales [82]?» Una vez más convocó al disidente SS ante el Führer. El 5 de julio, Best se encaró con Hitler. «Estos caballeros —gruñó el dictador— siempre quieren ser más listos que yo.» Hitler repitió su orden sobre el contraterror y recalcó que un ministro plenipotenciario *no tenía atribución alguna para practicar su propia política*. Cuando Best quiso replicar, Hitler le gritó: «¡No quiero oír nada!» El *Gruppenführer* SS Best saludó y abandonó la habitación [83]. Pocas horas después, se vio confrontado con los contrasentidos del Estado totalitario pardo. El ministro de Asuntos exteriores, Von Ribbentrop, que se había quedado súbitamente pensativo tras la exposición de Best, le hizo una grotesca recomendación: «Obre como *estime justo y razonable. ¡Pero la orden del Führer debe cumplirse* a raja tabla [84]!»

El episodio Best descubrió por vez primera que en la Gran Alemania no siempre había identidad de opiniones entre Hitler y la Orden negra sobre su política de ocupación. Particularmente se obser-

vaban grandes divergencias en el tratamiento de los pueblos llamados germánicos, divergencias que ocultaban bajo la cubierta del dogtismo monolítico nazi dos criterios muy diferentes. Esas diferencias dejaban entrever que pese a toda la fraseología germánica, Adolf Hitler seguía siendo el nacionalista alemán de la Era patriótica bajo Guillermo, y seguía condenando cada innovación supraestatal como un delito de lesa patria. Por el contrario, los jefes SS preconizaban seriamente un gran Imperio germánico con el cual esperaban ver nacer, de forma algo difusa y ortodoxa, una nueva edad histórica de confraternización supranacional..., bajo tutela alemana, se entiende.

Bien pudiera ser, observó cierta vez Himmler entusiásticamente, que el próximo *Reichsführer SS* ni siquiera fuera alemán. Pero Hitler ridiculizó no pocas veces los experimentos germánicos del jefe SS [85]. Él opinó que sin la adecuada enseñanza ideológica, cualquier voluntario SS germánico «creería estar traicionando a su pueblo» [86]. Esos dos pareceres dejaron traslucir, como lo formula el historiador Paul Kluke, que contrariamente al programa nacionalista hitleriano, en las SS «aparecían brotes de una política más independiente cuyo pensamiento orientador discurría por distintos caminos». Kluke descubrió en Himmler «una mayor propensión a rebañar los elementos nórdicos de ciudadanos no alemanes, es decir, emprender entre otros pueblos esa pesca biológica a la que Hitler oponía tantas objeciones» [87].

La escisión entre los SS y Hitler se hizo cada vez más apreciable a medida que Himmler intensificaba su programa pangermánico y consolidaba posiciones en la política de ocupación practicada con aquellos países que, según la terminología SS, deberían titularse nordicogermánicos. El reclutamiento de voluntarios germánicos para el Arma SS y la confusión originada por las camarillas antagónicas, en los territorios ocupados impusieron a Hitler la necesidad de entronizar al jefe SS como una especie de soberano sobre los países germánicos. Un edicto hitleriano dispuso lo siguiente: «La única autoridad competente para las negociaciones con los grupos étnicos germánicos en las regiones ocupadas sobre asuntos comunes étnicos germánicos, será exclusivamente la del *Reichsführer SS* [88].» En la Dirección general SS se abrió una asesoría germánica (GL) bajo la dirección del médico militar suizo doctor Franz Riedweg, yerno del mariscal Werner von Blomberg destituido en 1938 [89]. La GL mantuvo oficinas exteriores en las capitales de Noruega, Dinamarca, Holanda y Bélgica y tendió una malla de bases SS pangermánicas.

Las oficinas exteriores GL reclutaron gente para el Arma, inspeccionaron las filiales germánicas de las SS ordinarias, crearon entida-

des doctrinales, fundaron periódicos y establecieron amistosa comunicación con aquellos jefes nacionalsocialistas nativos que se oponían a las jefaturas oficiales de su Partido[90]. Los fanáticos germanos SS vieron ya ante sí el Gran Imperio germánico. El jefe de la Dirección general SS Gottlob Berger dio la consigna: «Los voluntarios germánicos en el Arma SS... constituirán algún día con los miembros de los Escalones germánicos la base sobre la que se erigirá el futuro Imperio germánico[91].» El protocolo de una conferencia de alto nivel celebrada en la Dirección general SS el 8 de octubre de 1942 delineó la programación SS: «Se cederá la responsabilidad de todo el espacio germánico al *Reichsführer*. Por tanto, nos cabe la obligación de allanar caminos para que el Führer pueda unificar en su día los países germánicos dentro del Imperio. Esos pueblos se incorporarán a nuestro Imperio sin perder su idiosincrasia ni su cultura[92].»

Pero las visiones imperiales de los germanos SS se disgregaron ante el primitivo instinto nacionalista del dictador, que no hizo el menor gesto para conceder, por lo menos a los países germánicos, la mínima medida de autonomía que querían otorgarles los jefes SS. En efecto, casi todos los países ocupados se hallaban en estado de guerra con el Reich, según el Derecho internacional. Mientras Hitler no quisiera hacer saber formalmente a esos países hasta «dónde llegaría su soberanía nacional en el proyectado Imperio germánico de la Nación alemana», la propaganda pangermánica de las SS sería una mera fábula sin eficacia alguna.

Ahí no se ventiló sólo una cuestión ideológica; el silencio hitleriano afectó también al trabajo cotidiano de los SS en un punto vulnerable. Puesto que el dictador siguió negándose a pronunciar la palabra salvadora, los reclutadores del Arma SS se encontraron atados de pies y manos por Adolf Hitler. En los partes de las asesorías germánicas se manifestó con creciente claridad que la propaganda SS para alistar se paralizaría por completo si Hitler no prometía con rapidez la independencia nacional a los países germánicos. El *Gruppenführer* Berger informó sobre la situación en Noruega el año 1943: «La afluencia de voluntarios ha menguado progresivamente hasta extinguirse. Pese a nuestros denodados esfuerzos, no podemos hacernos con el voluntario porque faltan los fundamentos para una propaganda efectiva.» De un mes al otro se hizo más y más apremiante la proverbial pregunta de los militares SS noruegos a Berger: «¿Qué será de nosotros cuando termine la guerra[93]?»

Desesperado, Berger apeló a su *Reichsführer:* él debería ser quien se entrevistaría con Hitler y le instase a firmar el tratado de paz soli-

citado por los noruegos. Berger, el 25 de setiembre de 1943, a Himmler: «Si hemos de explotar la fuerza defensiva de los pueblos germánicos es justo, me parece, abordar esa cuestión —aunque el Führer la haya rechazado una vez— antes de aplicar las inminentes medidas para el alistamiento [94].» Hitler se negó de nuevo. Sólo se avino bastante más tarde a permitir la lectura en Noruega por el comisario Josef Terboven de una declaración hitleriana en la que se preveía con frases muy vagas la soberanía interna del pueblo noruego para un futuro sumamente nebuloso. Los jefes SS no se dejaron engañar por la verborrea anodina de Hitler. El negociado III de la Dirección de seguridad y las asesorías germánicas de Noruega redactaron conjuntamente un informe describiendo la reacción en este país ante el manifiesto de Hitler: «Es un concepto tan elástico que quien ostente el poder podrá hacer con él cuanto le plazca. Así, pues, nada ha cambiado en definitiva [95].»

La táctica dilatoria de Hitler sugirió audaces ideas entre los jefes SS, y algunos decidieron hacer promesas políticas por su cuenta a los súbditos germánicos. Durante el verano de 1942, el jefe superior de Policía y SS en el Ostland, *Obergruppenführer* Jekkeln, había prometido ya ciertas cosas a las autoridades letonas. «El pueblo letón tendrá, asimismo, un lugar bajo el sol en nuestro gran Imperio Germánico.» Y todavía se mostró más taxativo: «Ahora Letonia empieza ya a administrar su propia hacienda, se le concede también un holgado margen cultural, su economía se despereza y revive... Pues bien: de la misma manera podrá saborear su independencia cuando termine la guerra y, estrechamente unida al Reich, florecerá en todos los aspectos [96].» El Ministerio del Este perdió los estribos y elevó una furiosa protesta contra las extralimitaciones políticas de los jefes SS. El ministro interino Meyer manifestó indignado el 14 de agosto de 1942: «No es misión de un jefe superior de las SS y de la Policía airear en discursos y alocuciones una opinión absolutamente personal sobre las posibilidades futuras de cierta evolución política en Letonia [97].»

Jekkeln no fue el único jefe SS que contradijo por iniciativa propia las órdenes generales de Hitler pensando que era preciso hacerlo así si no se quería perder pie en las regiones ocupadas. Otros sátrapas SS caminaron haciendo equilibrios sobre la estrecha divisoria entre los escarceos políticos autorizados y la ira ya desatada del dictador. El *Gruppenführer SS* Otto Gustav Waechter, gobernador de Galitzia, abogó por un tratamiento más considerado de los polacos aunque ciertas órdenes inviolables le obligaban a deportarlos y sustituirlos por alemanes [98]; y su colega, Curt von Gottberg, comisario general en

la Rutenia blanca, promovió la administración rusa aun cuando Hitler predicaba que cualquier autonomía interior enterraría el dominio alemán [99].

Los escenarios del Báltico, Galitzia y Rutenia blanca enlazaron ya la crónica SS con el gran drama postrero cuya representación comenzaría el 20 de julio de 1944..., aquel drama que aflojó como ningún otro los lazos entre Hitler y la Orden negra, y provocó insospechado cambio en la mentalidad de muchos jefes SS: la guerra contra Rusia.

Los conceptos de Hitler y la Jefatura SS sobre Rusia fueron casi idénticos al principio. Ambos desearon despedazar el «gigantesco pastel» ruso, diezmar los pueblos del Este y colonizar con gentes alemanas los territorios así despoblados. Los mentores ideológicos SS difamaron a millones de eslavos dándoles peregrinos calificativos tales como analfabetos subhumanos que se comportaban como bichos. Un folleto *(Der Untermensch *)* producido por la editorial política de Berger explicó razonadamente al SS las causas que le impedían seguir viendo una persona en el eslavo. «El subhumano, esa aparente creación de la Naturaleza vista desde el ángulo biológico, es decir con manos, pies y una especie de cerebro, con ojos y boca —se leía— es tan sólo una horrible criatura muy distinta, un hombre en embrión, con rasgos parecidos a los humanos..., pero cuyo espíritu e intelecto es incluso inferior al de cualquier animal. El interior de esa caricatura humana es un espantoso caos donde bullen desenfrenadas pasiones: un espíritu destructivo sin nombre, una codicia por demás primitiva, una villanía a flor de piel [100].»

Asesinatos cometidos por los comandos, fusilamientos en masa de prisioneros soviéticos por la Gestapo, tropelías y abusos contra la población civil rusa..., todo eran pruebas concluyentes de que el torvo designio expuesto en aquellas líneas no era una baladronada. Las SS fustigaron atrozmente a la Rusia ocupada. La Orden negra vigiló con mil ojos para que ningún soldado alemán fraternizara con el eslavo infrahumano. Espías y comandos de la RSHA siguieron los pasos a cada autoridad administrativa y militar alemana, obstaculizando todas sus tentativas para ganarse la voluntad de los pueblos orientales mediante ciertas concesiones tales como una administración política autónoma. Ahí husmeó ya Himmler una traición a la misión alemana en el Este. Quien aceptara al ruso cual un auxiliar o aliado en la cruzada antisoviética, saboteaba el programa del dominio alemán en el Este. Consiguientemente, hizo abortar todo conato de administración autó-

* *El subhumano.*

noma oriental. Sus comandos disolvieron el Gobierno nacional ucraniano formado con autorización de la Wehrmacht y arrestaron a sus componentes [101], la Policía de Seguridad eliminó a un grupo nacionalista de la Rusia Blanca con cuya contribución el *Gauleiter* Kube (predecesor de Von Gottberg) se proponía organizar una administración indígena [102]; el Mando SS rechazó todas las ofertas de generales soviéticos prisioneros para combatir al lado de los alemanes contra Stalin [103].

Pero esa rigurosa vigilancia de los ideólogos no pudo impedir que los alemanes vieran claramente ante sí la realidad rusa. Dos años de batallas cruentas y decepcionantes fueron suficientes para desmentir cruelmente el mito de los subhumanos. En agosto de 1942, el SD consignó ya en uno de sus «partes del Reich» que el pueblo alemán «parece tener la impresión de que se le ha engañado. Las grandes masas de armamento soviético, su calidad técnica, la gigantesca industrialización..., todos son desconcertantes descubrimientos que contradicen el cuadro de la Unión Soviética presentado hasta ahora con enjundiosos argumentos. La gente se pregunta: ¿Cómo ha podido hacer todo eso el bolchevismo [104]?»

Los jefes del Arma SS fueron los primeros en rebatir airadamente la farsa del ser subhumano. Cada minuto entre barro e inmundicia demostró al soldado lo que significaba luchar con los rusos. El furor ocasionado por la insensatez de los ideólogos se desahogó en cáusticas memorias a la atención del *Reichsführer*. El comandante de la «Wiking», Felix Steiner, hizo saber a Himmler que la guerra sólo se ganaría cuando pueblos como el ucraniano pudieran recobrar su personalidad nacional y luchar junto a las formaciones alemanes contra el adversario soviético. Himmler rechazó la sugerencia: «¡No olvide que esos "queridos" ucranianos asesinaron al mariscal Von Eichhorn en 1918 [105]!» Cuando Gunter d'Alquen y sus cronistas de guerra destacados por el correspondiente departamento SS empezaron a criticar el dogma cada vez más tibio del ser subhumano y exigieron un nuevo concepto de Europa, Himmler echó pestes contra «las estúpidas habladurías sobre una comunidad europea donde se debía incluir naturalmente al ucraniano y al ruso». Himmler: «Prohíbo de una vez por todas que las SS emprendan de una forma u otra... ese camino condenado terminantemente por el Führer [106].»

A Himmler no le atemorizó tan sólo el desmoronamiento de toda una ideología sino también la temible reacción del dictador, que había prohibido toda contemporización con las aspiraciones nacionales de los pueblos eslavos. La pugna por una declaración de independencia

para los países bálticos había costado ya al jefe SS violento debate con su Führer.

La causa fue el plan de Himmler para reclutar voluntarios con destino al Arma SS en Estonia, Lituania y Letonia. Como sus expertos en Derecho internacional le advirtieron que sería necesario reformar el estatuto de ocupación para poder decretar una movilización general en el Báltico, Himmler decidió conceder cierta autonomía a los países que dan a ese mar [107]. Los tres Estados recuperarían su soberanía bajo la «tutela» del Gran Reich alemán, si bien éste seguiría controlando la política militar y exterior de sus Gobiernos. Himmler no pudo imponer su criterio en el Cuartel General del Führer. El 8 de febrero de 1943, Hitler denegó el proyecto de autonomía, lo que le valió el caluroso aplauso del secretario Bormann, quien había barruntado ahí un fortalecimiento de las SS en perjuicio del Partido [108].

Mientras, un destello de sentido común, por así decirlo, sumió cada vez más los Escalones en la problemática de la ocupación alemana y su política oriental, e hizo naufragar el dogma SS antisoviético en la vasta realidad rusa. El curso ulterior del altercado sobre la independencia báltica demostró algo importante: en el Báltico afluyeron tantos voluntarios, bajo el mando del ex ministro letón de la Guerra Rudof Bangerskis, al Arma SS, que Himmler culpó incluso a su brigada báltica de intentar reanudar la lucha por la autonomía [109]. En noviembre de 1943, compareció otra vez ante su Führer, pero Hitler se negó de nuevo. Alfred Rosenberg anotó lo siguiente: «Durante la conversación, el Führer reiteró varias veces que él, naturalmente, no podría renunciar nunca a esos países. Por otra parte, una voz interior le desaconsejaba esa excesiva contemporización en tiempos tan difíciles [110].»

Himmler recibió otra ducha fría aunque, al mismo tiempo, «esa primera fractura representó un importante precedente para la actitud antioriental de las SS», según opina el historiador americano Alexander Dallin [111]. Una vez despertado el apetito de nuevos reclutas SS al hundir la cuchara en aquella masa humana del Este, ya no hubo freno posible: el ideólogo de lo infrahumano, Himmler, retrocedió paso a paso y permitió que los pueblos se incrustaran uno tras otro en las columnas SS de los expoliados germanos.

Tras los bálticos siguieron los ucranianos. El gobernador de Galitzia, *Brigadeführer* doctor Otto Waechter, había empezado a formar ya en la primavera de 1943 una división SS denominada «Galitzia» con voluntarios ucranianos [112]. Himmler lo aprobó porque para él Galitzia y el nacionalsocialismo ucraniano eran la misma cosa: Galitzia abarcaba

la región ucraniana occidental que perteneciera antaño a la monarquía austrohúngara, y había hecho mérito desde aquella época para merecer la amistad alemana.

Ahora bien: cuando se presentaron de golpe 100 000 voluntarios ucranianos y Waechter propuso sustituir el nombre de «Galitzia» por el de «Ucrania» [113], Himmler se espantó: aquello equivalía a la exaltación del nacionalismo ucraniano, era como traicionar la colonización alemana en el Este. ¿Qué diría el Führer? El 14 de julio de 1943, Himmler decretó lo siguiente: «A todos los jefes de Dirección general. Prohíbo que se empleen los términos "división ucraniana" o "pueblo ucraniano" cuando se aluda a la división de Galitzia [114].» Waechter hizo objeciones: «Si se privara a la división del título "Ucrania" —escribió a Himmler el 30 de julio—, muchos lo interpretarían como una maniobra nuestra para desnacionalizar a los ucranianos, y ello perjudicaría a los intereses de Alemania porque debilitaría la resistencia de ese pueblo ante los incentivos bolcheviques [115].» Himmler se atuvo a su orden, pero hizo una concesión: quien utilizara la expresión «Ucrania» no sería castigado. Cuando Waechter opuso nuevos reparos, el jefe SS rompió la comunicación epistolar [116]. No obstante, en 1945 se alineó con la ideología del frente: Himmler toleró que la división de Galitzia se denominara «1.ª división del Ejército nacional ucraniano» [117], y su comandante, el general ucraniano Shandruk fue el primer «ser subhumano» que vistió el uniforme de *Gruppenführer SS* [118].

Cada vez fue mayor el número de pueblos orientales con suficientes merecimientos para pertenecer a las SS. A los ucranianos se agregó una brigada bajo el mando del aventurero ruso Kaminski [119]; le siguió una división SS de rusos blancos [120], mientras que el Ejército del teniente general Von Pannwitz con sus formaciones cosacas se ponía a disposición de las SS [121] e incluso aparecían mahometanos soviéticos en las filas del Arma [122]. Ese dramático desmenuzamiento del dogma «subhumano» interesó, finalmente, a un grupo de oficiales, expertos orientalistas, nazis generosos y rusófilos, que durante dos largos años habían ofrecido en vano un arma secreta al mando militar y político de la Gran Alemania, un arma cuya aplicación daría un giro decisivo a la campaña oriental.

Desde fechas muy lejanas, el Estado Mayor general y el contraespionaje militar venían predicando que Alemania debería formar con los incontables prisioneros soviéticos un Ejército ruso de liberación, el cual se lanzaría animosamente contra el adversario común, los soviéticos, tan pronto como se le garantizara una soberanía absoluta de la futura Rusia..., y no debería ser «auxiliar voluntario» («Hiwi»)

sino aliado de Alemania con idénticos derechos. Por pura casualidad, esos proyectistas encontraron al jefe idóneo del Ejército ruso propuesto: el teniente general Andréi Andréievich Vlásov, defensor de Moscú en la batalla invernal de 1941, comandante del 2.º Ejército de choque soviético y prisionero de los alemanes en 1942. El prisionero de guerra Vlásov se prestó a luchar contra Stalin en las filas germanas. Con ayuda de varios jóvenes oficiales alemanes que actuaron bajo su propia responsabilidad, Vlásov inició su propaganda en los campos de prisioneros. Fueron suficientes unos cuantos discursos del general; inesperadamente, respondió a su llamada un verdadero alud de internados rusos [123].

Sin embargo, el proyectado Ejército Vlásov se hizo añicos prematuramente bajo las burlas y diatribas del dictador. Hitler repudió todo compromiso con el nacionalismo ruso, porque ello perturbaría la política colonialista concebida por él para la explotación exhaustiva del espacio oriental. Hitler dijo el 8 de junio de 1943: «Yo no organizaré jamás un Ejército ruso. Eso es una quimera descomunal. Nadie debe darle vuelo. Nosotros necesitamos únicamente fundar un Estado ruso. Entonces tendremos un millón de soldados [124]. No obtendríamos nada, ni un solo hombre. Pero cometeríamos una sola locura, la última.»

Los amigos militares de Vlásov capitularon. Sólo un puñado de incorregibles entusiastas rusófilos siguió creyendo en el movimiento Vlásov. Entre ellos algunos jefes de las Juventudes hitlerianas, intelectuales nacionalsocialistas, unos cuantos oficiales y una mujer llamada Melitta Wiedemann, que no se arredró y prosiguió concertando entrevistas para su héroe Vlásov con influyentes personajes del III Reich [125]. Melitta Wiedemann, natural de San Petersburgo, antigua secretaria en la redacción de *Der Angriff*, órgano informativo de Goebbels, y redactora jefe del sermonario anti Komintern *Die Aktion*, tuvo una disparatada idea... Tal vez pudiera ayudar todavía al movimiento Vlásov su más enconado enemigo: las SS. Con su seguro instinto para las realidades nacionalsocialistas, Melitta escogió al jefe SS que le pareció más apropiado para promover el movimiento Vlásov contra toda resistencia: el gobernador de Galitzia, Waechter. La señora Wiedemann arregló en el piso de sus padres una reunión entre Vlásov y Waechter. El *Gruppenführer SS* simpatizó con el ruso y prometió ayuda [126].

Sin embargo, Himmler no se atrevió a traicionar el propio dogma ni las órdenes de su Führer: «Nunca podremos admitir las ideas de ese general ruso, porque si lo hacemos crearemos una nueva nación rusa y encima tendremos que organizarla [127].» Cuando Himmler se hizo

el sordo al alegato cautelosamente expuesto por los amigos de Vlásov, Melitta perdió la paciencia. Cartas y memorias compuestas por la intrépida Casandra llovieron sobre el gran maestre de la Orden negra quien, totalmente indefenso, se aferró a su caduco dogma. «Los hechos desvirtúan la teoría del subhumano frente a los pueblos orientales, particularmente los rusos —escribía la señora Wiedemann el 26 de mayo de 1943 a Himmler—. Ellos se baten bien, sacrifican todo por su patria, fabrican armas tan buenas como las nuestras si no más... El subhumano debe desaparecer para siempre de nuestra propaganda, porque así se requiere hoy para emplear millones de trabajadores orientales en el Reich y mañana, para desplegar millones de soldados orientales en los frentes [128].» El 5 de octubre de 1943: «Nuestra consigna del subhumano ha favorecido la guerra patriótica de Stalin... El odio contra nosotros es horrible... Y, pese a todo, se ha verificado que los campesinos rusos, una gran parte de la intelectualidad y la oficialidad media, superior y máxima del Ejército rojo aborrecen el bolchevismo y, en particular, a Stalin. Pero nuestra política ha planteado a esos hombres una trágica alternativa: una de dos, o luchar por Stalin o entregar su pueblo (y ellos con él) a una potencia colonial explotadora y exterminadora, que califica a ese pueblo (realmente entre los mejor dotados de la raza blanca) de subhumano y lo condena a la esclavitud por muchas generaciones venideras.» Único escape de ese dilema: nueva política oriental alemana, ordenación de Estados independientes en el Este, y formar un Ejército ruso de liberación. La señora Wiedemann enjuició: «Realmente, es peligrosa esa marcha obcecada hacia delante sin una clara visión de las causas que motivaron nuestra tornadiza suerte en la guerra [129].»

Cuando la intrépida Casandra quiso exponer personalmente esa teoría al jefe de las SS, éste eludió su tempestuoso encanto. Himmler se parapetó, como solía hacer en los momentos de confusión, tras las órdenes del Führer y escribió un mensaje. «Concretamente —dictó a su secretario Rudolf—, no quisiera entrar en detalles aparte de lo que ya le he comunicado, pues, precisamente, el Führer ha dado unas directrices muy claras sobre el asunto Vlásov [130].»

La causa de Vlásov y su movimiento habría naufragado en las SS si no hubiese intervenido el *Standartenführer* Gunter D'Alquen, jefe de los cronistas de guerra SS, quien poseía un arte especial para separar progresivamente a Himmler de la ideología antieslava sustentada por su Führer, mediante una terapia de choque combinada con la gramática parda. En setiembre de 1943, cuando se trasladaban juntos por vía aérea al frente, el *Reichsführer* le enseñó el folleto *El sub-*

humano. D'Alquen lo hojeó, reflexionó un instante y, dando media vuelta, se lo enseñó al malhumorado combatiente SS. «Este escrito es un chasco» refunfuñó el hombre. Entonces, D'Alquen soltó su discurso: «Allá lejos nuestros hombres no saben ya qué hacer. Y créame. si le digo que cuando lean este folleto soltarán la carcajada y preguntarán simplemente: "¿Cómo? Estos que nos corren a puntapiés y tienen mejores carros que nosotros, y practican una táctica y estrategia formidables..., ¿son miserables subhumanos? Entonces, ¡qué malos superhombres somos nosotros! ¡Qué no harán esos infrahumanos por su patria! ¡Cómo se sacrifican! ¡Cómo aguantan los golpes!"»

Himmler se echó atrás: «¿Qué lenguaje es ése?»

D'Alquen: «*Reichsführer,* éste es el lenguaje que se escucha hoy por todas partes entre nuestros hombres. Tras dos años de guerra con un adversario que resiste así nuestros embates, no se puede maniobrar con teorías semejantes [131].»

Airadamente, Himmler cortó la conversación. No obstante, la salida de D'Alquen debió de haber causado sus efectos, pues dos días más tarde, el *Reichsführer* hizo llamar al jefe de Propaganda y le ordenó emprender en el frente junto con sus colegas del movimiento Vlásov una guerra psicológica contra el Ejército soviético, ateniéndose, desde luego, a los límites autorizados por Hitler... Lo cual significaba prometer a los desertores soviéticos el ingreso en un Ejército ruso de liberación... inexistente y que, según la voluntad de Hitler, jamás existiría [132].

D'Alquen guardó para sí su opinión sobre este itinerario de marcha y puso manos a la obra. En el área jurisdiccional de otro contrario al dogma del subhumano, el *Obergruppenführer* Steiner, D'Alquen emprendió su «Operación Cuento de Invierno», la primera de varias acciones propagandísticas con las que se consiguió atraer al campo alemán a un número incalculable de desertores soviéticos [133]. «Cuento de Invierno» abrió al propio tiempo una brecha en el frente defensivo ideológico de Himmler, quien empezó a rechazar con suma cautela los argumentos de sus propagandistas particulares. Entretanto, D'Alquen incorporó a su Ejército divulgador figuras cada vez más eminentes del bando de Vlásov, hasta que un día el *Standartenführer* logró de su jefe una autorización para incluir en el gremio a Andréi Andréievich Vlásov [134]. «¡Ese jifero es un peligroso bolchevique!», exclamaba Himmler todavía en octubre de 1943 [135]. Un año después mudó de parecer. El *Reichsführer* permitió formar a Vlásov dos divisiones rusas y escribió al ex subhumano: «Le deseo los mejores éxitos en interés de nuestra causa común [136].»

Aunque Himmler nunca perdió el temor de que su Führer le reprochase agriamente alguna vez su inteligencia secreta con el ruso nacionalista..., la alianza entre el ex general soviético y el hombre de las SS, bajo un signo aciago —el crepúsculo de los dioses nacionalsocialistas—, convirtió los Escalones de Protección en el último salvavidas para aquellos ilusos que aún creían en una evolución de la política oriental alemana. Memorias y memorias acumuladas en los archivos de Himmler atestiguaron que los censores nazis de la avasalladora política hitleriana todavía consideraban las SS como un instrumento de reformas. Al mismo tiempo, cada memorándum bosquejó sin quererlo un lastimoso cuadro sobre la situación y los arredros del régimen.

Melitta Wiedemann apremió de nuevo: «*El ritmo imperante en la* acción Vlásov es algo totalmente ajeno a los métodos de un Estado autoritario; yo lo llamaría el ritmo de la irresolución y de las oportunidades perdidas [137].» Todavía se traslució más resignación en lo que escribió el *Gruppenführer SS* Von Gottberg, gobernador de Rutenia blanca: «Desde el invierno 1941/1942 he señalado repetidas veces verbalmente y por escrito la necesidad imperiosa de modificar radicalmente nuestras medidas. Pues, a mi entender, la mentalidad de los pueblos orientales, interesados sólo en el presente, ofrece las premisas indispensables para una rápida terminación de esta guerra en el Este. Es una oportunidad incomparable... como jamás se le presentará a nación alguna [138].»

Pero quien fustigó con más dureza la política alemana de ocupación fue el *Gauleiter* Alfred E. Frauenfeld, comisario general de Crimea. Y empleó un lenguaje tan incisivo que incluso un sentenciador del régimen nazi tan severo como el fiscal de Nuremberg, Robert Kempner, exclamó más tarde atónito: «¡Es verdaderamente inaudito lo que escribió usted ahí [139]!» Frauenfeld vio en la política alemana de ocupación «una obra maestra del mal actuar y un hecho tan notable como asombroso: apenas transcurridos doce meses, un pueblo absolutamente germanófilo que nos recibió como liberadores, evoluciona a las guerrillas entre bosques y pantanos e influye negativamente sobre el curso de los acontecimientos en estas regiones orientales». El *Gauleiter* continuó vituperando: «Se sigue una trayectoria de brutalidad despiadada... Métodos que habrían empleado los negreros de siglos pasados... Se desprecia toda política razonable... Se revela una insensibilidad absoluta en el tratamiento de los pueblos extranjeros... Se ha llegado al punto culminante de la ofuscación..., como lo demuestran esos individuos que exteriorizan una brutalidad y un des-

potismo indescriptibles mientras por dentro son pequeños burgueses sin formación alguna [140].»

El secretario del Partido, Bormann, mostró a Himmler la memoria de Frauenfeld donde también se criticaba, y no poco, el dogmatismo antieslavo SS. Comentario escrito de Himmler el 26 de marzo de 1944: «Frauenfeld no anda descaminado [141].» Trazo a trazo se perfiló asimismo ante la vista de los más crédulos nacionalsocialistas con guerrera SS la decepcionante comedia de un Estado totalitario que no podía aplicar siquiera las leyes más elementales de la estrategia psicológica. Incapacitada para las reformas, retorciéndose como Laocoonte entre los grupos influyentes del régimen, cediendo lentamente a la superioridad de los Aliados en Oriente y Occidente, la Alemania hitleriana avanzó tambaleante hacia su ocaso.

Pero cuanto más desesperada fue la situación del Reich, con mayor ahínco se preguntaron los jefes SS si tendrían todavía un futuro los Escalones después de Adolf Hitler. Los «partes del Reich» elaborados por el SD no dejaron lugar a dudas: el pueblo alemán ansiaba paz y una rápida terminación de la demencial guerra hitleriana.

«Parte del Reich» del 10 de febrero de 1944: «Aun con toda su estupidez y tosquedad, el adversario se acerca cada vez más a nuestro pellejo y uno empieza a preguntarse cómo nos podremos desembarazar de él, porque es harto pegajoso pese a los "golpes recibidos en la mollera" y los que recibirá [142].»

«Parte del Reich» del 6 de abril de 1944: «En las horas intranquilas, esperando la invasión y la represalia así como un cambio de la situación en el Este, muchos se inquietan por lo que sucederá si ahora no podemos resistir. Por todas partes se oye preguntar si están justificados los graves e innúmeros sacrificios y sufrimientos que exigió la guerra y aún exigirá... Se añora cada vez más la paz [143].»

«Parte del Reich» del 20 de abril de 1944: «Muchos camaradas muestran creciente cansancio bajo la constante presión, el miedo que inspiran los sucesos del Este y las esperanzas frustradas una vez y otra sobre el anunciado "milagro salvador". En general, se está "hasta aquí" de la guerra. El deseo de una pronta terminación se generaliza... y es enorme [144].»

¿Pudieron leer los jefes de las SS esos informes secretos del SD sobre la atmósfera reinante, sin preguntarse lo que sería de los Escalones el día en que se viniera abajo todo cuanto había constituido sus creencias? Probablemente, no. Los jefes SS habían empezado mucho antes a pensar lo impensable. A muchos no les parecía ya revolucionario pensar en una Alemania sin Hitler. La guerra había malbaratado

muchas ilusiones entre ellos, y el rutinario Régimen y, sobre todo, la campaña en el Este destruían la total indentificación de los Escalones con Adolf Hitler. Tampoco podían sustraerse los jefes SS por más tiempo a la pregunta que se hacía en 1944 cada autoridad del Reich: «¿Era preciso que se hundiera la patria para complacer a una jefatura estatal criminosa?»

Con todo, los SS se habrían traicionado a sí mismos si hubieran reaccionado con unanimidad ante la cuestión del destino alemán. Las respuestas de los jefes más moderados recorrían toda la escala desde el derrocamiento de Hitler hasta la defensa encarnizada del régimen. Finalmente, las opiniones cristalizaron en cinco grupos: un pequeño círculo alrededor de Arthur Nebe, cuyos acólitos colaboraban desde muchos años atrás con la Resistencia interna alemana y fueron, por ende, auténticos coautores de la conjura urdida el 20 de julio de 1944; los principales generales del Arma SS que desestimaron el asesinato de Hitler y, no obstante, se confabularon con la Wehrmacht para quitarle el mando supremo y concertar un armisticio con los Aliados occidentales; un círculo en torno al jefe SD Walter Schellenberg quien, con la autorización provisional de Himmler, deseaba proponer una paz especial a los Aliados previa entrega de Hitler si fuera necesario; un grupo más nutrido de jefes superiores SS, desde Werner Best hasta Otto Ohlendorf, que se oponía a todo cambio violento del régimen en plena guerra, pero que creía poder reformarlo después de la lucha; y, finalmente, los fanáticos propugnadores del «combate hasta el amargo final», capitaneados por el sucesor de Heydrich, Ernst Kaltenbrunner, y por el jefe de la Gestapo Heinrich Müller, quienes todavía castigaban la más leve alusión contraria al régimen.

La oposición antihitleriana del círculo alrededor de Nebe se remontaba al año 1938, a aquellos días tensos de la crisis sudete en que los generales antinazis del Ejército habían sopesado por vez primera la posibilidad de atajar la catastrófica marcha hitleriana mediante un pronunciamiento [145]. Por entonces, el consejero gubernativo oposicionista doctor Hans Bernd Gisevius había presentado a su amigo Arthur Nebe en aquel círculo de la Resistencia donde también estaban el capitán general Beck, destituido poco antes, y el oficial del contraespionaje militar Hans Oster [146]. El jefe de la Kripo, más tarde *Gruppenführer SS* y jefe de negociado en la Dirección general de Seguridad, fue allí no sin cierto escepticismo y desconfianza, pues lo que vio el experto criminalista en las reuniones secretas de Oster y Beck le pareció puro diletantismo.

A la irreflexión de los conspiradores —que solían discutir en pú-

blico la supresión de Hitler—, Nebe opuso el arte de borrar huellas. Nunca acudió en un vehículo oficial a las juntas secretas y siempre dejó el coche en una calle apartada para escudriñar palmo a palmo los alrededores del lugar y presentarse súbitamente ante los conspiradores [146a]. El jefe de la Resistencia, Goerdeler, hombre demasiado expansivo, no supo jamás quién fue el jefe SS que facilitaba información de la RSHA a los oposicionistas alemanes. Cuando se esperaba la aparición de Goerdeler en alguna conferencia secreta con participación de Nebe, el director de la Policía judicial, siempre temeroso y cauto, se escabullía a tiempo para no dejarse ver por el personaje [147].

Cualesquiera que fueran los móviles de Nebe —tal vez temor del propio futuro o preocupación por su país— permaneció fiel a la fronda. Hacia fines de 1941, el jefe de comandos Nebe consideró que ya sólo se le ofrecía una posibilidad para zafarse del régimen nacionalsocialista y de las propias culpas: el asesinato de Hitler [148]. Desde ese instante, sugirió incansablemente a los conjurados el atentado contra Hitler, puso a su disposición un equipo de criminalistas cada vez que prepararon un plan para desmontarlo de nuevo; esos agentes introducirían a las Fuerzas militares de los conspiradores en los Ministerios de Berlín el día X [149]. Tales preparativos requirieron más funcionarios uniformados SS del aparato policial, a quienes fue necesario ganar primero para el alzamiento. Nebe se hizo con su amigo Hans Lobbes, *Sturmbannführer SS* y director de negociado en la Policía judicial [150]. También se adhirió otro antinazi del Imperio de la Gestapo: el más tarde *Brigadeführer SS* Paul Kanstein.

En 1937, Kanstein había asumido la Dirección de la Gestapo de Berlín, llegando a ser una figura determinativa de todos los planes subversivos antinazis. Más tarde, como militante de las SS, temperó las tensas relaciones entre dos eminentes conjurados, el conde Wolf von Helldorf, director de la Policía berlinesa y su lugarteniente el conde Fritz-Dietlof von der Schulenburg [151]. Kanstein consiguió así que los conspiradores tuvieran por lo menos un escape, si las cosas salieran mal, con la Policía berlinesa como contrapeso. Los sediciosos se lo agradecieron: de no haberse frustrado el golpe del 20 de julio de 1944, Kanstein, por entonces funcionario de la Gestapo, habría dirigido la nueva Sipo en la Alemania «poshitleriana» [152].

Con ese círculo SS berlinés mantuvieron un contacto elástico, conservando la independencia recíproca, algunos jefes SS activos tales como el *Sturmbannführer* Hartmut Plaas, consejero gubernamental en la división «Reconocimiento aéreo» —detectora de líneas telefónicas— de Hermann Goering, quien advirtió a los conspiradores sobre la vi-

gilancia progresiva de la Gestapo[153]; como el *Sturmbannführer* conde Hans-Viktor von Salviati, jefe de la Remonta de la Dirección general SS y, desde 1941, ayudante del mariscal Von Rundstedt[154], como el jefe SS y camarada veterano del Partido Max Frauendorfer, director del Departamento central de Trabajo (algo parecido a un Ministerio del ramo) en el Gobierno general[155]. Lo que les unió y diferenció de otros antihitlerianos en las SS fue la indignación moral contra un régimen megalómano e inhumano, la protesta ética contra una jefatura estatal irresponsable. El militante SS Frauendorfer impresionó al escritor de memorias Von Hassell «por su infinita desesperación acerca de lo que viviera hora tras hora en Polonia; había visto cosas tan horribles que ya no aguantaba más»[156].

La silenciosa cooperación con jefes del «Imperio Himmler» sugirió a los oposicionistas la idea de ganar más funcionarios en aquel peligroso mecanismo cuya ayuda podría ser determinativa para el éxito del alzamiento. Habían sido ya tantos los atentados frustrados contra Hitler, que Canaris veía sólo una solución: mantener «conversaciones francas» con Himmler y convencerle de que participara en una empresa contra el dictador[157]. Además, el mariscal Von Bock manifestó que él nada más colaboraría si Himmler se incorporaba al alzamiento[158].

Ante aquella disyuntiva, Goerdeler pidió consejo a un banquero sueco con quien le unía cierta amistad, Jakob Wallenberg. Éste dijo: «¿Sabe Himmler lo que estáis haciendo?» Goerdeler: «Lo ignoro.» Al enterarse el sueco de que se había perdido una oportunidad muy favorable para eliminar a Hitler porque Himmler, condenado también a la liquidación, no estaba presente, pronunció su veredicto: «Dejad a Himmler fuera de vuestros planes. Ése no os molestará cuando sepa que sólo se procede contra Hitler[159].»

En el otoño de 1943, Von der Schulenburg exploró la Dirección general de Seguridad. Preguntó al *Obersturmbannführer* Riedweg, de la asesoría germánica, con qué jefes se podría hablar sobre la situación política. Riedweg dio tres nombres al conde: Hildebrandt, jefe superior de Policía y SS, y dos generales del Arma, los *Obergruppenführer* Hausser y Steiner[160]. Schulenburg había establecido ya contacto con su antiguo jefe de compañía Steiner, del regimiento de Infantería número 1. En un café berlinés, el conspirador explicó al general SS que Hitler debería ser derrocado por la fuerza si se quería evitar el desmoronamiento del Reich. Sin embargo, Steiner rechazó la proposición de su antiguo camarada. Y dio sus razones a Schulenburg: el frente oriental reventaba por todas sus costuras, y en cualquier

momento se desencadenaría la invasión aliada. Por tanto, un cambio de sistema sólo sería posible si toda la Wehrmacht apoyara el alzamiento, lo cual parecía más que improbable[161]. Desde luego, algunos conspiradores no creyeron que ésa fuera la última palabra de los generales SS. Marie Louise *(Puppi)* Sarre, colaboradora de Ulrich von Hassell declaró: «El espíritu nacionalsocialista del Arma era cada día más discutible. Ellos se sentían solidarios con las tropas combatientes de la Wehrmacht[162].» La amiga de Ulrich von Hassell tuvo razón. Pocas semanas después, Steiner y su jefe de Estado Mayor, *Oberführer SS* Joachim Ziegler, conversaron con Melitta Wiedemann en una reunión de tres días sobre la forma de eliminar a Hitler. Ellos tenían una idea aproximada: cuando el III Cuerpo acorazado germánico de Steiner marchara al frente oriental «secuestraría a Hitler en su *Wolfsschanze* y, tras la enumeración pública de sus delitos, se le declararía incapacitado mental.» Así lo relató la señora Wiedemann[162a]. Un año después, los jefes del Arma SS hicieron saber su verdadera opinión a los hombres de la Resistencia: habían prometido al general Rommel provocar con él la caída de Hitler. Pero en 1943 no estaban todavía dispuestos, y Schulenburg terminó sus gestiones sin éxito.

También fueron infructuosas las diligencias del catedrático de Ciencias políticas, doctor Jens Peter Jessen para hacer entrar en la conspiración a su antiguo alumno y amigo Otto Ohlendorf, *Gruppenführer SS* y jefe del negociado III en la Dirección general de Seguridad. Antaño, Jessen y Ohlendorf se habían afiliado juntos al nacionalsocialismo, pero la guerra hitleriana y el deslizamiento hacia el delito político estatal los habían separado. En el fondo, ambos seguían siendo, a su manera, nacionalsocialistas, mas sus mentes se distanciaban entre sí ante la pregunta crucial: ¿Merecía vivir un régimen que ordenaba millones de asesinatos y, por añadidura, sacrificaba la patria a la voluntariedad fanática de un hombre solo?

El ex jefe de comandos Ohlendorf había respondido afirmativamente a esa pregunta, aunque muchas facetas del III Reich le repelían tanto como al conspirador Jessen. No sin razón figuraba el redactor de «partes del Reich» en los círculos nacionalsocialistas, según lo expresó mucho después el funcionario del Promi Fritzsche, como «portavoz de una oposición que jamás pudo tomar la palabra»[163]. Él había despertado las sospechas del gestapista Müller por su apoyo a los teosofistas relegados[164], él había intimado con el banquero antinazi Wilhelm Ahlmann, quien cometería suicidio al ser descubiertos sus contactos con el magnicida frustrado Stauffenberg[165], él desarrollaba planes para el futuro de una Alemania nacionalsocialista con un

NSDAP prácticamente desahuciado. También coleccionaba el correo de jóvenes combatientes descontentos y se comunicaba con los escritores, y soñaba en un régimen de posguerra singularizado por jefes HJ y soldados más la aportación de un NSDAP depurado que renunciara a toda atribución politicoadministrativa y sirviera sólo como «Templo de Sabiduría», como *braintrust* político[166].

A despecho de esas actividades y reflexiones, el *Gruppenführer SS* Ohlendorf no podía imaginar una Alemania que no fuera el dominio del NSDAP y el reino de Adolf Hitler. Y quien lo pusiera en duda cometía, a su entender, un pecado capital contra la patria y la «comunidad nacional». El año 1948, esperando ya la muerte en su celda de Nuremberg, se irritaba todavía contra «muchas personas que renegaban de su pasado y mancillaban el juramento prestado al Führer con un sinfín de traiciones y falsedades»[167]. En su cólera no excluía la hipotética traición del antiguo compañero de armas Jessen. Cuando el profesor fue capturado por la Gestapo, Ohlendorf no movió ni un dedo. Pero jamás pudo olvidar aquella noche de insomnio en la que Jens Peter Jessen subió al patíbulo..., ni olvidó tampoco la promesa de repartir sus ingresos entre las familias Jessen y Ohlendorf[168].

Al igual que Ohlendorf reaccionaron también los Hoehn y los Best, los Stuckart y los Streckenbach: ninguno de ellos pudo sustraerse a la magia hitleriana ni al catastrófico final. Aun cuando reconocieron en parte los tristes resultados del Estado autárquico popular soñado por ellos... no lograron renunciar a una vida repleta de ilusiones, errores y culpabilidades.

Sólo un jefe SS fue lo bastante desaprensivo y clarividente para quemar todo cuanto habían venerado él y sus iguales, uno que observaba cada paso de los conspiradores antinazis, que se proponía estar sobre la orilla salvadora un día después del cataclismo: el *Brigadeführer* Walter Schellenberg.

Desde que se pusiera a la cabeza del SD extranjero en junio de 1941 —primero como jefe interino—, Schellenberg contemplaba escépticamente las perspectivas de una victoria total alemana. Los partes del SD le proporcionaban un cuadro demasiado realista de los esfuerzos bélicos realizados por el enemigo para que pudiera llamarse a engaño. En otoño de 1941, el jefe SD, cauteloso y todavía irresoluto, consideró ya la posibilidad de gestionar una paz especial con los Aliados occidentales. A tal objeto, se sirvió también de un círculo antinazi que, apenas iniciada la guerra, mantuvo conversaciones confidenciales con representantes de los Aliados o extranjeros proaliados mediante ciertos canales internacionales. Muchas y muy extrañas ca-

sualidades unieron a ese grupo antinazi con los mandos SS. El abogado berlinés doctor Carl Langbehn, miembro de la facción oposicionista Beck-Goerdeler, estableció contacto con el jefe de las SS gracias a la amistad forjada en el colegio entre su hija y la hija de Himmler, Gudrun [169]; el profesor Jessen, quizás el más tenaz partidario del derrocamiento, siguió reuniéndose con frecuencia con el jefe SS Hoehn, a quien recomendara antaño su alumno Ohlendorf [170], y asimismo Von Hassell pudo jactarse de tener algo en común con el *Reichsführer*: su mayordomo Schuhknecht había entrado al servicio de Himmler [171].

Schellenberg estimó oportuno terciar en las conversaciones secretas entre antinazis y extranjeros. Hacia la canícula de 1941, cuando el banquero americano Stallforth visitó Berlín y dijo claramente a ciertos interlocutores alemanes como Ulrich von Hassell que el presidente estadounidense Roosevelt sólo tendería la mano a los alemanes si ellos mismos se desembarazaban de Hitler, el SD escuchó tranquilamente tales propósitos [172]. El grupo D del SD extranjero en la RSHA anotó con laboriosidad todas las entrevistas clandestinas entre Hassell y su socio americano. El 11 de noviembre de 1941 se apuntó también el encargo telefónico de Stallforth a su secretaria, la señorita Boensel: «Comunique, por favor, al señor Von Hassell [denominado en las negociaciones Howe] que su propuesta ha tenido muy favorable acogida. Ya me hará saber al señor Von Hassell si le será posible trasladarse acompañado de alguna persona autorizada a Lisboa para celebrar conversaciones con ciertos dirigentes americanos [173].» La lectura del correo Hassell-Stallforth, intervenido por los hombres de Schellenberg, tampoco ofreció dificultad pese a los nombres ficticios y abreviaturas. El grupo D lo descifró diligentemente: «El del Sur debe de ser Mussolini. Este *Ph* es Philips, el embajador americano en Roma. No cabe duda [174].»

Los caballeros del SD se familiarizaron tanto con aquellas negociaciones secretas, que se dirigieron personalmente al negociador americano. El conspirador Von Hassell apenas pudo disimular su estupefacción cuando se le presentó el agente SD Danfeld y le transmitió los más cordiales saludos de Mr. Stallforth. Hassell anotó el extraordinario incidente: «Aquel agente SS, bastante joven todavía, estaba muy bien informado sobre política exterior, poseía opiniones muy sobrias y una sorprendente libertad de expresión. Estuvo una hora y media conmigo y siguió unos derroteros que no me atreví a tomar por prudencia. Cabe suponer, pues, que en los dominios de Himmler hay graves preocupaciones y se busca algún escape [175].»

Sin embargo, Schellenberg no creyó llegado el momento de revelar

sus vastos planes a Himmler. Por entonces los Ejércitos alemanes cosechaban todavía victoria tras victoria en Rusia; allí se sabría si Hitler era capaz de terminar rápidamente con la guerra. En abril de 1942, durante un viaje por España y Portugal, Schellenberg manifestó a los dos agregados policiales Winzer y Schroeder, de Madrid y Lisboa, respectivamente, que los dados caerían el verano siguiente: si las formaciones alemanas consiguieran irrumpir en Rusia meridional y en Egipto, se terminaría la guerra; de lo contrario, el Reich perdería su juego [176].

Cuando, en pleno estío, los partes sobre ambas operaciones militares siguieron siendo negativos, Schellenberg no lo dudó más: sabía ya dónde estaba su puesto. En agosto de 1942, según relata él mismo en sus memorias, el jefe SD planteó ya la cuestión al propio Himmler, cuyo puesto de mando se hallaba por aquellas fechas en la localidad ucraniana de Vinitsa. «Escuche, *Reichsführer*, ¿cuál de esos cajones contiene la solución alternativa para poner fin a esta guerra?»

Himmler: «¿Se ha vuelto loco? ¿O es que le fallan los nervios?»

Schellenberg: «Sabía que reaccionaría así, *Reichsführer*. Incluso me temí algo peor todavía.»

Himmler (al decir de Schellenberg) se tranquilizó inmediatamente y encargó al jefe SD la elaboración de un plan. Él, Schellenberg, propuso que, aprovechando las tirantes relaciones entre Rusia y las potencias occidentales, se iniciaran sin dilación conversaciones secretas de paz con los Aliados occidentales. Ahora bien: el ministro del Exterior, Von Ribbentrop, debía desaparecer; ésa era una premisa indispensable, pues en Occidente se le tenía por el «principal culpable de la guerra», como lo había confirmado el americano Stallforth. Según parece, Himmler aprobó el plan y felicitó al jefe del espionaje. Schellenberg lo recuerda vívidamente: «Incluso me prometió con un apretón de manos que antes de Navidad (1942) Ribbentrop habría perdido su puesto [177].»

Poco importa saber si esa conversación sucedió así o de otra forma...; el hecho es que Schellenberg y Himmler, secundados por el médico Félix Kersten y el jefe del Estado Mayor personal RFSS, *Obergruppenführer* Karl Wolff, hicieron un serio intento en el verano de 1942 para concertar una paz especial con el Occidente, en la que se incluía también la eliminación de Hitler. Hacía ya algún tiempo que Himmler rumiaba una idea fascinante: si la situación bélica empeorara, ¿no sería él quien debiera aportar la paz a Alemania y al mundo en lugar de Hitler? Pero cuando le asaltaban por sorpresa tales meditaciones, él las rechazaba con idéntica premura... ¡No! El

Reichsführer SS no traicionaría jamás al mayor cerebro de todos los tiempos. Sin embargo, el seductor pensamiento insistía una vez y otra. En mayo de 1941, el suizo Burckhardt había hecho ya una significativa indicación a la hija de Tirpitz, Ilse von Hassell, esposa del ex embajador: «Me ha visitado un confidente de Himmler para preguntarme si Inglaterra estaría mejor dispuesta a firmar una paz con él [Himmler] en lugar de Hitler [178].» Y el ministro italiano del Exterior, conde Ciano, había escrito en su Diario el 9 de abril de 1942: «Antes Himmler era un extremista, pero hoy toma el pulso del pueblo y desea un compromiso pacífico [179].»

A la posteridad le parece un enorme disparate que el jefe SS, cuyos delitos son los más atroces de este siglo, haya podido pensar que el mundo negociaría la paz con él. Pero en aquellas fechas sus coetáneos lo vieron de otra forma: justamente por conocer el poder efectivo de Himmler lo imaginaban ante la mesa de negociaciones. Muchos estadistas habrán argumentado a socapa como lo hizo José María Doussinague, director general en el Ministerio español de Asuntos exteriores. Él veía a Himmler «entre los que buscaban algún arreglo pacífico con los Aliados para atajar una invasión soviética. Se pensaba unánimemente que para llegar a eso sería indispensable la desaparición de Hitler y sus colaboradores más inmediatos. Y ¿quién podría consumar tal cosa? Himmler. Sus manos sostenían, pues, la llave que abriría las puertas a esas negociaciones de paz [180].»

Sin embargo, Himmler retrocedió ante la estremecedora idea; le horrorizó perder el paso con su Führer. Aunque, a modo de precaución, se había procurado ya en el verano de 1942 un arma con la cual podría anular al dictador si se requiriera: un informe clínico de 26 páginas en el que se hacía constar que Hitler padecía una parálisis general progresiva como consecuencia de cierta afección sifilítica [181]. Himmler preguntó a su médico de cabecera Kersten algo parecido a lo que consultó Nebe durante un paseo vespertino con el director del Instituto biológico de Criminología de la Dirección general de Policía judicial: «Dígame, doctor, ¿sería aventurado afirmar que el Führer es un enajenado mental [182]?» La respuesta de Kersten fue sucinta: «Adolf Hitler debería estar ahora mismo en un sanatorio neuroterápico y no en el Cuartel General del Führer [183].» El *Reichsführer* dio media vuelta. Su mente no consiguió ver una solución clara. Himmler: «Yo, como *Reichsführer de los SS* cuyos cintos llevan en la hebilla una inscripción donde se lee "mi honor se llama lealtad"..., ¡no puedo, honradamente, oponerme al Führer [184]!»

Pero Schellenberg no tenía tales escrúpulos. Y, por tanto, había

organizado una operación que discurría por muchos canales y perseguía dos objetivos: entablar conversaciones con las autoridades americanas y arrojar por la borda un lastre llamado Ribbentrop. El *Brigadeführer* movilizó a muchos personajes versátiles para la consecución de sus fines. El corrupto subsecretario de Estado AA Martin Luther se le unió en su lucha contra Ribbentrop, el oposicionista Langbehn partió hacia países neutrales para establecer comunicación con los Aliados por encargo suyo [185], y el ambicioso *Oberführer SS* Fritz Kranefuss, secretario en el «Círculo de Amigos del *Reichsführer SS*» tendió lazos internacionales mediante los socios industriales del Círculo [186]. A mayor abundamiento, Schellenberg se hizo asesorar por un miembro de la alta aristocracia europea, que figuraba en su lista de confidentes bajo la cifra secreta 144/7957: príncipe Max-Egon Hohenlohe-Langenburg [187].

El príncipe, nacido el año 1897, teniente retirado, casado con la marquesa española de Belvís de las Navas y residente en España desde muchos años atrás [188], se vio obligado por la política conservadora de su casa a mantener estrechos contactos con el SD. Los Hohenlohe poseían latifundios en el país sudete; era preciso, pues, defenderlos contra las perturbaciones del siglo XX y sus fluctuantes protagonistas. En consecuencia, este príncipe católico había optado por Hitler en la crisis sudete de 1938 y había ofrecido sus habilidades diplomáticas, nada despreciables, al SD. Pero apenas iniciada la guerra, esa misma razón le indujo a explorar diligentemente las posibilidades de una paz negociada que garantizara a los Hohenlohe la posesión de sus haciendas sudetes [189].

Desde luego, ese instinto de terrateniente no explica por sí solo la participación del príncipe en el juego de Schellenberg. Max-Egon Hohenlohe poseía todavía un residuo de la diplomacia clásica entre la aristocracia europea...; no en vano fue un Hohenlohe canciller del Imperio alemán en el siglo XIX, y otro, mariscal de Francia, y otro, cardenal de la Iglesia católica romana, y otro, mariscal austrohúngaro, y la familia dio generales prusianos y de Baden, y toda una dinastía de mariscales en Württemberg y ayudantes generales de la Rusia imperial. No es de extrañar, pues, que el príncipe Max-Egon Hohenlohe creyera en la vieja orquestación europea de los poderes y utilizara complacido a los altos funcionarios nazis para decir unas cuantas verdades a los gobernantes del III Reich.

«Alemania ha partido de una base falsa para su empresa [desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial] y, por tanto, le han fallado los cálculos», dictaminaban en un memorándum (setiembre

de 1939) que hizo presentar a Goering. «No se le ha ocurrido que Francia e Inglaterra podrían apoyar militarmente a Polonia. Tampoco ha visto que no lo han hecho por Polonia, sino para mantener la paz y la seguridad en Europa.» Con la mayor desenvoltura exigía que «no se perdiera de vista la gran solución, aunque pareciera ya demasiado tarde». Y añadía: «Hay que atenerse a estos puntos: restablecimiento de la confianza mutua, garantías sobre el cumplimiento de los tratados, desarme bajo control recíproco, eventual desembargo del Estado checo como país ya desmovilizado.» Y advertía: «Roosevelt podría encontrar el camino de la mediación, pero pronto será demasiado tarde [189a].»

Secundado por el *Oberführer SS* Hoehn, el príncipe redactó numerosas memorias destinadas a evocar iniciativas pacíficas entre los jefes nazis más moderados y otros a quienes convendría tomarlas según su parecer. Siguiendo indicaciones del embajador Hewel, un nazi veterano, representante del Ministerio de Asuntos exteriores ante Hitler, que cooperaba con Hohenlohe y Hoehn, se le enviaron algunos borradores para que los transcribiera en la máquina especial del Führer e incluso los presentara al dictador; y así se hizo hasta que éste prohibió indignado esas «paparruchas derrotistas» e hizo amonestar a Hoehn [189b]. No obstante, el príncipe siguió divulgando su paz especial con los Aliados occidentales. Partió para Suiza, consiguió despertar el interés de los diplomáticos aliados por su propuesta y se ganó la simpatía del Vaticano que, ocasionalmente, empleó al príncipe como emisario para comunicarse con el III Reich [189c].

No sin escuchar antes ciertas alusiones del Vaticano, el príncipe de Hohenlohe compuso un memorándum que entregó a Hewel cuando éste visitó España hacia fines de 1941. El príncipe hizo constar allí lo siguiente: «Cada vez resulta más evidente que Hitler ha caído en brazos del general *Prusia* y emplea métodos prusianos para disciplinar a los pueblos subyugados. Cada mes esos pueblos perciben con creciente claridad que el general *Prusia* gobierna Europa; pero los brutales recursos de ese general son tan perceptibles ante los pueblos que les inducirán a sublevarse. Cada fusilamiento es un importante eslabón y, finalmente, toda Europa formará un frente defensivo moral. Alemania... no tendrá más remedio que replegarse paso a paso. Entonces llegará el gran momento, entonces se levantarán los pueblos para luchar por su liberación [189d].» Ahora bien: esa lucha la perdería el Reich si no midiera su política y buscara la equiparación con los restantes pueblos y potencias de Europa.

Goering leyó el memorándum del príncipe, pero no osó rebelarse

contra la marcha de su Führer. En 1942 conoció al jefe del SD extranjero y averiguó inmediatamente que se proponía derribar a Hitler si fuera necesario. Aunque hoy día el príncipe no se atribuye ningún papel importante en los planes de Schellenberg, recuerda muy bien el razonamiento del *Brigadeführer:* «Se franqueó conmigo hasta el extremo de decir que las potencias occidentales no firmarían una paz con Hitler y, por consiguiente, se requería una transformación de la política alemana interna. En el curso de nuestra conversación, expresó la esperanza de que Hitler tuviera suficiente patriotismo para supeditar sus deseos personales a los intereses del pueblo alemán. Si no lo hiciera así, sería preciso obligarle por la fuerza[189e].

El príncipe se las arregló para buscar una senda y un guía que condujeran al jefe SD hasta los negociadores americanos. Un corresponsal comercial del príncipe, militante SS y conocido sólo en los ficheros SD por el nombre de «Alfonso», hizo gestiones con sus amigos americanos de Lisboa y, tras unas cuantas preguntas, éstos se interesaron por la oferta de Schellenberg[190]. En diciembre de 1942, Alfonso visitó a los negociadores yanquis en la capital portuguesa y les anunció que su mandante estaba dispuesto a negociar con Occidente una paz especial que permitiera a Alemania proseguir la guerra en el Este para defender a Europa de Rusia. Los americanos encontraron la propuesta SD muy discutible, mientras el mandante de Alfonso no pudiese garantizar un desacoplamiento político en Alemania que satisfaciera a la opinión pública de los países occidentales. En el curso de la conversación, los americanos concentraron su interés en la persona de Hitler. El dictador —ésa era la condición primordial— debería ser entregado vivo a los Aliados; sólo así se podría conjurar un mito hitleriano póstumo y asegurar una paz duradera[191].

Esa exigencia americana consternó al propio Schellenberg, pero... ¡ya no había remedio una vez emprendido el curso! La situación del Reich empeoraba de mes en mes: las tropas británicas y americanas habían desembarcado en África del Norte (noviembre de 1942) y restringían peligrosamente la movilidad del *Afrikakorps.* En el Este, se avecinaba ya el desastre de Stalingrado. La respuesta de Schellenberg debería contener muy pocos giros negativos si se quería que los interlocutores estadounidenses en Lisboa prosiguieran las conversaciones preliminares con el jefe SD. Y así ocurrió. Los americanos decidieron comunicar al grupo alemán con «el hombre más influyente de la Casa Blanca en Europa», como lo denominaba Hohenlohe: el delegado especial residente en Berna, Allen W. Dulles, más tarde jefe del Servicio secreto estadounidense[192]. «Es un tipo deportivo, de poderosa cons-

titución y gran estatura, alrededor de los cuarenta y cinco años, naturaleza sana, buena dentadura, modales desenvueltos, sencillos, y generoso.» Así se lo describió el príncipe Hohenlohe al jefe SD[193]. Y en otro informe observó: «Se puede dar por seguro, como lo confirman nuestras investigaciones, que con un interlocutor tan serio como *Mr. Bull* [alias asignado a Dulles por el SD] no habrá ningún proceder injusto[194].»

Sin embargo, antes de que Schellenberg despachara sus mensajeros a Berna, la detonación de un artefacto plantado por él mismo hizo peligrar su artística maquinación. El cómplice de Schellenberg, Luther y unos cuantos jóvenes diplomáticos se lanzaron contra el ministro del Exterior Von Ribbentrop.

El *Brigadeführer SA* Martin Luther, uno de los elementos más aborrecidos e ignorantes en la plantilla ministerial, había hecho carrera gracias a su amistad con Joachim von Ribbentrop hasta alcanzar la Subsecretaría de Estado y la dirección del negociado «Alemania», que regulaba las relaciones del AA con el Partido y las SS y, además, contribuía también al aniquilamiento judío[195]. Pese a los altercados iniciales con la RSHA, Luther había intimado cada vez más con los censores SS de Ribbentrop. Por otra parte, un grupo de jóvenes burócratas AA le instaban a compartir su criterio: si se quería hallar el camino hacia la paz era preciso desembarazarse de Ribbentrop. Un miembro de esa fronda «anti Ribbentrop», el secretario de Embajada doctor Walter Kieser, antiguo condiscípulo de Schellenberg, se confió al jefe SD, quien le animó inmediatamente a multiplicar sus críticas contra Ribbentrop sin el menor miramiento. Al día siguiente, Luther se puso en comunicación telefónica con Schellenberg e hizo que éste le confirmara dicha conversación. En enero de 1943, se mostró aún más diáfano ante Luther: Él, Schellenberg, había establecido un primer enlace, todavía incierto, con la Seguridad militar estadounidense y «ahora más que nunca se requería la caída de Ribbentrop para estimular a los americanos», como lo anotó el ponente de Luther, Walter Goering. Asimismo, el cerebro rector de la rebelión contra Ribbentrop secretario de Embajada Walter Büttner, se entrevistó con Schellenberg y preparó el golpe[196]. Por aquellos días, el jefe AA de personal, Schroeder, averiguó el «plan Luther» e informó al secretario de Estado Von Weizsaecker[197].

«El 8 de febrero de 1943 —rememora el colaborador de Luther, Walter Büttner—, Schellenberg solicitó una vez más la presencia de sus interlocutores y les explicó que Himmler estaba dispuesto a gestionar con Hitler el relevo de Ribbentrop. Sin embargo, necesitaba

todavía una enumeración escrita de todos los argumentos sustentados por el grupo de Luther. Las reclamaciones expuestas verbalmente a principios de febrero fueron dictadas en presencia de Schellenberg.» Tales argumentos se basaban en la tesis de que Ribbentrop era un enfermo mental incapacitado para el trabajo. Pero antes de que Himmler, todavía irresoluto, decidiera iniciar la lucha contra el ministro del Exterior, éste, avisado a tiempo, lanzó un contraataque. Hizo llamar a Luther y le acusó de traición; poco después, él y sus cómplices fueron arrestados en el propio Ministerio... Luther fue a un KZ, Büttner y los demás, destinados al frente. Poco antes de su detención el 10 de febrero de 1943, Luther, un berlinés castizo, llamó por teléfono a Büttner. «¡Estamos listos! —gritó—. ¡Encargue dos coronas en la funeraria de Berlín "Grieneisen"! ¡Es la mejor [198]!»

Inútilmente apeló Schellenberg a Himmler en favor del conspirador Luther recomendándole que aprovechara el caso para provocar la caída de Ribbentrop. Himmler vaciló. Pero el jefe de su Estado Mayor personal halló la fórmula salvadora que lo sacaría de su letargia y la rehabilitaría ante los ojos de cualquier militante SS. Wolff: «*Reichsführer*, usted no puede permitir que ese canalla de Luther ponga en la calle al *Obergruppenführer SS* Joachim von Ribbentrop [199].»

Entretanto, Schellenberg debería reanudar la conversación con los americanos o, por lo menos, intentarlo aunque Ribbentrop permaneciese en su puesto. El 15 de enero de 1943, Hohenlohe, alias Paul, y un jefe SD [nombre ficticio: Bauer] habían iniciado las negociaciones con el delegado estadounidense Dulles [200]. Como los otros, éste recalcó lo que interesaba a los americanos: la exclusión de Hitler. Indudablemente, se propuso dejar bien claro ante los delegados de Schellenberg que Alemania con Hitler estaba perdida. «Según su parecer —informó por escrito el príncipe Hohenlohe sobre las manifestaciones de Dulles—, era apenas concebible que la opinión pública anglosajona, considerablemente excitada, se conformara con una Gran Alemania gobernada todavía por Hitler como soberano indiscutible. No se tenía ninguna confianza en la duración y respetabilidad de los acuerdos concertados con él [201].» Ahora bien —seguía argumentando Dulles—: si se consiguiera apartar a Hitler cabría establecer un orden pacífico en el que no hubiera vencidos ni vencedores. Dulles no titubeó en bosquejar ante los negociadores alemanes la fatamorgana de una Gran Alemania todopoderosa. El príncipe de Hohenlohe hizo las siguientes anotaciones. «El Estado alemán debe subsistir como factor de orden y reconstrucción. Queda descartado su desmembramiento,

así como la disociación de Austria. Pero, por otra parte, la potencia prusiana dentro del Estado alemán debe quedar circunscrita a unos límites razonables. Mr. Bull pareció atribuir menos importancia a la cuestión checa; en cambio opinó que convenía promover la dilatación de Polonia hacia el Este y la conservación de Rumania, así como una Hungría fuerte para formar un cordón sanitario contra el bolchevismo y el paneslavismo.» Dulles vio en una Gran Alemania federativa semejante a los EE. UU., con el apoyo de una federación danubiana, la mejor garantía para el orden y la renovación en Europa central y oriental [202]. Así dice, por lo menos, el informe del príncipe de Hohenlohe a sus amigos del SD de Berlín remitido en febrero de 1943.

Sea como fuere, Dulles se prestó a continuar negociando con los mandatarios de Schellenberg. Puso en conocimiento del príncipe que la representación americana en Madrid estaría siempre a su disposición, y le recomendó como enlace al secretario de Embajada Butterworth. Asimismo, Alfonso, el confidente de las SS en Lisboa, podría enviar en cualquier momento un aviso a Dulles empleando un código previamente acordado [203].

Por supuesto, se hizo aparente muy pronto que el Gobierno británico desaprobaría las conversaciones de los americanos con el SD. Los agentes de este organismo se convencieron de ello más tarde, cuando se evidenció que el juego de Schellenberg se había estrellado contra la resistencia británica; muchos informes confidenciales hicieron suponer al SD que los americanos deseaban negociar definitivamente. El *Obersturmführer SS* Ernst Kienast informó el 10 de junio de 1943, remitiéndose a fuentes hungaroamericanas: «1) los EE.UU. desean un arreglo con el Reich sobre las siguientes bases: a) Alemania permanecerá en el Norte y Este germánicos; b) EE.UU. ocuparán Italia hasta la altura de Florencia, aproximadamente. 2) Este plan se ventilará en España. 3) Este plan se malogró cuando aún no había llegado al Reich, bajo el tiro oblicuo de los ingleses [204].»

Los colaboradores de Schellenberg tuvieron una idea: ¿por qué no recurrir a los países neutrales para vencer la resistencia británica?

Se intentó, en consecuencia, conseguir la mediación de España, pero al fin la gestión no prosperó. Este revés y la actitud aún titubeante de Himmler no desanimaron a Schellenberg; por lo contrario, le indujeron a presentar sus ofertas de paz ante un auditorio más nutrido. Comisionados por el jefe SD se desparramaron numerosos emisarios por los países neutrales pregonando la inminente caída de Hitler provocada por su leal jefe SS: en mayo y junio de 1943,

Himmler hizo consultar al banquero sueco Jakob Wallenberg sobre las posibilidades de una paz especial bajo los auspicios de las SS[205]. Durante el verano, Schellenberg despachó al oposicionista Langbehn hacia Estocolmo para dialogar con diplomáticos soviéticos tras una entrevista con representantes británicos y americanos[206]. Cuando terminaba ya el verano, Langbehn conferenció en Berna con el colaborador germanoamericano de Dulles, Gero von Gaevernitz[207]. En octubre, Kersten visitó al embajador extraordinario estadounidense Hewitt en Estocolmo; se habló sobre un proyecto americano de siete puntos para concertar la paz, pero Himmler no se dejó persuadir para entrevistarse personalmente con Hewitt. Por fin, cuando el jefe SS accedió a encontrarse en secreto con el americano (9 de diciembre), éste había volado[208]. El 25 de diciembre de 1943, el embajador británico en Moscú participó a su colega americano Harriman que el Gobierno inglés había sido informado vía Suecia sobre «los deseos de Himmler», que se proponía enviar un representante a la Gran Bretaña para saber en concreto cómo definía Inglaterra «la capitulación alemana sin condiciones». Respuesta inglesa: ese concepto no requiere definición alguna[209].

Pero, a todo esto, se planteó una vez y otra la pregunta fundamental: ¿cómo se proponía el Mando SS eliminar a Hitler para allanar el camino hacia la paz? Ahí se hicieron apreciables las divergencias: Schellenberg quería llegar hasta las últimas consecuencias, y Himmler se aterraba de pensar que los SS pudieran atentar contra la vida de su idolatrado Führer. *El Lobato* *, como se solía llamar al íntimo de Himmler, Karl Wolff, halló la solución. Su propuesta se basó en la lógica reflexión de que primero convendría escuchar serenamente a quienes se proponían derribar el régimen. Tal vez (esto no es demostrable) se ocultara allí un plan más refinado: dejar a los antinazis terminar con Hitler y, después, ponerlos fuera de combate.

El contacto con la Resistencia interna alemana no ofreció dificultades. El camarada Langbehn, amigo de la familia Himmler y confidente de los conspiradores antigubernamentales, poseía buenos arrimos en la *Mittwochsgesellschaft* de Berlín donde se reunían los oposicionistas más activos del Régimen: Jessen, Hassell y el militar decano de la Resistencia, capitán general Beck[210]. A esa ronda pertenecía también el ministro prusiano de Hacienda doctor Johannes Popitz, un enérgico y animoso promotor del derrocamiento, si bien su conducta era, a veces, algo discutida. A él le preguntó el confidente

* *Wolf* = Lobo.

Langbehn, por encargo de Wolff, si merecería la pena exponer alguna vez a Himmler el pensamiento de la oposición. Los contactos del conspirador Langbehn con las SS le parecieron al ministro algo inquietantes. Popitz se dijo: «Éste consigue todo de esa gente y, sin embargo, es su más enconado enemigo. Y a veces creo que ellos lo saben[211].» Así y todo, aceptó la propuesta de Langbehn.

Quiso la casualidad que por aquellas fechas —verano de 1943— los oposicionistas tuvieran una idea similar a la de Himmler y sus seguidores, aunque de signo contrario. Puesto que los generales de la Wehrmacht se sustraían una vez y otra a la idea liberadora propuesta por los conspiradores, se pensó en una alianza tentadora con la otra gran potencia, los SS, para abatir a Hitler y su Partido. Von Hassell tomó apuntes: «Cada vez se considera con más interés una posibilidad no despreciable si se han de tocar todas las teclas: servirse de los SS para derribar el régimen y preservar el orden interno mediante ese instrumento. Una vez hecho esto, se prescindirá, naturalmente, de las SS.» Con todo, hay un inconveniente: «El problema depende de dos cosas: primero, saber si Himmler y compañía se atreverán a hacer tal juego y se comportarían después con la deseada amigabilidad; segundo, prever los efectos de esa iniciativa en el extranjero, donde se cree, con razón, que los SS son el propio diablo[212].» La «solución Himmler» no fue mal acogida entre los oposicionistas, si bien Beck y muchos militares (Olbricht, Witzleben, Tresckow) así como Goerdeler la aprobaron con carácter provisional[213]. Popitz se aprestó a ganarse a los defensores del régimen para derrocar el régimen.

El 26 de agosto de 1943, Popitz, acompañado de Langbehn, llegó al Ministerio de la Gobernación. Langhbehn permaneció con Wolff en la antesala de Himmler mientras el ex ministro de Hacienda pronunciaba una larga conferencia ante el jefe SS en la que le decía que ya no se podía ganar la guerra, que Hitler debía retirarse y ceder sus funciones a una personalidad relevante (aludía a Himmler), que era preciso firmar la paz con Occidente. Después, apeló hábilmente a la elegibilidad, una manía especial de Himmler. «El pueblo —estos argumentos aparecieron transcritos más tarde en la declaración acusatoria del ministerio fiscal contra Popitz— se pregunta ahora lo que querrá hacer Himmler: ¿desencadenar un régimen de terror o velar realmente por el orden? Si se propone imponer paz y sentido común, podrá consolidar todavía el Estado[214].» Desde luego, con Hitler no se podía salvar ya el Reich. Para esa salvación, Himmler plagió después del 20 de julio de 1944 la «propuesta Popitz» en un insípido discurso: «Condición primordial: el Führer debe marcharse verdaderamente, y noso-

tros debemos darle un retiro digno, algo así como el puesto honorario de presidente[215].»

Entretanto, Langbehn entretenía en la habitación contigua al adlátere de Himmler, Wolff, con parecidos alegatos. Ya va siendo hora de que hombres avisados, honorables y previsores creen otra vez en Alemania un Estado de Derecho. Así opinó Langbehn dejando entrever que entre esos hombres figuraba también el jefe SS[216]. Cuando se frustró el pronunciamiento, Himmler estimó oportuno aclarar los hechos respecto a esa conversación con los oposicionistas, lo cual debió de causar real extrañeza entre los acólitos de Hitler. Ante una peña de jerarcas nazis y *Gauleiter*, explicó que apenas terminada esa entrevista corrió al Führer para enterarle de todo, pero éste le dio ciertas instruciones: no debía golpear al círculo Popitz, sino vigilarlo[217].

En realidad, Himmler no reaccionó como quiso hacer creer a las personalidades del Partido. El 26 de agosto celebró todavía otra reunión con Popitz[218], tras la cual éste salió disparado hacia el mariscal Von Witzleben —esto se puede leer también en la declaración acusatoria contra Popitz— para preguntarle si «en caso de ser factible la combinación proyectada con el *Reichsführer SS* estaría dispuesto a asumir el mando supremo militar»[219]. Y el 27 de agosto, Wolff hizo llamar una vez más a Langbehn y discutió con él los detalles sobre futuras reuniones con los oposicionistas dirigentes[220]. Las conversaciones debieron de ser bastante esperanzadoras, pues pocos días después Langbehn se dispuso a partir para Suiza, comisionado por Wolff[221].

Langbehn se reunió con el consejero de Dulles, Gero von Gaevernitz, y le informó que un alto jefe SS perteneciente al Estado Mayor de Himmler (estaba refiriéndose a Wolff) había emprendido una acción cuyo objetivo era restringir los poderes ilimitados de Hitler, con lo cual se esperaba crear las condiciones previas para la celebración de una conferencia con las potencias occidentales[222]. Justo en ese instante, los conspiradores y Himmler recibieron un golpe que deterioró de forma considerable sus planes. A principios de setiembre de 1943, la Gestapo —el más colérico defensor del Régimen en el imperio de Himmler— descifró un cable que (según Dulles) no procedía de «ninguna autoridad aliada, ni americana ni británica» y cuyo texto revelaba la conversación de Langbehn en Suiza. Inmediatamente se decidió presentarlo en el Cuartel General del Führer sin prevenir a Himmler[223]. ¿Fue una casualidad o una intriga contra el vacilante *Reichsführer*...? Sea como fuere, éste se vio obligado a romper ins-

tantáneamente todos sus enlaces con los oposicionistas antes de que reaccionara Hitler. El jefe de las SS hizo detener a Langbehn y ordenó su ingreso en un campo de concentración; Popitz no pudo llegar ya hasta Himmler[224].

Entonces, Schellenberg optó por reinstaurar los planes para una exclusión radical. Mientras tanto, el jefe del SD había establecido contacto con círculos militares americanos, sobre todo en España, y juntos habían forjado un fantástico proyecto al que el diario madrileño *Pueblo* (1958) ha titulado *Operación KN (kidnapping):* el secuestro de Hitler y su entrega a los Aliados. «Entre el Mando SS y los militares americanos —informó el periódico español— existía un acuerdo firme para llevar a cabo el proyecto de secuestro. Ya se habían convenido los detalles de las medidas técnicas y tácticas; asimismo, se había formado una organización completa con bases en Madrid, Lisboa y la costa mediterránea, no lejos de Valencia[225].» Mas la empresa no pasó jamás de su fase preliminar. Aquellas conexiones con los Aliados pasaron también por manos del agregado policial en Madrid Paul Winzer, quien intentó, asimismo, ganar el apoyo de la Iglesia católica para secuestrar a Hitler. La Iglesia no quiso ser descortés: el padre Conrado Simonsen, hombre de confianza en las altas esferas vaticanas, secundado por varios colaboradores ibéricos y sudamericanos, correos y socios comanditarios, se puso a disposición del agregado policial[226]. Lo más tarde en mayo de 1944, el proyecto pasó al archivo. El principal correo de Winzer, un francés llamado Letellier, vendió todos los documentos confidenciales relacionados con la operación KN a un Servicio secreto aliado. Sin duda alguna, el SD llegó a la conclusión de que el secuestro proyectado era técnicamente impracticable dada la estrecha vigilancia alrededor de Hitler[227].

Las negociaciones de Schellenberg en España causaron al mismo tiempo entre ciertos círculos aliados la impresión cada vez más fuerte de que sólo Himmler y las SS podrían derribar el sistema hitleriano. Y entonces las autoridades empezaron a mostrar curiosidad por la llamada «solución Himmler». El *Brigadeführer SS* Kranefuss consignó el 3 de abril de 1944 que, «presuntamente, el *Reichsführer SS* y los Escalones de Protección eran objeto de múltiples rumores y combinaciones en los círculos británicos»[228], y un confidente del SD destacado en Lisboa, cuyo nombre se desconoce, afirmó que los británicos esperaban todavía de las SS algún movimiento subversivo en Alemania, pero la Wehrmacht ya no les inspiraba ninguna confianza.

Ese confidente escribió: «Por el contrario, la atención de tales círculos [británicos] se ha centrado durante estos últimos años en

las SS y particularmente el Arma SS. Asimismo, las opiniones sobre un antagonismo probable o latente... o, incluso, agudo entre el Führer y las SS, es decir, el Arma SS, tienen su claro origen en el criterio inglés.» Sobre todo, los generales del Arma SS, según siguió informando el confidente de los círculos británicos, mostraban cada día una actitud más censurante con respecto a Hitler. «La razón de esa tendencia obedece a los juicios críticos sobre la situación militar.» A principios de enero de 1944, se extendió ya por Lisboa un insistente rumor: «Generales del Arma SS, entre ellos uno condecorado el otoño pasado con las Hojas de Roble y la *Ritterkreuz*, han entablado negociaciones con Inglaterra [229].»

Probablemente el autor no sospechó siquiera que su informe resultaría profético. Porque, tres meses después, los jefes de las formaciones SS desplegadas en el frente occidental compusieron el primer grupo oficial SS que decidió por unanimidad negar su obediencia a Adolf Hitler. Para ellos fue determinante aquel motivo que el agente SD de Lisboa atribuyó a los generales SS: el juicio crítico de la situación militar.

La batalla de invasión entablada desde el 6 de junio de 1944 había disipado las últimas ilusiones de los jefes SS sobre Hitler y descubierto la verdadera situación del Reich. En Normandía se desangraba un regimiento SS tras otro..., sacrificados por un Führer espectral cuyo mundo visionario en la *Wolfsschanze* no se arredraba ante las retiradas, ni la superioridad material del adversario, ni el agotamiento de la Infantería alemana.

La guardia del signo rúnico podría ser barrida totalmente porque en Occidente se alineó el grueso del Arma SS: seis divisiones, incluido el estandarte personal, constituyendo los Cuerpos acorazados SS I y II de Sepp Dietrich y Paul Hauser, respectivamente [230]. Ese temor por sus unidades preparó también a los generales SS para abrazar la causa de la fronda antihitleriana. Tal vez habrían vacilado aún si no hubieran encontrado al mariscal Rommel, comandante general del Grupo de Ejército B, un soldado que, como ellos, sentía flaquear su fe en Hitler. A principios de 1944, Rommel fue todavía inabordable para los argumentos de la Resistencia, pero en mayo comprendió que se trataba, simplemente, de salvar la existencia.

El tiempo apremiaba: Rommel calculó que el frente defensivo alemán resistiría a lo sumo tres semanas más, y que entonces se podría contar con una irrupción arrolladora de las formaciones americanas y la pérdida de Francia [231]. Esa amarga realidad sustentada por conocimientos técnicos le hizo adherirse a un plan que habían ela-

borado ya antes de la invasión algunos oficiales oposicionistas en el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos «B». Bajo la experta dirección del teniente general doctor Hans Speidel, primer jefe en el Estado Mayor de Rommel, se había esquematizado un «calendario de movilización» que preveía la evacuación sin lucha de las zonas occidentales ocupadas, el repliegue del Ejército alemán tras la Muralla del Atlántico y la entrega a los Aliados de todo la administración militar en esas zonas. Punto fundamental: «Arresto de Adolf Hitler para hacerle comparecer ante un Tribunal alemán [232].»

En los primeros días de julio, Rommel decidió ejecutar ese programa. El 9 de julio encomendó al principal proyectista de la oposición militar en Occidente, el teniente coronel doctor Caesar von Hofacker, primo de Stauffenberg, la redacción de un escrito a los Aliados en nombre suyo —de Rommel— donde se participase que el Ejército occidental alemán suspendería las hostilidades por su propia cuenta y se retiraría al Reich [233]. Ahora bien: ¿cómo se comportaría el Arma SS cuyas seis divisiones constituían en realidad la columna vertebral del Grupo de Ejércitos B? Rommel quiso asegurar cabos. Incansablemente, recorrió el frente consultando con comandantes generales y oficiales superiores. Uno tras otro, votaron por la caída de Hitler. Y los generales del Arma SS no fueron una excepción. Hasta el veterano del Partido Sepp Dietrich tuvo que enfrentarse con la realidad. Según atestigua Speidel, Dietrich «expresó su disconformidad y exigió la adopción de medidas autónomas si se desgarrara el frente» [234]. El *Obergruppenführer* Hausser que, entretanto, había tomado el mando del 7.º Ejército, se unió a las críticas formuladas contra Hitler y su disparatada estrategia de inmovilización [235].

Quien se manifestó con más agresividad fue el *Obergruppenführer* Wilhelm Bittrich, al que Hausser había entregado el mando del II Cuerpo acorazado SS. Justamente cuando ocupaba su nuevo puesto de mando —en la noche del 15 al 16 de julio de 1944— le anunciaron la llegada del mariscal Rommel. El *Obergruppenführer*, famoso en el Arma SS por su hiriente lengua, se desencadenó: «No sólo conozco la situación en Normandía, señor mariscal. También sé cómo empeoran las cosas del frente oriental. Allí ya no cabe hablar de un mando consecuente. Lo que se está haciendo por aquellas tierras es un frangollo de lo más primitivo.» Bittrich se exaltó aún más con sus propias palabras: «Arriba se desprecia el peligro porque no se posee criterio alguno ni se sabe enjuiciar con cordura la situación. Yo mismo he de ver diariamente cómo caen esos muchachos sin provecho alguno porque se les manda mal desde arriba. Por eso me he propues-

to desobedecer en el futuro esas órdenes descabelladas y obrar según lo requiera la situación.» Rommel aprovechó una pausa para tomar la palabra e informó al jefe SS sobre sus propios planes: «Yo sé también que esto no puede seguir así. Pero ya se ha establecido comunicación con el adversario, lo cual me hace suponer que podremos evacuar ordenadamente la Francia ocupada hasta la Muralla occidental.» El jefe SS se adhirió al pacto contra Hitler sin titubear ni un instante. «Señor mariscal —dijo—, si ésa es la consigna, yo me pongo a sus órdenes con el II Cuerpo acorazado SS. Mis comandantes piensan exactamente lo mismo[236].»

No obstante, la coalición antihitleriana entre el Mando del Arma SS y el Ejército ocidental se desintegró con la misma rapidez que se había integrado. El 17 de julio, Rommel resultó gravemente herido en un accidente automovilístico tras el frente alemán de Normandía al ser atacado en vuelo rasante por un avión británico... y la oposición militar perdió su principal cerebro organizador[237]. Tres días después, el acto temerario del coronel conde Claus Schenk von Stauffenberg, jefe del Estado Mayor general en el Alto Mando del Ejército de reserva destruyó la avenencia entre los generales SS y los generales oposicionistas del Ejército occidental. El golpe homicida contra Hitler violó la condición que habían impuesto los generales SS y Rommel para rebelarse con el Ejército occidental: que se respetara la vida de Hitler.

El atentado en el Cuartel General del Führer sorprendió a los generales SS sediciosos tanto como al Mando político de los Escalones. Himmler y Schellenberg quedaron petrificados al tener noticias de la intentona... Necesitaron varias horas para reponerse y pasar al contraataque. Entonces aplastaron sin piedad a los desafortunados facciosos. El desconcierto de esos jefes SS que, pocos meses antes, pactaban con hombres de la Resistencia y descubrían numerosos secretos de la oposición antinazi ha representado y representa un enigma indescifrable para los historiadores. ¿Cómo fue posible que la acción de Stauffenberg causara tal sorpresa a los copartícipes de un movimiento íntimamente relacionado con aquel 20 de julio? Muchos teorizantes se han conformado con una versión demasiado simple, a saber, que la sorpresa del Mando SS fue puro fingimiento... porque, en realidad, Himmler y sus más cercanos colaboradores podrían haber salido bien librados del paso: les habría bastado mantenerse a la expectativa para unirse a los rebeldes si la acción de Stauffenberg hubiese tenido éxito[238]. Desde luego, los partidarios de esa teoría sólo pueden apoyarse en conjeturas, pues carecen de pruebas concretas.

Por el contrario, las actas del Mando SS nos permiten suponer que nadie sospechó allí, ni el Estado Mayor personal del *Reichsführer SS* ni la Dirección general de Seguridad, la apretada conjura en torno a Stauffenberg. La Gestapo sólo conoció a los dos primeros de los tres grupos que fraguaron el movimiento del 20 de julio: el círculo de funcionarios conservadores y militares retirados (grupo Beck-Goerdeler), el círculo de intelectuales cristianos-conservadores y políticos socialistas (grupo de Kreisau) y un grupo muy activo formado bastante después, en otoño de 1943, por jóvenes oficiales combatientes alrededor de Stauffenberg. Los agentes de la Gestapo abrieron minuciosos expedientes sobre el grupo Beck-Goerdeler. Allí aparecieron con frecuencia nombres como Langbehn, Oster, Goerdeler y Beck. El gestapista Müller estuvo familiarizado con todos ellos. En 1943, Himmler había advertido ya al jefe del contraespionaje militar, Canaris, que sabía muy bien quiénes formaban en la oposición militar y que se proponía «sentar la mano a gentes como Beck y Goerdeler»[239]. Tampoco tuvo secretos para la Gestapo el círculo de Kreisau, sobre todo desde que sus dirigentes, el conde Helmuth James von Moltke y otros miembros fueron arrestados a principios de 1944.

Sólo permaneció ignorado en la RSHA el grupo militar de Stauffenberg, porque esos oficiales actuaron al amparo de la Wehrmacht, cuyos dominios no eran accesibles a los investigadores de la Policía secreta gubernativa. El coronel Von Stauffenberg inspiró tan pocas sospechas al jefe SS que, cuando visitó el Cuartel General del Führer hacia mediados de junio de 1944, cargado con paquetes, Himmler le ayudó a quitarse el capote e incluso sostuvo la pesada cartera en la que el futuro magnicida guardaba la dinamita que intentaría emplear un día para asesinar a Hitler[240]. En opinión de Himmler —ambos hombres se encontraron por primera vez a principios de junio de 1944—, el conde era un oficial muy capaz de Estado Mayor que merecía el ascenso. Cuando el capitán general Guderian informó al *Reichsführer* hacia mediados de julio que el Estado Mayor general debería contar de una vez con expertos oficiales combatientes, entre ellos Stauffenberg, cuyos méritos le calificaban para ocupar la jefatura del Estado Mayor general, Himmler no lo dudó ni un momento y recomendó a Stauffenberg cerca de Hitler[241].

No, Heinrich Himmler no conoció los planes del conde Von Stauffenberg. Y tampoco sospechó lo más mínimo cuando su conductor, el *Sturmbannführer* Lukas, entró desalado hacia las 13 horas en el coche cama del tren en el que había instalado su Cuartel General el *Reichsführer*, y anunció a pleno pulmón: «¡Atentado contra el

Führer! ¡Atentado contra el Führer [242]!» A las 12.42 horas, la bomba de Stauffenberg estalló en el pabellón de invitados durante una conferencia táctica presidida por Hitler; pocos minutos antes, el magnicida se había retirado presurosamente. Unos instantes después de la explosión los recelosos centinelas de la guardia exterior en el Cuartel General detuvieron a Stauffenberg, pero cierta llamada telefónica providencial abrió las puertas del alzamiento al principal conspirador [243].

Sin embargo, Himmler siguió sin sospechar nada. Cuando unos minutos más tarde felicitó a Hitler por su milagrosa salvación en el cercano Cuartel General, su mente fantaseadora siguió un rastro falso: las sospechas recayeron sobre unos trabajadores de la organización Todt empleados en el Cuartel General. Se dijo que ellos habían preparado un nido para su artefacto infernal en el pavimento de la gran casamata [244]. Por fin, tras un largo intervalo, Himmler prestó atención a las declaraciones de cierto brigada empleado en el servicio telefónico del pabellón a quien había extrañado la presurosa partida del coronel Von Stauffenberg. Así y todo, Himmler omitió, por lo pronto, ordenar la detención del supuesto asaltante en cuanto llegara a Berlín [245].

Finalmente, alguien telefoneó desde el Cuartel General del Führer a Kaltenbrunner para recomendarle que visitara la sede del OKW en la Bendlerstrasse de Berlín y preguntara al señor coronel Von Stauffenberg por qué había abandonado con tanta premura la «Wolfsschanze» *. El jefe RSHA siguió ese consejo con excesiva fidelidad. Despachó sin escolta al *Oberführer* doctor Piffrader para visitar un avispero de conspiradores armados hasta los dientes; por añadidura, tuvo que pasarse sin la información del *Oberführer,* pues Stauffenberg envió con cajas destempladas al enojoso entrevistador y se encerró en una habitación [246].

Aquel episodio fue un dato bastante elocuente de la confusión reinante en el campo SS. Desde muchos años atrás, se venían preparando y pertrechando los Escalones de Protección del NSDAP para aplastar cualquier golpe de Estado, desde muchos años atrás combatían la Policía de Seguridad y el SD contra los llamados enemigos del Estado..., y ahora, sin embargo, bastaron unas cuantas horas agitadas para destruir esa leyenda portentosa sobre la perenne combatividad de los poderosos SS. En la tarde del 20 de julio, el Mando SS berlinés quedó por completo paralizado ante esos insurrectos de la Bendlerstrasse cuyo poder fue hiperbolizado grotescamente por la RSHA. Mientras los criminalistas de Nebe se desvivían por ayudar a

* «Guarida de lobo»: Cuartel general del Führer en Rastenburg.

las unidades militares que había movilizado Stauffenberg para acordonar el barrio berlinés donde tenía su sede el Gobierno [247]; las compañías del estandarte personal permanecieron prudentemente acuarteladas en su acantonamiento de Lichterfeld [248]. Ninguna unidad del Arma SS o la Orpo acudió a la Dirección general de Seguridad en la Prinz-Albrecht-Strasse, cuyos encolerizados ocupantes presenciaron desde sus ventanas el desfile del batallón militar alertado por los conspiradores con la consigna «Valquiria». Pero todavía parecieron más indefensos los contingentes SS y policiales en las povincias y las regiones ocupadas del territorio de soberanía alemana.

A las 18.20 horas, el coronel Heinrich Kodré, jefe del Estado Mayor en la XVII región militar (Viena) recibió un cablegarma de la Bendlerstrasse en el que se le ordenaba arrestar a todas las personalidades del Partido y la Policía en Austria. Motivo: «Una camarilla de jefes nacionalsocialistas sin conciencia y ajenos al frente ha intentado aprovechar esta situación [el atentado contra Hitler] para caer sobre las espaldas de los malparados combatientes y arrogarse el poder con fines inconfesables [249].» Poco después, los teletipos transmitieron una nueva orden del grupo insurrecto: «Desposéase de sus cargos y póngase bajo prisión preventiva incomunicada a las siguientes autoridades: todos los *Gauleiter,* gobernadores del Reich, gobernadores provinciales, jefes de Policía, jefes superiores de SS y Policía, jefes de la Gestapo y encargados de delegaciones de las SS.» Y por añadidura: «Si hubiera alguna duda sobre la obediencia o competencia de los jefes pertenecientes al Arma SS, arréstenlos en el acto y sustitúyanlos por oficiales del Ejército. Aquellas unidades del Arma SS cuya subordinación incondicional resultara dudosa, deben ser desarmadas sin contemplaciones [250].»

Kodré leyó las órdenes de Berlín con mal disimulada ansiedad, pues, estando ausentes el comandante general y su lugarteniente, él debería asumir toda la responsabilidad. No obstante, se dijo que con cierta astucia y jovialidad vienesa podría hacer un buen papel ante los poderosos de la organización SS y la Policía e inducirles a aceptar lo inevitable. Así, pues, convocó a los altos funcionarios del Régimen para las veinte horas en la comandancia general [251] pretextando una conferencia urgente; allí los arrestaría, aunque sin perder ni por un instante su cortesía militar. Y, efectivamente, todos acudieron: el jefe superior de SS y Policía Querner, el teniente general de Policía Schumann, el inspector interino de la Sipo y el SD, el comandante local del Arma SS [252].

Aquellos caballeros dominaron a duras penas su sorpresa. El *Ober-*

gruppenführer Querner y el jefe de Policía Gotzmann ofrecieron inmediatamente sus servicios al nuevo Régimen[253]. Querner se enfadó un poco cuando Kodré le advirtió que estaba actuando por orden de la Bendlerstrasse. «Si el señor *Obergruppenführer* lo desea, puedo mostrarle el cablegrama.» Querner hizo un ademán cortés de protesta: «¡Si usted lo dice, me basta con su palabra[254]!» En suma, los temibles policías no crearon dificultades de ninguna clase. Permanecieron prisioneros en aquel mismo aposento y pasaron el tiempo hablando por los codos. Cuando se supo, tras la última conversación telefónica con Berlín a las 21.30 horas, que el alzamiento había fracasado, ninguno de los jefes SS causó molestias[255].

Los militares presentaron disculpas a sus ex prisioneros, lamentando aquella deplorable orden de Berlín, y se despidieron ceremoniosamente de las eminencias SS en el mismo portal. Kodré recordó más tarde que «ninguno de los convocados presentó reclamación alguna, ni intentó hacer valer sus derechos o demostrar la arbitrariedad de tal arresto[256].»

Algo parecido ocurrió en el París ocupado. Las SS y el aparato policíaco se dejaron arrollar por los sublevados sin rechistar. Justamente hacia la misma hora en que el coronel Kodré, de Viena, despedía a sus prisioneros, tropas de choque pertenecientes al regimiento de Seguridad número 1 mandadas por el teniente coronel Von Kraewel se aprestaron para dar el golpe decisivo contra los centros parisienses de la Sipo (Gestapo y SD)[257]. El veterano Pg * y laureado Brehmer, general de división y gobernador militar interino de París, arrestó personalmente a los jefes superiores SS en Francia: el jefe superior de los Escalones y el Policía Carl-Albrecht Oberg, y el *Standartenführer* Helmut Knochen, jefe de la Sipo. Bastaron pocos minutos para un cambio perfecto de régimen en París. Serían las 23 horas cuando Oberg y Knochen se acomodaron en una habitación bajo cerrojo del hotel «Continental»[258]; no les faltó el coñac ni la música de la radio. Mientras tanto, los 1 200 hombres de la Sipo desaparecieron en la prisión militar de Fresnes y en las casamatas del ruinoso Fort de l'Est[259].

Los oficiales de la guarnición parisiense celebraron en el hotel «Raphael» su victoria sobre la Orden negra, y justamente cuando culminaba ese entusiasmo, el discurso radiodifundido de Hitler y la orden del comandante supremo del Oeste, mariscal Günther von Kluge, echaron por tierra todas las esperanzas puestas en el levantamiento.

* *Parteigenosse* = camarada del Partido.

Aunque Kluge había tendido estrechos lazos con la oposición algún tiempo atrás, sucumbió nuevamente a la sugestión de Hitler. Cuando le comunicaron la detención de los policías de la Sipo en París, destituyó al general antinazi Carl-Heinrich von Stülpnagel y ordenó la inmediata excarcelación de Oberg y su gente [260].

El 21 de julio hacia las 1.30 horas, el comandante militar de París, teniente general barón Hans von Boineburg-Lengsfeld, se encaminó hacia el hotel de los jefes SS para ponerlos en libertad. Entretanto, Oberg y Knochen habían escuchado asimismo el discurso de Hitler. Cuando el general comunicó a ambos que estaban libres, Oberg saltó de su asiento y vociferó: «¡Exijo una explicación sobre esta cochinada, Boineburg!» El general indicó a ambos caballeros que Stülpnagel les explicaría todo en el «Raphael» [261]. Oberg atravesó enfurecido el bar del «Raphael» y quiso arrojarse sobre el general Von Stülpnagel, que se levantaba precisamente para saludarle, pero se interpuso entre los dos el embajador, también presente, Otto Abetz. Éste habló con tono aplacador: «¡No nos preocupemos de Berlín sino de Francia! Aquí estamos en plena batalla de Normandía y todos los alemanes debemos formar un frente unido [262].»

El *Gruppenführer SS* Oberg despotricó todavía un buen rato, pero al fin se calmó. Durante aquella noche sucedió lo que el historiador castrense Wilhelm Riter von Schramm denomina la maravilla humana del 20 de julio de 1944: un frente unido entre SS y Wehrmacht contra los broncos acosadores de la Dirección general de Seguridad. «Era preciso salvar lo salvable, formar un frente cerrado contra la Dirección general de Seguridad del Reich», informa Schramm [263]. Para justificarse, no sólo ante el mundo exterior sino también ante Himmler, el jefe de la Sipo, Knochen, encontró un conveniente retruécano: *la detención de los policías de ese organismo fue sólo un simulacro* apalabrado de antemano entre el *Gruppenführer SS* Oberg y el general Von Stülpnagel [264].

Durante unas cuantas horas, Oberg y los militares pudieron proteger en París a los insurrectos perseguidos por la RSHA. Incluso cuando llegaron las primeras órdenes de Himmler, el jefe superior de Policía y SS intentó seguir ayudando e incluyó a algunos militares eminentemente juiciosos en la comisión investigadora que debería examinar el comportamiento de los oficiales rebeldes. También se hizo asesorar por un colaborador de los conspiradores, el general Blumentritt, jefe del Estado Mayor general en la comandancia suprema del Oeste, y así coartó desde un principio la inquisición [265]. Cuando Stülpnagel —señalado como uno de los principales cabecillas en el

parte del mariscal Von Kluge al Cuartel General del Führer— recibió orden de informar personalmente a Berlín e intentó suicidarse por el camino, Oberg salió tras él y le prometió proteger a su familia de toda represalia [266]. Realmente, el *Gruppenführer* no pudo impedir que los dirigentes de la sublevación en Francia —Hofacker, los coroneles Finckh y Von Linstow, el doctor Roechling y el consejero privado Kreuter— fueran apresados por la Gestapo, pero casi todos los conspiradores y copartícipes consiguieron eludir el funesto camino hacia la Prinz-Albrecht-Strasse gracias a la actitud de Oberg. Ritter von Schramm lo atestigua: «Todos los dirigentes de aquella acción fulminante contra la Policía de Seguridad parisiense el 20 de julio pudieron escapar con vida. No se tocó ni un pelo a los oficiales responsables [267].»

También participó el Arma SS en el rescate de los insurrectos perseguidos. Generales SS liberaron a tres futuros jefes del Bundeswehr *: Sepp Dietrich hizo gestiones en la RSHA para liberar a Speidel [268], el *Obergruppenführer SS* Lombard sacó de una prisión de la Gestapo al coronel del Estado Mayor general, conde de Kielmannsegg [269] y, finalmente, el general de división Heusinger fue excarcelado gracias a una recomendación SS [270].

Cuando el *Obergruppenführer* Bittrich, antiguo asociado de Rommel, se enteró por la radio de la sentencia dictada contra su antiguo comandante en la campaña oriental, el capitán general Erich Hoepner, conspirador del 20 de julio de 1944 condenado a la horca, saltó de su asiento y gritó exasperado: «¡Esto es el fin del Ejército alemán! Jamás se ha visto en la historia del Ejército alemán que un oficial sea ahorcado por alta traición...; antes se fusilaba.» Su jefe de Estado Mayor, un militar profesional agregado al Arma SS, cuchicheó: «Mi general, le ruego que no exteriorice tales ideas en público.» El *Obergruppenführer* hizo un gesto de desdén: «¡Bah, déjeme en paz!» La extemporaneidad del *Obergruppenführer SS* llegó a conocimiento de Himmler, quien ordenó inmediatamente que Wilhelm Bittrich entregara el mando. Sin embargo, el superior inmediato de Bittrich, general Eberbach, comandante del 5.º Ejército acorazado, denegó esa destitución alegando la crítica situación del frente, lo cual era cierto ya que el Arma SS estaba subordinada al Ejército en primera línea y, por tanto, la autoridad de Himmler sobre sus propias fuerzas era muy limitada. Pero éste no cejó y siguió pensando en la forma de cazar al levantisco general. Por fin, se le presentó otra oportunidad

* Ejército federal (denominación de posguerra).

durante la batalla de Arheim, pocas semanas después. Himmler envió a su amigo de los años jóvenes, Karl Gebhardt, médico de las SS y de la Policía, así como coronel cirujano y teniente general del Arma SS, para poner en conocimiento de Bittrich que el *Reichsführer* le ordenaba presentarse ante él. Nuevamente se opuso el Ejército a las medidas disciplinarias de Himmler. El mariscal Model, nuevo comandante supremo del Oeste, se declaró contra la remoción de Bittrich y lo mantuvo en su puesto durante toda la retirada de Francia. Himmler no consiguió jamás hacer caer al desobediente general SS [271].

Desde luego, el fracaso con Bittrich fue una de las pocas derrotas que sufrió Himmler en su campaña de exterminación contra los conspiradores y copartícipes del 20 de julio de 1944. Inexorablemente, golpeó el jefe SS a los presuntos traidores y sus familias...; entonces comenzaron los procesamientos más sanguinarios de toda la historia militar alemana.

En el mediodía de aquel 20 de julio, el médico Kersten observó desesperado que Himmler era otra vez un seguidor fanático de su Führer..., aquel Führer al que se había propuesto derribar poco tiempo antes con ayuda de los oposicionistas. Quiso borrar de su memoria ese momento de flaqueza, y gritó a Kersten: «¡Ahora ha llegado mi hora! ¡Acosaré a toda la camada reaccionaria! Ya he dado orden de detener a los traidores [272].» Cuando Kersten puso en duda que la salvación del dictador hubiera sido una suerte para Alemania, Himmler se enfureció: «¿Qué está diciendo, Kersten? ¿Es ése su verdadero sentir? ¡No puede creer tal cosa, y menos, decirla! La Providencia nos ha hecho una señal con la salvación del Führer. El Führer vive todavía, la Providencia quiere guardárnoslo para que podamos seguir bajo su mando hasta el fin victorioso de esta guerra [273].»

Animado por esa obsesión seudorreligiosa, se encaminó al Cuartel General del Führer y puso en marcha el mecanismo letal de la Policía secreta gubernativa contra los conspiradores. Barruntó que la hora le era favorable. No se apartó ni un instante de su ídolo, pero ese arrobamiento no le impidió hacerle firmar un decreto que lo convirtió a él, Heinrich Himmler, en el hombre más poderoso de todo el Reich después de Hitler.

Cuando en la tarde del 20 de julio Hitler leía muy alarmado los partes sobre la propagación del levantamiento, Himmler le puso ante los ojos un documento en el que se nombraba al *Reichsführer* comandante supremo del Ejército de reserva. Hitler firmó. En esa situación, él habría firmado todo lo que pareciese garantizar el aniquilamiento de los conspiradores. Hitler gritó: «¡Fusile al que haga resistencia,

sea quien sea! Se está jugando el destino de la nación. ¡Muéstrese inflexible!» Himmler dio un sonoro taconazo y canturreó: «¡Podéis confiar en mí, *mein Führer*[274]!» Y salió desalado... como un fiel mastín de su amo. Himmler partió para Berlín. Llegó a la capital del Reich hacia las 16.30 horas[275]. Desde luego, el inquisidor del Führer tuvo la suficiente cautela para hacer liquidar a los conspiradores por camaradas de sus propias filas. Pero cuando las llamadas telefónicas del jefe OKW Keitel pusieron sobre aviso a los conspiradores sobre esas órdenes, Himmler desencadenó el terror de una contrarrevolución.

Hizo trasladar al barrio berlinés de los edificios gubernamentales tropas del estandarte SS «Saarow» y algunas unidades del estandarte personal acantonadas en Berlín, creó un comité especial «20 de Julio» y tomó posesión del Ejército que se le había confiado[276]. Diabólicos rastreadores de la Gestapo espigaron todos los rincones; bastó la más leve sospecha para que cualquier alemán se viera en las celdas de la Prinz-Albrecht-Strasse. Aquella biliosa arbitrariedad policíaca dejó caer incluso su cortina férrea sobre familiares inocentes. Pocos jefes de la Resistencia escaparon al furor vindicativo del régimen. El reducido círculo de Stauffenberg había sido fusilado ya por oficiales hitlerianos en la misma Bendlerstrasse durante el atardecer del 20 de julio, pero los restantes oposicionistas iniciaron un calvario por prisiones de la Gestapo, campos de concentración, procesos ficticios presididos por el atrabiliario tribuno Roland Freisler hasta la estación final bajo el patíbulo de la Alemania hitleriana.

En su arrebato homicida, la Dirección general de Seguridad del Reich apresó también a los jefes SS que se habían asociado con los oposicionistas del grupo Beck-Goerdeler. El 24 de julio, Nebe, el jefe de la Kripo, huyó por creer erróneamente que lo buscaba la Gestapo[277], y sufrió durante meses el acoso de su propia Policía hasta ser descubierto y capturado en noviembre de 1944 al traicionarle una amiga celosa[278]. Los funcionarios de contraespionaje militar trasladados al «negociado Mil» de Schellenberg, coronel Hansen y barón Von Freytag-Loringhoven, cayeron igualmente[279], así como el *Sturmbannführer SS* Plaas, quien había sido ya apresado al estallar el levantamiento y ajusticiado el 19 de julio[280]. Un diario privado funestamente revelador perdió también al *Reiterführer SS* Von Salviati. Especialmente contra él se desató la rabia vengativa de Himmler, quien le hizo instruir una sumaria por la Auditoría de Guerra, ya que Salviati era —según el jefe SS de personal, Von Herff— «un enemigo irreconciliable del nacionalsocialismo y del Führer»[281]. Himmler: «Si

ese Tribunal no dicta una sentencia justa, haré fusilar al señor Salviati como militar SS alevoso[282].»

Sin embargo, entre los conspiradores SS antinazis el *Brigadeführer* Kanstein pudo soslayar el nudo corredizo. En la RSHA, se interrogó sin pausa al futuro jefe de la Policía de Seguridad según preveían los conspiradores, pero Kanstein recobró la libertad gracias a una orden particular del secretario de Estado de Gobernación y *Obergruppenführer SS* Stuckart... El colérico jefe RSHA Kaltenbrunner no perdonó jamás esa intromisión inconsiderada al camarada Stuckart[283].

No obstante, cuanto mayor fue el estrago causado por sus esbirros entre las filas oposicionistas, mayor fue también la circunspección del gran Inquisidor. Su confianza en Adolf Hitler no fue de larga duración. Pronto surgieron las antiguas dudas que habían hecho flaquear su lealtad. Y entonces se le ocurrió una idea más absurda todavía: ¡Tal vez se pudiera conseguir aún la paz haciendo causa común con los condenados a muerte del 20 de Julio! Himmler maduró un plan para entablar conversaciones con los amigos extranjeros del grupo Beck-Goerdeler. Hizo aplazar el ajusticiamiento de los reos e inició un tétrico diálogo con sus víctimas. Goerdeler, Popitz y el conde Von Schulenburg recibieron autorización para escribir con minucia pericial lo que les había movido en su resistencia contra Hitler[284].

Tras esa magnanimidad escalofriante se escondió el designio de vestir las SS con la indumentaria del oposicionista. En octubre de 1944, Himmler ordenó a su jefe SD Schellenberg que estableciera comunicación con el banquero sueco Jakob Wallenberg, aun cuando la amistad entre éste y Carl Goerdeler había sido el cargo más grave contra el jefe de la Resistencia condenado a muerte[285]. Pero ahora Himmler quiso utilizar las amistosas conexiones Goerdeler-Wallenberg para abrir negociaciones con los Aliados. Sin embargo, Wallenberg desoyó las sugerencias de Schellenberg. Himmler no se dio por vencido. Hizo llamar a Goerdeler y le pidió que rindiese un último servicio a la patria[286].

«Cierto día —relata el celador de Goerdeler, Wilhelm Brandenburg— se hizo una oferta al doctor Goerdeler desde las altas esferas [Himmler], aunque también se le podría llamar una misión..., consistente en aprovechar sus relaciones personales y, naturalmente, políticas, y su amistad con el financiero sueco Wallenberg de Estocolmo y el jefe sionista doctor Weizmann para llegar hasta el rey de Suecia y..., en fin, hacer lo que Goerdeler y su círculo habrían hecho probablemente si su golpe de Estado hubiese tenido éxito, es decir... comunicarse con el primer ministro inglés Churchill y buscar por ese ca-

mino un fin honroso y rápido de la guerra [287].» Goerdeler se prestó a ello siempre que Himmler le dejara partir hacia Suecia. Pero el jefe SS no quiso arriesgarse. Celebró otra entrevista con el dirigente de la Resistencia, mas no hubo acuerdo [288].

Himmler rompió el diálogo con Goerdeler. El 2 de febrero de 1945, el mártir de la Resistencia alemana emprendió su último viaje [289], pero Himmler no pudo liberarse del régimen que quería defender y eliminar a la vez. Él y la Orden negra continuaron prisioneros de sus propias quimeras y su fanatismo... hasta el amargo final.



17. El fin

El director ministerial Gebhard Himmler hizo una visita a su hermano Heinrich en otoño de 1944, justamente cuando éste, con un fuerte resfriado, salía para presidir una conferencia de altos funcionarios nacionalsocialistas. «Debes cuidarte; aplaza esa conferencia», le aconsejó el hermano. Entonces el *Reichsführer* repuso, algo molesto: «¿Has oído decir alguna vez que la Pascua fuera aplazada porque el Papa tuviese un catarro[1]?»

La respuesta ilustra ese mundo utópico de elegibilidad misionera en que se sumió totalmente Heinrich Himmler cuando salió como único ganador del alzamiento frustrado del 20 de julio y ocupó una posición predominante, una posición difícilmente superable. Muchos creyeron que estaba esperando la muerte de Adolf Hitler para encaramarse a la cúspide del Estado. Sus numerosos cargos revelaron por sí solos el inmenso poder acumulado entre las manos bien cuidadas de Himmler: él reinaba sobre los Escalones de Protección que era, junto con el Partido, la más importante organización del III Reich; él controlaba el aparato policíaco y el Servicio secreto; él hacía y deshacía en el Ministerio de la Gobernación; él supervisaba como comisario del Reich el fortalecimiento de la raza alemana y la política racial del régimen; él inspeccionaba las relaciones del Reich con los Movimientos nacionalsocialistas de los llamados países germánicos, y bajo sus órdenes, si no en su nombre, operaban 38 divisiones SS; él mandaba, como jefe de Armamento y comandante supremo del Ejército de reserva, las Fuerzas armadas sobre territorio nacional, y uno de sus *Obergruppenführer* (Gottlob Berger) administraba los campos de prisioneros de la Wehrmacht[2].

Ese poder exuberante hizo suponer a muchos coetáneos que el soberano SS sostenía aquel Régimen desmoronadizo a la sombra del envejecido y desmoralizado Hitler. «Himmler, dictador de Alemania»,

proclamaron en 1944 los titulares de la Prensa mundial desde Estocolmo hasta San Francisco[3], y quien no haya vivido la realidad grotesca y horripilante aún creerá, tal vez, que la Alemania hitleriana fue regida desde los cuarteles SS durante los últimos meses. «Diez meses antes del final, las SS se apoderaron definitivamente del país. Entre los años 1944 y 1945 no hubo economía, ni Estado ni Partido que pudiera contrarrestar la acción SS», clamaba diez años después el cronista Karl O. Paetel, afincado en la lejana Nueva York. La Orden había asumido el poder de una forma visible e inapreciable por partes iguales. El resto quedó relegado al papel de herramienta. Alemania se regía en 1944 por cuatro ojos: los de Adolf Hitler y los de Heinrich Himmler[4].

Cabe afirmar que uno, por lo menos, *creía firmemente* en esa supuesta omnipotencia de las SS: el gran maestre de la Orden. A él le pareció llegada la hora de barrer toda «traición» en la Alemania nacionalsocialista y sobre todo, disipar las dudas de aquellos poderes sombríos que, según la óptica distorsionada de Himmler, habían obstaculizado hasta entonces la victoria final alemana. Con aire extático anunció en agosto de 1944: «¡Lo que estamos haciendo ahora es la guerra santa popular[5]!»

Entre amenazas, Tribunales volantes y estridente propaganda patriotera, Himmler propulsó la movilización de las últimas reservas como había visto hacer a los soviéticos. Se declaró con frecuencia admirador de sus modelos bolcheviques. Entregó a los generales del Ejército el estudio SD titulado *Medidas soviéticas para la eficaz defensa de Stalingrado* como guía en sus operaciones defensivas[6]. «¡Les entrego plenos poderes —arengó a los oficiales de una división de granaderos— para cazar a todo individuo que vean holgazanear, y atarlo si fuera necesario a un carro de bagajes! ¡Encarguen ese trabajo a los más brutales y enérgicos oficiales de la división para que recluten una buena banda y pongan ante el paredón a quien se resista[7]!»

Ahí sació Himmler las medidas de movilización inherentes a su fanática estrategia (resistencia inflexible) con su odio acumulado durante años contra el militar conservador. El 20 de julio, Hitler le ordenó formar 15 nuevas divisiones..., y Himmler olfateó allí la incomparable oportunidad de crear una Wehrmacht flamante y suya: «El Ejército popular nacionalsocialista[8].» Esas nuevas formaciones, cuyo personal se arrebañó en fábricas y aulas, se enfrentaron por voluntad expresa de Himmler al Ejército: jóvenes nazis sumamente crédulos y mal instruidos ocuparon puestos de oficial, se reforzó el

poder de los comisarios políticos pardos, de los oficiales consultores nacionalsocialistas (NSFO), y el nombre asignado a esas unidades reveló por sí solo la peculiaridad de ese "Ejército revolucionario" patrocinado por Himmler: las formaciones se denominaron "divisiones populares de granaderos" y "Cuerpo popular de Artillería"[9].»

«El enlace interno entre Partido y Wehrmacht es hoy... una realidad viva», cantaba jubilosamente el *Voelkischen Beobachter*[10]. Himmler quiso proteger su Ejército de las proverbiales injerencias militares. Ningún «oficial popular» podría ser destinado a otras unidades y la oficialidad estaría siempre subordinada a la jurisdicción militar del Ejército de reserva: comandante supremo, Himmler. Himmler: «El Ejército que debe ganar esta guerra es el Ejército popular nacionalsocialista[11].»

Al mismo tiempo, colocó espías e informadores en el Ejército regular de reserva, quienes le informarían sobre la más leve desviación del curso señalado: la resistencia a ultranza. El 3 de agosto de 1944, Himmler había anunciado ya en Poznan ante los *Gauleiter* que eliminaría sin compasión a quien dudase de la victoria final. Él sabía en qué llaga aplicar el dedo. «Pues, desde luego, habrá un porcentaje más o menos grande —se regodeaba el gran inquisidor—: ¡el 5, el 10, el 15 por ciento...! Eso no se puede calcular exactamente, pero en cualquier caso todos ellos son cerdos, gentes que pertenecen a las camarillas [oficiales enemigos del régimen]. Si son enemigos, se les desenmascarará y tarde o temprano comparecerán ante un Tribunal[12].» Los espías SD auscultaron todos los cargos importantes de la Wehrmacht en busca de tonos derrotistas. Los jefes superiores de Policía y SS tuvieron que iniciar listas y escudriñaron periódicamente las comandancias militares locales para comprobar si los mandos eran fiables políticamente y predicaban la resistencia entre sus tropas hasta la «victoria final»[13].

El HSSPF del Oeste, *Obergruppenführer* Gutenberg... anotó los oficiales dudosos: «Coronel Feind, de Düren: tibio en su concepto del servicio; se impone el relevo... Teniente coronel Bührmann, de Krefeld, 60 años: le falta el sentido de la responsabilidad, no tiene resolución; se impone urgentemente el relevo... Coronel Kaehler, de Neuss: incoloro políticamente, carece de resolución; se impone el relevo[14].» Al HSSPF del Sudoeste, *Obergruppenführer* Hofmann, se le ocurrieron las siguientes observaciones: «Teniente coronel Graf, de Schlettstadt: nada confiable políticamente; se ruega urgentemente el relevo... Teniente coronel Von Hornstein, de Rastatt: maduro para el relevo (presuntamente, abuela judía)[15].» Asimismo, la Dirección ge-

neral de Seguridad del Reich vigiló con ojo ciclópeo a los oficiales destinados en las unidades. Confidentes del SD, mayormente soldados y suboficiales de las SS ordinarias, reseñaron en prolijos informes: «la desorganización del Mando militar..., la descomposición de valiosos efectivos y material..., una funesta irresponsabilidad entre los mandos determinativos...» Así dice uno de esos informes SD [16].

«Sobre las circunstancias en la agrupación acorazada 205, actualmente estacionada en el campamento de Dossenwald, cerca de Schwetzingen, y especialmente sobre la inadecuada personalidad de su comandante Hirschberger, un hombre de 29 años —informaba la central SD de Mannheim el 4 de noviembre de 1944 al jefe de la SD de Estrasburgo—, se puede consultar con el primer teniente Gruschopf y, sobre todo, con el primer teniente Brossmann, ayudante del comandante. Ambos pertenecen a las SS [17].» Al confidente de la agrupación acorazada no se le escapó nada. Acerca del NSFO: «Hoy el oficial NS tampoco ha podido imponerse. A muchos les faltan, simplemente, los necesarios arrestos. Oficiales y suboficiales, e incluso los soldados rasos se hacen preguntas sobre las circunstancias actuales. Ellos opinan que se debería tomar ejemplo del Ejército bolchevique [18].» Vida privada del oficial: «Hoy día, el aciago casino sigue siendo para ellos punto de referencia... Francia los ha enviciado y prostituido más, si cabe. A veces, les falta incluso la formación política [19].» Actitud frente al oficial nacionalsocialista: «Las camarillas consideran todavía los antecedentes sociales como factor importante para admitir a un subjefe en el Cuerpo de oficiales. Hasta la fecha se ha hecho el vacío a los hombres conocidos como nacionalsocialistas [20].»

El grupo A-2 en el departamento III de la Dirección general de Seguridad coleccionó informes de espías que revelaron las diferencias entre las sentencias condenatorias de los Tribunales militares contra los llamados elementos desintegradores y las medidas draconianas para mantener la resistencia a ultranza ordenadas por Himmler. Desde luego, cuando la RSHA exigió los expedientes de las sumarias litigiosas, el Ejército le negó su colaboración. «Por eso propongo —escribió el jefe RSHA Kaltenbrunner a Himmler el 17 de octubre de 1944— que, ante todo, para el área de la justicia militar se entreguen todos los sumarios y sentencias de los Tribunales militares a la Dirección general de Seguridad si ésta los solicita, y se autorice la asistencia de los sectores de la SD a los actos jurídicos de las unidades militares estacionadas en su zona jurisdiccional [21].» Sin embargo, una intromisión semejante en los dominios soberanos de la Wehr-

macht le pareció demasiado arriesgada a Himmler... Pues los militares, incluso los más oficiosos, como el jefe OKW Keitel, defendían aún los privilegios —bastante maltrechos ya— del Ejército. Al margen de la «instancia Kaltenbrunner», Himmler garrapateó: «No; poco inteligente [22].»

No lo estimó necesario porque creyó que el tiempo trabajaba a su favor. Cual un náufrago, se aferraba Hitler a la creencia de que sólo los batalladores Escalones de Protección podrían librarlo de la catástrofe; sólo su fiel Himmler triunfaría donde fracasaron los generales de la Wehrmacht. El espacio vital del Reich menguaba con regularidad fatal, y la ofensiva de verano en 1944 había arrastrado a los soviéticos hasta el Vístula, proyectándolos como una catapulta sobre la Prusia oriental; en setiembre, los Ejércitos británicos y americanos surgían ante las antiguas fronteras alemanas... Así, pues, lo único que sostuvo al dictador fue la fe en el mágico poder terrífico de las SS.

Himmler colmó al principio las esperanzas de su Führer. Con su habitual instinto organizador, el jefe SS reclutó entre setiembre y octubre 500 000 soldados nuevos que fueron dirigidos —aprisa y pésimamente adiestrados— hacia el frente [23]. Antes había enviado ya a los escenarios bélicos seis brigadas del Ejército de reserva previstas para afrontar las perturbaciones internas [24]. Ideó extravagantes planes para defender hasta la última casa alemana, laboró con el «Werwollf» —una organización en proyecto de fanáticos guerrilleros nacionalsocialistas—, y soñó en una fortaleza alpina al sur de Alemania, un baluarte inexpugnable de la *élite* nazi. «Ningún desertor escapará a su justo castigo. Además, su vergonzosa conducta tendrá las más graves consecuencias para sus familiares», anunció Himmler el 10 de setiembre a golpe de tambor [25]. Y los Tribunales volantes no tardaron en cumplir cruentamente la siniestra profecía del *Reichsführer*. Cuanto más encarnizados fueron los combates en Este y Oeste, más bestial fue el escarmiento mortífero de sus comandos especiales. Y cada vez se espesaron más las filas de víctimas ahorcadas por los Tribunales volantes en los árboles con un letrero sobre el pecho: «Soy un desertor» o «Cuelgo aquí porque abandoné mi unidad sin permiso» [26].

Dondequiera que un nuevo revés amenazase a Hitler en el frente, allí aparecía el *Reichsführer* SS con su cohorte para el contraataque. Tres veces pidió auxilio el dictador a su guardia y tres veces batió ésta al enemigo.

El 1.º de agosto de 1944, el insurgente polaco general Tadeusz Bor-Komorovski lanzó a sus 35 000 guerrilleros contra los alemanes en las calles varsovianas, alentado por la aproximación de los Ejércitos

soviéticos, que habían alcanzado el Vístula en un ancho frente y exploraban ya con sus avanzadillas el arrabal de Varsovia, Praga, al otro lado del río. La rebelión varsoviana amenazó el frente defensivo alemán y deshizo los enlaces con el 9.º Ejército desplegado al este de la capital [27]. El jefe del Estado Mayor central, capitán general Guderian, propuso a Hitler poner bajo el control de la Wehrmacht Varsovia y sus alrededores no incluidos todavía en la zona de operaciones, y dejar entonces que el Ejército sofocara la sublevación. Hitler se negó, y encomendó esa misión al comandante supremo del Ejército de reserva, Himmler [28].

Himmler delegó sus poderes en el jefe de las formaciones antiguerrilleras, *Obergruppenführer SS* Erich von dem Bach-Zelewski, quien acudió al frente de Varsovia y liquidó la revuelta polaca con su habitual brutalidad. Bach-Zelewski movilizó las tristemente famosas formaciones SS: junto a las doce compañías de Policía mandadas por el *Gruppenführer SS* Heinz Reinefahrt, hizo formar el regimiento del *Oberführer* doctor Oscar Dirlewanger, integrado por cazadores furtivos, criminales y presidiarios, así como las tropas del ruso blanco *Brigadeführer SS* Bronislav Kaminski, con prisioneros soviéticos [29]. Las atrocidades cometidas por las brigadas Dirlewanger y Kaminski llegaron incluso a oídos del Cuartel General del Führer. «Lo que averigüé allí —informa Guderian en sus memorias— era tan horripilante que me prometí dar parte aquella misma tarde a Hitler y exigir la retirada inmediata de ambas brigadas.» El propio delegado de Himmler, *Gruppenführer* Fegelein, lo confirmó: «¡Vaya que sí, *mein Führer*! ¡Ésos son verdaderos rufianes [30]!»

Hitler cedió de mala gana a la presión del Estado Mayor central, aunque no sin dar antes a Bach-Zelewski la oportunidad de fusilar al supermerodeador Kaminski «como testigo reprensible» (Guderian) [31]. Esa acción corroboró la opinión del dictador: «Ese Bach-Zelewski es el hombre más hábil que conozco [32].»

Aún no se habían enfriado las cenizas del levantamiento varsoviano, cuando otra orden hitleriana encaminó a los SS hacia un nuevo foco peligroso en la retaguardia del frente oriental alemán. El 29 de agosto, los políticos y militares eslovacos, animados por los soviéticos, orquestaron un alzamiento al que se unieron varias unidades del Ejército eslovaco; se propusieron cortar la retirada a los contingentes alemanes que huían de Galitzia [33]. Pero antes de que ese levantamiento se extendiera por todo el país y arrastrara consigo al titubeante Gobierno de Presburgo (Bratislava), intervinieron una vez más las SS y zanjaron el asunto. Mientras el SD arrestaba a algunos cabecillas, el

personal de la escuela formativa SS en Bohemia y Moravia constituyó un regimiento acorazado y marchó contra los insurrectos eslovacos [34].

Los alumnos conquistaron el centro de la rebelión, Neusohl. Entretanto, avanzaban desde el Este la 18 división acorazada SS «Horst Wessel» y la «Galitzia», de reciente creación. Más tarde, se les unían algunas unidades de la Wehrmacht y el regimiento Dirlewanger. Desde Berlín, Himmler envió al más fiel entre los fieles, el jefe de la jefatura SS Gottlob Berger, quien asumió el mando como nuevo comandante supremo de la Wehrmacht en Eslovaquia [35]. A Berger le bastaron cuatro semanas y el comando «H» del *Obersturmbannführer SS* doctor Josef Witiska para restablecer el orden funéreo de la Gran Alemania [36]. Eslovaquia se transformó, según lo formula el historiador americano Hilberg, «de régimen marioneta en sombra fantasmal» [37]. Prácticamente, las SS, junto con la Wehrmacht, tomaron la dirección del país satélite.

Cuando Berger regresó de su misión eslovaca y dio el correspondiente parte, aguardaba ya en el Cuartel General del Führer un jefe SS de constitución hercúlea a quien Hitler iba a dar nuevas instrucciones. El dictador había requerido la presencia en el «Wolfsschanze» del militante SS más fabuloso: el *Sturmbannführer SS* Otto Skorzeny, que debería dirigir la última aventura internacional del SD.

El vienés Skorzeny, nacido en 1908, ingeniero y director técnico en una fábrica de andamios, aviador militar el año 1939, incorporado más tarde al estandarte personal «Adolf Hitler» [38] y trasladado por sus conocimientos técnicos al SD extranjero donde dirigía los sabotajes [39], fue una especie de figura simbólica para todos los alemanes que creyeron ver la salvación en el Servicio secreto y sus trucos. Su fama casi mítica databa del 12 de setiembre de 1943, un domingo. Aquel día, Skorzeny, a la cabeza de unos cuantos paracaidistas alemanes, descendió sobre cierto hotel alpino en la región más abrupta de Italia —el macizo del Gran Sasso— y rescató de los carabinieri a Benito Mussolini, quien había sido conducido allí por el Gobierno de Badoglio. Skorzeny al Duce: «¡Me envía el Führer [40]!» Ahora, un año después, Hitler quiso enviar al comandante de cazadores SS con un confederado, aunque la misión tenía esta vez un sentido inverso: entonces se requirió la liberación de un satélite, hoy se pedía la detención y eliminación de otro.

«Sabemos por unos informes secretos —explicó Hitler al militante SS— que el regente húngaro almirante Horthy intenta comunicarse con el enemigo para concertar una paz separada. Usted, Skorzeny, ocupará militarmente el Burgberg [castillo donde habitaba Horthy]

por si al regente se le ocurriera desdecirse de sus compromisos como aliado nuestro [41].»

Skorzeny, vestido de paisano y provisto con documentación falsa a nombre de un tal doctor Wolff, partió para Hungría [42]. En el camino se le ocurrió un nombre de guerra para la acción: puesto que había olvidado ordenar a los subjefes de sus unidades paracaidistas que incluyeran lanzagranadas anticarro en el armamento, la empresa se denominaría «Operación Bazooka» [43]. Cuando Skorzeny se presentó al jefe superior de Policía SS en Hungría, *Obergruppenführer* doctor Otto Winkelmann, supo que la evolución política en el país marchaba hacia un dramático desenlace: el 30 de agosto de 1944 Horthy había sustituido el Gobierno germanófilo por el gabinete del mariscal Geza Lakatos que pretendía, evidentemente, sacar a Hungría de la guerra. Un mes después, escasamente, el mariscal Farago, inspector general de la Gendarmería húngara, salió camino de Moscú para acordar un armisticio con los soviéticos [44].

Pero antes de que Farago firmara su convenio con los rusos (11 de octubre) [45], el HSSPF fue informado confidencialmente sobre el referido armisticio. Alarmado desde el nombramiento del Gobierno Lakato (Winkelmann: «Para nosotros es un inquietante indicio de traición.») [46], el HSSPF había hecho ciertos preparativos para prevenirse contra una transmutación del régimen de Horthy, mediante la introducción fulminante del sistema nazi húngaro [47]. A fines de agosto, se aprestaba ya el jefe nacionalsocialista húngaro Ferenc Szálasi para tomar el relevo [48], el *Untersturmführer SS* Erich Kernmayr esperaba con un comando el momento de ocupar por sorpresa Radio Budapest [49], y el SD almacenaba tres millones de octavillas con el llamamiento del nuevo Gobierno nazi [50].

Winkelmann no quiso aguardar más tiempo. Le pareció preferible adelantarse a los húngaros. Winkelmann: «Así, pues, el viernes 6 de octubre de 1944, convencido de que la traición estaba ya en el umbral pero poco dispuesta a una gran acción por razones militares, decidí... esclarecer la situación [51].» Decisión de Wilkelmann: «Arrestar lo antes posible al séquito de Horthy [52].» Se elaboró un plan de campaña. Sus autores fueron Winkelmann, el *Oberführer SS* Hans Geschke, comandante de la Sipo para Hungría, y Skorzeny. En la mañana del 10 de octubre, dieron su primer golpe.

Cuando el principal consejero militar de Horthy, mariscal Bakay, comandante general del I Cuerpo de Ejército húngaro estacionado en Budapest, salía hacia las 5 horas de su residencia en el hotel «Ritz», los esbirros de Geschke se apoderaron de él sin llamar la

atención y lo condujeron a un lugar apartado [53]. Acto seguido, Horthy designó al mariscal Aggyelerky sucesor de Bakay, el cual también desapareció sin dejar huellas [54]. Los alemanes se propusieron apresar con idéntico sigilo al hijo del regente, Miklós (*Nicky*) Horthy. Éste se hallaba ya bajo la vigilancia del SD, pues se tenía la sospecha de que intentaba negociar un armisticio con representantes del jefe guerrillero yugoslavo Tito. Por consiguiente, la plana mayor del SD en Budapest había concebido ya un plan cuyas líneas se ajustaban a su sistema convencional. Se quería sorprender in fraganti al joven Horthy en sus negociaciones con los emisarios de Tito para secuestrarlo y extorsionar así a su padre a fin de obtener de él la promesa de permanecer con Alemania y formar un Gobierno pro nazi [55]. La empresa recibió el nombre codificado «Acción Maus»... Un error auditivo había trocado el diminutivo del joven Horthy, *Nicky*, por *Mickey*, y entonces, al advertir esa coincidencia, los guasones del SD de Budapest decidieron darle el seudónimo de «Mickey Mouse» [56].

Dos agentes SD se disfrazaron de oficiales del «Ejército de Tito», y establecieron contacto rápidamente con Miklós Horthy. Se concertó una cita secreta para el 13 de octubre, mas la prematura aparición de un importante jefe del SD, conocido también en Budapest, hizo recelar a *Nicky*..., y los contactos se perdieron [57]. No obstante, Horthy hijo se dejó persuadir una vez más, y concertó un encuentro en la oficina de un amigo suyo, el director de la «Donauhafengesellschaft» húngara, Félix Bornemissza, en la plaza de Eskü, en Budapest. Miklós Horthy se previno contra posibles sorpresas: llevó consigo cinco agentes del Honved que vigilarían la entrada del edificio; y, además, una compañía de la Guardia Honved se apostaría algunas calles más abajo [58].

Pero los alemanes tomaron también sus medidas. Días antes, un comando del SD se había instalado en cierta pensión cuyo piso estaba situado exactamente encima de la «Donauhafengellschaft». En una calle lateral Skorzeny hizo tomar posiciones a una de sus compañías, transportada en camiones cerrados [59]. El secuestro de Horthy estaba previsto para las 10.10. Al filo de esa hora, Skorzeny, vestido otra vez de paisano, pasó en automóvil ante la casa donde acababa de entrar el hijo del regente. Horthy había aparcado su coche frente al portal; tras él había un vehículo militar en el que se escondían —invisibles para el mundo exterior— tres oficiales húngaros [60].

Entonces se aproximaron a la casa dos hombres del SD. Cuando se disponían a entrar, los tres agentes del Honved barruntaron el peligro e hicieron varios disparos contra ambos. Uno cayó muerto [61].

En ese mismo instante, asomaron por diversas ventanas los cañones de metralletas y fusiles pertenecientes a soldados, que abrieron fuego sobre el coche de Skorzeny. El *Sturmbannführer* empuñó la pistola e hizo acudir a su compañía. Los hombres de Skorzeny ocuparon la plaza y ahuyentaron con fuego nutrido a los húngaros. No se dio tiempo siquiera a que se alarmaran los soldados del Honved apostados en un lugar demasiado distante: varios agentes del SD, colocados previamente dentro de la casa, salieron corriendo con Horthy y su amigo Bornemissza, ambos maniatados. Los dos prisioneros fueron arrojados a un camión, y pocos minutos más tarde se les hizo subir a un avión. Destino: campo de concentración de Mauthausen [62].

Allí comenzó ya la «Operación Bazooka»: hacia las 12 horas, el embajador alemán doctor Veesenmeyer, también jefe SS, se hizo anunciar al almirante Horthy. Ahora el regente debería manifestar explícitamente si estaba con o contra el Reich [63]. Por supuesto, el *Brigadeführer SS* Veesenmeyer no se sentía muy seguro en su papel de chantajista; él había criticado ya varias veces los vandálicos métodos del HSSPF Winkelmann... Tanto fue así que el jefe RSHA Kaltenbrunner había montado un proceso SS contra Veesenmeyer por «derrotismo» [64]. Veesenmeyer omitió, según lo expresó más tarde con ira Winkelmann, «el empleo de la artillería pesada, contraviniendo lo convenido, es decir, poner en conocimiento del viejo que, al menor signo de traición, su hijo sería fusilado» [65]. El sensitivo embajador se calló esa observación e hizo peligrar la empresa: a las 14 horas, Radio Budapest anunció que Hungría había firmado un armisticio con la Unión Soviética [66].

Pero, entretanto, Winkelmann se había apoderado de Budapest. Amparado por el estruendo amenazador de 40 carros alemanes [67], el *Untersturmführer* Kernmayr pudo ocupar la estación radiodifusora de la capital y dar lectura a la proclama del nuevo régimen nacionalsocialista [68]; por añadidura, las tropas alemanas tomaron todos los puntos estratégicos de la ciudad. Fue entonces cuando entró en escena Otto Skorzeny para dar el golpe de gracia al régimen de Horthy. Alertó a la 22 división SS de Caballería cuyas unidades acordonaron la fortaleza de Horthy, el Burgberg [69]. Entonces, Skorzeny desplegó a sus paracaidistas, que deberían tomarla al asalto en la madrugada del 16 de octubre. Exactamente a las 6, Skorzeny corrió montaña arriba con sus hombres y se hizo dueño de la situación en unos instantes. Skorzeny: «Ocupamos la fortaleza sin disparar un tiro. La acción duró apenas media hora [70].» En realidad, se pudo haber evitado la molestia, porque hacia las 4, aproximadamente, Veesenmeyer anunció al HSSPF Win-

kelmann que el regente Horthy entregaría el poder al jefe nacionalsocialista Szálasi [71]. Hungría debería seguir desangrándose por Hitler.

Una vez más, demostraron las SS que estaban en condiciones de sustentar, mediante sus fulminantes victorias pírricas, la demencial resistencia hitleriana. Cuanto más espectaculares fueron los últimos triunfos SS, más brillantez cobró la estrella de Heinrich Himmler en aquella corte fantástica y tenebrosa denominada Cuartel General del Führer, cuyo parecido con las trapisondas de un sultanato árabe era cada vez mayor.

Octubre de 1944 fue, tal vez, el mes que presenció la culminación del poder ostentado por Himmler. El dictador supo agradecer los éxitos de su Guardia en Polonia, Eslovaquia y Hungría: el jefe SS obtuvo el gran privilegio de pronunciar en Munich, el 8 de noviembre de 1944, la tradicional arenga conmemorativa del alzamiento de la «Bierkeller» [72]. Totalmente extasiado, Himmler saboreó su poder, se embriagó con la feliz sensación de ser el primer auxiliar de su Führer, un auxiliar aparentemente insustituible. La declinación del Reich, comenta burlonamente el historiador británico Trevor-Rope, le «acercó al dios»: el hombre que pocos meses antes sopesaba la conveniencia de poner en conserva a Hitler para conseguir la paz, ofreció entonces los más sangrientos sacrificios a su divinidad sin el más leve escrúpulo.

«En el curso de los últimos años —confesó cierta vez Himmler al ministro de Hacienda, conde Schwerin von Krosigky— he vuelto a creer en los milagros. La salvación del Führer el 20 de julio fue un verdadero milagro [73].» Con un optimismo tragicómico mató dentro de sí todas sus dudas sobre el dictador. Otra vez dijo al notario escéptico Felix Kersten: «Todos los cálculos de Hitler han resultado ciertos. Sigue siendo el genio más grande de todos los tiempos. Conoce exactamente el día en que alcanzaremos la victoria. El próximo 26 de enero pisaremos otra vez la orilla del Atlántico [74].» Cuando el jefe del Estado Mayor central, Guderian, manifestó que ya no sabía dónde colocar sus tropas para contener la siguiente ofensiva soviética, el *Reichsführer* sonrió condescendiente ante esa preocupación superflua, ante esa falta de fe y dijo: «Escuche, mi querido capitán general, no creo que los rusos ataquen ni acá ni acullá. Todo eso es un gigantesco farol [75].»

Durante un instante, pareció como si el Reich se guiara por los cuatro ojos de Hitler y Himmler. Pero el cuadro del poder detentado por éste se emborronó. El historiador Trevor-Roper lo confirma: «Pese a ese poder ascendente en apariencia, Himmler iba ya cuesta

abajo[76].» Los teorizantes de la «tesis cuatro ojos» olvidaron otros dos ojos que seguían cada movimiento del oponente Himmler y pertenecían a un hombre extremadamente codicioso. El secretario del Partido, Martin Bormann, gerente de la empresa nacionalsocialista, principal correveidile del dictador y, al propio tiempo, cancerbero en su morada íntima, frenó secamente el ascenso del «tío Heinrich», como él solía llamar a Himmler.

Por lo pronto, la pugna entre Bormann y Himmler para adueñarse del SD interior había demostrado ya el progresivo ascendiente de la eminencia gris en el Cuartel General del Führer. Cuanto más se encogía el Reich bajo los mazazos del adversario, más estridentes eran los comandos de la brigada «Faisanes dorados+», organizada por Bormann en el *Hinterland* del frente. Hurañamente vigilaba Bormann a Himmler y a los jefes de Policía y SS para atajar toda intentona contra la posición predominante del Partido. Tan pronto como un jefe SS disputaba el poder a un *Gauleiter*, Bormann intervenía. Speer lo rememora: «Bormann denuncia inmediatamente esos casos a Hitler, y los aprovechaba para fortalecer su posición[77].» Puesto que Hitler compartía con su soplón particular la idea de que el mando político debería corresponder exclusivamente al Partido en una guerra cuyos tentáculos se extendían ya por territorio alemán, Bormann desplazó visiblemente sus resortes humanos hacia los conmutadores de las comandancias militares. No fueron los SS quienes sustituyeron la desahuciada Wehrmacht en el Cuartel General del Führer..., sino los *Gauleiter*, después de abrirse camino a codazo limpio.

El más exaltado de ellos, Erich Koch, empujado desde Ucrania hasta su Prusia natal, demostró cómo debía defender la patria un jefe nacionalsocialista bajo las ordenanzas de Bormann. Nombrado comisario de Defensa en su distrito, Koch se arrogó poderes absolutos sobre Prusia oriental[78]... sin preocuparse de Wehrmacht ni SS, a los que despreciaba por igual. Prescindiendo del capitán general Reinhardt, autoridad militar competente por su mando sobre la agrupación de Ejércitos, Koch hizo levantar una línea defensiva, la guarneció con un ejército de inválidos, ancianos y adolescentes, a cuyas unidades denominó *Volkssturm* *, requisó las maestranzas de Prusia oriental reservadas para el Ejército y negó a sus *Volkssturm* todo asesoramiento militar[79]. El defensor de Prusia oriental, Koch, disputó incluso al Cuartel General del Führer el derecho a desempeñar unas funciones que ya se habían adjudicado Himmler y los suyos. El *Gauleiter* go-

* Batallones populares.

bernó sobre oficiales y soldados y tuvo autoridad para hacer perseguir a los desertores [80].

El triunfo alcanzado por Koch mediante esa mezcla de diletantismo y megalomanía, sugirió una idea grandiosa a Hitler y Bormann: extender el dominio del Partido sobre las últimas reservas a todo el Reich. Poco antes, Guderian había propuesto crear una Milicia territorial en el Este y subordinarla al Ejército. Hitler lo hizo así, pero con signo contrario. Creó los *Volkssturm* orientados por el Partido, según el modelo de Koch. El jefe fue Martin Bormann [81]. El 26 de setiembre, Bormann pasó instrucciones a los *Gauleiter*: háganse preparativos inmediatamente para formar los *Volkssturm* [82]. Tres semanas después, en el aniversario de la batalla de las Naciones ante Leipzig (18 de octubre de 1813), un decreto hitleriano creó oficialmente los *Volkssturm* [83]. El último acto desesperado del régimen nacionalsocialista minó al mismo tiempo el poder de Himmler. Porque ahora le correspondieron sólo al comandante supremo del Ejército de reserva los capítulos organización, instrucción y armamento de los *Volkssturm*, mientras que Bormann asumió el reclutamiento y la orientación política [84].

Además, Bormann se las agenció para hacer entrar en el juego a otro rival de Himmler: Joseph Goebbels. Con anterioridad al 20 de julio, el ministro de Propaganda había hecho ya sus reflexiones: «¡Para Himmler el Ejército, y para mí la estrategia civil! Ésa es la combinación que podría dar nuevo impulso a las fuerzas de nuestra estrategia [85].» Pero tras el atentado contra Hitler, Goebbels reconoció la superioridad de Bormann y se puso a su lado. Acto seguido, Bormann impuso el nombramiento del jefe del Promi como poderhabiente del Reich para la guerra total [86]. En diciembre, Goebbels recibió la misión de verificar los efectivos de la Wehrmacht y proponer al Cuartel General del Führer las transferencias que estimara convenientes...; otra intromisión flagrante en el Ejército de reserva [87], dominio del comandante Himmler.

Al propio tiempo, Bormann temía el poder de Himmler mientras el jefe SS pudiera circular libremente por el Cuartel General del Führer y paliar sus susurrantes insinuaciones. Sólo había una solución: era preciso alejarlo del dictador y sus contornos.

Bormann tuvo una feliz ocurrencia. Conociendo la añoranza secreta del antiguo alférez Himmler por un puesto de caudillo ante las tropas combatientes (desde que la Primera Guerra Mundial negara al alumno de Landshut las llamadas experiencias del frente, Himmler soñaba con una brillante carrera como estratega), obró en conse-



cuencia. Martin Bormann le procuró esa carrera... y, con ello, le encaminó hacia su destrucción.

A fines de noviembre, las columnas británicas y americanas invadieron Alsacia y rechazaron el 19.º Ejército alemán hasta una cabeza de puente en la orilla izquierda del Rin. Fue preciso crear una unidad de rescate para cubrir la retirada del maltrecho 19.º Ejército a través del río y detener la ofensiva aliada. El Cuartel General del Führer resolvió formar una nueva agrupación de Ejércitos para el sector comprendido entre Karlsruhe y la frontera suiza[88]. Entonces Bormann propuso a Himmler como comandante supremo de esa agrupación. Hitler y Bormann sazonaron la candidatura de Himmler para

Arriba a la izquierda, daga diseñada en 1939 para los SS. Al lado, Heinrich Himmler saluda ante la tumba del rey Enrique I en el milenario de su muerte (Quedinburg). Abajo, **Celebración** del culto por los grupos étnicos alemanes en Siebenbürgen.

Los SS entre el pueblo. Arriba, chinescos del estandarte personal en Viena, 1938. Al lado, despedida de la familia antes de ir al servicio en domingo. Al pie, el jefe del estandarte personal, Sepp Dietrich, durante una colecta el día de la «Solidaridad nacional».

convencer a los horrorizados militares: Himmler tenía mando absoluto sobre el Ejército de reserva y era, pues, el único que podía reclutar fuerzas para la nueva agrupación. Además, siendo una operación fundamentalmente de rescate, el jefe superior de Policía Himmler parecía el más apropiado[89].

Himmler recibió ese nombramiento a principios de diciembre. El entusiasta «comandante supremo del Alto Rin» no vio la acerada hoja que sostenía Bormann sobre su cuello. Ahora podría vivir, al fin, el sueño de su juventud, ahora el estratega Himmler daría un gran vuelco a la Segunda Guerra Mundial. Y, de primera intención, su laboriosidad y su talento organizador lograron embaucar, ciertamente, a muchos soldados. En muy poco tiempo, Himmler levantó un frente defensivo, trasladó unidades de su Ejército de reserva al grupo de Ejércitos del Alto Rin y dispuso muy pronto de unas abigarradas fuerzas combatientes compuestas por soldados rasos, batallones populares, guardias fronterizas, auxiliares de Artillería antiaérea y compañías de la Marca oriental[90]. En efecto, mostró un temor supersticioso y abandonó muy pocas veces su puesto de mando en la Selva negra, pero ello no le impidió preparar su gran batalla con el enemigo. Entretanto, se contentó con pequeñas victorias sobre el adversario interno: despidió a jefes de Ejército y Cuerpo de Ejército por supuesta incapacidad y rechazó terminantemente cualquier tipo de subordinación al comandante supremo del Oeste cuya jurisdicción militar abarcaba todo el frente occidental[91].

Desarrolló sobre el papel en su Cuartel General la mayor batalla crucial de Occidente sin observar que el régimen se estaba desmigajando con la división entre SS y Estado. La desaparición del *Reichsführer* en la Selva negra reanimó a muchos jefes SS sugiriéndoles la idea de probar fortuna con el poderoso rival Bormann. Entre los desertores figuraron influyentes personajes tales como el delegado de Himmler en el Cuartel General del Führer, *Gruppenführer SS* Hermann Fegelein, que se había casado con la hermana de Eva Braun, Gretel, y el *Obergruppenführer SS* doctor Ernst Kaltenbrunner, jefe de la Dirección general de Seguridad del Reich.

La deserción del jefe RSHA tuvo también su punto irónico, pues tras la muerte de Heydrich en enero de 1943, Himmler mandó llamar al mediocre jefe SS y abogado de Linz, Kaltenbrunner, y lo colocó en la Prinz-Albrecht-Strasse para evitar que surgiera un segundo Heydrich[92]. Por entonces Kaltenbrunner, un hombre larguirucho, picoso y fumador empedernido, era apenas conocido; había hecho su carrera —antes dirigía el sector SS del Danubio— gracias a la circunstancia

excepcional que hiciera desaparecer a todos sus predecesores antes de 1938 bajo los contundentes golpes de la Policía austríaca semifascista[93]. Además, Himmler había procurado restringir la autoridad de Kaltenbrunner en mucha mayor medida que lo hizo con Heydrich. El jefe SS había arrebatado previamente a la RSHA toda competencia sobre asuntos de personal y economía, para entregarla a dos rivales internos SS de la RSHA bajo las denominaciones de Dirección general de Personal y Dirección general de Economía[94].

Cuando Kaltenbrunner ocupó su cargo en la RSHA, hizo un descubrimiento sorprendente: los jefes de negociado tenían más autoridad que el nuevo soberano. «Mis jefes de negociado son demasiado independientes, se me evaden con frecuencia y me suelen informar sobre una cosa cuando ya ha ocurrido», se quejó una vez Kaltenbrunner a su antiguo condiscípulo Skorzeny. El liberador de Mussolini hizo esta anotación: «Tengo la impresión de que ese hombre... no se siente muy a gusto en su puesto[95].» Pero la simpatía austríaca, si bien algo ramplona, del nuevo jefe de la RSHA no pudo ocultar que Kaltenbrunner luchaba febrilmente por reconquistar el poder de su predecesor. En 1944, figuró ya como segundo jefe de la Orden negra... y el propio Himmler se estremeció a veces ante las grandes zarpas de Kaltenbrunner, que ya habían asustado al jefe del contraespionaje militar, Canaris[96].

Pero la coalición con Bormann garantizó a Kaltenbrunner un privilegio del que no había disfrutado siquiera el propio Heydrich. El soberano RSHA fue un invitado perpetuo en el Cuartel General del Führer y recibió órdenes directas de Hitler... sin que mediara para nada Himmler. Eso fue algo insólito: Ernst Kaltenbrunner obró como si él solo rigiera la política RSHA y fuera responsable ante Hitler[97].

Algunos funcionarios fieles a Himmler hicieron hincapié en la apostasía de Kaltenbrunner. Se comunicaron con el *Reichsführer*, le previnieron contra la usurpación de la camarilla Bormann e intentaron disuadirle de sus fantasías castrenses. El 21 de diciembre de 1944, Gottlob Berger escribió a Himmler: «Le ruego que abrevie todo lo posible sus actividades como comandante supremo del Alto Rin y regrese al Cuartel General del Führer. Esta súplica no obedece a los rumores propalados con gran afán por partes interesadas (el *Reichsführer SS* ha caído en desgracia, la alineación Wehrmacht-Keitel ha triunfado al fin, etcétera), sino que la hago porque presiento que si el *Reichsführer* no está presente en el Cuartel General, nuestro trabajo político... sufrirá lo indecible[98].» Asimismo, los leales de Himmler en el estandarte «Kurte Eggers», la tropa propagandística

del Arma SS, se inquietaron lo suyo. El *Standartenführer* Gunter d'Alquen hizo redactar a sus oficiales una memoria para Himmler en la que se solicitaba que las SS terminaran con el «monopolio Bormann»[99].

Sin embargo, Himmler, encandilado en su pose de estratega, desestimó esos avisos urgentes. Creyó ser el príncipe heredero, tener pleno derecho a la sucesión de Hitler...; tuvo tal seguridad que aquellas habladurías no le preocuparon... Sólo, mucho más tarde, reconoció su fundamento cuando al *Obergruppenführer SS* Best puso (durante la noche del 2 al 3 de mayo de 1945) en antecedentes: Bormann y el OKW le habían jugado una mala pasada, le habían concedido aquel mando militar para precipitar su caída[100]. A fines de 1944, tuvo aún la certeza de que se abría un brillante futuro militar ante él. Se echó adelante como un obseso al ofrecérsele la oportunidad de mostrar sus facultades castrenses en los primeros días de enero de 1945.

Dos divisiones motorizadas del vecino grupo de Ejércitos consiguieron romper la línea Maginot por Hagenau e iniciar una contraofensiva limitada al norte de Alsacia. Ese éxito parcial despertó el entusiasmo de Himmler, induciéndole a ejecutar un codicioso plan: propuso al Cuartel General del Führer que se pusiera bajo su mando esa columna y se le permitiera reconquistar Estrasburgo con ambas divisiones. Himmler repitió una vez y otra que su 19.º Ejército mantenía aún una cabeza de puente en la Alsacia central; si pudiera contar como refuerzo con las dos divisiones en el sector de Hagenau no le sería difícil tomar Estrasburgo. Contra la enconada oposición del OB Oeste, el Cuartel General aprobó el plan del estratega. Y el supergeneral Himmler empezó a distribuir órdenes[101].

Mediante una complicada maniobra, las dos divisiones se desplazaron desde Hagenau hacia el Sur siguiendo el curso del Rin, pero antes de que pudieran ocupar sus nuevas posiciones, los Aliados se repusieron del revés sufrido al norte de Alsacia[102]. Al propio tiempo, las formaciones americanas fueron sorprendidas hasta tal punto por el ataque de Himmler —sus vanguardias hubieran necesitado recorrer muy pocos kilómetros para alcanzar Estrasburgo— que el comandante supremo aliado, general Eisenhower, creyó aconsejable entregar la ciudad y replegar el ala derecha de sus fuerzas tras los Vosgos. Sin embargo, el alcalde de Estrasburgo, Frey, elevó una enérgica protesta..., y los Aliados conservaron la plaza[103]. El ataque alemán se estancó. El 20 de febrero, los Aliados pasaron al contraataque, arrollaron la cabeza de puente alemana al oeste del Rin, y en un mes hicieron cruzar el río a los últimos soldados de Himmler[104].

Apenas conocida la derrota del estratega Himmler, Bormann preparó para su rival otro mando militar que envolvería al jefe SS en una nueva catástrofe militar todavía más irritante del moribundo régimen y despertaría contra él las iras del receloso dictador. Himmler, tomó el mando de otro Ejército espectral, esta vez en el frente oriental: el grupo de Ejércitos «Vístula».

El 12 de enero de 1945, los soviéticos iniciaron aquel ataque que Himmler había ridiculizado poco tiempo antes y que resultó ser la mayor ofensiva de la historia militar universal: tres millones de milicianos rojos arremetieron contra 750 000 soldados alemanes mal armados y al cabo de pocos días batieron todo el frente defensivo alemán. Los grupos de Ejércitos del mariscal soviético Cherniakovski y Rokosovski avanzaron velozmente hacia Koenigsberg (Kaliningrado) y Danzig mientras el mariscal Zhúkov conquistaba el Warthegau (región del Warta) en el centro del ataque soviético, y su colega Kóniev progresaba hasta Sagan[105]. El pánico se apoderó de los defensores alemanes: en aquel caos de caravanas fugitivas, alaridos de mujeres violadas y rabia suicida de los Tribunales volantes alemanes, naufragó Prusia oriental y sufrió un gravísimo revés el grupo de Ejércitos del Norte[106].

Pero en el Noroeste, las formaciones atacantes soviéticas dejaron abierta una brecha entre el grupo de Ejércitos del Norte y del Centro. Ese espacio limitado por el Oder y el Vístula quedó expuesto al ataque ruso, pues lo defendían precariamente tropas dispersas, unidades de reserva y batallones populares actuando por su cuenta sin un mando unificado[107]. Por consiguiente, el capitán general Guderian propuso el 23 de enero que se estableciera en Pomerania un nuevo Estado Mayor de Grupo de Ejércitos que agrupase rápidamente las unidades desperdigadas entre el Vístula y el Oder para levantar un frente defensivo. Ese «grupo de Ejércitos del Vístula» podría ser entregado al mariscal barón Von Weichs, cuyo Estado Mayor había quedado sin destino tras la desaparición del escenario bélico en los Balcanes[108].

Hitler aprobó la sugerencia, pero el candidato de Guderian para el nuevo grupo de Ejércitos le causó una «desagradable impresión». Él conocía a un hombre mejor: Himmler. Sólo consideraría la opción del jefe SS para defender el sector. Guderian protestó: «Aquel desatino me asustó realmente —refiere el jefe del Estado Mayor central—. Recurrí a toda mi elocuencia para salvar de ese desastre el infortunado frente oriental. Fue inútil. Hitler afirmó que Himmler se había desenvuelto muy bien en el Alto Rin. Además, tenía el Ejército de reserva a mano y podría proveerse sin complicaciones de esa

fuente[109].» Cuando Guderian intentó, por lo menos, proporcionar al estratega neófito algunos oficiales expertos de Estado Mayor, el dictador echó también por tierra esa proposición. Himmler eligió como jefe de su Estado Mayor a un general del Arma SS, hombre valeroso pero poco familiarizado con el mando de grandes unidades, el *Brigadeführer* Heinz Lammerding, y se rodeó de otros muchos jefes SS; mucho más tarde, toleró también a oficiales del Ejército en sus cercanías[110].

Con todo, el hombre que instaló su puesto de mando en Deutsch-Krone (Walcz) el 24 de enero[111], no tenía ya el aplomo ni la megalomanía de que hiciera gala en el Alto Rin mientras se entregaba a sus marciales ensoñaciones. Llegó al Este no sin cierto resquemor. Le dominó el miedo, aquel miedo que siempre le inspiraron la irascibilidad y el carácter vengativo del dictador. Himmler supo de sobra que no se podría permitir una nueva derrota sin exponer todo cuanto había logrado al cabo de muchos años. No debía perder tiempo; le convenía empezar inmediatamente y apuntarse un triunfo tras otro. Amedrentado y cegado al mismo tiempo por el fanatismo, Himmler emprendió su nueva tarea.

Exprimió las últimas reservas, destacó comandos SS y policiales a la caza de soldados aptos para el combate en retaguardia, constituyó nuevas formaciones del Arma, cuyas divisiones no poseyeron siquiera los efectivos de una brigada, y convocó a generales SS acreditados, como el *Obergruppenführer* Steiner, para distribuirlos en su grupo de Ejércitos[112]. Lo que le faltó de potencialidad combativa quedó compensado con el apasionamiento inherente a su lema «combatir hasta el último hombre» y las arengas bélicas para simular ante la población una fuerza en la que ya no podía creer siquiera Himmler. «El problema que se nos plantea —aleccionaba a los comandantes generales y de división— lo tuvieron que resolver centenares de veces nuestros antepasados contra los ávaros, los mongoles y, en el Sudeste, contra los turcos y tártaros. Por entonces, los únicos aliados fiables fueron también el corazón denodado y la propia energía[113].» Y el *Pommersche Zeitung*, órgano informativo del Partido, anunciaba: «El aprovechamiento de las reservas de soldados y armas, así como la movilización de todos los recursos en retaguardia, obran milagros. Los pomeranios meridionales han comprendido la trascendencia de esta hora; el frente aguanta y será cada día más fuerte[114].»

Sin embargo, el estruendo de la propaganda propia no pudo ocultar a Himmler que se encaminaba hacia una catástrofe. El seudoestratega, hombre supersticioso como ningún otro potentado del III Reich,

que creía en los horóscopos y obraba muchas veces según el dictado de los astrólogos, se vio bajo una estrella aciaga. Por lo pronto, fracasó la tentativa para contener con el X Cuerpo del Arma SS en la zona Oder-Warta el avance soviético hacia el Oder. El 29 de enero, surgieron las tropas de Zhúkov ante las ruinosas fortificaciones de ese río y lograron conquistarlas rápidamente[115].

Desesperado, Himmler se esforzó por paliar ese primer descalabro con un contraataque. Desplegó sus mejores unidades SS en un movimiento de flanco contra Zhúkov y sus Ejércitos en el sector de Schneidemühl... que resultó desde el principio una empresa destinada al fracaso[116]. Las tropas alemanas tuvieron que retroceder. Perseguido por la derrota y temiendo haber perdido ya la gracia de su Führer, el estratega Himmler se refugió en la enfermedad. Buscó con creciente frecuencia a su amigo Karl Gebhardt, que dirigía un hospital SS en Hohenlychen. El comandante supremo Himmler sólo estaba visible en su puesto de mando a ciertas horas: la guerra terminaba para él a las once en punto... y ningún oficial osaba perturbar su profundo sueño[117].

El general Guderian quiso aprovechar ese extrañamiento voluntario para exigir un último esfuerzo al grupo de Ejércitos Vístula. Concibió un plan consecuente: atacaría por sorpresa las formaciones soviéticas en el sector de Arnswalde rechazándolas hasta el norte del Warta, limpiaría de rusos Pomerania y aseguraría las comunicaciones con Prusia occidental. Guderian quiso enviar al general Walter Wenck al Estado Mayor de Himmler para que dirigiese las operaciones; probablemente esperó también excluir así a Himmler del Mando militar. El jefe del Estado Mayor central presentó su plan al canciller Hitler el 13 de febrero[118]; sin embargo, el dictador adivinó al instante su designio oculto. Confuso y lívido, Himmler, también presente, escuchó la disputa entre dictador y jefe del Estado Mayor central sobre sus cualidades militares. Cada vez fue más ruidoso el debate, cada vez más incisivos los vocablos.

Guderian: «El general Wenck debe ser destinado al Estado Mayor del *Reichsführer;* si no se obra así, las probabilidades de éxito serán nulas.»

Hitler: «¡El *Reichsführer* es un hombre lo suficientemente capacitado para dirigir solo el ataque!»

Guderian: «El *Reichsführer* no tiene la experiencia necesaria ni el Estado Mayor adecuado para mandar por su cuenta el ataque. La presencia del general Wenck es indispensable.»

Hitler: «Le prohíbo decir ante mí que el *Reichsführer* no está a la altura de su misión.»

Guderian: «Me veo obligado a insistir en que el general Wenck debe mandar el Estado Mayor del grupo de Ejércitos para encarrilar técnicamente las operaciones.»

Durante dos horas, vociferaron ambos contendientes, ninguno de los cuales quiso ceder ni un ápice. Enfurecido, Hitler paseó arriba y abajo. Por fin, se detuvo ante el jefe SS y le anunció: «Está bien, Himmler. El general Wenck irá hoy mismo a su Estado Mayor y dirigirá el ataque.» Luego, miró a Guderian y sonrió apenas: «Por favor, prosiga con su propuesta. El Estado Mayor central ha ganado hoy una batalla [119].»

Allí empezó el fin del poder llamado Himmler. El plan de Guderian se frustró por cierto —Wenck sufrió cuatro días después un accidente automovilístico, y el ataque fracasó— [120], pero el jefe del Estado Mayor central no cejó en sus intentos: creyó preciso liberar al Ejército oriental de Himmler. Dos veces propuso Hitler el relevo del comandante supremo del Vístula, y otras tantas lo rechazó el dictador [121]. Entonces Guderian recurrió a un plan desesperado: entrevistarse con Himmler e imponerle el cese. Sin embargo, cuando encontró por fin el puesto de mando —había sido desplazado entretanto hacia Prenzlau— y se hizo anunciar al comandante del grupo de Ejércitos, se le informó que el jefe se hallaba desde varias semanas atrás en la clínica de su amigo Gebhard; le aquejaba «una gripe muy fuerte». El *Brigadeführer SS* Lammerding preguntó al capitán general: «¿No podría librarnos usted de nuestro comandante supremo [122]?»

Guderian pudo. El 18 de marzo se presentó ante Himmler, quien se acurrucó bajo sus sábanas tosiendo y lanzando ojeadas temerosas cuando reconoció al visitante. No obstante, Guderian habló con tono benévolo al jefe SS y le aseguró que se comprendía su situación: el *Reichsführer*, con todos sus importantes cargos, tenía una gran responsabilidad y no podía ocuparse por añadidura de pequeñeces tales como mandar un grupo de Ejércitos; además, su salud se resentía evidentemente. El estratega frustrado escuchó con alivio y temor a un tiempo. «¿Qué dirá el Führer?», murmuró mirando esperanzado al capitán general. Guderian le ofreció su ayuda: si el *Reichsführer* no tenía ninguna objeción, él, Guderian, suplicaría al Führer que le eximiera de su mando sobre el grupo de Ejércitos [123]. El 20 de marzo de 1945, todo quedó listo. Casi con indiferencia, Hitler aprobó la moción: el capitán general Gotthard Heinrici, comandante del 1.er Ejército acorazado, remplazaría al *Reichsführer* en el mando del grupo de Ejércitos del Vístula [124]. Los sueños épicos de Himmler se desvanecieron.

Mas muy pocos sospecharon que aquel 20 de marzo de 1945 señaló una despedida definitiva: la despedida de un ídolo adorado durante toda una vida, el alejamiento de un dios al que el místico con guerrera SS había dedicado cruentos sacrificios, la renuncia a una vida ficticia como jamás pudiera imaginarla ningún novelista. Desde aquel 20 de marzo de 1945, Himmler quiso salvar todo lo que él creía todavía salvable: la propia vida, la Orden, las ilusiones de una carrera sombría. Desde luego, no habría sido Heinrich Himmler si no hubiese refugiado en una quimera más la nueva ensoñación que le hizo creerse el llamado a restablecer la paz y gobernar una Alemania de posguerra, una Alemania libre y sin Hitler.

El capitán general Heinrich supo todo eso cuando se presentó a su predecesor el 22 de marzo en el Cuartel General de Prenzlau. Confuso y apocado, Himmler le describió la herencia que dejaba entre sus manos, pero cuando el soldado pidió al *Reichsführer* una «aclaración política en términos generales», Himmler recobró su antigua cautela. Parecía transfigurado. Sigilosamente, el poderoso soberano SS giró sobre sí mismo y cogiendo del brazo a Heinrici, lo condujo hasta un sofá en un rincón del despacho. Luego susurró: «Ha llegado la hora de entablar conversaciones con nuestros adversarios occidentales. Yo he dado ya algunos pasos en la inevitable dirección. Mis mandatarios han establecido contacto [125].»

Era la primera vez que Himmler confiaba a extraños un secreto que había guardado hasta entonces para sí temerosamente: desde varios meses atrás, el jefe SS intentaba comunicar con los Aliados mediante enlaces suecos y suizos, quería llegar hasta las potencias occidentales y animarlas a firmar una paz especial. Hasta entonces, la cabeza de Jano de las SS había mostrado sólo una cara a los alemanes. Ahora enseñaba la otra, por lo menos a los iniciados, y sus rasgos eran igualmente duros y grotescos: los mismos Escalones de Protección que ahogaran brutalmente toda duda en la victoria final, que imbuyeran en los alemanes el espíritu de resistencia mediante Tribunales volantes, patéticos llamamientos y empresas «harakiri», pretendían pactar secretamente con el adversario para salvar la existencia, porque ellos no creían ya en la victoria. A lo grotesco se unía lo macabro, pues aquellos jefes SS partidarios de la capitulación habían elegido como mediador y garante de su propia salvación precisamente al pueblo que quisieron extirpar hasta el último hombre. Sólo por mediación de los rehenes judíos —calculaban ellos— se podría forzar el diálogo entre los jefes SS y el Occidente.

El hecho de que muchos jefes SS, incluido Himmler, se hicieran

tales ilusiones, debe atribuirse también en no pequeña medida a los méritos de un báltico rollizo, dinámico y algo fanfarrón que no se cansó jamás de sembrar entre los SS y su *Reichsführer* ideas sobre el derrocamiento de Adolf Hitler. El consejero de sanidad Felix Kersten, hijo de una familia de la Marca de Brandeburgo, nacido el año 1898 en Dorpat, epicúreo, filántropo y masajista, ejerció durante años una prodigioso influencia sobre Himmler hasta el punto de que sólo hay en la Historia un caso similar: la fascinación que inspiraba a Wazenstein el poder sugestivo del astrólogo italiano Giovanni Battista Seni. Así como el caudillo imperial del siglo XVIII no daba ni un paso sin consultar el oráculo de su íntimo amigo Seni, el *Reichsführer* tampoco se privó de pedir consejo a su perpetuo invitado extranjero. Y si es cierto que el telescopio del italiano aliviaba las pesadillas ocasionadas por ciertos poderes ocultos, no lo es menos que las «manos mágicas» del báltico, como lo expresa el escritor francés Joseph Kessel, fueron lenitivo para los insoportables dolores gástricos.

Pues Felix Kersten poseyó el arte de mitigar los achaques humanos mediante la presión sensitiva de sus dedos. Siendo todavía muy joven aprendió en Finlandia la terapia manual, así como esos remedios que, según los entendidos, pueden curar mediante el relajamiento muscular y nervioso muchas enfermedades de tipo neurálgico. Con su diploma finés de masajista, Kersten se instaló en Berlín, donde llegó a ser un médico de moda entre la alta sociedad. El maestro masajista chino doctor Ko exclamó cierta vez en que se hizo tratar por el báltico: «Joven amigo, usted no lo entiende todavía. Pero yo le he estado esperando durante treinta años. Usted es un elegido [126].»

Las manos mágicas de Kersten hicieron maravillas y recaudaron los honorarios más pingües que jamás haya percibido un especialista médico-mecánico en el Berlín de los años veinte. La fama del notable masajista se extendió con rapidez por toda Europa, porque Kersten supo combinar su indiscutible arte médico y no menos consistente espíritu mercantil con unos modales trovadorescos y aristocráticos. Casi cabría decir que se le enseñó en la cuna a ser médico de cabecera entre los magnates: su padrino, Alexander Westberg, fue médico de cabecera en la corte zarista [127]. El propio Kersten se aposentó como médico de cabecera con la familia real holandesa en 1928 [128] y diez años después desempeñó la misma función junto al paciente más peligroso que pudiera imaginar un terapeuta del III Reich: El *Reichsführer SS* Heinrich Himmler.

El fabricante de potasa August Rosterg, paciente de Kersten y miembro del «Círculo de Amigos del *Reichsführer SS*», fue quien rela-

cionó al portentoso médico con Himmler. En marzo de 1939, Kersten examinó a Himmler, según refiere su biógrafo, el teólogo católico Achim Besgen, «y observó perturbaciones sin duda dolorosas en el gran simpático, logrando al cabo de pocos minutos calmar las fuertes molestias que padecía el doliente». El jefe SS quedó estupefacto; no pudo explicarse aquella fulminante curación. Himmler: «He consultado a muchos profesores alemanes. Ninguno pudo ayudarme. Hágalo usted, por favor, señor profesor.» Kersten confesó a su nuevo paciente que no era ni profesor ni doctor; sin embargo, se dejó reclutar como médico de cabecera del temible enfermo [129].

Kersten no se separó nunca más de Himmler. Percibió muy pronto que sus sedativas manos le proporcionaban un poder sobre Himmler cuyo fin sólo se anunciaba allá donde comenzaba la magia de Adolf Hitler. Así y todo, Himmler se mostraba muy receptivo a todas las sugerencias de Kersten... Tan pronto como se hundían los hábiles dedos en el castigado cuerpo del *Reichsführer*, hasta el propio Himmler se daba cuenta de que era también un ser humano. Con cada palmoteo de sus manos, Kersten arrebataba al paciente las más inauditas concesiones. Unas veces era algún personaje preeminente que debería salir del KZ, otras, algún fugitivo que necesitaba abandonar Alemania... En cierta ocasión miles de judíos lograron evitar la solución final gracias a sus buenos oficios. Kersten ayudó casi siempre, y consiguió a menudo lo imposible. Cada vez fue más larga la lista de personas rescatadas a la muerte por intercesión del masajista de Himmler. Él impidió la ejecución de Theodor Steltzer, el futuro ministro presidente de Schleswig-Holstein [130], él obstaculizó los planes para robar el tesoro artístico holandés [131], él introdujo clandestinamente en la neutral Suecia a muchos prisioneros escandinavos del KZ.

Al mismo tiempo, la confianza del jefe SS en su cosmopolita amigo íntimo se acrecentó de tal forma que Kersten pudo independizarse totalmente incluso de Himmler en 1943. Se le permitió abandonar su propiedad de Hartzwalde, al norte de Berlín, e instalarse en Estocolmo, donde tuvo el privilegio de llamar a Himmler con el número telefónico privado 145 siempre que le pluguiera [132]. La historia de Felix Kersten resultó tan fantástica e increíble para la posteridad que el Gobierno holandés creó en 1947 una comisión de historiadores presidida por el profesor Nicolaas Wilhelmus Posthumus, director del Instituto de Historia militar, para investigar las actividades del antiguo médico de cabecera. Durante tres años, la comisión interrogó a amigos y enemigos de Kersten, escudriñó los archivos de diversos países y examinó minuciosamente el Diario del masajista (800 páginas). En

1950, Posthumus dio su veredicto: Felix Kersten había hecho una labor tan exhaustiva por la Humanidad y la paz, que él, el profesor, se atrevía a hacer esta afirmación: la Historia no puede ofrecer ningún ejemplo similar de temeraria filantropía [133].

Al pronunciar tal dictamen, el profesor se dejó influir posiblemente entre otras cosas por la habilidad con que supo Kersten inculcar en el ánimo de Himmler a principios de 1944 una creencia errónea: sólo mediante la suspensión del programa asesino contra los judíos podría encontrar el *Reichsführer* simpatía y oídos atentos entre los Aliados occidentales. Poco a poco, Kersten dominó las fluctuaciones del jefe SS entre la idolatría hitleriana y el instinto de conservación, poco a poco corrigió el curso de su radical política hacia la solución final y dio vuelos a una grotesca noción: el día en que Himmler ordenara suspender el exterminio judío, se le abriría automáticamente el portal de las negociaciones con los poderes occidentales. A Himmler le faltó tiempo para digerir la fábula de Kersten.

«En la primavera de 1944 —refiere el profesor Posthumus transcribiendo la declaración de un *Obergruppenführer SS* cuyo nombre no quiere revelar—, Kersten sacó a colación la cuestión judía durante un almuerzo en el Hegewaldheim, Prusia oriental. Fue una intervención inesperada. Desde ese instante, la conversación tomó un giro áspero y se oyeron palabras gruesas. Kersten se mostró intransigente. Yo lo presencié. Tenaz como un tábano, se enfrentó con todos sin ceder ni una pulgada hasta que Himmler puso punto final prometiendo un cambio en la política judía. Y los judíos se beneficiaron. «Procuraré contentarle, Kersten», dijo Himmler [134].

Entre los jefes SS, el solucionista Adolf Eichmann fue el primero en observar que se estaba produciendo un cambio. Durante el mes de marzo de 1944 hizo varios viajes a Hungría con sus colaboradores Krumey, Cannecker, Wislicency, Nowack, Hunsche y Abromeit para escenificar el último acto de la degollina racial: el aniquilamiento del judaísmo húngaro [135]. Ante el arrollador avance soviético, Eichmann acució a los solucionistas alemanes y magiares. Los 900 000 judíos húngaros fueron concentrados en ghettos y se dividió el país en seis zonas de deportación; acto seguido, el infatigable *Obersturmbannführer* pidió a la Compañía alemana de Ferrocarriles los mortíferos trenes. Todo quedó dispuesto: ya podía empezar la última marcha hacia Auschwitz [136]. Cuando Eichmann se disponía a ordenar el transporte de los judíos apiñados en las dos primeras zonas, un camarada le sujetó.

El *Hauptsturmführer SS* Otto Clages, director del SD en Hungría,

olfateó el próximo fin del Reich milenario y buscó nervioso algún medio que pudiera asegurarle el futuro después de la catástrofe. A su plana mayor en Budapest habían sido destinados algunos elementos del contraespionaje militar, tras su desaparición con el almirante Canaris en las fauces del SD. Según revelaron éstos a Clages, conocían una organización sionista que se proponía pagar gigantescas sumas a los alemanes si se les garantizaba la terminación del genocidio contra el pueblo judío [137].

En enero de 1943, tres sionistas —el ingeniero Otto Komoly, el publicista Rezsö Kastner y el fabricante textil Joel Brand— habían constituido un grupo denominado «Waadat Ezra Vö-Hazzalah Bö-Budapest» («Waadah», Comité judío de Rescate en Budapest). Intentaban auxiliar a los hebreos fugitivos de Alemania, Polonia y Eslovaquia, facilitándoles la huida hasta Hungría y, desde allí, el viaje hacia Palestina [138]. Mientras efectuaba sus operaciones de salvamento, los jefes del Waadah tuvieron una idea: ¿por qué no sobornar a los funcionarios solucionistas para hacerles soltar a sus víctimas judías? Kastner y Brand habían observado mucho antes que tras la fachada monolítica de las SS había hombres dispuestos a dejarse comprar.

El solucionista correspondiente a Eslovaquia, *Hauptsturmführer SS* Dieter Wisliceny, había sugerido incluso esa venalidad en un programa de las SS. Un «plan europeo» propuesto por él en 1942 insinuaba que se eximiera de la solución final al judaísmo europeo (exceptuando el polaco) siempre que el «judaísmo internacional» accediera a pagar un rescate cuyo importe podría oscilar entre dos y tres millones de dólares [139]. Cuando el Waadah averiguó que ese Wisliceny había sido destinado al comando especial de Eichmann en Budapest, Kastner y Brand esperaron poder aliviar la suerte de los judíos húngaros mediante el cohecho.

A primeros de abril de 1944, Kastner se entrevistó con el *Hauptsturmführer SS* y le propuso un tentador negocio. Wisliceny aceptó al instante [140]. El militante SS prometió que el comando especial dejaría emigrar a Palestina a 600 judíos si se le pagaban cuatro millones de marcos del Reich. El comité de salvamento pagó ese rescate, pero Wisliceny rompió su promesa. Y rechazó con inmenso sarcasmo todas las súplicas de Kastner [141].

No obstante, el Waadah se aferró a su plan de soborno y buscó un socio más fiable en el ejército de asesinos. Asimismo Brand estableció comunicación con los miembros del antiguo contraespionaje militar, y por ese conducto secundario llegó la propuesta hacia primeros de abril, a oídos del jefe SD Clages, quien pasó la oferta al *Reichs-*

führer recomendándole que autorizara la negociación con el comité judío..., pues éste podría entregar material de guerra para el Arma. Esa sugerencia despertó, evidentemente, la avaricia de Himmler, porque pocos días después Eichmann recibió una orden del sumo sacerdote: «Comuníquese con Joel Brand [142].»

¿Fue sólo la avaricia lo que impulsó al jefe SS? Lo fue al principio, sin duda alguna. Pero Himmler se hizo pronto otras reflexiones: tal vez pudiera entablar conversaciones con los Aliados por medio del sionista Brand y el Waadah, máxime cuando aquel y Kastner pretendían arrogantemente estar respaldados por el dinero y el poder de lo que los supersticiosos militantes SS denominaba el «judaísmo internacional». El empresario húngaro Andas Biss, primo de Brand, activo colaborador del Waadah y el cronista mejor documentado sobre la solución final en Hungría, creyó ver con «creciente claridad el cuadro de un Heinrich Himmler que había esperado obtener armas y material para reforzar y ampliar sus SS mediante el contacto con nosotros, aunque más tarde, no mucho más, buscara también el reaseguro en Washington. Y, por cierto, ese reaseguro —como pude observar después— se limitó a su propia persona y excluyó también definitivamente a su Führer, Adolf Hitler» [143].

Eichmann debió de sentir también cierta inquietud cuando leyó la orden de Himmler indicándole que dejara entrever al Waadah el posible fin del exterminio judío bajo ciertas condiciones. Malhumorado y perplejo, cumplió el encargo. El 25 de abril hizo llamar a Brand y le expuso la propuesta: sus israelíes húngaros podrían ser exceptuados de la solución última si el judaísmo internacional se prestaba a pagar un rescate, y ciertamente no en metálico sino con mercancías. He aquí las condiciones de Eichmann: suministrar 10 000 camiones, dos millones de cajas de jabón, 200 toneladas de té y otras tantas de café [144]. Brand —siguió disponiendo Eichmann— debería trasladarse a Estambul y gestionar esos suministros con los representantes locales de las organizaciones judías mundiales. Sin embargo, se iniciaría simultáneamente la deportación de los judíos húngaros y seguiría sin interrupción hasta que Brand pudiese demostrar con documentos la aceptación del judaísmo internacional [145]. El Waadah aceptó ese arreglo pese a sus numerosas objeciones. Con todo, requirió de Eichmann una muestra de su buena voluntad: el despacho de un «tren modelo». La llegada de Brand a Estambul debería coincidir con la partida de 600 a 1 200 judíos húngaros hacia un país neutral. Eichmann lo prometió así. El 17 de mayo de 1944 emprendió su viaje el negociador Brand [146].

Cuando el delegado del Waadah no había hecho apenas sus maletas, Eichmann empezó a embarcar judíos húngaros en los trenes letales para Auschwitz. Brand había anunciado que estaría ausente todo lo más dos semanas y en seguida emprendería el regreso hacia Budapest... Para esa fecha, se prometió Eichmann, estará ya aniquilado el grueso del judaísmo húngaro [147]. Con la obsesión enfermiza de un hombre que teme ver frustrarse el objeto de su existencia, Eichmann despachó un ferrocarril tras otro hacia Auschwitz. Su mentalidad de subalterno percibió claramente que los días de la solución final estaban contados; sus inmediatos superiores, Kaltenbrunner y el gestapista Müller, perseveraron en el asesinato del judío, pero las instrucciones de Himmler tenían un acento insólito y poco tranquilizador. Era preciso apresurarse. Cada vez fueron más apremiantes las órdenes de deportación, cada vez aparecieron más espacios vacíos en los ghettos húngaros. El 7 de junio se evacuaron las zonas I y II cuyos ocupantes, 289 357 personas, fueron asesinadas en las cámaras de gas de la Alta Silesia. El 17 de junio se evacuó la zona III, con 50 805 judíos, a Auschwitz. El 30 de junio la zona IV, con 41 499 [148].

Cuando el negociador Brand (detenido por los británicos mientras viajaba a través de Siria tras la repulsa de los representantes judíos en Estambul) desapareció sin dejar rastro [149], Eichmann se desenfrenó. Empleando todos los medios a su disposición intentó sabotear la marcha de un grupo judío al extranjero como se había acordado. Se negó a seleccionar judíos en Budapest para el propuesto «tren modelo». Después, procuró reducir al máximo el número de los afortunados viajeros. Prohibió que los judíos se dirigieran a Portugal, según se había convenido [150]. Ninguna ruindad le pareció pequeña para privar de libertad a aquellos pocos judíos. Fueron inútiles las apelaciones de Kastner a la seriedad contractual de los solucionistas, inútiles las llamadas de auxilio al jefe SD Clages. Entonces los desesperados funcionarios del Waadah averiguaron que en Budapest residía un delegado de Himmler en quien veía Eichmann a su más enojoso competidor.

El *Obersturmbannführer SS* Kurt Becher dirigía una maestranza de la Dirección general SS y tenía la misión de suministrar armas y material a la comandancia general del Arma SS [151]. Los caprichos del azar quisieron que el criminal programa de Eichmann se interpusiera en su camino. Con ocasión de una compra —20 000 caballos para el Arma SS—, Becher conoció al banquero doctor Franz Chorin, un accionista de la gran empresa industrial húngara «Manfred-Weiss-Werke», fundada por judíos. Chorin, buen conocedor del caballo, dio unos

cuantos consejos provechosos al apasionado jinete Becher para hacer una buena compra, y el militante SS devolvió ese favor con múltiples deferencias [152].

Pronto hubo tal amistad entre ambos caballeros que el banquero confió al SS la protección de la familia del industrial ya fallecido Manfred Weiss. Los miembros de la familia Weiss, casi todos judíos, quisieron abandonar el país antes de que les alcanzara la mortífera máquina de Eichmann. Becher les ayudaría... para beneficio y santurrona expiación de los SS. Becher y la firma Weiss firmaron un pacto en el que se combinaba el humanitarismo con el chantaje: el militante se hizo entregar por los miembros «arios» de la familia Weiss una participación activa en la empresa (el 55 % del capital social), despachó a Portugal a 48 miembros de la familia —entre ellos a 35 judíos—, les firmó un recibo por tres millones de marcos y retuvo a nueve personas de la familia como rehenes [153]. El 17 de mayo de 1944 se selló el contrato, y la dinastía industrial judía voló hacia la libertad [154].

Aquel contrato originó un antagonismo mortal entre Becher y Eichmann, pues el solucionista vio amenazado su programa por un delegado de Himmler. Mientras el Gobierno húngaro, sujeto a los alemanes, censuraba la intromisión de Becher en la economía magiar, Eichmann se sublevó contra los dolos intempestivos de su colega tras los cuales barruntaba una idea que él siempre había combatido: la salvación de los judíos mediante el rescate. El comportamiento de Kurt Becher confirmó sus sospechas: ante la creciente declinación del régimen nacionalsocialista, el *Reichsführer* se «ablandaba» también en la cuestión judía. Además, Becher personificó para él lo que siempre había aborrecido sobremanera: «el jefe SS con guantes de cabritilla». Eichmann, un mediocre burgués cuyo uniforme y cuya misión no podían disimular que seguía siendo una figura marginal de la sociedad, no pudo soportar jamás a Becher, hijo de un acaudalado comerciante, educado en la distinguida sociedad hamburguesa, jinete SS y contertulio de círculos feudales que ahora, mediante el contrato Weiss, se había convertido en última esperanza de la sociedad *puszta* judía [155].

Un individuo semejante pareció hecho a medida para detener la máquina deletérea de Eichmann, según los funcionarios del Waadah. *El más obediente servidor del* Reichsführer, *Becher,* como él solía firmar con gran complacencia sus escritos a Himmler, poseía línea directa hasta el jefe de las SS, y sus negociaciones con la dinastía Weiss se ajustaban al programa inicial del Waadah. Kastner logró

forzar su presencia ante el *Obersturmbannführer* Becher y ganarlo para la idea del «tren modelo». Becher partió por vía aérea hacia fines de junio; Himmler le autorizó a proseguir las negociaciones con el Waadah en lugar de Eichmann [156]. Becher propulsó el proyecto enérgicamente. Exigió una garantía depositada en Hungría para dar la salida al «tren modelo»; cuando el transporte llegara a su país de destino, se debería pagar el total por los emigrantes. Precio por cabeza: 1 000 dólares. Kastner lo aceptó [157]. El 30 de junio aquel tren abandonó Budapest con 1 684 judíos [158].

Sin embargo, Eichmann no se amilanó. Sin consultar con nadie hizo desviar el tren hacia el KZ de Bergen-Belsen [159]. Entretanto, sobrevino un contratiempo: Himmler mudó súbitamente de parecer porque la Prensa angloamericana había publicado una reseña sobre la misión de Joel Brand y el cambio de camiones por judíos cuyo contenido dejaba entrever que ni las organizaciones judías ni los Gobiernos aliados se prestarían a tal comercio [160]. Con aire triunfal, Eichmann advirtió amenazadoramente al Waadah —así lo refiere Biss— «que los viajeros del tren modelo acomodados en Bergen-Belsen serían transportados dentro de una semana a Auschwitz e introducidos en el "molino" sin previa selección» si Joel Brand no se presentaba mientras tanto en Budapest con una respuesta afirmativa de las organizaciones mundiales judías [161]. Cuando Kastner y Biss asediaron a su patrocinador Becher rogándole su apoyo contra Eichmann, el militante SS les volvió la espalda. *El más obediente servidor del* Reichsführer, *Becher,* husmeó los nuevos vientos que soplaban desde el puesto de mando, y negó toda ayuda [162].

Pero esta vez quien ayudó fue Clages, que permitió a Biss la redacción de un memorándum con las nuevas promesas financieras del Waadah, y lo presentó ante Himmler [163]. El 26 de junio de 1944, Biss supo por Clages que «su memorándum había sido acogido favorablemente en Berlín, y Himmler había ordenado la suspensión de todas las deportaciones de Hungría hasta nueva orden»..., tal como dice Biss en sus memorias [164]. Aquello fue un buen principio; por lo pronto se interrumpió la marcha letal hacia Auschwitz.

Entonces Becher sacó fuerzas de flaqueza y partió otra vez en avión para entrevistarse con Himmler. El jefe de las SS autorizó la inmediata partida de 500 judíos pertenecientes al tren modelo; Becher debería tratar en Suiza con representantes de la organización judeoamericana «American Joint Distribution Committee» y ajustar la financiación de los restantes emigrantes [165]. Por fin Himmler divisó una estrecha rendija en la puerta que conducía a sus negociaciones con





Los SS entre el pueblo. Cordón SS en el cumpleaños de Hitler: a la izquierda, visto por la pintora Dorothea Hauer (en la pizarra se lee: «¡Queremos ver a nuestro Führer!»); al lado en fotografía. Abajo, una «fiesta tradicional» de los SS (1938) en honor de unos visitantes italianos, con muchachas de la organización «Fe y Belleza».

Arriba, el lur de los SS ameniza un «festival musical nórdico» patrocinado por la «Sociedad nórdica». Abajo, **clase de prehistoria** para los SS; descripción de los signos rúnicos germánicos.

las potencias occidentales. La oferta del «Joint Committee» presentada por el Waadah le hizo suponer que América era más o menos un botín del judaísmo internacional y que desde el Waadah corría una línea directa pasando por el «Joint Committee» hasta la propia Casa Blanca en Washington preludiando el tratado especial de paz entre Alemania y los Aliados occidentales. El Waadah reforzó más todavía esa desatinada creencia. Biss lo recuerda así: «Nosotros siempre aludimos al presidente Roosevelt como nuestro patrocinador [166].» Los milagreros SS creyeron a pie juntillas todo cuanto les dijeron los funcionarios del Waadah sobre sus presuntas relaciones con Washington.

Los jefes SS apremiaron a sus colaboradores judíos: era preciso abrir un poco más la puerta hacia el Occidente. En definitiva, intimó Clages a su socio Biss, no se trataba sólo de salvar a unos cuantos miles de judíos, pues las negociaciones de Suiza podían significar también «una oportunidad de extraordinaria trascendencia internacional e histórica» [167]. Por supuesto, el negociador Becher adivinó al poco tiempo los fines propagandísticos del Waadah. En su primera conversación con el delegado del «Joint Committee», el honorable banquero helvético Saly Mayer, el 21 de agosto de 1944 en la localidad fronteriza suiza de St. Margarethen, Becher había descubierto ya que sería casi imposible convencer a las organizaciones judías sobre el trueque de judíos por camiones; Mayer sólo consideraría ese asunto cuando Himmler anunciase oficialmente el fin del genocidio y diera pasaporte a todos los miembros del tren modelo [168].

Un informe de Becher a Himmler habría bastado para echar por tierra las negociaciones con el «Joint Committee». Sin embargo, el *Obersturmbannführer SS* Becher no expuso claramente la verdadera situación ante su *Reichsführer*. Retocó las declaraciones del remiso banquero Mayer y sumió aún más al temeroso y fluctuante Himmler en la maraña de maquinaciones antihitlerianas [169]. Poco importa saber si Becher se compadeció del destino judío o si él mismo creyó en una paz especial sin Hitler...; el hecho fue que aquel militante SS hizo el juego al Waadah. Durante una entrevista con Mayer el 1.º de setiembre, Becher hizo que su ayudante, el *Hauptsturmführer* Max Grüson, implorara casi unas pequeñas concesiones al suizo, corriendo incluso el peligro de que los directores americanos del «Joint Committee» desautorizaran a Mayer [170].

No obstante, el «Joint Committee» y el banquero Mayer rehuyeron toda promesa concreta. Becher habría terminado por reconocer oficialmente el fracaso de sus diligencias si no se hubiese anunciado a fines de setiembre que el presidente estadounidense Franklin D. Roo-

sevelt había designado al jefe cuáquero Roswell D. McClellan como su mandatario personal en Suiza... con la misión de asistir a las conversaciones SS-«Joint Committee»[171]. Ésa fue, precisamente, la noticia que Himmler había estado aguardando meses y meses. Su reacción no se hizo esperar: el 30 de setiembre sin más tardar mandó comunicar al Waadah que había ordenado suspender definitivamente las «acciones» en Auschwitz (amenazadas de todas formas por los incontenibles Ejércitos soviéticos); a mediados de octubre, dispuso que el resto del tren modelo prosiguiera hacia Suiza aunque no se hubiese pagado el tributo por cabeza.

Durante unos momentos pareció que América correspondería a las exploraciones de Himmler. El delegado de Roosevelt, McClellan, se esforzó por dialogar con el *Obersturmbannführer* Becher, y el embajador estadounidense en Berna se apresuró a solicitar de las autoridades suizas un visado de entrada para los delegados del *Reichsführer*[172]. El 5 de noviembre de 1944 se reunieron el cuáquero y el militante SS en el «Savoy Hotel Baur-en-Ville» de Zurich[173]. En realidad —dictamina el cronista Biss—, Himmler debió de atribuir gran importancia a su contacto con nosotros, puesto que, finalmente, tenía lugar esa conversación aun cuando los Aliados habían acordado no negociar por separado con los alemanes e imponer la capitulación incondicional. Visto desde un ángulo oficial, ese encuentro implicaba la violación del tratado de Teherán, según el cual los Aliados occidentales y Stalin convinieron un boicot absoluto contra el III Reich[174].»

Sea como fuere, aquella conversación no colmó la esperanzas de Himmler y Becher. El jefe SS hizo regresar de Hungría al solucionista Eichmann; en diciembre, los restantes miembros del tren modelo de Budapest atravesaron la frontera suiza, pero aquellas negociaciones se estrellaron contra la negativa de los organismos internacionales judíos a recompensar el gesto de las SS con dinero y mercancías[175]. Simultáneamente, las negociaciones de Suiza fueron una inspiración para cierto jefe que intentaba hacía ya largo tiempo movilizar a su *Reichsführer* contra Adolf Hitler.

El *Brigadeführer SS* Walter Schellenberg, director del SD extranjero, venía esforzándose durante dos años largos por ganar la voluntad de Himmler para una acción que terminaría con la guerra y proyectaría las SS hacia un futuro sin Hitler. Puesto que él imaginaba, como Himmler, que los rehenes judíos llevarían de la mano el mando SS hasta el campo aliado, buscó la conexión de relevantes judíos extranjeros. En Montreux conoció a los hermanos Sternbuch, dos judíos ortodoxos, representantes suizos de la Asociación rabínica america-

na[176]. El jefe del SD les ofreció asimismo la oportunidad de salvar judíos en los dominios de Himmler. La relación con los Sternbuch le condujo al ex presidente de la Confederación Helvética, doctor Jean-Mary Musy, quien se prestó a participar en el doble juego de Schellenberg por razones de humanitarismo[177].

Hacia primeros de octubre de 1944, Musy se declaró dispuesto a visitar Alemania y negociar con Himmler sobre el destino de los judíos[178]. En las proximidades de Viena se encontraron el suizo y el jefe SS. Tras cierta vacilación, Himmler manifestó el deseo de dejar partir libremente hacia Suiza a todos los judíos detenidos en Alemania[179]. Según afirma el autor de memorias Schellenberg, Himmler dictó por entonces en presencia suya unas instruciones para el jefe RSHA Kaltenbrunner ordenando se respetara la vida de todos los judíos sometidos al régimen de los KZ[180]. También lo afirma así Becher, en la actualidad mayorista de granos en Brema, quien logró recordar todavía durante el proceso de Nuremberg las palabras dictadas por Himmler: «Prohíbo con efectos inmediatos el actual aniquilamiento de los judíos y ordeno que, por el contrario, se atienda a las personas débiles y enfermas[181].»

Tal vez contribuyera alguien a la orden de Himmler, pero quienquiera que fuese era indudable que el jefe SS decretó una orden cuyo contenido debería acarrearle inevitablemente un grave conflicto con Hitler. Aquella orden, en efecto, decía nada más y nada menos que esto: «Las SS quebrantarán las instrucciones de Adolf Hitler ordenando que se lleve adelante la solución final del problema judío sin tener en cuenta la situación militar.» Heinrich Himmler había dado un primer paso que lo alejaba de su ídolo. Schellenberg siguió ejerciendo presión. Ahora debería aprovechar la oportunidad para cortar los lazos entre el dictador y el jefe de Policía. El siguiente acto lo representó Kersten, quien apoyó con todas sus fuerzas el desasimiento de Schellenberg. Además, por aquellos días el Gobierno sueco apeló al íntimo de Himmler, rogándole que preservara al país de una política exterior confusa e irritante.

Para eludir la creciente presión del campo aliado, que exigía la entrada de Suecia en la guerra al lado de la coalición antihitleriana, el Gobierno de ese país decidió emprender una espectacular acción de rescate. En efecto, se ofreció a distribuir víveres entre las poblaciones penales de los KZ y a acoger a los presos excarcelados[182]. Consecuentemente, el Ministerio sueco del Exterior se dirigió a Himmler, mas el jefe de las SS rechazó esas ofertas filantrópicas. Entonces el ministro sueco de Asuntos exteriores, Ch. Von Günther, se tornó a

Kersten, domiciliado ya en Estocolmo, y le rogó su colaboración. El masajista trabajó incansablemente sobre su paciente hasta que Himmler cedió [183]. El 8 de diciembre de 1944, Kersten acudió al puesto de mando de Himmler, en Triberg, una localidad de la Selva negra, y concertó un convenio con el *Reichsführer*. El jefe de las SS autorizó lo siguiente: conducción de todos los prisioneros escandinavos de los KZ a un campo de tránsito (Neuengamme, cerca de Hamburgo), aprovisionamiento por la Cruz Roja sueca, excarcelación de 1 000 mujeres holandesas, 800 francesas, 500 polacas, 400 belgas, 50 danesas y otras 50 noruegas... y su traslado en autobuses suecos [184].

El ministro del Exterior, Günther, expresó su agradecimiento a Kersten y puso en conocimiento de Himmler que el Gobierno sueco facilitaría autobuses y personal de transporte. Eso fue el 1.º de enero de 1945 [185]. Sin embargo, los suecos se tomaron su tiempo. Evidentemente, esperaron que los atropellados acontecimientos bélicos les ahorraran la costosa operación de rescate. Por fin, el 5 de febrero, Günther dio señales de vida para informar a Kersten que un sobrino del monarca sueco, el conde Folke Bernadotte, vicepresidente de la Cruz roja sueca, dirigiría el transporte [186]. Transcurrieron otras cuantas semanas sin noticia alguna; Schellenberg y Kersten esperaron impacientes la llegada del hombre que, según ellos, desempeñaría un papel trascendental: él apartaría definitivamente a Himmler de su Führer.

Finalmente, el 16 de febrero de 1945 embarcó el conde Bernadotte en el aeropuerto de Bromma, Estocolmo, y voló hacia la asediada y llameante Alemania hitleriana [187]. El primer jefe SS que saludó al sueco tras su desembarco en Tempelhof fue Walter Schellenberg; cuando el conde visitó a Kaltenbrunner por las necesidades del protocolo, el jefe del SD estaba también presente [188].

Bernadotte adivinó en seguida que Schellenberg sólo tenía un objetivo: desalojar el zozobrante barco. «Debo admitir complacido —ha dejado dicho el sueco en sus Memorias— que sentí desde el principio cierta confianza en aquel nazi animado de humanos sentimientos [189].» Sin embargo, Schellenberg halló grandes dificultades para convencer al sueco y hacerle intervenir en los planes suyos y de Kersten. Asimismo Himmler titubeó ante los argumentos de Schellenberg. Entre amedrentado y curioso observó la llegada del sueco, pues además sabía que el jefe de la RSHA Kaltenbrunner vigilaba recelosamente las jugadas ajedrecísticas de Schellenberg. Kaltenbrunner había preguntado al dictador por mediación de Fegelein cómo se debía «manejar al huésped Bernadotte». Respuesta de Hitler: «En una guerra

total no se consigue nada con estupideces semejantes[190].» Schellenberg tuvo que argumentar largo tiempo con su jefe para hacerle recibir al sueco. El 10 de febrero, Schellenberg recogió al conde y lo condujo hasta el hospital SS de Hehenlychen, donde continuaba internado el *Reichsführer*[191].

Apenas iniciado el diálogo, Himmler hizo constar encarecidamente: «Yo he jurado lealtad a +Adolf Hitler. Como soldado y alemán no puedo romper ese juramento. Por tanto, no me es posible tomar medidas que contravengan los propósitos del Führer[192].» Al cabo de dos horas y media había cambiado de opinión, por supuesto. Permitió a Bernadotte que se llevara consigo hacia Noruega una parte de los prisioneros escandinavos KZ. Asimismo, confirmó lo que ya había otorgado a Kersten: el aprovisionamiento a los prisioneros nórdicos mediante la Cruz roja sueca[193].

Apenas emprendió Bernadotte el vuelo de regreso hacia su país, Schellenberg apretó las clavijas a su *Reichsführer* y desarrolló infatigablemente su don de persuasión. Martilleó sin pausa sobre el cerebro de Himmler, y sus argumentos convergieron siempre en la misma petición: romper con Hitler, romper con la guerra. Schellenberg sustituyó, según lo describe el historiador británico Trevor-Roper, «en la hornacina privada de Himmler a aquel ídolo hitleriano desmoronadizo por una imagen nueva y todavía menos atractiva: la de un Himmler entronizado como segundo *Führer*, como segunda personificación de la Alemania aria. Lo hizo con lentitud y vacilación, encontrando constantemente la resistencia tenaz y desesperada del idólatra[194]. Incansable y no menos tenaz, el jefe del SD siguió apremiando: ahora era preciso servirse del conde Bernadotte, enviarlo con una oferta de capitulación al Cuartel General de Eisenhower. Himmler retrocedió aterrado. Pero los razonamientos de Schellenberg le habían reblandecido de tal forma, que autorizó por lo menos a su tentador a hacer las oportunas gestiones cerca de Bernadotte sobre aquella pretendida misión en campo aliado.

El 2 de abril se presentó nuevamente Bernadotte ante Himmler[195]. Cuando el jefe SS fue requerido para una conversación telefónica en la habitación contigua, Schellenberg aprovechó la oportunidad: «¿No podría convencer usted a Eisenhower sobre la posibilidad de discutir una capitulación en el frente occidental[196]?» Bernadotte rehusó: la iniciativa debía provenir de Himmler. Entonces, el jefe del SD se aprestó a proseguir su martilleo sobre el sueco. «Me habló sin interrupción. Su tono fue a un tiempo apremiante y confidencial», informa el conde. Pero el sueco sólo se prestó a entrevistarse con

Eisenhower cuando Himmler fuese proclamado sucesor de Hitler, disolviese el NSDAP y pusiera en libertad a todos los prisioneros escandinavos [197]. «Yo, por mi parte, supuse —explica Bernadotte— que Himmler no aceptaría jamás tales condiciones. Pero Schellenberg aseguró que él se las haría aceptar [198].» El jefe del SD reanudó su trabajo, pues a juicio suyo, la estrella declinante de Himmler en el Cuartel General del Führer no dejaba al jefe SS más alternativa que dirigir un golpe contra Hitler para salvar su propia existencia.

«¿Me pide, pues, que elimine al Führer?», preguntó Himmler. Respuesta de Schellenberg: «Sí [199].» Desde luego él sabía que Himmler solamente se despabilaría cuando se le pudiera demostrar que la vida de Hitler estaba tocando a su fin. Schellenberg envió por su amigo Max de Crinis, profesor de Medicina y director de la clínica neurológica de la «Charité» berlinesa, quien manifestó ante el *Reichsführer* que Hitler era un hombre gravemente enfermo, con parálisis casi total y aquejado por la enfermedad de Parkinson. Himmler tomó buena nota e hizo el consiguiente comentario: «Schellenberg, creo que ya no se puede hacer nada con Hitler [200].»

Sin embargo, Himmler no pudo sobreponerse a su lucha interna. Soñó con el papel de libertador alemán y no logró desembarazarse de la superstición parda. Planeó la muerte del dictador y no pudo resistir la sugestión hitleriana. Vio perdida la guerra y continuó predicando entre los alemanes, exhortándoles a resistir. Durante una conferencia el 1.º de abril en el Ayuntamiento NS hamburgués, doctoreó todavía sobre la desunión de los Aliados y predijo que la grandiosa e inminente intervención de los cazas reactores alemanes abriría una pausa decisiva [201]. Y cuando el 13 de abril se le informó que *Woelffchen* *, el *Obergruppenführer* Karl Wolff, jefe absoluto de Policía y SS en Italia, había entablado negociaciones con el enviado extraordinario estadounidense Allen W. Dulles en Suiza, husmeó inmediatamente alguna traición contra el Führer [202].

Aquella misma noche, Himmler telefoneó a su otrora íntimo amigo Wolff y, hablándole con gran aspereza, le ordenó que se presentara ante él sin tardanza. El *Obergruppenführer* pareció someterse, pero más tarde envió un cablegrama a su jefe en el que le informaba en tono adusto que no podía ir [203]. El 14 de abril, Himmler telefoneó nuevamente al Cuartel General de Wolff, en el Gardasse. Dos veces exigió Himmler la inmediata partida del *Obergruppenführer*, y dos veces desoyó Wolff tal orden [204]. Seguidamente, éste pidió consejo a Dulles.

* *Lobato.*

El americano le recomendó que se refugiara con su familia en Suiza, donde no podría alcanzarle el brazo de Himmler[205]. Pero Karl Wolff había tomado ya otra decisión. El antiguo oficial de la Guardia, destinado durante años junto al *Reichsführer* como su principal ayudante y jefe del Estado Mayor personal inseparablemente vinculado al Mando SS por lazos humanos y sombríos secretos, confió en su arrolladora fuerza de persuasión y optó por exponerse a la mirada directa de Himmler. Quiso averiguar cuánto sabía el *Reichsführer* sobre sus negociaciones con los Aliados en Suiza[206].

El viaje hacia Berlín podría acarrearle la muerte, pues el *Obergruppenführer* Wolff había osado hacer algo de lo que no podía jactarse ningún general hitleriano: concertar con el enemigo la capitulación de un millón de soldados alemanes.

El papa Pío XII le había concedido una audiencia en abril de 1944, y ello había sido un acontecimiento decisivo para Wolff, el nazi que creía «directamente en Dios». El *Standartenführer SS* doctor Eugen Dollmann, historiador, intérprete y oficial de enlace entre Wolff y la esquilmada República de Mussolini, fue quien gestionó la audiencia pontificia valiéndose de sus contactos con la sociedad romana. La personalidad del jefe SS impresionó al Papa. Pío XII: «¡Cuántos infortunios se habrían evitado si Dios lo hubiera enviado antes a mí[207]!» Jamás pudo olvidar Wolff las últimas palabras del Papa: «¡Va a emprender un intrincado camino, general Wolff! Permítame que le dé mi bendición para usted y sus familiares en esa peligrosa senda.» Por entonces, el *Obergruppenführer*, seguro ya de la derrota alemana, había dejado entrever que él podría, tal vez, poner fin al combate en Italia mediante una acción especial[208].

En febrero de 1945, comenzó esa acción. Una vez más Dollmann, buen conocedor de Italia, puso a contribución sus múltiples relaciones sociales. Un hombre de su confianza, el barón Luigi Parilli, fabricante milanés amistado con influyentes suizos, hizo saber por conducto del Servicio secreto helvético al comisionado estadounidense Dulles, residente en Berna, que el jefe del Ejército alemán en Italia deseaba suspender la lucha[209]. Dulles pidió una muestra de ese espíritu conciliador e inmediatamente Wolff hizo excarcelar a dos de sus más relevantes prisioneros, jefes del movimiento subversivo italiano[210]. Al principio, fue Dollmann quien visitó Suiza y conversó con los americanos. Luego, le siguió Wolff[211]. El 8 de marzo de 1945 se tomó una decisión: el *Obergruppenführer SS* Wolff aprobó la capitulación en Italia[212]. Pero los oficiales del Ejército alemán, todavía bajo el influjo de una mentalidad militar bastardeada, aplazaron semana tras semana

la firma de esa capitulación. Los dos comandantes supremos, en plena operación de relevo, mariscal Kesselring y capitán general Von Vietinghoff, se echaron atrás una vez y otra [213]; entretanto, llegaron a Himmler las noticias sobre esas repetidas estancias de Wolff en Suiza [214].

Sin embargo, Wolff se preguntó durante su vuelo hacia Berlín si Himmler conocería su compromiso con Dulles y le haría detener apenas tocara tierra. El 16 de abril aterrizó el *Obergruppenführer* en las proximidades de Berlín, justamente el día en que el mariscal Zhúkov lanzó su último y gran ataque contra Berlín poniendo el epílogo a la historia del III Reich [215].

Pocas horas después, Wolff compareció ante Himmler. Mas el jefe SS no se atrevió a acusarle de traición y dejó que su amigo Gebhardt interrogara a *Woelffchen,* al jefe supremo de Policía y SS. Los caballeros se instalaron en el hotel berlinés «Adlon» [216]. Wolff había pergeñado una historia bastante convincente. Sí, señor, había negociado con Dulles en Suiza, pero se concertó solamente un canje de prisioneros. Además, había seguido las indicaciones que le hizo el Führer durante una entrevista celebrada en febrero de 1945: aprovechar toda oportunidad para enfrentar entre sí a los Aliados. Y eso era lo que había hecho el *Obergruppenführer* Wolff [217].

Con gran contento Himmler aceptó la versión de Wolff; le satisfizo saber que su viejo amigo no había traicionado al Führer. Entonces interrumpió súbitamente aquella reunión el jefe RSHA Kaltenbrunner, heraldo infausto, y rogó a Himmler que le concediera unos minutos. Kaltenbrunner trajo noticias peligrosas para Wolff: un confidente acababa de informarles que Wolff había negociado con el cardenal milanés Schuster la capitulación del Ejército alemán en Italia. Enfurecido, Himmler se revolvió contra *Woelffchen,* secundado por el jefe RSHA. Wolff negó acaloradamente: «¡Yo no me he reunido nunca con el cardenal Schuster, ni he negociado una capitulación!» Wolff se vio entre la espada y la pared. Comprendió que sólo le podría salvar una huida hacia delante [218].

Así, pues, rechazó las acusaciones y exigió que el *Reichsführer* y el camarada Kaltenbrunner le acompañaran hasta el Führer y repitieran en su presencia esas ofensivas afirmaciones. Allí, y sólo allí, expondría sus justificaciones. Himmler palideció, no se atrevió a hacer esa gestión cerca de Hitler. Decidió quedarse. Kaltenbrunner acompañaría al *Obergruppenführer* Wolff hasta el *Bunker* del Führer. Eso sería suficiente [219]. Serían las tres de la madrugada de aquel 18 de abril de 1945 cuando ambos jefes SS llegaron al *Bunker.* Poco después, se encon-

traron en un corredor con el renqueante Hitler. «¡Ah, es usted, Wolff! —dijo el dictador—. Espere un rato hasta que lleguen los partes de diana [220].»

Alrededor de las cuatro, los dos militantes SS fueron convocados por el Führer. Inmediatamente, el dictador quiso saber por qué se había entrevistado Wolff con Dulles. Wolff explicó que durante una conversación celebrada el 6 de febrero ante el ministro del Exterior, el propio Führer había dicho que si no estuvieran dispuestas a tiempo las armas secretas convendría negociar con los Aliados. Wolff: «Me alegra poder informar, *mein Führer*, que Dulles me ha prometido abrir las puertas hacia el presidente americano, el mariscal Alexander y Churchill. Solicito nuevas órdenes para los próximos días.» Hitler aceptó la interpretación de Wolff, pero le citó otra vez para la tarde. En aquel sombrío *Bunker* reveló a Wolff sus futuros planes, visiones abismales que confirmaron una sospecha: Adolf Hitler estaba perdiendo el juicio [221].

Durante breves segundos, el tirano escrutó el rostro de su visitante; luego, le tendió una temblorosa mano. Últimas palabras de Hitler: «Por lo pronto, procure retardar las negociaciones, intente, sobre todo, conseguir las mejores condiciones. Presente los saludos más cordiales a mi amigo el Duce. Y a usted, mi más sentido reconocimiento [222].» Karl Wolff se salvó. Presurosamente, emprendió el regreso hacia su Cuartel General italiano, hacia la capitulación de Italia (el 29 de abril). El *Standartenführer* Dollmann tuvo tiempo, como él mismo lo describe, «para cumplir su voto y encender aquel cirio que prometió a la Madona del Rosario siempre presente en su pensamiento, si se confirmaba la salvación durante la ausencia de Wolff» [223].

El buen *Woelffchen* de Himmler no fue el único jefe SS que dejó caer a Adolf Hitler. Los *Obergruppenführer SS* Felix Steiner, Curt von Gottberg y Richard Hildebrandt maduraron un plan para asesinarlo y poner fin a la guerra [224]; el propio celador del régimen, Kaltenbrunner, despachó al *Sturmbannführer SS* doctor Wilhelm Hoettl hacia Suiza (fines de febrero) ofreciendo una capitulación especial de la región austríaca a Dulles y sus colaboradores [225]. El Arma SS fue el más claro exponente del rompimiento entre los Escalones de Protección y Hitler.

Cuando, a fines de marzo, se descomponía el último asalto del 6.º Ejército acorazado SS mandado por el *Oberstgruppenführer SS* Sepp Dietrich en Hungría bajo la aplastante superioridad enemiga, Hitler había colmado de sarcasmo e invectivas a su predilecta Arma. El mariscal Keitel dirigía el siguiente cablegrama a Dietrich: «El

Führer estima que la tropa no ha combatido como requería la situación, y dispone que las divisiones SS "Adolf Hitler", "Das Reich", "Calavera" y "Hohenstaufen" se quiten los distintivos de sus bocamangas [donde estaba bordado el nombre de la división] [226].»

Fue tanta la irritación de los granaderos SS que quizá se podría dar crédito a esta versión: según se dice, Sepp Dietrich convocó a sus jefes divisionarios, y estampando el escrito de Keitel sobre una mesa gritó: «¡Así se nos agradece todo cuanto hicimos durante cinco largos años!» Quiso devolver sus condecoraciones a Hitler y comunicarle que prefería el fusilamiento a seguir obedeciendo órdenes del Führer. Desde luego, lo único cierto es que Dietrich desobedeció la orden del dictador. Lo que él tal vez omitiera fue sobradamente compensado por un *Sturmbannführer SS,* comandante de un grupo de choque que había profundizado como ningún otro en el frente enemigo durante la ofensiva húngara. Cuando llegó a su conocimiento la orden hitleriana, propuso enfurecido a sus oficiales: «Cojamos un orinal, echemos todas nuestras medallas dentro y paseémonos por ahí con un brazalete en el que se lea *Goetz von Berlichingen* *...»; una clara alusión inteligible para cualquier alemán [227].

No se podía formular de forma más tajante la aversión contra el tirano suicida del *Bunker* berlinés. Ese mundo se desmoronó en las mentes de infinitos militantes SS. Puñados de fanáticos continuaron luchando, fustigando sus propias vidas y las ajenas hacia una muerte cruel, comportándose hasta su último aliento como flageladores horrendos de la población civil..., pero el grueso de la Orden negra soslayó el camino al sacrificio decretado oficialmente. «¡La Guardia muere pero no se entrega!» gritaba, según se dice, el general francés Cambronne el año 1815 en la batalla de Waterloo, cuando la Vieja Guardia de Napoleón, agotadas sus últimas municiones, recibía un ultimátum de la Caballería británica. Pero ese lema (sin fundamento histórico) figuró y sigue figurando como emblema simbólico de toda guardia, como significado y legitimación de la selectividad militar. La guardia hitleriana no disparó su última bala, los Escalones de Protección se entregaron incondicionalmente antes de que los cercara el enemigo. Uno tras otro, los jefes SS rindieron sus armas.

Himmler, sin embargo, tanteó a ciegas, torturándose con sus propios pensamientos, por el paisaje volcánico del régimen nacionalso-

* Protagonista de la obra de Goethe del mismo título que, en un determinado pasaje, envía a un capitán del Ejército imperial «a lamerle el culo». En Alemania, la simple mención de aquel nombre equivale a esa grosera expresión, y los SS lo inscribieron en sus brazaletes como si en realidad fuera el de una división.

cialista, fluctuando temerosamente entre las consignas de su consejero Schellenberg y la tenebrosa sombra en el *Bunker* berlinés. El susurrante Schellenberg no cejó... ¡Himmler debería tomar su decisión cuanto antes! Entretanto, el jefe del SD encontraba un nuevo auxiliar, el ministro de Hacienda conde Schwerin von Krosigk. Éste exhortó al jefe de las SS el 19 de abril: «¡Alemania ante todo! ¡Es preciso librarla del demente de la Cancillería y hacer la paz [228]!» Mientras, Schellenberg y el antiguo jefe de los «Cascos de Acero», Franz Seldte, trazaron un programa para un Gobierno Himmler: destitución de Hitler, disolución del Partido, liquidación de los Tribunales populares, negociaciones de capitulación [229]. Como ese llamamiento tampoco impresionara a Himmler, Schellenberg solicitó otra ayuda. Desde Estocolmo llegó Kersten trayendo consigo al visitante más singular que pudiera imaginar un *Reichsführer SS*: Norbert Masur, representante oficial del Congreso judío mundial. En la tarde del 19 de abril, desembarcaron ambos en Tempelhof, y pocas horas después llegaron a Hartzwalde, la finca de Kersten [230].

Sin embargo, Himmler resultó inalcanzable...; se encaminaba ya hacia el *Bunker* del Führer. Era el 20 de abril de 1945, cumpleaños de Hitler. Heinrich Himmler quería hacer ante su Führer la última reverencia; el jefe SS no podía faltar en aquella espectral fiesta natalicia que ofrecía el dictador a su corte de la Cancillería [231]. Pero, ya de vuelta, Himmler adoptó otra vez los aires del resuelto libertador. «¿Ha establecido usted comunicación con el general Eisenhower?», preguntó a Kersten tras los saludos de rigor en Hartzwald. Kersten repuso negativamente. Entonces, preguntó Himmler si podría entrevistarse con Eisenhower para negociar una capitulación. Kersten, evidentemente aleccionado ya por Schellenberg, señaló al conde Bernadotte como el personaje oficial idóneo. Él le pondría en contacto con Eisenhower [232].

Cuando se sentó ante Himmler algunas horas después (21 de abril) el conde sueco —citado igualmente por Schellenberg—, el jefe de las SS había perdido otra vez toda su energía. «La situación militar es seria, muy seria», murmuró. Pero no mencionó el proyecto Eisenhower. Bernadotte se retiró atónito [233].

Nadie sospechó a esa hora en el Cuartel General de Hitler cuán cerca estuvo el leal Himmler de abandonar a su Führer. E, inversamente, todas las desatinadas esperanzas del dictador encerrado en su Cancillería se orientaron hacia las SS, aunque reducidas a un solo nombre: Steiner. «Steiner, Steiner...», murmuró Hitler mientras estudiaba con su lupa la carta militar. Los temblorosos dedos se hun-

dieron en el mapa, allá, al nordeste de Berlín, donde el *Obergruppenführer SS* y general del Arma Felix Steiner se defendía con unas cuantas unidades exhaustas[234]. Aquel «grupo de Ejércitos» era la última esperanza de Hitler... ¡Él podría liberar aquel Berlín casi asfixiado ya por los densos Ejércitos soviéticos!

El 21 de abril, Hitler ordenó que Steiner se desplazara inmediatamente con sus formaciones desde Eberswalde hacia el Sur, rompiera el flanco del ataque soviético y restableciera las posiciones defensivas alemanas al sudeste de Berlín. Hitler a Steiner: «Ya lo verá. ¡Los rusos sufrirán la derrota más sangrienta de su historia ante las puertas de Berlín[235]!» Además, le advirtió severamente: «Se prohíbe el repliegue hacia el Oeste a todas las unidades del frente. Los oficiales que no cumplan estrictamente tal disposición deben ser apresados y fusilados sobre la marcha. Usted responderá ante mí con su cabeza del cumplimiento de esa orden[236].»

Entonces vino la espera. Durante todo el 22 de abril, Hitler aguardó a que Steiner desencadenara su gran ofensiva de descongestión. Transcurrieron lentamente las horas. Sin embargo, el *Obergruppenführer SS* se negó a lanzar el ataque ordenado. Le pareció una locura oponerse con 10 000 hombres a unos contingentes enemigos de 100 000[237]. Una vez y otra inquirió Hitler sobre el ataque de Steiner. Los militares en torno al dictador supieron de antemano que el *Obergruppenführer* no atacaría jamás, pero se guardaron esa certidumbre para ellos. Por fin, hacia el atardecer, Hitler averiguó la verdad[238]. Fue entonces cuando le asaltó el ataque de demencia. Rechinando los dientes y lanzando espumarajos culpó a sus colaboradores de traición y cobardía, de que todos le habían dejado en la estacada...: primero la Wehrmacht, ahora las SS. Se habían malogrado las ideas nacionalsocialistas...; vivir no tenía ya sentido alguno. ¡Pero él no abandonaría Berlín! ¡Moriría en su capital! Todos miraron petrificados a su Führer, mientras éste estallaba en sollozos, lanzaba alaridos y, súbitamente, se desplomaba desmadejado sobre su sillón[239].

¿Tuvo alguien, por fin, la idea de proponer el retiro y la capitulación al demente? A nadie se le ocurrió tal idea. Unos y otros intentaron reanimar al derrengado Führer, unos y otros pronunciaron palabras reconfortantes, y particularmente Heinrich Himmler que, informado por teléfono sobre aquel ataque de furia, imploró incluso a Hitler que abandonara Berlín para proseguir la lucha en Alemania meridional. Uno tras otro se comunicaron con el reacio estratega Steiner y le rogaron que prestara un último servicio a su Führer. El mariscal Keitel, el capitán general Jodl, el general Krebs..., ninguno

tuvo reparo en visitar el Cuartel General del *Obergruppenführer* e incitarle al ataque... con súplicas, apelaciones y amenazas [240].

«Se trata, amigo Steiner, de su Führer. ¡Es él quien se lo pide para su salvación!», clamó el propio capitán general Heinrici, a quien, en realidad, sólo le importaba el mantenimiento del frente. Keitel le amenazó con su bastón de mando, pero Felix Steiner se mostró inconmovible: «No, no lo haré. Ese ataque es pura demencia..., un asesinato. Hagan conmigo lo que gusten [241].» Nuevamente esperó Hitler los partes de Steiner. El 27 de abril perdió toda esperanza: ordenó destituir al *Obergruppenführer* Steiner y remplazarlo por el teniente general del Ejército, Holste [242]. Y nuevamente saboteó Steiner una orden del Führer. Con buenas razones convenció al general Holste de que le devolviera el mando [243].

Veinticuatro horas después, cierto funcionario del Ministerio de Propaganda presentó un comunicado en el *Bunker* que dio pábulo a los más tétricos presentimientos de Hitler. Lorenz había captado un despacho de Paul Scott Rankine, corresponsal de Reuter en San Francisco, en el que se informaba que el *Reichsführer SS* Heinrich Himmler había ofrecido la capitulación de Alemania a los Aliados occidentales. Por fin Walter Schellenberg había triunfado sobre el medroso idólatra [244].

Aquella noticia dejó estupefactos a los ocupantes del *Bunker*. Tras unos agobiadores minutos, el secretario de Estado del Promi, Werner Naumann, corrió al teléfono. Poco después, regresó con un parte más impresionante todavía (aunque no verídico): Radio Estocolmo acababa de anunciar que Himmler estaba negociando ya con el Alto Mando angloamericano [245]. El dictador levantó la vista. Un ronquido lloroso escapó de sus labios: ahora se había revelado en toda su medida la infamia SS, ahora se comprendía la reticencia de Steiner y el fracaso del ataque SS en Hungría, y el fiasco de Himmler ante el Vístula. Todo había sido una gigantesca intriga urdida por aquel malévolo maquinador que se hacía llamar «el leal Himmler». Pero aún latía la sangre en sus venas, aún le quedaban suficientes fuerzas para aplastar a los desleales. «¡Jamás podrá sucederme como Führer un traidor!», gritó. E hizo llamar al mariscal Ritter von Greim para confiarle la misión de abandonar Berlín por vía aérea y arrestar a Himmler por encima de todo [246].

Desde ese instante, Hitler no toleró en su proximidad la presencia de ningún jefe SS; todos los SS le parecieron sospechosos como miembros de una formidable banda renegada. Cuando oyó decir que su cuñado Hermann Fegelein, *Gruppenführer SS* y principal representante

de Himmler, había abandonado por su propia iniciativa el *Bunker* y se había puesto ropa de paisano, lo hizo fusilar en el patio de la Cancillería [247]. Y al dictar su testamento, el déspota dijo entre otras cosas: «Antes de mi muerte expulso del Partido al ex *Reichsführer SS* y ex ministro de la Gobernación Heinrich Himmler, así como a todos sus funcionarios estatales... Goering y Himmler han entablado negociaciones secretas con el adversario sin mi conocimiento y contra mi voluntad, han intentado arrogarse el poder estatal violando las leyes vigentes, han ocasionado daños irreparables al país y al pueblo entero, por no decir nada de la deslealtad contra mi persona [248].»

Dos días después murió Adolf Hitler y, no obstante, su alevoso servidor creyó todavía en un futuro donde él, Heinrich Himmler, determinaría el destino de Alemania. Hacía ya algún tiempo que los Aliados habían rechazado la oferta de capitulación presentada por Himmler, pero él seguía confiando.

El *Reichsführer* fundó en su pensamiento un nuevo Partido nacionalsocialista (se llamaría «Partido de Concentración nacional») [249]. Dejó formado ya un Gobierno de posguerra en el que figuraría con una cartera importante su inveterado enemigo el jefe del SD interior Otto Ohlendorf [250]. Bosquejó un nuevo programa gubernamental. Pero cuanto más incisivas se hicieron las cuñas acorazadas aliadas en el cuerpo desmoronadizo de la Gran Alemania, más difusos fueron los delirios quiméricos del jefe SS. Primero quiso ser Führer en una Alemania de posguerra. Luego ambicionó un segundo puesto tras el sucesor de Hitler, Karl Doenitz, y a continuación se refugió en Flensburg, Cuartel General del almirante [251]. Por último, se contentó con la jefatura general de Policía [252]. Y en los momentos postreros aceptó la presidencia provincial de Schleswig-Holstein [253].

Cuando se desintegró el desmantelado Reich del gran almirante Doenitz, Himmler comprendió al fin que estaba perdido. El conde Schwerin von Krosigk adivinó los pensamientos del soberano SS (Himmler: «¡Disciplina, caballeros, disciplina!) [254]», quien, evidentemente, mantenía a duras penas su presencia de ánimo. El conde reprendió a Himmler: «¡Es inadmisible que el antiguo *Reichsführer SS* sea capturado con barba postiza y nombre falso! Para usted no hay más salida que presentarse a Montgomery [el mariscal británico] y decir: "Aquí estoy yo." Pues usted debe asumir la responsabilidad por todos sus hombres [255].»

Tiempo perdido. Himmler era capaz de hacer cualquier cosa menos lo que le aconsejaba el conde. El 20 de mayo de 1945, Himmler se puso un parche sobre el ojo izquierdo y un uniforme de la Policía secreta

de Campaña, se metió en el bolsillo la documentación de un tal Heinch Hitzinger, hombre de apariencia similar a la suya y condenado a muerte años atrás por un Tribunal popular[256]. Luego, el *Reichsführer SS* quiso huir velozmente de la Historia. Con algunos leales, entre ellos Ohlendorf, el secretario Brandt, Karl Gebhardt y el ayudante Grothmann, atravesó Holstein, cruzó el Elba e intentó deslizarse por entre los puestos británicos de control. Pero los ingleses estaban al tanto. El 23 de mayo, Himmler y su grupo fueron atrapados, y alrededor de las 14 horas unos policías militares británicos los entregaron en el campamento de interrogatorios 031 junto a Lüneburg[257].

Cuando el capitán Tom Selvester, comandante del campamento, vio desfilar ante sí a los recién llegados, le llamaron la atención tres individuos. Dos eran de aventajada estatura, pero el tercero «tenía pésimo aspecto; era un hombre rechoncho con raída indumentaria», según lo describió Selvester. El capitán mandó acercarse a los tres alemanes. Dispuso la incomunicación de los dos más altos; después —según refiere el propio capitán— «quitó al pequeño el parche negro del ojo y le colocó unas gafas». No había confusión posible, era evidente a quién tenía ante sí, y dijo con voz tranquila: «Heinrich Himmler[258].»

Selvester alertó al Servicio secreto militar, e inmediatamente aparecieron dos oficiales del «Intelligence Corps». Les siguió aquella misma tarde el coronel Michael Murphy, jefe del Servicio secreto en el Estado Mayor del mariscal Montgomery. Murphy sospechó que Himmler llevara escondido algún veneno para ingerir en un momento de descuido. En efecto, los agentes británicos encontraron entre sus ropas una ampolla, pero el coronel del Servicio secreto no se dio por satisfecho. Hizo llamar a un médico que examinó por segunda vez a Himmler. Éste abrió la boca y entonces el doctor vio brillar algo negro entre sus dientes a la luz tenue del calabozo. Cuando el médico intentó colocar el rostro del prisionero bajo la lámpara, Himmler se volvió de costado y apretó los dientes. Se oyó un rechinamiento y reventó la cápsula de cianuro... Himmler partió de esta vida en pocos segundos[259].

Llegó el 23 de mayo de 1945. Heinrich Himmler estaba ya muerto; la historia de las SS había finiquitado. En aquel crepúsculo humeante de los dioses pardos se esfumó la Orden negra, horrible instrumento y símbolo de una época que, iniciada con el espejismo de las SS, llegó hasta donde pudieron conducirla la omnipotencia estatal y el culto a la personalidad, la confianza sin discernimiento y la embriaguez de poder.

Muy pocos jefes SS siguieron el ejemplo de su gran maestre. El asesino de judíos Globcnik se envenenó [260]; el médico SS Grawitz, bastante más violento, puso fin a su vida y a la de su familia con dos granadas de mano [261]; el delator de Stennes, Conti, se suicidó en la prisión de Nuremberg [262]; el HSSPF Friedrich-Wilhelm Krüger se mató en el Este [263]; el HSSPF Prützmann dejó esta existencia no lejos del campamento donde estaba Himmler [264]. Los Consejos militares aliados y los Tribunales europeos de justicia capturaron a los principales colaboradores de Himmler y tomaron venganza. Muchos jefes SS fueron ajusticiados: el comandante de Auschwitz, Hoess [265]; los HSSPF Friedrich Jeckeln y Rauter [266]; los jefes de la Dirección general Kaltenbrunner, Pohl y Daluege [267]; los jefes de comando Ohlendorf y Neumann [268]; los jefes honorarios Greiser, Forster y Seyss-Inquart [269]. Por supuesto, el grueso de los mandos SS salió bien librado. Dieciséis de los 30 jefes superiores de Policía y SS sobrevivieron a la hecatombe, ocho de los 12 jefes de Dirección general, tres de los seis jefes de negociado en la Dirección general de Seguridad del Reich, tres de los ocho jefes de comando destacados en Rusia. Casi todos esos supervivientes fueron condenados a trabajos forzados, pero más tarde se les indultó y encarceló. Algunas figuras de las más siniestras en los bajos fondos SS lograron escapar, sobre todo Eichmann, quien, no obstante, fue descubierto en 1960 por agentes israelitas y condenado a muerte dos años después en Jerusalén. Muchos de sus principales auxiliares han sido dados por desaparecidos: Alois Brunner, Günther, Dannecker, Roethke... y asimismo el gestapista Müller y el inspector de KZ Glücks.

Pero la gran masa SS sufrió cautiverio entregada a un destino que jamás podrá enderezar la sentencia condenatoria o la absolución de ningún Tribunal. En los barracones y las explanadas de los campos de prisioneros aliados comenzó un debate que no ha enmudecido desde entonces: el debate entre los decepcionados y los derrotados, los obstinados y los eternos nostálgicos, los avergonzados y los quebrantados. Culpa y expiación les atormentaron, muchos se preguntaron desesperados cómo pudo ser que unos hombres jóvenes con entusiasmo y fervor se convirtieron en instrumentos sin conciencia, sirvieran un concepto perverso de la lealtad y el honor que hizo de cada miembro de las SS un funcionario autómata moralmente indefenso bajo la voluntad del Führer.

Ciertamente, pudieron excluirse de una culpabilidad colectiva y esperar su exoneración, ya que sólo 50 000 de entre un millón de militantes SS participaron en los atroces delitos [270]. Pero algunos, más

inquisitivos, no se contentaron con tal respuesta y escudriñaron el fondo: no, en ellos hubo algo que los predispuso para la barbarie, para el delirio tiránico oculto tras el patriotismo y socialismo del pequeño burgués desencadenado. Como una película pasó otra vez ante sus ojos la crónica de las SS. Allí se representó la historia de una generación perdida, educada en el negro pesimismo de una aversión antiburguesa a la cultura y cautivada por una Orden que les prometía las emociones y aventuras de una comunidad primitivamente viril..., al servicio de un presunto genio y de una idea.

Ingresaron en la Orden del doble signo rúnico porque ésta satisfizo dos típicos anhelos del alemán: pertenecer a una comunidad militar que prometa gloria, seguridad y el resplandor del juego marcial, y constituir una *élite* secreta, un conventículo todopoderoso. Así, pues, muchos alemanes sólo pudieron interpretar política y Gobierno como el dominio de poderes ocultos, círculos secretos y eminencias grises. La Orden negra llenó tales ensoñaciones: quien ingresara en las SS se transformaba simultáneamente en dueño de la nación, miembro de una secta cuyos componentes, nobles elegidos, sostenían el Estado nacionalsocialista.

Se confiaron crédulamente porque creyeron cuanto se les predicó: comunidad popular, servicio a la patria y un nuevo orden social. No observaron cómo descendía peldaño tras peldaño esa Orden de los elegidos hasta el nivel del guardaespaldas que sólo conocía un fin: hacer el juego al dictador desaprensivo e inestable y su camarilla. El 30 de junio de 1934, fecha de los asesinatos de miembros de las SA, se inició el infortunio interno de las SS, comenzó el viaje hacia la sima destruyendo todo paso a paso: libertad, decencia, humanitarismo y, finalmente, lo que ellos, aquellos jóvenes de la Orden negra llevaron siempre a flor de labio: el Reich.

«¿Acaso dijimos "no" en nuestro fuero interno cuando después de *Munich nuestras tropas* invadieron el protectorado?», clamó una vez el ex *Untersturmführer* Erich Kernmayr durante una discusión de campamento. «¿Acaso dijimos "no" entonces, por lo menos en nuestro fuero interno? ¡No, y mil veces no! Nos emborrachó el ansia de poder sobre el mundo entero. Se apoderó del pueblo como una gran borrachera. La borrachera del poder [271].» Aquella irrupción de tiranos obsesos rebasó todos los límites y convencionalismos, con resultados tanto más fatales cuanto que los jóvenes y elásticos heraldos de aquella Alemania presuntamente nueva no sólo fueron subyugados por la magia del dictador sino también por la antigua superstición alemana de que un Gobierno no puede cometer injusticias, y

si las comete..., entonces la disociación entre lo privado y lo público permitirá siempre al ciudadano paliar airosamente toda imputación mediante el Estado.

Así, pues, la sangrienta historia de los Escalones de Protección pertenece también a la Era del viejo Estado nacionalista alemán, y los propios hechos y obras de las SS caracterizan la hipertrofia del nacionalismo y de la omnipotencia estatal. ¿Han aprendido los alemanes esta lección? ¿La han aprendido los «nostálgicos»? El historiador no se atreve a responder. Pero esas preguntas permanecen vivas y lacerantes, tan cierto como que la crónica de las SS seguirá acompañando al pueblo alemán como el documento más estremecedor del cesarismo..., recordatorio y compromiso de efectos permanentes mientras Alemania tenga un futuro.

NOTAS

1. Introducción

1 *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militaergerichtshof* (El proceso contra los criminales de guerra ante el Tribunal militar internacional) [representado en páginas sucesivas por la sigla IMT], vol. XXI, pág. 554. 2 *Die Schutzstaffel als antibolschewistische Kampforganisation* (Los Escalones de Protección como organización combatiente antibolchevique, por Heinrich Himmler, pág. 20. 3 *SS-Liederbuch* (Cancionero SS), pág. 18. 4 IMT, vol. XXI, pág. 559; *Anschriftverzeichnis des Reichssichreheitshaptamtes, 1 Oktober 1941; Akten des Reichsführer-SS und Chefs der Deutschen Polizei* (Registro de la Dirección general de Seguridad del Reich; Archivos del *Reichsführer SS* y jefe de la Policía alemana) [representado en páginas sucesivas por la sigla RFSS], carrete de película n.° 463; *Geschichte der Gestapo* (Historia de la Gestapo), por Jacques Delarue, pág. 188. 5 *Dienstaltersliste der Schutzstaffel der NSDAP* (Escalafón de los Escalones de Protección), 9 de noviembre de 1944, pág. 61. *The Destruction of the European Jews* (La aniquilación de los judíos europeos), por Raul Hilberg, pág. 134. 6 *Anatomie des SS-Staates* (Anatomía del Estado SS) por Martin Broszat, vol. II, págs. 158/159. 7 *Waffen-SS im Einsatz* (El Arma SS en acción), por Paul Hausser, pág. 16. 8 *Schriftliche Mitteilung von Dr. Heinrich Malz, ehedem Referent im Reichssicherheithaptamt* (Comunicación escrita del doctor Heinch Malz, ex jefe de sección de la Dirección general de Seguridad del Reich, 23 de setiembre de 1947). 9 Cabe citar como ejemplo el caso del *Hauptsturmführer* Koehne, quien no pudo rebatir públicamente las acusaciones del fabricante de cigarrillos Theodor Schmiedeberg porque la jefatura SS temía que el consiguiente proceso pusiera al descubierto los secretos profesionales de su organización. Véase escrito del jefe de la Policía de Seguridad y del SD (IV C 4 b) a la ayudantía del *Reichsführer SS*, 6 de agosto de 1941, RFSS, carrete de película n.° 25. 10 *Die wirtschaftlichen Unternehmungen der SS* (Las empresas económicas de las SS), por Enno Georg, pág. 139. 11 *Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft* (Elementos y orígenes de la auto-

ridad total), por Hannah Arendt, pág. 591. **12** *Gespraeche mit Hermann Goering waehrend des Nürnberger Prozesses* (Conversaciones con Hermann Goering durante el proceso de Nuremberg), por Werner Bross, pág. 265/288. **13** *Die nationalsotialistischen Gewaltverbrechen* (Los delitos nacionalsocialistas), por Reinhard Henkys, págs. 176-173. **14** IMT, vol. XXII, págs. 466-588. **15** IMT, vol. XXII, pág. 589. **16** *Die Armee der Geaechteten,* por Felix Steiner, Editorial Plesse, Gotinga, 1963. **17** *Der grosse Rausch- Russlandfeldzug 1941-1945* (La gran borrachera. Campaña de Rusia, 1941-1945), por Erich Kern, Editorial Lothar Leberecht, Waiblingen, 1948. **18** IMT, vol. XX, pág. 403. **19** IMT, vol. XX, pág. 377. **20** Ídem. **21** *Der SS-Staat* (El Estado *SS* [edición de 1965], por Eugen Kogen, pág. 32. **22** Kogon, ídem, pág. 222. **23** Kogon, ídem, págs. 23 y 26. **24** Ídem. **25** Escrito de Otto Ohlendorf al doctor Heinrich Malz, 24 de febrero de 1948. **26** *Die Endloesung* (La solución final), por Gerald Reitlinger, pág. 5. **27** *Eichmann,* por Comer Clarke, pág. 25. **28** *The Man with the miraculous hands* (El hombre de las manos milagrosas), por Joseph Kessel, pág. 4. **29** *Deutsche Zeitung,* 15 de agosto de 1956. **30** La obra ya citada de Kogon, pág. 346. **31** La obra ya citada de Kogon, pág. 351. **32** La misma obra. **33** *Human Behaviour in the Concentration Camp* (Comportamiento humano en el campo de concentración), por Elie Cohen, pág. 233. **34** La obra ya citada de Cohen, pág. 236. **35** *Die SS* en *Vierteljahrsefte für Zeitgeschichte* (*Las SS* en: *Cuadernos trimestrales sobre Historia contemporánea*) por Karl O. Paetel, enero de 1954, pág. 25. **36** *Die SS* (Las SS), por Ermenhild Neusüss-Hunkel, pág. 118. **37** La obra ya citada de Hilberg, pág. 134. **38** La obra ya citada de Neusüss-Hunkel, págs. 101-111. **39** *Der SS-Staat* (El Estado SS) [edición de 1947], pág. 158. **40** Ídem. **41** La obra ya citada de Kogon (1947), pág. 28. **42** Introducción a la obra de Kogon impresa en *Frankfurter Hefte,* agosto de 1947. **43** La obra ya citada de Kogon (edición de 1965), pág. 27, véase la comunicación escrita del doctor Heinrich Malz, 23 de setiembre de 1947. **44** Ídem. Véase al respecto la comunicación escrita del doctor Heinrich Malz, 23 de setiembre de 1947. **45** La obra ya citada de Kogon, pág. 30. **46** La obra ya citada de Kogon, pág. 32. Véase al respecto la obra de Broszat *Anatomie des SS-Staates,* vol. II, pág. 77. **47** La obra ya citada de Kogon, pág. 31; véase al respecto el cuestionario SS de Oswald Pohl, Archivo Wulf. **48** La obra ya citada de Kogon, págs. 32-33. **49** El escrito del abogado doctor Aschenauer al obispo auxiliar Neuhaeusler, 26 de febrero de 1949. **50** *Die deutsche Opposition gegen Hitler* (La oposición alemana contra Hitler), por Hans Rothfel, págs. 112-227. **51** *The destruction of the european jews,* por Hans Rothfels, «Quadrangle Books», Chicago, 1961. **52** *Deutsche Herrschaft Russland 1941-1945* (El dominio alemán en Rusia, 1941-1945), por Alexander Dallin, Editorial Drote, Düsseldorf, 1958. **53** *Geschichte der Gestapo,* por Jacques Delarue, Editorial Droste, Düsseldorf 1964. **54** *Gestapo,* por Edward Crankshaw, «Pyramid Books», Nueva York, 1961. **55** *Geschichte der deutschen Militaermacht, 1918-1946* (Historia del poderío militar alemán, 1918-1946), por Jacques Benoist-Méchin, Editorial Gerhard Stalling, Oldenburgo y Hamburgo, publicada en 1966. **56** *Die SS* por Gerald Reitlin-

ger, pág. 43. **57** *Gutachten über rassische Herkunft des Oberleutnants zur See a.D. Reinhardt Heydrich* (Informe sobre el origen racial del teniente de navío retirado forzoso Reinhardt Heydrich), 22 de junio de 1932, Archivo Wulf. **58** *Die SS*, de Reitlinger, pág. 45; *Die Endlösung*, de Reitlinger, pág. 15. **59** *Minister of Death*, por Quentin Reynolds, págs. 77/78. **60** La obra ya citada de Clarke, págs. 35, 36 y 37. **61** *Grossmufti-Grossagent der Achse* (Gran mufti, gran agente del Eje), por Simon Wiesenthal, págs. 10 y 12. **62** *Eichmann in Jerusalem*, por Hannah Arendt, «The Viking Press», Nueva York, 1963. **63** *Die wirtschaftliche Unternehmungen der SS* (Las empresas económicas de los SS), por Enno Georg «Deutsche Verlags-Anstalt», Stuttgart, 1963. **64** *Anatomie des SS-Staates*, Hans Buchheim, Martin Broszat, Hans-Adolf Jacobsen, Helmut Krausnick, 2 vols., Editorial Walter, Olten y Friburgo de Brisgovia, 1965. **65** *Anatomie des SS-Staates*, de Buchheim, vol. I, pág. 7. **66** *The Waffen-SS*, George H. Stein, «Cornell University Press», Ithaca-Nueva York, 1966. **67** La obra ya citada de Stein, pág. VII. Se debe mencionar aquí, sin embargo, que el defensor de los SS en Nuremberg, abogado Horst Pelckmann, había intentado ya esbozar un cuadro diferente de la organización. **68** La obra ya citada de Paetel, pág. 20. **69** La obra ya citada de Kogon, pág. 32. **70** *SS und Polizei im NS-Staat* (SS y Policía en el Estado NS), por Hans Buchheim, págs. 16 y 17. **71** *Hitlers letzte Tage* (Los últimos días de Hitler), por H. R. Trevor Roper, págs. 13 y 14. **72** *Elemente vord Vresprünge totaler Herrschaft*, de Hannah Arendt, pág. 632. **73** *Elemente...*, de Arendt, pág. 646. **74** *Totalitaere Herrschaft* (Autoridad totalitaria), por Hans Buchheim, pág. 115. **75** Declaración de Otto Ohlendorf el 8 de octubre de 1947, procesos en serie de Nuremberg, caso X, actas judiciales, pág. 495. **76** Ídem. **77** La obra ya citada de Trevor Roper, pág. 14. **78** *Die deutsche Abwehrpolizei bis 1945* (La Policía preventiva alemana hasta 1945), por Werner Best, pág. 19. **79** *The Wilhelmstrasse*, por Paul Seabury, pág. 127. **80** La obra ya citada de Alexander Dallin, págs. 179-181. **81** Escrito de Hildebrandt a Hitler, 17 de abril de 1945, RFSS, carrete de película n.º 117. **82** *Meldungen aus dem Reich*, por Heinz Boberach, pág. XXVII. **83** *Nationalsozialistische Polenpolitik* (La política nacional-socialista en Polonia), por Martin Broszat (1939-1945), págs. 83-84. **84** *Diario* de Viktor Lutze, publicado en el *Frankfurter Rundschau* 16 de mayo de 1957. **85** *Memoiren* (Memorias), de Walter Schellenberg, pág. 179. **86** *Hitler*, por Alan Bullock, pág. 771. **87** Informes del comandante de Policía de Seguridad y SD en Rutenia Blanca, RFSS, carrete de película n.º 89. **88** *Eichmann und Komplizen* (Eichmann y sus cómplices), por Robert Kempner, págs. 373-380. **89** *Der stille Bafehl* (La orden silenciosa), por Achim Besgen, Munich, 1960. **90** La obra citada de Besgen, págs. 28 y 29. **91** IMT, vol. XX, págs. 456-457. **92** Correspondencia entre Hitler y Reeder, RFSS, carrete de película n.º 56. **93** Informe trimestral del sector SD de Nuremberg, 10 de octubre de 1941, RFSS, carrete de película n.º 406. **94** Escrito de Berger a Rudolf Brandt, 2 de abril de 1943, RFSS, carrete de película n.º 117. **95** Ídem. **96** Correspondencia entre Ohlendorf y Wolff, Brandt, D'Alquen 1942/1943, RFSS, carrete de película n.º 275. **97** *Kommandant in Auschwitz*, por

Rudolf Hoess, pág. 130. **98** *Wen sie verderben wollen?* (¿A quién pretenden corromper?), por Jürgen Thorwald, pág. 360; *Ein Haus auf Sand gebaut* (Una casa edificada con arena), por Gerald Reitlinger, pág. 420; la obra ya citada de Dallin, págs. 619 y 620. **99** Archivo privado del doctor Korherr. **100** La obra ya citada de Enno Georg, págs. 51 y ss. **101** La obra ya citada de Georgs, págs. 37 y 38.

2. Fundación de las SS

1 *Der Hitler-Putsch* (El pronunciamiento de Hitler) por Ernst Deuerlein, pág. 30. **2** *Hitlers Eintritt in die Politik und die Reichswehr* (Incorporación de Hitler a la política y al Reichswehr) por Dauerlein; publicado en: *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 2.° cuaderno, abril de 1959, pág. 185. **3** *Hitlers Eintritt* por Dauerlein, pág. 184. **4** *Hitlers Eintritt* por Dauerlein, pág. 208; *Hitler und die SA* por Heinrich Bennecke, pág. 15. **5** La misma obra de Bennecke, pág. 19. **6** La misma obra de Bennecke, pág. 19; *Daten der Geschichte der NSDAP* (Fechas de la historia del NSDAP) por Hans Volz, pág. 5. **7** *Die Geschichte eines Hochverraeters* (La historia de un gran traidor) por Ernst Roehm, pág. 86. **8** *Die Frügeschichte der NSDAP* (La prehistoria del NSDAP) por Werner Maser, págs. 180 y 190; *Hitlers Eintritt,* por Dauerlein, pág. 26. **9** La obra ya citada de Roehm, pág. 114. **10** La obra ya citada de Bennecke, págs. 13 y 14. **11** *Geschichte des Nationalsozialismus* (Historia del nacionalsocialismo) por Konrad Heiden, pág. 83. **12** La obra ya citada de Bennecke, pág. 13. **13** La obra ya citada de Bennecke, pág. 16. **14** La obra ya citada de Heiden, pág. 86. **15** La obra ya citada de Heiden, pág. 98. **16** La obra ya citada de Roehm, pág. 115. **17** La obra ya citada de Roehm, pág. 125. **18** La obra ya citada de Bennecke, pág. 27. **19** Ídem. **20** Ídem, pág. 28. **21** Ídem, pág. 27. **22** El cuestionario de Ernst von Salomon, pág. 398. **23** La obra ya citada de Heiden, pág. 87; la obra ya citada de Bennecke, pág. 28. **24** La obra ya citada de Roehm, pág. 173. **25** La obra ya citada de Heiden, pág. 87. **26** Ídem, pág. 99. **27** La obra ya citada de Bennecke, pág. 51; la obra ya citada de Heiden, pág. 81. **28** La obra ya citada de Bennecke, págs. 54 y 55. **29** Ídem, págs. 54, 56 y 68. **30** Ídem, pág. 54. **31** Ídem, pág. 66. **32** La obra ya citada de Volz, pág. 11; la obra ya citada de Roehm, pág. 149. **33** La obra ya citada de Bennecke, págs. 86 y 88. **34** Ídem, pág. 236. **35** La obra ya citada de Volz, pág. 120. **36** Ídem, pág. 120. **37** Ídem. **38** Ídem. **39** La obra ya citada de Volz, pág. 120; *Die SS* por Josef Wulf, pág. 2. **40** La obra ya citada de Maser, pág. 357. **41** Ídem, pág. 303. **42** Comunicación escrita del señor Otto Eichinger, 14 de octubre de 1966. **43** La obra ya citada de Maser, pág. 308. **44** *Die SS,* Reitlinger, pág. 21. **45** *Hitler-Putsch* por Dauerlein, pág. 99. **46** La obra ya citada de Maser, pág. 443. **47** La obra ya citada de Bennecke, pág. 92. **48** La obra ya citada

de Maser, pág. 448. 49 Ídem, pág. 445. 50 Ídem. 51 La obra ya citada de Maser, pág. 448; la obra ya citada de Volz, pág. 122. 52 La obra ya citada de Maser, pág. 445; la obra ya citada de Bennecke, pág. 92. 53 La obra ya citada de Bennecke, pág. 94. 54 Maser, pág. 446. 55 La obra ya citada de Bennecke, pág. 94. 56 La obra ya citada de Maser, págs. 448 y 456. 57 La obra ya citada de Bennecke, pág. 111. 69 La obra citada de Roehm, págs. 324 y 327. 70 Ídem, citada de Maser, pág. 461. 62 Ídem, pág. 460. 63 La obra citada de Volz, págs. 10 y 11. 64 La obra citada de Roehm, pág. 206. 65 Ídem, pág. 275. 66 La obra citada de Bennecke, pág. 110. 67 Ídem. 68 La obra citada de Bennecke, pág. 111. 69 La obra citada de Roehm, págs. 324 y 327. 70 Ídem, pág. 329. 71 La obra citada de Bennecke, pág. 62. 72 La obra citada de Roehm, pág. 338. 73 Ídem, pág. 293. 74 Ídem, pág. 336. 75 La obra citada de Volz, pág. 12. 76 La obra citada de Bennecke, pág. 117. 77 Ídem. 78 La obra citada de Roehm, pág. 341. 79 La obra citada de Bennecke, pág. 120. 80 *Die SS*, de Reitlinger, pág. 21. 81 La obra citada de Volz, pág. 122. 82 La obra citada de Bennecke, pág. 127. 83 *SS und Polizei the NS-Staat*, de Buchheim, pág. 27. 84 *Uns ist der Kampf* (Nuestra es la lucha), folletos oficiales SS, RFSS, carrete de película n.° 161. 85 *Adolf Hitler* por Walter Goerlitz y Herbert A. Quentin, pág. 251. 86 Oficio circular n.° 1 de la Jefatura superior de los Escalones de Protección, 21 de setiembre de 1925, expedientes del Centro documental de Berlín (representado en páginas sucesivas por la sigla BDC), carrete de película n.° 87; *Racial Illusion and Military Necessity* (Ilusión racial y necesidad militar) por Edgar Erwin Knoebel, pág. 3. 87 La obra citada de Knoebel, pág. 3; *Die SS* por Gunter D'Alquen, pág. 7. 88 Directrices para estructurar los Escalones de Protección del Partido nacionalsocialista de Trabajadores alemanes, publicadas por la Jefatura superior de las SS, sin fecha, BDC, carrete de película n.° 87. 89 Ídem. 90 *Voelkischer Beobachter*, 27 de noviembre de 1925. 91 Escrito de Schreck a la Jefatura del NSDAP, 27 de noviembre de 1925, BDC, carrete de película n.° 87. 92 Escalones de Protección del Partido nacionalsocialista de Trabajadores alemanes, apuntes de Julius Schreck, sin fecha, Archivo central del NSDAP (representado en páginas sucesivas por la sigla HA), carrete de película n.° 17. 93 Arenga del jefe de sección Rosenwink de la división SS en Munich, HA, carrete de película n.° 17. 94 Arenga de Rosenwink, HA, carrete de película n.° 17. 95 Arenga de Rosenwink, HA, carrete de película n.° 17. 96 Arenga de Rosenwink, HA, carrete de película n.° 17. 97 La obra citada de Neusüss-Hunkel, pág. 7. 98 NSK-Servicio selectivo, 5 de abril de 1938, hoja 5, BDC, carrete de película n.° 87; *SS und Polizei im NS-Staat*, de Buchheim, pág. 28. 99 La obra citada de Volz, pág. 122. 100 La obra citada de Bennecke, pág. 128. 101 La obra citada de Bennecke, págs. 128 y 129. 102 La obra citada de Volz, pág. 122; la obra citada de Bennecke, págs. 130, 131 y 132. 103 La obra citada de Bennecke, págs. 132 y 239. 104 Escrito de Ernst Wagner a Hitler, 20 de mayo de 1926, BDC, carrete de película n.° 87. 105 Ídem. 106 Directrices de los Escalones de Protección del Partido nacionalsocialista de Trabajadores alemanes, BDC, carrete de película n.° 87. 107 Oficio circular n.° 1, 14 de abril de

1926, BDC, carrete de película n.º 87. **108** Ernst Wagner a Hitler, 20 de mayo de 1926, BDC, carrete de película n.º 87. **109** NSK-Servicio selectivo, 5 de abril de 1938, hoja 5, BDC, carrete de película n.º 87. **110** La obra citada de Bennecke, págs. 239 y 240. **111** Orden SA n.º 1, 16 de enero de 1931, BDC, carrete de película n.º 87. **112** Gunter D'Alquen, *Die SS*, pág. 8. **113** La obra citada de Bennecke, pág. 239. **114** Los Escalones de Protección del NSDAP, Jefatura superior, BDC, carrete de película n.º 87. **115** La obra citada de Heiden, pág. 28. **116** Ídem. **117** Orden n.º 1 de la Jefatura superior de los Escalones de Protección, 13 de setiembre de 1927, BDC, carrete de película n.º 87. **118** Ídem. **119** Informe de la Dirección de Policía en Munich analizando la situación, 7 de mayo de 1929, BDC, carrete de película n.º 87. **120** Ídem. **121** La obra citada de Heiden, pág. 28. **122** Cancionero SS, pág. 4. **123** La obra citada de Heiden, pág. 27. **124** *Heinrich Himmler*, por Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, pág. 17.

3. Heinrich Himmler

1 *Tendenzen und Gestalten der NSDAP* (Tendencias y formas del NSDAP) por Albert Krebs, pág. 209. **2** Ídem, pág. 210. **3** Ídem, pág. 209. **4** *Zwischen Wehrmacht und Hitler 1934-1938* (Entre Wehrmacht y Hitler, 1934-1938) por Friedrich Hossbach, pág. 33. **5** *Erinnerungen eines Soldaten* (Rememoraciones de un soldado) por Heinz Guderian, pág. 405. **6** *Meine Danziger Mission 1937-1939* (Mi misión en Danzig) por Carl. J. Burckhardt, pág. 123. **7** *Letzte Aufzeichnungen* (Últimas anotaciones) por Alfred Rosenberg, pág. 102. **8** *V-2, der Schuss ins Weltall* (V-2: disparo hacia el Universo) por Walter Dornberger, págs. 196 y 202. **9** *Das Ende* (El fin) por Folke Bernadotte, pág. 33. **10** La obra citada de Trevor-Roper, pág. 28. **11** Según Willi Frischauer en su obra *Himmler*, pág. 20. **12** La obra citada de Manvell/Fraenkel, págs. 1 y 2. **13** Carta de Margarete Himmler a Heinrich Himmler, 11 de abril de 1928, HA, carrete de película n.º 98. **14** Comunicación verbal de un pariente cercano de Himmler cuyo nombre no se revela por desearlo así el interesado, 29 de enero de 1966. **15** Heinrich Himmler a su madre, 2 de junio de 1921, HA, carrete de película n.º 98. **16** Heinrich Himmler a Ernst Himmler, 14 de noviembre de 1920, HA, carrete de película n.º 98. **17** Himmler a Paula Stoelzle, 18 de abril de 1923, HA, carrete de película n.º 98. **18** Ídem. **19** Carta de Max Blüml a Himmler, 14 de marzo de 1924, HA, carrete de película n.º 98. **20** Ídem. **21** Carta de Himmler a Roessner, 12 de marzo de 1924, HA, carrete de película n.º 98. **22** Carta de Himmler a Paula Stoelzle, 18 de abril de 1923, HA, carrete de película n.º 98. **23** La obra citada de Manvell/Fraenkel, pág. 1. **24** Ídem, pág. 25.

25 Ídem, pág. 255. **26** *Diaries of Heinrich Himmler in his Early Years* (Diarios de Heinrich Himmler en su primera juventud, por Werner T. Angress y Bradley F. Smith, publicados en *Journal of Modern History*, setiembre de 1959, pág. 213. A este propósito, conviene observar que el trabajo de ambos historiadores americanos sobre los primeros años de Himmler analiza exhaustivamente el carácter del futuro *Reichsführer SS* y proporciona conclusiones muy ilustrativas. **27** La obra citada de Angress/Smith, pág. 214. **28** Comunicación verbal de un pariente cercano de Himmler cuyo nombre no se revela por desearlo así el interesado, 29 de enero de 1966. **29** Cuestionario cumplimentado por el vicedirector Gebhard Himmler sobre la personalidad de Heinrich, 26 de junio de 1917, HA, carrete de película n.° 98. **30** La obra citada de Manvell/Fraenkel, pág. 4. **31** La obra citada de Angress/Smith, pág. 207. **32** La obra citada de Manvell/Fraenkel, pág. 207. **33** Carta escrita por la administración palaciega de la princesa viuda de Arnulf von Bayern al vicedirector Gebhard Himmler, 11 de junio de 1917, HA, carrete de película n.° 98. **34** Carta de Heinrich Himmler al regimiento de Infantería bávara n.° 11, 17 de junio de 1919, HA, carrete de película n.° 98. **35** La obra citada de Manvell Fraenkel, pág. 255. **36** *Heinrich Himmler*, de Josef Wulf, pág. 8. **37** Carta de Himmler al regimiento de Infantería bávara n.° 11, 17 de junio de 1919, HA, carrete de película n.° 98. **38** Ídem. **39** *Hitler-Putsch* por Dauerlein, págs. 19 y 20. **40** Ídem, pág. 20. **41** *Das deutsche Reich von 1918 bis heute* (El Imperio alemán desde 1918 hasta nuestros días) por Cuno Horkenbach, vol. I, pág. 65. **42** *Hitler-Putsch* por Dauerlein, pág. 22. **43** La obra citada de Angress/Smith, pág. 208. **44** La obra citada de Manvell/Fraenkel, pág. 208. **45** Carta de Himmler al regimiento de Infantería bávara n.° 11, 17 de junio de 1919, HA, carrete de película n.° 98. **46** La obra citada de Manvell/Fraenkel, pág. 5. **47** *Heinrich Himmler*, de Wulf, pág. 8. **48** *Die SS*, de Wulf, pág. 9. **49** La obra citada de Angress/Smith, pág. 208. **50** Ídem. **51** Ídem. **52** La obra citada de Angress/Smith, pág. 209. **53** Recibido de la compañía de retén n.° 14, 16 de mayo de 1920, HA, carrete de película n.° 98. **54** La obra citada de Angress/Smith, pág. 208. **55** Ídem, pág. 210. **56** Ídem, pág. 210. **57** Ídem, pág. 211. **58** Ídem. **59** Ídem, pág. 211. **60** Comunicación verbal de un pariente cercano de Himmler, cuyo nombre permanece oculto a petición del interesado, 29 de enero de 1966. **61** La obra citada de Angress/Smith, pág. 217. **62** Ídem. **63** Ídem, pág. 217. **64** La obra citada de Besgen, pág. 77. **65** La obra citada de Angress/Smith, pág. 217. **66** Comunicación escrita del señor Theodore Rosenfeld, 14 de diciembre de 1966. **67** Comunicación verbal del señor Hans Knipp, 15 de agosto 1950. **68** Carta de Robert Kistler a Himmler, 4 de enero de 1919, HA, carrete de película n.° 98. **69** La obra citada de Angress/Smith, pág. 209. **70** Ídem. **71** Ídem. **72** Asamblea general del NSDAP el 21 de enero de 1921; véase la obra citada de Volz, pág. 4. **73** La obra citada de Angress/Smith, pág. 213. **74** Ídem, pág. 215. **75** a **84** Carnet de socio de Heinrich Himmler, HA, carrete de película n.° 98. **85** La obra citada de Angress/Smith, pág. 219. **86** Ídem, pág. 220. **87** Ídem, pág. 220. **88** Ídem, pág. 221. **89** Ídem, pág. 216. **90** Ídem. **91** Ídem. **92** Ídem.

93 Carta de Himmler a sus padres, 28 de julio de 1922, HA, carrete de película n.° 98. 94 Obra citada de Roehm, pág. 86. 95 Ídem, pág. 115. 96 Obra citada de Angress/Smith, pág. 211. 97 Ídem. 98 Certificado de la Stickstoff-Land, GmbH, 30 de agosto de 1923, HA, carrete de película n.° 98. 99 Obra citada de Angress/Smith, pág. 211. **100** Certificado de la Stickstoff-Land, GmbH., 30 de agosto de 1923, carrete de película n.° 98. **101** Obra citada de Roehm, pág. 221. **102** Obra citada de Angerss/Smith, pág. 211. **103** Obra citada de Roehm, pág. 233. **104** Ídem, pág. 234. **105** Ídem. **106** Ídem. **107** Obra citada de Roehm, págs. 257, 258 y 259. **108** Ídem, pág. 240. **109** Ídem, pág. 243. **110** Ídem, pág. 242. **111** Véase capítulo 5. **112** Obra citada de Roehm, pág. 242. **113** Ídem, pág. 244. **114** Ídem. **115** Escrito de L. M. a Himmler, 18 de noviembre de 1923, HA, carrete de película n.° 98. **116** Ídem. **117** Obra citada de Volz, pág. 16. **118** Ídem, pág. 16; obra citada de Krebs, pág. 183. **119** Obra citada de Angress/Smith, pág. 222. **120** Ídem, págs. 221 y 222. **121** Carta de Himmler a Robert Kistler, 22 de agosto de 1924, HA, carrete de película n.° 98. **122** Carta de Himmler a Robert Kistler, 22 de agosto de 1924, HA, carrete de película n.° 98. **123** Carta de Himmler a Robert Kistler, 22 de agosto de 1924, HA, carrete de película n.° 98. **124** Obra citada de Angress/Smith, págs. 223 y 224. **125** Ídem, págs. 215 y 218. **126** Ídem, pág. 215. **127** Ídem, pág. 210. **128** Carta de Margarete Himmler a Heinrich Himmler, 5 de enero de 1928, HA, carrete de película n.° 98. **129** Carta de Margarete Himmler a Heinrich Himmler, 3 de enero de 1928, HA, carrete de película n.° 98. **130** Obra citada de Volz, pág. 12. **131** Ídem, pág. 122. **132** Obra citada de Manvell/Fraenkel, pág. 225. **133** Obra citada de Frischauer, pág. 24. **134** Obra citada de Manvell/Fraenkel, pág. 225. **135** Comunicación verbal de un pariente cercano de Himmler cuyo nombre no se revela por desearlo así el interesado, 29 de enero de 1966. **136** Obra citada de Frischauer, pág. 24. **137** Obra citada de Besgen, pág. 72. **138** Obra citada de Bernadotte, pág. 44. **139** La señora M. Sieguth a Himmler, 2 de noviembre de 1927, HA, carrete de película n.° 98. **140** Carta de Margarete a Heinrich Himmler, 26 de febrero de 1928, HA, carrete de película n.° 98. **141** *Der Reichsführer-SS und chef der Deutschen Polizei*, biografía sucinta de Himmler por el organismo oficial SS, sin fecha, RFSS, carrete de película n.° 98. **142** *Voelkische Bauernpolitik* por Heinrich Himmler, sin fecha, HA, carrete de película n.° 98. **143** *Das Gasicht des Dritten Reiches* (La faz del Tercer Reich) por Joachim C. Fest, pág. 163. **144** Ídem. **145** *Das Zusammenleben* («La convivencia») por Heinrich Himmler, sin fecha, HA, carrete de película n.° 98. **146** Ídem. **147** *Totenkopf und Treue* (Calavera y lealtad) por Felix Kersten, pág. 396. **148** *Voelkische Bauernpolitik* por Heinrich Himmler, HA, carrete de película n.° 98. **149** Ídem. **150** *Die deutsche Jugendbewegung* (El movimiento de la juventud alemana) por Walter Z. Laqueur, pág. 174. **151** Ídem, pág. 175. **152** Ídem, pág. 174. **153** Ídem, pág. 44. **154** Ídem, pág. 174; *Wer ist wer* (Quién es quién), de Degener, edición 1935. **155** *Blut und Boden* (Sangre y suelo), conferencia ilustrada con fotografías por el jefe de la Dirección general de Asuntos raciales y Colonización, sin fecha, II parte, pág. 5, RFSS, carrete de película n.° 161.

156 *Blut und Boden,* II parte, pág. 25. 157 *Blut und Boden,* I parte, pág. 17. 158 Laqueur, pág. 175. 159 Obra citada de Volz, pág. 29. 160 Comunicación verbal de un pariente cercano de Himmler cuyo nombre no se revela por desearlo así el interesado, 29 de enero de 1966. 161 Ídem. 162 Ídem. 163 Ídem. 164 Ídem. 165 Certificado de matrimonio a nombre de Heinrich y Margarete Himmler extendido por el registro civil de Berlín-Schoeneberg, 7 de enero de 1960. 166 Comunicación verbal de un pariente cercano de Himmler cuyo nombre no se revela por desearlo así el interesado, 29 de enero de 1966. 167 Carta de Margarete a Heinrich Himmler, 26 de febrero de 1928, HA, carrete de película n.° 98. 168 Obra citada de Manvell/Fraenkel, pág. 17. 169 Ídem. 170 Carta de Margarete a Heinrich Himmler, 6 de mayo de 1929, HA, carrete de película n.° 98. 171 Carta de Margarete a Heinrich Himmler, 6 de mayo de 1929, HA, carrete de película n.° 98. 172 Obra citada de Manvell/Fraenkel, pág. 17. 173 Carta de Margarete a Heinrich Himmler, 26 de febrero de 1928, HA, carrete de película n.° 98. 174 Carta de Margarete a Heinrich Himmler, 2 de febrero de 1928, HA, carrete de película n.° 98. 175 Carta de Margarete a Heinrich Himmler, 16 de febrero de 1928, HA, carrete de película n.° 98. 176 Carta de Margarete a Heinrich Himmler, HA, carrete de película n.° 98. 177 Carta de Margarete a Heinrich Himmler, 20 de marzo (sin año), HA, carrete de película n.° 98. 178 Escalafón de los Escalones de Protección del NSDAP, 1.° de julio de 1935, pág. 2.

4. De la escolta personal a la Policía nacionalsocialista

1 *Der Nationalsozialistische Orden* (El orden nacionalsocialista) por Haase, sin fecha, HA, carrete de película n.° 98. 2 La obra citada de Knoebel, pág. 8. 3 *Los Escalones de Protección,* conferencia pronunciada el 18 de enero de 1943, RFSS, carrete de película n.° 155. 4 La obra citada de Knoebel, pág. 9. 5 IMT, vol. XXIX, pág. 208. 6 Ídem. 7 Ídem. 8 Ídem. 9 La obra citada de Roehm, pág. 88. 10 IMT, vol. XXIX, pág. 208. 11 *Krieg und Krieger* (Guerra y guerreros), Ernst Jünger (Editor), pág. 106. 12 *Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft* por Hannah Arendt, pág. 527. 13 *Der Kampf als inneres Erlebnis* (La lucha como experiencia íntima) por Ernst Jünger, pág. 2. 13a *Der Kampf als inneres Erlebins,* de Jünger, pág. 46. 14 *Krieg und Krieger,* de Jünger, pág. 119. 15 *Das Schwarze Korps,* 26 de noviembre de 1942. 16 *Kriegund Krieger,* de Jünger, págs. 120 y 121. 17 A ello se refiere especialmente Paetel en su obra ya citada, pág. 29. 18 *Die SS,* de Reitlinger, pág. 26; Inter-Press, servicio biográfico, 86/1951. 19 IMT, vol. XX, págs. 310/313. 20 *Wer ist wer* (Quién es quién), edición

1935. **21** *Das Dritte Reich und seine Vollstrecker* (El Tercer Reich y sus verdugos) por Josef Wulf, pág. 227. **22** *Frankfurter Allgemeine Zeitung,* 14 de julio de 1964. **23** La obra citada de Delarue, págs. 222 y 223. **24** La obra citada de Krebs, pág. 209. **25** Carta de Himmler a Roehm, 29 de enero de 1930, RFSS, carrete de película n.° 129. **26** Ídem. **27** La obra citada de Knoebel, pág. 17. **28** La obra citada de Bennecke, pág. 239. **29** Ídem. **30** La obra citada de Bennecke, pág. 239/240. **31** Carta de Stennes a Roehm, 28 de febrero de 1931, HA, carrete de película n.° 17. **32** Octavilla anónima de los militantes SA, 25 de febrero de 1931, HA, carrete de película n.° 17. **33** La obra citada de Volz, pág. 124; la obra citada de Bennecke, pág. 153. **34** Prescripción para todos los militantes SS en el Sturm 3 III/5-Estandarte SS, sin fecha (a fines de 1930, aproximadamente), RFSS, carrete de película n.° 15. **35** Formaciones nacionalsocialistas de autodefensa, informe de la Dirección de Policía en Munich al Ministerio de Gobernación bávaro, 22 de diciembre 1931, HA, carrete de película n.° 17. **36** Prescripción para todos los militantes SS, pág. 5. **37** Apéndice a la orden del jefe de las SA y del Partido de 7 de noviembre de 1930 por el delegado de la zona Sur OSAF, HA, carrete de película n.° 17. **38** Orden del jefe de las SA de 7 de noviembre de 1930, HA, carrete de película n.° 17. **39** La obra citada de Heiden, pág. 189. **40** La obra citada de Goerlitz/Quint, pág. 256. **41** La obra citada de Paetel, pág. 5. **42** La obra citada de Heiden, pág. 282. **43** Ídem, pág. 203. **44** Ídem, pág. 204. **45** La obra citada de Goerlitz/Quint, pág. 260; Führerlexikon, pág. 77. **46** La obra citada de Rosenberg, pág. 35. **47** La obra citada de Heiden, págs. 202 y 203. **48** La obra citada de Goerlitz/Quint, pág. 258. **49** Ídem, págs. 258 y 259. **50** Ídem, pág. 258. **51** *Zur Geschichte der Ordnungspolizei 1936/1945* (Historia de la Policía de Orden público) por Hans-Joachim Neufeldt, Jürgen Huck y Georg Tessin, pág. 107. **52** *Die Anfaenge der Berliner NSDAP 1926/27* (Los comienzos del NSDAP berlinés, 1926/27) por Martin Broszat, publicado en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* cuaderno I, enero de 1960, pág. 89. **53** Ídem. **54** Ídem, pág. 90. **55** Ídem. **56** Ídem; la obra citada de Volz, pág. 53. **57** La obra citada de Goerlitz/Quint, pág. 423. **58** *Die nationalsozialistische Machtergreifung* (El asalto nacionalsocialista al poder) por Karl-Dietrich Bracher, Wolfgang Sauer y Gerhard Schulz, pág. 843. **59** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 840. **60** Ídem. **61** La obra citada de Volz, págs. 123 y 263. **62** Ídem, págs. 192 y 123. **63** La obra citada de Goerlitz/Quint, pág. 263. **64** La obra citada de Bennecke, pág. 154; la obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 848. **65** La obra citada de Heiden, pág. 279. **66** Ídem, págs. 279/283. **67** La obra citada de Manvell/Fraenkel, pág. 19. **68**. Ídem. **69** Informe sobre los primeros pasos de la organización berlinesa SS, sin fecha y anónimo, pero procedente, con toda seguridad, de los círculos SS berlineses, BDC, carrete de película n.° 87. **70** Papel primordial de Packebusch en las SS, Archivo Tobias; cartas de Laluege fechadas el 10 de agosto de 1938 y el 9 de enero de 1939, Archivo Tobias. **71** La obra citada de Bennecke, pág. 148. **72** Carta de Stennes a Roehm, 28 de febrero de 1931, HA, carrete de película n.° 17. **73** Sobre la estrecha conexión entre el paro creciente y los también

crecientes votos NS, véase la obra citada de Bennecke, págs. 169 y 11. **74** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 47. **75** Ídem, págs. 847 y 848. **76** Véanse las numerosas octavillas anónimas de los revolucionarios militantes SA, 31 de mayo de 1931, HA, carrete de película n.° 17. **77** Octavillas de camaradas nacionalsocialistas desconocidos y militantes SA, 31 de mayo de 1931, HA, carrete de película n.° 17. **78** La obra citada de Bennecke, pág. 146. **79** OSAF suplente Sur, enjuiciamiento sobre la prevista reorganización de la Jefatura SA, 19 de setiembre de 1939, BDC, carrete de película n.° 85. **80** Informe sobre la situación general por la Dirección de Policía en Munich, 24 de octubre de 1930, BDC, carrete de película n.° 85; *Münchner Post,* 4 de setiembre de 1930. **81** Ídem. **82** Octavilla de los militantes SS de Dresde, 20 de marzo de 1931, HA, carrete de película n.° 17. **83** Münchner Post, 4 de setiembre de 1930. **84** Informe sobre la situación general emitido por la Dirección de Policía en Munich, 24 de octubre de 1930, BDC, carrete de película n.° 85. **85** Ídem. **86** Ídem. **87** Ídem; la obra citada de Krebs, pág. 167. **88** La obra citada de Heiden, pág. 284; *Wahrheiten der Woche* (órgano informativo del grupo Stennes), 10 de octubre de 1931, HA, carrete de película n.° 17. **89** *Voelkischer Beobachter,* 4 de setiembre de 1930. **90** Carta de L. Conti al OSAF, 8 de setiembre de 1930; HA, carrete de película n.° 17. **91** Ídem. **92** La obra citada de Heiden, pág. 198. **93** Ídem, pág. 198. **94** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 349. **95** Ídem. **96** La obra citada de Bennecke, pág. 164. **97** Carta de Daluege fechada el 9 de enero de 1939, Archivo Tobias. **98** Carta de Daluege a Roehm, 1.° de abril de 1931, HA, carrete de película n.° 17. **99** La obra citada de Goerlitz/Quint, pág. 312. **100** *Hamburger Fremdenblatt,* 2 de abril de 1931. **101** *Hamburger Echo,* 3, 4 y 5 de abril de 1931. **102** *Hamburger Echo,* 3 y 4 de abril de 1931. **103** *Hamburger Echo,* 3 de abril de 1931. **104** Número extraordinario publicado por Stennes, sin fecha, HA, carrete de película n.° 17; *Hamburger Echo,* 3 de abril de 1931. **105** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 852; la obra ya citada de Horkenbach, vol. III, pág. 125. **106** Ídem, vol. III, pág. 128. **107** *Das Dritte Reich und seine Vollstrecker,* de Wulf, págs. 225 y 228. **108** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. 1, pág. 33. **109** Conferencia de jefes celebrada el 13 y 14 de junio de 1931, informe de la jefatura SS, BDC, carrete de película n.° 87. **110** Ordenanzas provisionales para el servicio de las SS, junio de 1931, BDC, carrete de película n.° 87. **111** Ídem. **112** Ídem. **113** Orden n.° 4 para los sectores SS, 21 de marzo de 1931, BDC, carrete de película n.° 87. **114** Carta del jefe de Estado Mayor SA Wagener al OSAF interino, 3 de octubre de 1930, BDC, carrete de película n.° 85. **115** Carta de Schreck a la Jefatura del Partido, 24 de setiembre de 1925, BDC, carrete de película n.° 87. **116** Ordenanzas provisionales para el servicio de las SS, junio de 1931, BDC, carrete de película n.° 87. **117** Ídem. **118** *Heydrich und die Aufaenge des SD und der Gestapo, 1931/1935* por Shlomo Aronson, pág. 87. **119** Orden SS n.° 53, 10 de octubre de 1931, BDC, carrete de película n.° 87. **120** Consúltese el capítulo 8 de esta obra. **121** Orden del jefe superior de las SA para su Estado Mayor, 25 de enero de 1932, HA, carrete de película n.° 17. **122**

Ídem. **123** Ídem. **124** La obra citada de Roehm, pág. 261. **125** Carta de Roehm a Heimsoth, 3 de diciembre de 1928, BDC, carrete de película n.° 85. **126** Münchner Post, de junio de 1931. **127** Ídem. **128** La obra citada de Bennecke, págs. 165 y 166. **129** Sentencia de la Audiencia territorial, Munich (Sala de lo criminal) en el proceso judicial contra Granninger y otros, noviembre, 1934, HA, carrete de película n.° 17. **130** Sentencia contra Granninger, pág. 4, HA, carrete de película n.° 17. **131** Sentencia contra Granninger, pág. 9, HA, carrete de película n.° 17. **132** Sentencia contra Granninger, pág. 5, HA, carrete de película n.° 17. **133** La obra citada de Goerlitz/Quint, pág. 313. **134** Ídem, pág. 313; Münchner Post, 24 y 27 de junio de 1931. **135** Carta abierta del doctor Helmut Klotz, antiguo diputado parlamentario del NSDAF, marzo de 1932, BDC, carrete de película n.° 85. **136** Ídem; escrito del *Oberführer SA* Hans Kallenbach al *Reichsleiter* Fiehler, 4 de julio de 1934, HA, carrete de película n.° 17. **137** *Erfahrungen und Erkenntnisse* por Friedrich Stampfer, según la publicación de *Die andere Zeitung*, n.° 50, diciembre de 1959. **138** Según un artículo del periódico *Flammenzeichen*, 5 de noviembre de 1932, HA, carrete de película n.° 17. **139** Ídem. **140** *Glück und Ende der Nationalsozialisten Bell*, págs. 21 y 22. **141** Reportaje sobre el caso Danzeisen, julio 1932, RFSS, carrete de película n.° 467. **142** Anotaciones suplementarias sobre el caso Danzeisen, informe de Karl Horn, 18 de mayo de 1932, RFSS, carrete de película n.° 467. **143** Reportaje, julio de 1932, RFSS, carrete de película n.° 467. **144** Carta con instrucciones para el asesinato, 14 de marzo de 1932, RFSS, carrete de película n.° 467. **145** Ídem. **146** Ídem. **147**. En el proceso judicial contra Granninger, el Tribunal de Munich absolvió al conde Du Moulin-Eckardt por considerar que no existía prueba alguna sobre su presunta homosexualidad, sentencia contra Granninger y otros, HA, carrete de película n.° 17. **148** Informe de Karl Horn, págs. 7 y 8, RFSS, carrete de película n.° 467. **149** Informe de Karl Horn, pág. 9, RFSS, carrete de película n.° 467. **150** Informe de Karl Horn, pág. 10, RFSS, carrete de película n.° 467. **151** Informe de Karl Horn, pág. 11, RFSS, carrete de película n.° 467. **152** Informe de Karl Horn, pág. 9, RFSS, carrete de película n.° 467. **153** Informe de Karl Horn, pág. 14, RFSS, carrete de película n.° 467. **154** *Die verratene Republik* (La República traicionada), por Wilhelm Hoegener, pág. 325. **155** *Die andere Zeitung*, n.° 12/1950. **156** Según lo refiere *Die andere Zeitung*, n.° 12/1950. **157** Véase el expediente Horn, RFSS, carrete de película n.° 467. **158** *Münchner Post*, 18 de noviembre de 1932. **159** Carta de Martin Bormann a Rudolf Hess, 5 de octubre de 1932, HA, carrete de película n.° 17. **160** Ídem. **161** La obra citada de Knoebel, pág. 17.

5. El asalto al poder

1 La obra citada de Goerlitz-Quint, págs. 382 y 389. 2 Ídem. 3 *SS und Polizei im NS-Staat,* de Buchheim, pág. 35. 4 La obra citada de Hrokenbach, vol. IV, pág. 929. 5 *Lucifer ante Portas,* por Rudolf Diels, pág. 179. 6 *Der Spiegel,* «Se acabó el juego» por Arthur Nebe (representado en páginas sucesivas con la abreviatura: serie Nebe) 9 de febrero 1950. 7 Ídem. 8 Ídem. 9 Serie Nebe, 9 de febrero de 1950, 23 de febrero de 1950. 10 Ídem. 11 *Behemoth* por Franz Neumann, pág. 47. 12 Ídem. 13 Ídem. 14 Robert L. Koehl, RKFDV: *German Ressettlement and Population Policy 1939/1945,* pág. 14. 15 La obra citada de Robert L. Koehl, págs. 13/19. 16 La obra citada de Goertlitz/Quint, pág. 387. 17 Ídem. 18 Ídem. 19 La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 925. 20 Ídem. 21 Ídem, pág. 276. 22 La obra citada de Diels, pág. 229. 23 Sobre el poder creciente de Goebbels véase la obra citada de Bullock, pág. 310. 24 La obra citada de Goertlitz/Quint, pág. 399. 25 La obra citada de Kersten, pág. 304. 26 La obra citada de Goertlitz/Quint, pág. 399. 27 Ídem. 28 La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 588. 29 Ídem, pág. 589. 30 La obra citada de Trevor-Roper, pág. 13. 31 *Der Reichstagsbrand* (El incendio del Reichstag) por Fritz Tobias, pág. 135. 32 Ídem, págs. 135 y 136. 33 Tobias, pág. 136. 34 Ídem, pág. 135. 35 Ídem. 36 La obra citada de Diels, pág. 71. 37 Véase la obra citada de Bullock, pág. 254. 38 La obra citada de Stein, pág. 4. 39 La obra citada de Stein, pág. 5. 40 Ídem. 41 *SS und Polizei im NS-Staat* por Buchheim, pág. 30. 42 *Die Waffen-SS* (El Arma SS) por K. G. Klietman, pág. 54. 43 Ídem. 44 Véase la obra citada de Klietman, pág. 53. 45 Papel primordial de Konrad Himmler, libro registro I del regimiento de Infantería del Rey, Archivo militar de Munich, HA, carrete de película n.º 98. 46 *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 41. 47 *Anatomie des SS-Staates* por Broszat, vol. II, pág. 32. 48 Ídem, pág. 18. 49 IMT, vol. XXIX, pág. 226. 50 *IMT,* vol. XXIX, pág. 227. 51 *Heinrich Himmler,* de Best, pág. 2. 52 Ídem. 53 La obra citada de Aronson, págs. 177 y ss. 54 La obra citada de Tobias, pág. 260. 55 La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 865. 56 *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 37. 57 La obra citada de Diels, pág. 217. 58 Ídem, págs. 166 y 228. 59 La obra citada de Delarue, pág. 38. 60 *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 38. 61 Ídem. 62 *Anatomie des SS-Staates* por Broszat, vol. II, págs. 14 y 15. 63 *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 38. 64 Ídem; la obra citada de Diels, pág. 228. 65 *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 38. 66 La obra citada de Delarue, pág. 43; la obra citada de Crankshaw, pág. 7. 67 La obra citada de Horkenbach, vol. IV, pág. 66. 68 La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 868. 69 Ídem, pág. 872. 70 Ídem, pág. 868. 71 La obra citada de Diels, pág. 224. 72 La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz,

pág. 873. **73** La obra citada de Diels, págs. 255 y 256. **74** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 865. **75** Ídem, pág. 311. **76** La obra citada de Diels, pág. 253. **77** Ídem. **78** Ídem. **79** Ídem, pág. 257. **80** Ídem, pág. 311. **81** Ídem, pág. 327. **82** Ídem, pág. 249. **83** Ídem. **84** *Hermann Goering* por Manvell/Fraenkel, pág. 60. **85** *Wahrheiten der Woche,* 10 de octubre de 1931, HA, carrete de película n.° 17. **86** Ídem. **87** La obra citada de Diels, pág. 250. **88** Ídem. **89** La obra citada de Wheeler-Bennett, pág. 248. **90** La obra citada de Diels, pág. 257. **91** Ídem, pág. 292. **92** Serie Nebe, 17 de noviembre de 1949, pág. 24. **93** Ídem. **94** Serie Nebe, 17 de noviembre de 1949, pág. 23. **95** Ídem, págs. 23 y 24. **96** *Woelkischer Beobachter,* 10 de junio de 1933. **97** *Ich war dabei* (Yo estuve allí) por Martin H. Sommerfeldt, pág. 57. **98** *Bis zum bitteren Ende* (Hasta el amargo final) por Hans Bern Gisevius, pág. 129. **99** Serie Nebe, 17 de noviembre de 1949, pág. 25. **100** Ídem. **101** *Heydrich* de Charles Wighton, pág. 61. **102** La obra citada de Diels, pág. 328. **103** Ídem. **104** Ídem, pág. 330. **105** Ídem. **106** La obra citada de Diels, págs. 330 y 331. **107** La obra citada de Wighton, pág. 61. **108** Ídem, pág. 62. **109** La obra citada de Diels, pág. 328. **110** *Staatspolizei und Innere Verwaltung, 1934/1936* (Policía gubernativa y administración interna, 1934/1936) en *Vierteljahrshefte für zeitgeschichte,* cuaderno 2/1965, pág. 205. **111** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 600. **112** Ídem, pág. 592. **113** La obra citada de Neufeldt, pág. 5. **114** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 601. **115** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, 39. **116** La obra citada de Plum, págs. 193-195. **117** *SS und Polizei im NS-Staat* por Buchheim, págs. 36 y 40. **118** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 598. **119** Ídem, pág. 601. **120** Ídem. **121** Ídem, pág. 602. **122** Ídem, pág. 603. **123** *Anatomie des SS-Staates,* por Buchheim, vol. I, pág. 46. **124** La obra citada de Diels, pág. 412. **125** Ídem.

6. El alzamiento de Roehm

1 *Gespraeche mit Hitler* (Conversaciones con Hitler) por Hermann Rauschning, pág. 144. **2** La obra citada de Hossbach, pág. 57. **3** La obra citada de Rauschning, pág. 114. **4** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 853. **5** Formaciones nacionalsocialistas de autodefensa; informe de la Dirección de Policía en Munich al Ministerio bávaro de la Gobernación, 22 de diciembre de 1931, HA, carrete de película n.° 17. **6** Ídem. **7** La obra de Bennecke *Die Reichswehr und der Roehm-Putsch* (El Reichswehr y el alzamiento Roehm), pág. 27; la obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 888. **8** La obra citada de Goerlitz-Quint, págs. 318 y 319. **9** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 940. **10** Ídem, pág. 880. **11** Ídem, pág. 886; **12** Ídem, pág. 880. **13** Ídem, pág. 886. **14** Ídem, pág. 891. **15** Ídem, pág. 959.

16 Ídem, pág. 894. **17** Ídem, pág. 893. **18** Ídem, pág. 894. **19** Ídem, pág. 941. **20** Nombramiento firmado por Hitler, 1.° de diciembre de 1933, HA, carrete de película n.° 17. **21** *Der 30 juni 1934* por Heimut Krausnick, publicado en *Das Parlament*, 30 de junio de 1954, pág. 520. **22** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 904. **23** La obra citada de Krausnick, pág. 318. **24** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 942. **25** La obra citada de Krausnick, pág. 319. **26** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 943; la obra citada de Krausnick, pág. 319. **27** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 943. **28** *Pflicht und Gewissen* (Deber y conciencia) por Edgar Koehricht, pág. 63. **29** La obra citada de Krausnick, pág. 319. **30** *Der Furcht so fern, dem Tod so nah* (Tan lejano del temor y tan cercano a la muerte), publicada por *Der Spiegel*, 15 de mayo de 1957, pág. 22. **31** La obra citada de Krausnick, pág. 319. **32** Ídem. **33** *Schuld und Verhaengnis* (Culpabilidad y fatalidad) por Hermann Foertsch, pág. 48. **34** *Der Spiegel*, 15 de mayo de 1957, pág. 23. **35** *Die SS* de Reitlinger, pág. 62. **36** Véase al final de este capítulo el alboroto promovido por Lutze. **37** Denuncia formulada contra Josef Dietrich y Michael Lippert, juzgado municipal de Munich I, 4 de julio de 1956, pág. **38**. La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 928. **39** La obra citada de Wighton, pág. 46. **40** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 929. **41** Véase el capítulo 10. **42** *Glück und Ende des Nationalsozialisten Bell*, anónimo, pág. 22. **43** La obra citada de Krausnick, pág. 321. **44** Denuncia contra Dietrich, pág. 46. **45** Ídem, pág. 45; *Die Reichswehr und der Roehm-Putsch*, de Bennecke, págs. 46 y 47. **46** Denuncia contra Dietrich, pág. 45. **47** Ídem, pág. 47. **48** Ídem, pág. 41. **49** La obra citada de Brecher/Sauer/Schulz, pág. 951. **50** Denuncia contra Dietrich, pág. 51. **51** Interrogatorio de Max Jüttner, 8 de abril de 1949, sumario del juzgado municipal de Munich I, pág. 4. **52** La obra citada de Ernst von Salomon, pág. 438. **53** Ídem. **54** Denuncia contra Dietrich, pág. 41. **55** Declaraciones de Patzig a *Der Tagesspiegel*, 10 de mayo de 1957. **56** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 951. **57** Ídem. **58** *Die Armes der Geaechteten* por Felix Steiner, pág. 48. **59** Acusación contra Dietrich, pág. 49. **60** Ídem. **61** Ídem. **62** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 954. **63** Acusación contra Dietrich, pág. 50. **64** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 954. **65** Acusación contra Dietrich, pág. 50; *Der Spiegel*, 15 de mayo de 1957, pág. 22. **66** La obra citada de Krausnick, pág. 321. **67** Bennecke alude en su obra *Die Reichswehr und der Roehm-Putsch* al importante papel representado por el *Gauleiter* Wagner, pág. 57. **68** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 954. **69** *Ich war dabei* por Martin H. Sommerfeldt, pág. 76. **70** La obra citada de Bracher/Bauer/Schulz, pág. 952; la obra citada de Krausnick, pág. 320. **71** *Der Roehm-Putsch* por Bennecke, págs. 43 y 44. **72** Carta de Hoefle a Roehm, 12 de junio de 1934, HA, carrete de película n.° 17. **73** *Der Roehm-Putsch* por Bennecke, pág. 54. **74** La obra citada de Bracher/Sauer/Schultz, pág. 952. **75** La obra citada de Krausnick, pág. 320. **76** Ídem. **77** *Die Nemesis der Macht* (Némesis del poder) por John W. Wheeler-Bennet, pág. 344. **78** *Der Wahrheit eine Gasse* (Callejón sin salida de la verdad) por Franz von Papen, pág. 346; *Süddeutschen Zeitung*, 30 de

junio de 1964. **79** Keesing, n.° 34/1486. **80** La obra citada de Papen, pág. 349. **81** Ídem. **82** *Ich was dabbei,* de Martin H. Sommerfeldt, pág. 58. **83** La obra citada de Papen, pág. 280. **84** *Voelkischer Beobachter,* 1.° de julio de 1934. **85** La obra citada de Sommerfeldt, pág. 69. **86** La obra citada de Whesler Bennett, pág. 344. **87** Ídem. **88** Ídem. **89** Ídem, pág. 342. **90** El diario de Lutze publicado por el *Frankfurter Rundschau,* 14 de mayo de 1957. **91** Ídem. **92** Acusación contra Dietrich, pág. 54. **93** Ídem. **94** Acusación contra Dietrich, págs. 54 y 61. **95** Ídem, pág. 61. **96** La obra citada por Krausnick, pág. 321. **97** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 956. **98** Ídem. **99** La obra citada de Krausnick, pág. 321; denuncia contra Dietrich, pág. 52. **100** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 959. **101** *Heer in Fesseln* (Ejército maniatado) por Siegfried Westphal, pág. 20. **102** *Die Welt,* 30/31 de mayo de 1957. **103** *Gespraeche mit Halder* (Conversaciones con Halder) por Peter Ber, pág. 125. **104** Declaraciones de Heinrici al *Abendpost,* 7 de mayo de 1957. **105** La obra citada de Foertsch, pág. 52. **106**·*Der Roehm-Putsch,* de Bennecke, pág. 52; denuncia contra Dietrich, pág. 53. **107** Denuncia contra Dietrich, pág. 55. **108** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 958. **109** *Der Roehm-Putsch* de Bennecke, pág. 52; denuncia contra Dietrich, pág. 53. **110** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 958; la obra citada de Foertsch, pág. 49; la obra citada de Krausnick, pág. 321. **111** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 958. **112** Ídem, pág. 959. **113** Carta de Karl Schreyer a la Dirección de Policía en Munich, 27 de mayo de 1949, pág. 5; sumarios del juzgado municipal Munich I. **114** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 959. **115** *Blick in die Zeit,* 7 de julio de 1934. **116** Eso lo aceptan incluso los historiadores alemanes más jóvenes; véase la obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 959. **117** *Voelkischer Beobachter,* 28 de junio de 1934. **118** *Der Spigel,* 15 de mayo de 1957, pág. 23. **119** La obra citada de Wheeler-Bennett, pág. 344. **120** *Voelkischer Beobachter,* 27 de junio de 1934. **121** Diario de Lutze publicado por el *Frankfurter Rundschau,* 14 de mayo de 1957. **122** Denuncia contra Dietrich, pág. 59. **123** *Der Spiegel,* 15 de mayo de 1957, pág. 24. **124** Diario de Lutze publicado por el *Frankfurter Rundschau,* 14 de mayo de 1957. **125** Ídem. **126** Ídem. **127** Denuncia contra Dietrich, pág. 59. **128** Ídem, pág. 52. **129** Ídem. **130** Ídem, págs. 54 y 56; diario de Lutze publicado por el *Frankfurter Rundschau,* 14 de mayo de 1957. **131** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 945. **132** Ídem, pág. 960. **133** Denuncia contra Dietrich, pág. 61 y ss. **134** Diario de Lutze publicado por el *Frankfurter Rundschau,* 14 de mayo de 1957; denuncia contra Dietrich, pág. 60. **135** Denuncia contra Dietrich, pág. 57. **136** Declaraciones de Dietrich al *Abendpost,* 7 de mayo de 1957. **137** Denuncia contra Dietrich, pág. 60. **138** Ídem. **139** Ídem. **140** Sentencia pronunciada por el Tribunal de jurados en el juzgado municipal Munich I contra Josef Dietrich y Michel Lippert, 14 de mayo de 1957, pág. 10. **141** Ídem; *Hamburger Echo,* 7 de mayo de 1957. **142** Denuncia contra Dietrich, pág. 60. **143** *Der Roehm-Putsch,* de Bennecke, pág. 53. **144** Ídem, pág. 54. **145** Ídem. **146** Ídem. **147** *Voelkischer Beobachter,* 1.° de julio de 1934; denuncia contra Dietrich, pág. 58; declaración de Martina Schmid al *Abendpost,* 7 de

mayo de 1957. **148** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 960. **149** *Abendpost,* 7 de mayo de 1957. **150** Sentencia contra Dietrich, pág. 80. **151** *Abendpost,* 7 de mayo de 1957. **152** Testimonio de Brückner, Audiencia territorial de Traunstein, 30 de mayo de 1949, pág. 2. **153** *Hannoverscher Anzeiger,* 30 de junio de 1934. **154** Diario de Lutze publicado por el *Frankfurter Rundschau,* 14 de mayo de 1957. **155** Sentencia contra Dietrich, pág. 77; *Süddeutsche Zeitung,* 8 de mayo de 1957. **156** Declaraciones de Martina Schmid al Abendpost, 7 de mayo de 1957. **157** *Abendpost,* 7 de mayo de 1957. **158** *Der Spiegel,* 15 de mayo de 1957, pág. 25; la obra citada de Krausnick, pág. 323; el diario de Lutze publicado por el *Frankfurter Rundschau,* 14 de mayo de 1957; **159** *Der Roehm-Putsch,* de Bennecke, pág. 17. **160** *Der Spiegel,* 15 de mayo de 1957, pág. 25. **161** Diario de Lutze publicado por el *Frankfurter Rundschau,* 14 de mayo de 1957, pág. 27. **162** Ídem. **163** Ídem. **164** *Voelkischer Beobachter,* 3 de julio de 1934. **165** Diario de Lutze publicado por el *Frankfurter Rundschau,* 14 de mayo de 1957. **166** Ídem. **167** Interrogatorio del testigo Brückner, pág. 3. **168** Ídem. **169** Ídem. **170** Ídem. **171** Interrogatorio del doctor Robert Koch, 25 de enero de 1949, sumario del juzgado municipal de Munich I, pág. 1. **172** Ídem. **173** Interrogatorio de Max Jüttner, pág. 3. **174** Ídem. **175** Lista de altas en el penal de Munich, actas procesales del juzgado de primera instancia, Munich I. **176** Interrogatorio de Max Jüttner, pág. 3. **177** Ídem. **178** *Der Spiegel,* 15 de mayo de 1957, pág. 27. **179** La obra citada de Bullock, pág. 304. **180** Ídem. **181** *Der Spiegel,* 15 de mayo de 1957, pág. 27. **182** Ídem, la obra citada de Bullock, pág. 304. **183** Sentencia contra Dietrich, pág. 60. **184** Carta de Schreyer a la Dirección de Policía en Munich, pág. 3. **185** Ídem, pág. 4. **186** Sentencia contra Dietrich, pág. 11. **187** Ídem, pág. 11. **188** Ídem, pág. 12. **189** Ídem. **190** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 961; *Der Spiegel,* 15 de mayo de 1957, pág. 27. **191** Diario de Lutze publicado por el *Frankfurter Rundschau,* 15 de mayo de 1957. **192** Sentencia contra Dietrich, págs. 12 y 13. **193** Ídem, pág. 13. **194** Lista de altas en el penal de Munich; autos procesales del juzgado de Munich I. **195** Sentencia contra Dietrich, pág. 61. **196** Ídem, pág. 64. **197** Declaraciones de Dietrich a *Die Welt,* 7 de mayo de 1957. **198** Denuncia contra Dietrich, pág. 69. **199** Ídem. **200** Ídem, págs. 3 y 72. **201** Ídem, pág. 67. **202** Ídem. **203** Ídem, pág. 68. **204** Ídem. **205** Sentencia contra Dietrich, pág. 15. **206** Denuncia contra Dietrich, pág. 69. **207** Sentencia contra Dietrich, pág. 16. **208** Denuncia contra Dietrich, págs. 70 y 72; declaraciones de Dietrich al *Frankfurter Allgemeine Zeitung,* 7 de mayo de 1957. **209** Denuncia contra Dietrich, págs. 72, 73 y 74. **210** La obra citada de Papen, págs. 354. **211** *Biszum bitteren Ende* (Hasta el amargo final), de Hans Bernd Gisevius, págs. 141 y ss. **212** La obra citada de Papen, pág. 354. **213** *SS im Kreuzverhoer* (Los SS en el careo) por Robert Kempner, pág 257. **214** La obra citada de Kempner, pág. 256. **215** Ídem, pág. 257. **216** Ídem. **217** Ídem, págs. 257 y 258. **218** Ídem, pág. 255. **219** Ídem, págs. 258 y 259. **220** Ídem, pág. 259. **221** La obra citada de Wheeler Bennett, pág. 345. **222** La obra citada de Salomon, pág. 440. **223** La obra citada de Wheeler-Bennett, pág. 347. **224** *Süddeutschen Zeitung,* 19 de junio de 1961; denuncia

contra Bach-Zelewski, págs. 3 y ss. **225** *Der Spiegel,* 15 de mayo de 1957, pág. 29. **226** Declaraciones del doctor Schaeffer al *Frankfurter Rundschau,* 23 de mayo de 1957. **227** Informe del antiguo fiscal general del Estado, doctor Walter Schaeffer, 29 de noviembre de 1945, archivo privado Schaeffer; declaración jurada del antiguo fiscal del Estado, doctor Werner von Haacke, 9 de setiembre de 1957, archivo privado Schaeffer. **228** Comunicación verbal del señor Werner von Haacke, 9 de setiembre de 1965. **229** *The Psychology of Dictatorship* (Psicología de la dictadura) por G. M. Gilbert, pág. 69. **230** La obra citada de Gilbert, pág. 95. **231** La obra citada de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 921; *Tendenzen und Gestalsen,* de Krebs, págs. 192 y 193. **232** *Der Spiegel,* 15 de mayo de 1957, pág. 27. **233** La obra citada de Bullock, pág. 302; carta de Schreyer, pág. 7. **234** *Der Spiegel,* 15 de mayo de 1957, págs. 27 y 28. **235** *Als Botschafter in Berlin 1931 bis 1938* (Embajador en Berlín desde 1931 hasta 1938) por André François Poncet, pág. 196. **236** La obra de Krausnick, pág. 320. **237** Ídem, pág. 323; *Voelkischer Beobachter,* 3 de julio de 1934. **238** La obra de Bracher/Sauer/Schulz, pág. 960; la obra citada de Papen, pág. 355. **239** La obra citada de Papen, pág. 354. **240** La obra citada de Bennecke, *Der Roehm Putsch,* pág. 61. **241** *Die Welt,* 4 de mayo de 1957. **242** La obra citada de Sommerfeldt, págs. 72, 73 y 76. **243** *Biszum bitteren Ende,* de Gisevius, pág. 155; denuncia contra Dietrich, pág. 61. **244** *Zwischen London und Moskau* (Entre Londres y Moscú) por Joachim von Ribbentrop, pág. 52. **245** Acta de la conferencia ministerial celebrada el 3 de julio de 1934, pág. 7, Archivo Tobias. **246** Interrogatorio de Max Jüttner, pág. 5. **247** Diario de Lutze publicado por el *Frankfurter Rundschau,* 15 de mayo de 1957. **248** *Der Roehm Putsch,* de Bennecke, pág. 89. **249** *Meine Erschiessung am 30 Juni 1934* (Mi fusilamiento el 30 de junio de 1934) por Paul Schulz, págs. 15 y ss. **250** Ídem, pág. 9. **251** Ídem, pág. 12. **252** Ídem, pág. 14. **253** Ídem, pág. 22. **254** Ídem; informe del secretario particular Otto Grub sobre los sucesos acaecidos entre el 30 de junio y el 14 de julio de 1934, pág. 2, Archivo Tobias. **255** La obra citada de Schulz, pág. 25; informe de Grub, pág. 4. **256** La obra citada de Schulz, pág. 55. **257** Denuncia contra Dietrich, pág. 4. **258** Ídem. **259** Interrogatorio de Koch, pág. 3. **260** Ídem, pág. 4. **261** Declaraciones de Lippert al *Stuttgarter Zeitung,* 7 de mayo de 1957. **262** *Voelkischer Beobachter,* 1.º de julio de 1934. **263** *Süddeutsche Zeitung,* 30/31 de marzo de 1957, 11 de mayo de 1957, 14 de mayo de 1957; *Frankfurter Rundschau,* 8 de mayo de 1957. **264** Carta de Schreyer, pág. 6. **265** Ídem. **266** Ídem. **267** Véase *Der Roehm-Putsch,* de Bennecke, págs. 87 y 88; listas de muertos según la publicación oficial. **268** *Europaeischer beschichtskalender,* de Schulthess, 1934, pág. 8. **269** Escrito sobre el debate ministerial de 3 de julio de 1934, pág. 8. **270** *Frankfurter Allgemeine Zeitung,* 10 de mayo de 1957. **271** *Der Spiegel,* 15 de mayo de 1957, pág. 29. **272** *Roehm-Putsch,* de Bennecke, pág. 65. **273** *Der Spiegel,* 15 de mayo de 1957, pág. 29. **274** *Claus Graf Stauffenberg* por Joachim Kramarz, pág. 48. **275** La obra citada de Foertsch, págs. 57 y 58. **276** *SS und Polizei im NS-Staat,* de Buchheim, págs. 62 y 63. **277** *Voelkischer Beobachter,* 26 de julio de 1934. **278** La obra citada de Klietmann, pág. 15. **279** La obra citada de

Koehl, pág. 21. **280** Orden del jefe superior SA, 2 de julio de 1934, BDC, carrete de película n.° 85. **281** Orden del jefe superior SA, 14 de julio de 1934, BDC, carrete de película n.° 85. **282** Orden del jefe superior SA, 9 *de agosto de 1934, BDC, carrete de película n.° 85.* **283** Informe del *Sturmführer SA* Hermann Baecke, n.° 3116/34, HA, carrete de película n.° 17. **284** Los sucesos relacionados con la revuelta de Roehm, referidos por el jefe del estandarte 168, 27 de julio de 1934, HA, carrete de película n.° 17. **285** Informe del *Scharführer* Felten al *Sturm* 3/R 168, 2 de julio de 1934, HA, carrete de *película n.° 17.* **286** *Informe del Standartenführer SS* Schulz, 21 de agosto de 1935, RFSS, carrete de película n.° 33. **287** Informe Schulz, págs. 6 y 7, RFSS, carrete de película n.° 33.

7. La Orden

1 La obra citada de Kersten, págs. 304, 305 y 306. **2** La obra citada de Schellenberg, pág. 39. **3** IMT, Doc. 45-SS. **4** *Geburt des Dritten Reiches* (Nacimiento del Tercer Reich) por Konrad Heiden, pág. 29. **5** Según el *Stuttgarter Zeitung,* 30 de junio de 1964. **6** Según el *Frankfurter Allgemeine Zeitung, 30 de junio de 1964.* **7** *Registro de organización del* NSDAP, folio 43/32. **8** Ídem, págs. 435 y 52. **9** *Die Schutzstaffel,* por Himmler, pág. 24. **10** *The Character of Nazi SS* (El carácter de las SS nazis) por Robert Koehl, publicado por el *Journal of Modern History,* setiembre de 1960, pág. 282. **11** Escalafón de los Escalones de Protección del NSDAP, 1945. **12** Ídem, *1944.* **13** *Der Adel im deutschen Offizierkorps* (La aristocracia en el Cuerpo de oficiales alemanes), estudio estadístico, Archivo federal, pág. 12. **14** La obra citada de Georg, pág. 55. **15** *Wie andere Soldaten auch* (Como los demás soldados) por Paul Hausser, Editorial Munin, 1967. **16** Comunicación verbal del señor Felix Steiner, 29 de enero de 1966. **17** La obra citada de Klietmann, pág. 421; *la obra citada de Stein, pág. 13.* **18** *Según afirma* Josef Wulf en *Die SS,* págs. 93 y ss. **19** Escalafón de los Escalones de Protección del NSDAP, 1944. **20** Ídem. **21** Carta de Edda Ciano a Himmler, 2 de setiembre de 1943, RFSS, carrete de película n.° 33. **22** Véase la obra citada de Plum, págs. 198 a 206. **23** Correspondencia entre Himmler y Reeder, *RFSS,* carrete de película *n.° 56.* **24** *Die geheime Front* (El frente secreto) por Walter Hagen (= Wilhelm Hoettl), págs. 141 a 158; escalafón de los Escalones de Protección del NSDAP, 1944. **25** La obra mencionada de Boberach, págs. XXVII y ss. **26** Declaración del *Reiterführer* Von Woykosky-Buedau ante el Tribunal militar internacional, sin fecha, Archivo Tobias. **27** Manifestaciones del *Reiterführer* Von Wogkosky-Budeaus, *sin fecha,* Archivo Tobias. **28** Ídem. **29** *Das Schwarze Korps,* 6 de marzo de 1935. **30** *Süddeutschen Zeitung,* 19 de junio de 1961. **31** Denuncia contra Bach-

Zelewski, pág. 10; *Die Welt,* 24 de diciembre de 1958. 32 La obra citada de Hassell, pág. 359. 33 Comunicación escrita de Frida Faetkenheuer, 13 de noviembre de 1966. 34 Escalafón de los Escalones de Protección del NSDAP, 1944. 35 *Das Schwarze Korps,* 1936. 36 La obra citada de Wheeler-Bennett, pág. 85 y ss. 37 Carta de Berger a Himmler, 2 de julio de 1941, entrevista con el tesoro del Reich Schwarz, Archivo Wulf. 38 Orden SS A n.° 53 del *Reichsführer SS,* 10 de octubre de 1931, BDC, carrete de película n.° 87. 39 Salomon, pág. 477. 40 *Ein Leben* (Una vida) por Emil Helfferich, vol. IV, págs. 26 y 27. 41 La obra citada de Helfferich, pág. 15. 42 Ídem, pág. 26. 43 Ídem, pág. 25. 44 Ídem, pág. 27; *Deutschland-Report* por Bernt Engelmann, págs. 91, 92 y 93. 45 La obra citada de Engelmann, pág. 69; *Der Freundeskreis Himmler* (El círculo Himmler) por Michael H. Kater, pág. 2. 46 La obra citada de Helfferich, pág. 28. 47 La obra citada de Kater, pág. 7. 48 La obra citada de Helfferich, pág. 28; la obra citada de Kater, pág. 8. 49 La obra citada de Engelmann, pág. 92. 50 *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, pág. 190. 51 Ídem. 52 Orden de Wittje para los sectores SS IX y XVIII, 1.° de marzo de 1933, HA, carrete de película n.° 17. 53 Declaración del FM Wilhelm Echemann, 1.° de enero de 1934; carta de Himmler referente a la prohibición de propaganda escrita *FM,* 15 de noviembre de 1933; ambos en el BDC, carrete de película n.° 10. La obra citada de Neusüss-Hunkel, pág. 17. 54 Carta de Himmler referente a las condecoraciones para socios patrocinadores, 7 de agosto de 1933; carta de Wittje a todos los relatores de Prensa en los sectores SS, 7 de abril de 1934; registro de socios FM, sin fecha; ejemplares de la revista *FM;* todos BDC, carrete de película n.° 10. La obra citada de Knoebel, pág. 4. 55 Carta de Pohl a Schwarz, sin fecha (fines de 1936, aproximadamente), RFSS, carrete de película n.° 131. 56 Carta de Berger a Himmler, 2 de julio de 1941, entrevista con el tesorero del Reich Schwarz, Archivo Wulf. 57 Enjuiciamiento político del inspector criminalista Heinrich Müller, distrito Munich/Alta Baviera, 4 de enero de 1937, Archivo Wulf. 58 Ídem. 59 Escrito de la Dirección general de Seguridad del Reich a la ayudantía del *Reichsführer SS,* 19 de enero de 1943, RFSS, carrete de película n.° 56; *Die SS,* de la Dirección general de Seguridad del Reich a la ayudantía del *Reichsführer SS,* 19 de enero de 1943, RFSS, acrrete de película n.° 56; *Die SS,* de Wulf, pág. 79. 61 IMT, vol. XXIX, pág. 210. 62 Ídem. 63 Ídem. 64 IMT, vol. XXIX, pág. 212. 65 Informe del *Standartenführer SS Schulz,* 21 de agosto de 1935, RFSS, carrete de película n.° 33. 66 *Das Schwarze Korps,* 22 de mayo de 1935. 67 Informe del *Standartenführer SS* Schulz, 21 de agosto de 1935, RFS, carrete de película n.° 33. 68 La obra citada de Knoebel, pág. 38. 69 Ídem, pág. 23. 70 IMT, vol. XXIX, pág. 210. 71 La obra citada de Knoebel, pág. 19. 72 Ídem, pág. 23. 73 Carta de Himmler a Berger, 2 de octubre de 1943, RFSS, carrete de película n.° 128; carta de Berger a Himmler, 22 de octubre de 1943, RFSS, carrete de película n.° 128. 74 *Die SS,* de Reitliger, pág. 64. 75 La obra citada de Schellenberg, pág. 39. 76 La obra citada de Paetel, pág. 16. 77 *Brockhaus' Conversations-Lexikon,* Leipzig, 1885. 78 *OMGUS, Public Safety Branch,* estudio esquemático sobre la es-

tructuración de las organizaciones delictivas nazis, diciembre de 1947. 79 *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 193. 80 Véase capítulo 15. 81 *OMGUS*, estudio esquemático sobre la estructuración de las organizaciones delictivas nazis. 82 Experiencias obtenidas durante los viajes oficiales de inspección, conferencia del *Gruppenführer* Zech ante la asamblea de *Gruppenführer* celebrada en Berlín del 23 al 25 de enero de 1939, RFSS, carrete de película n.° 17. 83 Ídem. 84 Ídem. 85 La obra citada de Knoebel, pág. 15. 86 Ídem. 87 Ídem., págs. 15, 16 y 17. 88 La obra citada de Besgen, pág. 75. 89 IMT, vol. XXIV, pág. 211. 90 Ídem. 91 La obra citada de Knoebel, pág. 15; IMT, vol. XXIX, pág. 211. 92 El camino del militante SS, según las directrices establecidas por Himmler, sin fecha (1935, aproximadamente), págs. 15 y 27, RFSS, carrete de película n.° 155. 93 La obra citada de Helfferich, pág. 36. 94 El camino del militante SS, págs. 13 y 27, RFSS, carrete de película n.° 155. 95 Ídem, págs. 16, 19 y 23. 96 Ídem, pág. 5. 97 Orden sobre compromiso matrimonial y esponsales en: *Uns ist der Kampf*, sin fecha, (1942, aproximadamente), RFSS, carrete de película n.° 161. 98 Pensamientos sobre jurisdicción, conferencia de Scharfe, asamblea de *Gruppenführer* en Berlín entre el 23 y el 25 de enero de 1939, RFSS, carrete de película n.° 17. 99 Conferencia de Scharfe, págs. 7 y 8, RFSS, carrete de película n.° 17. 100 La ley sobre el honor de las SS en: *Uns ist der Kampf*, sin fecha (1942, aproximadamente), RFSS, carrete de película n.° 161. 101 Escrito de Himmler al Tribunal SS, 26 de julio de 1938, RFSS, carrete de película n.° 128. 102 Interrogatorio del *Hauptsturmführer* Günther Bleyl en la causa Buchholt, 22 de junio de 1943; observación de Bleyl, 22 de junio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 131. 103 Neusüss-Hunkel analiza minuciosamente ese aspecto de la cuestión en su obra ya citada, pág. 21. 104 Volante especificando las condiciones para otorgar el anillo SS de la calavera, 1.° de agosto de 1939, RFSS, carrete de película n.° 15; Escalafón de los Escalones de Protección del NSDAP, 1944. 105 La obra citada de Neusüss-Hunkel, pág. 22. 106 Escalafón de los Escalones de Protección del NSDAP, 1944. 107 La obra citada de Besgen, pág. 75. 108 La obra citada de Knoebel, pág. 50. 109 Oficio a Pohl, 17 de julio de 1937, Archivo Wulf. 110 Ídem. 111 Ídem. 112 Comunicación verbal del alcaide Rupprecht. 113 Ídem. 114 La obra citada de Trevor-Roper, pág. 30. 115 Comunicación verbal del alcaide Rupprecht. 116 Ídem. 117 *Geschichte der Wewelsburg* (Historia de Wewelsburg) por W. Segin, pág. 14. 118 La obra citada de Segin, pág. 10. 119 La obra citada de Frischauer, pág. 67. 120 *Wo Himmler residieren wollte?* (¿Dónde quería residir Himmler?) por Heiner Lichtenstein, Radiodifusión de Alemania occidental, 30 de enero de 1965, guión, págs. 15 y 16. 121 La obra citada de Lichtenstein, págs. 3 y 6. 122 Diccionario Meyer, vol. XI, pág. 246. 123 La obra citada de Enno Georg, pág. 22; este Taubert no es el director de Exposiciones y Ferias GmbH de la industria editorial alemana, llamado también Sigfred Taubert. 124 Ídem. 125 La obra citada de Segin, pág. 44. 126 Hoy día los habitantes de Wewelsburg recuerdan aún ese rumor. 127 La obra citada de Georg, pág. 22. 128 IMT, vol. XXIX, pág. 225. 129 La obra citada de Georg, pág. 21. 130 IMT, vol. XXIX, pág. 225;

la obra citada de Georg, pág. 21. **131** IMT, vol. XXIX, pág. 225. **132** La obra citada de George, pág. 23. **133** *Die SS,* de Wulf, pág. 18. **134** *Das Schwarze Korps,* julio de 1937. **135** La obra citada de Georg, pág. 23. **136** La obra citada de Helfferich, pág. 31. **137** La obra citada de Besgen, pág. 76. **138** Ídem, pág. 74. **139** La obra citada de Neusüss-Hunkel, pág. 119. **140** Ídem, pág. 71. **141** Conferencia de Zech, págs. 7 y 8, RFSS, carrete de película n.° 17. **142** Experiencias adquiridas en el adoctrinamiento, conferencia del *Standartenführer* doctor Caesar, asamblea de *Gruppenführer* en Berlín, 25 de enero de 1939, RFSS, carrete de película n.° 17. **143** Ídem. **144** *Der Weg des SS-Mannes,* págs. 6 y 7. **145** La obra citada de Knoebel, pág. 21. **146** Discurso de Himmler el 8 de noviembre de 1936. **147** La obra citada de Knoebel, pág. 31. **148** Ídem, págs. 30 y 31. **149** *Die Schutzstaffel als antibolchewistische Kampforganisation* por Himmler, pág. 22. **150** Discurso de Himmler, 8 de noviembre de 1936, RFSS, carrete de película n.° 89. **151** La obra citada de Knoebel, pág. 22. **152** Ídem. **153** Ídem. **154** Ídem. **155** Ídem, pág. 35. **156** Ídem, pág. 36. **157** Ídem. **158** Comunicación verbal del antiguo *Obergruppenführer* Wilhelm Bittrich, 29 de enero de 1966. **159** Número de matrimonios e hijos en los SS, índices registrados el 1.° de enero de 1939, corroborados por el Estado Mayor personal de Himmler, RFSS, carrete de película n.° 25. **160** *Zwei Jahre Lebensborn-Arbeit,* conferencia del *Standartenführer* doctor Ebener, asamblea de *Gruppenführer* en Berlín, 25 de enero de 1939, RFSS, carrete de película n.° 17. **161** Ídem. **162** La obra citada de Knoebel, pág. 41. **163** Véase el esquema estadístico del Archivo federal, *Der Adel im deutschen Offiziers Korps,* pág. 12. **164** *Verwaltungs- und Wirtschaftslagel Ende 1936,* informe del *Brigadeführer* Pohl, pág. 2, RFSS, carrete de película n.° 131. **165** Ídem. **166** Informe anual de la Secretaría de personal SS, pág. 2, RFSS, carrete de película n.° 17. **167** Ídem, pág. 3. **168** Informe analítico sobre la escuela de Mandos SS Munich-Dachau, anexo al informe anual de la Secretaría de personal SS, pág. 4, RFSS, carrete de película n.° 17. **169** *Es greschah in Deutschland* (Sucedió en Alemania) por el conde Lutz Schwerin von Krosigk, pág. 250. **170** *Der Kampf als inneres Erlebnis,* de Ernst Jünger, pág. 78. **171** *Der Krieg und das Recht* (La guerra y el Derecho) por el doctor Werner Best en *Jünger, Krieg und Krieger,* 1930. **172** La obra citada de Best, pág. 152. **173** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 288. **174** Ídem, pág. 289. **175** Ídem, pág. 287.

8. Heydrich y la Gestapo

1 *Die SS,* de Wulff, págs. 45 y 46. **2** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 67. **3** Centro de Información NS, expediente sobre el origen racial del teniente de navío, retirado forzoso, Reinhardt Heydrich, 22 de junio de 1932, Archivo Wulf. **4** Ídem, pág. 1. **5** La obra citada de Burckhardt, pág. 57. **6** La obra citada de Hagen (Hoettl), págs. 20 y 21. **7** La obra citada de Kersten, pág. 128. **8** *Eichmann und Komplizen,* de Kempner, pág. 37. **9** La obra citada de Fest, pág. 446. **10** La obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 21; la obra citada de Fest, pág. 444. **11** La obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 21. **12** *Canaris* por Karl Heinz Abshagen, págs. 140 y 148. **13** *Eichmann und Komplizen,* pág. 37. **14** La obra citada de Wighten, pág. 24. **15** La obra citada de Aronson, pág. XLVI. **16** Comunicación verbal del señor Aronson, 24 de enero de 1966. **17** *Die Eudloesung,* de Reitlinger, pág. 15. **18** Según el artículo de Ulrich Popplow: publicado en *Olympisches Feuer,* agosto de 1963, pág. 14. **19** *Die SS,* de Reitlinger, pág. 43. **20** *Theresienstadt, 1941-1945* por B. G. Adler, pág. 645. **21** La obra citada de Kersten, pág. 129. **22** La obra citada de Burckhardt, pág. 55. **23** Ídem, pág. 57. **24** *Deutschland unterm Hakenkreuz* (Alemania bajo la cruz gamada) por Michael Freund, pág. 336. **25** La obra citada de Kersten, pág. 130. **26** Comunicación verbal del señor Bruno Streckenbach, 21 de enero de 1966. **27** La obra citada de Popplow, pág. 15. **28** Ídem. **29** Ídem, pág. 18. **30** Serie Nebe, 9 de febrero de 1950. **31** Ídem. **32** Comunicación verbal del señor Streckenbach, 21 de enero de 1966. **33** La obra citada de Kersten, pág. 119; serie Nebe, 9 de enero de 1950. **34** Ídem, pág. 118. **35** Ídem. **36** La obra citada de Fest, pág. 141. **37** La obra citada de Popplow, pág. 16. **38** La obra citada de Fest, pág. 139. **39** Declaraciones de Rudolf Diels al *Frankfurter Allgemeine Zeitung,* 9 de mayo de 1957. **40** La obra citada de Wighton, págs. 93 y 94. **41** La obra citada de Burckhardt, pág. 56. **42** Serie Nebe, 9 de febrero de 1950, pág. 23. **43** La obra citada de Aronson, pág. 1. **44** La obra citada de Wighton, pág. 27. **45** Ídem, pág. 29. **46** La obra citada de Abshagen, pág. 77. **47** Ídem, págs. 146 y 147. **48** Ídem, pág. 58. **49** La obra citada de Aronson, págs. 23 y 42. **50** La obra citada de Abshagen, págs. 146 y 147. **51** La obra citada de Aronson, pág. 38. **52** La obra citada de Wighton, pág. 33. **53** La obra citada de Aronson, pág. 31. **54** Ídem, pág. 43; serie Nebe, 9 de febrero de 1950. **55** La obra citada de Aronson, pág. 46; *Himmler,* de Manvell-Fraenkel, pág. 26. **56** La obra citada de Aronson, pág. 47; serie Nebe, 9 de febrero de 1950, pág. 23. **57** Ídem; la obra citada de Wighton, pág. 34. **58** La obra citada de Aronson, pág. 48. **59** *Der Spiegel,* n.° 9/1950, pág. 42. **60** Ídem, pág. 61. **61** Ídem, pág. 42. **62** La obra citada de Wighton, pág. 34. **63** La obra citada de Aronson, pág. 51. **64** Comunicación verbal del señor Streckenbach, 21 de enero de 1966. **65** La obra citada de Wighton, pág. 34. **66** La obra

citada de Hagen (Hoettl), pág. 41. **67** La obra citada de Aronson, pág. 51. **68** Serie Nebe, 9 de febrero de 1950, pág. 23. **69** Ídem. **70** *Los SS*, de Wulf, pág. 44. **71** Ídem. **72** La obra citada de Aronson, págs. 86 y 87. **73** Ídem, pág. 87. **74** Ídem, pág. 86. **75** Ídem, pág. 87. **76** Ídem, pág. 89; serie Nebe, 9 de febrero de 1950, pág. 25. **77** La obra citada de Aronson, pág. 98. **78** Ídem, pág. 92. **79** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 33. **80** La obra citada de Aronson, pág. 89. **81** Ídem. **82** Ídem, pág. 98. **83** Escalafón de los Escalones de Protección del NSDAP. **84** La obra citada de Kersten, pág. 131. **85** La obra citada de Schellenberg, pág. 36. **86** La obra citada de Kersten, pág. 130. **87** Ídem. **88** La obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 86. **89** *Politische Polizei* (Policía política) por Alfred Schweder, pág. 145. **90** *Die Deutsche Polizei* (La Policía alemana) por Werner Best. pág. 29. **91** La obra citada de Best, pág. 44. **92** *Die SS*, de Wulf, pág. 55. **93** Ídem. **94** *Anatomie des SS-Staates* por Wulf, vol. I, pág. 40. **95** Ídem, pág. 41. **96** Ídem. **97** Ídem, págs. 41 y 42. **98** Ídem, pág. 42. **99** *Anatomie des SS-Staates* por Broszat, vol. II, pág. 18. **100** Ídem, págs. 12 y 13. **101** IMT, vol. XXIX, pág. 217. **102** *Anatomie des SS-Staates* por Broszat, vol. II, pág. 34. **103** Ídem, pág. 45. **104** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 6. **105** *SS und Polizei im NS-Staat* por Buchheim, pág. 62. **106** La obra citada de Aronson, pág. 175. **107** Ídem. **108** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 68. **109** La obra citada de Aronson, pág. 16. **110** Ídem, pág. 177. **111** Ídem, pág. 154 y ss.; escalafón de los Escalones de Protección del NSDAP, 1935. **112** La obra citada de Aronson, págs. 154 y 155; comunicación verbal del señor Streckenbach, 21 de enero de 1966. **113** La obra citada de Aronson, pág. 155. **114** Dictamen político del inspector criminalista Heinrich Müller, distrito Munich-Alta Baviera, 4 de enero de 1934, Archivo Wulf. **115** Ídem. **116** Ídem. **117** Dictamen político de Müller, grupo local de Passing, 28 de diciembre de 1936. Archivo Wulf. **118** La obra citada de Aronson, pág. 117. **119** Ídem, págs. IX y X. **120** Escalafón de los Escalones de Protección del NSDAP, 1934. **121** Informe de Kaltenbrunner (Archivo Peter), *Spiegelbild einer Verschwoerung*, pág. 245. **122** El informe citado de Kaltenbrunner, pág. 244; serie Nebe, 17 de noviembre de 1949, pág. 23. **123** Ídem, pág. 244. **124** Ídem, pág. 240; serie Nebe, 17 de noviembre de 1949, pág. 23. **125** Serie Nebe, 17 de noviembre de 1949, pág. 24. **126** Serie Nebe, 17 de noviembre de 1949, pág. 25. **127** La obra citada de Aronson, pág. 236/236c. **128** *Jünger, Krieg und Krieger*, pág. 152. **129** Ídem, pág. 157. **130** Ídem, págs. 153 y 158. **131** La obra citada de Horkenbach, vol. II, pág. 364. **132** La obra citada de Horkenbach, vol. II, pág. 346. **133** La obra citada de Aronson, págs. 249 y 250. **134** La obra citada de Aronson, pág. IX-XC, 253; comunicación verbal del doctor Werner Best, 5 de febrero de 1966. **135** Comunicación verbal del doctor Werner Best. **136** IMT, vol. XXI, pág. 554. **137** *SS und Polizei im NS-Staat* por Buccheim, págs. 32 a 34. **138** La obra citada de Aronson, pág. 137. **139** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 39; *Die Politische Polizei in Preussen* (La policía política en Prusia) por Helmut Schlierbach, pág. 48; la obra citada de Aronson, pág. 294. **140** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, págs. 40, 43 y 39. **141** La obra citada de

Schlierbach, pág. 53. **142** La obra citada de Schlierbach, págs. 41 y 42. **143** *Wandlungen unseres Kampfes* (Alternativas de nuestra lucha) por Reinhard Heydrich, págs. 4, y 14. **144** La obra citada de Aronson, pág. 380 y ss.; al respecto, también la obra del doctor Werner Best: *Die Deutsche Abwehrpolizei bis 1945*, pág. 25 y ss. **145** La obra citada de Aronson, pág. 382. **146** Ídem, pág. 382. **147** Ídem, pág. 384. **148** Ídem, pág. 385. **149** Ídem. **150** La obra citada de Aronson, pág. 384. **151** Ídem. **152** La obra citada de Schweder, pág. 14. **153** Policía política, memorándum del comisario criminalista Wendzio, pág. 7, RFSS, carrete de película n.º 432. **154** Oficio de Heydrich a todas las jefaturas de la Policía gubernativa, 7 de julio de 1938, RFSS, carrete de película n.º 491. **155** Ídem. **156** La obra citada de Diels, págs. 160 y 167; la obra citada de Aronson (pág. 140) calcula 35 hombres aproximadamente para el año 1933. **157** *SS und Polizei im NS-Staat*, pág. 79; la obra citada de Schlierbach, pág. 61. **158** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 176. **159** *Die Deutsche Abwehrpolizei*, de Best, pág. 44. **160** *Wesen der Geheimen Staatspolizei* (Naturaleza de la Policía secreta gubernativa), obra de autor anónimo, sin fecha, RFSS, carrete de película n.º 432. **161** Ídem. **162** Escrito de Best a los gobernadores civiles y jefes de policía, 26 de julio de 1937, RFSS, carrete de película n.º 403. **163** *Wesen der beheimen Staatspolizei.* **164** *Anatomie des SS-Staates* por Broszat, vol. II, pág. 47. **165** Ídem, pág. 50. **166** Comunicación verbal del señor Werner von Haacke. **167** IMT, vol. XX, pág. 439. **168** IMT, vol. XX, págs. 439, 493 y 494. **169** *Anatomie des SS-Staates* por Broszat, vol. II, pág. 50. **170** Ídem. **171** IMT, vol. XX, pág. 498. **172** IMT, vol. XX, págs. 499 y 500. **173** IMT, vol. XX, pág. 501. **174** Ídem. **175** La obra citada de Aronson, págs. 257 y 272. **176** La obra citada de Diels, pág. 310; comunicación verbal del señor Werner von Haacke. **177** La obra citada de Diels, pág. 396. **178** La obra citada de Diels, pág. 400; *Der Richter im Dritten Reich* (El juez en el Tercer Reich) por Hubert Schorn, págs. 672 y 673. **179** Comunicación verbal del doctor Schaeffer, 24 de enero de 1966. **180** La obra citada de Diels, pág. 309. **181** La obra citada de Schorn, págs. 107 y 642; *Anatomie des SS-Staates* por Broszat, vol. II, págs. 44 y 45. **182** *Zur Perversion der Strafjustiz im Dritten Reich* (Hacia la perversión de la justicia penal en el Tercer Reich) por Martin Broszat, publicada en: *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, octubre de 1958, pág. 390. **183** La obra citada de Schorn, pág. 11. **184** *Zur Perversion...* por Broszat, pág. 392; la obra citada de Schorn, pág. 193. **185** *Im Angesicht des Galgens* (Cara al patíbulo) por Hans Frank, pág. 160. **186** La obra citada de Frank, pág. 161. **187** *Anatomie des SS-Staates* por Broszat, vol. 2, pág. 46. **188** La obra citada de Schorn, pág. 80. **189** La obra citada de Schorn, pág. 91. **190** La obra citada de Plum, págs. 200 y 201. **191** La obra citada de Plum, pág. 202. **192** Oficio circular de Best a todos los servicios de la Policía secreta gubernativa, 5 de agosto de 1935, RFSS, carrete de película n.º 239. **193** *Die Deutsche Polizei*, de Werner Best, pág. 26. **194** *Wehrmacht und Nationalsozialismus* (Fuerzas armadas y nacionalsocialismo) por Helmut Krausnick, publicada en: *Das Parlament*, 9 de noviembre de 1955, pág. 672. **195** La obra citada de Plum, págs. 198 y 206. **196** La obra citada de Plum,

pág. 200. **197** La obra citada de Plum, pág. 198. **198** La obra citada de Aronson, pág. 372; la obra citada de Plum, pág. 221. **199** La obra citada de Plum, pág. 221. **200** Ídem, pág. 198. **201** Ídem, págs. 213 y 214. **202** *SS und Polizei im NS-Staat,* de Buchheim, págs. 42 y 43. **203** La obra citada de Schlierbach, pág. 55; *SS und Polizei im NS-Staat,* de Buchheim, pág. 44. **204** La obra citada de Plum, pág. 203. **205** La obra citada de Neufeldt, pág. 9. **206** La obra citada de Neufeldt, pág. 17. **207** La obra citada de Neufeldt, pág. 14. **208** La obra citada de Neufeldt, pág. 15. **209** La obra citada de Neufeldt, pág. 16. **210** La obra citada de Neufeldt, pág. 17; la obra citada de Schlierbach, pág. 82. **211** *SS und Polizei im NS-Staat,* de Buchheim, pág. 55.

9. El SD

1 *Anatomie des SS-Staates* por Broszat, vol. II, pág. 81. **2** Ídem. **3** Ídem, *Perversion der strafjustiz* por Broszat, pág. 395. **4** Serie Nebe, 24 de noviembre de 1949, pág. 28. **5** *Die Deutsche Polizei,* de Best, pág. 37. **6** Ídem. **7** Ídem, pág. 38. **8** Eso lo afirma también Best en *Die Deutsche Polizei,* pág. 37. **9** *Die Deutsche Polizei,* pág. 38. **10** *Perversion der Strafjustiz...,* por Broszat, pág. 395. **11** Ídem. **12** Ídem. **13** La obra citada de Neufeldt, pág. 25. **14** La obra citada de Neufeldt, pág. 21. **15** *Die Deutsche Abwehrpolizei,* de Best, págs. 29 y 30; *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 64. **16** *Die Deutsche Abwehrpolizei,* de Best, pág. 29. **17** Registro de direcciones para todos los asuntos confidenciales, 10 de mayo de 1941, RFSS, carrete de película n.° 463; *Kirchenkampf in Deutschland, 1933-1934* (Lucha religiosa en Alemania, 1933-1934) por Friedrich Zipfel, pág. 148. **18** *SS und Polizei im NS-Staat* por Buchheim, págs. 52 y 53. **19** *Die Deutsche Polizei,* de Best, pág. 21. **20** La obra citada de Schweder, pág. 156. **21** La obra citada de Schlierbach, págs. 88/93. **22** *Wesen der beheimen Staatspolizei,* sin fecha, RFSS, carrete de película n.° 432. **23** *Anatomie des SS-Staates* por Broszat, vol. II, pág. 37. **24** *Anatomie des SS-Staates* por Broszat, vol. II, págs. 78 y 79. **25** *Perversion der strafjustiz...* por Broszat, pág. 391. **26** Ídem, pág. 395. **27** *Anatomie des SS-Staates* por Broszat, vol. II, págs. 82, 83 y 84; *Die Deutsche Polizei,* de Best, págs. 39 y 40. **28** La obra citada de Kogon (1965), pág. 34. **29** La obra citada de Henkys, pág. 47. **30** La obra citada de Henkys, págs. 47, 48 y 50. **31** IMT, vol. XX, pág. 150. **32** La obra citada de Schlierbach, pág. 61. **33** Asimismo, Kogon (pág. 40) asume erróneamente que el inspector KL fue creado por Heydrich y que Eicke residió en el n.° 7 de la Prinz-Albrecht-Strasse. Realmente, Eicke estableció su residencia oficial en la Friedrichstrasse, 129, bloque F, Berlín NW7; véase *Anatomie des SS-Staates,* por Broszat, vol. II, pág. 73. **34** IMT, vol. XX, pág. 18. **35** *Anatomie*

des SS-Staates, por Broszat, vol. II, pág. 18. **36** La obra citada de Aronson, págs. 171 y 172. **37** La obra citada de Aronson, pág. 171. **38** *Anatomie des SS-Staates* por Broszat, vol. II, pág. 56. **39** *Teufel und Verdammte* (Demonios y condenados) por Benedikt Kautsky, págs. 91 y 92. **40** *Anatomie des SS-Staates* por Broszat, vol. II, págs. 64 y 65. **41** *Anatomie des SS-Staates* por Broszat, vol. II, págs. 57 y 58. **42** *Kommandant in Auschwitz* por Rudolf Hoes, pág. 58. **43** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, págs. 192 y 154. **44** Ídem, vol. I, pág. 192. **45** *Anatomie des SS-Staates* por Broszat, vol. II, págs. 75 y 77. **46** Ídem, vol. II, pág. 64. **47** Ídem, vol. II, pág. 63. **48** Ídem, vol. II, pág. 60. **49** La obra citada de Kautsky, pág. 87. **50** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 198. **51** Ídem. **52** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 199. **53** Ídem. **54** La obra citada de Neufeldt/Tessin, pág. 8. **55** La obra citada de Neufeldt, pág. 5. **56** La obra citada de Neufeldt, pág. 36. **57** *SS und Polizei im NS-Staat* por Buchheim, pág. 91. **58** La obra citada de Neufeldt, entre otras, pág. 76. **59** Ídem, pág. 42. **60** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, págs. 94 y 95; carta de Pflomm a Bracht, 18 de febrero de 1943; carta de Pflomm a Wolff, 3 de abril de 1943, RFSS, carrete de película n.º 31. **61** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 108. **62** Ídem, vol. I, pág. 93. **63** Carta de Pflomm a Bracht, 18 de febrero de 1943; *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 94. **64** Serie Nebe, 1.º de diciembre de 1949, pág. 22. **65** Ídem. **66** *Wesen der beheimen Staatspolizei*, pág. 5. **67** IMT, vol. XX, pág. 148. **68** Véase capítulo 4. **69** Organización ilegal de servicios informativos (informe facilitado probablemente por la Dirección de Policía en Munich), 31 de marzo de 1937, págs. 9 y 10, RFSS, carrete de película n.º 467. **70** Organización ilegal de servicios informativos, págs. 5 y 6. **71** Ídem, pág. 6. **72** Ídem, pág. 3. **73** Ídem, pág. 6. **74** Ídem, pág. 7. **75** *Die SS*, de Wulf, pág. 118. **76** Protocolo de interrogatorios, Adolf Eichmann, vol. I, folio 44. **77** *Wie kam es zu meinem Russlandeinsatz?* Declaración de Otto Ohlendorf durante su proceso, sin fecha, archivo privado de la Sra. Kaethe Ohlendorf. **78** La obra citada de Aronson, pág. 250. **79** La obra citada de Aronson, págs. 279 y 280. **80** La obra citada de Aronson, págs. 281 y 282. **81** La obra citada de Kogon (1965), pág. 23. **82** La obra citada de Aronson, págs. 280 y 281. **83** La obra citada de Aronson, pág. 332. **84** Sobre la psicología de la *élite* SD véase la obra de Zipfel, págs. 165 y ss. **85** La obra citada de Schorn, pág. 29. **86** La obra citada de Laqueur, pág. 199. **87** Declaración de Ohlendorf, 8 de octubre de 1947, Acta del Tribunal militar, n.º II A, caso IX. **88** Declaración de Ohlendorf, pág. 497. **89** Ohlendorf a la Sra. Kaethe Ohlendor, 6 de febrero de 1934, registro de documentos Ohlendorf Ia, proceso Ohlendorf. **90** Declaración de Ohlendorf, pág. 499. **91** La obra citada de Aronson, pág. 343; declaración de Ohlendorf, págs. 499/500. **92** La obra citada de Aronson, pág. 269. **93** La obra citada de Aronson, pág. 232. **94** Ídem, pág. 271. **95** Comunicación verbal del profesor Reinhard Hoehn, 15 de noviembre de 1966. **96** La obra citada de Aronson, pág. 355. **97** La obra citada de Delarue, pág. 208. **98** La obra citada de Aronson, pág. 360; la obra citada de Schellenberg, pág. 12. **99** Comunicación verbal del doctor

Werner Best, 5 de febrero de 1966. **100** *Heinhard Heydrich*, de Werner Best, pág. 3. **101** La obra citada de Schorn, pág. II. **102** IMT, vol. XX, pág. 208; escrito de Schellenberg, 4 de abril de 1939, RFSS, carrete de película n.° 239. **103** *IMT*, vol. *XX*, *pág*. *158*. **104** La obra citada de Aronson, pág. 360. **105** La obra citada de Aronson, pág. 275. **106** La obra citada de Aronson, págs. 96 y 87; *Die SS*, de Wulf, pág. 43. **107** La obra citada de Aronson, pág. 344. **108** Ídem, pág. 94; **109** Ídem, pág. 94. **110** Ídem, pág. 93. **111** Ídem, pág. 355. **112** La obra citada de Boberach, pág. 13. **113**. La obra citada de Aronson, pág. 346. **114** Ídem, pág. 75. **115** La obra citada de Zipfel, pág. 379. **116** La obra citada de Zipfel, págs. 383 y 384. **117** La obra citada de Zipfel, pág. 384. **118** La obra citada de Zipfel, pág. 383. **119** IMT, vol. XX, pág. 216. **120** La obra citada de Boberach, pág. XXIV. **121** La obra citada de Schlierbach, pág. 85. **122** *Politische Polizei*, de Wenzie, RFSS, carrete de película n.° 342. **123**. Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, pág. 76. **124** Sistema de valoración concebido por Schellenberg para el negociado VI (RSHA), 10 de agosto de 1942, RFSS, carrete de película n.° 463. **125** *Die SS*, de Wulf, pág. 123. **126** La obra citada de Aronson, pág. 332. **127** La obra citada de Aronson, pág. 333. **128** IMT, vol. XXIX, pág. 322. **129** Oficio del subsector del SD de Coblenza al Servicio exterior del SD de Coblenza, 25 de noviembre de 1937, RFSS, carrete de película n.° 269. **130** Oficio del sector del SD Sudoeste a la Dirección general del SD, 27 de mayo de 1936, RFSS, carrete de película n.° 509. **131** La obra citada de Zipfel, págs. 301-304. **132** Oficio circular de la Dirección general del SD (Ponencia II, 112) a todos los sectores, 21 de marzo de 1937, RFSS, carrete de película n.° 411. **133** Escrito de Grillenberg al departamento I de la Dirección general SD, 26 de enero de 1938, RFSS, carrete de película n.° 461. **134** *Die SS*, de Wulf, págs. 124, 125 y 126. **135** Anotación de la ponencia II 112, 29 de diciembre de 1937, RFSS, carrete de película n.° 411. **136** Anotación de Hagen, sin fecha (1937/1938, aproximadamente), RFSS, carrete de película n.° 411. **137** Anotación de Hagen, 8 de enero de 1938, RFSS, carrete de película n.° 411. **138** Comunicación verbal del señor Gunter D'Alquen, 30 de junio/1.° de julio de 1966. **139** Ídem. **140** Ídem. **141** Ídem. **142** *Die SS*, de Wulf, págs. 108 y 109. **143** *Das Schwarze Korps*, 21 de enero de 1937. **144** Ídem, 27 de agosto de 1935. **145** Ídem, 28 de mayo de 1936. **146** Ídem, 5 de junio de 1935, 22 de abril de 1937. **147** Ídem, 27 de agosto de 1936. **148** Ídem, 18 de febrero de 1937. **149** Escrito de la redacción de *Das Schwarze Korps*, 21 de junio de 1938, RFSS, carrete de película n.° 509. **150** Carta de Paul Koch a la redacción de *Das Schwarze Korps*, 7 de junio de 1938; carta de *Das Schwarze Korps* a Six, 21 de junio de 1938; escrito de la ponencia II 112 al *Das Schwarze Korps*, 8 de julio de 1938, RFSS, carrete de película n.° 509. **151** Nota de *Aus Den Ruthen* para la Dirección general SD, 14 de abril de 1938; escrito de la ponencia II 112 a Aus Den Ruthen, 21 de abril de 1938, RFSS, carrete de película n.° 509. **152** Observación de Hagen, 17 de junio de 1938, RFSS, carrete de película 509. **153** *Das Schwarze Korps*, 16 de julio de 1936. **154** Ídem, 7 de agosto de 1935. **155** Ídem, 5 de enero de 1939. **156** Ídem, 13 de febrero de 1941. **157** Ídem, 11 de julio de 1940.

158 Carta de D'Alquen a Ohlendorf, 25 de setiembre de 1942, RFSS, carrete de película n.° 275. 159 Reacción del negociado III-RSHA ante el escrito de D'Alquen fechado el 25 de setiembre de 1942, RFSS, carrete de película n.° 275. 160 Actitud del negociado III-RSHA, pág. 7. 161 Carta de D'Alquen a Ohlendorf, 22 de julio de 1942, RFSS, carrete de película n.° 275. 162 Carta de Ohlendorf a D'Alquen, 14 de agosto de 1942, RFSS, carrete de película n.° 275. 163 Ídem.

10. La Dirección general del Servicio de Seguridad del Reich

1 Pensamientos fundamentales para una nueva estructuración concebida por Schellenberg, sin fecha (verano de 1939, aproximadamente), RFSS, carrete de película n.° 432. 2 La obra citada de Boberach, págs. XIII y XIV. 3 La obra citada de Boberach, pág. XIV. 4 *Die Eigenstaendigkeit des Sicherheitsdienstes* (La individualidad del Servicio de Seguridad), sin fecha, RFSS, carrete de película n.° 239. 5 La obra citada de Wighton, pág. 115. 6 Ídem; *Hamburger Morgenpost*, 3 de febrero de 1965. 7 Ídem. 8 Ídem. 9 La obra citada de Wighton, pág. 117. 10 *Hamburger Morgenpost*, 3 de febrero de 1965; la obra citada de Wighton, pág. 117. 11 *Wilhelm Canaris*, de Werner Best, pág. 6. 12 Cartas de Hagen y Eichmann, 4 de noviembre de 1937, RFSS, carrete de película n.° 411. 13 Ídem. 14 Cartas de Hagen y Eichmann, 4 de noviembre de 1937. 15 La obra citada de Abshagen, pág. 94. 16 La obra citada de Abshagen, págs. 19, 51, 68 y 139. 17 *Die Tragoedie der deutsche Abwehr* (La tragedia de la Seguridad militar alemana) por Karl Bartz, pág. 80. 18 La obra citada de Abshagen, pág. 147. 19 *Die deutsche Abwehrpolizei*, de Werner Best, págs. 19, 19a y 19b. 20 *Wilhelm Canaris*, de Best, pág. 6; *Der deutsche Geheimdiens* (El Servicio secreto alemán) por Gerd Buchheit, págs. 158 y ss. 21 La obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 57. 22 La obra citada de Delarue, pág. 178. 23 La obra citada de Schellenberg, pág. 48. 24 Ídem, pág. 49. 25 Ídem, pág. 50. 26 La obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 54; *Braver, dummer Klim*, artículo publicado en *Der Spiegel*, 8 de noviembre de 1961, pág. 68. 27 *Die Rote Armee* (El Ejército rojo), B. H. Liddell Hart (Editor), págs. 75 y 76. 28 *Die politische Lage in der Rote Armee* (La situación política en el Ejército rojo), publicada por el jefe de la Dirección general del SD, 1938, RFSS, carrete de película n.° 467. 29 *Die Welt*, 4 de enero de 1962. 30 *Der Fall Tuchatschewski* por Karl Spalcke, publicado en *Die Gegenwart*, 25 de enero de 1958. 31 *Der Spiegel*, 8 de noviembre de 1961, pág. 70. 32 *Der Spiegel*, 8 de noviembre de 1961, pág. 71. 33 Ídem. 34 Ídem. 35 Ídem. 36 Ídem. 37 La obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 62. 38 La obra citada de Schellenberg, pág. 50. 39 *Der Spiegel*, 8 de noviembre de 1961, pág. 68. 40 La obra citada de

Hagen (Hoettl), pág. 62. **41** La obra citada de Spalcke, pág. 47. **42** La obra citada de Abshagen, pág. 169. **43** *SS und Polizei im NS-Staat* por Buchheim, págs. 62 y 63. **44** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 74. **45** Ídem. **46** La obra citada de Boberach, pág. XIII; declaración de Ohlendorf el 8 de octubre de 1947, pág. 499. **47** Ídem. **48** Declaración verbal del señor Gunther d'Alquen, noviembre de 1966. **49** Declaración de Ohlendorf, 8 de octubre de 1947, págs. 496 y ss. **50** La obra citada de Boberach, pág. XIII. **51** Declaración de Ohlendorf, 8 de octubre de 1947, pág. 499. **52** Ídem. **53** Declaración de Ohlendorf el 8 de octubre de 1947, pág. 500. **54** *Die Wirtschaft im nationalsozialistischen Staat* (La economía en el Estado nacionalsocialista), memorándum sin fecha de Ohlendorf, archivo privado de la Sra. Kaethe Ohlendorf. **55** Declaración de Ohlendorf, 8 de octubre de 1947, pág. 500. **56** La obra citada de Boberach, pág. XIV. **57** Apelación de Ohlendorf solicitando clemencia, julio de 1950, pág. 40, archivo privado de la Sra. Kaethe Ohlendorf. **58** *Walter Frank* por Helmut Heiber, pág. 430 y ss. **59** La obra citada de Heiber, págs. 441 y 444. **60** Comunicación verbal del profesor Hoehn, noviembre de 1966. **61** Declaración jurada de Karl Wolff, 13 de setiembre de 1947, registro de documentos Ohlendorf, IV. **62** Declaración de Wolff, 13 de setiembre de 1947; la obra citada de Kersten, pág. 252. **63** Declaración jurada de Luitpold Schallermeier, 21 de agosto de 1947, registro de documentos Ohlendorf, IV. **64** Declaración de Ohlendorf, 8 de octubre de 1947, pág. 502. **65** La obra citada de Boberach, pág. XIV. **66** Declaración de Ohlendorf, 8 de octubre de 1947, pág. 502. **67** Ídem. **68** Comunicación verbal de la Sra. Kaethe Ohlendorf, 26 de enero de 1966. **69** Reorganización del Servicio de Seguridad afecto al *Reichsführer SS* para su equiparación estructural con la Policía de Seguridad, según el memorándum redactado por Schellenberg, 24 de febrero de 1939, RFSS, carrete de película n.° 239. **70** Sentencia del Tribunal presidido por el comandante supremo de la Wehrmacht en la causa seguida al barón Von Fritsch, 18 de marzo de 1938, pág. 3, archivo privado de Fabian von Schlabrendorff. **71** Sentencia..., págs. 9 y 10. **72** Sentencia..., pág. 3. **73** Ídem; *Der Fritschprozess* (El proceso Fritsch) por el conde Adolf von Kielmansegg, 1938, págs. 53 y 65. **74** Sentencia..., pág. 3. **75** Ídem. **76** Comunicación verbal del doctor Werner Best, 5 de febrero de 1966. **77** Sentencia..., págs. 4 y 9. **78** Ídem. **79** Ídem. **80** Sentencia..., pág. 11. **81** *Der Spiegel*, n.° 36/1965, pág. 46. **82** La obra citada de Hossbach, pág. 126. **83** La obra citada de Hossbach, pág. 103. **84** *Wehrmacht und Nationalsozialismus*, de Krausnick, pág. 666. **85** La obra citada de Foertsch, pág. 90; *Wehrmacht und Nationalsozialismus*, de Krausnick, pág. 677. **86** La obra citada de Foertsch, pág. 76. **87** Ídem; la obra citada de Hossbach, pág. 188. **88** La obra citada de Hossbach, pág. 190. **89** La obra citada de Hossbach, pág. 218. **90** La obra citada de Foertsch, págs. 91 y 138. **91** La obra citada de Kielmansegg, págs. 34 y 35. **92** *Die Entlassung des Generalobersten Freiherrn von Fritsch* (La remoción del capitán general barón Von Fritsch) por el conde Von Der Goltz, publicada en el *Deutsche Rundschau*, marzo de 1947, pág. 197. **93** La obra citada de Foertsch, pág. 128. **94** *Generalfeldmarschall Keitel, Ver-*

breche roder Offizier? (El mariscal de campo Keitel, ¿delincuente u oficial?) por Walter Goerlitz, págs. 86 y 88. **95** *Keitel,* de Goertlitz, pág. 102. **96** Comunicación escrita del señor Kurt Hellmuth Müller, 9 de diciembre de 1949. **97** Ídem. **98** Ídem. **99** Ídem. **100** *Keitel,* de Goerlitz, pág. 103. **101** Ídem. **102** La obra citada de Hossbach, pág. 123. **103** La obra citada de Hossbach, pág. 124. **104** La obra citada de Hossbach, pág. 123. **105** Ídem. **106** *Wehrmach und Nationalsozialismus,* de Krausnick, pág. 679. **107** La obra citada de Hossbach, pág. 123. **108** La obra citada de Foertsch, pág. 141. **109** Ídem, pág. 102. **110** Ídem, págs. 90 y 91. **111** La obra citada de Hossbach, págs. 126 y 127. **112** Según lo menciona Werner Picht en su obra *Vom Wesen des Krieges und vom Kriegswesen der Deutschen* (Naturaleza de la guerra y naturaleza batalladora de los alemanes), pág. 225. **113** *Die Fritsch-Affaere* (el asunto Fritsch), guión de un coloquio radiofónico por Wilhelm Treue, pág. 35. **114** La obra citada de Hossbach, pág. 129. **115** Ídem. **116** Ídem. **117** La obra citada de Foertsch, pág. 138. **118** La obra citada de Foertsch, pág. 128. **119** *Keitel,* de Goerlitz, pág. 106. **120** La obra citada de Foertsch, pág. 88. **121** La obra citada de Foertsch, pág. 138. **122** *Keitel,* de Goertlitz, pág. 107. **123** La obra citada de Kielmansegg, pág. 38. **124** La obra citada de Foertsch, pág. 88. **125** La obra citada de Foertsch, págs. 88 y 89. **126** *Keitel,* de Goertlitz, pág. 109. **127** La obra citada de Foertsch, pág. 106. **128** Ídem, pág. 105. **129** Ídem, pág. 118. **130** Ídem. **131** *Die Entlassung des Generalobersten Freiherrn von Fritsch* por Heinrich Rosenberg, publicada en el *Deutsche Rundschau,* noviembre de 1946, págs. 91 y 92. **132** Ídem. **133** La obra citada de Kielmansegg, págs. 48 y 49. **134** *Sentencia...,* pág. 28. **135** *Sentencia...,* pág. 29. **136** *Sentencia...,* pág. 1. **137** La obra citada de Kielmansegg, pág. 50. **138** La obra citada de Foertsch, pág. 100. **139** Ídem. **140** Comunicación verbal del doctor Werner Best, 5 de febrero de 1966. **141** Comunicación verbal del doctor Werner Best, 5 de febrero de 1966. **142** *Bis zum bitteren Ende,* de Gisevius, pág. 274. **143** La obra citada de Schellenberg, pág. 39. **144** La obra citada de Fortsch, pág. 126. **145** *Sentencia...,* pág. 23. **146** *Bis zum bitteren Ende,* de Gisevius, pág. 290. **147** La obra citada de Foertsch, pág. 105. **148** La obra citada de Abshagen, pág. 178. **149** La obra citada de Schellenberg, págs. 40 y 41. **150** *Wehrmacht und Nationalsozialismus,* de Krausnick, pág. 678. **151** La obra citada de Gisevius, pág. 280. **152** *Wehrmacht und Nationalsozialismus,* de Krausnick, pág. 681. **153** *Sentencia...,* págs. 31/34. **154** La obra citada de Wielmansegg, pág. 80. **155** *Sentencia...,* pág. 18. **156** La obra citada de Foertsch, pág. 121; la obra citada de Kielmansegg, pág. 82. **157** La obra citada de Foertsch, pág. 122. **158** Ídem. **159.** La obra citada de Wielmansegg, págs. 87 y 88. **160.** La obra citada de Foertsch, pág. 125. **161** La obra citada de Kielmansegg, pág. 90. **162** La obra citada de Foertsch, pág. 124. **163** *Sentencia...,* pág. 1. **164** *Generalcherst Ludwig Beck* (El capitán general Ludwig Beck) por Wolfgang Foerster, pág. 92. **165** La obra citada de Foerstch, pág. 169. **166** La obra citada de Foertsch, pág. 129. **167** La obra citada de Wheeler-Bennett, pág. 404. **168** La obra citada de Foertsch, pág. 129. **169** Ídem. **170** Serie Nebe, 29 de diciembre de 1949, pág. 26. **171** La obra citada de Schel-

lenberg, pág. 151. 172 Comunicación verbal del señor Bruno Steckenbach, 21 de enero de 1966. 173 Comunicación verbal del señor *Paul Hausser*, 31 de enero de 1966. 174 Conferencia desarrollada por el *Brigadeführer* Petri sobre las experiencias generales obtenidas con el refuerzo de las formaciones de la calavera SS y con el gran despliegue de las SS ordinarias, elogiada públicamente por Himmler el 22 de enero de 1939, RFSS, carrete de película n.° 17. 175 La obra citada de Wighton, pág. 150. 176 La obra citada de Abshagen, págs. 185 y 186. 177 *Keitel*, de Goerlitz, pág. 407. 178 Observación de Schellenberg respecto a las manifestaciones de Heydrich sobre la nueva organización del SD y la Policía de Seguridad, 4 de abril de 1939, RFSS, carrete de película n.° 239. 179 *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 126. 180 Ídem, vol. I, pág. 92. 181 Ídem, vol. I, pág. 92. 182 Ídem, vol. I, pág. 133. 183 *Die Deutsche Polizei*, de Best, págs. 85 y 87. 184 La obra citada de Zipfel, págs. 159 y 164. 185 Reorganización del Servicio de Seguridad afecto al *Reichsführer SS* para su equiparación estructural con la Policía de Seguridad, según el memorándum de Schellenberg, 24 de febrero de 1939, RFSS, carrete de película n.° 269. 186 Carta de Pohl a Schwarz, sin fecha (fines de 1936, aproximadamente), RFSS, carrete de película n.° 151. 187 Ídem. 188 La obra citada de Zipfel, pág. 146. 189 Carta de Schellenberg a Heydrich, 27 de febrero de 1939, RFSS, carrete de película 239. 190 Nota de Schellenberg en la que se sugiere convocar una conferencia de trabajo para deliberar sobre los problemas del SD, 4 de abril de 1939, RFSS, carrete de película n.° 239. 191 *SS und Polizei im SS-Staat*, pág. 61. 192 Reorganización del Servicio de Seguridad afecto al *Reichsführer SS*, según el memorándum de Rosenberg, 24 de febrero de 1939, RFSS, carrete de película n.° 239. 193 Orientaciones para el proyecto definitivo de las líneas maestras por el *Brigadeführer SS* doctor Best, frente a la propuesta de Schellenberg, 28 de agosto de 1939, RFSS, carrete de película n.° 259. 194 Véase al respecto la actitud polémica de Schellenberg contra Best en su nota sobre los derroteros del SD, 28 de febrero de 1939, RFSS, carrete de película n.° 239. 195 *Deutsches Rescht*, cuadernos 8/15 de abril de 1939. 196 *Kritik und Apologie des Juristen* (Crítica y apología del jurista) por Werner Best, publicado en *Deutsches Recht*, 8/15 de abril de 1939, pág. 198. 197 Carta de Schellenberg a Heydrich, 25 de abril de 1939, RFSS, carrete de película n.° 239. 198 Ídem. 199 Comunicación verbal del doctor Werner Best, 5 de febrero de 1966. 200 La obra citada de Schellenberg, pág. 34. 201 Declaración de Ohlendorf, 8 de octubre de 1947, pág. 506. 202 Así, el Ministerio de la Gobernación no se dio por enterado oficialmente cuando se fundó la Dirección general de Seguridad del Reich; véase la obra citada de Neufeldt, pág. 21. 203 *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, págs. 76 y 77. 204 Ídem. 205 Ídem. 206 Ídem. 207 *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 77. 208 Ídem. 209 Declaración de Ohlendorf, 8 de octubre de 1947, pág. 505. 210 Ídem. 211 Declaración de Ohlendorf, 8 de octubre de 1947, pág. 506. 212 Comunicación verbal del doctor Werner Best, 5 de febrero de 1966. 213 Ídem. 214 Carta de Best a Heydrich, 15 de abril de 1942, Archivo Wulf. 215 Comunicación

verbal del doctor Werner Best, 5 de febrero de 1966. 216 *SS und Polizei im NS-Staat* por Buchheim, pág. 91.

11. Las SS y la política exterior

1 Hans-Adolf Jacobsen, 1930-1945, pág. 115. 2 La obra citada de Jacobsen, pág. 116. 3 La obra citada de Shirer, pág. 556. 4 Ídem. 5 Ídem. 6 Diario de Halder, vol. I, pág. 19. 7 *Die Menschenverluste im Zweiten Weltkrieg* (Las pérdidas humanas en la Segunda Guerra Mundial) por Helmut Arntz, publicado en *Bilanz des Zweiten Weltkrieges,* pág. 446. 8 *Der überfall auf den Sender Gleiwitz im Jahre 1939* (El asalto a la emisora de Gleiwitz el año 1939) por Jürgen Runzheimer, publicado en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* cuaderno 4/1962, pág. 419. 9 *Der Mann, der den Krieg ausloeste* (El hombre que desató la guerra) por Jürgen Trowald, *Der Stern,* 7 de junio de 1953. 10 Ídem. 11 Ídem. 12 *Der Spiegel,* 13 de noviembre de 1963. 13 Ídem, 73. 14 *Macht ohne Moral* (Poder sin moral) por Raimund Schnabel, pág. 384. 15 La obra citada de Thorwald, pág. 14. 16 *Der Spiegel,* 13 de noviembre de 1963, pág. 71. 17 Ídem. 18 La obra citada de Runzheimer, pág. 420. 19 Ídem. 20 La obra citada de Runzheimer, págs. 411 y 413. 21 La obra citada de Thorwald, pág. 14 y ss. 22 Ídem. 23 La obra citada de Schnabel, pág. 386. 24 Ídem. 25 Ídem. 26 Ídem. 27 La obra citada de Shirer, pág. 572. 28 *Sir Neville Henderson* por Rudi Strauch, pág. 278. 29 *Das Danzig-Problem in der deutschen Aussenpolitik 1934/1939* (El problema de Danzig en la política exterior alemana) por Ludwig Denne, pág. 278. 30 La obra citada de Runzheimer, pág. 425. 31 La obra citada de Shirer, págs. 580 y 581. 32 *Die Oberste-Wehrmachtführung* (El Alto Mando de la Wehrmacht) por Helmut Greiner, págs. 46 y 47. 33 Serie Nebe, 29 de diciembre de 1949, pág. 27; comunicación escrita del señor Jürgen Runzheimer, 6 de febrero de 1967. 34 Comunicación escrita del señor Jürgen Runzheimer, 6 de febrero de 1967. El autor quisiera aprovechar esta oportunidad para agradecer al señor Runzheimer su valiosa ayuda y señalar con tal motivo la inminente aparición de su obra *Die Grenzzwischenfaelle am 30 August 1939* (Los incidentes fronterizos el 30 de agosto de 1939) en los *Vierteljahrschefte für Zeitgeschichte.* 35 La obra citada de Shirer, pág. 614. 36 *Der Spiegel,* 13 de noviembre de 1963, pág. 74. 37 Ídem; la obra citada de Runzheimer, pág. 425. 38 *Der Spiegel,* 13 de noviembre de 1963, págs. 74/75. 39 La obra citada de Runzheimer, pág. 415. 40 *Der Spiegel,* 13 de noviembre de 1963, pág. 74. 41 La obra citada de Runzheimer, pág. 415; *Der Spiegel,* 13 de noviembre de 1963, págs. 74 y 75. 42 *Der Spiegel,* 13 de noviembre de 1963, pág. 75. 43 La obra citada de Schnabel, pág. 390. 44 *Voelkischer Beobachter,* 1.° de setiembre de 1939. 45 Según lo refiere Thorwald en su obra citada,

pág. 14. **46** La obra citada de Runzheimer, pág. 409. **47** Ídem. **48** Ídem. **49** Serie Nebe, 29 de diciembre de 1949, pág. 27. **50** Ídem. **51** La obra citada de Knoebel, pág. 226. **52** *SS und Polizei im NS-Staat,* por Buchheim, pág. 168. **53** *Die Erhebung der oesterreichischen Nationalsozialisten im Juli 1934* (El levantamiento de los nacionalsocialistas austríacos en julio de 1934), informe de la Comisión historiográfica del Reichsführer SS, pág. 68. **54** Protocolo de interrogatorios, Adolf Eichmann, vol. I, folio 36. **55** *Die Erhebung...,* pág. 67. **56** Ídem. **57** Ídem. **58** Ídem, pág. 59. **59** Ídem, pág. 67. **60** Ídem, pág. 71. **61** Ídem, pág. 70. **62** Ídem. **63** Ídem. **64** Ídem, págs. 70 y 71. **65** Ídem, pág. 72. **66** Ídem. **67** Ídem, pág. 77; *Engelbert Dollfuss* por Gordon Shepherd, pág. 284. **68** La obra citada de Shepherd, págs. 270 y 280. **69** Escrito de Waechter al Tribunal supremo del NSDAP, 31 de mayo de 1938, RFSS, carrete de película n.º 32. **70** La obra citada de Shepherd, pág. 286. **71** Ídem. **72** Ídem. **73** Escrito de Waechter al Tribunal supremo del NSDAP, pág. 8, RFSS, carrete de película n.º 32. **74** Escrito de Waechter al Tribunal supremo del NSDAP, págs. 7 y 8. **75** Apuntes de Waechter sobre el proceso Hamburger, enero de 1937, págs. 4 y 5, RFSS, carrete de película n.º 32. **76** Apuntes de Waechter, pág. 4. **77** Ídem, pág. 7. **78** Ídem, pág. 5. **79** Ídem. **80** Ídem. **81** *Eine nationalsozialistische Stimme zum Wiener Putsch vom 25 Juli 1934* por Helmuth Auerbach, publicada en *Vierteljahrschefte für Zeitgeschichte,* abril de 1964, pág. 204. **82** Apuntes de Waechter, pág. 8. **83** La obra citada de Shepherd, pág. 280. **84** *Die Erhebung...,* pág. 79. **85** La obra citada de Shepherd, pág. 289. **86** *Die Erhebung...,* pág. 84. **87** Ídem, págs. 81 y 82. **88** Ídem, pág. 81. **89** Escrito de Waechter al Tribunal supremo del NSDAP, pág. 10. **90** *Die Erhebung...,* pág. 82. **91** Ídem, pág. 84. **92** Ídem, pág. 85. **93** Ídem. **94** La obra citada de Shepherd, pág. 299. **95** *Die Erhebung...,* pág. 85. **96** Ídem, pág. 88. **97** Ídem. **98** Ídem, pág. 89. **99** Ídem, págs. 89, 94 y 96. **100** Ídem, págs. 94 y 96. **101** Ídem, pág. 92. **102** La obra citada de Shepherd, pág. 309. **103** La obra citada de Shepherd, pág. 310; *Die Erhebung...,* pág. 102. **104** La obra citada de Shepherd, pág. 311. **105** *Die Erhebung...,* pág. 128. **106** Ídem, pág. 132; apuntes de Waechter, pág. 10. **107** *Die Erhebung...,* pág. 132. **108** Apuntes de Waechter, pág. 10. **109** *Die Erhebung...,* pág. 140. **110** La obra citada de Papen, pág. 380. **111** La obra citada de Bullock, pág. 327. **112** Apuntes de Waechter, págs. 10 y 11. **113** La obra citada de Volz, pág. 34; *Die deutsche Fünfte Kolonne im Zweiten Weltkrieg* (La quinta columna alemana en la Segunda Guerra Mundial) por Louis de Jong, pág. 260. **114** La obra citada de Jong, pág. 263. **115** Ídem. **116** *The Third Reichs's Mobilization of the German Fifth Column in Eastern Europe* (Movilización de la quinta columna alemana en Europa oriental por el Tercer Reich) de MacAlister Brown, publicado en *Journal of Central European Affairs,* julio de 1959, pág. 129. **117** La obra citada de Jong, pág. 264; la obra citada de Koehl, págs. 36 y 37. **118** *Anatomie des SS-Staat* por Buchheim, vol. I, pág. 230; *Toward an SS Typology, Social Engineers* (Hacia una nueva tipología SS: los ingenieros sociales) por Robert Koehl, publicada en *The American Journal of Economics and Sociology,* n.º 18, enero de 1959, pág. 117. **119** La obra citada de Koehl, RKFDV, pág. 39.

120 La obra citada de Koehl, RKFDV, pág. 37. **121** La obra citada de Jong, pág. 264. **122** Ídem. **123** Ídem. **124** Ídem. **125** La obra citada de Neusüss-Hunkel, págs. 81 y 82. **126** Vademécum del NSDAP, pág. 151. **127** *Nationalsozialismus* (Nacionalsocialismo) por Heinrich Orb, pág. 389. **128** *Die SS*, de Wulf, pág. 96. **129** La obra citada de Ribbentrop, pág. 37; la obra citada de Papen, pág. 265. **130** La obra citada de Ribbentrop, pág. 38. **131** La obra citada de Ribbentrop, pág. 37. **132** La obra citada de Neusüss-Hunkel, pág. 82. **133** La obra citada de Seabury, pág. 108. **134** Ídem. **135** La obra citada de Seabury, pág. 106. **136** *Die Ritterkreuztraeger der Waffen-SS* (Los caballeros cruzados del Arma SS), por Ernst-Günther Kraetschmer, pág. 208. **137** *Nicht aus den Akten* (Lo que no dicen las actas) de Erich Kordt, pág. 188. **138** Ídem; *Brigadeführer SS* a partir de 1942, véase el escalafón de los Escalones de Protección del NSDAP, 1944. **139** La obra citada de Kordt, pág. 188; *Oberführer SS* a partir de 1942, véase el escalafón de los Escalones de Protección del NSDAP, 1944. **140** La obra citada de Kordt, pág. 188. **141** Ídem. **142** *SS im Kreuzverhoer* (Los SS en el careo) por Kempner, págs. 244 y 245. **143** Comunicación verbal del doctor Werner Best, 5 de febrero de 1966. **144** La obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 142. **145** Ídem. **146** La obra citada de Hagen (Hoettl), págs. 123 y 131. **147** *Die Tschechoslowakei* (Checoslovaquia) por Kurt Glaser, pág. 52. **148** La obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 126. **149** Ídem, pág. 138. **150** Ídem, págs. 144 y 146. **151** Ídem, pág. 156. **152** Escalafón de los Escalones de Protección del NSDAP, 1944. **153** La obra citada de Brown, pág. 133. **154** La obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 174. **155** Ídem. **156** Ídem, pág. 175. **157** Ídem. **158** Ídem, pág. 541. **159** Ídem. **160** Carta de Keppler a Himmler, 11 de julio de 1939, RFSS, carrete de película n.° 32. **161** La obra citada de Bullock, pág. 486. **162** La obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 76. **163** Ídem (Hoettl), pág. 177. **164** Carta de Keppler a Himmler, 11 de julio de 1939, RFSS, carrete de película n.° 32. **165** La obra citada de Jong, pág. 148. **166** La obra citada de Ribbentrop, pág. 130. **167** La obra citada de Seabury, pág. 194. **168** La obra citada de Jong, pág. 211. **169** *Wenn ihr einmarschiert, schiessen wir* (Si intentáis la invasión, dispararemos), *Der Spiegel*, 18/1963, pág. 77 y ss. **170** La obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 280 y ss. **171** Escrito de Heydrich al Ministerio de Asuntos exteriores, 20 de junio de 1941, RFSS, carrete de película n.° 199. **172** La obra citada de Seabury, pág. 129; la obra citada de Ribbentrop, pág. 129. **173** Orden del Führer, 3 de setiembre de 1939, RFSS, carrete de película n.° 199. **174** La obra citada de Schellenberg, pág. 79. **175** *The Venlo Incident* (El incidente Venlo) por S. Payne Best, pág. 7; la obra citada de Schellenberg, pág. 79. **176** La obra citada de Schellenberg, pág. 80. **177** Ídem. **178** La obra citada de Schellenberg, pág. 81. **179** Ídem. **180** Ídem. **181** La obra citada de Schellenberg, pág. 82. **182** La obra citada de Schellenberg, pág. 84. **183** La obra citada de Schellenberg, pág. 86. **184** *Joachim von Ribbentrop* por el doctor Werner Best, pág. 2. **185** *Das bestellte Attentat*, coloquio, primera cadena de Televisión alemana, 26 de julio de 1965, guión, pág. 5. **186** La obra citada de Schellenberg, pág. 86. **187** Ídem. **188** La obra citada de Schellenberg, pág. 87. **189** Ídem. **190** La obra citada de Schellen-

berg, págs. 91 y 92. 191 La obra citada de Schellenberg, pág. 92. 192 Ídem. 193 Ídem. 194 Serie Nebe, 5 de enero de 1950, pág. 24; *Das Bürgerbraeuattentat*, guión por el doctor Albrecht Boehme, pág. 5; véase también la obra de Boehme *Das Attentat auf Hitler im Bürgerbraeukkeller, kein Werk des englischen Geheimdienstes* (El atentado contra Hitler en la Bürbraeukeller no fue obra del servicio secreto inglés), publicada en *Die Kriminalistik*, cuaderno 10/1966. 195 Boehme (guión), págs. 6 y 7. 196 Protocolo de interrogatorios Elser, *Der Stern*, 10 de mayo de 1966. 197 Serie Nebe, 5 de enero de 1950, pág. 24; Boehme (guión), pág. 11. 198 La obra citada de Schellenberg, pág. 95. 199 *Der Stern*, 17 de mayo de 1964, pág. 84. 200 Boehme (guión), págs. 9 y 10. 201 Declaraciones de Huber al *Bild am Sonntag*, 6 de diciembre de 1959. 202 La obra citada de Schellenberg, pág. 91. 203 *Das bestellte Attentat*, pág. 26. 204 La obra citada de Schellenberg, pág. 290. 205 La obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 283. 206 Ídem, pág. 206. 207 *Das Dritte Reich und die rumaenische Judenpolitik* (El Tercer Reich y la política rumana antijudía), por Martin Broszat, pág. 126. 208 La obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 288/289. 209 *Des Dritte Reich und die rumanische...*, pág. 124. 210 La obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 290. 211 Ídem; *Des Dritte Reich und die rumaenische...*, por Broszat, pág. 126. 212 Carta de Andreas Schmidt a Berger, 24 de setiembre de 1943, RFSS, carrete de película n.° 128. 213 La obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 292. 214 Escrito de Heydrich al Ministerio de Asuntos exteriores, 20 de junio de 1941, RFSS, carrete de película n.° 199. 215 La obra citada de Seabury, pág. 128. 216 Ídem. 217 Carta de Ribbentrop a Himmler, 6 de setiembre de 1942, RFSS, carrete de película n.° 117. 218 La obra citada de Seabury, pág. 194. 219 Comunicación verbal del doctor Werner Best, 5 de febrero de 1966.

12. La política racista en el Este

1 *Denkschrift Himmlers über die Behandlung der Fremdvölkischen im Osten* (Memoria de Himmler sobre el tratamiento reservado a los pueblos extranjeros en el Este), por Helmut Krausnick (Editor), publicada en *Vierteljahrshefte för Zeitgeschichte*, abril de 1957, págs. 194 y 195. 2 Ídem, pág. 196. 3 Ídem, pág. 198. 4 Ídem, pág. 197. 5 Ídem. 6 *Der Generalplan Ost* (El plan general Este) por Helmut Heiber, publicada en *Vierteljahrshefte för Zeitgeschichte*, cuaderno 3/1958, pág. 284. 7 La obra citada de Kersten, págs. 156 y 157. 8 La obra citada de Neusüss-Hunkel, pág. 72. 9 Ídem, pág. 71. 10 La obra citada de Neusüss-Hunkel, pág. 72. 11 La obra citada de Koehl, RKFDV, pág. 27. 12 La obra citada de Koehl, RKFDV, pág. 43; datos facilitados por el Instituto de Historia contemporánea, informe facultativo, pág. 246. 13 La obra citada de Koehl, RKFDV, pág. 42. 14 La obra

citada de Koehl, RKFDV, pág. 43. 15 *Mein Kampf* por Adolf Hitler, pág. 742. 16 *Nationalsozialistische Polenpolitik* (Política Nacionalsocialista en Polonia). 1939/1945, por Martin Broszat, pág. 21. 17 Auto de procesamiento en el procedimiento criminal contra Karl Wolff por genocidio, fiscalía del juzgado de primera instancia Munich II, 10a Js 39/60, pág. 86. 18 *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 81. 19 Ídem. 20 Ídem, vol. I, pág. 82. 21 Ídem. 22 *Die SS*, de Wulf, págs. 242 y 243. 23 Ídem, pág. 239. 24 Ídem. 25 Ídem, pág. 240. 26 Ídem. 27 Ídem. 28 *Hitler und die Morden in Polen* (Hitler y los asesinatos en Polonia), por Helmut Krausnick, publicada en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, abril de 1963, pág. 198. 29 Ídem. 30 Ídem. 31 Ídem, pág. 205. 32 Ídem, pág. 207. 33 Auto de procesamiento contra Wolff, pág. 87. 34 Ídem, págs. 87 y 88; *Die SS*, de Wulf, pág. 246. 35 *Hitler und die Morden...*, pág. 203. 36 *Nationalsozialitsche Polenpolitik*, por Broszat, pág. 45. 37 Ídem, pág. 45. 38 Ídem, pág. 39. 39 Ídem, pág. 45. 40 Ídem. 41 Ídem, pág. 44. 42 Nota de Schellenberg sobre una conferencia de jefes departamentales, 27 de setiembre de 1939, RFSS, carrete de película n.° 239. 43 La obra citada de Jong, pág. 54. 44 Ídem, págs. 55 y 56. 45 Ídem, pág. 57. 46 Ídem. 47 *Nationalsocialistische Polenpolitik*, pág. 47. 48 Ídem, pág. 60. 49 Ídem, pág. 48. 50 Ídem, págs. 29, 45 y 46. 51 Ídem, pág. 61. 52 Ídem. 53 Ídem. 54 La obra citada de Henkys, pág. 82. 55 *Hitler Morden...*, pág. 207. 56 Ídem, pág. 198. 57 *Die Eudloesung...* por Reitliger, pág. 42. 58 La obra citada de Hilberg, págs. 127 y 128. 59 Auto de procesamiento contra Wolff, pág. 90. 60 *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pág. 27. 61 *Hitler und die Morden...*, pág. 203. 62 *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pág. 203. 63 Auto de procesamiento contra Wolff, pág. 94. 64 Ídem. 65 *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pág. 29. 66 La obra citada de Hilberg, pág. 130. 67 *Hitler und die Morden...*, pág. 202; *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pág. 22. 68 Ídem, pág. 29. 69 Ídem. 70 Ídem, pág. 58. 71 Ídem. 72 *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, páginas 28 y 58. 75 Ídem, *pág.* 58. 76 Ídem. 77 Ídem. 78 *Hitler und die Morden...*, pág. 203. 79 *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pág. 78. 80 Ídem, págs. 74, 75 y 76. 81 *Hitler und die Morden...*, pág. 204. 82 *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pág. 41. 83 Ídem. 84 Ídem. 85 La obra citada de Schnabel, pág. 395. 86 La obra citada de Schnabel, pág. 396. 87 *Das Dritte Reich und seine Diener* (El Tercer Reich y sus servidores) por Wulf, pág. 518. 88 La obra citada de Hilberg, pág. 127; *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pág. 40. 89 Ídem, pág. 204. 90 *Hitler und die Morden...*, pág. 205. 91 *Nationalsocialistischen Polenpolitik* por Broszat, pág. 76. 92 *Hitler und die Morden...*, pág. 204. 93 La obra citada de Koehl, RKFDV, págs. 100, 101 y 72. 94 *Rechtsstellung und Organisation des Reichskommissars für die Festigung deutschen Volkstums* (Orientaciones jurídicas y organización de la Comisaría del Reich para el fortalecimiento de la raza alemana), por Hans Buchheim, en la Documentación del Instituto de Historia contemporánea, pág. 275. 95 Ídem. 96 La obra citada de Koehl, *SS Typology*, pág. 115; la obra citada de Koehl, RKFDV, pág. 48. 97 *Rechtsstellung RKF* (Orientaciones jurídicas RKF) por Buchheim, pág. 276. 98 Ídem. 99 Ídem, pág. 245.

100 Ídem. **101** Ídem. **102** La obra citada de Koehl, RKFDV, pág. 49. **103** Ídem. **104** La obra citada de Koehl, RKFDV, pág. 50. **105** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 20; edicto del Führer y canciller del Reich para el fortalecimiento de la raza alemana, 7 de octubre de 1939, RFSS, carrete de película n.º 239. **106** Ídem. **107** *Rechstellung...*, pág. 245. **108** Ídem, pág. 247. **109** Ídem, págs. 245/247. **110** Ídem, pág. 261. **111** Ídem, pág. 267. **112** Ídem, pág. 265. **113** La obra citada de Koehl, RKFDV, pág. 62. **114** *Rechsstellung...*, págs. 248 y 249. **115** La obra citada de Koehl, RFKDV, pág. 62. **116** Ídem, pág. 63. **117** Ídem. **118** *Die SS,* de Wulf, pág. 186. **119** La obra citada de Koehl, RKFDV, págs. 56 y 73. **120** *Rechsstellung...*, pág. 270. **121** Ídem. **122** La obra citada de Koehl, RKFDV, pág. 59. **123** Ídem. **124** *Die SS,* de Wulf, pág. 182. **125** *Nationalsozialistische Polenpolitik,* págs. 63 y 64. **126** La obra citada de Koehl, RKFDV, pág. 121. **127** Ídem, pág. 130. **128** Ídem, pág. 86. **129** Ídem, págs. 216 y 217. **130** *Rechsstellung...*, pág. 271; la obra citada de Koehl, RKFDV, págs. 120 y 121. **131** *Die SS,* de Wulf, pág. 195. **132** Ídem, pág. 197. **133** Ídem, pág. 200. **134** Ídem. **135** La obra citada de Koehl, RKFDV, pág. 144; *Die SS,* de Wulf, págs. 101 y 102. **136** *Die SS,* de Wulf, págs. 205/206. **137** La obra citada de Koehl, RKFDV, págs. 212 y 213. **138** *Nationalsozialistische Polenpolitik,* de Broszat, pág. 93. **139** Ídem. **140** Carta de Willich a Kaltenbrunner, 16 de abril de 1943, RFSS, carrete de película n.º 117. **141** *Nationalsozialistische Polenpolitik,* por Broszat, pág. 93. **142** La obra citada de Koehl, RKFDV, pág. 146. **143** *Generalplan Ost* (El plan general Este) por Heiber, pág. 285. **144** Ídem, págs. 298 y 299. **145** Ídem, pág. 291. **146** Ídem, págs. 291 y 292. **147** Ídem, pág. 297. **148** Ídem, página 246. **149** La obra citada de Kersten, pág. 157. **150** La obra citada de Kersten, pág. 161. **151** *Da Dritte Reich und seine Vollstrecker* por Wulf, págs. 261, 262 y 263. **152** Ídem, pág. 271. **153** La obra citada de Koehl, RKFDV, pág. 133. **154** Ídem, RKFDV, págs. 226 y 227. **155** La obra citada de Koehl, pág. 227. **156** La obra citada de Koehl, RKFDV, pág. 134. **157** La obra citada de Koehl, RKFDV, pág. 152. **158** La obra citada de Gilbert, pág. 143. **159** IMT, vol. XXIX, pág. 443. **160** IMT, vol. XXIX, pág. 444. **161** Ídem. **162** IMT, vol. XXIX, pág. 455. **163** Ídem. **164** La obra citada de Koehl, RKFDV, pág. 130. **165** *Nationalsozialistische Polenpolitik,* pág. 183. **166** Comunicación verbal del señor Gottlob Berger, 1.º de febrero de 1966. **167** *Nationalsozialistische Polenpolitik,* pág. 81. **168** IMT, vol. XXIX, pág. 507. **169** IMT, vol. XXIX, pág. 379. **170** *Nationalsozialistische Polenpolitik,* pág. 82. **171** Carta de Reinecke a Himmler, 1.º de diciembre de 1941, RFSS, carrete de película n.º 125. **172** Ídem. **173** Ídem. **174** Ídem. **175** Ídem. **176** Ídem. **177** Ídem. **178** *Nationalsozialistische Polenpolitik,* pág. 82. **179** Actas archivadas por Himmler, 5 de marzo de 1942, RFSS, carrete de película n.º 125. **180** Ídem. **181** Carta de Frank a Lammer, 10 de marzo de 1942, RFSS, carrete de película n.º 125. **182** Lammer a Himmler, 7 de marzo de 1942; edicto del Führer sobre las atribuciones del *Reichsführer SS* y jefe de la Policía alemana en el Gobierno general, RFSS, carrete de película n.º 125; *Nationalsozialistische Polenpolitik,* pág. 83; la obra citada de Hilberg, pág. 132. **183** IMT, vol. XXIX, pág. 514. **184** La obra citada de Gilbert,

pág. 147. **185** IMT, vol. XXIX, pág. 520. **186** IMT, vol. XXIX, págs. 527 y 519. **187** IMT, vol. XXIX, pág. 533. **188** IMT, vol. XXIX, pág. 537. **189** IMT, vol. XXIX, pág. 534. **190** IMT, vol. XXIX, págs. 555. **191** IMT, vol. XXIX, pág. 559. **192** *Das Dritte Reich und seine Vollsfreckes,* de Wulf, págs. 171 y 172. **193** *Nationalsozialistische Polenpolitik,* pág. 84.

13. La solución final

1 La obra citada de Kersten, pág. 149. **2** Ídem. **3** Ídem, pág. 151. **4** La obra citada de Kersten, pág. 200. **5** La obra citada de Kersten, págs. 200 y 201. **6** *Über die innere und aussere Entwicklung des deutschen Jundentums im Dritten Reich* (Sobre el desarrollo interno y externo del judaísmo alemán en el Tercer Reich) por Hans Lamm, pág. 94. **7** La obra citada de Lamm, pág. 95. **8** Según menciona Wighton en su citada obra, pág. 162. **9** *The Case against Adolf Eichmann* (La causa contra Adolf Eichmann) por Henry A. Zeiger, pág. 100. **10** Auto de procesamiento contra Wolff, pág. 108; *Deukschrift Himmler* (Memoria de Himmler) por Krausnick, págs. 194 y ss. **11** *Des nationalsozialistischen Menschen Ehre und Ehrenschutz* (El honor del individuo nacionalsocialista y su defensa), publicada en *Deutsche Justiz,* año 1938, pág. 1·660. **12** *Anatomie des SS-Staates* por Krausnick, vol. II, pág. 294. **13** *Das Dritte Reich* por Hans Buchheim, pág. 41. **14** *Vererbung und Auslese im Lebenslauf der Voelker* (Atavismo y selectividad en la vida de los pueblos) por Wilhelm Schallmayer, Jena 1903. **15** *Anatomie des SS-Staates* por Krausnick, vol. II, pág. 298. **16** *Die Schutzstaffel als antibolschewitische Kampforganisation* (Los Escalones de Protección como organización combatiente antibolchevique) por Himmler, pág. 3. **17** *Judentum, Freimaurerei, Bolschewismos* (Judaísmo, masonería, bolchevismo), I parte, editada por el jefe de la Dirección general de Asuntos raciales y Colonización, sin fecha (1936, aproximadamente), págs. 10 y ss., 39, RFSS, carrete de película n.° 161. **18** *Das Schwarze Korps,* 5 de junio de 1935. **19** Ídem. **20** Oficio de la dirección de la Gestapo, 2 de octubre de 1935, RFSS, carrete de película n.° 402. **21** Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folio 328. **22** Apuntes de Hagen, 21 de julio de 1938, RFSS, carrete de película n.° 509. **23** Apuntes de Hagen, sin fecha, RFSS, carrete de película n.° 509. **24** Apuntes de Hagen, sin fecha (verano de 1938, aproximadamente), RFSS, carrete de película n.° 415. **25** Ídem. **26** Comunicación verbal del señor Leopold von Mildestein, 20 de noviembre de 1966. **27** Reinhard Hoehn, Artur Mahraun, pág. 61. **28** La obra citada de Lamm, pág. 72. **29** La obra citada de Lamm, pág. 53. **30** La obra citada de Lamm, pág. 42. **31** La obra citada de Lamm, págs. 37 y 40. **32** La obra citada de Lamm, pág. 45. **33** *Voelkischer Beobachter,* 9 de mayo de 1935.

34 *Jüdische Rundschau,* 2 de julio de 1935. 35 La obra citada de Lamm, pág. 48. 36 La obra citada de Lamm, pág. 215. 37 La obra citada de Lamm, pág. 144. 38 *Jüdische Rundschau,* 28 de abril de 1933. 39 La obra citada de Lamm, pág. 161. 40 La obra citada de Lamm, pág. 156. 41 Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folio 67; la obra citada de Lamm, pág. 149. 42 *Das Schwarze Korps,* 15 de mayo de 1935. 43 La obra citada de Lamm, pág. 233. 44 Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folio 61 y ss. 45 *Die Organisationen der Judenheit, ihre Verbindungen und politische Dedeutung* (Las organizaciones del judaísmo, sus conexiones y significación política), conferencia pronunciada por Hagen, 23 de setiembre de 1938, pág. 2, RFSS, carrete de película n.° 411. 46 Ídem. 47 *Die Organisationen...,* conferencia pronunciada por Hagen, págs. 9 y 10. 48 Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folios 6, 11, 61 y 62. 49 Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folio 63. 50 Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folio 26; *Eichmann in Jerusalem* por Ahrendt, págs. 57 y 58; *Die Endloesung* por Reitlinger, pág. 31. 51 Comunicación verbal del señor Leopold von Mildenstein, 20 de noviembre de 1966. 52 Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folio 68. 53 *The Gate Brakers* por Bracha Habas, págs. 49. 54 *Eichmann en Jerusalén* por Ahrendt, pág. 69; *Eichmann und Komplizen* por Kempner, pág. 39. 55 *Die Zionistische Weltorganisation* (La organización mundial sionista), informe redactado por Eichmann y Hagen, 20 de octubre de 1936, RFSS, carrete de película n.° 411. 56 *Die Zionistische...,* II parte, pág. 1. 57 *Die Organisationen...,* parte B, pág. 36, RFSS, carrete de película n.° 411. 58 Declaración jurada del doctor H. Ehlich, proceso Ohlendorf, libro de documentos, pág. 2, archivo privado de la señora Kaehte Ohlendorf. 59 *Die Zionistische...,* II parte, pág. 3. 60 Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folio 69; informe sobre el viaje a Palestina y Egipto del *Hauptscharführer SS* Eichmann y el *Oberscharführer* Hagen, 4 de noviembre de 1937, I parte, págs. 1 y 2, IV parte, pág. 2. 61 *Die Zionistische...,* 20 de octubre de 1936, I parte, pág. 7. 62 Informe de Hagen, 17 de junio de 1937, RFSS, carrete de película n.° 411. 63 Ídem. 64 Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folio 90; informe de Hagen, 17 de junio de 1937. 65 Informe de Hagen, 17 de junio de 1937, pág. 4. 66 Ídem. 67 Ídem. 68 Ídem. 69 Informe sobre el viaje a Palestina y Egipto, pág. 1; Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folio 90. 70 Protocolo de interrogatorios Eichmann, vol. I, folio 90. 70 Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folio 90. 71 Ídem. 72 (Informe sobre el viaje a Palestina y Egipto, página 1 (Archivo de la actualidad) por Keesing, pág. 3.240 B. 73 Informe sobre el viaje a Palestina y Egipto, pág. 33. 74 Informe sobre el viaje a Palestina y Egipto, pág. 32. 75 Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folio 94. 76 Protocolo de interrogatorios Eichmann, vol. I, folios 94, 96 y 108. 77 Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folio 101. 78 Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folios 103, 107 y 108; *Eichmann und Komplizen* por Kempner, pág. 218. 79 *Eichmann in Jerusalem* por Ahrendt, págs. 72 y 73. 80 Ídem, pág. 73; *Eichmann und Kompli-*

zen por Kempner, pág. 45. **81** Escrito de Hagen, 24 de junio de 1938, RFSS, carrete de película n.º 411. **82** *Eichmann in Jerusalem* por Ahrendt, pág. 72; *Das Judentum in Deutschland*, memoria de la ponencia II.112, 15 de junio de 1939, RFSS, carrete de película n.º 411. **83** Anotación de Eichmann, 7 de junio de 1938, RFSS, carrete de película n.º 415. **84** Ídem; carta de Hiemer a Eichmann, 30 de mayo de 1938, RFSS, carrete de película n.º 415. **85** Escrito de Hagen a Eichmann, 28 de junio de 1938, RFSS, carrete de película n.º 415. **86** Ídem. **87** Carta de Six a la ponencia II-112, 23 de junio de 1938, RFSS, carrete de película n.º 415. **88** *Pogrom*, de Lionel Kochan, pág. 36 y ss. **89** Actas sobre la política exterior alemana, serie D, 1937/1945, vol. V, págs. 98, 115 y 141. **90** La obra citada de Kochan, pág. 38. **91** *Der 9, november 1938* por Hermann Graml, publicada en *Das Parlament*, 11 de noviembre de 1953, pág. 7. **92** Ídem. **93** La obra citada de Hilberg, pág. 23. **94** La obra citada de Kochan, pág. 51. **95** IMT, vol. XX, pág. 320. **96** IMT, vol. XIV, pág. 466. **97** La obra citada de Kochan, págs. 52 y 53. **98** Documentos sobre la política judía del Tercer Reich publicados en *Das Parlament*, 10 de noviembre de 1954, pág. 582. **99** Ídem. **100** La obra citada de Kochan, pág. 106. **101** Ídem, pág. 54; la obra citada de Graml, págs. 8 y 9. **102** Ídem. **103** IMT, vol. X, pág. 151. **104** IMT, vol. XLII, págs. 511 y 513; la obra citada de Kochan, pág. 55; IMT, vol. XXI, pág. 392. **105** La obra citada de Graml, pág. 9. **106** IMT, vol. XLII, pág. 512. **107** IMT, vol. XLII, pág. 512. **108** IMT, vol. XLII, pág. 511. **109** IMT, vol. XXXI, pág. 516. **110** IMT, vol. XXI, pág. 392. **111** Declaración jurada de Fritz Schulz, 30 de setiembre de 1947, libro de documentos Ohlendorf, archivo privado de la señora Kaethe Ohlendorf. **112** Declaraciones de Hafiz Khan al *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 15 de setiembre de 1964. **113** IMT, vol. XX, pág. 322. **114** La obra citada de Hassell, pág. 34. **115** Ídem, pág. 27. **116** La obra citada de Graml, pág. 15. **117** IMT, vol. IX, pág. 312; la obra citada de Kochan, pág. 107. **118** Documentos sobre la política judía del Tercer Reich, pág. 585. **119** IMT, vol. IX, pág. 313. **120** IMT, vol. XXI, pág. 392. **121** La obra citada de Burckhardt, pág. 227. **122** Ídem, pág. 228. **123** Ídem. **124** Ídem, pág. 230. **125** La obra citada de Schellenberg, pág. 59. **126** La obra citada de Burckhardt, pág. 230. **127** Ídem, pág. 124. **128** Documentos sobre la política judía del Tercer Reich, pág. 585. **129** IMT, volumen XXVI, pág. 266. **130** *Anatomie des SS-Staates* por Krausnick, vol. II, pág. 342. **131** Ídem, vol. II, pág. 344. **132** La obra citada de Lamm, págs. 81 y 217. **133** Ídem, pág. 223. **134** Ídem; *Das Dritte Reich und die Juden* (El Tercer Reich y los judíos) por Poliakov/Wulf, pág. 120. **135** La obra citada de Lamm, pág. 218; Archivo de la Actualidad de Keesing, 1937, pág. 3240 B. **136** La obra citada de Habas, pág. 71; *Europaeischer Geschichtskalender*, 1938, pág. 541; Shulthess, 1939, pág. 354; *The Secret Roads* por Jon y David Kimche, pág. 40. **137** La obra citada de Habas, pág. 23; la obra citada de Kimche, pág. 40. **138** La obra citada de Kimche, pág. 15; la obra citada de Habas, pág. 48. **139** *Das Judentum in Deutschland*, memoria de la ponencia II-112, 15 de junio de 1939, RFSS, carrete de película n.º 411. **140** Actas sobre la política exterior alemana, serie D, vol. V, págs. 780 y

784. **141** La obra citada de Kimche, pág. 31. **142** La obra citada de Kimche, pág. 32. **143** Ídem. **144** La obra citada de Kimche, pág. 39. **145** La obra citada de Habas, págs. 61 y 63; la obra citada de Kimche, págs. 33, 34 y 35. **146** La obra citada de Kimche, págs. 35 y 39. **147** Ídem, pág. 41. **148** Ídem. **149** Ídem, págs. 41 y 42; Schulthess, 1939, pág. 362. **150** La obra citada de Kimche, pág. 43. **151** *Anatomie des SS Staates* por Krausnick, vol. II, pág. 344. **152** Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folios 126 y 127. **153** *Anatomie des SS-Staates* por Krausnick, vol. II, pág. 345; *SS im Kreuzverchoer* por Kempner, págs. 204 y 205. **154** Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folios 127, 128 y 132. **155** Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folio 128. **156** Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folio 121. **157** Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folio 124. **158** Actas de la Cancillería sobre una conferencia de jefes de negociado y comando, 27 de setiembre de 1939, RFSS, carrete de película n.° 239. **159** Ídem. **160** Auto de procesamiento contra Wolff, págs. 90 y 91. **161** Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, pág. 353; *Die Endloesung,* de Reitlinger, pág. 49 y ss. **162** *Anatomie des SS-Staates* por Krausnick, vol. II, pág. 353; *Die Endloesung* por Reitlinger, pág. 50; la obra citada de Hilberg, pág. 138. **163** Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folio 121. **164** La obra citada de Hilberg, págs. 138 y 139. **165** *Die Endloesung,* de Reitlinger, pág. 51. **166** *Anatomie des SS-Staates* por Krausnick, vol. II, pág. 355; *Die Endloesung* por Reitlinger, pág. 86 y ss. **167** Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, pág. 137. **168** *Die Endloesung,* de Reitlinger, pág. 87. **169** Ídem, de Reitlinger, pág. 86; Actas sobre la política exterior alemana, serie D, vol. IV, págs. 420 y 421. **170** *Als Rassereferent im Reichsministerium des Innern* (Como ponente de asuntos raciales en el Ministerio de la Gobernación del Reich) por Bernhard Loesener, publicado en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 9, año 1961, cuaderno 3, pág. 296 y ss. **171** *Statit auf diplomatischer Bühne* por Paul Schmidt, pág. 495. **172** Protocolo de interrogatorio, Eichmann, vol. I, folio 140. **173** Actas sobre la política exterior alemana, serie D, vol. IV, pág. 170. **174** *Hitler-Reden und Proklamation 1932-1945* (Discursos de Hitler y proclamación 1932-1945), Domarus, vol. II, pág. 1058. **175** *Anatomie des SS-Staates,* Krausnick, vol. II, pág. 372 y ss. **176** Ídem, vol. II, págs. 360 y 361. **177** *Im Hauptquartier der deutsche Wehrmacht, 1939-1945* (En el Cuartel General de las Fuerzas armadas alemanas) por Walter Warlimont, págs. 170 y 168; *Anatomie des SS-Staates* por Jacobsen, vol. II, págs. 170 y 171; *Der verbrecherishe Befehl* (La orden criminal) por Uhlig, publicada en *Das Parlament,* 17 de julio de 1957, pág. 341. **178** La obra citada de Warlimont, pág. 173. **179** La obra citada de Schellenberg, pág. 172. **180** La obra citada de Uhlig, pág. 432; la obra citada de Warlimont, pág. 175. **181** *Anatomie des SS-Staates* por Jacobsen, vol. II, pág. 225; la obra citada de Warlimont, pág. 176. **182** La obra citada de Warlimont, págs. 174 y 176; la obra citada de Uhlig, pág. 432; la obra citada de Schellenberg, pág. 174; la obra citada de Hilberg, pág. 183. **183** La obra citada de Warlimont, pág. 174 y ss.; la obra citada de Uhlig, pág. 432. **184** La obra citada de Warlimont,

pág. 174. **185** *Anatomie des SS-Staates* por Jacobsen, vol. II, pág. 206. **186** Serie Nebe, 2 de febrero de 1950, pág. 24. **187** Ídem. **188** *Wo ist Nebe?* (¿Dónde está Nebe?) por Hans Bernd Gisevius, pág. 240. **189** Ídem, pág. 244. **190** *Anatomie des SS-Staates* por Krausnick, vol. II, pág. 367. **191** Serie Nebe, 2 de febrero de 1950, pág. 25. **192** Comunicación verbal de la señora Kaethe Ohlendorf, 26 de enero de 1966. **193** La obra citada de Hilberg, pág. 189; declaración de Ohlendorf, IMT, vol. LXII, pág. 446. **194** *Die Endloesung,* de Reitlinger, pág. 208. **195** Ídem, pág. 206; *SS im Kreuzverhoer* por Kempner, pág. 281. **196** *Die Endloesung,* de Reitlinger, pág. 216 y ss. **197** *Die SS,* de Wulf, pág. 273 y ss. **198** *SS im Kreuzoerhoer* por Kempner, pág. 284 y ss. **199** *Bomhard,* IMT, vol. XLII, págs. 636, 644. **200** Serie Nebe, 2 de febrero de 1950, pág. 24. **201** Auto de procesamiento contra Wolff, pág. 128; *Die Endloesung,* de Reitlinger, pág. 211. **202** La obra citada de Hilberg, pág. 189. **203** Ídem. **204** Declaración de Ohlendorf, IMT, vol. IV, pág. 348; *Partisanen* (Guerrilleros) por C. Aubrey Dixon y Otto Heilbrunn, pág. 99; *SS im Kreuzverhoer,* de Kempner, pág. 19. **205** Serie Nebe, 2 de febrero de 1950, pág. 24. **206** Ídem. **207** *Anatomie des SS-Staates* por Krausnick, vol. II, pág. 365. **208** Apelación de Ohlendorf solicitando clemencia, pág. 28. **209** Ídem, págs. 30 y 29. **210** *Die SS,* de Wulf, pág. 252; la obra citada de Hilberg, pág. 188. **211** *Die SS,* de Wulf, pág. 261. **212** La obra citada de Hilberg, págs. 189 y 190. **213** Ídem, pág. 207. **214** Ídem, pág. 190. **215** Ídem, pág. 191. **216** *SS im Kreuzverhoer,* de Kempner, pág. 28. **217** Auto de procesamiento contra Wolff, pág. 143. **218** *SS im Kreuzverhoer,* de Kempner, pág. 25. **219** Ídem, de Kempner, pág. 22. **220** Ídem. **221** Ídem, pág. 23. **222** Ídem. **223** Ídem, pág. 28. **224** Ídem, pág. 29. **225** Ídem. **226** IMT, vol. VII, págs. 587 y 588; la obra citada de Henkys, pág. 117. **227** La obra citada de Henkys, pág. 117. **228** Ídem, pág. 118. **229** Ídem, pág. 120. **230** *Anatomie des SS-Staates* por Krausnick, vol. II, pág. 367; la obra citada de Henkys, págs. 114, 115 y 116. **231** *Anatomie des SS-Staates* por Krausnick, vol. II, pág. 369; auto de procesamiento contra Wolff, pág. 122. **232** *Anatomie des SS-Staates* por Krausnick, vol. II, pág. 364; la obra citada de Hilberg, págs. 193 y 243. **233** La obra citada de Hilberg, pág. 196. **234** Ídem, págs. 196 y 225. **235** *Die Endloesung* por Reitlinger, pág. 209. **236** Ídem, pág. 209. **237** Serie Nebe, 2 de febrero de 1950, pág. 26; *Wo ist Nebe?,* de Gisevius, pág. 244. **238** Serie Nebe, 2 de febrero de 1950, pág. 26. **239** Auto de procesamiento contra Wolff, pág. 161. **240** Según lo refiere el *Süddeutsche Zeitung,* 25 de julio de 1964. **241** Según lo refiere el *Frankfurter Rundschau,* 10 de julio de 1958, y el *Abendpost,* 14 de julio de 1961. **242** Carta de Herf a Maximilian von Herff, 29 de julio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 38. **243** La obra citada de Hilberg, pág. 440. **244** *Die SS,* de Wulf, pág. 269. **245** *Das Dritte Reich und seine Diener* por Poliakow/Wulf, pág. 283. **246** IMT, vol. XXIX, pág. 145. **247** Auto de procesamiento contra Wolff, pág. 365. **248** Auto de procesamiento contra Wolff, págs. 317 y 318. **249** La obra citada de Kersten, pág. 188. **250** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 301. **251** Auto de procesamiento contra Wolff, pág. 365. **252** La obra citada de Hilberg, págs. 218 y 219. **253** La obra citada

de Crankshaw, págs. 128 y 129. **254** La obra citada de Hilberg, págs. 209 y 210; *Die Endloesung,* de Reitlinger, págs. 234 y ss.; la obra citada de Crankshaw, pág. 129. **255** La obra citada de Hilberg, pág. 215. **256** Ídem. **257** Ídem. **258** La obra citada de Hilberg, pág. 217. **259** La obra citada de Hilberg, pág. 216. **260** La obra citada de Hilberg, pág. 217. **261** Ídem; *Die Endloesung,* de Heitlinger, pág· 262. **262** *Niederschrift über Beobachtungen woehsend meines Besuches in Italien vom 11. bis 14. Oktober 1942* (Apuntes sobre las observaciones hechas durante mi visita a Italia entre el 11 y 14 de octubre de 1942), memorándum de Himmler, 22 de octubre de 1942, RFSS, carrete de película n.° 69. **263** La obra citada de Hilberg, pág. 196. **264** Ídem, pág. 197. **265** Ídem. **266** Ídem, pág. 198. **267** IMT, vol. XXV, pág. 85. **268** La obra citada de Hilberg, pág. 198. **269** Ídem. **270** La obra citada de Dixon/Hellbrunn, págs. 143 y 144. **271** La obra citada de Hilberg, pág. 199. **272** La obra citada de Hilberg, pág. 224. **273** La obra citada de Bor, pág. 197. **274** *Ein Haus auf Sand gebaut* (Una casa edificada sobre arena) por Gerald Reitlinger, pág. 273; *Die Endloesung,* de Reitlinger, pág. 213. **275** *Ein Haus...,* pág. 273. **276** La obra citada de Hilberg, págs. 242 y 243. **277** Ídem, pág. 243. **278** Ídem, pág. 244. **279** Ídem, pág. 251. **280** Véase la descripción detallada de cada operación en la obra citada de Hilberg y en *Ein Hous...* **281** La obra citada de Hilberg, pág. 250. **282** Auto de procesamiento contra Wolff, pág. 137, IMT, vol. XXXVII, pág. 360. **283** IMT, vol. XXVII, pág. 4. **284** IMT, vol. XXVII, pág. 6. **285** IMT, vol. XVII, pág. 3. **286** Ídem. **287** *Aus den Akten des Gauleiters Kube* (Según los expedientes del *Gauleiter* Kube) por Helmut Heiber, publicada en *Vierteljahrshafte für Zeitgeschichte,* cuaderno I, 1956, pág. 68. **288** Ídem. **289** *Aus den Akten...,* pág. 67. **290** Carta de Strauch a Von Dem Bach-Zelewski, 23 de julio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 50. **291** Anotaciones de Strauch, 20 de julio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 59. **292** Ídem. **293** *Auf den Akten...,* pág. 84. **294** Ídem. **295** La obra citada de Hilberg, pág. 254. **296** Carta de Strauch a Von Dem Bach-Zelewski, 25 de julio de 1943. **297** *Auf den Akten...,* pág. 76. **298** IMT, vol. XXXVIII, pág. 373. **299** IMT, vol. XXXVIII, pág. 371. **300** *Auf den Akten...,* pág. 77; *Die Endloesung,* de Reitlinger, pág. 325. **301** La obra citada de Hilberg, pág. 254. **302** Ídem, págs. 256 y 767. **303** La obra citada de Henkys, pág. 124. **304** La obra citada de Hilberg, pág. 309; la obra citada de Henkys, pág. 95; *Des Dritte Ruch und die Juden* por Poliakov/Wulf, pág. 197; auto de procesamiento contra Wolff, pág. 221. **305** La obra citada de Henkys, pág. 97; *Die Endloesung,* de Reitlinger, pág. 153. **306** Ídem, pág. 153. **307** Ídem, pág. 154. **308** Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folios 175-177. **309** La obra citada de Henkys, pág. 86. **310** Auto de procesamiento contra Wolff, pág. 198; IMT, vol. XXIX, págs. 501 y ss. **311** La obra citada de Henkys, pág. 63; *Die Endloesung,* de Reitlinger, pág. 147. **312** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 147; auto de procesamiento contra Wolff, pág. 212; IMT, vol. XX, págs. 548 y ss. **313** La obra citada de Hilberg, pág. 562. **314** Ídem. **315** Informe Gerstein, según lo citan Poliakov/Wulf en su obra *Das Dritte Reich und die Juden,* pág. 104. **316** *Das Dritte Reich und die Juden,* de Po-

liakov/Wulf, pág. 104. 317 Ídem. 318 La obra citada de Henkys, pág. 109; *Des Dritte Reich und die Juden*, de Poliakov/Wulf, pág. 108. 319 La obra citada de Henkys, pág. 110. 320 Auto de procesamiento contra Wolff, pág. 210. 321 IMT, vol. XXVII, pág. 341 y ss.; la obra citada de Hoess, pág. 159. 322 La obra citada de Hilberg, pág. 567. 323 *Der Dritte Reich und die Juden*, de Poliakov/Wulf, pág. 106. 324 Ídem, págs. 106 y 107. 325 La obra citada de Hoess, pág. 126 y 127. 326 Carta de Himmler a Friedrich Wilhelm Krüger, 19 de julio de 1942, RFSS, carrete de película n.º 122. 327 Auto de procesamiento contra Wolff, pág. 226. 328 *Des Dritte Reich und die Juden*, de Poliakov/Wulf, pág. 104. 329 Declaración de Hassler en el proceso contra Wolff, 20 de agosto de 1964, según el *Süddeutschen Zeitung*, 21 de agosto de 1964. 330 *Anatomie des SS-Staates* por Krausnick, vol. II, pág. 422. 331 Ídem. 332 Ídem, vol. II, pág. 425. 333 Auto de procesamiento contra Wolff, págs. 230 y 233; *Anatomie des SS-Staates* por Krausnick, vol. II, pág. 426. 334 Auto de procesamiento contra Wolff, pág. 234. 335 Ídem, pág. 235. 336 *Anatomie des SS-Staates* por Krausnick, vol. II, pág. 429. 337 Ídem, vol. II, pág. 430. 338 Según lo cita el *Süddeutsche Zeitung*, 3 de setiembre de 1964. 339 Auto de procesamiento contra Wolff, pág. 206; la obra citada de Henkys, págs. 95, 103, 106, 108 y 111; *Anatomie des SS-Staates* por Krausnick, vol. II, pág. 419. 340 La obra citada de Henkys, pág. 107. 341 La obra citada de Henkys, pág. 110. 342 Declaraciones de testigos en el proceso Auschwitz, 15 de octubre de 1964, según el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 10 de octubre de 1964. 343 La obra citada de Henkys, pág. 92. 344 *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 25 de mayo de 1964. 345 *Frankfurter Rundschau*, 6 de noviembre de 1964. 346 *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 1.º de diciembre de 1964; la obra citada de Henkys, pág. 208. 347 Según lo refiere *Die Zeit*, 27 de agosto de 1965. 348 Declaración del testigo doctor Lingens-Reiner en el proceso Auschwitz, según el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 3 de marzo de 1964. 349 *Organisierte Schuld* (La culpabilidad organizada) por Hannah Arendt, publicado en *Die Wendlung*, cuaderno n.º 4, 1945/1946, pág. 341. 350 Según *Die Zeit*, 25 de junio de 1965. 351 *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 318. 352 Ídem, vol. I, pág. 320. 353 Ídem, vol. I, pág. 334. 354 Ídem, vol. I, pág. 319. 355 Comunicación verbal del doctor Konrad Morgen, 3 de febrero de 1966. 356 Serie Nebe, 23 de febrero de 1950, pág. 24. 357 *Lady mit Lampenschirm*, *Der Spiegel*, 16 de febrero de 1950, pág. 12. 358 Declaración del testigo doctor Günter Reinecke, IMT, vol. XX, págs. 453 y ss., 477; IMT, vol. XX, págs. 531 y ss.; aclaración del doctor Konrad Morgen, IMT, vol. XLII, págs. 563 y ss., vol. XLII, págs. 551 y ss.; aclaración del doctor Werner Paulman, IMT, vol. XLII, pág. 543 y ss. 359 Reinecke, IMT, vol. XX, págs. 532 y ss. 360 *Der Spiegel*, 16 de febrero de 1950, pág. 12. 361 Ídem. 362 Ídem; comunicación verbal del doctor Konrad Morgen, 3 de febrero de 1966, IMT, vol. XX, págs. 554, 557 y ss. 363 Ídem. 364 *Der Spiegel*, 16 de febrero de 1950, págs. 13 y 14; IMT, vol. XX, págs. 547 y ss. 365 Serie Nebe, 23 de febrero de 1950, pág. 24. 366 La obra citada de Hilberg, pág. 579. 367 Declaraciones del doctor Konrad Morgen al *Süddeutschen Zeitung*,

11 de marzo de 1964, pág. 3. **368** Ídem. **369** IMT, vol. XLII, pág. 552. **370** IMT, vol. XX, pág. 480. **371** Ídem. **372** IMT, vol. XX, pág. 547; la obra citada de Hilberg, págs. 574 y 580. **373** IMT, vol. XLII, pág. 556; IMT, vol. XX, págs. 479 y 522. **374** La obra citada de Hilberg, pág. 579. **375** IMT, vol. XLII, pág. 556. **376** IMT, vol. XLII, pág. 548; la obra citada de Hilberg, pág. 579. **377** IMT, vol. XLII, pág. 556; IMT, vol. XX, pág. 524. **378** IMT, vol. XX, 522; comunicación verbal de las autoridades centrales para perseguir los crímenes nacionalsocialistas, en Ludwigsburg, 15 de diciembre de 1966. **379** La obra citada de Hilberg, pág. 579. **380** Ídem. **381** Declaraciones del doctor Morgen al *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 16 de marzo de 1965. **382** IMT, vol. XX, págs. 554 y 519; comunicación verbal del doctor Konrad Morgen, 3 de febrero de 1966. **383** IMT, vol. XX, pág. 482. **384** IMT, vol. XXIX, pág. 146. **385** La obra citada de Hoess, pág. 17. **386** *Organisierte Schuld* (La culpabilidad organizada) por Hannah Arendt, págs. 340 y 342. **387** La obra citada de Hoess, pág. 129. **388** Ídem, pág. 111. **389** Ídem, pág. 133. **390** Ídem. **391** Declaraciones de Schultz al *Süddeutschen Zeitung*, 28 de agosto de 1964. **392** La obra citada de Hilberg, pág. 332. **393** La obra citada de Hoess, pág. 124. **394** La obra citada de Gilbert, pág. 255. **395** La obra citada de Georg, págs. 38 y 39. **396** La obra citada de Georg, pág. 32. **397** IMT, vol. XXXVIII, págs. 363 y 364. **398** La obra citada de Georg, pág. 114. **399** La obra citada de Georg, pág. 111. **400** La obra citada de Georg, pág. 110. **401** La obra citada de Georg, págs. 110 y 114. **402** *Work redeems* (El trabajo redime) por Jan F. Triska, publicada en el *Journal of Central European Affairs*, abril de 1959, pág. 15. **403** La obra citada de Georg, págs. 58 y 61. **404** La obra citada de Henkys, pág. 88. **405** La obra citada de Georg, pág. 93. **406** La obra citada de Hilberg, pág. 340. **407** La obra citada de Georg, pág. 97. **408** Ídem. **409** La obra citada de Hoess, págs. 138 y 139. **410** La obra citada de Hilberg, pág. 264. **411** La obra citada de Henkys, pág. 136. **412** La obra citada de Henkys, pág. 136; *Die Endloesung*, de Reitlinger, pág. 372. **413** *Eichmann und Komplizen* por Kempner, pág. 293; la obra citada de Hilberg, pág. 441. **414** *Die Endloesung* por Reitlinger, pág. 409. **415** La obra citada de Hilberg, pág. 347. **416** La obra citada de Hilberg, pág. 441. **417** Ídem. **418** Ídem. **419** La obra citada de Henkys, pág. 146. **420** La obra citada de Hilberg, pág. 442; la obra citada de Henkys, pág. 147. **421** La obra citada de Hilberg, pág. 449; *Die Endloesung*, de Reitlinger, pág. 421. **422** La obra citada de Hilberg, pág. 449. **423** La obra citada de Hilberg, pág. 446. **424** La obra citada de Hilberg, pág. 451. **425** *Die Endloesung*, de Reitlinger, pág. 389. **426** La obra citada de Hilberg, pág. 384; la obra citada de Henkys, pág. 138; *Die Endloesung*, de Reitlinger, pág. 390; *Eichmann in Jerusalem*, de Hannah Arendt, pág. 207. **427** *Die Endloesung*, de Reitlinger, pág. 349. **428** La obra citada de Henkys, pág. 139. **429** *Eichmann und Komplizen* por Kempner, pág. 208. **430** La obra citada de Henkys, pág. 140. **431** *Eichmann und Komplizen* por Kempner, pág. 208. **432** Ídem, pág. 209. **433** *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo* por Renzo De Felice, pág. 460. **434** Ídem, pág. 459. **435** Ídem. **436** Ídem, pág. 460. **437** La obra citada de Hilberg, pág. 414. **438** Ídem. **439** Ídem,

pág. 415. **440** *Eichmann und Komplizen* por Kempner, pág. 321. **441** Ídem. **442** Ídem, pág. 323. **443** La obra citada de Felice, pág. 462; la obra citada de Hilberg, pág. 415. **444** *Eichmann und Komplizen* por Kempner, pág. 329; la obra citada de Felice, pág. 462; *Die Endloesung,* de Raitlinger, págs. 365 y ss. **445** La obra citada de Hilberg, pág. 416. **446** Ídem. **447** *Die Endloesung,* de Reitlinger, pág. 371. **448** La obra citada de Henkys, pág. 144; *Die Endloesung,* de Reitlinger, pág. 443; la obra citada de Hilberg, pág. 470. **449** La obra citada de Henkys, pág. 149; *Die Endloesung,* de Reitlinger, pág. 459. **450** La obra citada de Hilberg, pág. 483; la obra citada de Henkys, pág. 148. **451** La obra citada de Hilberg, pág. 429; auto de procesamiento contra Wolff, pág. 285. **452** Auto de procesamiento contra Wolff, págs. 285 y 286; la obra citada de Henkys, pág. 143. **453** La obra citada de Besgen, pág. 28. **454** La obra citada de Besgen, págs. 28 y 29. **455** *Die Endloesung,* de Reitlinger, pág. 389 a la 391; la obra citada de Hilberg, pág. 384. **456** *Die Endloesung,* de Reitlinger, pág. 390. **457** La obra citada de Loesener, págs. 282, 287 y 300; la obra citada de Hilberg, págs. 268 y 277. **458** La obra citada de Hilberg, págs. 269, 270 y 273. **459** La obra citada de Loesener, pág. 298. **460** La obra citada de Loesener, págs. 299 y 300. **461** Ídem, págs. 300 y 302; la obra citada de Hilberg, pág. 270. **462** La obra citada de Henkys, pág. 142; la obra citada de Hilberg, pág. 357; *Die Deutsche Politik in Daenemark* (La política alemana en Dinamarca) por Werner Best, pág. 47; *Eichmann und Komplizen* por Kempner, págs. 372 y 373. **463** *Die Deutsche Politik...,* pág. 48. **464** Ídem. **465** Ídem, por Best, pág. 50. **466** Ídem, pág. 49; *Eichmann und Komplizen* por Kempner, pág. 374. **467** *Die Deutsche Politik...,* pág. 51; *Eichmann und Komplizen* por Kempner, pág. 377. **468** La obra citada de Henkys, pág. 142. **469** *Eichmann und Komplicen* por Kempner, pág. 379; *Die Endloesung* por Reitlinger, pág. 395. **470** *Eichmann und Komplizen* por Kempner, pág. 375; *Die Endloesung* por Reitlinger, pág. 396; la obra citada de Henkys, pág. 142. **471** *Eichmann und Komplizen* por Kempner, pág. 376. **472** Ídem, págs. 378, 379 y 380. **473** Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. I, folio 251.

14. Potencia e impotencia de las SS

1 La obra citada de Knoebel, pág. 226. **2** *Zur Perversion der Strafjustiz im Dritten Reich* (Hacia la perversión de la justicia penal en el Tercer Reich), pág. 408. **3** *Zur Justiz im Dritten Reich/Der Fall Elias* (Sobre la justicia en el Tercer Reich/El caso Elías) por Helmut Heiber, publicada en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* cuaderno 4, 1955, págs. 275, 276, 277 y 279. **4** *Zur justiz...,* pág. 279. **5** Ídem, págs. 281 y 282. **6** Ídem, pág. 282. **7** Ídem. **8** Ídem, págs. 287 y 290. **9** *Zur perversion...,* pág. 403. **10** Ídem, pág. 404.

11 Ídem. **12** *Anatomie des SS-Staates* por Broszat, vol. II, pág. 30. **13** La obra citada de Neufeldt, pág. 31. **14** Ídem, págs. 31 y 32. **15** Ídem, pág. 31. **16** Ídem. **17** Ídem, págs. 43 y 109. **18** Ídem, pág. 32. **19** Ídem. **20** La obra citada de Georg, pág. 25. **21** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, págs. 248 y 249; la obra citada de Georg, pág. 29. **22** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 249. **23** Ídem, vol. I, pág. 250. **24** La obra citada de Georg, pág. 41. **25** Ídem, pág. 37. **26** Ídem, págs. 42, 44 y 56. **27** Ídem, págs. 58 y 62. **28** Ídem, págs. 62 y 64. **29** Ídem, págs. 66 y 69. **30** Ídem, pág. 70. **31** Ídem, pág. 71. **32** Véase «Plan orientador concebido por la Dirección General SS de Economía y Administración» en la obra citada de Georg, págs. 30 y 31. **33** La obra citada de Georg, pág. 131. **34** Ídem, págs. 72, 73 y 74. **35** Ídem, pág. 74. **36** Ídem, págs. 75 y 76. **37** Ídem, págs. 79, 80 y 81. **38** Ídem, págs. 82 y 80. **39** Ídem, págs. 80 y 81. **40** Ídem, pág. 87. **41** Ídem, pág. 88. **42** Ídem, págs. 92 y 93. **43** Ídem, pág. 97. **44** Ídem, pág. 130. **45** Ídem, pág. 37. **46** Ídem. **47** *Die Geheimwaffen des Dritten Reiches* (Las armas secretas del Tercer Reich) por David Irving, pág. 146. **48** La obra citada de Georg, pág. 38. **49** Ídem. **50** Ídem. **51** La obra citada de Irving, pág. 338. **52** Ídem. **53** Ídem, pág. 339. **54** Según afirma Paetel en su obra *Die SS*, pág. 20. **55** (Elementos y orígenes de la autoridad total) por Arendt, pág. 628. **56** Ídem, pág. 641. **57** Ídem, pág. 642. **58** *Hitler und die Morden in Polen* por Krausnick, pág. 197. **59** Ídem, pág. 198. **60** Ídem, pág. 200. **61** Ídem. **62** Ídem, pág. 201; la obra citada de Delarue, pág. 206 y 208. **63** La obra citada de Delarue, págs. 209 y 210. **64** *Hitler und die Morden...*, pág. 201. **65** Ídem. **66** Ídem. **67** La obra citada de Delarue, págs. 212 y 216. **68** Ídem, pág. 217. **69** *Die Endloesung*, de Reitlinger, pág. 348. **70** La obra citada de Delarue, págs. 216 y 217. **71** *Die Endloesung*, pág. 209. **72** Ídem, pág. 349. **73** La obra citada de Delarue, págs. 218 y 221. **74** Ídem, pág. 224. **75** Véase el capítulo 16. **76** La obra citada de Hilberg, págs. 433 y 434. **77** Véase la correspondencia subsiguiente entre Himmler y Reeder, RFSS, carrete de película n.° 56. **78** Carta de Himmler a Reeder, 16 de febrero de 1943, RFSS, carrete de película n.° 56. **79** Carta de Berger a Rudolf Brandt, 25 de febrero de 1943, RFSS, carrete de película n.° 56. **80** Carta de Reeder a Himmler, 20 de febrero de 1943, RFSS, carrete de película n.° 56. **81** Carta de Himmler a Reeder, 16 de febrero de 1943. **82** *Erinnerung aus dem besetzten Frankreich, 1940 bis 1942* (Rememoraciones sobre la Francia ocupada, entre 1940 y 1942) por Werner Best, pág. 27; comunicación verbal del señor doctor Werner Best, 5 de febrero de 1966. **83** Escrito de Kiessel, 31 de marzo de 1942, RFSS, carrete de película n.° 72. **84** Ídem. **85** Ídem. **86** Carta de Foertsch a Turner, 29 de diciembre de 1941, RFSS, carrete de película n.° 72. **87** Carta de Foertsch a Turner, 2 de febrero de 1942, RFSS, carrete de película n.° 72. **88** Carta de Turner a Neyssner, 29 de agosto de 1942, RFSS, carrete de película n.° 140. **89** Ídem. **90** Ídem. **91** *Bild-Zeitung*, 1.° de julio de 1964. **92** *Offiziere gegen Hitler* (Oficiales contra Hitler) por Fabian von Schlabrendorff, pág. 36. **93** *Frankreich in Hitlers Europa* (Francia en la Europa de Hitler) por Eberhard Jaeckel, pág. 342. **94** Carta de Korsemann a Von Kleist, 30 de junio de 1943, Archivo Wulf. **95** Ídem. **96** Carta de Ber-

ger a Von Herff, 6 de julio de 1943, Archivo Wulf. **97** Carta de Himmler a Korsemann, 5 de julio de 1943, Archivo Wulf. **98** *Wehrmacht und Nationalsocialismus* por Krausnick, pág. 681. **99** Ídem. **100** Ídem. **101** *Tagebücher aus den Jahren 1942-1943* (Diarios de los años 1942-1943) por Joseph Goebbels, pág. 330. **102** La obra citada de *Goebbels, pág. 162.* **103** Carta de Berger a Rudolf Brandt, 12 de marzo de 1940, RFSS, carrete de película n.° 33. **104** Ídem. **105** Carta de Berger a Himmler, 24 de noviembre de 1941, RFSS, carrete de película n.° 33. **106** Carta de Himmler a Bormann, febrero de 1940, RFSS, carrete de película n.° 33. **107** Carta de Weitzel a Himmler, 27 de abril de 1938, RFSS, carrete de película n.° 33. **108** *Der Sonderdienst im Generalgouvernement* (El Servicio especial en el Gobierno general) por Martin Broszat, Instituto de Historia contemporánea, págs. 408 y 410. **109** Carta de Krüger a Himmler, 10 de octubre de *1942, RFSS, carrete de película* n.° 128. **110** Ídem. **111** Ídem. **112** Carta de Berger a Himmler, 21 de noviembre de 1962, RFSS, carrete de película n.° 128. **113** Carta de Himmler a Bormann, 26 de febrero de 1943, RFSS, carrete de película n.° 33. **114** Ídem. **115** Archivo de trabajos propagandísticos, 26 de agosto de 1943. **116** Carta de Berger a Himmler, 10 de octubre de 1941, RFSS, carrete de película n.° 22. **117** La obra citada de Hilberg, pág. 230. **118** Conde Fritz-Dietlof von der Schulenburg, págs. 130 y 131. **119** Carta de Berger a Himmler, 20 de noviembre de 1943, RFSS, carrete de película n.° 22. **120** Carta de Berger a Himmler, 30 de octubre de 1943, RFSS, carrete de película n.° 22. **121** Carta de Lohse al jefe superior de Policía y SS en Ostland, 13 de abril de 1942, RFSS, carrete de película n.° 155. **122** Carta de Himmler a Koch, 9 de octubre de 1942, RFSS, carrete de película n.° 56. **123** La obra citada de Dallin, pág. 185. **124** Aclaración de Hans Ehrlich sobre el proceso Ohlendorf, 20 de setiembre de 1947, archivo privado de la señora Kaethe Ohlendorf. **125** Ídem. **126** La obra citada de Trevor-Roper, pág. 44. **127** Serie Nebe, 19 de enero de 1950, pág. 22. **128** La obra citada de Boberach, pág. XVIII. **129** *El Ortsgruppenleiter* Loecken a la señora de Scholz-Klink, 27 de junio de 1938, RFSS, carrete de película n.° 69. **130** Anotaciones de actas, 4 de julio de 1938, RFSS, carrete de película n.° 69. **131** Carta de Karl Fiehler a Frick, 19 de abril de 1941, RFSS, carrete de película n.° 69. **132** Carta de Bormann a Himmler, 28 de abril de 1941, RFSS, carrete de película n.° 69. **133** Carta de Himmler a la redacción del *Schwarze Korps,* 2 de mayo de 1941, RFSS, carrete de película n.° 69. **134** Comunicación escrita de una pariente cercano de Himmler, quien no desea publicar su nombre, 29 de enero de 1966. **135** Certificado de la Escuela de Comercio de Mannheim, 23 de mayo de 1933; telegrama de Himmler a Hedwig Potthast, 5 de diciembre de 1937; todos en HA, carrete de película n.° 99. **136** Comunicación verbal de un pariente cercano de Himmler, quien no desea publicar su nombre, 29 de enero de 1966. **137** Sentencia confirmatoria del juzgado municipal Berlin-Charlottenburg sobre la tutela de Helge y Nanette Dorothea Potthast, 12 de setiembre de 1944, HA, carrete de película n.° 99. **138** Véase al respecto la certificación del juzgado municipal donde se hace constar que Hewig Potthast abandona la Iglesia, 2 de

junio de 1959, HA, carrete de película n.° 99. **139** Véase la correspondencia entre Hedwig y Hilde Potthast, HA, carrete de película n.° 99. **140** Carta de Hilde a Hedwig Potthast, 26 de marzo de 1942, HA, carrete de película n.° 99. **141** Ídem, 8 de mayo de 1942, HA, carrete de película n.° 99. **142** Ídem. **143** La obra citada de Schellenberg, pág. 284. **144** Véase el certificado sobre tutoría, 12 de setiembre de 1944, HA, carrete de película n.° 99. **145** Véase la carta de Gerda Bormann a su marido, 21 de setiembre de 1944, *The Bormann Letters* por H. R. Trevor-Roper, pág. 119. **146** Ídem., pág. 126. **147** Ídem, pág. 2. **148** La obra citada de Hilberg, pág. 256. **149** Elucidación del doctor Justus Beyer sobre el proceso Ohlendorf, 22 de octubre de 1947, Archivo privado de la señora Kaethe Ohlendorf. **150** La obra citada de Boberach, pág. XVIII. **151** La obra citada de Boberach, pág. XXII. **152** *Rechtssicherhetit und richterliche Unabhaengigkeit aus der Sicht des SD* (Seguridad jurídica e independencia judicial según la interpretación del SD) por Peter Schneider, publicada en *Vierteljarshefte für Zeitgeschichte*, cuaderno 4, 1956, pág. 416. **153** La obra citada de Kersten, pág. 260. **154** Escrito de la delegación del SD de Bünde al sector de Bielefeld, 13 de mayo de 1941, RFSS, carrete de película n.° 269. **155** Escrito de la delegación del SD de Minden al sector del SD de Bielefeld, 24 de junio de 1941, RFSS, carrete de película n.° 269. **156** Escrito de la delegación del SD de Erfurt a la delegación central del SD de Weimar, 12 de enero de 1942, RFSS, carrete de película n.° 269. **157** Ídem. **158** Escrito de la delegación del SD de Erfurt a la delegación central del SD de Weimar, 5 de enero de 1942, RFSS, carrete de película n.° 269. **159** IMT, vol. XXIX, pág. 514. **160** Carta de Florian a Bormann, 30 de noviembre de 1942, RFSS, carrete de película n.° 59. **161** Escrito de Weinrich a la Secretaría del NSDAP, 22 de enero de 1943, RFSS, carrete de película n.° 59. **162** Carta de Hildebrandt a Himmler, 17 de abril de 1943, RFSS, carrete de película n.° 117. **163** Ídem. **164** Ídem. **165** Ídem. **166** Carta de Gottberg a Von Dem Bach-Zelewski, 21 de julio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 59. **167** Carta de Bormann a Himmler, 2 de febrero de 1943, RFSS, carrete de película n.° 59. **168** La obra citada de Boberach, pág. XVIII. **169** La obra citada de Kersten, pág. 260. **170** La obra citada de Kersten, pág. 252. **171** Declaración de Ohlendorf, 8 de octubre de 1947, pág. 508, archivo privado de la señora Kaethe Ohlendorf. **172** La obra citada de Kersten, pág. 260. **173** La obra citada de Boberach, pág. XXVI. **174** Aclaración de Hans Fritzsche sobre el proceso Ohlendorf, 18 de agosto de 1947, archivo privado de la señora Kaethe Ohlendorf. **175** La obra citada de Goebbels, pág. 340. **176** La obra citada de Boberach, pág. XXVI. **177** La obra citada de Boberach, página XXVIII. **178** Declaración de Ohlendorf, 8 de octubre de 1947, pág. 510, archivo privado de la señora Kaethe Ohlendorf. **179** La obra citada de Boberach pág. XXVII. **180** Ídem. **181** IMT, vol. XXIX, pág. 107. **182** *Die Hoehren SS- und Polizeiführer* (Los jefes superiores de SS y Policía) por Hans Buchheim, publicada en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, cuaderno 4, 1963, pág. 379. **183** Carta de Andreas Schmidt a Berger, 24 de setiembre de 1943, RFSS, carrete de película n.° 128. **184** *Anatomie des*

SS-Staates, por Buchheim, vol. I, pág. 134. **185** *Die Hoehren SS...*, págs. 362 y 364. **186** Ídem, pág. 387. **187** Ídem. **188** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, págs. 160 y 157. **189** Ídem, vol. I, pág. 157. **190** *Die Hoehren SS...*, pág. 383. **191** Actas de Himmler, 16 de marzo de 1942, RFSS, carrete de película n.° 60. **192** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 140. **193** Proyecto sobre las atribuciones de los jefes superiores de SS y Policía, 8 de enero de 1943, RFSS, carrete de película n.° 119. **194** Ídem. **195** Ídem. **196** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 153. **197** Ídem, vol. I, pág. 153. **198** Véase la correspondencia entre Meyssner y Turner, RFSS, carrete de película n.° 140. **199** Carta de Turner a Meyssner, 29 de agosto de 1942, RFSS, carrete de película n.° 140. **200** Véase la correspondencia entre Krüger y Waechter, RFSS, carrete de película n.° 32. **201** Carta de Krüger a Waechter, 24 de febrero de 1942, RFSS, carrete de película n.° 32. **202** Carta de Ohlendorf a D'Alquen, 14 de agosto de 1942, RFSS, carrete de película n.° 275. **203** Carta de D'Alquen a Ohlendorf, 22 de julio de 1942, RFSS, carrete de película n.° 275. **204** Carta de Ohlendorf a D'Alquen, sin fecha, RFSS, carrete de película n.° 275. **205** Carta de Brandt a Ohlendorf, 6 de abril de 1943, RFSS, carrete de película n.° 275. **206** Carta de Berger a Brandt, 2 de abril de 1943, RFSS, carrete de película n.° 117. **207** Ídem. **208** Carta de Berger a Brandt, 7 de enero de 1941, RFSS, carrete de película n.° 128; carta de Seyss-Inquart a Himmler, 29 de mayo de 1943, RFSS, carrete de película n.° 64. **209** Carta de Berger a Himmler, 29 de octubre de 1941, RFSS, carrete de película n.° 128; la obra citada de Knoebel, págs. 80 y ss. **210** La obra citada de Knoebel, págs. 122 y ss. **211** La obra citada de Knoebel, págs. 167 y ss. **212** Carta de Berger a Himmler, 17 de octubre de 1942, RFSS, carrete de película n.° 128; carta de Berger a Himmler, 28 de noviembre de 1944, RFSS, carrete de película n.° 125. **213** Carta de Berger a Himmler, 2 de junio de 1942, RFSS, carrete de película n.° 62. **214** Carta de Eicke a Himmler, 5 de marzo de 1941, RFSS, carrete de película n.° 109. **215** Carta de Berger a Himmler, 9 de marzo de 1943, RFSS, carrete de película n.° 117. **216** Carta de Berger a Himmler, 2 de diciembre de 1940, RFSS, carrete de película n.° 128. **217** Carta de Himmler a Hintze, 11 de mayo de 1944, RFSS, carrete de película n.° 56. **218** Telegrama de Himmler a Hintze, sin fecha, RFSS, carrete de película n.° 56. **219** Carta de Himmler a Waldschmidt, 20 de abril de 1944, RFSS, carrete de película n.° 33. **220** Carta de Himmler a Hofmann, 29 de noviembre de 1944, RFSS, carrete de película n.° 56. **221** Carta de Himmler a Daluege, 4 de febrero de 1943, RFSS, carrete de película n.° 60. **222** Carta de Himmler a Pancke, 16 de mayo de 1944, RFSS, carrete de película n.° 56. **223** Carta de Brandt a Pohl, 29 de agosto de 1942, RFSS, carrete de película n.° 117; carta anónima a Bormann, 10 de julio de 1942, RFSS, carrete de película n.° 117. **224** Carta de Pohl a Brandt, 21 de agosto de 1942, RFSS, carrete de película n.° 117. **225** Carta de Himmler a Pohl, agosto de 1942, RFSS, carrete de película n.° 117. **226** Carta de Wolff a Kaltenbrunner, 23 de noviembre de 1942; carta anónima a la redacción del *Schwarze Korps*, ambos archivo Wulf. **227** Carta de Ohlendorf a Wolff, 6 de agosto de 1942,

RFSS, carrete de película n.° 122. **228** Comunicación verbal del doctor Richard Korherr, 8 de marzo de 1966. **229** Cuestionario Korherr, jefatura de distrito Würzburg, servicio de funcionarios, 30 de setiembre de 1940, archivo privado Korherr. **230** Comunicación verbal del doctor Richard Korherr, 8 de marzo de 1966. **231** Ídem. **232** Ídem. **233** Ídem. **234** Escrito de Greifelt a Brandt, 5 de febrero de 1943, RFSS, carrete de película n.° 60. **235** Escrito de Korherr a Himmler, 23 de enero de 1943, RFSS, carrete de película n.° 60. **236** Ídem. **237** Escrito de Greifelt a Brandt, 5 de febrero de 1943. **238** Escrito de Korherr a Himmler, 11 de febrero de 1943, RFSS, carrete de película n.° 60. **239** Escrito de Korherr a Brandt, sin fecha, archivo privado de Korherr. **240** Escrito de Korherr a Himmler, 13 de agosto de 1943, archivo privado de Korherr. **241** Escrito de Hildebrandt a Himmler, sin fecha, archivo privado de Korherr. **242** Comunicación verbal del doctor Richard Korherr, 8 de marzo de 1966. **243** IMT, vol. XX, pág. 465. **244** La obra citada de Hoess, pág. 138. **245** *Ein Haus auf Sand gebaut*, págs. 420, 321 y 430. **246** Escrito de Müller al Comandante general de la Policía de Seguridad y SD, 28 de agosto de 1941, RFSS, carrete de película n.° 491; escrito del sector central SD Munich, 8 de marzo de 1943, RFSS, carrete de película n.° 269. **247** Véase la declaración del doctor Hans Hohberg, 11 de julio de 1947; actas del tribunal militar II, caso IV. **248** Véase al respecto la correspondencia entre Berger y su hijo político Andreas Schmidt, carrete de película n.° 128.

15. El Arma SS

1 Carta de Streckenbach a Himmler (9 de marzo de 1942, aproximadamente), RFSS, carrete de película n.° 140. **2** *Gedanken zum Zweiten Weltkrieg* (Pensamientos sobre la Segunda Guerra Mundial) por Albert Kesselring, pág. 164. **3** La obra citada de Westphal, pág. 89. **4** *Verlorene Siege* (Victoria perdida) por Erich von Manstein, pág. 188. **5** La obra citada de Stein, pág. 215; *Die Berichte des Oberkomandos der Wehrmacht* (Los partes del Alto Mando de la Wehrmacht), OKW, 1943, vol. II, pág. 1010. **6** *Wiking-Ruf*, ejemplar 6/1955, págs. 13 y ss., y ejemplar 7/1955, págs. 10 y ss. **7** *Soldaten wie andere auch* (Soldados como los demás) por Hausser (manuscrito sin corregir), pág. 2; *SS und Polizei im NS-Staat* (SS y Policía en el Estado SS) por Buchheim, págs. 29 y 30. **8** *Soldaten...*, pág. 2. **9** *Waffen-SS im Einsatz* (El Arma SS en acción) por Paul Hausser, pág. 10; la obra citada de Klietmann, págs. 53 y 54. **10** Sentencia de Dietrich, pág. 4. **11** La obra citada de Stein, pág. 4. **12** Sentencia de Dietrich, pág. 4. **13** La obra citada de Klietmann, pág. 71; *Soldaten...*, de Hausser, pág. 2. **14** La obra citada de Klietmann, págs. 71 y 51. **15** *Soldaten...*, de Hausser,

pág. 2. **16** Comunicación verbal del señor Wilhelm Bittrich, 29 de enero de 1966. **17** La obra citada de Stein, pág. 5. **18** Ídem. **19** Ídem. **20** *Die Waffen-SS* por Walter Goerlitz, pág. 9. **21** Véase el capítulo 6. **22** Véase el capítulo 6. **23** La obra citada de Klietmann, pág. 53. **24** Ídem, págs. 15 y 16. **25** *Soldaten...*, pág. 107. **26** Comunicación escrita del señor Paul Hausser, 31 de enero de 1966. **27** *Soldaten...*, pág. 1; comunicación verbal del señor Paul Hausser, 31 de enero de 1966. **28** Comunicación escrita del señor Paul Hausser, 10 de febrero de 1966. **29** Comunicación verbal del señor Paul Hausser, 31 de enero de 1966. **30** Ídem. **31** La obra citada de Klietmann, pág. 18. **32** La obra citada de Klietmann, pág. 421; *Soldaten...*, pág. 10. **33** Comunicación verbal del señor Paul Hausser, 31 de enero de 1966. **34** La obra citada de Klietmann, pág. 21; *SS und Polizei...*, págs. 167 y 168. **35** *Soldaten...*, pág. 10. **36** La obra citada de Stein, pág. 10. **37** Carta de Himmler a todos los sectores SS, 17 de setiembre de 1936, RFSS, carrete de película n.° 155. **38** Ídem. **39** Carta de Himmler a Dietrich, sin fecha, RFSS, carrete de película n.° 33. **40** Comunicación verbal del señor Felix Steiner, 28 de enero de 1966. **41** Ídem. **42** Carta de Heissmeyer a Himmler, 18 de julio de 1938, RFSS, carrete de película n.° 33. **43** Carta de Heissmeyer a Himmler, 18 de julio de 1938. **44** Carta de Himmler a Dietrich, 2 de julio de 1938, RFSS, carrete de película n.° 33. **45** *Armee der Geaechteten* (Ejército de proscritos), de Steiner, pág. 70. **46** Comunicación verbal del señor Felix Steiner, 28 de enero de 1966. **47** Comunicación verbal del señor Felix Steiner, 28 de enero de 1966. **48** Ídem. **49** *Armee...*, pág. 351. **50** Comunicación verbal del señor Paul Hausser, 31 de enero de 1966. **51** *Armee...*, pág. 351. **52** Ídem, pág. 39. **53** Comunicación verbal de los señores Felix Steiner y Paul Hausser, enero/febrero de 1966. **54** *Von Clausewitz bis Bulganin* (Desde Clausewitz hasta Bulganin) por Felix Steiner, pág. 69. **55** Comunicación verbal del señor Felix Steiner, 28 de enero de 1966. **56** La obra citada de Stein, pág. 13. **57** *Soldaten...* de Hausser, pág. 22. **58** Comunicación verbal del señor Felix Steiner, 28 de enero de 1966. **59** La obra citada de Stein, pág. 13. **60** *Die reformerischen Leistungen der echemalingen Waffen-SS* (Iniciativas reformistas de la antigua Arma SS), artículo escrito presuntamente por Steiner y publicado en el *Wiking-Ruf*, ejemplar 7/1955, pág. 12. **61** Ídem. **62** *Von Clausewitz...*, pág. 234. **63** *Armee...*, pág. 92. **64** Comunicación verbal del señor Paul Hausser, 31 de enero de 1966. **65** Comunicación verbal del señor Felix Steiner, 28 de enero de 1966. **66** *Das deutsche Offizierskorps in seinen historisch-soziologischen Grundlagen* (El cuerpo de oficiales alemanes y sus fundamentos historicosociológicos) por Karl Demeter, pág. 53; *Armee...*, por Steiner, págs. 96 y 97. **67** *Die reformerischen...*, pág. 12. **68** Véase al respecto la obra de Krausnick *Wehrmacht und Nationalsozialismus*, págs. 669 y ss. **69** Ídem. **70** La obra citada de Foertsch, pág. 148. **71** *Wehrmacht...*, pág. 669. **72** Ídem. **73** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 197. **74** Ídem. **75** La obra citada de Hossbach, pág. 32. **76** La obra citada de Klietmann, págs. 26 y 27. **77** Experiencias generales obtenidas al reclutar los refuerzos de las formaciones de la calavera SS en setiembre de 1938 y con la gran movilización de

las SS ordinarias, conferencia del *Gruppenführer* Petri, enero de 1939, RFSS, carrete de película n.° 17. **78** *Armee...*, pág. 76. El autor resta importancia al edicto hitleriano hasta el extremo de afirmar que «era totalmente anodino para la tropa porque ésta no lo conocía en absoluto»; ahí omite deliberadamente el hecho de que Himmler hizo sacar cien fotocopias del edicto y las mandó distribuir sin olvidar ni mucho menos la Reserva Estratégica, como lo evidencia una nota suya escrita a mano. **79** La obra citada de Klietmann, pág. 26. **80** *Soldaten...*, pág. 13. **81** Notas sobre una conferencia para el congreso de *Gruppenführer* celebrado el 23 de enero de 1939, por Hausser, 18 de enero de 1939, RFSS, carrete de película n.° 17. **82** Ídem. **83** *SS-Verfügungstruppe und Wehrmacht* (Reserva estratégica SS y Wehrmacht), por Hans Günther Seraphim, publicada en el *Wehrwissenschaftliche Rundschau*, ejemplar 12/1955, pág. 575. **84** La obra citada de Klietmann, pág. 22. **85** Escrito de Heissmeyer a la VT, 10 de agosto de 1935, BDC, carrete de película n.° 88. **86** La obra citada de Hossbach, pág. 32. **87** Comunicación verbal del señor Felix Steiner, 28 de enero de 1966. **88** Discurso de Himmler el 22 de mayo de 1936, RFSS, carrete de película n.° 89. **89** La obra de Stein, pág. 14. **90** Carta de Fick a un *Gruppenführer* cuyo nombre no se cita (presuntamente Wolff), 17 de mayo de 1938, RFSS, carrete de película n.° 38. **91** Carta de Fick a Wolff, 27 de enero de 1942, RFSS, carrete de película n.° 38. **92** *Uns ist der Kaumpf*, opúsculo oficial SS, sin fecha (1942, aproximadamente), RFSS, carrete de película n.° 161. **93** La obra citada de Knoebel, pág. 35. **94** Oficio del Alto Mando de la Wehrmacht a Himmler, 7 de diciembre de 1942, RFSS, carrete de película n.° 66. **95** Escrito de la sede arzobispal al Alto Mando de la Wehrmacht, 25 de noviembre de 1942. **96** Ídem. **97** Borrador de conferencia para el congreso de *Gruppenführer* celebrado entre el 23 y el 25 de enero de 1939, 16 de enero de 1939, RFSS, carrete de película n.° 17; informe semianual sobre la instrucción continuada de los jefes SS una vez abandonaban la escuela de cadetes, 5 de abril de 1938, RFSS, carrete de película n.° 69. **98** Adoctrinamiento ideológico en el mes de octubre de 1943, programa de estudios para la división acorazada SS «Hohenstaufen», 18 de setiembre de 1943, RSFF, carrete de película n.° 161. **99** IMT, vol. XXX, pág. 516. **100** Protocolo de interrogatorios, Eichmann, vol. II, folio 1683. **101** *Soldaten...*, de Hausser, pág. 21. **102** Ídem, pág. 50. **103** Ídem, pág. 20. **104** Ídem. **105** Ídem, pág. 49. **106** Ídem, pág. 50. **107** Ídem. **108** La obra citada de Stein, pág. 28. **109** Ídem. **110** Ídem, pág. 35. **111** Ídem, pág. 40. **112** Comunicación verbal del señor Felix Steiner, 28 de enero de 1966. **113** Comunicación verbal del señor Wilhelm Bittrich, 20 de enero de 1966. **114** Comunicación verbal del señor Felix Steiner, 28 de enero de 1966. **115** Historial de Gottlob Berger, redactado por el propio interesado, sin fecha, archivo Wulf, **116** Ídem. **117** Carta de Berger a Himmler, 28 de julio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 117. **118** Carta de Berger a Himmler, 9 de marzo de 1943, RFSS, carrete de película n.° 117. **119** Historial de Gottlob Berger. **120** Carta de Berger a Hanns Ludins, 13 de noviembre de 1934, archivo Wulf. **121** Historial de Gottlob Berger. **122** Escrito de Ludins al Tribunal especial

del Mando Supremo SA, 7 de diciembre de *1934*, archivo Wulf. **123** Ídem. **124** Filiación del *Brigadeführer* Gottlob Berger, sin fecha (1940, aproximadamente), archivo Wulf. **125** *Anatomie des SS-Staates,* vol. I, págs. 197, 199 y 202. **126** La obra citada de Stein, pág. 33. **127** La obra citada de Stein, págs. 38 y ss. **128** La obra citada de Klietmann, pág. 37. **129** *SS und Polizei...,* págs. 165 a 167. **130** Ídem. **131** La obra citada de Aronson, pág. 171. **132** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 154. **133** Ídem, vol. I, pág. 195. **134** Ídem. **135** Ídem, vol. I, págs. 294 y 291. **136** Ídem, vol. I, pág. 291. **137** Discurso de Himmler el 19 de junio de 1942, carrete de película n.º 89. **138** La obra citada de Klietmann, págs. 131 y 123. **139** La obra citada de Klietmann, pág. 72. **140** La obra citada de Klietmann, págs. 107, 108 y 121. **141** La obra citada de Klietmann, pág. 72. **142** La obra citada de Neusüss-Hunkel, págs. 72 y 499. **143** *Soldaten...,* de Hausser, pág. 76; la obra citada de Stein, pág. 36. **144** La obra citada de Stein, pág. 40. **145** Ídem, pág. 46. **146** Relación entre los servicios militar y de vigilancia preventiva asignados al Arma SS durante la guerra, orden secreta del Alto Mando de la Wehrmacht, 8 de marzo de 1940, RFSS, carrete de película n.º 119. **147** *Waffen-SS im Einsatz* (El Arma SS en acción) de Hausser, pág. 16. **148** La obra citada de Seraphim, pág. 583. **149** La obra citada de Klietmann, pág. 44. **150** La obra citada de Klietmann, pág. 45. **151** La obra citada de Klietmann, pág. 46. **152** La obra citada de Stein, pág. 169. **153** Ídem. **154** *Die Volksdeutschen in der Waffen SS* (Los alemanes de origen extraterritorial en el Arma SS), por Robert Herzog, pág. 4. **155** Ídem. **156** La obra citada de Herzog, pág. 5. **157** La obra citada de Herzog, pág. 6. **158** La obra citada de Stein, pág. 173; la obra citada de Klietmann, pág. 506. **159** La obra citada de Stein, pág. 138. **160** Ídem, pág. 146. **161** La obra citada de Klietmann, pág. 133. **162** *Soldaten...,* de Hausser, pág. 62. **163** Ídem. **164** La obra citada de Stein, pág. 63. **165** La obra citada de Guderian, pág. 105. **166** La obra citada de Klietmann, pág. 76. **167** *Waffen-SS im Sinsatz,* de Hausser, págs. 33, 39 y 40. **168** La obra citada de Picht, pág. 248. **169** *Die Waffen-SS,* de Goerlitz, pág. 19. **170** *Das Schwarze Korps,* 26 de noviembre de 1942. **171** La obra citada de Stein, pág. 81. **172** Ídem, pág. 90. **173** Carta de Jüttner a Eicke, 24 de octubre de 1940, RFSS, carrete de película n.º 107. **174** Carta de Eicke a Wolff, 9 de octubre de 1940, RFSS, carrete de película n.º 107. **175** *The Vengeance of Private Pooley* por Cyril Jolly. **176** Véase al respecto la correspondencia entre Eicke y Jüttner, otoño de 1940, RFSS, carrete de película n.º 107. **177** Comunicación verbal del señor Gunter D'Alquen, noviembre de 1966. **178** Carta de Jüttner a Eicke, 24 de octubre de 1940. **179** Ídem. **180** Carta de Eicke a Wolff, 22 de octubre de 1940, RFSS, carrete de película n.º 107. **181** Ídem. **182** Carta de Himmler a Eicke, 30 de enero de 1941, RFSS, carrete de película n.º 108. **183** La obra citada de Klietmann, págs. 70, 76 y 90. **184** La obra citada de Klietmann, pág. 501. **185** La obra citada de Klietmann, págs. 184, 90, 110 y 130. **186** *Soldaten...,* de Hausser, documentos 19 y 20. **187** *SS und Polizei...,* págs. 182 y 183. **188** La obra citada de Stein, pág. 111. **189** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 215. **190** La obra citada de Stein,

pág. 258. **191** Ídem, pág. 259. **192** *Die Waffen-SS,* de Goerlitz, pág. 18. **193** La obra citada de Stein, pág. 261. **194** Ídem. **195** Ídem, pág. 264. **196** *Die Waffen-SS,* pág. 18. **197** La obra citada de Stein, págs. 266 y 268. **198** La obra citada de Stein, pág. 103. **199** *Soldaten...,* de Hausser, pág. 55; *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 211. **200** La obra citada de Stein, pág. 103. **201** Ídem, pág. 109. **202** La obra citada de Klietmann, pág. 393. **203** Ídem, pág. 395. **204** *Waffen-SS im Einsatz,* pág. 46; la obra citada de Klietmann, pág. 78. **205** La obra citada de Klietmann, pág. 90. **206** *Armee...,* págs. 162 y 164. **207** Comunicación verbal del señor Günter D'Alquen, noviembre de 1966. **208** *Armee...,* págs. 164 y ss. **209** Carta de Busch a Himmler, 4 de mayo de 1942, RFSS, carrete de película n.° 108; *Armee...,* pág. 165. **210** Telegrama de Heydrich a Himmler, 6 de noviembre de 1941, RFSS, carrete de película n.° 108; *Die Freiwilligen* (Los voluntarios) por Felix Steiner, págs. 377 y ss. **211** La obra de Stein, pág. 216. **212** Carta de Mackensen a Himmler, 26 de diciembre de 1941, RFSS, carrete de película n.° 108. **213** Carta de Eicke a Jüttner, 5 de agosto de 1942, RFSS, carrete de película n.° 107. **214** *Die Rede Himmlers vor den Gauleitern am 3 August 1942* (El discurso de Himmler ante los *Gauleiter* el 3 de agosto de 1942), T.E. publicado en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* cuaderno 4/1953, pág. 372. **215** Carta de Simon a Eicke, 2 de agosto de 1942, RFSS, carrete de película n.° 108. **216** Carta de Eicke a Jüttner, 5 de agosto de 1942. **217** La obra citada de Dixon/Heilbrunn, pág. 107. **218** Ídem. **219** Ídem. **220** Oficio del oficial sepulturero del estandarte personal «Adolf Hitler» al Estado Mayor de la División, 29 de marzo de 1942, RFSS, carrete de película n.° 108. **221** Comunicación escrita del señor Wilhelm Keilhaus, 4 de marzo de 1967. **222** La obra citada de Stein, pág. 272. **223** Escrito de Reinholz al Comando E, 15 de julio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 140. **224** La obra citada de Goerlitz, *Die Waffen-SS,* pág. 27; la obra citada de Stein, pág. 277. **225** Véase al respecto la investigación más reciente de Jaeckel para completar su análisis retrospectivo en su citada obra, págs. 326 y 328. **226** La obra citada de Stein, pág. 277. **227** Oficio de la Jefatura general de la Wehrmacht en el OKW a Wolff, 2 de agosto de 1943, RFSS, carrete de película n.° 122. **228** Ídem. **229** Ídem. **230** Carta del doctor Ploetz a Brandt, 17 de noviembre de 1942, RFSS, carrete de película n.° 140. **231** Escrito de Reinholz al comando E, 15 de julio de 1943. **232** Acta de Kumm sobre la entrevista celebrada entre el *Reichsführer SS* y el *Obergruppennführer SS* Phleps el 28 de julio de 1934, sin fecha, RFSS, carrete de película n.° 140. **233** La obra citada de Klietmann, pág. 151. **234** Ídem, pág. 157. **235** Ídem, pág. 165. **236** Ídem, pág. 169. **237** Ídem, pág. 178. **238** Ídem, pág. 181. **239** Ídem, pág. 187. **240** La obra citada de Stein, pág. 206. **241** *Armee...,* por Steiner, pág. 173. **242** La obra citada de Stein, pág. 209. **243** La obra citada de Klietmann, págs. 59 y 61. **244** Ídem, págs. 49, 61 y ss. **245** Ídem, pág. 60. **246** La obra citada de Stein, pág. 218. **247** Ídem, pág. 217. **248** Ídem, pág. 213. **249** *Armee...,* pág. 173. **250** Apreciaciones de Steiner en una conversación con el autor de esta obra. **251** La obra citada de Stein, pág. 134. **252** Ídem, pág. 217. **253** Escrito de Eicke a la jefatura superior,

15 de noviembre de 1941, RFSS, carrete de película n.° 108. **254** Recapitulación (copia) del informe presentado por la Dirección general de las SS y aprobado por Himmler el 11 de mayo de 1943, RFSS, carrete de película n.° 131. **255** La obra citada de Stein, pág. 204. **256** Recapitulación (copia) del informe presentado por la Dirección general SS y aprobado por Himmler el 11 de mayo de 1943, RFSS, carrete de película n.° 131. **257** Ídem. **258** Ídem. **259** Ídem. **260** Ídem. **261** Ídem. **262** Ídem. **263** Ídem. **264** Ídem. **265** Carta de Berger a Himmler, 18 de abril de 1943, RFSS, carrete de película n.° 131. **266** Carta de Himmler a Bormann, 14 de mayo de 1943, RFSS, carrete de película n.° 131. **267** La obra de Stein, pág. 204. **268** Carta del jefe laboral Kallmeyer al director general laboral Simon, 26 de febrero de 1943, RFSS, carrete de película n.° 70. **269** Ídem. **270** Carta de un alumno anónimo a su padre, sin fecha, y registrada con el número de expediente 1319 por el Estado Mayor personal del *Reichsführer SS*, RFSS, carrete de película n.° 70. **271** Carta de Bormann a Himmler, 24 de febrero de 1943, RFSS, carrete de película n.° 70. **272** Oficio del comandante general interino V Cuerpo de Ejército al OKW, 30 de marzo de 1943, RFSS, carrete de película n.° 70. **273** Ídem. **274** Ídem. **275** La obra citada de Stein, pág. 172. **276** Ídem, págs. 172 y 173. **277** Oficio de Eicke a la Dirección general de las SS, 15 de noviembre de 1941, RFSS, carrete de película n.° 108. **278** Instrucciones especiales para la educación ideológica; oficio de la Ia/VI de la división SS de Caballería, 5 de abril de 1943, RFSS, carrete de película n.° 70. **279** Ídem. **280** Ídem. **281** Escrito de Eicke a la Dirección general de las SS, 15 de noviembre de 1941. **282** La obra citada de Stein, pág. 192. **283** Véase al respecto las cartas de Himmler a Berger y Jüttner, 13 de abril de 1942, RFSS, carrete de película n.° 66. **284** Ídem. **285.** Ídem. **286** Carta de Berger a Himmler, 12 de octubre de 1942, RFSS, carrete de película n.° 66. **287** Ídem. **288** Carta de Himmler a Bender, 22 de febrero de 1944, RFSS, carrete de película n.° 22. **289** La obra citada de Knoebel, pág. 177. **290** Carta del militante SS holandés C. Thoen al *Vooman* (jefe) de las SS neerlandeses, sin fecha, elogiada públicamente por Himmler el 16 de junio (1942), RFSS, carrete de película n.° 122. **291** Carta de Rauter a Himmler, 6 de junio de 1942, RFSS, carrete de película n.° 122. **292** La obra citada de Stein, pág. 161. **293** Comunicación verbal del señor Felix Steiner; sobre la moral de los voluntarios SS extranjeros véanse los diarios de un militante SS anónimo publicados en *Christ und Welt*, 10 de agosto de 1950. **294** *Sie wollen ganz anders sein* (Ellos quieren ser totalmente distintos) por Rolf Bigler, publicada en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 12 de febrero de 1964. **295** Comunicación escrita del señor Paul Hausser, 5 de febrero de 1967. **296** Carta de Herff a Wolff, 23 de noviembre de 1942, carrete de película n.° 108. **297** Carta del capitán general Zeitzler a Himmler, 21 de marzo de 1944, RFSS, carrete de película n.° 66. **298** Carta de Herff a Wolf, 23 de noviembre de 1942, carrete de película n.° 70. **299** *Die Hoeheren...* por Buchheim, pág. 383. **300** Telegrama de Himmler a Jüttner, 10 de febrero de 1944, RFSS, carrete de película n.° 60. **301** Informe trimestral del sector del SD de Nuremberg hasta el 10 de octubre de 1941, sin fecha,

RFSS, carrete de película n.° 496. **302** Comunicación verbal del señor Felix Steiner, 28 de enero de 1966. **303** Carta de Brandt a Berger, 21 de junio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 56. **304** Hoja informativa sobre las graduaciones en los SS, publicada por el departamento de Prensa afecto al Estado Mayor personal del *Reichsführer SS*, 31 de diciembre de 1942. **305** Orden SS, 24 de febrero de 1943, RFSS, carrete de película n.° 225. **306** Carta de Berger a Brandt, 21 de junio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 56. **307** Lugar de la sección VI en el Estado Mayor de la División, oficio de la sección VI a la 13 división SS, 10 de abril de 1944, RFSS, carrete de película n.° 70. **308** Carta sin firma al *Lieber Willi* (querido Willi), 2 de octubre de 1943, RFSS, carrete de película n.° 64. **309** Carta de Berger a Himmler, 30 de agosto de 1944, RFSS, carrete de película n.° 64. **310** Carta de Berger a Himmler, 30 de agosto de 1944, RFSS, carrete de película n.° 59. **311** Comunicación verbal del señor Wilhelm Bittrich, 29 de enero de 1966. **312** Comunicación verbal del señor Felix Steiner, 28 de enero de 1966. **313** Carta de Himmler a Steiner, agosto de 1942, RFSS, carrete de película n.° 70. **314** Ídem. **315** Ídem. **316** Escrito de Fick a Wolff, 27 de enero de 1942, RFSS, carrete de película n.° 38. **317** Carta de Himmler a Berger, 15 de julio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 56. **318** Ídem. **319** Ídem. **320** Carta de Berger a Brandt, 9 de julio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 56. **321** Berger a Himmler, 28 de julio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 56. **322** Comunicación verbal del señor Gottlob Berger, 1.° de febrero de 1966. **323** *Armee...*, por Steiner, pág. 271, *Fritz Dietlof Schulenburg* por Krebs, pág. 145.

16. Las SS y la Resistencia alemana

1 La obra citada de Bartz, págs. 129 y 133. **2** Ídem, págs. 129 y 145. **3** La obra citada de Buchheit, pág. 419. **4** La obra citada de Bartz, pág. 154. **5** La obra citada de Buchheit, pág. 419. **6** La obra citada de Schellenberg, pág. 322. **7** La obra citada de Buchheit, pág. 139; la obra citada de Abshagen, pág. 140; la obra citada de Hassell, págs. 32 y 33. **8** La obra citada de Abshagen, pág. 180. **9** La obra citada de Buchheit, págs. 303 y 304. **10** La obra citada de Bartz, págs. 151 y 154. **11** La obra citada de Buchheit, pág. 419. **12** Ídem. **13** La obra citada de Buchheit, pág. 420. **14** *Bis zum bittere Ende,* de Gisevius, pág. 419. **15** La obra citada de Buchheit, pág. 420. **16** Ídem. **17** *Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandebewegung* (Carl *Bis zum...*, pág. 428. **18** La obra de Buchheit, págs. 421 y 422. **19** La obra citada de Abshagen, pág. 368; la obra citada de Buchheit, pág. 429. **20** Ídem. **21** Ídem, págs. 421 y 422. **22** La obra citada de Schellenberg, pág. 333. **23**

Observación de Schellenberg, 30 de enero de 1941, RFSS, carrete de película n.° 463. **24** La obra citada de Abshagen, pág. 375. **25** La obra citada de Buchheit, pág. 438. **26** Comunicación verbal del señor Bruno Streckenbach, 21 de enero de 1966. **27** La obra citada de Schellenberg, pág. 25. **28** Comunicación verbal del señor Bruno Streckenbach, 21 de enero de 1966. **29** La obra citada de Schellenberg, pág. 52. **30** La obra citada de Schellenberg, pág. 18. **31** La obra citada de Schellenberg, pág. 137. **32** La obra citada de Schellenberg, págs. 182 y ss. **33** La obra citada de Buchheit, págs. 429-431. **34** Ídem, págs. 430-432; Abshagen, pág. 369. **35** Buchheit, pág. 432. **36** Schellenberg, pág. 333; la obra citada de Buchheit, págs. 429-433. **37** La obra citada de Buchheit, pág. 432. **38** Véase el capítulo 14. **39** La obra citada de Buchheit, pág. 415. **40** La obra citada de Besgen, pág. 72. **41** Comunicación verbal del profesor Reinhard Hoen, 15 de enero de 1967. **42** La obra citada de Denne, pág. 182. **43** Ídem. **44** Ídem. **45** La obra citada de Burckhardt, pág. 334. **46** Ídem. **47** La obra citada de Seabury, pág. 135. **48** La obra citada de Hassell, pág. 82. **49** Ídem, pág. 246. **50** IMT, vol. XXVIII, pág. 88. **51** La obra citada de Goebbels, pág. 322. **52** La obra citada de Dallin, pág. 70. **53** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 342. **54** *Zur Justiz im Dritten Reich / Des Fall Elias* (Sobre la justicia en el Tercer Reich / El caso Elías) por Heiber, pág. 275 y ss. **55** La obra citada de Wighton, págs. 238-241. **56** Ídem, pág. 253 y ss. **57** Ídem, págs. 257 y 258. **58** Ídem, pág. 259. **59** Ídem. **60** Ídem. **61** Ídem, pág. 260. **62** Ídem, pág. 268. **63** Ídem, pág. 270. **64** Ídem, pág. 271. **65** Ídem, pág. 272. **66** Ídem. **67** Ídem. **68** Ídem, pág. 275. **69** Serie Nebe, 9 de febrero de 1950, pág. 28. **70** La obra citada de Wighton, págs. 275 y 278. **71** Ídem, pág. 270. **72** *Die Deutsche Politik in Denemark*, de Best, págs. 10 y ss. **73** La obra citada de Hassell, págs. 245 y 246; *Hil Landets bedste* por Joergen Haestrup, pág. 25; *Die Deutsche Politik...*, págs. 8 y 11. **74** La obra citada de Hassell, pág. 278; la obra citada de Haestrup, pág. 25; *Die Deutsche Politik...*, pág. 18. **75** Ídem, pág. 23; la obra citada de Haestrup, pág. 25. **76** Die *Deutsche Politik...*, págs. 30 y 74; la obra citada de Haestrup, pág. 26. **77** *Die Deutsche Politik...*, págs. 37 y 38; la obra citada de Haestrup, pág. 26. **78** *Die Deutsche Politik*, págs. 40-42; la obra citada de Haestrup, págs. 23 y 533. **79** *Die Deutsche Politik...*, pág. 42; la obra citada de Haestrup, págs. 22, 35, 44 y 45. **80** *Die Deutsche Politik*, pág. 67; la obra citada de Haestrup, pág. 288, 320 y 321. **81** *Die Deutsche Politik...*, pág. 72; la obra citada de Haestrup, pág. 320. **82** *Die Deutsche Politik...*, pág. 83. **83** Ídem, pág. 84. **84** Ídem. **85** Comunicación verbal del señor Felix Steiner, 28 de enero de 1966. **86** *Nationalsozialistische Europa-Ideologie* (Ideología nacionalsocialista europea) por Paul Klunke, publicada en *Vierteljahrhefte für Zeitgeschichte*, cuaderno 3/1955, pág. 265. **87** La obra citada de Kluke, pág. 267. **88** *Zur grossgermanischen Politik des Dritten Reiches* (Sobre la gran política pangermánica del Tercer Reich) por Hans Dietrich Loock, VJfZtg 1/1960, págs. 59 y 60. **89** *Anatomie des SS-Staates* por Buchheim, vol. I, pág. 161. **90** La obra citada de Loock, pág. 61. **91** Apuntes sobre la conversación sostenida el 8 de octubre de 1942 en la Dirección general

SS, fecha ilegible (1942), RFSS, carrete de película n.° 70. **92** Ídem. **93** Carta de Berger a Himmler, 25 de junio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 125. **94** Ídem, 25 de setiembre de 1943, RFSS, carrete de película n.° 125. **95** Informe sobre los efectos causados por las aclaraciones que hizo en Noruega el comisario del Reich Terboven en nombre del Führer, sin fecha, registrado con el número 60/17 en las actas del Estado Mayor personal del *Reichsführer SS*, RFSS, carrete de película n.° 125. **96** Carta de Jeckeln a Lohse, 30 de julio de 1942, RFSS, carrete de película n.° 122. **97** Carta de Meyers a Lohse, 14 de agosto de 1942, RFSS, carrete de película n.° 122. **98** *The Nazis and the SS Volunteer Division Galitzia* (Los nazis y la división SS de voluntarios «Galicia») por Basil Dmytryshyn, publicada en *The American Slavic and East European Review*, julio 1956. **99** La obra citada de Dallin, pág. 236. **100** *Die SS*, de Wulf, pág. 162. **101** La obra citada de Dallin, págs. 129-132. **102** Ídem, pág. 225-229; carta de Strauch a Von Dem Bach-Zelewski, págs. 129-132. **103** Véase al respecto la carta de Himmler a D'Alquen, julio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 267. **104** La obra citada de Boberach, pág. 287. **105** *Armee...*, pág. 179. **106** Carta de Himmler a D'Alquen, julio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 267. **107** La obra citada de Dallin, pág. 205. **108** Ídem, pág. 207. **109** Ídem, págs. 208 y 611. **110** Ídem, pág. 207. **111** Ídem, pág. 205. **112** Ídem, pág. 612; la obra citada de Dmytryshyn, pág. 3. **113** La obra citada de Klietmann, pág. 194; la obra citada de Dallin, pág. 612; la obra citada de Dmytryshyn, pág. 6. **114** Oficio circular de Himmler a todos los jefes superiores, 14 de julio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 267. **115** La obra citada de Dmytryshyn, pág. 7. **116** Ídem, pág. 8. **117** La obra citada de Klietmann, pág. 193. **118** *Ein Haus*, pág. 429. **119** La obra citada de Dallin, pág. 614. **120** La obra citada de Klietmann, pág. 319; la obra citada de Dallin, pág. 614. **121** La obra citada de Dallin, pág. 614. **122** Ídem. **123** Ídem, págs. 567-572. **124** *Wen sie verdesben wollen* (¿A quién pretenden corromper?), de Thorwald, pág. 236. **125** Ídem, págs. 260 y ss. **126** Ídem, pág. 236. **127** Carta de Himmler a Bach-Zelewski, enero de 1943, RFSS, carrete de película n.° 128. **128** Carta de Melitta Wiedemann a Himmler, 26 de mayo de 1943, RFSS, carrete de película n.° 38. **129** Extracto de una carta de Melita Wiedemann, preparado en el Estado Mayor personal del *Reichsführer SS*, 5 de octubre de 1943, Archivo Wulf. **130** Carta de Brandt a Melita Wiedemann, 30 de junio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 38. **131** *Wen sie verderben...*, págs. 351 y 352. **132** Ídem. **133** Ídem, pág. 355. **134** Ídem, págs. 355-380. **135** La obra citada de Dallin, pág. 601. **136** *Wen sie verderben*, pág. 433. **137** Carta de Melitta Wiedemann a Brandt, 10 de octubre de 1944, RFSS, carrete de película n.° 38. **138** Carta de Gottberg a Rosenberg, 31 de agosto de 1944, RFSS, carrete de película n.° 59. **139** *SS im Kreuzoerhoer*, de Kempner, pág. 286. **140** Escrito de Frauenfeld, 10 de febrero de 1944, RFSS, carrete de película n.° 125. **141** Carta de Bormann a Himmler, 18 de febrero de 1944, y la anotación de Himmler, 26 de marzo de 1944; ambos RFSS, carrete de película n.° 56. **142** La obra citada de Boberach, pág. 487. **143** Ídem, pág. 491. **144** Ídem, pág. 503. **145** *Wo ist Nebe?*

por Gisevius, págs. 109 y ss. **146** *We ist...*, págs. 110-113. **146a** Serie Nebe, 16 de marzo de 1950, pág. 31. **147** Ídem. **148** Ídem. **149** Ídem. **150** Ídem. **151** *Fritz-Dietlof Schulenburg* por Krebs, pág. 262. **152** Ídem, pág. 320. **153** Ídem, pág. 262. **154** La obra citada de Hassell, pág. 185. **155** Ídem, pág. 253. **156** Ídem, págs. 253 y 254. **157** La obra citada de Ritter, pág. 355. **158** *Verschwoerung in Deutschland* (Conjura en Alemania) por Allen W. Dulles, pág. 187. **159** La obra citada de Ritter, pág. 429. **160** *Frizt Dietlof Schulenburg* por Krebs, pág. 262. **161** *Armee* por Steiner, pág. 271; *Fritz Dietlef Schulenburg*, pág. 145. **162** *Verschwoerung...*, pág. 188. **163** Aclaración de Hans Fritzsche sobre el proceso Ohlendorf, 18 de agosto de 1947, archivo privado de la señora Kaethe Ohlendorf. **164** Comunicación verbal de la señora Kaethe Ohlendorf, 26 de enero de 1966. **165** Aclaración de Karl Hedrich sobre el proceso Ohlendorf, sin fecha, documento n.º 4, archivo privado de la señora Kaethe Ohlendorf. **166** Aclaración del doctor Hans Roessner sobre el proceso Ohlendorf, 1947, documento n.º 27, archivo privado de la señora Kaethe Ohlendorf. **167** Escrito de Otto Ohlendorf desde Nuremberg, 8 de junio de 1948, archivo privado de la señora Kaethe Ohlendorf. **168** Comunicación verbal de las señoras Kaethe Ohlendorf y Kaethe Jessen, enero de 1966. **169** *Verschwoerung...*, pág. 186. **170** La obra citada de Ritter, pág. 547. **171** La obra citada de Hassell, pág. 49. **172** Ídem, pág. 200. **173** Carta de Heydrich a Ribbentrop, 6 de noviembre de 1941, RFSS, carrete de película n.º 125. **174** Ídem. **175** La obra citada de Hassell, pág. 199. **176** *Die SS u. d. geplante Entführung Hitlers* (Las SS y el proyectado secuestro de Hitler) por Heinrich Brackelmann, pág. 1. **177** La obra citada de Schellenberg, págs. 279 y 283. **178** La obra citada de Hassell, pág. 183. **179** *Diarios desde 1939 hasta 1943* por Galeazzo Ciano, pág. 455. **180** *España tenia razón* por José M.ª Doussinague, pág. 295. **181** La obra citada de Kersten, págs. 209 y 210. **182** Serie Nebe, 16 de marzo de 1950, pág. 28. **183** La obra citada de Kersten, págs. 210-211. **184** Ídem, pág. 215. **185** La obra citada de Schellenberg, págs. 290, 291 y 346. **186** Véase al respecto la carta de Kranefuss a Brandt, 23 de setiembre de 1942, RFSS, carrete de película n.º 60; más tarde recayó en Kranefuss la misión de recopilar para Himmler los partes enviados desde Lisboa y Estocolmo por los confidentes de la Jefatura SS del Reich; RFSS, carrete de película n.º 22. **187** Oficio del *Hauptsturmführer SS* Ahren al negociado VI-D de la RSHA (Grupo Oeste del Servicio exterior SD), 30 de abril de 1943, archivo Besymenski. **188** Prontuario genealógico de la aristocracia, pág. 235. **189** *Prinz Hohenlohe* por Heinrich Brackelmann, pág. 2. **189a** Informe de Hohenlohe a Hewel, setiembre de 1939; archivo Hohenlohe. **189b** Comunicación verbal del profesor Hoehn, febrero de 1967. **180c** Informe de Hohenlohe, diciembre de 1941; archivo Hohenlohe. **189d** Ídem. **189e** Comunicación escrita del príncipe Max-Egon Hohenlohe, febrero de 1967. **190** *Die SS, u. d...*, pág. 2; escrito de Hohenlohe sobre su entrevista con Dulles, mediados de febrero de 1943, archivo Besymenski. **191** *Die SS u. d....*, págs. 2 y 3. **192** Ídem, pág. 2. **193** Carta de Hohenlohe a una oficina SS no citada, mediados de febrero de 1943, Archivo Besy-

menski. **194** Informe SD sin fecha sobre las negociaciones con Dulles (primavera de 1943, aproximadamente), archivo Besymenski. **195** La obra citada de Schellenberg, pág. 290; la obra citada de Seabury, pág. 196. **196** Comunicación escrita del señor Walter Büttner, febrero de 1967; anotaciones del relator de Luther, Goedde, sin fecha; archivo Büttner. **197** La obra citada de Seabury, pág. 196. **198** Anotaciones de Goedde, sin fecha; archivo Büttner. **199** La obra citada de Schellenberg, págs. 291 y 292. **200** Informe SD sin fecha ni firma sobre las negociaciones con Dulles. **201** Escrito del príncipe Hohenhole, mediados de febrero de 1943. **202** Ídem. **203** Ídem. **204** Oficio de Kienast a la Dirección general SS, 10 de junio de 1943, RFSS, carrete de película n.° 45. **205** *Technik und Moral einer Verschwoerung* (Técnica y moral de una conjura) por Dieter Ehlers, pág. 220. **206** La obra citada de Schellenberg, pág. 346. **207** Comunicación verbal del señor Gero von Gaevernitz, 3 de febrero de 1967. **208** La obra citada de Schellenberg, pág. 318; la obra citada de Besgen, págs. 33 y 34. **209** La obra citada de Ehlers, pág. 220. **210** La obra citada de Dulles, pág. 44. **211** La obra citada de Dulles, págs. 200 y 201. **212** La obra citada de Hassell, pág. 279. **213** La obra citada de Ehler, pág. 220. **214** La obra citada de Dulles, págs. 200 y 201. **215** La obra citada de T. E., pág. 376. **216** La obra citada de Dulles, págs. 200 y 201. **217** La obra citada de T. E., pág. 376. **218** La obra citada de Dulles, pág. 205. **219** Ídem. **220** Ídem, pág. 204. **221** Ídem. **222** Comunicación verbal del señor Gero von Gavernitz, 3 de febrero de 1967. **223** La obra citada de Dulles, pág. 208. **224** Ídem, pág. 205. **225** Mario Rodríguez Aragón, *Operación KN*, diario *Pueblo*, 21 de agosto de 1958. **226** *Die SS u. d....*, pág. 5. **227** Diarios de la Embajada alemana en Madrid correspondientes a los años de guerra 1941/1945, vol. II, capítulo 7. **228** Carta de Kranefuss a Brandt, 3 de abril de 1944, RFSS, carrete de película n.° 22. **229** Ídem. **230** La obra citada de Schramm, pág. 64. **231** *Invasión 1944*, de Hans Speidel, pág. 134. **232** Ídem, págs. 91 y 92. **233** La obra citada de Schramm, pág. 78. **234** La obra citada de Speidel, pág. 136. **235** La obra citada de Schramm, pág. 84. **236** *Armee...*, págs. 188 y 189. **237** La obra citada de Schramm, pág. 84. **238** Véase la obra citada de Ehler, págs. 158 y 159. **239** La obra citada de Schlabrendorff, págs. 129 y ss. **240** *Geist der Freiheit* (Espíritu de libertad) por Eberhard Zeller, pág. 271. **241** Ídem, pág. 339. **242** La obra citada de Kersten, pág. 242. **243** La obra citada de Zeller, pág. 381. **244** La obra citada de Keller, pág. 247. **245** Ídem, pág. 246. **246** Ídem, pág. 387. **247** El informe citado de Kaltenbrunner, págs. 27 y 28. **248** La obra citada de Ehlers, pág. 220. **249** *Der 20 Juli 1944 in Oesterreich* (El 20 de julio de 1944 en Austria) por Ludwig Jedlicka, págs. 54 y 117. **250** Ídem, pág. 55. **251** Ídem, pág. 119. **252** Ídem, pág. 58. **253** Ídem, pág. 60. **254** Ídem, pág. 59. **255** Ídem, pág. 121. **256** Ídem. **257** La obra citada de Schramm, págs. 124 y 157. **258** Ídem, pág. 160. **259** Ídem. **260** Ídem, pág. 155. **261** Ídem, págs. 204 y 206. **262** Ídem, pág. 212. **263** Ídem, pág. 218. **264** Ídem. **265** Ídem, pág. 222. **266** Ídem, págs. 237 y 246. **267** Ídem, pág. 174. **268** *Armee...*, pág. 191. **269** Ídem. **270** Ídem. **271** Comunicación verbal del señor Wilhelm Bittrich, 29 de enero

de 1966; *Armee...*, pág. 190. **272** La obra citada de Kersten, pág. 242. **273** Ídem. **274** La obra citada de Zeller, pág. 251. **275** Ídem, pág. 249. **276** Ídem, pág. 251; informe SS sobre el 20 de julio publicado en el *Nordwestdeutsche Hefte*, febrero de 1947, pág. 5. **277** Serie Nebe, 30 de marzo de 1950, pág. 20. **278** Serie Nebe, 6 de abril de 1950, págs. 22 y ss. **279** La obra citada de Abshagen, pág. 345; la obra citada de Buchheit, pág. 246. **280** *Fritz-Dietlof Schulenburg* por Krebs, pág. 262. **281** Carta de Herff a Himmler, 9 de octubre de 1944, RFSS, carrete de película n.° 155. **282** Carta de Himmler a Kaltenbrunner, 14 de octubre de 1944, RFSS, carrete de película n.° 155. **283** *Fritz-Dietlof Schulenburg* por Krebs, págs. 304 y 326. **284** La obra citada de Ritter, pág. 547. **285** Ídem, pág. 422. **286** Ídem. **287** Ídem, pág. 427. **288** Ídem, pág. 428. **289** Ídem, pág. 435.

17. El fin

1 La obra citada de Frischauer, pág. 225. **2** La obra citada de Paetel, pág. 13. **3** La obra citada de Frischauer, pág. 225. **4** La obra citada de Paetel, pág. 20. **5** La obra citada de T.E., pág. 392. **6** Carta de Himmler a los comandantes generales y jefes de división en el Grupo de Ejércitos «Vístula», 19 de febrero de 1945, RFSS, carrete de película n.° 59. **7** *Die SS*, de Reitlinger, pág. 373. **8** La obra citada de T.E., pág. 388. **9** La obra citada de T.E., pág. 392. **10** *Voelkischer Beobachter*, 3 de agosto de 1944. **11** La obra citada de T.E., pág. 392. **12** Ídem, pág. 389. **13** Dictamen del jefe superior de SS y Policía Oeste, *Obergruppenführer* Gutenberg, sobre las guarniciones de la VI región militar, RFSS, carrete de película n.° 59. **14** Ídem. **15** Dictamen del jefe superior de SS y Policía Sudoeste *Obergruppenführer* Hofmann sobre las guarniciones de la V región militar; RFSS, carrete de película n.° 59. **16** Oficio de la delegación central del SD de Mannheim al jefe del SD de Estrasburgo, 14 de noviembre de 1944; RFSS, carrete de película n.° 269. **17** Ídem. **18** Ídem. **19** Ídem. **20** Ídem. **21** Carta de Kaltenbrunner a Himmler, 17 de octubre de 1944, RFSS, carrete de película n.° 131. **22** Ídem. **23** *Die SS*, de Reitlinger, pág. 374. **24** La obra citada de T.E., pág. 389. **25** *Himmler*, de Manvell/Fraenkel, págs. 201 y 202. **26** Hechos presenciados por el autor de esta obra. **27** La obra citada de Guderian, pág. 322. **28** Ídem. **29** *Der Warschauer Aufstand, 1944* (El levantamiento varsoviano de 1944) por Hanns von Krannhals, págs. 125 y 126. **30** La obra citada de Guderian, págs. 322 y 324. **31** La obra citada de Guderian, pág. 324. **32** *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 22 de diciembre de 1958. **33** La obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 189; *Die SS*, de Reitlinger, pág. 366. **34** Ídem. **35** La obra citada de Hilberg, pág. 472; la obra citada de Klietmann, pág. 195. **36** La obra citada de Hilberg, pág. 472. **37**

Ídem. 38 *Geheimkommando Skorzeny* (Comando secreto Skorzeny) por Otto Skorzeny, págs. 7, 9, 10 y 19. 39 Ídem, pág. 80. 40 Ídem, págs. 127, 140 y 146. 41 Ídem, pág. 230. 42 Ídem, pág. 238. 43 Ídem, pág. 232. 44 La obra citada de Hagen (Hoettl) pág. 369. 45 *Ein Leben für Ungarn* (Una vida por Hungría), de Nikolaus von Horthy, pág. 282. 46 Carta de Winkelmann a Himmler, 25 de octubre de 1944; RFSS, carrete de película n.° 59. 47 Ídem. 48 Ídem. 49 La obra citada de Kern, pág. 56. 50 Ídem, pág. 156. 51 Carta de Winkelmann a Himmler, 25 de octubre de 1944. 52 Ídem. 53 La obra citada de Hagen (Hoettl) 374; la obra citada de Horthy, pág. 282. 54 La obra citada de Horthy, pág. 282. 55 La obra citada de Skorzeny, pág. 237. 56 Ídem, pág. 238; la obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 375. 57 Ídem, pág. 375. 58 La obra citada de Skorzeny, pág. 238; la obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 376; carta de Winkelmann a Himmler, 25 de octubre de 1944. 59 La obra citada de Skorzeny, pág. 238. 60 Ídem. 61 Ídem, pág. 239. 62 Ídem, págs. 239 y 240; carta de Winkelmann a Himmler, 25 de octubre de 1944. 63 Carta de Winkelmann a Himmler, 25 de octubre de 1944. 64 La obra citada de Seabury, pág. 195. 65 Carta de Winkelmann a Himmler, 25 de octubre de 1944. 66 La obra citada de Hagen (Hoettl), pág. 376. 67 *24. Panzerdivision* (24 División acorazada) por F. M. von Senger y Etterlin, pág. 266. 68 Carta de Winkelmann a Himmler, 25 de octubre de 1944. 69 La obra citada de Skorzeny, pág. 241. 70 Ídem, págs. 245, 246 y 247. 71 Carta de Winkelmann a Himmler, 25 de octubre de 1944. 72 *Voelkischer Beobachter*, 9 de noviembre de 1944. 73 *Hitlers letzte Tage* (Los últimos días de Hitler) por Trevor-Roper, pág. 41. 74 La obra citada de Kessel, pág. 202. 75 La obra citada de Guderian, pág. 348. 76 *Hitlers...*, pág. 43. 77 Ídem, pág. 45. 78 *Es began an der Weichsel* (Comenzó en el Vístula) por Jürgen Thorwald, pág. 17. 79 *Das Ende an der Elbe* (El fin a orillas del Elba) por Thorwald, pág. 17. 80 Ídem. 81 Archivo de la Actualidad, de Keesing, pág. 6562. 82 La obra citada de Reitlinger *Die SS*, pág. 374. 83 Archivo de Keesing, pág. 6562. 84 *Die SS*, pág. 374. 85 Ídem, pág. 369. 86 Ídem. 87 Ídem, pág. 370. 88 *Geschichte des Zweiten Weltkrieges* (Historia de la Segunda Guerra Mundial) por Kurt von Tippelskirch, pág. 521; la obra citada de Wesphal, págs. 285 y 286. 89 La obra citada de Wesphal, pág. 286. 90 *Waffen-SS im Einsatz* (El Arma SS en acción), de Hausser, pág. 185. 91 La obra citada de Wesphal, págs. 286 y 287. 92 La obra citada de Delarue, pág. 339; *Die SS*, pág. 237. 93 La obra citada de Delarue, págs. 266, 268 y 269. 94 Declaración de Otto Ohlendorf, 8 de octubre de 1947, pág. 510. 95 La obra citada de Skorzeny, pág. 85. 96 La obra citada de Abshagen, pág. 356. 97 La obra citada de Delarue, pág. 340. 98 Carta de Berger a Himmler, 21 de diciembre de 1944; RFSS, carrete de película n.° 122. 99 Comunicación verbal del señor Gunter D'Alquen. 100 *Himmler* por Best, pág. 13. 101 La obra citada de Westphal, pág. 288. 102 Ídem. 103 *Die SS*, pág. 385. 104 Ídem, pág. 386. 105 La obra citada de Toland, págs. 4 y ss. 106 La obra citada de Tippelskirch, págs. 536 y 537. 107 Ídem, pág. 539. 108 La obra citada de Guderian, pág. 366. 109 Ídem. 110 Ídem, págs. 366 y 367. 111 *Die SS*, pág. 388. 112 Comunicación verbal del señor Felix Steiner. 113 Carta de

Himmler a los comandantes generales y jefes de división del Grupo de Ejércitos «Vístula», 19 de febrero de 1945. **114** «Comenzó en el Vístula» de Thorwald, pág. 221. **115** *Es began der Weichsel*, pág. 218. **116** Ídem, pág. 219. **117** Ídem, pág. 220. **118** La obra citada de Guderian, pág. 378. **119** Ídem, pág. 376. **120** Ídem, pág. 377. **121** *Des Ende an der Elbe*, pág. 10. **122** La obra citada de Guderian, pág. 383; *Des Ende...*, pág. 11. **123** La obra citada de Guderian, pág. 383; *Die SS*, pág. 399. **124** *Des Ende...*, pág. 7; la obra citada de Toland, págs. 259 y ss. **125** *Das Ende...*, págs. 18 y 21. **126** La obra citada de Kersten, pág. 15; la obra citada de Besgen, págs. 17 y 18. **127** Ídem, pág. 15. **128** Ídem, pág. 20. **129** Ídem, págs. 21 y 22; la obra citada de Engelman, pág. 93. **130** La obra citada de Besgen, págs. 38 y 39. **131** Ídem, pág. 36. **132** Ídem, págs. 20 y 37. **133** Ídem, págs. 14 y 65. **134** Ídem, pág. 53. **135** *Eichmann in Jerusalem*, de Arendt, págs. 177 y 178. **136** *Der Stopp der Endloesung* (¡Alto a la solución final!) por Andreas Biss, pág. 24. **137** Ídem, págs. 48 y 24. **138** Ídem, pág. 25; la obra citada de Hilberg, pág. 542. **139** La obra citada de Biss, págs. 34 y 35. **140** *Eichmann in Jerusalem*, pág. 179. **141** La obra citada de Hilberg, pág. 543. **142** La obra citada de Biss, pág. 37. **143** Ídem, pág. 37. **144** Ídem, págs. 37 y 50; la obra citada de Hilberg, pág. 546. **145** Ídem, pág. 51. **146** Ídem, pág. 53. **147** Ídem, pág. 59. **148** La obra citada de Hilberg, pág. 547. **149** La obra citada de Biss, pág. 302. **150** Ídem, pág. 60. **151** Ídem, pág. 69. **152** La obra citada de Hilberg, pág. 532; *Süddeutschen Zeitung*, 27 de agosto de 1966. **153** La obra citada de Hilberg, pág. 532. **154** Ídem. **155** *Reichsführer gehorsamster Becher* (Becher, el más obediente servidor del *Reichsführer*) por Kurt Emmenegger, publicada en *Sie und Er*, enero/febrero, 1963, 7.ª parte. **156** La obra citada de Biss, págs. 106 y ss. **157** Ídem, pág. 107. **158** Ídem, págs. 110 y 349. **159** Ídem, pág. 110. **160** Ídem, pág. 141. **161** Ídem, pág. 129. **162** Ídem. **163** Ídem, pág. 135. **164** Ídem, pág. 145. **165** Ídem, pág. 148. **166** Ídem, pág. 157. **167** Ídem, págs. 156 y 157. **168** Ídem, págs. 150, 151, 152 y 153. **169** Ídem, pág. 153. **170** Ídem, págs. 166 y 167. **171** Ídem, págs. 167, 178 y 180. **172** Ídem, págs. 178, 180 y 201. **173** Ídem, págs. 202 y 205. **174** Ídem, págs. 205 y 206. **175** Ídem, págs. 351 y ss. **176** La obra citada de Schellenberg, pág. 349; la obra citada de Biss, pág. 250. **177** La obra citada de Schellenberg, pág. 350. **178** Ídem. **179** Ídem. **180** Ídem. **181** IMT, vol. XI, pág. 370. **182** La obra citada de Besgen, pág. 43. **183** Ídem. **184** La obra citada de Schellenberg, pág. 355; la obra citada de Besgen, pág. 43. **185** La obra citada de Besgen, pág. 43. **186** Ídem. **187** La obra citada de Bernadotte, pág. 17. **188** Ídem, págs. 37 y 40. **194** *Hitlers letzte Tage*, pág. 83. **195** La obra citada de pág. 354. **191** Ídem, pág. 355. **192** La obra citada de Bernadotte, pág. 36. **193** Ídem, pág. 37 y 40. **194** *Hitlers letzte Tage*, pág. 83. **195** La obra citada de Bernadotte, pág. 66. **196** Ídem, pág. 67. **197** Ídem, pág. 69. **198** Ídem, pág. 71. **199** *Hitlers...*, pág. 88. **200** Ídem, págs. 88 y 89. **201** *Das letzte Kapitel* (El último capítulo) por Kurt Detlev Moeller, págs. 55 y 56. **202** La obra citada de Toland, pág. 478. **203** Ídem. **204** *Unternehmen Sunrise* (Empresa Aurora) por Allen Dulles y Gero von S. Gaevernitz, pág. 155. **205** La obra citada de Toland, pág. 478. **206** Comunicación verbal del señor Gero von S. Gae-

vernitz. **207** *Wie Italien vor dem Bolschewismus gerettet wurde* (¿Cómo se salvó Italia del bolchevismo?) por Eugen Dollmann, págs. 4 y ss. **208** Ídem, pág. 6. **209** La obra citada de Toland, pág. 239. **210** *Die Kapitulation von Caserta* (La capitulación de Caserta) por Eugen Dollmann, pág. 19. **211** Ídem, pág. 24. **212** Ídem. **213** La obra citada de Dulles/Gaevernitz, pág. 15. **214** La obra citada de Toland, pág. 478. **215** Ídem. **216** Ídem. **217** Ídem. **218** Ídem, pág. 479. **219** Ídem. **220** Ídem. **221** Ídem, pág. 480. **222** *Die Kapitulation...,* pág. 40; la obra citada de Toland, pág. 481. **223** *Die Kapitulation...,* pág. 40. **224** *Hitlers letzte Tage,* pág. 158. **225** La obra citada de Hagen (Hoettl), págs. 460 y 461. **226** La obra citada de Toland, pág. 338. **227** Ídem, págs. 337 y 338. **228** *Hitlers...,* págs. 100 y ss. **229** Ídem, pág. 101. **230** La obra citada de Besgen, pág. 51. **231** *Hitlers...,* pág. 107. **232** La obra citada de Besgen, pág. 51. **233** La obra citada de Bernadotte, pág. 77. **234** *Das Ende an der Elbe* por Thorwald, pág. 76; *The last battle* (La última batalla) por Cornelius Ryan, pág. 423. **235** *Das Ende...,* pág. 76; la obra citada de Ryan, pág. 426. **236** La obra citada de Klietmann, págs. 56 y 57. **237** La obra citada de Toland, pág. 420; *Das Ende...,* pág. 87. **238** *Das Ende...,* pág. 89. **239** Ídem. **240** La obra citada de Ryan, pág. 474; la obra citada de Toland, pág. 437. **241** Ídem; véase, además, la comunicación escrita del señor Gotthard Heinrici, 1.° de marzo de 1967. **242** *Das Ende...,* pág. 143. **243** *Die Freiwilligen* (Los voluntarios) de Felix Steiner, págs. 328 y 329. **244** *Hitlers...,* pág. 157; la obra citada de Ryan, pág. 496. **245** La obra citada de Ryan, pág. 496. **246** *Hitlers...,* pág. 159. **247** La obra citada de Toland, pág. 520. **248** Hans Adolf Jacobsen, 1939-1945, pág. 532. **249** *Hitlers...,* pág. 155. **250** *Die SS* de Reitlinger, pág. 423. **251** Ídem, pág. 434. **252** Ídem. **253** Ídem. **254** Ídem, pág. 431. **255** Ídem, pág. 434. **256** *Himmler* por Manvell/Fraenkel, págs. 244 y 246. **257** Ídem, por Manvell/Fraenkel, pág. 245. **258** Ídem. **259** Ídem, pág. 248. **260** La obra citada de Hilberg, pág. 706; *Die Endloesung,* de Reitlinger, págs. 582 y 583. **261** La obra citada de Ryan, pág. 407. **262** La obra citada de Hilberg, pág. 694. **263** *Die Endloesung,* pág. 586. **264** Ídem, pág. 589. **265** La obra citada de Hilberg, pág. 707. **266** Ídem, págs. 708 y 712. **267** *Die Endloesung,* págs. 585, 581 y 588. **268** La obra citada de Hilberg, pág. 711. **269** Ídem, págs. 706, 707 y 713. **270** Véanse los diversos datos en la obra de Hilberg y *Die Endloesung.* **271** La obra citada de Kern, pág. 187.

Reconocimiento del autor

El autor quisiera aprovechar la oportunidad para expresar su gratitud en estas páginas a todas las personas e instituciones sin cuya colaboración activa no se hubiera podido publicar la presente obra. Ese agradecimiento atañe, en primer lugar, al director literario del *Spiegel,* señor Rudolf Augstein, quien con suma paciencia y visión crítica ha facilitado y mejorado el trabajo del autor; asimismo, al director de la citada revista, señor Hans Detlev Becker, quien patrocinó la serie SS y la impulsó con su consejo e interés permanentes. El autor se siente obligado, también, a las señoras y los caballeros —antiguos miembros, adversarios y víctimas de los SS— que pusieron a su disposición toda clase de datos e informaciones; es tan crecido el número de estos testigos que resulta imposible citarlos aquí por sus nombres. Todos ellos han enriquecido fundamentalmente esta obra, pero a ninguno se le puede achacar la menor responsabilidad por los errores o falsas interpretaciones en que pueda haber incurrido el autor.

Fuentes consultadas

Documentos inéditos

Actas del Estado Mayor personal del *Reichsführer SS* y jefe de la Policía alemana, microfilmes del Archivo nacional, Washington DC, (Grupo fílmico T-175).

Actas del Archivo central del NSDAP, microfilmes de la *Hoover Institution on War, Revolution and Peace*. Universidad de Stanford.

Actas del Centro documental de Berlín, microfilmes del Archivo nacional, Washington DC (Grupos fílmicos 580 y 611).

Actas del proceso incoado contra Josef Dietrich y Michael Lippert ante el juzgado municipal Munich I, 1956/1957.

Actas del negociado VI, Dirección general de Seguridad del Reich (Archivo del historiador soviético Lev A. Besimenski, Moscú).

Auto de procesamiento del ministerio público ante el juzgado de primera instancia Nuremberg-Fürth contra Erich von dem Bach-Zelewski, Ref. Ia Js 228/60, 11 de marzo de 1960.

Actas del doctor Walter Schaeffer.

Archivo del príncipe Max-Egon Hohenlohe.

Wilhelm Canaris, de Werner Best, apuntes del 10 de abril de 1939.

Joachim von Ribbentrop, de Werner Best, apuntes del 6 de marzo de 1949.

Reinhard Heydrich de Werner Best, apuntes del 1.º de octubre de 1949.

Die deutsche Politik in Daenemark waehrend der letzen 2 ½ Kriegsjahre (La política alemana en Dinamarca durante los 2 ½ últimos años de guerra); apuntes, concluida el 8 de junio de 1960.

Die deutsche Abwehrpolizei bis 1945 (La Policía preventiva alemana hasta 1945) por Werner Best.

Erinnerungen aus dem besetzten Frankreich 1940 bis 1942 (Rememoraciones de la Francia ocupada, desde 1940 hasta 1942) por Werner Best; apuntes del verano de 1951.

Prinz Hohenlohe (El príncipe Hohenlohe) por Heinrich Brackelmann.

Die SS und die geplante Entführung Hitlers (Las SS y el proyectado secuestro de Hitler) por Heinrich Brackelmann.

Der Adel im deutschen Offizier-

korps (La aristocracia en el Cuerpo de oficiales alemanes). Análisis estadístico. Elaborado por el Archivo federal, Centro de Fuentes documentales; Kornelimünster, abril de 1966.

Memoria del campamento SS de prisioneros Dachau para el proceso de Nuremberg; concluida el 16 de diciembre de 1945 (autor anónimo).

Die Kapitulation von Caserta, 29. April 1945 (La capitulación de Caserta, 29 de abril de 1945). Con un apéndice del general Hans Roettiger. Frankfurt, 1963.

Die Kapitulation der deutschen Italien-Armee im Frühjahr 1945 (La capitulación del Ejército alemán en Italia, primavera de 1945) por Eugen Dollman, I y II partes, sin fecha.

Der Freundeskreis Himmler, 1933-1945 (El Círculo Amigos de Himmler, 1933-1945) por Michael P. Kater, documentos, Heidelberg, 1964.

Wie Italien vor dem Bolschewismus gerettet wurde (Cómo se salvó Italia del bolchevismo) por Eugen Dollmann, sin fecha.

Diario de la Embajada alemana en Madrid sobre los años de guerra 1941-1945.

Resolución parcial en el proceso de culpas contra Gunter D'Alquen, 25 de julio de 1955; sala de lo criminal en Berlín.

Die SS (Las SS).

Documentos publicados

Wehrgesetz und Wehrdients 1935-1945 (Ley de la conscripción militar y servicio militar obligatorio, 1935-1945) por Rudolf Absolon. Naturaleza de los efectivos en la Wehrmacht. Editorial Harald Boldt, Boppard-am-Rhein, 1960.

Meldungen aus dem Reich (Partes del Reich) por Heinz Boberach. Una selección de los informes secretos sobre la situación, redactados por el Servicio de Seguridad SS, 1939-1944. Editorial Hermann Luchterhand, Neuwied y Berlín, 1965.

Wer ist wert? (Quién es quién), de Hermann A. L. Degener, Editorial Herrmann Degener, Berlín, año 1945.

Das Deutsche Führerlexikon 1933/1935. Casa editorial de Otto Stollberg, Berlín 1934. Persecución de los actos punibles nacionalsocialistas en la República federal alemana desde 1945. Editado por el Ministerio federal de Justicia, julio de 1964.

Escalafón de los Escalones de Protección del NSDAP al 1.° de octubre de 1934. Casa impresora Birkner por encargo de «Hermes», Munich, 1934.

Escalafón de los Escalones de Protección del NSDAP al 1.° de julio de 1935. Casa impresora del Reich, Berlín, 1935.

Escalafón de los Escalones de Protección del NSDAP al 9 de no-

viembre de 1944. Casa impresora del Reich. Berlín, 1944.

Escalafón del Arma SS. Desde *Obergrupenführer SS* hasta *Hauptsturmführer SS*. Al 1.° de julio de 1944.

Adolf Eichmann. Protocolo de interrogatorios practicados por la Policía israelita. Seis volúmenes.

Prontuario genealógico de la aristocracia. Editorial C. A. Starke. Limburg a. d. Lahn.

Comisión historiográfica del *Reichsführer SS*. El alzamiento de los nacionalsocialistas austríacos en julio de 1934. Editorial Europa, Viena, Frankfurt del Meno, Zurich, 1935.

Das Deutsche Reich von 1918 bis heute (El Imperio alemán desde 1918 hasta nuestros días) por Cuno Horkenbach. Cuatro volúmenes 1, 2 y 3: Verlag für Presse, Wirtschaft und Politik (Editorial), Berlín, 1930/1933. Volumen 4: Presse- und Wirtschaftverlag, Berlín 1935.

Tribunal militar internacional. El proceso contra los principales criminales de guerra ante el Tribunal Militar Internacional. Nuremberg, desde el 14 de noviembre de 1945 hasta el 1.° de octubre de 1946. 42 volúmenes. Nuremberg, desde 1947 hasta 1949.

Hitlers Lagebesprechungen (Conferencias tácticas de Hitler) por Helmut Heirber. Fragmentos del protocolo sobre sus conferencias militares, 1942/1945. Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962.

Instituto de Historia contemporánea. Documentos del Instituto de historia contemporánea. Editados por el propio Instituto. Munich, 1958.

Der Zweite Weltkrieg in Chronik und Dokumenten 1939-1945 (La Segunda Guerra Mundial en crónicas y documentos, 1939-1945) por Hans-Adolf Jacobsen. Compañía editorial «Wehr und Wissen», Darmstadt, 1961.

Die Waffen SS (El Arma SS) por K. G. Klietmann. Una serie documental. Editorial «Der Freiwillige», Osnabrück, 1965.

Spiegelbild einer Verschwoerung (Reflejo de una conjura- por Ernst Kaltenbrunner. El informe Kaltenbrunner a Bormann e Hitler sobre el atentado del 20 de julio de 1944. Documentos secretos pertenecientes a la antigua Dirección general de Seguridad del Reich. Editado por «Archiv Peter für historische und zeitgeschichtliche Dokumentation», Seewald Verlag, Stuttgart 1961.

Archivo de la Actualidad, por Keesing. Desde 1931 hasta 1945. Catorce volúmenes. Del 1 al 13: Editorial Siegler, Viena, Berlín. Volumen 14: Archivo contemporáneo en la Rheinisch-Westfaelischen Verlagskontor, Essen, 1931-1945.

Das deutsche Heer, 1939-1945 (El Ejército alemán, 1939-1945) por Wolf Keilig. Estructura, logística, cuadros de mando. Tres volúmenes. Editorial Hans-Henning Podzun, Bad Nauheim, sin fecha.

Die Ritterkreuztraeger der Waffen-SS (Los caballeros cruzados del Arma SS) por Ernst-Günther Kraetschner. Editorial Plesse, Goettingen, 1957.

Der deutsche Wehrmachtbericht, 1939-1945 (El informe de las fuerzas armadas alemanas, 1939-1945) por Erich Murawski. Una aportación a las investigaciones sobre la moral combativa. Con documenta-

ción informativa de la Wehrmacht desde el 1 de julio de 1944 hasta el 9 de mayo de 1945. Segunda edición. Editorial Harald Boldt Verlag, Boppard-am-Rhein, 1962.

Alto Mando de la Wehrmacht, Los partes del Alto Mando de la Wehrmacht desde el 1.° setiembre de 1939 hasta el 31 de diciembre de 1940. Editorial Wiking, Berlín, 1941.

Alto Mando de la Wehrmacht. Los partes del Alto Mando de la Wehrmacht desde el 1.° de enero de 1941 hasta el 31 de diciembre de 1941. Editorial Wiking, Berlin, 1942.

Libro de la Organización NSDAP. Editor: El jefe de Organización del Reich, NSDAP. Quinta edición. Editorial central del NSDAP, Franz Eher Nachf, Munich, 1938.

Hitlers Tischgespraeche im Führerhauptquartier 1941-1942 (Las tertulias de Hitler en el Cuartel General del Führer, 1941-1942). Editorial Seewald, Stuttgart 1963. Por Henry Picker. Traducción española: *Hitler. Anatomía de un dictador. Conversaciones de sobremesa en el Cuartel General del Führer, 1941-1942.* Editorial Grijalbo, Barcelona, 1965.

Dich ruft die SS (¡A ti te llaman las SS!) por el *Reichsführer SS.* Editorial Hermann Hillger, Berlin-Grunewald, Leipzig, 1943.

Macht ohne Moral (Poder sin moral) por Reimund Schnabel. Documentación sobre las SS. Roederbergverlag, Frankfurt del Meno, 1957.

Calendario histórico de Europa por Shulthess. Editor: Ulrich Thürauf. 75 volúmenes, 1934. C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, Munich, 1935.

SS im Einsatz (Las SS en acción). Documentación sobre los delitos cometidos por la organización SS. Editorial Kongress (Berlín-Este), 1957.

Allgemeines Liederbuch der SS (Cancionero general de las SS). Ostend-drückerei, Frankfurt del Meno, sin fecha.

Unsere Ehre heisst Treue (Nuestro honor se llama lealtad). Diario del Estado Mayor militar del *Reichsführer SS.* Partes de las brigadas SS de Infantería 1 y 2, de la 1.ª brigada SS de Caballería y del comando especial SS. Editorial Europa, Viena - Frankfurt - Zürich, 1965.

Daten der Geschichte der NSDAP (Fechas de la historia del NSDAP) por Hans Volz. Editorial A. G. Ploetz, Berlín, Leipzig, 1935.

Wer leitet? (¿Quién dirige?) Los hombres de la economía nacional y de la correspondiente Administración incluyendo un anuario de los directores y consejeros administrativos, 1941-1942. Archivo especial de la Economía alemana, Editorial Hoppenstedt & Co., Berlín, 1942.

Auto de procesamiento en el proceso incoado contra Karl Wolff, por el ministerio público ante el juzgado de primera instancia Munich II, Ref. 10a Js 30/60.

Información sobre la política antijudía del Tercer Reich. Documentos referentes a la noche de cristal, publicado en *Das Parlament,* cuaderno 54/1954.

Disertaciones

Heydrich und die Anfaenge des SD und der Gestapo (1931 bis 1935),

(Heydrich y los comienzos del SD y de la Gestapo) por Shlomo Aronson. Discurso inaugural en la Facultad de Filosofía de la Universidad libre de Berlín, 1966.

Racial Illusion and Military (Quimera racial y necesidad militar) por Edgar Erwin Knoemel. Un Estudio sobre los objetivos políticos y tácticos de las SS en la Bélgica ocupada. Tesis sometida a la facultad de la Graduate School of the University of Colorado, 1965.

Über die innere und aeussere Entwicklung des deutschen Judentums im Dritten Reich (Sobre el desarrollo externo e interno del judaísmo alemán en el Tercer Reich). Disertación inaugural en la Facultad de Filosofía de la Alexander-Universitaet zu Erlangen, Erlangen, 1951.

Politische Polizei (Policía política) por Alfred Schweder. (Naturaleza y concepto de la policía política en la Era Metternich, en la República de Weimar y en el Estado nacionalsocialista). Tesis para obtener el doctorado jurídico en la Facultad de Derecho y Ciencias económicas de la Universidad de Rostock. Editorial Heymanns, Berlín, 1937.

Libros

Canaris, Patriot und Weltbürger (Canaris, patriota y cosmopolita) por Karl Heinz Abshagen. Union Deutsche Verlagsanstalt. Stuttgart, 1950.

Theresienstadt, 1941-1945 por H. G. Adler. J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tubinga, 1935.

Auf Hieb und Stich (A golpes y cuchilladas) por Gunter D'Alquen. Voces contrarias en el camino de un periódico alemán. Editorial central del NSDAP. Franz Eher Nachf, G.m.b.H., Berlín-Munich, 1937.

Die SS (Las SS) por Gunter D'Alquen. Historia, misión y organización de los Escalones de Protección del NSDAP. Editorial Junker und Dünnhaupt, Berlín, 1939.

Berlin Underground, 1939-1945 por Ruth Andreas-Friedrich. Latimer House Limited, Londres, 1948.

(Anónimo) *Glück und Ende des Nationalsozialisten Bell* (Fortuna y fin del nacionalsocialista Bell). Desde el incendio intencionado hasta el asesinato medieval. Editorial de Trabajadores extranjeros en la URSS, Moscú-Leningrado, 1933.

Eichmann in Jerusalem (Eichmann en Jerusalén) por Hannah Arendt. Un reportaje sobre la trivialidad del mal. The Viking Press. Nueva York, 1963.

Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft (Elementos y orígenes de la autoridad total) por Hannah Arendt. Europaeische Verlagsanstalt, Frankfurt del Meno, 1955.

Ukrainian Nationalism 1939-1945 (Nacionalismo ucraniano) por John Armstrong. Columbia University Press, Nueva York, 1935.

Fritz Michael Gerlich, ein Maertyrer unsere Tage (Fritz Michael Gerlich, un mártir de nuestros días) por el barón Erwein von Aretin, Editorial Schnell & Steiner, Munich 1949.

Krone und Ketten (Corona y cadenas) por el barón Erwein von Aretin. Süddeutscher Verlag, Munich 1955.

Die Tragoedie der deutschen Abwehr (La tragedia de la Seguridad

militar alemana) por Karl Bartz. Editorial Pilgrim, Salzburgo, 1955.

Hitler und die SA (Hitler y las SA) por Heinrich Bennecke. Editorial Günter Olzog, Munich y Viena, 1964.

Geschichte der deutschen Militaemacht 1918-1946 (Historia del poder militar alemán, 1918-1946) por Jacques Benoist-Méchin. Editorial Gerhard Stalling. Oldenburgo, 1965.

Die Reichswehr und der «Roehm-Putsch» (El Reichswehr y el «alzamiento Roehm») por Heinrich Bennecke. Editorial Günter Olzog, Munich y Viena, 1964.

Das Ende. Meine Verhandlungen in Deutschland im Frühjahr 1945 und ihre politischen Folgen (El fin. Mis negociaciones en Alemania durante la primavera de 1945 y sus consecuencias políticas), por el conde Folke Bernadotte. Editorial Europa, Zürich y Nueva York, 1945.

Der stille Befehl (La orden implícita) por Achim Besgen. El consejero terapeuta Kersten y el Tercer Reich. Nymphenburger Verlagshandlung, Munich, 1960.

Martin Bormann por Lew Besymenski. Editorial Aurora. Zürich, 1965.

The Venlo Incident (El incidente Venlo) por S. Payne Best. Hutchins & Co., Londres, Nueva York, Melbourne, Sydney y Ciudad del Cabo, 1950.

Die Deutsche Polizei (La Policía alemana) por Werner Best, Editorial L. C. Wittich, Darmstadt, 1941.

Der Stopp der Endloesung (Alto a la solución final) por Andreas Biss. La lucha contra Himmler y Eichmann en Budapest. Editorial Seewald, Stuttgart, 1966.

Gespraeche mit Halder por Peter Bor. (Conversaciones con Halder.) Editorial Limes, Wiesbaden, 1950.

Kampf um Deutschland (La lucha por Alemania), Philippe Bouhler. Un libro aleccionador para la juventud alemana. Editorial central del NSDAP, Berlín, 1939.

Die Aufloesung der Weimarer Republik (La disolución de la República de Weimar) por Karl Dietrich Bracher. Un estudio sobre el problema: decadencia del poder en las democracias. Primera edición, Editorial Ring, Stuttgart y Düsseldorf, 1935; tercera edición, Editorial Ring, Villingen-Schwarzwald, 1960.

Die nationalsozialistische Machtergreifung (El asalto nacionalsocialista al poder) por Karl Dietrich Bracher - Wolfgang Sauer-Gerhard Schulz. Un estudio sobre la implantación del sistema totalitario en Alemania, 1933-1934. Westdeutsche Verlag, Colonia y Opladen, 1960.

Gespraeche mit Hermann Goering waehrend des Nuremberger Prozesses (Conversaciones con Hermann Goering durante el proceso de Nuremberg) por Werner Bross. Editorial Wolff, Flensburg y Hamburgo, 1950.

Nationalsozialistische Polenpolitik 1939-1945 (Política nacionalsocialista en Polonia, 1939-1945) por Martin Broszat. Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1961.

Anatomie des SS-Staates (Anatomía del Estado SS) por Hans Buchheim/Martin Broszat/Hans-Adolf Jacobsen/Helmut Krausnick. Dos volúmenes. Vol. I: «Los SS Instrumento de dominación, órdenes y obediencia». Volumen II: «Campos de concentración, orden de co-

misarios políticos, persecución judía.» Editorial Walter, Olten y Friburgo de Brisgovia, 1965.

Glaubenskrise im Dritten Reich (Crisis de fe en el Tercer Reich) por Hans Buchheim. Tres capítulos de credo y política nacionalsocialistas. Deutsche Verlag-Anstalt, Stuttgart, 1953.

SS und Polizei im NS-Staat (SS y Policía en el Estado NS) por Hans Buchheim. Editorial privada de la Sociedad de Estudios sobre Problemas contemporáneos, Duisdorf bei Bonn, 1964.

Totalitaere Herrschaft (Dominio totalitario) por Hans Buchheim. Sus particularidades y naturaleza. Koesel-Verlag, Munich, 1962.

Der deutsche Geheimdients (El servicio secreto alemán) por Gert Buchheit. Historia de la Seguridad militar. Editorial List. Munich, 1966.

Hitler por Alan Bullock. Un estudio sobre la tiranía. Droste-Verlag, Düsseldorf, 1957.

Meine Danziger Mission 1937-1939 (Mi misión en Danzig, 1937-1939) por Carl J. Burckhardt. Editorial Georg D. W. Callwey, Munich, 1960.

Unternehmen Barbarosa (Operación Barbarroja) por Paul Carell. La marcha hacia Rusia. Editorial Ullstein, Frankfurt, Berlín, Viena, 1963.

Verbrannte Erde (Tierra quemada) por Paul Carell. La batalla entre el Volga y el Vístula. Editorial Ullstein, Frankfurt, Berlín, Viena, 1966.

Ciano's Diary 1939-1943 por Galeazzo Ciano. William Heinemann, Londres, Toronto, 1947. Traducción española Editorial AHR, Barcelona.

Eichmann por Comer Clarke. El hombre y sus crímenes. Ballantine Books, Nueva York, 1960.

Human Behaviour in the Concentration Camp (Comportamiento humano en el campo de concentración) por E. Cohen. Norton, Nueva York, 1953.

Laval por Hubert Cole. Heinemann; Londres, Melbourne, Toronto, 1963.

Ian Colvin, Chief of Intelligence. Victor Gollancz, Londres, 1951.

Gestapo por Edward Crankshaw. Pyramid Books, Nueva York, 1956.

The Politics of the Prussian Army, 1940-1945 (Política del Ejército prusiano, 1940-1945) por Gordon A. Craig. Oxford University Press, Nueva York, 1964.

Deutsche Herrschaft in Russland, 1941-1945 (El dominio alemán en Rusia) por Alexander Dallin. Un estudio sobre la política de ocupación. Droste Verlag, Düsseldorf, 1958.

Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo (Historia de los hebreos italianos bajo el fascismo) por Renzo De Felice. Giulio Einaudi editore. Turín, 1961.

Die verlorene Legion (La legión perdida) por Léon Degrelle. Editorial Veritas, Stuttgart, 1952.

Geschichte der Gestapo (Historia de la Gestapo) por Jacques Delarue. Droste Verlag. Düsseldorf, 1964.

Das deutsche Offizierkorps in Gesellschaft und Staat 1650-1945 (El Cuerpo de oficiales alemanes en la sociedad y el Estado) por Karl Demeter. Bernard & Graefe Verlag für Wehrwesen, Frankfurt, 1962.

Das Danzig-Problem in der deutschen Aussenpolitik 1934-1939 (El problema de Danzig en la política exterior alemana) por Ludwig Denne, Editorial Ludwig Roehrscheid, Bonn, 1959.

Lucifer ante portas... por Rudolf Diels. Habla el primer jefe de la Gestapo. Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1950.

Partisanen (Guerrilleros) por C. Aubrey Dixon/Otto Heilbrunn. Estrategia y táctica en la guerra de guerrillas. Verlag für Wehrwesen Bernard & Graefe, Frankfurt, 1956.

Hitler por Max Domarus. Discursos y proclamas, 1932-1945. Cuatro volúmenes. Süddeutscher Verlag, Munich, 1965.

Zehn Jahre und Zwanzig Tage por Karl Doenitz (Diez años y veinte días). Editorial Athenaeum, Bonn, 1958.

V-2 por Walter Dornberger. Un disparo al espacio. Editorial Bechtle, Esslingen, 1952.

España tenía razón por José M.ª Doussinague (1939-1945). Editorial Espasa-Calpe, S.A., Madrid, 1950.

Unternehmen Sunrise (Operación «Sunrise» [Aurora]) por Allen Dulles y Gero V. S. Gaevernitz. La historia secreta del fin de la guerra en Italia. Editorial Econ, Düsseldorf/Viena, 1967.

Verschwoerung in Deutschland (Conjura en Alemania) por Allen Wels Dulles, Editorial Harriet Schleber, Kassel, 1948.

Technik und Moral einer Verschwoerung: 20. Juli 1944 (Técnica y moral de una conjura: 20 de julio de 1944) por Dieter Ehlers. Editorial Athenaeum, GmbH, Frankfurt, Bonn, 1964.

Deutschland Report (Reportaje de Alemania) por Bernt Engelmann. Ex libris Buchhandlund GmbH-Verlag, Berlín, 1965

Das Gesicht des Dritten Reiches (La faz del Tercer Reich) por Joachim C. Fest. Perfil de un dominio totalitario. Editorial R. Piper & Co., Munich, 1963.

Generaloberst Ludwig Beck: sein Kampf gegen den Krieg (Capitán general Ludwig Beck: su lucha contra la guerra) por Wolfgang Foerster, Editorial Isar, Munich 1953.

Schuld und Verhaengnis (Culpa y fatalidad) por Hermann Foertsch. La crisis Fritsch en la primavera de 1938 como punto de inflexión en la Era nacionalsocialista. Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart 1951.

Als Botschafter in Berlin, 1931-1938 (Como embajador en Berlín) por André François-Poncet. Editorial Florian Kupferberg, Maguncia, 1947.

Die wirtschaftliche Unternehmungen der SS (Las empresas económicas de las SS) por Enno Georg. Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1963.

Nürnberger Tagebuch (Diario de Nuremberg) por G. M. Gilbert. Fischer Bücherei, Frankfurt, 1962.

The Psychology of Dictatorship, based on an Examination of the leaders of Nazi Germany (Psicología de la dictadura, basada en un análisis de los líderes de la Alemania nazi) por G. M. Gilbert. The Ronald Press Company, Nueva York, 1950.

Bis zum bitteren Ende (Hasta el amargo final) por Hans Bernd Gisevius. Fretz & Wasmuth Verlag, Zürich, 1946.

Wo ist Nebe? (¿Dónde está Ne-

be?) por Hans Bernd Gisevius. Rememoraciones sobre el director de la Policía judicial del Reich hitleriano. Droemersche Verlags-Anstalt AG, Zürich, 1966.

Die Tschechoslowakei (Checoslovaquia) por Kurt Glaser. Editorial Athenaeum GmbH, Bonn, Frankfurt, 1964.

Tagebücher aus den Jahren 1942-43 mit anderen Dokumenten (Diarios de los años 1942-1943 con otros documentos) por Joseph Goebbels. Editorial Atlantis, Zürich, 1948.

Die Reichswehr und die Weimarer Republik 1919-1926 por Harold J. Gordon. Verlag für Wehrwesen Bernard & Graefe, Frankfurt, 1959.

Adolf Hitler por Walter Goerlitz/Herbert A. Quint. Una biografía. Editorial Steingrüben GmbH, Stuttgart, 1952.

Generalfeldmarschall Keitel, Verbrecher oder Offizier? (Mariscal de campo Keitel, ¿delincuente u oficial?) por Walter Goerlitz. Remembranzas, cartas y documentos del jefe del OKW. Editorial Musterschmidt, Gotinga, Berlín, Frankfurt, 1961.

Die Waffen-SS (El arma SS) por Walter Goerlitz. Arani Verlags-GmbH, Berlín-Grunewald, 1960.

Die Oberste Wehrmachtführung 1939-1943 (El Alto Mando de la Wehrmacht) por Helmuth Greiner. Editorial Limies, Wiesbaden, 1951.

Ein Kampf um Recht und Sitte (Una lucha por el Derecho y la ética), de Theodor Groppe. Experiencias en la Wehrmacht, el Partido y la Gestapo. Editorial Paulinus, Tréveris, 1947.

Erinnerungen eines Soldaten (Memorias de un soldado) por Heinz Guderian. Kurt Vowinckel, Heidelberg, 1951.

The Gate Breakers por Bracha Habas. Thomas Yoseloff, Nueva York, Londres, 1963.

Die geheime Front (El frente secreto) por Walter Hagen. Organización, personajes y acciones del Servicio secreto alemán. Editorial Nibelungen, Linz y Viena, 1950.

Til Landets Bedste por Joergen Haestrup. Editorial Gyldendal, Copenhague, 1966.

Vom anderen Deutschland (Desde la otra Alemania) por Ulrich von Hassell. De los diarios rescatados, 1938-1944. Fischer Bücherei, Frankfurt y Hamburgo, 1964.

Soldaten wie andere auch (Soldados como cualquier otro) por Paul Hausser. El camino del Arma-SS. Editorial Munin, Osnabrück, 1966.

Waffen-SS im Einsatz (El Arma-SS en acción) por Paul Hausser. Plesse Verlag K. W. Schütz, Gotinga, 1953.

Walter Frank und sein Reichsinstitut für Geschichte des neuen Deutschlands (Walter Frank y su Instituto del Reich sobre Historia de la nueva Alemania) por Helmut Heiber. Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1967.

Adolf Hitler por Helmut Heiber. Una biografía. Editorial Colloquium, Berlín, 1960.

Geburt des Dritten Reiches (Nacimiento del Tercer Reich) por Konrad Heiden. La historia del nacionalsocialismo hasta el otoño de 1933. Europa-Verlag A.G., Zürich, 1934.

Geschichte des Nationalsozialismus (Historia del nacionalsocialismo) por Konrad Heiden. La carre-

ra de una idea. Rowohlt, Berlín, 1932.

Ein Leben (Una vida) por Emil Helfferich. Cuarto volumen. Impreso como manuscrito por C. L. Mettcker & Soehne, Jever, 1964.

Die nationalsozialistischen Gewaltverbrechen (Las violencias nacionalsocialistas) por Reinhard Henkys. Sucesos y Tribunales. Editorial Kreuz, Stuttgart, Berlín, 1964.

Die Volksdeutschen in der Waffen-SS (Los alemanes extraterritoriales en el Arma SS) por Robert Herzog. Estudios del «Instituto sobre Temas de la Ocupación» en Tubinga, mayo de 1955.

Befehl im Widerstreit (Órdenes contradictorias) por Adolf Heusinger. Horas funestas del Ejército alemán, 1925-1945. Rainer Wunderlich Verlag Hermann Leins, Tubinga y Stuttgart, 1950.

Quisling, Prophet without Honor (Quisling, profeta sin honor) por Ralph Hewins. W. H. Allen, Londres, 1965.

Wandlungen unseres Kampfes (Alternativas de nuestra lucha) por Reinhard Heydrich. Editorial Franz Eher Nachf, Munich, Berlín, 1935.

The Destruction of the European Jews (La aniquilación de los judíos europeos) por Raul Hilberg. Quadrangle Books, Chicago, 1961.

Die Schutzstaffel als antibolschewistische Kampforganisation (Los Escalones de Protección como organización combatiente antibolchevique) por Heinrich Himmler. Editorial central del NSDAP, Franz Eher Nachf, Munich, Berlín, 1935.

SS, Gestern, heute und... (Las SS, ayer, hoy y...) por Kurt Hirsch. Progress-Verlag Johann Fladung, Darmstadt, 1960.

Mein Kampf (Mi lucha) por Adolf Hitler. Editorial Central del NSDAP. Franz Eher Nachf, Munich, 1942. Varias ediciones en español.

Die verratene Republik (La República traicionada) por Wilhelm Hoegner. Editorial Isar, Munich, 1958.

Artur Mahraun, der Wegwwiser zur Nation (Artur Mahraun, guía de la nación) por Reinhard Hoehn. Schleswig - Holsteiniche Verlag-Anstalt, Rendsburg, 1929.

Der Nationalsozialismus (El Nacionalsocialismo) por Walther Hofer. Documentos 1933-1945. Fischer Bücherei, n.° 172.

Der Hitlerputsch (El levantamiento de Hitler) por Hans Hubert Hofmann. Años críticos de la historia alemana, 1920-1924. Nymphenburger Verlagshandlung. Munich, 1961.

Ein Leben für Ungarn (Una vida por Hungría) de Nikolaus von Horthy. Athenaeum-Verlag GmbH, Bonn, 1953.

Zwischen Wehrmacht und Hitler, 1934-1938 (Entre la Wehrmacht y Hitler) por Friedrich Hossbach. Wolfenbütteler Verlagsanstalt, Wolfenbüttel y Hannover, 1949.

Kommandant in Auschwitz (Comandante en Auschwitz) por Rudolf Hoess. Apuntes autobiográficos, editada por Martin Broszat. Editorial Deutscher Taschenbuch, Munich, 1965.

Die Geheimwaffen des Dritten Reiches (Las armas secretas del Tercer Reich) por David Irving. Editorial Sigbert Mohn. Gütersloh, 1965.

Frankreich in Hitlers Europa (Francia en la Europa de Hitler) por Eberhard Jaeckel. Política ale-

mana en Francia durante la Segunda Guerra Mundial) Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1958.

Europas Weg nach Potsdam (El camino de Europa hacia Potsdam) por Wenzel Jaksch. Culpa y fatalidad en la región danubiana. Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1958.

Der 20. Juli 1944 in Oesterreich (El 20 de julio de 1944 en Austria) por Ludwig Jedlicka. Editorial Herold, Viena, Munich, 1965.

The Vengeance of Private Pooley (La venganza del soldado Pooley) por Cyril Jolly. William Heinemann, Londres, 1956.

Die deutsche Fünfte Kolonne im Zweiten Weltkrieg (La quinta columna alemana en la Segunda Guerra Mundial) por Louis De Jong. Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1959.

Krieg und Krieger (Guerra y guerreros) por Ernst Jünger. Editorial Junker und Dünnhaupt, Berlín, 1930.

Kameraden bis zum Ende (Camaradas hasta el fin). Recorrido del regimiento acorazado SS n.º 4 «DF» desde 1939 hasta 1945. Crónica de una comunidad combatiente germanoaustríaca. Plesse-Verlag, Goettingen, 1962.

Teufel und Verdammte (Diablos y condenados) por Benedikt Kautsky. Büchergilde Gutenberg, Zürich, 1946.

Eichmann und Komplizen (Eichmann y sus cómplices) por Robert M. V. Kempner. Europa-Verlag A. G., Zürich, Stuttgart, Viena, 1961.

SS im Kreuzverhoer (Los SS en el careo) por Robert M. W. Kempner. Rütten & Loening Verlag. Munich, 1964.

Der grosse Rausch (La gran borrachera) por Erich Kern. Campaña de Rusia 1941-1945. Editorial Lothar Leberecht, Waiblingen/Wttb., 1948.

Totenkopf und Treue (Calavera y lealtad) por Felix Kersten. Heinrich Himmler sin uniforme. Según los diarios del consultante médico finés. Editorial Robert Moelich. Hamburgo, 1952.

The Man with the miraculous Hands (El hombre de las manos milagrosas) por Joseph Kessel. Farrar, Straus and Cudahy, Nueva York, 1961.

Gedanken zum Zweiten Weltkrieg (Pensamientos sobre la Segunda Guerra Mundial) por Albert Kesselring. Editorial Athenaeum GmbH, Bonn, 1953.

Soldat bis zum letzten Tag (Soldado hasta el último día) por Albert Kesselring. Editorial Athenaeum, Bonn, 1953.

Der Fritschprozess (El proceso Fritsch) por el conde Adolf von Kielmansegg. Sus antecedentes y desarrollo. Editorial Hoffmann und Campe. Hamburgo, 1949.

General Guisans Zweifrontenkrieg (La guerra del general Guisan sobre dos frentes) por Jon Kimche. Suiza de 1939 a 1945. Editorial Ullstein, Berlín, Frankfurt, Viena, 1962.

The secret Roads (Las vías secretas) por Jon y David Kimche. La emigración «ilegal» de un pueblo entre 1938 y 1948. Secker and Warburg, Londres, 1955.

Zwische Hitler und Stalin, 1939-1945 (Entre Hitler y Stalin) por Peter Kleist. Editorial Athenaeum, Bonn, 1950.

Pogrom por Lionel Kochan. 10 de noviembre de 1938. André Deutsch, Londres, 1957.

RKFDV: German Resenttlement and Population Policy 1939-1945 (RKFDV: política alemana de colonización y repoblación) por Robert L. Koehl. Una crónica sobre la comisión del Reich para el fortalecimiento del germanismo. Harvard University Press, Cambridge/EEUU, 1957.

Der SS-Staat (El Estado SS) por Eugen Kogon. El sistema de los campos alemanes de concentración. Editorial de la Druckauses Tempelhof, Berlín, 1947, 100 000 ejemplares. Europaeische Verlagsanstalt GmbH, 224 000 ejemplares, Frankfurt, 1965.

Nicht aus den Akten... (Lo que no consta en las actas) por Erich Kordt. Union Deutsche Verlagsgesellschaft, Stuttgart, 1950.

Claus Graf Stauffenberg, 15. November 1907-20. Juli 1944 (El conde Claus Stauffenberg, 15 de noviembre de 1907-20 de julio de 1944) por Joachim Kramarz. La vida de un oficial. Bernard & Graefe Verlag für Wehrwesen, Frankfurt, 1965.

Der Warschauer Aufstand 1944 (La sublevación de Varsovia, 1944) por Hanns von Krannhals. Bernard & Graefe Verlag für Wehrwesen, Frankfurt, 1962.

Fritz-Dietlof Graf von der Schulenburg (Conde Fritz-Dietlof von der Schulenburg) por Albert Krebs. Entre la razón de Estado y la alta traición. Editorial Leibnitz, Hamburgo, 1964.

Tendenzen und Gestalten der NSDAP (Tendencias y formas del NSDAP) por Albert Krebs. Rememoraciones sobre los primeros días del Partido. Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1959.

Im Namen des deutschen Volkes (En nombre del pueblo alemán) por Hermann Langbein. Balance parcial del proceso incoado por los crímenes nacionalsocialistas. Europa Verlag AG, Viena-Colonia-Stuttgart-Zürich, 1963.

Das Attentat (El atentado) por Hans Langemann. Un estudio de la ciencia criminalista sobre los principales delitos políticos. Verlag für kriminalistische Fachliteratur, Hamburgo, 1956.

Der Geheime Nachrichtendienst der Wehrmacht im Kriege (El Servicio secreto de Información de la Wehrmacht durante la guerra) por Paul Leverkuehn. Editorial Athenaeum GmbH, Frankfurt, Bonn, 1964.

Die duetsche Jugendbewegung (El movimiento de la juventud alemana) por Walter Z. Laqueur. Editorial Wissenschaft und Politik, Colonia, 1962.

Die Rote Armee (El Ejército rojo) por B. H. Liddell Hart. Editorial WEU/Offene Worte. Bonn, sin fecha.

The Trial of Kurt Meyer (El proceso de Kurt Meyer) por Bruce J. S. Macdonald. Clarke, Irwin Company, Toronto, 1954.

Heinrich Himmler por Roger Manvell/Heinrich Fraenkel. William Heinemann, Londres-Melbourne-Toronto-Ciudad del Cabo-Auckland, 1965.

Verlorene Siege (Victorias desperdiciadas) por Erich V. Manstein. Editorial Athenaeum GmbH, Bonn, 1958.

Die Frühgeschichte der NSDAP (Los primeros años del NSDAP) por Werner Maser. El camino de Hitler hasta 1924. Editorial Athe-

naeum GmbH, Frankfurt, Bonn, 1965.

Grenadiere (Panzermeyer) (Granaderos [La acorazada de Meyer]) por Kurt Meyer. 4.ª Edición. Editorial Schild. Munich-Lochhausen, 1965.

Das Diktat der Menschenverachtung (El dictado del desprecio humano) por Alexander Mitscherlich /Fred Mielke. Editorial Lambert Schneider, Heidelberg, 1947.

Medizin ohne Menschlichkeit (Medicina sin humanitarismo) por Alexander Mitscherlich/Fred Mielke. Documentos del proceso Nuremberg contra los médicos. Fischer Bücherei, Frankfurt, Hamburgo, 1960.

Das letzte Kapitel (El último capítulo) por Kurt Detlev Moeller. Crónica de la capitulación de Hamburgo. Desde la catástrofe de Hamburgo el año 1943 hasta la entrega de la plaza el 3 de mayo de 1945. Editorial Hoffmann und Campe, Hamburgo, 1947.

Das Heer 1933-1945 (El Ejército durante el período 1933-1945) por Burkhart Mueller-Hillebrand. Evolución de su constitución orgánica. Dos volúmenes. Editorial E. S. Mittler & Sohn, Frankfurt, 1954-1956.

Zur Geschichte der Ordnungspolizei 1946-1945 (Sobre la historia de la Policía de Orden público) por Hans-Joachim Neufeldt/Jürgen Huck/Georg Tessin. Impresa como manuscrito, Coblenza, 1957.

The Structure and Practice of National Socialism (Estructura y método del nacionalsocialismo) por Franz Neumann/Behemoth. Editorial Victor Gollancz Ltd., Londres, 1943.

Die SS (Los SS) Ermenhild Neusüss-Hunkel. Norddeutsche Verlagsanstalt Hannover, Frankfurt, 1956.

Nationalsozialismus (Nacionalsocialismo) por Heinrich Orb. Borrachera de poder durante trece años. Editorial Otto Walter, Olten, 1945.

Der Wahrheit eine Gasse (La verdad: callejón sin salida) por Franz von Papen. Paul List Verlag. Munich, 1952.

Deutscher Widerstand (La Resistencia alemana) por Rudolf Pechel. Editorial Eugen Rentsch, Erlenbach-Zürich, 1947.

Vom Wesen des Krieges und von Kriegswesen der Deutschen (Sobre la naturaleza de la guerra y la naturaleza batalladora de los alemanes) por Werner Picht. Editorial Friedrich Vorwerk, Stuttgart, 1952.

Hans Franks Tagebuch (El diario de Hans Frank) por Stanislaw Piotrowski. Editorial polaca de las Ciencias, Varsovia, 1963.

Das Dritte Reich und seine Diener por Léon Poliakov/Josef Wulf. (El Tercer Reich y sus servidores.) Arani Verlags-GmbH, Berlín-Grunewald, 1956.

Das Dritte Reich und seine Denker (El Tercer Reich y sus pensadores) por Léon Poliakov/Josef Wulf. Arani Verlags-GmbH, Berlín-Grunewald, 1959.

Das Dritten Reich und die Juden (El Tercer Reich y los judíos) por Léon Poliakov/Josef Wulf. Arani Verlags-GmbH, Berlín-Grunewald, 1955.

Die Stimme des Krieges (La voz de la guerra) por René Quinton. Der graue Verlag, Berlín, Zürich, 1936.

Mein Leben (Mi vida) por Erich Raeder. Dos volúmenes. Editorial Fritz Schlichtenmayer, Tubinga, 1957.

Ruheloses Leben (Vida inquieta) por Rudolf Rahn. Anotaciones y recuerdos. Editorial Diederichs, Düsseldorf, 1949.

Gespraeche mit Hitler (Conversaciones con Hitler) por Hermann Rauschning. Europa Verlag A.G., Zürich, Viena, Nueva York, 1940.

Ein Haus auf Sand gebaut (Una casa edificada sobre arena) por Gerald Reitlinger. Política draconiana de Hitler en Rusia, 1941-1944. Editorial Rütten & Loening, Hamburgo, 1962.

Die Endloesung (La solución final) por Gerald Reitlinger. Las tentativas de Hitler para exterminar a los judíos europeos, 1939-1945. Editorial Colloquium, Berlín, 1961.

Die SS: Tragoedie einer deutschen Epoche (Los SS: tragedia de una época en Alemania) por Gerald Reitlinger. Editorial Kurt Desch, Viena, Munich, Basilea, 1957.

Minister of Death (El ministro de la muerte) por Quentin Reynolds. La historia de Adolf Eichmann. The Viking Press, Nueva York, 1960.

Zwischen London und Moskau (Entre Londres y Moscú) por Joachim von Ribbentrop. Recuerdos y apuntes postreros. Obra póstuma editada por Annelies von Ribbentrop. Editorial Druffel, Leoni am Starnberger See, 1961.

Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung (Carl Goerdeler y el movimiento alemán de Resistencia) por Gerhard Ritter. Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1956.

Die Geschichte eines Hochverraeters (La historia de un traidor a la patria) por Ernst Roehm. Tercera edición. Editorial Fran Eher Nachf, Munich, 1933.

Pflicht und Gewissen (Deber y conciencia) por Egar Roehricht. Remembranzas de un general alemán, 1932-1944. Editorial W. Kohlhammer, Stuttgart, 1965.

Letzte Aufzeichnungen (Últimas anotaciones) por Alfred Rosenberg. Editorial Plesse. Gotinga, 1955.

Die deutsche Opposition gegen Hitler (La oposición alemana contra Hitler), por Hans Rothfels. Una reseña. Scherpeverlag, Krefeld, 1949.

The Last Battle (La última batalla) por Cornelius Ryan. Simon and Schuster, Nueva York, 1966.

Der Fragebongen (El cuestionario) por Ernst von Salomon. Editorial Rowohlt, Hamburgo, 1951.

Vererbung und Auslese im Lebenslauf der Voelker (Teoría y doctrina en la vida de los pueblos) por Wilhelm Schallmayer. Editorial Gustav Fischer, Jena, 1903.

Memoiren (Memorias) por Walter Schellenberg. Editorial para Política y Economía, Colonia, 1936.

Offiziere gegen Hitler (Oficiales contra Hitler) por Fabian von Schlabrendorff. Según un informe testifical preparado y editado por Gero V. S. Gaevernitz. Editorial Europa, Zürich, 1946.

Die politische Polizei in Preussen (La Policía política en Prusia) por Helmut Schlierbach. Editorial Heinr. & J. Lechte, Emsdetten, 1938.

Statist auf diplomatischer Büh-

ne 1923-45 (Figurante sobre el escenario diplomático 1923-1945) por Paul Schmidt. Experiencias del jefe de intérpretes con los estadistas europeos en el Ministerio del Exterior. Editorial Athenaeum GmbH, Bonn, 1949.

Der Richter im Dritten Reich (El juez en el Tercer Reich) por Hubert Schorn. Historia y documentos. Vittorio Klostermann, Frankfurt, 1959.

Der 20. Juli in Paris (El 20 de julio en París) por Wilhelm von Schramm. Editorial Kindler und Schiermeyer, Bad Woerishofen, 1953.

Meine Erschiessung am 30. Juni 1934 (Mi fusilamiento el 30 de junio de 1934) por Paul Schulz. Selbstverlag, 1948.

Es geschah in Deutschland (Sucedió en Alemania) por el conde Lutz Schwerin von Krosigk. Figuras humanas de nuestro siglo. Rainer Wunderlich Verlag Hermann Leins, Tubinga/Stuttgart, 1951.

The Wilhelmstrasse por Paul Seabury. Un estudio sobre los diplomáticos alemanes bajo el régimen nazi. University of California Press, Berkeley, Los Angeles, 1954.

Geschichte der Wewelsburg (Crónica de Wewelsburg) por W. Segin. Druck und Verlag P. N. Esser, Büren in Westf, 1925.

Engelberg Dollfuss por Gordon Shepherd. Editorial Styria, Graz-Viena-Colonia, 1961.

Aufstieg und Fall des Dritten Reiches (Encumbramiento y caída del Tercer Reich) por William L. Shirer. Dos volúmenes. Droemersche Verlagsanstalt Th. Knaur Nachf., Munich-Zürich, 1963.

Geheimkommando Skorzeny (Comando secreto Skorzeny) por Otto Skorzeny, Hansa Verlag Josef Toth, Hamburgo, 1950.

Ich war dabei (Yo estuve presente) por Martin H. Sommerfeldt. La conjura de los demonios, 1933-1939. Drei Quellen Verlag, Darmstadt, 1949.

Invasion 1944 por Hans Speidel. Un informe ilustrativo sobre el destino de Rommel y del Reich. Rainer Wunderlich Verlag Hermann Leins, Tubinga y Stuttgart, 1961.

Justiz im Dritten Reich (La justicia en el Tercer Reich) por Ilse Staff. Reseña documentativa. Fischer Bücherei, febrero de 1964.

The Waffen SS (El Arma-SS) por George H. Stein. La guardia selecta de Hitler en la guerra de 1939-1945. Cornell University Press, Ithaca, 1966.

Die Armee der Geaechteten (Ejército de proscritos) por Felix Steiner. Editorial Plesse, Gotinga, 1963.

Von Clausewitz bis Bulganin (Desde Clausewitz hasta Bulganin) por Felix Steiner. Nociones y enseñanzas de una agitada época. Deutscher Heimat-Verlag, Bielefeld, 1956.

Die Freiwilligen (Los voluntarios) por Felix Steiner. Ideas y sacrificios. Editorial Plesse, Gotinga, 1963.

Hitler und ich (Hitler y yo) por Otto Strasser. Editorial Johannes Asmus, Constanza, 1948.

Sir Neville Henderson por Rudi Strauch. Embajador británico en Berlín desde 1937 hasta 1939. Una aportación sobre los antecedentes diplomáticos de la Segunda Guerra Mundial. Editorial Ludwig Roehrscheid. Bonn, 1959.

Die Nürnberger Prozesse (Los

procesos de Nuremberg) por Telford Taylor. Crímenes de guerra y Derecho internacional. Europa Verlag A.G., Zürich, 1951.

The Third Reich (El Tercer Reich) Weidenfeld y Nicolson, Londres, 1955.

Das Ende an der Elbe (El fin a orillas del Elba) por Jürgen Thorwald. Droemersche Verlagsanstalt Th. Knaur Nachf, Munich, Zürich, 1965.

Es begann an der Weichsel (Comenzó en el Vístula) por Jürgen Thorwald. Steingrüben - Verlag GmbH, Stuttgart, 1952.

Geschichte des Zweiten Weltkrieges (Historia de la Segunda Guerra Mundial) por Kurt von Tippelskirch. Segunda edición. Editorial Atheneaum GmbH, Bonn, 1956.

Der Reichstagsbrand (El incendio del Reichstag) por Fritz Tobias. Leyenda y realidad. G. Grote'sche Verlagsbuchhandlung, Rastatt, 1956.

The last 100 days (Los cien últimos días) por John Toland. Random Hause, Nueva York, 1966.

The Bormann Letters (Las cartas de Bormann) por H. R. Trevor-Roper. La correspondencia privada entre Martin Bormann y su esposa desde enero de 1943 hasta abril de 1945. Weidenfeld und Nicolson, Londres 1954.

Hitlers letzte Tage (Los últimos días de Hitler) por H. R. Trevor-Roper. Editorial Amstutz, Herdeg & Co., Zürich, 1946.

Reichswehr, Staat und NSDAP (Reichswehr, Estado y NSDAP) por Thilo Volgelang. Contribución a la Historia de Alemania, 1930-1932. Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962.

Volksopposition im Polizeistaat, Gestapo und Regierungsberichte 1934-1936 (Oposición popular en el Estado policíaco: observaciones de la Gestapo e informes gubernamentales) por Bernhard Vollmer. Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1937.

Im Hauptquartier der deutschen Wehrmacht 1939-1945 por Walter Warlimont. (En el Gran Cuartel General de las Fuerzas armadas alemanas.) Fundamentos, formas y figuras. Editorial Athenaeum GmbH., Frankfurt, Bonn, 1964.

Erinnerungen (Rememoraciones) por Ernst von Weizsaecker. Editorial Paul List, Munich-Leipzig-Friburgo, 1950.

Heer in Fesseln (Ejército maniatado) por Siegfried Westphal. Según la documentación de los Estados Mayores de Rommel, Kesselring y Rundstedt. Segunda edición. Editorial Athenaeum GmbH, Bonn, 1952.

Die Nemesis der Macht (Némesis del poder) por John W. Wheeler-Bennett. El Ejército alemán en la política, 1918-1945. Editorial Droste, Düsseldorf, 1954.

Grossmufti-Gross agent der Achse (Gran Mufti: gran agente del Eje), por S. Wiesenthal. Editorial Ried, Salzburgo-Viena, 1947.

Heydrich, Hitler's most evil Henchman (Heydrich, el esbirro más demoníaco de Hitler). Odhams Press, Londres, 1962.

Der Kampf um Europa (La lucha por Europa) de Chester Wilmot. Editorial Alfred Metzner, Frankfurt, Berlín, 1954.

Das Dritte Reich und seine Vollstrecker (El Tercer Reich y sus mandatarios) por Josef Wulf. La liquidación de 500 000 judíos en el

ghetto de Varsovia. Arani Verlags-GmbH, Berlín-Grunewald, 1961.

Heinrich Himmler por Josef Wulf. Un estudio biográfico. Arani Verlags-GmbH, Berlín-Grunewald, 1960.

The Case Against Adolf Eichmann (El caso contra Adolf Eichmann) por Henry Z. Zeiger. The New American Library, Nueva York, 1960.

Geist der Freiheit (Espíritu de libertad) por Eberhard Zeller. El 20 de julio. Editorial Hermann Rinn. Editorial Gotthold Müller. Munich, 1963.

Gestapo und Sicherheitsdienst (Gestapo y Servicio de Seguridad) por Friedrich Zipfel. Arani Verlags-GmbH, Berlín-Grunewald, 1960.

Kirchenkampf in Deutschland 1933-1945 (Lucha religiosa en Alemania, 1933-1945) por Friedrich Zipfel. Persecución religiosa y afirmación de la Iglesia en los tiempos nacionalsocialistas. Walter de Gruyter & Co., Berlín, 1965.

Publicaciones periódicas. Conferencias

Administración autónoma y resistencia en los campos de concentración SS publicado por *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* (Cuadernos trimestrales sobre Historia contemporánea) 3.er cuaderno/1960.

Diaries of Heinrich Himmler's Early Years (Diarios de Heinrich Himmler en su juventud) por Werner T. Angress y Bradley F. Smith, publicados por *Journal of Modern History* n.° 3/1959.

Die Einheit Dirlewanger (La unidad Dirlewanger) por Helmuth Auerbach. Publicada en *Vierteljahrshefte...*, 3.er cuaderno/1962.

Eine nationalsozialistische Stimme zum Wiener Putsch vom 25. Juli 1934 (Una voz nacionalsocialista sobre el alzamiento vienés del 25 de julio de 1934) por Hellmith Auerbach, publicado en *Vierteljahrshefte...*, 2.° cuaderno/1964.

Zum Ausbau der Waffen-SS (Sobre la constitución del Arma SS) por Gottlob Berger, publicado en *Nation Europa*, 4.° cuaderno/1953.

Kritik und Apologie des Juristen (Crítica y apología del jurista) por Werner Best, publicado en *Deutsches Recht*, 8-15 abril 1939.

Kommandobehoerden, Verbaende und selbststaendige Truppenteile der Waffen-SS (Los comandos, formaciones y unidades autónomas del Arma SS) por K. Bihl, publicado en *Feldgrau*, núms. 1, 2 y 3/1961, n.° 3 y 4/1963, núms. 1 y 2/1965.

Die Waffen-SS (El Arma SS) por K. Bihl. Generalidades sobre la creación y estructuración del Arma SS, publicado en *Feldgrau* núms. 5 y 6/1964.

Zur Rechtsstellung der Waffen-SS (Sobre la posición jurídica del Arma SS) por Wolfdieter Bihl, pu-

blicado en *Wehrwissenschaftliche Rundschau,* 7.° cuaderno/1966.

Die Anfaenge der Berliner NSDAP 1926/27 (Los comienzos del NSDAP berlinés) por Martin Broszat, publicada en *Vierteljahrsefte...,* 1er cuaderno/1960.

Zur Perversion der Strafjustiz im Dritten Reich (Hacia la perversión de la justicia penal en el Tercer Reich) por Martin Broszat, publicada en *Vierteljharshefte...,* 4.° cuaderno/1958.

Die Hoehren SS- und Polizeiführer (Los jefes superiores SS y de Policía) por Hans Buchheim, publicada en *Vierteljahrshefte...,* 4.° cuaderno/1963.

The Third Reich's Mobilization of the German Fifth Column in Eastern Europe (Movilización por el Tercer Reich de la quinta columna alemana en Europa oriental) Mac Alister Brown, publicada en *Journal of Central European Affairs,* 2.° cuaderno/1959.

Ende einer Illusion (Fin de una quimera) publicada en *Christ und Welt,* n.° 10, 17 de agosto de 1950.

Hitlers Eintritt in die Politik und die Reichswehr (Entrada de Hitler en la política y el Reichswehr) por Ernst Deuerlein, publicada en *Vierteljahrshefte...,* 2.° cuaderno/1959.

The nazis and the SS Volunteer Division Galicia (Los nazis y la División SS de voluntarios «Galicia») por Basil Dymtryshyn, publicada en *The American Slavic and East European Review,* 1.er cuaderno/1956.

Die Rede Himmlers vor den Gauleitern am 3 August 1944 (El discurso de Himmler ante los *Gauleiter* el 3 de agosto de 1944) por T. E., publicada en *Vierteljahrshefte...,* 4.° cuaderno/1953.

Munich, Birthplace and Center of the National Socialist German Worker's Party (Munich: cuna y centro del Partido nacionalsocialista de Trabajadores alemanes) por Georg Franz, publicada en *Journal of Modern History,* 4.° cuaderno/1957.

Die Entlassung des Generalobersten Freiherr von Fritsch (La expulsión del capitán general barón Von Fritsch) por el conde Von Der Goltz, publicada en *Deutsche Rundschau,* 3er cuaderno/1947.

Der 9. November 1938 por Hermann Graml, publicada en *Das Parlament,* 11 de noviembre de 1953.

Die Stufen zum Satanismus. (Los peldaños hacia el satanismo) por Joachim Günther, publicada en *Deutschen Rundschau,* 1948.

Zur Justiz im Dritten Reich (Sobre la justicia en el Tercer Reich) por Helmut Heiber. El caso Elias, publicado en *Vierteljahrshefte...,* 4.° cuaderno/1955.

Aus den Akten des Gauleiter Kube (Según las actas del *Gauleiter* Kube) por Helmut Heiber, publicada en *Vierteljahrshefte...,* 1er cuaderno/1956.

Der generalplan Ost (El plan general Este) por Helmut Heiber, publicada en *Vierteljahrshefte...,* 3er cuaderno/1958.

Toward an SS Tipology: Social Engineers (Hacia una tipología SS: ingenieros sociales) por Robert Koehl, publicada en *The American Journal of Economics and Sociology,* n.° 18, enero de 1959.

Denkschrift über die Behandlung der Fremdvoelkischen im Os-

ten (Memoria sobre el tratamiento de los pueblos extranjeros en el Este), por Helmut Krausnick, publicada en *Vierteljahrshefte...*, 4.° cuaderno, 1957.

Hitler und die Morde in Polen (Hitler y los asesinatos en Polonia) por Helmut Krausnick, publicada en *Vierteljahrshefte...*, 4.° cuaderno 1963.

Wehrmacht und Nationalsozialismus (Wehrmacht y Nacionalsocialismo) por Helmut Krausnick, publicado en *Das Parlament,* 9 de noviembre de 1955.

Als Rassereferent im Reichsministerium des Innern (Como ponente racial en el Ministerio de la Gobernación del Reich) por Bernhard Loesener, en *Vierteljahrshefte...*, 3er cuaderno, 1961.

Die SS und der 20. Juli (Las SS y el 20 de julio) por Hedwig Maier, publicada en *Vierteljahrshefte...*, 3er cuaderno, 1966.

Die Zweite Revolution (La segunda revolución) por Hermann Mau (La del 30 de junio de 1934), publicada en *Vierteljahrshefte...*, 2.° cuaderno, 1958.

Sind Führer der Waffen-SS berechtig, Dienstgrade der Wehrmacht zu verwenden? (¿Tienen derecho los jefes del Arma SS a emplear las graduaciones de la Wehrmacht?) por W. D. Noack, publicada en *Das Militaerarchiv* n.° 7, 1965.

Die SS (Geschichte und Soziologie) (Los SS [historia y sociología]) por Karl. O. Paetel. Una contribución a la sociología del nacionalsocialismo, publicada en *Vierteljahrshefthe...*, 2.° cuaderno, 1965.

Reinhard Heydrich oder die Aufnordung durch den Sport (Reinahrd Heydrich o el acrecentamiento de las cualidades nórdicas mediante el deporte) por Ulrich Popplow, publicada en *Olympisches Feuer,* 8.° cuaderno, 1963.

Staatspolizei und Innere Verwaltung 1934-1936 (Policía del Estado y Administración interna 1934-1936), por Günter Plum, publicada en *Vierteljahrshefte...*, 2.° cuaderno, 1965.

Prememoria eines bayerischen Richters zu den Juni-Morden 1934 (Prememoria de un juez bávaro sobre los asesinatos de junio 1934), publicada en *Vierteljahrshefte...*, cuaderno 1.°, 1957.

Die rehabilitierung von Kammandeuren der Roten Armee (La rehabilitación de los comandantes del Ejército Rojo) por Erich F. Bruck, publicada en *Osteuropa,* 3er cuaderno, 1964.

The Doubts of Wilhelm Kube (Las dudas de Wilhelm Kube) por Gerald Reitlinger. Una crónica de Nuremberg, publicada en *Wiener Library Bulletin,* cuadernos 5 y 6, 1950.

Die Entlassung des generalobersten Freiherr Von Fritsch (La expulsión del capitán general barón Von Fritsch) por Heinrich Rosenberg, publicado en el *Deutsche Rundschau,* 8.° cuaderno, 1946.

Der Uberfall auf den Sender Gleiwitz im Jahre 1939 (El asalto a la emisora de Gleiwitz el año 1939) por Jürgen Runzheimer, publicada en *Vierteljahrshefte...*, 4.° cuaderno, 1962.

Rechtssicherheit und richterliche Undebhaengigkeit aus der Sicht des SD (Seguridad jurídica e independencia judicial desde el punto de vista SD) por Peter

Schneider; publicada en *Vierteljahrshefte...*, 6.° cuaderno, 1956.

SS-Verfügunstruppe und Wehrmacht (Reserva estratégica SS y Wehrmacht) por Hans-Günther Seraphim; publicada en el *Wehrwissenschafliche Rundschau*, 12.° cuaderno, 1955.

Der Fall Tuchatschewski (El caso Tujachevski) por Karl Spalcke. La Wehrmacht, el Ejército rojo y la «gran purga»; publicada en *Die Gegenwart*, 25 de enero de 1958.

Das Spiel ist aus... (Se acabó el juego) por Arthur Nebe. Gloria e infortunio de la Policía judicial alemana; publicada por *Der Spiegel*, desde el 29 de setiembre de 1949 hasta el 20 de abril de 1950.

Lady mit Lampenschirm (Lady con pantalla), publicado por *Der Spiegel*, 16 de febrero de 1950.

Der Furcht so fern, dem Tod so nah' (Tan lejos del temor y tan cerca de la muerte); publicada por *Der Spiegel*, 15 de mayo de 1957.

Braver, dummer Klim (Valeroso y estúpido Klim); publicada por *Der Spiegel*, 8 de noviembre de 1961.

Wenn ihr einmaschieren, schiessen wir (Si nos invadís, dispararemos); publicada por *Der Spiegel*, 1.° de mayo de 1963.

Grossmutter gestorben (La abuela ha muerto), *Der Spiegel*. Entrevista con el antiguo *Sturmbannführer SS* Alfred Naujocks, conductor de la acción Gleiwitz, 13 de noviembre de 1963.

Informe SS sobre el 20 de julio, publicado en el *Nordwestdeutsche Hefte*, febrero de 1947.

Der Mann, der den Krieg ausloeste (El hombre que desencadenó la guerra) por Jürgen Thorwald; publicado en *Der Stern*, 2.° cuaderno, 1953.

Work redeems (El trabajo redime) por Jan F. Triska. Actividades laborales en el campo de concentración y economía alemana nazi; publicada en *Journal of Central European Affairs*, 1er cuaderno, 1959.

Der vrebrecherische Befehl (La orden delictiva) por Heinrich Uhlig; publicada en *Das Parlament*, 17 de julio de 1957.

9 de noviembre de 1938 por Heinrich Uhlig, publicada en *Das Parlament*, 6 de noviembre de 1963.

Über den Begriff der «Garde» und die Schaffung militaerischer «Eliten» (Sobre el concepto de «guardia» y la creación de «élites» militares) por Otto R. Urrisk; publicada en el *Oesterreichische Militaerische Zeitschrift*, 2.° cuaderno, 1964.

Der Reichstagsbrand 1933 (El incendio del Reichstag, 1933) por Richard Wolff; publicada en *Das Parlament*, 18 de enero de 1956.

Guiones de Radio y Televisión

Wo Himmler residieren wollte? (¿Dónde quiso residir Himmler?) por Heiner Lichtenstein. La localidad vestfaliana de Wewelsburg como central del Estado SS. Radiodifusión de Alemania occidental, segundo programa, 30 de enero de 1965.

Ein Volk in Waffen (Un pueblo en armas) por Friedrich Zipfel. Alianzas políticas en la República de Weimar. III. Las Secciones de Asalto del NSDAP. Radio Brema, 6 de junio de 1966.

Die Geschichte von Joel Brand (La historia de Joel Brand) por Heinar Kipphardt. Segunda cadena de la Televisión alemana.

Das bestellte Attentat (El atentado por encargo). Informe y coloquio. Panorama. Primera cadena de la Televisión alemana, 26 de julio de 1965.

Periódicos y revistas consultados

Frankfurter Rundschau, año 1957.

Hamburger Echo, año 1934.

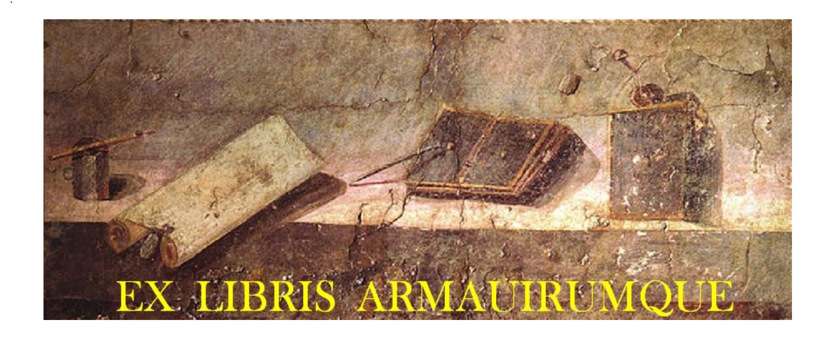
Münchner Post, años 1931 y 1932.

Das Schwarze Korps, desde 1935 hasta 1945.

Voelkischer Beobachter, desde 1933 hasta 1945.

Die Welt, período 1955-1967.

Süddeutsche Zeitung, período 1955-1967.



Este libro se imprimió en los talleres
de «Gráficas Saturno»
Andrés Doria, n.º 29-31,
Barcelona